

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
Departamento de Prehistoria



**EL BRONCE ANTIGUO EN EL ORIENTE DE LA
SUBMESETA NORTE**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

José Fernández Moreno

Bajo la dirección del doctor

Germán Delibes de Castro

MADRID, 2013

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
Departamento de Prehistoria



EL BRONCE ANTIGUO EN EL ORIENTE DE LA SUBMESETA NORTE
TESIS DOCTORAL

PRESENTADA POR

JOSÉ JAVIER FERNÁNDEZ MORENO

DIRIGIDA POR

DR. GERMÁN DELIBES DE CASTRO

MADRID, 2010

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA



EL BRONCE ANTIGUO EN EL ORIENTE DE LA SUBMESETA NORTE
EL INICIO DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL ALTO DUERO:
EL HORIZONTE PARPANTIQUE

Créditos y agradecimientos

CERRO DE EL PARPANTIQUE

Codirector de las campañas de excavación: D. Alfredo Jimeno

Participaron en las campañas de excavación de 1985 y 1987, sufragadas por la Junta de Castilla y León: D. Oscar Arellano, Dña. Raquel Barrio, Dña. Sagrario García, Dña. Elena Heras, Dña. Angélica Lafuente, Dña. Montserrat Lerín, D. Agustín Ruiz, Dña. M. Jesús Tarancón, Dña. Carmen Vázquez, Dña. Marisol del Río, Dña. Carmen Abad, D. Oscar Almajano, D. Juan A. Ayllón, Dña. Montserrat Ballano, Dña. Ascensión Calonge, Dña. Ángeles Calvo, D. Jesús A. Clerencia, D. Carmelo Fernández, Dña. Montserrat Gómez, Dña. Concha García, Dña. Blanca Gómez, Dña. Ana Jordá, Dña. Ana Lafuente, Dña. Nuria Maceda, D. F. Javier Moreno, Dña. Beatriz Moreno, Dña. Mariví Moreno, Dña. María J. Morales, D. Juan J. de las Muelas, D. Gerardo Pascual, Dña. Edurne Vergara, D. Carlos Vinuesa y Dña. Milagros Vior, que realizaban sus estudios en el Colegio Universitario de Soria y en la Universidad Complutense de Madrid.

Dibujo de Campo: D. Javier del Campo y Dña. Marian Arlegui.

Apoyo y colaboración: Dña. Marisa Revilla Andía del Museo Numantino, D. Eduardo Lapeña García y D. Félix Machín Pérez en representación de los vecinos de Balluncar. La entonces Delegación Territorial de Agricultura de la Junta de Castilla y León, y especialmente D. Avelino Cabrerizo Romero, guarda de la Escuela de Capacitación Agraria de Almazán.

Estudio palinológico: Dña. Pilar López del Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y D. J. Antonio López Sáez y D. P. Manuel Díaz Fernández del Departamento Biología Vegetal I de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense de Madrid.

Estudios restos vegetales: D. Diego Rivera Núñez y Dña. Concepción Obón de Castro, del Departamento de Biología Vegetal, Facultad de Biología, Universidad de Murcia.

Estudio antracológico: Dña. Pilar Uzquiano del Laboratoire de Paléobotanique du l'Université des Sciences et Techniques du Languedoc.

Dataciones: Dr. W.G. Mook del Laboratorium voor Algemene Natuurkunde de Groningen.

ALTO DE LOS TOROJONES

Codirector de la campaña de excavación: D. Alfredo Jimeno

Participaron en la campaña de excavación de 1986, sufragada por la Junta de Castilla y León: D. Oscar Arellano, Dña. Montserrat Ballano, D. J. Ángel Clerencia, Dña. Sagrario García, Dña. Ana Lafuente, Dña. Montserrat Lerín, D. F. Javier Moreno, D. Gerardo Pascual, D. Antonio Santos, Dña. M^a Jesús Tarancón, Dña. Carmen Vázquez, Dña. Raquel Barrio, Dña. M^a Teresa Lafuente y Ángeles Martínez, que realizaban sus estudios en el Colegio Universitario de Soria.

Dibujo de Campo: D. Javier del Campo.

Apoyo y colaboración: Dirección Provincial de Educación que facilitó el uso de la Escuela Hogar Alfonso VIII de San Esteban de Gormaz.

Trabajos Geofísicos: D. Octavio Puch Riat, D. Luis Mansilla Plaza y D. J. María Iraizoz Fernández, del Grupo Geológico-Minero de la Escuela Universitaria Politécnica de Almadén. Con el apoyo de Dña. Pilar Galindo y Dña. Ana Carmen Pascual del entonces Departamento de Prehistoria e Historia Antigua del Colegio Universitario de Soria

Dataciones: Dr. W.G. Mook del Laboratorium voor Algemene Natuurkunde de Groningen.

PICO DE LOS COTORROS

La información y documentación inédita nos fue facilitada por D. J. Pedro Benito, D. Alberto Sanz y D. Carlos Tabernero de la empresa Areco, s.l., directores de los trabajos sufragados por la Junta de Castilla y León con el apoyo del Ayuntamiento de Langa de Duero.

PICO ROMERO

La información y documentación inédita nos fue facilitada por D. Ángel L. Palomino y Dña. Cristina Etxebarria de Aratikos, s.l., directores de la primera campaña, 1993, sufragada mediante un convenio de colaboración entre la Junta de Castilla y León y el, entonces, Colegio Universitario de Burgos, adscrito a la Universidad de Valladolid. La segunda campaña, dirigida por D. José A. Rodríguez Marcos y D. Ángel Palomino, fue ejecutada dentro de los programas de subvención para la investigación arqueológica de la Junta de Castilla y León, en 1995.

CATÁLOGO DE YACIMIENTOS: Los datos solicitados nos fueron facilitados por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León. Nuestros colegas del citado centro directivo, Dña. Milagros Burón entonces en el Servicio de Ordenación y Protección, D. Jesús M^º del Val, del Servicio de Planificación y Estudios, y los arqueólogos territoriales de las provincias de Burgos, Segovia y Soria, en aquel momento, Dña. Cristina Etxeberria, D. Luciano Muncio y Dña. Elena Heras, respectivamente, nos dieron todas las facilidades para aclarar y precisar cuantas cuestiones planteamos, al igual que Dña. Montse Lerín y Dña. María J. Taracón de la empresa Arquetipo s.c.l, lo hicieron respecto a los datos del inventario arqueológico de las provincias de Soria y Segovia.

ACCESO A MATERIALES Y COLECCIONES: Los responsables del Museo Numantino nos dieron todas las facilidades para la revisión de los materiales depositados del yacimiento de *El Parpantique*, así como en lo referente a la petición de fotografías o la consulta de la biblioteca.

Los responsables del Museo de Zamora nos facilitaron el acceso a la colección de Otero de Sariegos. Dña. Ana Viñé y Dña. Mónica Salvador de la empresa Proexco s.c.l. responsables de la ejecución de los trabajos de campo y de los primeros estudios de ese yacimiento, tuvieron la amabilidad de comentar distintos aspectos sobre estos materiales.

TRATAMIENTO DE MATERIALES: D. Víctor Fernández y D. Gisleno Fernández, de la Universidad Complutense, realizaron la aplicación informática *Toronjo* para el catálogo descriptivo y análisis estadístico del material cerámico de los yacimientos excavados.

Dña. Monserrat Ballano, Dña. Ana Lafuente, Dña. Marimar San Juan, Dña. María Negro y D. Oscar Almajano colaboraron en la reconstrucción y clasificación del material cerámico.

OTRA INFORMACIÓN: D. José A. Rodríguez Marcos nos facilitó el acceso a su tesis doctoral entonces inédita así como a otros trabajos antes de su publicación, y diversa información, datos y opiniones referentes a los hallazgos de la Edad del Bronce en el Duero Medio, zona inmediata a la del presente estudio.

D. Iñigo García del Instituto Arcadia de la Fundación General de la Universidad de Valladolid nos ayudó con la aplicación informática de calibración de análisis de C₁₄.

D. Antonio Blanco nos facilitó diversa información referida a los análisis estadísticos y al acceso a los programas informáticos utilizados para ello.

PRESENTACIÓN DE LOS DATOS

Dibujos de los materiales: D. Javier del Campo y Dña. Lidia del Campo.

Fotografía de los materiales: D. Alejandro Plaza del Museo Numantino.

Inventarios yacimientos: Dña. Felicidad Carretero

Digitalización y tratamiento informático de las imágenes: D. J. Pedro Benito de Areco, s. l.

Sistemas de Información Geográfica: D. J. Pedro Benito y D. Carlos Taberero de Areco, s. l.

Ilustraciones: D. José Ramón Almeida de Sercam, s.c.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
1 ENUNCIADO DE LA PROPUESTA Y DESARROLLO DE LA TESIS.....	17
1.1 Planteamiento inicial.....	17
1.2 Estado de la cuestión	18
1.2.1 Un breve apunte sobre la secuencia de la Edad del Bronce en la Península Ibérica.....	18
1.2.2 La construcción historiográfica de la secuencia de la Edad del Bronce en la Submeseta Norte.....	19
1.3 Hipótesis del trabajo y objetivos de la tesis.....	24
1.4 Metodología y desarrollo del trabajo.....	26
2 MARCO GEOGRÁFICO DEL ESTUDIO.....	31
3 EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO.....	35
3.1 Catálogo de yacimientos	36
3.1.1 Yacimientos con más de una atribución.....	44
3.1.2 Clasificación de los yacimientos por usos.....	45
3.1.3 El entorno de los yacimientos.....	46
3.1.4 Condiciones geográficas de los emplazamientos.....	47
3.1.5 Extensión de los yacimientos	48
3.1.6 Consideraciones sobre las características de los yacimientos incluidos en el estudio.....	49
3.2 Los yacimientos excavados.....	61
3.2.1 <i>El Parpantique</i> de Balluncar	63
3.2.1.1 Situación y características del yacimiento.....	63
3.2.1.2 Metodología de la intervención.....	64
3.2.1.3 Estratigrafía y estructuras constructivas.....	67
3.2.1.4 Materiales constructivos	80
3.2.1.5 La cerámica	83
3.2.1.6 La industria lítica.....	99
3.2.1.7 La industria ósea y metálica	102
3.2.1.8 Análisis radiocarbónicos	102
3.2.1.9 Reconstrucción ambiental	103
3.2.2 <i>Los Torojones</i> de Morcuera.....	107
3.2.2.1 Situación y características del yacimiento.....	107
3.2.2.2 Metodología de intervención.....	109
3.2.2.3 Estratigrafía y estructuras constructivas.....	111
3.2.2.4 Materiales constructivos	123
3.2.2.5 La cerámica	126
3.2.2.6 La Industria lítica.....	135
3.2.2.7 La industria ósea y metálica	136
3.2.2.8 Análisis radiocarbónicos	137
3.2.3 <i>El Pico de Los Cotorros</i> de Langa de Duero.....	139
3.2.3.1 Situación y características del yacimiento.....	139
3.2.3.2 Metodología de intervención.....	139
3.2.3.3 Estratigrafía y estructuras constructivas.....	139
3.2.3.4 La cerámica	140
3.2.3.5 El material lítico.....	143
3.2.3.6 Restos faunísticos.....	144
3.2.3.7 Análisis radiocarbónicos	144
3.2.4 <i>El Pico Romero</i> de Santa Cruz de la Salceda	145
3.2.4.1 Situación y características del yacimiento.....	145
3.2.4.2 Metodología de intervención.....	146
3.2.4.3 Estratigrafía y estructuras constructivas.....	147
3.2.4.4 La cerámica	148
3.2.4.5 El material lítico.....	149
3.2.4.6 Industria ósea y metálica	150
3.2.4.7 Análisis radiocarbónicos	150
3.2.4.8 Reconstrucción medioambiental.....	151
4 EL MARCO CRONOLÓGICO DEL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO	153
4.1 Dataciones radiocarbónicas de los yacimientos excavados.....	153
4.2 Dataciones significativas de los yacimientos en la Submeseta Norte.....	154
4.3 El marco cronológico del Bronce Antiguo en el Alto Duero.....	163

5 EL POBLAMIENTO DURANTE EL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO	169
5.1 Análisis del vecino más próximo (Nna)	170
5.2 Polígonos de Voronoi	172
5.3 Análisis del tamaño de los yacimientos.....	176
5.4 Análisis de visuales de los yacimientos.....	178
5.3-1 Los yacimientos atribuidos al Bronce Antiguo.....	179
5.3.2 Los yacimientos con atribución Campaniforme	188
5.3.3 Los yacimientos atribuidos al Bronce Medio	193
5.5 Reflexiones sobre el poblamiento durante el Bronce Antiguo en el Alto Duero.....	198
6 EL HÁBITAT DURANTE EL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO	205
6.1 Los poblados	205
6.2 Las cabañas	208
6.2.1 La vivienda en los yacimientos del Bronce Antiguo en el Alto Duero.....	208
6.2.2 Otras viviendas en el oriente de la Submeseta Norte durante la Prehistoria Reciente.....	213
6.2.3 Una comparativa de las unidades de habitación de la Meseta y el valle del Ebro.....	216
6.3 Los silos.....	220
6.3.1 Testimonios en los yacimientos del Bronce Antiguo en el Alto Duero	220
6.3.2 Comparativa de las estructuras de almacenaje en el interior peninsular durante la prehistoria reciente	222
6.4 Otras estructuras: ¿un barrero?	229
6.5 Consideraciones sobre el hábitat durante el Bronce Antiguo en Alto Duero	230
7 EQUIPAMIENTO DOMÉSTICO: EL INSTRUMENTAL	235
7.1 La cerámica	235
7.1.1 Caracterización de la muestra	236
7.1.2 Características morfológicas	239
7.1.3 Características tipológicas	244
7.1.4 Características decorativas	256
7.2 El material lítico	264
7.3 El material óseo	266
7.4 El material metálico	267
8 PALEOECONOMÍA Y SUBSISTENCIA. LA INCIDENCIA EN EL PAISAJE	269
9 EL MUNDO DE LAS CREENCIAS: LA DIMENSIÓN FUNERARIA Y LAS EVIDENCIAS SIMBÓLICAS EN EL BRONCE ANTIGUO	275
10 CONCLUSIONES: EL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO	281
10.1 Propuesta de secuencia crono-cultural para el inicio de la Edad de Bronce en el Alto Duero	281
10.2 La ocupación del territorio en el Alto Duero durante el Bronce Antiguo	286
10.3 Cultura material y modos de vida de las gentes del Horizonte Parpantique.....	289
10.4 El Horizonte Parpantique: un paisaje agrario en el Alto Duero durante el Bronce Antiguo	295
BIBLIOGRAFÍA	299
LÁMINAS	311
ANEXOS	323
Anexo 1 Catálogo de yacimientos arqueológicos.....	325
Anexo 2 Inventario de los materiales recuperados en <i>El Parpantique</i> de Balluncar (Soria).....	367
Anexo 3 Reproducción de los materiales de <i>El Parpantique</i> de Balluncar (Soria)	409
Anexo 4 Resultados de los análisis de C14 del yacimiento de <i>El Parpantique</i> de Balluncar (Soria)	455
Anexo 5 Análisis polínico del yacimiento de <i>El Parpantique</i> (Balluncar, Soria).....	459
Anexo 6 Estudio de los restos vegetales del yacimiento de	467
<i>El Parpantique</i> , Balluncar (Soria)	467
Anexo 7 Análisis antropológico de <i>Cueva la Maja</i> (Cabrejas de Pinar) y <i>El Parpantique</i> (Balluncar) Soria.....	471
Anexo 8 informe de la prospección geofísica en el yacimiento de <i>Los Torojones</i> de Morcuera (Soria)	477
Anexo 9 Inventario de los materiales recuperados en <i>Los Torojones</i> de Morcuera (Soria):	491
Anexo 10 Reproducción de los materiales de <i>Los Torojones</i> de Morcuera (Soria).....	509
Anexo 11 Resultados de los análisis de C14 del yacimiento de <i>Los Torojones</i> de Morcuera.....	537

FIGURAS

FIGURA 1	ESQUEMA SINÓPTICO DE LA SECUENCIA CRONO-CULTURAL DE LA EDAD DEL BRONCE EN LA SUBMESETA NORTE.....	25
FIGURA 2	COMARCAS HIDROGRÁFICAS DEFINIDAS POR LA CONFEDERACIÓN HIDROGRÁFICA DEL DUERO, SOBRE EL PERFIL DE LA COMUNIDAD DE CASTILLA Y LEÓN. FUENTE CHD.....	32
FIGURA 3	DETALLE DE LA ZONA DE ESTUDIO DEL ALTO DUERO Y LOCALIZACIÓN DE LA SOBRE EL MAPA DE LA COMUNIDAD DE CASTILLA Y LEÓN.....	33
FIGURA 4	SUPERFICIE DEL ÁREA DE ESTUDIO CON INDICACIÓN EN KM ² DEL TERRITORIO AFECTADO EN CADA UNA DE LAS PROVINCIAS.....	37
FIGURA 5	DENSIDAD DE HALLAZGOS POR MUNICIPIO EN LA ZONA DEL ALTO DUERO, CON LAS ADSCRIPCIONES EN ESTUDIO.....	38
FIGURA 6	LOCALIZACIÓN DE LOS SITIOS DEL ALTO DUERO INCLUIDOS EN EL IACYL CON ALGUNA DE LAS SIGUIENTES ATRIBUCIONES:.....	39
FIGURA 7	NÚMERO DE YACIMIENTOS Y HALLAZGOS AISLADOS EN EL ALTO DUERO (A PARTIR DEL IACYL).....	40
FIGURA 8	NÚMERO DE YACIMIENTOS Y DE ATRIBUCIONES EN EL ALTO DUERO INCLUIDAS EN EL ESTUDIO (A PARTIR DEL IACYL).....	41
FIGURA 9	DENSIDAD DE ATRIBUCIONES POR KM ² EN EL TERRITORIO DEL ALTO DUERO PARA LOS YACIMIENTOS EN ESTUDIO (A PARTIR DEL IACYL).....	41
FIGURA 10	NÚMERO DE ATRIBUCIONES DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO ESTUDIADOS CON DETALLE DE LA ETAPA Y EL TERRITORIO (A PARTIR DEL IACYL).....	42
FIGURA 11	NÚMERO DE ATRIBUCIONES DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO ESTUDIADOS SEGÚN EL GRADO DE CONFIANZA.....	42
FIGURA 12	NÚMERO DE ATRIBUCIONES DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO ESTUDIADOS.....	43
FIGURA 13	NÚMERO DE ATRIBUCIONES CATALOGADAS COMO POSIBLE O SEGURA Y AGRUPADAS POR SU ADSCRIPCIÓN CRONO-CULTURAL.....	43
FIGURA 14	ATRIBUCIONES QUE SE CONSIGNAN COMO SEGURAS EN LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO SELECCIONADOS.....	44
FIGURA 15	NÚMERO DE ATRIBUCIONES ASOCIADAS EN LOS YACIMIENTOS SEGÚN SU ADSCRIPCIÓN. (A PARTIR DEL IACYL).....	45
FIGURA 16	REPRESENTACIÓN PORCENTUAL DE LAS ATRIBUCIONES ASOCIADAS EN LOS YACIMIENTOS SEGÚN SU ADSCRIPCIÓN. (A PARTIR DEL IACYL).....	45
FIGURA 17	UTILIZACIÓN ATRIBUIDA A LOS YACIMIENTOS INCLUIDOS EN EL ESTUDIO (A PARTIR DEL IACYL).....	45
FIGURA 18	PORCENTAJES DE YACIMIENTOS ESTUDIADOS QUE SE LOCALIZAN EN CUEVA SEGÚN SU ADSCRIPCIÓN. (A PARTIR DEL IACYL).....	45
FIGURA 19	YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO ATRIBUIDOS A LAS DISTINTAS ETAPAS CONSIDERADAS EN ESTE ESTUDIO.....	46
FIGURA 20	TIPOLOGÍA DE LOS CULTIVOS EN EL ENTORNO DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO ESTUDIADOS (A PARTIR DEL IACYL).....	46
FIGURA 21	LOCALIZACIÓN TOPOGRÁFICA DE LOS YACIMIENTOS ESTUDIADOS SEGÚN LAS TIPOLOGÍAS (A PARTIR DEL IACYL).....	47
FIGURA 22	SUPERFICIE DE LOS YACIMIENTOS EN HA (A PARTIR DEL IACYL).....	48
FIGURA 23	EXTENSIÓN DE LOS YACIMIENTOS SEGÚN LA ATRIBUCIÓN (A PARTIR DEL IACYL).....	48
FIGURA 24	SUPERFICIE EN HA DE LOS YACIMIENTOS SEGÚN LA ATRIBUCIÓN (A PARTIR DEL IACYL).....	49
FIGURA 25	DENSIDAD DE YACIMIENTOS POR KM ² EN EL ALTO DUERO SEGÚN LAS ETAPAS ESTUDIADAS.....	49
FIGURA 26	LOCALIZACIÓN DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO CON ATRIBUCIÓN CAMPANIFORME INCLUIDOS EN EL ESTUDIO.....	51
FIGURA 27	DETALLE DE LA LOCALIZACIÓN DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO CON ATRIBUCIÓN CAMPANIFORME VISTOS EN LA FIGURA 26.....	53
FIGURA 28	LOCALIZACIÓN DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO CON ATRIBUCIÓN DEL BRONCE ANTIGUO INCLUIDOS EN EL ESTUDIO.....	54
FIGURA 29	DETALLE DE LA LOCALIZACIÓN DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO CON ATRIBUCIÓN DEL BRONCE ANTIGUO VISTOS EN LA FIGURA 28.....	57
FIGURA 30	LOCALIZACIÓN DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO CON ATRIBUCIÓN DEL BRONCE MEDIO INCLUIDOS EN EL ESTUDIO.....	58
FIGURA 31	DETALLE DE LA LOCALIZACIÓN DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO CON ATRIBUCIÓN DEL BRONCE MEDIO VISTOS EN LA FIGURA 30.....	60
FIGURA 32	YACIMIENTO DEL ALTO DUERO ATRIBUIDOS AL BRONCE INICIAL Y LOS EXCAVADOS.....	61
FIGURA 33	LOCALIZACIÓN DEL YACIMIENTO DE EL PARPANTIQUE, SOBRE DETALLE DEL MTN 1:25.000.....	63
FIGURA 34	ALTO DE EL PARPANTIQUE. ÁREAS DE EXCAVACIÓN.....	65
FIGURA 35	ALTO DE EL PARPANTIQUE. ÁREAS DE EXCAVACIÓN POR CAMPAÑAS, SOMBRREADA LA DE 1985 Y EN BLANCO LA DE 1987.....	66
FIGURA 36	DETALLE DE LA PLANTA DEL CORTE 1. NIVEL SUPERIOR.....	68
FIGURA 37	SECCIÓN CORTE 1 CON LA SECUENCIA ESTRATIGRÁFICA.....	69
FIGURA 38	PLANTA Y SECCIÓN LONGITUDINAL FINAL DEL CORTE 1. NIVEL INFERIOR.....	70
FIGURA 39	ESQUEMA INTERPRETATIVO DE LA CABAÑA DEL CORTE 1, CON INDICACIÓN DE LOS MUROS PERIMETRALES (COLOR CLARO), MURO INTERIOR Y HOGAR.....	71
FIGURA 40	PLANTA DEL CORTE 2. NIVEL SUPERIOR.....	72
FIGURA 41	PLANTA DEL CORTE 2. NIVEL INFERIOR.....	73
FIGURA 42	ESQUEMA INTERPRETATIVO DE LA CABAÑA DEL CORTE 2, CON INDICACIÓN DEL MURO INTERIOR Y HOGAR.....	74
FIGURA 43	PLANTA CORTE 4. NIVEL INFERIOR Y ÚNICO.....	76
FIGURA 44	RECONSTRUCCIÓN DE LA SECCIÓN DEL HOGAR DEL CORTE 4.....	77
FIGURA 45	ESQUEMA INTERPRETATIVO DE LA CABAÑA DEL CORTE 3.....	77
FIGURA 46	PLANTA DEL CORTE 5. NIVEL ÚNICO.....	78
FIGURA 47	SECCIONES DEL CORTE 5.....	79
FIGURA 48	TIPOLOGÍA DE LOS FRAGMENTOS DE BARRO CON HUELLAS VEGETALES RECUPERADOS EN LAS EXCAVACIONES DEL ALTO DE PARPANTIQUE Y LOS TOROJONES.....	82
FIGURA 49	RECONSTRUCCIÓN DE LA SECCIÓN DE UN SILO.....	82
FIGURA 50	RELLENO CON BARRO DE LOS ENTRAMADOS.....	82
FIGURA 51	DISTRIBUCIÓN DE LOS FRAGMENTOS DE BARRO. FORMA 1: ROJO; 2: AZUL; 3 AMARILLO; 4 VERDE.....	83
FIGURA 52	MATERIALES RECUPERADOS EN LA EXCAVACIÓN DE EL PARPANTIQUE.....	85
FIGURA 53	TÉCNICAS DE FABRICACIÓN DE LA CERÁMICA DE EL PARPANTIQUE.....	85
FIGURA 54	RECONSTRUCCIÓN Y CLASIFICACIÓN DE LOS FRAGMENTOS.....	85
FIGURA 55	TIPOLOGÍA DE LOS FRAGMENTOS CERÁMICOS DIFERENCIADOS EN EL PARPANTIQUE.....	85
FIGURA 56	TABLA DE FORMAS CERÁMICAS DE EL PARPANTIQUE.....	88
FIGURA 57	ÍNDICE DE PROPORCIONALIDAD DE LOS DISTINTOS TIPOS CERÁMICOS DIFERENCIADOS EN EL PARPANTIQUE.....	90
FIGURA 58	PORCENTAJES DE REPRESENTACIÓN DE LAS DISTINTAS FORMAS CERÁMICAS DIFERENCIADAS EN EL PARPANTIQUE.....	91
FIGURA 59	AGRUPACIÓN SEGÚN EL DIÁMETRO DEL BORDE DE LOS VASOS Y TIPOS CERÁMICOS DE EL PARPANTIQUE.....	91
FIGURA 60	TIPOS O VARIANTES DE FONDOS O BASES DE EL PARPANTIQUE.....	93
FIGURA 61	CLASIFICACIÓN POR TIPOS DE LAS BASES O FONDOS RECUPERADOS EN EL PARPANTIQUE.....	94
FIGURA 62	DENSIDAD DE HALLAZGOS CERÁMICOS POR CUADROS EXCAVADOS EN EL PARPANTIQUE.....	95
FIGURA 63	LOCALIZACIÓN DE LAS CERÁMICAS TORNEADAS HALLADAS EN LOS NIVELES ARQUEOLÓGICOS.....	96

FIGURA 64	DISTRIBUCIÓN DE LAS CERÁMICAS HECHAS A MANO.	96
FIGURA 65	DISTRIBUCIÓN DE LAS CERÁMICAS DECORADAS Y FORMAS ASOCIADAS.	97
FIGURA 66	ÍNDICES DE RELACIÓN ENTRE CUADROS CONSIDERANDO LA RECONSTRUCCIÓN CERÁMICA.	98
FIGURA 67	REPRESENTACIÓN DE LOS CUADROS QUE CONTIENEN FRAGMENTOS DE UNA MISMA PIEZA CERÁMICA.	98
FIGURA 68	DISTRIBUCIÓN DE DISTINTOS MATERIALES LÍTICOS.	101
FIGURA 69	LOCALIZACIÓN DE LAS MUESTRAS DE CARBÓN.	103
FIGURA 70	LOCALIZACIÓN DE LAS MUESTRAS PARA ANÁLISIS POLÍNICO.	104
FIGURA 71	SITUACIÓN DEL YACIMIENTO DE <i>Los TOROJONES</i> DE MORCUERA.	107
FIGURA 72	PLANO TOPOGRÁFICO DEL CERRO DE <i>Los TOROJONES</i> .	108
FIGURA 73	ÁREAS DE ALTERACIÓN DE LA PROSPECCIÓN GEOELÉCTRICA SEGÚN PUCHE, MANSILLA E IRAIZOZ.	110
FIGURA 74	<i>Los TOROJONES</i> . PLANTA CON LAS ÁREAS O CORTES DE LA EXCAVACIÓN.	112
FIGURA 75	PLANTA DEL CORTE 2. NIVEL SUPERIOR. HUELLAS DE ARADA.	113
FIGURA 76	PLANTA DEL CORTE 2. NIVEL INFERIOR Y ÚLTIMO.	113
FIGURA 77	SECCIONES DEL CORTE 2.	114
FIGURA 78	SECCIÓN DE LA LIMPIEZA DEL POZO CLANDESTINO.	115
FIGURA 79	PLANTA DE LA EXCAVACIÓN DEL CORTE 3.	116
FIGURA 80	<i>Los TOROJONES</i> . SECCIÓN DE LOS POZOS O SILOS DEL CORTE 3.	117
FIGURA 81	SECCIÓN RECONSTRUIDA DE LOS SILOS DEL CORTE 3.	118
FIGURA 82	CORTE 4 ÁREA ORIENTAL.	118
FIGURA 83	CORTE 4 ESPACIO OCCIDENTAL. NIVEL SUPERIOR.	119
FIGURA 84	CORTE 4 ESPACIO OCCIDENTAL. NIVEL INFERIOR.	120
FIGURA 85	SECCIÓN DEL CORTE 4 CON DETALLE DE LA PLANTA DE LA CABAÑA.	121
FIGURA 86	ELEMENTOS ESTRUCTURALES DE LA CABAÑA Y PROBABLE ALINEACIÓN DE LAS PAREDES.	122
FIGURA 87	DISTRIBUCIÓN DE LOS FRAGMENTOS DE BARRO. TIPO I: ROJO; II: AZUL; III: NEGRO Y IV: VERDE.	124
FIGURA 88	DETALLE DE LA DISTRIBUCIÓN DE LOS FRAGMENTOS DE BARRO EN EL CORTE 4.	125
FIGURA 89	DETALLE DE LA PROPUESTA DE UTILIZACIÓN DEL TIPO III DE LOS ELEMENTOS DE BARRO EN <i>Los TOROJONES</i> .	126
FIGURA 90	TIPOLOGÍA DE LOS MATERIALES RECUPERADOS EN <i>Los TOROJONES</i> .	126
FIGURA 91	TÉCNICAS DE FABRICACIÓN DE LA CERÁMICA DE <i>Los TOROJONES</i> .	126
FIGURA 92	RECONSTRUCCIÓN Y CLASIFICACIÓN DE LAS CERÁMICAS DE <i>Los TOROJONES</i> .	127
FIGURA 93	TIPOLOGÍA DE LOS FRAGMENTOS CERÁMICOS DIFERENCIADOS EN <i>Los TOROJONES</i> .	127
FIGURA 94	TABLA DE LAS FORMAS CERÁMICAS DE <i>Los TOROJONES</i> .	128
FIGURA 95	REPRESENTACIÓN DE LOS PORCENTAJES DE LAS FORMAS CERÁMICAS DIFERENCIADAS EN <i>Los TOROJONES</i> .	129
FIGURA 96	AGRUPACIÓN DE LOS TIPOS CERÁMICOS DE <i>Los TOROJONES</i> ATENDIENDO AL DIÁMETRO DEL BORDE.	130
FIGURA 97	DENSIDAD DE HALLAZGOS CERÁMICOS DE <i>Los TOROJONES</i> .	132
FIGURA 98	DISTRIBUCIÓN DE LA CERÁMICA TORNEADA.	133
FIGURA 99	DISTRIBUCIÓN DE LAS CERÁMICAS REALIZADAS A MANO.	134
FIGURA 100	DETALLE DE LA DISTRIBUCIÓN DE LAS CERÁMICAS REALIZADAS A MANO.	134
FIGURA 101	REPRESENTACIÓN DE LOS ÍNDICES DE RELACIÓN ENTRE CUADROS CONSIDERANDO LA RECONSTRUCCIÓN CERÁMICA.	135
FIGURA 102	DISTRIBUCIÓN DE DISTINTOS MATERIALES EN NIVEL ARQUEOLÓGICO.	137
FIGURA 103	LOCALIZACIÓN DE LAS MUESTRAS RECOGIDAS PARA ANÁLISIS RADIOCARBÓNICOS.	138
FIGURA 104	LOCALIZACIÓN DEL YACIMIENTO DEL PICO LOS COTORROS.	139
FIGURA 105	PLANTA E INTERPRETACIÓN DE LA EXCAVACIÓN DEL PICO DE <i>Los COTORROS</i> (SEGÚN BENITO ET ALII, 2001).	141
FIGURA 106	TIPOLOGÍA DE FORMAS CERÁMICAS DEL PICO DE <i>Los COTORROS</i> (SEGÚN BENITO ET ALII, 2001).	142
FIGURA 107	GRUPOS CERÁMICOS DE <i>Los COTORROS</i> . AGRUPADOS SEGÚN FORMAS SIMPLES.	143
FIGURA 108	LOCALIZACIÓN DEL YACIMIENTO DE PICO ROMERO.	145
FIGURA 109	FORMAS CERÁMICAS RECONOCIDAS EN PICO ROMERO, AGRUPADOS EN LOS TIPOS QUE SE INDICAN.	149
FIGURA 110	LOCALIZACIÓN DE LOS SITIOS QUE DISPONEN DE FECHAS DE C ₁₄ Y SE INCLUYEN EN EL ESTUDIO.	155
FIGURA 111	RESULTADOS DE LOS ANÁLISIS DE C ₁₄ DEL VALLE DEL DUERO INCLUIDOS EN LA SELECCIÓN.	161
FIGURA 112	CALIBRACIÓN DE LAS FECHAS DE C ₁₄ CON DIFERENCIACIÓN DE LAS PROCEDENTES DE LOS YACIMIENTOS DEL ALTO DUERO EN LOS QUE SE CENTRA EL ESTUDIO.	162
FIGURA 113	GRÁFICA SECUENCIAL DE LAS FECHAS CALIBRADAS.	164
FIGURA 114	SECUENCIA CRONOLÓGICA PARA EL ALTO DUERO A PARTIR DE LAS FECHAS COMBINADAS.	166
FIGURA 115	RESULTADOS DEL TEST DE VECINO MÁS PRÓXIMO (NNA) APLICADO A LA DISTRIBUCIÓN DE LOS YACIMIENTOS INCLUIDOS EN EL ESTUDIO, OBTENIDOS CON LA APLICACIÓN INFORMÁTICA CRIMESTAT III.	171
FIGURA 116	REPRESENTACIÓN DE ÁREAS APLICANDO EL MODELO DE POLÍGONOS DE VORONOI A LAS AGRUPACIONES DE ATRIBUCIONES CAMPANIFORME, BRONCE ANTIGUO Y BRONCE MEDIO, EN ESE ORDEN.	173
FIGURA 117	REPRESENTACIÓN DE ÁREAS APLICANDO EL MODELO DE POLÍGONOS DE VORONOI AL GRUPO DE ATRIBUCIONES DEL BRONCE ANTIGUO Y LOS SUBCONJUNTOS DERIVADOS DEL MISMO, LOS YACIMIENTOS EN ALTURA Y EN CERRO DESTACADO, EN ESE ORDEN.	174
FIGURA 118	DETALLE DE LA ZONA CENTRAL DEL ÁREA DE ESTUDIO, CON LA DISTRIBUCIÓN DE LOS YACIMIENTOS DEL BRONCE ANTIGUO Y LOS SUBCONJUNTOS DERIVADOS DEL MISMO, LOS YACIMIENTOS EN ALTURA Y EN CERRO DESTACADO, EN ESE ORDEN. 1 Los TOROJONES; 2 Los COTORROS; 3 PICO ROMERO.	175
FIGURA 119	EXTENSIÓN (APLICANDO AGRUPACIÓN POR LA MEDIA DE DESVIACIÓN ESTÁNDAR) DE ALGUNOS DE LOS YACIMIENTOS DEL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO. EN ROJO LOS EXCAVADOS.	177
FIGURA 120	DETALLE DE ÁREA CENTRAL DEL ALTO DUERO CON DETALLE DE LA EXTENSIÓN (SEGÚN RANGOS SEÑALADOS) DE LOS YACIMIENTOS DEL BRONCE ANTIGUO. EN ROJO LOS EXCAVADOS.	177
FIGURA 121	TAMAÑO DE LOS YACIMIENTOS INCLUIDOS EN EL ESTUDIO SEGÚN LA FICHA DEL IACYL. AGRUPACIONES EN HA.	178
FIGURA 122	PORCENTAJE DE FICHAS DE YACIMIENTOS QUE CARECEN DE INFORMACIÓN RELATIVA A LA EXTENSIÓN.	178
FIGURA 123	TAMAÑO DE LOS YACIMIENTOS SEGÚN SU ADSCRIPCIÓN Y AGRUPADOS EN RANGOS (HA).	178
FIGURA 124	DISTRIBUCIÓN DE LOS YACIMIENTOS CON ATRIBUCIÓN BRONCE ANTIGUO.	180

FIGURA 125 LOCALIZACIÓN DE LOS ENCLAVES CON ATRIBUCIÓN SEGURA BRONCE ANTIGUO SELECCIONADOS PARA EL ESTUDIO DE VISUALES.	180
FIGURA 126 ÁREA VISUAL DESDE EL CERRO DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (BALLUNCAR) CON RADIO DE 12 (FONDO OSCURO) Y 15 KM (FONDO CLARO).	181
FIGURA 127 ÁREA VISUAL DESDE EL CERRO DE <i>LOS TOROJONES</i> (MORCUERA).	182
FIGURA 128 ÁREAS VISUALES DESDE LOS YACIMIENTOS DE <i>EL TURRONERO</i> (PEÑALBA DE SAN ESTEBAN) Y EL <i>ALTO DE LOS TOROJONES</i> (MORCUERA).	182
FIGURA 129 ÁREAS VISUALES DESDE EL <i>PICO SANTILLANA</i> (LANGA DE DUERO) Y EL CERRO <i>EL TURRONERO</i> (PEÑALBA DE SAN ESTEBAN).	183
FIGURA 130 ÁREAS VISUALES DESDE EL <i>PICO DE LOS COTORROS</i> (LANGA DE DUERO) EN RELACIÓN CON LAS YA DESCRITAS DE <i>PICO SANTILLANA</i> Y <i>EL TURRONERO</i>	183
FIGURA 131 ÁREA VISUAL DE <i>PICO ROMERO</i> Y SU RELACIÓN CON LA DE <i>LOS COTORROS</i> Y <i>PICO SANTILLANA</i>	184
FIGURA 132 ÁREA VISUAL DE <i>LAS PERILLANAS</i> Y SU RELACIÓN CON LAS DE <i>PICO ROMERO</i> , <i>PICO LOS COTORROS</i> Y <i>PICO SANTILLANA</i>	184
FIGURA 133 ÁREAS VISUALES DE LOS YACIMIENTOS CON ATRIBUCIÓN DE BRONCE ANTIGUO LOCALIZADOS EN EL TÉRMINO DE SANTA CRUZ DE LA SALCEDA.	187
FIGURA 134 DETALLE DEL MAPA ANTERIOR CON LAS ÁREAS VISUALES DE LOS YACIMIENTOS QUE SE SEÑALAN.	187
FIGURA 135 DISTRIBUCIÓN DE LOS YACIMIENTOS CON ATRIBUCIÓN CAMPANIFORME.	189
FIGURA 136 LOCALIZACIÓN DE LOS ENCLAVES CON ATRIBUCIÓN SEGURA CAMPANIFORME SELECCIONADOS PARA EL ESTUDIO DE VISUALES.	189
FIGURA 137 TERRITORIO DE DOMINIO VISUAL DE <i>EL GUIJAR</i> (ALMAZÁN).	190
FIGURA 138 ÁREA VISUAL DEL ENCLAVE DEL <i>ALTO DE LA MESTA</i> (RENIEBLAS).	190
FIGURA 139 ÁREAS VISUALES DESDE LOS ENCLAVES DE <i>LA VIÑA</i> Y <i>LA FUENTE EL FRAILE II</i>	192
FIGURA 140 ÁREA VISUAL DEL ENCLAVE DE <i>EL HORNO</i> QUE SE AÑADE A LAS REFLEJADAS DE <i>LA VIÑA</i> Y <i>LA FUENTE EL FRAILE II</i>	192
FIGURA 141 DISTRIBUCIÓN DE LOS YACIMIENTOS CON ATRIBUCIÓN SEGURA AL BRONCE MEDIO.	194
FIGURA 142 LOCALIZACIÓN DE LOS ENCLAVES CON ATRIBUCIÓN SEGURA DEL BRONCE MEDIO SELECCIONADOS PARA EL ESTUDIO DE VISUALES.	194
FIGURA 143 ÁREAS VISUALES DE <i>LOS BALCONES II</i> Y <i>EL LANGOSTILLO</i>	196
FIGURA 144 ÁREAS VISUALES DEL CONJUNTO DE YACIMIENTOS SELECCIONADOS ENTRE LOS DE ATRIBUCIÓN DEL BRONCE MEDIO.	196
FIGURA 145 DETALLE DEL ÁREA VISUAL QUE DOMINAN LOS ENCLAVES DE <i>SAN PEDRO II</i> Y <i>LA CAÑADA</i>	197
FIGURA 146 ÁREA VISUAL DESDE <i>PICO VELLILLA</i> Y SU RELACIÓN CON EL RESTO DE ENCLAVES ATRIBUIDOS AL BRONCE MEDIO.	197
FIGURA 147 CUENCA DEL RÍO REJAS Y LOCALIZACIÓN DE LOS ENCLAVES CON ATRIBUCIÓN DEL <i>BRONCE ANTIGUO</i>	199
FIGURA 148 YACIMIENTOS ADSCRITOS AL BRONCE ANTIGUO Y LOS NÚCLEOS DE POBLACIÓN ACTUAL.	200
FIGURA 149 DIFERENCIACIÓN DE ESPACIOS TEÓRICOS QUE ENLOBA UNA TEÓRICA ÁREA VISUAL.	201
FIGURA 150 ÁREAS VISUALES. SUPERFICIES EN KM ²	201
FIGURA 151 PERFIL TOPOGRÁFICO DE LOS YACIMIENTOS ESTUDIADOS.	206
FIGURA 152 RECONSTRUCCIÓN ESQUEMÁTICA DE LA DISTRIBUCIÓN DE LAS CABAÑAS Y SILOS EN LOS YACIMIENTOS DE <i>LOS TOROJONES</i> Y <i>EL PARPANTIQUE</i>	208
FIGURA 153 SECUENCIA CONSTRUCTIVA DE LA CABAÑA DE <i>LOS TOROJONES</i> . PLANTA Y ALZADOS DE LA MISMA.	209
FIGURA 154 RECREACIÓN DE LA CONSTRUCCIÓN DE LA CABAÑA DEL CORTE 4 DE <i>LOS TOROJONES</i>	210
FIGURA 155 PROPUESTA DE PLANTA Y ALZADO DE LA CABAÑA 4 DE <i>EL PARPANTIQUE</i>	211
FIGURA 156 CARACTERÍSTICAS ESTRUCTURALES DE LAS CABAÑAS DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL ALTO DUERO.	215
FIGURA 157 RECONSTRUCCIONES IDEALIZADAS DE LAS SOLUCIONES DOCUMENTADAS PARA LA PROTECCIÓN DE LA BOCA DE LOS SILOS.	220
FIGURA 158 ESQUEMA IDEALIZADO DE LA CONSTRUCCIÓN Y UTILIZACIÓN DE LOS SILOS EN LOS POBLADOS DEL BRONCE ANTIGUO.	221
FIGURA 159 RECREACIÓN SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE UN SILO.	226
FIGURA 160 CAPACIDAD DE LOS POZOS O SILOS DE LOS YACIMIENTOS DE LA ZONA DE ESTUDIO.	228
FIGURA 161 RECREACIÓN DE UNA DE LAS INTERPRETACIONES, COMO POSIBLE BARRERO, DE LA ESTRUCTURA ADOSADA A LA CABAÑA DEL.	230
FIGURA 162 NÚMERO DE FRAGMENTOS CERÁMICOS MANUFACTURADOS EN CADA UNO DE LOS YACIMIENTOS EXCAVADOS.	237
FIGURA 163 PORCENTAJE DE FRAGMENTOS CERÁMICOS MANUFACTURADOS POR M ²	237
FIGURA 164 VOLUMEN DE FRAGMENTOS CERÁMICOS INVENTARIADOS.	237
FIGURA 165 PORCENTAJE DE FRAGMENTOS CERÁMICOS INVENTARIADOS.	238
FIGURA 166 DENSIDAD DE CERÁMICAS CON ADSCRIPCIÓN TIPOLÓGICA POR M ²	238
FIGURA 167 REPRESENTACIÓN DE LA RECONSTRUCCIÓN DE PIEZAS CERÁMICAS.	238
FIGURA 168 PORCENTAJE DE PIEZAS Y FORMAS CERÁMICAS DIFERENCIADAS.	239
FIGURA 169 TIPOLOGÍA DE LOS DISTINTOS FRAGMENTOS CERÁMICOS.	239
FIGURA 170 DATOS ESTADÍSTICOS DEL TRATAMIENTO Y COMPOSICIÓN DE LA CERÁMICA DE <i>EL PARPANTIQUE</i> Y <i>LOS TOROJONES</i>	240
FIGURA 171 TRATAMIENTO DE LAS SUPERFICIES CERÁMICAS.	240
FIGURA 172 TRATAMIENTO DE LA SUPERFICIE DE LA CERÁMICA DE CADA YACIMIENTO AGRUPADO POR FORMAS.	241
FIGURA 173 CLASIFICACIÓN POR TAMAÑOS DE LOS DESGRASANTES CERÁMICOS.	242
FIGURA 174 ASOCIACIÓN DE TAMAÑO DE DEGRADANTES Y FORMAS CERÁMICAS DE <i>PARPANTIQUE</i> (SUPERIOR) Y <i>TOROJONES</i> (INFERIOR).	242
FIGURA 175 PORCENTAJES DE PRESENCIA DE MATERIAL UTILIZADO COMO DEGRADANTES.	242
FIGURA 176 PORCENTAJE DE UTILIZACIÓN DE MATERIAL COMO DESGRASANTE AGRUPADOS POR LAS FORMAS CERÁMICAS.	244
FIGURA 177 AGRUPACIONES DE LAS FORMAS CERÁMICAS BÁSICAS RECONOCIDAS.	246
FIGURA 178 PORCENTAJES DE FORMAS TIPOLÓGICAS EN LOS CONJUNTOS DEL HORIZONTE LOS CERCADOS, AGRUPADOS SOBRE LOS TIPOS SEÑALADOS.	246
FIGURA 179 REPRESENTACIÓN DE LAS FORMAS CERÁMICAS DE <i>EL VENTORRO</i> , A PARTIR DE PRIEGO Y QUERO 1992, REAGRUPANDO PORCENTAJES SOBRE TOTAL DE LA VAJILLA LISA.	247
FIGURA 180 REPRESENTACIÓN DE LAS FORMAS CERÁMICAS DE <i>PICO CASTRO</i> , A PARTIR DE RODRÍGUEZ MARCOS (2008).	248
FIGURA 181 REPRESENTACIÓN DE LAS FORMAS CERÁMICAS DE SANTIESTE AGRUPADAS A PARTIR DE VIÑÉ, 1993 Y DELIBES <i>ET ALII</i> , 1998).	249
FIGURA 182 REPRESENTACIÓN DE TIPOS CERÁMICOS DE LA <i>CUEVA LA MAJA</i> . ARRIBA CON HALLAZGOS DE LA <i>SALA</i> , DEBAJO JUNTOS LOS DE LA <i>SALA</i> Y EL <i>CAMARÍN</i>	249
FIGURA 183 REPRESENTACIÓN DE LAS FORMAS CERÁMICAS DEL ÁREA DEL POBLADO DE <i>LOS TOLMOS</i> (A PARTIR DE JIMENO, 1984).	250
FIGURA 184 REPRESENTACIÓN DE LAS VARIANTES TIPOLÓGICAS CERÁMICAS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> , IZQUIERDA, Y <i>LOS TOROJONES</i> , DERECHA.	251
FIGURA 185 PORCENTAJE DE PRESENCIA DE LAS FORMAS GLOBULARES.	252

FIGURA 186 FORMAS CARENADAS. B1 CORRESPONDE A LAS CARENAS DISPUESTAS DESDE EL MEDIO AL TERCIO INFERIOR DEL VASO, MIENTRAS QUE B2 IDENTIFICA LAS LOCALIZADAS EN EL TERCIO SUPERIOR.	252
FIGURA 187 PORCENTAJE DE PRESENCIA DE LAS FORMAS CARENADAS.	252
FIGURA 188 PORCENTAJE DE PRESENCIA DE LAS FORMAS ABIERTAS.	253
FIGURA 189 PORCENTAJE DE PRESENCIA DE CUENCOS HEMISFÉRICOS.	253
FIGURA 190 PORCENTAJE DE PRESENCIA DE LAS FORMAS DE PERFIL EN "S"	254
FIGURA 191 PORCENTAJE DE TIPOS DE LAS FORMAS EN "S"	254
FIGURA 192 PROPUESTA DE ADSCRIPCIÓN FUNCIONAL DE LOS TIPOS CERÁMICOS.	255
FIGURA 193 PORCENTAJE DE LAS CERÁMICAS DECORADAS Y LISAS.	257
FIGURA 194 PORCENTAJES DE TÉCNICAS DECORATIVAS APLICADAS.	258
FIGURA 195 PORCENTAJES DE LAS TÉCNICAS DECORATIVAS INDIVIDUALIZADAS.	260
FIGURA 196 PROPUESTA DE SECUENCIA CRONO-CULTURAL DEL III AL II MILENIO AC PARA EL ALTO DUERO Y SU REFLEJO EN LA SUBMESETA NORTE.	285
FIGURA 197 RECONSTRUCCIÓN PAISAJISTA DE LA LOCALIZACIÓN DEL POBLADO DE DE <i>EL PARPANTIQUE</i>	286
FIGURA 198 RECONSTRUCCIÓN DEL PAISAJE DE LOS TOROJONES	288
FIGURA 199 RECONSTRUCCIÓN DE UNA VISTA DEL INTERIOR DEL POBLADO DE <i>LOS TOROJONES</i>	290
FIGURA 200 INDICIOS DE ACTIVIDADES ECONÓMICAS DOCUMENTADAS EN LOS POBLADOS EXCAVADOS	292
FIGURA 201 RECONSTRUCCIÓN DEL POBLADO DE LOS TOROJONES	293
FIGURA 202 RECONSTRUCCIÓN DE LA ESTANCIA INTERIOR DE LA CABAÑA DEL CORTE 4 DE <i>EL PARPANTIQUE</i>	294
FIGURA 203 RECONSTRUCCIÓN DE UNA VISTA DEL INTERIOR DEL POBLADO DE <i>EL PARPANTIQUE</i>	296

LÁMINAS

LÁMINA 1 VISTA DESDE LA LLANADA ADNAMANTINA DEL ALTO DE <i>EL PARPANTIQUE</i>	64
LÁMINA 2 VISTA DEL ALTO DE <i>EL PARPANTIQUE</i> DESDE LA SIERRA DE HONTALVILLA.	64
LÁMINA 3 SILOS APARECIDOS EN <i>EL PARPANTIQUE</i> . FOTO: M. NUMANTINO.	80
LÁMINA 4 VISTA DE LOS CERROS DE <i>LOS TOROJONES</i> DESDE LA LLANADA NORTE, APRECIÁNDOSE EN PRIMER TÉRMINO LOS LECHOS SECOS DE ANTIGUOS CAUCES.	108
LÁMINA 5 EL CERRO DE <i>LOS TOROJONES</i> , DESDE LAS ESTRIBACIONES DE LOS ALTOS DE MORCUERA.	109
LÁMINA 6 VISTA DEL PICO DE <i>LOS COTORROS</i> DESDE EL PÁRAMO, AL FONDO EL VALLE DEL DUERO. FOTOGRAFÍA ARECO.	140
LÁMINA 7 LIENZO CAÍDO DEL REVOCO DE LA PARED LATERAL. FOTO ARECO.	140
LÁMINA 8 VISTAS DE PICO ROMERO DESDE EL NOROESTE Y SURESTE, A SUS PIES EL VALLE DEL ARROYO DE LA NAVA. FOTOGRAFÍA ARATIKOS ARQUEÓLOGOS.	146
LÁMINA 9 CONJUNTO REPRESENTATIVO DE LAS CERÁMICAS DE EL PARPANTIQUE. ARCHIVO M. NUMANTINO FOTO A. PLAZA.	251
LÁMINA 10 PANORÁMICA DEL CERRO DE EL PARPANTIQUE DE BALLUNCAR, DESDE LA LLANADA Y DESDE LA SIERRA DE HONTALVILLA.	311
LÁMINA 11 VISTA DEL CERRO DE <i>EL PARPANTIQUE</i> , CERRO TESTIGO QUE DESTACA DE LA SIERRA DE HONTALVILLA.	311
LÁMINA 12 PANORÁMICAS DEL CERRO DE <i>LOS TOROJONES</i> DE MORCUERA, DESDE LA LLANADA Y VISTAS DESDE EL MISMO.	312
LÁMINA 13 VISTA MERIDIONAL DESDE EL CERRO DE <i>LOS TOROJONES</i> , EN PRIMER TÉRMINO DE LA SIERRA DE MORCUERA Y AL FONDO LA SIERRA DE GUADARRAMA.	312
LÁMINA 14 VISTA DESDE <i>LOS TOROJONES</i> DE LA PLATAFORMA QUE SE ABRE AL VALLE DEL DUERO, AL FONDO Y EN DETALLE EL YACIMIENTO DE <i>EL TURRONERO</i> DE PEÑALBA DE SAN ESTEBAN.	313
LÁMINA 15 DETALLE DE LA CARA INTERIOR DEL REVOCO DE LA CABAÑA DE <i>LOS COTORROS</i> . FOTO ARECO.	314
LÁMINA 16 DETALLE DE HOYOS PARA POSTES EN <i>LOS COTORROS</i> . FOTO ARECO.	314
LÁMINA 17 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P) Y <i>LOS TOROJONES</i> (M). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	315
LÁMINA 18 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	316
LÁMINA 19 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P) Y <i>LOS TOROJONES</i> (M). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	317
LÁMINA 20 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	318
LÁMINA 21 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P) Y <i>LOS TOROJONES</i> (M). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	319
LÁMINA 22 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	320
LÁMINA 23 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P) Y <i>LOS TOROJONES</i> (M). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	321
LÁMINA 24 MATERIALES CERÁMICOS DE <i>EL PARPANTIQUE</i> (P). FOTO A. PLAZA. MUSEO NUMANTINO.	322

PRESENTACIÓN

A mediados de la década de los años ochenta coincidía la publicación de los resultados de distintos trabajos de excavación arqueológica en yacimientos del oriente de la Submeseta Norte: los del poblado de *Los Tolmos* de Caracena, los de la cueva del Asno; y otros próximos, *el Castro* de Cogeces del Monte o *la Cueva* de Arevalillo. La similitud y complementariedad de los resultados permitió caracterizar la etapa plena de la Edad del Bronce en el interior peninsular, configurando la fase formativa del complejo Cogotas I.

Por entonces comenzamos a revisar los materiales arqueológicos localizados en yacimientos de la provincia de Soria que se atribuían a la Edad del Bronce y, coincidiendo en el tiempo, nos embarcábamos, con otros compañeros del entonces Departamento de Prehistoria e Historia Antigua del Colegio Universitario de Soria y bajo la dirección de Alfredo Jimeno, en la tarea de completar la Carta Arqueológica de Soria publicada por Taracena.

En aquellas exploraciones se individualizaron una serie de enclaves con repetida posición topográfica destacada que ofrecían, en superficie, abundantes fragmentos cerámicos de aspecto cuidado, alternando los de superficies lisas con otros que mostraban aplicaciones plásticas muy llamativas. También se recogía, ocasionalmente y de forma minoritaria, algún fragmento con decoración incisa, tanto en el exterior como en el interior del borde. Junto a la cerámica, algunos elementos líticos denticulados y, reiteradamente, muelas de molienda de tipo barquiforme constituían el bagaje material complementario. Estas características hacían presuponer que corresponderían a conjuntos muy próximos a los de la etapa formativa del primer Cogotas, si bien la ausencia o rareza de la rica decoración incisa que caracterizaba a las vasijas de ese momento y la simplicidad y reiteración de las formas cerámicas, hicieron sospechar su adscripción a una etapa ligeramente más antigua.

Esta hipótesis de partida fue el detonante para conformar la tesis que pretendemos defender en este trabajo académico. Determinar la existencia de un nuevo horizonte que quedaría encuadrado cronológicamente por la fase final Calcolítica, caracterizada por la presencia del campaniforme, y la fase formativa del grupo Cogotas, esto es, en el tránsito del III al II milenio AC.

Para disponer de datos con los que argumentar y respaldar esta tesis, efectuamos excavaciones arqueológicas en alguno de los yacimientos más significativos del Alto Duero: en *el alto de El Parpantique* de Balluncar y en *el cerro de Los Torojones* de Morcuera. Estos trabajos y otras excavaciones, como la de cueva *La Maja* de Cabrerías del Pinar, permitieron contextualizar los conjuntos y disponer de fechas absolutas.

Mediada la década de los años noventa, la Junta de Castilla y León inició un ambicioso proyecto para completar el *Inventario Arqueológico* de la Comunidad que deparó el descubrimiento de nuevos enclaves y hallazgos con los que referenciar los datos aportados por las excavaciones referidas y las efectuadas en otros yacimientos similares. Todos estos proyectos, los de excavación y los de prospección, fueron sufragados por la citada institución regional con cargo a distintos programas de intervención arqueológica.

Con los datos procedentes de ambos registros creemos estar en disposición de argumentar, contrastar y demostrar la hipótesis antedicha. El trabajo se inicia, precisamente, enunciando la propuesta de partida, analizando el estado de la cuestión y la metodología aplicada para el desarrollo del estudio (capítulo 1). Inmediatamente después se define el marco geográfico en el que referenciar los datos (capítulo 2), lo que permite abordar la presentación y análisis de los testimonios disponibles (capítulo 3) que se agrupan en dos amplios conjuntos: los derivados de la prospección arqueológica y los deparados por las excavaciones de cuatro poblados, tres de ellos inéditos: los dos ya señalados, el también soriano del pico de *Los Cotorros* de Langa de Duero; y otro, el burgalés de *Pico Romero* de Santacruz de la Salceda, del que se conocen algunos avances de la memoria final. Obviamente, la descripción y estudio de cada bloque requiere un tratamiento específico, conceptual y estadístico en el primer caso, analítico y descriptivo en el segundo.

Concluida la presentación de los datos, se inicia una segunda parte dedicada a la discusión analítica y a la caracterización de los resultados. El primer apartado se centra en el marco temporal, definido a partir de las fechas absolutas obtenidas en los yacimientos excavados y su correlación con las de otros enclaves próximos (capítulo 4). Este encuadre cronológico permite continuar el estudio sobre distintos aspectos: la distribución de los yacimientos sobre el territorio y la utilización del mismo (capítulo 5); las características de

los poblados y las estructuras de habitación y almacenaje (capítulo 6); y el instrumental y utillaje (capítulo 7), agrupados por la materia prima –cerámica, lítica, ósea y metálica– que ha condicionado, sin duda, su conservación y la muestra que nos ha llegado.

Se concluye esta parte con dos epígrafes complementarios. De un lado se revisan los datos paleoambientales en el intento de reconstruir el modelo de aprovechamiento económico (capítulo 8); de otro, se repasa la presencia/ausencia de evidencias simbólicas y/o rituales en un intento de aproximación al mundo inmaterial de las creencias, en el convencimiento de que deben reflejar la organización social, las relaciones entre los distintos grupos (capítulo 9). Obviamente se trata de dos aspectos en los que las conclusiones no serán categóricas. Respecto al primer apartado por la falta de mediciones y análisis paleoambientales disponibles para el área y la época de estudio. En cuanto al segundo por la ausencia entre los hallazgos en estudio, p. e., de enterramientos.

La tercera y última parte del trabajo, la conclusión o demostración de la tesis (capítulo 10), queda dividida en tres apartados: uno primero, centrado en la propuesta interpretativa de la secuencia cronocultural del tránsito del III al II milenio AC, es decir del inicio de la Edad del Bronce en el Alto Duero; otro intermedio, en el que se explica la ocupación, en el más amplio sentido del término, de este territorio durante dicha etapa, con especial incidencia en los medios y modos de vida de las gentes que ocuparon esos poblados; y un último, epígrafe en el que se ofrece una propuesta de reconstrucción de la imagen de este grupo que ocupó el Alto Duero en aquellos momentos, y que es, hoy por hoy, el primero que de forma estable *domina* sistemáticamente el territorio del Alto Duero.

Se añaden posteriormente diversas secciones: la bibliografía citada y utilizada, así como diversas ilustraciones que complementan las incluidas en el propio texto. En calidad de anexos, se adjunta la relación de datos y documentos sobre los que se argumenta el desarrollo del trabajo y que se relacionan y agrupan atendiendo al origen y contenido para facilitar su consulta.

Este trabajo difícilmente hubiera sido posible concluirlo sin el apoyo de las instituciones y la ayuda de las personas que han colaborado en él y que se relacionan al principio del mismo. A todas ellas, que como puede comprobarse, no han sido pocas, nuestro más sincero agradecimiento. Es seguro que, pese a lo amplio de la lista, alguien haya quedado en el olvido, en

tal caso mis disculpas, en la seguridad de que tal omisión no habrá sido deliberada.

Sería excesivamente prolijo citar a todos los colaboradores en este apartado, por lo que quisiera, al menos, señalar el apoyo de muchos de mis compañeros, especialmente de Marisa Revilla para introducirnos en el yacimiento de *El Parpantique*, y el de Marian Arlegui que nos reveló el yacimiento de *Los Torojones*. A nuestros colegas Elena Heras, Luciano Municio y Cristina Etxeberria por facilitarnos los datos solicitados del *Inventario Arqueológico*, al igual que a Jesús M^a del Val y Milagros Burón que aclararon las dudas que al respecto les planteamos. Muchas de las referidas a los datos recogidos en los *inventarios* fueron documentados, discutidos y argumentados con Montserrat Lerín y M^a Jesús Tarancón, quienes además participaron con otros muchos compañeros en los trabajos de campo, tal como se constata puntualmente en cada caso. Sin la ayuda y experiencia de todos ellos las distintas tareas acometidas hubieran sido más difíciles.

Queremos y debemos agradecer a la Junta de Castilla y León, y a los miembros del entonces Consejo de Excavaciones Arqueológicas, que confiaran en nuestro proyecto y aprobaran la financiación de los trabajos de campo. A la Diputación Provincial que sufragó la realización de prospecciones para la revisión de la Carta Arqueológica de Soria hasta que la Administración Autonómica asumió la realización del *Inventario Arqueológico*. Estos apoyos permitieron reconocer y documentar los yacimientos que se relacionan. A ambas instituciones también mis disculpas por la demora en presentar los resultados, compromiso adquirido cuando acepte su ayuda.

Los estudios geofísicos de *Los Torojones* fueron realizados por Octavio Puche, Luis Mansilla y J. María Iraizoz del Grupo Geológico-Minero de la Escuela Universitaria Politécnica de Almadén, de la misma forma que en *El Parpantique* los análisis polínicos se deben a Pilar López, J. António López y P. Manuel Díaz del Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y del Departamento de Biología Vegetal I de la Facultad de Biología de la Universidad Complutense. Los restos vegetales fueron analizados por Diego Rivera y Concepción Obón del Departamento de Biología Vegetal de la Facultad de Biología de la Universidad de Murcia, y los restos antracológicos fueron estudiados por Paloma Uzquiano en el Laboratoire de Paleobotanique de la Université des Sciences et Techniques du Languedoc. Nuestro agradecimiento a todos los investigadores que se

relacionan en los créditos y cuya aportación, siempre desinteresada, se recoge en los correspondientes anexos.

No puedo dejar de recordar al desaparecido J. Luis Argente que como director del Museo Numantino nos facilitó el acceso a los almacenes para revisar los materiales arqueológicos, así como a la magnífica biblioteca en la que consultamos no pocas referencias. El actual equipo, dirigido por Elías Teres, ha mantenido la misma actitud, proporcionando toda la ayuda, y suministrando las fotografías del archivo y de los materiales depositados en sus fondos. La misma disposición y facilidades encontramos en el Museo de Zamora y en el equipo que dirige Rosario García. A todos ellos nuestro agradecimiento.

La compleja, tediosa y dilatada labor de reconstrucción, catalogación y clasificación del material arqueológico fue posible por la asistencia de cuantos participaron en las excavaciones y de un grupo de colaboradores entre los que debemos destacar por su constancia a Monserrat Ballano, Ana Lafuente, Marimar San Juan, Oscar Almajano, María Negrodo y Marian Arlegui. El tratamiento informático del catálogo de materiales fue posible por la disposición de Víctor Fernández y Gisleno Fernández quienes, en aquellos primeros compases, diseñaron una aplicación sobre nuestros requisitos. El tiempo transcurrido hizo necesaria su transformación y edición sobre soportes más modernos, lo que fue posible gracias a Felicidad Carretero.

El dibujo definitivo fue obra de Javier del Campo y la digitalización, presentación y adecuación gráfica de los mismos se debe a J. Pedro Benito, mientras que las reconstrucciones salieron de la mano de J. Ramón Alcaide. Todos ellos unen, a los innegables méritos técnicos y artísticos, una contrastada paciencia, necesaria para atender las reiteradas peticiones que pretendían hacer visibles las distintas evidencias documentadas y la interpretación que se propone.

También J. Pedro Benito y Carlos Tabernero nos ayudaron con el tratamiento y análisis geo-referenciado de los datos del *Inventario Arqueológico*. Antonio Blanco nos facilitó información para acometer el

tratamiento estadístico con los datos del mismo catálogo. Por su parte, Iñigo García nos ayudó con la aplicación informática de calibración de los análisis de C14.

Además de las personas y compañeros citados, hemos tenido la oportunidad, a lo largo de estos años, de contar con el apoyo y colaboración de muchos otros colegas: M. Dolores Fernández Posse, prematuramente desaparecida, siempre nos animó a concluir esta línea de trabajo y con ella tuvimos la oportunidad de discutir dudas y diversos enfoques; al igual que con Manuel Rojo y Fernando Romero con quienes, a lo largo de estos años, hemos contrastado opiniones que nos han resultado de gran interés; con Ana Viné y Mónica Salvador revisamos materiales cerámicos y tuvieron la amabilidad de dejarnos consultar la información inédita de sus excavaciones en *Santioste* en Otero de Sariegos; Alberto Sanz, J. Pedro Benito y Carlos Tabernero nos ofrecieron cuanta información requerimos de sus trabajos inéditos en el yacimiento de *Los Cotorros* de Langa de Duero, de la misma forma que J. Antonio Rodríguez Marcos y Ángel Palomino nos facilitaron la consulta y utilización de los datos de *Pico Romero*, así como de sus trabajos en la misma etapa antes, casi siempre, de que vieran la luz. No quiero olvidar las valoraciones críticas de Carlos Tabernero o las consideraciones de Marta Gómez y las de Marian Arlegui que nos hicieron reflexionar y revisar, más de una vez, nuestras disquisiciones. Todos sugirieron no pocos cambios y correcciones en sucesivos borradores, a ellos nuestro agradecimiento y la disculpa por no haberles hecho siempre caso. El contenido y con seguridad los errores que pueda contener las páginas siguientes son de nuestra exclusiva responsabilidad.

Desde la concepción de este trabajo hemos contado, en todos los pasos, con la colaboración y complicitad de Alfredo Jimeno que ha sido, a lo largo de tantos años, maestro, colega y, siempre, un apoyo. Similares epítetos puedo y debo aplicar a Germán Delibes, director de esta tesis doctoral. Ejerciendo como tal nos alentó a lo largo de dos décadas y, cuando le dimos la oportunidad, orientó y corrigió nuestros pasos. Su permanente insistencia y estímulo en tan dilatado tiempo siempre será menor que mi gratitud y agradecimiento.

1 ENUNCIADO DE LA PROPUESTA Y DESARROLLO DE LA TESIS

1.1 Planteamiento inicial

La *cultura de El Argar* fue el referente para definir las etapas plenas de la Edad del Bronce peninsular. En la Submeseta Norte, ante la ausencia de otros elementos, tomó protagonismo la cerámica incisa campaniforme, para los momentos iniciales, y los restos de la ocupación más antigua del castro de *Las Cogotas*, el complejo que convino en denominarse *Cogotas I*, para las fases finales. Los hallazgos adscritos a estas etapas y principalmente su interpretación y seriación cronológica, centraron los esfuerzos de quienes pretendieron revisar el origen, la evolución y el declive de la Edad del Bronce en el interior de la Península Ibérica, donde ambos fenómenos, el Ciempozuelos y *Cogotas I*, quedaron caracterizados, principalmente, por distintas cerámicas profusamente decoradas.

En las dos últimas décadas del siglo pasado se acometieron, en el territorio soriano, distintos estudios sobre los yacimientos y materiales que se adscribían a los momentos iniciales y plenos de la Edad del Bronce. En su desarrollo es donde surgió, precisamente, la hipótesis del trabajo que trataremos de desarrollar en las páginas siguientes. En aquellos momentos se dieron a conocer un buen número de enclaves con materiales similares a los recuperados en *Los Tolmos* de Caracena (Jimeno, 1984b; Jimeno y Fernández Moreno, 1991a) que se adscribían, en el oriente de la Submeseta, a un momento pleno de la Edad del Bronce. Simultáneamente, se diferenciaban una serie de lugares con materiales cuyos paralelos hacían suponer un encuadre cronológico entre aquellos y los conjuntos típicos Ciempozuelos (Delibes, 1977; Jimeno y Fernández Moreno, 1991b; Fernández Moreno y Jimeno, 1992a), por lo que debían adscribirse a un momento inicial de la Edad del Bronce.

De tal forma, a partir de la revisión de los fondos del Museo Numantino y de trabajos de prospección, se formuló la existencia de un nuevo horizonte, definido a partir de los materiales procedentes mayoritariamente de cerros destacados, altos y aislados, y del interior de cuevas (Jimeno y Fernández, 1985; Fernández Moreno, 1991). Se trataba, básicamente, de producciones cerámicas que compartían, en una primera aproximación más bien subjetiva, ciertas características formales de los dos horizontes referidos, mientras que las decoraciones estaban prácticamente ausentes. Consecuentemente se planteó la posibilidad de encontrarnos ante la alfarería de un grupo que, aún

compartiendo afinidades con los de Ciempozuelos y *Cogotas* antiguo o Proto-*Cogotas*, ofrecía peculiaridades suficientes para reclamar una personalidad propia y suponerle una posición cronológica intermedia. A fin de contrastar tal hipótesis, además de inventariar los lugares que podían ser referencia para definir este supuesto grupo, se iniciaron excavaciones arqueológicas en dos de los yacimientos que mostraban mejores perspectivas, dando lugar a un primer estado de la cuestión sobre el tema (Jimeno, 1988; Jimeno, Fernández Moreno y Revilla, 1988 y Jimeno y Fernández Moreno, 1992a).

En gran medida, la tesis que ahora pretendemos llevar a cabo persigue confirmar, a partir de una base documental mucho mayor, la hipótesis entonces planteada, es decir, la existencia en el Alto Duero de un nuevo horizonte del inicio de la Edad del Bronce, probablemente coetáneo de los últimos vestigios Ciempozuelos y, con seguridad, anterior al complejo *Cogotas I*. También tenemos la aspiración añadida de ampliar su conocimiento a otros aspectos –poblamiento, subsistencia y modelo social– que faciliten su comprensión. Inevitablemente, la delimitación de un marco temporal es determinante en un análisis como el que pretendemos realizar, pero tanta importancia como a éste concedemos a la dimensión espacial.

Hasta mediados del siglo pasado y aún en los primeros decenios de su segunda mitad, no eran raras las investigaciones que trataban de proyectar sobre la Meseta la realidad de otras áreas peninsulares mejor conocidas –p. e., *El Argar*–, explicando los hallazgos de las tierras interiores por la influencia, a modo de meras sucursales receptoras, de las grandes culturas periféricas y singularmente mediterráneas. Faltaban propuestas regionales que diferenciaron lo acontecido en las tierras del interior. A partir de los años setenta y mayoritariamente desde la década siguiente, se produce el efecto contrario: la regionalización de los estudios como fórmula para destacar las particularidades de cada territorio. En este último contexto cobra valor y sentido la hipótesis que se plantea: en los momentos iniciales de la Edad del Bronce, en la zona del Alto Duero, esto es en el extremo oriental de la Submeseta Norte, se detectan los asentamientos de unas comunidades de marcada personalidad, fácilmente diferenciables de las contemporáneas de otras zonas de la Península Ibérica, por lo que se hace preciso su individualización y caracterización.

1.2 Estado de la cuestión

1.2.1 Un breve apunte sobre la secuencia de la Edad del Bronce en la Península Ibérica

La Edad del Bronce en la Península Ibérica es una de las etapas más reseñadas en la bibliografía prehistórica, si bien su secuencia y cronología presenta una problemática que no posibilita una única definición. Pese a que el tema ha sido tratado desde distintos puntos de vista, planteándose interpretaciones diferentes, la secuencia de la Edad del Bronce no presenta, en la visión peninsular, cambios sustanciales desde los primeros momentos de la investigación. Así, en el siglo XIX, las investigaciones de los hermanos Siret (1890) en el Sudeste daban pie a considerar el complejo *argárico* como el representativo de esta etapa, por lo que su origen, atribuido a influencias mediterráneas y centroeuropeas, se extrapoló a la totalidad de los grupos que ocupaban el territorio peninsular.

El panorama se mantuvo inalterable hasta la mitad del siglo XX, cuando la revisión de ciertos útiles, especialmente metálicos, y de sus paralelos occidentales, motivó la diferenciación de dos amplias etapas consecutivas (Martínez Santa-Olalla, 1946): la más antigua, denominada *Bronce Mediterráneo* y asimilable *grasso modo* a El Argar, cuyo desarrollo comprendería las tres cuartas partes del segundo milenio, y la más moderna denominada *Bronce Atlántico*, de similar amplitud, que abarcaría los últimos siglos del citado milenio y buena parte de la primera mitad del siguiente.

Años después, en el I Congreso Nacional de Arqueología se creó una comisión encargada de proponer una nueva seriación para la Edad del Bronce, con el objetivo de unificar las nomenclaturas anteriores y las aplicadas en las clasificaciones europeas, algo que, entre otros, ya habían intentado con anterioridad Bosch Gimpera (1932), Almagro Basch (1941) y el ya mencionado Martínez Santa-Olalla. El resultado fue presentado por Maluquer (1949) quién, con un esquema tripartito, incluiría en un primer periodo, denominado *Bronce I*, al Eneolítico o Calcolítico, haría corresponder el anterior *Bronce Mediterráneo* o Bronce Pleno con el *Bronce II* y homologaría el *Bronce Atlántico* con un Bronce Final o *Bronce III*. En todo caso, la inclusión en el denominado *Bronce I Hispánico* de las fases eneolíticas y el campaniforme, hacía innecesario buscar una etapa formativa y previa al Bronce Medio o Pleno que alcanzaba a diferenciarse en la mayoría del territorio peninsular. Pese a sus contradicciones cronológicas y espaciales, este esquema se mantuvo vigente hasta los años sesenta en que se dismanteló al considerarse, por una parte, la antigüedad premetalúrgica del megalitismo,

al individualizarse una Edad del Cobre para Los Millares y el campaniforme y al cuestionarse –en pro del reconocimiento de grupo regionales– la *panargarización* peninsular, algo para lo que resultó fundamental que Tarradell (1947, 1950 y 1965) definiera el área estricta y la cronología de la cultura de El Argar.

Hubo que esperar a las últimas décadas del siglo pasado para conocer nuevas síntesis para el territorio peninsular. Una de las más completas es, sin duda, la de Martínez Navarrete (1989), autora de un documentado ensayo sobre las clasificaciones tradicionales. Tal vez su mayor crítica apuntaba al excesivo protagonismo atribuido a lo *argárico* y, en general, al Bronce del Sudeste en la definición de las culturas de este momento en otras regiones geográficas peninsulares. También mostraba su pesar porque las tendencias difusionistas y la admisión de influjos mediterráneos que habían servido en su momento para explicar la aparición de Los Millares o El Argar, siguieran aplicándose sin matices a la hora de considerar la realidad de otros grupos peninsulares. En todo caso, a lo largo de su obra se admite la correlación entre Edad del Bronce y Argar, pese a las matizaciones que tratan de personalizar este grupo con el objeto de delimitar y diferenciar otros ámbitos culturales. Del mismo modo, la influencia, mayor o menor, del sustrato anterior Calcolítico/campaniforme y la evolución regional del Bronce Pleno, determinarían las etapas iniciales y finales del periodo.

En la última década del siglo pasado, González Marcén, Lull y Risch (1992) convencidos de la inoperancia de las clasificaciones tradicionales apoyadas sobre secuencias tipológicas de artefactos y cronologías relativas cruzadas, propugnan, siguiendo modelos de clasificación que ya habían sido enunciados en el contexto europeo (Harding, 1984), dar protagonismo a la cronología absoluta a partir de los resultados del C₁₄ y los de la dendrocronología.

La seriación de análisis cuya calibración se encuadra dentro del segundo milenio, posibilitaba diferenciar dos grupos o, mejor, agrupaciones cronológicas: del 2250 al 1600 AC. y desde este último momento al 1200 AC. (González *et alii*, 1992: 102-106). En su argumentación evitan asociar estas fases cronológicas a las tradicionales en las que distintas culturas definían los diferentes periodos.

En síntesis, centrada en el ámbito peninsular, el primero de ambos periodos quedaría caracterizado y determinado, una vez más, por el grupo *argárico*, con un área de influencia mayor, diferenciado respecto a las distintas *facies* locales, caso de la del Bronce Valenciano

o la de las Motillas en la zona de La Mancha. En las tierras del interior se proponía una ocupación por grupos que mantendrían comportamientos arcaicos, entre los que destacan las prácticas funerarias con pervivencias campaniformes, y la utilización de las cuevas y abrigos como hábitats. El segundo bloque cronológico quedaría determinado, en el Sudeste, por la crisis del mundo *argárico* y, en el interior, por el auge y personalidad del horizonte Cogotas I, cuyo origen y desarrollo se situaba en la cuenca del Duero.

Una propuesta más reciente es la planteada por Almagro Gorbea al establecer una secuencia no rígida para las distintas culturas desarrolladas durante el segundo milenio. A partir del ocaso del campaniforme, diferencia tres amplios periodos o ciclos, los ya clásicos Bronce Antiguo, Medio y Final, a los que, en determinados lugares, se añade un Bronce Reciente –ya definido con anterioridad por Molina (1978) para el Sudeste– que antepone al Final (Almagro Gorbea, 1997: 218, 226 y 227). La amplitud y caracterización de las etapas quedan matizadas para las distintas regiones atendiendo a las singularidades locales. En lo que respecta a las que venimos refiriéndonos, cabe señalar que, en el Sudeste, la Edad del Bronce sigue condicionada por la evolución de la cultura de El Argar; al igual que en el interior es la cultura de Las Cogotas, tanto en su considerada fase formativa como en su desarrollo y caracterización más clásica, la que ocupa buena parte del milenio.

En suma, conservando básicamente la clásica división tripartita, los trabajos de las últimas décadas han posibilitado la diferenciación de grupos regionales que denotan un desarrollo en parte sincrónico y con características específicas que permiten su diferenciación y vinculación a un territorio definido. Así el Bronce Valenciano (Hernández Alcaraz y Hernández Pérez, 2004) y la cultura de Las Motillas (Gilman *et alii*, 2000-2001), pese a su personalidad, no dejan de manifestar similitudes con la de El Argar. Junto a estos grandes grupos se diferenciarían otros, como el localizado en la zona de Extremadura, en el suroeste peninsular y centro de Portugal –el Bronce del Sudoeste– en el que, sin dejar de rastrearse características comunes de *influencia mediterránea*, se reconocen otras específicas y singulares (Pavón, 1998b). En la cuenca del Ebro (Burillo y Picazo, 1991-1992) o las tierras de Galicia (Fábregas y Ruiz-Gálvez, 1997) –en general el área septentrional–, se advierten desarrollos y comportamientos singulares que invitan a hablar de *grupos culturales* o *facies* más o menos singulares, aun cuando –inevitablemente– no faltaran testimonios de contacto, intercambio, emulaciones y de interacción entre los diferentes grupos.

Sirva, como reflexión final de este apartado, recordar alguna de las últimas consideraciones sobre lo *argárico* que constituyó largo tiempo el referente para este momento, por contar con el mayor número de estudios.

Superado hace tiempo el adjetivo de cultura o civilización y aplicado a El Argar, considerado ya un grupo arqueológico de la Edad del Bronce, su secuencia, límites e influencia sobre otros grupos limítrofes ha sido objeto de revisión desde que Tarradell delimitará la existencia de diversos grupos regionales en el territorio peninsular. En la actualidad los estudios sobre los ajueres y tipología de los enterramientos permiten concretar la existencia de una estratigrafía social, reflejada en la organización de los asentamientos y en su distribución que permite vislumbrar diferencias zonales e incluso modelos complementarios de ocupación (Molina y Cámara, 2009), como también se documenta en una fase cronológica paralela en otros territorios próximos (Gilman *et alii*, 2000-2001).

Más sugerente, aunque pueda parecer contradictorio con el planteamiento de las últimas décadas, es la consideración del grupo de El Argar no sólo como una sociedad de clases, sino como un grupo étnico de un territorio originario o nuclear, y su posterior *expansión*, y que en su origen y disolución se valoren tanto las evidencias de elementos autóctonos como incluso la posibilidad de aportes alóctonos sugiriendo su presencia por procesos de *invasiones* (Lull *et alii*, 2009).

Es evidente que con la información disponible para los diferentes territorios peninsulares no es posible, a día de hoy, establecer siquiera paralelismos entre ellos en lo referente, p. e., a la reconstrucción de la estructura social o sobre la secuencia y evolución de los distintos grupos. Como tampoco parece fácil establecer relaciones o semejanzas a partir de los patrones de poblamiento que se deducen de la distribución y características de los hábitats. Pero además, no es ésta la ocasión para profundizar en las características de cada uno de estos grupos cuyo desarrollo abarca un periodo de tiempo más amplio que el que nos ocupa y, sobre todo, porque en su origen y desarrollo no se advierten referencias o relaciones con lo acontecido en el interior peninsular en el tránsito del III al II milenio AC y concretamente con la Submeseta Norte, en la que se concreta el presente estudio.

1.2.2 La construcción historiográfica de la secuencia de la Edad del Bronce en la Submeseta Norte.

Las distintas propuestas que articulan la Edad del Bronce en la Submeseta Norte han ido evolucionando de

acuerdo, o al menos en relación, con las habidas en el ámbito peninsular. Como hemos visto, hasta la mitad del siglo pasado se aceptaban los postulados derivados de la comisión del congreso de Almería: el Bronce I caracterizaría al Eneolítico o Calcolítico, y en él se integraban, además del Horizonte Megalítico, los elementos de la denominada Cultura Campaniforme y concretamente las cerámicas incisas Ciempozuelos, que se consideraban referencia de uno de los grupos tardíos de la misma, el denominado Central o del Sistema Ibérico (Figura 1).

Las etapas posteriores, el Bronce II y el Bronce III o Final, no mostraban ninguna particularidad específica, bien al contrario, reproducían, de algún modo, los enunciados generales: presencia de cerámicas carenadas que se atribuían a influencia *argárica*, así como el hallazgo de útiles metálicos de tipología atlántica. Por su parte, el conocido y ya citado complejo Cogotas I quedaba adscrito, en aquel momento, a la etapa siguiente, la Edad del Hierro, por la presencia, entre los motivos decorativos de sus cerámicas, de la técnica excisa asimilada al mundo hallstático (Maluquer, 1956).

Poco después, el mismo Maluquer, al interpretar la tumba zamorana de Villanueva del Puente definiría la que consideró *civilización* campaniforme de Ciempozuelos, correspondiente a un grupo con personalidad propia que irrumpía en el territorio coincidiendo con los inicios de la Edad del Bronce (*Ídem*, 1960).

Años antes, en las excavaciones de la *Cueva de la Reina Mora* de Somaén, el hallazgo de dos tipos diferentes de cerámica campaniforme, una muy cuidada de fina elaboración, como la más típica Ciempozuelos, y otra más tosca, de motivos más simples y repetitivos, servía de argumento para interpretar la existencia de dos niveles que se corresponderían con dos etapas o fases diferentes y sucesivas. Al nivel superior, por tanto el más tardío, se le atribuían las especies más toscas y descuidadas que se suponían eran de tradición, imitación de las que caracterizaban el nivel inferior, más antiguo, al que se adscribían las decoraciones más elaboradas (Bosch Gimpera, 1932; Castillo, 1947). Esta dualidad del campaniforme inciso meseteño pervivió hasta las últimas décadas del siglo y, en distintas ocasiones, sirvió para respaldar la articulación de la secuencia de la primera mitad de la Edad del Bronce.

Similar argumentación permitía dar conformidad a la cuestionada expansión *argárica* planteada por Tarradell en las mismas fechas, como se ha señalado más arriba. Entre el campaniforme Ciempozuelos y la primera Edad del Hierro, donde se situaba como ya hemos dicho Cogotas I, no se diferenciaba ningún grupo con

personalidad propia. Consecuentemente, el hallazgo, en la zona vallisoletana, de algunos yacimientos con cerámicas incisas, cuyos toscos motivos decorativos recordaban al campaniforme Ciempozuelos, se consideraron epicampaniformes (Palol, 1969: 305), asimilables al nivel superior de Somaén. De tal forma, esta sucesión de estilos requería de un desarrollo cronológico que llenaba los momentos iniciales/pletos de la Edad del Bronce.

El avance en la investigación coincide con la etapa de regionalización de los estudios y concretamente, en el valle del Duero, con los trabajos iniciados por el grupo de la Universidad de Valladolid. Será a partir de los años setenta cuando se ajuste la cronología de los distintos grupos meseteños y su articulación con los de la Península Ibérica. De tal forma, la revisión del grupo Cogotas permitió su adscripción al Bronce Final (Martín Valls y Delibes, 1973; 1976 y 1977), y aún cuando, en aquellos momentos, se mantenía para la técnica excisa un origen ultra pirenaico (Almagro Gorbea, 1977: 117; Delibes, 1978: 101-103), se aceptaba su desarrollo meseteño a partir del siglo XIII a. C.

Si el margen cronológico se acortaba en los momentos finales, otro tanto ocurría con los momentos iniciales. Por aquellos mismos años, se aceptaba el desarrollo de las cerámicas Ciempozuelos durante la primera mitad del segundo milenio (Delibes, 1977: 153), coincidiendo con el Bronce Antiguo convencional. La etapa intermedia, entre el momento final del campaniforme inciso, el final del siglo XVI, y las etapas iniciales de Cogotas, finales del siglo XIII a. C., quedaba singularizada con la fase epicampaniforme, el denominado grupo Silos, una variante del grupo definido para los materiales atribuidos al nivel superior de la gruta de Somaén.

A finales de aquella década se revisaba la secuencia campaniforme basada en la agrupación de los motivos y la morfología de la decoración. Sería precisamente la individualización de las denominadas técnicas decorativas extractivas la que permitiera delimitar y concretar los dos grupos cerámicos que caracterizaban la Edad del Bronce en este territorio.

Entre las consideradas especies tardías del campaniforme se resaltaba la abundancia de motivos con técnica "pseudoexcisa" en la que se veía uno de los posibles orígenes de las excisas del Bronce Final (Molina y Arteaga, 1976: 157 y ss.; Arteaga y Molina, 1977). Esta nueva interpretación posibilitaba rebajar su cronología al diferenciar distintos grupos no interdependientes e inducía a liberar el origen de la técnica excisa del ámbito ultrapirenaico, como reclamaba la posición estratigráfica de este tipo de hallazgos en el yacimiento granadino de

La Cuesta del Negro (Purullena) con una cronología de finales del siglo XIII a. C. (Molina, 1978). A esta propuesta se sumaba el hallazgo, en la excavación de la cueva segoviana de Arevalillo, de un nivel en el que convivía cerámica campaniforme incisa y, en menor proporción, otras en las que la incisión alternaba con las técnicas de boquique y excisión (Fernández-Posse, 1979: 53 y ss; 1981: 45 y ss.).

Con estas novedades, será en la década siguiente cuando el panorama de la Edad del Bronce en el interior peninsular se renueve con propuestas que modificaron los esquemas tradicionales. Ello fue posible por el desarrollo de una serie de trabajos de campo que, en buena medida, aportaron nuevos testimonios y cuya difusión coincidió temporalmente. El primero de ellos es el que acabamos de mencionar de Arevalillo, donde se constató la existencia de un nivel de tránsito entre el Ciempozuelos y el horizonte Cogotas I. En el mismo año aparecía una breve reseña de los trabajos arqueológicos realizados en el yacimiento vallisoletano del *Castro de La Plaza*, en Cogeces del Monte (Delibes y Fernández Manzano, 1981), en el que se planteaba la relación de sus materiales con los aparecidos en la cueva segoviana y con un yacimiento soriano, el de *Los Tolmos* de Caracena, del que también se publicaba su primera síntesis (Jimeno, 1984). La presencia en estos yacimientos de cerámicas decoradas que desarrollan motivos incisos –mayoritariamente espigas, espinas de pescado, zig-zags,...– y la menor representación de las técnicas de boquique y excisa, llevó a los investigadores vallisoletanos a proponer el término Proto-Cogotas para definir este momento, que consideraron era el estadio inicial y formativo de lo que luego sería la facies Cogotas I.

En la primera memoria de los trabajos de *Los Tolmos* se presentaba el hábitat temporal de un grupo de pastores con un ajuar muy similar al descrito, con la presencia de elementos definidores del elenco campaniforme y otros característicos del complejo Cogotas, en un momento cronológico similar a los anteriores, hacia la mitad del milenio. La presencia de algunos objetos singulares, caso de las armas metálicas, posibilitaba a su investigador, A. Jimeno, proponer su vinculación a una etapa de personalidad propia, que clasificaba como Bronce Medio y que cronológicamente situó entre el final del Ciempozuelos y el inicio de Cogotas, 1500-1200 a.C. (Jimeno, 1984b: 209-214); con ello se recomponía la clásica división tripartita de la Edad del Bronce, en la que la fase inicial se correspondería con Ciempozuelos y la etapa final con el grupo Cogotas I.

Simultáneamente aparece la primera síntesis moderna para la prehistoria meseteña con nuevos planteamientos

–sin duda, trasunto del modelo dual, Bronce Pleno/Bronce Final, defendido por entonces para toda la Península Ibérica por Ruiz-Gálvez (1979)– aunque, coyunturalmente, cuestionaba las últimas propuestas. Así, al establecer la secuencia general de la Edad del Bronce en las tierras del interior, Fernández Manzano (1985: 54-57), dejando al margen el fenómeno campaniforme, propone un esquema sustentado en dos amplios periodos o fases: la que denomina como Etapa Anterior, del 1700 al 1200 a.C., y la Etapa de Apogeo, del 1200 al 700 a.C. La primera de ellas se iniciaría tras el ocaso del campaniforme Ciempozuelos que caracterizaría la etapa final calcolítica, quedando concretada por el nivel intermedio de Arevalillo y los hallazgos similares ya comentados. Esta etapa, que J. Fernández Manzano denominó Horizonte Cogeces sería la equivalente a la de Proto-Cogotas, referida en líneas anteriores. En la Submeseta Norte el segundo de los periodos, la Etapa de Apogeo, mostraba una personalidad definida: el Horizonte Cogotas I –sobre todo con la aparición de la excisión, entre las técnicas decorativas de la cerámica– y los hallazgos metálicos vinculados al denominado Bronce Atlántico (*Ibidem*: 58-64).

Uno y otro complejo han sido objeto, en los últimos años, de estudios específicos y nuevas propuestas de síntesis. Así, Cogotas I, una vez superada su vinculación a la Edad del Hierro (Maluquer, 1958: 95-97), gracias a los estudios complementarios de las universidades de Valladolid y Granada, quedó circunscrito a los momentos plenos y finales de la Edad del Bronce (Martín Valls y Delibes, 1976; Molina y Arteaga, 1976), variando, desde entonces, su sistematización y cronología (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987), y siendo hoy aceptada la propuesta de Fernández-Posse (1986; 1986-1987). Esta autora diferenció tres etapas: la Inicial (del 1400 al 1300 a.C.), la Plena (1300 al 1000 a.C.) y la Final (del 1000 al 800 a.C.). La primera de éstas correspondería, *grosso modo*, con los yacimientos que se venían denominando Proto-Cogotas o *facies* Cogeces; su área de expansión se centraría en torno al Sistema Central y el ajuar cerámico se caracterizaría por las formas abiertas y decoraciones incisas e impresas, siendo los motivos excisos o de boquique excepcionales. Los momentos posteriores se diferenciarían tanto por la evolución de las formas como por las técnicas y motivos decorativos de las cerámicas, que muestran una tendencia a composiciones barrocas sobre formas cada vez más anguladas.

Paralelamente, el conocimiento de un buen número de ocultaciones metálicas permitió sistematizar los momentos finales de la Edad del Bronce, atendiendo a la

cronología atlántica, con una compartimentación, de nuevo, tripartita, si bien más adelante se advirtió sobre la supuesta cronología paralela con Cogotas I, y la falta de asociaciones claras entre unos y otros (Fernández Manzano, 1986: 137-158). Este tema ha sido abordado posteriormente (Ídem, 1991; Delibes y Romero, 1992; Delibes *et alii*, 1995: 58-59; Delibes 2000-2001), valorándose la calibración de las fechas radiocarbónicas existentes para los hallazgos cogotianos (González *et alii*, 1992: 105-106 y 224 y ss; Castro *et alii*, 1995: 100-102), lo que supone cuestionar la sincronía de ambos fenómenos. No obstante ésta es una cuestión que se aleja del tema de estudio.

En todo caso, volviendo a nuestro argumento, parece claro que a lo largo de la segunda mitad del milenio, desde un momento pleno del Bronce Medio clásico, se desarrolla en las tierras del interior un grupo con cerámicas incisas, a las que se asocian las técnicas de boquique y excisión, y en las que resulta evidente la tradición campaniforme anterior, latente, por ejemplo, tanto en la técnica como en algunos motivos o en su disposición, por no señalar el gusto por la decoración de incrustación. En este sentido y en otra categoría, ya se señaló también la continuidad ritual funerario (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 104-108). La vinculación de este horizonte con el subsiguiente de Cogotas I queda fuera de toda duda, bien considerándolo como una fase formativa –la definida por Delibes y Fernández Manzano, como Cogeces, Pre o Protocogotas–, o una etapa inicial del propio fenómeno –como la definiera Fernández-Posse–, dando pie, en cualquiera de los casos, al desarrollo del Bronce Pleno/Final en el que se constata el apogeo y ocaso del mundo Cogotas I recientemente revisado (Abarquero, 2005).

Ahora bien, ¿qué sucede durante la primera mitad del milenio en fechas no calibradas?, ¿qué culturas, grupos o gentes ocuparon la Meseta desde los últimos siglos del III milenio hasta esa etapa formativa del inicio del mundo Cogotas? En suma, ¿quiénes o cuáles fueron los antecedentes de estos grupos de la plenitud de la Edad del Bronce?

Se había hecho, en líneas anteriores, especial hincapié en la propuesta de Maluquer que señalaba una primera etapa de la Edad del Bronce, la que denominó como *Bronce I Hispánico*, en la que se agrupaban los elementos considerados eneolíticos o calcolíticos y los campaniformes incisos, entre ellos el Ciempozuelos. Años después, Delibes destacaba la necesidad de delimitar y separar estas etapas, volviendo de nuevo la vista a las secuencias europeas, como referencia válida. En tal sentido, proponía deslindar dicho periodo en dos

amplios bloques: el Eneolítico/Calcolítico, que quedaría determinado por el desarrollo del megalitismo, y el Bronce I, definido por el desarrollo del campaniforme tardío, coincidiendo con la difusión del cobre, cuyo origen se situaría en la etapa previa (Delibes, 1976-77: 141 y ss.). Paralelamente, caracterizaba ese campaniforme tardío, en la Submeseta Norte, como el correspondiente a la variedad incisa Ciempozuelos, cuya cronología abarcaría, genéricamente, la primera mitad del II milenio (Delibes, 1977: 142-154).

Este grupo cerámico, ya se ha referido, fue subdividido partiendo de la existencia de algunos tipos cerámicos más *bastos* que el Ciempozuelos *puro*, que, por comparación, se consideraron como *degenerados* y más tardíos, que serían catalogados como tipo Silos (Molina y Arteaga, 1976: 176-178). Los hallazgos ya referidos de la cueva de Arevalillo permitieron a Fernández-Posse definir otro grupo tardío, denominado Molino, por su parecido con los grandes contenedores decorados con la misma técnica, localizados en el interior de una cabaña del yacimiento epónimo, próximo a la histórica ciudad de Numancia. La diferencia con el denominado Silos se argumentó en la individualización de ciertos aspectos decorativos y en una supuesta menor pervivencia (Fernández-Posse, 1981: 64-68).

En aquel momento, como ya hemos referido en otras ocasiones (Fernández Moreno, 1997: 70-71), la secuencia en la Meseta para las especies tardías campaniformes establecía una primera etapa definida por los hallazgos del tipo inciso *clásico* Ciempozuelos, con un origen indefinido que se rastreaba entre los siglos XX y XVII a. C. Desde ese momento y hasta la mitad del milenio se situaban los hallazgos incisos *tardíos* sorianos de *El Molino* de Garrejo y segovianos de Arevalillo. Finalmente las especies *degeneradas* tipo Silos, entre las que se encontraban los hallazgos burgaleses de la colección del Padre Saturio, próximos al monasterio nominal, además de los del nivel superior de Somaén, sobrepasarían ligeramente la cronología anterior.

Este esquema que permitía enlazar las distintas especies campaniformes incisas y el horizonte Cogotas I, estuvo vigente hasta la década de los años ochenta, aun cuando resultara evidente lo engañoso del encadenamiento, ya que la revisión de la estratigrafía de la cueva soriana establecía la correspondencia de todos los vasos incisos a un único nivel (Barandiaran, 1975: 62-70). En tal sentido, llama la atención la definición de estos estilos *degenerados* después de haberse demostrado inexacta la estratigrafía de Somaén de la que surgió. Las primeras noticias de los trabajos de campo son del año 1968, y pocos años después se cuestionaba la secuencia, proponiéndose como probable explicación de

las diferencias cerámicas, las derivadas de una funcionalidad distinta: unas como elementos simbólicos y otras como objetos domésticos (Delibes, 1977: 130-132 y 149). Años después, la revisión de todos estos materiales permitió confirmar definitivamente la convivencia de unos tipos y otros, y su desarrollo paralelo (Delibes y Municio, 1981: 75-77), y así viene siendo ratificado por hallazgos recientes (Blasco *et alii*, 2005).

Solventada la sincronía de los estilos incisos campaniformes del interior peninsular, la cuestión se desplazaba a la definición de sus límites. Al respecto parece claro que, aun cuando el momento final de la cerámica campaniforme es difícil de precisar (Delibes, 1988: 84-90; Blasco *et alii*, 1994: 116-117), resulta evidente su convivencia con otras cerámicas y elementos que anuncian ya el mundo Cogotas, cuyas características ya se han comentado (Fernández Moreno y Jimeno, 1992). Si bien no es posible precisar dicha convivencia, sí hay análisis radiocarbónicos que abogan por la pervivencia funeraria de los elementos más típicos del ajuar Ciempozuelos en esta vertiente del Sistema Ibérico hasta la mitad del segundo milenio (Delibes *et alii*, 1995), cuando no más tarde, si se tiene en cuenta la presencia de estas especies en la cueva de Arevalillo ya citada.

Volvemos por tanto a la cuestión de partida, esto es, si en las tierras del interior el campaniforme inciso alcanza la etapa de plenitud de la Edad del Bronce, y si su origen, o al menos su desarrollo, viniera a completar los momentos iniciales de la misma (Blasco, 1997). Con la información que manejamos, no parece posible definir esta simple equiparación que parece derivarse tanto de la asociación tipológica como de los resultados de las dataciones cronológicas de algunos contextos en los que aparecen estas típicas cerámicas incisas. Creemos por ello necesario ahondar en los datos conocidos sobre la formación y desarrollo de esta etapa antes de delimitar nuestra hipótesis de partida.

Quedan lejos los años en los que lo campaniforme se consideraba una verdadera *cultura*, cuya implantación y desarrollo suponía el desplazamiento de población, la imposición de nuevas creencias y un sensible cambio económico (Garrido-Pena, 2000 y 2005). Hoy, gracias a las últimas y más recientes investigaciones en la Submeseta Norte, sabemos de la existencia de un sustrato de población permanente, al menos, desde la segunda mitad del cuarto milenio (Delibes y Santonja, 1986; Delibes y del Val, 1990; Jimeno y Fernández Moreno, 1991; Delibes, 1995; Delibes *et alii*, 1995; Rojo y Kunst, 1999; Delibes y Fernández Manzano, 2000; Fabián, 1993 y 2006; Rojo *et alii*, 2008a). La presencia de numerosas tumbas megalíticas en el occidente meseteño, además de otras marginales, caso de las del

Alto y Medio Ebro, y la constante documentación de nuevos y puntuales hallazgos en el reborde oriental y meridional de la cuenca del Duero, atestiguan la presencia de grupos que construyen estos grandes monumentos funerarios (Rojo *et alii*, 2008), en los que aparecen, aunque de forma marginal y con carácter retardatario, deposiciones a las que acompañan elementos comunes al ritual campaniforme (Pérez Arrondo y Rodanés, 1979; Jimeno y Fernández Moreno, 1992c; Rojo *et alii*, 2005).

En el interior peninsular, al menos hasta la mitad del tercer milenio, no se documenta una ocupación sistemática del territorio, como demuestra la existencia de distintos enclaves que se localizan en las dos vertientes del Sistema Central (Martínez Navarrete, 1984; Delibes *et alii*, 1988; Delibes y Fernández Miranda, 1993: 195-202; Díaz del Río, 2001).

En la Submeseta Norte y salvo notables excepciones se han diferenciado tres focos. En la zona norte del Duero se ha dado a conocer el representado por el yacimiento zamorano de *Las Pozas*, cuyos paralelos con los grupos ya citados o con los del Algarve, Bajo Guadiana y Extremadura, han sido señalados (Delibes y Fernández Miranda: 1993: 184-191). Dicho paralelismo no supone una dependencia de aquél sobre éstos, como demuestran las dataciones radiocarbónicas que confirman la ocupación del lugar desde la segunda mitad del tercer milenio (Delibes y del Val, 1990: 63-78). Otros hallazgos próximos, caso de los también zamoranos de *Las Peñas* de Villardondiego o de el castro de *El Pedroso*, vienen a documentar la denominada fase de *Las Pozas* y posibilitan comprobar distintos modelos de ocupación en la penillanura: los definidos por las típicas estructuras negativas entre las que se diferencian restos de cabañas y silos, hasta los que se identifican como auténticos *castella* con un sistema defensivo simplificado respecto al modelo del Sudoeste con el que se relaciona (Delibes *et alii*, 1995).

El segundo de los focos al que hacemos mención se corresponde con los hallazgos del sur de la cuenca, en las provincias de Salamanca, Ávila y el occidente de la de Segovia. La secuencia de esta zona meridional de la Submeseta Norte repite el esquema clásico, si bien la cronología parece ligeramente más reciente que la del caso zamorano. La presencia de poblados calcolíticos será una constante a lo largo de la segunda mitad del III milenio y aún se acepta su pervivencia hasta un momento impreciso de los primeros compases del II milenio (Fabián, 1993: 148-163; 1995: 157-178; 2006).

En ambos casos se trataría de la fase inicial o plena, denominada también *pre-campaniforme* por la ausencia

de estas típicas cerámicas, y se caracteriza por una vajilla de tipología sencilla, esencialmente cuencos hemisféricos, vasos globulares y escasas carenas bajas, en su gran mayoría lisas, y, en bajo porcentaje, decoraciones de motivos incisos y puntillados. En la etapa final, ya en los asentamientos adscritos al cambio del milenio, se aprecia como novedad la presencia de cerámicas Ciempozuelos que, lejos de suponer una ruptura con la etapa anterior, parecen incorporarse al sustrato tradicional llegando a sustituir a los esquemas decorativos del Calcolítico más clásico, (Delibes *et alii*, 1995; Fabián, 2006).

En este mismo sentido, algunos ejemplos en el centro de la cuenca del Duero, caso de los yacimientos vallisoletanos de *Los Cercados* y *Fuente de las Pocillas*, plantean un panorama muy similar, con abundancia de restos líticos y cerámicas de morfología sencilla, con dominio de los cuencos y las formas globulares y ausencia de la decoración campaniforme en momentos de tránsito entre el III y el II milenio (Herrán *et alii*, 1993a: 62; Delibes *et alii*, 1995). Estos enclaves que han permitido definir el denominado Horizonte Los Cercados, el tercer foco al que se aludía, cuentan con otros enclaves similares, caso de *Moradillo* de Roa o *Santa Cruz* de Roa de Duero, que han dado pie a pensar que representan la primera colonización estable y agrícola de entidad de la ribera burgalesa (Herrán *et alii*, 1993b; Palomino *et alii*, 2003), territorio limítrofe con el del Alto Duero.

Por tanto, a tenor de estos datos, los yacimientos calcolíticos de la segunda mitad del III milenio se caracterizan por corresponder a lo que genéricamente se adscribe a la etapa pre-campaniforme, por la ausencia de esta típica cerámica, e incluso, nos atreveríamos a señalar, que, al menos en los inicios de la primera centuria del II milenio –en cronología no calibrada–, existen asentamientos que por sus evidencias reconocidas parecen mantener un ambiente muy similar.

De tal forma, parece necesario considerar la aparición de las cerámicas Ciempozuelos en el interior de la Submeseta Norte en un momento poco preciso del tránsito al II milenio –por supuesto en fechas no calibradas–. En realidad, su aparición en ambientes exclusivamente domésticos no deja de resultar singular. Dejando al margen descubrimientos antiguos, caso de *El Molino* de Garrejo, o mal documentados, como el conjunto de *La Yecla* o *Silos*, en el valle del Duero sólo se constata su presencia esporádica en algunos asentamientos como en el poblado vallisoletano de Arrabal de Portillo que pudo alcanzar, según sus descubridores, el siglo XVII a. C., si bien tal cronología sólo se deriva de los paralelos tipológicos de los

materiales más singulares, sin que sea posible una mayor precisión para esta ocupación (Fernández Manzano y Rojo, 1986). Por ello, nada contradice la presencia de esta típica cerámica en el s. XIV a. C. en la cueva de Arevalillo, también en lo que se supone un ambiente doméstico o, mejor, no funerario ni vinculado a prácticas simbólicas (Fernández-Posse, 1981: 45). De tal forma, no debiera extrañarnos que cuando se asocia a prácticas rituales, principalmente en las inhumaciones individuales, el protagonismo de estas especies cerámicas pueda constatarse hasta bien avanzado el II milenio, no sólo en el valle del Duero (Martín Valls y Delibes, 1989), sino también en el Ebro Medio (Pérez Arrondo *et alii*, 1987).

1.3 Hipótesis del trabajo y objetivos de la tesis

Tal como se ha señalado, hace ya algunos años, ante el hallazgo en distintos puntos de la provincia de Soria de ciertos enclaves arqueológicos de repetida posición topográfica y con similares cerámicas, se propuso su adscripción a los momentos iniciales de la Edad del Bronce, en un momento intermedio entre las evidencias calcolíticas –caracterizadas en el Alto Duero y en el valle Alto y Medio del Ebro por los denominados conjuntos líticos de superficie, no muy distintos en algunos aspectos de los conjuntos del Horizonte Los Cercados/Las Pozas– y los hallazgos de *Los Tolmos*.

Se trataba de un grupo de poblados caracterizados por la presencia en su superficie de una abundante, y casi exclusiva, cerámica tanto lisa como con aplicaciones plásticas. Entre otros yacimientos, destacaban *El Parpantique* de Balluncar y *Los Torojones* de Morcuera, ambos en la provincia de Soria (Jimeno *et alii*, 1988; Jimeno, 1988; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a; Fernández Moreno y Jimeno, 1992b), cuya excavación se acometió, precisamente, con la intención de definir su personalidad y contrastar su posición y encuadre en la secuencia de la Edad del Bronce del interior peninsular.

Nuestro planteamiento partía de considerar este nuevo horizonte como el que articula el tránsito entre los asentamientos calcolíticos y los poblados que se atribuyen al Bronce Pleno, representados en el mismo territorio por *Los Tolmos*, individualizando y definiendo, por tanto, el Bronce Antiguo en las tierras del Alto Duero. En esta visión que puede parecer lineal y evolutiva, hay que valorar la sincronía o diacronía en lo referente a la convivencia, al menos en su fase inicial con los tipos incisos Ciempozuelos, cuyo origen se asocia a las etapas finales del Calcolítico y cuyo desarrollo o al menos

declive pudo coincidir con este nuevo horizonte (Blasco, 1997), como se ha constado en el epígrafe anterior

No disponemos en este territorio de nuevos datos que permitan profundizar en el conocimiento del fenómeno campaniforme, al que se le presupone, con seguridad, una función ritual vinculada con élites sociales y económicas (Delibes *et alii*, 1995; Delibes *et alii*, 2007). Al respecto ya se planteó hace algunos años, una dicotomía para interpretar la secuencia de estos conjuntos y aún los posteriores, caso de Arevalillo, en los que la cerámica campaniforme convive con especies o conjuntos cerámicos que parecen mostrar una personalidad diferente y definida (Jimeno y Fernández Moreno, 1992a; Fernández Moreno y Jimeno, 1992).

Al igual que se advierte en los esquemas, motivos y técnicas de las cerámicas decoradas de Cogotas I claras reminiscencias de las cerámicas Ciempozuelos, también podría rastrearse una continuidad y evolución de los tipos cerámicos de los nuevos yacimientos en los modelos

cerámicos cogotianos, y singularmente en los conjuntos de su fase formativa.

Consecuentemente, en lo que respecta a la cerámica se intuía que los nuevos hallazgos reflejaban un ambiente intermedio entre los conjuntos Calcolíticos, con y sin campaniforme, y los adscritos a los momentos previos a Cogotas I. Tal era el caso de las similitudes técnicas en lo relativo al tratamiento de la cerámica, lo ralo de la decoración incisa o la presencia de ciertas unguilaciones en los bordes y labios de las vasijas. Otros aspectos, caso de las llamativas composiciones plásticas de ciertas cerámicas reclamaban una personalidad propia no reconocida en los grupos citados.

Del mismo modo, la reiterada y similar localización topográfica de los poblados, sobre cerros aislados, dominantes, constituía una característica peculiar que les diferencian respecto a los conjuntos conocidos en el mismo territorio para fechas próximas.

	Calcolítico Final	Edad del Bronce				Hierro I
		Antiguo		Medio	Final	
		BRONCE I		BRONCE II	BRONCE III	
Maluquer, 19489 y 1956		ENEOLÍTICO / CALCOLÍTICO	CIEMPOZ.	ARGÁRICO	ATLÁNTICO	COGOTAS
Martín Valls y Delibes (70/80)		CIEMPOZUELOS		EPIC. SILOS	COGOTAS I	ATLÁNTICO
Delibes y Fernández Manzano, 1981		CIEMPOZUELOS		PROTO COGOTAS I	COGOTAS I / ATLÁNTICO	
Jimeno, 1984b		CIEMPOZUELOS		TOLMOS AREVALILLO PLAZA	COGOTAS I	
Fernández Manzano 1985		ETAPA ANTERIOR			ETAPA APOGEO	
Fernández-Posse, 1986				COGOTAS I		
				INICIAL	PLENO	FINAL
Jimeno y Fernández Moreno, 1992		TALLERES LÍTICOS SUP.	PARPANTIQUE	TOLMOS AREVALILLO PLAZA	COGOTAS I	
		CAMPANIFORME Y CIEMPOZUELOS				
Delibes y Fernández Manzano, 2000		CERCADOS	CIEMPOZ.	PARPANTIQUE	PRE-PROTOCO GOTAS	COGOTAS I

Figura 1 Esquema sinóptico de la secuencia crono-cultural de la Edad del Bronce en la Submeseta Norte.

Las referencias son indicativas y subjetivas, constituyendo nuestra interpretación simplificada de las distintas propuestas cuyo contenido se desarrolla en el texto.

El trabajo persigue, precisamente, definir la caracterización cultural de una nueva *facies* a través de los datos de un conjunto de asentamientos que muestran entre sí semejanzas formales suficientes como para delimitar un grupo homogéneo y, en todo caso, diferente de los que tradicionalmente se ha supuesto ocupan este territorio en el tránsito del III al II milenio AC.

Propugna, consecuentemente, concretar su marco cronológico, en fechas calibradas, compendiar el utillaje que utilizaron sus gentes y comparar los resultados con los de otros grupo próximos en la dimensión espacial y temporal. Por su parte, el análisis y estudio de las soluciones arquitectónicas de sus viviendas, el modelo de distribución en las plataformas de los cerros en las que se localizan, la articulación del espacio entre áreas de

habitación y de almacenaje, etc., permitirá indagar en la organización interna del grupo y derivar aspectos sobre la actividad económica, del mismo modo que el estudio del poblamiento, es decir del análisis referenciado de los asentamientos y el territorio permitirá diferir aspectos sobre la relación espacial. En suma, el objetivo pretende definir o plantear la reconstrucción de las formas de vida y modos de subsistencia de este grupo, y su organización.

Para confirmar estas impresiones y verificar la hipótesis de partida disponemos de datos de excavaciones y una vasta documentación procedente de trabajos de prospección superficial. A partir de estos datos será posible verificar las características de estos yacimientos y convenir si cumplen la hipótesis de partida.

Sin duda será preciso aclarar las relaciones con los grupos vecinos con los que conviven o coinciden. Pero ésta no será tarea fácil. En el Alto Duero la imprecisión del conocimiento de la base poblacional previa hace difícil profundizar en sus relaciones y conocer el grado en que cada grupo actuó como elemento dinamizador e inductor de las transformaciones que derivan en la primera configuración de los grupos del Bronce Medio que darán paso al horizonte *cogotiano*.

Por otra parte, la necesidad de definir la personalidad del nuevo horizonte se antoja obligada. Hace años, esta hipótesis inicial, enunciada en alguno de los trabajos citados, fue ampliamente aceptada (Delibes y Fernández Manzano, 2000). Las primeras características que definen estos enclaves posibilitaron establecer uno de los hitos de la secuencia ocupacional de la Submeseta Norte, como el denominado Horizonte Parpantique, cuyo encuadre crono-cultural quedaba determinado por ser eslabón interpuesto entre el Ciempozuelos y los conjuntos Proto-Cogotas.

Sirva esta referencia para aclarar la responsabilidad del bautismo de esta etapa que nos ocupa con la denominación del topónimo del primero de los yacimientos en el que realizamos excavaciones. El objetivo perseguido en aquellos trabajos de campo, al igual que los inmediatos en el cerro de *Los Torojones*, era recopilar testimonios que permitieran esclarecer la hipótesis planteada y que constituye la tesis de partida que enunciada.

Ahora, con la información disponible que se presenta creemos estar en condiciones de alcanzar el objeto planteado: la definición de un nuevo horizonte, el que posteriormente se ha venido en denominar como Parpantique, a partir de la hipótesis inicial que establecía, en primer lugar, su existencia y la previsión de que se trataba de un grupo distinto de los conocidos, que ocupó el territorio del Alto Duero en algún momento del inicio de la Edad del Bronce.

1.4 Metodología y desarrollo del trabajo.

Señalados los objetivos, el estado de la cuestión y la hipótesis de partida, es el momento de exponer la metodología con la que se pretende desarrollar la tesis inicial.

En primer lugar era obligado delimitar el área de estudio, el territorio en el que verificar la propuesta enunciada. En los tratados que se centran en las etapas prehistóricas, los criterios para la definición del marco

espacial de análisis no dejan de ser, a la vez, hipotéticos y subjetivos ya que se desconoce, a priori, las características de los enclaves y su entorno. Obligatoriamente debe ajustarse el marco espacial a unidades geomorfológicas identificables de modo que pueda objetivarse la elección del área.

Por otra parte, es clara la necesidad de disponer de una información uniforme. Ello conlleva, en la actualidad, cierta dificultad ya que los límites administrativos no siempre coinciden con los geográficos, y los estudios recopilatorios tienen un fuerte componente administrativo –tanto, por ejemplo, en lo concerniente a la competencia sobre la custodia de la información, los criterios de la recogida de datos en los estudios de prospección o los de elección y financiación de líneas de investigación–, lo que, en no pocas ocasiones, condiciona la homogeneidad de la información disponible.

Con estas premisas se delimitó la zona de estudio sobre el marco natural en la que se ubican los yacimientos excavados, esto es, la unidad definida como del Alto Duero. Puede resultar cuestionable el hecho de que la selección excluya los territorios que delimitan la provincia soriana en su extremo más oriental, pero en tal caso esas unidades requerían abarcar las vertientes contrarias de los Sistemas Ibérico y Central, demandando un ámbito excesivamente amplio y sobre todo diverso que superaba nuestras posibilidades. Más adelante tendremos ocasión de justificar los límites establecidos que procuran conjugar aspectos geomorfológicos matizando los administrativos por los argumentos antedichos.

Definida la zona de estudio, será el momento de indagar en el registro arqueológico disponible, que procede de prospecciones superficiales y de excavaciones de determinados enclaves.

En primer lugar, siguiendo la lógica del proceso deductivo que nos ocupa, seleccionamos los yacimientos existentes en dicho territorio cuya atribución cronológica se ajustaba al momento inicial de la Edad del Bronce y a las etapas inmediatamente anteriores y posteriores.

La existencia de diferencias zonales en la intensidad de la prospección y, consiguientemente, en los resultados, requiere desarrollar diferentes análisis para evaluar la información disponible y su calidad, con el fin de definir un censo de enclaves con información homogénea que permita obtener una visión macroespacial de la ocupación del territorio en dicha etapa.

El catálogo de datos se complementa con el registro arqueológico proporcionado por las excavaciones arqueológicas. Su examen posibilitará profundizar en la etapa de estudio, al disponer de resultados de trabajos de campo de diversos yacimientos. Este apartado es el que sustenta básicamente los testimonios llamados a contrastar la hipótesis de trabajo.

La reseña de los resultados se presentará individualmente para cada yacimiento, siguiendo un esquema repetitivo que facilite su consulta. Se describen los hallazgos de cada sitio y se procede a su caracterización tipológica, para concluir con un análisis espacial y asociativo que pretende la reconstrucción de cada uno de los ambientes y actividades diferenciadas tanto por las estructuras como por los objetos muebles. Para ello, las referencias estratigráficas verifican la secuencia ocupacional, y los elementos de la cultura material se convierten, obligatoriamente, en fósil-guía para la identificación de conjuntos-tipo.

Una vez concluida la fase descriptiva con la que se inicia el trabajo será el momento de afrontar una segunda parte, la de análisis y cotejo de paralelos, en suma la fase relacional del estudio.

Los yacimientos excavados disponen de análisis radiocarbónicos que permiten concretar su cronología. Las fechas de C_{14} se someterán a las aplicaciones estándar para la calibración, a fin de disponer de series de fechas absolutas que podrán ser comparadas con otras series cronológicas de territorios limítrofes, estableciendo la posición de este grupo de asentamientos en el interior peninsular.

Con estos antecedentes, será posible establecer un marco de referencia comparativo para los yacimientos excavados y los localizados mediante prospección superficial en la zona de estudio. Se pretende conocer y describir las pautas de ocupación del territorio a partir de los datos topológicos de la ubicación de los enclaves.

Los datos aportados por el *Inventario arqueológico* permiten dibujar mapas de puntos agrupados por las atribuciones crono-tipológicas. Para conocer la confianza de la muestra y, principalmente, la posibilidad de comparación entre los diferentes conjuntos de datos, éstos se someterán a pruebas cuantitativas basadas en los principios de la probabilidad estadística, los habituales para inferir patrones de comportamiento, tal como se especifica en la denominada Arqueología Espacial (Ruiz Zapatero y Burrillo, 1988).

Uno de los análisis más habituales es el de vecino más próximo o *Nna* (Nearest Neighbor Analysis) (Clark

y Evans, 1954; Hodder y Orton, 1990: 51-55) que determina la posibilidad de deducir rangos de distribución de la muestra en referencia a su aleatoriedad, agregación o regularidad. Otro más que se aplicará consiste en la división del territorio en celdas cuyos límites quedan definidos por la mayor proximidad de un punto, yacimiento, en referencia a otros (p. e., los polígonos de Thissen o de Voronoi) dibujando una imagen de la distribución de áreas –espacios– teóricamente, vinculadas –de influencia, de servicio, p.e.– a cada yacimiento, posibilitando discernir modelos de implantación en el territorio (Ibidem: 72).

Con estos análisis previos, aplicando principios metodológicos de la denominada arqueología del paisaje (Orejas, 1991; Criado, 1993; 1999), y utilizando herramientas informáticas tipo SIG sobre modelos digitales del terreno (Blasco *et alii*, 1997; Grau, 2006), se incidirá en las relaciones espaciales, posibles, entre los distintos tipos de yacimientos. De tal forma se pretende, al menos, vislumbrar las semejanzas o divergencias entre los asentamientos atribuidos al Bronce Antiguo y entre estos y los de las etapas inmediatas que también se analizan. Ello por que parece más plausible determinar diferencias en los modelos de poblamiento que definir modelos cerrados para cada una de las etapas.

Con estas bases se inicia un recorrido que pretende, a modo de *zoom* y cruzando los datos disponibles, acercarnos desde la visión territorial del poblamiento a las unidades de habitación y a su utilización, atendiendo a su forma y distribución, y a la disposición del instrumental doméstico. En esta secuencia, el segundo hito en el análisis será el definido por la unidad del poblado. Las estructuras de habitación, las destinadas a la producción o almacenaje y el utillaje asociado aportan referencias para averiguar su permanencia y estabilidad en el territorio, mientras que la comparación de esos elementos posibilitará entender las relaciones de vecindad entre los asentamientos.

Un segundo apartado es el definido por el análisis topográfico de los hallazgos y la consiguiente relación con las estructuras constructivas. Se pretende ahondar, cuando se disponga de este tipo de datos, en el modelo de división del espacio doméstico, entendido éste como concreción de un modelo social que articula las actividades y relaciones de los miembros del grupo (Ortega, 1999). Para el desarrollo de estos análisis dispondremos del apoyo de aplicaciones informáticas que facilitan la tarea de representación de los distintos hallazgos y permiten modelizar las propuestas a partir de la digitalización de las planimetrías y su relación con bases de datos en las que se cuantifican y caracterizan

todos los hallazgos, tal como se recoge en los correspondientes anexos.

También se cuenta con distintos resultados analíticos que permitirán complementar la información más convencional de las ocupaciones. Los estudios paleobotánicos contribuyen a plantear el modelo de poblamiento en términos de economía y subsistencia con metodologías que, pese a sus conocidas limitaciones, ya han sido aplicadas para zonas próximas (Carrión *et alii*, 2000; Fabián *et alii*, 2006). Estas aportaciones y las de los estudios anteriores deberán servir para establecer las bases sobre las que desarrollar con posterioridad las relaciones *espaciales* del poblamiento y el aprovechamiento del territorio.

En el estudio tipológico, se utilizan, en el caso de la cerámica, tabuladores cuantitativos sobre aspectos morfotécnicos, siguiendo estudios bien conocidos para conjuntos similares y próximos (Picazo, 1993; Samaniego *et alii*, 2002), de forma que sea posible las comparaciones cronológicas y regionales. Por el contrario, el análisis de su distribución, características y relaciones se proyecta para reconocer la cadena operativa de los habitantes del poblado, lo que, sin duda, posibilitará indagar en la organización cotidiana, social y económica de cada asentamiento.

Dos son los aspectos interpretativos diferidos que serán tratados con posterioridad. De un lado los referentes a la paleoeconomía, que persiguen una aproximación a las evidencias sobre la actividad económica de las gentes de este grupo. Los resultados de los análisis polínicos y paleobotánicos posibilitarán conjeturar sobre la reconstrucción ambiental en la que se integraron estos poblados y definir, junto con la identificación de los restos vegetales y el instrumental para su manipulación, los recursos económicos que pudieron ser explotados.

De otra parte, se pretende reconocer las certidumbres en lo relativo a las actividades y prácticas simbólicas. Aun cuando los datos sobre los testimonios inmateriales derivados de la actividad vital de estas gentes son, evidentemente, difíciles de rastrear, sí creemos necesario realizar, siquiera, unas consideraciones sobre las prácticas referidas a la actividad funeraria y a ciertas manifestaciones artísticas que se constatan tanto en determinados yacimientos utilizados en esta época como en algunos objetos recuperados en los poblados que se presentan y cuya significación sólo encuentra explicación desde el ámbito simbólico (Escoriza, 1991-1992).

Con todo este bagaje documental y con la secuencia de análisis e interpretación, nos consideramos en

disposición de contrastar la tesis de partida: el definir un nuevo grupo o *facies* que en el tránsito del III al II milenio AC ocupaba el territorio del Alto Duero, y que se diferencia de otros grupos por una serie de rasgos singulares que le confieren una personalidad propia. Esto es, esperamos poder concretar las características de los conjuntos del denominado Horizonte Parpantique.

Finalmente no debiéramos concluir este apartado sin reflexionar sobre los medios disponibles que pudieran determinar las posibilidades del estudio.

En el haber, se cuenta con los resultados de los trabajos de excavación acometidos en varios yacimientos del Alto Duero y la analítica de sus restos, que ofrecen una completa información, en su mayoría inédita, que constituye el núcleo de datos sobre los que contrastar la hipótesis. Del mismo modo, la información aportada por el *Inventario arqueológico* de Castilla y León, posibilita, pese a su carácter más extensivo, verificar distintos apartados, como el comparar unos asentamientos y otros, la implantación de los yacimientos, sus características y otras cuestiones relacionadas con el medio físico.

En el debe, por el contrario hay que anotar la insuficiente información en el área de estudio tanto sobre la etapa de estudio como sobre las más próximas. Si, como se indicaba en los apartados anteriores, el campaniforme y Proto-Cogotas alcanzaron gran protagonismo en la década de los años ochenta de la anterior centuria, los estudios sobre el III y II milenio AC, a partir de mediados de la década siguiente se rarificaron hasta casi desaparecer.

Sin pretender ser exhaustivos, un sencillo repaso a los índices de las revistas especializadas en el mismo marco de referencia y en el entorno más próximo –siguiendo criterios ya contrastados para este tipo de análisis (Rodríguez Alcalde *et alii*, 1996)–, confirma esta impresión¹. En los más de sesenta números revisados, se encuentran apenas cuarenta estudios centrados entre el Calcolítico y el Bronce Pleno. De estos, la mayoría (29) afectan a la Submeseta Norte, si bien con una distribución desigual: 9 a la etapa calcolítica, 3 a la campaniforme, 6 a la denominada Edad del Bronce, y 10 a los de la etapa Proto-Cogotas.

Por tanto, en esta década tan sólo se publicaron un conjunto de nueve estudios para el tránsito del III al II

¹ Los datos que manejamos proceden del análisis de los índices de publicación de las revistas *BSSA*; *Zephyrus*, *Nvmantia*, *Trabajos de Prehistoria* y *Complutum*, en el periodo 1995-2005. Sin ser todas las existentes, sí las consideramos representativas para el territorio meseteño.

milenio, y curiosamente se agrupan en los años iniciales y finales del periodo analizado, de hecho entre 1996 y 2002 no se contabiliza ninguno.

El panorama no varía si se amplía el análisis a los estudios de otros territorios peninsulares. Manteniendo los márgenes de la búsqueda en el mismo periodo y publicaciones, el resultado apenas supera la docena de registros, repartidos, eso sí, equitativamente: 3, 3, 3, y 4 ejemplos para cada una de las etapas enumeradas, en el mismo orden.

Existe pues una ralentización de los trabajos para este momento, lo que presume la ausencia de otros datos con los que comparar los que se presentan ahora. Éstos obligatoriamente deberán refrendarse con los conocidos que fueron publicados con anterioridad a la última década del siglo pasado.

Seguramente, el auge del nuevo *Estado de la Autonomías*, en los primeros años ochenta, fue un acicate para la atomización de los estudios y el interés por lo local. Su demostración es evidente en la publicación en aquellos años de la Historia de Castilla y León y la serie de historias provinciales (las de Burgos, Soria y Segovia fueron de las primeras, mientras que la más reciente es la de Valladolid, en 2005), constituyendo una interesante puesta al día de la investigación en cada una de dichas demarcaciones. Paralelamente, el ámbito universitario con el patrocinio

de las administraciones provinciales y locales, convocó encuentros y reuniones científicas que sirvieron para presentar las novedades en la investigación. En el caso de la provincia de Soria, las actas del último encuentro de estas características vieron la luz en el año 1992, momento en que se inicia el declive que explicamos y que obliga a la utilización de la bibliografía que manejamos.

Por suerte, recientemente la tendencia parece variar con la publicación de algunos trabajos monográficos que actualizan datos en este territorio –caso del Ciempozuelos meseteño, los poblados calcolíticos del Valle del Ambles, los campos de hoyos de la Submeseta Sur, etc. – a los que hay que sumar otros recientes y en el momento de escribir estas líneas inéditos –referentes a la Edad del Bronce en la ribera burgalesa o en la campiña salmantina–, que sus autores nos han permitido consultar antes de su publicación. Aun cuando serán puntualmente referidos, queremos aprovechar este momento para reiterar nuestro agradecimiento por cuanto nos permitió conocer otras realidades con las que confrontar nuestros datos.

Es necesario considerar esta peculiaridad en la historia de la investigación de la Edad del Bronce en el interior peninsular para valorar las fuentes que se utilizan en el trabajo, y para justificar, con un argumento más, el interés de concluir el mismo.

2 MARCO GEOGRÁFICO DEL ESTUDIO

Los yacimientos sorianos adscritos a los momentos iniciales de la Edad del Bronce se localizaban tanto en el valle del Duero como en el curso alto de los afluentes del Ebro que nacen en el lado meridional del Sistema Ibérico. Incluir en el área de estudio las tierras del valle del Ebro con hallazgos del mismo tipo, exigía estudiar un territorio excesivamente amplio y diverso y con una documentación demasiado heterogénea, lo que no resultaba práctico como punto de partida. Por ello, y ante la necesidad de superar este primer hándicap, decidimos ajustar el ámbito de la investigación a la zona conocida como Alto Duero por formar una entidad geográfica definida, para la que contábamos con una información más o menos homogénea.

Este espacio constituye, en lo referente a la geomorfología, una unidad caracterizada por el curso alto del río Duero de fácil identificación. Por otra parte, desde el punto de vista administrativo, aunque abarca espacios de distintas provincias, se incluye en una misma Comunidad Autónoma, lo que facilita la comparación de los datos –p. e., la ubicación y/o adscripción de los yacimientos–, ya que los criterios y procesos de prospección se han acometido con una discrecionalidad si no idéntica, sí pareja.

Geográficamente la zona del Alto Duero se asimila a buena parte del territorio que ocupa la actual provincia de Soria, en el oriente de la Submeseta Norte. Muchos han sido los estudios que han caracterizado y descrito este territorio, desde los clásicos de Palacios (1890) y Sáenz (1951) a los más recientes de Palá *et alii* (1988) o Bachiller y Sancho (1990), sin olvidar las síntesis generales que recogen trabajos arqueológicos (Jimeno, 1984b: 13-19; Gómez-Barrera, 1992: 15-20) e históricos (Sáenz Ridruejo, 1985) anteriores. Todos ellos son deudores, en mayor o menor medida, de la división administrativa provincial más reciente, y todos destacan la existencia de las distintas cuencas hidrológicas que comparte este territorio con gran diversidad biogeográfica. Precisamente, esta complejidad es la que estimula un acercamiento para su definición desde diversos enfoques, con el resultado de distintas clasificaciones comarcales, escasamente coincidentes, como señala Calavia (1990: 158), no sólo entre autores clásicos sino también entre los contemporáneos. Por ello pasaremos a describir las grandes áreas ambientales considerando las características morfológicas y climáticas que las conforman, para concluir con una aproximación a

la utilización de los suelos, abarcando aspectos que presumimos afectaron a la ocupación del territorio.

En primer lugar, hay que señalar que los límites del Alto Duero, *grosso modo*, quedan concretados en sus extremos por el nacimiento del río en los Picos de Urbión y por lo que se considera el límite con la cuenca media que se inicia en el actual término de la localidad burgalesa de Aranda de Duero, donde el río recibe los primeros aportes importantes, primero los del Arandilla y más adelante los del Riaza. Este espacio entre Urbión y Aranda de Duero es el que delimita la Confederación Hidrográfica del Duero con el mismo nombre y abarca territorios de tres provincias actuales (Figura 2).

La superficie del ámbito de estudio alcanza los 11.035,91 km². Este área es ligeramente superior a la subzona hídrica denominada del Alto Duero por la Confederación responsable de la gestión de la cuenca, a la que atribuye una superficie de 8.902 km². Esta divergencia no es importante. En este estudio se ha ajustado el área a partir de la información GIS disponible, a la que sin duda se debe la diferencia, considerando, además, que el espacio más suroccidental con la cuenca del Riaza no ofrece unos límites precisos. Creemos, por tanto, que, pese a la posibilidad de pequeños ajustes de redefinición en este sector, la marginalidad del área cuestionada no parece que pueda condicionar la visión del conjunto.

De los once mil kilómetros cuadrados, la mayor parte, 7.468,62 km², corresponden a la actual provincia de Soria de la que se ha segregado el territorio que pertenece a las cuencas del Ebro y Tajo. En segundo lugar por tamaño se sitúa el territorio perteneciente a la actual provincia de Burgos, 2.618,89 km², mientras que a la provincia de Segovia le corresponde la menor superficie, apenas 948,4 km².

La unidad del área queda definida por la geomorfología que agrupa tres grandes unidades estructurales resultantes de la evolución geológica (Silván, 1990). Se trata de una amplia cubeta triangular en la que dos de sus lados mayores quedan delimitados por el área de contacto de las estribaciones del Sistema Ibérico y Central, quedando como espacio intermedio una cuenca deprimida por la que drena el río Duero y que delimitan sucesivamente la denominada fosa de Almazán y la cubeta de Aranda de Duero (Figura 3).

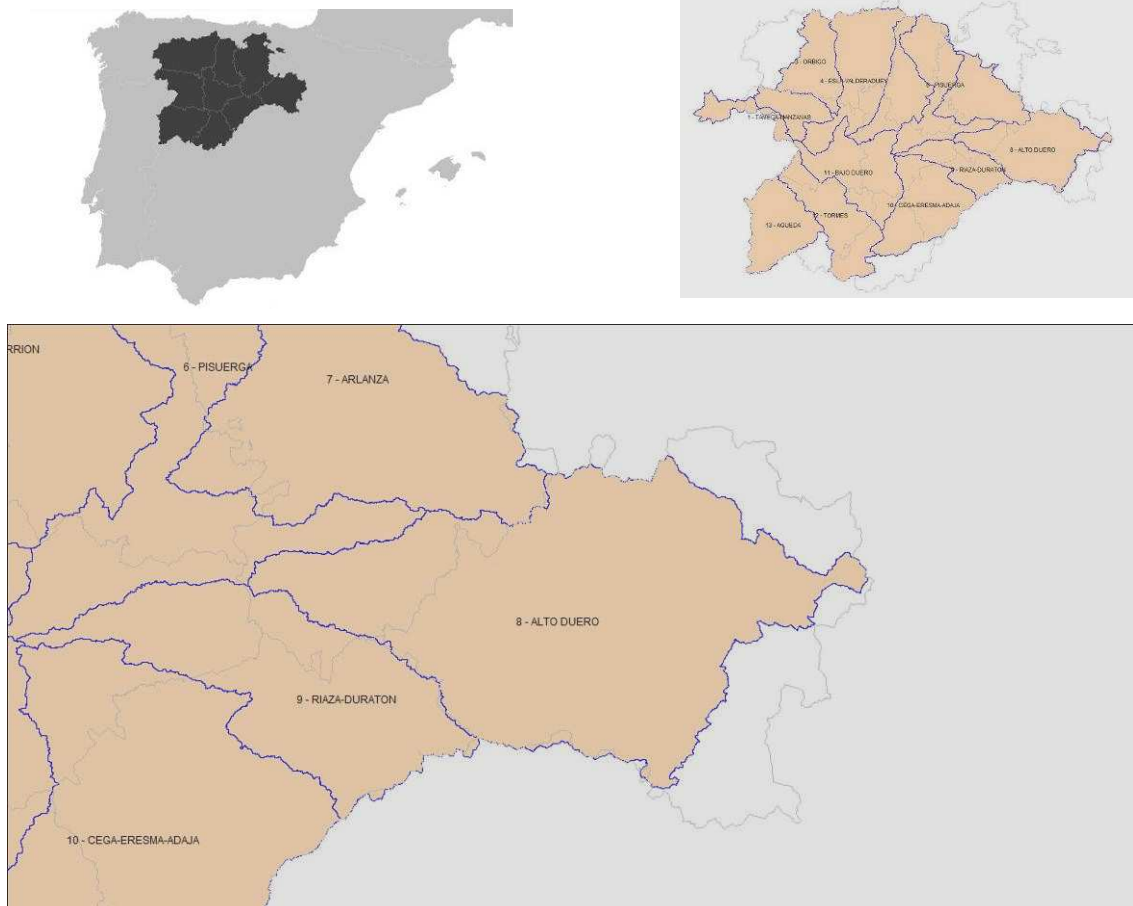


Figura 2 Comarcas hidrográficas definidas por la Confederación Hidrográfica del Duero, sobre el perfil de la Comunidad de Castilla y León.
Fuente CHD

Por tanto se puede hablar, con toda propiedad, como propone Calavia (1990)², de tres sectores. El primero es el Ibérico Septentrional que abarca casi la mitad Norte de la zona del Alto Duero. Constituido por una orla calcárea que se desarrolla desde el propio Sistema Ibérico hasta los límites de La Rioja y la cuenca del Ebro, hasta sus estribaciones marcadas por las sierras de Covarrubias, Cabrejas, Santa Ana (junto a la ciudad de Soria), y las más orientales de la Pica o Miñana. Este sector presenta los mayores contrastes en el relieve; al norte dominan las altas cumbres con altitudes que superan los 2.000 m y las estribaciones más meridionales alcanzan los 1.400 m, presentando, en general, una orientación oeste-este por la que circula el Duero desde su nacimiento hasta la ciudad de Soria, donde inicia la conocida *curva de ballesta*. Este cambio de dirección tiene su explicación por la nueva alineación que se describe para el espacio

más oriental de este sector, ahora noroeste-sureste, paralelo a la depresión del Ebro, y con un contraste ciertamente mayor, desde los 2.314 m del reborde exterior (Moncayo) a los 1.300 m de las estribaciones interiores (Oncala, Madero). Unas y otras alineaciones están separadas por áreas deprimidas, corredores, cubetas, etc., que son más estrechas y profundas al oriente.

Este relieve y un contrastado clima continental propician la utilización de los suelos, en este primer sector, con tres actividades principales: la maderera de la zona de Pinares que afecta al contacto de las provincias de Burgos y Soria; la ganadera con dominio de la cabaña ovina en todo el reborde más oriental (recordemos la importancia que adquirió La Mesta) y bovina en los valles intermedios del norte (Tera) y, finalmente, la agrícola centrada en las cubetas de enlace (Campo de Gómara, Campillo de Buitrago) entre el Sistema Ibérico y La Meseta. Estas zonas, actualmente dedicadas a la producción intensiva de cereal, tuvieron en épocas

² Sin desdeñar otros datos y referencias, que para la definición del territorio utilizaremos el trabajo citado de la profesora M. Calavia que, siguiendo los objetivos señalados, resumimos en las siguientes líneas.

anteriores una importante cubierta vegetal de monte mixto (roble, encina, etc.) que posibilitaban una economía de subsistencia más variada que se complementaba con

la producción hortícola y frutales en las vegas más protegidas.

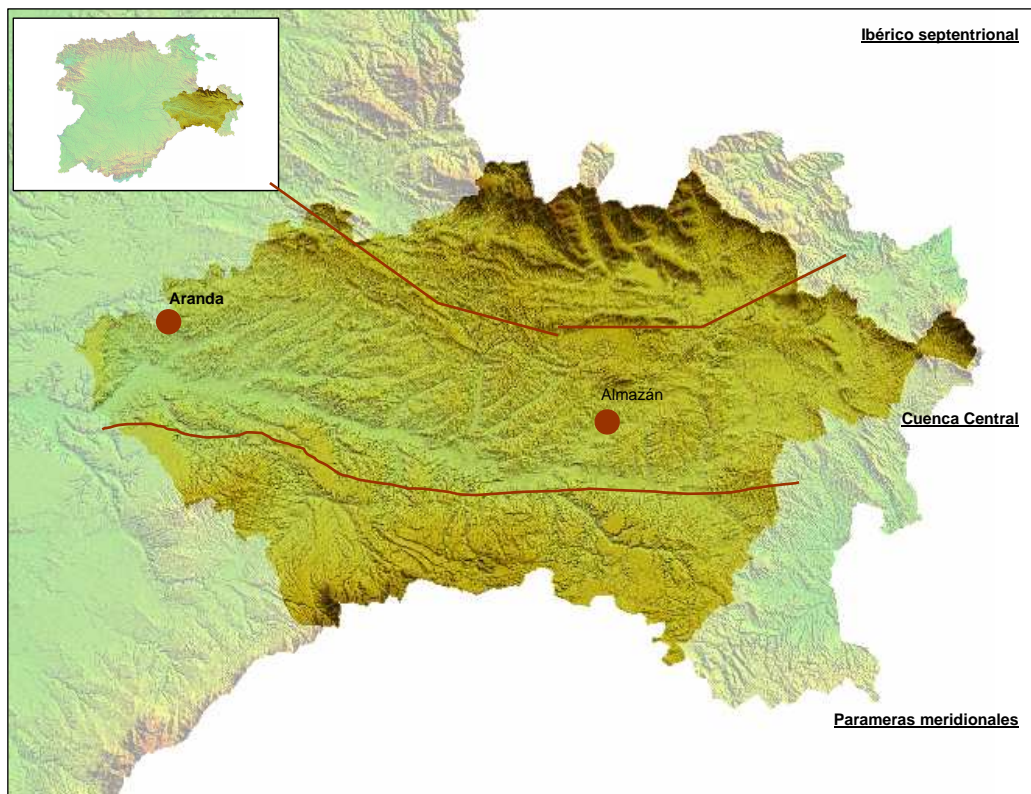


Figura 3 Detalle de la zona de estudio del Alto Duero y localización de la sobre el mapa de la Comunidad de Castilla y León

El segundo sector es el de las parameras meridionales en lo que constituye el contacto del Sistema Ibérico y el Central, y los límites de las cuencas del Duero, Tajo y Ebro. Este espacio de tránsito da lugar a estructuras de diversas direcciones, si bien predomina una topografía de suaves pliegues pulidos por procesos erosivos que se ven interrumpidos por alineaciones montañosa (Sierra de la Pela y Sierra de Ayllón) y las más adelantada y singular de La Serrezuela segoviana que avanza sobre la cubeta central cerrando el límite suroccidental de la zona de estudio (Cascos, 1992: 8). La litología dominante es calcárea lo que ha posibilitado el desarrollo de pequeñas estructuras cársticas de escasa importancia, así como una importante erosión fluvial que modela hoces y gargantas (Escalote, Caracena,...) o, con menor intensidad, pequeños valles de arroyada que con orientación Sureste/Noroeste desaguan los regatos de la sierra en la cuenca central.

En el paisaje de este sector dominan los matorrales y pastizales de secano que han posibilitado hasta épocas

recientes una importante explotación ovina de tipo extensivo, que se complementa con la actividad agrícola en superficies protegidas, principalmente en la base de los valles y vallejos, en los que era común el desarrollo de pequeñas huertas y plantación de frutales. La única excepción lo constituyen las estribaciones de las altas sierras, que muestran una vegetación arbórea que conforma un bosque muy variado con encinas, robles y quejigos en las zonas más favorables y sabinas en la más agreste. En la actualidad se constata la repoblación con distintas variedades de pino y la explotación intensiva de chopo en las vegas de los ríos, como residuo de lo que en la antigüedad debieron ser los bosques de ribera.

Entre ambos sectores se extiende el tercero, una cuenca deprimida y drenada mayoritariamente por el Duero. Como se ha referido, este tramo está constituido por dos unidades morfoestructurales: el canal de Almazán y la Cuenca de Aranda. En general y a lo que interesa, se trata de una gran zona sedimentaria que exhibe los materiales en disposición horizontal y que ha

evolucionado por los efectos de la erosión, diferenciando zonas de resalte labradas sobre rocas duras (calizas) y zonas rebajadas por el arrastre de las rocas blandas (arcillas y arenas). Es decir se conforma un paisaje dominado por los páramos y los cerros testigos en los que es perceptible la acción de la erosión activa, con fuertes abarrancamientos y deslizamientos que dificultan el desarrollo de la vegetación. Los páramos están mejor conservados en la zona más occidental y al sur de la cuenca hasta alcanzar el límite que constituye La Serrezuela segoviana. Entre ambas unidades se desarrolla una zona de *pedrizas* que está constituida por resaltes calizos del cretácico que fueron sepultados por materiales más recientes, por lo que destacan sobre el paisaje por su mayor altura, su plano ovalado o redondeado y su color blanquecino frente al rojo dominante. También abundan aquí las manifestaciones cársicas asociadas a la erosión de los materiales antiguos que las conforman.

En este sector central, las zonas de valle se dedican al cultivo, con posibilidades de regadío, mientras que en las parameras se concentra la ganadería extensiva. El clima es más suave que en las sierras que la bordean, alcanzando medias anuales que apenas superan los 11° C y escasas heladas en el tramo final de San Esteban de Gormaz a Aranda de Duero. La fuerte transformación por los cultivos no permite reconstruir la imagen de la vegetación autóctona de la zona. Existen, en todo caso, importantes masas de *P. Pinaster*, considerándose la de Quintana Redonda/Bayubas como autóctona dada la facilidad regenerativa, mientras que la de Ucero/Fuentona corresponde a trabajos de repoblación que conviven con importantes manchas de *Quercus Pyrenaica*. También se reconocen montes con encinas y robles que son restos de bosques recientemente roturados y que son testigos de otros antiguos en los que debía dominar la encina, el quejigo y la sabina, además de otras especies rupícolas en los canales fluviales.

Los espacios lacustres, tanto los de los interfluvios hoy desecados por la regulación de los caudales, como los de los antiguos humedales, también desecados por las prácticas agropecuarias contemporáneas, son uno de los aspectos peor conocidos en la reconstrucción del paisaje. Sin duda su importancia en la antigüedad fue determinante para el aprovechamiento del medio y, con seguridad, en la elección de los emplazamientos, por lo

que esta deficiencia deberá ser considerada en las propuestas del estudio.

En líneas generales se acepta que la superficie del Alto Duero tiene un aprovechamiento equilibrado entre la masa arbórea, los pastos y el cultivo. En la antigüedad el porcentaje entre masa arbórea y cultivos debió ser muy diferente, resultando el equilibrio actual consecuencia de la deforestación necesaria para el incremento del cultivo, principalmente de cereal. En todo caso, en el sector septentrional el dominio del bosque es mayoritario estando complementado por un porcentaje mínimo de pastos de montaña. De tal forma, indistintamente de la mayor o menor ocupación del territorio a lo largo de la Historia, las condiciones de visibilidad en la localización de yacimientos en este sector es compleja.

Algo similar debió ocurrir en las zonas más altas del reborde meridional. Pese a las menores altitudes, el relieve y las condiciones climáticas se asemejan, al menos, en las estribaciones intermedias del Sistema Ibérico, si bien el mayor aprovechamiento del sector, al menos desde la alta Edad Media hasta época contemporánea, puede ser la causa de una deforestación más intensa en la que los procesos erosivos no han posibilitado aún su recuperación.

La zona más septentrional de este sector es muy similar al canal central con el que delimita, ofreciendo un paisaje similar. Los amplios páramos y eriales tienen su transición al sector central deprimido a través de cerros testigos y páramos aislados por la erosión de corrientías perpendiculares al canal central. De tal forma se diferencian los paisajes ecológicamente más ricos y fáciles de explotar, por cuanto los distintos ambientes se desarrollan en espacios reducidos y próximos. Así, la variedad que supone la vegetación arbórea y arbustiva de los páramos, la vegetación de ribera y la posibilidad de un aprovechamiento agrario de los fondos de valle resultaría, a todas luces, de indudable interés para las antiguas poblaciones necesariamente obligadas a los aprovechamientos autárquicos. Por ello no ha de resultar extraño que sea precisamente en la zona de contacto entre los páramos y los amplios valles donde se encuentran los yacimientos que hemos excavado, compartiendo, por tanto las características de ambos ambientes.

3 EL REGISTRO ARQUEOLOGICO

La información disponible sobre los asentamientos y los materiales de los inicios de la Edad del Bronce en el Alto Duero puede desglosarse en dos bloques diferenciados y complementarios. Por un lado, los datos del *Inventario arqueológico* de Castilla y León (a partir de ahora IACyL), un amplio catálogo de sitios reconocidos por trabajos de investigación, noticias y, sobre todo, por una sistemática labor de prospección de tipo selectivo (Tejada *et alii*, 1995). Este repertorio permite evaluar la ocupación del territorio a través de los análisis que proporcionan los mapas de dispersión, así como diversas particularidades de los enclaves a partir de los datos que se recogen en dicha base de datos, caso del tamaño, la funcionalidad o el entorno en el que se localizan. Todo ello, es cierto, con las limitaciones propias de la metodología aplicada en la recopilación de la información, inherentes a cualquier trabajo extensivo de estas características.

De otro lado, se cuenta con información procedente de trabajos de excavación que, en contraposición con los anteriores, posibilitan un acercamiento a lo concreto, una documentación intensiva de unos pocos lugares. De tal forma, es posible definir aspectos precisos sobre la cultura material o la cronología, a la vez que permiten recopilar evidencias sobre el paleoambiente y la paleoecología en la que se movieron las antiguas poblaciones y, consecuentemente, disponer de argumentos para reconstruir sus formas de vida.

La comparación de unos datos y otros o la generalización de las conclusiones de los trabajos de excavación para los recopilados en la prospección, requiere la aplicación de filtros y calibraciones para objetivar la información como paso previo al análisis y comparación. Pero para ello, es necesario, en primer lugar y una vez delimitada la zona de estudio, concretar los sitios conocidos para las distintas etapas en las que se inscriben y que interesan para el presente estudio.

A la hora de seleccionar los yacimientos, hay que considerar, en primer lugar el marco temporal de la adscripción. Las fichas del IACyL ofrecen la posibilidad de adscribir los hallazgos a una o varias atribuciones crono-culturales con distintos grado de confianza. Indistintamente de ello, hay que considerar que al tratarse de materiales superficiales la clasificación se sustenta en criterios de discrecionalidad, principalmente, en la semejanza de los conjuntos cerámicos que resultan los más representativos de la muestra.

Por tanto, dado que existe en la relación de atribuciones posibles la correspondiente al *Bronce Antiguo* sería sencillo extraer la selección de los sitios con dicha catalogación. Ahora bien, las colecciones y adscripciones no permiten siempre una relación unívoca y directa. Junto a la ingente colección de cerámicas lisas, de formas similares que caracterizarían los conjuntos en estudio, aparecen en casi todos los casos y de forma puntual, fragmentos que posibilitan la referencia a fósiles guía de momentos inmediatamente anteriores o posteriores, por lo que puede darse el caso de que yacimientos muy similares, con materiales casi idénticos, puedan tener distinta adscripción. Sería ilusorio pensar que una sola pieza define un momento cronológico preciso, pero tampoco sería lógico justificar su presencia por azar.

Sirva todo ello para entender que, en el área del estudio, la selección de yacimientos que interesa debe considerar un amplio conjunto de evidencias que pueden haber sido clasificadas o adscritas en el IACyL, cronológica y culturalmente, desde el Calcolítico hasta un momento pleno de la Edad del Bronce, superando, por tanto, los límites del tránsito del III al II milenio a C.

En el IACyL hay catalogados un número importante de enclaves que responden a este marco espacial y crono-cultural. En la primera parte de este apartado contrastaremos la información que contienen esos registros para evaluar la homogeneidad y confianza de la muestra.

Cuando se planteó la diferenciación de este nuevo horizonte crono-cultural definido por poblados como *El Parpantique*, una de las primeras cuestiones que llamaba la atención fue su singular localización topográfica, hasta el punto de constituir una seña de identidad. La ubicación en pequeños cerros testigos, adelantados de los relieves en los que originariamente se incluían, confería a estos poblados una estratégica posición, claramente dominante, cuyo potencial defensivo se veía complementado por un elemental dominio visual de indudable interés para el control de las comunicaciones y del tránsito por el valle.

Aún cuando este modelo de asentamiento destacado llame la atención y fuera el que centró la primera propuesta de estudio, no es el único adoptado por las gentes del Alto Duero en la primera mitad del segundo milenio (Jimeno *et alii*, 1988; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a). Las noticias que hemos ido conociendo por trabajos más intensivos, relacionados

con asentamientos que se enmarcan en el ámbito del presente estudio, caso del burgalés de *Pico Romero*, hacen referencia a la existencia de otros yacimientos ubicados en la zona baja del valle, de desigual tamaño, apenas reconocibles por indicios superficiales de manchones cenizosos, en los que es fácil recopilar abundantes fragmentos cerámicos realizados a mano, similares a los que se reconocen en los asentamientos en altura que han sido objeto de excavación y estudio (Palomino y Etxeberria, 1994; Rodríguez Marcos y Palomino, 1997).

En el Alto Duero también se han practicado excavaciones en asentamientos que se localizan en el interior de cuevas, y en los que se han recuperado ajuares de características muy similares a las que nos ocupan. Como ejemplo, recordemos las excavaciones de la cueva de *La Maja*, casi en el centro de la zona de estudio (Samaniego *et alii*, 2002), o los trabajos realizados en la cueva *del Asno*, próxima a la ciudad de Soria (Eiroa, 1979).

Por tanto, en el segundo apartado se acometerá el análisis de los resultados de las excavaciones de varios yacimientos del Alto Duero, singularmente de los inéditos que ofrecen una muy interesante información.

3.1 Catálogo de yacimientos

El catálogo de yacimientos de la zona del Alto Duero que manejamos procede de la base de datos del IACyL. Desde los primeros años noventa y a lo largo de más de una década, la Administración Autonómica realizó un importante esfuerzo para catalogar el patrimonio arqueológico de su territorio, a partir de programas provinciales y con unidades de actuación municipal³.

Sin entrar a valorar la idoneidad o conveniencia del modelo de prospección en el que se sustenta (Tejada *et alii*, 1993; Fernández Moreno *et alii*, 1998), sí debemos resaltar que la información disponible corresponde a la

³ Los datos que referimos del *Inventario arqueológico* corresponden a los facilitados por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León, en la versión existente en el año 2005. Queremos agradecer a los entonces arqueólogos territoriales de las provincias de Burgos, Segovia y Soria, Dña. Cristina Etxeberria, D. Luciano Municio y Dña. Elena Heras, las facilidades dadas para recopilar la información y contrastar diversas cuestiones que fueron surgiendo. Con posterioridad hemos ido añadiendo al catálogo las novedades surgidas, así como ajustando los datos que, por conocimiento directo de muchos de los enclaves, hemos creído oportuno revisar. El resultado final de todo ello aparece recogido en el Anexo 1. Su contenido refleja nuestra interpretación de aquellos datos, por lo que cualquier desviación sólo puede ser achacado a nuestra autoría.

derivada, en su mayor parte, de una prospección selectiva en un amplio territorio. El desarrollo de este proyecto se basó en el ámbito de la demarcación provincial, por lo que los criterios aplicados pudieron variar de unos territorios a otros; al igual que la información previa y las fuentes bibliográficas. Del mismo modo, la caracterización de las etapas culturales arrastra condicionantes e interpretaciones localistas, por lo que la adscripción crono-cultural atribuida a los enclaves en uno u otro territorio puede comportar matices que es preciso considerar, lo que constituye un argumento más para iniciar la selección de yacimientos considerando una cierta amplitud crono-cultural.

Para explicar los criterios aplicados en la selección y los resultados de la misma deberíamos conocer la casuística existente. A tal fin hay que repasar, brevemente, las características y vicisitudes por las que ha pasado la catalogación en cada uno de los tres territorios provinciales afectados por el estudio, singularmente en lo que respecta a la cantidad de registros en cada uno, por lo que supone para valorar la densidad de la muestra.

La superficie del territorio que llamamos Alto Duero alcanza, como vimos, los 11.035,91 km², de los cuales la mayor parte, el 67%, corresponde a la actual provincia de Soria. En segundo lugar se sitúa el territorio del extremo sudoriental de la actual provincia de Burgos que supone casi una cuarta parte del área total de estudio, el 24%; mientras que el 9% restante es el territorio que se inscribe dentro de los actuales límites de la provincia de Segovia (Figura 4).

La mayor parte de la información procede, lógicamente, de la provincia soriana. En este territorio, los trabajos de prospección parten de los datos recogidos en la Carta Arqueológica de Taracena (1941). Con posterioridad, en la década de 1985 a 1995 vieron la luz una serie de estudios que, a partir de nuevos trabajos de prospección, revisaban la distribución de enclaves en la mayor parte de la superficie central de la provincia (Borobio, 1985; Revilla, 1985; Pascual, 1991; Morales, 1995), con una metodología y criterios comunes (Jimeno, 1985). Con esta documentación conocida se inició, para el resto de la provincia de Soria, el proyecto de *Inventario arqueológico* de la Junta de Castilla y León que se refería líneas más arriba.

En el caso concreto de la provincia de Soria, los trabajos afectaron aproximadamente a la mitad de la provincia y en una primera fase se prolongaron desde

1992 a 1999⁴ y se alcanza a identificar una media de 0,38 yacimientos por km².

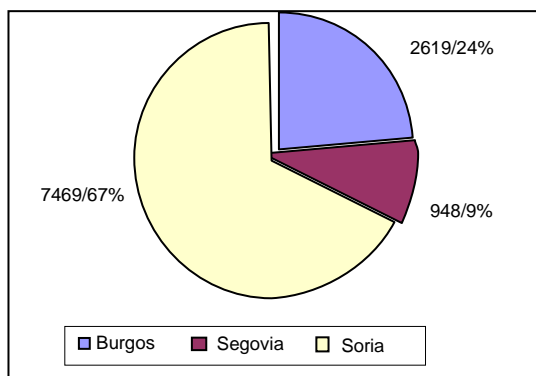


Figura 4 Superficie del área de estudio con indicación en Km² del territorio afectado en cada una de las provincias.

Esta media esconde profundas diferencias para las distintas zonas de la misma provincia. Así, los trabajos iniciados para la citada revisión, el correspondiente al Campo de Gómara (Borobio, 1985), partía de una densidad de hallazgos de 0,03 y alcanzó los 0,08 yacimientos por km²; mientras que la Tierra de Almazán (Revilla, 1985) disponía de una densidad de 0,01 hallazgos y alcanzó los 0,14. Los trabajos de prospección realizados posibilitaron, cuanto menos, cuadruplicar la cifra inicial, correspondiendo el mayor incremento a las atribuciones de época prehistórica que superan ligeramente el 49% de las definidas.

La información arqueológica de la provincia de Soria plantea, a través de una revisión detallada de todos los trabajos de prospección, unas conclusiones interesantes (Lerín *et alii*, 2000). Así, pueden diferenciarse campañas que realizadas con una mayor intensidad, que se califica como de tipo medio y que, en

líneas generales, al menos, duplican las denominadas de tipo selectivo que se aplicaba como modelo genérico. Se trata de las campañas de 1990/91, 1992/93 y 1996/97 en la zona de San Esteban de Gormaz, Alcobilla de Avellaneda, Alcobilla del Marqués, Berlanga de Duero y Langa de Duero –corresponde al sector central de la zona–, en el límite de la provincia de Soria con la de Burgos. En las dos últimas campañas, con una superficie revisada de 487 y 253 km² respectivamente, la densidad de hallazgos por km² alcanzó los 0,60 y 0,78, partiendo respectivamente de 0,07 y 0,13. Es decir, el incremento de la información se deriva de la ecuación cuyos coeficientes refieren no tanto el número de hallazgos previos conocidos como la intensidad de la prospección. Por tanto, en la base de datos que manejamos existen zonas cuyas densidades oscilan desde los 0,08 (Campo de Gómara) a los 0,78 hallazgos por km² (Tierras de San Esteban y de Berlanga, ya en el tramo más occidental y meridional de la provincia soriana), y ello indistintamente de que nos encontremos en terrenos improductivos e invadidos por el monte bajo, o en otros en los que la vegetación esta concentrada exclusivamente en los ribazos de los arroyos y riachuelos, y la mayor parte de la superficie se dedica a un cultivo intensivo de cereal.

Así, en el término de San Esteban de Gormaz, con una superficie de 406 km², se localizan 412 yacimientos en los que se reconocen al menos 156 atribuciones desde el Calcolítico al Bronce Final. Por el contrario, en el término municipal de Quintana Redonda, con una superficie de 184 km², se localizan 16 enclaves en los que solamente se recogen dos atribuciones de un mismo yacimiento (*Alto de la Barbolla*) correspondientes al Bronce Medio y Final.

En la provincia de Burgos, los trabajos de prospección se realizaron entre los años 1992 y 1994⁵. Aun cuando esta provincia no contaba con trabajos generales como el citado de Taracena, el *Inventario Arqueológico* partía de una base de conocimiento que ofrecía densidades que oscilaban entre 0,08 y los 0,1 hallazgos/km², en la media del soriano. Tenemos que recordar que los primero trabajos sistemáticos de catalogación (Osaba, 1963) se vieron completados por un proyecto de revisión similar al que hemos comentado para la provincia de Soria, tanto por contar con el apoyo de la Diputación Provincial de Burgos, en este caso del

⁴ Hasta el año 1995 se concluyeron otros trabajos iniciados con anterioridad y con los criterios del modelo definido por A. Jimeno, ya referido. Se trata de los estudios de revisión de la zona castreña, concretamente de La Serranía y El Valle dirigidos por F. Romero al frente de un amplio equipo de la Universidad de Valladolid; también La Tierra de Deza y Monteagudo de las Vicarias dirigida por A. Jimeno y J. J. Fernández Moreno y realizado con alumnos del Colegio Universitario de Soria; finalmente, El Valle del Jalón con las tierras de Medinaceli y Arcos de Jalón que fue dirigido por A. Jimeno y realizado con un equipo compuesto por alumnos de la Universidad Complutense de Madrid. El resto de los trabajos de prospección fueron ejecutados con el modelo de la Comunidad Autónoma, mayoritariamente por la empresa Arquetipo que recibió tal encargo, además, de revisar y homogeneizar la información de todas las campañas y de los trabajos puntuales derivados de los estudios de evaluación de impacto ambiental, entre los que destacan por el tamaño de la superficie afectada, los derivados de la Autovía A-2 (Fernández Moreno *et alii*, 1998b), si bien estos últimos afectan a la cuenca del Jalón por lo que quedan fuera del área de estudio.

⁵ Los programados para el *Inventario arqueológico de Castilla y León* en esta zona fueron realizados a través de un convenio de colaboración entre la Junta de Castilla y León y la Universidad de Valladolid, a través del Departamento de Prehistoria del, entonces, Colegio Universitario de Burgos y fueron dirigidas por A. L. Palomino y J. A. Rodríguez Marcos (1992 y 1994a).

Servicio de Excavaciones Arqueológicas adscrito a la misma, como por estar vinculado a la Universidad, en este caso al Departamento de Historia Antigua de Valladolid (Abásolo, 1974 y 1978; Abásolo y Ruiz, 1977), sin olvidar también otros trabajos generales que supusieron un importante referente para el conocimiento arqueológico de la provincia (Pérez, 1982).

En este sentido, si bien la mayor parte que afecta al área del presente estudio ofrece datos derivados de un muestreo de tipo selectivo, queremos destacar que el término municipal de Aranda de Duero y su entorno más inmediato fue prospectado con una intensidad que se equipara a la considerada de tipo medio, tal como se desprende de los respectivos informes. En concreto en las dos primeras campañas se revisaron unos 760 km², multiplicando los hallazgos hasta alcanzar densidades que oscilan entre los 0,37 y 0,51 hallazgos/km² en un espacio que limita con el soriano de Langa de Duero y San Esteban que, como hemos dicho, alcanzaba densidades ligeramente superiores (0,60 y 0,78 hallazgos/km²). Por otra parte, en las prospecciones burgalesas las atribuciones prerromanas oscilan entre

el 51 y 52% del conjunto lo que también supone un parámetro similar a la media soriana.

Finalmente, en el caso del territorio perteneciente a la actual provincia de Segovia la información es más selectiva (Barrio, 1991 y 1992; Menasanch y Fernández, 1993; y Barahona, 1994), disponiendo también de una visión conjunta (Tarancón *et alii*, 1997). En general, puede concretarse que en este tercer ámbito la información deriva de la aplicación del modelo selectivo y cuenta, además, con la problemática de constituir un territorio de difícil orografía, conocido como La Serrezuela (Macizo de Sepúlveda, Sierra de Pradales, Sierra de Ayllón) que corresponde a las estribaciones septentrionales del Sistema Central. Se trata de un pequeño relieve que divide la cuenca del Duero de la del Riaza, tributario de aquél. Dominado por la vegetación de monte bajo, las superficies de vega dedicadas al cultivo están muy restringidas. En los cerca del millar de kilómetros cuadrados revisados, un tercio correspondería al territorio más intensamente prospectado, ofreciendo una densidad de hallazgos cercana al 0,30, mientras que la prospección selectiva ofreció resultados mucho más pobres que superan ligeramente los 0,15 hallazgos por km².

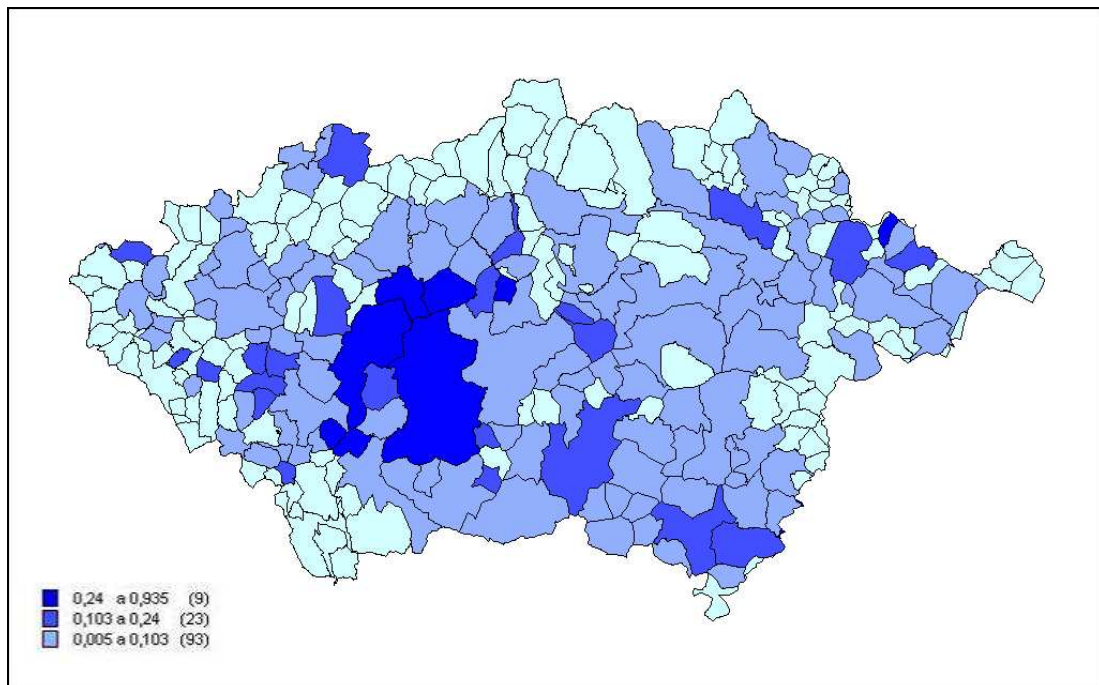


Figura 5 Densidad de hallazgos por municipio en la zona del Alto Duero, con las adscripciones en estudio.

Sirva por ahora comprobar estos datos a través de la imagen de densidad de yacimientos por municipio con

las atribuciones que nos ocupan. En el mapa adjunto (Figura 5) puede comprobarse la concentración de

hallazgos en la zona centro-oriental del mapa (términos municipales de San Esteba de Gormaz y Langa de Duero, así como los del entorno), confirmando esta zona que supera los 850 km², como una de las mejor conocidas en el territorio soriano. En los vecinos y limítrofes municipios burgaleses existen otros con similar densidad de hallazgos (p. e. Coruña del Conde, Peñaranda de Duero, Santa Cruz de la Salceda, etc.), lo que posibilitará sin duda ampliar y contrastar los estudios zonales.

Hay otros municipios en los extremos de la zona de estudio con densidades altas (caso, p. e., de Berlanga de Duero), pero el hecho de constituir pequeñas superficies aisladas no permite realizar un análisis sobre un territorio significativo, por lo que centraremos los análisis espaciales en aquellos territorios que ofrecen mayores densidades y una mínima continuidad.

La menor densidad de hallazgos se concentra en las estribaciones montañosas, en los sectores extremos, esto es, en la zona de Pinares y en la Serrezuela. El primero de estos espacios cuenta con una problemática

específica para la visualización de yacimientos por la densa cobertura vegetal y la existencia de amplios pastizales. En las estribaciones más meridionales estos condicionantes están muy matizados por lo que su explicación puede ser, además, otra. No debemos excluir el que estas zonas no fueran interesantes para las poblaciones que estudiamos, que pudieron tener mayor interés y suficiente espacio con las tierras del corredor central, de suelos más ricos y ecosistemas más variados.

En todo caso, habrá que considerar que la información sobre los yacimientos arqueológicos conocidos en la zona de estudio es cuanto menos diversa y heterogénea en la cantidad, y que ésta no es sólo producto del mayor o menor conocimiento previo, sino también reflejo de la intensidad de la prospección. Por tanto, puede dar lugar a una imagen distorsionada de la ocupación del territorio como más adelante, en el capítulo dedicado al análisis y estudio del poblamiento, tendremos ocasión de comentar.

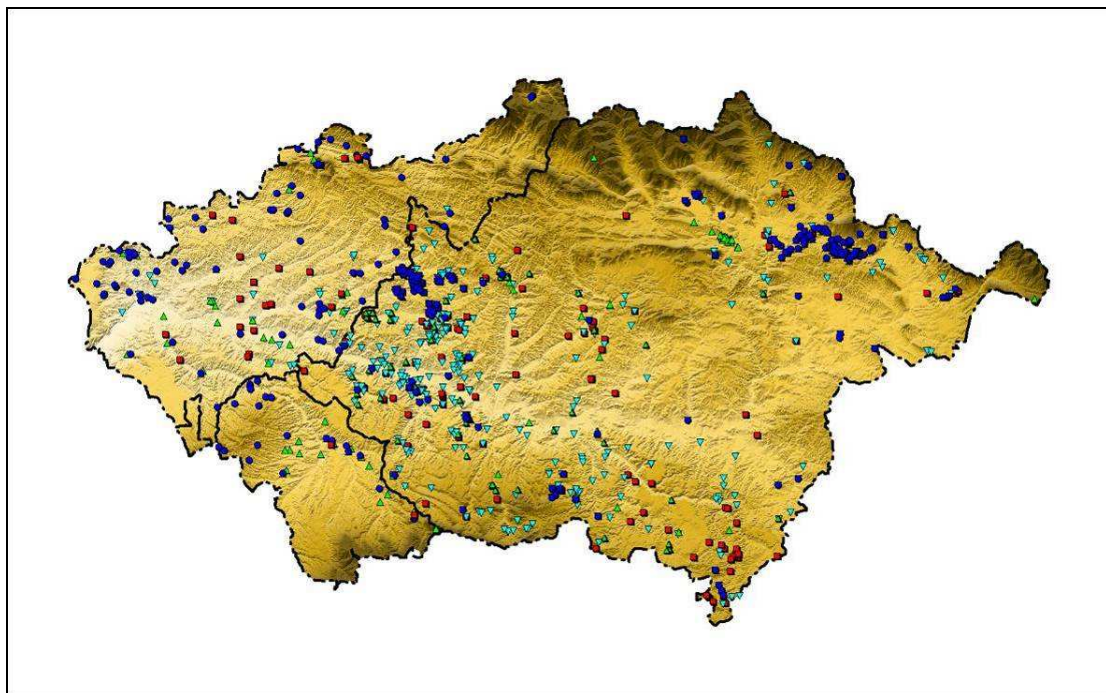


Figura 6 Localización de los sitios del Alto Duero incluidos en el IACyL con alguna de las siguientes atribuciones:

● Calcolítico ■ Campaniforme ▲ Bronce Antiguo ▼ Bronce Medio y Final.

Una vez aclarada esta primera consideración, veamos cuales son los yacimientos existentes en la base de datos y cuales aquellos que constituirán la base de nuestro estudio. El primer paso fue seleccionar

en el IACyL la información de los municipios del área de estudio, y en concreto la correspondiente a las fichas de los enclaves cuya atribución cultural se adscribía a las etapas situadas entre el *Calcolítico* y el *Bronce Final*, es

decir las que figuran en la ficha como: *Calcolítico*, *Campaniforme*, *Bronce Antiguo*; *Bronce Medio* y *Bronce Final*, por asegurar, con amplio margen cronológico, la selección de los enclaves que interesaban⁶.

No todas las evidencias catalogadas en el IACyL se equiparan con asentamientos *sensu stricto*. La ficha de catalogación recoge dos categorías: *los yacimientos* y *los hallazgos aislados*. Los primeros demandan necesariamente una relación territorial, y se asocian a un espacio físico singular y concreto. Por el contrario, los *hallazgos aislados*, como su propia denominación revela, tienen la sospecha o la incertidumbre de su relación con el lugar del descubrimiento y por tanto con el territorio, por lo que en un estudio como el que nos ocupa no tienen protagonismo alguno, excepto el de su propia existencia que permite evaluar su representación sobre la muestra.

Si se consideran todas las evidencias registradas en las fichas catálogo, el número de lugares que cuentan con alguna atribución incluida entre el *Calcolítico* y el *Bronce Final*, ambos inclusive, es de 808, de las cuales 78 corresponde a registros catalogados como *hallazgos aislados* y 730 a *yacimientos* arqueológicos.

El número de *hallazgos aislados* es porcentualmente poco significativo respecto al número de lugares catalogados como yacimientos. En el caso de Burgos apenas supera el 5% y en el soriano el 11%. Los datos segovianos aportan seis *hallazgos* contra treinta y cuatro *yacimientos*, por lo que el mayor índice, cercano al 20%, no se considera significativo por lo limitado de la muestra.

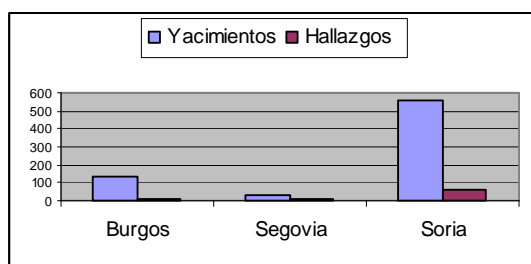


Figura 7 Número de *yacimientos* y *hallazgos aislados* en el Alto Duero (A partir del IACyL).

⁶ Si el límite inicial no requiere aclaración alguna, la selección de yacimientos atribuidos al Bronce final puede llamar la atención. Al respecto, el conocimiento de los datos que manejamos hacia sospechar que la diferenciación ente este momento y el inmediatamente anterior del Bronce Medio no estaba siempre justificado en una clara diferencia de materiales sino que ofrecía divergencias entre zonas. Por ello, pese a carecer de evidencia alguna para el estudio del Bronce Antiguo sí creímos oportuno su análisis para evaluar la calidad de la información disponible y que se manejaba.

En una primera aproximación pudiera considerarse, de acuerdo con los datos reflejados en el gráfico de la Figura 7, que las diferencias cuantitativas entre los territorios están directamente relacionadas con la superficie de estudio: a mayor superficie mayor número de *yacimientos* y de *hallazgos*.

En cuanto a los sitios catalogados como *yacimientos* –en realidad el término que mejor se ajustaría es el anglofónico de *site* ya que se incluye cualquier evidencia que se relacione con el territorio, se considere en posición originaria o desplazada y corresponda tanto a restos producidos por una ocupación estable o los derivados de una actividad antrópica– pueden tener adscrita una o más atribuciones culturales⁷, reflejo de su reocupación en sucesivas o alternas etapas cronoculturales. Ocasionalmente también puede utilizarse este campo, la selección de varias atribuciones consecutivas, para asegurar la adscripción cronocultural de hallazgos cuyas características ofrecen poca precisión. En no pocas ocasiones la atribución a un determinado momento viene determinada, durante el trabajo de campo, por la presencia o ausencia entre los materiales de superficie de determinado elemento fósil-director, por la similitud de los restos o de la topología con la de otros modelos convencionales,..., lo que constituye un condicionante determinado por el azar –la visibilidad durante la visita queda determinada por la climatología, la hora del día, etc–, la experiencia del prospector o del equipo, la época del año en la que se realiza la prospección, etc. Aspectos todos ellos que hay que tener en cuenta a la hora de manejar este tipo de datos.

En las 730 fichas que corresponden a *yacimientos* del Alto Duero con adscripciones desde el Calcolítico al Bronce Final, se diferencian 856 atribuciones (Figura 8). La mayoría, 655, corresponden a datos aportados por el inventario de la provincia de Soria, 151 a la provincia de Burgos y, finalmente, 50 a la de Segovia. Por tanto, a partir de estas cifras y de la superficie estudiada en cada caso, la densidad de yacimientos y atribuciones resultante para estas etapas prehistóricas determina que en el territorio más oriental el número de hallazgos duplica o se encuentra muy próximo a este rango respecto al del territorio más occidental (Figura 9).

Analicemos, por tanto, la distribución cronocultural de las 856 atribuciones y su implantación en el territorio,

⁷ Como se ha señalado, la información del IACyL se reproduce en el Anexo 1 mediante unos cuadros sinópticos que recogen de forma abreviada toda la documentación disponible. Para su interpretación y comprensión se facilita la leyenda que describe los distintos apartados que contempla la ficha, así como el código numérico de la tabulación de las diferentes opciones de cada apartado.

antes de singularizar cada uno de los grupos diferenciados (Figura 10). Globalmente se aprecia que el conjunto más numeroso es, precisamente, el correspondiente al denominado, en el *Inventario arqueológico*, como *Bronce Antiguo* con 379 atribuciones y ello pese a estar separado el grupo del *Campaniforme* que cuenta con otros 102 ejemplos. El segundo conjunto, por número, es el *Calcolítico*, con 250 atribuciones. Más alejados quedan los conjuntos cronológicamente más tardíos, los del *Bronce Medio*⁸ y *Final*, con 92 y 33 citas respectivamente.

Parece claro que los momentos menos conocidos, que disponen de una menor precisión cultural y, consiguientemente, una mayor amplitud temporal, cuentan con mayor número de atribuciones, mientras que las etapas definidas con elementos materiales más precisos cuentan con menor número de referencias. Sería importante, a nuestro entender, evaluar esta misma distribución considerando el grado de fiabilidad de la adscripción, otro de los apartados que recoge la ficha del *Inventario Arqueológico* con dos alternativas: *segura* o *posible*, tal como se determina en el siguiente gráfico que presentamos.

En el reparto de las atribuciones definidas como *posibles* destacan numéricamente los dos conjuntos peor definidos hasta la fecha en este territorio, esto es, el de las atribuciones *Calcolíticas* y del *Bronce Antiguo*. El número de las atribuciones *seguras* se ajusta más a la imagen que tradicionalmente consideramos para nuestro territorio, aunque ello no quiere decir que sea más real (Jimeno y Fernández Moreno, 1989). Es decir, un poblamiento que se intensifica desde el campaniforme hasta la etapa plena de la Edad del Bronce cuando se aprecia un vacío de hallazgos, hecho que no cuenta con un argumento único para su explicación.

⁸ Las adscripciones que se reflejan en las fichas del *Inventario arqueológico de Castilla y León* se basan, generalizando, en las características formales y decorativas de la cerámica, el mayor, cuando no exclusivo, material reconocido en estos lugares. Al respecto, advertimos que las atribuidas al Bronce Medio o Final reflejan similitudes a los conjuntos ProtoCogotas o Cogotas I, respectivamente, razón por la que consideramos obligado iniciar el análisis con los enclaves de una y otra época. Es decir, la mayor o menor presencia de incisa, boquique y excisa, además de los esquemas simples o complejos, son criterios en los que se basa la adscripción a una u otra etapa. Más compleja resulta la definición de las atribuciones al Bronce Antiguo, si bien en estos registros parece repetirse, en la descripción, la presencia de cerámicas lisas y/o cordoadas, con perfiles en "S" e incluso carenas. En este último supuesto, hay una previsible tendencia a vincular también la localización de los hallazgos en cerros aislados o destacados, seguramente siguiendo las, en aquel entonces, novedades bibliográficas. Menos problemas parecen tener el resto de adscripciones, cuyos fósiles guía parecen más aceptados.

Ahora bien, no deja de ser probable que la distribución entre *posibles* y *seguros* (Figura 11) responda a una imagen sesgada por el conocimiento de los prospectores o incluso de *moda* en la investigación. Así las menores precisiones se aprecian en el caso de los enclaves atribuidos al *Calcolítico*, etapa poco definida en el Alto Duero. Por el contrario los que menos dudas ofrecen son los lugares con atribución *Campaniforme* que se identifica, en la zona, por la presencia de la típica cerámica Ciempozuelos. En este sentido resultan llamativos los valores que se deducen de la consulta del IACyL para la atribución del *Bronce Antiguo*, la que aquí nos ocupa, la cual refleja el mayor número, 122 y 257 respectivamente en el orden presentado. Estas cifras son significativas y supone que las adscripciones al *Bronce Antiguo* consideradas *seguras* –excluidos los hallazgos *Campaniformes*– superan ligeramente el 30% de la muestra.

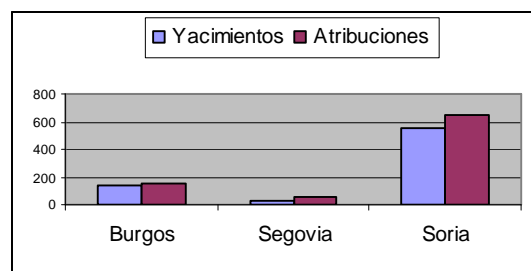


Figura 8 Número de yacimientos y de atribuciones en el Alto Duero incluidas en el estudio (A partir del IACyL).

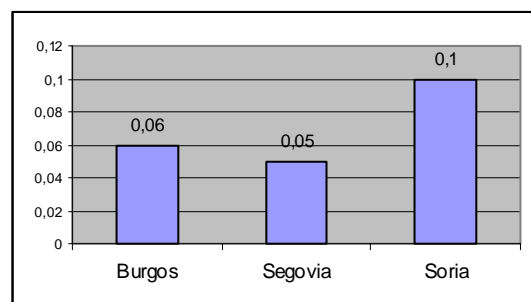


Figura 9 Densidad de atribuciones por km2 en el territorio del Alto Duero para los yacimientos en estudio (A partir del IACyL).

Este contraste entre el hecho de haber sido considerada tradicionalmente una etapa *oscura* en la bibliografía y el volumen de información que parece aportar el IACyL, al menos en la zona de estudio, pueda deberse al hecho de que la revisión del IACyL y los trabajos de prospección se realizaran a continuación de la presentación de las colecciones que se postularon para definir el horizonte (Jimeno, 1988; Jimeno *et alii*, 1988; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a), lo que pudo

haber influido en las adscripciones, al haberse producido una rápida aceptación de la nueva propuesta, aunque sólo fuera por la novedad y por la mayor probabilidad de encontrar fragmentos cerámicos lisos.

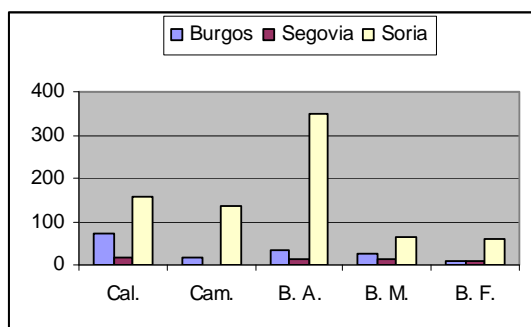


Figura 10 Número de atribuciones de los yacimientos del Alto Duero estudiados con detalle de la etapa y el territorio (A partir del IACyL)

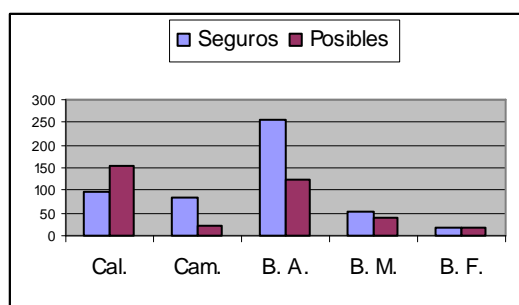


Figura 11 Número de atribuciones de los yacimientos del Alto Duero estudiados según el grado de confianza.

Para aclarar si esta pauta está determinada o no por ese hecho, es preciso contrastar la información atendiendo, p. e., a los resultados de cada una de las demarcaciones administrativas, ya que, como señalamos, los criterios definidores de los trabajos de prospección se concretaban en dicho ámbito, y para la adscripción cultural de los hallazgos hay que suponer determinante el peso la tradición bibliográfica provincial, por ser éste el marco mayoritario de las síntesis existentes.

Resulta sorprendente la similitud de las gráficas correspondientes a las atribuciones que se consideran *posibles* (Figura 12). En los dos primeros territorios muestran una evolución ciertamente similar. Un alto porcentaje de atribuciones *Calcolíticas* que, con independencia de los hallazgos *Campaniformes*, muestran una disminución progresiva y regular para el resto de las atribuciones culturales más modernas. Los datos correspondientes a la provincia de Soria alteran

este ritmo por un lado con el incremento de las atribuciones al *Bronce Antiguo*, por otro, por el bajo número de adscripciones al *Bronce Final*.

Más dispar resulta el contraste entre las atribuciones que se dan como *seguras* en los respectivos *Inventarios arqueológicos*. Las gráficas correspondientes a los datos de Burgos y Soria muestran una clara similitud: en las etapas que reflejan las adscripciones a la Edad del Bronce se dibuja una curva descendente desde la etapa inicial a la final, mientras que los datos correspondientes al territorio de la provincia de Segovia muestran una curva inversa para las adscripciones de la misma etapa, aunque hay que recordar que lo reducido de la muestra en este último caso no permite una comparación equilibrada. Si coinciden los gráficos de los tres territorios en el mayor número de adscripciones *Campaniforme seguro* respecto a *posible*, pero no en que el porcentaje sea siquiera regular y equiparable, al igual que ocurre en relación a las atribuciones *Calcolíticas*, aunque en este caso la relación sea inversa.

Podemos desechar, al observar los resultados reflejados en las gráficas (Figura 12), que el incremento de adscripciones al momento inicial de la Edad del Bronce en la provincia de Soria fuera reflejo de empatía por la coincidencia en la publicación de los conjuntos comentados, al menos en lo que respecta en las adscripciones *seguras*, mientras que puede ser una explicación para las *posibles*, es decir, cuando hay duda se tiende a una buscar explicaciones novedosas. En el caso de las consideradas *seguras*, por el contrario, tal argumentación tiene poca base. Las adscripciones cronológicamente inmediatas, cuentan con fósiles guías indiscutibles para evitar tal equívoco. Del mismo modo, la mayor representatividad de la etapa inicial de la Edad del Bronce no es exclusiva de un único territorio, sino que parece reflejarse en los tres provinciales, sobre todo en las adscripciones determinadas como *seguras* mientras que en las *posibles*, aunque en menor porcentaje, su representación es menos uniforme. En resumen, parece confirmarse la existencia de un importante número de localizaciones con hallazgos materiales que ofrecen características que impiden su adscripción a los conjuntos incisos mesetefíos. Tampoco parece factible que se haya producido una multiplicación de las adscripciones para abarcar con mayor probabilidad el ámbito cronológico *seguro* de los yacimientos, tal como demuestran los porcentajes del conjunto.

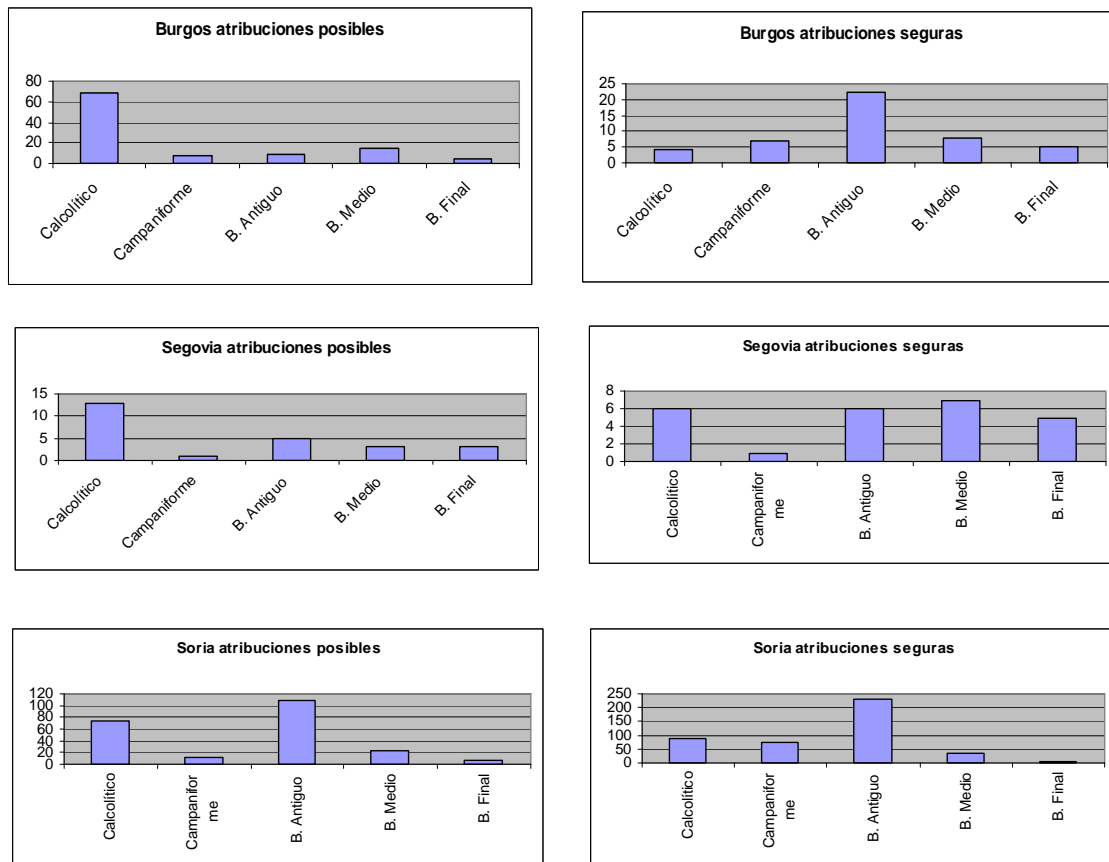


Figura 12 Número de atribuciones de los yacimientos del Alto Duero estudiados. Distribuidas por provincias y según el grado de confianza de la adscripción (A partir del IACyL).

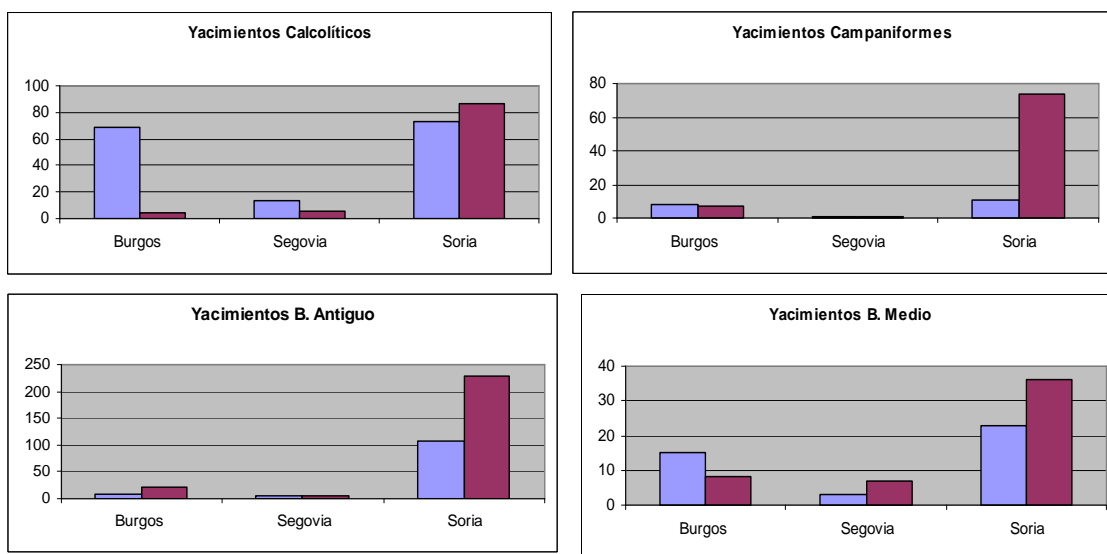


Figura 13 Número de atribuciones catalogadas como posible o segura y agrupadas por su adscripción crono-cultural.

Todo ello evidencia la necesidad, en aras de una mayor fiabilidad, de excluir de este estudio aquellas atribuciones que tienen la consideración de *posible*. De acuerdo con los datos disponibles para las distintas etapas cronológicas, el número de atribuciones *posibles* es inferior al de *seguras* que, *a priori*, resultan de mayor fiabilidad (Figura 13). Este principio tiene una excepción en el caso de las adscripciones consideradas *Calcolíticas*, en las que la suma de las *posibles* supera ampliamente a las *seguras*.

En tal caso, el cómputo de las atribuciones y distribución que manejaremos es la que refleja la Figura 14⁹.

	Burgos	Segovia	Soria	Total
Cal.	4	6	86	96
Cam.	7	1	74	82
B.A.	22	6	229	257
B.M.	8	7	36	51
B.F.	5	5	7	
Total	41	20	425	486

Figura 14 Atribuciones que se consignan como seguras en los yacimientos del Alto Duero seleccionados.

En el análisis de los enclaves seleccionados para conocer las características de los yacimientos, debe primar el estudio de las atribuciones diferenciadas sobre la división administrativa, por cuanto la muestra de cada unidad es ciertamente corta. Por el mismo motivo, parece innecesario seguir comparando los conjuntos de Cogotas I que aparecen adscritos en el IACyL al *Bronce Final* dado lo exiguo de la muestra, apenas 33 atribuciones en todo el territorio, de los cuales 16 se consideran *posibles* y otros 17 *seguros*. Pero también, porque cronológicamente ésta es una etapa que se aleja de la que nos ocupa, la del Bronce Antiguo. Los conjuntos que cuentan con atribución *segura Calcolítica* o *Campaniforme* y del *Bronce Medio*, son los de posible

⁹ En esta selección se excluyeron aquellos enclaves cuya localización y/o atribución era cuestionable, bien por falta de referencias topográficas –aquí se incluyen los catalogados como *Hallazgos aislados*–, bien por ausencia de justificación de la atribución cultural –aquellos casos en los que no se asociaba material arqueológico alguno– y/o por la imprecisión de la supuesta adscripción cronocultural –p. e., en los casos en los que se señalaba como atribución todas las existentes desde el *Neolítico* hasta el *Bronce Final*, y todas ellas como *posibles*–, considerando que todos estos supuestos sólo añadían incertidumbre a la ya de por sí imprecisa documentación.

contacto o delimitadores con los anteriores, por lo que su análisis servirá para contrastar las características de los enclaves, que pasamos a describir.

Características de los yacimientos

Una vez seleccionada la muestra de yacimientos cuya adscripción en la ficha del catálogo se considera *segura* deben concretarse sus características a través de los datos recogidos en la ficha del IACyL, con la intención de singularizar cada una de las agrupaciones, bien por que ofrezcan elementos comunes bien por posibilitar su diferenciación con las restantes. A tal fin, nos centraremos en aquellos apartados que facilitan dicha apreciación. En primer lugar se revisara el de las *atribuciones culturales asociadas*, por si su análisis posibilita descifrar algún tipo de relación o, bien al contrario, se trata de asociaciones genéricas derivadas de la deficiente información. Con posterioridad el estudio se centrará en el análisis de la información recogida en la casilla denominada *tipología* con la intención de indagar en el uso o funcionalidad que se supone a cada localización. Finalmente, se abordará el estudio de los elementos que más claramente determinan la imagen física del sitio, esto es, las características del *entorno*, las *condiciones geográficas* de su localización y, en último extremo, la *extensión* o tamaño de los emplazamientos.

3.1.1 Yacimientos con más de una atribución

La ficha del IACyL permite diferenciar la existencia de varias atribuciones en un mismo emplazamiento, entendiéndose la posibilidad de que se hayan producido reocupaciones en distintos momentos o bien que la ocupación de un mismo espacio se haya prolongado en sucesivas etapas crono-culturales.

Los sitios que cuentan con una adscripción crono-cultural de las consideradas en este estudio ofrecen diversas asociaciones a otras etapas tal como refleja el cuadro de agrupaciones de la Figura 15.

Las atribuciones *Calcolítica* y *Bronce Antiguo* son las que presentan mayor número de asociaciones, mientras que las correspondientes al *Bronce Medio* son menos numerosas. Destaca, asimismo, la mutua relación entre las adscripciones de las dos primeras etapas citadas, siguiendo, en menor proporción, la *Campaniforme*, de donde pudiéramos inferir que, en la práctica, cuando se producen hallazgos asociados a fósiles-guía campaniformes, se produce una adscripción genérica a las etapas inmediatas, seguramente en el convencimiento de que es la solución para encuadrar

objetos cuyas características posibilitan una precisión menor. Por otra parte, llama la atención el número de asociaciones de las atribuciones *Romano* y *Medieval*, especialmente esta última, con el *Bronce Antiguo*.

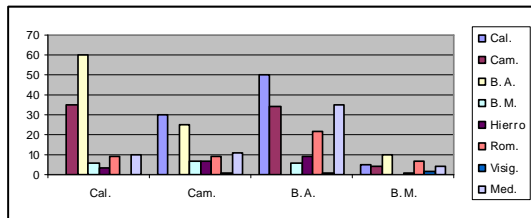


Figura 15 Número de atribuciones asociadas en los yacimientos según su adscripción. (A partir del IACyL).

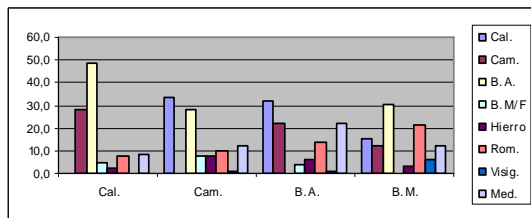


Figura 16 Representación porcentual de las atribuciones asociadas en los yacimientos según su adscripción. (A partir del IACyL).

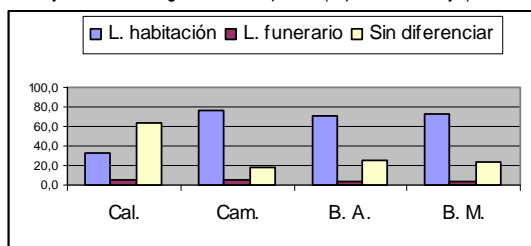


Figura 17 Utilización atribuida a los yacimientos incluidos en el estudio (A partir del IACyL).

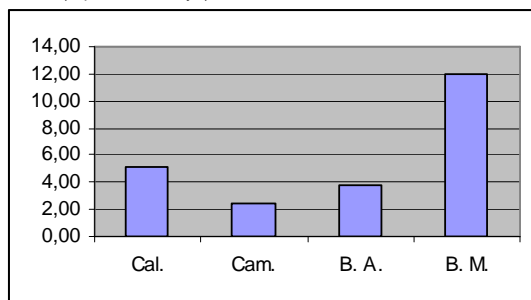


Figura 18 Porcentajes de yacimientos estudiados que se localizan en cueva según su adscripción. (A partir del IACyL).

Ahora bien, esta lectura directa y cuantitativa debe contrastarse con otra ponderada, en cuanto a lo que representa cada asociación con el número de elementos de la muestra. Es lógico que aquellas etapas que cuentan con mayor número de yacimientos reflejen

un mayor número de relaciones y, por tanto, su comparación lineal ofrezca una imagen distorsionada.

Por ello es necesario comparar estos mismos datos considerando el porcentaje que representa cada asociación con el volumen de los hallazgos (Figura 16). La gráfica resultante es ligeramente diferente a la anterior. Se mantienen el mayor volumen de relaciones entre los hallazgos con atribución *Calcolítica* y *Bronce Antiguo*, con más de un 48 y un 31% respectivamente, mientras que las asociaciones de ambos con la *Campaniforme* es claramente menor, si bien más de la mitad de las atribuciones de esta última etapa (60%) tienen asociadas también las adscripciones *Calcolíticas* (33,3%) y *Bronce Antiguo* (27,8%), lo que parece confirmar la anterior apreciación.

Del mismo modo, las asociaciones con las adscripciones históricas también varían. Aún cuando se mantiene un predominio entre las etapas *Romano* y *Medieval*, ahora los porcentajes están mucho más igualados, ya que destaca una tendencia ligeramente ascendente en la relación de las atribuciones *Bronce Antiguo* con las de *Medieval* –en muchos casos con *atalayas*– y las del *Bronce Medio* con las *Romano* –en general *villae rurales*–.

En suma, no parece posible concluir de este análisis que se trate de reutilizaciones de los yacimientos. Las tendencias que determinan las asociaciones parecen corresponde a una probable repetición de patrones de asentamiento, de ocupación, en distintas etapas históricas, siendo necesaria su constatación con otro tipo de evidencias y/o análisis.

3.1.2 Clasificación de los yacimientos por usos

El hecho de analizar una población cuya definición ha sido proporcionada casi exclusivamente por la prospección superficial no permite, como es de suponer, una excesiva concreción para determinar la funcionalidad o el uso que tuvieron los enclaves durante su ocupación. En la ficha del IACyL esta información queda reflejada en el apartado denominado *tipología del enclave*, disponiendo de una amplia lista que se reproduce en el anexo 1.

En una primera aproximación, la información disponible discierne entre poblados, necrópolis y lugares indeterminados (Figura 17). A excepción de los asentamientos con atribución *Campaniforme* que muestran un porcentaje, bien es cierto que mínimo, de hallazgos funerarios, los lugares reconocidos se consideran de habitación, además de una alta

proporción de indeterminados, especialmente para la etapa más antigua.

En el mismo apartado se diferencia entre las localizaciones al aire libre o en cueva. En general, el conjunto que nos ocupa se decanta por la ocupación al aire libre. El hallazgo en cueva es casi excepcional para los casos en que la atribución se considera *segura*, sin que alcance el 6% de los casos. El análisis refleja una tendencia inversa a la esperada; esto es, que la utilización de los espacios troglodíticos fuera, progresivamente, perdiendo protagonismo. Por el contrario, según los datos que manejamos (Figura 18), será durante el *Bronce Medio* cuando se registra el mayor índice de ocupaciones de cuevas, alcanzando el 12%, mientras que sólo el 2,5% de las adscripciones *Campaniforme* se localizan en el mismo medio. El 3,8% de las atribuciones del *Bronce Antiguo*, se localizan también en cueva y en un 5,1% de los yacimientos con atribución *Calcolítica* se repite tal localización.

3.1.3 El entorno de los yacimientos

El IACyL recoge, entre otros datos, el que trata de singularizar el entorno de los enclaves. Por supuesto, se trata de una referencia a la situación o imagen actual del lugar en el que se produce la localización de estos sitios prehistóricos. De tal forma, este dato sólo informa sobre un aspecto actual, la conjetura sobre el origen de la actividad a la que pudo estar relacionado o la utilización de los suelos del entorno será meramente deductiva hasta disponer de análisis que permitan conocer la evolución de los suelos, la transformación antrópicas de los mismos y sus aprovechamientos. La situación actual no deja de ser consecuencia de la evolución geomorfológica, climática y de la interacción antrópica. Por tanto, los datos de este apartado sólo posibilitan un acercamiento para acopiar datos que permitan deducir las actividades de los antiguos pobladores. Otro tema es el inferir, cuando hay más de una ocupación del lugar, si las posibles consecuencias o alteraciones que puedan diferenciarse, corresponden o son resultado de la actividad de una u otra ocupación, al ser referencias vinculadas al enclave y no diferenciarse para cada atribución.

Por ello, y a la vista de los análisis comentados en los apartados anteriores, parece obligado, además de centrar el estudio en el conjunto de sitios que cuentan con atribución *segura*, concretarlo en aquellos que ofrecen una única adscripción a algunas de las etapas

analizadas¹⁰. De tal forma, tendremos la certeza de que las conclusiones que derivemos del análisis vendrán a caracterizar la etapa considerada y no la sucesión de atribuciones, correspondan a reutilizaciones o a adscripciones genéricas, que derivan de los hallazgos superficiales.

Al aplicar este criterio, es cierto que reducimos la población de la muestra que estudiamos, pero ganaremos en su definición y, por tanto, la moda resultante reflejará con mayor fiabilidad las características de los enclaves agrupados en las distintas clases. Asimismo, a la vista de los resultados de este nuevo filtro, debemos excluir los yacimientos correspondientes a la atribución *Calcolítica*, ya que la muestra resultante es de apenas una decena de enclaves en la totalidad del territorio, lo que hace difícil deducir patrones de comportamiento (Figura 19).

	Burgos	Segovia	Soria	Total
Cal.	4	2	7	13
Cam.	7	1	74	82
B. A.	22	5	158	185
B. M.	8	7	36	51
Total	37	13	268	318

Figura 19 Yacimientos del Alto Duero atribuidos a las distintas etapas consideradas en este estudio.

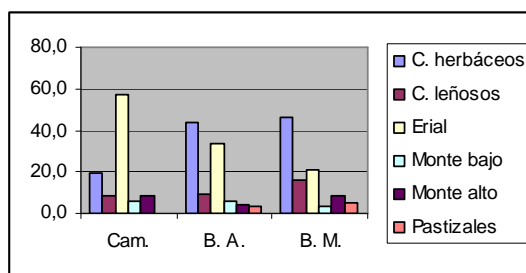


Figura 20 Tipología de los cultivos en el entorno de los yacimientos del Alto Duero estudiados (A partir del IACyL).

De acuerdo con estas premisas, el número de yacimientos incluidos en el estudio alcanzaría un total de 318 –excluyendo los del Calcolítico–, de los cuales más de la mitad, casi el 59%, corresponden a adscripciones del *Bronce Antiguo*, siguiendo las

¹⁰ Sólo se aplica esta restricción cuando coinciden más de una atribución a las etapas incluidas en el estudio, considerando válida la existencia de otras cuando correspondan a atribuciones de cualquier otra época.

Campaniforme, con casi un 26%, y las del *Bronce Medio* que alcanzan el 16%. Considerando el número de objetos que contiene cada una de las clases citadas debemos desechar la posibilidad de analizar sus particularidades atendiendo a las demarcaciones administrativas, pues a excepción de las correspondientes al inventario soriano las demás serán indicativas y no alterarán, al mantener las proporciones, los datos globales.

Por tanto, definidos los yacimientos que disponen de una información concreta para cada una de las etapas en las que se centran el estudio, puede contrastarse la definición de los entornos de los yacimientos tal como refleja el gráfico de la Figura 20. Mayoritariamente se caracterizan por los cultivos herbáceos, a los que acompañan los leñosos con un incremento progresivo hacia los momentos más recientes. La segunda clase diferenciada correspondería a los suelos actualmente improductivos, eriales, que tienen en común con los anteriores el hecho de que su progresión sea inversa: son mayoritarios en los enclaves con adscripciones *Campaniforme* y su representatividad aminora progresivamente en las etapas más recientes.

En lo que respecta a los suelos dedicados a monte se advierte una mínima reducción entre los adscritos al *Bronce Antiguo*, mientras que en los enclaves con atribución *Campaniforme* o *Bronce Medio* resulta similar y ligeramente superior a la anterior. Finalmente, es de destacar que los suelos dedicados a pastizales muestren la misma tendencia que los de cultivos: aumentan entre los adscritos al *Bronce Antiguo/Medio*, pero resultan desconocidos en los de atribución *Campaniforme*.

En suma, se advierte una mayor diversidad de utilización del suelo en los enclaves con adscripciones más modernas, con mayor porcentaje de tierras cultivables, además de una buena representación de monte bajo y pastizales, lo que puede interpretarse por un mayor interés por la selección de suelos diferentes y complementarios.

Hemos de repetir, aun cuando pueda parecer reiterativo, que los datos que utilizamos requieren de una mayor precisión que sólo es posible adquirir mediante la realización de trabajos de excavación y análisis de muestras contextualizadas. Mientras tanto, debemos ser cautelosos antes de validar estas impresiones, y tomarlas con la máxima prudencia.

Pese a ello, resulta significativo el hecho de que la variedad de entornos y, por tanto, la variedad de suelos y ecosistemas, apunte a una creciente sofisticación. Asimismo, y aceptando que los diferentes porcentajes

comentados determinan con seguridad un interés específico en la selección de localizaciones de las distintas atribuciones, deberíamos valorar, en un primer acercamiento, que los de atribución *Campaniforme* presentan una distribución más atomizada que los considerados *Bronce Antiguo*, como si aquéllos se distribuyeran por un territorio más variado que estos últimos, a los que podemos presumir una distribución tal vez más especializada, posiblemente condicionados unos y otros por la forma de vida y el consiguiente aprovechamiento del medio.

3.1.4 Condiciones geográficas de los emplazamientos

En lo que concierne a la ubicación o localización de los yacimientos se advierte una semejanza a los planteamientos derivados de los análisis anteriores. Resulta evidente que los enclaves con adscripción al *Bronce Antiguo* se localicen mayoritariamente en lugares elevados (más del 65%), siendo escasos los localizados en zonas bajas (menos del 15%). En lo que respecta a los atribuidos al *Campaniforme*, la tendencia es parecida: los localizados en zona bajas roza el 17%, los ubicados en páramos el 14,3%, mientras que en la etapa anteriormente citada esta tipología no superaba el 9,6% (Figura 21). Es decir, respecto a los del *Bronce Antiguo*, los emplazamientos de atribución *Campaniforme* ofrecen un menor porcentaje de localizaciones en cerros y colinas, y un incremento en los bordes de páramo y zonas bajas.

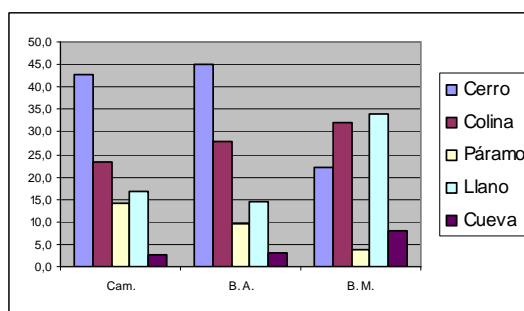


Figura 21 Localización topográfica de los yacimientos estudiados según las tipologías (A partir del IACyL).

Ahora bien, las diferencias más importantes resultan al comparar ambos conjuntos con los de atribución del *Bronce Medio*. En este caso, hay un importante aumento de localizaciones que corresponden a lugares bajos o de fondo de valle (34%), porcentualmente seguidas por las ubicadas en colinas o elevaciones intermedias (32%). Destaca, contrariamente, el menor porcentaje de hallazgos en cerros, apenas un 22%. En

este último periodo los hallazgos en cueva, curiosamente, casi duplican en porcentaje a los de las etapas anteriores, manteniéndose la tendencia señalada, y ello al margen de que el análisis se centre en yacimientos con una o varias ocupaciones, confirmando las consideraciones antes apuntadas.

Por tanto, aun cuando la población de la muestra para las etapas extremas es ciertamente exigua y con las consideraciones reiteradas sobre la fiabilidad de la misma, la tendencia en cada una de las clases en las que hemos agrupado los hallazgos parece que permite distinguir características singulares, especialmente entre los correspondientes al último periodo analizado y los dos primeros. En los dos más antiguos también se intuye que pueden llegar a diferenciarse algunos matices, coincidiendo con las conclusiones anteriores. Esto es, la razón de la ocupación del territorio por los grupos que portan la cerámica campaniforme parece derivada de un beneficio diverso, mientras que los grupos de cerámicas lisas y cordonadas prefieren las zonas elevadas y los que anuncian la llegada de Cogotas I abandonan las zonas altas a favor de las de vega y, especialmente, los espacios intermedios, probablemente para el aprovechamiento de los terrenos más aptos para los pastizales y el monte bajo.

3.1.5 Extensión de los yacimientos

Atendiendo al tamaño de los enclaves acreditado en las fichas del IACyL es claro que, indistintamente de la adscripción crono-cultural, casi la mitad no alcanza la hectárea y casi dos tercios del total no alcanzan las dos hectáreas. Si a ello añadimos los casos en los que no se especifica la superficie del enclave, podemos afirmar que sólo el 17% del total de las atribuciones incluidas en el *Inventario arqueológico* superan las dos hectáreas de extensión.

Una vez más debemos realizar el análisis sobre los 318 enclaves que cuentan con una atribución *segura*, bien *Campaniforme* o de los momentos iniciales o plenos de la Edad del Bronce. Como se aprecia en la gráfica de la Figura 22, casi el 50% no alcanzan la hectárea de superficie. En la agrupación siguiente, con superficies entre una y dos hectáreas se incluye otro 20%, lo que nos hace confirmar que estamos en la mayoría de las ocasiones ante asentamientos de pequeño tamaño.

Como datos anecdóticos en el conjunto, precisaremos que las seis atribuciones que cuentan con mayor extensión están repartidas equitativamente entre las distintas adscripciones, dos a dos, en cada una de

las provincias; tres se señalan como *posibles* y las otras tres *seguras*, y las superficies imputadas oscilan desde las 66 a las 259 hectáreas, lo que parece, a todas luces, más que improbable. Por tanto, pese a la duda sobre la veracidad de estos testimonios extremos, es evidente que su reparto y singularidad no debe, en ningún caso, cuestionar la validez de los datos del conjunto de la muestra.

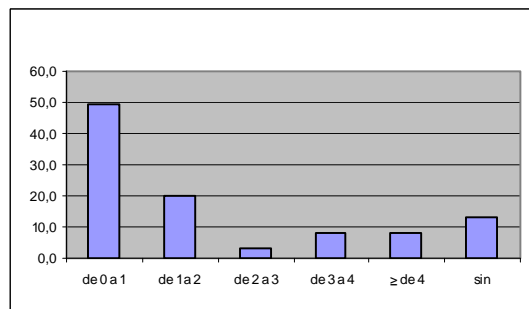


Figura 22 Superficie de los yacimientos en Ha (A partir del IACyL).

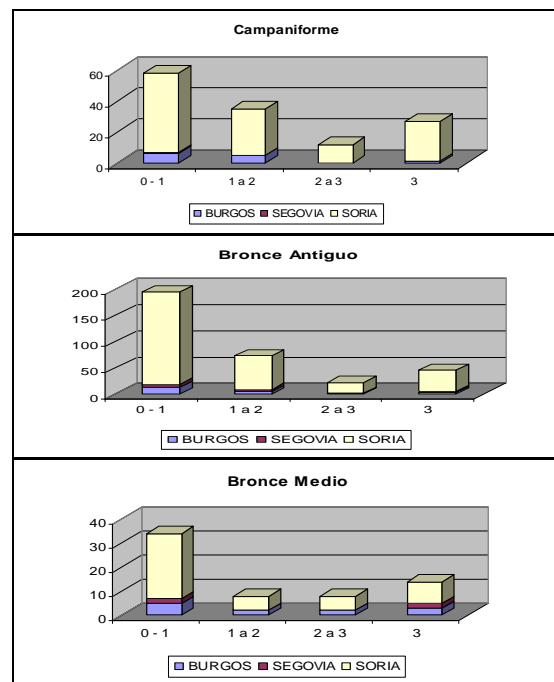


Figura 23 Extensión de los yacimientos según la atribución (A partir del IACyL).

Si analizamos el tamaño que se otorga a los yacimientos atendiendo a la clasificación crono-cultural y la provincia a la que pertenecen, observamos que, en líneas generales, los porcentajes se mantienen (Figura 23).

Los enclaves con atribución del *Bronce Antiguo* resultan ser mayoritariamente más pequeños, mientras que hay una tendencia a mayor tamaño para los conjuntos *Campaniforme* y los del *Bronce Medio* (Figura 24).

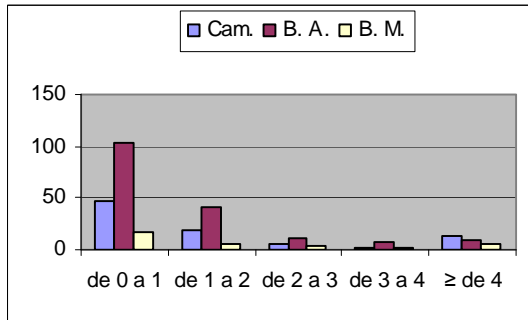


Figura 24 Superficie en Ha de los yacimientos según la atribución (A partir del IACyL).

No debemos olvidar que manejamos datos derivados de prospección superficial. Tal vez, en la definición del tamaño de los enclaves resulte determinante la superficie de las unidades morfoestructurales en las que se localizan los yacimientos, siendo factible la asimilación genérica del tamaño de dichas unidades al de la ocupación prehistórica, excepto cuando la visibilidad de la dispersión de los materiales en el momento de la prospección reflejara otra realidad. Indistintamente, resulta clara la tendencia a las superficies pequeñas de estos poblados tal como se aprecia en la última gráfica, y que se confirmará, como veremos, con los enclaves que se han excavado.

3.1.6 Consideraciones sobre las características de los yacimientos incluidos en el estudio

El IACyL proporciona una interesante documentación sobre yacimientos cuya cronología se encuadra, en términos convencionales, en el tránsito del III al II milenio. Para la correcta utilización de esta información es necesario ponderar los datos recopilados en las fichas del catálogo a fin de comparar los yacimientos entre sí, agruparlos y conocer sus características. Del mismo modo, para poder realizar estudios sobre poblamiento es preciso, además, considerar la metodología e intensidad del muestreo, dado que existen diferencias notables entre unos y otros territorios, lo que indudablemente condicionará la distribución de puntos sobre los mapas, como más adelante tendremos ocasión de evaluar.

Del análisis de los datos revisados se desprende que, pese a proceder de fuentes distintas, proyectos diferentes con diferente metodología, la fiabilidad de la muestra resultante es positiva.

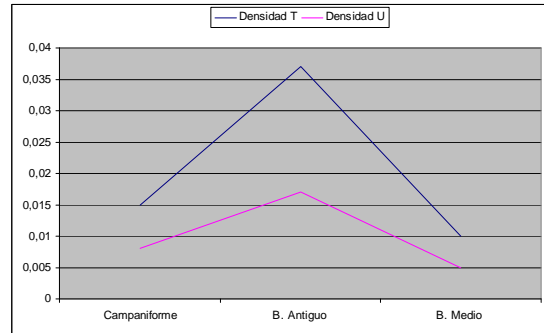


Figura 25 Densidad de yacimientos por km2 en el Alto Duero según las etapas estudiadas.

T: los que ofrecen más de una atribución;

U: las que ofrecen una única atribución de las incluidas en el estudio

De los 730 yacimientos del IACyL que se conocen en el Alto Duero y cuya existencia pudo estar próxima al tránsito del III al II milenio, sólo 318 pueden adscribirse con seguridad a una de las etapas incluidas en la selección para su estudio (Campaniforme, Bronce Antiguo y Bronce Medio) al no compartir ninguna otra adscripción prehistórica con idéntico grado de confianza. De tal forma la densidad de hallazgos en la zona de estudio varía notablemente si se consideran todas las atribuciones de las etapas estudiadas o sólo los enclaves con una única, y por tanto segura, adscripción, tal como refleja el gráfico de la Figura 25.

De los tres centenares largos de yacimientos de este momento que se localizan en el Alto Duero, algo más de la mitad se atribuyen al *Bronce Antiguo*, considerando esta etapa como diferente de la *Campaniforme* y de la del *Bronce Medio*, de acuerdo a los criterios de clasificación del IACyL.¹¹

Genéricamente destacan, entre las características de los yacimientos para cada adscripción, determinados aspectos de los analizados:

En lo relativo al tamaño hay que señalar que todos son pequeños, más de la mitad de la muestra no supera la hectárea. Mayoritariamente están catalogados como lugares de habitación al aire libre. Los hallazgos en cueva

¹¹ Los mapas de dispersión y la relación de yacimientos seleccionados se presentan en las Figuras 26 a Figura 31, enumerándose junto con la adscripción a la localidad y el topónimo de cada uno, de tal forma es posible identificarlos en el catálogo del anexo 1 donde se reproduce toda la información del IACyL.

son más excepcionales, si bien, en contra de lo que pudiera considerarse lógico, el mayor número se registra en las etapas más modernas de las analizadas.

Topográficamente los yacimientos de las distintas etapas se localizan en ambientes diversos. Como tendencia puede apreciarse un interés mayor en el *Bronce Antiguo* por lugares elevados, mientras que los de adscripción *Campaniforme* ofrecen, dentro de la semejanza, mayores porcentajes para los localizados en zonas intermedias y bajas que son las que parecen generalizarse para los del *Bronce Medio*. Esta tendencia, de confirmarse, contrasta con la diferenciación de los usos del suelo y aprovechamientos de los entornos de los yacimientos. Los porcentajes de eriales sobresalen de los de cultivo para los catalogados como *Campaniformes*, a la inversa de lo que reflejan los yacimientos atribuidos a la Edad del Bronce, en los que destaca la existencia en el entorno de pastizales que no se reconocen en los más antiguos.

De ratificarse estas diferencias, estaríamos definiendo ubicaciones condicionadas por estrategias de relación y productivas, y aceptando divergencias para cada uno de los horizontes analizados. Esta hipótesis es una de las que trata de demostrar el presente estudio, para lo que precisamos conocer otra información, caso de los estudios paleo-ambientales, que analizaremos en los apartados siguientes. En todo caso, a su favor, debemos recordar, siquiera, la tendencia contrastada de la asociación de la atribución *Medieval* con la del *Bronce Antiguo* y de la de *Romano* con la del *Bronce Medio*. Sin que ello suponga la directa repetición de modelos, esta reiteración puede responder a la repetición de estrategias de poblamiento.

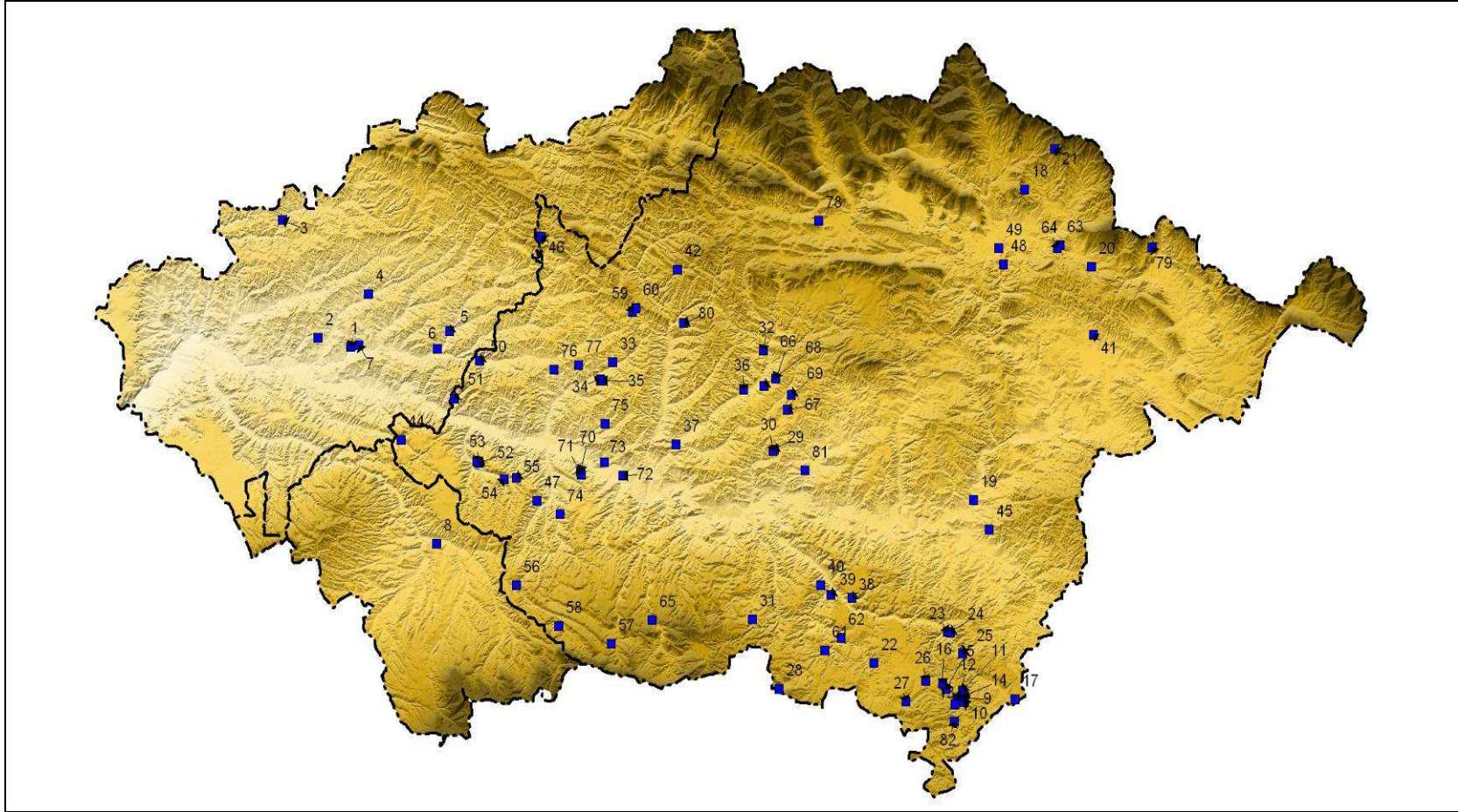


Figura 26 Localización de los yacimientos del Alto Duero con atribución *Campaniforme* incluidos en el estudio.

Leyenda de la Figura 26 : 1, ARANDA DE DUERO, MATARANDA II; 2, SINOVAS, LA RASTRILLA VII; 3, BAHABON DE ESGUEVA, ALTO DE VALDETORRES; 4, BAÑOS DE VALDEARADOS, MUÑECA, LA; 5, PENARANDA DE DUERO, LA CASA 4; 6, PEDARANDA DE DUERO, VALDENAR 2; 7, QUEMADA, LAS CRUCES I; 8, ALDEALENGUA DE SANTA MARIA, MATAHOMBRES; 9, ALCUBILLA DE LAS PEÑAS, ALTO EL SANTO II; 10, ALCUBILLA DE LAS PEÑAS, ALTO EL SANTO III; 11, ALCUBILLA DE LAS PEÑAS, TORREJÉN, EL; 12, ALCUBILLA DE LAS PEÑAS, CABEZA MOLINO, LA; 13, ALCUBILLA DE LAS PEÑAS, MINA, LA; 14, ALCUBILLA DE LAS PEÑAS, ALTOS, LOS; 15, MEZQUETILLAS, LASTRA, LA; 16, MEZQUETILLAS, MAJANALES, LOS; 17, RADONA, PEDRIZA II, LA; 18, PORTELARBOL, HOYA DEL MEDIO II; 19, ALMAZAN, GUIJAR, EL; 20, ARANCON, ESTACION, LA; 21, VENTOSA DE LA SIERRA, FUENTE PESQUERA I; 22, BARAHONA, LLANO PIE IZQUIERDO; 23, JODRA DE CARDOS, SOLANA I, LA; 24, JODRA DE CARDOS, SOLANA II, LA; 25, JODRA DE CARDOS, CASAREJO, EL; 26, ROMANILLOS DE MEDINACELI, TORREJÓN, EL; 27, ROMANILLOS DE MEDINACELI, RETAMALES, LOS; 28, BARCONES, CABEZADAS, LAS; 29, VALVERDE DE LOS AJOS, CUESTA I, LA; 30, VALVERDE DE LOS AJOS, CUESTA II, LA; 31, ALALO, ENTRE LAS VIÑAS II; 32, BLACOS, RECUENCO, EL; 33, BERZOSA, BARRANCO EL CURA; 34, BERZOSA, CERRITON, EL; 35, BERZOSA, CARRASQUILLA, LA; 36, TORRALBA DEL BURGO, DOS SENDILLAS, LAS; 37, VALDENARROS, DIVISA I; 38, BORDECOREX, VALDECENO; 39, CALTOJAR, HONTANILLAS, LAS; 40, CALTOJAR, HUERTOS, LOS; 41, CANDILICHERA, CERRILLO, EL; 42, CASAREJOS, MINA DEL MORO, LA; 43, CASTILFRIO DE LA SIERRA, VIÑUELA, LA; 44, CASTILLEJO DE ROBLEDO, HORNO, EL; 45, VILLALBA, CERRO GORDO; 46, ESPEJON, GUERRERA, LA; 47, FUENTECAMBRON, VIÑAS, LAS; 48, GARRAY, MOLINO DE GARREJO; 49, GARRAY, POZO DE SAN PEDRO; 50, BOCIGAS DE PERALES, ENTRE AMBOS CAMINOS; 51, LANGA DE DUERO, ALTO DEL PERRO; 52, VALDANZO, FUENTE EL FRAILE II, LA; 53, VALDANZO, BARRANCO PEDARRAL; 54, MIÑO DE SAN ESTEBAN, OTERO, EL; 55, MIÑO DE SAN ESTEBAN, SAN JUAN II; 56, LIGOS, PEDRIZA, LA; 57, MONTEJO DE TIERMES, CARRATIERMES; 58, NOVIALES, REMAJUELO, EL; 59, NAFRIA DE UCERO, CABEZUELA, LA; 60, NAFRIA DE UCERO, CHAPARRALEJO, EL; 61, RELLO, CANTERO LOS FRAILES; 62, RELLO, CERRADA LA VIRGEN I; 63, RENIEBLAS, MAJADAS, LAS; 64, RENIEBLAS, ALTO DE LA MESTA; 65, TARANCUEÑA, HOYO DE LA ESPINADA; 66, RIOSECO DE SORIA, VALDEPALACIOS; 67, RIOSECO DE SORIA, CABEZA EL CUENDE; 68, RIOSECO DE SORIA, BALDIO II, EL; 69, RIOSECO DE SORIA, CANTERILLOS, LOS; 70, AATAUTA, CARRETERA A NOVIALES; 71, AATAUTA, VALDEPALOMILLAS; 72, PEDRAJA DE SAN ESTEBAN, ARROMPIDO, EL; 73, PEDRAJA DE SAN ESTEBAN, CAÑADA, LA; 74, PIQUERA DE SAN ESTEBAN, VALDELAGREDA; 75, QUINTANILLA DE TRES BARRIOS, CUESTA CORRAL I; 76, VILLALVARO, PICACHOS, LOS; 77, VILLALVARO, VALDELAPRESA IV; 78, SORIA, PINAR GRANDE Y AMBLAU; 79, VALDEGEÑA, CUEVA DEL PEÑAL; 80, AYLAGAS, MORRA, LA; 81, VALDERRODILLA, CERRO SANTIAGO I; 82, YELO, ALTO LA CUEVA

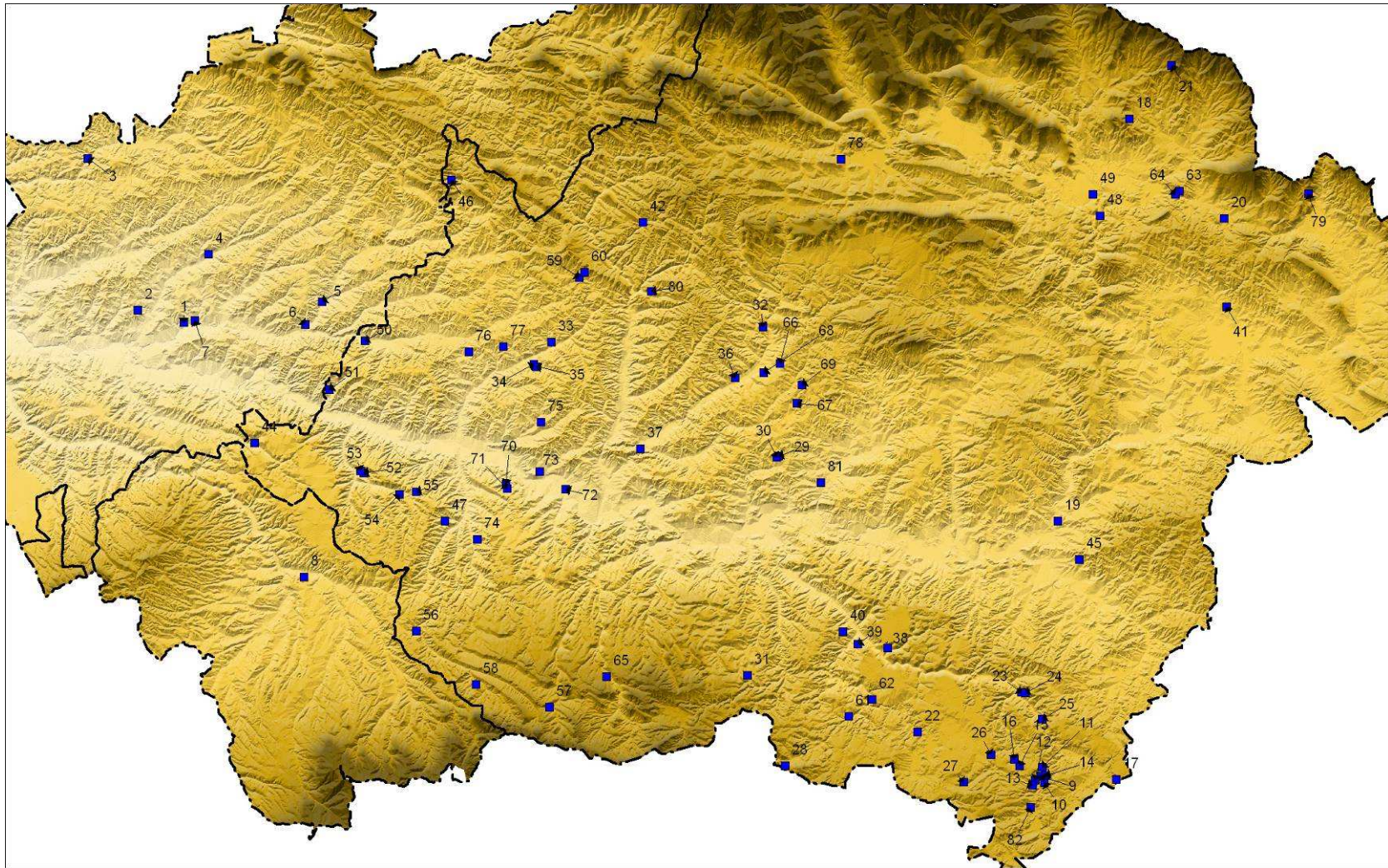


Figura 27 Detalle de la localización de los yacimientos del Alto Duero con atribución Campaniforme vistos en la Figura 26.

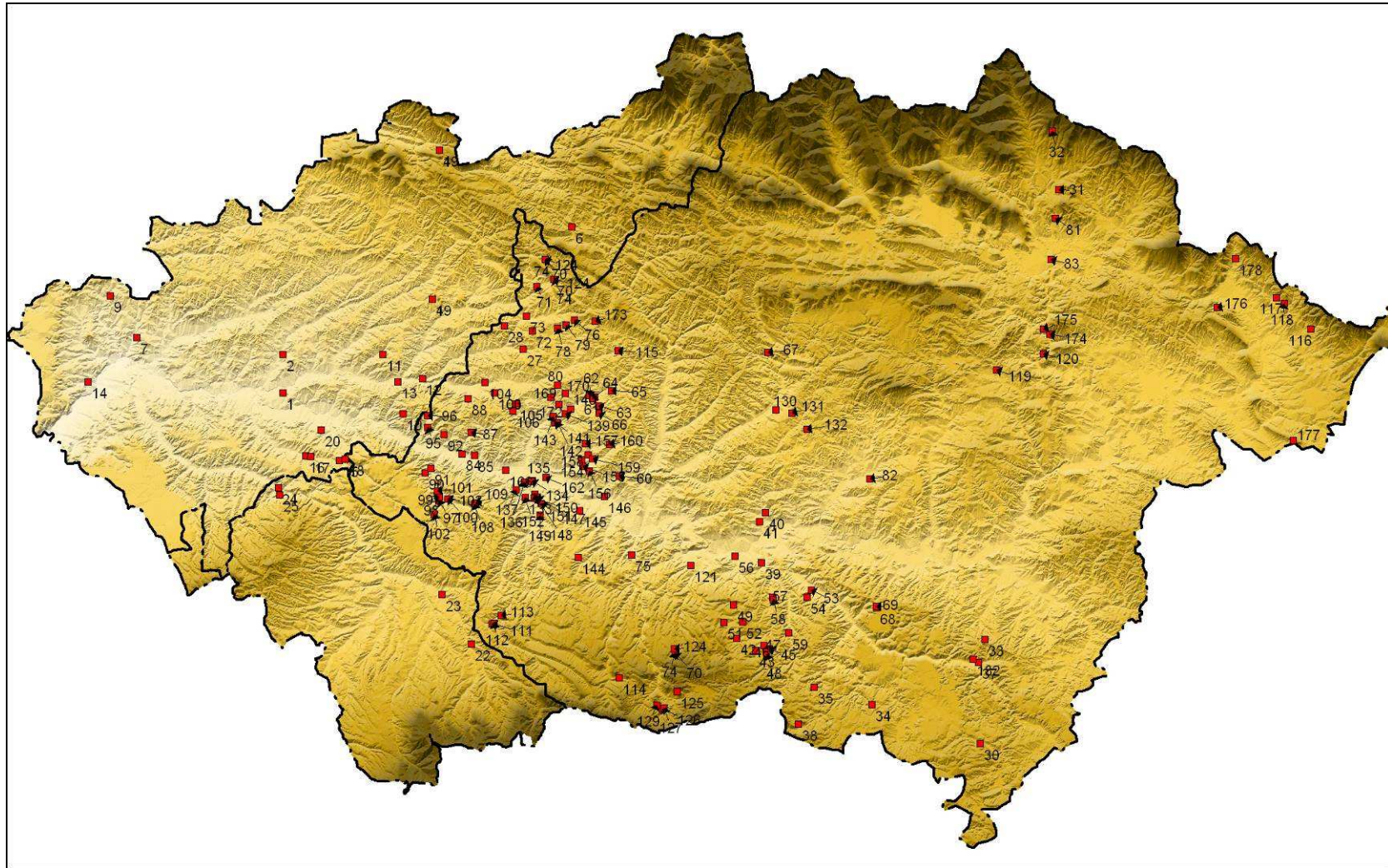


Figura 28 Localización de los yacimientos del Alto Duero con atribución del Bronce Antiguo incluidos en el estudio.

Leyenda de la Figura 28: 1, ARANDA DE DUERO, LA ALAMEDA; 2, SINOVAS, CUESTA BELLOSA I; 3, CIRUELOS DE CERVERA, LAIJÉN I; 4, CORUÑA DEL CONDE, PICACHO, EL; 5, GUMIEL DE HIZAN, EL PEÑON 2; 6, HONTORIA DEL PINAR, COTA 1.105; 7, HORRA, LA, SANTA OLALLA; 8, HUERTA DEL REY, PEÑA DE SALOMÉN; 9, OLMEDILLO DE ROA, BASARDILLA; 10, PEÑARANDA DE DUERO, ALTO PICO AGUDO; 11, PEÑARANDA DE DUERO, CORRAL DE MACALAS; 12, PEÑARANDA DE DUERO, LA ESVUELTA 2 (CASANOVA); 13, PEÑARANDA DE DUERO, VALDESPEDIN; 14, ROA, LAMBUENA; 15, SANTA CRUZ DE LA SALCEDA, MORATILLAS 1; 16, SANTA CRUZ DE LA SALCEDA, LA MOSQUETERA; 17, SANTA CRUZ DE LA SALCEDA, LOS PAJAROS; 18, SANTA CRUZ DE LA SALCEDA, PICO ROMERO 1; 19, SANTO DOMINGO DE SILOS, PICACHO, EL; 20, VADOCONDES, LAS PERILLANAS 1; 21, ZUZONES, SAN ROMÁN; 22, FRANCOS, CERRILLOS, LOS; 23, MAZAGATOS, 40-109-0002-02; 24, MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA, 40-130-0001-12; 25, MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA, 40-130-0001-17; 26, CARABIAS, DETRÁS DE LA CUESTA; 27, ALCUBILLA DE AVELLANEDA, CEPAR I, EL; 28, ALCUBILLA DE AVELLANEDA, VIRUELA, LA; 29, MEZQUETILLAS, MIRÉN, EL; 30, MEZQUETILLAS, CAMA DE LA ZORRA, LA; 31, ALMARZA, LARGAS I, LAS; 32, GALLINERO, PEDRERAS II, LAS; 33, BALLUNCAR, PARPANTIQUE, EL; 34, MARAZOVEL, ALTO EL TEJAR; 35, ARENILLAS, VILLASECA; 36, BARAONA, DEHESA SAN ANTÓN; 37, JODRA DE CARDOS, MIRON GRANDE; 38, BARCONES, OLMEDILLA, LA; 39, AGUILERA, REGALTO, EL; 40, BAYUBAS DE ABAJO, SANTA AGUEDA; 41, BAYUBAS DE ABAJO, SERVALES, LOS; 42, ABANCO, TRAS LA CABEZA; 43, ALALO, RIBAGORDA; 44, ALALO, ENTRE LAS VIÑAS I; 45, ALALO, CANTERO LA TORRE; 46, ALALO, CANTERO I; 47, ALALO, CARRALARRIBA; 48, ALALO, CORRAL CONCEJO; 49, BRIAS, VAL DE LA CRUZ; 50, BRIAS, VIÑAS DE LA SOLANA; 51, BRIAS, CRUZ DE LA NAVA; 52, BRIAS, SENDA DEL PIOJAR; 53, CIHUELA, CALVARIO, EL; 54, CIHUELA, CORONA, LA; 55, LUMIAS, PEÑUCO I, EL; 56, MORALES, CASCARA, LA; 57, PAONES, SESTIL I, EL; 58, PAONES, SESTIL II, EL; 59, CABRERIZA, TRAS CASTILLO; 60, ALCUBILLA DEL MARQUES, TRES CANTARILLAS I; 61, BERZOSA, HUERTO VICENTE; 62, BERZOSA, FUENTE DEL POBRE, LA; 63, BERZOSA, CONJUROS, LOS; 64, BERZOSA, COTOS, LOS; 65, BERZOSA, PRADO REDONDO; 66, BERZOSA, VALDEJIMENO; 67, CABREJAS DEL PINAR, CUEVA MAJA; 68, CALTOJAR, MORATILLA I, LA; 69, CALTOJAR, MORATILLA II, LA; 70, ESPEJA DE SAN MARCELINO, CASTILLO, EL; 71, HINOJOSA, LA, ENTRAMBOSRIOS; 72, QUINTANILLA DE NUÑO PEDRO, FUENTEARENOSA; 73, QUINTANILLA DE NUÑO PEDRO, CASASOLA; 74, ESPEJON, CASTILLO, EL; 75, FRESNO DE CARACENA, ENCINAREJO, EL; 76, FUENCALIENTE DEL BURGO, TORCA I, LA; 77, FUENCALIENTE DEL BURGO, CAÑADILLAS; 78, FUENCALIENTE DEL BURGO, TORRALBO, EL; 79, FUENCALIENTE DEL BURGO, BARRANCAZO; 80, ZAYUELAS, ALTO DE LA BANDERA; 81, PORTEL RUBIO, CENTENALES, LOS; 82, OSONA, ERMITA STA ISABEL; 83, TARDESILLAS, CONVENTO, E; 84, ALCOZAR, PRADO DE LOS CANTOS; 85, ALCOZAR, CORRALES DE LA VEGA; 86, ALCOZAR, TRAS LAS PEÑAS; 87, ALCOZAR, HORCAJOS, LOS; 88, BOCIGAS DE PERALES, LLANO DE LA CAMARILLA; 89, BOCIGAS DE PERALES, FUENTE MUÑÉN; 90, LANGA DE DUERO, JILVETE, EL; 91, LANGA DE DUERO, VALDEMADILLO III; 92, LANGA DE DUERO, PICO SANTILLANA; 93, LANGA DE DUERO, CASETA SAN ROMÁN, LA; 94, LANGA DE DUERO, SAN ROMÁN I; 95, LANGA DE DUERO, PICO DE LOS COTORROS; 96, LANGA DE DUERO, PICO GERVAL; 97, VALDANZO, ALTILLO DE SAN PEDRO; 98, VALDANZO, MONJA I, LA; 99, VALDANZO, VILLAREJOS II, LOS; 100, VALDANZO, CASTRO; 101, VALDANZO, HUERTO POZA II; 102, VALDANZUELO, HOYA LA TERROSA II; 103, ZAYAS DE TORRE, CASTRO; 104, ZAYAS DE TORRE, VALCONSEJA; 105, ZAYAS DE TORRE, MIRAVETE; 106, ZAYAS DE TORRE, CARRA SAN ESTEBAN; 107, LICERAS, PEÑA ALTA; 108, MIÑO DE SAN ESTEBAN, BARRANCO EL VAL; 109, MIÑO DE SAN ESTEBAN, PORTILLO LA MEMBRILLA; 110, MIÑO DE SAN ESTEBAN, UMBRÍA CERRO PICACHO; 111, LIGOS, CUEVA DE LA BODEGUILLA; 112, LIGOS, CUEVA DEL ROTO; 113, LIGOS, MAJADAS, LAS; 114, VALDERROMAN, TORRE, LA; 115, NAFRIA DE UCERO, CASTILLEJOS, LOS; 116, NOVIERCAS, LOMA DEL TEJADO; 117, POZALMURO, CALLEJAS, LAS; 118, POZALMURO, SAN ROQUE; 119, NAVALCABALLO, QUEMADOS I, LOS; 120, RABANOS, LOS, CUEVA DEL ASNO; 121, RECUERDA, ANISARES, LOS; 122, CAÑICERA, ERIALES DE LAS PEÑAS; 123, CAÑICERA, PEÑA MERINA; 124, MADRUEDANO, CASTILLO, EL; 125, TARANCUEÑA, COGOLLUDA, LA; 126, VALVENEDIZO, ALTO DE LA CARRASCA; 127, VALVENEDIZO, AGUILERA; 128, VALVENEDIZO, CASTRO DEL RÍO; 129, VALVENEDIZO, MORALES, LOS; 130, RIOSECO DE SORIA, BALDIO I, EL; 131, RIOSECO DE SORIA, SENDA EL CURA, LA; 132, RIOSECO DE SORIA, TORRALBO; 133, ALDEA DE SAN ESTEBAN, PICOTILLO I, EL; 134, ALDEA DE SAN ESTEBAN, QUINTANAS, LAS; 135, ALDEA DE SAN ESTEBAN, CERRILLOS CORRALES; 136, ALDEA DE SAN ESTEBAN, VELETA, LA; 137, ALDEA DE SAN ESTEBAN, VALDEHUERTAS; 138, INES, CAMINO VALDEMUÑOZ; 139, MATANZA DE SORIA, CUESTA DEL RIO II; 140, MATANZA DE SORIA, SOTO II, EL; 141, MATANZA DE SORIA, TEJERA, LA; 142, MATANZA DE SORIA, LLANO DE LA LOBERA; 143, MATANZA DE SORIA, VEGA, LA; 144, MORCUERA, TOROJONES, LOS; 145, OLMILLOS, TONDALVARO; 146, PEDRAJA DE SAN ESTEBAN, PLANTAS, LAS; 147, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, CERRO TURRONERO; 148, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, PICOTILLO, EL; 149, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, RUBIAL, EL; 150, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, ARRECUEROS, LOS; 151, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, TEMEROSO II; 152, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, VALDEMINGON III; 153, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, VALDEPEÑAS; 154, QUINTANILLA DE TRES BARRIOS, CERRADA, LA; 155, QUINTANILLA DE TRES BARRIOS, ALTO DEL GERVAL; 156, QUINTANILLA DE TRES BARRIOS, NOGAL, EL; 157, QUINTANILLA DE TRES BARRIOS, CERRO DE LA CRUZ; 158, QUINTANILLA DE TRES BARRIOS,

VALDEARROYO; 159,QUINTANILLA DE TRES BARRIOS, ERAS, LAS; 160,QUINTANILLA DE TRES BARRIOS ,PIOJAR II; 161,REJAS DE SAN ESTEBAN, FUENTE BÁSCONES; 162,SAN ESTEBAN DE GORMAZ, MEDIA, LA; 163,SOTO DE SAN ESTEBAN, PEÑUELAS, LAS; 164,SOTO DE SAN ESTEBAN, VIÑAS VIEJAS I; 165,SOTO DE SAN ESTEBAN, ROBLES DE VIÑAS VIEJAS; 166,SOTO DE SAN ESTEBAN, SALAUNAS; 167,VELILLA DE SAN ESTEBAN, CAÑADA DE SAN PEDRO; 168,VILLALVARO, POZÉN I, EL; 169,VILLALVARO, TEJAREJO II; 170,VILLALVARO, VALDELAPRESA II; 171,VILLALVARO, POZÉN II, EL; 172,VILLALVARO, ARROYAL I; 173,MUÑECAS, ALDEA, LA; 174,SORIA, CUEVA DE LA TORCA; 175,SORIA, CUEVA DEL BARRO; 176,TAJAHUERCE, VENTOSILLAS, LAS; 177,SAUQUILLO DE ALCAZAR, SIERRA DEL COSTANAZO; 178,VALDEGEÑA, TORRECILLA, LA; 179,VALDEGEÑA, PEÑA CORVILLA; 180,BOOS, CERRO LA CABAÑA; 181,VILLANUEVA DE GORMAZ, LLANO LAS VIÑAS; 182,VILLASAYAS, MIRON CHICO

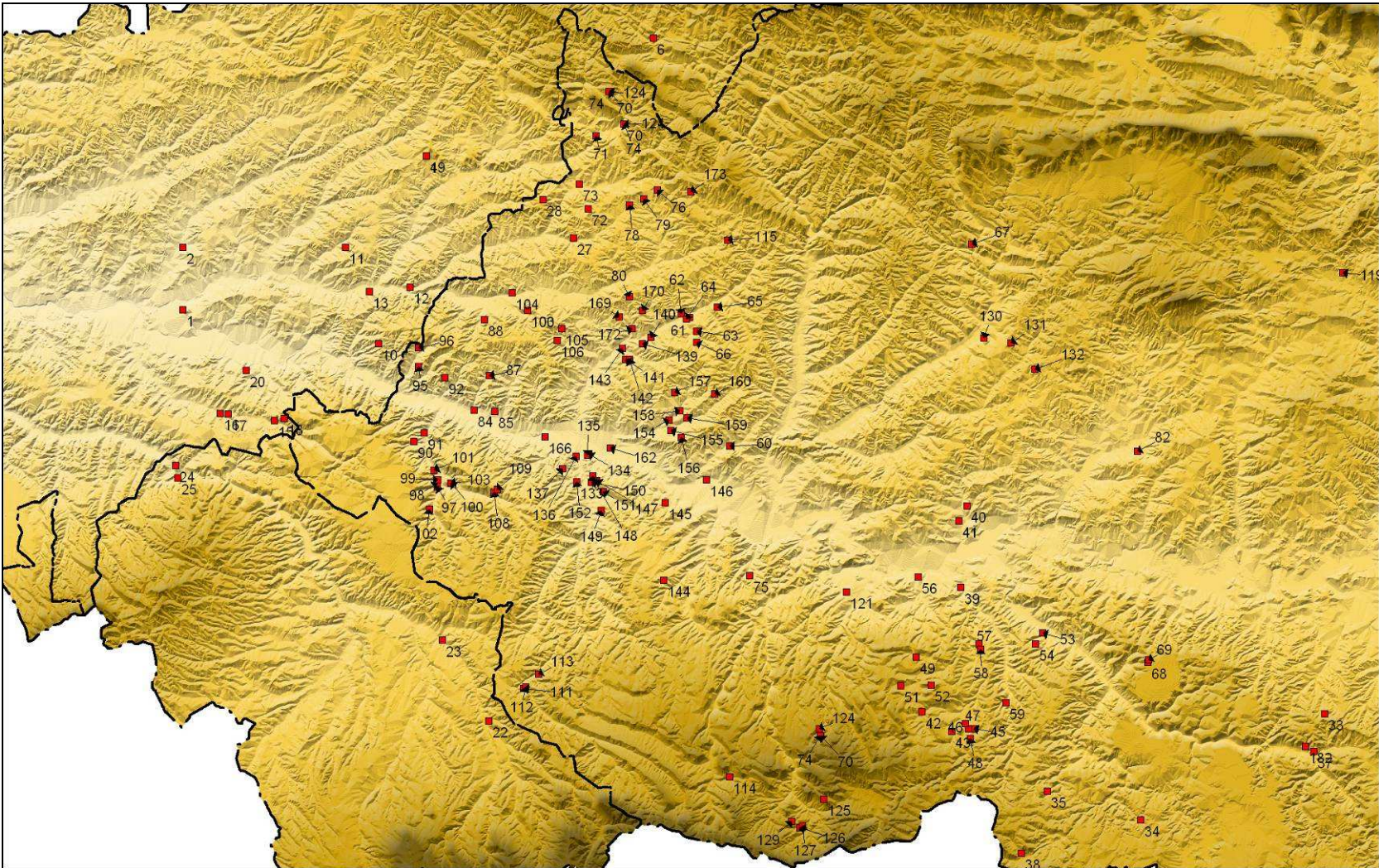


Figura 29 Detalle de la localización de los yacimientos del Alto Duero con atribución del Bronce Antiguo vistos en la Figura 28.

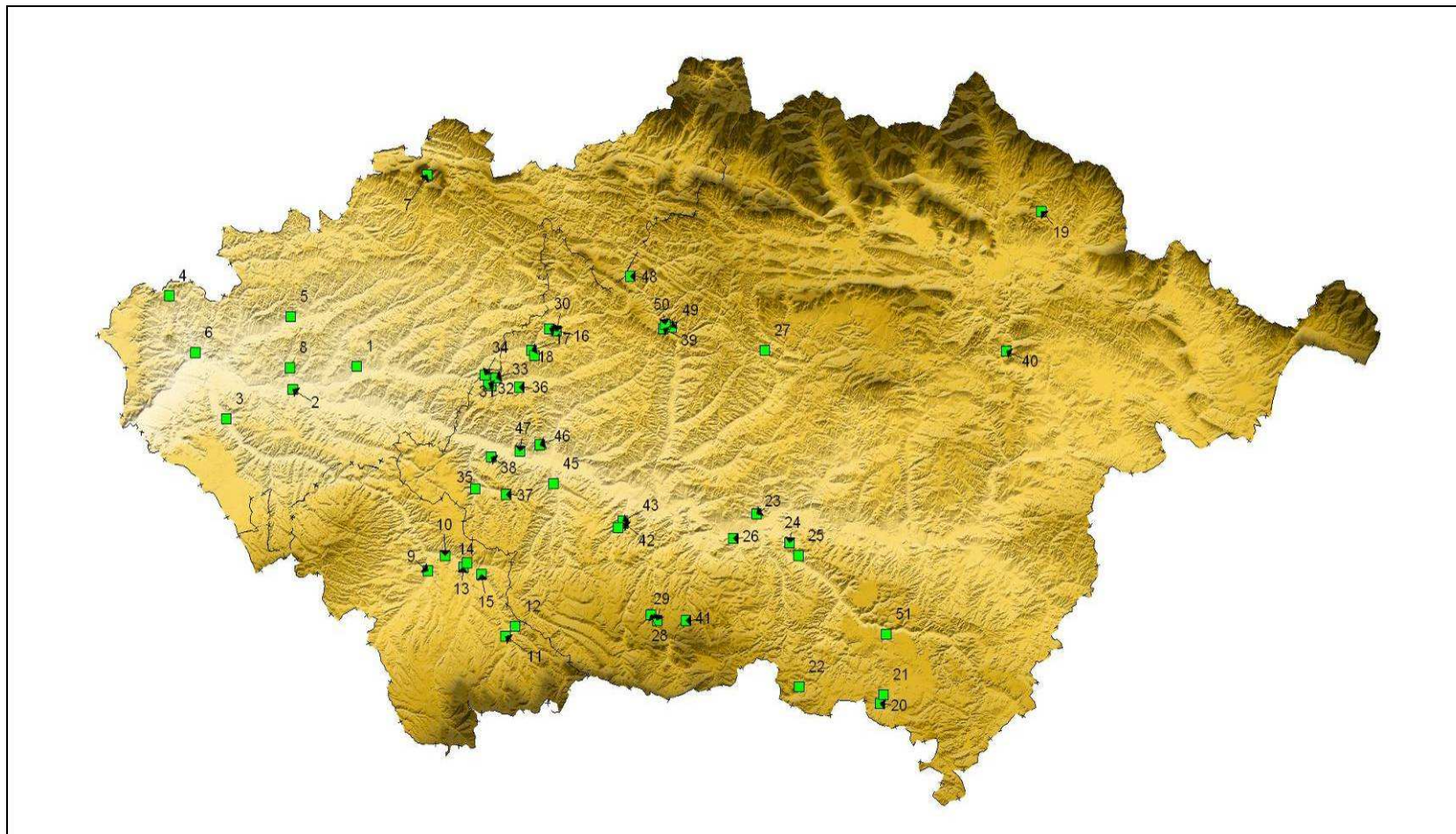


Figura 30 Localización de los yacimientos del Alto Duero con atribución del Bronce Medio incluidos en el estudio.

Leyenda de la Figura 30: 1, ARANDA DE DUERO, MATARANDA I; 2, ARANDA DE DUERO, EL VENTORRO II; 3, FUENTECEN, SAN PEDRO; 4, OLMEDILLO DE ROA, PLAZA, LA; 5, QUINTANA DEL PIDIO, SAN MIGUEL; 6, ROA, CARRASALINERA I; 7, SANTO DOMINGO DE SILOS, CUEVA DE SAN GARCÍA; 8, VILLALBA DE DUERO, VIRGEN, LA; 9, ALCONADA DE MADERUELO, 40-005-0001-01; 10, ALDEALENGUA DE SANTA MARIA, 40-008-0001-03; 11, ESTEBANVELA, VILLACORTILLA; 12, ESTEBANVELA, VALDELAGORDA; 13, LANGUILLA, REDONDO, EL; 14, LANGUILLA, CALVARIO, EL; 15, MAZAGATOS, SAN CRISTOBAL II; 16, ALCUBILLA DE AVELLANEDA, PEDREGALES, LOS; 17, ALCUBILLA DE AVELLANEDA, FUENTE SAUCO II; 18, ALCUBILLA DE AVELLANEDA, FUENTE DEL HORNILLO; 19, PORTELARBOL, ZAMARRAS, LAS; 20, ALPANSEQUE, RIVILLA, LA; 21, BARAHONA, DEHESA DE LOS SANTOS; 22, BARCONES, SOLANA LOS VILLARES; 23, BAYUBAS DE ABAJO, TORO, EL; 24, BERLANGA DE DUERO, PISCAL, EL; 25, BERLANGA DE DUERO, VALDEHORNILLOS; 26, MORALES, CAIDA, LA; 27, CABREJAS DEL PINAR, CUEVA MAJA; 28, CARACENA, SAN PEDRO; 29, CARACENA, TOLMOS, LOS; 30, QUINTANILLA DE NUÑO PEDRO, MOJÉN DEL ZORRO; 31, BOCIGAS DE PERALES, TRESVALDEUNCO; 32, BOCIGAS DE PERALES, ALTILLO DE LOS SINGULARES; 33, BOCIGAS DE PERALES, CALDERUELA I, LA; 34, BOCIGAS DE PERALES, TENADAS I, LAS; 35, VALDANZO, SAN PEDRO II; 36, ZAYAS DE TORRE, CUBO, EL; 37, MIÑO DE SAN ESTEBAN, CAÑADA, LA; 38, MIÑO DE SAN ESTEBAN, BALCONES II, LOS; 39, NAFRIA DE UCERO, CUEVA LA LLANA; 40, RABANOS, LOS, CUEVA DEL ASNO; 41, MADRUEDANO, PALOMARON, EL; 42, INES, AGUILAR, EL; 43, INES, CERRADA, LA; 44, INES, VALDEPINILLA; 45, PEÑALBA DE SAN ESTEBAN, GUIJARRAL, EL; 46, REJAS DE SAN ESTEBAN, PICO VELILLA; 47, VELILLA DE SAN ESTEBAN, LANGOSTILLO, EL; 48, SAN LEONARDO DE YAGÜE, CUEVA DEL MONO I; 49, UCERO, CUEVA DEL POLVORISTA; 50, UCERO, BALCONCILLO, EL; 51, FUENTEGELMES, MIRATÉN, EL

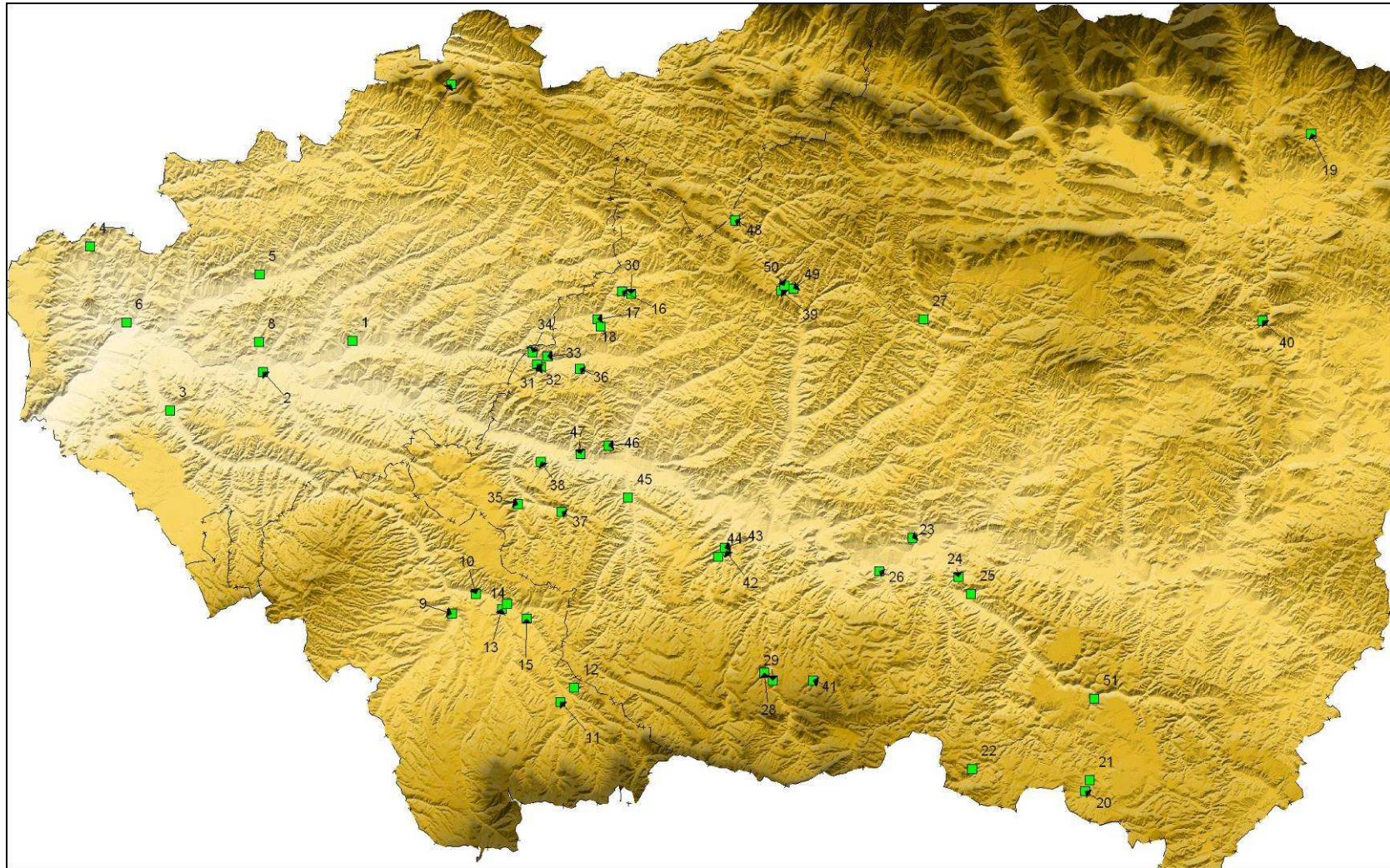


Figura 31 Detalle de la localización de los yacimientos del Alto Duero con atribución del Bronce Medio vistos en la Figura 30.

3.2 Los yacimientos excavados

De los cerca de dos centenares de enclaves del Alto Duero atribuidos a la etapa inicial de la Edad del Bronce, una docena ha sido objeto de excavaciones arqueológicas. Todos, excepto uno, se localizan en la actual provincia de Soria.

En esta etapa los hallazgos en cueva son minoritarios y casi excepcionales, si bien las excavaciones que se han realizado en este tipo de localizaciones constituyen el eje de distintas publicaciones. Es el caso de las cuevas de *El Roto* y *La Bodeguilla* en Ligos (Ortego, 1960; Jimeno y Fernández Moreno, 1985), de la *cueva de El Asno* de Los Rábanos (Eiroa, 1979; Jimeno, 1984a; Ruiz Zapatero, 1984; Marcos, 1992; Fernández Moreno, 1997), de la cueva de *La Maja* de Cabrejas del Pinar (Samaniego *et alii*, 2002), cuya utilización se atribuye, al menos en sus inicios, a este mismo momento.

En los yacimientos al aire libre conocemos la realización de excavaciones arqueológicas en ocho casos, el doble que en cuevas, siendo su motivación y

resultado distinto y permaneciendo, mayoritariamente, inéditas.

En el oriente de la zona de estudio se acometieron excavaciones de las denominadas preventivas, derivadas de medidas correctoras previas a la instalación de aerogeneradores, en tres yacimientos próximos: *Las Callejas* y *San Roque*, en Pozalmuro, y *La Loma de Tejado* en Noviercas (Arellano *et alii*, 2002). Los resultados fueron similares y decepcionantes: bajo el manto vegetal que contenía algunos fragmentos cerámicos lisos y otros con aplicaciones plásticas que confirmaban la adscripción basada en los datos de prospección, aparecía el nivel natural de base, confirmándose la erosión y arrasamiento del nivel arqueológico.

En el extremo más occidental de la provincia de Soria, se localiza el yacimiento de *Tras las Peñas*, en Alcozar, excavado con motivo de su presumible afección por la construcción de una nave agrícola. En este caso, el nivel prehistórico apenas era reconocible por la superposición de un monasterio documentado desde finales del s. XII (Arellano *et alii*, 1994: 167).

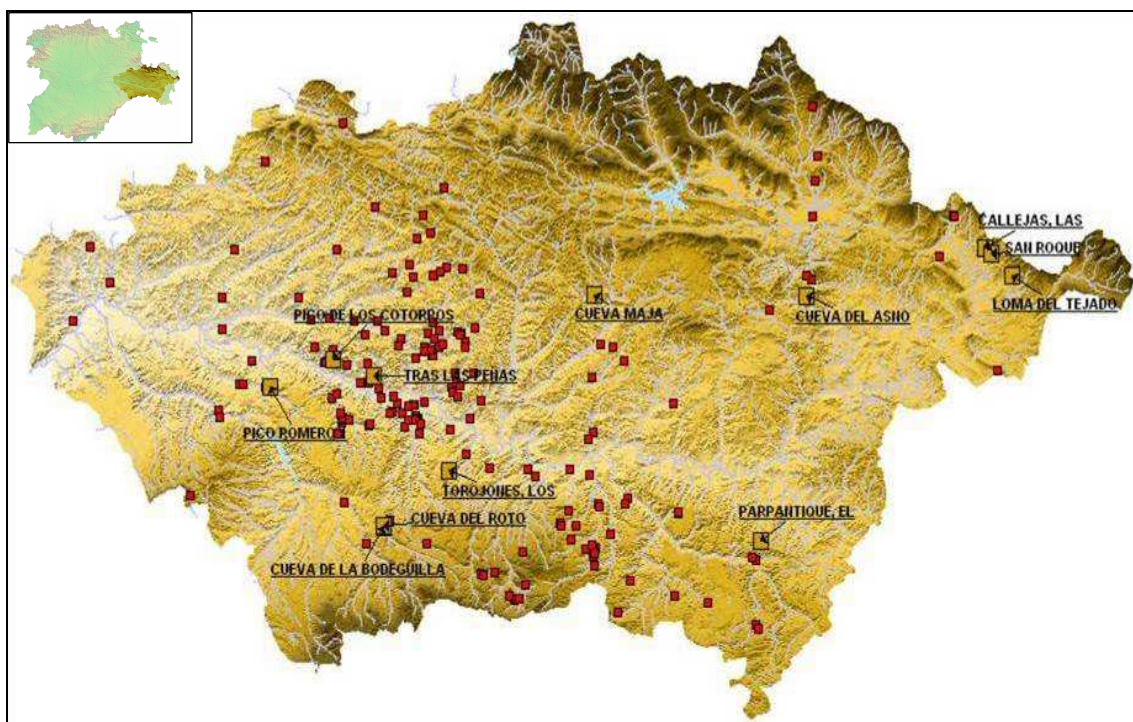


Figura 32 Yacimientos del Alto Duero atribuidos al Bronce Inicial ■ y los excavados ■.

En otros dos casos, el *Pico de los Cotorros* en Langa de Duero (Benito *et alii*, 2001 y 2002), y el *Pico Romero* en el término burgalés de Santa Cruz de la Salceda (Palomino y Etxeberria, 1994; Rodríguez Marcos y Palomino, 1997), las excavaciones se realizaron para conocer la secuencia y características de cada asentamiento, antes de que desapareciesen por la erosión que no era posible controlar, y que, a la vista de los resultados obtenidos, justifica tal decisión.

La excavación del *Alto de El Parpantique* en Balluncar y del *Cerro de los Torojones* en Morcuera se acometió con el objeto de obtener datos para demostrar la tesis que se desarrolla en este trabajo, y fueron seleccionados por distintos motivos, como ahora veremos.

Antes de pasar a ello, hay que incidir en las características comunes que convergen en los yacimientos al aire libre excavados, especialmente en la localización topográfica que les identifica. Estos enclaves se situaban, mayoritariamente, en cerros aislados, destacados de la línea de serrezuelas que delimitan, principalmente al sur, el canal central del valle del Duero y que corresponden a mesetones o artesas invertidas rematadas por un plano calizo casi horizontal (Sáenz, 1951: 70-80). La antigua plataforma fue cortada por la red fluvial y es habitual que en la línea de antiguo contacto queden pequeños cerros testigos, como estos que se presentan. También se documentan otros que se emplazan en espigones avanzados de la amplia plataforma, pero que no están aislados, disponiendo de un acceso sencillo desde la paramera. Estas localizaciones confieren a los enclaves una posición privilegiada, al adelantarse de los relieves que las protegen, posibilitando el dominio visual de una amplia superficie.

Una de las cuestiones que se deriva de la geomorfología de estas ubicaciones, es lo reducido de la plataforma superior, apta para el hábitat de un grupo no muy numeroso y que, en principio, sugiere un interés prioritario por la protección y dominio visual sobre un determinado territorio.

Evidentemente, es cuestionable que, desde la etapa prehistórica, el aspecto y tamaño de estos cerros y sobre todo su superficie, coincidiera exactamente con la actual. En este sentido, los procesos erosivos se ven condicionados no sólo por los procesos de encajonamiento de la red principal y secundaria, sino también por la presencia de material litológico distinto que tolera una resistencia a la erosión diferente. Al soportar mejor los materiales duros los procesos climatológicos, encontramos gruesas capas de cobertera, de arenisca o caliza, colgadas sobre quedades horadadas en las pendientes terrosas. En

estas últimas destaca la presencia de margas y yesos, poco permeables y, en la actualidad, muy disgregados por las largas sequías. En ambientes climáticamente áridos, las fuertes tormentas conllevan efectos de arroyamiento que inciden en las laderas, acentuando la erosión y acelerando el derrumbe de los extremos de la cornisa superior, produciéndose brechas bajo las que se desarrollan conos que recogen las tierras del nivel superior.

El resultado que nos interesa es el evidente deterioro de la escasa superficie de estos cerros, que en muchos casos sólo cuentan con extensiones de apenas unas áreas. En muchos es evidente la pérdida de la mayor parte de la superficie apta para el asentamiento, acentuando el aspecto cónico que caracterizaba el perfil de los primeros hallazgos individualizados, caso del de *Peña Dorada* (Jimeno *et alii*, 1988)¹². Para poder reconstruir el aspecto de estos sitios, en las etapas en las que constatamos una ocupación humana, deberíamos evaluar y reconocer la fosilización de las laderas, calcular, en su caso, el volumen de derrubios que sellan los distintos restos arqueológicos, etc., aspectos que en los yacimientos excavados no ha sido posible concretar, como más adelante veremos.

El carácter estratégico de estos cerros está determinado por su elevación sobre el entorno, entre los 60 y los 40 m de media, si bien conocemos algunos casos que destacan hasta 100 m. El hecho de tratarse de cerros elevados –se corresponden con las altitudes más altas del valle del Duero, entre la cota 1000 y la de 1100 m sobre el nivel del mar– y su posición topográfica les atribuyen una serie de cualidades muy interesantes para su ocupación, tal y como demuestra no sólo la ubicación de las gentes prehistóricas que centran nuestro estudio, sino que en algunos de estos sitios, sobre los restos de los antiguos asentamientos prehistóricos, a lo largo del medioevo se establecieron pequeñas atalayas de vigilancia y comunicación.

Pasemos, por tanto, a describir los resultados de los trabajos arqueológicos en estos cuatro enclaves que permitirán conocer tanto las estructuras como los ajueres de las gentes que ocuparon el territorio en los momentos iniciales de la Edad del Bronce.

¹² Este yacimiento fue atribuido a la localidad soriana de Utrilla, mientras que en la ficha del IACyL consultado lo sitúa en el término vecino de Almalúz por pertenecer la mayor superficie del cerro a este municipio.

3.2.1 *El Parpantique* de Balluncar

El yacimiento adnamantino de *El Parpantique* fue dado a conocer por Marisa Revilla en la *carta arqueológica* de la Tierra de Almazán (Revilla, 1985), trabajo que se incluía en un amplio proyecto que pretendía revisar y actualizar el inventario arqueológico de la provincia de Soria.

Para conocer las peculiaridades del lugar debemos remontarnos unos años antes, cuando quiso el destino –en unos aspectos la fortuna y en otros la desgracia– que los vecinos de la localidad recordaran la leyenda, tan común en Castilla, de los bolos de oro enterrados, en este caso en el cerro de *El Parpantique*. Relatada al nuevo párroco, éste espoleó la creencia popular y encabezó la búsqueda del tesoro con un medio expeditivo y rápido para recuperarlo: la contratación de una máquina excavadora que removió regularmente y de forma sistemática toda la superficie del cerro, en una profundidad que alcanzó en algunos puntos los 50 cm, esparciendo la capa de tierra por las laderas, produciendo la modificación de sus pendientes, y la exhumación y dispersión de multitud de materiales cerámicos.

El resultado fue la construcción de un camino de acceso, oblicuo a la pendiente y el desmoche del cerro. Consiguientemente se produjo la deformación del límite de la plataforma, la definitiva alteración de los niveles sedimentados superiores y la desaparición, en el mejor de los casos, de la capa superficial agrícola. Tan sólo se salvó, por su dureza, una estructura circular construida con argamasa de cal, vaciada en su interior, en la suposición de que se trataba de la cámara que guardaba el tesoro, según nos relataron, y que interpretamos como la cimentación de una atalaya de época histórica.

En el otro fiel de la balanza, como logro, un buen montón de *cascofes*, algunos molinos barquiformes y un pequeño saco de grano de cereal (?) quemado. Todo ello, como explica Revilla, se encontraba custodiado en la localidad y los vecinos facilitaron su consulta y el traslado del material más significativo al Museo Numantino donde posteriormente llegó otro lote recuperado por aficionados de los pueblos vecinos.

Unidas ambas cuestiones, el interés en excavar uno de estos yacimientos de tan singular ubicación, con abundantes cerámicas lisas realizadas a mano, y ante la evidente alteración del yacimiento, solicitamos, junto con Alfredo Jimeno, un permiso de excavación para una primera campaña de excavación cuyo objetivo era evaluar el potencial que podía existir. A la vista de los resultados, dos años después presentamos un proyecto de excavación y la consiguiente petición de subvención

económica a la Junta de Castilla y León, dentro del programa anual de investigación arqueológica que fue aprobado y gracias al cual se completó la investigación del sitio.

3.2.1.1 Situación y características del yacimiento

El poblado se sitúa en una elevada altura, a 1137 m sobre el nivel del mar y a 40 m sobre su entorno, dominando la zona con una situación estratégica excepcional: un cerro aislado y destacado de la Sierra de Hontalbilla, que le protege por su vertiente sur, mientras que al norte se abre la amplia vega del Duero, hoy dedicada intensivamente al cultivo de cereal (Figura 33).

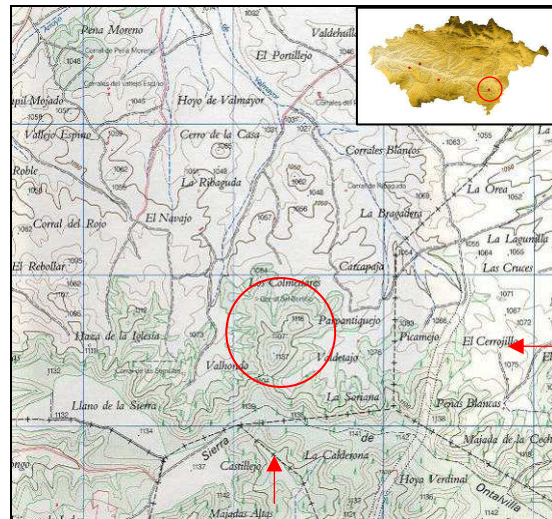


Figura 33 Localización del yacimiento de *El Parpantique*, sobre detalle del MTN 1:25.000.

Aunque ahora no existen en las inmediaciones aportes hídricos de envergadura, se documentan, en el entorno, abundantes fuentes que aunque de caudal pequeño, aseguran un continuo suministro durante todo el año¹³ (Lámina 1).

La superficie del cerro es reducida, superando toda la plataforma apenas las cinco áreas, si bien, como hemos comentado, las alteraciones recientes apenas permiten reconocer la topografía antigua. En todo caso, parte de la superficie, la más próxima a las laderas, debió presentar una pendiente mayor.

¹³ Información que nos facilitó D. Eduardo Peña vecino, agricultor y, entonces, alcalde pedáneo de la localidad, a quién agradecemos estos y cuantos datos nos facilitó.

La superficie actual debe ser, pese a todo, un reflejo de la original, ofrece una planta triangular, con la base orientada al norte y de unos 60 m de largo, mientras que,

hacia el mediodía, el vértice mayor ofrece 75 m en el lado más favorable, (Figura 34)



Lámina 1 Vista desde la llanada adnamantina del Alto de *El Parpantique*. En primer término una fuente adecuada en la actualidad como abrevadero.



Lámina 2 Vista del *Alto de El Parpantique* desde la Sierra de Hontalvilla.

3.2.1.2 Metodología de la intervención

Fue el primer yacimiento en el que intervinimos. Como hemos mencionado, el lugar fue reconocido durante los trabajos de revisión de la *Carta Arqueológica* de la provincia de Soria, y en 1985, cuando se publicaba el volumen correspondiente a la Tierra de Almazán, se presentó un detallado estudio de los materiales arqueológicos recuperados: básicamente

cerámica, ciertamente muy abundante y uniforme (Revilla, 1985: 113-118, Fig. 61-85).

La metodología aplicada en las campañas de 1985 y 1987 fue la habitual en este tipo de intervenciones en las que es necesario poder referir espacialmente los objetos y estructuras que puedan aparecer en el transcurso de la excavación. Toda la superficie del cerro quedó reticulada mediante un sistema de coordenadas cartesianas; en

nuestro caso el eje de abscisas (referencia x) recorre el lado mayor del cerro y sigue el eje norte-sur, mientras que el de ordenadas (referencia y) es perpendicular al anterior y paralelo, por tanto, a la alineación este-oeste. Considerando el tipo de hallazgos que era previsible encontrar, los restos de un pequeño poblado, se decidió modular los ejes en unidades de metro (Figura 35).

Del mismo modo, como es obligatorio, se estableció un plano teórico, denominado "0", por encima de toda la superficie del cerro (a 1,38 m sobre el *punto cero*), a partir del cual se anotaron todas las profundidades (z) que, por ello, tendrían siempre valor negativo. Ahora bien, aún cuando es factible y sencilla la traslación de dicha referencia a la altitud real, —el citado punto de referencia se corresponde con la cota 998.62 snm según el MTN—, el añadirse al numeral otros tres dígitos es innecesario y

sólo supone una mayor complejidad a la lectura de las planimetrías, por lo que se ha optado por mantener el dato tomado en la excavación.

El control de los hallazgos se registra mediante una secuencia alfanumérica sencilla que posibilita su ubicación espacial. La referencia a la campaña de excavación corresponde respectivamente con el número de expediente 85/13 y 87/13 del Museo Numantino. En cada pieza, además de dicha referencia, se añade la denominación de la cuadrícula en la que apareció (2A; 2B;...;65AJ',...), y un número correlativo que posibilita individualizar cada uno de los objetos. Con estas previsiones y en aras de un mayor control, en el inventario en el que se referencia los objetos, el número de sigla se agrupaba por cada uno de los cuadros y día de hallazgo.

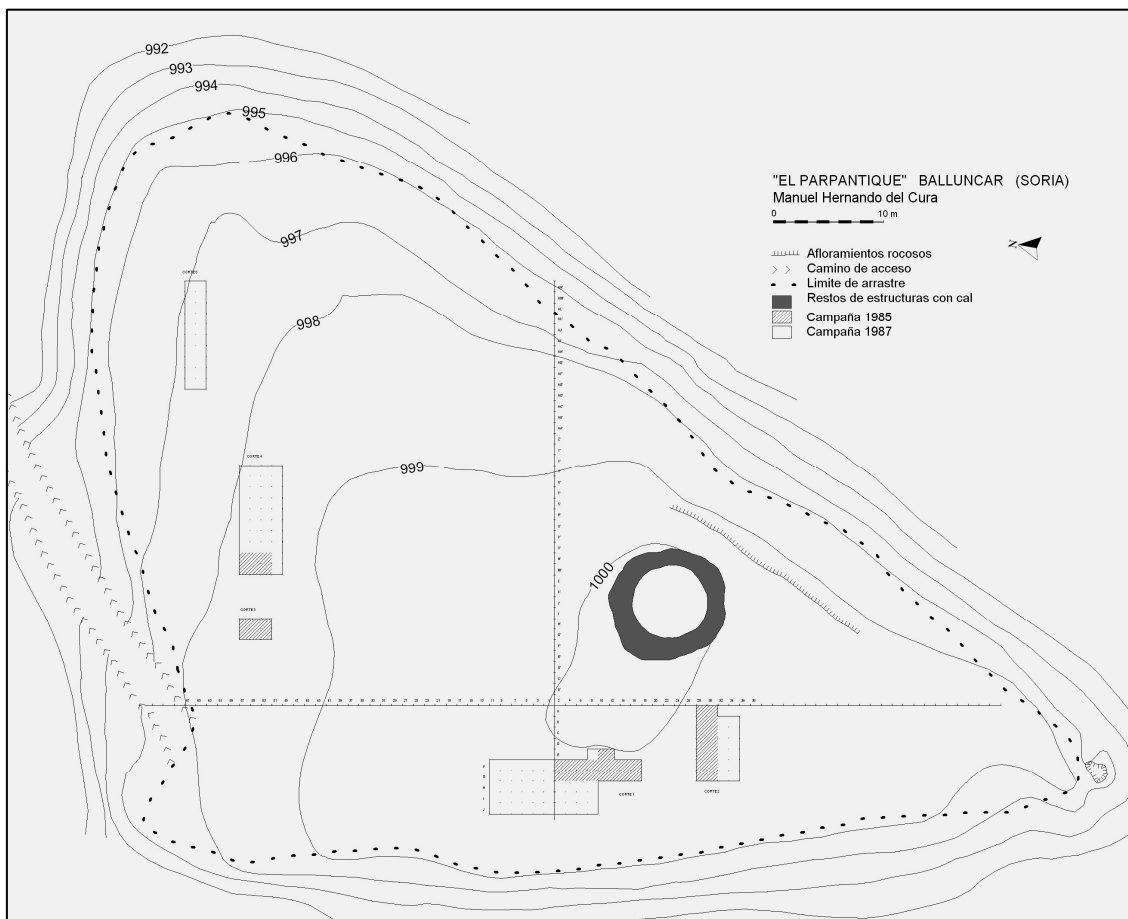


Figura 34 Alto de *El Parpantique*. Áreas de excavación.

Finalmente, en el mismo documento se reflejaba el cambio de sedimento, determinando la existencia de un nivel diferente con letras minúsculas (a, b, c,...) partiendo de la capa superior a la inferior. En tal sentido dejábamos

la diferenciación de los niveles con números romanos (I, II,...) para interpretar, cuando fuera posible, la secuencia antrópica de la ocupación, desde la más fase más antigua a la más moderna.

Este planteamiento metodológico desarrollado en ambas campañas vino determinado por la estrategia para reconocer los vestigios que confiábamos encontrar. Con este objetivo se planteó la excavación en área, con amplias superficies que, rebajadas en sectores diferenciados, posibilitarían llevar un registro estratigráfico y evitar la presencia reiterada de testigos con

dimensiones y modulación regular, que si bien facilitan la lectura de la estratigrafía, dificultan la visión general de las estructuras. Lógicamente, los trabajos se iniciaron en zonas reducidas que fueron ampliadas según demandaron los hallazgos y las cuestiones que planteaban.

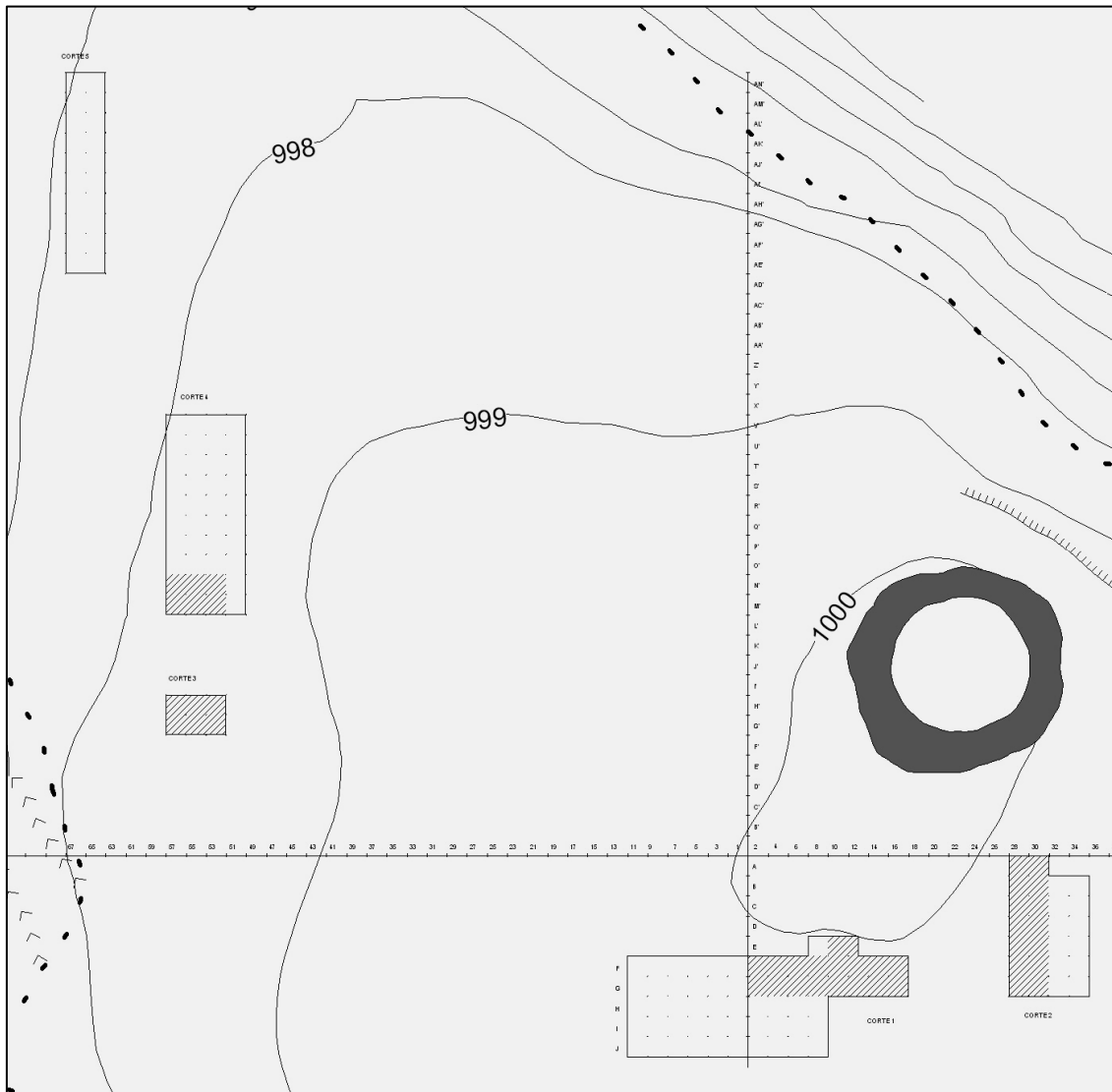


Figura 35 Alto de El Parpantique. Áreas de excavación por campañas, sombreada la de 1985 y en blanco la de 1987. La cuadrícula que se puntea corresponde a módulos de metro.

En la campaña de 1985 se rebajaron apenas 45 m², repartidos en cuatro cortes de distinto tamaño. Los dos primeros se iniciaron con unas proporciones similares, 2x8 m, localizándose en el mismo cuadrante suroccidental, siendo próximos y perpendiculares en su orientación. El más occidental, el denominado Corte 1 fue

ampliado en poco más de 2 m² por hallazgos que aparecían en el perfil y que luego se comentaron. Paralelamente se iniciaron dos nuevos Cortes, el 3 y el 4, en el cuadrante contrario, si bien en este caso el tamaño era menor, de 3x2 m, siendo próximos y paralelos.

Los otros dos cuadrantes fueron desestimados desde un principio, el más meridional al estar ocupado por la estructura de cal, con el interior vaciado y removido, de lo que parecía el resto de la cimentación de una atalaya medieval de planta circular, además de una alineación rocosa entre ésta y la ladera del cerro. Por su parte, el sector noroccidental resultaba ser un espacio reducido, en el que destacaban los grandes caballones producidos por la retroexcavadora al arrastrar el terreno hacia la ladera. Además, el hecho de ser ésta la parte en la que desembocaba el nuevo camino que ascendía por la ladera, había determinado que en esta zona los vehículos hicieran abundantes maniobras, lo que derivaba en un aspecto caótico de este espacio, que hacía albergar poca confianza en su investigación.

En 1987 se acometió la segunda campaña en la que el Corte 1 fue ampliado regularizándose la planta del primer año, resultando finalmente un área de 54 m², a los que hay que sumar los 6,5 m² de la campaña de 1995 que quedaron como testigo para reflejar la estratigrafía. El antiguo Corte 2 fue, en principio, duplicado, lo que permitió estudiar una superficie completa de 27 m². El Corte 3 fue abandonado, al haber proporcionado, únicamente, algunos fragmentos de barro seco y endurecido, sin que abundaran otros materiales en la fina capa que daba paso a otra endurecida que reconocimos como la correspondiente a la degradación de la roca que caracteriza el techo del cerro. Por su parte, el Corte 4 parecía, en principio, más interesante al reconocer una gruesa capa de manteados de barro en los que era posible distinguir formas diferentes, lados alisados e improntas vegetales. Por ello, se amplió el área hasta alcanzar los 40 m², incluidos los 6 m² correspondientes a los primeros trabajos. Finalmente, para documentar las estructuras negativas que se habían reconocido durante el desafortunado desmonte del cerro –se nos facilitó una fotografía de una, descubierta junto a la ladera y cercana al camino de acceso– y que no habíamos tenido la fortuna de encontrar, se inició un nuevo y último corte, el 5, de 20 m² en la zona que se extendía entre el anterior corte citado y las laderas.

De tal manera, las excavaciones practicadas en el Alto de *El Parpantique* de Balluncar entre los años 1985 y 1987 afectaron a una superficie cercana a los 155 m², poco menos del 10% de la superficie que en origen debió ser útil para la ocupación (Figura 34).

3.2.1.3 Estratigrafía y estructuras constructivas

La excavación en el cerro de Balluncar se acometió, por tanto, en dos fases: una inicial en la primavera de 1985 con una corta campaña de verificación de la

afección por la actividad de la máquina retroexcavadora, y una posterior en el verano de 1987, en la que se pretendía documentar los restos o cimentaciones de estructuras¹⁴.

Desde un principio resultó evidente que el cuadrante más meridional estaba muy alterado, apareciendo afloramientos de lo que parecía la roca caliza base, y por la presencia de los restos constructivos más modernos que se interpretaron, ante la existencia de restos cerámicos torneados, como los correspondientes a una atalaya de época medieval. Por ello, el área de excavación se ajustó en esta zona al este del eje de ordenadas, por presentar un aspecto más regular entre el altozano de derrubio de la supuesta atalaya y la pendiente del cerro, lo que hacía concebir esperanzas sobre la menor remoción del subsuelo.

El que denominamos Corte 1 ofreció en la primera campaña evidencias de corresponder a un espacio de ocupación del que se reconocieron fragmentos de barro alisado con una superficie endurecida. Se trataba de manteados de arcilla apelmazada y con fuerte coloración oxidante producida por efecto del fuego. Los restos, muy fragmentados, se distribuían por los cuadros 8G, 12F y 14G, y en su entorno constatamos la presencia de abundantes manchas de carbón. En todo el sector se generalizaban, además, fragmentos de cerámica moldeada a mano y torneada, así como pequeñas piedras. Todos estos elementos, excepción de los bloques arcillosos y las manchas de carbón, parecían bastante alterados y se encontraban en los primeros 0,10 m del nivel superficial removido. En los

¹⁴ Los trabajos de campo fueron realizados en la primera quincena de abril de 1985 y durante el mes de julio de 1987. Su desarrollo fue posible gracias a la ayuda de M. Revilla que había prospectado y publicado noticias del yacimiento, además de realizar un contacto con los vecinos de las localidades que nos facilitaron toda la información y nos apoyaron incondicionalmente. Especialmente queremos recordar al ya citado D. Eduardo Lapeña García, alcalde pedáneo de la localidad, y a D. Félix Machín Pérez en representación de todos los vecinos de Balluncar. Asimismo recordamos a D. Avelino Cabrerizo Romero entonces guarda de la Escuela de Capacitación Agraria de Almazán, que resulto providencial no sólo en esta responsabilidad sino en la casi habitual de conductor y apoyo. Los trabajos de campo fueron posibles gracias a la colaboración de un nutrido grupo de alumnos del Colegio Universitario de Soria a los que se unieron, en la última campaña, otros de la Universidad Complutense de Madrid: Oscar Arellano, M. Jesús Tarancón, Marisol del Río, Carmen Vázquez, Agustín Ruiz, Montserrat Lerín, Angélica Lafuente, Raquel Barrio, Elena Heras, Oscar Almajano, Ascensión Calonge, Sagrario García, Ana Lafuente, Montserrat Ballano, Jesús A. Clerencia, Gerardo Pascual, F. Javier Moreno, María J. Morales, Juan J. de las Muelas, Milagros Vior, Ana Jordá, Blanca Gómez, Concha García, Carmen Abad, Carlos Vinuesa, Juan A. Ayllón, Beatriz Moreno, Montserrat Gómez, Carmelo Fernández, Mariví Moreno, Eduerne Vergara, Nuria Maceda y Ángeles Calvo. A todos ellos, y a Marian Arlegui y Javier del Campo que realizaron los trabajos de planimetría y dibujo.

cuadros 8-12F, se individualizó una mancha arcillosa que correspondía a un suelo de habitación, y junto a ella se concentraban los restos cerámicos y de enlucido.

Para documentar el hallazgo, se amplió el corte inicial (cuadros 2-16/F-G) a la banda de los cuadros E (del 8 al 12) sin que pudiera confirmarse su continuidad más allá de unos centímetros y en pequeños bloques dispersos. Por ello la estrategia fue ampliar el área de excavación en dirección norte y este (cuadros 1-11/F-J), para evitar la cimentación de la atalaya y su área de afección. Se

reconocía, debajo de estos pavimentos, la existencia de niveles fértiles, por tanto una superposición de ocupaciones: la histórica, documentada por la estructura defensiva y las cerámicas torneadas, y la prehistórica, a la que suponíamos correspondían el resto de los hallazgos. De tal manera, esta primera hipótesis se confirmó con el hallazgo, en los cuadros 1-7/F-G, de un amontonamiento de piedras de pequeño y mediano tamaño que mostraban una dispersión cónica con un origen claro desde la zona de la atalaya (Figura 36).

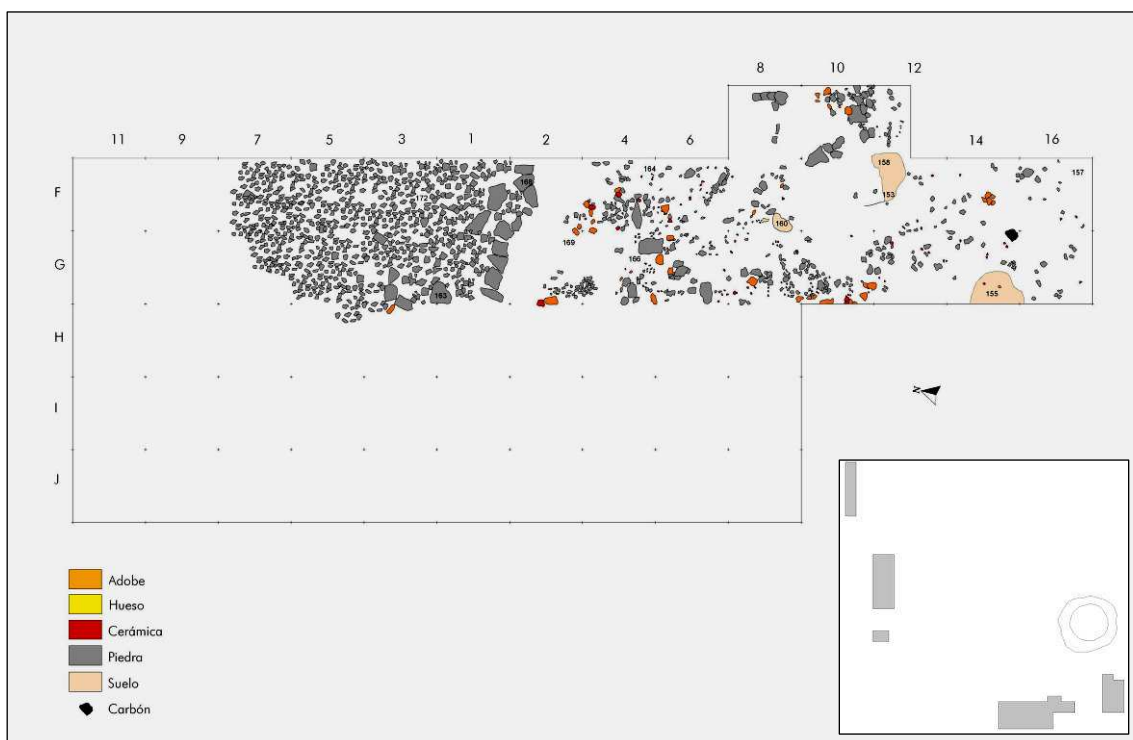


Figura 36 Detalle de la planta del Corte 1. Nivel superior.

Ante la ausencia de otras estructuras o concentraciones de materiales, se inició un rebaje escalonado que afectó, finalmente, a todo el área planificada, excepción de la banda correspondiente a los cuadros 10 al 16 que se reservaron junto a un testigo de este nivel superior de 0,6x0,5 m, en los cuadros 8/F-G. Para comprobar la secuencia estratigráfica se limpió un corte vertical (cuadros 8-10/E-G) en el que se reflejaba la siguiente sucesión (Figura 37):

- superficial: corresponde al último nivel removido por la máquina. Se trata de una capa de tierra de color grisáceo muy suelta con abundantes piedras de mediano tamaño. Alcanza hasta los 15 cm

de profundidad si bien en ocasiones no supera los 9 cm.

- a: inmediatamente bajo el terreno removido por la máquina, encontramos la capa superior del suelo arcilloso que muestra una superficie tratada de unos 2 cm de grosor, y una base de preparación de argamasa y restos de cal de otros 10/12 cm que se embuten en el nivel subyacente. Este nivel no se refleja en todo el corte y, en origen, debió corresponder a la base del anterior, conformando un único nivel que debió existir bajo la capa vegetal removida por las labores tradicionales de cultivo, pero cuya existencia no se pudo contrastar.

- b: relleno de tierra de color pardo rojiza con abundantes restos de ceniza y carbón, fragmentos de adobes y piedras de mediano tamaño. Contiene fragmentos líticos y cerámicos realizados a mano. Alcanza una media de 30 cm, y se superpone directamente sobre la roca de la base del cerro que muestra una superficie muy regular, sólo alterada por pozos artificiales.

- c: roca base, es la cobertera del cerro, una caliza de páramo cuya capa superficial se encuentra muy disgregada. Coincide con la que aflora en el sector más meridional del cerro y en algunos puntos superiores de la ladera.

Al continuar el rebaje de este sector apareció un relleno de tierra más compacta que la del nivel superficial. Contenía abundantes restos de ceniza y carbones, además de fragmentos de barro que en ocasiones aparecían agrupados (8I – 8J) con buzamiento hacia el oeste. Esta capa en la que, en ocasiones, se diferenciaban bolsadas de arcilla de color amarillento, concluía en una costra más dura que se desarrolla pareja a los límites de la banda I-J, entre los cuadros 6-9. Se trataba de un suelo de habitación entallado en el manto natural, en el que se recortaba entre 6 y 10 cm de profundidad.

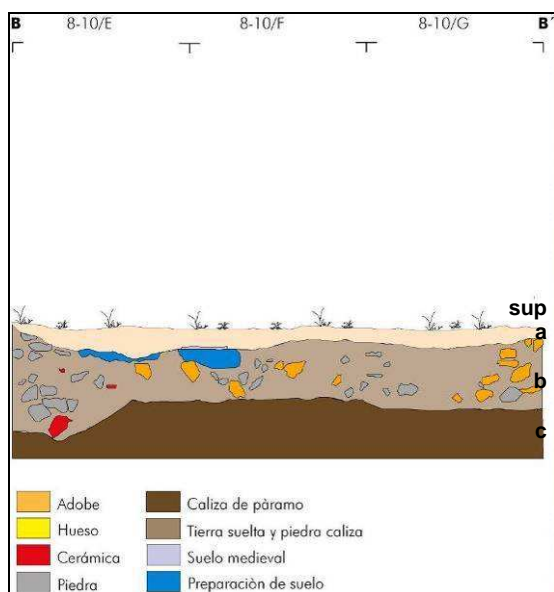


Figura 37 Sección Corte 1 con la secuencia estratigráfica. Ver localización gráfica de la sección en figura siguiente

Desconocemos la planta completa de esta vivienda si bien confirma una tendencia rectangular y las esquinas

parecen regularizadas, como se desprende de la alineación de la pared más corta que coinciden con los límites de los cuadros 6-8 de la banda G-J. Aun cuando no pudieron distinguirse pozos u hoyos para clavar los postes –excepción tal vez de uno en el cuadro 3I, de forma irregular, 35x 28cm, cuyo relleno aportó piedras y fragmentos cerámicos–, se constataron sucesivas depresiones y rebajes, de forma y tamaño irregulares, alineados y paralelos al entalle, todos en la banda de los cuadros H-I, en los que coinciden concentraciones de piedras de mediano tamaño, además de restos reconocibles de madera carbonizada (cuadros 1I y 6F) (Figura 38). Parece fundado inferir que, sobre esta alineación, existió una pared que aisló las dos zonas que presentaban una coloración distinta: grisáceo claro en la banda “J” y anaranjado negruzco en el resto de los cuadros que conformarían el interior, donde abundaban las concentraciones de *adobes* y cerámicas. Estas últimas destacaban en los cuadros 9-11/F-I, y en el último apareció un cuenco completo, depositado sobre el suelo. Posiblemente el hecho de encontrarse en una esquina y apoyado en la propia pared permitió su conservación. Que este espacio se corresponde a un ángulo de una habitación no se cuestiona, la duda es si el cambio de alineación responde a una ampliación de la cabaña o bien se trata del reaprovechamiento de una anterior.

Asimismo, en el espacio interior, en los cuadros 5-7/F-G, se diferenció otra agrupación de cerámicas, grandes paredes acordonadas, junto a placas de enlucido de barro que presentaban buzamiento al este, junto a una doble alineación de piedras de mediano tamaño.

Por su disposición y características se interpretaron como los restos de un muro que compartimentaba la estancia o aislaba dos áreas de la misma. Parece más probable la primera posibilidad, por dos razones: sus certezas son menores junto a la zona del entalle y lo que suponemos la pared exterior de la estructura; y, en segundo lugar, los espacios delimitados ofrecen restos diferentes, lo que puede ser reflejo de actividades diversificadas dentro de la cabaña. Si en el área septentrional del murete destacaba un significativo agrupamiento de fragmentos cerámicos, en el lado contrario aparecieron restos de un hogar en el encuentro de los cuadros 4-6/F-G. La plataforma que se conservó ofrecía unas dimensiones de 90x60 cm, si bien en la zona central existía una clara depresión que tanto puede explicarse por una mala conservación, como por la existencia de dos espacios, fogones, adosados.

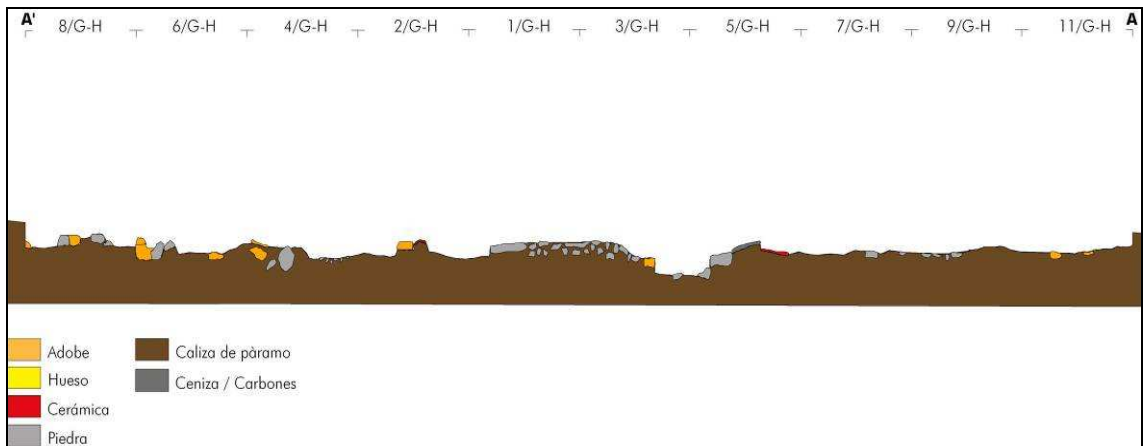
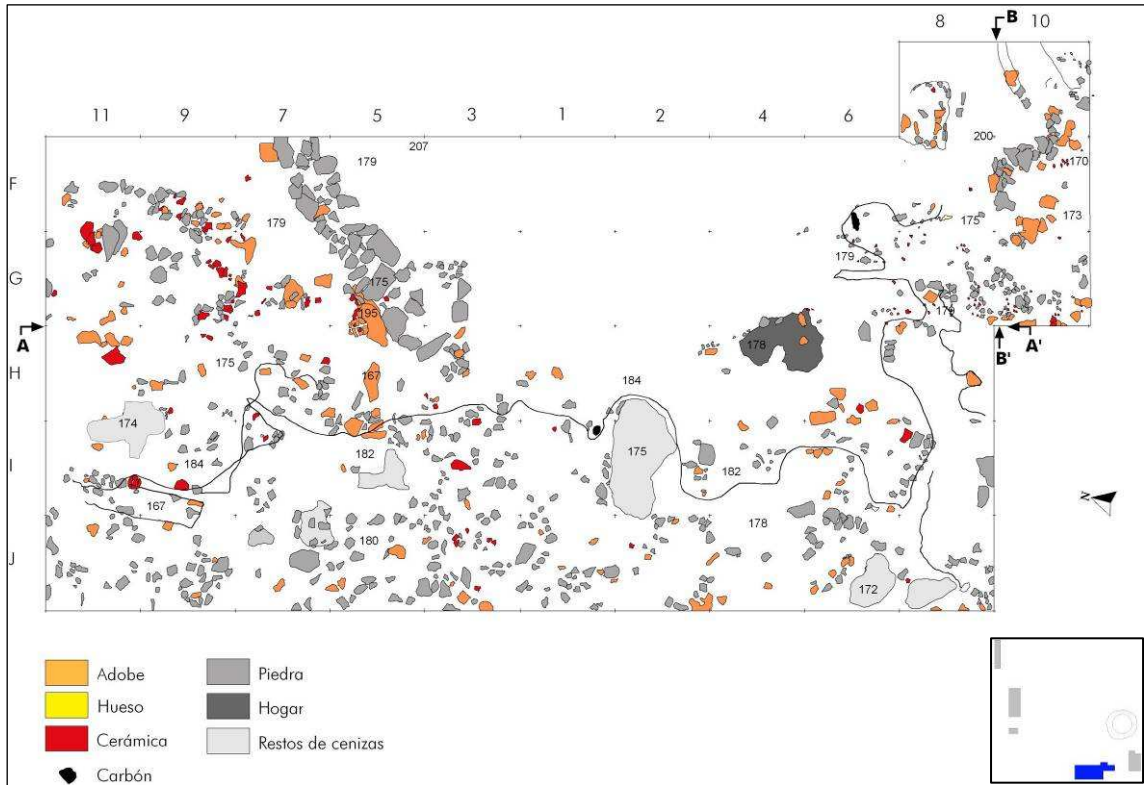


Figura 38 Planta y sección longitudinal final del Corte 1. Nivel inferior.

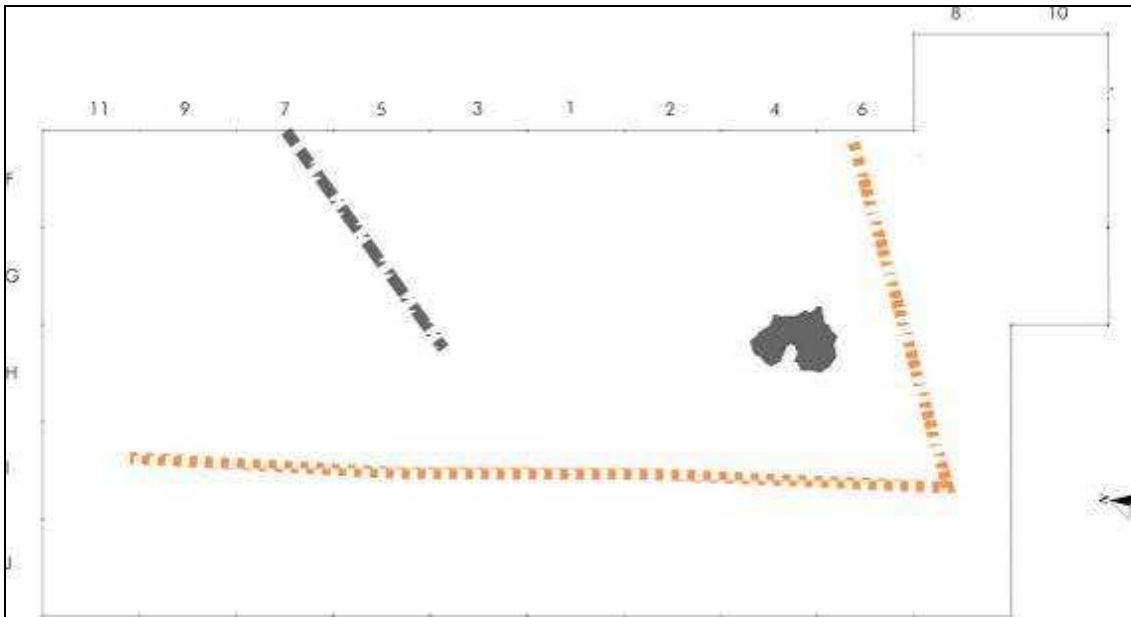


Figura 39 Esquema interpretativo de la cabaña del Corte 1, con indicación de los muros perimetrales (color claro), muro interior y hogar.

La perspectiva de seguir documentando esta habitación (Figura 39) en el lado no descubierto, banda de los cuadros E y siguientes, no parecía muy favorable tal y como demostraba la propia excavación de la banda de los cuadros F, por lo que se dio por concluido.

El Corte 2 se planteó en el mismo sector, al sur del anterior y con una orientación perpendicular. Durante la primera campaña se excavaron los cuadros 28-30/A-G y en la segunda campaña se amplió con los cuadros 32-34 y las mismas bandas. La secuencia fue similar y reiterativa entre ambos espacios y con la descrita en el corte anterior. De nuevo aparecía, al retirar la vegetación superficial, una capa de tierra suelta, claramente removida, con abundantes fragmentos cerámicos, piedras de gran y mediano tamaño, además de diversos fragmentos de barro seco que debían corresponder a elementos constructivos. La concentración mayor de piedras y cerámicas se ajustaba a la banda de los cuadros B-F, mientras que los fragmentos de enlucido mostraban concentraciones en los cuadros E-D. Todo ello quedó reflejado en la pertinente planimetría (Figura 40), y aunque se intuía la posibilidad de una alineación circular, la evidencia de trabajar sobre un nivel removido requería aplicar la mayor cautela en la interpretación. En todo caso, sí destacaba la presencia de cerámicas torneadas entre la mayoría realizadas a mano, además de algunas piedras de arenisca que resaltan sobre los abundantes bloques calizos; se trata de un sillarejo de mediano tamaño (en

30B) o dos fragmentos de molinos barquiformes (en 28D y 34G).

Inmediatamente bajo los manchones y bloques de barro apareció una alineación de piedras de mediano tamaño que debieron constituir la base de un murete levantado con adobe y de aspecto similar a los bloques del lado contrario del corte, en las bandas B-F. Entre los bloques de piedras e inmediatamente debajo de ellas, se identificó una agrupación de fragmentos cerámicos torneados que se confirmó pertenecían a una misma vasija rota por la caída de las piedras. Bajo estos fragmentos se extendía una capa arcillosa de color amarillento verdoso y estéril.

Esta capa arcillosa, generalizada en todo el corte bajo la capa de piedras que hemos descrito, corresponde a un proceso de sedimentación natural de distintos elementos descompuestos y que, cuando aparece, posibilita aislar los hallazgos en dos grandes bloques o niveles. Este material arcilloso se había reconocido en el Corte 1 bajo el nivel medieval, si bien allí aparecía sobre el relleno de la habitación inferior, en bolsadas y en nódulos, junto a fragmentos de manteados de barro.

En este segundo corte, el sedimento de color amarillento presentaba un grosor variable de pocos centímetros, e inmediatamente debajo se reconoció otro espacio de habitación en cuyo relleno abundaban de nuevo, los bloques de barro, las piedras, generalmente de mediano y pequeño tamaño, abundantes cerámicas

realizadas a mano, además de la base de otro molino barquiforme y algunos guijarros o cantos rodados, de procedencia exógena. Y lo que era más significativo, los restos de un pavimento de barro apelmazado y pulido que había soportado un fuerte incendio, como reflejaba

la superficie craquelada y el color grisáceo negruzco que caracterizaba tanto el espacio afectado de los cuadros 30-32/F-G en los que se localizaba, como los del entorno más inmediato.

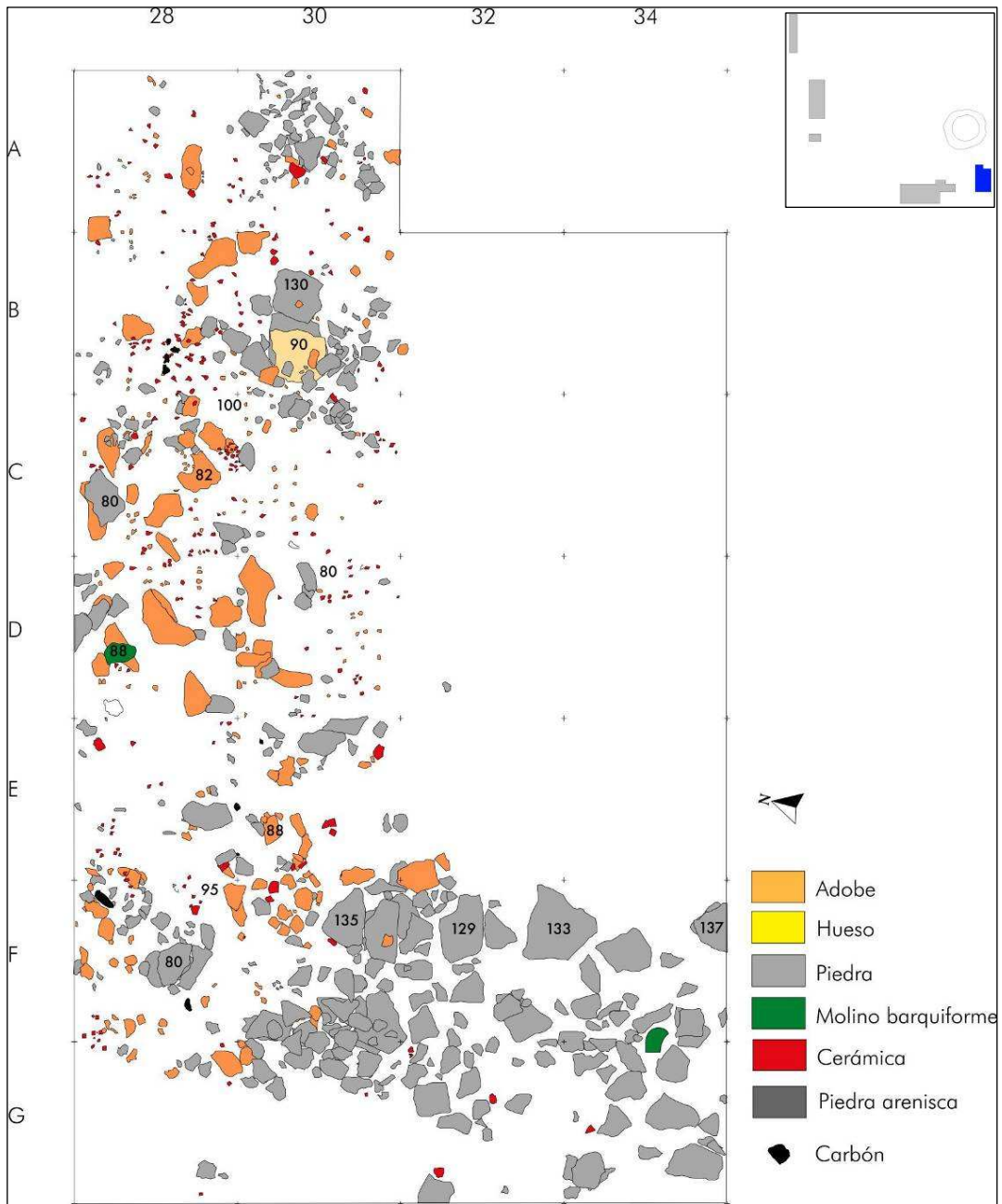


Figura 40 Planta del Corte2. Nivel superior.

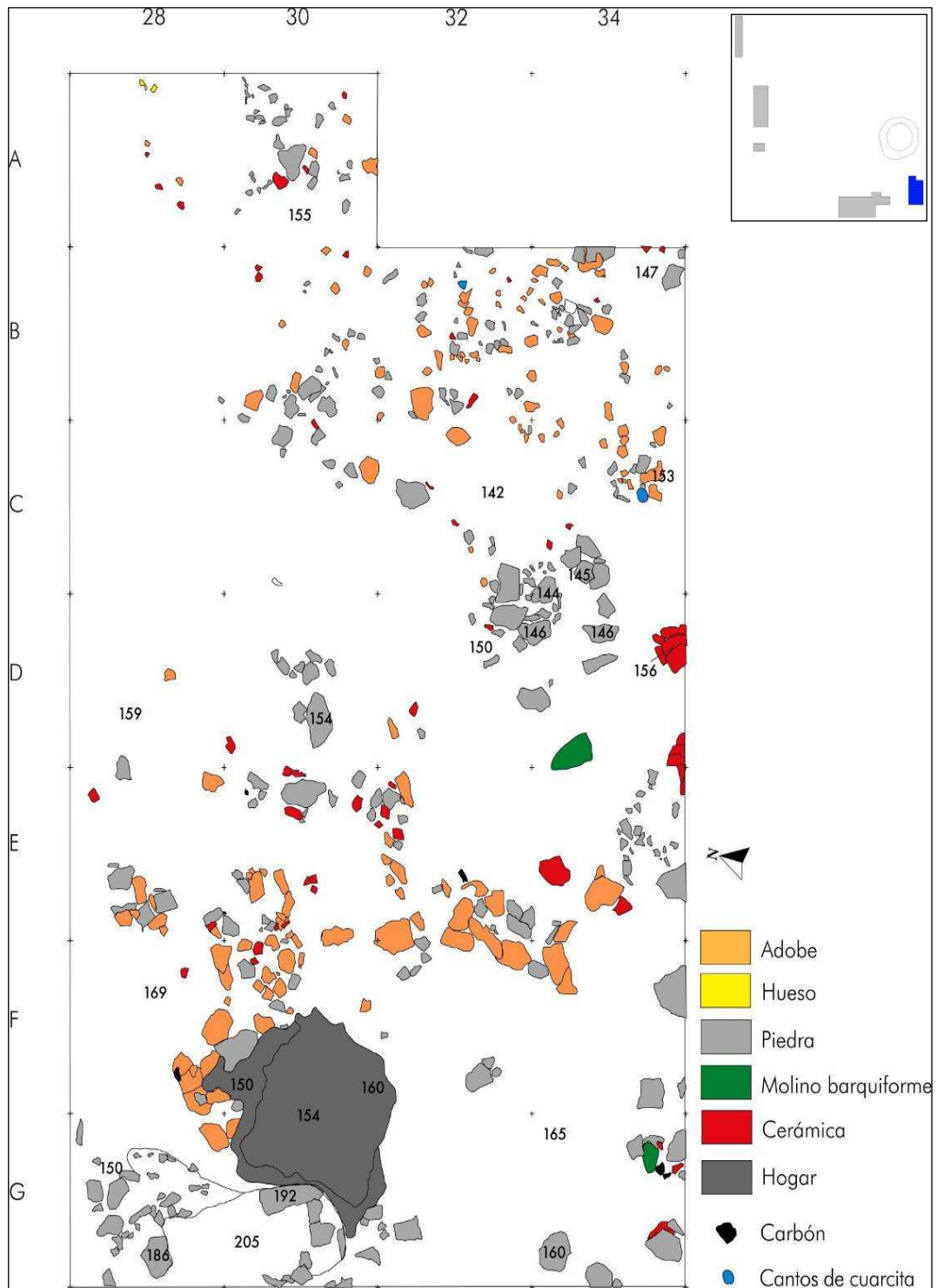


Figura 41 Planta del Corte 2. Nivel inferior.

La alteración que sufrió el conjunto no permite conjeturar una respuesta definitiva, si bien los hallazgos del entorno repiten cánones que no resultan extraños. Próximos a este soporte o plataforma se identificó una alineación, coincidiendo con los límites de los cuadros E-F, de restos de barro y piedras de mediano y pequeño tamaño, en ocasiones dejando un pequeño espacio interior libre. Aun cuando, no se localizaron huellas de soportes de postes o pies derechos, la presencia, entre los materiales descritos y en sus inmediaciones, de restos de maderas carbonizadas hacen suponer que el conjunto correspondería a un murete interior de un espacio de habitación. Este muro separaría el área en la que se documentaba el suelo o la base del hogar de otro espacio que se caracteriza por la abundancia de cerámicas de mediano y gran tamaño que, aunque muy fragmentadas, se agrupaban, por lo que fue factible una posterior reconstrucción (Figura 42).

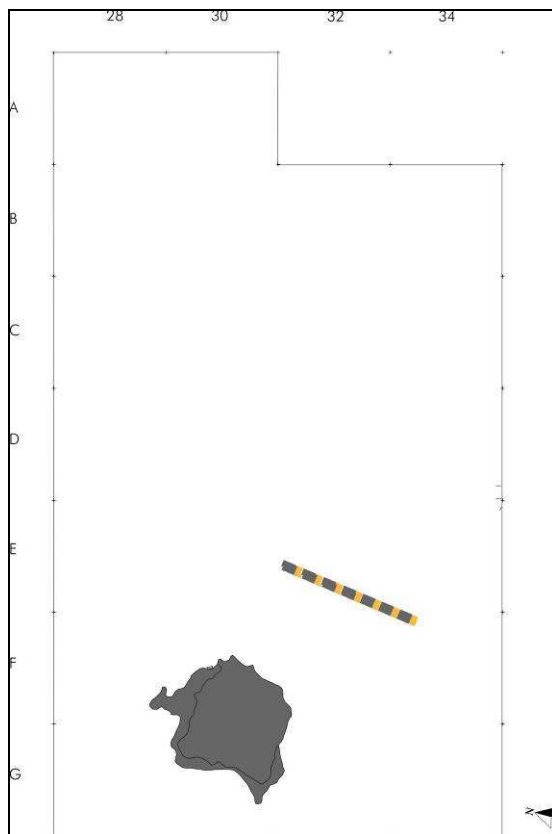


Figura 42 Esquema interpretativo de la cabaña del Corte 2, con indicación del muro interior y hogar.

En este segundo espacio, cuyos límites no pudieron concretarse, se encontraba también la base de un molino de mano barquiforme, como los descritos en el

nivel superior, además de los ya mencionados guijarros cuarcíticos, algunos con desgajes intencionados.

El solado apoyaba directamente sobre la roca base que presentaba en su parte superior, la que estaba en contacto con este suelo de tierra, el mismo aspecto disgregado comentado en el Corte 1. Sin duda, esta capa terrosa permitió ligar el cascajo superior de la roca caliza, pero no explicaría las fuertes irregularidades, de hasta 0,5 m, que documentamos junto a los restos de suelo, en los límites del corte, cuadros 28-30/G. Este hecho y la evidencia de haber soportado un importante incendio nos hizo valorar la posibilidad de encontrarnos ante la base de un horno o, de nuevo, de un hogar.

Por tanto, pese a la mala conservación de las estructuras, puede suponerse la existencia de un espacio ocupacional de grandes dimensiones que presentaría compartimentaciones o espacios adosados con muros medianeros. Los materiales fragmentados que aparecen en los distintos espacios presentan diferencias o, mejor, concentraciones distintas, lo que parece indicar su utilización para funciones distintas. En cuanto a la planta de estos espacios nada parece contradecir la similitud con la próxima del Corte 1, aun cuando su orientación fuera perpendicular.

La excavación de este Corte 2 permite confirmar una secuencia estratigráfica clara, compuesta por la siguiente sucesión de niveles:

- superficial: corresponde al manto removido, con la presencia de raíces de la vegetación regenerada. Se trata de una capa de tierra suelta de color grisáceo con piedras de mediano tamaño que en ocasiones están fragmentadas. No ofrece un grosor uniforme, la media alcanza los 10/12 cm.
- a: tierra de relleno suelta en el que abundan los elementos constructivos: fragmentos de barro y piedras de mediano tamaño, como las de arenisca que fueron aportadas por los moradores. Destaca también la gran acumulación cerámica, conviviendo los fragmentos prehistóricos con otros torneados. En los lugares más favorables el nivel supera los 40 cm de profundidad bajo la capa considerada superficial.
- b: fino manto de arcilloso de color amarillento verdoso, posiblemente generado por descomposición de antiguas argamasas; pero, en todo caso, arqueológicamente estéril. En general se trata de una fina capa de apenas un par de centímetros de grosor.
- c: relleno de tierra de color marrón pardo que contiene fragmentos de adobes y piedras de mediano tamaño. Se desarrolla entre la capa amarilla superior y la roca base, sobre la que se asienta directamente.

Su grosor oscila entre los 18 y 25 cm. Entre los restos materiales destaca la cerámica, toda realizada a mano.

- d: roca base del cerro, caliza de páramo cuya capa superficial se muestra disgregada.

Al concluir estos dos primeros cortes, parecía claro, por tanto, que en este sector del yacimiento los restos de época prehistórica habían sufrido una doble alteración. Estaban afectados por las estructuras más modernas de época histórica y además, por el peso y la acción de la máquina excavadora que había destruido y alterado los niveles superiores y, aunque de forma más puntual, la zona de contacto con los inferiores. Por ello, y desechando el espacio meridional del cerro, donde afloraba la caliza de páramo, decidimos centrar los esfuerzos en el lado norte que, pese a mostrar un claro buzamiento, presentaba una superficie más regular.

En la primera campaña abrimos dos nuevos cortes del mismo tamaño, 6 m², que fueron numerados correlativamente.

El Corte 3 se ajustó a los cuadros 53-57/G'H', y su excavación proporcionó un amasijo caótico de fragmentos de barro, enlucidos, cuñas, argamasas, en el que era posible tan sólo diferenciar algunos fragmentos constructivos, así como un relleno de tierra con cenizas y carbón sobre el manto natural del cerro, que aparecía a una profundidad que oscilaba entre los 30 y 40 cm desde la superficie removida.

El Corte 4 se planteó próximo al anterior, alineado con la banda de los cuadros 53-57/M'N'. En este punto, en la campaña de 1985, se apreciaba lo que parecía corresponder a una capa de considerable grosor de barro seco y cenizas. La diferenciación entre la masa de barro de determinadas formas con huellas de entramado vegetal y lo compacto de los perfiles, hacía albergar esperanzas sobre su buena conservación. El rebaje de relleno conservado, unos 40 cm, permitió confirmar la existencia de bloques de barro que aparecían revueltos con carbones procedentes de los postes y del entramado vegetal que constituían las paredes de la casa o cabaña, que debían ser semejante a las de los Cortes 1 y 2.

En la segunda campaña, se amplió la excavación en este sector que ofrecía una buena potencia y perspectivas favorables. Se replanteó una amplia superficie, de 40 m², coincidiendo con los cuadros 51-57/M'V'. Inmediatamente bajo la capa superficial removida aparecieron restos de enlucido, fragmentos cerámicos, piedras de mediano tamaño, etc., correspondientes a la supuesta estructura habitacional

(Figura 43). La planta debió ser rectangular o cuadrangular, si bien desconocemos la solución para las esquinas. Las bandas de los cuadros correspondientes a las letras M', N' y parcialmente la O' mostraban un amontonamiento de barro y fragmentos de adobe que correspondían, sin duda, a una pared que cerraría por este lado la cabaña.

Concretamente la alineación más clara se ubica aproximadamente con los límites de las letras N' y O', por lo que no hay que descartar que esta alineación corresponda con la ruina del muro de cierre, lo que explicaría el rebaje intencionado documentado en el cuadro 51/N'-O' próximo al que arranca. Coincidiendo con esta interpretación, se reconoce una línea de entalle o rebaje de apenas unos centímetros que corre pareja con los límites de los cuadros 51-53, desde O' a T', donde se pierde junto a un nuevo amontonamiento, en este caso más pequeño, de fragmentos de enlucido. La banda correspondiente a los cuadros 51 se caracterizó por mostrar una fina capa arcillosa amarillenta que se depositaba directamente sobre el cascajo suelto, que constituía el derrubio superficial de la roca de base y por tanto la capa arqueológicamente estéril.

En esta alineación se encontraron las huellas de dos postes de cabaña en los cuadros 51/O' y 51/S', de 10 y 18 cm de circunferencia y escasos centímetros de profundidad. Mientras el primero estaba rodeado y embutido en una capa de barro, el segundo aparecía recortado con un rodete de piedras de pequeño tamaño. En la misma alineación que estos, en los cuadros intermedios Q' y R, se documentaban nuevos agrupamientos de placas de barro y piedras semejantes a las descritas, y que podían corresponder a la huella de antiguos pies derechos. En este sentido, la presencia en el cuadro 51/S' de un fragmento de madera quemada de aproximadamente 10 cm de diámetro y más de 20 de longitud, venía a confirmar la existencia de una antigua pared de entramado vegetal y manteado de barro.

El resto del espacio excavado en este Corte 4 se caracterizaba por la presencia con mayor o menor densidad, de fragmentos cerámicos y piedras, coincidiendo con lo que se dibujaba como el espacio interior de otra cabaña, que debió estar compartimentada, como demuestra un claro amontonamiento, una vez más, de piedra y adobes perpendicular a la alineación anterior, ocupando los cuadros 51-57/S'-T'.

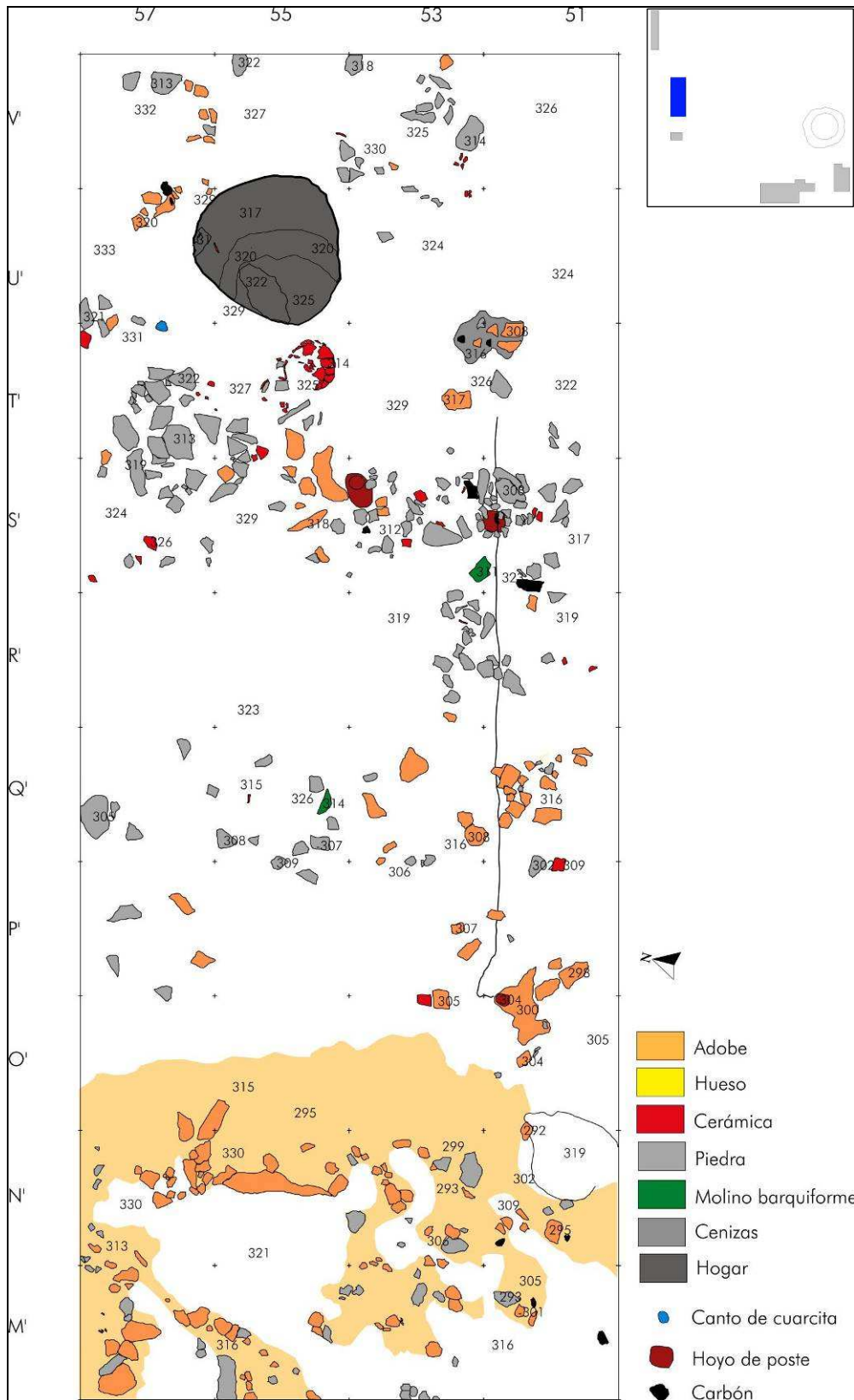


Figura 43 Planta Corte 4. Nivel inferior y único.

De nuevo se identificó una huella de poste (53/S') que en la parte superior presentaba un diámetro de 20 cm, disminuyendo, en cono descentrado, hasta la base, de apenas 10 cm de diámetro. Este poste, además de perpendicular al del cuadro 51/S', está alineado y es intermedio con otro espacio aislado, entre piedras y fragmentos de barro, en la intersección de los cuadros 55-57/S'-T', con lo que se confirmaba la repetición de un módulo métrico que escalona en cada metro un pie derecho de sustentación. Esta pared viene a confirmar la compartimentación del espacio de la cabaña o, al menos, la existencia de espacios adosados, fueran independientes o no. Ahora bien, las evidencias reconocidas en una y otra área son claramente distintas y diferenciadas y, parecen complementarias, por lo que no parece improbable pensar en una única estructura con habitaciones separadas pero comunicadas, repitiendo el modelo descrito en los cortes iniciales.

En efecto, en el espacio interior más occidental, en el delimitado por la banda de los cuadros 53-57, los restos materiales recuperados fueron escasos, destacando dos piedras areniscas que parecían coincidir con las dos manos de un molino barquiforme. Además, en todo este espacio abundaban granos de cereal quemado y especialmente en los cuadros 53-57/O'-R', por lo que no parece descabellado pensar en una zona dedicada a la molienda de semillas. Contrariamente, en el espacio oriental del muro abundaban los fragmentos cerámicos, algunos de gran tamaño y embutidos en el suelo, claramente segmentados en la parte superior del perímetro, que se conserva completo. El hecho de encontrarnos ante piezas *in situ* quedó confirmado durante el proceso de excavación, cuando apareció un pequeño cuenco dentro de una de estas vasijas de perfil carenado.

Próximo a este agrupamiento cerámico del cuadro 55/T', se identificó una gran mancha de tierra ennegrecida y cuarteada que ocupaba la totalidad del cuadro 55/U' y parte del 57/U' (Figura 43). La capa superior de barro apelmazado tenía un grosor de poco más de un centímetro y mostraba un claro buzamiento oeste-este. Se sustentaba esta capa sobre otras similares, también de barro endurecido por la acción del fuego y en su base, e intercaladas entre las capas, se reconocía fragmentos cerámicos embutidos para la preparación del asiento del hogar. Su superficie estaba muy craquelada, seguramente por estar expuestas a la acción continua del fuego y a las altas temperaturas alcanzadas. Sin duda, se trata de un fogón de poco más de un metro de diámetro máximo que se eleva entre 10 y 12 cm sobre el suelo de la cabaña (Figura 44).

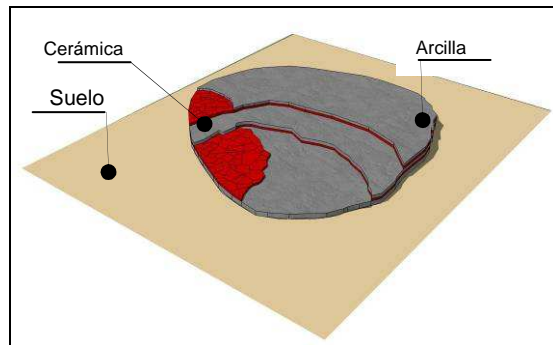


Figura 44 Reconstrucción de la sección del hogar del corte 4.

En el área excavada no pudo definirse el límite completo de la cabaña y se desestimó ampliar la superficie en su búsqueda, por cuanto había evidencias de que la máquina excavadora había alterado la superficie casi en su totalidad, tal como denotaba la ausencia de restos en la banda correspondiente a los cuadros 57 (Figura 45). En todo caso, hay que recordar que el esquema descrito recuerda en mucho al repetido en los Cortes 1 y 2: estructuras de tendencia rectangular, compartimentadas por un muro intermedio que no parece cerrar ni aislar ambos espacios, y la presencia de un hogar en uno de éstos, el más pequeño, y abundantes cerámicas, molinos, etc. en la estancia mayor.

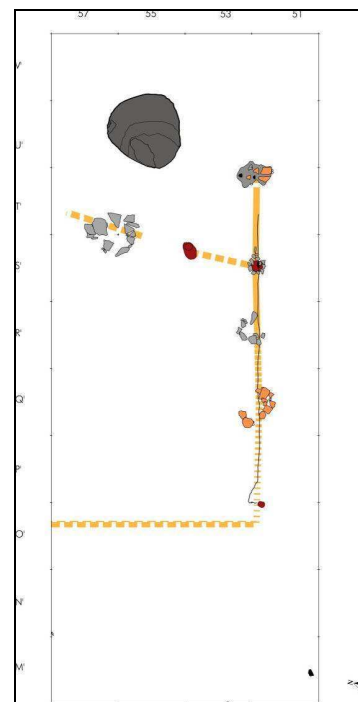


Figura 45 Esquema interpretativo de la cabaña del Corte 3. Con indicación de los muros perimetrales, muro interior, pozos y espacios para embutir los postes y hogar.

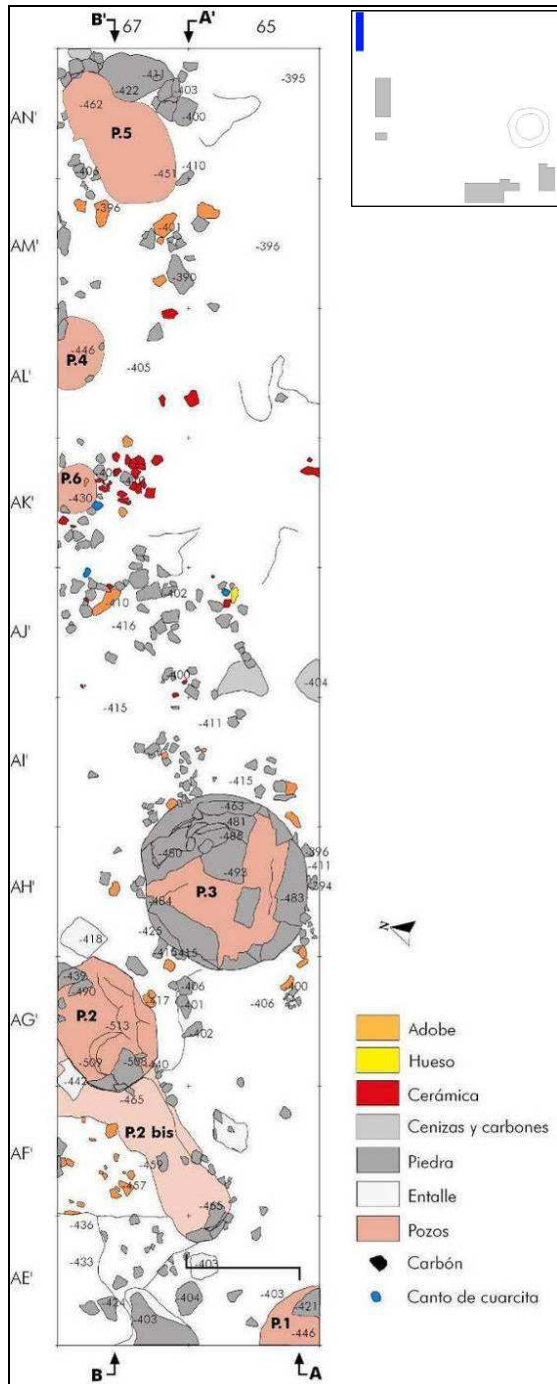


Figura 46 Planta del Corte 5. Nivel único.

Finalmente se planteó un nuevo corte, el número 5, en la plataforma que se abre al noreste del cerro, en una cota ligeramente inferior, más próxima por tanto al borde primigenio del cerro, que quedaba enmascarado por el arrastre y amontonamiento de la tierra removida. Se delimitó una superficie de 20 m², cuadros 65-67/AE'-AN'. Inmediatamente debajo de la capa superficial destacaba la presencia de algunos restos óseos –casi inexistentes en el resto del yacimiento– aunque muy alterados, sin que alcanzaran el estado de petrificación. También bajo esta capa de tierra suelta y con raíces de la vegetación reciente, alternaban bolsadas de arcilla de color parduzco rojizo y amarillento, como una diferenciada en la esquina del cuadro 65/AE' que resultó ser una estructura negativa, un pozo, entallado en el manto natural.

Posteriormente se identificó un segundo pozo o *siló*, éste de mayor diámetro, entre los 1,20 y 1,30 m, ocupaba todo el cuadro 65/AE' e invadía parte del 67/AE' contiguo, y al continuar el rebaje se diferenció otro más, de distinto tamaño y forma en 65/AJ', 67/AK', 67/AL', 67/AM'-AN' y AG'-AE' (Figura 46).

Todas estas estructuras pueden incluirse dentro de la categoría de pozos o *silos* de almacenamiento. Tanto por el diámetro como por la profundidad, se agrupan en dos tamaños. Y en los dos últimos señalados se documenta una interesante superposición, así como que el manto natural en el que se embuten fue preparado, posiblemente se excavaron canales menores para evacuar el agua de lluvia?

El relleno del pozo de mayor tamaño, P.3, en el cuadro 65/AH', alcanzaba los 0,90 m profundidad desde el manto natural en el que se excavó y los 1,12 ó 1,15 m desde la superficie actual, y su relleno ofrecía la siguiente secuencia estratigráfica: en los primeros 20 cm estaba constituido por tierra suelta y fragmentos cerámicos realizados a mano, pero a partir de esta cota aparecían junto a estos, otros torneados. Esta segunda capa, “b”, cuyo grosor oscilaba entre 8 y 10 cm, daba paso a otra más gruesa, la denominada “c”, entre 10 y 15 cm, que se caracterizaba por la abundancia de cenizas y tierra que contenía poco material arqueológico. Los últimos 50 cm constituían la última capa identificada, el nivel “d”, un relleno de tierra rojiza y piedras que se generalizan hasta alcanzar la base regularizada y nivelada (Figura 47).

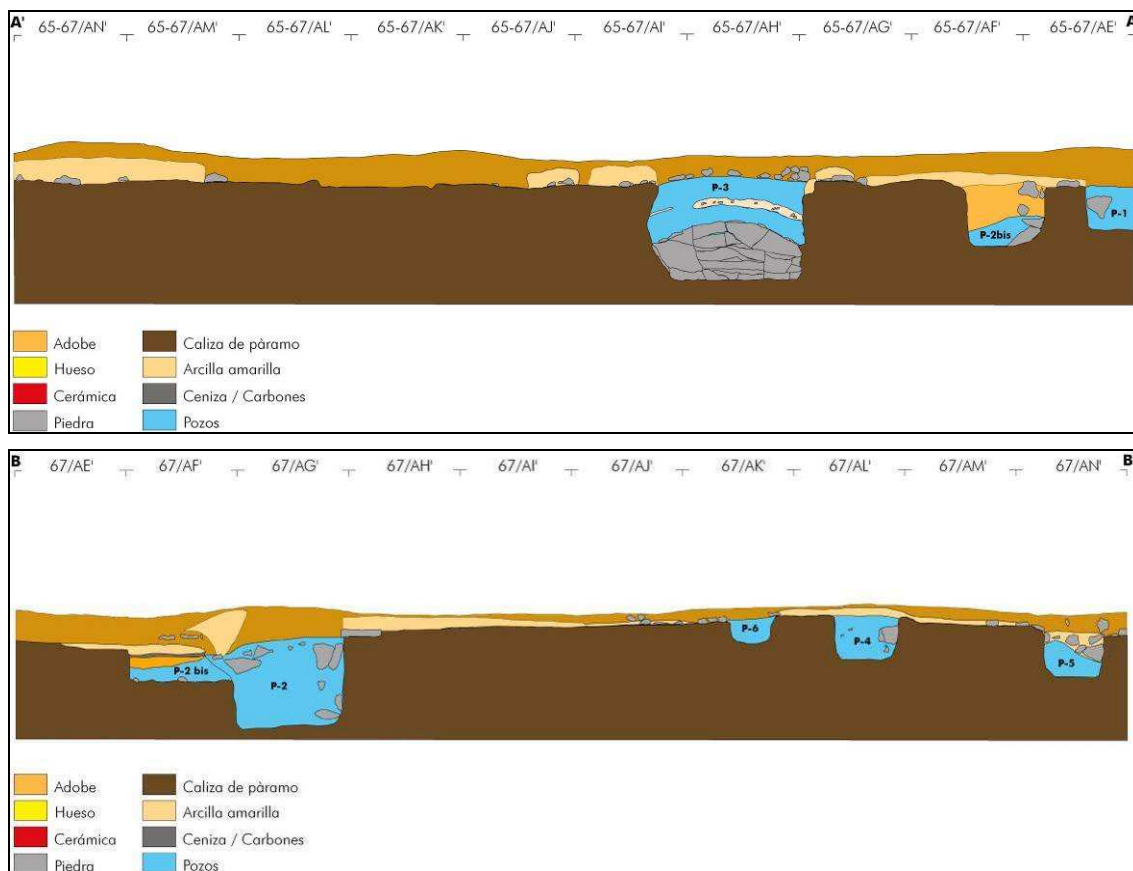


Figura 47 Secciones del Corte 5.

Otro de los pozos que destacaba fue el aparecido en los cuadros 67-AF'/A-G', que en realidad corresponde a dos pozos que muestran una intersección aproximadamente en la unión de ambos cuadros. La presencia, en la parte superior del relleno, de bolsadas de arcilla amarillenta semejantes a las documentadas sobre el nivel del relleno de base y sobre los restos prehistóricos, así como su disposición, refrendaba la alteración de los rellenos en época moderna, y la sección del pozo pequeño, P.2bis, (67/AE'-AF') se mostraba intacta (Figura 46). De la base hacia la superficie, se documenta un nivel "d" de tierra suelta y cerámica, otro superior "c" con restos de barro, adobes y madera carbonizada, destacando un leño de mediano tamaño que por la apariencia debió corresponder a una rama o retoño de *Quercus*, tal vez un quejigo que pudo ser utilizado, por su diámetro, como pie derecho. A este nivel se superponía otro muy fino de cenizas, el "b", posiblemente huella de un pequeño incendio (¿de una

tapa o cubierta?), y por encima el nivel superior "a", la arcilla amarilla que cubría tanto la capa de derrubios entallada como la boca del silo.

La presencia de la arcilla amarilla que recubre la boca de los pozos 2bis, 4 y 5, en este último desprendida pero intacta (Figura 47), fue determinante para atribuir con garantías su adscripción a la etapa prehistórica. De tal forma, puede afirmarse que los grandes silos, los de mayor tamaño, se realizaron en la época moderna de la ocupación; mientras que los menores, los que no alcanzan los 0,60 m de profundidad y con un diámetro también superior a los 0,50 m, debieron funcionar paralelamente con las estructuras de habitación prehistóricas. Finalmente quedan otros menores, P.1 y P.6, con seguridad de distinta funcionalidad, cuya boca recorta la capa de arcilla amarilla, por lo que se adscribirían a la ocupación más reciente.

En lo referente a estas estructuras, queremos recordar que nuestro colega, desgraciadamente desaparecido, José Luis Argente, documentó, a principio de los años 80, una de estas, de pequeño tamaño¹⁵ cuya fotografía reproducimos (Lámina 3). Según su información, este silo se encontraba próximo al nuevo camino de acceso junto al borde superior cerro, es decir entre nuestro Corte 3 y el mencionado camino. Sus dimensiones coinciden con las de los pozos de mediano tamaño y se advierte que sus paredes estaban forradas o recogidas con una capa de barro que, al parecer, estaba endurecido y que contenía gran cantidad de cereal. Además, en las inmediaciones del silo se reconocen otras depresiones del terreno que probablemente pudieron corresponder a otros silos próximos y semejantes.



Lámina 3 Silos aparecidos en *El Parantique*. Foto: M. Numantino

¹⁵ No podemos precisar con exactitud la fecha de la visita del entonces Director del Museo Numantino e Inspector Provincial de Excavaciones. En todo caso sabemos que fue con anterioridad a la efectuada por M. Revilla y A. Jimeno. En aquel entonces Argente catalogó el poblado como un asentamiento inédito castreño y sólo fotografió este silo, si bien reconoció, según nos informó, otros ya alterados. Revilla (1985: 113) señala que la única constatación del asentamiento son "...unos silos de gruesa cerámica que estaban metidos por debajo del suelo de las cabañas; la cerámica de estos silos llevaba grueso desgrasante, incluso vegetal carbonizado, que ofrecía de esta manera un mejor aislamiento de la humedad al grano que debieron guardar". Nuestro trabajo de campo ha permitido, confirmar todos estos datos, excepción de la ubicación de estos depósitos bajo el suelo de las cabañas. Tampoco la documentación que hemos podido manejar aporta argumentos que posibiliten mantener tal relación estratigráfica.

3.2.1.4 Materiales constructivos

Los restos constructivos que han llegado hasta nosotros son, cuanto menos, escasos en lo relativo a la variedad de los materiales. Además de algunos elementos pétreos que pudieron haber servido para apoyar o acuñar los pies derechos que sustentarían las cubiertas de las chozas, tan sólo se documentaron, muy abundantemente, lo que hemos venido en llamar *adobes*, aun cuando es evidente la falta de precisión del término para referirnos a la amalgama de fragmentos de barro que fueron amasados, en su mayoría, con desgrasantes cuarcíticos y, en menor porcentaje, con

elementos vegetales, y cuya forma, en todo caso, se aleja de la cuadrangular o trapezoidal, más convencional para este característico y singular material constructivo que está bien documentado en la región desde los primeros momentos protohistóricos y especialmente en la cuenca central del valle del Duero.

Con mayor propiedad debiéramos reseñar que nos encontramos ante fragmentos de manteados o bloques de barro seco, que incluyen restos de granos pétreos y muestran huellas de haber sido amasados con elementos vegetales muy finos a tenor de los estrechos canales que conservan como impronta. En su mayoría no sufrieron la acción del fuego sino que debieron secarse lenta y progresivamente tal y como se deduce de la uniformidad de color de sus capas internas. Hay otros que, por el contrario, se caracterizan por una coloración rojiza oxidante que se aclara hacia las capas interiores, lo que parece deberse a la acción de un foco de calor importante. Es difícil saber si la exposición al fuego se produjo intencionadamente, procurando su endurecimiento en su utilización como elemento constructivo, o posteriormente, por un proceso accidental que pudo ser el causante, además, de la destrucción de la estructura constructiva, lo que no parece improbable, tal y como ilustran las intensas coloraciones negruzcas que recubren el suelo de las estancias reconocidas.

Sin duda han quedado ejemplos de unos y otros, probablemente por que las diferencias se deban a haber tenido usos distintos. De los fragmentos recuperados pueden distinguirse, al menos, cuatro formas o tipologías. Todas se repiten en los dos yacimientos que nos ocupan, por lo que la descripción sirve para identificar las piezas individualizadas en uno y otro asentamiento, lo que tratamos de sintetizar en la tabla reproducida en la Figura 48:

Forma 1. Entre los restos destacan los que tienen forma aplacada, con los extremos redondeados, uno cóncavo y otro convexo, siendo la distancia media entre uno y otro superior a los 18 cm y un grosor que varía de los 4 a los 7 cm. La cara exterior está rugosa y la interior, junto con los bordes, alisada.

Su aspecto por las curvaturas de las piezas es similar, en todo, al de un fragmento de una gran vasija, posibilitando identificar una parte externa, cóncava, de la interna, convexa, e interpretarlas como tiras de barro que constituirían el revoco o forro de las estructuras excavadas en el suelo del poblado, como hemos visto en los ejemplares fotografiados. De tal forma, tendría

todo su sentido la colocación de tiras superpuestas para forrar las paredes. Durante la construcción, para facilitar su unión, se redondearía el borde superior donde encajaría la siguiente tira o *churro* con tandas próximas a los 20 cm de altura que coincide, *grosso modo*, con la superficie que abarca una mano extendida. Asimismo, se explicaría lo rugoso o descuidado de la superficie *externa*, que, por estar apoyada en la pared del hoyo, no tendría posibilidad de alisarse. Más aún, la presión para alisar la cara interna y propiciar una buena unión con la hilada anterior conllevaría el contacto del barro fresco sobre la propia pared a la que se adhería, reproduciendo la irregularidad propia de la textura del relleno.

La uniformidad de las muestras recogidas hace concebir este proceso como una respuesta artesanal a una necesidad funcional. Con toda probabilidad una vez forrado el hoyo, debía realizarse un fuego en su interior consiguiendo de tal forma secar el barro, configurar su forma definitiva y asegurar su impermeabilidad. Así se explicaría que muchos de estos bloques conserven fragmentos de cerámicas y restos de piedras, con coloración que denota haber sido expuestos a altas temperaturas. Entre los aglutinantes del barro debió contarse con ceniza de hogares, procurando amasar elementos cuya combinación favoreciera el aislamiento de la humedad, uno de los peligros para conservar el grano y los frutos que se almacenarían en estos hoyos o silos.

Forma 2. Un segundo grupo de fragmentos está constituido por las cuñas o bloques de forma triangular o trapezoidal que muestran huellas de ramaje, excepto en una o más caras o extremos que aparecen alisados. Se trata siempre de bloques que recubrían, recogían o rodeaban entramados vegetales realizados con ramas de pequeño o mediano tamaño, con huellas que raramente superan los 10 cm, aun cuando se identifican otras cuyos diámetros oscilan entre los 18 y los 26 cm (Figura 50).

Por ofrecer idénticas características se incluirían en esta forma la de aquellos bloques informes que muestran huellas de maderos entrecruzados transversalmente, así como aquellos que pudieron constituir lienzos de remate entrelazado, en los que las oquedades de las huellas no tienen salida al exterior del manteado de barro. Su fragmentación da lugar a los fragmentos de cuñas y bloques definidos como Forma 2.

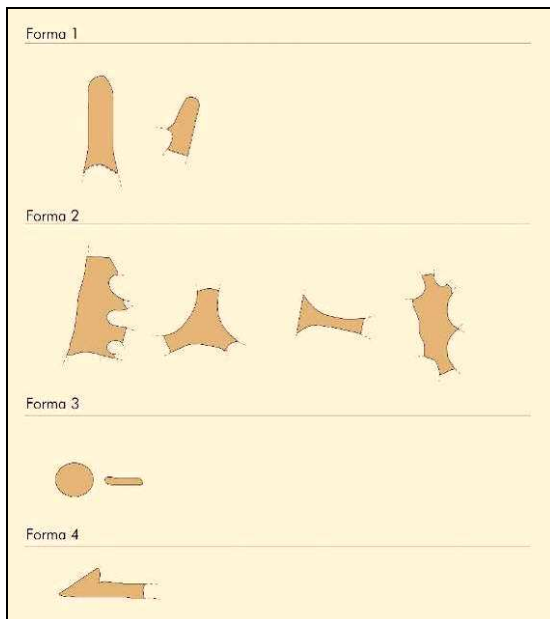


Figura 48 Tipología de los fragmentos de barro con huellas vegetales recuperados en las excavaciones del Alto de Parpantique y Los Torojones.

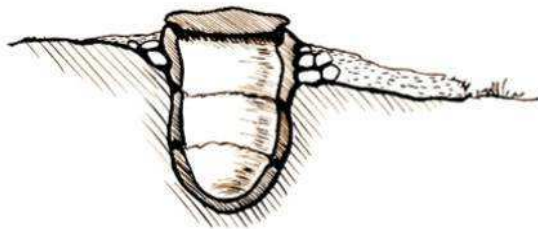


Figura 49 Reconstrucción de la sección de un silo.

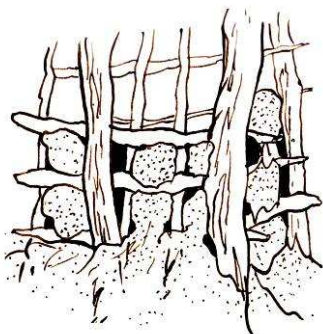


Figura 50 Relleno con barro de los entramados.

Forma 3. Menos numeroso que los anteriores este grupo quedaría singularizado por algunos ejemplos de lo que, en un principio, se identificó como *plaquetas* o bases, tal vez de apoyo (?). Se trata de "galletas" de barro, de forma circular o para-circular, cuyo grosor oscila de los 2 y los 5 cm, y el diámetro también varía entre los 12 y los 25 cm. La finalidad de estas piezas es difícil de precisar y no tenemos datos objetivos que puedan ilustrarla, dudando incluso sobre su atribución cronológica. Será más adelante, cuando veamos su asociación al resto de hallazgos y materiales, el momento de avanzar en su interpretación y adscripción.

Forma 4. Un último grupo estaría caracterizado por algunos bloques o fragmentos de barro de difícil clasificación. Todos los incluidos en este último grupo constatan la presencia de una angulosidad marcada a modo de entalle, destacado entre 1 y 4 cm, y por disponer, en todo caso, de varias zonas alisadas y una rugosa. La angulosidad de dicho entalle y la banda alisada hacen pensar en recubrimientos de superficies de tablas o tablones, o al menos de un desbastado regular de troncos; pero dicha afirmación no deja de ser una mera suposición para la que carecemos de cualquier otra evidencia. Por tanto, lo señalado para el punto anterior, en cuanto a su interpretación, sirve igualmente para este último tipo.

En el yacimiento de *El Parpantique* se identificaron 84 elementos de estos tipos, de los que únicamente cinco son considerados indeterminados. La mayoría corresponden a modelos de los dos primeros grupos con una muestra de 30 y 31 fragmentos respectivamente (un 71% del total) mientras que los tipos 3 y 4 están menos representados, con 10 y 8 ejemplares en cada caso (Anexo 2. Elementos de barro).

La mayoría de los fragmentos procedentes de *El Parpantique*, en concreto 62 (75,6%), fueron localizados en superficie, en el nivel removido por la máquina, por lo que su distribución espacial es, cuanto menos, problemática; y poco aclara, también que, 55 de los señalados (88%) fueran recogidos en el espacio delimitado por el Corte 4, dominando entre ellos los del tipo 2 (22 ejemplares) sobre los del tipo 1 (17 ejemplares).

Estratigráfica y topográficamente sólo podemos confirmar que los fragmentos de manteado del tipo 2 se localizaron en el cuadro 3H y 51V', en espacios vinculados a zonas de habitación, si bien, también se documentan en el cuadro 65/AH' en zona de silos. Por el contrario, el tipo 3, el que caracterizábamos como posible rodete o apoyo de postes, está concentrado casi

en exclusividad en el Corte 4, con la peculiaridad de que 9 de los 10 ejemplares identificados se recogieron entre los materiales de la superficie removida en el espacio en el que se delimitaba una gran cabaña

rectangular. El ejemplar restante se localizó, también en superficie, en la ampliación de la campaña de 1987 del Corte 1, también sobre una zona de hábitat.

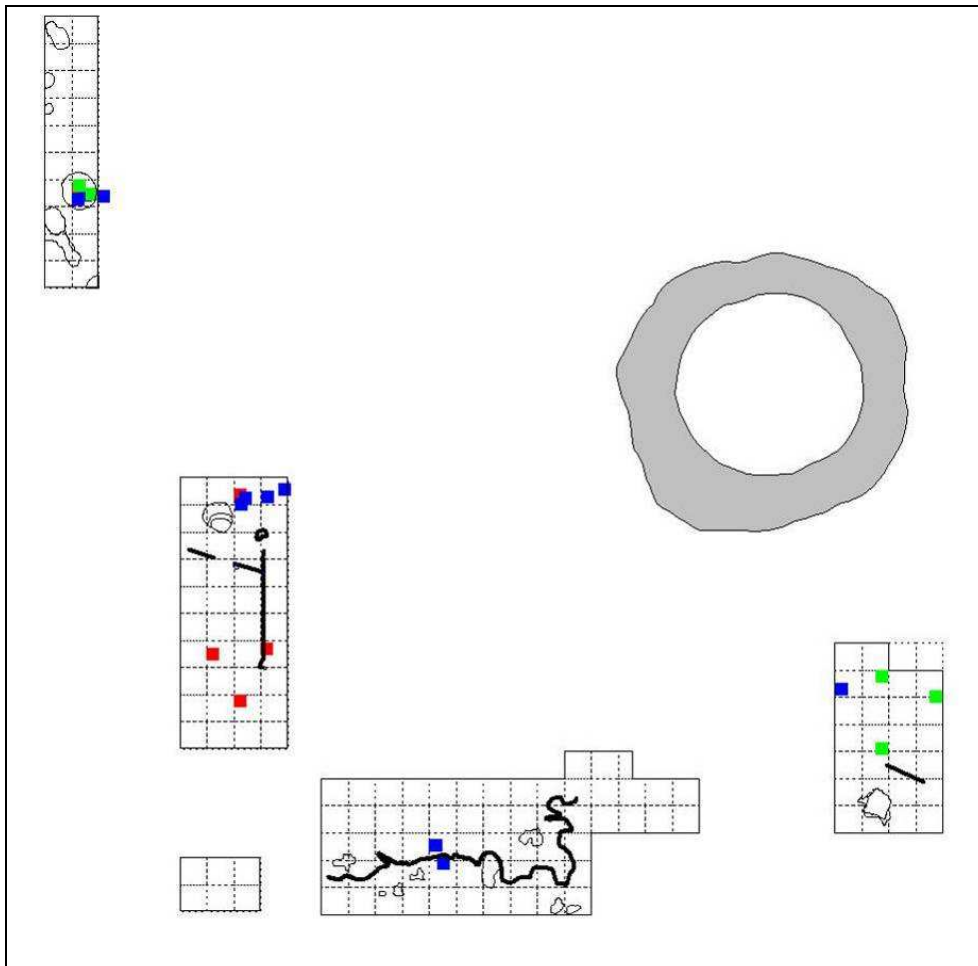


Figura 51 Distribución de los fragmentos de barro. Forma 1: rojo; 2: azul; 3 amarillo; 4 verde.

Esta tendencia no puede ser contrastada como definitiva por los escasos hallazgos producidos en nivel arqueológico y dado lo exiguo de la muestra. Ahora bien, al observar su distribución espacial (Figura 51) puede plantearse algún comentario.

Se confirmaría que las muestras correspondientes al tipo 1 y 2 se vinculan a las zonas de hábitat, preferentemente la segunda, mientras que los bordes de silo tienen una menor definición.

El tipo 4, por el contrario, sólo se vincula al gran silo P.2 del Corte 5 y a la zona interior del Corte 2. En P.2, su asociación a las estructuras de época histórica no ofrece dudas, por lo que hemos de interpretar que la

localización de estos mismos tipos en el Corte 2 se debe asociar al nivel superior, el de época medieval, lo que confirmaría la supuesta finalidad que deducíamos como revoco o manteado de tablas.

3.2.1.5 La cerámica

El tratamiento del material cerámico ha sido, en ambos yacimientos, muy similar, por no decir idéntico. Se recogieron de forma individualizada todos los fragmentos aparecidos. En las alzadas del terreno superficial, removido por las labores agrícolas o por la

alteración mecánica, el control se efectuó sobre los límites de cada corte o área de excavación. Al alcanzar los niveles inferiores, el control se realizó con referencia a la cuadrícula métrica. Posteriormente, una vez signados e identificados los fragmentos, se procedió a la reconstrucción de los vasos, contrastando la posibilidad de unión entre todas y cada una de las piezas; primando, lógicamente, los del mismo cuadro, los de los adyacentes y más próximos, los más alejados del mismo corte y, para concluir, entre los distintos sectores excavados, que en algún caso dio resultados positivos, aunque sólo entre los materiales más superficiales, los de la capa removida. La explicación es fácil, recordamos que, junto a las labores agrícolas tradicionales que posibilitan el arrastre de algunos objetos, las tareas de desmonte en el caso de *El Parpantique* alcanzaron en algunos lugares los cuarenta centímetros de profundidad e incluso más. Por ello anotamos las distintas referencias sobre relaciones entre cuadros, así como el número de fragmentos que conseguimos pegar en cada pieza, tomando como referencia para el inventario definitivo del estudio el número de inventario más bajo de entre los consignados para los distintos fragmentos de los adjudicados a una misma pieza.

Concluida esta labor, se realizó el dibujo de todos y cada uno de los perfiles de las piezas, así como los elementos de soporte y los motivos decorados. El dibujo a escala posibilitó la reconstrucción de las medidas y proporciones, características que, junto a la forma del perfil, definen la adscripción a una forma o tipo determinado. Paralelamente al dibujo de los materiales, se analizaron las distintas características formales, tecnológicas, acabados, morfológicas, etc., rellenándose una ficha para cada registro, que posteriormente fue trasladada a una aplicación informática, desarrollada por D. V. Fernández Martínez y D. G. Fernández López sobre diseño nuestro¹⁶. Los resultados de este tratamiento analítico descriptivo se pueden comprobar en el inventario de materiales que se reproduce al final del trabajo (Anexo 2).

Por todo ello, es lógico deducir que el número de fragmentos incluido en dicho anexo y el inventariado

durante las labores de campo no coincidirán. Creemos que es más correcto presentar los resultados sobre el primero de los citados al existir menor probabilidad de repetir entradas en el inventario de fragmentos de una misma pieza. Del mismo modo, las referencias a los porcentajes de representación de unos tipos y otros deberán establecerse sobre el número total de bordes individualizados, ya que, sólo excepcionalmente, es posible asegurar la pertenencia de un fragmento de pared o fondo a una misma o distinta pieza. Estas apreciaciones no son novedosas y estos mismos criterios ya han sido establecidos en otros trabajos similares, por lo que no insistiremos más en ellos, si bien cuando se refieran porcentajes se indicará, en cada caso, la muestra sobre la que se realizan.

En *El Parpantique* el número de piezas cerámicas recogidas ronda los tres millares, concretamente 2.923 fragmentos. La muestra es alta en relación a la superficie excavada, pero además es proporcionalmente muy elevada en comparación con el resto de materiales recogidos. En el conjunto de objetos recuperados, la cerámica supone el 95,6% del total, le siguen en número los fragmentos de barro con un 2,7%, mientras que los restos pétreos y óseos son ciertamente escasos, incluso estos últimos no alcanzan ni el 1% (Figura 52).

También se ha señalado la existencia de niveles modernos vinculados a construcciones de carácter defensivo, a los que se atribuye la presencia de cerámica torneada, si bien el bajo número de estas piezas, 39, no deja de constituir una colección simbólica comparándola con la muestra manufacturada que queda constituida por 2.884 objetos (Figura 53).

La tarea de reconstrucción posibilitó unir un buen número de fragmentos. En *El Parpantique* fueron 1.041, un 36 % sobre del total del conjunto cerámico (Figura 54). Este alto porcentaje se explica por el proceso de remoción de la capa superficial y el movimiento de la máquina retroexcavadora, ya referido, que provocaron una fragmentación reciente. El proceso de reconstrucción afectó a 219 piezas distintas, por lo que si dividiéramos el número de fragmentos asimilados al número de piezas (índice de fragmentación) se obtendría un valor, índice, de 4,7.

¹⁶ Queremos agradecer a ambos que desarrollaran una aplicación DBase en lenguaje *Clipper* y que denominaron TORONJO, que facilitó el tratamiento informático seriado de los distintos rangos y caracteres de los conjuntos cerámicos de las excavaciones de *El Parpantique* y *Los Torojones*. Aunque en la actualidad se considera una aplicación trasnochada, hay que recordar que en aquellos años el lenguaje informático no estaba tan generalizado, ni disponíamos de aplicaciones tan sencillas como la actual hoja de cálculo Excel a la que convertimos los datos de TORONJO y que nos ha servido para realizar los cálculos y la presentación de datos que acompaña este estudio.

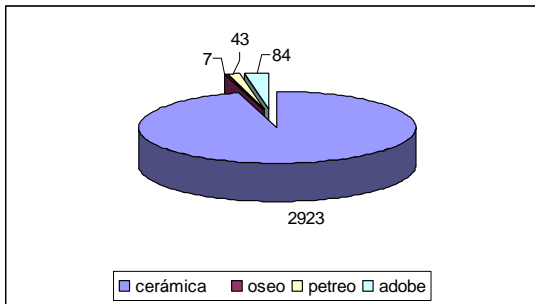


Figura 52 Materiales recuperados en la excavación de El Parpantique.

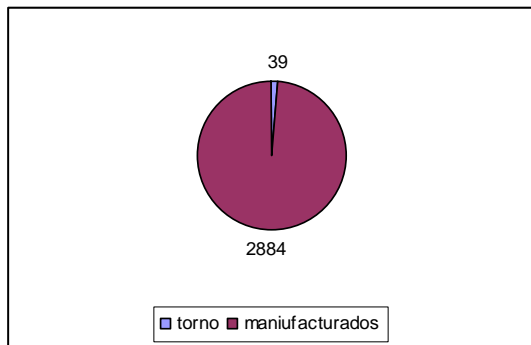


Figura 53 Técnicas de fabricación de la cerámica de El Parpantique.

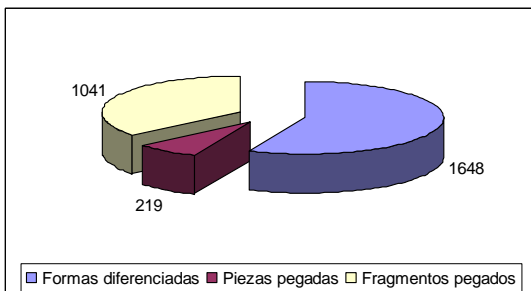


Figura 54 Reconstrucción y clasificación de los fragmentos.

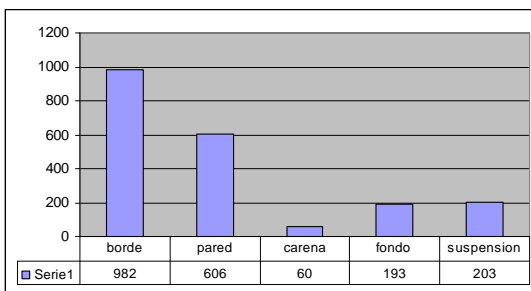


Figura 55 Tipología de los fragmentos cerámicos diferenciados en El Parpantique.

Finalmente cabe señalar que el número total de piezas diferenciadas fue de 1.648, un 57,1% del conjunto de fragmentos cerámicos, considerando el cálculo sobre los fragmentos de borde, pared o carena diferenciados entre las piezas inventariadas. Se puede argumentar que, pese a no contabilizar en esta muestra

ni los fragmentos de fondo ni las suspensiones, sería factible que pudiera haberse atribuido fragmentos de una misma vasija a piezas diferentes en el inventario. Ahora bien aunque este riesgo no puede descartarse, a tenor de los datos disponibles, dicha posibilidad no parece muy probable al haberse contabilizado únicamente los fragmentos de borde, para minimizar el posible porcentaje de error, los resultados serían similares y aún más elevados en lo que respecta a las piezas diferenciadas, un 59,6%.

Atendiendo a los distintos grupos de fragmentos (Figura 55) es claro el dominio de los bordes, seguidos de los fragmentos de pared y los fondos. Las suspensiones no siempre son significativas por cuanto la presencia de elementos plásticos puede interpretarse como correspondiente a elementos decorativos o sustentantes y no siempre es posible su atribución a uno u otro grupo. En el mismo caso se encuentran los fragmentos de pared que resultan en el cómputo global mucho más numerosos que los bordes y los fondos, lo cual es absolutamente lógico por la superficie que ocupan unos y otros en cada vaso. Ahora bien, la morfología común de muchos de los fragmentos de pared no posibilitan su adscripción a una vasija concreta por lo que la mayoría, aunque incluidos en el inventario de objetos recuperados en cada campaña de excavación, no han tenido cabida en el inventario cerámico que se presenta.

3.2.1.5.1 Formas y Tipos.

Las cerámicas han sido clasificadas en una amplia tabla tipológica, que es la suma de los distintos arquetipos que ha sido posible diferenciar. En su definición se han considerado criterios contrastados en otros ejemplos bien conocidos y su estructuración responde a la síntesis de aspectos estrictamente formales, con las dimensiones y proporcionalidad que, sin duda, están condicionadas por la funcionalidad o fin con la que fueron hechas. Ambas cuestiones son las que definen el modelo o estereotipo que hemos intentado tabular y diferenciar. En este planteamiento se recoge la experiencia del tratamiento de conjuntos similares y próximos (Jimeno, 1984; Jimeno y Fernández Moreno, 1994), y se articula en la propuesta de clasificación de materiales cerámicos (Picazo, 1993: 14 y ss.), desestimando, por la fragmentación del conjunto y el claro expolio que había sufrido el yacimiento, la aplicación de parámetros matemáticos que facilitan la asignación de patrones en los agrupamientos. Por el contrario se incidirá en aspectos

sobre la funcionalidad (Samaniego et alii, 2002: 54 y ss.), más que en el simbolismo o representatividad, tal como se ha propuesto en otros casos (Prieto, 1999).

En primer lugar las cerámicas se han agrupado, por el perfil general de la pieza, en cinco formas, enumeradas con letras mayúsculas, de la A a la E. La última corresponde a un ejemplar característico y único, los coladores o *encellas*, que más que un modelo formal es un útil determinado para una función. Dentro de cada forma se ha seguido una clasificación por tipos, que son relacionados con numeración arábica correlativa. Finalmente, dentro de cada tipo puede haber variantes, tanto desde el punto de vista formal como de tamaño, que son diferenciadas por otra letra, ahora minúscula. De tal forma, la secuencia correlativa de letras, mayúsculas y minúsculas, intercaladas por el número, permite situar cada pieza en la forma, tipo y variante a la que se adscribe (Figura 56).

Para determinar la tipología de formas se ha seguido el criterio convencional que las agrupa por el dibujo del perfil: continuo abierto, continuo cerrado, angulado o quebrado y el discontinuo o de perfil sinuoso. Dentro de cada una de estas clases se han diferenciado tipos atendiendo a distintos atributos coincidentes en las vasijas, caso del remate del labio, de las proporciones, así como por sus caracteres morfotécnicos.

La definición de distintos atributos y características, determinados por sucesivas variantes, facilitan distintas combinaciones y la posibilidad de agrupaciones menores que son las que corresponderían a las variedades de cada tipo¹⁷.

Forma A.- Se han incluido todos los vasos que muestran un perfil abierto. Una de sus características, por tanto, es la de coincidir su borde con el máximo diámetro de la pieza; genéricamente son los denominados cuencos o platos. Dentro de esta forma hemos diferenciado hasta cuatro tipos distintos que presentan más o menos variantes¹⁸:

¹⁷ La diversidad de propuestas tipológicas para estudiar conjuntos cerámicos prehistóricos es casi tanta como la de monografías publicadas; partiendo de la mera enumeración de formas a la aplicación de los más complejos modelos matemáticos que posibilitan la definición de patrones, conglomerados o asignaciones estadísticas. En este sentido el presente trabajo bebe en los estudios ya citados de Picazo, si bien se articula sobre la estructura básica de las formas descritas, al estar convencidos de que constituye el mínimo denominador común que posibilitará la comparación.

¹⁸ Los dibujos finales de las cerámicas se deben a Javier del Campo y se presentan en el Anexo 3. Para una mejor identificación de las piezas incluidas en el estudio, se han numerado los de cada enclave de forma correlativa e independiente. El número de sigla y características de cada cerámica representada puede comprobarse

Tipo A1. Son los cuencos, elemento bien conocido y representado en casi todos los contextos arqueológicos. Los tres primeros tipos son excesivamente comunes para necesitar mayor explicación: se trata de los abiertos o planos (A1a) (Núms. 1 a 6)¹⁹, los hemisféricos o casquete (A1b) (Núms. 7 a 15) y los hondos (A1c) (Núms. 16 a 23), o basándose en la funcionalidad que se les supone serían los platos, escudillas y tazones.

Junto a este último tipo hay que señalar la presencia de otro cuenco hondo con pequeño estrangulamiento bajo el labio que no está excesivamente marcado, pese a que el modelo propuesto en la tabla lo destaque por la presencia de una orejeta que presionó la zona al ser unida a la pieza (A1d); esta variante (Núms. 24 y 25) presenta además su labio biselado al interior, al contrario que la A1c que mostraba este elemento completamente recto, lo que permite suponer su utilización para contener, o mejor transvasar, líquidos.

Al respecto debemos resaltar la probable versatilidad funcional de estas piezas que se han interpretado como servicio de mesa. Recordemos que las vasijas encontradas *in situ* son cuencos hemisféricos (A1b), uno pequeño, 10 cm de diámetro, en una esquina-repisa de la cabaña del Corte 1, y otro, algo mayor de 14 cm de diámetro, en el interior de la cerámica contenedor embutida en el suelo, junto al hogar de la cabaña del Corte 4.

Finalmente queda describir una última variante en la que reflejan aspectos formales de las demás de este tipo y que se caracteriza por formas idénticas pero reproducidas a un mínimo tamaño (A1e), en lo que se ha venido a llamar *vasitos* o *cubilettes*, y que en buena medida se han interpretado como piezas de entretenimiento o juguetes (Núms. 26 a 31).

A excepción de estas últimas cerámicas, cuya funcionalidad o, mejor dicho, la carencia de ella, parece haber determinado su aspecto menos elaborado, el resto de las vasijas descritas señalan unas características ciertamente semejantes. Todas carecen de decoración y, en general, no presentan aplicaciones plásticas. Las superficies están bruñidas y alisadas siendo posible diferenciar tratamientos pulidos. Los

en la tabla del anexo correspondiente. En ellas, se presentan los atributos y descripción de cada pieza incluyendo una entrada para el número de la figura, cuando se ha seleccionado entre las dibujadas.

¹⁹ La referencia a las figuras se hará por su número correlativo con el que se han numerado todas las piezas dibujadas. Las pertenecientes al yacimiento de *El Parpantique* son las reproducidas en el Anexo 3, como se ha señalado. Cuando la referencia se realice, como en este caso, para cada yacimiento, únicamente se incluirá el número de figura; en caso contrario, se añadirá la referencia al enclave o al anexo correspondiente.

desgrasantes son de tamaño fino y medio, sólo excepcionalmente en la variante A1d se advierten algunos tamaños mayores, siempre de granos de cuarcita y algunos restos calizos. La coloración, como toda la colección, muestra tonalidades alternantes oxidantes y reductoras en una misma pieza, por lo que no ha de extrañar la gran variedad de matices existentes con tendencia a los tonos oxidantes (Llanos y Vegas, 1974: de 1F2, 1B4, 2D4 a 2F4)²⁰.

La diferenciación de los tipos se establece, además de por la forma, por el índice de proporcionalidad que ofrece la relación de ancho y alto de cada pieza, según la fórmula $lp = d \text{ máx.} / \text{al máx.}$. Esta forma por ser abierta ofrece los índices más altos, como luego podremos comparar, con valores medios de 4 a 2, aun cuando hay claras diferencias entre los distintos tipos. La variante A1a de los cuencos planos o platos alcanza los índices de proporcionalidad (lp) más elevados, superando, en todos los casos, los 3,5 y alcanzan hasta los 5,4. Los hemisféricos (A1b) también ofrecen valores elevados siendo la media de lp entre 2,5 y 3, aún cuando los valores extremos alcancen los 2,1 y los 3,5. Por su parte los hondos, pese a su denominación, muestran también valores lp próximos a 2, siendo la menor proporción 1,7, muy similar a los que ofrece la variante A1d, con un lp entre 1,6 y 2.

Tipo A2. Se trata de un único modelo que destaca sobre los cuencos hondos o *tazones* descritos (A1c y A1d) porque el perfil de su tercio superior es recto, al igual que el labio. La profundidad del vaso viene determinada por el cono de tronco que se superpone al casquete esférico que delimita la parte inferior (Núms. 32 a 35). En el ejemplar que se presenta en la tabla destaca el arranque de un asa de sección ovalada, por lo que su aspecto es muy similar a nuestros modernos tazones. La semejanza con las variantes anteriores ya comentadas se confirma con el lp de estas piezas que ofrece resultados muy regulares y uniformes, entre 1,6 y 1,8.

Tipo A3. Cuenco o vaso de perfil recto y profundo que muestra un claro parecido con el modelo A1d, si bien destaca el estrangulamiento bajo el borde que es saliente, y el perfil interior más recto, lo que posiblemente determine en este caso una mayor profundidad –un lp de 1,8– y con mucha probabilidad su

unión a un fondo plano en contra del anterior, cuya curvatura anunciaría un remate inferior de tipo esférico (Núms. 36 a 38).

Sus características morfológicas no desentonan con las descritas para los vasos abiertos. Se trata de piezas lisas que muestran como novedad impresiones digito-unguladas sobre el borde. Su aspecto es cuidado con superficies alisadas y bruñidas, y pastas que contienen desengrasantes finos y medios, mayoritariamente de cuarzo. Las tonalidades son reductoras (1B5).

Tipo A4. Este último modelo se caracteriza, como en los casos anteriores, por su perfil recto y exvasado, coincidiendo su mayor diámetro con el del borde. Por su tamaño se trata de piezas bien distintas a las anteriores. Sus proporciones hacen sospechar que estamos ante grandes contenedores o barreños. Las dos variantes diferenciadas (A4a y A4b) se distinguen por el remate del borde que puede ser recto o ligeramente entrante (Núms. 39 a 42) y saliente (Núms. 43 a 46) respectivamente. Se trata, hemos de suponer, de una variable morfológica para facilitar la función a la que estaban determinados: contener y transvasar. La presencia de pequeñas asas o mamelones tendría una explicación más funcional que decorativa, siendo necesarias para asir y sustentar la pieza, especialmente cuando estuviera llena, al igual que el fondo plano que se constata en ambos casos y que asegurarían una mejor estabilidad. En estos casos, el índice de proporcionalidad no es tan significativo como la capacidad de las piezas, si bien, están próximos a 2 e incluso alcanzan valores de 2,5, coincidiendo, pese a su tamaño, con los promediados por los cuencos hemisféricos, lo que posiblemente confirme que se trata de piezas, ambas variantes, para contener y/o transportar/transvasar líquidos.

Forma B.- En este segundo grupo se incluyen todas las piezas de perfil anguloso, correspondiendo su base, en la mayoría de los casos, a soluciones esféricas. Ahora el mayor diámetro no siempre coincide con la parte superior de la pieza sino que va a ser un atributo que se relaciona con la carena, angulosidad de la pared que delimita y une dos formas geométricas distintas que configuran la vasija.

²⁰ Las características morfológicas señaladas quedan reflejadas en el Anexo 2. Las distintas claves abreviadas utilizadas se explican en el mismo anexo, y para las referencias a la coloración de la pieza se sigue utilizando la tabla de Llanos y Vegas con los criterios habituales para otros conjuntos similares (p. e., Jimeno y Fernández Moreno, 1991a).

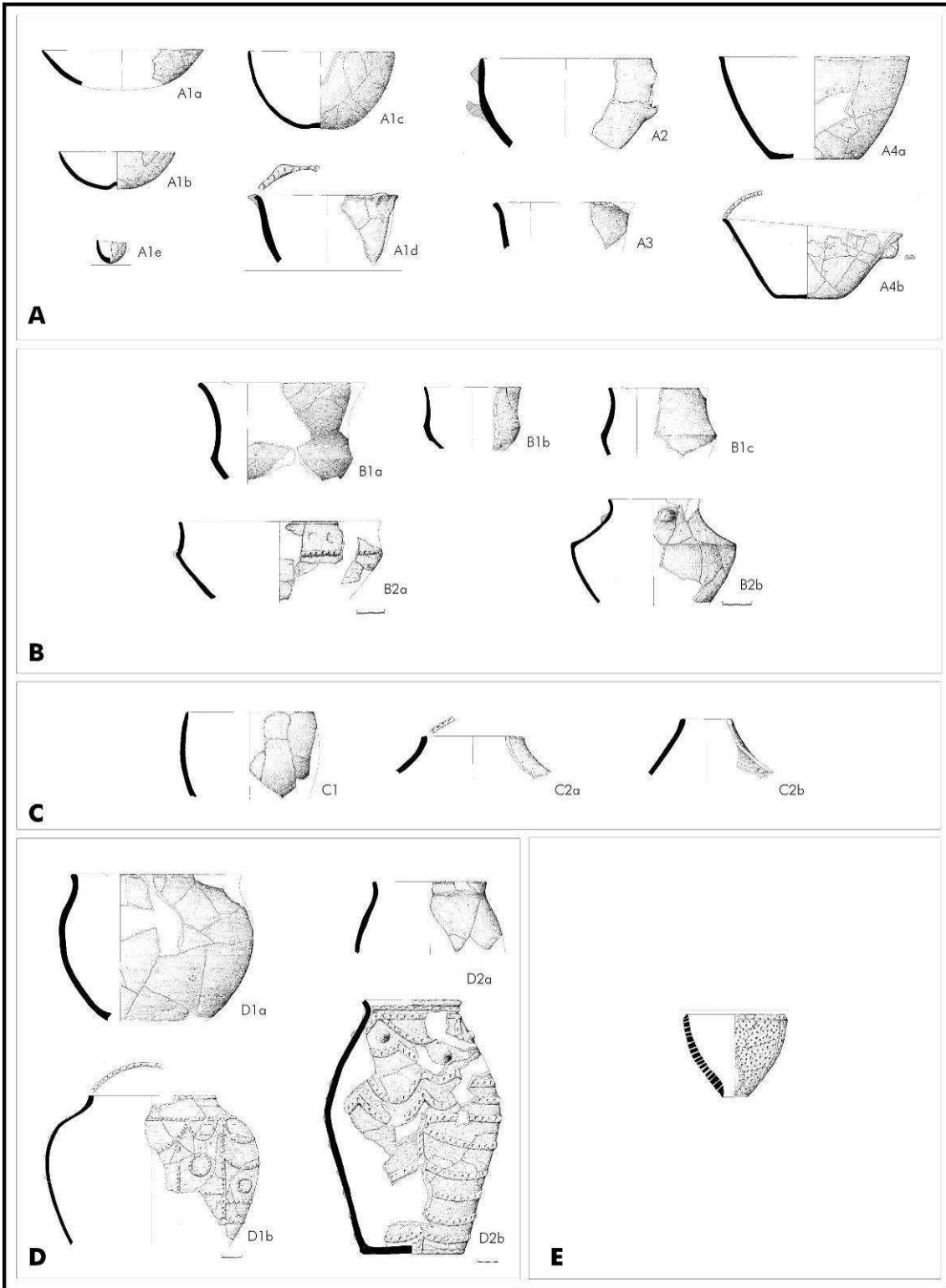


Figura 56 Tabla de formas cerámicas de El Parpantique.

Otra característica de estas piezas es el cuidado tratamiento de las superficies –como en el caso de los cuencos– y la selección de las pastas, que no presentan desengrasantes gruesos o al menos no se manifiestan al exterior de las paredes. Se generalizan los tamaños medianos o pequeños y, aun cuando se constata piezas de gran tamaño, su índice de proporcionalidad es muy regular, entre 1,5 y 2, si bien los dos tipos diferenciados muestran un lp también distinto, entre 1,5 y 1,7 el primero, y próximo a 2 el segundo.

Tipo B1. Definido por las piezas carenadas cuya angulosidad se produce en el tercio inferior de la altura. Son las que conocemos como carenas medias o bajas y que, por tanto, se caracterizan por un perfil inferior convexo y un cuerpo superior troncocónico que remata en un borde más o menos saliente. La mayor o menor angulosidad del borde en relación con la carena, es lo que determina las variantes diferenciadas (B1a, B1b y B1c), siendo las primeras las más abiertas (Núms. 47 y 48) y las rectas (Núms. 49 y 50), hasta las ligeramente entrantes que se agruparían en la última variante (Núms. 51 a 57). Una de estas últimas, de mediano tamaño –calculamos unos 25 cm de diámetro de borde y algo más del de la carena–, es la que se localizó junto al hogar de la cabaña del Corte 4, conteniendo en su interior un cuenco del tipo A1b.

Tipo B2. En este modelo, el ángulo de la pared se sitúa en el tercio superior del perfil y, en cualquier caso, siempre superaría la mitad del mismo. La parte inferior es cónica y el ángulo de la carena se marca más profundamente que en el tipo anterior, para desarrollar un cuerpo más corto que remata en un borde entrante en relación con la carena de la pieza. Se diferenciaron dos variantes. La primera, B2a, responde al conocido modelo de cazuela con un cuerpo troncocónico muy corto y casi recto en relación con la posición de la carena (Núms. 58-60); mientras que la variante B2b responde a un gran vaso que desarrolla un cuerpo amplio que se cierra hasta alcanzar el cuello de la pieza, del que arranca un borde recto o saliente (Núms. 61-64). De nuevo se trata de contenedores que debían ser muy útiles para transportar o guardar líquidos. La existencia de elementos plásticos en el cuello o sobre la carena se supone, como en los grandes contenedores del tipo A4, una finalidad funcional, para facilitar la aprensión en su manipulación y uso.

En el caso de los vasos carenados la decoración está ausente, a excepción de algún labio que aparece impreso con unguilaciones. Todas las superficies están muy alisadas o bruñidas, la coloración es mixta,

superando los vasos clasificados como oxidantes/reductores el 60% de los incluidos en esta forma.

Forma C. En este modelo se agrupan todos los vasos de perfil continuo que presentan el borde y cuello entrante en relación con el cuerpo. Son formas globulares más o menos estilizadas –el lp no supera el valor 1–, en las que la boca de la vasija coincide con uno de los diámetros menores de las piezas. Se diferencian dos variantes.

Tipo C1. Es un vaso hondo que por sus dimensiones y seguramente funcionalidad está muy vinculado con los cuencos profundos de la Forma A. Se distancia de aquellos en la solución de la boca, cerrada en relación con un perfil ligeramente cóncavo (Núms. 65-72).

Tipo C2. Son piezas de mediano tamaño y boca muy estrecha, con dos variantes (C2a y C2b) atendiendo al mayor o menor desarrollo del cuello y el ángulo de borde más o menos marcado, resultando en ambos casos un labio redondeado. La primera recuerda al último modelo descrito entre las piezas carenadas (B2), si bien aquí el perfil es continuo y tendente a lo globular (Núms. 73-76), al igual que la segunda variante de este tipo que puede interpretarse como una botella sin cuello (Núms. 77-79).

Morfológicamente también se advierten, una vez más, elementos comunes y matices que posibilitan hablar de variantes en esta forma generalmente lisa. Así, es común que el tratamiento de las paredes sea alisado y en muchos casos hasta bruñido, pero también que se generalicen las impresiones digito unguiladas sobre el labio, principalmente en el segundo de los tipos. La coloración es irregular y mixta, pero ahora destacan los tonos oxidantes (1A3, 2B5, 3A4) sobre los más oscuros reductores (1D2). Finalmente, mientras que las pastas de los vasos del primer tipo (C1) muestran desengrasantes de mediano tamaño, las adscritas a C2 contienen también gruesos granos de cuarcita y caliza.

Forma D. Se incluyen aquí las grandes vasijas o contenedores. Básicamente todas las piezas se significan por su perfil sinuoso, más o menos en forma de “S”, si bien el cuello y borde pocas veces está desarrollado. Atendiendo a su perfil y proporciones se determina la existencia de dos tipos con sus respectivas variantes –pese a la imposibilidad de respaldarlo matemáticamente con la fórmula descrita de lp por la fragmentación de la mayoría de las piezas–.

Tipo D1. Son los vasos de perfil más globular y cuello poco marcado y en ocasiones inexistentes, rematando la parte superior del hombro de la panza directamente

en un labio plano. Atendiendo al tamaño, se diferencian dos variantes, D1a y D1b. La primera se singularizaría, además de por el menor tamaño, por la ausencia de decoración tanto en el borde como en la pared de la pieza (Núms. 80-88). La segunda está determinada precisamente por unas características absolutamente contrarias: son piezas de gran tamaño y suelen presentar una decoración impresa sobre el labio y aplicaciones plásticas en la pared, conformando motivos geométricos, que técnicamente se suponen servirían para reforzar las grandes panzas (Núms. 89-100).

Tipo D2. Es un reflejo del tipo anterior, repitiendo unas variantes, D2a y D2b, cuyas características son ciertamente simétricas con las descritas (Núms. 101-107 y 108-117). La diferencia entre estos tipos y los anteriores está en el perfil, ahora más estilizado, presentando formas menos anguladas, panzas menos marcadas y mayor simetría de las paredes, destacando un cuello más marcado y un labio generalmente saliente.

Para esta forma, la diferenciación de tipos y variantes se antoja semejante y simétrica. Así, podrían agruparse estos vasos, por su tamaño, en dos grandes grupos: los pequeños en el que se incluirían las ollas o piezas de cocina (D1a y D2a) y los grandes, correspondientes a contenedores o piezas de almacenaje (D1b y D2b). En efecto, en general las superficies se muestran alisadas siendo fácil diferenciar en algunos fragmentos tratamientos más descuidados que bruñidos. En la gran mayoría se describen impresiones en el labio, y las piezas pequeñas no presentan elementos decorativos, mientras que las mayores se caracterizan por las aplicaciones plásticas, en un 20% para D1b y superior al 30% en D2b. Este mayor tamaño debió condicionar la técnica de cocción y las coloraciones son muy diversas en la misma pieza (desde 1D1, 2D1 a 3B4). Los desgrasantes también son, lógicamente, comunes a estas dos agrupaciones. En el primer caso, dominan los tamaños finos y medios, siendo extraños los gruesos que se generalizan en las piezas mayores, pero además en éstas –tal vez también condicionadas por el tamaño– se constata la presencia de fragmentos de gneis y de cerámicas trituradas.

Forma E. Señalábamos, al inicio de la descripción de la tabla, la existencia de una clase que se singularizaba por un único morfotipo que es éste que se describe. Se trata de los conocidos *coladores*, vasos de suave perfil cónico que se caracterizan por coincidir su mayor diámetro en la zona del borde, presentando un ligero, suave y progresivo estrechamiento hacia la parte baja, que remata en otro borde saliente, careciendo

propriadamente, por tanto, de fondo. La presencia de perforaciones en la mayor parte de la pared, y siempre en la parte superior, es lo que permite su clasificación como colador, y su uso para la transformación de productos lácteos, básicamente para facilitar la presión de la leche cuajada, separando o extrayendo el suero, lo que ha permitido denominarlos como *encellas*. El conjunto de estas piezas no es muy numeroso, aunque sí significativo y, por la variedad de fragmentos, se puede intuir la existencia de distintas variantes (Núms. 118-122), aún cuando la escasez de la muestra no permita concretarlas.

Si se analiza la agrupación propuesta estableciendo la media aritmética de los lp de los distintos vasos descritos, se puede concluir que, independientemente de algunas repeticiones, las medias resultantes confirman los agrupamientos, constituyendo las formas abiertas los índices más altos con una progresiva disminución entre los tipos, a excepción del último (A4) que si bien se incluía en esta forma por su perfil, su tamaño denunciaba una funcionalidad bien distinta. Por el contrario, las formas carenadas, las cazuelas, ofrecen medias próximas a los tipos A2 y A3, y más elevadas que las de las ollas de cocina (D1) lo que confirma una probable funcionalidad distinta o una especialización. Las formas con menor lp son las de almacenamiento, bien sea de líquidos (C) o sólidos (D2) (Figura 57).

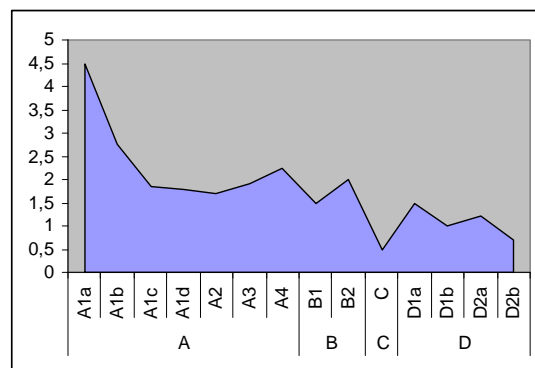


Figura 57 Índice de proporcionalidad de los distintos tipos cerámicos diferenciados en *El Parpantique*.

En cuanto a la caracterización del conjunto cerámico que acabamos de describir advertimos que las piezas más repetidas son los grandes vasos contenedores (Forma D) con un 34% y muy próximos se encuentran los cuencos y vasos de perfil abierto (Forma A), con un 32%, siendo muy significativo que entre ambos alcancen un 66%, es decir dos tercios del conjunto. Si a estos añadimos las vasijas globulares, 21%, estaríamos

definiendo claramente las características de la colección, en la que los vasos carenados sólo representarían un 10% y las encellas un 3% testimonial (Figura 58).

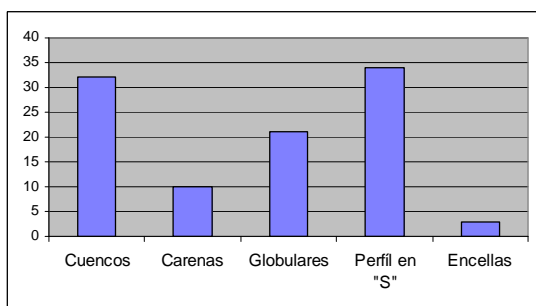


Figura 58 Porcentajes de representación de las distintas formas cerámicas diferenciadas en *El Parantique*.

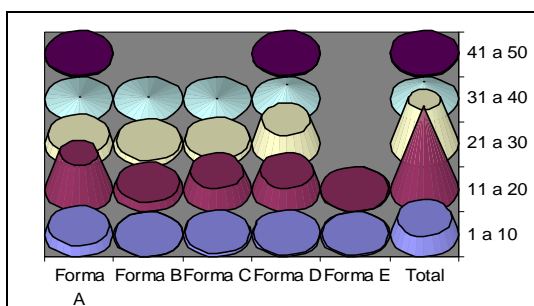


Figura 59 Agrupación según el diámetro del borde de los vasos y tipos cerámicos de *El Parantique*. La escala en centímetros.

En cuanto al tamaño de los vasos, señaladas ya las proporciones de los mismos y considerando el diámetro de la boca –entendiendo que es uno de los valores más fiables de la muestra–, la medida que más se repite es la del intervalo de los 11 a los 20 cm, correspondiendo, mayoritariamente, a las formas abiertas, aunque en el mismo rango también se prodigan los ejemplares atribuidos a las grandes vasijas de almacenaje, tanto de las de forma globular como de perfil en “S”. El intervalo siguiente en medidas, entre 21 y 30 cm, y en número de piezas queda vinculado, exclusivamente, con las formas en “S”. Finalmente hay que destacar que los grandes diámetros están menos representados, si bien cuando aparecen no se asocian únicamente a las grandes vasijas de almacenaje, las de la Forma D, que parecería lógico, sino que también se repiten con la Forma A, los cuencos. Hay que recordar que dentro de esta Forma, las piezas adscritas al tipo A4 corresponden también a grandes piezas contenedoras, aun cuando

tipológicamente repitan las características de las pequeñas escudillas de mesa (Figura 59).

3.2.1.5.2 Decoraciones y otras cerámicas

Dejando al margen los fragmentos de borde, el segundo gran conjunto está constituido por los fragmentos de pared. Se contabilizaron 652 elementos que suponía el 35,36% de las piezas inventariadas. De ellos, la gran mayoría, 627 fragmentos (el 96%), no se han adscrito a ninguna de las formas diferenciadas. La presencia en el 55.5% de los fragmentos de elementos de decoración plástica o impresa (Núms. 137-138), hacen sospechar su pertenencia mayoritaria a vasijas de los tipos D1b y D2b, que entre otras singularidades se caracterizaban por la repetitiva y abigarrada presencia de elementos plásticos.

La decoración plástica, tanto lisa como impresa, sí parece ser uno de los rasgos más singulares de este conjunto cerámico. La presencia de este tipo de decoración alcanza casi el 19% de las piezas incluidas en el inventario, y ello considerando que la mayor parte de los vasos se caracterizan, contrariamente, por la ausencia de cualquier tipo de decoración. En las piezas en las que se significa, ésta se generaliza con un desarrollo sobre el cuello de los vasos. Se trata de aplicaciones de sección triangular o trapezoidal sobre las que se realizan impresiones digitales (Núms. 92, 94, 100, 113, 115, 117,...), unguilaciones (Núms. 89, 93, 111, 137,...) e incluso de pulcras incisiones conseguidas por la aplicación de un fino punzón (Núms. 126 ó 138). Pero además, en los mismos tipos D1b y D2b, es habitual que bajo este cordón superior y paralelo al cuello, se desarrollen, cuelguen, otras series de cordones y metopas rectangulares que contienen otros elementos plásticos circulares (núms. 90 y 138)²¹, o simplemente guinaldas (108 y 89), entre las que se aplican pequeños *pezones*, botones cónicos o incluso orejetas o elementos alargados, como en los ejemplos señalados. Tampoco es inusual en este tipo de vasos la presencia de zonas alisadas con los dedos hasta configurar en algunos casos lo que pudiera interpretarse como un motivo acanalado (Núm. 110), si bien el aspecto tosco y descuidado de la cerámica parece determinar que se trata intencionadamente de conseguir una superficie rugosa probablemente para garantizar una mejor aprehensión, finalidad a la que seguramente no era ajena la aplicación plástica,

²¹ Recordamos una vez más que la numeración de las piezas hace referencia a su orden de reproducción en el anexo correspondiente, en este caso el tercero.

indistintamente de los aspectos decorativos y/o simbólicos que puedan suponerse.

En este sentido hay que señalar la presencia de algunos fragmentos que muestran, precisamente, una decoración intencionada que tienen un claro componente estético, dominando también, al igual que en los elementos plásticos, los esquemas geométricos. Tal es el caso de la pieza identificada con el número 136 que presenta una doble alineación de impresiones semicirculares conseguidas por la aplicación de un elemento no identificado. Los ejemplares 132 y 133 muestran en el exterior una serie de alineaciones paralelas o entrecruzadas de un motivo que bien pudiera interpretarse como triángulos rellenos de líneas paralelas a uno de sus lados. Otros ejemplares que destacan son los fragmentos números 134 y 135 que con mucha probabilidad correspondan a pequeños vasos carenados (Forma B), pero cuya fragmentación no posibilita una adscripción precisa. En el primer ejemplar, aparecido en el Corte 4 (cuadro 53Q') se reconoce una decoración de línea de boquique que enmarca a su vez una, al menos, doble alineación de impresiones circulares o puntos de un motivo impreciso. El segundo vaso, recuperado en el nivel superficial, se identifica por una doble línea que remarca el cuello y está cosida por incisiones verticales.

Otro motivo muy característico entre las decoraciones de las vasijas prehistóricas es el que reconocemos representado en dos de las piezas, la número 130 y la 131, aparecidas una vez más tanto en los niveles removidos como en los de la ocupación prehistórica. Se trata de una serie de líneas en ángulo contrapuesto, también conocido como espiga o espina de pescado y que aparece tanto en la parte interna como externa del vaso, siempre junto al borde o en la parte superior de la vasija. La presencia en el labio interior esta asociada a las formas abiertas que son las únicas, por otra parte, que permitirían su contemplación.

En todos los casos comentados, las pastas fueron decantadas y los desgrasantes, cuarcíticos, son de tamaño fino; mientras que las superficies están muy bruñidas, y las coloraciones, como es rasgo común en el conjunto, muestran tonos oxidantes y reductores entremezclados, aun cuando dominan los tonos pardos terrosos (por ejemplo, 2D5 ó 3B4 de la tabla citada de Llanos y Vegas).

Finalmente hay que señalar, entre los vasos decorados, otros dos fragmentos, los numerados como 128 y 129. El último apareció en el Corte 5, concretamente en el cuadro 67AJ'. Su reducido tamaño hace problemática la identificación del motivo, que se

realizaría con técnica excisa, aunque probablemente correspondiera a un ajedrezado. No puede descartarse que se trate del efecto producido por una fragmentación posterior precisamente por irregularidades debidas a su manufactura o cocción, si bien nos inclinamos a pensar que realmente se trata de una pieza que tuvo una decoración conseguida por la extracción de pasta cuando aún estaba fresca y antes de proceder al horneado.

Esta interpretación estaría respaldada por la existencia del fragmento número 128, donde se aprecia ciertamente la presencia de la técnica excisa. En este caso, se trata de la pared de un vaso aparecido en el nivel superficial. Corresponde a una pieza de pequeño o mediano tamaño a juzgar por el escaso grosor de la pared, que contiene medianos granos de cuarcita y caliza. La superficie, de tonalidad oxidante (2B4), está muy bruñida, contrastando con las bandas rehundidas de superficie claramente rugosa, resultado de la extracción de la pasta. En la banda superior del motivo se aprecia que para su realización se utilizó un punzón plano del mismo tamaño que el ancho de la banda, a tenor de las rebabas o huellas que la sucesiva incisión y extracción, al modo de la técnica del punto y raya, produjo.

Junto a estos vasos con decoración hay que incluir una vasija, la número 125, cuyo perfil sinuoso ofrece proporciones de notable proporcionalidad. Formalmente pudiera asemejarse a las ollas de mediano tamaño incluidas en los tipos B2b o D2b, dependiendo del mayor desarrollo del cuello y la presencia o ausencia de carena. La particularidad de la pieza está determinada por la existencia de un asa que muestra en superficie cuatro incisiones paralelas realizadas en un momento posterior a la cocción, así como la presencia de dos pequeñas protuberancias o pezones alineados a ambos lados de la base y, finalmente, dos perforaciones en la parte superior del arranque del asa. Sin duda, las incisiones y los orificios pudiera tener un significado estético que, en tal caso, fue rematado con posterioridad a la realización de la pieza, cuya utilización fue dilatada, como indica el hecho de que las incisiones aparezcan recubiertas por una pátina que oculta la totalidad de la superficie del fragmento.

En la misma lámina del anexo se reproducen otras dos piezas, en este caso lisas, para las que se advierten unas características especiales. Una de ellas, la número 124, es un cuenco en el que destaca el grosor de las paredes, que se muestran alisadas al exterior y en las que se diferencia, pese al tamaño de la sección, un desgrasante medio de granos de cuarzo. Formalmente esta pieza se asemeja a las formas

abiertas más sencillas, aún cuando sospechamos que por sus proporciones pudiera tratarse de un crisol, pero es cierto que no se han detectado en su superficie, ni interior ni exterior, huellas o restos de gotas de ganga que confirmen esta hipótesis.

Una explicación similar requiere la interpretación del segundo fragmento referido, el número 123. En este caso la pieza apareció en el Corte 1, dentro del nivel de ocupación que correspondía al cuadro 7J. Se trata de una vasija de la que destaca su borde y cuello estrecho, de apenas 7 cm, con digitaciones sobre el labio plano y con la presencia de un cordón, también digitado que recorre la pared de forma paralela al borde. Por su forma pudiera interpretarse como un cuello de botella muy próxima a la variante C2b, pero sus características morfológicas y el escaso peso del fragmento, invitan a suponerle otra función.

En efecto, pese a su pequeño tamaño y lo cuidado de su factura la pasta es de un aspecto poroso y color grisáceo (3D1) con un desgrasante desproporcionadamente grueso para el espesor de la pared. Aún cuando no se dispone de más argumentos que los señalados, no parece improbable que corresponda al extremo de una tobera o boquilla de una pieza que se viera sometido a fuertes temperaturas.

Ambas piezas, de ser acertada la interpretación, estarían asociadas al procesado del mineral, actividad que, aún cuando no se pueda confirmar por estos hallazgos, desde luego debemos sospechar conocían.

Otros elementos singulares son los que se corresponden con los números 139 a 143. Además de las asas que numeramos como 140 y 141, de distinto tamaño y proporción, de tipo cinta y sección más o menos ovalada, destacan dos fragmentos aparecidos en el Corte 4. El primero se interpretó como el fragmento de una vasija geminada, por cuanto muestra dos paredes o caras internas al exterior y entre ambas, pegadas, dos superficies externas, de tratamiento pulido. La pieza 142 parece corresponder también a un asa doble o geminada, como demuestra su sección. La última de las piezas referidas, la número 143 que apareció en el Corte 2, corresponde, por su forma circular plana y la presencia de dos perforaciones paralelas, a una ficha o separador de hilos, en todo caso, a un elemento vinculado a un telar y, por tanto, a la elaboración textil.

3.2.1.5.3 Fondos o bases.

Para concluir la caracterización del conjunto cerámico del yacimiento de Balluncar resta presentar la variedad

tipológica de las bases de las vasijas. La fragmentación del ajuar cerámico no permite adscribir con un porcentaje de seguridad aceptable las numerosas bases cerámicas a piezas singularizadas. Por ello se han agrupado las distintas variantes en cuatro grandes conjuntos que aparecen diferenciados en la ficha de inventario con las abreviaturas F1 a F4, dependiendo de su adscripción, y sólo con la abreviatura "F" cuando no fue posible incluirlas en alguno de los modelos que se reproducen en la Figura 60, que se describen a continuación:

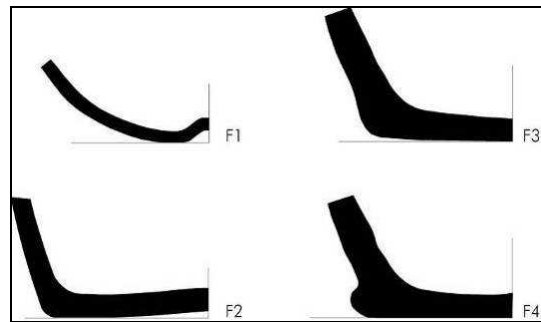


Figura 60 Tipos o variantes de fondos o bases de El Parpantique.

F1. Se trata de las bases cóncavas que generalmente se caracterizan por un pequeño umbo al interior del vaso (Núms. 144 a 146). Esta forma de rematar las vasijas es la más simple, estando relacionada, principalmente, con las variantes abiertas y con piezas carenadas. Entre los ejemplos reconocidos tenemos la singularidad de las piezas que presentan al interior, remarcando la zona central del umbo, una serie de pequeños pezones en disposición circular. Aunque desconocemos su significado no debemos descartar una finalidad funcional, sin despreciar otras rituales.

F2. En este grupo se incluyen los fondos planos o ligeramente elevados en su centro, recordando a los anteriores umbos, y que se caracterizan por una unión con la pared mediante una suave curvatura, sin que exista ángulo marcado (Núms. 147 a 155 y 163). La variedad de tamaño es muy amplia desde los 5,5 a los 28 cm de diámetro, si bien la media se sitúa en un rango más uniforme, de los 12 a 16 cm. Sin duda, corresponden a remates de vasos globulares (Núms. 152-153) y también de las grandes vasijas contenedores de la Forma D (Núms. 159 ó 163).

Como singularidad hay que señalar la presencia, en el exterior de algunos de estos fondos (Núms. 149-151), de finas incisiones que conforman un reticulado no siempre regular, advirtiéndose desvíos o duplicaciones de líneas al repasar las incisiones. Sin descartar el

interés estético de estas figuras no es menos cierto que, por su localización en un espacio generalmente oculto a la observación, hay que sospechar que su finalidad era la de conseguir una superficie intencionadamente rugosa para asegurar una mejor sustentación. Por ello, tal vez, los alfareros realizarían estas incisiones semejando las huellas que dejan los entramados vegetales o de cáñamo sobre los que, se ha documentado, se hacían o secaban algunas piezas en determinados momentos, generalmente más antiguos. Por tanto, estas *decoraciones* no vendrían sino a demostrar un estadio más avanzado, en el que no era necesaria la utilización de aquellas esteras vegetales, si bien la costumbre de su presencia no estaba olvidada.

F3. De nuevo se trata de bases planas que ahora se unen a la pared mediante un ligero ángulo que rompe la continuidad que caracterizada al tipo anterior (Núms. 156 a 159). Estos remates por la amplitud de la curvatura de la pared deben asociarse a las cerámicas agrupadas en la Forma D y a sus distintas variantes, ya que las dimensiones calculadas proyectan un abanico de diámetros muy amplio, de 5 a 21 cm, si bien la media permite agrupar el conjunto en dos rangos de 8 a 10 cm y de 14 a 18 cm.

F4. El último tipo diferenciado pudiera estimarse una variante del anterior. La base plana remata con la pared mediante un ángulo muy marcado (Núms. 160, 164 y 166 a 168), llegando a definir como novedad un estrangulamiento que remarca el final de la pared (Núms. 161, 162, 165, 166 ó 169). Por otra parte, los tamaños no parecen distinguirse de aquellos, oscilan entre los 9 y los 20 cm, situándose la media entre 14 y 17 cm.

El número de fondos inventariados entre las dos campañas de excavación en *El Parpantique* es de 186 lo que aproximadamente supone el 10% de las piezas diferenciadas e inventariadas. En relación con los vasos clasificados tipológicamente, 638 ejemplares, los fondos superan el 29%, lo que indudablemente supone una muestra representativa.

Asimismo, es de destacar que del conjunto de los fondos, 54 (el 29%) fueron recuperados en la primera campaña y de ellos 21 (el 38.8%) en los niveles superficiales o removidos. Por el contrario, en la segunda y última campaña se recuperaron 132 fragmentos, todos en niveles de ocupación. Sin duda una primera y simple explicación de esta distribución fuera que la muestra estuviera sesgada por nosotros mismos. Así se explicaría que la primera campaña fuera menos selectiva la recogida de material y aun que en los primeros trabajos recogiéramos los materiales

removidos de la superficie. Ello evidentemente pudo ocurrir, pero en contra debemos valorar que dicho material superficial ya había sido seleccionado por los vecinos de Balluncar y por otros curiosos que habían recolectado una amplia y variada colección cerámica que depositaron con posterioridad en el Museo Numantino. En estas colecciones el número de fondos, menos llamativo, era muy bajo, por lo que la muestra debiera haber tenido un peso mayor si hubiéramos incidido en una recolección de los materiales de superficie. Bien al contrario, creemos que estos datos vienen a confirmar que el nivel inferior del yacimiento se encontraba en un grado de conservación excelente, con el material *in situ*, como demuestra este porcentaje de ubicación de las bases cerámicas y el hallazgo, durante nuestros trabajos, de vasijas que apoyaban su base en el suelo de ocupación y a las que les faltaba la parte superior de la pieza.

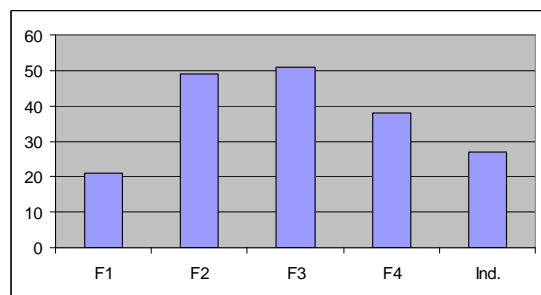


Figura 61 Clasificación por tipos de las bases o fondos recuperados en *El Parpantique*

La representatividad de los tipos identificados en el inventario queda reflejada en la Figura 61. Destaca el claro dominio de los fondos planos, y dentro de estos los de ángulo marcado sobre los redondeados o continuos. La suma de los primeros alcanzaría un porcentaje próximo al 50% que no desentonaría tampoco con el porcentaje de las grandes cerámicas de los grupos C y D ya comentados (un 44%) a las que debiéramos sumar los correspondientes, por ejemplo, a los tipos A3 y A4 a las que les suponemos similar remate. Tan sólo, sobre este aspecto, reseñar el bajo índice que alcanzan los tipo más simples hemisféricos de umbo, un 11%, que contrasta con el 32% que alcanzaban las formas abiertas, si bien como se ha señalado, ciertas variantes de éstas también presentaban fondos planos.

3.2.1.5.4 Distribución del material cerámico

Al analizar los mapas de dispersión del material cerámico a partir de los datos de la excavación (Anexo

2, Distribución de materiales) debemos considerar el grado de conservación de los niveles y estructuras reconocidas. De un lado, muchos de los objetos fueron recogidos en superficie o en la capa removida por el expolio. La remoción a que se sometió esta capa hace cuestionar el análisis topográfico de los materiales asociados, pese a lo que se realizó un control por áreas.

A pesar de ello, creemos que la información recuperada puede ser útil para ayudar a interpretar los hallazgos. En primer lugar en la representación volumétrica (Figura 62), tanto por cuadros como por cortes, y contabilizando la totalidad de fragmentos recogidos, se singularizan distintas concentraciones. Las mayores se aprecian en los Cortes 1 y 2, en los cuadros más próximos al interior del cerro y por tanto a los restos constructivos modernos. Es la zona, además, en la que se documentó la superposición de ocupaciones y por tanto, la que conservaba niveles con una mayor profundidad. Algo similar ocurre en el Corte

5, donde la mayor concentración de hallazgos se produce en los cuadros en los que se dibujan los pozos de mayores dimensiones, cuyo relleno aporta el mayor volumen de materiales. Finalmente, en el Corte 4 se aprecia una concentración en el extremo más meridional del mismo, coincidiendo con la estancia en la que se localizó el hogar y las cerámicas que denunciaban la actividad de cocina.

Por otra parte, al observar la distribución de los hallazgos cerámicos torneados, considerando los aparecidos en los cortes excavados (Figura 63), se confirman alguno de estos aspectos. A excepción de los escasos fragmentos aparecidos en los Cortes 4 y 5, y en este último, una vez más, en el relleno de P3, la gran mayoría de los hallazgos se localizan próximos a la cimentación de la estructura que se interpreta como la base de una atalaya, confirmando la cronología reciente de los suelos y encachados del Corte 1. En suma, tal distribución define el espacio alterado en época medieval.

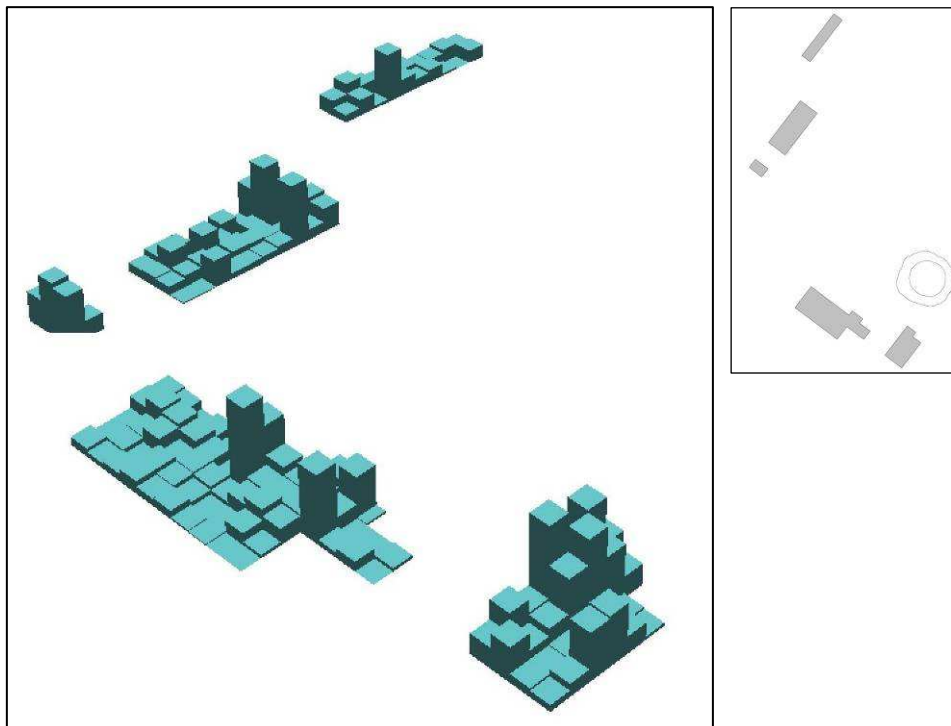


Figura 62 Densidad de hallazgos cerámicos por cuadros excavados en *El Parpantique*.

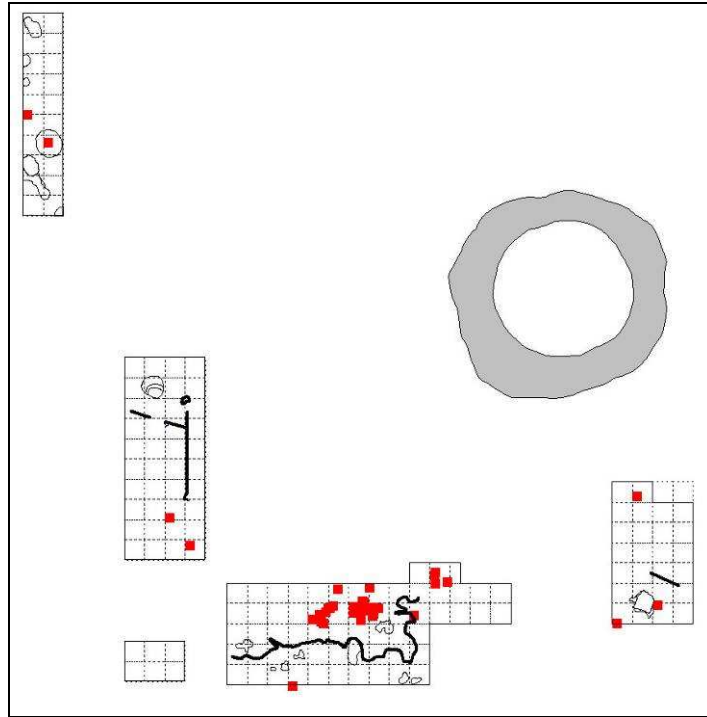


Figura 63 Localización de las cerámicas torneadas halladas en los niveles arqueológicos.

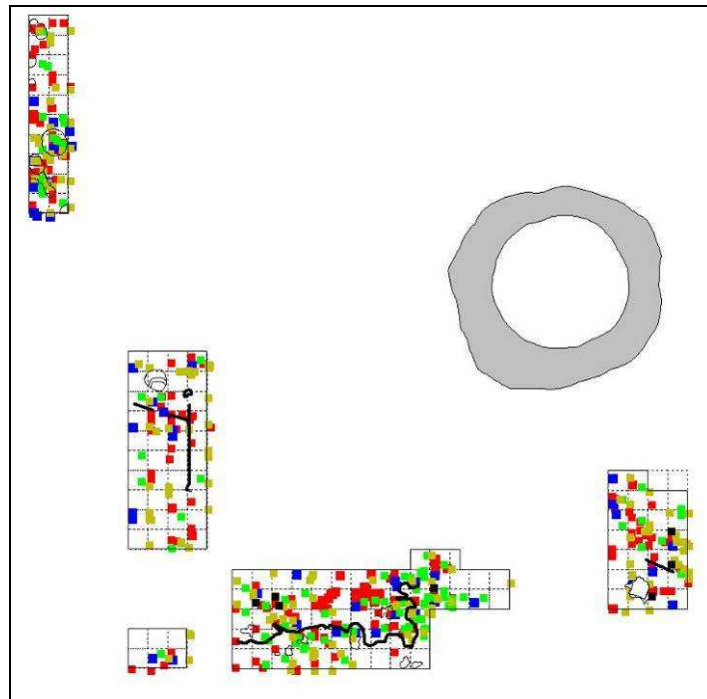


Figura 64 Distribución de las cerámicas hechas a mano.
 Forma A: rojo; B: azul; C: verde; D: amarillo, y E: negro.

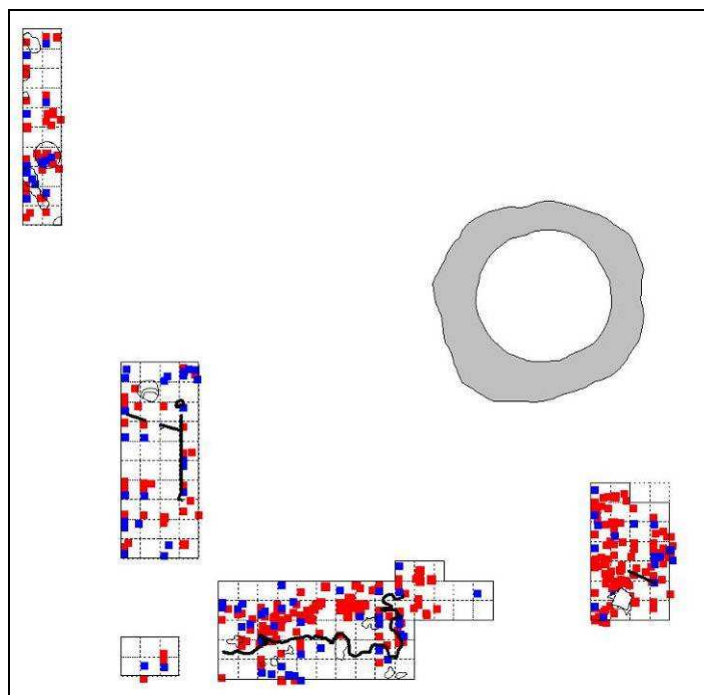


Figura 65 Distribución de las cerámicas decoradas y formas asociadas.
 Rojo: fragmentos decorados; Azul: Tipos D1b y D2b.

En cuanto a la distribución de la cerámica hecha a mano (Figura 64 y Figura 65), refleja una densidad, en los distintos cortes, que no permite muchas precisiones. Los cuencos y las formas “S” están presentes en todos los espacios reconocidos, lo que puede explicarse por la abundancia y poli-funcionalidad de estos tipos, las formas carenadas, menos numerosas, deberían mostrar una distribución más restringida o selectiva, lo que a tenor de los datos disponibles no puede asegurarse, al estar presentes, aunque en menor número, en todos los espacios.

Más interesante resulta la distribución de las formas globulares. Aunque también aparecen en todos los sectores, no es menos cierto que su concentración se constata en los dos primeros y, de forma mayoritaria, en el entorno de la cabaña del Corte 1. Esta circunstancia tal vez pueda vincularse a la distribución de la última de las formas diferenciadas, la E, las encellas o coladores. En el yacimiento, los fragmentos de encellas localizadas en niveles arqueológicos se concentran, exclusivamente, en el interior de la misma cabaña del Corte 1, en el espacio contrario al hogar, por lo que hay que suponer que en esta estancia se realizaría alguna actividad relacionada con la transformación láctea, o se guardarían los utensilios para realizarla. La coincidencia en la concentración de vasijas globulares, asociadas a

la contención y transvase de líquidos, es otro indicio que hay que tomar en consideración.

La distribución de las cerámicas decoradas, incluidas las aplicaciones plásticas, que son la mayoría, muestra un patrón de distribución que abarca los distintos sectores, siendo mayoritario en los dos primeros, coincidiendo con el mayor volumen de concentración de hallazgos. En la Figura 65 se muestra la localización de estas cerámicas junto con los grandes contenedores, los tipos D1b y D2b, por ser los vasos a los que se asocian dichas aplicaciones. La coincidencia en la presencia de unos y otros elementos resulta evidente y conforme a lo esperado, si bien, en el caso del Corte 2, y en menor medida en el Corte 1, resulta significativa el abrumador dominio de las piezas decoradas sobre los elementos formales. La imagen pudiera reflejar el que muchos de los fragmentos decorados correspondan a una misma pieza, siendo más difícil diferenciar las agrupaciones que en el caso de los fragmentos lisos. Recordemos que esta fue una de las razones para que en el computo final de objetos se desestimaran aquellos fragmentos que no permitían reconstruir la forma a partir de la presencia de un elemento, al menos, significativo, bien fuera borde o carena.

Este hecho, de ser genérico, debiera reflejarse en todos los sectores y la abrumadora diferencia entre un grupo y otro se aprecia especialmente en el Corte 2, lo

que sin duda evidencia, al menos, una mayor fragmentación del material que puede deberse, entre otras cuestiones, a la mayor presión de los rellenos superiores, como en el caso del Corte 1 en el que también se aprecia, en menor grado, el mismo proceso; o bien que la cabaña reconocida en el Corte 2 hubiera sido abandonada con anterioridad y su espacio

amortizado. Este hecho explicaría la mayor fragmentación de los materiales, la presencia de grandes fragmentos de una misma vasija en un radio muy próximo, y la deficiente conservación de los elementos estructurales, muy arrasados pese al potente hogar asociado.

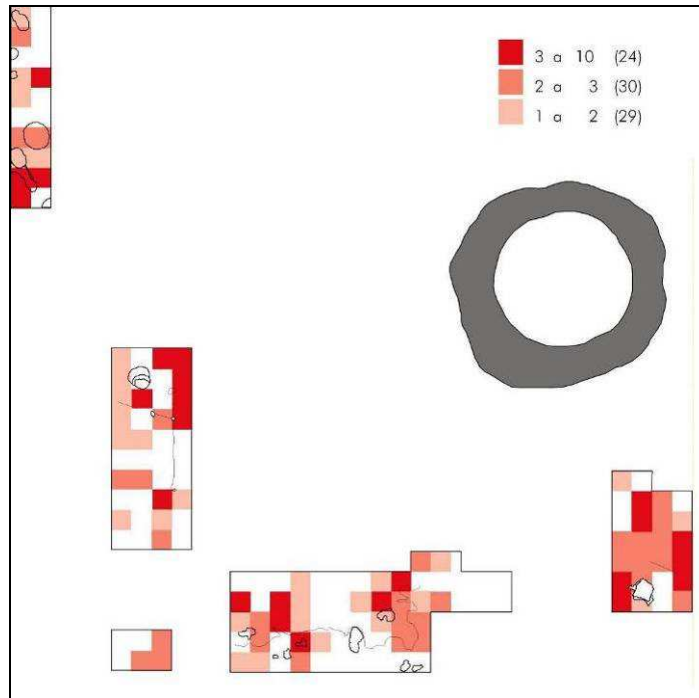


Figura 66 Índices de relación entre cuadros considerando la reconstrucción cerámica.

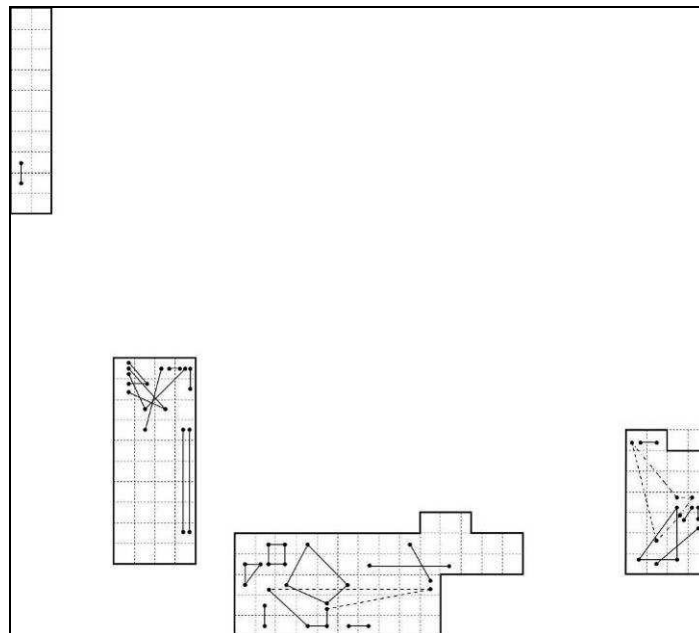


Figura 67 Representación de los cuadros que contienen fragmentos de una misma pieza cerámica.

En tal sentido, resultan esclarecedores los índices reflejados en la Figura 66 sobre la densidad de fragmentos que unen entre sí referenciados sobre la cuadrícula del registro. De nuevo, las mayores concentraciones se realizan en los espacios de habitación, y concretamente la mayor intensidad se refleja en los Cortes 2 y 1, mientras que en el Corte 4 sólo se produce en los cuadros próximos al hogar, y en el más inmediato.

Finalmente, en el Corte 5 también hay cuadros en los que se unieron distintos fragmentos cerámicos, pero es de resaltar que las mayores densidades en este sector coincidan con los cuadros en los que no existe un silo bien delimitado; es probable que tal vez se deba a que estas estructuras negativas no fueron utilizadas o amortizadas como basureros, sino que se abandonaron cuando se produjo la salida del poblado.

Esta hipótesis puede quedar confirmada con la última de las presentaciones sobre la distribución de los hallazgos cerámicos de *El Parpantique* (Figura 67). Se trata de un esquema identificativo de la relación de cuadros en los que localizamos fragmentos que se han podido atribuir a una misma pieza, es decir la presentación de los cuadros cuyo material, en algún momento, ha tenido relación directa. En lo que nos ocupa es claro que, al contrario que en la zona de vivienda, donde se refleja una clara amalgama de relaciones, en el Corte 5 sólo se aprecia una única relación entre cuadros, concretamente entre los correspondientes a los pozos P2 y P2bis que mostraban una clara superposición que conllevó, sin duda, a la remoción de los materiales y, por consiguiente, una fragmentación seguramente post-deposicional. En todo caso, es evidente que esta singularidad contrasta claramente con el patrón diferenciado en el resto de los cuadros.

En los distintos sectores, excepción del Corte 3, se aprecia una clara relación entre cuadros produciendo marañas de líneas que determinan las relaciones. En el Corte 1 y en el 2 las vinculaciones se concentran en el espacio o habitación de mayores dimensiones, en la que no se encontraba el hogar. Las relaciones entre los espacios interiores y el exterior de la cabaña en el Corte 1 pueden reflejar, tal vez, el desplome de la pared, en dirección este-oeste, siguiendo la posible alineación del supuesto muro interior de compartimentación. Por el contrario, en el espacio próximo al hogar las relaciones son puntuales, constatándose relaciones entre cuadros intramuros y extramuros (Corte 1), y entre los dos espacios interiores (Corte 2).

Por el contrario, en la cabaña del Corte 4 las asociaciones son bien diferentes. No se aprecia una relación entre los espacios del interior y del exterior de la habitación, bien al contrario, las referencias son siempre entre espacios del mismo ámbito. Al exterior se aprecian sendas correspondencias que marcan la alineación de la pared meridional, mientras que al interior todas las vinculaciones se concentran en el entorno del hogar. Posiblemente esta imagen permita confirmar, aun a pesar de la falta de hallazgos, que los límites de la estructura están incluidos en el área excavada, e incluso que el ángulo que marca el cuadro 51V' con los inmediatos define la esquina de esta construcción. Más interesante resulta en este Corte que la estancia más amplia esté exenta de cualquier relación, tal vez porque la actividad allí realizada se basaría en la molienda y o en la transformación de productos vegetales, mientras que en el Corte 1 se explicaría la mayor relación por el agrupamiento de encellas y vasijas de forma globular que pudieron utilizarse para la elaboración de derivados lácteos.

3.2.1.6 La industria lítica

Al presentar el utillaje recuperado se indicaba el abrumador dominio de las cerámicas y la presencia casi testimonial del resto de materiales. De los conocidos, el conjunto lítico de *El Parpantique* es el más completo y aún así las piezas inventariadas superan escasamente la veintena de ejemplares (Anexo 2).

De estas piezas, más de la mitad, una docena, corresponden a los típicos denticulados (Núms. 170 a 179 y 181 y 182). Están ejecutadas sobre láminas de sección trapezoidal y proporciones muy regulares, oscilando en dos rangos: entre 5 y 6 cm, y entre 2 y 3 cm de longitud. Se realizan sobre sílex blanco, y también traslúcido y negro, todos de muy buena calidad. Técnicamente se trata de láminas secundarias. Sólo dos de los denticulados muestran restos de córtex y siempre de forma marginal. El retoque denticulado, tanto directo como inverso y mayoritariamente bifacial es siempre lateral, mostrando el lado contrario un borde abatido por retoque abrupto o fractura. Del mismo modo, el lado distal muestra restos de retoque abrupto, en este caso marginal, con lo que se consigue, junto con el lado proximal fracturado en la preparación, que tres de los lados carezcan de filo y, bien al contrario, muestren un plano más o menos continuo que facilitaría su enmangue.

Aún cuando la presencia del retoque denticulado es lo que caracteriza a estas piezas, también se diferencian otras que muestran un filo natural (Núm. 182), no dudando en ningún caso de su utilización para la misma función.

La cantidad, dimensiones y la existencia de los dos tamaños tan claros es lo que hace suponer que los dientes, que muestran una clara pátina amarillenta y muy pulida, correspondan a más de una pieza, más de una hoz. Esta suposición es fácilmente contrastable. Al colocar seguidos todos estos elementos conseguiríamos un filo cortante que oscilaría entre los 48 y 60 cm, lo que unido al necesario intervalo entre los dientes para su correcto engarce y el empuje para asir el utensilio, proyectaríamos una única pieza superior a los 80 cm, lo que la haría poco práctica para la corta del cereal. La acción debía conseguirse por frotación más que por golpeo, por lo que resultaría más ventajoso un útil de filo corto y compacto.

También se reconocen otras piezas líticas menos características. Destaca un buril (num. 180) realizado sobre lasca y lo que debió ser un raspador o afilador (Num. 184), en este caso conseguido con un retoque abrupto e invasor, a modo de muesca, sobre el lado distal también de una lasca con restos de córtex. Además se cuenta con un elemento apuntado (Num. 183), realmente una lasca de sílex blanquecino con restos de semidescortezado que, pese a su tamaño y forma, nos atreveríamos a clasificar como resto de talla, al igual que otros fragmentos líticos, tanto de sílex melado como quemado e incluso la presencia de dos pequeños núcleos agotados con huellas de desgajes y restos de cortes. Estas evidencias y el que las láminas muestren también elementos de descortezado lleva a pensar que la materia prima utilizada era la de pequeños nódulos, muy habituales en las proximidades (Carnicero, 1985: 185-188; Fig. 49-50).

Respecto a la materia prima empleada para la elaboración de útiles hay que hacer mención a la presencia abundante de cantos o guijarros cuarcíticos que muestran signos evidentes de haber sido golpeados para la extracción de lascas e incluso alguna lámina de tosca factura pero de buenas proporciones. No se reconocen retoques intencionados, si bien sí pueden diferenciarse algunos golpes aislados, nunca continuos ni regulares. Tampoco muestran huellas de uso ni patina si no que los filos naturales se muestran vivos. Más que un aprovechamiento para la fabricación de útiles elaborados, estas extracciones pudieron haber servido, de forma ocasional, como elementos de hoz, para ajustar alguno de los precisos dientes realizados en buen sílex. Pero de manera más habitual, no hay

que descartar la posibilidad de que el aprovechamiento de estos cantos de cuarcita corresponda a la necesidad de obtener partículas y pequeños granos para su mezcla con la arcilla en el proceso de elaboración de la cerámica.

En lo relativo a su distribución dentro del área excavada, las piezas líticas están representadas en todos los cortes, en menor porcentaje en los dos intermedios y con mayor presencia en el primero y en el quinto donde se constatan en el nivel superficial y en los cuadros 65AJ' y 67AM' (Figura 68).

Precisamente de este mismo corte, del cuadro 67AG', procede una última pieza lítica. Se trata de un colgante de forma rectangular y esquinas redondeadas mediante pulimento y realizado en pizarra (núm. 185). Muestra en uno de los extremos un orificio fragmentado pero realizado a un único bisel que, sin duda, debió servir para pasar un cordón de piel o vegetal del que colgaría. Hay que recordar que en este cuadro se inscribe el pozo 2 cuya morfología recuerda a la del pozo 3, y que, además, su construcción se realizó cortando otro anterior, P2b, menos profundo y de cronología prehistórica. Por ello, la adscripción del colgante puede ofrecer dudas que no se resuelven por la clasificación tipológica al tratarse de un modelo muy sencillo.

Sin duda, la distribución de estos objetos adquiere mayor interés (Figura 68) al compararla con la de los molinos de tipo barquiforme. Por su peso pueden localizarse, más fácilmente, en el lugar de abandono, siendo altamente probable que coincidiera, además, con el de utilización. Entre el material recogido se contabilizan 12 muelas. Cinco aparecieron entre los materiales superficiales removidos, una en el Corte 3 y otras cuatro en el Corte 4 y deben sumarse a otras muchas recogidas por los vecinos y alguna más, cuya existencia se atisba entre los escombros que cubren la ladera del cerro. Aún con su tipología más sencilla estos útiles tienen una larga vida por lo que su adscripción a la etapa prehistórica no es franca.

En el conjunto hay siete que se recogieron en los niveles más antiguos y a excepción de la recuperada en el Corte 3, el resto se asocia a estancias de habitación, concretamente a las cabañas dibujadas en los Cortes 2 y 4. En este último ya se había mencionado este hallazgo al describir la estancia mayor, en la que aparecían abundantes granos de cereal, por lo que, obviamente, es posible asociar ambos elementos con la actividad de molienda. El hallazgo de otros cuatro molinos en el Corte 2 confirma esta actividad en otro espacio de habitación, aun cuando en este caso se hallaron en las dos estancias.

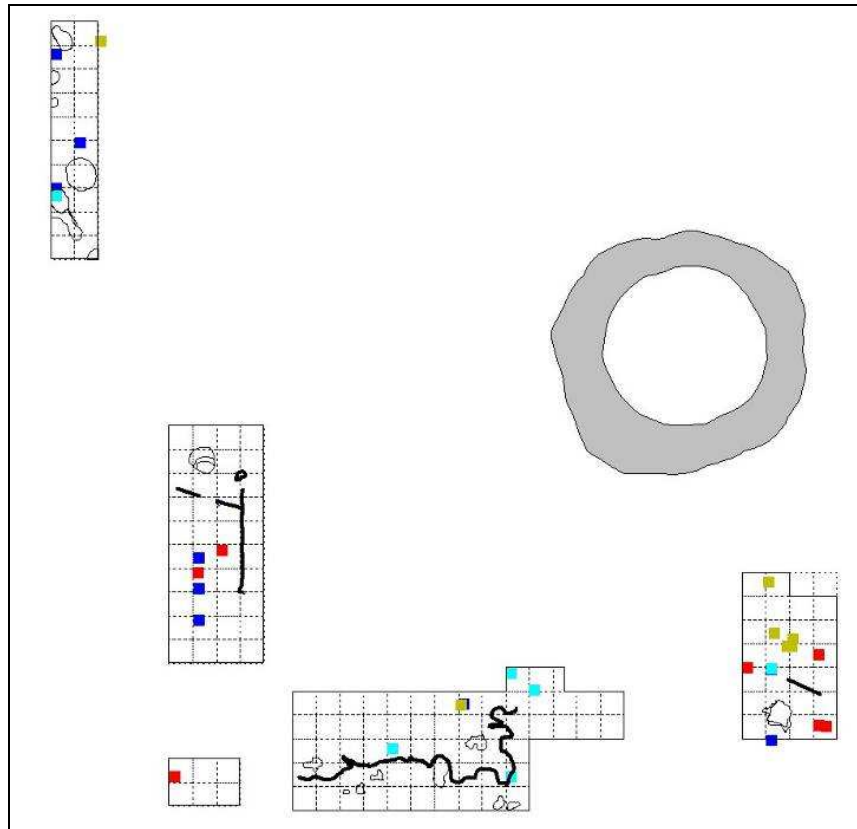


Figura 68 Distribución de distintos materiales líticos.
 Rojo: molinos; Amarillo: hueso; Azul: denticulados; Cian: otros líticos

Puede constituir una mera coincidencia, pero la presencia de un grupo de, al menos, cuatro elementos de hoz en el Corte 4, coincidiendo con el espacio en el que se localizaron las dos piezas de molino y el grano, pudiera ser razón suficiente para sospechar que en la estancia se depositó una hoz junto a otros útiles relacionados con el tratamiento del cereal.

Del mismo modo, hay que indicar que en el Corte 1, donde aparecieron las encellas o coladores, no hay ningún elemento de molienda y aunque sí se localiza un diente de hoz destacan un grupo de objetos líticos cuarcíticos que pudieron haberse utilizado para transferir calor al proceso del cuajado.

Estos argumentos son suficientes para sospechar la posibilidad de diferenciar actividades en las distintas estancias, o bien que dichas actividades eran realizadas por quienes se vinculaban a cada habitación.

3.2.1. 7 La industria ósea y metálica

Si la industria lítica es escasa, los restos óseos y metálicos recuperados en este yacimiento resultan excepcionales. Una de las características de los poblados excavados es que apenas aparecen restos óseos sean trabajados o no. Posiblemente la acidez del terreno tenga que ver con los procesos acelerados de descomposición, lo que explicaría que los únicos huesos, muy alterados, documentados se asocien al nivel más reciente de la ocupación.

En el caso de *El Parpantique*, la excepción se confirma en dos ejemplares que reproducimos. El primero, el número 186, es un fragmento medio de una placa alargada o rectangular muy pulida y endurecida por la acción del fuego, siendo probable que se trate del resto de un pequeño colgante que se quemó, lo que le dota de un típico colorido calcinado y una superficie brillante y poco porosa. Por la sección que se conserva, con un pequeño resalte lateral, nos lleva a pensar que se fabricó sobre una esquirra o parte de la cara de un hueso hueco.

El segundo ejemplar referido, el número 187, se corresponde con un fragmento de forma indeterminada, realizada sobre un hueso macizo, posiblemente una costilla de mediano tamaño a juzgar por el perfil curvo de una de sus caras. De nuevo muestra las superficies muy pulidas y sometidas a la acción del fuego. Ambos objetos aparecieron en el sector 5, en el cuadro 65AH', el primero en la capa superficial, y el segundo dentro del relleno del pozo 3 que abarcaba el cuadro antedicho y los limítrofes, lo que no ayuda, en ninguno de los dos casos, a precisar su cronología. En todo caso, la conservación singular de estas piezas pudo estar

favorecida y condicionada por el pulimento e incluso por la acción del fuego, que pudieron cerrar los poros, endureciendo la materia prima.

Para concluir la descripción del material recuperado sólo queda hacer mención a los hallazgos, aún más exigüos, metálicos. En *El Parpantique* reconocimos otras dos piezas. La primera, la número 190 de las reproducidas, corresponde a un fragmento de forma más o menos circular y que cuenta con dos perforaciones centrales, una de las cuales coincide con la línea de fractura. Fue localizado en la capa superficial, removida, del Corte 5 y pese a los deterioros superficiales pudiera tratarse de un botón de cronología incierta, pero también pudiera tratarse de un colgante que por la coloración y aspecto estaría realizado sobre cobre estannífero, pues dudamos que por sus características pueda considerarse bronce. La segunda pieza, la número 188, parece corresponder a un punzón de sección circular que también apareció en el Corte 5 (67AE') en muy mal estado de conservación. A pesar de que las impurezas derivadas del proceso de oxidación, distorsiona su apariencia, por su tamaño y forma no desentona de los típicos punzones biapuntados, los más simples y característicos desde el Calcolítico hasta la Edad del Hierro.

Aparte de estas consideraciones formales, estas piezas no posibilitan una clara adscripción cronológica por haber sido recuperadas en niveles removidos. La simplicidad de los modelos no permite, tampoco, su adscripción a una u otra época, al estar documentada la introducción de la metalurgia en este mismo territorio desde etapas anteriores a las que nos ocupan. Al respecto, hay que recordar que uno de los fragmentos cerámicos que por forma y características pudieran interpretarse como usado para fines de transformación de mineral se localizó en el cuadro 7J, del Corte, dentro del nivel prehistórico, lo que hace sugerente la asociación de ambos elementos que atestiguarían la existencia de dicha actividad durante la ocupación más antigua, si bien con los datos disponibles esta propuesta no puede ser contrastada.

3.2.1. 8 Análisis radiocarbónicos

La presencia de carbón junto a los abundantes fragmentos constructivos hizo posible que se dispusiera de muestras para realizar análisis cronológicos, que fueron efectuados por el Dr. Mook del Laboratorium voor Algemene Natuurkunde de Groningen en Holanda.

Se analizaron dos muestras recogidas en la primera campaña de 1985. En concreto, sendos fragmentos de madera carbonizada aparecidas en los cortes más septentrionales, precisamente en los cuadros 57-J' y 59-P', a una profundidad del manto vegetal similar, 0,35 m, y recubiertos por el derrumbe de los manteados de las paredes de una cabaña, ya sobre el manto natural calizo (Figura 69). Esta situación hacía presagiar una conservación idónea y, en todo caso, eran las más alejadas de la superficie, por lo que el arrastre de la capa superior no les había afectado y se encontraban limpias de raíces u otros elementos extraños.

Los resultados recibidos en diciembre de 1985 fueron los siguientes, tal como se documenta en el anexo 4:

GrN-13290 *Parpantique* 1: 3720 ± 30 bp Carbón vegetal

GrN-13291 *Parpantique* 2: 3730 ± 35 bp Carbón vegetal

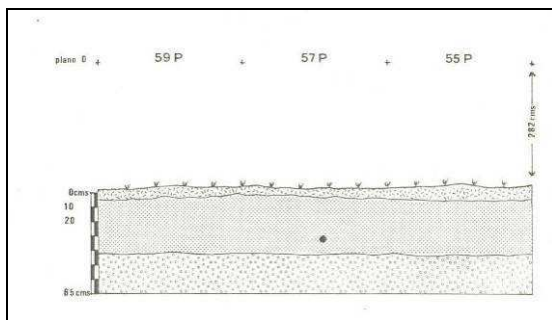


Figura 69 Localización de las muestras de carbón.

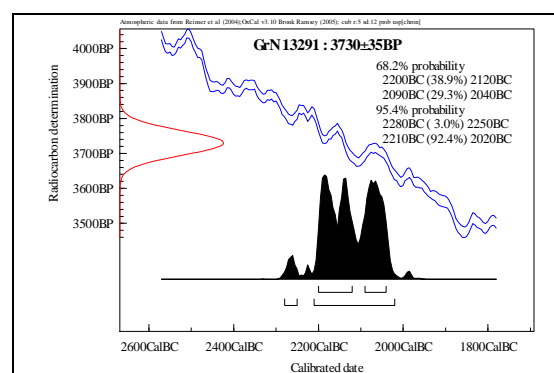
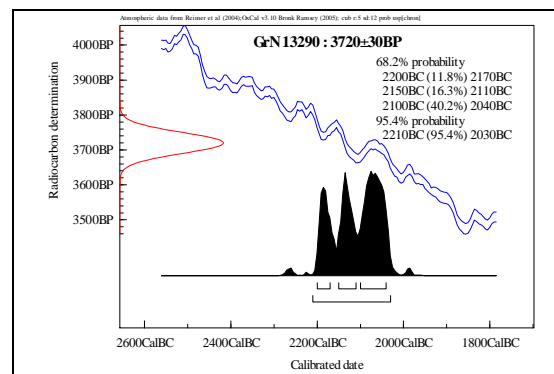
Aún sin calibrar, ambas fechas situarían la ocupación prehistórica en un momento intermedio de la primera mitad del segundo milenio a.C., es decir en una etapa previa a la fase definida por el poblado próximo de Los Tolmos de Caracena y por tanto en los momentos iniciales de la Edad del Bronce.

Asimismo los resultados evidenciaban una única ocupación prehistórica que también se reflejaba en la uniformidad de los materiales. Este hecho y la similitud con otras fechas obtenidas para contextos similares, supuso que, aunque en la campaña de 1987 se recogieran nuevas muestras de carbones susceptibles de ser analizadas, se declinara tal posibilidad y fueran entregadas, con el material recuperado, en el Museo Numantino.

Los resultados comentados se sometieron al programa de calibración Oxcal v3.10 Bronk Ramsey (2005), basados en los trabajos sobre datación atmosférica de Reimer et alii (2004) y con rangos de

probabilidad de uno y dos sigmas, ofreciendo los resultados que presentamos a continuación,

Los datos de la calibración muestran semejanza en ambos casos, lo que es coherente con la proximidad de las fechas radiocarbónicas, cuya mínima diferencia debe responder a la característica de la muestra analizada, madera utilizada para la construcción de las cabañas. No sería improbable que se correspondiera a la diferente edad de la misma en el momento de ser cortada, o bien a tratarse de piezas cortadas o utilizadas en distinto momento en las tareas necesarias de reposición para la conservación de las cabañas. El rango de fiabilidad mayor, superando el 90% de probabilidad, corresponde al margen de entre 2210 y 2030/2020 Cal BC lo que supone en principio un envejecimiento que es habitual en este tipo de operaciones. Sirva, por tanto este resultado como una primera referencia que será contrastada con las fechas aportadas por los análisis realizados en los demás yacimientos incluidos en el estudio.



3.2.1.9 Reconstrucción ambiental

Los trabajos arqueológicos permitieron recuperar una serie de muestras vegetales que fueron analizadas, gracias al interés y disposición de los especialistas

responsables de los informes que se acompañan en los anexos 5 a 7.

Se trata tanto de madera carbonizada, localizada en los hoyos de postes, como de granos de cereal y semillas carbonizadas que se recogieron en los niveles más antiguos. Finalmente, la localización de una secuencia estratigráfica clara, con niveles de época medieval y prehistórica, permitió recoger una muestra seriada cada 0,10 m, en la esperanza, luego contrastada, de disponer de un diagrama polínico y el poder comparar las semejanzas o diferencias entre los dos momentos de la ocupación.

En efecto, en el Corte de los cuadros 10-12/E, en la ampliación del Corte 1 (Figura 70), se tomaron las muestras, seis en total, numeradas correlativamente desde la más profunda a la más superficial. Las primeras se incluyen en el nivel de ocupación prehistórico, mientras que las superiores aparecen afectadas por la remoción medieval del terreno para preparar las estructuras de habitación que debieron servir de infraestructura y apoyo a la atalaya de vigilancia.

Los análisis fueron efectuados por P. López, J. Antonio López y Pedro M Díaz, (1999) del Centro de Estudios Históricos del CSIC. y del Departamento de Biología Vegetal de la Universidad Complutense, y sus resultados se reproducen en el mencionado Anexo 5.

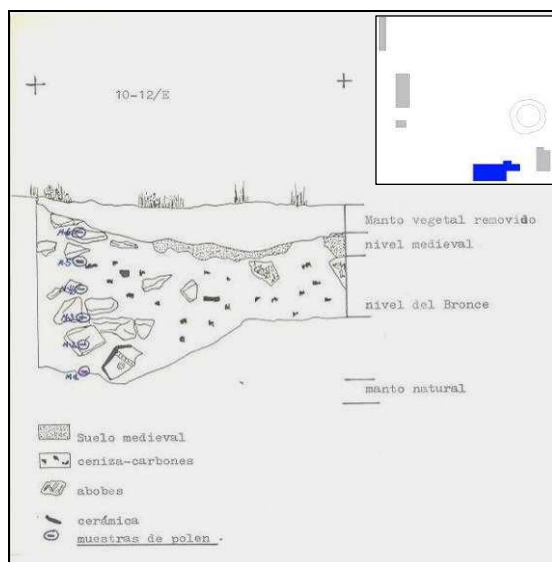


Figura 70 Localización de las muestras para análisis polínico.

La remoción y alteración del relleno es confirmado por los autores del estudio... *al observar polen de neófitos en los niveles del Bronce (Acacia). Este hecho ha de tenerse en cuenta en la interpretación del diagrama, ya que es*

una de las causas de la gran uniformidad de los porcentajes de tipos polínicos representados a lo largo del perfil. En el diagrama, el polen de taxones zoófilos (Carduaceae, Cichoriaceae, etc.) es mayoritario sobre el de anemófilos, lo cual es indicativo de que el aporte polínico al yacimiento no es el normal en un medio natural de sedimentación, donde predominan los granos de polen de taxones anemófilos, por la mayor producción y movilidad de éstos.

También, siguiendo las conclusiones del estudio, se precisa la similitud del paisaje con el actual: una vegetación mediterránea (bosque y/o matorral) en lomas, laderas y páramos; una vegetación de ribera (bosque y/o herbáceas faetófitas) en vaguadas y vegas; y una vegetación ruderal en las zonas cultivadas o de intenso pastoreo, con taxones nitrófilos e indicadores de paisajes abiertos.

Los niveles inferiores son los más ricos en polen arbóreo de todo el perfil. Documentándose la presencia de especies características de bosques mediterráneos: *Pinus, Quercus, Juniperus*; como de boques de ribera: *Populus, Salix, Alnus, Corylus, Fraxinus*. Progresivamente se advierte la desaparición de las formaciones preexistentes (árboles y arbustos), que son sustituidas por otras de carácter efímero (herbáceas ruderales, indicadoras de paisajes abiertos).

Es muy significativo el que, precisamente, esos taxones estén presentes en alta proporción en los niveles prehistóricos, aunque resultan más significativos cualitativa y cuantitativamente en los niveles medievales. La explicación a esta acumulación puede deberse, como bien concluyen los autores, a las características propias del sedimento, con una influencia humana decisiva, en cuanto al aporte de polen ruderal al almacenar vegetales, y por la presencia de ganado. Sin duda, es más interesante esta apreciación que el suponer una alteración del relleno.

Al respecto hay dos hechos contrastados que respaldarían esta interpretación:

1. De un lado, la necesaria presencia en el poblado de elementos vegetales para revestir las cabañas, ya que no existen otros restos que nos hagan suponer una cubierta de características distintas, y el hecho de que las huellas de los apoyos soportantes revelan una estructura ligera, suficiente para una cubierta vegetal.

2. Por otro lado, la presencia abundante, luego habrá ocasión de refrendar, de granos de cereal. El proceso de selección podía ultimarse en el propio poblado y en tal sentido conjeturar su transporte desde la vega para,

primero, terminar el secarlo y, posteriormente, desgranarlo.

Es sugerente la posibilidad de contrastar, mediante estos análisis, la existencia de ganado, un elemento importante en la economía de esta población, que no ha sido posible verificar por la ausencia de restos directos. La presencia de polen de gramíneas (*Poraceae*), cuya mayor representatividad se documenta en los niveles inferiores, no viene sino a confirmar la existencia de pastizales antropozoógenos de vocación ganadera.

En el mismo informe se pone de manifiesto que en los niveles superiores se aprecia una mayor antropización con la disminución del polen arbóreo. *Pinus* desciende significativamente y, principalmente, tienden a desaparecer los elementos arbóreos de las riberas, momento en que aumenta *Salix*, posiblemente al colonizar los claros dejados en el bosque ripario. En coincidencia con este planteamiento, se detecta un aumento de taxones indicadores de paisajes abiertos húmedos: *Cyperus*, *Juncus*, *Butomaceae* (acuática), y aumentan, aún más, los taxones ruderales: *Anthemideae*, *Rumex*, *Carduaceae*, que alcanzan su máximo en la base del nivel medieval, cuando se constata la presencia por primera vez en el diagrama de *Cerealia*.

Este proceso, se supone motivado por una mayor actividad antrópica de aprovechamiento del bosque (madera y leña), el sobrepastoreo, así como la progresiva roturación de terrenos forestales. Este aprovechamiento del suelo, y su lógica influencia sobre la vegetación potencial circundante, se observa de igual manera en la actualidad, aunque en estos momentos la deforestación sea más marcada, dedicándose la mayor parte de las tierras bajas al cultivo de cereal, mientras que las laderas y zonas altas sólo conservan una mínima cubierta de matorral de monte bajo.

En yacimientos próximos también se ha planteado la diferencia ambiental entre las etapas prehistóricas y actuales (Samaniego, *et alii*, 2002 13-23) y la dificultad de ajustar la visión de los análisis paleoambientales que siguen siendo puntuales y poco representativos, al menos en la zona de estudio. Al presentar los resultados en el vecino yacimiento de la cueva *La Maja* (Cabrejas del Pinar, Soria), se apoyaron algunos de los resultados en los análisis antracológicos realizados por la Dra. P. Uzquiano, de la Universidad de la Sorbona, sobre restos procedentes de aquél yacimiento en cueva y de *El Parpantique* (Anexo 7).

Sin duda el yacimiento adnamantino cuenta con una muestra menos representativa, si bien coincidía en las especies reconocidas: *Pinus Silvestre* y *Quercus robur* (roble pedunculado). Este hecho y el que los hallazgos se

localicen en espacios vinculados con los límites de las estructuras de habitación, caso del Corte 4; o con amontonamientos de piedras que pueden interpretarse como derrumbes de bases de muros de separación de las habitaciones, Corte 1 y 2; confirman su utilización para la construcción.

Son precisamente estas especies identificadas las que determinan, como en el caso de la cueva *La Maja*, que las ocupaciones se sitúen cronológicamente en el tránsito del Atlántico al Subboreal. En los momentos finales del más antiguo se mantiene el roble caducifolio formando bosques mixtos y, paralelamente, se constata la expansión del avellano, mientras que la encina es la que se incorpora en el último periodo, estando directamente documentada en los niveles prehistóricos del poblado.

En este sentido contamos, además, con el estudio de restos vegetales recuperados en el yacimiento y que debemos a los profesores Rivera y Obón del Departamento de Biología Vegetal de la Universidad de Murcia (Anexo 6).

La primera muestra corresponde a 58 restos de semillas carbonizadas recogidas en el cuadro 55U', entre los restos del hogar del Corte 4. En concreto se describen 28 cotiledones completos, carbonizados y desprovistos de epidermis, y otros 30 cotiledones aislados que pertenecen a bellotas fragmentadas. Precisamente la falta de cáscara es la que imposibilita una adscripción precisa, si bien los autores no ven inconveniente alguno en atribuirlos a *Quercus ilex* y *Quercus rotundifolia*.

La segunda muestra también procedía del Corte 4, en el entorno del cuadro 55Q', sobre la tierra que recubría el suelo de ocupación descrito en este sector. Se trata de casi un centenar de granos de cereal carbonizados que fueron recogidos en la estancia en la que se localizaban dos muelas. Del conjunto se identificaron 70 granos completos. Aun cuando se aprecian variaciones en la muestra –estadísticamente no parece que pueda diferenciarse–, los autores consideran que correspondería a *Triticum aestivum*, trigo candela, que es bien conocido desde los inicios de la agricultura y cuyo cultivo alcanza gran expansión en la Edad del Bronce.

Sin duda, el proceso de carbonización de estas semillas no tiene por que relacionarse con el consumo. Bien al contrario, el hecho de localizarlo en un espacio diferente del hogar y junto a la muela del molino parece apuntar a una actividad especializada de transformación primaria, previa a la de su transformación alimenticia. En tal sentido, es de destacar que la muestra no

incluyera ninguna semilla diferente a las de cereal, lo que demuestra una selección intencionada y cuidadosa del producto. La carbonización de las semillas no ha de extrañar cuando la presencia de manchas cenizas, madera carbonizada y la coloración rojizo-negruzca del suelo de la cabaña denotan su más que probable destrucción por incendio.

Más claro parece el proceso de preparación de las bellotas. El hecho de no encontrarlas en la zona de molienda parece descartar, aunque no lo confirmaría, su transformación en harina y su utilización, individual o con mezcla de otros cereales, para la elaboración de tortas, gachas o alimento similar. Por el contrario, su presencia exclusiva sobre los restos del hogar parece apuntar a un procesado de tueste que aumentaría su dulzor haciéndolas más agradables al paladar, similar a la preparación que en la actualidad se somete a las castañas, como señalan los autores del estudio.

Convergen, por tanto, todos los análisis realizados. Es más que probable que próximo al poblado, en la parte baja, existiera un espacio dedicado al cultivo de cereal, con toda seguridad de trigo. Asimismo que en el entorno, laderas o páramo, se desarrollara un bosque mixto de tipo mediterráneo en el que dominaría el pino con importante presencia de manchas de roble caducifolio y, probablemente, de encina. En este bosque alternarían espacios abiertos, poco antropizados, pero que posibilitarían el aprovechamiento de pastos de una pequeña cabaña cuya existencia no puede ser constatada pero de la que

hay indicios de que pudo estar encerrada en algún momento, lo que explicaría el alto porcentaje de los taxones ruderales en los niveles inferiores del poblado.

También se ha documentado el cultivo de leguminosas, *Fabacea*, o herbáceas, *Linum*, de alto valor energético que ofrecen aprovechamientos completos como alimento y forraje.

Alternando con ambos sectores, en las zonas de ribera de los pequeños arroyos y cárcavas, se dispondría una vegetación tipo corredor, con olmos, sauces, chopos, fresnos y avellanos, que denotan un ambiente más húmedo, característico de un clima más benigno en relación con el actual de tipo Continental. Finalmente, además del cultivo del cereal, se confirma la recolección de bellota y hay que suponer la de las avellanas, sin que se descarte la de otros frutos arbustivos de temporada.

El aprovechamiento del bosque también se confirma en la presencia de restos de madera carbonizada. Sin duda debió ser la fuente de alimentación del hogar, si bien la analizada proviene de los restos constructivos. La identificación de pino y roble confirma su utilización para tales fines por ser maderas blandas y duraderas, sobre todo la última. También hay que sospechar el aprovechamiento de estas maderas e incluso de encina para combustión. El entramado de las paredes que se recubrió con barro, debió realizarse con especies de ribera, más flexibles y que, como hemos visto, eran abundantes en la zona.

3.2.2 Los Torojones de Morcuera

El yacimiento de *Los Torojones* localizado en el término de Morcuera era inédito para la arqueología soriana. Su existencia nos fue comunicada por Marian Arlegui quién, en compañía de Francisca P. Ruiz Cacho, recopiló diversa información, en los primeros años ochenta del siglo pasado, en el entorno de San Esteban de Gormaz, coincidiendo con la realización de una intervención arqueológica en Rejas de San Esteban.

3.2.2.1 Situación y características del yacimiento

Su localización topográfica es semejante a la de *El Parpartique* sobre un cerro aislado, con un amplio dominio visual, excepto por uno de los lados en el que se alza un relieve mayor que le brinda protección.

El *Alto de Los Torojones* es el más oriental de tres montículos semejantes que reciben el mismo nombre, cuya etimología nos remite a un elemento que destaca, que se acentúa sobre el paisaje. El que nos interesa es un cerro que alcanza los 1047 m de altitud y se eleva 52 m sobre el entorno. Al mediodía se eleva una serrezuela que recibe el nombre de *Los Altos de Morcuera* –una amplia plataforma que sobresale de la de Atauta, más cercana al río Duero–, mientras que en el lado opuesto se abre la vega del río Pedro, poco antes de unirse a la amplia campiña del Duero a su paso por San Esteban de Gormaz, a pocos kilómetros del límite provincial, en un paisaje que ya anuncia las características geomorfológicas del curso medio del río (Figura 71).

Aunque sin grandes aportes de agua, como en el caso de *El Parpartique*, en el entorno se conocen varios manantiales y un pequeño arroyo. Toda el área se dedica hoy al cultivo de cereal, actividad que en su día afectó a la superficie del cerro, actualmentee un erial, apreciándose la invasión de sabinas y arbustos que cubren las laderas (Lámina 4 y 5)

En este yacimiento resaltaba lo reducido de la plataforma superior en cuya superficie se adivinaba la huella de antiguos cultivos, así como la ausencia de un

camino o vereda de acceso. Por ello se acondicionó una rampa para acceder con el equipamiento necesario para realizar los trabajos de campo. Los vecinos de la localidad explicaron que para los trabajos en los que se necesitaban útiles pesados, como el arado, utilizaban una caballería a la que cargaban los aparejos necesarios y remontaban por la ladera siguiendo una trocha nada acondicionada. Tal vez, lo agreste del acceso fuera la razón por la que la superficie de cerro no mostraba alteraciones, excepción de un pequeño pozo de unos 0,4 x 0,6 m en el extremo más oriental, y el amontonamiento de la tierra extraída en el que abundaban los fragmentos cerámicos lisos, unos manufacturados y otros realizados con torno, además de abundantes cenizas y nimios fragmentos de madera carbonizada. Se trataba de un expolio muy puntual que no parecía afectar al resto del yacimiento.

La plataforma superior tiene una extensión próxima a los 1.500 m², con unos ejes máximos que fluctúan entre los 30 m, norte-sur y los 50 m, este-oeste. La superficie del cerro no es, en todo caso, uniforme sino que muestra ligeras elevaciones y planos de arrastre que pudieron ser diferentes en los momentos en los que el cerro fue utilizado como lugar de habitación (Figura 72).

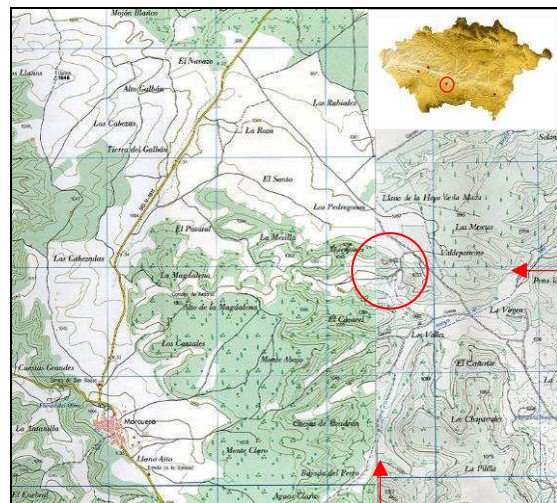


Figura 71 Situación del yacimiento de *Los Torojones* de Morcuera.

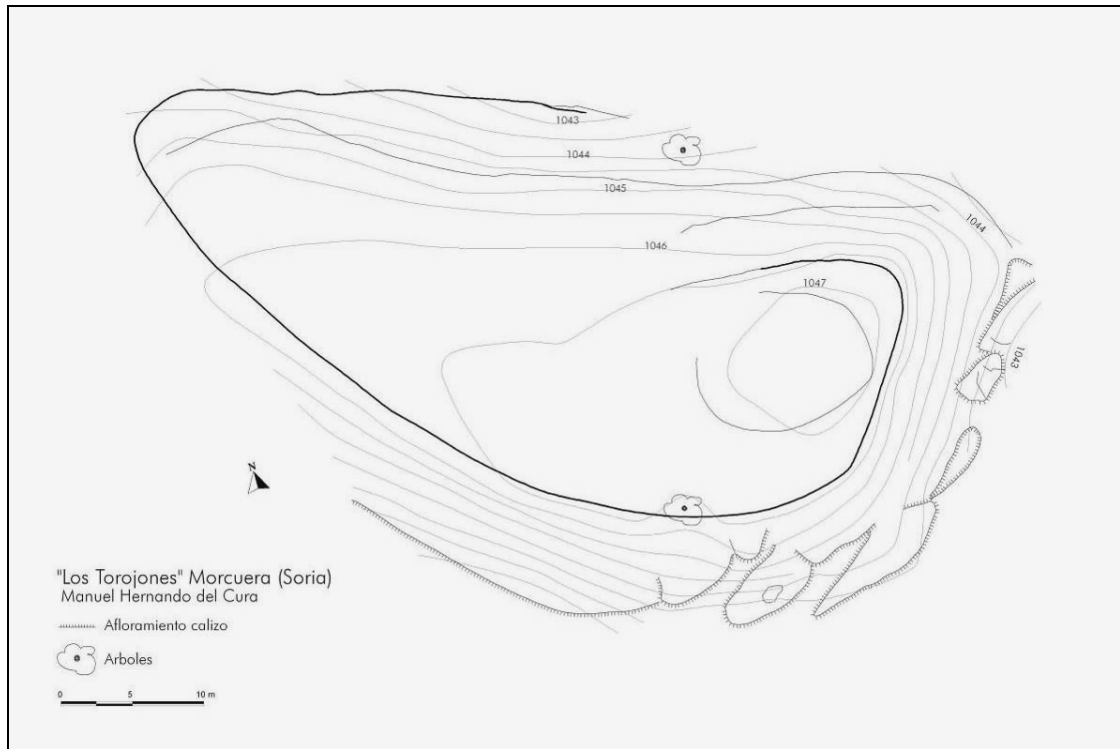


Figura 72 Plano topográfico del cerro de *Los Torojones*.



Lámina 4 Vista de los cerros de *Los Torojones* desde la llanada norte, apreciándose en primer término los lechos secos de antiguos cauces.



Lámina 5 El cerro de *Los Torojones*, desde las estribaciones de los Altos de Morcuera.

Así, el espacio plano reduce en más de la mitad la superficie comentada y no coincide exactamente con el relieve que refleja el plano topográfico, ello posiblemente producto de la mínima, pero segura, alteración del nivel superficial agrícola y la más que probable adecuación en terrazas que debió realizarse en el lado oriental, como parece confirmar la presencia de líneas regulares, uniformes y paralelas de desnivel. El resto de las laderas, especialmente las que delimitan el cerro en sus lados más meridionales, se caracterizan por un perfil abrupto en el que se diferencian grandes bloques calizos, correspondientes a la plataforma geológica de cobertera, entre cuyos intersticios se produce una fuerte erosión de arroyamiento. Todas las laderas estas ocupadas por una reciente pero densa vegetación de sabinas que muestran especial querencia por este tipo de suelos agotados.

3.2.2.2 Metodología de intervención

Entre la primera y la segunda campaña en el yacimiento de Balluncar, se realizó, en el año 1986, una en este yacimiento de Morcuera. Las características enunciadas auguraban la posibilidad de estar ante un yacimiento similar al de *El Parpantique*, tanto por las características morfológicas como por los restos

arqueológicos diseminados por su superficie. En esta ocasión parecía, en una primera aproximación, que las estructuras que pudieran existir no debían haberse alterado en época reciente y la cobertera del subsuelo, aunque con abundante vegetación herbácea que ocultaba las singularidades, hacían sospechar una mejor conservación. Por todo ello, presentamos el correspondiente proyecto de investigación, junto a D. Alfredo Jimeno Martínez²².

En esta ocasión, con lo antecedentes comentados y con la suerte de haber contactado con D. Octavio Puch, entonces miembro del Grupo Geológico y Minero de la Escuela Universitaria Politécnica de Almadén, se consideró la conveniencia de practicar sondeos geológicos y electromagnéticos²³, que de forma previa,

²² Los proyectos de investigación a los que hacemos referencia fueron presentados a la Convocatoria de Subvenciones Públicas para la realización de trabajos arqueológicos publicada por la Consejería de la Junta de Castilla y León competente en Cultura, en los años 1986 y 1987, obteniendo una subvención económica equivalente a 7.500 € y 7.200 €, respectivamente. La campaña de 1985 fue sufragada mediante la cuantía destinada a las intervenciones preventivas y de urgencia, con un importe de 1.500 €.

²³ Los trabajos geofísicos fueron realizados por los profesores O. Puch, L. Mansilla y J. María Iraizoz. Las tareas de campo se realizaron en el mes de junio de 1986 y colaboraron en las mismas nuestras colegas Pilar Galindo y Ana Carmen Pascual.

nos informaron sobre la existencia de alteraciones o indicios sobre la conservación de los restos.

Los trabajos geofísicos consistieron, tal como se recoge en el Anexo 8, en la aplicación de métodos eléctricos y sísmicos. Primero se realizaron dos perfiles en cruz de *Sísmica de Refracción* con el objetivo de determinar la profundidad del relleno y conocer dónde se localizaba, previsiblemente, la roca firme. Del estudio se desprende que dicha profundidad se encontraba, como media, entre los 0,45 y 0,48 m, por lo que el grosor de la capa arqueológica no parecía excesivo, al incluirse en dicha profundidad los primeros 0,15 m correspondientes a la remoción del arado tradicional.

Posteriormente se realizó un *Sondeo Eléctrico Vertical* –SEV– para determinar los parámetros resistivos de los distintos terrenos y poder valorar los resultados del método eléctrico de calicatas, objeto principal de la

prospección. La sistemática de Calicatas Eléctricas Wenner –CE– se planeo sobre una malla cuadrada de dos metros de lado, y mediante la inserción en el terreno de cuatro electrodos alineados y separados una distancia de 0,60 m entre sí. La traslación teórica de la malla sobre el terreno se realizó mediante la disposición de una serie de perfiles longitudinales numerados del 1 al 8 y otros 26 transversales, numerados de A a R que barrieron toda la zona de estudio. Como conclusión de la prospección y aún con la consideración de unas malas condiciones de humedad, se dispuso de un plano de alteraciones (Figura 73) en el que destacaban dos grandes anomalías en la zona central. Junto a éstas, se delimitan también pequeñas alteraciones y puntos aislados en el lado meridional del cerro, en las inmediaciones de la ladera y en el promontorio del lado oriental, junto a la zona donde se localizaba el sondeo clandestino.

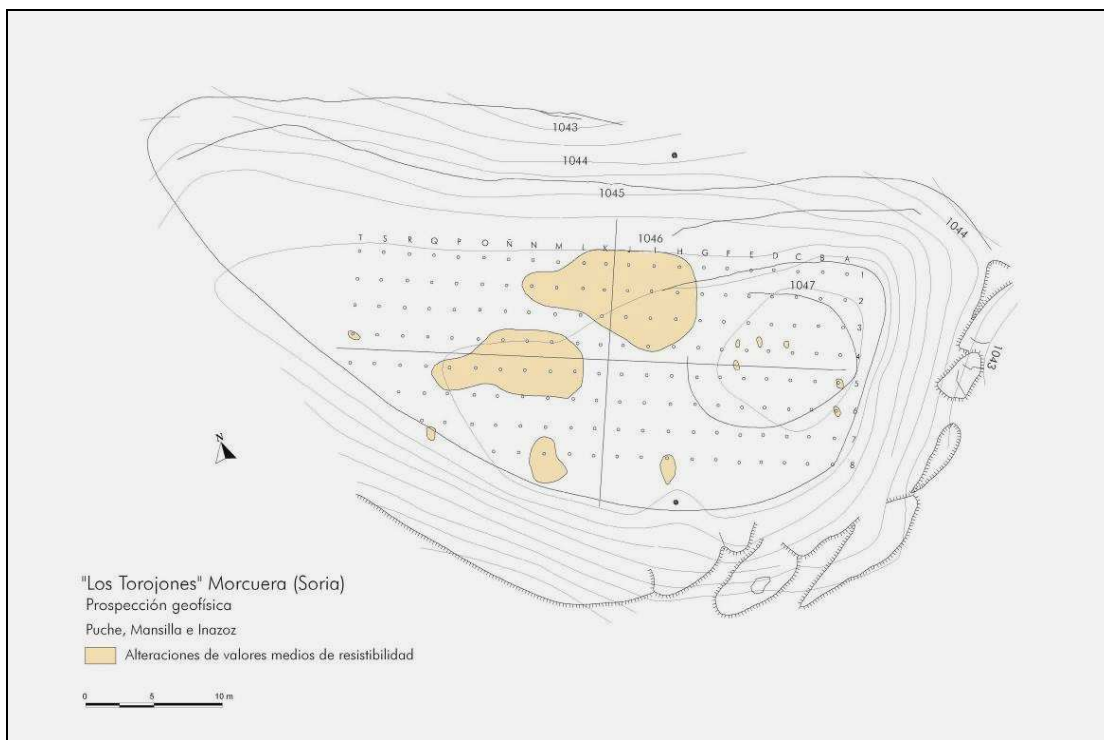


Figura 73 Áreas de alteración de la prospección geoelectrica según Pucho, Mansilla e Iraoz

Con estos datos, ante la imposibilidad de asegurar que dichas anomalías reflejaran exactamente la existencia de vestigios arqueológicos, planteamos la excavación

basándonos en la metodología tradicional, idéntica a la que habíamos aplicado en el yacimiento de Balluncar²⁴.

²⁴ Los trabajos se realizaron a lo largo del mes de julio de 1986, concretamente entre los días 5 y 31. Para ello contamos con la colaboración desinteresada de los siguientes alumnos del entonces Colegio Universitario de Soria: Montserrat Lerín, Sagrario García, J. Ángel Clerencia, Montserrat Ballano, Ana Lafuente, Antonio Santos,

La superficie del cerro quedó reticulada mediante un sistema de coordenadas cartesianas, con dos ejes, que interseccionan en un punto aleatorio (0,0) desde el que se dominaba toda la superficie del cerro. En este caso el eje de abscisas (referencia x) recorría el lado mayor del cerro, aunque desviado del eje este-oeste, mientras que el de ordenadas (referencia y) se trazó perpendicular y supuestamente paralelo, con idéntica desviación, a la alineación norte-sur. Siguiendo la casuística anterior y en respuesta al tipo de hallazgos que era previsible encontrar, se modularon los ejes en unidades de metro (Figura 74). La referencia para la tercera dimensión espacial (z) se realizó mediante la consiguiente ubicación de un plano teórico a +0,85 m sobre el punto 0,0, con la posibilidad de convertir todas las mediciones a una altimetría real, al conocer que dicho punto se encontraba una altitud de 1.047 m s.n.m según el MTN, si bien se mantienen las referencias tomadas en campo a partir de dicho convencionalismo para evitar lo farragoso de utilizar numerales de cuantiosos dígitos.

El control del material arqueológico se realizó mediante siglado convencional individualizado y posterior inventario. La abreviatura facilitada en esta ocasión por el Museo Numantino fue la 86/63, a la que se añade la denominación de la cuadrícula en la que apareció, además de un número correlativo que posibilita individualizar cada uno de los objetos.

En el caso de *Los Torojones* los trabajos de excavación se ajustaron a cuatro cortes o áreas de gran tamaño para poder tener una visión global de las estructuras que preveíamos encontrar, y para las que el sistema de cuadrícula de pequeñas dimensiones con intervalos de cerros testigos presentaba técnicamente más inconvenientes que soluciones. Se plantearon los dos primeros cortes en la mitad occidental, el primero próximo a la ladera y recogiendo una de las manchas de mediano tamaño de las reconocidas por la prospección geofísica. El segundo de los cortes se trazó sobre el promontorio que delimitaba el espacio más meridional del cerro e incluía varias y sucesivas alteraciones electromagnéticas de menor tamaño. Con posterioridad se replantearon dos cortes más, coincidiendo con las áreas o manchas que indicaban las alteraciones resultantes de la prospección eléctrica. El primero de éstos, el Corte 3, con orientación norte-sur y el último este-oeste, ampliando ambos hasta delimitar las estructuras que fueron apareciendo, y dejando en el

primero de ellos un metro testigo sin excavar a fin de diferenciar la lectura estratigráfica y contrastar la idoneidad del planteamiento. Con anterioridad habríamos regularizado el perfil del sondeo existente, procurando su limpieza y control estratigráfico, como se explicará. En suma, de los 640 m² que dispone la plataforma del cerro se intervino en 120 m², tal como se refleja en la Figura 74.

3.2.2.3 Estratigrafía y estructuras constructivas

El Corte 1 no ofreció ningún hallazgo constructivo y los utensilios y fragmentos cerámicos fueron ciertamente escasos, por lo que el área de excavación se redujo en 16 m². Así, de los 40 m² inicialmente planteados y en los que se retiró la capa vegetal, sólo se concluyó el rebaje de 24 m² conformando una gran "T" cuya cabeza afectaba a la banda de los cuadros 2 al 4 y el cuerpo de la misma a la banda de las letras H e I, tal como se aprecia en la última figura referida. Es cierto que las perspectivas cuando se planteó este primer Corte eran altas por cuanto el área delimitada coincidía con una anomalía de tamaño medio de las detectadas en de la prospección geofísica. En realidad, se comprobó que esta alteración correspondía a un entramado de gruesas raíces superficiales de una sabina próxima.

Por ello interpretamos que otras alteraciones con la misma disposición, junto a la ladera y junto a idéntica vegetación, se debían al mismo origen. Tal era el caso de la macha situada entre este espacio y el del futuro Corte 3, así como otras que superaban los límites de la plataforma superior del cerro.

En todo caso, la profundidad del corte, hasta encontrar el nivel de roca, osciló entre los 0,30 y 0,45 m que escasamente alcanzaba el resultado inferido de la *Sísmica de Refracción*, si bien ello era debido a que nos encontrábamos en un área marginal del cerro. La inclinación de la base del suelo hacia el interior hacía suponer que el relleno fuera mayor en la zona central.

En el Corte 2, al retirar la capa vegetal superficial, en la banda de los cuadros 11-13/B-D, se identificaron una serie de alineaciones perpendiculares a la dirección del corte, remarcadas sobre un suelo compacto y duro, y a una profundidad que oscilaba entre los 0,10 y 0,12 m de la superficie. Se trataba de la huella de arado que se había incrustado en una masa compacta y apisonada intencionadamente (Figura 75). Su limpieza permitió descifrar que se trataba de los restos de un grueso muro o encofrado de algo más de un metro de grosor que ocupaba los cuadros 11-13/C, girando en una estrecha

Oscar Arellano, F. Javier Moreno, Carmen Vázquez, M^a Jesús Tarancón, Gerardo Pascual, Raquel Barrio, M^a Teresa Lafuente y Ángeles Martínez. A todos ellos y a Javier del Campo del Campo que realizó tareas de dibujo, nuestro agradecimiento por su trabajo y apoyo.

banda paralela a los límites del sector excavado en el perfil de los cuadros 9-11/A-B (Figura 76). Se trataba de la cimentación realizada con un potente mortero de cal, de una estructura cuadrangular, pudiéndose reconocer, la zanja de cimentación excavada sobre el manto vegetal que se había rellenado con una capa de bloques calizos de mediano tamaño (Figura 77), y sobre la que se había derramado la argamasa de cal, y que ahora aparecía desmochada por los arados.

En el resto de la superficie excavada, bajo el nivel de arada, aparecieron fragmentos de vasos cerámicos realizados a mano y otros torneados, además de escasos fragmentos óseos y algunos restos de manteados de barro muy fragmentados en los que aun era posible diferenciar las huellas vegetales que en algún momento cubrieron.

La presencia de la cimentación obligo a rebajar el resto del corte de forma independiente: El área correspondiente a los cuadros 11-13/D-F no ofreció ningún elemento destacable y los restos materiales

fueron ciertamente escasos hasta alcanzar una profundidad de 0,55 m desde la superficie, y aproximadamente a 1,20 m del plano "0". Por el contrario, en el espacio libre de los cuadros 11-13/A-B, y más concretamente ocupando toda la superficie del cuadro 11B, a una profundidad próxima a los 0,30 m de la superficie y a casi, por tanto, 0,20 m de la parte superior de la cimentación, se localizó un suelo apelmazado que se ajustaba al reborde alisado de la estructura, en lo que ahora se evidenciaba como su cara interior (Figura 77). Este suelo, realizado con restos de barro y cal, muy apelmazado tenía un grosor que oscilaba entre los 5 y 7 cm, y correspondía a la base interior de la estructura cuadrangular. Bajo este suelo, se diferenció un relleno sobre el manto natural, de tierra más apelmazada que la correspondiente al nivel superior y en el que eran más abundantes los restos cerámicos realizados, exclusivamente, a mano y, de nuevo, fragmentos de manteados de adobe y pequeñas piedras.

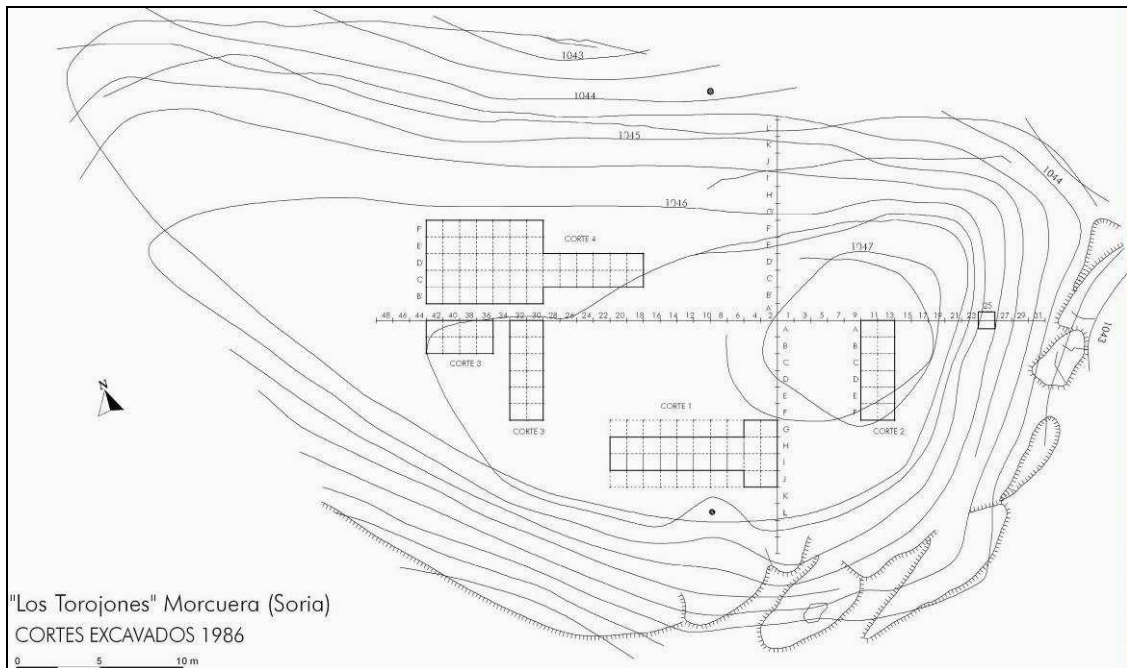


Figura 74 Los Torojones. Planta con las áreas o cortes de la excavación.

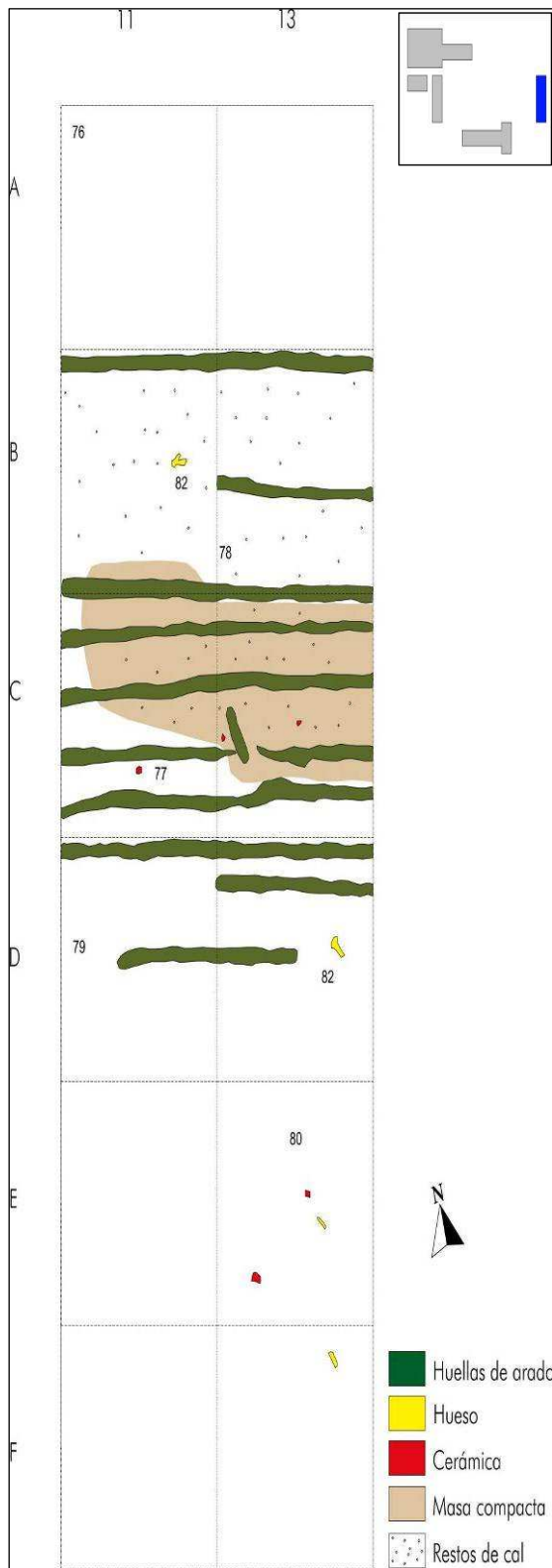


Figura 75 Planta del Corte 2. Nivel superior. Huellas de arada.

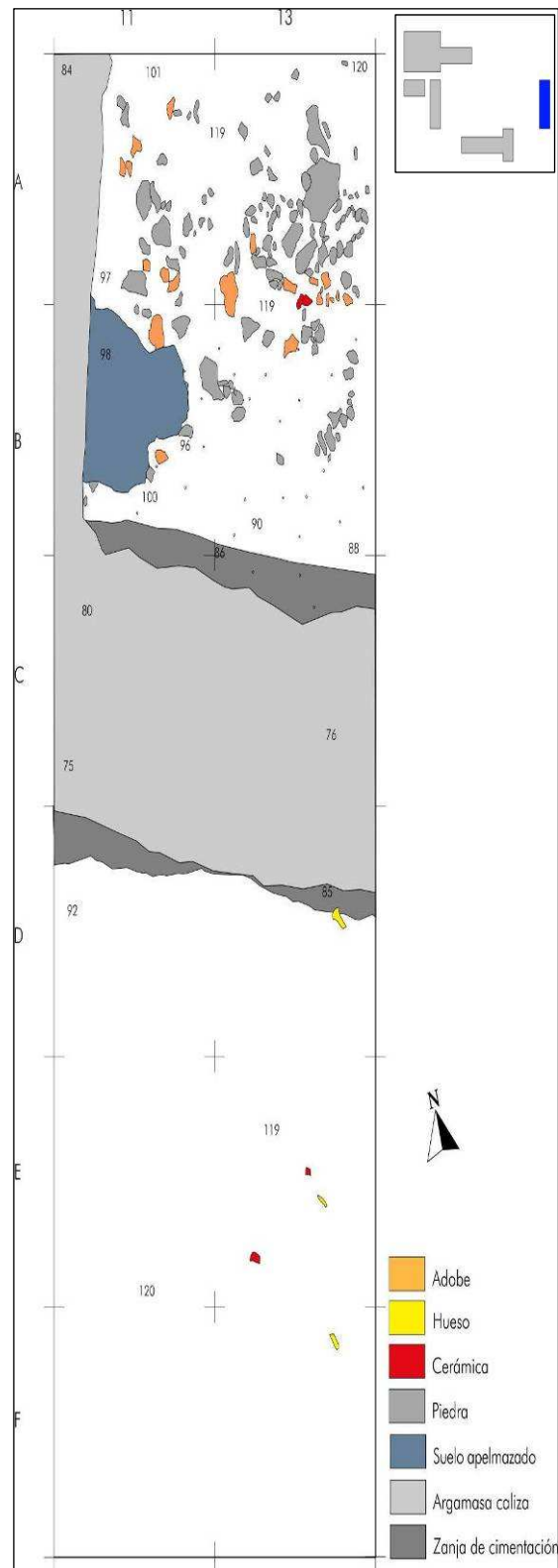


Figura 76 Planta del Corte 2. Nivel inferior y último.

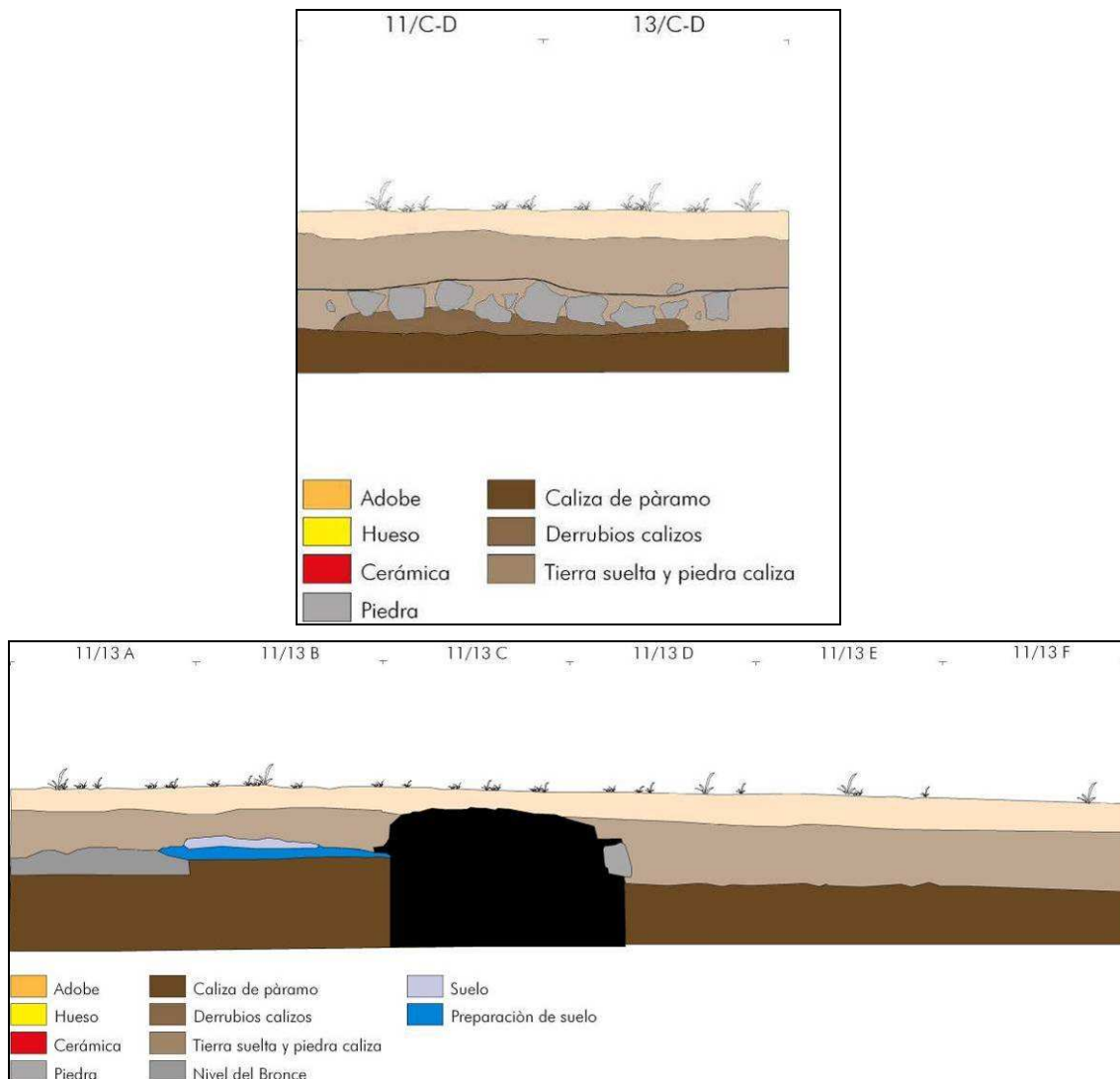


Figura 77 Secciones del Corte 2.

En suma, resulta claro que constituían los restos de lo que fue la cimentación de una estructura de planta cuadrangular y en cuyo interior se preparó un suelo que aislaba el relleno inferior: una amalgama de los restos del poblado antepuesto, prehistórico, cuya investigación nos ocupaba. Estos restos, al alisar el terreno en el espacio interior de la estructura medieval, quedaron ocultos y protegidos, mientras que en el exterior debieron ser removidos ya que el relleno excavado era uniforme desde la capa superficial y los restos materiales recuperados muy escasos, sin que existieran tampoco las pequeñas piedras calizas, tan abundantes al interior y bajo el suelo de la construcción.

En el resto de la excavación no se reconocieron otras evidencias de esta etapa histórica y tan sólo su existencia se confirmó por la presencia, siempre en la capa

superficial, de algunos fragmentos cerámicos torneados. Deducimos de ello que la ocupación correspondió a un pequeño destacamento, encargado de tareas de vigilancia y que no debió ocupar permanente el cerro – seguramente una pequeña atalaya que durante un tiempo contó con un reducido cuerpo de guardia–, por lo que la afección del nivel prehistórico fue escasa.

De tal forma se diferenciaba una secuencia ocupacional de dos etapas, una primera (I) de un asentamiento prehistórico establecido sobre la superficie del cerro, a la que se superponía una segunda (II) atribuida a época medieval y cuyos restos sellaban el nivel anterior.

Este primer hallazgo hacía preciso contrastar la estratigrafía del yacimiento y, el interés por evaluar la posibilidad de encontrar restos en el sector suroriental,

obligaba a centrar la vista en el sondeo clandestino. En esta argumentación, la evidencia en la pequeña terrera del revuelto de grandes cascotes cerámicos, la presencia de piedras, restos de barro cocido y abundantes cenizas, parecía confirmar la alteración de niveles fértiles que si bien no podrían ser reconocidos en una excavación en área –por la inmediatez del cortado–, sí podían documentarse mediante una limpieza estratigráfica.

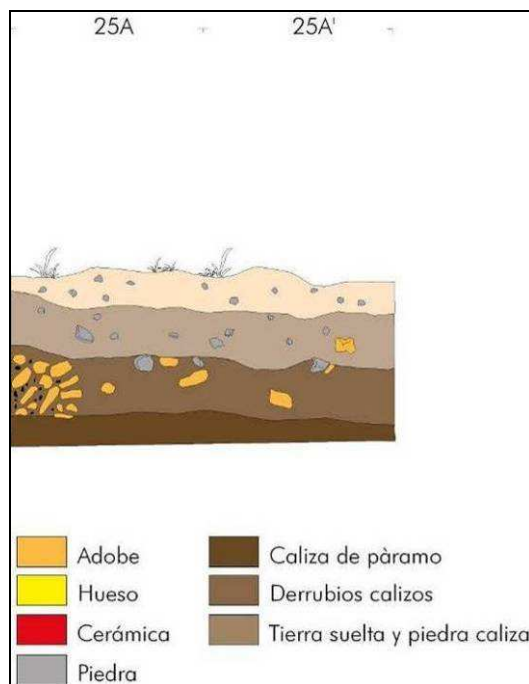


Figura 78 Sección de la limpieza del pozo clandestino.

El espacio afectado en el sondeo clandestino se amplió hasta alcanzar un metro de lado, y se ajustó, la mitad a cada lado del eje de abscisas, a la altura de los cuadros 25/A-Á'. La secuencia estratigráfica documentada (Figura 78) alcanzaba una profundidad que oscilaba entre los 0,55 y 0,60 m desde la superficie, con cuatro claros niveles:

- superficial: constituido por tierra suelta de color grisáceo oscuro, cargada de raíces y restos de calizas fragmentadas. Corresponde al nivel de arada y las irregularidades superficiales aún reflejaban los surcos paralelos.
- a: tierra en determinadas zonas suelta y en otras más apelmazada, manteniendo el color grisáceo pero de tonalidad más clara. Contenía piedras calizas de mayor tamaño. También estaba afectado por raíces.

- b: tierra más compacta que la de los niveles superiores, del mismo tono grisáceo pero más claro que el anterior, con presencia de abundantes restos de adobes y barro seco, especialmente en el extremo del cuadro 25ª donde reconocimos una bolsada de estos restos.

- c: caliza del páramo que corresponde al manto natural.

La secuencia del sondeo no difería, por tanto, de la descrita en el sector correspondiente al interior de la atalaya descubierta en el Corte 2, dónde habíamos documentado la superposición de dos niveles.

A la vista de los resultados y considerando las deducciones de los resultados de la prospección geofísica, sólo quedaban dos zonas con una superficie regular favorable. En ambas, las anomalías de conductividad detectadas se agrupaban en dos grandes manchas que destacaban sobre el conjunto de la planta del cerro. Con estas premisas se planificaron los dos nuevos Cortes, los denominados como números 3 y 4, a ambos lados del eje de abscisas.

El primero de éstos se planteó en el mismo cuadrante del Corte 1, formando una gran "L" cuyo lado mayor quedaba interrumpido al dejar un metro testigo. En ambos lados, a la altura de la banda de los cuadros A y B se detectaron sendas estructuras negativas, pozos o silos de diferente configuración y tamaño (Figura 79 y Figura 80). El correspondiente a los cuadros 30-32/A-B presentaba unos perfiles más nítidos y menor tamaño. De un diámetro aproximado de 0,80 m, mostraba su base entallada en la caliza de páramo que constituye el nivel natural del cerro. También pudieron diferenciarse las paredes, mejor conservada la mitad oriental que alcanzaba una altura máxima de 0,32 m, entallada en un nivel de derrubios de disgregación de la capa superficial de la misma roca caliza de la base. La otra parte del pozo sólo conservaba una altura de 0,10 ó 0,12 m pero su mala conservación se debía, sin duda, a que en origen ya se excavó sobre un relleno de tierra suelta y piedra caliza. Para alcanzar mayor capacidad debieron recrecerse sus paredes con piedras de mediano tamaño, muchas de las cuales aparecieron en el interior del hoyo, así como recubriendo los derrubios especialmente en el sector correspondiente al cuadro 30B.

En los cuadros 36-38/A-B se identificó otra estructura negativa, de mayor tamaño. Aún cuando no se reconocía su planta completa, la alineación de sus paredes hacían sospechar una forma ovalada o elíptica,

con un lado mayor próximo a los 1,70 m, superando el menor los 1,15 m. En este caso, el fondo se entalló también en la roca de base del cerro, en la caliza de páramo, en una profundidad similar, 0,30 m. La estructura superior debió repetir el modelo anterior con paredes, en la parte excavada, recreadas mediante un mampuesto en seco, ya que las piedras calizas que se asocian a la estructura carecen de cualquier huella de manipulación o adhesión.

En la exhumación se identificó una capa de estas piedras bastante homogénea en intensidad y disposición, recubriendo una amplia superficie en los mencionados cuadros 36-38/A-B. Cuando fueron retiradas se alcanzó un relleno de derrubios, piedras y tierra suelta que contenía, como en el caso anterior, fragmentos de cerámica a mano y restos de barro cocido y cuyos límites coincidieron con los de la planta

excavada del silo. Es decir, habíamos aislado el relleno del pozo o silo. Sus paredes se habían derrumbado en un proceso lento y progresivo, lo que facilitó el mantenimiento de la forma helicoidal de la estructura. Una parte de la cual debió recrearse hasta alcanzar la cota del suelo del poblado, que sabemos se encontraba –al menos en esta zona– a 0,30 m sobre la roca base.

Esta interpretación queda refrendada por el hallazgo en el cuadro 42-A de los restos de un suelo de tierra apelmazada, de escasamente 2 cm de grosor, que se asienta directamente sobre la roca base que, en este punto, se eleva hasta coincidir, *grasso modo*, con la cota superior delimitada para el último pozo descrito. Los restos del suelo de ocupación son ciertamente exiguos y aislados, aun cuando se embutían en el perfil del cuadro 42/A-A', bajo una capa de fragmentos de enlucidos de barro seco.

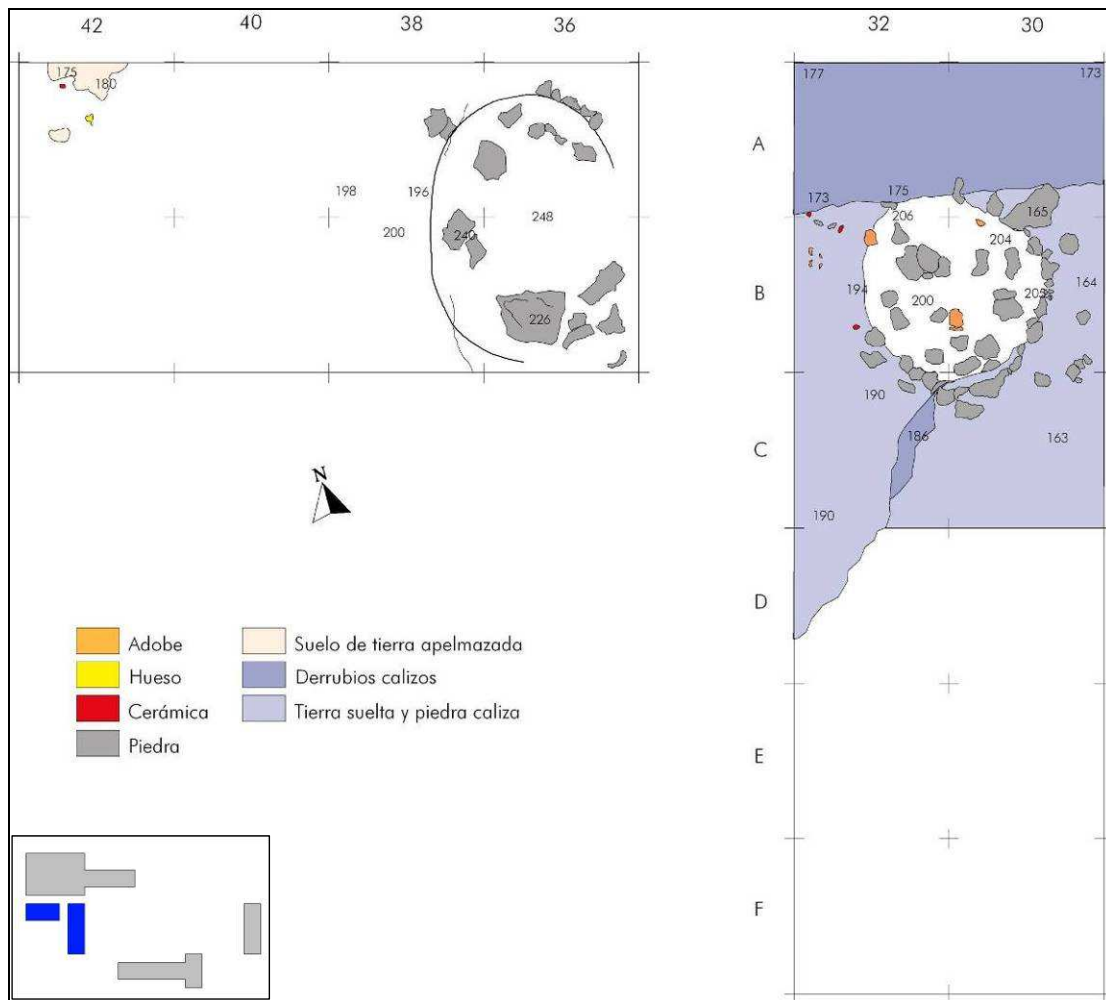


Figura 79. Planta de la excavación del Corte 3.

El citado suelo presentaba una coloración parda oscura y la capa superficial fuertemente endurecida, sin que se advirtiera la presencia, en su composición, de restos de cal o manchas blanquecinas como habíamos descrito para el caso del solado hallado en el cuadro 11/A-B del Corte 2

En el resto del corte, cuadros 38-40/A-B, el relleno excavado no presentaba diferenciación que reseñar, excepción de la roca base que mostraba un claro buzamiento en dirección este, hasta alcanzar la pared excavada por el silo.

Hasta este momento, habíamos observado y documentado que la plataforma caliza mostraba una

superficie regular y nivelada por lo que ese buzamiento resulta, cuanto menos extraño. Mucho más cuando se diferenciaron pequeños rebajes o entalles regulares que sin duda eran reflejo de una acción antrópica que bien podía deberse a la realización de otros pozos o bien a la extracción de lajas para el reforzamiento y elevación de las paredes del silo (Figura 80). De tal modo se explicaría la diferencia de cotas y la ausencia de estructuras o materiales significativos en este espacio. A la vez, confirma que el suelo de ocupación del poblado quedaba determinado por el solado aparecido en el cuadro 42-A, la misma cota, por otra parte que coincide con la superior de los derrubios del primer silo descrito, en el cuadro 30/A-B.

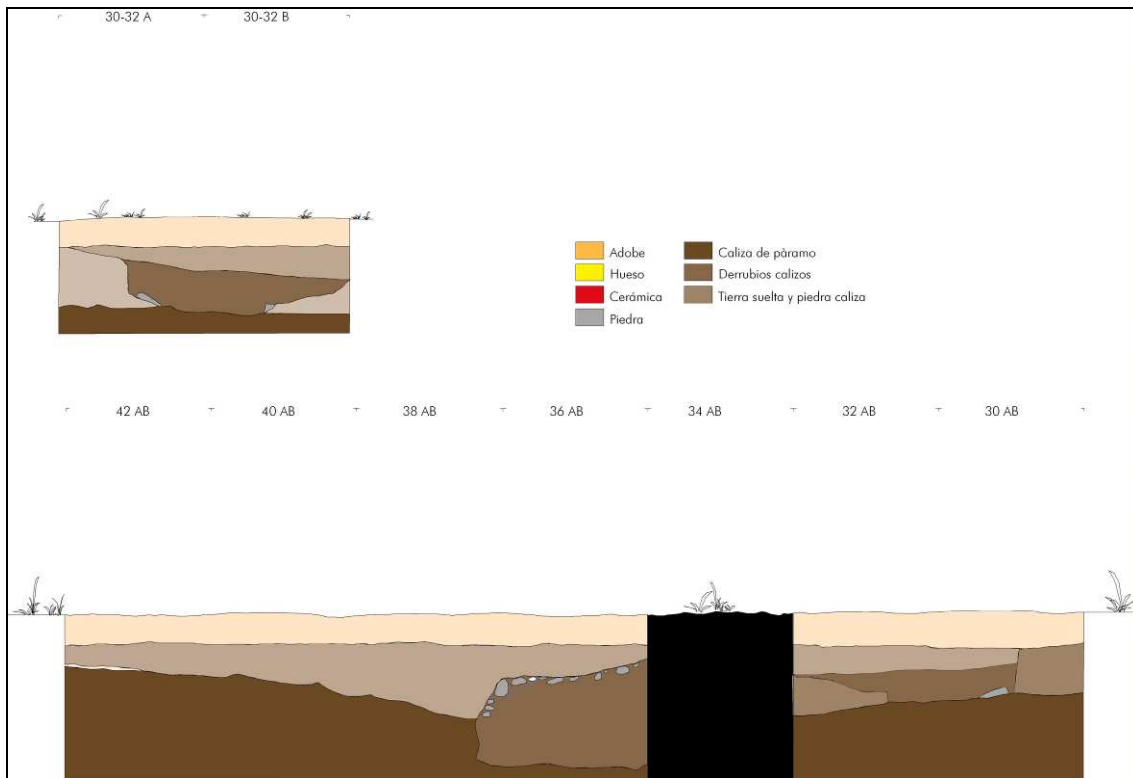


Figura 80 Los Torojones. Sección de los pozos o silos del Corte 3.

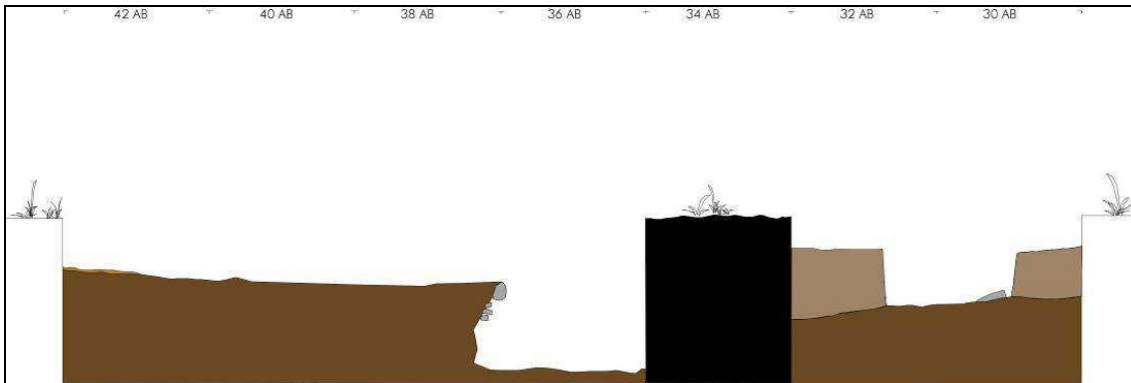


Figura 81 Sección reconstruida de los silos del corte 3.

Paralelamente a los trabajos de excavación del Corte 3, se había iniciado el último, el Corte 4, cuya traza se superponía a otra zona de fuerte alteración de la conductividad eléctrica. En un principio este cuadrante presentaba una ligera pendiente hacia el borde del cerro, y la superficie resultante parecía más apta para protegerse de las inclemencias, principalmente, el aire, por lo que hacía presagiar que esta zona era, potencialmente, muy apta para la ubicación de una estructura de habitación. Además, al estar ligeramente deprimida, los posibles suelos de ocupación podían conservarse en buen estado, por quedar recubiertos por los arrastres de la zona central del cerro, más elevada.

De tal forma, este Corte se planteó contrapuesto al anterior, cuadros 30-32/B'-F', dejando la banda de los cuadros A' como testigo entre una y otra zona de excavación. Con posterioridad el corte se amplió hasta invadir los cuadros 34-42/B'-F' y por el este, afectando a los cuadros 18-28/C'-D'.

En líneas generales, podemos señalar que los resultados del corte pueden agruparse en dos zonas bien diferenciadas: el espacio cuadrangular delimitado por los cuadros 30-42/B'-F', y espacio menor, apéndice al anterior, de planta rectangular que conforman los cuadros 18-28/C'-D'. En esta última zona (Figura 82) los hallazgos bajo el manto superficial de cultivo fueron reiterativos, pudiendo diferenciar un nivel único de tierra suelta que contenía los habituales fragmentos correspondientes a manteados de barro y vasijas de cocina realizadas a mano y, en menor número, alguna pieza lítica. En la base de este nivel, sobre la roca natural del cerro, se aislaron distintas manchas de tierra negra muy suelta y con alto contenido orgánico, especialmente en los cuadros 18-22/D' y, en menor medida, en la misma banda de los cuadros 26-28. El tiznado de la tierra de estas bolsadas cuyo grosor es mínimo, apenas dos o tres centímetros, parece indicar la existencia de pequeños hogares o fuegos, posiblemente de un espacio habitacional.

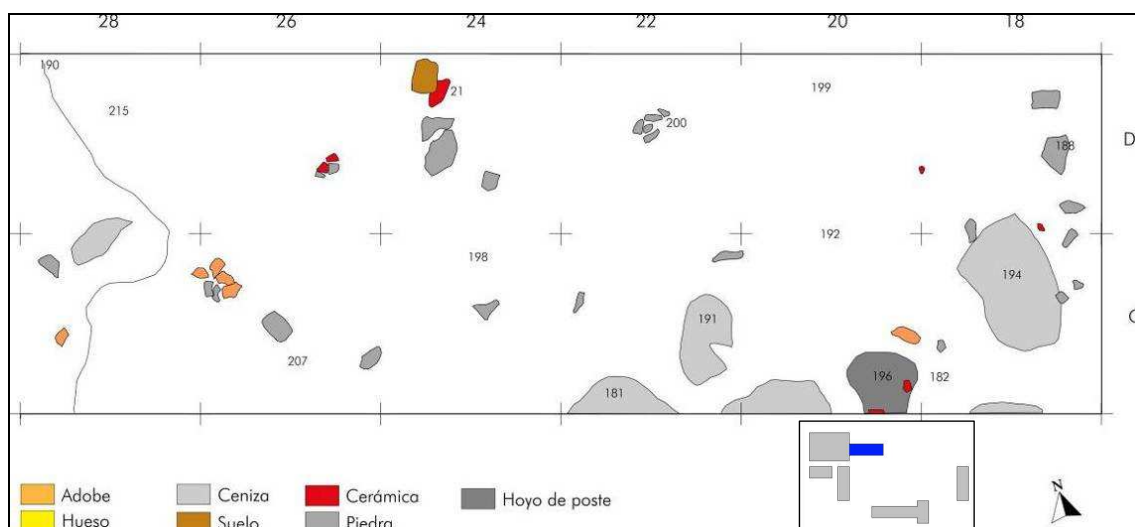


Figura 82 Corte 4 Área oriental.

En tal sentido debemos mencionar el hallazgo, de nuevo, de un pequeño manteado de barro apelmazado y endurecido en el cuadro 24D', lo que hace suponer que corresponde a otro solado, muy similar en textura y apariencia al descrito en el cuadro 42A del Corte 3. En esta ocasión aparecía, embutida en los cuatro centímetros de espesor que constituye el suelo, una vasija muy fragmentada, casi completa, realizada a mano, lisa y de perfil sinuoso. Lo ralo del relleno en este sector no permitió la conservación de las estructuras que, sin duda, se asociaron a este suelo y a los hogares descritos. Queremos diferenciar y destacar una de estas manchas, localizada en el cuadro 20C' junto al límite con el 18C', bien delimitada, con un relleno de tierra suelta y fragmentos cerámicos que superaba los 0,13 m de profundidad. En superficie presenta una planta irregular y paracircular de unos 0,30 m si bien en la parte inferior se reduce a 0,12 m, que debió corresponder a la base negativa de un poste de

madera, de un pie derecho, que confirmaría la funcionalidad de este espacio muy arrasado

Más interesante resultó el rebaje del espacio cuadrangular del mismo corte (Figura 83), en la zona inmediata al área que acabamos de describir. Debajo del manto vegetal superficial se individualizó una extensa capa de barro seco que se generalizaba en toda la banda de los cuadros B'-E', invadiendo incluso parte del cuadro 28C' del espacio que acabamos de describir. En este amasijo rojizo amarillento se diferenciaban, como en el Corte 2, distintos surcos alineados de orientación este-oeste (40-42/C'-E') que correspondían a la huella del arado y, por tanto, fijaban la superficie removida por los trabajos agrícolas. Del mismo modo, a la vez que se limpiaba y delimitaba toda la capa, se diferenciaban bloques de barro con huellas de entramado vegetal, en los que ocasionalmente era posible distinguir su forma concreta.

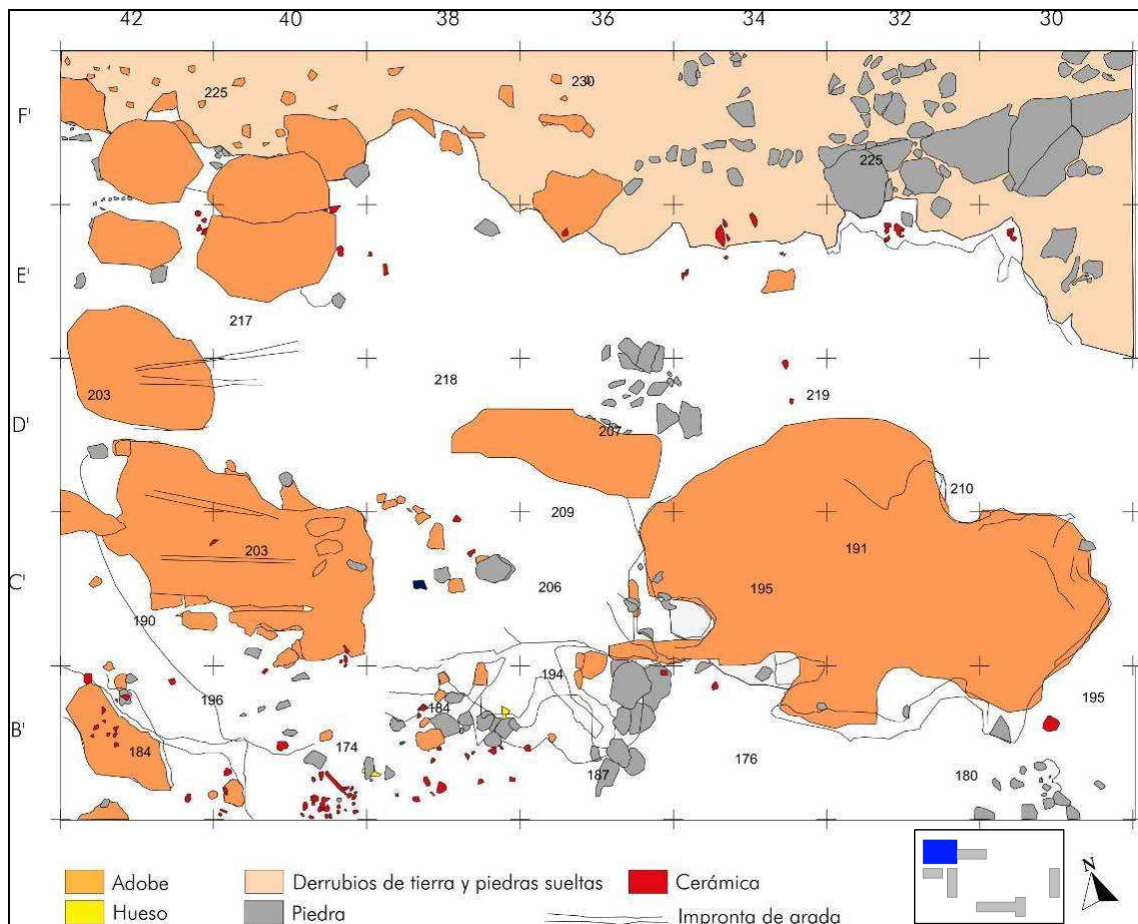


Figura 83 Corte 4 espacio occidental. Nivel superior.

Esta identificación de formas regulares con huellas de improntas vegetales era común entre los restos aparecidos en los cuadros 40-42/C'-D'. Se trataba de bloques rectangulares y cuadrangulares de 10 cm de lado y 8-10 cm de grosor. Su longitud era más variable, reconociendo fragmentos que alcanzaban los 20 hasta los 40 cm, si bien era reiterativo que la disposición de algunos de ellos fuera alineada, constituyendo lo que debió ser una pared, muro o tabique orientado en disposición este-oeste, que se había derrumbado hacia el lado norte del cerro, cuya superficie, en esta zona, mostraba un claro buzamiento.

Esta amalgama de barro y fragmentos de adobes se completaba con la presencia de piedras de pequeño y mediano tamaño, además de abundantes, aunque dispersos, restos cerámicos. A la vez que se aislaba la mancha de barro se realizaba una planimetría (Figura 83) para referenciar estos hallazgos con los que

podieran aparecer bajo esta capa superficial cuyo grosor determinamos oscilaba entre los 10 y los 20 cm.

Bajo esta primera capa pudieron aislarse dos estructuras bien delimitadas. De un lado los restos de una cabaña de planta rectangular que ocupaba la superficie de los cuadros 36-42/B'-E'. En sus extremos aparecían los agujeros para asentar los postes verticales. Probablemente por tener poca profundidad – entre 8 y 10 cm– es por lo que se habían acuñado con piedras de mediano tamaño e incluso con un manto de barro que a modo de rodete envolvería la madera. Precisamente estos elementos de sustentación permiten deducir que el diámetro de los postes debía oscilar entre los 17 y los 22 cm, es decir suficientes para soportar el peso de la cubierta vegetal de una estructura de 4x2 m, con su lado mayor alineado en dirección este-oeste.

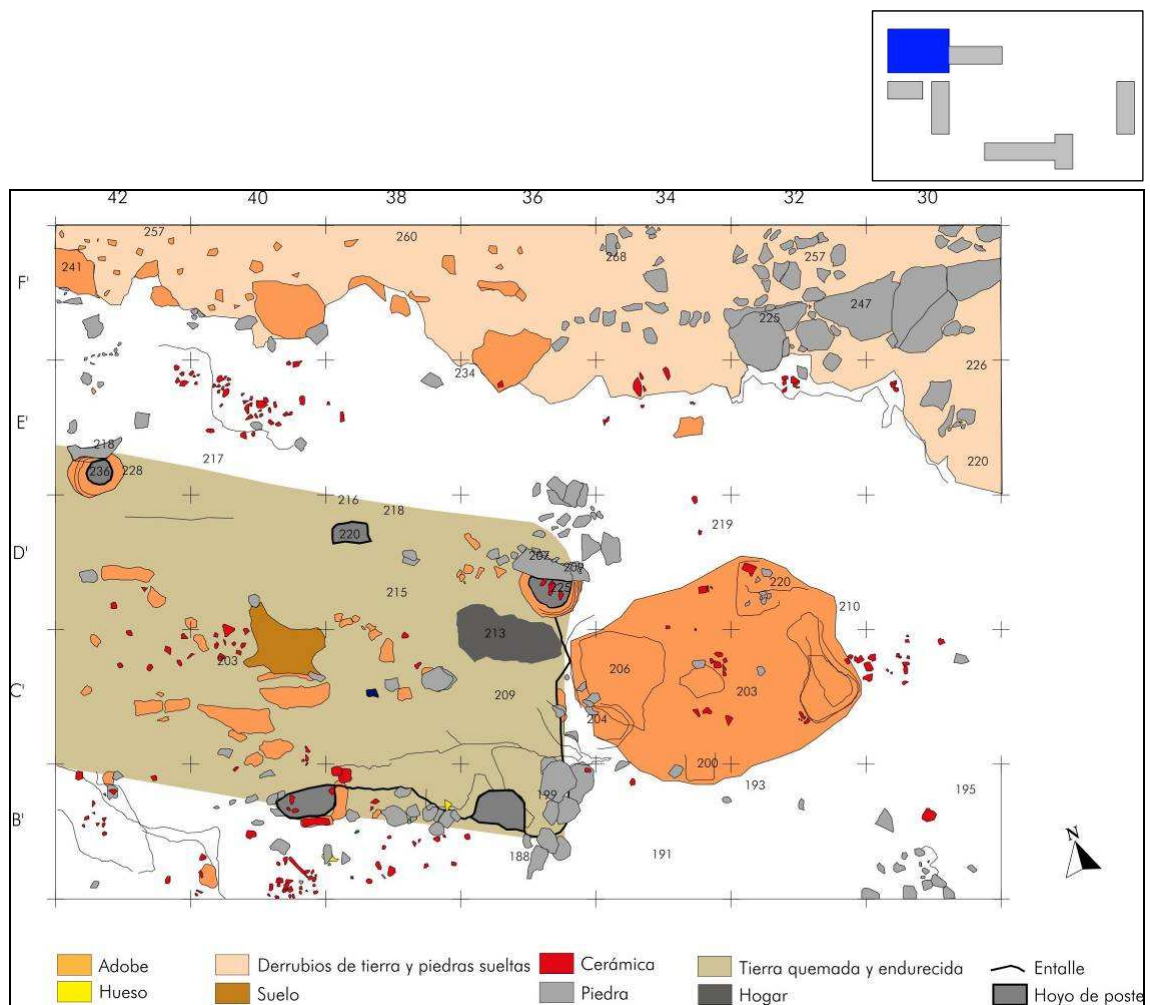


Figura 84 Corte 4 espacio occidental. Nivel inferior.

Los postes se localizan en dos alineaciones, la más meridional en los cuadros 36B' y 38-40B', y la septentrional en 36D', 38D' y 42E'. Por tanto (Figura 84) los cuatro primeros son paralelos y contrapuestos, mientras que el último no tiene su reflejo en la primera alineación, si bien por el ritmo de distribución debiera haberse localizado en el cuadro 42B'-C'. El relleno de todos ellos era similar y constituido por tierra suelta, tan sólo se desviaba de la rutina el del agujero 36D' donde aparecieron abundantes restos de un vaso cerámico cuyas paredes se habían deformado en el proceso de cocción, por lo que seguramente sus fragmentos se utilizaron para apuntalar el poste de madera hasta que fraguara el rodete de barro.

Junto a este último poste se había diferenciado, al iniciar el rebaje de la capa superior, una gran mancha de color negruzco cuya intensidad fue aumentando hasta alcanzar la base del rodete, configurándose como

los restos del hogar de la habitación. Se había preparado la base, habiéndose regularizado la capa de derrubios sobre el que directamente se apoyaba.

En cuanto al solado de la habitación, se distinguió un pavimento de tierra endurecida en los cuadros 40/C'D', similar en textura al descubierto en el cuadros 24C' del Corte 3. Este tipo de suelo debió recubrir la totalidad de la planta de la cabaña como evidenciaba un pequeño rebaje, entalle, que se diferenció entre los postes 36B' y 38B', y entre el primero de ellos y el localizado en el cuadro 36D'. Así, puede confirmarse que estos tres postes delimitaban la esquina rectangular de la construcción, distinguiendo sobre el mismo límite la alineación de fragmentos de adobe, orientados en el cuadro 36C' en dirección norte-sur contrariamente a los descritos anteriormente y por tanto que atestiguan la existencia de una pared perpendicular en el lado mas corto.

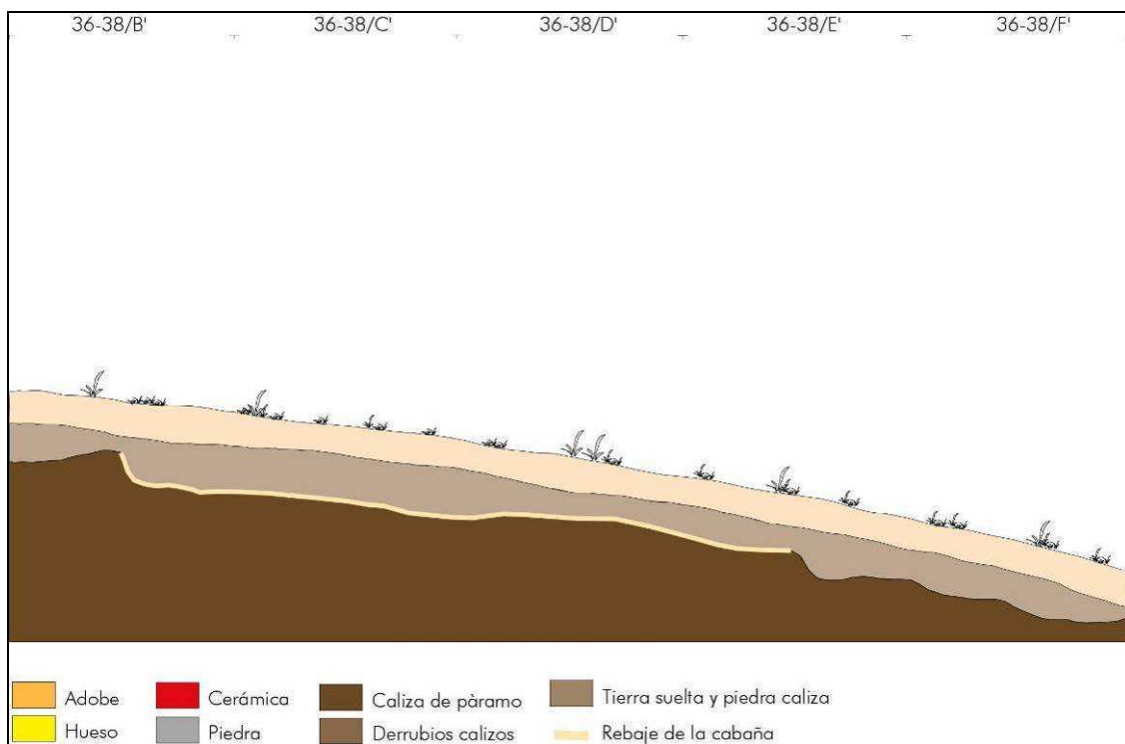


Figura 85 Sección del Corte 4 con detalle de la planta de la cabaña.

El entalle que delimitaría el suelo de la habitación se diferenciaba en la mitad norte de la banda correspondiente a los cuadros B', en concreto del 36 al 42 donde se apreciaba un claro rebaje de unos 10 cm de profundidad, efectuado sobre el cascajo superior de la roca base.

La abundancia de restos materiales, cerámica y hueso, documentaría dicha remoción realizada para asentar el solado de la cabaña. Con posterioridad, esta zona constituiría la superficie exterior o calle, zona en la que acumularían los desperdicios y piezas fracturadas. Por su parte, el lado interior de la cabaña muestra un perfil similar (Figura 85). El suelo claramente

regularizado hasta alcanzar la banda de los cuadros E', mostraba una depresión en la que se generalizan los hallazgos cerámicos. La interrupción del perfil se acentuaba en la banda de los cuadros F', donde la

plataforma del cerro se descompone, desapareciendo los restos arqueológicos, a la vez que se generalizaban los grandes bloques calizos bajo una capa degradada de los mismos.

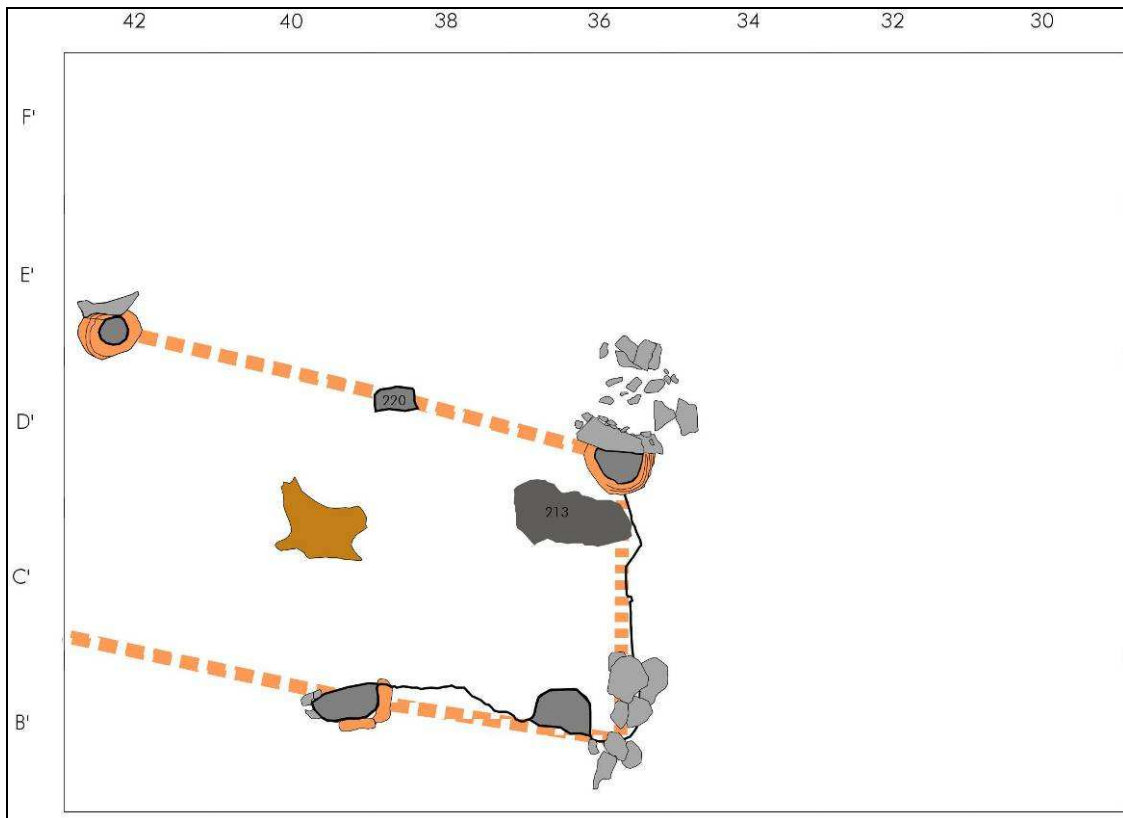


Figura 86 Elementos estructurales de la cabaña y probable alineación de las paredes.

Ciertamente, carecemos de muchas evidencias para reconstruir esta habitación, si bien con los datos indirectos es posible recrear su aspecto (Figura 86). La ausencia de postes centrales y la distancia entre las esquinas menores proyectan la estructura de una pequeña cabaña con cubierta a una sola agua con derrame al lado norte, más bajo. Una disposición contraria introduciría el agua en el interior del poblado y su evacuación requeriría salvar la propia construcción. Es posible calcular la altura a partir de proyectar la disposición de mancha de barro y la alineación de los adobes diferenciados. La mayoría de estos alcanzan, como se señaló la banda de los cuadros D', por lo que se separan de la línea de entalle entre 1,6 y 1,8 m que sería, por tanto, la altura mínima de la pared. En tal sentido, la presencia de otros fragmentos de adobe que muestran idéntica orientación en la banda de los cuadros F', sobre la capa de derrubios, repetirían, de nuevo, la distancia con referencia a los postes de la

banda D', es decir de la pared inferior. La escasa altura de la habitación no supondría un impedimento para su funcionalidad: el resguardo de sus constructores. En tal sentido no debemos olvidar la presencia, en los cuadros 36-38/C'-D', de un hogar de amplias dimensiones, 80x40 cm, con una base de cenizas y tierra que presentaban un grosor de entre 6 y 10 cm, lo que prueba una prolongada o intensa actividad. Posiblemente se debió utilizar tanto para proporcionar calor como para la transformación de alimentos, lo que explicaría su disposición marginal para dejar libre el resto del espacio cubierto. La escasez de hallazgos, a pesar de agrupaciones de restos cerámicos muy fragmentados, no permite concluir sobre otros usos del espacio y, bien al contrario, hacen suponer que la vivienda fue voluntariamente abandonada, al igual que sugerían los rellenos de los pozos o silos localizados a poco más de dos metros de lo que debió ser la pared orientada al mediodía.

Junto a la estructura descrita se aisló otro amontonamiento de barro, mucho más compacto y sin la presencia de *adobes*. Se trataba de un manteado de limo muy limpio que se extendía por los cuadros 30 a 34 y superaba la banda C'. Con un grosor medio de 15 cm, alcanzaba en los puntos más favorables los 20 cm, y una vez delimitado, su núcleo describía una forma paracircular (Figura 84) en los cuadros 32-34C', adosado a la pared meridional, la más corta de la cabaña.

Se distinguen en esta superficie, cuatro boquetes contrapuestos entre sí. Su huella presentaba, en el mejor conservado, unas respetables dimensiones 26x22 cm, y alguno, como el más septentrional, mostraba en su relleno fragmentos cerámicos, pudiendo repetirse el modelo ya descrito que nos hacía suponer su uso para apuntalar un pie de madera, si bien en este caso, los fragmentos eran de menor tamaño y no aparentaban características técnicas singulares.

Las dimensiones de esta acumulación y la proximidad de estos agujeros, poco más del metro, no aportan una explicación fácil sobre su función. Sin duda, su finalidad era conseguir un espacio aislado del suelo de cascajo. La presencia de los postes evoca la existencia de una plataforma o cubierta, si bien el tamaño de la huella reconocida parece desproporcionado con el tamaño de la planta, a no ser que debiera soportar un fuerte peso, bien por tratarse de un espacio dedicado al secado de productos o al tratamiento de pieles que precisaría de una estructura sólida sobre la que, p. e., tensar cabos. En todo caso, parece tratarse de una estructura auxiliar y de transformación y no de una construcción habitacional.

A la vista de los descubrimientos realizados y contando con los resultados de la prospección geofísica, se valoró la posibilidad de ampliar el último corte en dirección este, hasta alcanzar el eje de ordenadas. En este espacio la alteración de la conductividad había ofrecido valores altos, si bien esto no parecía ser una garantía de éxito en la excavación. Al igual que los silos en el Corte 3 podían ser la causa de una de las mayores alteraciones electrofísicas, la excavación de los cuadros 30 a 18, la segunda gran alteración, no había ofrecido otros hallazgos que la presencia de manchas de hogares y un pequeño agujero de poste. Por el contrario los grandes amontonamientos de adobe, la cabaña del Corte 4, los agujeros asociados y la presencia de un gran hogar habían pasado desapercibidos. Por ello, y ante la evidencia de que el manto natural tendía a elevarse en los cuadros 20 a 18, y que en los cuadros contrarios 2 a 4 se internaba en el promontorio en el que se había

documentado la cimentación de la torre atalaya, se desestimó la ampliación y se dio por concluida la excavación, asegurando con esta actitud la existencia en el yacimiento de espacios de reserva arqueológica de cierto interés.

La secuencia estratigráfica de la ocupación resultó ser la siguiente:

Nivel I: Roca de base del cerro con la capa superficial alterada y disgregada por la erosión y, ocasionalmente, por la acción antrópica, probablemente para extraer lajas.

Nivel II: Ocupación prehistórica que afecta a la capa superficial del nivel anterior para asentar estructuras o embutirlas. El grosor medio es de 10 a 15 cm, y esta constituido por amalgamas de bloques de barro, fragmentos cerámicos y líticos, además de la presencia diseminada de hogares, agujeros de poste, silos,...

Nivel III: No es uniforme en toda la superficie del cerro; se circunscribe casi al sector oriental y corresponde a una ocupación histórica que se asienta sobre los restos del nivel anterior. Sus evidencias no son muy numerosas por lo que debemos suponer que responde a una ocupación de poca intensidad.

Nivel IV: Se corresponde con la capa superficial del cerro, la cubierta vegetal removida por las actividades agrícolas practicadas hasta época contemporánea, si bien ya habían sido abandonadas cuando se reconoció el lugar.

3.2.2.4 Materiales constructivos

Como en el yacimiento anteriormente descrito, los restos constructivos localizados son escasos. Sí se reconocen los manteados o bloques de barro seco que muestran huellas de haber sido utilizados sobre entramados vegetales. Aquellos fragmentos, como ahora estos, no habían sido cocidos sino que debieron secarse lenta y progresivamente, tal y como se deduce de la uniformidad de color de sus capas internas. Hay otros que, por el contrario, se caracterizan por una coloración rojiza oxidante que se aclara hacia las capas interiores lo que debe reflejar su exposición a la acción de un foco de calor intenso. Es difícil precisar con exactitud si esta exposición se produjo condicionada por su utilización como elementos constructivos o por un proceso accidental que pudo ser el causante, además,

de la destrucción de la correspondiente estructura constructiva a la que pertenecieron.

Las formas reconocidas para estos barros coinciden, de nuevo, con los cuatro grupos descritos para el yacimiento de *El Parpantique*. Tan sólo se añade ahora una variedad de la forma 1, única entre los ejemplares (Figura 48,1b) diferenciados en el yacimiento de Morcuera, la inventariada con el número 349 y recuperada en el nivel superior del Corte 3. Se trata de un fragmento de medidas similares a la media, 16 x 13 cm, si bien algo más gruesa, 11,5 cm, y cuyo perfil puede observarse en la figura citada. Su singularidad deriva del alisado de la parte externa del borde, en los dos tercios superiores, que contrasta con el aspecto descuidado de la parte inferior. Estos tratamientos diferenciados están separados por un reborde lateral a modo de muesca, bien rematado. En la cara interior se aprecia un descascarillado probablemente del ligero revoco o enlucido que debió aplicarse como tratamiento final. Sin duda, se trata del remate o borde superior de uno de los silos descritos. El reborde ajustaría el encuentro del revoco con la superficie de terreno, quedando visible la parte superior alisada.

En *Los Torojones* se diferenciaron 178 fragmentos constructivos, de los que 39 no fue posible adscribir a ninguno de los grupos o tipos de la tabla elaborada a partir de los elementos hallados en *El Parpantique* (Anexo 9, Elementos de barro). Los menos numerosos

son los correspondientes al tipo 4, con 14 ejemplares, de los cuales nueve aparecieron en el Corte 2, otros cuatro en el Corte 4 y un ejemplar en el 3.

El resto de los grupos tipológicos cuentan con un número parecido de ejemplares: 37 ejemplares de la Forma 3 –los rodetes o *galletas* de barro–, de los que 33, la gran mayoría, se localizaron en el Corte 4.

Del tipo 2, los manteados, se contabilizaron 41 fragmentos, la mayoría, 21, se asocian también en el mismo Corte 4 (cuadros 34-42/C'-D'), es decir coincidiendo con los restos de la pared caída de la cabaña, y en menor número se documentaron en el Corte 3 (38-42/A) donde se diferenció otro resto de suelo.

Otros 47 fragmentos se atribuyen a la forma 1 cuya distribución mayoritaria, 31 elementos, coincide grosso modo con las estructuras negativas o silos del Corte 3, aun cuando había presencia testimonial de esta forma en los cortes números 2 y 4.

Si trasladamos estos datos numéricos al plano con los restos de las estructuras se observan ciertas asociaciones (Figura 87). Así, los fragmentos adscritos al tipo 4 y que se atribuía con muchas probabilidades al recubrimiento de tablas de madera y con una modulación semejante, se distribuyen mayoritariamente en el entorno de los restos de época medieval, lo que vendría a confirmar dicha adscripción cronológica.

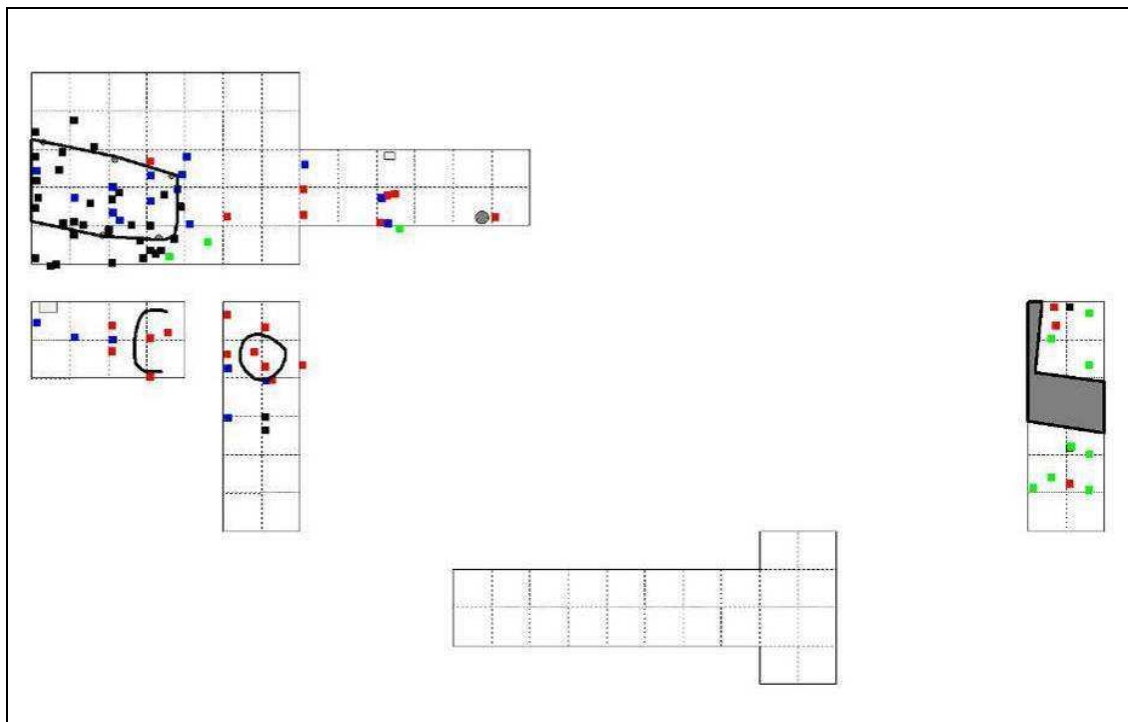


Figura 87 Distribución de los fragmentos de barro. Tipo I: rojo; II: azul; III: negro y IV: verde.

En el mismo sentido resulta coherente la distribución del tipo 1, de pared o borde de los silos, que aparecen mayoritariamente en el entorno de estas estructuras. Por su parte, el grupo 2, característico de los recubrimientos verticales, presenta una mayor concentración en el entorno de la vivienda localizada en el Corte 4.

Más interesante, por menos esperado, resulta la distribución del tipo 3 en el interior de la vivienda y en sus inmediaciones. Se había descrito este modelo como un rodete o base aislante, dada su forma redondeada y su sección plana y fina. Ante este nuevo hallazgo cabe la posibilidad de plantear una función distinta y ciertamente novedosa, como es la de servir de elemento de contrapeso para garantizar, tal vez, a

modo de *pesas*, la sujeción del entramado vegetal de la cubierta.

Sobre su disposición y funcionamiento poco puede avanzarse, pero es indudable que por su localización y concentración sólo puede atribuirse esta función o, alternativamente, la de conformar un solado, si bien en este último supuesto, sería posible diferenciar unas evidencias más claras, tanto porque hubiera sido más fácil de detectar al tener que existir una huella marcada en su lugar de colocación, que no se detecto. Otra posibilidad, como la de ser elementos transmisores de calor tampoco goza un argumentarlo a su favor, y desde luego de tener que inclinarnos por una de estas opciones, es claro que sería por la primera (Figura 89), y ello pese a que, p. e., el escaso peso no favorece esta función.

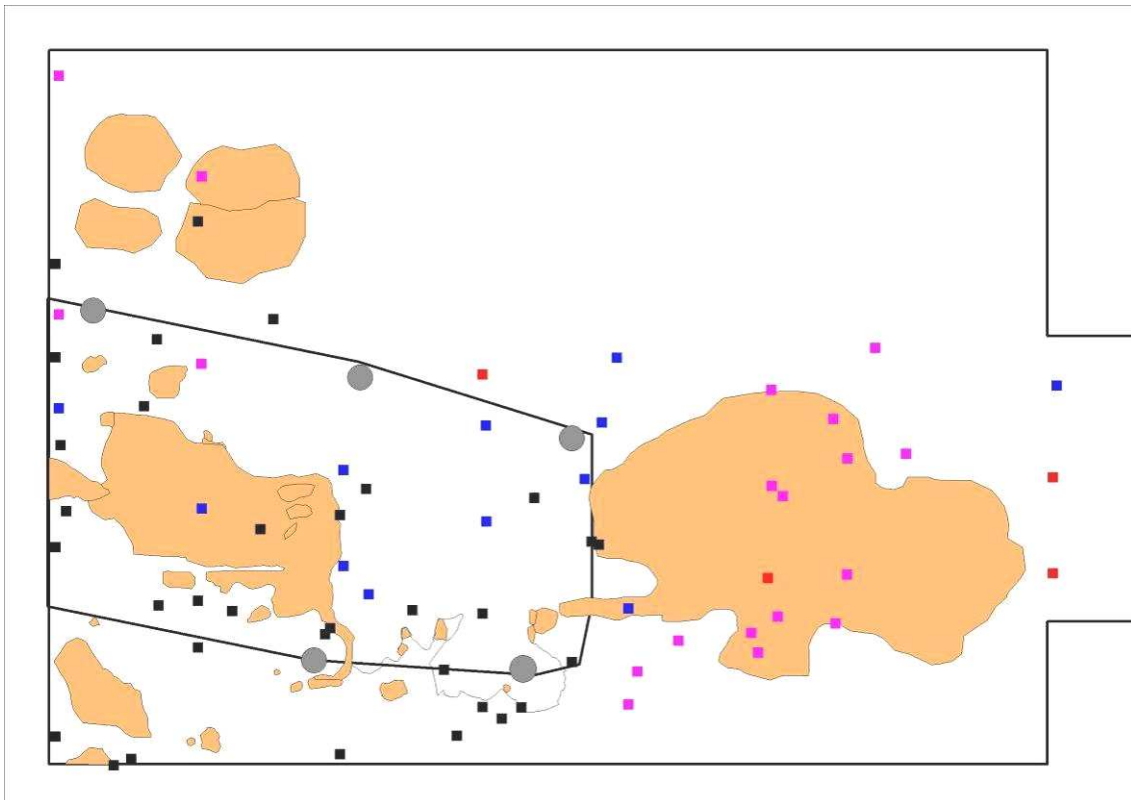


Figura 88 Detalle de la distribución de los fragmentos de barro en el Corte 4. La tipología repite el esquema de la figura anterior, añadiéndose los tipos informes (magenta) y las marchas de manteados o adobe.

Aun cuando es seguro que tal afirmación no puede superar el grado de evidencia, hemos de convenir que desde el punto de vista práctico estas *galletas* de barro tendrían la ventaja de ser más ligeras que las piedras que, en la práctica y necesariamente, se colocan en todas las construcciones de cubierta vegetal para

aguantar el empuje del viento y evitar movimientos del entramado. Además su forma facilitaría su *asiento* sobre el entramado. En una figura complementaria a la anterior (Figura 88) se muestra en detalle la distribución de estas piezas en relación con la cabaña prehistórica y los elementos constructivos.

En este contexto la concentración de fragmentos de barro catalogados como tipo 3 sólo tiene una explicación si se considera su posición debida a un desplome de la habitación, y, en cualquier caso, su independencia de los entramados verticales, de los que se disocia en su distribución.

Por tanto, la presunta función que se había supuesto en un primer momento a estas piezas como basas aislantes de soportes, de pie derechos, hay que cuestionarla. En este yacimiento como en el anteriormente descrito, se ha confirmado la existencia de hoyos de poste alineados y distribuidos de forma que parecen suficientes para mantener las estructuras de habitación, sin que sea preciso el apoyo de elementos intermedios como los que suponíamos. Bien al contrario, es la presencia de la huella embutida en el terreno la que posibilita su identificación. Por tanto no parece descabellado, más bien todo lo contrario, presuponer esta nueva función (Figura 89) para estos elementos de barro, si bien, como es lógico, deberá ser contrastada con nuevos hallazgos.

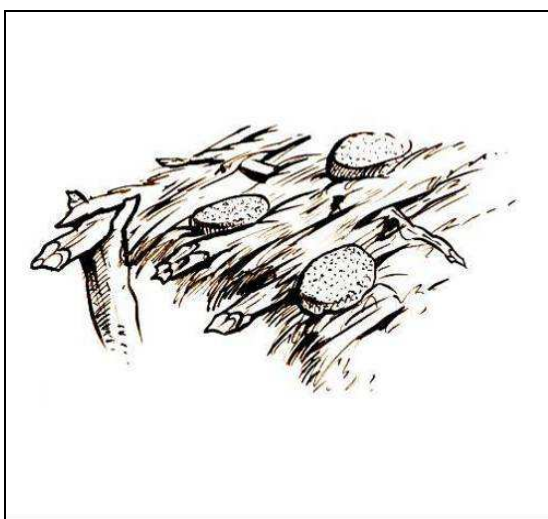


Figura 89 Detalle de la propuesta de utilización del tipo III de los elementos de barro en *Los Torojones*.

3.2.2.5 La cerámica

Al presentar este mismo apartado en el yacimiento anterior se refería la similitud entre el conjunto cerámico. El sistema de recogida, de inventario y de reconstrucción fue idéntico para ambos yacimientos, por lo que remitimos al capítulo correspondiente de *El Parpantique* para no reiterar la descripción del proceso. En este caso, el correspondiente inventario de los materiales catalogados, sus referencias a los dibujos y

otros datos de referencia se encuentran en los Anexos 9 y 10.

En *Los Torojones* de los casi tres millares de elementos recogidos, la gran mayoría son fragmentos cerámicos, si bien el número final de piezas inventariadas, una vez realizados los distintos procesos selectivos, alcanzó las 1.627, de las que 1.382, un 85%, corresponden a cerámicas. El segundo grupo en importancia lo constituyen los fragmentos constructivos de barro, con 178 elementos, un 11% del conjunto. La industria lítica con 59 elementos supone un 4%, y el material óseo esta representado en 8 piezas, un 0,5% del conjunto (Figura 90).

En el yacimiento de Morcuera, también se ha señalado la existencia de niveles modernos vinculadas a estructuras posiblemente defensivas a las que se asociaría la cerámica torneada que aparecía, si bien el escaso número de estas piezas, 39, no deja de constituir una colección simbólica, comparándola con la muestra de las cerámicas realizadas a mano, que alcanzan la cifra de 1.343 (Figura 90).

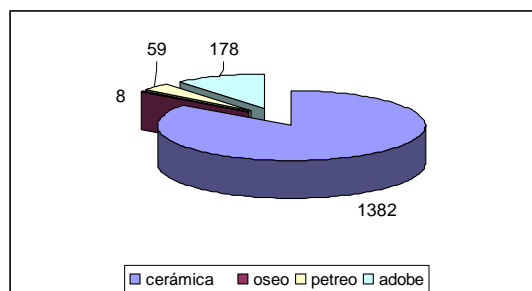


Figura 90 Tipología de los materiales recuperados en *Los Torojones*.

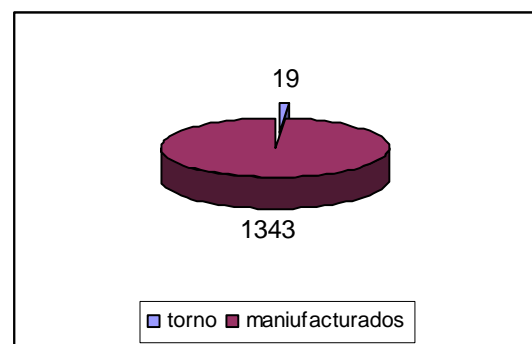


Figura 91 Técnicas de fabricación de la cerámica de *Los Torojones*.

El trabajo de reconstrucción posibilitó unir 283 fragmentos, lo que representa un 21% de las cerámicas inventariadas (Figura 92). De todos ellos, en 101 casos los fragmentos pegados se asignaron a una misma pieza por lo que el índice de fragmentación (el resultado

de dividir el número de fragmentos asimilados al número de piezas) resultante es de 2,8, es decir la mitad que en el poblado adnamantino, confirmando lo ya señalado anteriormente, sobre todo si referimos que el porcentaje de piezas diferenciadas en este caso es del 51,3%, similar al 57,1% que ofrecía el anterior conjunto analizado.

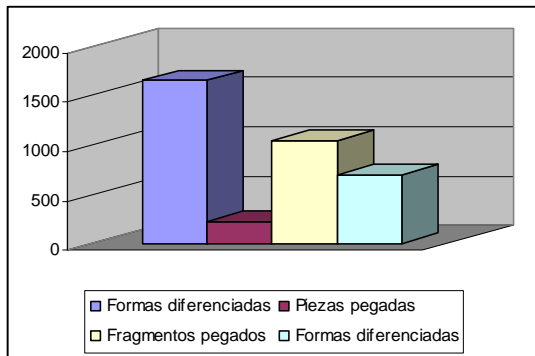


Figura 92 Reconstrucción y clasificación de las cerámicas de *Los Torojones*.

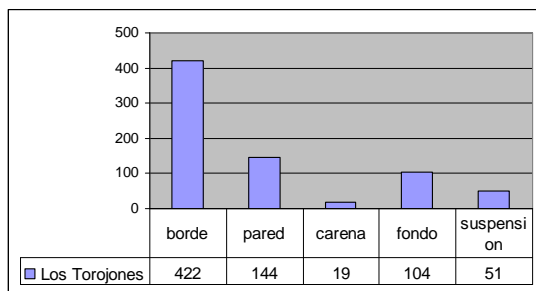


Figura 93 Tipología de los fragmentos cerámicos diferenciados en *Los Torojones*.

En este cálculo, de nuevo, se computan los fragmentos diferenciados de borde, pared o carena. Se puede argumentar que, pese a no contabilizar en esta muestra ni los fragmentos de fondo o las suspensiones, sería factible haber atribuido fragmentos de una misma pieza a otras con número de inventario distinto. Ahora bien, a tenor de los datos manejados, esta posibilidad no parece muy probable. Si se consideraran únicamente los fragmentos de borde para minimizar el posible porcentaje de error los resultados serían semejantes, el 61,2%, manteniendo la proporción anterior (Figura 93).

En todo caso, la representatividad entre los distintos grupos de fragmentos es también similar al conjunto anterior, con claro dominio de los bordes, seguidos de los fragmentos de pared y los fondos. Las suspensiones son minoritarias y las carenas tan sólo puntuales, alcanzando un 3% del conjunto de piezas diferenciadas.

4.3.5.1 Formas y Tipos

El conjunto de la cerámica prehistórica de *Los Torojones* ofrece una tabla tipológica ciertamente similar a la de *El Parpantique*, tan sólo algunos tipos o variantes están ausentes. Al respecto, no debe olvidarse el mayor volumen de piezas recuperadas en el yacimiento de Balluncar por lo que su variedad debiera ser, lógica y proporcionalmente, mayor. Ahora bien, también es cierto que en algún caso –cuando se trata de variantes– la ausencia en esta segunda tabla pudiera hacer cuestionar si su individualización era correcta o si dicha variabilidad pudiera estar determinada por la irregularidad de la pieza o de la propia clasificación, p. e., cuando cuantitativamente la muestra no sea significativa.

Al comparar la tabla resultante de tipos cerámicos de Morcuera (Figura 94) con la anterior de Balluncar (Figura 56), se comprueba la reiteración de las formas: numeradas de la A a la E, contamos de nuevo con los cuencos, los vasos carenados, los globulares, los de perfil en “S” y las encellas.

Entre los primeros, los cuencos, los tipos abiertos (A1) son idénticos repitiéndose las variantes de la A1a a la A1e, tanto en aspectos morfo-técnicos, de proporciones, como los estéticos y funcionales, como demuestra, p. e., la presencia de pequeñas orejas bajo el labio en A1d (Núms. 1 a 26 del Anexo 10)²⁵. Los cuencos hondos están representados con el tipo A-3 que, como en el caso de *El Parpantique* parece una variante o evolución de A1d. En el caso de *Los Torojones* se caracteriza y distancia claramente de aquel por el mayor desarrollo del labio visiblemente saliente, no siendo extraño que cuente con pequeñas impresiones (digito-ungulaciones) sobre el mismo, lo que produce un intencionado ensanchamiento, que enmascara el desarrollo de orejetas. (Núms. 27 a 32). Tal característica es exclusiva para los vasos abiertos de mediano tamaño, que son los únicos cuyo labio es visible. Algo similar ocurre con el tipo A4 de Balluncar que en Morcuera, al igual que el A2, no se reconoce.

²⁵ La numeración de las distintas formas, tipos y variantes utilizada repite criterios con la de *El Parpantique* para facilitar la lectura del texto. En determinados casos que se explican en el texto que sigue a esta nota, supone que no se haya mantenido un orden correlativo. Lo contrario –metodológicamente sin duda más correcto– hubiera supuesto una doble denominación para las mismas variantes, lo que hubiera dificultado la exposición y la comparación.

El inventario se reproduce en el Anexo 9, y el dibujo de las piezas seleccionadas se incluye en el Anexo 10 y son obra, también, de Javier del Campo.

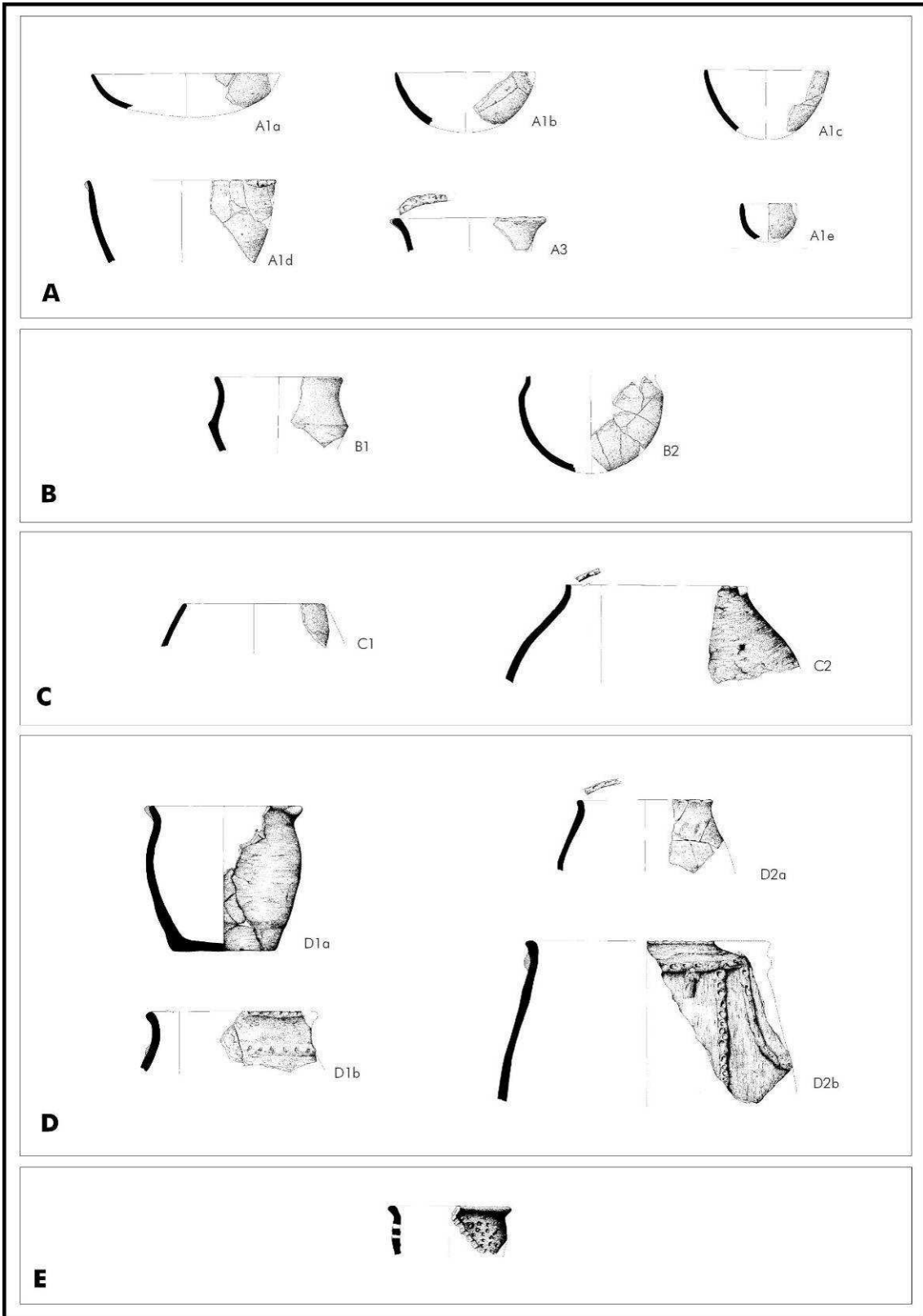


Figura 94 Tabla de las formas cerámicas de Los Torojones.

Si bien es probable que la ausencia de los grandes cuencos contenedores se deba a la escasez de la muestra, no es improbable que refleje una diferenciación de actividades o bien que pudieran haber existido distintas soluciones para conformar el ajuar cerámico.

Más significativo es la ausencia del tipo A2. Al describirlo en el caso anterior ya se advertía que se trataba de un único morfotipo y la posibilidad de que constituyera una variante de los cuencos hondos (A1c). Tal vez su ausencia en esta nueva tabla confirme aquellas sospechas.

Los vasos carenados (Forma B) están bien representados. Aun cuando la variedad es ahora menor, los dos tipos descritos como B1 y B2, caracterizados respectivamente por carenas bajas y medias o medias y altas, se repiten. Numéricamente las carenas en *Los Torojones* serían más escasas, predominando las bajas y medias de marcado ángulo sobre las altas (Núms. 33 a 43). Esta es, sin duda, una característica que diferencia claramente a las muestras, y un indicio más para interpretar que ambas colecciones corresponden a variantes funcionales o cronológicas.

Los tipos globulares que definen la Forma C están también bien representados en *Los Torojones*. De nuevo, la muestra tiende a simplificarse en lo relativo a variantes, no así a los prototipos que vuelven a repetirse. Un primer grupo (C1) es el que corresponde a los perfiles más sencillos y continuos, careciendo de cuello y con un borde siempre entrante (Núms. 44 a 48). Estas piezas repiten tratamientos cuidados de las superficies y ausencia decorativa, excepción de algunos apliques plásticos, pezones, junto al borde, tal vez para asir mejor la vasija. El segundo tipo (C2) reitera las características de su homónimo de *El Parpantique*: cuerpo globular, hombro marcado del que destaca un cuello no muy desarrollado y que da paso a un borde recto o ligeramente saliente en relación al perfil, pero entrante sobre el cuerpo de la vasija (Núms. 49 a 52). En este caso no existen cuellos estrangulados (C2b).

También se identifican, con las mismas características, las medianas ollas y orzas, es decir los tipos de perfil en "S" agrupados en la Forma D: tanto las de silueta más globular, en su doble variante de mediano (D1a) y gran tamaño (D1b), que se muestran, respectivamente, sin decoración y con decoración plástica (Núms. 53 a 57 y 58 a 66), como las de proporciones más alargadas que repiten el mismo esquema de lisas, de menor tamaño (D2a), y con decoración las más grandes (D2b) (Núms. 67 a 70 y 71 a 75).

No faltan, tampoco, las encellas o coladores, Forma E, con sus diversas variantes en lo relativo al tamaño, diámetro y borde superior e inferior, con tendencia exvasada o recta (Núms. 76 a 79), aunque el tamaño reducido de la muestra no permite mayores alardes tipológicos.

La clasificación cerámica está claramente dominada por las ollas de cocina y los grandes contenedores, un 46%, y la presencia de los cuencos, un 35%. Los vasos agrupados en estas formas constituyen el 81% del conjunto tipológico. Las encellas, por su parte suponen sólo el 3% por lo que su valor es testimonial, pero interesante tratándose de una pieza claramente determinada por su funcionalidad. Por su parte el tercer grupo por número de ejemplares identificados es el de los vasos globulares que alcanza el 10%, mientras que los perfiles carenados sólo suponen el 6% del conjunto (Figura 95).

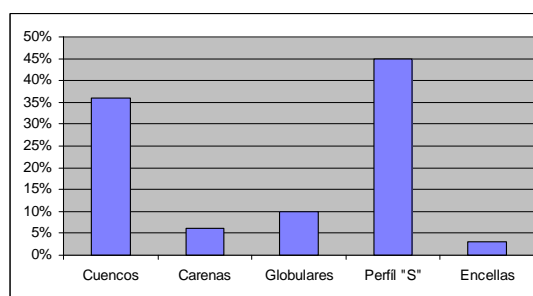


Figura 95 Representación de los porcentajes de las formas cerámicas diferenciadas en *Los Torojones*.

El conjunto cerámico de *Los Torojones* muestra unas características morfológicas similares a las definidas para el de Balluncar.

En lo relativo a los desgrasantes hay una tendencia a tamaños mayores, dominan los medios con un 44,7%, seguido de los gruesos, 37,3%, y los menos representados son los finos, apenas un 18%. Los tamaños menores se asocian a todos los tipos cerámicos, incluso a los más grandes, caso de la pieza reproducida como número 32 que corresponde a un cuenco o vaso hondo de paredes verticales, tipo A2, de 29,5 cm de diámetro en la boca. También resulta extraña su poca representatividad entre las formas carenadas. Pese a contar con superficies muy cuidadas, sus pastas contienen desgrasantes mayoritariamente medios y gruesos.

En cuanto al material utilizado para mezclar con la arcilla se generaliza la presencia de caliza, identificada en un 69%, junto con la cuarcita, un 28%, utilizándose

ambas de forma habitual, casi en una de cada tres ocasiones. La inclusión tanto de gneis como de cerámica triturada es meramente testimonial, 0,5 y 0,1% respectivamente, estando los yesos algo mejor representados, en un 1,5%.

La coloración de las pastas es mixta, casi una cuarta parte, el 23,6%, presenta tonos irregulares en la misma pieza, mientras que en un 45% dominan los tonos oxidantes de 1A a 2B, 2C, 2D y las distintas variedades recogidas en la tabla 3 de Llanos y Vegas (1974), mientras que en el 31,4% los tonos son reductores, abundando los que clasificamos entre 1B a 1I, bandas 1 a 3 de la reiterada tabla cromática.

Si se considera el tamaño de los vasos, valorando el diámetro en el borde, tal como se refleja en la Figura 96, el mayor número de vasos de sitúan en el tramo de los 11 a los 20 cm, seguidos de los agrupados en el tramo siguiente, en la decena de los 20 cm. En estas bandas se disponen la mayoría de los cuencos, las carenas y los vasos globulares, mientras que las vasijas atribuidas a la Forma D muestran un incremento inverso hasta alcanzar el mayor número en el bloque que supera los 30 cm de diámetro. Por el contrario, los vasos pequeños, menores de 10 cm, se corresponden con las encellas, los cuencos y, en menor medida, las tazas carenadas, no constatándose en este tramo las orzas y ollas de cocina.

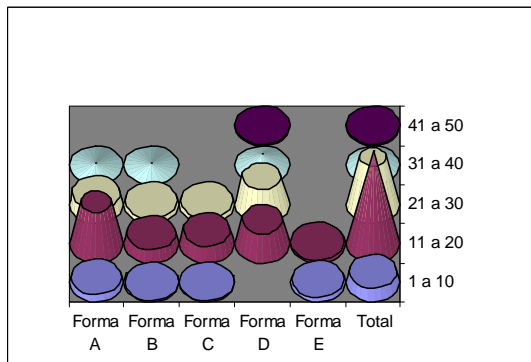


Figura 96 Agrupación de los tipos cerámicos de Los Torojones atendiendo al diámetro del borde.

4.3.5.2 Decoraciones y otros elementos cerámicos

Como en el caso de Balluncar, el de Morcuera proporcionó un gran número de fragmentos de pared que no ha sido posible adscribir a piezas concretas. Se trata de 150 elementos inventariados que muestran en su gran mayoría, al menos en 120 ocasiones, aplicaciones plásticas en la superficie exterior. Se trata

de pezones y/o botones en distribución simple, alineada o doble sobre perfiles globulares (Núms. 86 a 92), y sobre todo aplicaciones de cordones de distinta sección, tanto lisos como decorados mediante impresión. Su disposición es diversa, y aunque se conocen los motivos circulares, son más generales los de orlas o guirnaldas que cuelgan desde el cuello, partiendo de un cordón paralelo al borde (Núms. 71 y 93 a 109).

Entre las cerámicas decoradas con apliques plásticos destaca una pieza singular (núm. 108). Se trata de un gran vaso de forma indeterminada y que presenta una clara alteración seguramente producida durante la cocción. Su pasta es de color grisácea, aspecto poroso y apenas peso. La sección que se ofrece fue posible por la reconstrucción con 37 fragmentos, los más grandes habían aparecido agrupados en el cuadro 36D', dentro del agujero para asentar uno de los postes de la cabaña del Corte 4, por lo que es evidente que la mala cochura hizo que los pobladores del cerro usaran los fragmentos para apuntalar la madera y ajustarla al hoyo excavado. Estos restos hacen pensar en una producción local de la cerámica, por cuanto parece poco probable el acopio y transporte de los fallos de cocción para utilizar como elementos auxiliares.

También se documentan asas o arranques de asas (núm. 110), si bien el conjunto no supera la decena de ejemplares, por lo que hemos de pensar que la utilización de estos elementos de sustentación debió complementarse con las orejetas (núms. 44 y 81) y las perforaciones (núms. 82 y 22).

La técnica incisa también está documentada, al menos en tres piezas. Además de un reticulado sobre un fondo plano (núm. 118), se constata en dos fragmentos de clara adscripción al campaniforme inciso. El primero de ellos, el número 83, se recogió en el nivel superficial, al retirar la capa vegetal del Corte 4, y corresponde posiblemente a un vaso de pared fina y color pardo terroso (2E5), de pasta decantada con desgrasante calizo y fino. Las paredes están bruñidas y al exterior muestra un motivo fragmentado que desde la parte superior reproduce, al menos, tres frisos corridos enmarcados por líneas incisas, bajo el que se desarrolla un cordón pseudoexciso realizado por la impresión de un punzón que deja una huella ligeramente ovalada. Este cordón queda enmarcado por debajo, de nuevo, con dos frisos lisos y, a partir del último, se aprecia la existencia de una serie de líneas verticales de un motivo indeterminado. El segundo fragmento, el número 84, apareció en nivel de ocupación en el cuadro 38B', al exterior de la cabaña. Se trata de un fragmento de pared más gruesa, de pasta menos cuidada y como

desgrasante contiene granos de cuarcita de mediano calibre, aunque el color (2D4) es muy similar al anterior. Por su tamaño, 32 cm de diámetro, y por el perfil puede atribuirse a una típica cazuela. La decoración está constituida por un gran friso, fragmentado en la parte superior, de entramado de incisiones oblicuas que dejan resaltados pequeños rombos. En la parte inferior el motivo se enmarca por otro cordón pseudoexciso con impresión de puntos, con un aspecto irregular y descentrado en la fila inferior.

Para concluir este grupo de cerámicas singulares hay que reseñar el fragmento número 85, un borde de un vaso de paredes alisadas rectas, de 15 cm de diámetro, de coloración mixta y pasta cuidada, con desgrasante fino de cuarcita. Su singularidad viene determinada por el grosor de la pared que, cuanto menos, triplica a habitual de los cuencos y aún duplica a la de muchos de los fragmentos de las grades vasijas de la Forma D.

También contamos con otra vasija que pudo reconstruirse con la unión de siete fragmentos (núm. 80). Se trata de un vaso de paredes verticales que muestra un borde ligeramente saliente, seguramente reflejo del labio, que al interior aparece cóncavo a modo de muesca. Pese a tratarse de una vasija de perfil casi completo no encaja entre la formas descritas con anterioridad y la porosidad de su pasta y escaso peso, además de la presencia de grueso desgrasante de cuarzo, revelan que se trata de una pieza fabricada para una actividad específica y probablemente no destinada a la cocina o almacenaje, sino tal vez a una actividad artesanal que no puede concretarse por la carencia de cualquier resto de material o huella específica asociada. Aún así, no parece descabellado pensar en la posibilidad de encontrarnos ante un pequeño vaso-crisol o pieza para calentar, lo que también daría función a la muesca del interior del labio, en la que pudiera ajustarse otra pieza, a modo de tapa (¿?). Esta interpretación ayudaría a entender la función de la pieza anterior, cuyas gruesas paredes no permite otra explicación que la de suponerla destinada a soportar grandes temperaturas, tal vez como las que se requieren para la transformación de mineral.

4.3.5.3 Fondos o bases.

De nuevo se reconocen los cuatro mismos tipos de fondos o bases que se describían en el caso de *El Parpantique* (Figura 60), desde los más simples en los que la pared continua de la pieza remata en un umbo central (núm. 111), a los de pared continua que rematan

en una base plana, sin que se diferencien entre estos ejemplares (Núms. 112., 113, 118 y 120) ninguna variante con elevación al interior.

Sí, por el contrario, se conoce, al exterior de una de las piezas (núm. 118), una amplia retícula incisa que repite el motivo de las bases de Balluncar. En aquella ocasión se presumía que trataban de reproducir una reminiscencia técnica ya superada o que sirviese para asegurar un mejor apoyo o adherencia de la pieza. Sea la causa que sea, resulta de interés volver a documentar el mismo motivo y técnica sobre las mismas formas y sólo en ellas. En efecto nos referimos a los que clasificamos como formas 3 y 4 con paredes rectas y ángulo marcado (Núms. 114 a 117 y 119) o con reborde (Núms. 121 a 127), aun cuando en esta ocasión no existan apenas estrangulamientos que remarquen el tránsito de un elemento de la vasija a otro.

El número de fondos inventariados alcanza los 106, un 15,3% del conjunto cerámico. Lo exiguo de la muestra no permite establecer porcentajes por tipos, máxime cuando en ocasiones es difícil atribuirlos a uno u otro grupo. De nuevo los del tipo 1 asociados a los cuencos son los más numerosos, pero cuando se constatan con el perfil completo se advierte que raramente superan los 10 cm de diámetro. Por el contrario, los atribuidos a las vasijas de mayor tamaño, la Forma D, muestran diámetros mucho mayores, dominando los comprendidos entre los 15 y 26 cm. Incluso, se han documentado algunos que alcanzan los 36 cm. Es también habitual que a estas cerámicas correspondan los fondos y bases que presentan las paredes más rugosas (núms. 121 y 122) a modo de seudo *barbotina* que se supone aplicada intencionadamente para mejorar su aprensión y proporcionar, a la vez, mayor consistencia a la pared. Por el contrario, los fondos de paredes más cuidadas y de superficies alisadas corresponderían a las formas globulares, Forma C, y a las pequeñas ollas que caracterizaban los tipos D1a y D1b, destinadas al uso de cocina.

Para concluir el apartado cerámico, queremos mencionar la última de las piezas reproducidas de Morcuera, la número 127. Se trata de un fondo que muestra en la unión con la pared, intencionadamente rugosa, un destacado ángulo, si bien la base tiende a elevarse al interior. Indistintamente de la atribución formal, destaca el desproporcionado grosor de la pared que contiene desgrasantes gruesos de cuarzo y presenta tonalidades oxidantes y reductoras. El diámetro calculado es de 17 cm y la característica que llama la atención es la incipiente pared, muy fina, desproporcionada con el grosor del fondo, dando la

impresión de que su desarrollo no sería muy superior al que conocemos. De nuevo, estamos ante un fragmento que refleja una pieza singular, seguramente destinada a una actividad concreta y desconocida, pero que, dado el grosor de la base, la hay que suponerla preparada para resistir elevadas temperaturas, tal vez vinculada con una actividad metalúrgica, aun cuando, una vez más, debemos advertir de la falta de cualquier otra evidencia que permita respaldar esta hipótesis.

4.3.5.4 Distribución del material cerámico

En este yacimiento las condiciones para estudiar la distribución de los fragmentos cerámicos en relación con las estructuras se antojaba más favorable porque, aunque con vestigios peor conservados, el yacimiento no había sufrido grandes alteraciones.

La distribución de todos los fragmentos en el yacimiento (Figura 97) presenta la lógica de una mayor densidad en los cuadros que coinciden con las estructuras de habitación y los pozos, mientras que en el Corte 2 se aprecia la huella plana del muro de la estructura medieval y la mayor concentración en el interior de la misma.

Resulta clarificadora la ubicación de las formas cerámicas torneadas (Figura 98), concentradas en el Corte 2, a ambos lados de la cimentación de la atalaya y, excepcionalmente, una pieza en el Corte 1, que no presentaba restos o evidencias de ocupación. Otra más, también singular y excepcional en el plano, se recogió en el Corte 3, en el cuadro 32 F, y por tanto en el extremo opuesto al silo y en una zona que se consideró estéril arqueológicamente por la escasa densidad de hallazgos.

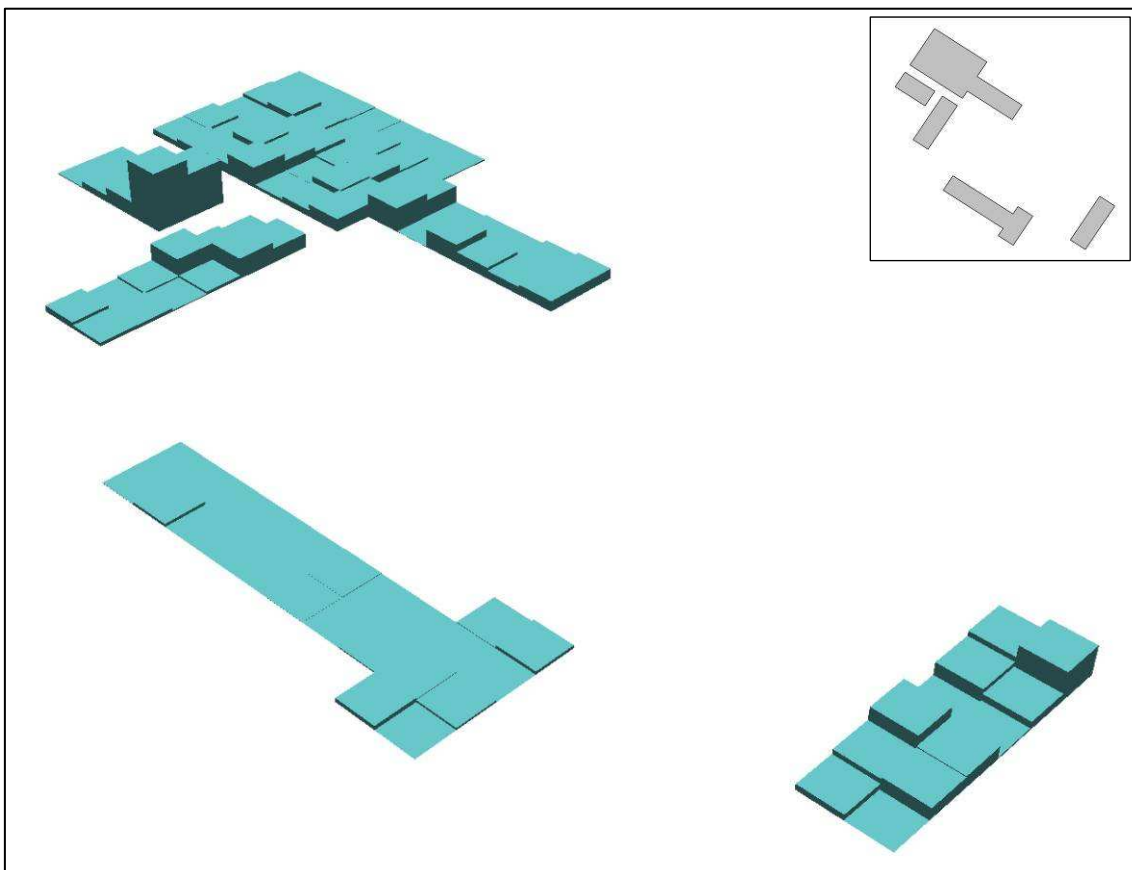


Figura 97 Densidad de hallazgos cerámicos de *Los Torojones*

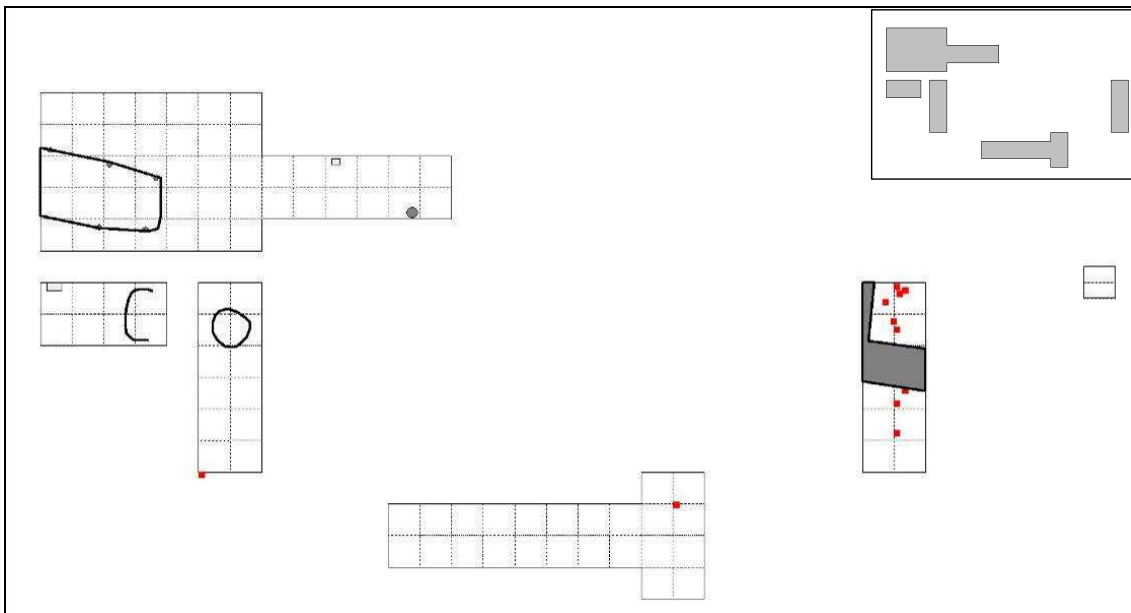


Figura 98 Distribución de la cerámica torneada.

Podemos afirmar con cierta seguridad que la ocupación medieval no afectó al cuadrante nororiental del cerro, donde se localizan los restos prehistóricos: las estructuras de habitación y los pozos o silos. Esta primera ocupación no se concentró únicamente en este sector, toda vez que hay evidencias de su existencia en el resto del yacimiento.

La distribución de las distintas formas cerámicas realizadas a mano (Figura 99) refleja que las piezas correspondientes a la última forma, la E, es decir, las encellas, se concentran, exclusivamente, en el entorno de la atalaya, por lo que hay que sopesar la posibilidad de que la estructura medieval afectara a otra habitación prehistórica a la que se asociarían estas piezas, al igual que se agrupaban en el cabaña del Corte 1 en *El Parpantique*.

Por otra parte, los cuencos, Forma A, muestran una mayor concentración en los cuadros del Corte 4, en los que se delimita la vivienda.

Dado que el resto de los materiales muestran una mayor representación en los cortes con estructuras, se presenta esta zona del yacimiento con mayor detalle (Figura 100).

Podemos confirmar que los cuencos, aunque presentes en todo el espacio, se concentran en la zona de la habitación o, mejor, se advierte una menor presencia en la zona de los silos. Contrariamente los vasos globulares, Forma C, sólo se reconocen en los silos y no así en el espacio doméstico. En cuanto a los vasos de forma carenada, la Forma B, son ciertamente escasos los localizados en niveles arqueológicos, vinculándose a espacios de habitación. Más equilibrada parece la distribución de los ollas y orzas y los grandes vasos de almacenaje, Forma D, que muestran una amplia representación en los distintos sectores.

Es precisamente este mismo dominio el que observamos en la figura en la que se muestra la relación a través de la fragmentación de la cerámica (Figura 101). De nuevo, se confirmaría la mayor intensidad de relaciones en los cuadros limítrofes con la vivienda y una menor relación en los correspondientes a los silos. Resulta en este caso de interés destacar una concentración que se refleja en el Corte 2, al exterior de la cimentación, lo que vendría a confirmar la existencia de otra cabaña prehistórica, ya intuida a partir de los fragmentos de encellas, y su afición por la construcción de la atalaya.

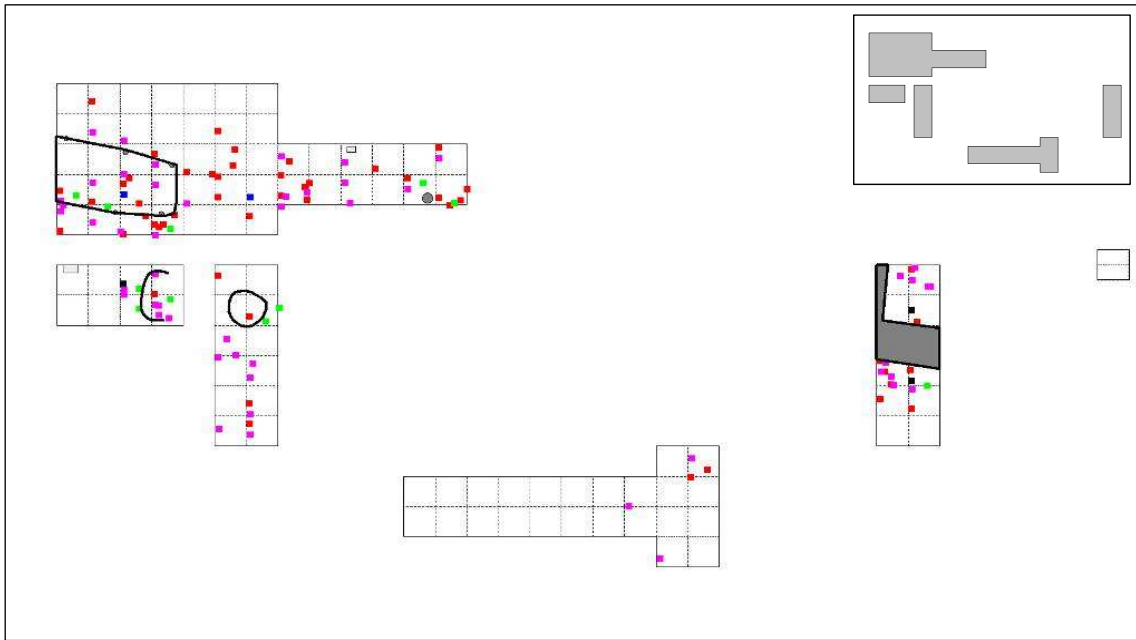


Figura 99 Distribución de las cerámicas realizadas a mano.
 Forma A: rojo; B: azul; C: verde; D: magenta; E: negro.

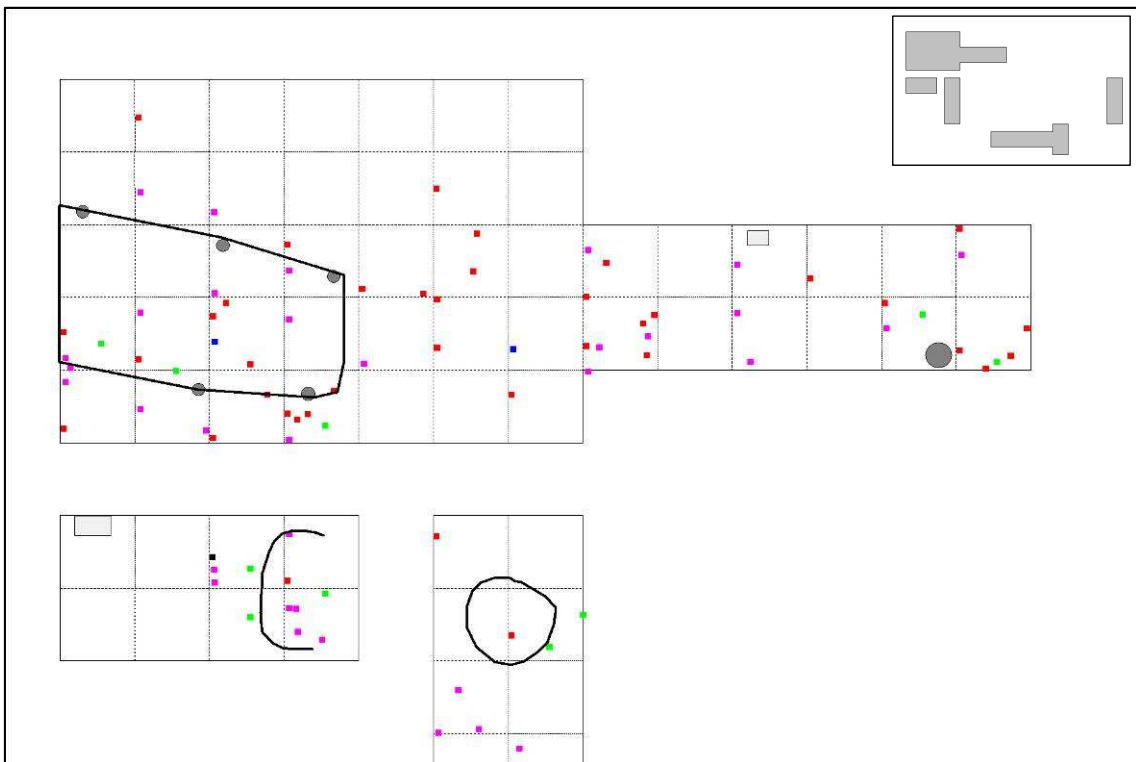


Figura 100 Detalle de la distribución de las cerámicas realizadas a mano.
 Forma A: rojo; B: azul; C: verde; D: magenta; E: negro.

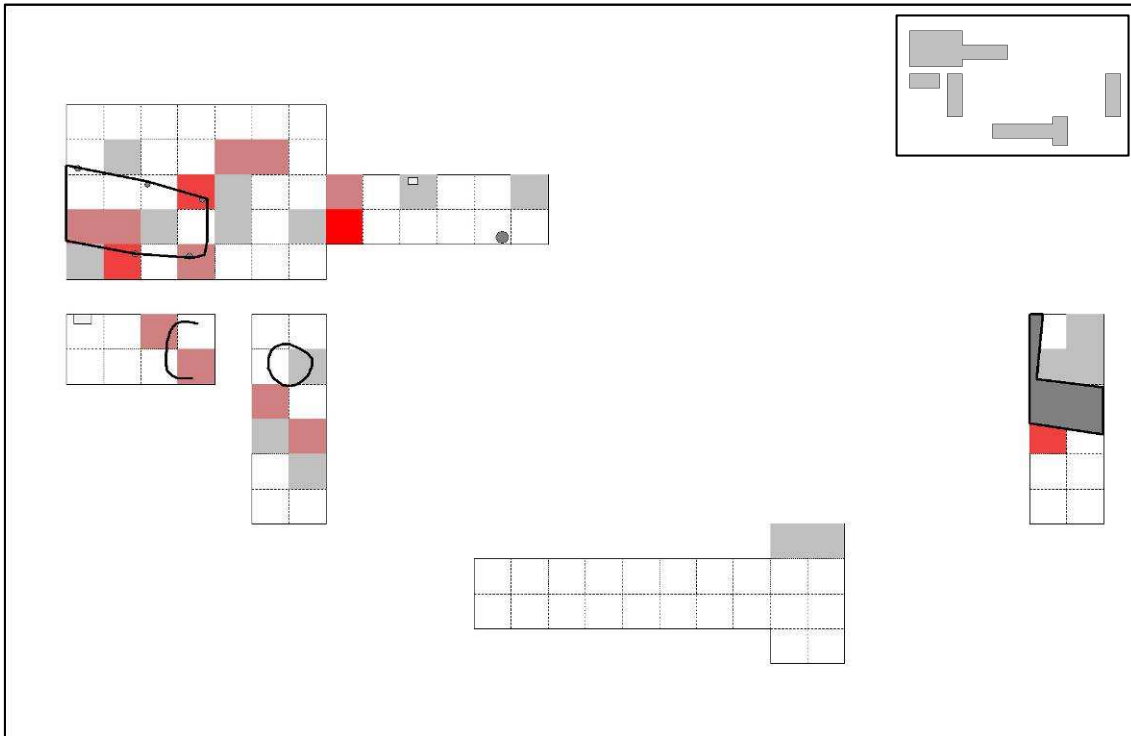


Figura 101 Representación de los índices de relación entre cuadros considerando la reconstrucción cerámica.

Menos significativa resulta en *Los Torojones* la correlación de espacios derivada de la presencia de fragmentos de una misma pieza cerámica. Tan sólo se relacionan claramente los cuadros 28C' y 28D', vecinos, en los que fue posible unir fragmentos de tres piezas, así como otras en los cuadros 36B' y 40E' en los lados exteriores de la cabaña. También en el Corte 3, singularmente en los cuadros 30A y 32A, pero aquí en los niveles superiores a la identificación del silo. En suma, exigua muestra que refleja la escasa fragmentación del material.

3.2.2.6 La Industria lítica

Esta muestra en *Los Torojones* (Anexo 9, Material lítico) es más exigua, tanto en lo numérico, apenas media docena de ejemplares, como en lo tipológico. De nuevo se diferencian los denticulados, ahora mayoritariamente sobre lascas (Núms. 129 a 131), destacando uno sobre lámina fracturada (núm. 128). En general se documenta el retoque denticulado, marginal, continuo y bifacial que alterna con los bordes abatidos por retoque abrupto, continuo, más o menos profundo e inverso, y con fracturas en el lado distal. En suma, se consigue un filo cortante continuo muy cuidado y tres

lados abatidos para asegurar un mejor y más fácil engarce.

También se recogieron lascas y láminas de cuarcita, además de varios cantos semidescortezados, con restos de desgajes. A excepción de una lámina (número de inventario 753) que no se ha dibujado y que tal vez pudiera corresponder a un elemento de hoz de filo natural y con los extremos distal y proximal abatidos, de medidas similares a las mayores de las descritas en el conjunto de *El Parpantique* -4,5 x 2,5 cm-, el resto de los fragmentos cuarcíticos son esquirlas, seguramente para su utilización, una vez machacadas, como desengrasante para la cerámica.

Finalmente el conjunto lítico de *Los Torojones* se completa con otras dos piezas destacables (Núms. 132 y 133). Se trata de dos posibles afiladores o pulidores realizados sobre arenisca y aparecidos, curiosamente, juntos en el mismo cuadro, el 20C' en el Corte 4. El primero es de forma ovalada y sección semicircular completa y en buen estado. En la cara plana presenta una acanaladura próxima al centímetro de grosor en su inicio y de 0,3 cm de profundidad, descentrada en relación al eje mayor de la pieza de 10,2 cm, mientras que su grosor es de 5,7 y el espesor de 3,7 cm. El segundo ejemplar es casi idéntico, también de arenisca, de 9,8 cm de longitud máxima, 5,8 cm de anchura, y

conserva en el lado más favorable 3,8 cm de grosor, si bien el lado curvo se muestra descascarillado. En este caso, por el contrario, el canal apreciable en la cara plana coincide en posición centrada con el eje mayor de la pieza, es ligeramente más estrecho y algo más profundo, oscilando entre 0,8 y 0,4 cm.

Este tipo de piezas es bastante habitual en yacimientos similares y próximos, que ya han sido dados a conocer y que tendremos ocasión, más adelante, de comparar. En todos los casos se han interpretado como pulidores si bien en ninguno se han realizado análisis para determinar la presencia de elementos o restos que delataran su utilización. Sí se aprecian, en cambio, y a simple vista, huellas de microincisiones y abrasiones longitudinales que permite atribuirles dicha función.

Por otra parte, es cierto que su presencia junto a restos de pequeños hogares podía llevar a pensar en una función alternativa, como moldes para fundir varillas o punzones, que luego se finalizarían con técnicas de golpeo e incluso abrasión. Ahora bien, y para zanjar esta descripción, hay que señalar que las piezas, descritas, como otras conocidas, se definen además porque el canal recorre la pieza hasta rasgar el lateral. De tal forma, aun cuando pensáramos en la posibilidad de que se tratara de moldes univalvos –la asimetría de ambos canales en relación con los ejes no posibilitan otra solución– requerirían de sendos tapones laterales para evitar se derramara la supuesta e improbable colada de la que no hay, por otra parte, evidencia alguna, al igual que el canal carece de manipulación específica para ajustar dicho elemento.

Es de destacar que sea precisamente en las inmediaciones de este cuadro 20C' donde se produce el mayor agrupamiento de elementos líticos aparecidos dentro de los niveles arqueológicos (Figura 102), aun cuando se trata de cantos rodados con extracciones simples de descortezado. Hay que recordar que en el inventario se contabilizan casi medio centenar de estos objetos de los que doce se recogieron entre el material superficial del cerro; otros veintidós en el Corte 4, idénticamente repartidos entre el nivel superficial y el de ocupación, con los que este sector congrega casi la mitad de la muestra. Algo similar ocurre con los elementos denticulados. Son siete los localizados: dos aparecieron en los niveles superficiales, uno del corte 3 y otro en el 4. Los cinco recuperados en los niveles

arqueológicos se repartieron entre el Corte 3 ampliación, con un ejemplar, y los cortes 2 y 4, con dos ejemplares cada uno, de lo cual se desprende que, aunque en muestra exigua y escasamente significativa, los elementos de hoz se vinculan a espacios de habitación y no de silos, repitiendo, de nuevo, otro dato más para confirmar la existencia de la cabaña del Corte 2 que sospechamos.

Esta concentración en el Corte 4 de los afiladores, los denticulados y los guijarros de cuarcita parecen confirmar, como en *El Parpantique*, la individualización en las cabañas de los utensilios por tipología y función – en este caso un ¿taller?–, custodiándose para una posterior utilización que tanto pudo ser comunal o individual.

En cuanto a los molinos, se confirma su presencia entre el material de superficie, pero no entre los materiales atribuidos al nivel de ocupación prehistórica. Al menos se identificaron cuatro ejemplares barquiformes realizados sobre piedra arenisca y, por tanto, de tipología sencilla que no aporta ninguna precisión crono-cultural, aun cuando sirvan para documentar la tradicional actividad de molienda de frutos o granos secos.

3.2.2.7 La industria ósea y metálica

Se indicaba lo excepcional de la presencia de este tipo de objetos en los yacimientos en estudio. La ausencia de elementos óseos, trabajados como útiles o no, se explicaría por la acidez del terreno. Así se justificaba que las únicas piezas reconocidas se asociaran los niveles modernos de la ocupación. En el caso de *Los Torojones* se identificaron algunos fragmentos óseos no trabajados que se recogieron en los cortes 1 y 2, lo que parece confirmar dicha interpretación.

Para concluir la descripción del material recuperado sólo nos queda hacer mención a los hallazgos, aún más exigüos, metálicos. En Morcuera el único objeto aparecido fue un botón de un uniforme militar que reproduce un escudo monárquico de un momento poco preciso entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX.

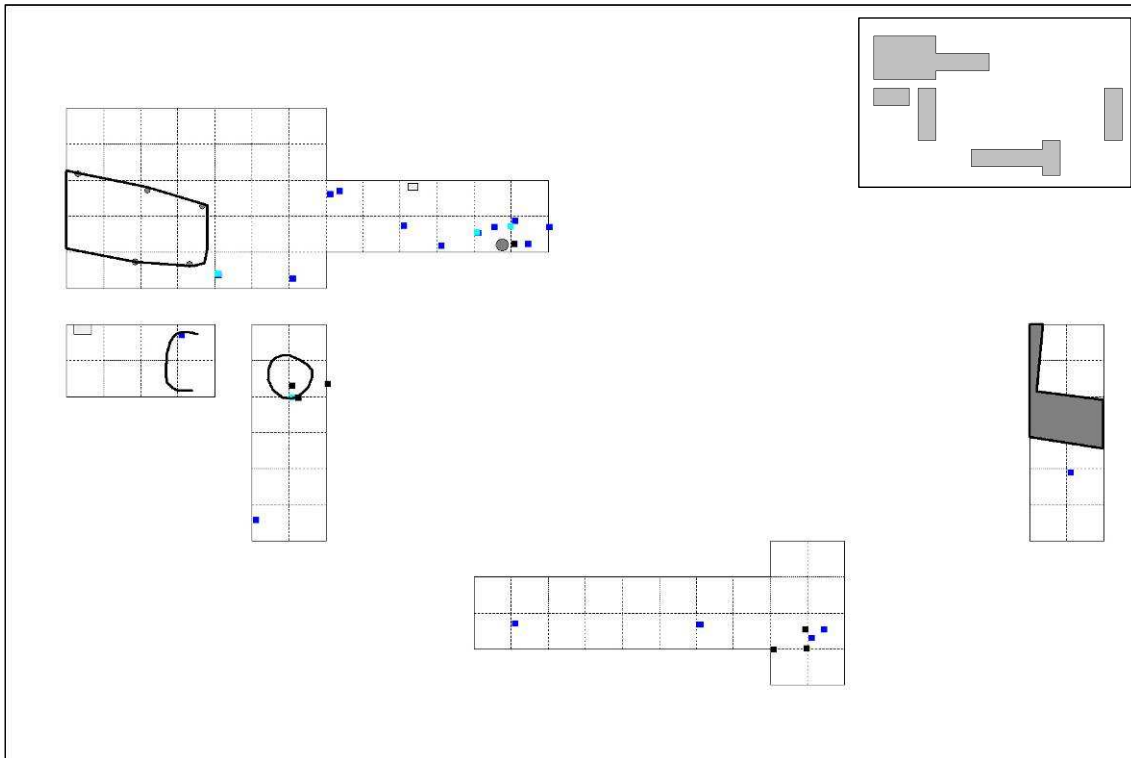


Figura 102 Distribución de distintos materiales en nivel arqueológico.
 ● Hueso; ● Denticulados; ● Otros líticos.

3.2.2.8 Análisis radiocarbónicos

En el caso de *Los Torojones* los análisis radiocarbónicos fueron solicitados en el año 1986, después de la campaña de excavación, al Laboratorium voor Algemene Natuurkunde de Groningen en Holanda y fueron realizados también por el Profesor W. G. Mook, y recibidas en mayo de 1987 (Anexo, 11).

De nuevo se seleccionaron dos muestras de las recogidas en la excavación (Figura 103). La primera correspondía a fragmentos de madera carbonizada en buen estado de conservación, recogida en el nivel inferior de la limpieza del corte del cuadro 25-A/A', rodeada por un amontonamiento de fragmentos de adobe, y a 0,5 m de la superficie del manto vegetal. La segunda muestra también correspondía al mismo material y fue recogida en el corte de los cuadros 36-38/B' a una profundidad de 0,4 m desde la superficie vegetal y dentro de lo que suponíamos uno de los entalles de silo o espacio de almacenamiento.

Los resultados fueron los siguientes, tal como se desprende de la comunicación cuya copia se reproduce en el anexo correspondiente:

GrN-14490: *Los Torojones* 1: 1110 ± 30 bp Carbón.

GrN-14491: *Los Torojones* 2: 3620 ± 80 bp Carbón.

Como en el caso de *El Parpantique*, los resultados de la analítica fueron sometidos al programa de calibración Oxcal v3. 10, ajustando la probabilidad de la curva de calibración a dos sigmas y con los resultados que se reflejan en las gráficas adjuntas.

En lo referente a la muestra *Los Torojones* 1 (GrN 14190) es evidente su desviación respecto a la segunda, y a las aportadas por el anterior yacimiento. Aún cuando siempre pueda interpretarse como consecuencia de una alteración en la manipulación, creemos que el resultado es plenamente válido y lo que viene a fechar es la ocupación más moderna, es decir, el momento en el que existió en el cerro una atalaya o construcción defensiva o de vigilancia de época histórica, reconocida en el Corte 2 y que, a tenor del resultado, debió estar activa al menos entre los márgenes que establece la mayor probabilidad, es decir entre finales del siglo IX y principios del XI de nuestra Era.

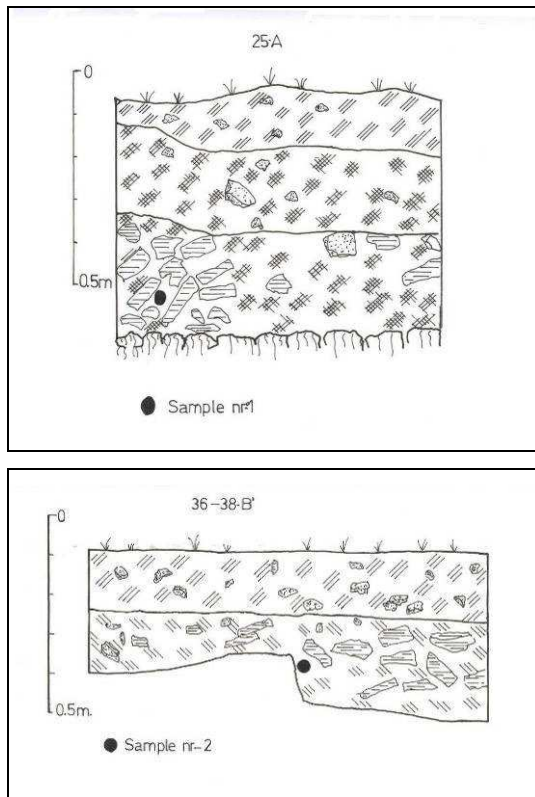
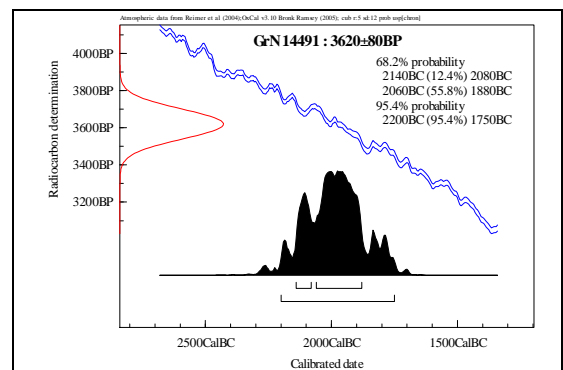
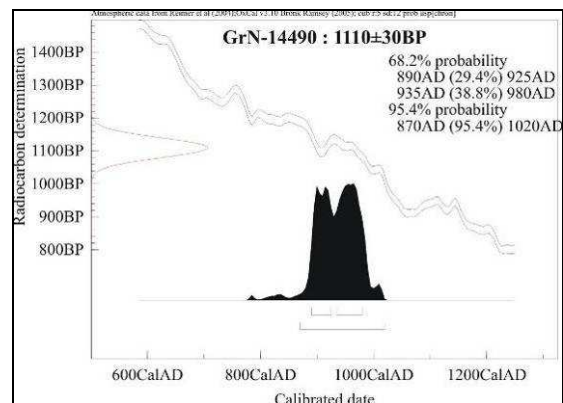


Figura 103 Localización de las muestras recogidas para análisis radiocarbónicos.

La muestra fue recuperada en la limpieza estratigráfica de un pozo realizado por furtivos, que se encontraba próximo a la mencionada estructura histórica y al borde del cerro. No sería descartado, a la luz de los resultados, suponer que la fácil seriación de niveles hiciera confiarnos en una secuencia lógica que bien pudo haber sido alterada por procesos postdeposicionales o por la construcción de la propia atalaya. Alternativamente, una alteración derivada de la afección más reciente, la de los furtivos, no parece probable por la limpieza del corte, si bien tampoco debe excluirse. En todo caso, es evidente que para confirmar una u otra posibilidad, debiera haberse realizado una excavación en área, lo que sin duda hubiera aclarado las dudas que esta fecha plantea.

La segunda de las fechas (GrN 14491) se aproximaba a las conseguidas en la campaña anterior de *El Parpantique*. El rango de mayor probabilidad de la calibración a dos sigmas ofrece un margen superior similar, si bien el inferior se aleja de las fechas anteriores hasta alcanzar el primer tercio del segundo milenio.



La calibración de esta muestra de Morcuera ofrece un rango excesivamente amplio, de casi cinco siglos, lo que supone una evidente imprecisión. Ahora bien, la similitud de los materiales prehistóricos y los elementos constructivos de los dos asentamientos presentados señalan un mismo momento, el inicial de la Edad del Bronce, que es el que indican las fechas de C₁₄.

3.2.3 El Pico de Los Cotorros de Langa de Duero

3.2.3.1 Situación y características del yacimiento

En el año 2000 se realizó la primera campaña de excavación en un espolón que domina una amplia vega, y que se denomina genéricamente como de *Los Cotorros*, en el extremo noroccidental del término municipal de Langa de Duero, de la provincia de Soria, ya próximo al límite con la provincia de Burgos. Los trabajos de campo fueron dirigidos por D. Juan Pedro Benito, D. Alberto Sanz y D. Carlos Taberero de la empresa Areco y participaron alumnos de diversas universidades tal como se describe en el informe de las dos campañas consecutivas²⁶ (Benito et alii, 2001).

El yacimiento se sitúa sobre un pequeño cerro que destaca sobre un extremo de la plataforma resultante del dismantelamiento del páramo de la margen derecha de este sector del Duero (Figura 104). La fractura del páramo se vio acelerada por la erosión producida por los arroyos laterales y perpendiculares de dirección noreste-sureste que buscan la vega del Duero, en un proceso similar al que hemos comentado en los casos anteriores (Lámina 6).

Su altitud alcanza los 964 m s.n.m, destacando 100 m sobre el entorno de la vega que domina, y sólo 15 m sobre la plataforma de la mesa de los Llanos a la que se une en su extremo noreste. De nuevo, por tanto, es la altura más destacada sobre un entorno que domina, y cuenta con la protección de uno de sus lados por la amplia plataforma del páramo, lo que le confiere un destacado interés estratégico, similar al yacimiento de *El Parantique* y sobre todo al del Alto de *El Turronero* (Jimeno et alii, 1988), éste último en el término de San Esteban de Gormaz, muy próximo, pero al lado contrario del corredor del río Duero. Como en los casos anteriores la superficie superior del cerro es ciertamente reducida, calculándose en apenas 100 m² con marcado buzamiento al mediodía.

3.2.3.2 Metodología de intervención

La excavación afectó a una superficie superior a los 80 m² por lo que debe entenderse que, en la práctica, supuso un vaciado total, a excepción lógicamente de

una pequeña área de reserva arqueológica. La metodología, según el informe citado, repite los cánones convencionales descritos en apartados anteriores, y posibilita disponer de una detallada documentación en la que es posible reconocer, en planta y alzado, todos y cada uno de los hallazgos.

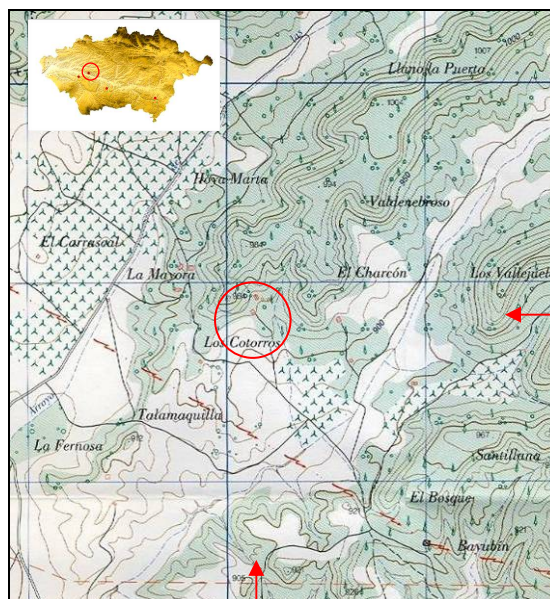


Figura 104 Localización del yacimiento del *Pico Los Cotorros*

3.2.3.3 Estratigrafía y estructuras constructivas

La excavación diferenció distintos niveles de sedimentación individualizados por la textura y componente del aglutinante mayor, si bien arqueológicamente se interpreta un único nivel de ocupación que muestra abundantes evidencias de conservar materiales *in situ*, tanto cerámicos como constructivos.

De nuevo, no son extraños en el conjunto los fragmentos de barro con improntas vegetales, excepcionalmente conservados en un resto de pared de considerables dimensiones que, caído sobre el interior de la habitación que delimitaba, fue aislado (Lámina 7). Se trataba, según los excavadores, de buena parte de una cabaña de planta rectangular dibujada por algunos agujeros de poste –se reconocieron seis de diferente tamaño– que permiten calcular sus dimensiones en unos 20 m²; una altura, a tenor de la pared aludida, de poco más de 1,8 m en su lado mayor, el meridional, y posiblemente más baja en el septentrional, ajustándose a la pendiente de la superficie del cerro que se calculó

²⁶ Queremos agradecer a los citados, J P. Benito, A. Sanz y C. Taberero, las facilidades dadas para acceder a la documentación inédita, así como la información complementaria y sugerencias que nos trasladaron. En la descripción de los trabajos y resultados seguiremos su informe, señalando nuestras aportaciones cuando se desvíen de aquel o supongan interpretación de los datos y opiniones distintas a las que aportan en ellos.

en un 7.5% de desnivel. El hecho de no encontrar apenas restos materiales y la ausencia de evidencias que posibilitaran hablar de compartimentaciones es lo que les hace presumir que se trataba de un espacio cubierto destinado exclusivamente al descanso (Figura 105).

En esta línea de interpretación, la existencia de un hogar en el exterior de la habitación pero próximo a la misma, es otro dato más en el que se apoya la interpretación de las áreas funcionales. Se trataría de una gran mancha negra que ocupaba un metro cuadrado, con un espesor de 5 cm lo que le confiere, pese a la ausencia de cualquier infraestructura asociada, el carácter de hogar.



Lámina 6 Vista del Pico de Los Cotorros desde el páramo, al fondo el valle del Duero. Fotografía Areco.



Lámina 7 Lienzo caído del revoco de la pared lateral. Foto Areco.

actividades del grupo en torno al hogar, al aire libre, llegando a diferenciar zonas de actividad preferencial para la preparación de alimentos, de trabajo del material lítico... (Figura 105).

3.2.3.4 La cerámica

Una vez más, la mayoría del material arqueológico lo constituyen los fragmentos cerámicos, todos realizados a mano y con unas características morfológicas similares a las descritas con anterioridad. Mayoritariamente se trata de vasos y fragmentos lisos, el 90%, según los datos manejados. El 10% restante tiene aplicados elementos plásticos que pueden presentar impresiones digito-unguladas o simples incisiones realizadas con la punta de un punzón, además de decoraciones con las mismas técnicas sobre el propio labio de las piezas, desconociéndose la utilización de cualquier otra variante decorativa. Las superficies se muestran cuidadas, generalmente

Por otra parte, la identificación de alineaciones de piedras de pequeño y mediano tamaño y lajas que conforman espacios semicerrados en el exterior, induce a que los autores sospechen la realización de las

alisadas, incluso las de las piezas pequeñas y medianas, y, especialmente, las carenadas están bruñidas. Los desgrasantes son abundantes, en general granos cuarcíticos de grueso calibre, citándose además la presencia de mica; no así otros como la cerámica triturada. La coloración mixta también hace suponer que la cocción se realizaba en hornos abiertos, en los que no era posible mantener homogénea la atmósfera de cocción.

Otro aspecto coincidente con los yacimientos ya vistos, es el gran número de fragmentos recuperados, en este caso 3.773 fragmentos, de los cuales 831 fueron inventariados, es decir mostraban un elemento indicativo de la forma de la pieza o bien disponía de algún elemento decorativo. Ello supone, como simple aproximación, la existencia de 40 fragmentos por metro cuadrado de excavación y, más importante, más de 10 piezas distintas en el mismo espacio, lo que sin duda supone una gran acumulación de material cerámico, o la existencia de una ocupación que siendo única

podiera haber sido prolongada, como puede derivarse del grosor del nivel de relleno que alcanza los 0,5 m.

En todo caso, ni una ni otra suposición es comentada en el informe de la excavación. De la misma forma, considerando que el material inventariado sólo supone un 22% de las piezas recuperadas, puede deducirse un alto grado de fragmentación de las cerámicas, aspecto que de nuevo es repetitivo en los tres conjuntos comentados hasta este momento. En el primero se debía a acciones antrópicas contemporáneas, mientras que en *Los Torojones* y en este de *Los Cotorros* este alto índice de fragmentación sólo sería explicable por procesos postdeposicionales de arrastre y presión, si bien hay que advertir que la escasa reconstrucción de las piezas lleva a suponer que la fragmentación se produjo cuando existía actividad en el poblado lo que explicaría, en estos dos últimos yacimientos, que el índice de reconstrucción de piezas sea ciertamente bajo.

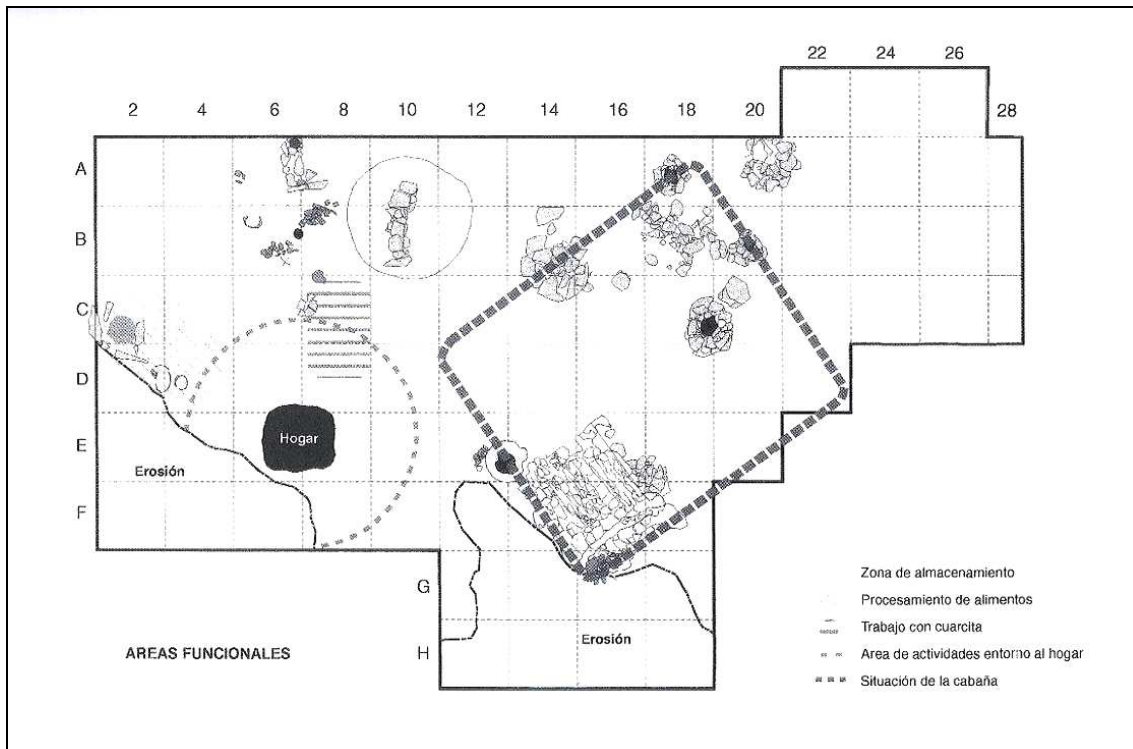


Figura 105 Planta e interpretación de la excavación del Pico de Los Cotorros (según Benito et alii, 2001).

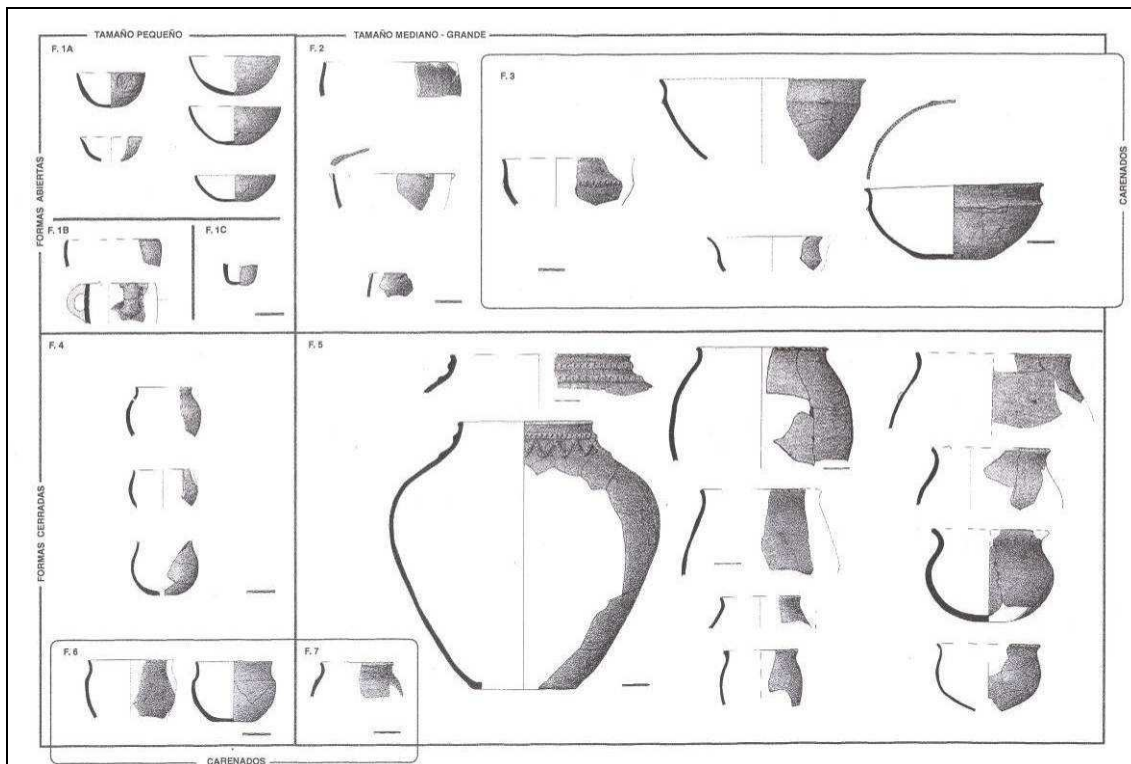


Figura 106 Tipología de formas cerámicas del *Pico de Los Cotorros* (según Benito *et alii*, 2001)

Tipológicamente las semejanzas se repiten. Aún con una variedad menor no es menos cierto que todas las formas reconocidas en este *Pico de Los Cotorros* están descritas ya en las tablas de *El Parpantique* y *Los Torojones*.

En este caso, los autores agruparon todos los tipos en dos grandes bloques atendiendo al perfil abierto o cerrado de los vasos (Figura 106). En cada grupo determinaron distintos tipos atendiendo a aspectos como el tamaño de la vasija, el diámetro, la tendencia del borde o la presencia de carenas o ángulos marcados en las paredes.

La Forma 1 de su tabla se corresponde con los cuencos que suponen el 21% del conjunto. Los más abundantes, el 18%, son los semiesféricos (los A1 de *El Parpantique*) de tamaño mediano como indican los diámetros que oscilan entre 10 y 18 cm, si bien los más abundantes son los de 12 cm. También documentan los cuencos hondos los que en este caso definen como verticales (los equivalentes a A2 y A3), representando un 2% del conjunto cerámico. Finalmente los cuencos pequeños (la variante A1e, los cubiletes o juguetes) alcanzan aquí el 1% de la muestra inventariada, caracterizándose además de por su pequeño tamaño –

su diámetro no supera los 8 cm– por un tratamiento descuidado.

La Forma 2 de su clasificación, a la que denominan *fuentes*, está poco representada; también corresponde a las vasijas abiertas, en este caso de gran tamaño, con diámetros que alcanzan los 30 cm, y se asimilaría a la variante A4 de *El Parpantique*.

Finalmente, entre las piezas abiertas incluirían, como Forma 3, las carenadas de mediano y gran tamaño, entre 25 y 40 cm de diámetro. Las medias-altas serían menos frecuentes, mientras que las carenas altas además de más generalizadas, no es raro que presenten en el borde o la propia carena incisiones simples o impresiones de dedos y/o elementos punzantes. Es de destacar el porcentaje de las piezas atribuidas a esta forma, un 18% que, por número, se situarían inmediatamente detrás de los cuencos, con el mismo volumen que los semiesféricos. En relación con *El Parpantique* esta forma correspondería al tipo B2, y especialmente con la variante B2a, también caracterizada por la presencia de elementos decorativos simples sobre el borde y/o la propia carena

Entre los vasos cerrados diferencian hasta cuatro formas distintas, las dos primeras, Forma 4 y Forma 5, corresponden a los vasos de perfil en “S”. En la primera

incluyen los vasos más pequeños, con diámetros menores de 10 cm, de aspecto más cuidado y generalmente carente de decoración. Se trata del tipo mejor documentado ya que su representación alcanza el 33% de la muestra. En las tablas anteriores estos modelos se asimilan a la primera variante, la a, de los tipos D1 y D2. Por el contrario, la que describen como Forma 5, a la que atribuyen el 21% de los hallazgos, se caracterizaría por su mayor tamaño respecto a la anterior: el diámetro sería siempre superior a 10 cm, llegando a diferencias hasta dos grupos, los que se encuentran entre esa medida y los 30 cm, y los que superan los 30 cm.

Aún cuando no se afirma implícitamente, se atribuirían los menores a la función de olla, es decir, a la cocción, mientras que los más grandes se les suponen un uso como contenedores. Tal interpretación podría cuestionarse por la presencia de digito-ungulaciones o incisiones sobre el labio, similar en ambos casos con un 48 y 49 % respectivamente, y sobre todo por la existencia de los apliques plásticos en la pared, en un 17% para el grupo de las piezas menores y sólo un 1% en el caso de las de mayor tamaño.

Formalmente podemos asimilar estas variantes a los tipos D1b y D2b de *El Parpantique*, ahora bien, es cierto que las características de los perfiles se agrupan también atendiendo a la disposición o tendencia del borde, e incluso las propias dimensiones, dado que se indican unos márgenes desde los 16 a los 50 cm, por lo que no posibilitan una equivalencia tan precisa. Sí, por el contrario podemos afirmar que estas formas 4 y 5 corresponden a Forma D de los yacimientos excavados por nosotros, y con su 54% de representación constituyen en este yacimiento de *Los Cotorros* el grupo más numeroso, al igual que ocurría en los conjuntos presentados con anterioridad. En todos los casos, además de la tendencia más o menos abierta del perfil en S, por el tamaño se agrupaban en dos grandes bloques, coincidiendo con la presencia o ausencia de decoración plástica que desarrolla motivos geométricos más o menos abigarrados. En esta coincidencia también se repite la doble función que se les atribuía, la de piezas de cocina y la de almacenamiento, generalizándose en las primeras las paredes lisas y en las segundas las aplicaciones plásticas.

En el segundo grupo de los vasos cerrados, las formas 6 y 7, vinculan de nuevo piezas con carena en el tercio superior. En este caso, y a diferencia de la Forma 3, se trata de piezas lisas y de pequeño tamaño, con diámetros entre 12 y 15 cm. Cuantitativamente son poco numerosas y junto con las fuentes atribuidas a la Forma 3 se reparten el 7 % restante (

Figura 107).

En conclusión, todas las cerámicas se agruparían en tres grandes conjuntos, los cuencos, las formas de perfil en "S y los vasos de carenados. Destaca por tanto la ausencia de vasos globulares de perfil entrante, así como las carenas bajas o medias-bajas que, si no abundantes, sí eran bien conocidas en los yacimientos ya descritos. También llama la atención el que no se refiera la existencia de *encellas* o *queseras* lo que hace suponer, dada su singularidad y facilidad para reconocerlas, que es una pieza ausente en el yacimiento.

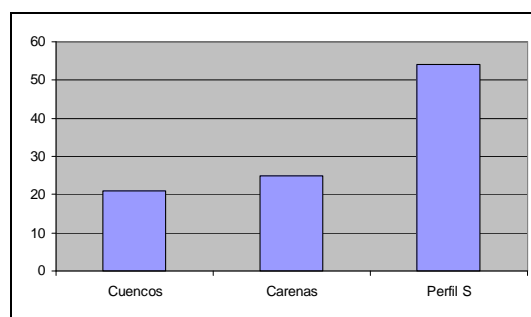


Figura 107 Grupos cerámicos de *Los Cotorros*. Agrupados según formas simples.

3.2.3.5 El material lítico

El conjunto de piezas líticas es ciertamente escaso. Se reduce a un diente de hoz de sílex; de arenisca se detalla un típico brazal de arquero de pequeño tamaño y un afilador sobre la cara plana de un bloque que muestra la contraria cóncava, similar a los ejemplares descritos de *Los Torojones*. Junto a estas piezas se enumera la existencia de once molinos barquiformes, también realizados sobre soporte de arenisca, dos de ellos completos y nueve fragmentados.

Destaca en la memoria de los trabajos la referencia a la existencia, de nuevo, de abundantes cantos cuarcíticos que muestran restos de trabajo o extracciones, es decir, de piezas de descortezado o semidescortezado, además de las consiguientes láminas que tienen filo natural y no muestran retoque mediante talla. La constatación de un remonte de láminas sobre un canto, asegura la talla en el propio yacimiento, confirmando esta actividad y explicando la presencia de estos cantos evidentemente exógenos en el cerro.

3.2.3.6 Restos faunísticos

Si breve es la muestra lítica, la ósea es sólo indicativa. Tan sólo se documentan como restos de fauna tres fragmentos de huesos largos que no han permitido su identificación. Tal escasez se atribuye, una vez más, a la acidez del suelo.

3.2.3.7 Análisis radiocarbónicos

Con posterioridad, ya en el año 2002, los mismos autores promueven, dentro del proceso de investigación de la excavación, una serie de análisis, obteniendo dataciones del C¹⁴. y quedando otros análisis pendientes de resultados.

En este caso los análisis radiocarbónicos fueron realizados por el laboratorio Beta Analytic Inc. de Florida. La primera muestra corresponde a restos de carbón y la segunda a restos de madera, ambas asociadas con la estructura de habitación descrita y ofrecieron los siguientes resultados (Benito *et alii*, 2002):

Beta 166649 COTORR08B001: 3510 ± 60 bp carbón

Beta 166650 COTORR18A002: 3610 ± 60 bp madera

La calibración de ambas, siguiendo el programa informático Oxcal V3.10 ya comentado, depara resultados similares a los anteriores, si bien se mantienen rangos de fechas amplios, siendo los

márgenes de probabilidad también elevados. De nuevo, las fechas oscilan entre los últimos siglos del tercer milenio y el primer tercio del segundo, lo que permite mantener agrupar estos resultados con los ya vistos en los epígrafes anteriores.

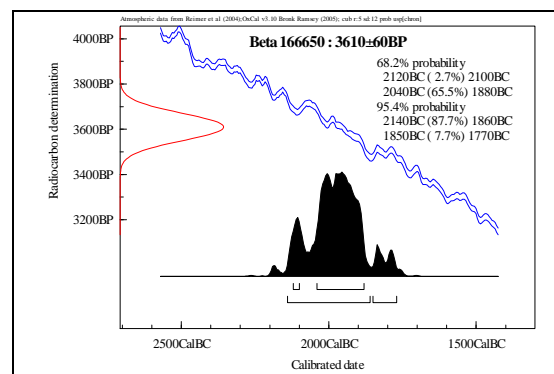
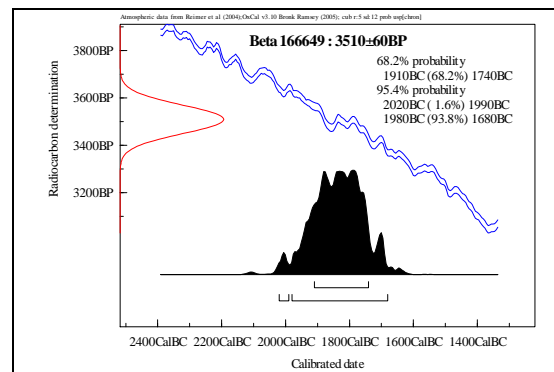




Lámina 8 Vistas de *Pico Romero* desde el noroeste y sureste, a sus pies el valle del arroyo de La Nava. Fotografía Aratikos arqueólogos.

Aún cuando los autores de la excavación no muestran dudas en atribuir estos hallazgos arqueológicos al pie del cerro a los consecuentes procesos erosivos de la cima, la localización de materiales similares en la zona baja del valle está bien documentada en otros enclaves próximos –por ejemplo, los comentados en el capítulo anterior de *Las Moratillas* situado en el lado contrario de la vega o *Los Pájaros y Xextil*²⁸ en el mismo término municipal, o *Capagrillos* en el próximo municipio de Fuentelcámped–, constituyendo, según los investigadores, asentamientos de escaso potencial y *previsiblemente dependientes* del yacimiento que nos ocupa; ello a pesar de que el único argumento sea su *menor* tamaño y su ubicación en espacios *dominados* por el cerro, al que se atribuye una función jerárquica y organizativa.

Al mismo tiempo, se señalaba, en la parte superior y media de la ladera occidental, una importante

concentración de materiales arqueológicos asociados a un sedimento de composición cenizosa, lo que hizo suponer que el asentamiento comprendiera una mayor extensión, aprovechando determinados aterrazamientos que debieron ser comunes por las evidencias erosionadas que aún se aprecian en la parte superior de la ladera.

3.2.4.2 Metodología de intervención

La excavación se organizó en dos sectores. Uno ajustado a la documentación del manchón ceniciento de la ladera, y que se resolvió delimitando un área de 3x3 m, ajustada a las evidencias superficiales. La segunda unidad o zona de excavación se proyectó en el cuadrante noroccidental de la plataforma superior, a fin de reconocer la estructura de tapial. Tras sucesivos ajustes, el área original delimitada de 3x2,5 m fue ampliada hasta alcanzar con las dos campañas una superficie de 28 m².

La diferencia de cota entre las zonas conllevó un registro independiente de ambas. El registro arqueológico se realizó mediante el aislamiento y análisis de relación de las denominadas unidades

²⁸ La denominación de alguno de los enclaves no coincide con los referidos en las fichas del IACyL, sin que tengamos explicación para suponerlos distintos. Por ello, utilizaremos las referencias y denominaciones disponibles en cada caso, advirtiendo eso sí que, en uno y otro la característica que les define es su posición junto a la vega y bajo el área de influencia del cerro excavado.

estratigráficas, y el reflejo planimétrico a partir de los ejes cartesianos previamente establecidos, coincidiendo con criterios habituales a los ya descritos.

3.2.4.3 Estratigrafía y estructuras constructivas.

En el primer sector correspondiente a la ladera, los directores de los trabajos definen lo que denominan como dos contextos arqueológicos bien diferenciados, si bien se trata de la presencia de hoyos y de un nivel de ocupación que se superpone a estos. Parece fuera de toda duda que el nivel superior aparece desplazado de su posición primaria y que contiene suficientes indicios –por ejemplo, tapial– como para suponer la existencia de alguna construcción arquitectónica. Por el contrario, los hoyos que localizan, al menos dos sin ningún resto arqueológico asociado, infrapuestos a este nivel comentado, fueron excavados en la roca base y por tanto no existe tampoco duda sobre su posición original. Desgraciadamente el grado de erosión no posibilita conocer el perfil completo, habiéndose conservado la huella de su base, plana, que oscila entre los 60 y 45 cm de diámetro y entre 10 y 20 cm de alzado de las paredes, que se describen como ligeramente cóncavas.

En conclusión, se trata de dos funciones diferentes, una de almacenamiento y otra habitacional que no tendrían, en origen, la relación superpuesta que se encontró en la excavación. Por tanto, hemos de interpretar que, como en los casos anteriores ya descritos, las cabañas se encontraban próximas a los silos. Desgraciadamente falta explicar la relación espacial de este sector con la superficie del cerro para contrastar, como proponen los autores, que las laderas se ocuparon tanto con estructuras de almacenaje como con cabañas, posiblemente en algún momento de intensa ocupación del cerro.

Por lo que respecta al segundo sector, correspondiente al espacio superior de la plataforma, confirmó las perspectivas que dieron motivo a la excavación. Es decir, pese a los problemas interpretativos derivados del alto grado de erosión, se documentó no sólo la existencia de una estructura de habitación sino, además, que la superficie del cerro tuvo una intensa ocupación como demuestra el aprovechamiento máximo de este espacio, marginal en la plataforma. Los hallazgos permiten presentar una secuencia de, al menos, tres fases diferentes en un potente relleno que oscila entre los 1,2 y 1,3 m de grosor.

La primera etapa estaría caracterizada por hallazgos que denotan la dedicación de este espacio a una función doméstica con dos momentos sucesivos consecutivos. Directamente excavados en el sustrato geológico se localizaron una docena de hoyos o bases de poste. La mayoría de ellos pueden agruparse, por su diámetro, en dos grupos: los que se encuadran entre los 25 y los 40 cm, predominando los de 30 a 35 cm, y los que oscilan entre los 10 y los 20 cm, generalizándose los de 12 a 16 cm. Si se considera la profundidad excavada en la roca también se agruparían en dos segmentos: los que alcanzan desde los 15 a los 45 cm, con excepción de un caso que se ha constatado una profundidad de 75 cm y que generalmente coinciden con los de mayores diámetros, y aquellos cuya huella en la roca no alcanzan los 5 cm, oscilando entre 3 y 4 cm. Todos muestran unas rebabas interiores producto del proceso extractivo, siendo sus paredes rectas y la base, en la mayoría de los casos, cóncava. Su dispersión delimita un espacio de tendencia ovoide, a excepción de uno central que corresponde al apoyo de la cubierta de la cabaña.

Aún cuando es complejo alcanzar una interpretación al tratarse de un espacio que no fue posible delimitar en toda su extensión y en el que la erosión pudo alterar la base original, no parece existir duda sobre la finalidad de estos pies derechos para sustentar las paredes de una cabaña. Los agujeros menos profundos debieron acoger postes de apoyo o tirante, mientras que en los de mayor profundidad apoyaría directamente la cubierta. Nada facilita la posibilidad de deducir la altura de la habitación, ni tampoco el modelo de cobertura.

En cuanto a su tamaño diremos que los informes son contradictorios. En el primero, los autores suponen que uno de los postes, el número 12, se localizaría en un espacio central de la vivienda, si bien la interpretación de la planimetría que documentan induce a suponer que pudiera tratarse de un apoyo de pared. En tal caso la habitación alcanzaría una anchura máxima de unos 3 m y una longitud que superaría los 4 m, suponiendo que la forma ovoide que delimitan tendiera a una figura más o menos regular. En el último trabajo publicado se decantan por un tamaño de la habitación entre los 11 y los 13 m²; si bien insisten en que no pudieron exhumar toda la planta y no aportan datos nuevos a los ya descritos.

La ausencia de otros vestigios lleva a suponer que las paredes debieron realizarse con entramado vegetal trenzado sobre los postes verticales de apoyo y recubierto con un manteado de barro, de los que existen abundantes fragmentos con huellas vegetales en el cerro, especialmente en los niveles superiores.

También se documenta el uso del barro para sujetar y ajustar el tronco que se incrustaba en uno de los hoyos, el número 4, siendo habitual la presencia de pequeñas piedras calizas que debieron utilizarse como calzo de los pies derechos, que por la profundidad de los hoyos y su diámetro, denotan la intencionalidad de conseguir una gran solidez.

En el interior de este espacio localizaron, directamente apoyado en la roca, los restos de un hogar, aprovechando una cubeta natural que presentaba un desnivel de entre 6 y 8 cm. La huella oval cenizosa alcanzaba un diámetro entre los 1,2 y 1,3 m, si bien la zona de alteración por la acción del fuego no superaba los 0,6 m. Se destaca la sincronía de ambos elementos y la utilización del espacio como zona habitacional. Con posterioridad, debió utilizarse este mismo espacio de nuevo como zona de habitación, pero realizando un nuevo pavimento de margas machacadas y compactas, que fosiliza el nivel de cenizas.

Estos dos momentos sucesivos de ocupación se desarrollan, a juicio de los investigadores, de forma consecutiva y se interpretan como la transformación constante del área ocupacional, en función de las necesidades cotidianas que precisa la propia actividad doméstica.

Directamente apoyado en este nivel se reconoce una importante estructura de tapial que caracterizaría la segunda fase. Sobre una base de piedras de mediano y gran tamaño se levantaba una pared de tapial, de tendencia cóncava, cuya altura oscila entre los 0,4 y 0,5 m, rematada en un borde ligeramente apuntado. La planta sería oval y el eje mayor oscila entre los 1,8 y 2 m. La estructura aislada, conservaba el fondo, de 4 a 6 cm de espesor, y parte del alzado meridional, encontrándose completamente desmantelada su mitad septentrional.

Se interpretó como un contenedor, a modo de los silos ya comentados. La funcionalidad es claramente de almacenamiento y así se interpretan otros restos de tapial localizados fuera de la estructura anterior, en las inmediaciones, que se atribuyen a otra estructura de almacenamiento. Estos bloques de tapial son de mediano tamaño y fueron alisados con las manos, rematando en recto uno de sus bordes. Su color rojo intenso prueba de que fueron *cocidos* o expuestos al fuego, en contraposición con la estructura comentada anteriormente cuyas paredes se había secado al aire.

En todo caso, la localización de estos restos así como el hecho de que se apoyen directamente sobre el suelo de ocupación anterior, sin que exista un espacio o relleno que abone la posibilidad de interpretarlo como

un abandono, hace suponer que se trate de una transformación de la primitiva estructura habitacional, destinada ahora a otros usos.

La destrucción de la estructura de tapial, al parecer intencionadamente, según se desprende de la colocación de sus restos, marca el inicio de una nueva fase de ocupación, la tercera, que se caracteriza, además, por diversos niveles de *echadizo* o rellenos de nivelación que en buena parte se reconocen en los niveles superficiales del yacimiento, denotando el grado de erosión y la dificultad de estudio. Ahora bien, este nuevo horizonte de ocupación contiene restos de varios pavimentos, también de margas machacadas, y diversas huellas de postes que lleva a interpretar este nivel como reflejo de una nueva etapa de habitación, de cierta intensidad, al menos en este espacio del cerro, si bien los elementos conservados no posibilitan mayor precisión.

3.2.4.4 La cerámica

De nuevo las semejanzas de esta muestra con las anteriores es lo más destacable. En primer lugar y como en el caso anterior, debemos señalar que todos los fragmentos corresponden a cerámicas realizadas a mano, con procesos de cocción mixtos aún cuando dominan los tonos oxidantes correspondientes a hornos abiertos. Las pastas incluyen de forma generalizada fragmentos micáceos de grano fino, siendo frecuentes los calizos y cuarcíticos, y en menor medida se reconocen, como en los primeros yacimientos comentados, fragmentos de cerámica triturada así como la huella de elementos orgánicos.

En lo que respecta al tamaño de los desengrasantes se señala que, de forma genérica, están proporcionados al grosor de las paredes de las vasijas, si bien los autores señalan la existencia de excepciones que confirman la elevada variabilidad en el proceso de elaboración de la cerámica.

En lo relativo al tratamiento de las superficies se señala la mayor proporción de vasos cuidados o espátulados en los tamaños pequeños, mientras que en los medianos se generalizan los acabados alisados. Por el contrario, los de gran tamaño, habitualmente considerados de almacenamiento o cocina, se asocian a tratamientos muy elementales, incluso con superficies toscas o intencionadamente rugosas a partir de cuello, con la técnica que denominan de *barro plástico* y que consiste al arrastrar los dedos sobre el barro aún fresco.

Otro aspecto similar es el alto grado de fragmentación. En la primera campaña, de la que se conocen todos los datos, sabemos que se recogieron 1.707 fragmentos, de los que sólo el 18,5%, es decir 317, fueron inventariados al singularizarse algún elemento morfológico identificador. De tal forma se puede afirmar que en cada metro cuadrado se hallaron más de 106 fragmentos de media y, en la misma superficie, un metro cuadrado, se estima la presencia de al menos 20 piezas diferenciadas. De nuevo la acumulación cerámica es ciertamente importante, superando las medias ya altas de los ejemplos anteriores. Es evidente que además de reconocer piezas fallidas, bien documentadas, es clara la fragilidad de este material y lo económico de su reposición. Pero además, en esta ocasión, la superposición de estructuras en la superficie reconocida en la excavación, hace suponer una ocupación intensa. Ahora bien, dada la similitud de las piezas y la ausencia de niveles intermedios entre las estructuras, esta ocupación sería suponemos continua y consiguientemente prolongada.

Desde el punto de vista tipológico señalan la utilización de tablas habituales para contextos de la Edad del Bronce, diferenciando entre las formas los cuencos, los vasos globulares, los de perfil en "S", los de paredes verticales, las ollas y los vasos carenados. Los cuencos son los más abundantes, representando el 44,56% del total, destacando entre ellos los abiertos de casquete esférico, los hemisféricos, los de paredes rectas; le seguirían las formas cerradas de tendencia parabólica o globular con un 30,64%, y en tercer lugar las piezas de perfil en "S" con un 16,13%, entre las que destacan las grandes vasijas de almacenaje con una representación que alcanza el 4,84%. A mayor distancia se encuentran las formas que denominan complejas, las carenadas que alcanzan sólo el 1,62%, siendo superadas por las piezas funcionales, caso de las queseras o encellas con un 2,74% (Figura 109).

El porcentaje se completa con otras piezas singulares caso de una tapadera, pieza poco habitual en estos conjuntos, y varias fichas circulares perforadas. Por desgracia no tenemos una descripción más amplia que posibilite suponer estas últimas como pesas o tensores de telar, piezas que no son extrañas en contextos próximos e incluso entre los ya descritos.

Poco más podemos precisar sobre los elementos formales del conjunto cerámico de *Pico Romero*. Los fondos alcanzan el 13,2% de la cerámica inventariada, siendo dominantes los planos que presentan en las piezas de mediano y gran tamaño un ligero engrosamiento en la zona de contacto con la pared.

También se conocen las bases convexas y la presencia de umbos.

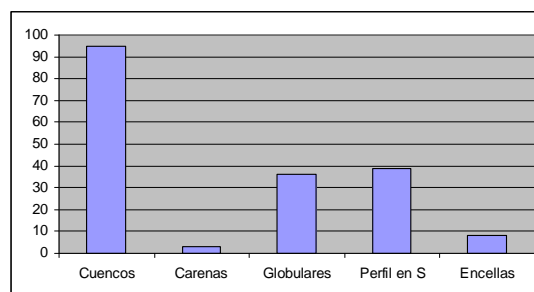


Figura 109 Formas cerámicas reconocidas en *Pico Romero*, agrupados en los tipos que se indican.

Se describe la presencia de asas, en todos los casos de tipo cinta, asociadas en dos ocasiones a formas carenadas, posiblemente tazas. Mucho más generalizada se señala la presencia de elementos plásticos, tanto mamelones de sección plana a cónica como cordones de sección circular o cuadrangular, en los que es posible distinguir impresiones digitales, unguilaciones, o incisiones e impresiones de finos trazos o puntos. No es extraña la presencia de estas sencillas decoraciones aplicadas sobre la parte superior del labio y ocasionalmente también en el cuerpo superior de las piezas, siendo los vasos sobre los que se emplea esta técnica los de mediano tamaño y las grandes orzas.

Destaca singularmente una pieza, única en el conjunto de varios miles con que concluyó el inventario. Se trata de un vaso de tamaño reducido, carenado, que presenta una composición abigarrada de dobles zigzags paralelos, separados precisamente por el espacio angular que marca la carena. El estudio ya citado encuentra paralelos claros en contextos iniciales de la Edad del Bronce en el valle del Ebro, sí bien hay que considerar que la presencia de este tipo de elementos aislados no es extraña en los conjuntos antes descritos sino que, bien al contrario, su excepcionalidad dentro del conjunto parece una constante que se repite, y ocasión tendremos más adelante de valorar dicha presencia.

3.2.4.5 El material lítico

De nuevo el conjunto lítico es escaso. Se reduce a un número indeterminado de dientes de hoz realizados sobre lascas de sílex translúcido, generalizando el dorso abrupto y el filo natural mellado con evidentes huellas

de uso relacionado con la actividad recolectora. También se recogieron cantos cuarcíticos que muestran abundantes extracciones de lascas y de descortezado, con filos sinuosos y nunca retocados. Ya se ha comentado la posible funcionalidad o finalidad de esta industria que ahora se complementa con la diferenciación de varios percutores.

De nuevo se cita la existencia de piedras de molino. Al menos una corresponde a la base realizada sobre un fino conglomerado, mientras que otra se describe como piedra de sección aplanada de cuarcita, pulida, a la que se atribuye la función de *moliente*.

Más excepcional es un hallazgo descrito en los comentarios a la primera campaña. Se trata de una pequeña cuarcita subcircular con una perforación ligeramente desplazada de la zona central y que procede del relleno del hoyo 1. Esta localización despeja toda cuestión sobre el carácter antrópico del hallazgo, si bien se plantea la duda sobre la intencionalidad de la manufactura. Con todas las reservas se plantea la posibilidad de que se trate o bien de un colgante o bien de una "pesa de telar", lo que vendría a reforzar nuestra interpretación funcional de las fichas cerámicas perforadas, si bien los autores no vinculan esta posible asociación.

4.2.4.6 Industria ósea y metálica

Sólo se hace referencia a dos fragmentos óseos entre las piezas recuperadas; un punzón y una punta de flecha. El primero, no ofrece duda sobre su tipología, es ciertamente el extremo distal de una pieza de estas características, está realizado sobre un hueso hueco y denota un cuidado e intenso trabajo de pulido hasta conseguir una sección cuadrangular.

La punta de flecha esta realizada sobre esquirla de un hueso indeterminado, aunque a tenor del aspecto poroso de una de sus caras hay que suponer se realizara sobre un hueso hueco o de caña. Su forma es biapuntada resultando la parte superior el cuerpo de sección cuadrada, mientras que la mitad proximal muestra su sección circular. Carece de pedúnculo propiamente dicho y por su forma pudiera utilizarse como punzón enmangado, si bien el informe hace un detallado estudio y encuadre cronológico que permite atribuirlo a contextos desde el campaniforme hasta el

Bronce Medio, tanto en el valle del Ebro como en el sur de Francia ²⁹

El ajuar metálico esta representado, exclusivamente, por una pieza. Se trata de una punta de pedúnculo y aletas, típica de los contextos del segundo milenio en la Submeseta Norte y con una composición también muy similar a otras piezas bien conocidas³⁰

3.2.4.7 Análisis radiocarbónicos

La abundancia de carbones posibilitó la toma de diversas muestras para su posterior análisis. Dos han sido las presentadas hasta la fecha y corresponden a resultados del laboratorio Beta Analytic Inc (*Ibidem*: 584)

La primera corresponde a uno de los agujeros de poste de la cabaña localizada en la plataforma superior del cerro, señalándose que se tomo en uno de los que servía de soporte a la cubierta, por tanto entendemos que de los de mayor profundidad y diámetro. La segunda corresponde al nivel de ocupación de la misma estancia. Los resultados que se aportan y transcribimos son³¹:

Beta-87466: 3630 ± 80 bp. Carbón vegetal

Beta-87467: 3730 ± 70 bp. Madera carbonizada (poste)

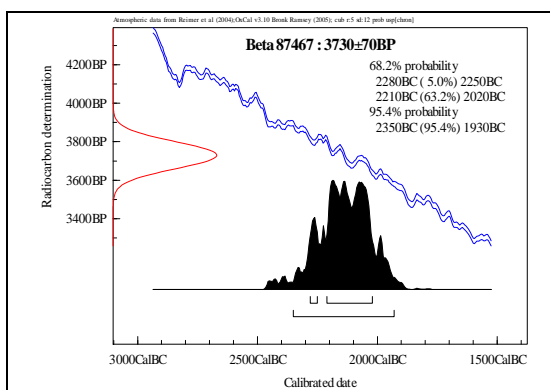
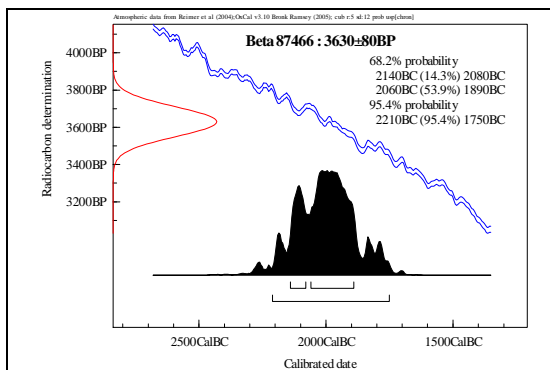
La selección de las muestras posibilita fechar el momento de construcción de la cabaña así como el posible abandono o utilización de la misma, y los resultados permiten, de nuevo, situar el conjunto en una banda cronológica uniforme y similar a la ya comentada en los ejemplos anteriores.

Los resultados fueron sometidos a la calibración mediante la misma aplicación informática, Oxcal v3. 10, obteniendo las correspondientes curvas que reproducimos.

²⁹ En el informe que venimos siguiendo se indica que el estudio singular de esta pieza es obra de Dña. Victoria Álvarez que preparaba un trabajo sobre la industria lítica de la cueva segoviana de la Vaquera.

³⁰ El análisis espectrográfico por fluorescencia de rayos X fue realizado por el Dr. Rovira del Museo de América ofreciendo una composición de cobre (Rodríguez y Palomino, 1997:588).

³¹De tal forma, hemos de entender que la descripción de cada muestra corresponde a la presentación de los datos y el contexto al que se asocia, si bien el orden con que realiza el cómputo el laboratorio parece ser el contrario.



De nuevo contamos con resultados que se encuadran en un amplio margen cronológico, constante que vemos se repite al calibrar las fechas de estos conjuntos. En este caso, el margen superior e inferior de los rangos que ofrece la calibración, con un porcentaje superior al 95% de probabilidad, definirían un marco poco preciso toda vez que ofrecen un margen de casi medio milenio.

3.2.4.8 Reconstrucción medioambiental

También tenemos la suerte de conocer los resultados de los análisis palinológicos realizados por el laboratorio de Arqueobotánica del Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del CSIC (López-Sáez et alii, 1998)³² que, por suerte, es el mismo que elaboró los estudios de *El Parpantique*, ya comentados, lo que permitirá un contraste más sencillo al considerarse los mismos parámetros.

El diagrama polínico permite a sus autores describir cuatro grandes unidades de paisaje que caracterizarían

al territorio durante la ocupación prehistórica fechada por las referencias cronológicas comentadas.

En primer lugar diferencian la típicas formaciones forestales de lomas y laderas, representados por los encinares (*Quercus perennifolia*) los enebrales y sabinars (*Juniperus* t.). Durante toda la secuencia, la presencia de los primeros está bien documentada, alcanzando el 20% del polen identificado, mientras el enebro ofrece un mayor porcentaje en el nivel inferior. Asimismo, advierten la presencia de taxones indicativos de una fase degenerativa del bosque, caso de los jarales (*Cistus*, t.) o brezales (*Ericaceae*), que interpretan como resultado de la acción de los grupos humanos en el entorno, lo que facilitaría el desarrollo de estas formaciones arbustivas subseriales y degenerativas del bosque original.

Una segunda unidad estaría constituida por el bosque caducifolio (*Quercus*) y los pinares montanos. Estas especies ocuparían las laderas más húmedas, generalmente orientadas al norte, en las que podrían sustituir al encinar, sobre todo en el caso del quejigal, si bien el porcentaje de *Quercus* caducifolio no supera el 10% de la muestra. Algo similar ocurre con los pinares comentados. Las muestras de pino albar (*Pinus sylvestris*) no supera el 20% de la suma de la base polínica, cuando lo normal es alcanzar y hasta superar porcentajes entorno al 50%. Por ello, suponen que realmente reflejan la existencia de las grandes manchas del Sistema Central e Ibérico, dada la gran dispersión de este taxón. En esta unidad también se incluirían pequeños bosques o rodales de abedules (*Betula*) junto a los arroyos o zonas húmedas de los robledales y, en su caso, de los pinares.

Estos últimos darían paso a lo que denominan tercera unidad que correspondería al bosque ripario que se desarrollaría en bandas desde la orilla de los cauces. Esta constatada la presencia de alisos (*Alnus*), fresno (*Fraxinus*) y sauces (*Salix*), y en menor porcentaje esta representado el álamo (*Populus*). En general, se trata de porcentajes bajos, lo que se interpreta como un desarrollo escaso de este tipo de vegetación, que estaría condicionada por la escasa intensidad de los cauces. En esta argumentación tiene especial relevancia la presencia de avellano (*Corylus*) que aunque con porcentajes inferiores al 10%, muestra una presencia constante a lo largo del diagrama.

El último grupo definido estaría constituido por la flora herbácea de carácter nitrófilo, representada en el diagrama por la presencia de *Cichorioideae*, *Cardueae*, *Aster* t., *Boraginaceae*, *Dipsacus fullonum* t. y *Urticaceae*, si bien la intensidad de antropización no

³² Tenemos que agradecer, una vez más a nuestros compañeros Rodríguez Marcos y Palomino las facilidades dadas para acceder a toda la información inédita.

debió ser alta si se atiende al porcentaje de la *Cichorioideae* que no alcanza el 20% y que coincidiría con la ausencia de polen de cereal.

La habitual ausencia de estos pólenes dio pie a condicionar la presencia de cereal en el periodo Subboreal (López García, 1985), si bien no parece ser justificación para explicar esta misma ausencia en las muestras polínicas del periodo ya más suave del Subatlántico, cuando el cultivo de distintas especies está perfectamente atestiguado. Por ello los autores plantean esta ausencia por dificultad metodológica para su documentación, que explican por la baja producción de polen de las especies cerealísticas que tienen, además, una dispersión deficiente. Es difícil, por tanto, que estos pólenes puedan constatarse en los altos cerros que centran este estudio, sin que, por el contrario, ello pueda significar la ausencia de cultivos de estas especies en las vegas y terrenos próximos al yacimiento.

Finalmente, la secuencia vegetativa coincide con la curva de carbones que refleja la muestra. Los porcentajes oscilan desde el 40 al 60 y 20%, siendo los primeros los correspondientes a las muestras inferiores y el último a las dos superiores. El mayor porcentaje coincide con el nivel de ocupación de la cabaña que fue fechado por C.14 precisamente mediante el análisis de carbón. Esta fase coincidiría con los índices más bajos de *Quercus perennifolia* y *Juniperus*, de lo que deducen una explotación selectiva del bosque y especialmente de madera de encina y enebro. Asimismo, hacen notar, a partir de este nivel, el aumento de porcentaje, siempre dentro de la discreción que caracteriza la muestra, de *Cichorioideae*, *Boraginaceae* y *Cardueae*, lo que supone la confirmación de la antropización del entorno durante la ocupación prehistórica del cerro.

4 EL MARCO CRONOLÓGICO DEL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO

4.1 Dataciones radiocarbónicas de los yacimientos excavados.

Los cuatro yacimientos que se han descrito disponen de resultados de C_{14} que permiten su encuadre cronológico. No parece necesario insistir en la oportunidad de este tipo de análisis y resultados para situar estos conjuntos en el marco histórico. Más aún tratándose de una serie de fechas para un conjunto de yacimientos de características similares y distribuidas en un mismo territorio, ya que así se tiene la posibilidad de concretar el marco temporal del horizonte en estudio, con lo que es probable ordenar la secuencia del territorio, y por tanto, la de las colecciones arqueológicas que carecen de este tipo de referencias. Por ello parece oportuno iniciar los estudios comparativos con el apartado cronológico.

Los análisis radiocarbónicos presentados corresponden a una secuencia de ocho muestras equitativamente repartidas entre los cuatro asentamientos, que ofrecen una serie cronológica uniforme, sin que exista una diferencia que supere las dos centurias en resultados convencionales. El límite superior estaría determinado por la última datación de *Pico Romero*, mientras que el más reciente estaría reflejado por la primera de *Los Cotorros*, quedando el resto en el lapso intermedio, tal como puede comprobarse en la tabla adjunta.

MUESTRA	YACIMIENTO	VALOR bp
GrN-13290	<i>Parpantique 1</i>	3720 ± 30
GrN-13291	<i>Parpantique 2</i>	3730 ± 35
GrN-14490	<i>Los Torojones 1</i>	1110 ± 30
GrN-14491	<i>Los Torojones 2</i>	3620 ± 80
Beta 166649	<i>Los Cotorros 1</i>	3510 ± 60
Beta 166650	<i>Los Cotorros 2</i>	3610 ± 60
Beta-87466	<i>Pico Romero 1</i>	3630 ± 80
Beta-87467	<i>Pico Romero 2</i>	3730 ± 70

Esta perspectiva homogénea sólo se ve alterada por los resultados de la muestra Gr-N 14490 correspondiente al yacimiento de *Los Torojones*, procedente de la limpieza del corte del pozo expoliado antes de la excavación (cuadros 25A/25A'). En el capítulo precedente, al presentar los datos, se proponía la validez del resultado del análisis, al considerar que fechaba la ocupación más moderna, confirmada por los restos de la atalaya medieval que se superponía a los niveles de la ocupación prehistórica del cerro. Al respecto, hay que recordar que la muestra se tomó en

el área de afección del derrumbe de la construcción moderna, en un nivel de una secuencia probablemente invertida, derivada de la situación en borde de ladera. En suma, hay argumentos para poder afirmar que la fecha resultante, 1110±30 bp sirve para encuadrar la ocupación medieval, confirmando la sucesión de ocupaciones documentadas en los trabajos de excavación.

Los demás resultados vienen a situar la vida de estos poblados entre las fechas más extremas de la serie, esto es, entre la más vieja de *Pico Romero 2* (1780±70 bp) y la más moderna de *Los Cotorros 1* (1560± 80 bp), es decir en el segundo tercio de la primera mitad del segundo milenio en fechas convencionales, o en la totalidad de dicha mitad del milenio, si se consideran los márgenes estadísticos de los resultados, cuyos máximos se situarían entre 1850 y 1480 bp.

Ahora bien estos resultados sólo nos permiten atribuir los hallazgos a una fecha convencional desde el presente (bp) de acuerdo al valor original Libby. Para conocer la fecha real es necesario, como es sabido, realizar una serie de calibraciones, ajustando distintas desviaciones y alteraciones constatadas en el método del carbono 14. Por ello, los resultados que venimos comentados se sometieron a la curva de calibración que ofrece el programa Oxcal v3.10 desarrollado por Bronk Ramsey (c) Copyright 2005, del laboratorio Radiocarbon Acelerador Unit de la Universidad de Oxford³³, basado en los trabajos sobre datación atmosférica (Reimer et alii, 2004). Los resultados, realizados sobre el valor estadístico de dos sigmas y con el mayor rango de probabilidad, se han recogido en el cuadro que se presenta a continuación.

De tal forma, la secuencia de utilización de estos poblados se envejece y amplía considerablemente. El margen de probabilidad se enmarca entre los inicios del último tercio del tercer milenio y el primer tercio del segundo milenio AC, por tanto, un periodo de poco más de cinco centurias en torno al cambio de milenio. .

³³ En: <http://c14.arch.ox.ac.uk/embed.php?File=oxcal.html>

MUESTRA	YACIMIENTO	VALOR BP	CALIBRACIÓN A 2 SIGMAS	
			VALOR BC	%
GRN-13290	PARPANTIQUE 1	3720 ± 30	2210 – 2030	95.4
GRN-13291	PARPANTIQUE 2	3730 ± 35	2210 – 2020	95.4
GRN-14491	LOS TOROJONES 2	3620 ± 80	2200 – 1750	95.4
BETA 166649	LOS COTORROS 1	3510 ± 60	1980 – 1680	93.8
BETA 166650	LOS COTORROS 2	3610 ± 60	2140 – 1860	87.7
BETA-87466	PICO ROMERO 1	3630 ± 80	2210 – 1750	95.4
BETA-87467	PICO ROMERO 2	3730 ± 70	2350 – 1930	95.4

Aun cuando la fecha real tiene la misma probabilidad de corresponder a uno u otro momento del margen señalado, resulta evidente pensar que, al menos, debe considerarse la posibilidad de que la fecha del horizonte que definen estos enclaves se sitúe en la banda de superposición de las respectivas secuencias. Ahora bien, los resultados y su comparación lineal se basan en probabilidades estadísticas cuya fiabilidad está íntimamente unida a la calidad y cantidad de la muestra, por lo que es necesario contrastar estos datos con los resultantes de aquellos otros enclaves cuyos análisis cronológicos ofrecen fechas semejantes, sobre todo los geográficamente próximos y con un bagaje material equiparable con el de estos yacimientos en estudio.

Para ello, se procedió a recopilar las fechas de los análisis realizados sobre yacimientos del Valle del Duero que se encuadran, sin calibrar, en la primera mitad del segundo milenio a.C., además de otras que se aproximan por ambos extremos a dicho margen, que es, *grosso modo*, el que determina los resultados comentados.

4.2 Dataciones significativas de los yacimientos en la Submeseta Norte

Se presenta la relación de acuerdo a la proximidad de los yacimientos con los conjuntos en estudio, de modo que el análisis se centrara primero en los enclaves del Alto Duero para pasar posteriormente a los del curso medio del Valle y a los afluentes del mismo tramo, alcanzando finalmente aquellos más alejados de sus fuentes (Figura 110). No todas las fechas existentes aportan referencias válidas para la comparación, por lo que se presentará, de forma sintética una valoración crítica sobre su consideración para el estudio comparativo, previa calibración, y, en todo caso, se indicará la referencia de la muestra y el conjunto o elementos a los que se asocia, señalando, junto al nombre del enclave, la bibliografía básica para el

estudio cronológico. En casi todos los casos, existen otras publicaciones que obviamos por ser suficientemente conocidas y no aportar datos para este apartado.

Con posterioridad a esta enumeración crítica se procederá a la calibración de los resultados considerados válidos y a su evaluación conjunta, con el objetivo de definir la secuencia que lógicamente se contrastará con otros resultados de zonas limítrofes.

1 *El Balconcillo*, Ucero (Soria), (Rosa Municio, 1995: 193-204).

Yacimiento en altura, situado sobre una estrecha plataforma que domina el encajonado valle del río del mismo nombre. Su excavador compara el asentamiento con el de *Los Tolmos* de Caracena. La muestra (GrN-19601: 3430±60 bp) corresponde a un fragmento de madera carbonizada, recogida junto a uno de los posibles postes de una cabaña, bajo una capa de barro con huellas de entramado vegetal. Al disponer de un solo análisis desconocemos si las distintas fases o etapas de ocupación que diferencia, se sucedieron de forma más o menos espaciada, si bien no parece cuestionarse la homogeneidad de la colección de materiales recuperada, que situaría el conjunto en el momento formativo de Cogotas I.

2 *Cueva La Maja*, Cabrejas del Pinar (Soria), (Samaniego et alii, 2001: 91-93).

La cronología absoluta de la ocupación de esta cueva viene determinada por la datación de C₁₄ de dos muestras de madera carbonizada (GrN- 18066: 3680 ± 40 bp y GrN-18067: 3665 ± 40 bp). Los resultados ofrecen una mínima desviación que confirma la sincronía en la utilización de la cámara superior (espacio ritual-simbólico) con la sala (espacio de cocina-estancia-almacén).

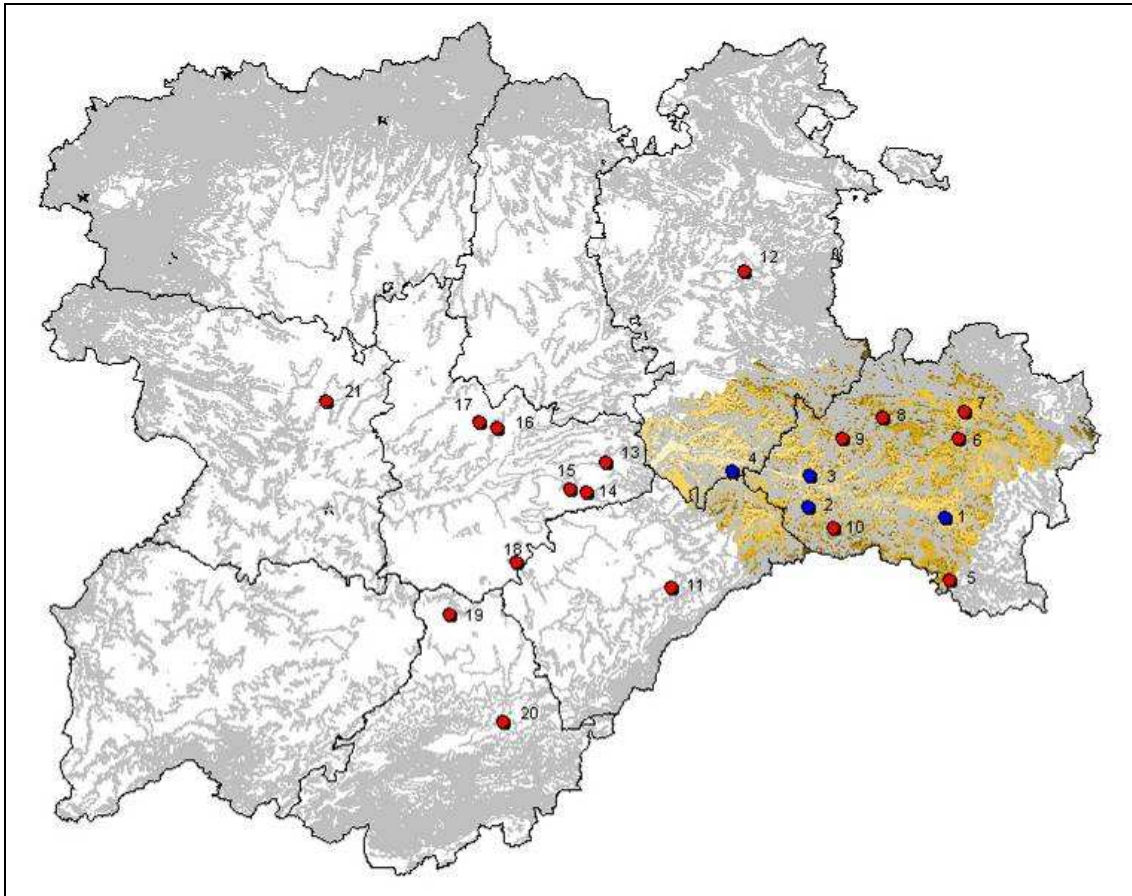


Figura 110 Localización de los sitios que disponen de fechas de C₁₄ y se incluyen en el estudio:

1, El Parpantique; 2, Los Torojones; 3, Alto de Los Cotorros, 4, Pico Romero; 5, La Sima III; 6 Cueva del Asno; 7, El Castillejo; 8, Cueva Maja; 9; El Balconcillo; 10 Los Tolmos; 11; Arevalillo; 12, Cueva EL Mirador; 13, Pico Castro; 14, El Carrizal; 15, La Plaza; 16, Los Cercados; 17, Fuente las Pocillas; 18, Perro Alto; 19, El Tomillar; 20, Aldeagordillo; 21; Santioste.

3 El Castillejo, Garray (Soria), (Fernández Moreno, 1997: 111).

En el año 1983 codirigimos, junto con el Dr. Jimeno, una campaña de excavación en el cerro de *El Castillejo*, en el mismo lugar que se ubicara uno de los campamentos del Cerco Numantino. La existencia, en superficie, de numerosos materiales prehistóricos hizo concebir esperanzas de localizar alguno de los poblados prehistóricos, que evidenciaban tanto los abundantes restos líticos como las cerámicas, más modernas, reconocidas también en las antiguas excavaciones.

Podemos avanzar que, en efecto, se localizaron tres niveles arqueológicos, correspondiendo el intermedio al de la secuencia numantina, y bajo éste, los restos de una cabaña prehistórica embutida en el manto natural, con materiales líticos y cerámicas de formas simples que recuerdan a las típicas del calcolítico de la zona superior del Duero Medio, en la ribera arandina.

Pese al interés del resultado: GrN- 3830±130 bp, el amplio margen de la desviación típica, superior a los 100 años, hace desestimar su calibración por superar el margen convencional de fiabilidad.

4 Cueva del Asno, Los Rábanos (Soria), (Eiroa, 1979: 69-72).

Las campañas de excavación en dos de las entradas de la cueva de *El Asno* se fecharon mediante sendos análisis del laboratorio del Instituto Rocasolano de Madrid, considerándose ambas como fiables. La primera (CSIC. 340: 3380 ± 50 bp) fechaba el único nivel arqueológico del sector B. Se trata de un amplio espacio iluminado por una abertura o *ventanal* que comunica el exterior, sobre el río Duero, y que se caracteriza por la presencia de abundante de cerámica decorada incisa. Esta zona es conocida popularmente como *El Osario* por la abundancia de huesos, entre

ellos también humanos, que se encuentran en superficie, removidos por trabajos anteriores.

La segunda muestra (CSIC. 341; 3860 ± 80 bp) corresponde al nivel b del sector A, el corredor de la galería principal, junto a la que se considera entrada actual. Se recogió en un nivel claramente alterado, como se deduce de la presencia de materiales prehistóricos junto a fragmentos de bronce y otros de hierro. Si aceptamos la fiabilidad con que califica el autor la valoración de la fecha, concluiremos que viene a demostrar la existencia de una ocupación cinco siglos más antigua que la anterior, conviniendo que el complejo cárstico que conocemos hoy como cueva de *El Asno* y que tiene tres aperturas al exterior, pudo haberse utilizado como refugio, hábitat o espacio funerario en distintos momentos de la Edad del Bronce, al igual que se constata su ocupación en época tardorromana y eventualmente visigoda.

Del análisis del material recuperado existen indicios, caso de la presencia de útiles líticos en el sector A y su ausencia en el sector B, que atestiguan la diferenciación de la ocupación prehistórica que, por otra parte, es fácilmente deducible si se conoce que, entre una y otra zona, no sólo hay una distancia de medio kilómetro, sino distintas simas, gateras y laminadores que hacen compleja la comunicación habitual entre ambos sectores. Argumentos que nos hicieron sospechar que ambos sectores corresponden a ocupaciones diacrónicas (Fernández Moreno, 1997: 112).

5 *Los Tolmos*, Caracena (Soria), (Jimeno, 1984: 199-208; Jimeno y Fernández Moreno, 1991: 118-119).

Junto con *La Plaza* y Arealillo, este yacimiento es un clásico en la arqueología meseteña de la Edad del Bronce. Aporta una secuencia de siete dataciones realizadas, también, por el mismo Instituto Rocasolano de Madrid. Cinco de ellas corresponden al denominado sector A o zona de vivienda, y las dos restantes a muestras recogidas en el sector B o zona de enterramiento, en la que no se localizaron estructuras de habitación. Aún cuando se reconocen también inhumaciones prehistóricas debajo de las viviendas, quedó confirmado que el espacio septentrional del segundo sector, cerrado y protegido, se utilizó como necrópolis tanto por las gentes de la Edad del Bronce como por las de la ocupación tardorromana posterior, mientras que el lado meridional del cerro, junto al río, fue utilizado para asentar el poblado y las viviendas en las dos mismas épocas e incluso, posteriormente, en un momento impreciso del medioevo.

Los análisis de la zona de hábitat (CSIC. 407: 3010 ± 50 bp, CSIC. 408: 3380 ± 50 bp; CSIC. 409: 3360 ± 50 bp; CSIC. 443: 3360 ± 50 bp y CSIC. 480: 3380 ± 50 bp) ofrecen unos resultados similares, coincidentes con el rango estadístico de la desviación, a excepción del primero (CSIC. 407) cuyo resultado rejuvenece la ocupación en unos 350 años. Esta desviación no tenía una explicación estratigráfica, y su alteración fue cuestionada al existir una muestra próxima y similar (CSIC. 409) que deparó la misma cronología que el resto de la secuencia. Por ello, el laboratorio intentó obtener una datación de una muestra duplicada de la disonante para contrastar el resultado, sin que pudiera conseguirlo por la rotura del instrumental. Por tal motivo, se recogió en una campaña posterior, una nueva muestra del mismo nivel, rico en restos de troncos calcinados, correspondiente a los postes de las cabañas. Esta última muestra (CSIC. 480: 3380 ± 50 bp) brindó la misma cronología que el resto del conjunto, mediados del siglo XV a. C., por lo que parece evidente la necesidad de anular la muestra CSIC. 407.

Para la zona de necrópolis se realizaron dos análisis, con resultados dispares. El primero de ellos (CSIC. 442: 3380 ± 50 bp) se obtuvo de la base del pozo u hoyo que contenía las inhumaciones, con un resultado similar a las fechas aportadas por las muestras del poblado, lo que confirma la coetaneidad de unos y otros. La segunda muestra (CSIC. 479: 3180 ± 50 bp) ofreció una fecha ligeramente más moderna, en este caso 200 años, lo que unido a la presencia de un fragmento de cerámica excisa que se trataba de fechar, ha dado lugar a una divergencia en su valoración. En resumen, se ha querido interpretar como el testimonio de una ocupación más moderna, responsable de la introducción de esta técnica decorativa. A nuestro juicio, no parece sostenerse esta modernidad con respecto al resto de la secuencia cronológica. Tal vez debiera considerarse el hecho de que el material fechado y la propia muestra no se ubicaban en un depósito cerrado, siendo conveniente, por tanto, considerarla descontextualizada para evitar la distorsión del conjunto que parece, a todas luces, uniforme y coetáneo.

En conclusión, a la vista de la uniformidad del conjunto material, de los paralelos con otros conjuntos próximos, caso del de Uvero ya descrito, el poblado de *Los Tolmos* no parece susceptible de haber sido utilizado más allá de un siglo, margen que se deriva de las desviaciones máximas de las muestras fiables.

6 El Túmulo de la Sima, Miño de Medinaceli (Soria), (Rojo *et alii*, 2005: 67-175).

En el Valle de Ambrona, en el extremo más oriental de la Cuenca del Duero, ya en contacto con la del Jalón, se ha desarrollado en la última década un intensivo programa de investigación centrado en el proceso de neolitización y que, por los hallazgos producidos, ha alcanzado la fase calcolítica e incluso etapas más modernas. En lo que nos ocupa, debemos destacar los hallazgos realizados en este yacimiento, en el que se erigió un monumento megalítico que fue utilizado por distintos grupos en diferentes momentos. Se reconocen, al menos, tres etapas no continuas, correspondiendo la última, Sima III, a una utilización marginal y exterior como parece derivarse de las inhumaciones en el antiguo corredor de acceso, acompañadas por un rico ajuar campaniforme constituido por numerosas vasijas de los denominados estilos antiguos, Marítimo y Puntillado geométrico, además de algunos botones de perforación en "V", puñales de lengüeta y puntas tipo pálmela. Estos objetos que debieron corresponder a varias deposiciones individuales se fechan con las dos muestras sobre fémures: KIA.17999: 3860 ± 30 bp y KIA.18000: 3862 ± 28 bp.

Pese a la ausencia de decoraciones Ciempozuelos el conjunto evoca un ambiente típico del campaniforme meseteño.

7 Pico del Castro, Quintanilla de Arriba (Valladolid), (Rodríguez Marcos, 2005: 83; ídem, 2009: 137-149).

Se trata de un yacimiento situado próximo e inmediato a la zona de estudio. Destaca sobre un espigón de páramo que se alza más de un centenar de metros sobre el valle en el que se encaja el Duero. Recientemente se ha publicado una breve noticia sobre el hallazgo de una cabaña de atribución campaniforme, si bien la presencia de esta típica cerámica es tan sólo testimonial. Indistintamente de otras consideraciones interpretativas, lo cierto es que se dispone de una muestra de C_{14} (GrN -15.897: 3750 ± 60 bp) que fecha la ocupación prehistórica del sitio, con materiales semejantes a los de los poblados del Alto Duero.

8 La Plaza, Cogeces del Monte (Valladolid), (Delibes y Fernández Miranda, 1986/87: 23; Rodríguez Marcos y Abarquero, 1994: 52; Rodríguez Marcos, 2009: 72-90)

La datación de *La Plaza* (GrN- 10.617: 3275 ± 30 bp) se incorpora por vez primera en el estudio de Delibes y

Fernández Miranda sobre la cronología del horizonte Cogotas I, fechando la estructura defensiva que cierra el pasillo de acceso de la plataforma del páramo al cerro, que fue reconocida en la campaña de 1980. Con posterioridad, el mismo nivel, identificado en la campaña de 1986, fue fechado, de nuevo por el mismo laboratorio, con otro análisis que ofreció idéntico resultado (GrN- 14.560: 3275 ± 30 bp). Al interior de la estructura se identificó un único nivel cuyos materiales sirvieron para definir el denominado horizonte ProtoCogotas.

9 El Carrizal, Cogeces del Monte (Valladolid), (Rodríguez Marcos, 1993; 2009: 93-107).

Se trata de un asentamiento en ladera, junto al arroyo Cogeces y cercano al yacimiento de *La Plaza*. Constituido por varios silos o pozos, su relleno evidencia una única fase caracterizada por cerámica mayoritariamente lisa, siendo escasa la incisa que desarrolla los típicos motivos de espina, triángulos rellenos y círculos. La identificación de algún hoyo menor, posiblemente para encajar algún poste, y la abundancia de cuñas de barro, hacen sospechar la existencia de un asentamiento más o menos estable. En uno de los hoyos de poste se recogieron restos de madera carbonizada para su análisis por C_{14} (GrN-18287: 3640 ± 70 bp). El autor cuestiona el resultado por considerar la fecha muy antigua para el contexto que describe, si bien no advertimos argumentación que apoye dicha contradicción, máxime cuando el porcentaje de cerámicas decoradas sólo constituye el 5,4 % del conjunto.

10 Cueva de Arevalillo, Cega (Segovia), (Fernández-Posse, 1981: 51; Delibes y Fernández Miranda, 1990: 23).

Es otro de los yacimientos de referencia para la Edad del Bronce en la Submeseta Norte. La primera de las muestras (CSIC. 400: 3290 ± 50 bp) corresponde a la primera campaña de excavación y fechaba una bolsada de cereal contigua al hogar número 2 del nivel IIA, el intermedio, en el que convivían la cerámica campaniforme y la de boquique con otras incisas semejantes a las de *Los Tolmos* y *La Plaza*. Las dos siguientes muestras (CSIC. 422: 3400 ± 50 bp y CSIC. 423: 3400 ± 50 bp) databan el mismo nivel, concretamente elementos relacionados con el hogar número 4 y fueron tomadas a la misma profundidad que la primera. En la publicación de estos resultados se advierte una contradicción entre los valores bp y a.C.

con una diferencia de cien años. Con posterioridad esta duda parece multiplicarse al ser reproducida con un resultado que en nada coincide con la doble versión de la publicación original. En todo caso, en la última publicación se añade un nuevo análisis (UGRA/99: 3510 ± 140 bp) cuyo resultado ofrece la datación más alta, superando incluso las más elevadas de *Los Tolmos*. El amplio margen estadístico y el hecho de tratarse de distinto laboratorio al que realizó los primeros análisis, podían constituir argumentos para reflexionar sobre la validez del resultado o la oportunidad de su utilización.

Sirvan por ello las fechas superiores e inferiores que ofrecen la primera y la última muestra para encuadrar el conjunto, sin que sea relevante el resultado de las dos fechas intermedias. A tal efecto, tomaremos la referencia del laboratorio, que suponemos ofrece menos posibilidad de error.

11 *Los Cercados*, Mucientes (Valladolid), (Delibes *et alii*, 1995: 57; Herranz *et alii*, 1993b: 38).

Conocemos un análisis (GrN-13594: 3970 ± 60 bp) de esta estación prehistórica que ha permitido definir la etapa Calcolítica plena en la Cuenca Media del Duero, junto con los enclaves de *Fuente de las Pocillas*, que luego se tratará, y el de *Santa Cruz* de Roa. Constituyen una serie de pequeños establecimientos en los que la presencia de industria lítica es constante, a la vez que las formas cerámicas dominantes son lisas, con predominio de los cuencos y los vasos globulares. Del mismo modo, la presencia de útiles metálicos, aunque excepcionales, y generalmente de tipología muy sencilla, viene a confirmar la adscripción de estos grupos a las etapas metalúrgicas, indistintamente de que pueda constatarse, en cada caso, la producción local o importada de estas piezas.

12 *Fuente Las Pocillas*, Mucientes (Valladolid), (Herranz *et alii*, 1993a: 62).

Al igual que el anterior, el yacimiento se caracteriza por una colección lítica y cerámica de atribución Calcolítica. La datación corresponde a uno de los hoyos excavados. No disponemos de muchos más datos relacionales con el análisis y aun cuando puede extrañar la modernidad de la fecha, es cierto que, como bien señalan los investigadores, no es la única que, entre las atribuidas a la etapa más antigua pre-campaniforme, se encuadra en un momento inicial del segundo milenio.

Aún así, hemos de desechar la calibración de este resultado GrN-15014: 3880 ± 180 bp, ya que, una vez más, la amplitud de la desviación excede el margen de aceptación, y probablemente ofrecería un resultado con un margen excesivamente amplio que en nada ayuda a definir el encuadre cronológico.

13 *Perro Alto*, Fuente Olmedo (Valladolid), (Delibes y Mucientes, 1981: 36; Delibes y Fernández Miranda 1986/87: 20; Martín Valls y Delibes, 1989: 80-81; Delibes *et alii*, 1998: 167).

El hallazgo de Fuente Olmedo permite fechar uno de los más típicos enterramientos del campaniforme Cienpuzuelos. Aún cuando los análisis no se efectuaron hasta un lustro después de la publicación del hallazgo, las muestras analizadas no ofrecían, en principio, la más mínima duda. Se trataba de huesos humanos correspondientes a una inhumación que fueron enviados a dos laboratorios: al del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid (CSIC, 483: 3620 ± 50 bp) y al Teledyne Isotopes de New Jersey (I-10.768: 3255 ± 90 bp). Los resultados fueron dispares, las fechas resultantes se diferenciaban en más de 350 años y el margen estadístico mínimo se distanciaba 225 años. De tal forma, la fecha más moderna que correspondía al segundo laboratorio se considero inadecuada pese a coincidir, como bien apuntaban los investigadores, con la segoviana del Nivel IIa de la Sala I de *La Cueva* de Arevalillo de Cega.

Al parecer, la intuición fue acertada, dado que en años posteriores los mismos investigadores presentaban una nueva fecha, un siglo más antigua que la anterior. Fue obtenida también a partir de una muestra de hueso humano de la misma inhumación. En esta ocasión el laboratorio fue el de Oxford (OxA-2907: 3730 ± 65 bp) y el resultado se consiguió mediante acelerador de partículas, considerándose como definitiva, e invalidando las dos anteriores.

14 *Cueva del Mirador*, Ibeas de Juarros (Burgos), (Vergés *et alii*, 2002; Moral *et alii*, 2003-2004)

En el extremo meridional de la Sierra de Atapuerca se viene excavando una cavidad con una interesante secuencia estratigráfica. En el nivel denominado Mir-4 se aprecian sucesivas y continuas reocupaciones que quedarían encuadradas entre las fechas aportadas por sendos análisis (Beta- 153366: 3400 ± 40 bp y Beta-154894: 3040 ± 40 bp) correspondientes a la base y al techo del mismo.

El conjunto de hallazgos encuentra paralelos claros con los yacimientos tipo Parpantique, tanto en la tabla de formas cerámicas como en la de decoraciones, destacando, también en este yacimiento, restos de un vaso con decoración excisa cuyos fragmentos aparecen localizados tanto en Mir-3 como Mir-4 lo que hace suponer que se trata de un único nivel alterado por desprendimientos del techo de la cavidad. Los autores sitúan la ocupación en un momento inicial de la Edad del Bronce por los paralelos de los materiales y, sobre todo por la ausencia de cualquier elemento típico de Cogotas I, pese a la baja cronología que ofrecen los resultados de los análisis, entre 1100 y 1500 en fechas convencionales.

15 *Cueva Mayor*, Ibeas de Juarros (Burgos), (Apellaniz y Urribarri, 1976: 195; Apellaniz y Domingo, 1987: 263; Minguéz, 2005: 50).

En lo referente a las dataciones comentadas para el yacimiento anterior, resulta interesante volver la vista a los sondeos realizados en el denominado *Portalón* de Cueva Mayor que aportaron, según sus excavadores, una interesante secuencia a lo largo de la Edad del Bronce, desde los momentos más modernos hasta sus etapas iniciales en contacto con el Calcolítico. El paquete fechado corresponde al denominado nivel III y las muestras se tomaron en los distintos *lechos* en los que se dividió la secuencia estratigráfica (Apellaniz y Urribarri, 1976; Apellaniz y Domingo, 1987). Desgraciadamente no es posible reconstruir la secuencia completa y, aún cuando, en el último trabajo (Minguéz, 2005: 50) la relación de fechas se muestra ciertamente ordenada de forma correlativa a la profundidad, no es menos cierto que la caracterización de los conjuntos no siempre es posible y parece obligada una revisión de los materiales para conocer con exactitud los complejos que se fechan. Por ello, dado que la secuencia poco aporta de novedad a las cronologías conocidas, pensamos conveniente dejar de utilizar estos resultados mientras no sea posible una contextualización inequívoca, en cuyo intento sabemos está empeñado el equipo que ha retomado los trabajos de investigación.

16 *El Tomillar*, Bercial de Zapardiel (Ávila), (Fabián, 1995).

En la zona septentrional de la provincia de Ávila, ya adentrándose en la cuenca sedimentaria central de la Submeseta Norte, se descubrió un conjunto de fosas con enterramientos múltiples, colectivos, que sugerían

una tradición megalítica que no se vio refrendada por el contexto al que se asociaban los materiales que acompañaban las inhumaciones, ni los resultados de los tres análisis de radiocarbono, dos de la denominada Fosa 1 (GrN- 17344: 3780 ± 100 bp y GrN- 17345: 3830 ± 95 bp) y otro de la Fosa 3 (GrN- 18875: 3925 ± 40 bp). El primero de los citados se realizó sobre restos de carbón y la desviación estándar alcanza los 100 años, por lo que debe ser excluida de la calibración. La segunda ofrece una desviación muy similar a la anterior, 95, pero se decide calibrarla al estar por debajo del límite máximo aceptable.

Aunque los materiales recuperados en las distintas estructuras negativas apuntan a un momento calcolítico moderno, similar a otros conjuntos en los que está presente la cerámica campaniforme, en el caso de *El Tomillar* este tipo está totalmente ausente, por lo que el autor considera, con el respaldo de los resultados que comentamos, su posible adscripción a los momentos iniciales de la Edad del Bronce.

17 *Aldeagordillo*, (Ávila), (Fabián, 1992; *Ídem*, 1995: 219; *Ídem*, 2006: 444)

Los análisis del yacimiento abulense permiten, junto con Fuente Olmedo, reseñar la secuencia campaniforme en la Meseta Norte. En este caso, se localizaron varios túmulos con inhumaciones en cista, entre los que destaca el numerado en primer lugar, que contenía un enterramiento con la típica cerámica Ciempozuelos. En la zona del túmulo se diferenció un lugar donde intencionadamente se hizo fuego que se interpreta dentro del ritual funerario y de cuyos restos proceden las muestras que se analizaron con el método de C_{14} (GrN- 19167: 3685 ± 25 bp). Además se cuenta con otras dos muestras (Beta 83086: 3510 ± 70 bp) y de una tercera (Beta 83083 ams: 3690 ± 50 bp), esta última sobre hueso, que datan el conjunto en un momento más próximo al Bronce Antiguo que al Calcolítico Final, si bien la presencia de la cerámica campaniforme y el ritual que se describe es lo que llevan al autor a decantarse por una adscripción más antigua.

Esta estructura se construyó sobre un hábitat de época calcolítica que, con toda probabilidad, se había abandonado en el momento de la construcción de los túmulos funerarios, tal como confirman otras series cronológicas del propio poblado.

Especialmente interesante es la presencia de la cerámica campaniforme entre los restos del ajuar que acompañan a un joven. Junto a él se diferencian restos

de otras inhumaciones que por sus características parecen corresponder a deposiciones secundarias o, por qué no, remociones de otras anteriores lo que podría explicar la mayor antigüedad de alguno de los resultados. Ello dejando al margen que, como señala el mismo autor, las muestras se realizaran sobre restos óseos lo que puede suponer también un ligero envajecimiento del resultado.

Otras evidencias, como los restos calcinados de un cráneo perteneciente a otro joven, o parte de un individuo mayor que fue parcialmente depositado sobre los anteriores, denotan, junto a la existencia de la hoguera, la práctica de un rito o ceremonia en la que el fuego tuvo un papel determinante.

18 *Santioste*, Otero de Sarego (Zamora), (Delibes *et alii*, 1998: 167).

Para la factoría salinera de Santioste se dispone de dos dataciones. La primera de ellas (Beta 50709: 3780 ± 80 bp) fecharía el nivel de los hornos y los grandes cenizales asociados, mientras que la segunda (Beta 50810: 3750 ± 80 bp) correspondería a las cabañas fundacionales. Los propios autores despejan dudas sobre la supuesta inversión de las fechas que se anula por el margen estadístico de las desviaciones, y convienen, además, en el interés por resaltar la rapidez en la formación del depósito sedimentario e, indirectamente, la corta vida del asentamiento. La tumba que no tiene fecha radiocarbónica parece situarse en el mismo contexto, por los materiales que interpretan como ajuar.

En resumen, para el Valle del Duero se cuenta con dataciones de veintidós yacimientos que se distribuyen regularmente en las distintas fases convencionales, tres a la calcolítica, tres a la campaniforme, cinco al momento inicial de la Edad del Bronce y otros tantos a momento proto-Cogotas. Otras se adscriben a momentos menos precisos, como *El Tomillar*, catalogado como de transición entre lo calcolítico y campaniforme, aunque sin llegar a documentar esta típica cerámica; o, *Pico Castro*, campaniforme pero en un contexto muy similar al de los yacimientos que se presentan. Otros cuatro sitios, todos en cueva, *La Maja*, *El Asno*, *El Mirador* y *El Portalón*, pueden ser atribuidos genéricamente a la primera mitad de la Edad del Bronce.

Estos conjuntos seleccionados nos brindan cuarenta y siete dataciones de las que treinta seis ofrecen garantías suficientes para ser calibradas y comparadas (Figura 112). Su distribución para las distintas fases crono-culturales presenta, ahora sí, mayores diferencias que las descritas para los encalves. Sólo una es calcolítica, seis fechan hallazgos de conjuntos campaniformes, nueve del Bronce Antiguo y once del Bronce Medio, mientras que las de los conjuntos que caracterizarían fases intermedias ya enumerados aportarían además, tres para el campaniforme-Bronce Antiguo y seis para otros de etapas imprecisas del Bronce Antiguo y Medio.

MUESTRA	YACIMIENTO	TIPO	VALOR BP	BIBLIOGRAFÍA
GRN- 19601	EL BALCONCILLO	CARBÓN	3430 ± 60	ROSA MUNICIO 1995
GRN-18066	CUEVA MAJA	CARBÓN	3680 ± 40	SAMANIEGO <i>et alii</i> , 2001
GRN- 18067	CUEVA MAJA	CARBÓN	3665 ± 40	SAMANIEGO <i>et alii</i> , 2001
CSIC 340	CUEVA DEL ASNO SECTOR B	CARBÓN	3380 ± 50	EIROA, 1979
CSIC 341	CUEVA DEL ASNO. SECTOR A	CARBÓN	3860 ± 80	EIROA, 1979
CSIC 408	LOS TOLMOS. CABAÑA 10G	CARBÓN	3370 ± 50	JIMENO, 1984
CSIC 409	LOS TOLMOS. CABAÑA 10G	CARBÓN	3360 ± 50	JIMENO, 1984
CSIC 442	LOS TOLMOS (SECTOR B)	CARBÓN	3380 ± 50	JIMENO, 1984
CSIC 443	LOS TOLMOS CABAÑA 5D	CARBÓN	3360 ± 50	JIMENO, 1984
CSIC 480	LOS TOLMOS. CABAÑA 4G	CARBÓN	3380 ± 50	JIMENO, 1984
KIA-17999	LA SIMA III	HUESO	3860 ± 30	ROJO <i>et alii</i> , 2005
KIA-17800	LA SIMA III	HUESO	3862 ± 28	ROJO <i>et alii</i> 2005
GRN- 15897	PICO DEL CASTRO	CARBÓN	3750 ± 60	RODRÍGUEZ MARCOS, 2005
GRN- 10617	LA PLAZA	CARBÓN	3275 ± 30	DELIBES Y FDEZ MIRANDA, 1990
GRN- 14560	LA PLAZA.	CARBÓN	3275 ± 30	RODRÍGUEZ MARCOS Y ABARQUERO, 1994
GRN- 18287	EL CARRIZAL	CARBÓN	3640 ± 70	RODRÍGUEZ MARCOS, 2009
CSIC 400	CUEVA DE AREVALILLO	CEREAL	3290 ± 50	FERNÁNDEZ-POSSE, 1981
CSIC 422	CUEVA DE AREVALILLO	CEREAL/ CARBÓN	3400 ± 50	FERNÁNDEZ-POSSE, 1981
GRN-13594	LOS CERCADOS		3970 ± 60	DELIBES <i>et alii</i> , 1995 Y HERRANZ <i>et alii</i> 1993B
OXA 2907	PERRO ALTO	HUESO	3730 ± 65	DELIBES <i>et alii</i> , 1989
BETA 153366	CUEVA DEL MIRADOR	CARBÓN	3400 ± 40	MORAL <i>et alii</i> , 2003-2004
BETA 154894	CUEVA DEL MIRADOR	CARBÓN	3040 ± 40	MORAL <i>et alii</i> , 2003-2004
GRN- 17345	EL TOMILLAR, F1	CARBÓN	3830 ± 95	FABIÁN, 2006
GRN- 18875	EL TOMILLAR, F3	CARBÓN	3925 ± 40	FABIÁN, 2006
GRN- 19167	ALDEAGORDILLO	CARBÓN	3685 ± 25	FABIÁN, 1995 Y 2006
BETA 83083	ALDEAGORDILLO	HUESO	3690 ± 50	FABIÁN, 2006
BETA 83086	ALDEAGORDILLO	CARBÓN	3510 ± 70	FABIÁN, 2006
BETA 50709	SANTIOSTE	CARBÓN	3780 ± 80	DELIBES <i>et alii</i> , 1998
BETA 50710	SANTIOSTE	CARBÓN	3750 ± 80	DELIBES <i>et alii</i> , 1998

Figura 111 Resultados de los análisis de C₁₄ del Valle del Duero incluidos en la selección.

MUESTRA	YACIMIENTO	VALOR BP	CALIBRACIÓN A 2 SIGMAS	
			VALOR BC	% PROB.
GRN-13594	LOS CERCADOS	3970 ± 60	2700 - 2250	95.4
GRN- 18875	EL TOMILLAR, F3	3925 ± 40	2560 - 2290	
KIA-17999	LA SIMA III	3860 ± 30	2470 - 2290	95.4
KIA-17800	LA SIMA III	3862 ± 28	2470 - 2290	95.4
CSIC 341	CUEVA DEL ASNO. SECTOR A	3860 ± 80	2600 - 2000	95.4
GRN- 17345	EL TOMILLAR, F1	3830 ± 95	2560 - 2025	
BETA 50709	SANTIOSTE	3780 ± 80	2470 - 2010	94.2
BETA 50710	SANTIOSTE	3750 ± 80	2500 -1950	95.4
GRN- 15897	PICO DEL CASTRO	3750 ± 60	2350 -1960	95.4
BETA-87467	PICO ROMERO	3730 ± 70	2350 -1930	95.4
OxA 2907	PERRO ALTO	3730 ± 65	2350 -1940	95.4
GRN-13291	PARPANTIQUE 2	3730 ± 35	2210 -2020	95.4
GRN-13290	PARPANTIQUE 1	3720 ± 30	2210 -2030	95.4
BETA 83083	ALDEAGORDILLO	3690 ± 50	2200 - 1940	95.4
GRN- 19167	ALDEAGORDILLO	3685 ± 25	2150 - 2010	
GRN-18066	CUEVA MAJA	3680 ± 40	2220 -1950	95.4
GRN- 18067	CUEVA MAJA	3665 ± 40	2190 -1940	95.4
GRN- 18287	EL CARRIZAL	3640 ± 70	2140 - 1980	95.4
BETA-87466	PICO ROMERO	3630 ± 80	2210 -1750	95.4
GRN-14491	LOS TOROJONES 2	3620 ± 80	2200 -1750	95.4
BETA 166650	LOS COTORROS 2	3610 ± 60	2140 -1770	95.4
BETA 166649	LOS COTORROS 1	3510 ± 60	2020 -1680	95.4
BETA 83086	ALDEAGORDILLO	3510 ± 70	2030 - 1680	95.4
GRN - 19601	EL BALCONCILLO	3430 ± 60	1900 - 1530	95.4
CSIC 422	CUEVA DE AREVALILLO	3400 ± 50	1830 -1600	83.9
BETA 153366	CUEVA DEL MIRADOR	3400 ± 40	1880 - 1530	95.4
CSIC 340	CUEVA DEL ASNO SECTOR B	3380 ± 50	1780 -1520	92.7
CSIC 442	LOS TOLMOS (SECTOR B)	3380 ± 50	1780 -1520	92.7
CSIC 480	LOS TOLMOS. CABAÑA 4G	3380 ± 50	1780 - 1520	92.7
CSIC 408	LOS TOLMOS. CABAÑA 10G	3370 ± 50	1780 - 1520	94.4
CSIC 409	LOS TOLMOS. CABAÑA 10G	3360 ± 50	1770 - 1510	95.4
CSIC 443	LOS TOLMOS CABAÑA 5D	3360 ± 50	1770 - 1510	95.4
CSIC 400	CUEVA DE AREVALILLO	3290 ± 50	1690 - 1450	95.4
GRN- 10617	LA PLAZA.	3275 ± 30	1630 - 1490	93.1
GRN- 14560	LA PLAZA	3275 ± 30	1630 - 1490	93.1
BETA 154894	CUEVA DEL MIRADOR	3040 ± 40	1420 - 1130	95.4

Figura 112 Calibración de las fechas de C14 con diferenciación de las procedentes de los yacimientos del Alto Duero en los que se centra el estudio.

4.3 El marco cronológico del Bronce Antiguo en el Alto Duero

El cuadro de dataciones disponibles para definir el tránsito del III al II milenio AC en la zona del Alto Duero, una vez calibradas, refleja la habitual elevación de las fechas convencionales y, de forma paralela, un aumento del margen de probabilidad en el que se sitúan cada una de las fechas.

En muchos casos, los márgenes de probabilidad parecen excesivamente dilatados para concretar una secuencia, máxime cuando los conjuntos que se fechan ofrecen una cultura material poco variada para tan dilatado margen cronológico, si bien no hay nada en contra de que pudiera ser así. Con seguridad debe ampliarse el espectro de muestras, tanto cuantitativa como cualitativamente, con el objeto de ir ajustando la secuencia crono-cultural. En este sentido no podemos dejar de señalar la existencia, en el cuadro anterior, de porcentajes de probabilidad inferiores al 95% e incluso al 90% lo que debiera matizar la fiabilidad de esos resultados.

Ahora bien, pese a estas prevenciones, y conscientes de que cuanto se indica debe ser considerado más como una reflexión sobre la cronología absoluta de estos conjuntos que como una conclusión para definir o identificar una etapa crono-cultural, la secuencia estadística resultante ofrece una más que previsible coherencia, situándose los nuevos yacimientos en estudio entre aquellos que, tradicionalmente, se encuadran en las etapas calcolíticas-campaniforme anteriores y las posteriores, de formación del grupo Cogotas I.

La duración de la etapa Calcolítica en la zona del Alto Duero es difícil de precisar por la ausencia de resultados válidos. Los análisis de *Fuente de Las Pocillas* y el de *El Castillejo de Garray* ofrecen márgenes estadísticos superiores al centenar de años por lo que su precisión es nula. El único de los tres, el de *Los Cercados* de Mucientes permite su calibración, aun cuando el resultado es poco preciso, 2700-2250 cal. AC, si bien dentro de los límites que se consideran aceptables para esta etapa.

En la Submeseta Norte la secuencia del Calcolítico en el Valle del Amblés parece clara (Fabián, 2006: 447). El límite superior se ajustaría al último tercio del IV milenio AC y vendría datado por las fechas de los poblados de *Fuente Lirio* y *Aldeagordillo*. El límite inferior es más impreciso, si bien no hay opiniones contrarias a situarlo un milenio más tarde, hacia el último cuarto del III milenio AC, si bien algunas dataciones parecen alcanzar los últimos momentos de este milenio.

Las fechas que permiten definir esta etapa muestran tendencia por agruparse en dos bloques, de un lado los conjuntos clásicos o antiguos que, alcanzarían, sin duda, la mitad del III milenio AC. Además de los señalados, esta etapa calcolítica estaría bien representada en otros ambientes más distantes, como *Las Pozas* (del Val, 1992), confirmando la existencia de un grupo homogéneo que supera ampliamente los márgenes del valle del Duero.

En el segundo bloque se agrupan las fechas más modernas, ya en la segunda mitad del milenio y sobre todo en las dos últimas centurias, incluso alcanzando los primeros momentos del II milenio AC. En el territorio más próximo a la zona de estudio, se localizan enclaves cuya cronología parece apuntar a ese momento de tránsito, si bien su amplio margen estadístico no posibilita mayor precisión por el momento. En estos conjuntos el bagaje material puede compararse con el clásico del Calcolítico aun cuando la representación de fósiles guía no sea tan completa. Su existencia parece explicarse por la producción especializada de ciertos útiles. Es el caso de *Mucientes*, del que no se deben alejar los de *Fuente de Las Pocillas* o *El Castillejo*, éste en el Alto Duero, cuyos materiales podemos comparar con los anteriores.

Solapando en parte las fechas, al menos las iniciales, se advierte la presencia en otros asentamientos e incluso en los mismos de una variedad cerámica muy singular, la campaniforme. Su hallazgo se asocia en este territorio, mayoritariamente, a enterramientos, aunque no falte algún ejemplo de habitación, siendo más frecuente la variedad incisa, considerada más tardía.

El gráfico comparado de la secuencia de las dataciones calibradas a dos sigmas resulta:

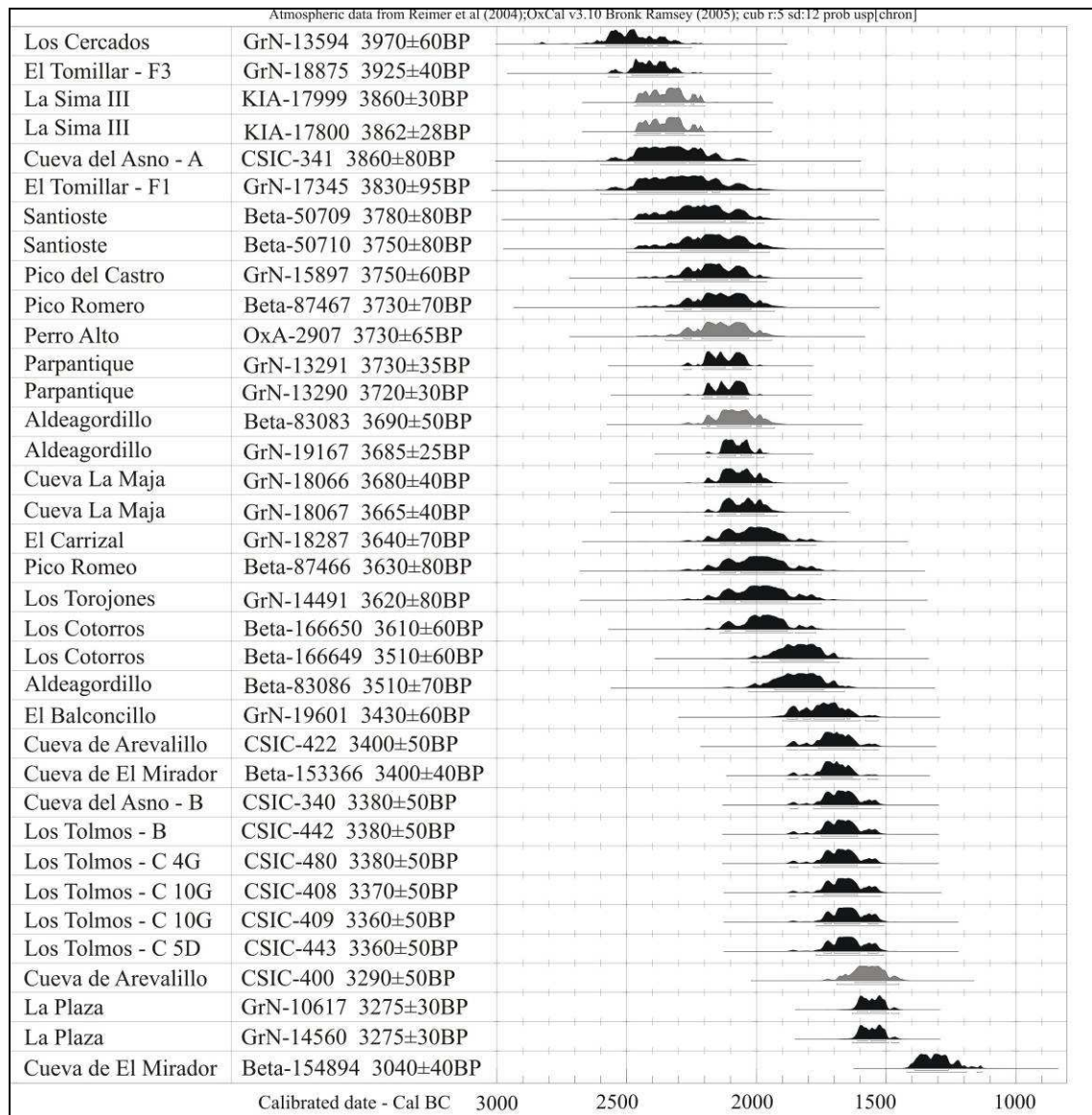


Figura 113 Gráfica secuencial de las fechas calibradas.
En gris las resultantes de muestras de vida corta.

Difícilmente, con los datos disponibles, será posible avanzar en la problemática de la interpretación y seriación de esta singular cerámica campaniforme. Dejando al margen la cronología de *Somaén* (CSIC, 69: 4620± 130 a.C.), parece aceptado que la aparición y generalización de estos tipos cerámicos se documenta en la etapa final del Calcolítico. En el interior meseteño, las dataciones de los enterramientos de *La Sima III* y singularmente la combinación estadística de las dos fechas disponibles (2460–2270 cal. AC, con un 85.4% de probabilidad), sitúan la introducción del

campaniforme más antiguo –las cerámicas corresponden a los tipos Marítimo y Puntillado Geométrico–; ello a pesar de contar con la presencia de las típicas puntas Palmela y los puñales de lengüeta, que vienen siendo elementos consustanciales a la panoplia que acompaña a las especies incisas.

En el mismo territorio, los conjuntos Ciempozuelos están presentes en el último cuarto del milenio, como indican la fecha más antigua del enterramiento de *Aldeagordillo* (2200–2142 cal. AC) e incluso la de *Perro Alto* (2350 cal. AC), si bien hay que precisar que las

más antiguas proceden de analizar muestras de hueso cuyos resultados se retraen respecto a las analíticas sobre carbón.

El declive de la presencia de Ciempozuelos habría que situarlo a finales de la primera centuria del II milenio AC, según el margen inferior que proporcionan las mismas dataciones de *Aldeagordillo* (2010–1940 cal. AC) o *Perro Alto* (1940 cal. AC), aun considerando que existen argumentos para suponer su pervivencia en momentos más tardíos, como indicaría otra fecha de *Aldeagordillo* (Beta 83086: 2030–1680 cal. AC) que no desentona con la más antigua de *Arevalillo* (1830-1600 cal. AC). Recordemos que aquí, como parecen apuntar determinadas evidencias estratigráficas, el Ciempozuelos era sustituido por las cerámicas ProtoCogotas con las que pudo llegar a convivir (Fernández Posse, 1981).

Aunque el amplio margen cronológico que ofrecen las fechas calibradas para el desarrollo del campaniforme precisa, sin duda, de ajustes, es evidente que su presencia en las tierras del interior fue dilatada, introduciéndose sobre los últimos grupos calcolíticos comentados, tal y como se confirma en los múltiples yacimientos excavados a ambos lados del Sistema Central. En el Alto Duero, a excepción de los datos de *La Sima*, carecemos de otras fechas radiocarbónicas, por lo que debemos mirar a las inmediaciones para poder comparar la secuencia. Así, muy próxima a esta zona, contamos con la aportada por *Pico de Castro* (Rodríguez Marcos, 2005) que coincide con la de Fuente Olmedo y que debiera permitir, al tratarse inequívocamente de una cabaña, fechar esta fase campaniforme, si bien por sus características no deja de asimilarse a cualquiera de los poblados que estudiamos.

De nuevo con un solapamiento de fechas, se advierte la presencia de otro grupo de yacimientos en los que la cerámica Ciempozuelos pierde el protagonismo. Por el contrario, los nuevos conjuntos cerámicos ofrecen una similar tipología que anuncia ya muchos de los elementos que caracterizarán las etapas plenas de la Edad del Bronce. Se trata, efectivamente, de los yacimientos en estudio, cuya etapa inicial no superaría el último cuarto del tercer milenio (*El Parpantique* 2210 cal. AC, *Pico Romero* 2350 y 2210 cal. AC, *Los Torojones* 2200 cal. AC y *Los Cotorros*², 2140 cal. AC) y cuya etapa final, aunque menos precisa, no parece rebasar el primer cuarto del segundo milenio (*Pico Romero* 1930 y 1750 cal. AC, *Los Torojones* 1750 cal. AC y *Los Cotorros* 1860 y 1680 cal. AC). En este abanico destacan las fechas de *El Parpantique* con un límite inferior más antiguo (2030 y 2020 cal. AC),

ofreciendo una cronología mucho más ajustada a las dos últimas centurias del III milenio AC. Esta precisión no parece desentonar por el alto porcentaje de probabilidad de la calibración (95,4%), si bien este dato es recurrente en todos los casos, excepción de *Los Cotorros* que, en la única fecha disponible, ofrece los márgenes más modernos.

Estos enclaves con cronología del Bronce Antiguo parecen, por sus características, continuar la seriación de los conjuntos calcolíticos anteriores, si bien es evidente que entre ambos se intercalan los hallazgos genuinamente campaniformes, y singularmente los del tipo Ciempozuelos que es dominante en las tierras del interior, y que constituye un epifenómeno que sobrepasa esta secuencia lineal.

Indistintamente del necesario ajuste cronológico, parece confirmarse en algún momento la coincidencia de unos y otros en el mismo espacio, en algún momento de su desarrollo, algo que no debe resultar extraño, dado que en el momento inicial del campaniforme se constata su aparición en conjuntos de adscripción calcolítica.

Con los datos disponibles, se aprecia que en uno y otro caso constituyen, genéricamente, manifestaciones distintas: los yacimientos atribuidos al horizonte Parpantique se identifican con poblados al aire libre, mientras que los hallazgos Ciempozuelos corresponden mayoritariamente a contextos funerarios. Sería tentador hacer coincidir unas y otras manifestaciones como complementarias de un mismo grupo, pero no disponemos de argumentos para respaldarlo, bien al contrario, sí que tenemos para sospechar que se trata de dos realidades distintas pero que pudieron llegar a convivir.

Hay, es cierto, poblados que cuentan con cerámicas no sólo de tradición campaniforme, sino de adscripción Ciempozuelos. En líneas anteriores referimos, por ejemplo, el caso del *Pico del Castro* (Rodríguez, 2005) al que se pudiera sumar el de *Los Torojones*, aunque en uno y otro yacimiento (2350–1960 y 2200-1750 cal. AC) la presencia de esta típica cerámica no deja de ser anecdótica, apenas unos fragmentos correspondientes a una o dos piezas cerámicas de un volumen superior al millar de fragmentos.

No puede concretarse en estas líneas lo que entendemos por un poblado campaniforme, pero resulta evidente que la documentación de un tipo cerámico no puede, por sí sólo, presuponer una adscripción cronocultural, del mismo modo que la presencia de determinadas cerámicas decoradas en *El Parpantique* o *Pico Romero* no pueden hacernos suponer su

adscripción a la fase ProtoCogotas, como así se ha puesto de manifiesto en otros hallazgos similares; p.e. el citado de la cueva burgalesa de *El Mirador* (Moral et alii, 2003-2004).

Por el contrario, en la zona de estudio hay evidencias de la existencia de otros hallazgos de habitación, localizados en zonas bajas, en los que es posible su adscripción campaniforme, caso de *El Molino* de Garray (Fernández Moreno, 1997) o *El Guijar* de Almazán (Revilla, 1985), no sólo por el mayor volumen de piezas, sino porque se constata la presencia de esta típica decoración sobre cerámica de almacenamiento y de cocina, y no sólo sobre la terna de vasos que conforman el típico ajuar funerario. El mismo modelo de habitación parece derivarse de otros hallazgos próximos, tanto en la misma cuenca, caso del de *Arrabal de Portillo* (Fernández Manzano y Rojo, 1986), como en la del Jalón, en *El Perchel* (Lucas y Blasco, 1980).

Las manifestaciones funerarias fechadas en este momento también proyectan modelos distintos. Algunas, *Perro Alto* (Delibes et alii, 1998:167) o *Aldeagordillo* (Fabián, 2006: 444 y ss) se corresponden con las típicas del campaniforme: inhumaciones individuales a las que acompaña un determinado ajuar, con una composición y disposición que hace pensar en la existencia de un ritual establecido. Para fechas similares también se conocen otros enterramientos en fosa o en hoyo, tanto con deposiciones simples como múltiples, tal como se documenta en *El Tomillar* (2560-2290 y 2560-2025 cal. AC) o en Santioeste (2470-2010 y 2500-1950 cal. AC), en estos casos con ciertos elementos que no son extraños en los enterramientos Ciempozuelos, pero en un contexto funerario y de habitación en el que este tipo cerámico brilla por su ausencia. Y finalmente, también se conocen otros ejemplos en cueva, caso de la atribuida al Sector A de la *Cueva del Asno* (2600-2000 cal. AC).

Será a partir de la segunda centuria del II milenio AC cuando los conjuntos vuelvan a mostrar una secuencia uniforme y distinta a las de los poblados en altura que centran este estudio. A partir de las dataciones que aporta *El Balconcillo* (1900-1530 cal. AC), la del Sector B de la *Cueva del Asno*, la serie de *Los Tolmos* (Jimeno, 1984), *Arevallillo* (Delibes y Fernández Miranda, 1990) o *La Plaza* (Delibes y Fernández Manzano, 1981; Rodríguez Marcos, 2009) se define una etapa intermedia de la Edad del Bronce que en el Alto Duero quedaría bien caracterizada por el denominado horizonte ProtoCogotas.

Esta etapa, definidora del Bronce Medio en la Submeseta Norte, situaría su margen superior entre mediados del siglo XIX y la mitad del siglo XVII cal. AC, mientras que el límite inferior se acomodaría entre los inicios del siglo XVI y comienzos del XV cal. AC, en una sucesión homogénea y de escaso recorrido que enlazaría, sin solución de continuidad, con la plenitud cogoteña, como reflejan, p. e., los resultados de *San Román de Hornija* (1420-920 y 1450-750 cal. AC) (Delibes, 1978: 237).

En todo caso, también en la transición a estos conjuntos del Bronce Medio meseteño se detectan, con las fechas recopiladas, ciertos solapamientos como los que evidencian las fechas de *Cueva La Maja*, con una cronología alta (2220-1940 y 2190-1940 cal. AC) para lo que se viene definiendo como Bronce Medio, situándose entre las habituales del Bronce Antiguo, si bien sus decoraciones incisas parecen apuntar a un momento inmediatamente posterior, por lo que no podemos desechar una ocupación más dilatada de la que concretan los análisis radiocarbónicos. Algo similar e inverso ocurre con la fecha de *El Mirador* (Moral et alii, 2003-2004) que parece muy moderna para el conjunto material que caracteriza.

Al amparo de estas agrupaciones de fechas parece viable establecer unos hitos para concretar la secuencia, máxime con la posibilidad que ofrecen algunos de los yacimientos comentados para definir fechas combinadas. Es el caso de la inhumación de *La Sima III*, sobre muestra de vida corta, las de las cabañas de *El Parpantique* y *Los Tolmos*, sobre restos de madera carbonizada, y la de *Cueva La Maja* sobre restos de carbón (Figura 114).

YACIMIENTO	COMBINADA	VALOR BC	
	VALOR BP	CAL. A 2 SIGMAS	% PROB.
LA SIMA III	3861 ± 20	2460 - 2270	85.4
PARPANTIQUE	3724 ± 23	2200 - 2030	95.4
CUEVA LA MAJA	3672 ± 28	2200 - 1930	99.7
LOS TOLMOS	3365 ± 35	1750 - 1600	84.7

Figura 114 Secuencia cronológica para el Alto Duero a partir de las fechas combinadas.

De tal forma, la fecha aportada por *La Sima III* determinaría, en el contexto arqueológico de la Submeseta Norte, el inicio de la cerámica campaniforme y los ritos de inhumación a los que se asocia. No es posible afirmar si la variedad incisa Ciempozuelos coincide desde este mismo momento, si bien sí puede asegurarse una pervivencia mayor al restos de los estilos campaniformes, alcanzando,

incluso superando, la fecha más moderna de la datación combinada de *El Parpantique* e incluso de *Cueva La Maja* que serían los referentes para delimitar el Bronce Antiguo en la zona. A partir de un momento indeterminado del primer cuarto del II milenio AC, se inicia una secuencia de dataciones que posicionan la fase ProtoCogotas tanto en la zona del Alto como del Duero Medio y que pueden quedar enmarcadas por la datación también combinada de *Los Tolmos*.

Esta secuencia tiene su nudo gordiano en la transición del Calcolítico al Bronce Medio, donde vemos coexistir una amalgama de dataciones de eventos con y sin campaniforme, y que confirman la ocupación de determinados hábitat o de distintos hallazgos funerarios. Esta cuestión, la de definir el protagonismo del campaniforme Ciempozuelos, parece hoy un problema difícil de precisar con los datos disponibles, no sólo en el Submeseta Norte, sino también al sur del Sistema Central (Díaz del Río, 2001: 281-282), donde se dispone de los resultados del poblado de *El Ventorro*, si bien la validez de las fechas es cuestionada incluso por los propios excavadores (Priego y Quero, 1992: 369; Blasco *et alii*, 1994: 117). En este panorama, los hallazgos de *Camino de las Yeseras* vienen a incidir en la convivencia, temporal y espacial, de inhumaciones simples y múltiples, con ausencia o presencia de campaniforme inciso, aunque parecen generalizarse las cronologías más recientes para este último estilo cerámico (Liseau *et alii*, 2008).

En la zona aragonesa, en el valle medio del Ebro, con datos muy similares a los que estamos manejando, se plantea una secuencia distinta, basada en una sucesión de elementos guía como indicadores de los cambios que se producen (López y Picazo, 2005-2006). Siguiendo los datos aportados por estos autores, las primeras cerámicas campaniformes aparecen en yacimientos líticos de superficie, con escasa cerámica a mano, para generalizarse –posiblemente con una etapa de convivencia–, en poblados en altura, con buena visibilidad, abundante cerámica a mano y escasa presencia de material lítico. El inicio de estos poblados campaniforme incisos se situaría hacia el 2500–2300 cal. AC, mientras que su declive, más difuso, se lleva hacia el 1900 cal. AC. En la zona más meridional, en la serranía turolense, la secuencia comentada se ve alterada por la existencia de poblados, también en altura y de clara estructura preurbana, con una cronología si no más amplia que la señalada, sí contemporánea, por lo que se interpreta que, en la zona, el ocaso del campaniforme debió producirse hacia el 2100 cal. AC (Ibídem: 136-137).

Distintos argumentos cuestionarían, a nuestro entender, esta propuesta. De un lado, la adscripción topográfica de algunos enclaves. Tal es el caso de *Cerro del Ramo* (Orera, Zaragoza), cuya existencia da pie al estudio que comentamos. La localización de la cerámica campaniforme, se realiza unos 20 m debajo de la cima, sobre unos bancales que han transformado la superficie y perfil original (Ibídem: 120-121). En segundo lugar, las fechas calibradas apuntan la secuencia del 2600 al 2300 cal. AC para los contextos campaniformes clásicos, si bien hay evidencias como *Marijuán I* que llevan estos conjuntos hasta una etapa ciertamente tardía, la primera mitad del II milenio AC (Ibídem: 130), en un momento más moderno que los del Alto Duero, y próximas a las más bajas de las conocidas de *Peña Guerra I y II* en el tramo riojano del Sistema Ibérico (Pérez Arrondo, 1985). Por tanto, el panorama no sólo no difiere del que interpretamos para la zona del Alto Duero, recordemos las dataciones, por ejemplo, del poblado turolense de *Peña Dorada*, 2210–2010 y 2060-1860 cal. AC (Picazo, 1993: 24-28; Burillo y Picazo, 1991-92: 54-55), sino que, en esta zona del Valle del Ebro, la convivencia entre distintas tradiciones parece confirmarse y aún prolongarse en el tiempo.

En esta etapa de transición o de convivencia podemos situar otras referencias periféricas a nuestro territorio, caso de los poblados fortificados, *morras*, de la Edad del Bronce en La Macha. Los poblados más representativos, *La Morra de El Quintanar* y *el Acequión*, se situarían, respectivamente, entre el 2100–1500, y 2200–1800 cal. AC, (Fernández-Posse *et alii*, 1996). Estos poblados difieren en lo conceptual de los del Alto Duero: se caracterizan por su posición topográfica en zona llana y su estructura esta determinada por una estrategia defensiva. Sin embargo el bagaje material es similar, abundantes cerámicas lisas que recuerdan referencias al Bronce Valenciano y a lo *argárico*.

La etapa inicial de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero estaría bien representada, al menos, por los yacimientos tipo Parpantique, aun cuando es ciertamente difícil de precisar por la superposición con lo Campaniforme e incluso por lo residual del Calcolítico. Por el contrario, su disolución parece determinada por la aparición de un nuevo conjunto de yacimientos que evocan un bagaje material distinto, especialmente en lo concerniente a la decoración incisa de sus cerámicas, y no tanto en la variedad de éstas o en la localización de los yacimientos, ya que también se conoce la utilización de cuevas, cerros elevados o

zonas bajas de vega, aunque ciertamente con distinta representatividad.

En conclusión, las dataciones absolutas disponibles permiten afirmar que, *grosso modo*, en el último cuarto del tercer milenio y el primer cuarto del segundo milenio AC se suceden, en el mismo territorio, distintas tradiciones.

De un lado, las reconocidas como correspondientes a los últimos poblados Calcolíticos, en los que la vajilla cerámica ofrece una tipología muy corta, dominada por las escudillas, las carenas bajas y los recipientes globulares. Sobre esa base poblacional que se desarrolla, con seguridad, a lo largo de la segunda mitad del tercer milenio AC, aparece progresivamente la vasilla campaniforme que se mantiene hasta bien entrado el II milenio. Mayoritariamente se documenta en hallazgos funerarios, aun cuando también hay evidencias en poblados. Para la zona del Alto Duero carecemos de dataciones válidas para uno u otro momento por lo que la secuencia es un reflejo de la de áreas inmediatas.

En los últimos compases del tercer milenio, cuando ya se ha constatado la presencia de Ciempozuelos, se diferencian en el Alto Duero una serie de poblados en altura y con un ajuar cerámico muy repetitivo que parece una evolución de las etapas anteriores. Su ocaso se diluye con la generalización de otros conjuntos bien conocidos que muestran en lo que se refiere a la cerámica una evolución formal sobre la de aquellos, y en lo decorativo una reiteración y desarrollo de ciertos esquemas y motivos típicos de la cerámica campaniforme.

Esta sucesión de etapas –Calcolítico / Campaniforme (Internacional/Ciempozuelos) / Bronce Antiguo / Proto-

Cogotas– no es lineal, sino que los distintos contactos ofrecen superposiciones que difícilmente, con los datos disponibles, podremos matizar. De la misma forma, los conjuntos que datan las distintas fases corresponden a hallazgos distintos: poblados y enterramientos que por los materiales o elementos caracterizadores pueden adscribirse a una u otra etapa, lo que viene a complicar la interpretación de las fechas.

Sirva en todo caso, esta reflexión, para confirmar que en el Alto Duero podemos diferenciar en el tránsito del III al II milenio AC, en lo que convencionalmente se acepta como Bronce Antiguo, una serie de yacimientos que ofrecen, por los datos de las excavaciones, un ajuar cerámico uniforme, en los que las formas dominantes son los cuencos y los grandes contenedores profusamente decorados con aplicaciones plásticas y en los que los perfiles globulares constituyen una clara minoría, dominando las carenas medias y altas sobre las bajas de los conjuntos anteriores calcolíticos con y sin campaniforme.

Los mejor conocidos son los que se ubican en cerros altos y aislados, pero existen otros en distinta posición, tanto en zona baja como, minoritariamente, en cueva. En lo que respecta a los rituales de enterramiento los hallazgos de este momento no parecen diferir de los constatados anteriormente para el calcolítico Ciempozuelos: inhumaciones generalmente individuales pero también múltiples, con un ajuar más o menos complejo y repetitivo, en el que está sistemáticamente ausente la cerámica Ciempozuelos.

Estos grupos muestran una fuerte personalidad por la reiteración de unas características que trataremos de identificar y contrastar en los capítulos siguientes.

5 EL POBLAMIENTO DURANTE EL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO.

La selección de los asentamientos es uno de los aspectos más interesantes para conocer la relación de los yacimientos entre sí y la de éstos con el espacio. Su análisis permite deducir estrategias para la ocupación y utilización del territorio, entendido como ecosistema en el que se desenvuelven los grupos humanos prehistóricos.

En este apartado se pretende establecer la relación entre los yacimientos en estudio, así como comparar su patrón de distribución con el correspondiente a las etapas inmediatas y de contacto, todo ello a partir de los registros seleccionados del *Inventario arqueológico de Castilla y León*.

Para afrontar este tipo de análisis se recurrirá a alguna de las técnicas de la denominada *Arqueología Espacial* desarrollada por la *Nueva Arqueología*, corriente interpretativa iniciada en los años 60 y 70 del siglo pasado (Clarke, 1977; Odder y Horton, 1976), e introducida en la Península Ibérica a partir de la década siguiente, (p. e., Fernández Martínez y Ruiz Zapatero, 1984; Burillo, 1984), alcanzando un importante desarrollo desde los primeros encuentros organizados por el Seminario de Arqueología y Etnología Turolense.

Desde entonces se popularizaron distintos instrumentos de comparación (Ruiz Zapatero y Burillo, 1988): *Vecino más próximo*, *Polígonos de Thiessen*, *Lugar Central*, etc., mediante los que es posible tabular la información e inferir patrones de distribución y jerarquía. En general se trata de análisis estadísticos válidos para evaluar los mapas de puntos que se generan a partir de los trabajos de prospección, pero limitados para interpretar la relación de esos lugares con el territorio; es decir, cuando el espacio adquiere características geográficas, relieve, accidentes, vegetación, etc.

La difusión de herramientas informáticas, los denominados Sistemas de Información Geográfica (SIG), (Blasco *et alii* 1997; Grau 2006) permitieron superar esas limitaciones y desarrollar otro tipo de análisis como los de *Captación de Recursos*. A la vez, la aplicación de nuevas técnicas y la accesibilidad a una información más exacta, con el apoyo de las bases de datos relacionables, posibilitaron avanzar en el conocimiento del territorio desde una óptica ecológica y paisajística (Orejas, 1991; 1995-1996).

Con posterioridad, a lo largo de la última década del siglo pasado, con la irrupción de los planteamientos conceptuales derivados de la arqueología postprocesual, se planteó, entre otras cuestiones, el paisaje no como algo estático en el que se desarrollaba la vida de las sociedades, sino como algo mutable e interactivo, condicionado y modificado activamente por la acción antrópica. Su estudio requeriría de nuevas técnicas, caso de los análisis de intervisibilidad que da lugar a la interpretación desde conceptos como la perceptibilidad o lo simbólico, y a observar el territorio definido por distintos espacios, concebidos o practicados. Este planteamiento sobre el que ya se han realizado distintas reflexiones (García San Juan, 2005; Soler, 2007) deriva de los estudios de la denominada como *Arqueología del Paisaje* que procura, no tanto inferir patrones e hipótesis sobre distribución y relación de los yacimientos a partir de los recursos del territorio, disponiendo para ello de las variables que contienen los modelos digitales del territorio y del estudio de los conjuntos arqueológicos, como realizar una aproximación al medio físico, al territorio que fue conocido y construido por la acción de grupos como el que se analiza.

Ejemplos de este tipo de estudios son los desarrollados por el Laboratorio del Paisaje (Criado, 1993, 1999; Santos, 2008) y sus conclusiones nos animan a desplegar análisis apoyados en estos principios de la visibilidad, dadas las características de los yacimientos, y ante la ausencia de información sobre la paleoecología o los paleosuelos de este territorio, lo que advierte sobre la inseguridad de acometer otro tipo de análisis.

La oportunidad de abordar estudios como los enunciados está condicionada por la información disponible y el marco espacial al que se refieren. En este caso, el hecho de que una de las características más singulares de los poblados conocidos en el tránsito del III al II milenio AC sea su destacada posición topográfica, hace viable el análisis de visuales entre ellos y, después entre los conocidos de la etapa previa y posterior para, una vez más, contrastar la información disponible y establecer, si fuera preciso, patrones para cada adscripción, conviniendo en su semejanza o diversidad, en el intento de caracterizar la previsible personalidad de los yacimientos que nos ocupan en el contexto del Alto Duero.

La información requerida para validar este tipo de análisis tiene que ser, cuanto menos, homogénea a fin

de posibilitar la comparación entre los enclaves y los nichos ecológicos definidos en el área de estudio. Estamos lejos de asegurar que toda la información disponible responda a estas premisas iniciales. Ahora bien, por el contrario, es posible distinguir territorios que sí cumplen unos requisitos similares en lo que respecta a la intensidad de la prospección y para los que se presupone un conocimiento similar. Del mismo modo, los diferentes filtros aplicados a la información del IACyL permiten establecer agrupaciones con un grado de discrecionalidad equiparable. Su clasificación y localización posibilita la definición de modelos y, por tanto, su análisis cronológico, topográfico y territorial asegura cierta garantía a la hora de interpretar el análisis espacial.

En el Alto Duero, la distribución de los yacimientos que han superado el filtro establecido para asegurar las comparaciones con un mínimo rigor, muestra una mayor concentración en el espacio medio y occidental, es decir en la zona en que el Duero se abre hacia su tramo medio³⁴. Una primera mirada a la distribución atendiendo a la situación, parece confirmar que las localizaciones en zonas bajas se concentran, mayoritariamente, al occidente de la cuenca, coincidiendo con la apertura del valle principal, y que los hallazgos en altura son más numerosos en el centro del área de estudio, el canal principal del valle, zona intermedia entre las estribaciones que delimitan la cuenca.

Se hace preciso por tanto ampliar el ámbito del análisis a las dos adscripciones crono-culturales inmediatas a fin de comparar los modelos resultantes. Dado que la que se trata de caracterizar es la correspondiente al Bronce Antiguo y que, por proximidad, en lo numérico y en lo cronológico se sitúan los de atribución *Campaniforme*, se propone su análisis paralelo, junto con los correspondientes a la fase Proto-Cogotas del Bronce Medio, por ser cronológicamente los que se desarrollan inmediatamente después.

A fin de objetivar y cuantificar estas opiniones la información se contrastará, previamente, con dos tipos de análisis estadísticos, el de distancia entre los yacimientos o *vecino próximo* y el de distribución de asentamientos o de *polígonos*, ya enunciados, y sólo después, una vez conocidos y evaluados los resultados, iniciaremos el estudio de las relaciones visuales.

5.1 Análisis del vecino más próximo (Nna).

Como es conocido, el test de relaciones de distancia entre poblaciones próximas de Clark y Evans, (1954, a partir de Hodder y Orton, 1992: 50-62) es un análisis estadístico para determinar el valor (R) o razón de distribución entre los sitios analizados. La aplicación de este test a la arqueológica, toma protagonismo para el análisis de localizaciones de yacimientos, representados en mapas de puntos, al posibilitar deducir patrones de relación (valor de R), bien agrupados, aleatorios o regulares, según el valor resultante se aproxime o se aleje de 1, que constituye la hipótesis nula o aleatoria.

Es claro que esta técnica probabilística no permite interpretar el registro en lo relativo a la ocupación del territorio, pero sí realizar comparaciones entre distintas distribuciones y evaluar el modelo de distribución, considerando las distancias lineales entre los sitios estudiado, tal como reivindican Hodder y Orton (1990) de cuyo trabajo, que seguiremos, tomamos las bases metodológicas.

Para desarrollar el análisis se ha utilizado la aplicación informática CrimetStat III v. 3.2a (Levine 2009)³⁵. La situación de los yacimientos se determina mediante las coordenadas UTM de cada enclave, generalmente las referidas al centroide del mismo, automatizadas mediante la aplicación comercial MapInfo.

El programa CrimetStat ofrece, entre sus opciones, ajustar el área de análisis exclusivamente sobre los puntos seleccionados por lo que se evita el denominado efecto borde, excluyendo cualquier referencia que pudiera existir en los límites del área en estudio, solventando de esta manera uno de los principales problemas para este tipo de test (Hodder y Orton, 1990: 53), ya que el área de estudio queda delimitada por la superficie definida por los propios puntos observados.

Una vez introducida la referencia espacial de los sitios correspondientes, el programa calcula una serie de parámetros cuantitativos: el número de registros analizados, el área de distribución de la muestra, la media de la distancia al vecino más próximo, la expectativa sobre la distancia media en la que es probable encontrar un vecino,...; así como una serie de índices que evalúan los resultados de cada agrupación observada.

³⁴ Es éste el territorio que dispone, hay que recordarlo, de una mayor intensidad en los trabajos de prospección, por lo que la mayor concentración comentada puede tener otra explicación fundamentada más en criterios de gestión administrativa que en parámetros eco-geográficos.

³⁵ Accesible en www.icpsr.umich.edu/icpsrweb/CRIMESTAT. Queremos agradecer a Antonio Blanco las indicaciones para acceder al software y la ayuda para la realización del test.

Grupo	N (Núm. de casos)	Área en km ²	Distancia Media Vecino más Próximo en metros	Razón distribución (R)	Expectativa de distancia Media al Vecino más Próximo En metros	Nivel de significación	¿Rechazo de Hipótesis nula?
Campaniforme	82	11.028,4	4.384,35m	0,7515	5.834, 24	0,0001 (1 y 2 colas)	Sí, patrón agrupado
Bronce Antiguo	185	12.560,8	2.377,51	0,5724	4.153,63	0,0001 (1 y 2 colas)	Sí, patrón agrupado
BA en altura	127	12.559,9	3.028,33	0,6090	4.972,53	0,0001 (1 y 2 colas)	Sí, patrón agrupado
BA en cerro destacado	44	10.355,9	5.481,34	0,7146	7.670,75	0,001 (1 y 2 colas)	Sí, patrón agrupado
Bronce Medio	51	10.397,9	4.875,65	0,6829	7.139,37	0,0001 (1 y 2 colas)	Sí, patrón agrupado

Figura 115 Resultados del test de vecino más próximo (Nna) aplicado a la distribución de los yacimientos incluidos en el estudio, obtenidos con la aplicación informática CrimeStat III.

De estas, sin duda la más importante, es la media de distribución o razón (*R*) cuyo resultado, como se ha indicado, refleja, respectivamente y según se aproxime o aleje del valor 1, patrones agrupados o regulares. Para conocer la probabilidad de que el valor *R* difiera de 1, el programa CrimeStat también calcula un rango de Normalidad (*Z*) que determina el nivel de significación de la media, ofreciendo, como en los ejemplos que veremos, probabilidades de confianza que superan el 99% (0,0001).

Con estas premisas se realizó dicho test a distintos aglomerados considerados en la primera parte del trabajo, esto es, a los yacimientos de atribución *Campaniforme*, *Bronce Antiguo* y *Bronce Medio* con un grado de fiabilidad *segura*, cuya muestra estaba representada, en el mismo orden, por 82, 185 y 51 yacimientos.

El volumen de hallazgos adscritos al grupo intermedio permitía la definición de subconjuntos a partir de ciertas características de las enunciadas. Considerando que estos yacimientos se distinguían por la ubicación en sitios estratégicos, dominantes, se realizó una primera selección de los enclaves localizados en lugares elevados o destacados (los denominados en la tabla como *en altura*, resultando ser 127 de los 185). Posteriormente se seleccionó dentro de éste otro subconjunto, el denominado como *en cerro destacado*, en el que se incluyeron los yacimientos cuya situación se concreta no ya sólo en altura, sino, además, en un lugar destacado y aislado, excluyendo, p. e., los sitios de borde de páramo o ladera.

En general, observados los resultados que se reflejan en la Figura 115, convenimos que todas las distribuciones responden a un mismo patrón, agrupado, lo cual no debe resultar extraño si recordamos los mapas de localización de los yacimientos, así como la variabilidad del índice de hallazgos por municipio.

Es cierto, también, que la razón de distribución *R* ofrece resultados próximos con índices de significación muy elevados, lo que no permite dudar del resultado. El rango más elevado es correspondiente a la distribución *Campaniforme* con el 0,7, no muy alejado del valor *R* para los del *Bronce Medio*.

Significativamente el índice más bajo es el correspondiente a la agrupación del *Bronce Antiguo*, con un 0,5, que daría lugar a considerar un mayor agrupamiento de los yacimientos incluidos en este grupo, si bien la comparación de los conjuntos de sitios *en altura* o los exclusivos *en cerro destacado* viene a matizar esta primera lectura, y hace suponer la posibilidad de que la agrupación esté sesgada por algún atributo, como evidenciarían los resultados de los dos subconjuntos del *Bronce Antiguo*.

Más interesante parece el resultado sobre la distancia media del vecino más próximo. Los yacimientos adscritos al *Campaniforme* y al *Bronce Medio* ofrecen resultados muy similares 4,4 y 4,9 km de distancia, mientras que los del *Bronce Antiguo* muestran una proximidad mayor, uno cada 2,4 km, lo que confirma el mayor número de hallazgos de este conjunto y una evidente progresión respecto a los subgrupos que se han seleccionado. Un asentamiento cada 3 km en el

caso de los enclaves en *altura* y casi 5,5 km para los de *cerro destacado*.

Como se señalaba en líneas anteriores, pese a las cautelas del programa con el que se opera, la distribución de enclaves de cada fase pudiera condicionar el resultado no ya del valor de *R*, sino de la distancia del vecino más próximo. Al respecto, si se observa la casilla correspondiente a la superficie del área analizada, el resultado es ciertamente equivalente, con diferencias no significativas, lo que indica que la distribución de los yacimientos afecta, en las distintas agrupaciones, a la mayor parte del área de estudio. Por ello es interesante el valor medio que se determina como expectativa de la existencia de un vecino. En tal caso, las agrupaciones que cuentan con un mayor volumen de hallazgos debieran reflejar una distancia menor que aquellas que tienen menos adscripciones, siendo el territorio similar.

Esta generalización se cumple genéricamente al aplicarla sobre los aglomerados primarios, siendo el resultado mayor cuanto menor es el número de yacimientos conocidos: una expectativa de 4,2 Km para los del *Bronce Antiguo* (182 localizaciones); 5,8 Km para los del *Campaniforme* (82) y 7,1 Km para los del *Bronce Medio* (51).

Ahora bien, si se cuantifican los resultados para los subconjuntos de la atribución *Bronce Antiguo*, pueden deducirse consideraciones distintas. Así, la expectativa para los yacimientos de esta adscripción que se localizan en *altura* no varía respecto a la general, 4,9 km frente a 4,1 km, y ello considerando el menor número de enclaves, 127 sobre 185, para un área casi idéntica. Por tanto, puede afirmarse que en lo que respecta a los adscritos al *Bronce Antiguo*, los que se localizan en *altura* ofrecen una distribución repartida por la totalidad del área en estudio. Por el contrario, la expectativa de distancia media entre los yacimientos del mismo momento que se ubican sobre *cerro destacado* duplica la anterior, ahora 7,7 Km, superando incluso la distancia media de la expectativa de los enclaves adscritos al *Bronce Medio*, 7,2 Km.

El test de vecino más próximo permite determinar que la distribución de los lugares de cada adscripción cronocultural responde a un patrón agrupado similar; también que la distribución de los yacimientos en el área de estudio es más regular en la etapa más antigua de las analizadas, por lo que resulta un mayor distanciamiento entre ellos, si bien en el análisis de las características de los yacimientos incluidos en el estudio no se evidenciaba una mayor extensión que confirmaría esta hipótesis. Los yacimientos excavados y mejor

conocidos entre los adscritos a la etapa Proto-Cogotas parecen apoyar este supuesto –desde luego no sería el caso de *Los Tolmos* o *Arevalillo*–, excepto tal vez el caso de *La Paza*.

Si este agrupamiento de la población pudiera confirmarse, la distribución de los yacimientos del *Bronce Antiguo* situados en *cerros destacados* tendría una nueva lectura. En tal caso podría evaluarse su consideración como centros neurálgicos y catalizadores de la población en dicha fase, en la que la regularidad del conjunto representaría un proceso intermedio respecto a la distribución del poblamiento *Campaniforme*.

No debemos olvidar, al respecto, que la razón *R* de distribución del test de Clark y Evans señala unos índices similares (0,71 para los situados en *cerro destacado* y 0,61 para los del *Bronce Medio*) que evidencian un desigual e irregular reparto por el área de estudio. Si para los primeros esta tendencia a agruparse en determinadas zonas estaría justificada por la necesaria existencia de un elemento orográfico, para los segundos debiéramos inquirir algún otro argumento que permita su explicación.

5.2 Polígonos de Voronoi

Precisamente para dar respuesta o al menos intentar encontrar alguna, a las cuestiones planteadas es por lo que realizamos, sobre los mimos referentes cronoculturales y topográficos, el análisis de tipo celdas, los conocidos como *Polígonos Thiessen* o de *Voronoi* que permiten representar una imagen del área teórica de afección o de influencia de cada enclave, así como comparar la proyección y dibujo de las áreas resultante para los yacimientos adscritos a las distintas fases.

Los análisis espaciales de teselación o definición de área de relación o de influencia, permiten observar los posibles cambios de implantación de los sitios sobre el territorio, especialmente al comparar conjuntos diacrónicos.

Se han planteado diversas limitaciones en la aplicación de este tipo de análisis que se mueve en el ámbito teórico e ideal del espacio, dado que operan, como en el caso anterior, con mapas de puntos, sin referente territorial. Asimismo, se ha indicado que es un recurso más apto para el análisis de evidencias contemporáneas que pretéritas, por la posibilidad de evaluar características de los sitios que influyen en la interpretación (Hodder y Orton, 1990: 72 y 207).

También se ha señalado que una de sus limitaciones es la necesidad de comparar establecimientos sincrónicos y homólogos, tanto en el tamaño como en el rango. En caso contrario estos deberían ser corregidos por la aplicación de modelos de gravedad (Zapatero y Burillo, 1988; Hodder y Orton, 1990: 208-218).

A partir de la información disponible no es factible aplicar interacciones que minimicen esos riesgos, pese a lo cual es pertinente el análisis por cuanto ofrecerá imágenes de las distintas agrupaciones y, consecuentemente, la posibilidad de compararlas, que es uno de los objetivos que se persigue.

Por otra parte, y a fin de minimizar las deficiencias señaladas, al realizar los análisis con el programa MapInfo, se consigue la integración de la imagen resultante con modelos digitales del terreno y consecuentemente es factible la relación tridimensional geográfica.

El proceso es ciertamente simple. Entre cada uno de los yacimientos –como en el apartado anterior se localizan mediante las coordenadas UTM del centroide– se proyectan líneas que los unan y se traza una perpendicular en el punto medio de cada una, con lo que se definen áreas cuyos puntos contenidos están más próximos a un yacimiento que de cualquier otro. Este análisis de los polígonos de Voronoi se aplicó a las tres agrupaciones crono-culturales, con los resultados que se aprecian en la Figura 116.

La imagen refleja una distribución de polígonos ciertamente distinta para cada una de las adscripciones. Es clara la agrupación de los enclaves adscritos al *Bronce Antiguo* en torno a la cuenca principal, con dos picos, uno el más importante en el centro de la figura y otro al mediodía. La notable densidad de hallazgos en esas zonas impiden discernir algún modelo de distribución o relación entre los enclaves, por lo que será preciso diseccionar la muestra y reducir la escala para poder profundizar en las relaciones horizontales que desarrolla este análisis.

Los enclaves de atribución *Campaniforme* manifiestan un agrupamiento menor, también en dos zonas, una coincidente con la primera de las anteriores y la segunda, de menor intensidad, más oriental que la meridional del anterior conjunto. En este caso la distribución en doble o triple alineación en arco que ofrecen los enclaves de la zona centro-occidental parece reclamar algún modelo de implantación que deberá relacionarse con la geomorfología de la zona.

Finalmente, la imagen de las áreas que delimitan los polígonos para los yacimientos del *Bronce Medio* es muy diferente a cualquiera de las anteriores y llama la

atención la baja densidad de hallazgos y consecuentemente el gran tamaño de los polígonos sin que, como se ha señalado, sea posible explicar este fenómeno por una concentración de la población, o que ello suponga un incremento evaluable en el tamaño de los enclaves adscritos a esta etapa.

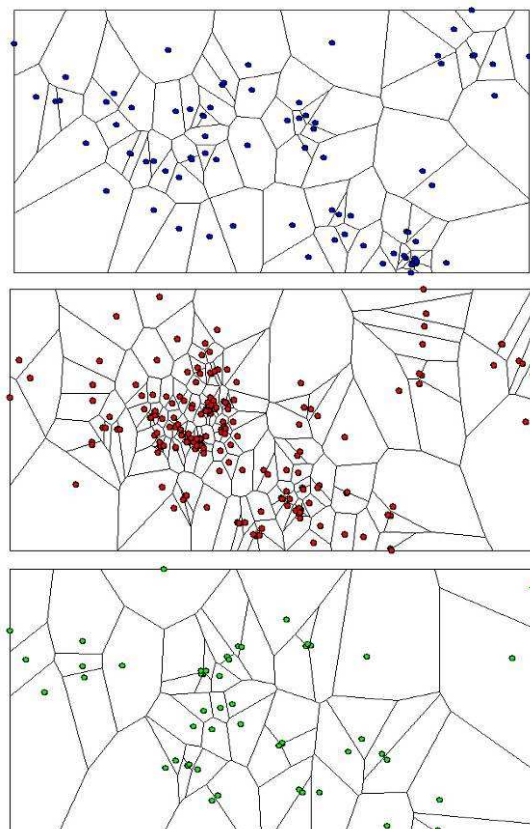


Figura 116 Representación de áreas aplicando el modelo de Polígonos de Voronoi a las agrupaciones de atribuciones Campaniforme, Bronce Antiguo y Bronce Medio, en ese orden.

En lo que respecta a los yacimientos catalogados en el Bronce Antiguo se aplicó el mismo análisis para los dos subconjuntos ya enunciados: los localizados en *altura* y, de estos, los ubicados en *cerro destacado* (Figura 117).

Coincidiendo con lo señalado para los resultados del test de *vecino más próximo*, la distribución de los polígonos de Voronoi para el conjunto de esta atribución y el subconjunto de los localizados en *altura* no difiere sustancialmente. Tan sólo el tamaño mayor de las celdas en el segundo caso distorsiona la simetría entre una y otra visual, lo que sin duda indica que conviven en la proximidad y en las mismas zonas yacimientos en altura con otros situados en las zonas bajas, correspondiendo, probablemente, a un modelo intencionado y no condicionado exclusivamente por la orografía, el tipo de

suelo o de actividad económica. En todo caso, esta afirmación puede estar condicionada por la muestra que es diferente pero tal vez poco representativa, especialmente en lo referente a los asentamientos en zona baja, 60 sobre 185. Aunque también es cierto que pese a su bajo número, son más que los correspondientes a la atribución del *Bronce Medio*.

La distribución de polígonos resultante del análisis de los yacimientos de esta misma etapa pero localizados en cerros aislados y destacados ofrece una imagen distorsionada respecto a las anteriores, sin que seamos capaces de inferir un modelo de implantación, al igual que ocurría con la representación de los enclaves del *Bronce Medio*, confirmando de nuevo las hipótesis planteadas en el apartado anterior cuando se comparaban las distancias medias de vecino más próximo (Nna) con las de expectativas de distancia entre enclaves.

Volviendo a la distribución de los yacimientos del *Bronce Antiguo*, es preciso concretar las características y localizaciones de los diferentes hallazgos para poder precisar en la interpretación de estos mapas de distribución.

A tal fin parece oportuno analizar la distribución de los tres grupos o agrupaciones de yacimientos sobre los mapas geográficos de la zona de estudio, porque pueden revelar tendencias que sea posible evaluar y cuantificar con nuevos cotejos.

Al respecto, en la Figura 118 se observa la distribución de las distintas agrupaciones de los yacimientos del Bronce Antiguo sobre un área central de la zona de estudio fácilmente identificable por la localización en la misma de tres de los yacimientos excavados; *Los Torojones* de Morcuera, *Pico los Cotorros* de San Esteban de Gormaz y *Pico Romero* de Santa Cruz de la Salceda.

Esta zona es la que ofrece mayor concentración de hallazgos y consecuentemente una documentación más completa. La imagen que proporcionan los dos primeros planos de distribución de todos los yacimientos atribuidos al *Bronce Antiguo* y, de estos, los localizados en zonas elevadas, confirma las apreciaciones derivadas de la lectura de los polígonos de Voronoi, y el componente geográfico añade el dato del interés por la localización de los sitios en los valles secundarios, definiendo líneas de

puntos que perfilan el cauce, aunque también puede distinguirse cierto interés por las zonas de interfluvio.

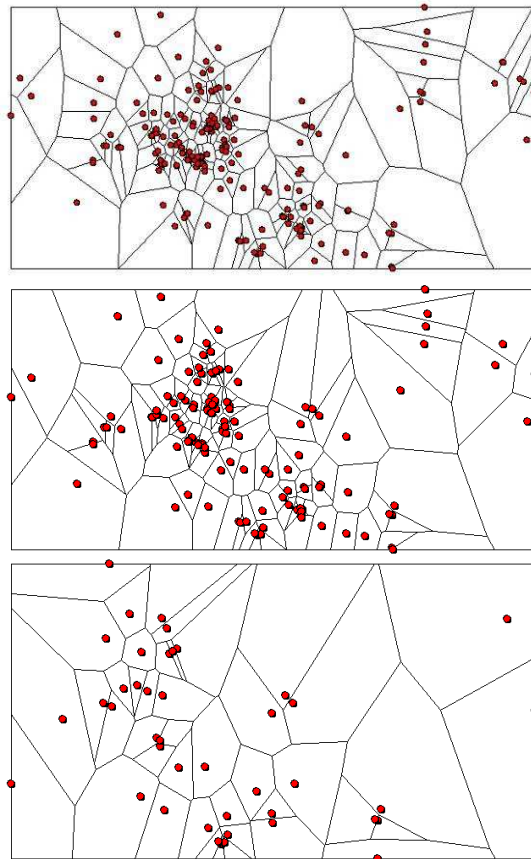


Figura 117 Representación de áreas aplicando el modelo de Polígonos de Voronoi al grupo de atribuciones del Bronce Antiguo y los subconjuntos derivados del mismo, los yacimientos en *altura* y en *cerro destacado*, en ese orden.

Del mismo modo, los yacimientos que se ubican en cerros destacados, el tercer plano, refuerzan ese supuesto interés por los valles secundarios, es más, parecen alejarse intencionadamente del corredor central del Duero, aun cuando es una zona en la que los cerros testigos no son extraños. En todo caso, aun siendo un tipo de localización muy significativa, su número es ciertamente escaso y su distribución, al menos en lo que se advierte en el mapa último, no permite inferir hipótesis sobre el modelo de implantación.

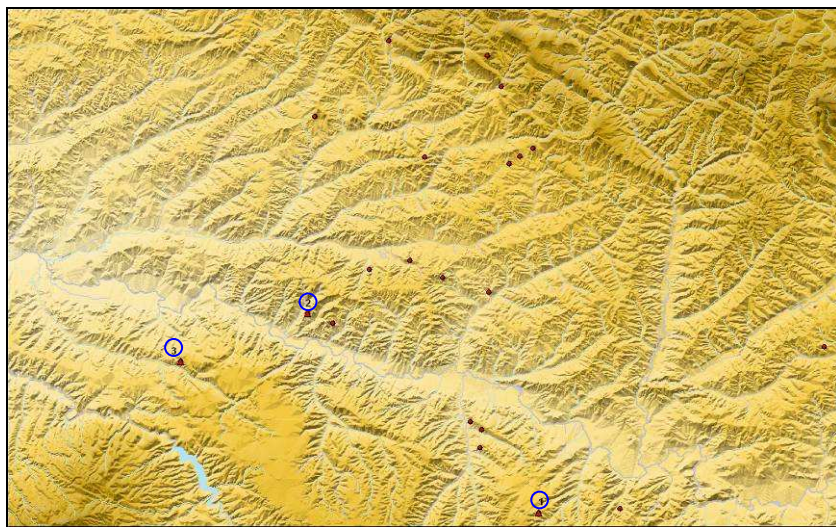
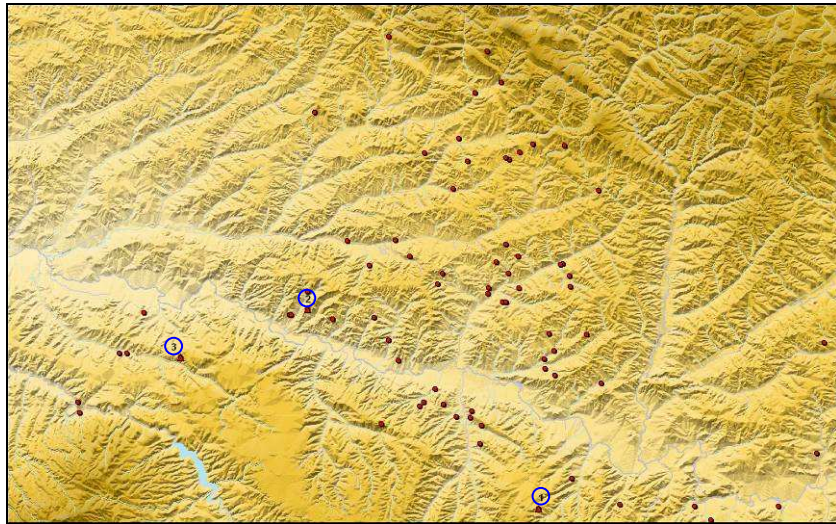
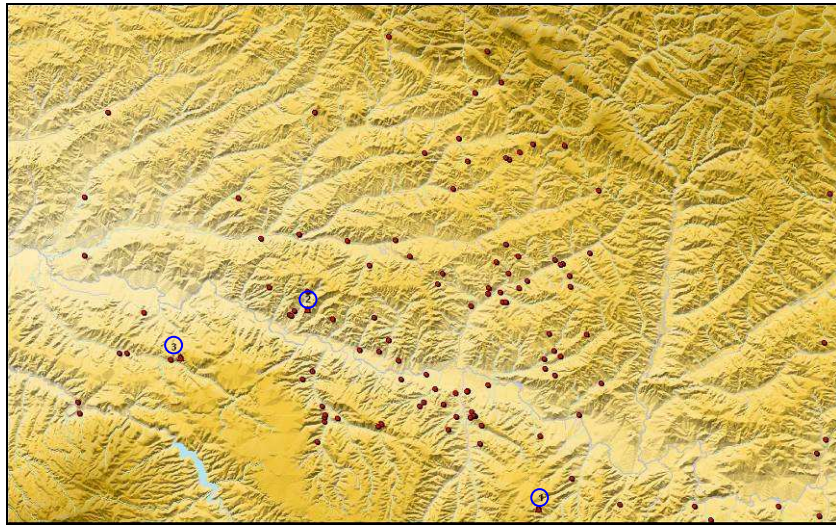


Figura 118 Detalle de la zona central del área de estudio, con la distribución de los yacimientos del Bronce Antiguo y los subconjuntos derivados del mismo, los yacimientos en altura y en cerro destacado, en ese orden. 1 Los Torojones; 2 Los Cotorros; 3 Pico Romero.

Desde luego para aceptar que estos yacimientos fueran un lugar central o de poder, debieran reflejar características inherentes a tal consideración. Una de ellas sería la del tamaño, si bien por lo descrito hasta este momento, no parecen reunir condiciones para ello, aún cuando sobre esta particularidad se insistirá a continuación. Otra posibilidad es considerar que es su posición y visualización la que tiene valor simbólico como referencia visual para las gentes de un grupo, o bien que ese simbolismo estuviera reforzado por ser el hábitat o resguardo de una élite controladora del grupo y del territorio, si bien tal situación supondría la existencia de dialécticas de clases, tensiones que debieran reflejarse en la necesaria presencia de construcciones defensivas u otros indicadores que hasta la fecha no se reconocen, como también se verá más adelante.

Aún cuando existen otros enclaves situados en zonas altas y dominantes –tal como reflejan las fichas del anexo 1–, es en los cerros aislados y destacados de los relieves circundantes (vid capítulo 3. 2), en los que se advierte una privilegiada posición topográfica y estratégica en la que la visual –tanto para poder controlar el territorio como para servir de referente o punto observable–, parece haber desempeñado una estrategia fundamental en la elección del emplazamiento. Es por ello necesario evaluar tanto la distribución de los yacimientos atendiendo a su tamaño y localización, como las características visuales de estos enclaves en altura, al objeto de avanzar en la comprensión y explicación de la distribución de los yacimientos incluidos en el estudio.

5.3 Análisis del tamaño de los yacimientos

En la descripción de los yacimientos uno de los atributos comentado era el del tamaño, generalizándose los menores de una hectárea. Los localizados en altura ofrecían superficies pequeñas, mientras que los de zonas bajas parecían confirmar tamaños mayores, aun cuando ante tan simple coincidencia se cuestionaba si este cómputo reflejaba, en el primer caso, el área de la superficie de la plataforma actual y, en el segundo, el área de dispersión de materiales. Al margen de este aspecto metodológico de indudable interés, es cierto, y así se refería en el apartado correspondiente (3.1.5), que, entre los yacimientos con atribución *segura*, lo más pequeños eran los del *Bronce Antiguo*, por lo que mayoritariamente se ajustaban a un rango de tamaño más uniforme.

Considerando las agrupaciones resultantes de la distribución de los yacimientos, y para evaluar la

significación que adquiere el tamaño de los mismos, hay que centrar la zona de observación en la de máxima concentración, en la que coinciden los yacimientos excavados (Figura 119). El mapa temático, atendiendo al rango de superficie media refleja que la mayoría –ver valle del río Arandilla, en la parte superior del mapa–, muestra una distribución ciertamente regular. Evidentemente al aplicar la media de la *desviación* de la muestra, se produce un marcado agrupamiento de los enclaves cuya extensión es inferior a 1,5 hectáreas, 122 casos, por lo que puede considerarse que el cálculo estadístico distorsiona la realidad, en la que puede haber mayores diferencias incluso entre los yacimientos que se encuadran en el rango menor, que suponen una amplia mayoría de la muestra.

Modificados los agrupamientos estadísticos con rangos que permitieran una mayor definición, resulta una imagen matizada respecto a la anterior, tal como se advierte en el mapa siguiente (Figura 120).

Una primera conclusión es que el tamaño de los yacimientos no parece estar relacionado con la ubicación. Los yacimientos en altura coinciden con los rangos de tamaño menor, si bien es cierto que también se confirma la existencia tamaños pequeños en zonas bajas, al igual que algunos de las categorías intermedias se localizan en lugares elevados. En algún caso se puede advertir la asociación, al menos en la imagen final, de enclaves próximos de tamaño pequeño y medio, sin que podamos afirmar que esta relación, más allá de lo visual, puede existir. Uno de los ejemplos es el de *Pico Romero* y los inmediatos del término de Santa Cruz de la Salceda, como el de *Las Moratillas* más próximo y contrapuesto, en la zona baja y de mayor tamaño. También los de *Los Pájaros* y *La Mosquetera* que repiten similar localización, en zona baja y clara diferencia de tamaño.

Dada la variedad de tamaños en relación con las distintas ubicaciones, se plantea la necesidad de relacionar este parámetro entre los enclaves de las distintas épocas y comprobar si se produce una variedad significativa entre unos y otros que pueda ayudar a explicar las diferencias que se advierten en la distribución.

En primer lugar, una de las cuestiones a despejar es la de conocer la calidad de la información. La mayoría de los enclaves que cuentan con una adscripción *segura* disponen de esta atribución, resultando la agrupación en las series que se reflejan en la Figura 121.

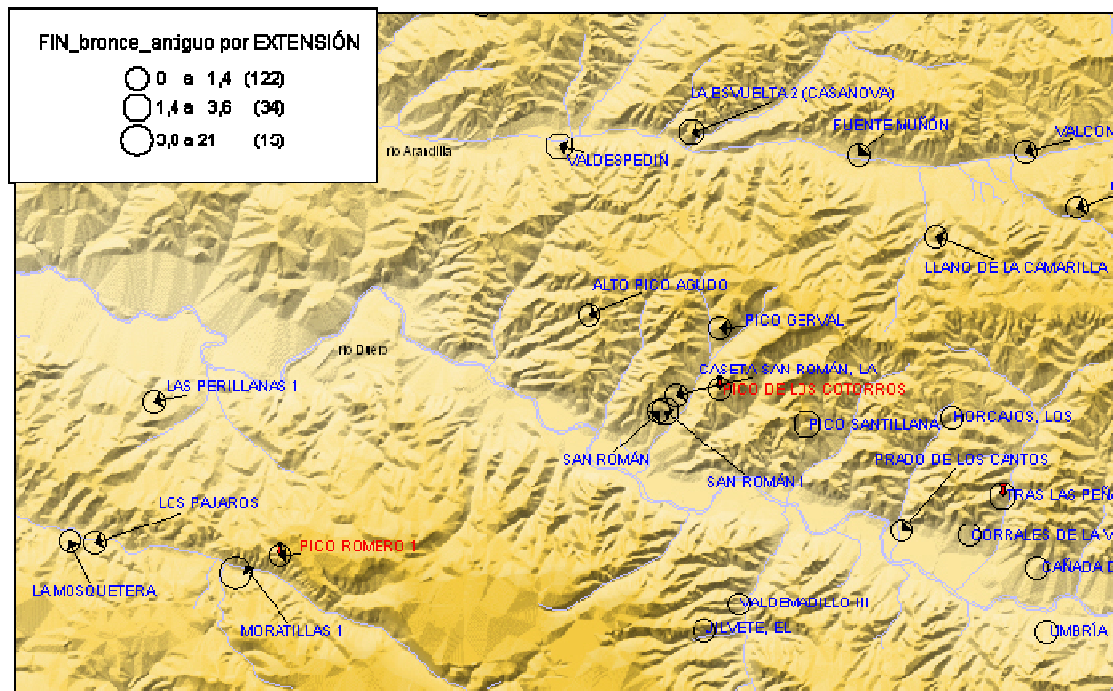


Figura 119 Extensión (aplicando agrupación por la media de desviación estándar) de algunos de los yacimientos del Bronce Antiguo en el Alto Duero. En rojo los excavados.

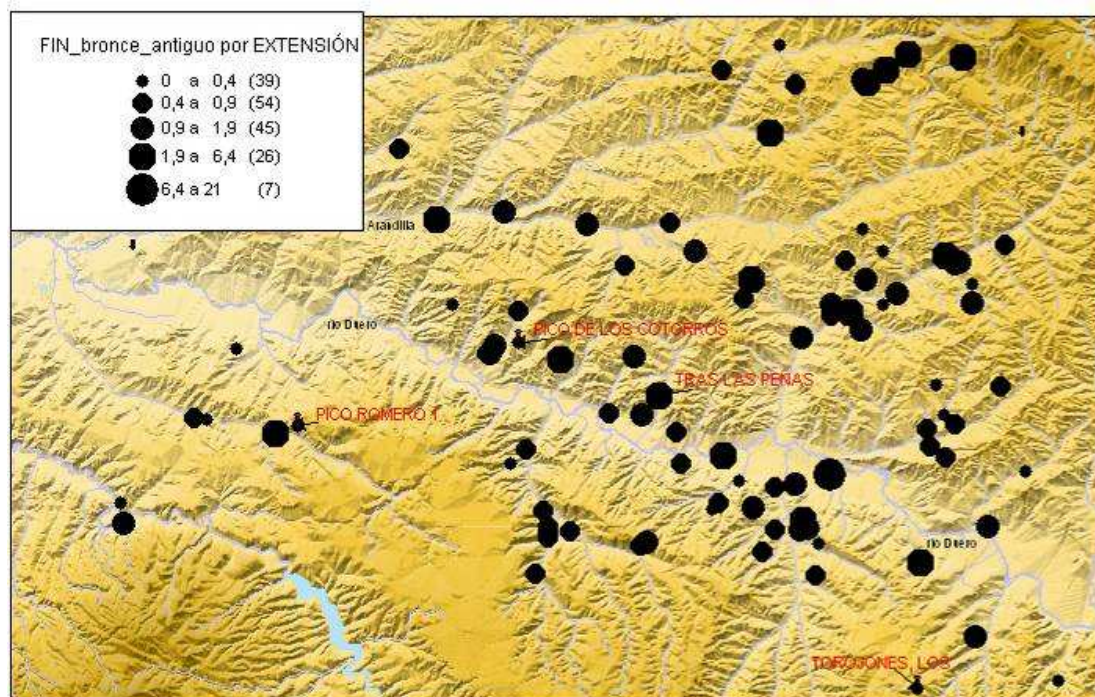


Figura 120 Detalle de área central del Alto Duero con detalle de la extensión (según rangos señalados) de los yacimientos del Bronce Antiguo. En rojo los excavados.

	núm. yac.	Sin Datos	<0,5	≥0,5 <0,9	≥0,9 <1,5	≥1,5 <0,2	≥2 <2,5	≥2,5 <3	≥5
Camp	82	14	16	12	10	10	6	0	7
B. At	185	14	71	28	28	12	10	3	12
B. Md	51	17	9	7	3	4	2	3	2

Figura 121 Tamaño de los yacimientos incluidos en el estudio según la ficha del IACyL. Agrupaciones en Ha.

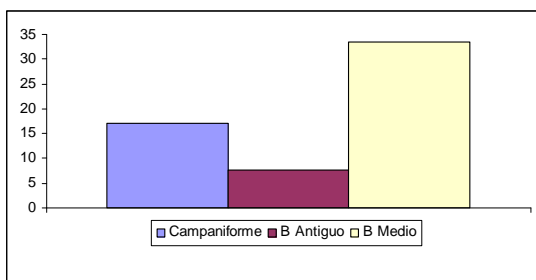


Figura 122 Porcentaje de fichas de yacimientos que carecen de información relativa a la extensión.

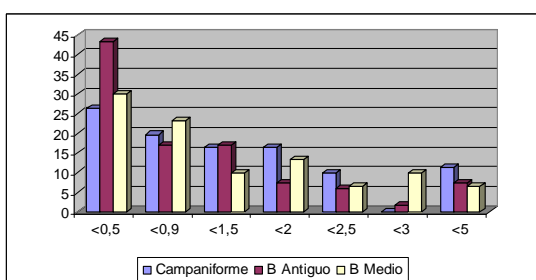


Figura 123 Tamaño de los yacimientos según su adscripción y agrupados en rangos (ha).

Previamente, las superficies que superaban las 5 ha fueron desestimadas, en concreto se trataba de 19 casos repartidos equitativamente entre las tres adscripciones: 7, 7 y 4, en el orden habitual. Es evidente que se trata de rangos poco representativos y ofrecen mediciones, cuanto menos, cuestionables y su inclusión alteraría la media.

En 45 fichas no se refleja este dato. Precisamente, el grupo menos representado, el del Bronce Medio, es el que ofrece peor información al carecer una de cada tres fichas de este dato. En el caso de los yacimientos de adscripción Campaniforme falta en el 17% de los casos, mientras que para los del Bronce Antigo sólo sucede en el 7,5% (Figura 122).

Excluidos por tanto ambos extremos, la distribución de los enclaves, atendiendo a su adscripción cronológica y de acuerdo a los rangos establecidos, viene a confirmar lo ya señalado, la generalización de

yacimientos menores de una hectárea y singularmente los del *Bronce Antigo*, con un destacado pico en el grupo de 0,1 a 0,5 ha (Figura 123).

5.4 Análisis de visuales de los yacimientos.

Uno de los principales problemas a la hora de estudiar la distribución de los yacimientos es la falta de caracterización de los mismos y la ausencia de excavaciones arqueológicas que permitan conocer la utilización de los enclaves. En efecto, desconocemos si los yacimientos fueron utilizados como hábitats o como necrópolis, o si ambos usos convivieron, algo que, por la información disponible, tanto podemos cuestionar como confirmar. Desconocemos si se trata de factorías o espacios de transformación de materia o productos, si los supuestos productores vivieron, si este fuera el caso, permanentemente en estos lugares o de forma temporal, etc. También, si los distintos sitios fueron coetáneos o si, en determinados casos, la destrucción o abandono de alguno de estos fue causa del surgimiento de otros, y por tanto su relación debiera considerarse diacrónica.

Pese a dichas carencias, es previsible que la mayoría de los yacimientos adscritos a una misma etapa o fase crono-cultural puedan haber tenido algún tipo de relación o dependencia en lo relativo a su ubicación, al tratarse de compartimentaciones cronológicamente cortas, y por que los protagonistas, probablemente, pertenecieran a un mismo grupo social.

Una primera aproximación al análisis territorial consiste en observar la localización de los distintos enclaves sobre un mapa topográfico que, en este caso, hemos ampliado con una visión tridimensional para resaltar el relieve. Sobre esta capa se han punteado los distintos yacimientos diferenciados en las distintas fases que están siendo analizadas, utilizando, para facilitar la lectura, una misma simbología. Los atribuidos al *Bronce Antigo* se representan siempre en color rojo, para los *Campaniformes* el azul y los *del Bronce Medio* se identifican con el verde. Del mismo modo, dado el objetivo de este apartado, se prevé la necesaria diferenciación entre sitios ubicados en zonas elevadas, cerros, borde de páramos, laderas y los de zonas bajas, o fondos de valle. Cuando sea preciso se utilizará el punto o círculo para los primeros, mientras que el cuadrado se empleará para la representación de todos los sitios de la misma etapa.

Para el cálculo de las visuales se ha utilizado la aplicación Visual-Map de referido programa MapInfo. Para su elaboración es necesario, además de la localización de los entes sobre los que realizar el análisis, el disponer de un modelo digital de terreno sobre el que realizarlo. A tal fin se eligió un mapa planimétrico de altimetrías sobrepuesto a ortofoto con una resolución equivalente a un píxel –la malla que contiene la mínima información utilizada para realizar los cálculos– de 25 metros de lado, lo que permite una gran exactitud para este tipo de estudios³⁶.

Finalmente, fue preciso determinar la distancia de la observación, el radio que proporcionará el área de la circunferencia –el análisis se realiza sobre todas las direcciones– con la diferenciación de los puntos visualmente positivos o negativos. Un examen previo y somero sobre la implantación de los enclaves en altura sugería ritmos repetitivos de localizaciones en distancias que no parecían superar los 10 Km, por lo que se fijó un radio de 12 km³⁷, entendiéndose que sería suficiente para conocer la relación entre ellos así como con el territorio circundante.

En este tipo de exploración no es posible reproducir las mismas condiciones de observación que las existentes en la época de estudio, aunque sí se pueden introducir determinados filtros que ajusten el marco teórico. De esta forma se estableció un ángulo de observación elevado 2 m sobre la cota del terreno, considerando que dicha vista no debió ser muy distinta a la que tuvieron los pobladores de estos lugares, a la vez que coincidiría, por los datos manejados, con la altura media de una construcción que hubiera existido y por tanto resultara visible.

Somos conscientes de que, con estos parámetros, este tipo de estudios son hipotéticos e ideales. Se desconoce la erosión que han podido sufrir los yacimientos o la probable existencia de masa arbórea y su altura. En suma, debemos ser conscientes de que este análisis aportará, en su caso, conclusiones parciales que deberán ser contrastadas en el futuro, cuando la existencia de datos polínicos o estudios geomorfológicos puedan ayudar a la reconstrucción del paleopaisaje de la zona en el tránsito del III al II milenio AC. Aún así, consideramos que las propuestas que deriven de este apartado ayudarán a entender mejor los yacimientos en estudio y,

una vez más, sus semejanzas o diferencias con los de las etapas inmediatas.

5.3-1 Los yacimientos atribuidos al Bronce Antiguo.

Por lo que respecta a los enclaves con atribución del *Bronce Antiguo* hemos de recordar lo comentado al hablar de la ubicación de los yacimientos. Dejando al margen los reconocidos en cueva, mayoritariamente los atribuidos a esta etapa se localizan en lugares elevados y destacados desde los que se divisa una amplia porción de terreno, coincidiendo, en diversas ocasiones con el establecimiento en el mismo emplazamiento de torres/atalayas de cronología histórica. También, aunque menos numerosos, se conocían yacimientos ubicados en zonas bajas, en las vegas de los ríos (Figura 124).

En cuanto a su distribución, en la zona de estudio, la mayor concentración se produce en el área centro y oriental de Alto Duero, donde además se localizan tres de los cuatro yacimientos excavados, por lo que sin duda, se convierte en el área más interesante para el análisis.

La selección de los yacimientos a los que aplicar el análisis de visuales, no fue aleatoria, sino que, partiendo de aquellos que habían sido objeto de excavación, y cuyo conocimiento por tanto se consideraba más riguroso, se fue completando un mosaico de acuerdo con las relaciones que se derivaban de los resultados de la prueba.

El estudio se inició con el yacimiento de *El Parpantique*, en el que ajustaron los parámetros y se concretó la estrategia, y posteriormente se continuó con una decena de enclaves que se detallan en el mapa de la Figura 125.

El Parpantique de Balluncar es uno de los yacimientos mejor conocidos de esta etapa en el Alto Duero. En lo que nos ocupa, baste recordar que responde a un poblado en altura, de pequeñas dimensiones, que tiene uno de sus flancos protegido por la Sierra de Hontalvilla, de la que el relieve destacado sobre el que se asienta forma parte, y que se eleva sobre la depresión del Duero, que en su punto más próximo transcurre apenas a una decena de kilómetros.

³⁶ La documentación utilizada se encuentra disponible en el Servidor: <http://www.sitcyl.jcyl.es/sitcyl>

³⁷ Ciertamente, esta decisión es siempre subjetiva y sólo puede concretarse a partir de ensayos contrastados y de otras experiencias medibles. En este caso se utilizó como referencia la distancia entre las atalayas medievales conocidas en el mismo territorio y se valoró la coincidencia con otros resultados de distintas épocas y culturas que establecían ritmos entre los 7 y los 10 km de distancia entre eventos (p. e., en Hodder y Ortón, 1990: 68 y ss)

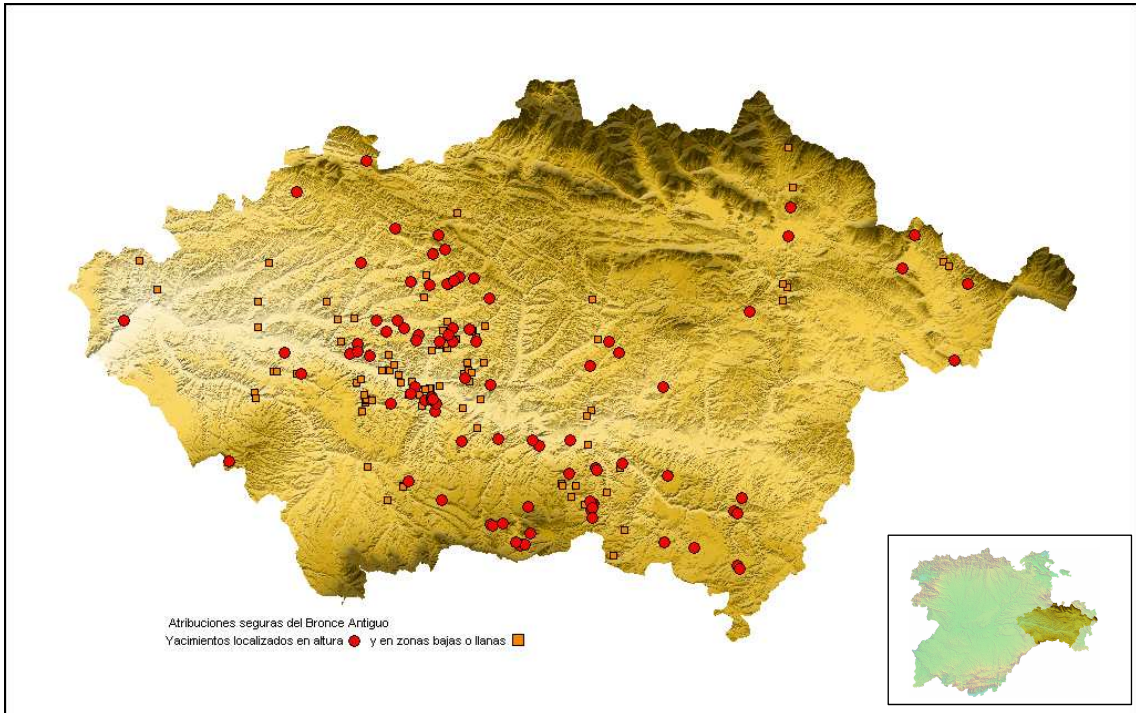


Figura 124 Distribución de los yacimientos con atribución Bronce Antiguo.

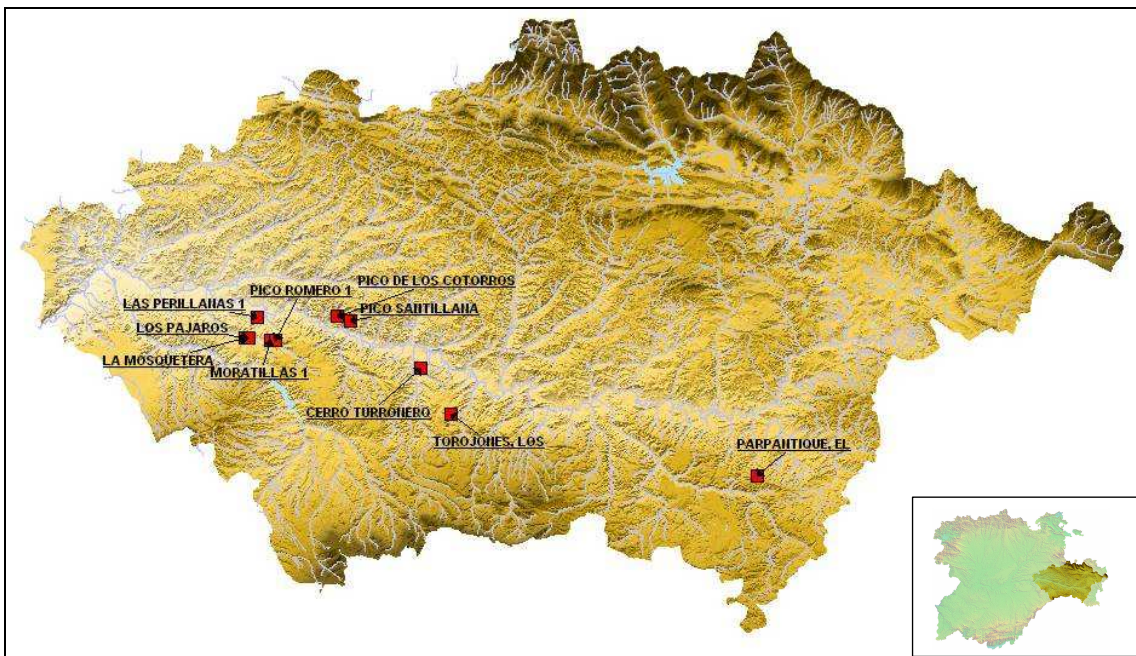


Figura 125 Localización de los enclaves con atribución segura Bronce Antiguo seleccionados para el estudio de visuales.

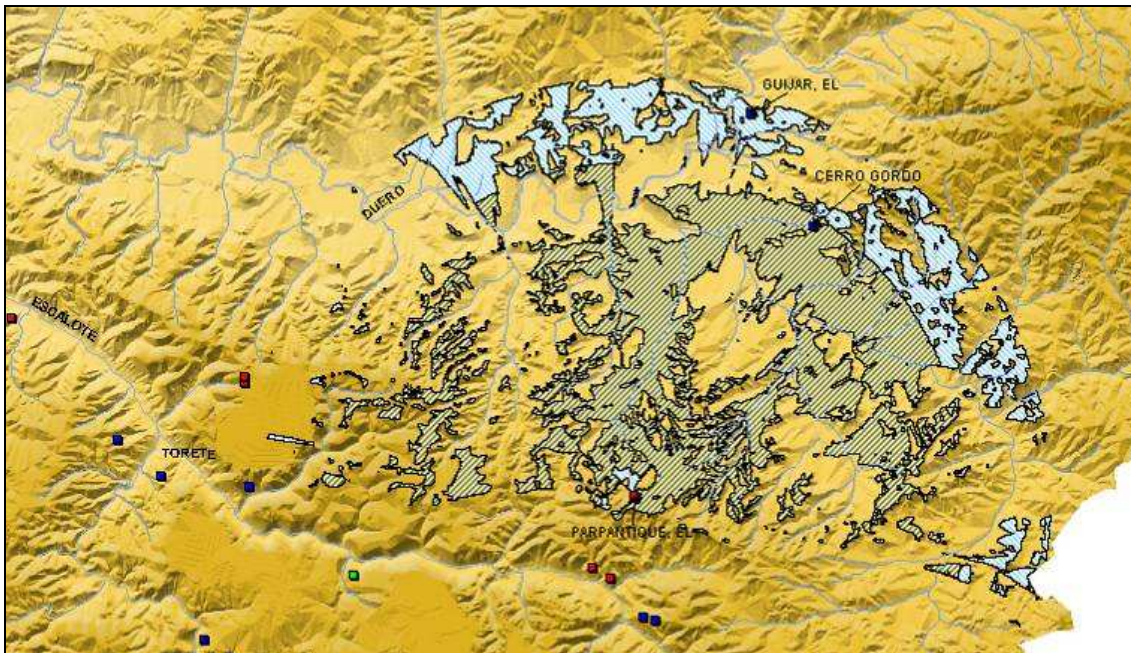


Figura 126 Área visual desde el cerro de *El Parantique* (Balluncar) con radio de 12 (fondo oscuro) y 15 Km (fondo claro).
 ■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio

El área visual de este espigón es ciertamente importante, dominando todo el valle, aunque la relación con otros enclaves conocidos es nula. Los yacimientos más próximos de *Cerro Gordo* de Villalba y *El Guijar* de Almazán, con atribución *Campaniforme*, sólo serían visibles a una distancia mayor que la fijada. Concretamente se visualizarían si el radio fuera de quince kilómetros y, en tal supuesto, otros yacimientos adscritos al *Bronce Antiguo*, afectados por la nueva dimensión, tampoco serían visibles al estar al lado contrario de la Sierra de Hontalvilla.

En el entorno seleccionado alrededor del yacimiento tampoco se conocen hallazgos atribuidos al *Bronce Medio* que pudieran resultar de interés por la existencia, recordémoslo, de ciertas decoraciones cerámicas incisas recogidas durante los trabajos de excavación.

Sea de una u otra forma, es cierto que el análisis de visuales en este caso no aporta otra información que la amplitud visual que posee el yacimiento, por lo que creemos que es preciso intensificar en el futuro la prospección de éste área para poder avanzar más en el conocimiento de las relaciones de este poblado de *El Parantique* con los de su entorno.

Más interesante resulta el análisis de visuales del yacimiento de *Los Torojones* de Morcuera, el segundo excavado por nosotros. Se trata de un pequeño cerro destacado de un relieve más elevado, los Altos de Morcuera, que le protege en el lado sur y, como en el

caso anterior, al norte la vista se abre al valle del Duero (Figura 127).

En este caso, el área visual abarca una superficie algo menor que el anterior, pero cercana a los 50 Km². Ahora se distinguen dentro del espacio delimitado, distintos yacimientos atribuidos tanto al *Campaniforme* como al *Bronce Antiguo*, si bien un análisis detallado nos lleva a afirmar que el único con el que mantiene relación visual directa es con el *Cerro Turronero* de Peñalba de San Esteban, ubicado en un borde del páramo sobre el río Pedro y que, asimismo, cuenta en las inmediaciones con los restos de una construcción medieval, una atalaya (Jimeno *et alii*, 1988).

La distancia entre ambos yacimientos es de 9,3 Km, y en este segundo enclave el área visual es ciertamente mayor, 96,7 km², abarcando, en todo caso, ecosistemas similares, tanto el relieve residual del tránsito al valle como parte de la cuenca del Duero (Figura 128). Las *áreas visuales* de ambos enclaves lejos de interceptarse parecen complementarias y delimitan tramos consecutivos paralelos a la cuenca de inundación del valle principal.

En este segundo caso, sólo algunos yacimientos de la misma atribución y localización en la zona baja del valle parecen estar dentro de su área visual, mientras que la mayoría se localizan en los límites visuales, repitiendo el mismo esquema respecto a la posición con *Los Torojones*.

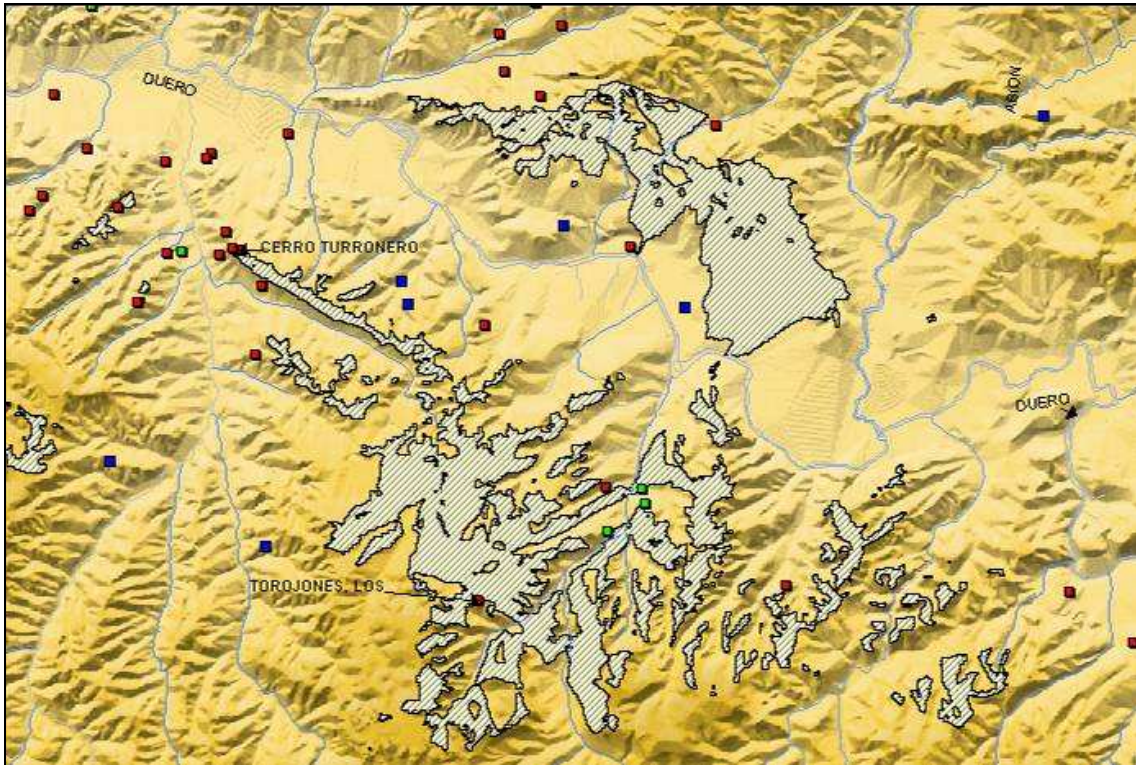


Figura 127 Área visual desde el cerro de Los Torojones (Morcuera).

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

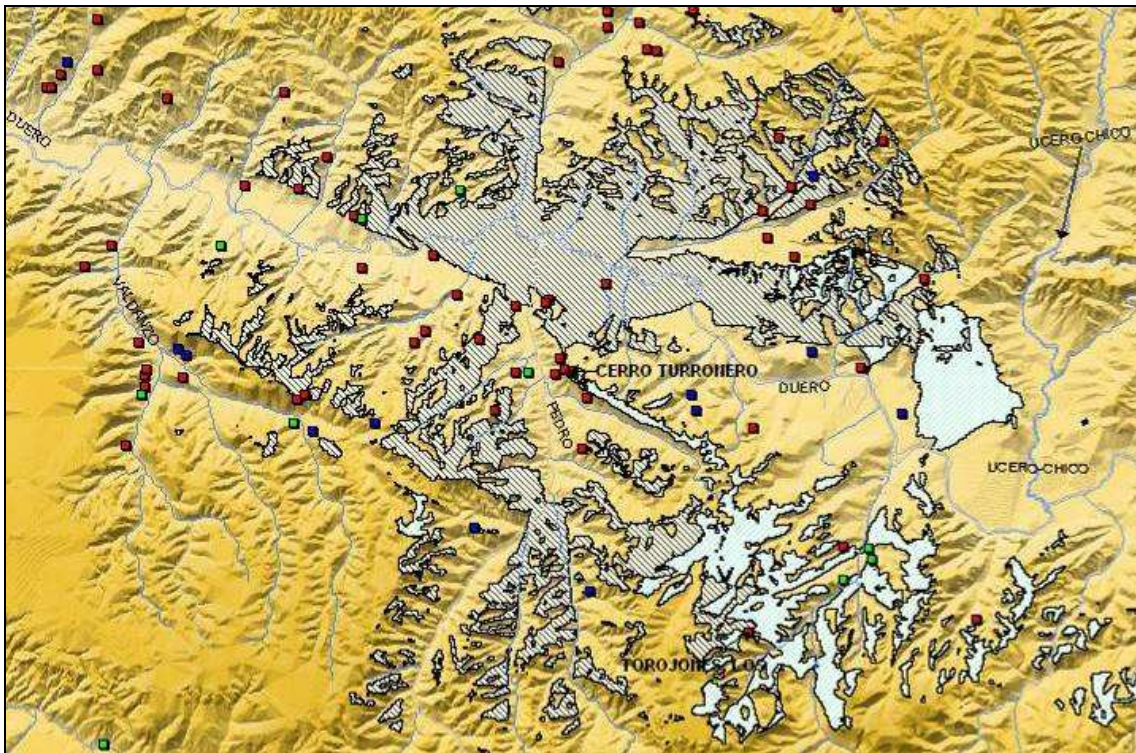


Figura 128 Áreas visuales desde los yacimientos de El Turronero (Peñalba de San Esteban) y el Alto de Los Torojones (Morcuera).

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

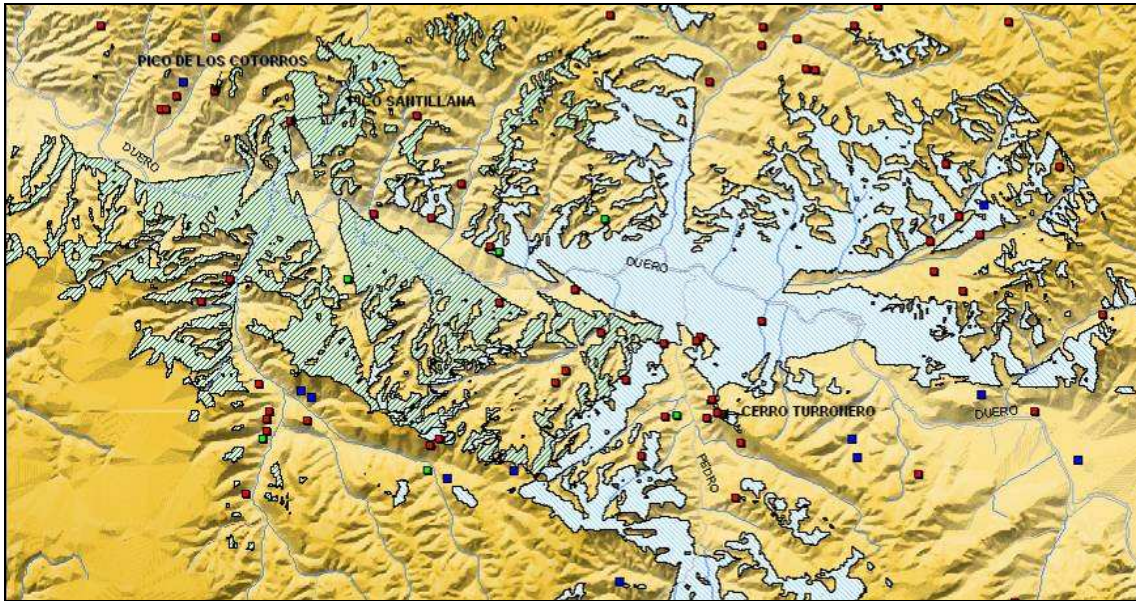


Figura 129 Áreas visuales desde el Pico Santillana (Langa de Duero) y el cerro El Turronero (Peñalba de San Esteban).

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

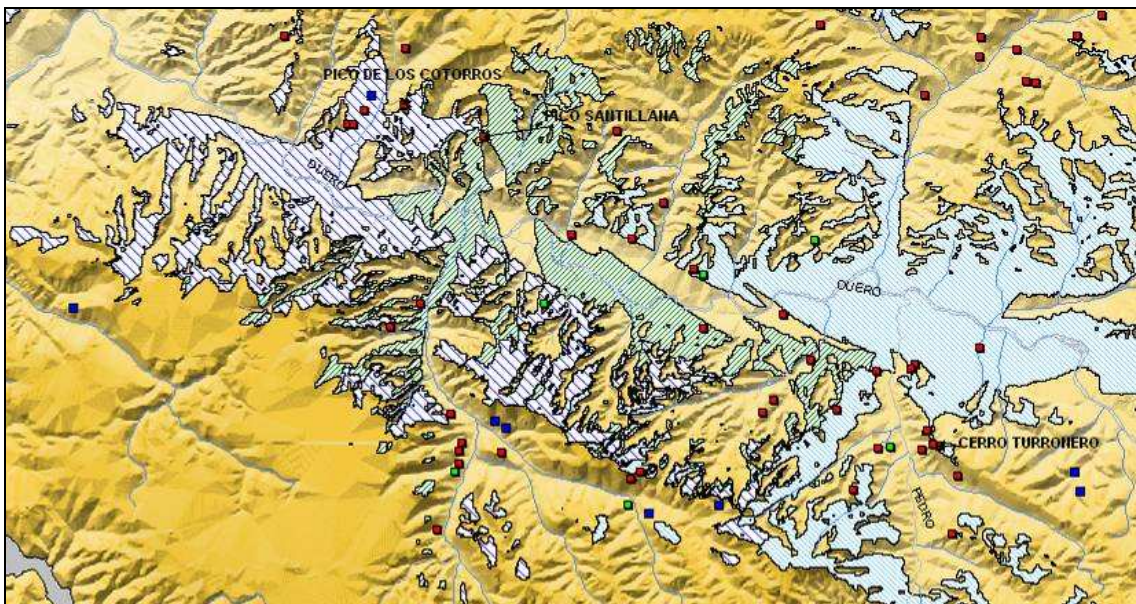


Figura 130 Áreas visuales desde El Pico de los Cotorros (Langa de Duero) en relación con las ya descritas de Pico Santillana y El Turronero

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

En cuanto a los yacimientos con atribución *Campaniforme*, parece confirmarse que no hay ninguno dentro del área visual de estos dos yacimientos. La excepción a esta afirmación proviene de un yacimiento localizado al norte del área visual definida para *El Turronero*, pero evidentemente se trata de un caso marginal y al lado contrario del valle del Duero, lo que condiciona y matiza esa improbable relación.

El modelo de relaciones visuales descrito se repite de nuevo entre *El Turronero* y *Pico Santillana* de Langa de Duero. La distancia entre estos dos yacimientos es un poco más alejada, 14,5 Km, y ofrece un área visual de 53,5 km². Probablemente falte algún punto intermedio entre ambos enclaves, siendo varios los candidatos como se desprende de la imagen de la Figura 129.

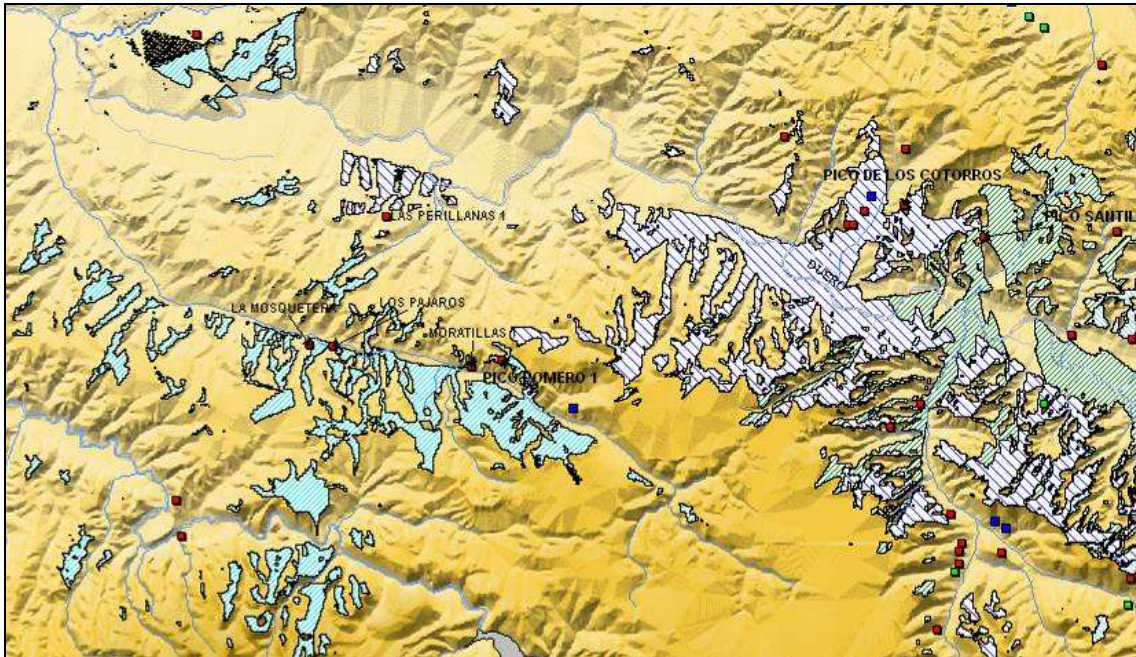


Figura 131 Área visual de *Pico Romero* y su relación con la de *Los Cotorros* y *Pico Santillana*.
 Arriba a la izquierda situación de yacimiento de *Las Perillanas*. ■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio

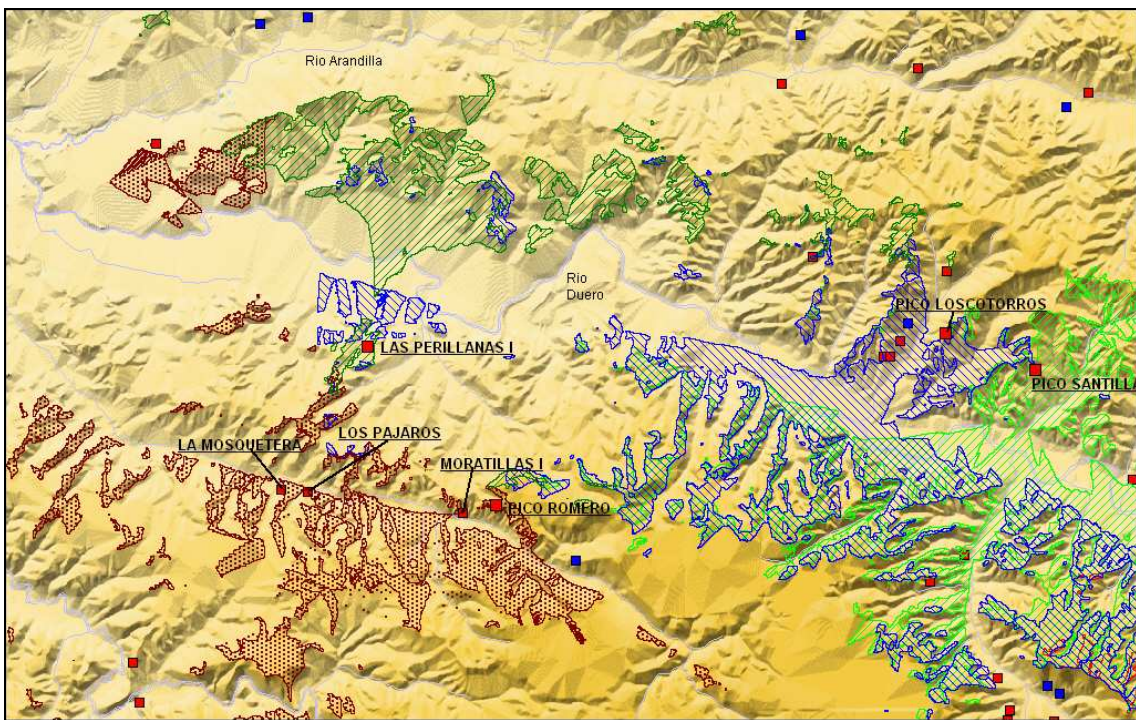


Figura 132 Área visual de *Las Perillanas* y su relación con las de *Pico Romero*, *Pico Los Cotorros* y *Pico Santillana*
 ■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio

No debe ser casual que, en los límites visuales se localicen nuevos enclaves y que curiosamente ninguno, ni con atribución *Campaniforme* ni del *Bronce Antiguo*, quede incluido en las nuevas áreas visuales. Por el contrario, en la zona de contacto de los límites visuales de ambos poblados se identifican otros asentamientos, caso del *Portillo Membrilla* cuya cuenca visual, no representada en la figura, abarca un amplio espacio hacia el sur, es decir, complementario a los anteriores.

Esta sucesión de áreas definidas por las visuales desde los yacimientos, continúan hacia el este, siendo la inmediata la del poblado de *El Pico de los Cotorros* de Langa de Duero, también excavado en esta década (Benito *et alii*, 2001-2002). Próximo al *Pico Santillana*, apenas separados 2,3 Km y con contacto visual directo, repite localización topográfica. Ubicado sobre un cerro destacado y aislado de la plataforma que le protege por el norte, su orientación se abre a una pequeña vega regada por el arroyo Comunero. Aun así, su área visual alcanza los 41,84 km² y viene a complementar la del anterior yacimiento (Figura 130).

Las visuales de ambos muestran zonas de superposición, si bien son áreas marginales a la ubicación de los yacimientos, ya que se localizan en la margen contraria del valle principal, por lo que su acceso, –por no plantear conceptos más abstractos como el de *control* o *dominio*– se nos antoja problemático, al no existir vados que faciliten la comunicación.

En todos los casos descritos, pese a estar próximos al río Duero, parece no existir preocupación por el control del valle principal, bien al contrario, las alineaciones y sucesiones de puntos, de yacimientos, abundan en los arroyos y afluentes secundarios, remontando estos valles menores, tal como se había señalado en el apartado anterior. Así ocurre con el río Rejas –parte superior derecha de la figura anterior–, o el arroyo Valdanzo –parte inferior centro de la última figura–.

Incluso cuando los yacimientos se localizan en la cuenca principal es siempre junto a la desembocadura de los arroyos tributarios, buscando probablemente el abrigo de los relieves inmediatos, eludiendo los espacios de inundación o la segura vegetación de ribera. Hemos de considerar la imposibilidad, en aquellos momentos, de un control antrópico del medio, al menos a gran escala. Por ello, estos espacios que referimos debieron resultar inhóspitos, probablemente sometidos a periódicos procesos de aluvión e inundación derivados de las crecidas del cauce.

Continuando el estudio de los yacimientos más orientales, no encontramos con el de *Pico Romero*. Dista 11,4 Km del anterior por lo que se encuentra dentro del margen aceptable, incluso es posible que visualmente estén conectados, aún cuando la plataforma que protege al último puede constituir una barrera natural que lo oculte, si bien desde la parte alta la comunicación directa es segura (Figura 131).

Su *área visual* no es de las mayores, apenas 24,6 km². Ello se debe, probablemente, al hecho de que controla el valle de un arroyo secundario, el de La Nava, que discurre paralelo e intermedio a los del Duero y del Riaza. Aunque en esta ocasión los límites de uno y otro poblado no se complementan con la precisión que se detallaba en alguno de los casos anteriores, sí que ofrecen, de nuevo, una interrelación fuera de toda duda: incluso en su zona de contacto en el extremo noroccidental vuelven a interceptar un nuevo enclave, el de *Las Perillanas* de Vadocondes, en este caso otro yacimiento de pequeña superficie, 0,2 Ha, que se localiza en un borde de páramo. La superficie de la visual de este último es la más pequeña de las obtenidas, apenas 22,5 km², y dista casi 5 Km del *Pico Romero* y 13,7 Km del *Pico Los Cotorros* (Figura 132).

La implantación sobre el plano del *área visual* de este último enclave, el de *Las Perillanas*, confirma un claro desinterés por la cuenca principal que corre inmediata a sus pies. El área visual abarca sólo parte de la plataforma sobre la que se localiza el yacimiento y la vertiente contraria del valle, posiblemente inaccesible desde este asentamiento, o con indudables dificultades de acceso desde el mismo, al tener que atravesar el propio río y una zona de humedales. Ello nos hace sospechar que su posición estaba condicionada para el control de paso, más que para el dominio de este territorio con fines de explotación.

En esta aproximación a la zona de estudio se advierte que los yacimientos se alinean sobre los cauces periféricos: Valdanzo, Riaza, la Nava o Arandilla, entre otros, y están menos representados en la depresión central del Duero. Como argumentación contraria podía entenderse que, en esta zona de tránsito al cauce medio, la mayor actividad del río principal hubiera provocado procesos erosivos y postdeposicionales que enmascararan los yacimientos que pudieran haber existido. En este sentido podemos alegar que los hallazgos de yacimientos en este espacio descarta esta hipótesis, si bien habrá que esperar a que nuevos y más intensos trabajos de prospección puedan aclarar este aspecto que no vendría sino a matizar lo ya señalado, es decir la

preferencia por el control sistemático de los cauces menores.

Precisamente el caso, ya comentado, de *Pico Romero* aporta información sobre el poblamiento de las cuencas medias o bajas de los arroyos secundarios. Al pie de este cerro, en los trabajos de prospección, se localizaron en la vega otros tres yacimientos cuyos materiales cerámicos se pusieron en relación con los del poblado del *Bronce Inicial* (Palomino y Rodríguez Marcos, 1992). Son los yacimientos denominados: *Las Moratillas I*, *Los Pájaros* y *La Mosquetera*, distantes de *Pico Romero* en 0,8, 4,5 y 5,1 Km respectivamente. Aun cuando se localizan en el llano, su ubicación coincide con relieves menores, pequeñas elevaciones sobre la vega, en el contacto del páramo con el valle. Excepción del primero que tendría una extensión de 4,5 Ha, los otros dos se agrupan en la media habitual para este tipo de enclaves, 0,3 y 0,7 Ha, respectivamente. La posición topográfica que referíamos es la que posibilita unas áreas visuales que, aunque menores, reflejan un dominio sobre el entorno, concretamente de 3,9; 3,7 y 5,5 km² en el mismo orden de la presentación (Figura 133).

Una vez más, no sólo se reproduce una cadencia repetitiva, sino que su implantación sobre el terreno vuelve a reflejar una complementariedad de las cuencas visuales, como si hubiera un interés determinado por el control del territorio, una sistemática ocupación o reparto del espacio, en este caso del productivo (Figura 134), independientemente de que pueda confirmarse o no la dependencia de estos establecimientos *menores*

respecto de los localizados en altura, al carecer de argumentos para conocer si se trata de un poblamiento sincrónico, temporal o permanente.

Esta impresión se refuerza al acercarse la escala de observación, lo que permite confirmar que los yacimientos diferenciados aparecen siempre en los límites del área visual, y que la superposición de áreas visuales, cuando se refleja, como se aprecia claramente en la imagen anterior, se produce sobre los espacios distantes y marginales, no en lo que, hay que suponer, constituyen los espacios de producción y/o aprovechamiento inmediatos a cada poblado. Aunque este es un tema sobre el que volveremos más adelante.

Esta proximidad de enclaves en el caso de *Pico Romero*, requiere de una investigación que aclare la posible relación entre unos y otros. En principio no parece posible desechar la existencia de asentamientos *satélites* con una actividad especializada, bien tuvieran una ocupación continuada o temporal, si bien tampoco se dispone de argumentos concluyentes para afirmar su coetaneidad. Por tanto no estamos en condiciones de profundizar en el conocimiento de estos diferentes tipos de ubicaciones de los asentamientos adscritos al *Bronce Antiguo*.

Antes de avanzar en nuevas consideraciones sobre la distribución de estos yacimientos es preciso comparar estos patrones con los que resulten del mismo análisis para los adscritos a las etapas *Campaniforme* y *Bronce Medio*.

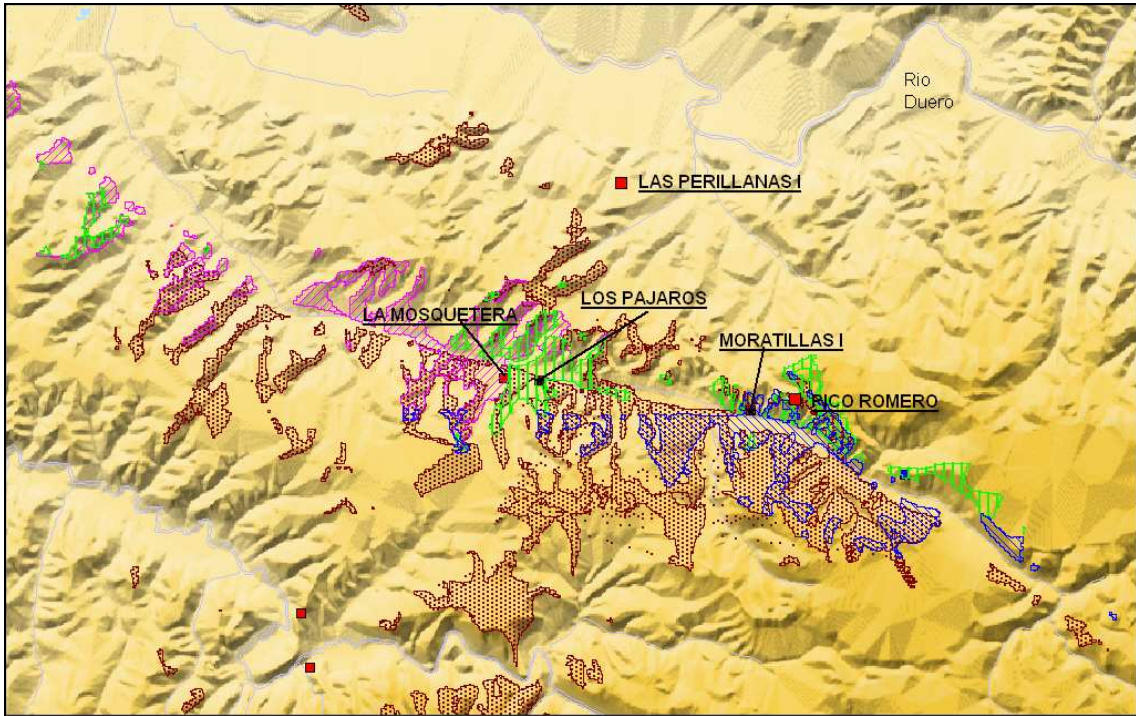


Figura 133 Áreas visuales de los yacimientos con atribución de Bronce Antiguo localizados en el término de Santa Cruz de la Salceda.
 ■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio

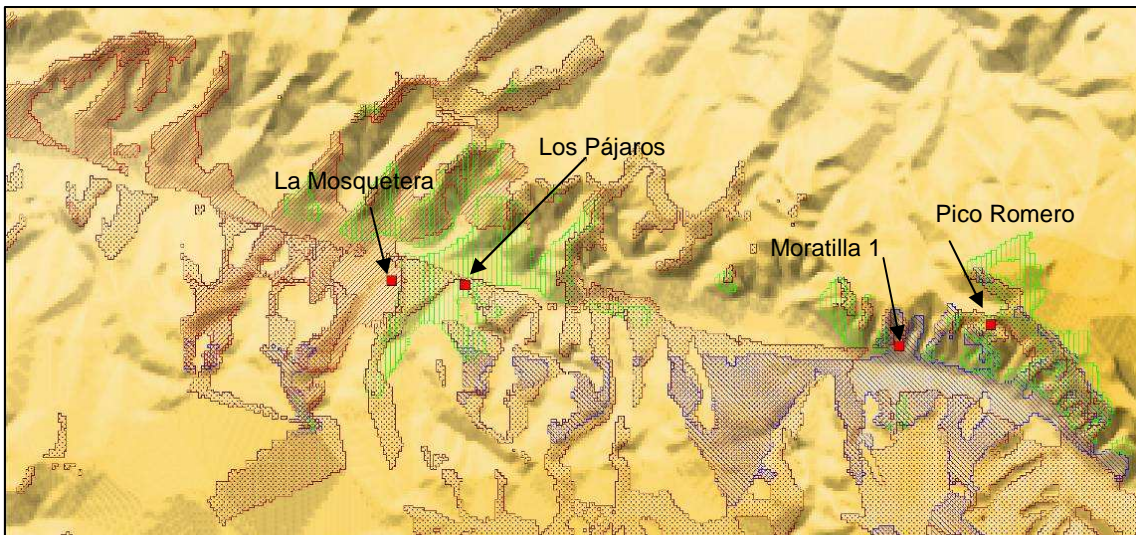


Figura 134 Detalle del mapa anterior con las áreas visuales de los yacimientos que se señalan.
 ■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio

5.3.2 Los yacimientos con atribución Campaniforme.

Como en el caso anterior, la agrupación de enclaves incluidos en esta atribución reseñada en la ficha del IACyL está constituida por aquellos clasificados con un grado de fiabilidad *segura*, indistintamente de otras cuestiones que pudieran matizar tal adscripción que carece de otra precisión que la derivada del hallazgo de la típica cerámica decorada.

A tal efecto, en la Figura 135 aparecen punteados todos los enclaves con atribución *Campaniforme*. Una primera impresión es que estas localizaciones muestran un mayor equilibrio entre los conjuntos en altura, con dominio visual, y los ubicados en zona baja. Aun cuando la muestra está dispersa, sí parece evidenciarse la ausencia de enclaves en altura en la zona oriental del estudio, mientras que, por el contrario, en el centro y en el mediodía el dominio de los yacimientos en posiciones elevadas resulta mayoritario.

Para intentar descifrar las relaciones entre estos enclaves parece pertinente tomar ejemplos de ambos grupos. Por ello se seleccionaron cinco yacimientos que se localizan en el mapa de la Figura 136, con distinta ubicación topográfica.

De tal forma, parecía oportuno iniciar este análisis de visuales con uno de los enclaves más emblemáticos de este momento, que no mejor conocido, en el Alto Duero: el yacimiento de *El Guijar* de Almazán excavado por Ortego y Gamer (1970) y cuyos materiales e interpretación se revisaron posteriormente (Revilla y Jimeno, 1981; Revilla, 1985).

La razón del interés por conocer su área visual viene determinada por dos hechos, de un lado por ser de los pocos yacimientos de esta época que parece corresponder a un lugar de habitación, localizado en una pequeña colina que domina visualmente un amplio entorno. De otro por localizarse relativamente próximo al yacimiento de *El Parpantique* con el que la relación visual, aunque factible, se había cuestionado.

Si analizamos el resultado del análisis visual observaremos que el área resultante no destaca por su amplitud, pese a situarse en una de las terrazas del río Duero, y que su relación con otros enclaves es inexistente, así se advierte incluso con el cercano de *Cerro Gordo* de Villalba, del que apenas les separan

cinco kilómetros y que se interpreta como el correspondiente a una fosa individual de inhumación, de la que se conservan las piezas metálicas de filiación campaniforme (Revilla, 1985).

Algo similar ocurre con el yacimiento de *El Parpantique*, situado al sur, a casi quince kilómetros en línea recta y que destaca sobre el paisaje por su posición estratégica y elevada. Ciertamente, dejando al margen determinadas zonas alejadas que corresponden a las laderas de la Sierra de Hontalvilla, el enclave del *Guijar* controla la vega inmediata del Duero, mayoritariamente la zona de arroyada y una reducida plataforma inmediata

Para comprobar si la ausencia de cualquier referencia visual con otros enclaves del yacimiento de *El Guijar* era general para los yacimientos de esta adscripción, decidimos realizar una nueva comparación en una zona donde existiera una concentración, por mínima que fuera, de hallazgos adscritos a esta etapa. Por ello se seleccionó el yacimiento del *Alto de La Mesta* de Renieblas, también localizado en un pequeño promontorio al pie del cerro conocido como La Gran Atalaya. Los restos localizados en este sitio se interpretaron como los correspondientes a una fosa colectiva, que ofrecía, entre ciertos materiales de filiación antigua, otros más modernos, adscritos al horizonte campaniforme de las variedades Ciempozuelos y Molino, en todo caso del tipo inciso (Jimeno y Fernández Moreno, 1991b: 47-67).

Próximo al *Alto de La Mesta*, apenas setecientos metros a vuelo de pájaro, se localiza el yacimiento de *Las Majadas* con material cerámico y lítico similar, según la ficha del IACyL. También está próximo, apenas nueve kilómetros, el yacimiento del *Molino de Garrejo* (Fernández Moreno, 1997: 111 y 112), en este caso un poblado que cuenta con cerámica Ciempozuelos y tipo Molino, grandes tinajas de almacenamiento de aspecto y motivos decorativos más toscos. Paralelo al yacimiento de Garrejo se alza el *Cerro de la Muela*, donde luego se ubicó la ciudad de Numancia. Aun cuando entre los materiales exhumados en las excavaciones antiguas, se reconocen diversas piezas metálicas de indudable vinculación con el campaniforme Ciempozuelos, no es menos claro que se desconoce su contexto preciso (*Ibidem*: 33 y 34).

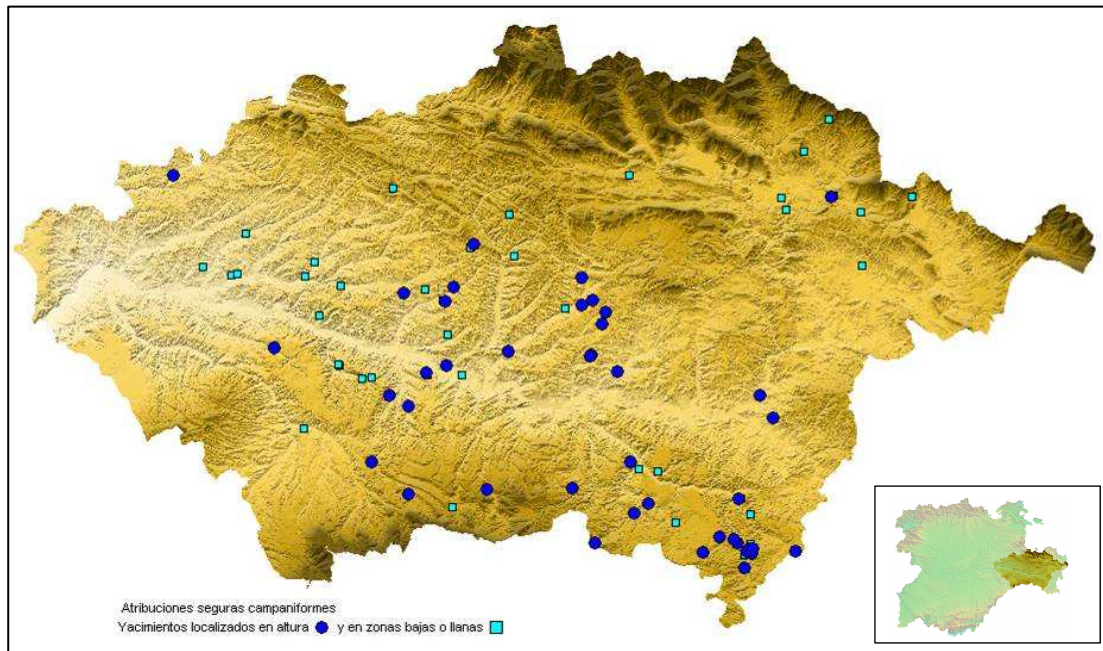


Figura 135 Distribución de los yacimientos con atribución Campaniforme.

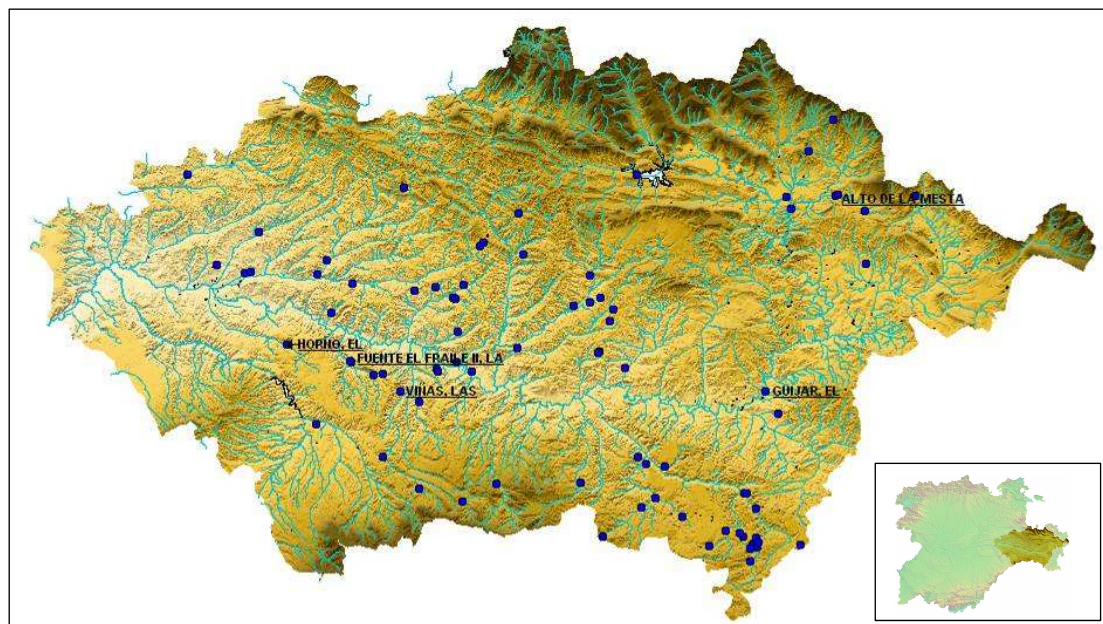


Figura 136 Localización de los enclaves con atribución segura Campaniforme seleccionados para el estudio de visuales.



Figura 137 Territorio de dominio visual de *El Gujjar* (Almazán).

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

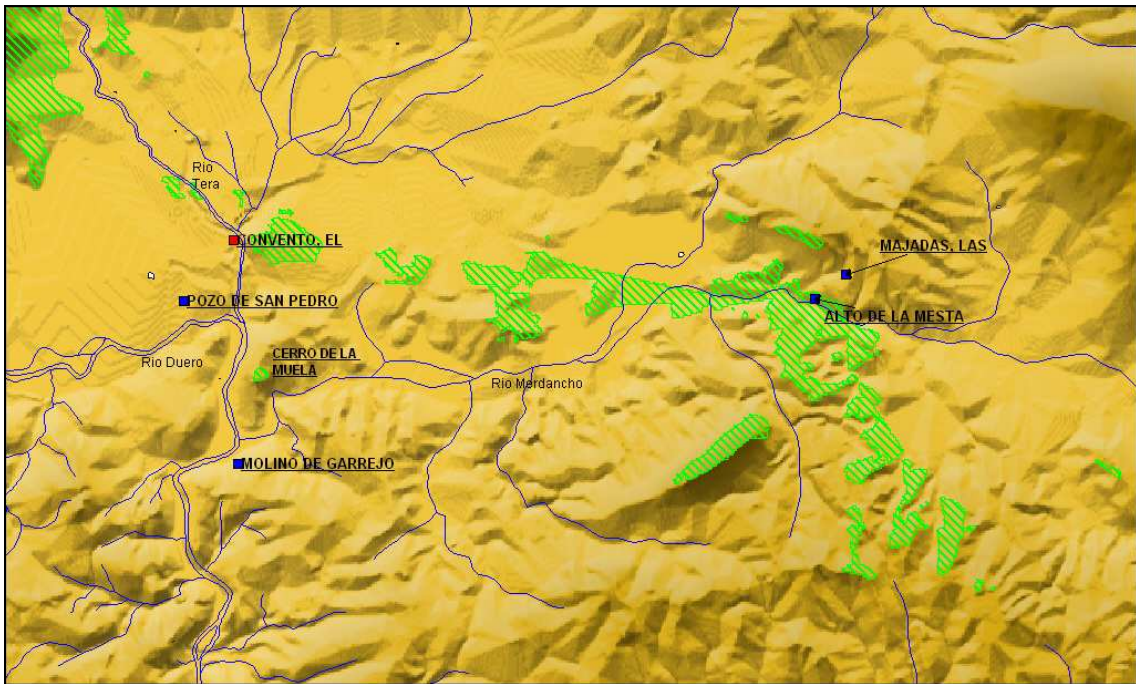


Figura 138 Área visual del enclave del *Alto de la Mesta* (Renieblas).

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

En el mismo término municipal de Garray y dentro del radio establecido, se constata la existencia de otros dos yacimientos, uno el del *Pozo de San Pedro*, situado a media ladera de la terraza del río Duero, y que cuenta con un fragmento campaniforme mixto, y por tanto con una cronología convencional ligeramente más antigua que el del *Alto de La Mesta* (Jimeno y Fernández Moreno, 1983: 25-35). Finalmente, se documenta otro asentamiento, el del *Convento* o *Las Terreras* en la localidad de Tardesillas, en una pequeña elevación que domina el desagüe del río Razón con el Duero³⁸, atribuido a los momentos iniciales de la Edad del Bronce.

Pues bien, pese a que se trata de una zona relativamente bien conocida, y que cuenta con varios yacimientos del mismo momento, no se aprecia relación visual entre los enclaves. La localización de los yacimientos de atribución *Campaniforme*, pese a situarse sobre pequeñas elevaciones no parecen tener interés por el control visual. En el caso del *Alto de La Mesta* el área visual abarca apenas 8,33 km², y se concentra mayoritariamente en la vega inmediata del arroyo Moñigón que circula a sus pies, antes de unirse al río Merdancho. En suma, una posición que parece reiterar las características comentadas en el caso de *El Guijar*.

Llama la atención, asimismo, que la relación visual no se produzca incluso ni entre yacimientos próximos, aun cuando habría que considerar la posibilidad de que se trate de ocupaciones diacrónicas y con finalidades distintas. En todo caso, estos resultados contrastan con los del apartado anterior, tanto en este aspecto como en lo referente al tamaño de las respectivas áreas.

Para profundizar en esta primera impresión, trasladamos la selección de yacimientos al área más oriental de la zona de estudio, la que cuenta con más intensidad de prospección, y con una mayor concentración de enclaves, con localizaciones más variadas, lo que presupone una probable complejidad en las relaciones.

Se seleccionaron dos yacimientos que distan apenas diez kilómetros, el de *Las Viñas* de Fuentecambrón y el de *La Fuente el Fraile II* de la localidad de Valdanzo.

³⁸ Este enclave no aparece recogido en el estudio monográfico de la Altiplanicie Soriana Duero (Morales, 1995), y está incluido en el *Inventario Arqueológico de Castilla y León* como resultado de los trabajos de prospección del equipo de la universidad de Valladolid dirigido por F. Romero. Con posterioridad, en la ficha correspondiente se recogen nuevas revisiones relacionadas con la posible incidencia de los trabajos de mejora de la Carretera Nacional 111 que une Soria con Logroño, en concreto los motivados por la construcción de la circunvalación de Garray.

Topográficamente el primero se localiza en un borde de páramo y el segundo al pie de otra paramera. A su vez, ambos cuentan con otros hallazgos próximos, el primero el de *Valdelagreda* de Piquera de San Esteban, del que le separan apenas cuatro kilómetros; y el segundo el del *Barranco Pedernal* también de Valdanzo, apenas a medio kilómetro.

El área visual de ambos enclaves es, lógicamente distinta; en el caso de *Las Viñas* su destacada posición le posibilita un mayor dominio visual, 20,8 km², mientras que la de *Fuente el Fraile II* alcanza apenas los 5,45 km² debido a que se encuentra al pie de la ladera, en contacto con la vega. En este último, el área se circunscribe a la pequeña llanada por la que circula el arroyo Valdanzo, en uno de cuyos extremos, con similar posición topográfica, se localiza *Barranco Pedernal*. Por el contrario, el contorno visual de *Las Viñas* se centra en un paisaje más amplio, definido por las cuestas del valle alto del río Pedro, dejando de lado su exigua vega, que se ve ampliada cuando convergen pequeños arroyos paralelos que recogen las aguas de las estribaciones del Sistema Central. En este caso, el yacimiento de *Valdelagreda*, pese a su proximidad, no permite una relación visual, al igual que ocurre con otros dos enclaves intermedios entre los que hemos analizado: *El Otero* y *San Juan*, ambos en Miño de San Esteban, que distanciados también medio kilómetro, se ubican en una posición intermedia entre aquellos, es decir a unos cinco kilómetros.

Por tanto, pese a las diferencias, advertimos repetición de pautas ya comentadas anteriormente. La relación entre este tipo de enclaves campaniformes parece inexistente, asimismo su dominio visual se concreta en zonas reducidas y próximas, incluso inmediatas, y con una orientación transversal a pequeños valles de cabecera, sin una preocupación clara por el próximo valle del Duero que, en esta zona, ya muestra una amplitud considerable. Del mismo modo, pese a la abundancia de localizaciones con atribución del *Bronce Antiguo* en las inmediaciones – caso del poblado de *Los Torojones* –, su relación visual parece inexistente, ya que no hay una correspondencia directa que reclame otro tipo de explicación.

Al objeto de de contrastar esta última aseveración, se realizó un nuevo análisis. En este caso se seleccionó otro enclave en altura, *El Horno* de Castillejo de Robledo, que se eleva sobre el arroyo La Nava, poco más de dos kilómetros aguas arriba del yacimiento de *Pico Romero* de Santa Cruz de la Salceda.

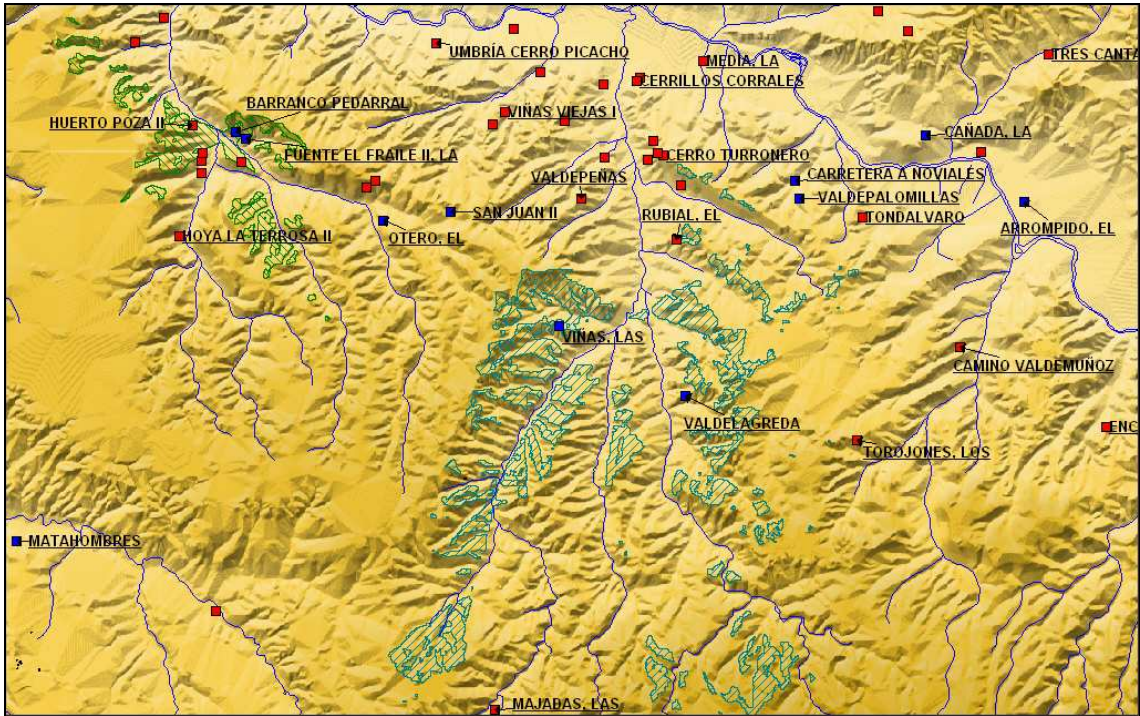


Figura 139 Áreas visuales desde los enclaves de La Viña y La Fuente el Fraile II.

■ Campaniforme ■ Bronze Antiquo ■ Bronze Medio

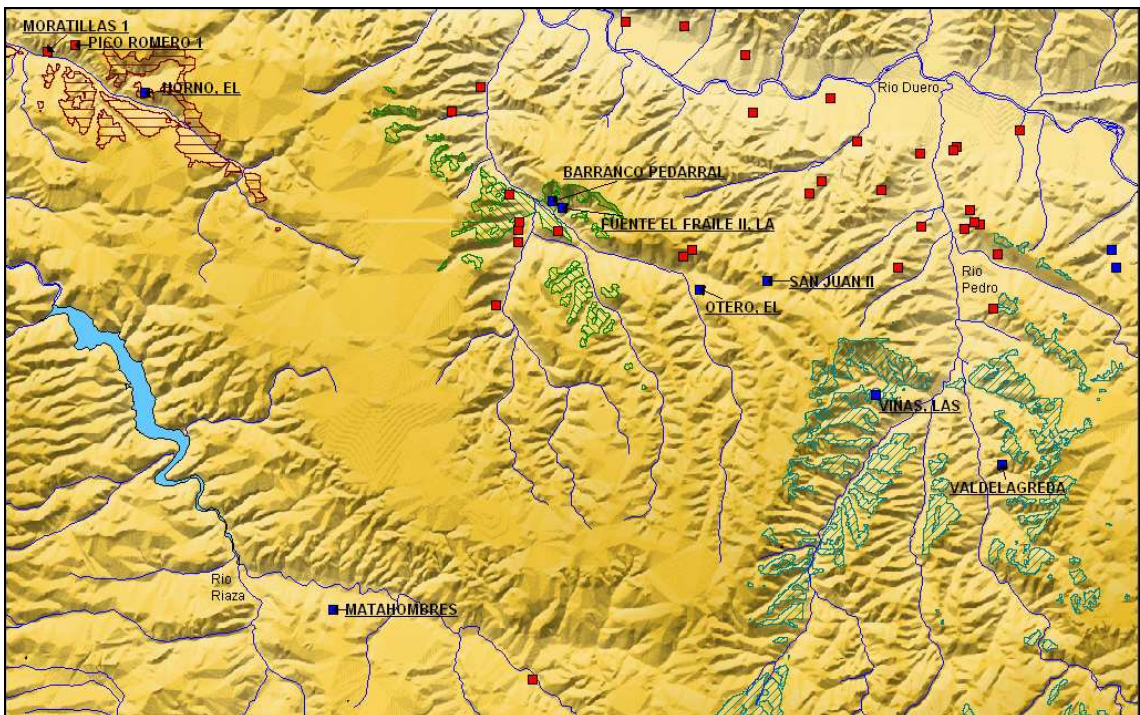


Figura 140 Área visual del enclave de El Horno que se añade a las reflejadas de La Viña y La Fuente el Fraile II.

■ Campaniforme ■ Bronze Antiquo ■ Bronze Medio

En este caso el área visual es, en extensión, intermedia respecto a la de los anteriores, 8,9 km², si bien dentro del rango medio de los analizados para este momento, excepción de *La Viña*. También confirma la orientación exclusiva a la vega del arroyo de La Nava y al arroyo inmediato que desagua en éste, al pie del cerro en el que se ubica, y que determina una posición estratégica

Su relación con el vecino poblado de *Pico Romero* es, de nuevo, inexistente, incluso con el yacimiento inmediato de *Moratillas 1*, también adscrito al *Bronce Antiguo*, pero con una localización en llano. En la imagen resultante (Figura 140) se aprecia la repetición de los patrones comentados para *Las Viñas* y *Fuente el Fraile II*: ausencia de relaciones visuales, inmediatez y concreción de los dominios visuales y marginalidad en relación con el valle del Duero

5.3.3 Los yacimientos atribuidos al Bronce Medio.

A la vista de datos obtenidos en los análisis anteriores se pretende definir el modelo que se observa en el mismo territorio para la etapa posterior, la del *Bronce Medio*, y conocer, si así fuera el caso, la semejanza con alguno de los modelos comentados o, bien al contrario, las diferencias entre ellos.

Al respecto se indicaba en líneas anteriores que, en el Alto Duero, el número de enclaves atribuidos a la etapa plena de la Edad del Bronce minoraban progresivamente, a tal punto que para los momentos finales no existía una mínima muestra representativa que permitiera evaluar con rigor su comportamiento. En todo caso, en los enclaves con atribución al *Bronce Medio* o *Proto-Cogotas*, parecía generalizarse un aumento de las localizaciones en zonas bajas y consiguientemente un retroceso del número de lugares en cerros aislados, que no así en colinas e incluso en cuevas. Al respecto, hay que recordar que los tres yacimientos que han permitido personalizar esta etapa para el territorio del Alto y Medio Valle del Duero se localizan, curiosamente, en tres ubicaciones diferentes: en cerro destacado, caso de *La Plaza*, en Cogeces del Monte (Delibes y Fernández Manzano, 1981); troglodítico, el de la *Cueva de Arevalillo* en Arevalillo de Cega (Fernández-Posse, 1979 y 1981) y en fondo de valle, el de *Los Tolmos* de Caracena (Jimeno, 1984b).

Una vez más, la implantación de los enclaves de esta etapa sobre el mapa de la zona de estudio ofrece una mayor concentración en la zona central, en el límite del territorio correspondiente a la provincia de Soria con las de Segovia y Burgos, en el espacio en el que la prospección se realizó con una mayor intensidad (Figura 141).

La decisión de elegir para el análisis uno de los agrupamientos más claros diferenciado junto al Duero, estuvo motivada, en esta ocasión, por el protagonismo que adquiere el valle y su entorno más próximo.

En concreto, se seleccionó el yacimiento de *Los Balcones II* de Miño de San Esteban, situado en la ladera de una pequeña loma sobre el Duero que dispone de una plataforma de 1,5 Ha. En el mismo municipio, apenas a 6 Km en diagonal, se localiza *La Cañada*, un pequeño asentamiento de 0,01 Ha, situado en la vega del arroyo Pozos, luego Valdanzo. Entre ambos yacimientos, también en la vega del Valdanzo, y a una distancia de 5 y 4,6 Km respectivamente de los anteriores, se ubica el de *San Pedro II*, igualmente de pequeñas dimensiones, 0,42 Ha. Los otros tres enclaves seleccionados se encuentran al noreste de estos, con una distribución simétrica.

Frente al de *Los Balcones*, a 4,3 Km de distancia, se localiza el de *Langosto* o *Langostillo*, de Velilla de San Esteban, correspondiendo a la ladera de la terraza del Duero y al que se le atribuye una superficie similar al primero, 1,5 Ha. A otros 3 Km a vuelo de pájaro se localiza *Pico Velilla* de Rejas de San Esteban, un destacado cerro con una superficie muy pequeña, 0,6 Ha. Finalmente, a 5,8 Km del anterior y a 7,1 Km de *La Cañada* se sitúa *El Gujarral* de Peñalba de San Esteban, en la vega del referido río Pedro y con una superficie mayor que los anteriores, casi 1,5 ha (Figura 142).

En suma, se trata de un conjunto de enclaves muy próximos que se ubican en posiciones topográficas distintas y tanto en el valle principal, el del Duero, como en otros secundarios y de contacto, como el del río Pedro, sin olvidar los alejados en valles más retirados del principal, como el del Valdanzo. En general se concretan en superficies pequeñas, si bien las mayores, en torno a 1,5 Ha, se corresponden con localizaciones tanto en loma, como ladera y vega, reproduciendo, sin duda la variedad existente entre los enclaves atribuidos a este momento.

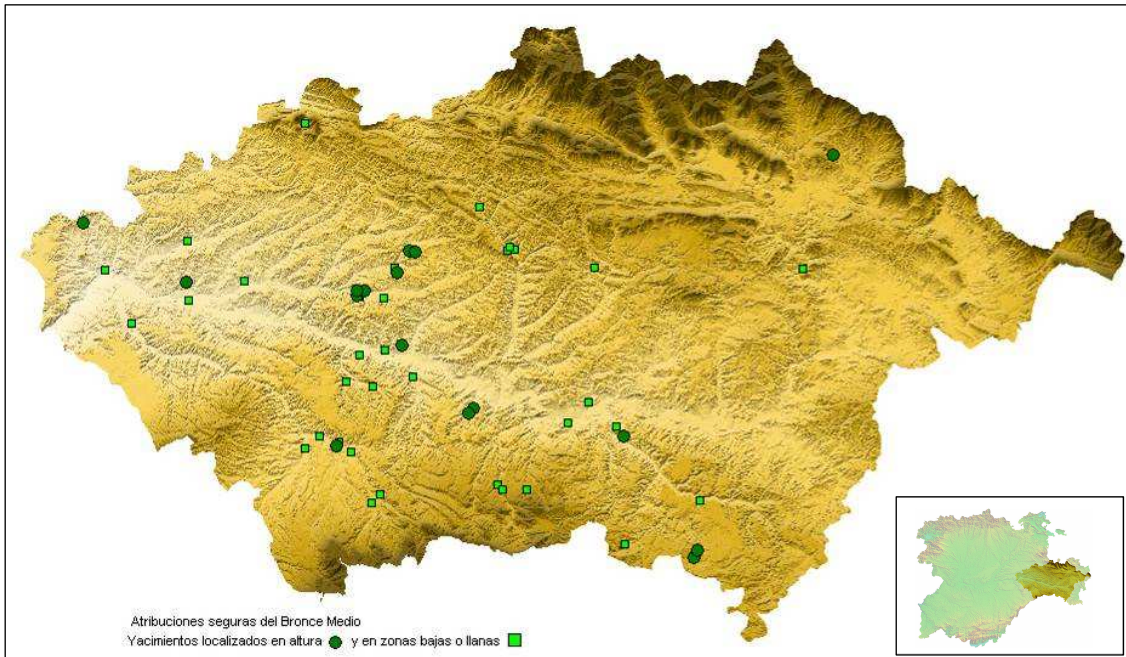


Figura 141 Distribución de los yacimientos con atribución *segura* al Bronce Medio.

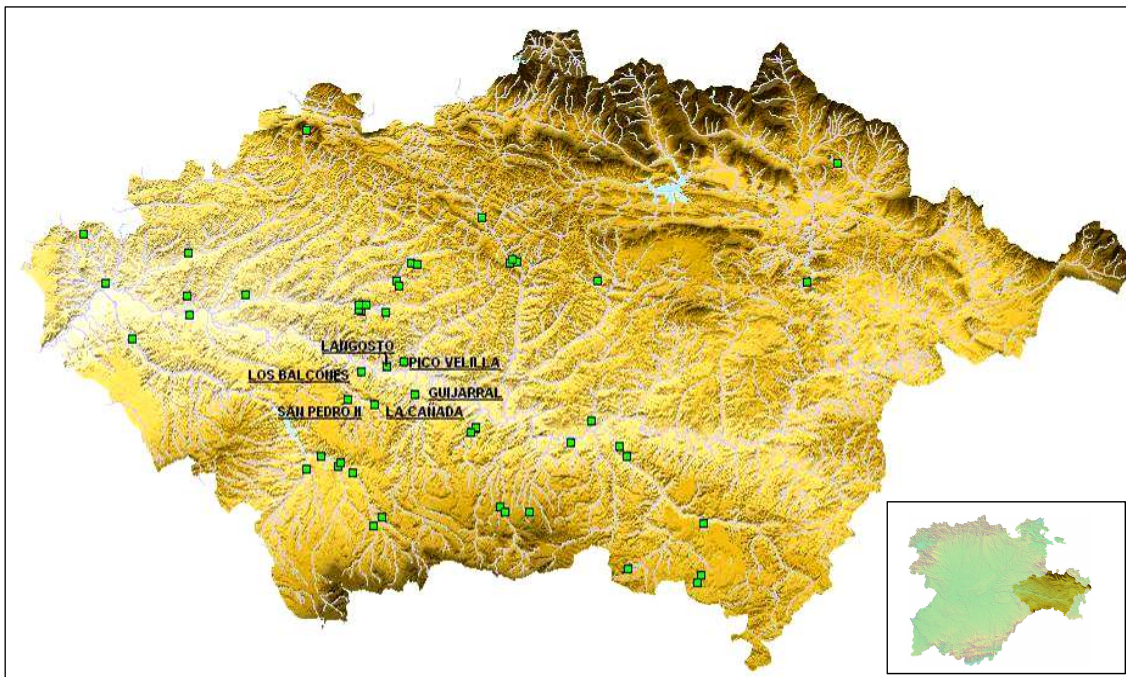


Figura 142 Localización de los enclaves con atribución *segura* del Bronce Medio seleccionados para el estudio de visuales.

En cuanto al análisis de visuales, se pretendió, en primer lugar, comparar las correspondientes al yacimiento de *Los Balcones* (Miño de San Esteban) con *El Langostillo* (Velilla de San Esteban) situados a cada lado del Duero. Ambos tienen contacto en sus áreas visuales, resulta evidente por su localización que el

control que ejercen es mayoritariamente sobre la vega del río y la ladera contraria, existiendo zonas intermedias que no parecen estar supervisadas por ninguno de los asentamientos.

Asimismo, aunque se advierte la presencia dentro de estas áreas de enclaves del *Bronce Antiguo*, su relación no parece responder a un patrón determinado, localizándose tanto dentro como fuera de la misma; tampoco hemos reconocido ninguna relación aparente con otros enclaves supuestamente contemporáneos a excepción de *Pico Velilla* (Rejas de San Esteban), cuya singularidad luego comentaremos. Por último indicar que las áreas visuales son de tamaño medio, 22 y 13,6 km², respecto a las comentadas anteriormente (Figura 143).

Si ampliamos el análisis a todos los enclaves seleccionados, excepto el referido de *Pico Velilla*, el panorama es muy similar: áreas visuales de escaso recorrido –16,8 km² *El Gujarral* (Peñalba de San Esteban); 4,33 km² *San Pedro II* (Valdanzo), y 2,26 km² *La Cañada* (Miño de San Esteban)–, superficies susceptibles de explotación o dominio que quedan excluidas, y con espacios intermedios que parecen asemejarse más al esbozo reflejado para los yacimientos de atribución *Campaniforme* que los del *Bronce Antiguo*. Si bien hay que considerar que mayoritariamente corresponden a lugares de vega, y por tanto sus potenciales dominios, aunque se asemejan por ello a los conocidos de Santa Cruz de la Salceda sobre el arroyo La Nava, carecen de la yuxtaposición y complementariedad de aquellos (Figura 144).

En este caso, advertimos la presencia, concretamente en *San Pedro II* y *La Cañada*, de yacimientos incluidos en su área visual con atribuciones más antiguas, careciendo una vez más, eso sí, de referencias o vinculaciones directas sobre los de la misma época. Ahora bien, si realizamos un acercamiento y aumentamos la escala de la observación, esta apreciación inicial debe ser matizada (Figura 145). En realidad, en el caso de *San Pedro II*, las relaciones son cuanto menos marginales, tanto para los de atribución *Campaniforme* como para los del *Bronce Antiguo*, existiendo un supuesto contacto sólo en la mitad de los atribuidos a una y otra etapa.

En tal sentido, se pudiera argumentar que la relación se produce sobre el límite de los respectivos territorios de influencia, como ocurría para los casos del *Bronce Antiguo*. Ahora bien, al comparar esta apreciación con el vecino de *La Cañada* se concluye en que tal relación debe, cuando menos, discutirse, toda vez que ahora los enclaves con atribuciones antiguas e idénticas se localizan dentro del *área visual* y no en los límites.

Un caso singular es el del citado *Pico Velilla*. Por su ubicación en un alto cerro, es lógico que disponga de un *área visual* mayor, 115,9 km², similar a los cerros con

atribución al *Bronce Antiguo*, y alejado de sus contemporáneos. Por la misma razón, el *área visual* no guarda proporción con los anteriores, superponiéndose claramente a las de *Angostillo*, *La Cañada* y *El Gujarral* e incluso con parte de *Los Balcones*, pero dejando zonas intermedias vacías, lo que no parece casar con los planteamientos vistos hasta este momento (Figura 146).

Por otra parte, su posición es estratégica, dominando no sólo buena parte del tramo medio final del río Pedro, sino también la mayor parte del valle del río Rejas, que dispone de una amplia representación de enclaves del *Bronce Antiguo* distribuidos regularmente. En suma, suficientes coincidencias para no pensar que se trata de uno de los típicos poblados definidos para la etapa anterior. Al respecto hay que señalar que en el IACyL, el enclave está atribuido, con grado de probabilidad *seguro*, al *Bronce Medio* y, como *probable*, al *Bronce Final*. De la lectura de las características, principalmente, de los materiales arqueológicos recuperados pudiera confirmarse su adscripción a una etapa más antigua. Se reconocieron: abundantes cerámicas realizados a mano, correspondientes a bordes verticales atribuidos a vasijas de paredes rectas, cuencos abiertos y piezas mayores de perfiles sinuosos, decorados en muchos casos, exclusivamente, con aplicaciones plásticas.

De tal forma, su *área visual* coincidiría con el modelo comentado para los enclaves catalogados con dicha adscripción. Su cuenca visual se complementaría con las de *El Turronero* y *Pico Santillana* anteriormente vistas y aunque parcialmente se superpongan, la yuxtaposición se reflejaría en terreno del margen contrario del río Duero. De tal forma, su adscripción al *Bronce Antiguo* confirmaría el ritmo de implantación de los yacimientos en altura de dicha etapa, confirmando el planteamiento antedicho en lo referente al control sistemático del territorio, de los valles y arroyos secundarios.

Pero volviendo al momento que nos ocupaba, los yacimientos catalogados como del *Bronce Medio* mostrarían un mayor interés por las vegas y suelos agrícolas más bajos, si bien las cuencas visuales abarcan, asimismo, suelos de ladera y de altura. Aún así, los enclaves carecen, o no somos capaces de reconocer, de relación o complementariedad entre sí. Por otra parte, si el modelo de *Pico Velilla* también se confirmara para esta etapa plena, la relación con los yacimientos de su entorno debió ser distinta, lo que no parecía ocurrir en la etapa anterior, cuando su complementariedad resultaba evidente incluso con los asentamientos en vega.

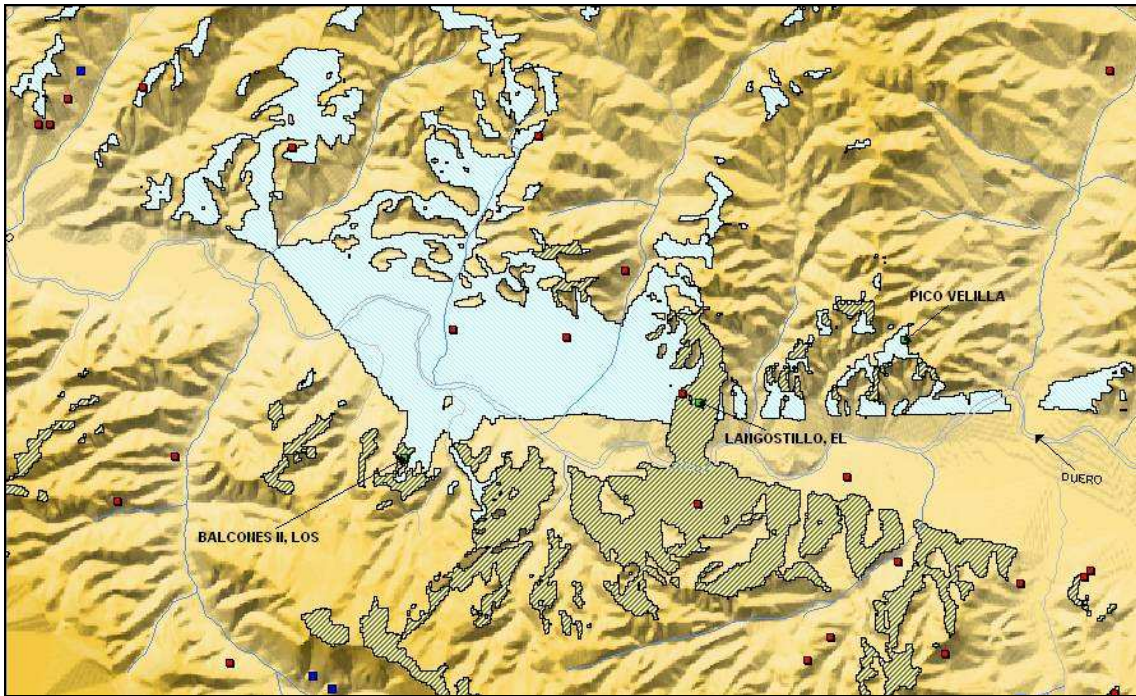


Figura 143 Áreas visuales de Los Balcones II y El Langostillo.

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

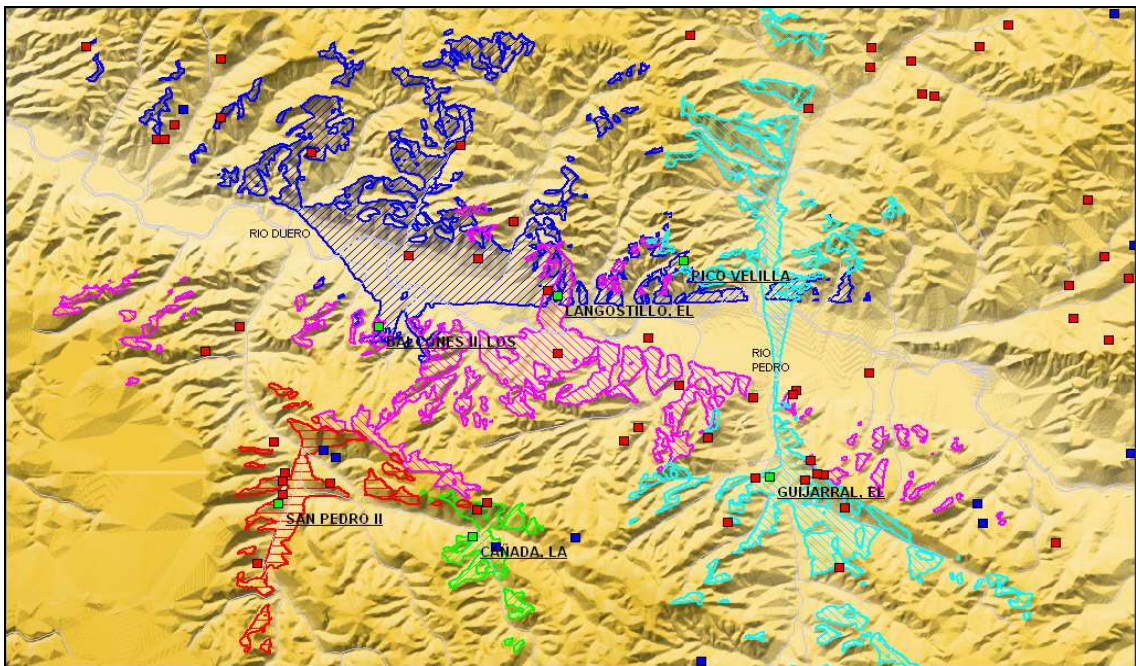


Figura 144 Áreas visuales del conjunto de yacimientos seleccionados entre los de atribución del Bronce Medio.

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

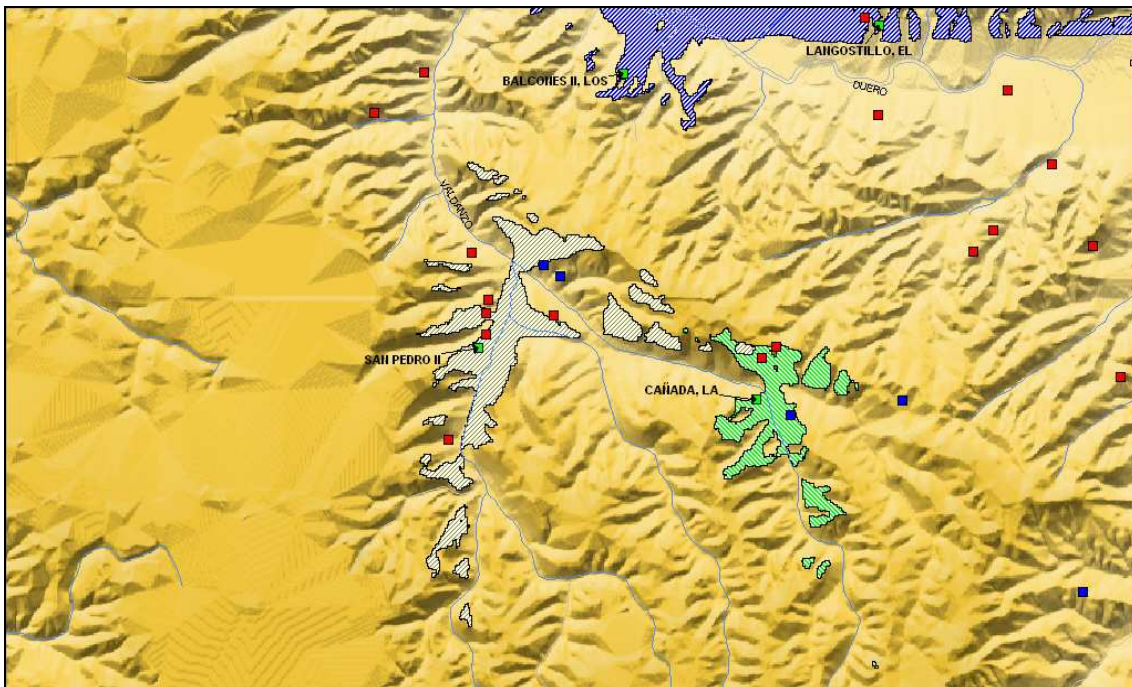


Figura 145 Detalle del área visual que dominan los enclaves de *San Pedro II* y *La Cañada*.

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio

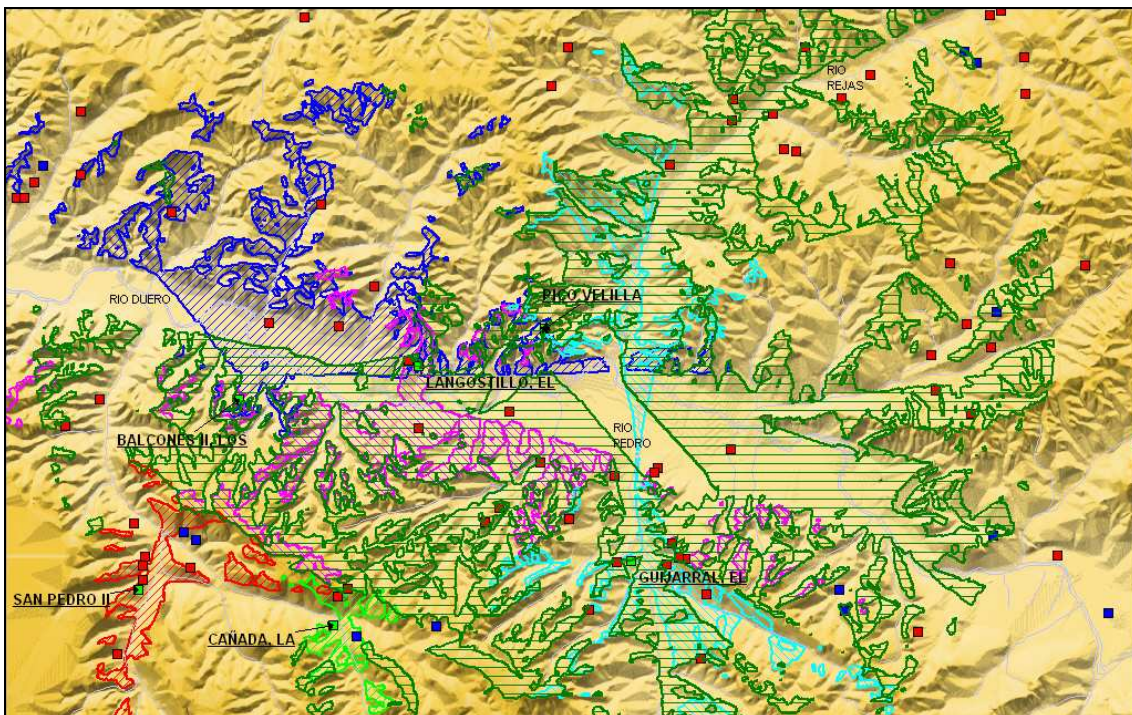


Figura 146 Área visual desde Pico Velilla y su relación con el resto de enclaves atribuidos al Bronce Medio.

■ Campaniforme ■ Bronce Antiguo ■ Bronce Medio.

Por otra parte, para la etapa intermedia de la Edad del Bronce parece confirmarse una menor intensidad de ocupación del territorio en estudio. Esta apreciación no puede imputarse a un peor conocimiento, por cuando la prospección ha sido idéntica a la de las etapas anteriores y, en este caso, los fósiles guía que permitirían su diferenciación parecen claros y determinantes. Esta tendencia parece continuar y acentuarse con la ausencia, aún mayor, de enclaves de la fase Cogotas I. Sea como fuere, con los datos que manejamos, lo que sí parece confirmarse es, de nuevo, una diferencia en los patrones de asentamiento con la etapa anterior del Bronce Inicial.

5.5 Reflexiones sobre el poblamiento durante el Bronce Antiguo en el Alto Duero

La distribución de los enclaves adscritos al *Bronce Antiguo* refleja un cambio respecto a la existente en la etapa anterior, Calcolítico final–campaniforme, y es distinta, a su vez, a la que se intuye para la etapa posterior de plenitud de la Edad del Bronce.

El análisis de vecino más próximo ofrece índices que indican un patrón de distribución agrupado para la implantación de los yacimientos en las distintas fases analizadas. Más diferencias se aprecian en la expectativa de distancia media al vecino más próximo, ligeramente semejante entre los enclaves de atribución *Campaniforme* y *Bronce Antiguo*, mientras que en el caso de los yacimientos del *Bronce Medio* casi se duplica. Ahora bien, si se analiza el subgrupo de los enclaves del *Bronce Antiguo* localizados en cerros aislados y destacados este índice se duplica, asemejándose al resultado de la atribución más moderna.

Ciertamente las causas de este agrupamiento en lo que respecta a la expectativa de distancia media respecto al vecino más próximo pueden ser diversas para cada periodo. El número de enclaves diferenciados para el Bronce Medio es mucho menor que en la etapa anterior, no parece que responda a un agrupamiento de la población –el tamaño de los enclaves no permiten apoyar esta propuesta– sino más bien al progresivo abandono del territorio que parece confirmarse en la fase inmediatamente posterior, cuestión que sugiere una interesante línea de investigación que supera los límites de este trabajo.

Por el contrario, los yacimientos del Bronce Antiguo que se localizan en *cerros destacados* tienen una razón de distribución que se asemeja a la de la atribución

Campaniforme y en la expectativa de vecino próximo a los del *Bronce Medio*. La conjunción de ambos datos apunta a una tendencia de distribución más agrupada que la del resto de los grupos analizados y singularmente respecto a los enclaves de la misma adscripción.

La distribución de estos yacimientos desde el punto de vista de la localización es mixta, tal como se deriva del dibujo de los polígonos de Voronoi sobre mapas de relieve. El conocimiento del territorio para estas etapas es limitado y su superación puede matizar en el futuro las actuales apreciaciones. Con los datos manejados se advierte un mayor interés durante el Bronce Antiguo por la ocupación de los valles secundarios, de los cauces menores y laterales al valle principal, cuyas tierras probablemente sufrirían menores inundaciones, disponiendo con seguridad de una vegetación de galería mixta pero de menor fuerza y volumen que la que debió bordear el caudal mayor del Duero. Por el contrario, los atribuidos al Bronce Medio prefieren una localización generalizada en las zonas bajas de vega.

También en lo concerniente a los enclaves del Bronce Antiguo localizados en cerros aislados y destacados, especialmente en la zona centro-oriental del Alto Duero, puede deducirse una distribución regular, con cuencas visuales complementarias, escasamente superpuestas, modelo que contrasta con el de los yacimientos de adscripción *Campaniforme* que evidencian una falta de relación entre ellos, al menos en lo que respecta a esta característica. Parece existir una clara diferencia en la implantación en el territorio de los asentamientos de una y otra atribución. Si los primeros parecen responder a un patrón repetitivo y sistemáticamente implantado, para los últimos desconocemos los impulsos que pudieran explicar la elección de los emplazamientos, esto es, desconocemos si existe al respecto un modelo.

Estas consideraciones son más evidentes para los yacimientos en altura, en los que se advierte un interés por el dominio sobre territorios productivamente variados. Indistintamente de que el área visual se concentre mayoritariamente en suelos de ladera y altura, también parece deducirse la intencionalidad del control visual complementario de áreas de vega.

El empleo del término *control* supone una intención consciente que deducimos a partir de la distribución de las visuales que se complementan hasta configurar un verdadero mosaico continuo del territorio, como si la implantación de estos sitios elevados hubiera sido cuidadosamente seleccionada constituyendo una red de hitos territoriales. De la distribución de los yacimientos en altura adscritos al *Bronce Antiguo* puede deducirse

la intencionalidad de una ocupación sistemática y regular de este territorio del Alto Duero.

Dicha tendencia en lo concerniente a la regularidad y semejanza de los emplazamientos se contrasta al analizar en detalle alguno de los valles secundarios. Es el caso del territorio representado en la Figura 147, definido por un hipotético triángulo que conformaría el valle del río Rejas, transversal al Duero y el río Arandilla-Perales, que delimitaría la supuesta hipotenusa.

La distribución de los enclaves en este espacio no parece aleatoria, sino sistemática con una mayor densidad de hallazgos en zonas medias de los valles, antes de que se abran al principal del Duero. Un detalle de la cuenca del río Rejas ofrece una visión más clara de lo que apuntamos: los asentamientos se localizan en ambas vertientes del valle, preferentemente en lugares altos y destacados, sin desmerecer las laderas, pero, en todo caso, evitando la vega baja de los arroyos o ríos.

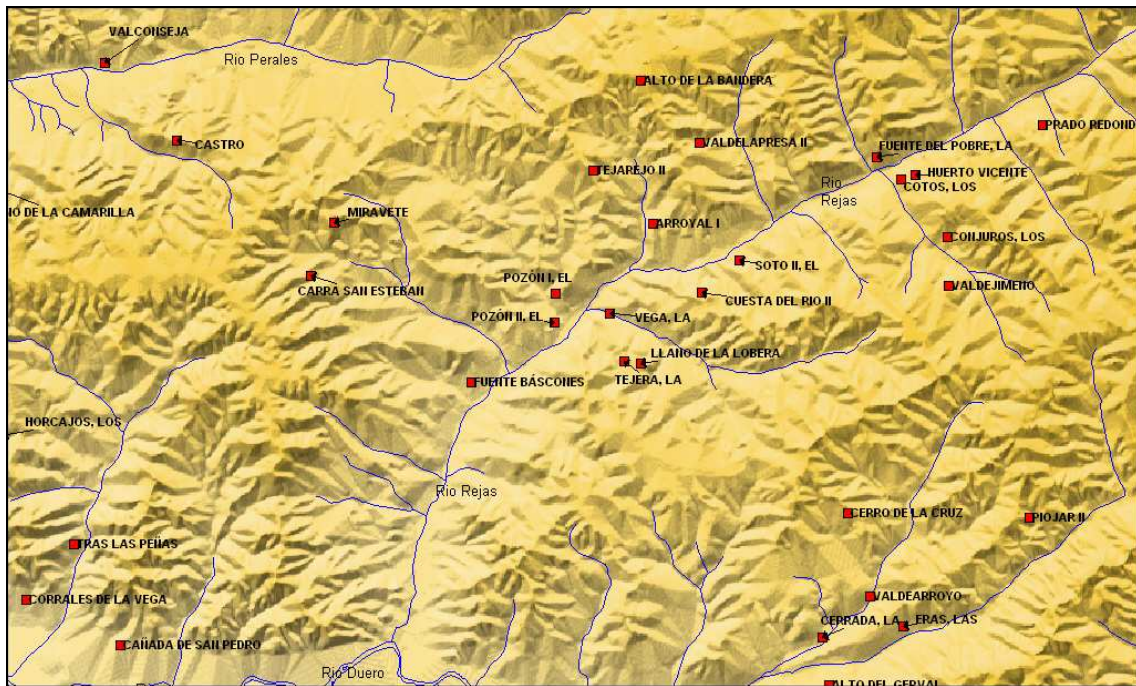


Figura 147 Cuenca del río Rejas y localización de los enclaves con atribución del *Bronce Antiguo*.

Un esquema muy similar descubrimos en la distribución del poblamiento actual, tal como se observa en la figura siguiente, en la que se añade la localización de los actuales núcleos urbanos junto a los yacimientos con atribución del Bronce Antiguo.

La distribución de los pueblos actuales (Figura 148) no es ciertamente distinta, si bien su número decrece; pero, como conocemos, este proceso de concentración de población es permanente en este territorio desde la repoblación hasta los momentos actuales. Asimismo, la distribución actual corresponde a una población estable que dispone de técnicas de explotación mejoradas y una fuente de recursos alimenticios, principalmente agrarios, que se incrementaron desde época romana y exponencialmente con el descubrimiento del continente americano.

Por tanto, aun cuando no es posible la comparación lineal de las respectivas distribuciones, sí que resulta de interés reconocer la preferencia por ubicaciones similares, lo que confirmaría que en los momentos iniciales de la Edad del Bronce pudo haber existido alguna de las mismas causas u objetivos que llevaron a la actual distribución, a partir del interés por el control y dominio o reparto del territorio.

Es evidente que en la etapa medieval el proceso responde a un modelo más complejo y jerárquico. En la implantación de las villas, aldeas y granjas debieron aglutinarse intereses políticos, sociales y, por supuesto, económicos, lo que evidentemente estamos lejos de apreciar para la etapa en estudio, aunque no deja ser recurrente el recordar la coincidencia del establecimiento de algunas de aquellas atalayas medievales sobre los enclaves del Bronce Antiguo.

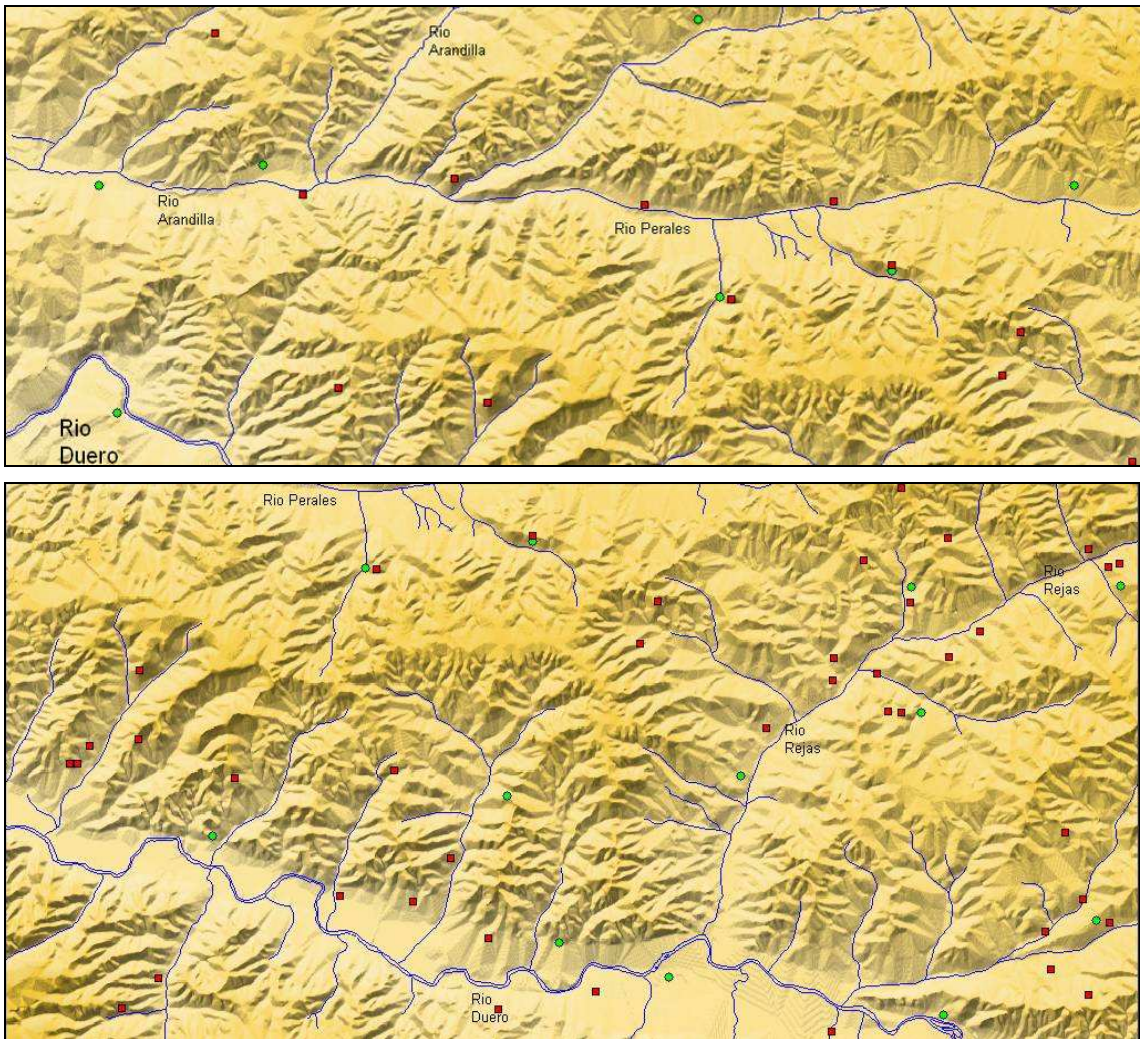


Figura 148 Yacimientos adscritos al Bronce Antiguo ■ y los núcleos de población actual ●
Detalle de las cuencas del río Rejas y Perales/Arandilla.

En suma, parece que es el valle de los cursos medios y bajos de los afluentes menores el que se controla sistemáticamente desde estos poblados en altura. Lo cual hace suponer que sus pequeñas vegas, junto con los pastos, eriales o montes de las parameras y zonas altas, servían para asegurar el sustento del grupo. Es decir, interesa el dominio de un territorio que posibilita una explotación vertical de los recursos, con un aprovechamiento mixto, modelo que puede contraponerse al de explotación horizontal y generalmente especializado. De esta forma pudiera explicarse no sólo el desinterés por el valle principal sino también por otras cuencas de cierta amplitud, sirva recordar la del vecino río Ucero, que también aparece desprovista, con la información disponible, de asentamientos con esta adscripción.

Al respecto, creemos necesario, antes de continuar, el definir algunos conceptos como el que acabamos de introducir y que requieren de una explicación previa.

La *cuenca o área visual* es el territorio que puede ser observado desde un determinado punto, considerando, lógicamente, unas características teóricas que definen las del observador y las de lo observado. En tal concepto cabe, por reciprocidad, la consideración de que el observador o el punto de observación pueden, a su vez, ser observados desde cualquier punto incluido en el *área visual*.

Del resultado de los análisis efectuados se deduce que el área o cuenca visual engloba territorios diversos si atendemos a las características edafológicas, de accesibilidad, etc. Este espacio definido por el análisis de visuales no deja de constituir un paisaje que, de acuerdo,

p. e., con su accesibilidad o usos puede tener una concepción bien distinta. Dejando al margen nociones como las derivadas de territorio de explotación³⁹ –las célebres *Áreas de Captación de Recursos*–, es indudable que dentro del área o zona *visual* pueden concebirse otras realidades diferentes en virtud de su significación para el grupo. Así, podíamos referir la existencia de un *Área de Influencia*, como aquella a la que los pobladores de un yacimiento tendrían una accesibilidad directa e inmediata y que, con seguridad, constituía un espacio de captación de recursos.

Como *área de referencia* se consideraría la delimitada por los espacios incluidos, ahora sí, dentro del *área visual*, pero cuya accesibilidad desde el punto de observación resultaría cuestionable, por lo que su estimación presupone la relación con otros valores distintos a los de producción o explotación, si nos centráramos, p. e., en aspectos sobre la utilización del territorio como recurso económico.

Es decir, el *área visual* no presupone la interacción directa del yacimiento con el espacio observable, sino que puede ocurrir, de hecho así se ha constado, que determinados espacios visualmente asequibles desde un yacimiento, no fueran fácilmente accesibles desde aquel, por interferir, p. e., el cauce de un río –en el caso del presente estudio, el Duero– cuyo tránsito no sería factible en todas las estaciones (Figura 149).

Es importante este matiz por cuanto puede ayudar a concretar aspectos como el del territorio vinculado a un asentamiento, cuantificación que, al describir las áreas visuales, era desproporcionada entre los yacimientos del *Bronce Antiguo* situados en cerros respecto a los de la misma época localizados en zonas de vega, o en referencia a los de las atribuciones cono-culturales inmediatas, fueran anteriores o posteriores.

Una cuantificación de las áreas visuales, atendiendo a estas especificaciones, vienen a confirmar, excepción del caso de *El Parpantique*, esta apreciación. En tal supuesto, las áreas de *influencia* o de fácil acceso desde los yacimientos se igualan entre las distintas etapas, equiparándose los tamaños en dos amplios grupos los correspondientes a localizaciones en altura y en zonas bajas (Figura 150), añadiendo un criterio más para reforzar la cuestionada adscripción del *Pico Velilla* al Bronce Medio.

³⁹ A lo largo del trabajo se emplea el término *territorio* tanto con la significación genérica de espacio físico como paisaje o como espacio delimitado y apropiado por un determinado grupo humano. La información disponible no permite ahondar en estas matizaciones muy sugerentes para interpretar la dinámica económica y social de los grupos.

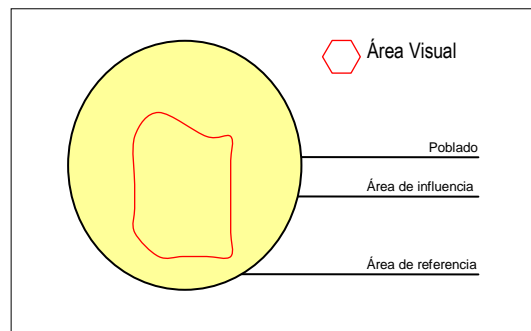


Figura 149 Diferenciación de espacios teóricos que engloba una teórica área visual.

Adscripción	Yacimiento	Área de referencia	Área de influencia
Campaniforme	El Gujjar	11.9	11.9
	La Mesta	8.33	8.33
	Las Viñas	20.8	20.8
	F. Fraile	5.45	5.45
	El Homo	8.9	8.9
B. Antiguo	Parpantique	94.25	94.25
	Torojones	50	23.8
	Turronero	96.7	38.58
	P. Santillana	53.5	18.57
	P. Cotorros	41.8	18.4
	P. Romero	28.6	24.6
	Las Perillanas	22.5	22.5
	Moratillas I	3.9	3.9
	Los Pájaros	3.7	3.7
	La Mosquetera	5.5	5.5
B. Medio	Los Balcones II	22	8.9
	La Cañada	2.26	2.26
	San Pedro	4.33	4.33
	Langosto	13.6	5.3
	P. Velilla	115.9	35.6
	El Gujjaral	16.8	16.8

Figura 150 Áreas visuales. Superficies en Km².

Del mismo modo, esta diferenciación permite observar la relación de visuales con otro enfoque, advirtiendo, en el caso de los yacimientos en altura del Bronce Antiguo, la ausencia total de superposiciones en lo relativo al *área de influencia*, constatándose, en cambio, ciertas yuxtaposiciones a las *área de referencia*. Así podemos intuir que se trata de dos realidades distintas que requerirían de estudios concretos, que ahora no estamos en condiciones de acometer, para comprobar si corresponderían, p. e., a espacios de producción o simbólicos, lo que sin duda sería sumamente sugestivo.

Se refería con anterioridad que los yacimientos adscritos al *Bronce Antiguo* se localizan mayoritariamente en lugares estratégicos, entendiendo como tales los cerros y las plataformas elevadas y destacadas, desde los que se divisa una amplia superficie de terreno. Por tanto, se presuponía la elección premeditada de estos sitios y, consecuentemente, que una de las primeras

intenciones al seleccionar este tipo de lugares sería la de ver o dominar un territorio y la de ser visto.

Del análisis anterior resulta evidente la diferenciación de los enclaves del Bronce Antiguo respecto a los Campaniformes y los del Bronce Medio. Centrándonos en los primeros, una particularidad a resaltar es la ausencia de evidencias defensivas en los yacimientos en altura, y, probablemente también, en los localizados en zona baja. Por tanto, no parece que podamos argumentar para explicar esta dualidad ni el interés por defensa.

De acuerdo con las características y relaciones descritas, posición topográfica, tamaño e implantación en el territorio, debe cuestionarse si el modelo organizativo que se deriva coincide con el que se ha descrito para otros grupos contemporáneos. Al respecto se viene manteniendo que, en el interior peninsular, los enterramientos campaniformes y, singularmente los Ciempozuelos, son reflejo de una sociedad en la que se advierte la consolidación de las jefaturas, expresadas en los bienes de prestigio que conforman el ajuar funerario, por la estandarización del mismo y del ritual, o por la especialización de determinadas actividades productivas que se han considerado asociadas a los consumidores de estas cerámicas (Delibes, 1993; Garrido-Pena, 2000: 25 y ss.; Delibes y Herrán, 2007: 183 y ss.).

En otras ocasiones, aspectos como los del tamaño y ubicación han servido para que otros grupos, caso de los contemporáneos del noreste de la Submeseta Sur (Díaz-Andréu, 1989), con los que pudieran compararse estos del Alto Duero, se hayan tenido como referentes en los que adviertes características indicadoras del nivel de consolidación de las jefaturas (Sahlins, 1972), alejándose de otros estadios más avanzados, en los que la *tribu* habría sido sustituida por el *Estado* con una implantación territorial jerarquizada, con límites y relación centro-periferia que han sido reconocidos para algunos territorios meridionales desde el Calcolítico (Nocete, 1984; Idem, 1989).

No parece tarea fácil la de inferir, a partir de los datos expuestos, la organización social de estos grupos que se asentaron en el Alto Duero en el tránsito del III al II milenio AC. Es necesario relacionar otros aspectos como los hábitats, las estructuras de almacenaje, los ajuares, su distribución, así como los resultados de los análisis paleoambientales que posibiliten, primero, conocer las bases productivas y de subsistencia, para poder, posteriormente, deducir modelos de relaciones productivas y sociales que expliquen las existentes entre los poblados.

Con los datos que manejamos, hemos de avanzar la existencia de un modelo complejo de ocupación del territorio en el extremo más oriental del Alto Duero durante los momentos iniciales de la Edad del Bronce. En dicho modelo toma protagonismo el poblado en altura, aun cuando se han podido localizar otros en las zonas bajas de los valles. Inicialmente la ubicación de los enclaves en posición dominante ha sido interpretada mayoritariamente con una finalidad marcadamente defensiva y de rango jerárquico que, en nuestro caso, no somos capaces de reconocer.

De la localización de estos yacimientos del Bronce Antiguo parece derivarse, efectivamente, un modelo de implantación en el territorio. La distribución regular de estos poblados y la escasa diferencia en cuanto al tamaño de los mismos parecen derivar a un modelo igualitario, si bien se advierten diferencias que abocan a suponer la existencia de enclaves con distinta funcionalidad.

En el caso de los asentamientos en altura se advierte, mayoritariamente, el interés por una interrelación visual directa y complementaria entre sus cuencas visuales. Indudablemente también se constata su posición estratégica, en cuanto que su privilegiada posición asegura el dominio tanto de los pasos naturales como de ecosistemas productivos mixtos, por lo que la función de estos poblados parece ser diversa y, en todo caso, no única.

Paralelamente se reconocen otros enclaves en la zona de vega, siempre sobre pequeñas elevaciones, antiguas terrazas o pie de laderas. El área de influencia y control de estos últimos es, lógicamente, menor pero repiten el modelo de complementariedad entre vecinos. Se desconoce si estos asentamientos –no se ha excavado ninguno de los conocidos– son más o menos estables, ni si tienen dependencia de los de altura, ni si son contemporáneos unos y otros. En todo caso, la consideración de yacimientos *satélites* que podría deberse a una determinada actividad económica complementaria y tal vez temporal exigiría una investigación más profunda y con los escasos datos disponibles no estamos en condiciones de avanzar en esta hipótesis.

El modelo, en todo caso, no es lineal. Pese a la aparente uniformidad, se constata la existencia, entre los enclaves de altura, de hábitats de distinto tamaño. En un principio se trata de desigualdades marcadas pero no significativas que pueden deberse a diferencias del tamaño del grupo atribuibles a razones circunstanciales no permanentes ni determinantes en su concepción, si bien hay evidencias que abogan por la posibilidad de

distintas funcionalidades. Tal es el caso, p. e., del yacimiento de *Las Perillanas*. Su cuenca visual domina, mayoritariamente, la margen contraria del Duero, desentendiéndose de la vega inmediata a sus pies, lo que puede entenderse como la demostración de un mayor interés por controlar un área de paso, un corredor natural, que un terreno productivo.

En cuanto a la actividad económica no parece que podamos comprenderla exclusivamente por la posición topográfica. No parece tan sencillo confirmar que los yacimientos ubicados en zonas bajas o en las vegas, junto a los ríos, deban tener una marcada actividad agrícola, ni que los localizados en zonas altas tengan una dedicación exclusivamente ganadera.

Sirva para apoyar esta afirmación el caso de *Los Tolmos* de Caracena, que ubicado en la parte baja de un angosto valle se confirmó como un asentamiento estacional con una actividad económica en la que la ganadería tenía mayor peso que la agricultura, a tenor de las conclusiones de diversos análisis (Jimeno 1984; Jimeno y Fernández Moreno 1991).

Otro ejemplo de asentamiento temporal y especializado es el del zamorano de Otero de Sariegos, en el extremo opuesto de la cuenca. Situado en la orilla de una gran laguna, su actividad poco tenía que ver con la explotación agrícola. Por el contrario, sus moradores se dedicaban a la producción de pellas de sal en la época más favorable del año (Delibes 1993). No parece confirmarse la permanencia de los productores en el lugar durante las estaciones más frías, en las que se paralizaba la explotación de este recurso, aunque tampoco se conoce el sitio al que se desplazaban.

En la Submeseta Sur, durante las primeras etapas de la Edad del Bronce, destacan los poblados fortificados o

morras, si bien bajo esta generalización existe una realidad heterogénea. En esa zona, se ha documentado la convivencia de distintos tipos de poblados: los característicos con defensas concéntricas, otros de similar tamaño sin defensas, e incluso las denominadas *instalaciones* que raramente sobrepasan un área de superficie. La variedad también es topográfica, con ejemplos en zonas bajas, sobre lomas, plataformas o en cerros destacados, sin que sea posible una referencia unívoca. Su duración parece también distinta, más amplia las de las *morras*, suponiendo la diacronía de muchos de ellos, que ofrecen, es cierto, una distribución sistemática en el territorio, especialmente en las cuencas del río Júcar y el río Jardín (Fernández-Posse *et alii*, 1996: 111-113) que recuerdan a las descritas del río Rejas o Perales y Arandilla.

Por consiguiente, la diversidad es recurrente y reiterativa. La distribución de los yacimientos adscritos al Bronce Antiguo, al menos los de la zona central de Alto Duero, no es, ni mucho menos, debida a razones que permitieran una variabilidad de emplazamiento, por lo que a falta de otras evidencias, los poblados situados en cerros elevados, con un marcado protagonismo, consecuentemente constituyen marcas o referencias en el territorio.

La distinta ubicación de los asentamientos solo podrá explicarse cuando se conozcan las características de cada uno de los tipos. Por ahora, al menos, se concretará el estudio en los investigados, los poblados en altura. Para profundizar en su conocimiento se relacionaran, en los capítulos siguientes, los datos que las excavaciones aportan sobre la organización de los poblados, la vivienda y los ajueres domésticos de las poblaciones que ocuparon estos cerros en el tránsito del III al II milenio AC.

6 EL HÁBITAT DURANTE EL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO

Los yacimientos excavados han aportado, en mayor o menor grado, evidencias de estructuras de habitación, hoyos de postes, hogares y enlucidos, así como pozos o silos de almacenaje, además de un abundante conjunto de utensilios. Un registro muy completo que vamos a intentar interpretar a partir de los rasgos comunes. Ello permitirá, posteriormente, poder compararlo con otros conjuntos tanto del valle del Duero como otros próximos del valle del Ebro y del Tajo, principalmente de la zona madrileña, que son los espacios, por otra parte, circundantes y más próximos a la zona del Alto Duero.

En el apartado anterior nos aproximamos a los poblados desde una visión exterior, interesándonos por su localización en el territorio, en el paisaje. Queda ahora, adentrarnos en ellos, caracterizar las estructuras de habitación, las de almacenaje y, finalmente, examinar determinados restos cuya funcionalidad es difícil de precisar, bien por falta de referencias semejantes, bien por el mal estado de conservación. De tal forma, estaremos en condiciones de disponer de una visión de los hábitats del grupo en estudio, entendiendo aquellos como unidades de asentamiento en el territorio.

6.1 Los poblados

Los resultados de las excavaciones presentadas tienen un primer y llamativo rasgo común: la localizan en altura de los poblados, Ubicados en cerros destacados, de forma más o menos cónica, ofrecen una superficie útil para una ocupación relativamente exigua. La gruesa capa de materiales hacen suponer que la ocupación debió ser prolongada y que la erosión, aunque evidente, no ha producido el arrasamiento de los niveles prehistóricos, sellados con frecuencia por niveles históricos.

En general, el aspecto aglutinador en este tipo de asentamientos es el topográfico, destacando la altura y su posición dominante sobre el valle del que se elevan entre los 40 y los 100 m, lo que les confiere una estimable situación estratégica por el amplio dominio visual, y a la vez constituyen una clara referencia en un amplio entorno. Como se ha descrito, se trata de cerros testigos o espigones adelantados de las plataformas del

páramo en el que encajan los distintos afluentes. En algunos de los excavados (Figura 151) existe un pasillo de conexión con la plataforma, generalmente de mayor altura, que les confiere protección, constituyendo ocasionalmente este pasillo una mera depresión, como refleja el perfil de *Los Cotorros*, a la vez que, a casi todos, la fuerte erosión ha configurado unas pendientes escarpadas. Su orientación, lógicamente, varía por la alineación del valle fluvial, repitiendo las características comentadas.

Contrariamente a lo que pudiera parecer, esta situación topográfica privilegiada no presupone un condicionante por la necesidad de disponer de una posición defensiva, tal como se deriva de la ausencia de estructuras artificiales, al menos no se han documentado en ninguna de las excavaciones realizadas. En el caso de Morcuera, los resultados geofísicos y el reconocimiento del borde del cerro en los Cortes 1 y 4 parecen desechar la existencia de otros restos además de los exhumados e incluso asegurar que nunca se realizaron labores defensivas en su perímetro. Algo similar ocurre en el caso de *El Parpantique*, donde la remoción de toda la superficie y la construcción del nuevo camino de acceso, cortando la ladera y el borde del cerro, permitieron comprobar esa ausencia. Por su parte, los trabajos en *Los Cotorros* y en *Pico Romero* tampoco han desenmascarado, en modo alguno, ninguna estructura artificial defensiva.

En cuanto a los hallazgos en el vecino, en lo cronológico y espacial, enclave de *Pico Castro* en Quintanilla de Arriba, los escasos restos que pudieran asimilarse a estructuras defensivas se atribuyen, sin ningún género de dudas, a una ocupación moderna, probablemente correspondientes a una torre vigía pleno medieval (s. X y XI) (Rodríguez Marcos, 2005: 82; 2009: 149), repitiendo modelo con los yacimientos sorianos excavados.

La existencia o no de murallas es una información de primer orden, por cuanto permite deducir aspectos sobre la relación de las gentes que ocupan los poblados con otras de poblados próximos, y sobre su capacidad y organización para acometer una obra colectiva de estas características, que añade otros valores, como el simbólico que se refleja en el paisaje y que adquiere para el grupo que la construye.

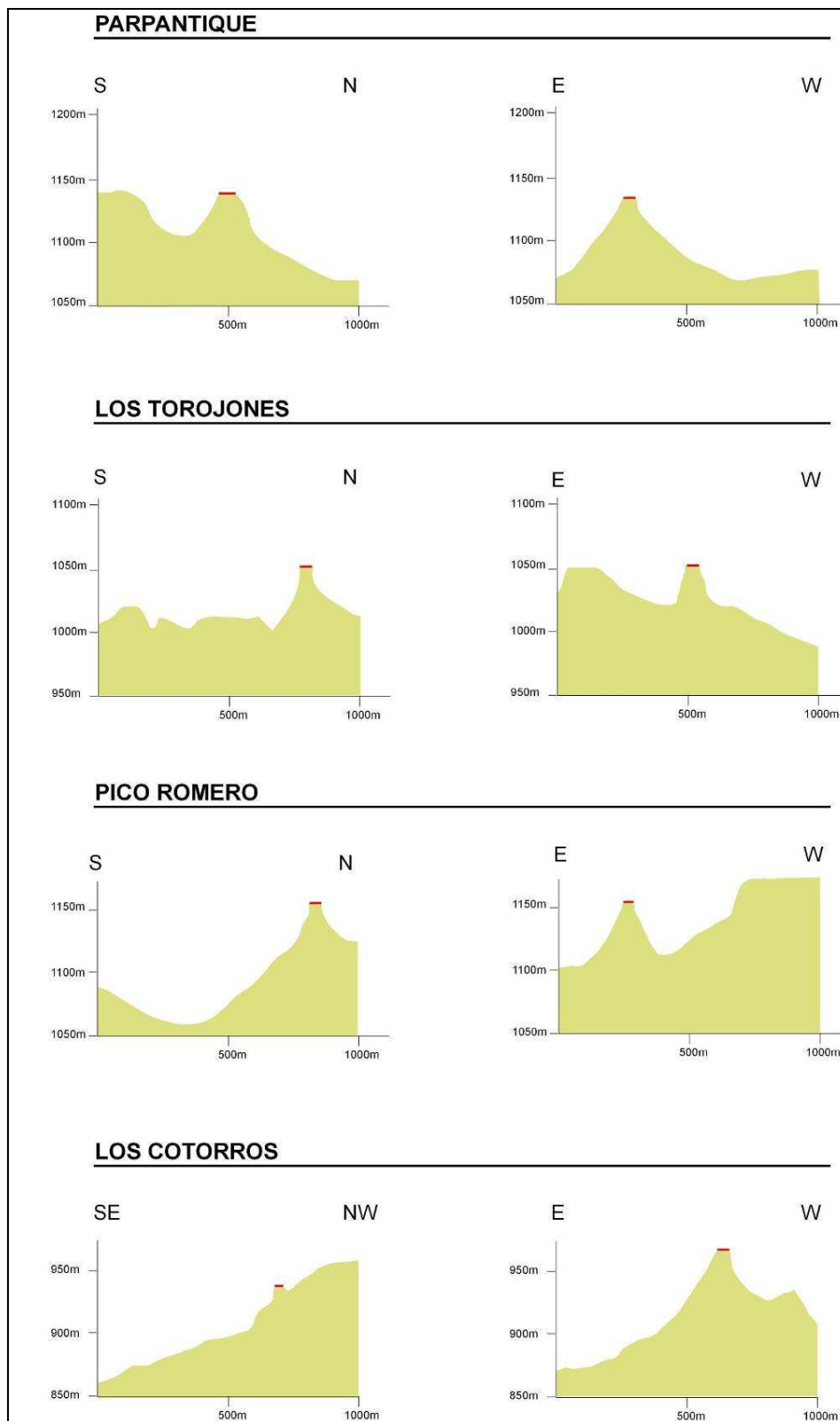


Figura 151 Perfil topográfico de los yacimientos estudiados.

En el mediodía, una de las características de los poblados desde el Calcolítico es la presencia de sistemas defensivos (Aguayo, 1977) al igual que en los momentos plenos de la Edad del Bronce (Lull, 1983). Del mismo modo, durante la Edad del Bronce estas construcciones caracterizan la zona de La Mancha, si bien se constata, como se ha recordado en líneas anteriores, una variedad más compleja (Fernández Posse *et alii*, 1996: 111-114).

En la Submeseta Norte, la tendencia parece repetir esquemas reconocidos en los territorios próximos. En el mediodía, los asentamientos atribuidos al Calcolítico, se localizan tanto en altura como en las vegas de los valles, sin que se advierta la presencia de estructuras defensivas, aun cuando para los primeros una de sus singularidades sea, precisamente, su ubicación en zonas dominantes y visualmente estratégicas (Fabián, 1995: 174-176), lo que viene a confirmar que estas características no deben considerarse, necesariamente, interdependientes.

Por el contrario, en los asentamientos localizados en la vega de los valles se reconoce la existencia de fosos que delimitan grandes espacios. Estos elementos son comunes en distintos ámbitos peninsulares (Hurtado, 1985; Fernández y Oliva, 1985; Bernabeu *et alii*, 1994). Su valoración en el interior ha sido reciente (Díaz del Río, 2001: 208-210) concluyendo con que la presencia de recintos circulares es habitual desde finales del IV milenio hasta los momentos iniciales del II, pero sobre todo a lo largo del III milenio con cronologías calibradas (*Idem*, 2003). Este mismo fenómeno se contrasta, para las mismas etapas, en la cuenca media del Duero (Delibes y Herrán, 2007: 148-152). Si traemos a colación estas estructuras, habitualmente asociadas a otra también excavadas pero destinadas al almacenaje, es por su consideración como elemento defensivo aún cuando se propugnan otros, caso de los que presuponen su construcción como la necesaria para definir una delimitación física de un espacio simbólico, superando el meramente doméstico o productivo, y constituyendo, sin duda, un ejemplo de obra comunitaria por el esfuerzo requerido.

Los poblados de la Edad del Bronce que conocemos en el área del Alto Duero, dejando al margen la segura utilización de cuevas, mantienen, caso por ejemplo de *Los Tolmos* o *El Balconcillo*, la alternancia entre lugares en valle y en altura sin que reconozcamos obras artificiales de defensa. Por el contrario otros, como el castro de *La Plaza* de Cogeces es demostración de la existencia de estructuras defensivas, con un imponente muro que protegería el flanco más vulnerable, el acceso desde la plataforma del páramo (Delibes y Fernández

Manzano: 1981; Rodríguez Marcos 2009: 72-90). De forma similar otros asentamientos, caso del palentino de *Cevico Navero* o, el más próximo del cerro *El Gurugú* en Bocos de Duero, también documentan la construcción de un recio muro que bloquea el acceso desde la plataforma del páramo y delimita un espacio en el que se localizan los restos prehistóricos (Rodríguez Marcos, 1996 y 2009: 434-436; Rodríguez Marcos y Moral, 2007).

Ciertamente, se confirma con estos ejemplos que no hay un único patrón de asentamiento, ni en la zona del Alto Duero, como hemos tenido ocasión de comentar, ni en el valle del Duero, ni en los territorios peninsulares durante el III y II milenio AC.

A su vez, la existencia de fosos que delimitan recintos, modelo habitual en la etapa Calcolítica sin y con campaniforme, parece declinar en los momentos iniciales de la Edad del Bronce, etapa en la que están ausentes, al menos en la Submeseta Norte, estas importantes obras colectivas.

Al sur del Sistema Central se verifica la pervivencia de estructuras de habitación desde el Calcolítico al Bronce Final, existiendo la alternancia entre poblados en llano y altura. Hacíamos referencia, al comentar los antecedentes en los poblados Calcolíticos, a la presencia de ciertas fosas que caracterizarían los espacios habitacionales, pero para las que se dudaba de una intencionalidad defensiva. Este aspecto es coincidente en los poblados en altura correspondientes a la Edad del Bronce que se conocen en el mismo territorio: *La Loma del Lomo* (Valiente, 1992; 1997 y 2001), y *Ecce Homo* (Almagro Gorbea y Fernández Galiano, 1981).

En suma, debemos concluir que en el Alto Duero y durante el Bronce Antiguo, pese al interés por la ubicación de los poblados en cerros destacados de amplia visibilidad, no se constata la construcción de defensas ni tampoco se atisba, ni en los yacimientos excavados ni en los conocidos, la existencia de zanjas que pudieran haber soportado algún tipo de empalizada como parece ocurrir en determinados asentamientos Calcolíticos caracterizados como campos de hoyos que perduran hasta la Edad del Bronce.

La existencia en esa etapa plena de ciertas estructuras defensivas en poblados destacados ha llevado a algunos autores a definir estos enclaves como verdaderos hitos sobre los que se articularía la jerarquización del grupo (Rodríguez Marcos, 1993; 2009: 436), interpretación que ha sido cuestionada, considerando que en el registro de estos momentos no refleja indicios de potenciales conflictos intergrupales y

explicando la localización en altura en lugares estratégicos por aspectos funcionales derivados de una economía diversificada, o como jalones visibles de identificación y cohesión grupal (Díaz del Río, 2001: 294-298).

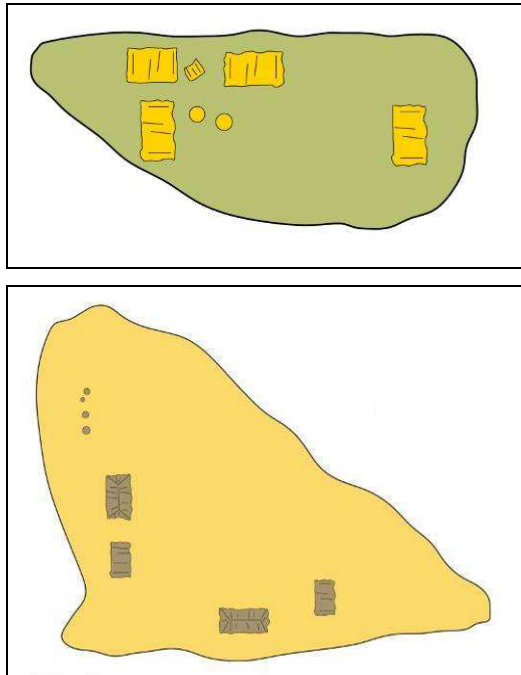


Figura 152 Reconstrucción esquemática de la distribución de las cabañas y silos en los yacimientos de *Los Torojones* y *El Parpantique*.

Al respecto, consideramos la posibilidad de que la distribución de las cabañas en los bordes de los cerros pudiera haber constituido una solución alternativa que conjugaría aspectos de ambas interpretaciones. Por un lado, la colocación de las cabañas alrededor de la plataforma, junto al borde, las haría perceptibles desde cierta distancia, reforzando la visualización del asentamiento. Por otro, la alineación de las paredes de las distintas cabañas pudieran haber conformado un elemento delimitador e incluso, en caso necesario, haber posibilitado una función de defensiva, a modo de parapeto, con el consiguiente ahorro del esfuerzo que supondría la construcción de una muralla perimetral, aún cuando la superficie del cerro sea relativamente pequeña como en el caso de Morcuera.

Lo que parece fuera de toda duda es que la disposición de las cabañas en los yacimientos excavados (Figura 152) delimitan el espacio habitacional del modo que el centro del poblado queda libre y protegido, precisamente, por la disposición perimetral de las estancias. Tal es el caso de *Los Torojones* en los que se individualizaron restos de hasta

cuatro cabañas con la distribución que se refleja en la figura citada, el mismo número y esquema de distribución que en el caso de *El Parpantique*.

En este sentido, la localización de los pozos o silos se ha documentado, en todos los casos, en espacios libres de habitación lo que confirmaría la intención planificadora de las gentes que habitaron estos cerros, y que probablemente fueran comunales.

6.2 Las cabañas

6.2.1 La vivienda en los yacimientos del Bronce Antiguo en el Alto Duero

Sin duda, de entre los espacios de habitación que hemos reconocido, el de *Los Torojones* presenta, pese a no documentarse completo, unas características mejor definidas. En el extremo occidental del área excavada se identificó la planta de una cabaña de forma rectangular, con unas dimensiones ligeramente superiores a los 4x2 m, con el lado mayor orientado en dirección este/oeste.

La presencia de abundantes manteados de barro de sección triangular con improntas vegetales y placas de barro con huellas de elementos vegetales, trazando alineaciones que señalan el derrumbamiento de las paredes era testimonio de que las cabañas fueron levantadas con un entramado vegetal y recubiertas de barro, como demuestra perfectamente el lienzo hallado en *Los Cotorros*. Seguramente, como refuerzo de las mismas y para la sujeción de la techumbre se irguieron pies derechos de madera, de los que se encontró, en este caso, la huella de cinco, contrapuestas en simetría, faltando probablemente el de un extremo.

Los agujeros aparecen alineados en cada lado mayor de la planta y equidistantes entre sí. La dimensión de los postes se deduce por la huella del pozo en el que fueron embutidos, calculando unos diámetros que oscilan entre los 17 y los 22 cm. Para reforzar su asiento, apenas profundizan entre 8 y 10 cm, el barro del suelo de la cabaña se prolongó hasta recibir el poste, conformando un pequeño rodete. En algún caso, las piedras de mediano tamaño aparecidas junto a estas huellas hacen pensar que fueron utilizadas para acuñar los postes. En uno de estos agujeros de poste, el más meridional (Figura 84), en su relleno, de tierra muy suelta, se recogieron los fragmentos de un vaso cerámico muy deformado (el reproducido con el número 108 en el Anexo 10), por lo que es evidente que aprovecharon los restos de un fallo de cocción para acuñar el poste hasta que fraguara el rodete de barro.

Finalmente, al nivelar el suelo de la habitación, se produjo, en el lado más elevado, el mediodía, un entalle en el terreno, al igual que en el lado oriental más corto. Este resalte, junto a la existencia de alineaciones de barro perpendicular a las de los lados mayores, posibilita delimitar con seguridad la planta y atestiguar que las esquinas debieron ser anguladas ya que el entalle dibuja un arco muy cerrado.

Probablemente, para asegurar esta endeble estructura se apoyaran, en la parte más baja, algunos

postes que aguantarían el empuje (Fig. 138). La huella de su existencia la deducimos de un pequeño amontonamiento de piedras de mediano tamaño, localizadas al norte del pozo de poste que acabamos de comentar. Sobre este suelo de barro, no muy consistente y que aparecía calcinado, se diferenciaron en el extremo nororiental, próximo a la esquina interior y junto al poste que acabamos de comentar, las cenizas de un hogar que por sus restos debió tener una prolongada actividad.

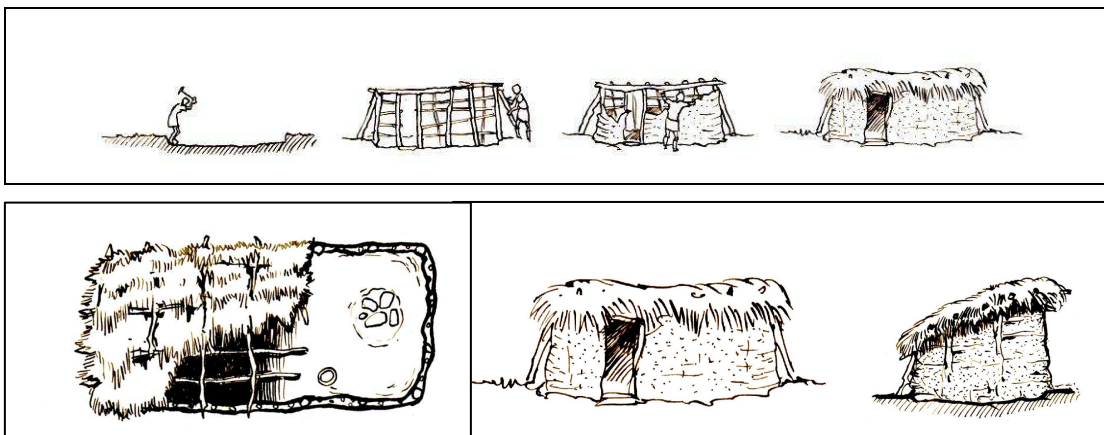


Figura 153 Secuencia constructiva de la cabaña de Los Torojones. Planta y alzados de la misma.

Decíamos al describir los hallazgos, que los bloques caídos de las paredes llevaban a suponer una altura próxima a los dos metros, ya que la mínima que se proyectaría oscilaría —a partir del cálculo de la distancia de las alineaciones de los manteados caídos— entre los 1,6 y 1,8 m, y por cuanto si hubiera sido mayor se hubiera producido, sin duda, una doble acumulación que no se detectó. Por la misma causa, dedujimos la posibilidad de que la cabaña hubiera dispuesto de una cubierta a un agua, en este caso, con caída al lado nororiental, el más bajo, y con una evacuación directa a la ladera del cerro; desechando la alternativa de una cubierta a dos aguas, apoyada en una viga central, por la ausencia de las correspondientes huellas de los postes extremos que la sujetaran.

Aún cuando en casi todos los cortes había evidencias de hogares, de fragmentos de suelos relacionados con ellos y de restos de enlucidos de barro e improntas vegetales, las únicas presunciones sobre dimensiones, formas y características de las estructuras de habitación

de este yacimiento son las transcritas, esto es, una habitación que no superaría los 10 m² y una altura que apenas alcanzaría los 2 m, realizada con un entramado vegetal revocado con una capa de barro arcillosos. El interior parece diáfano, con un hogar lateral y un suelo ligeramente apelmazado.

En el cerro de *El Parpantique* se documentaron tres estructuras de habitación que tienen rasgos comunes con la descrita. En todos los casos se trata de espacios de planta rectangular o cuadrangular, con cubiertas sustentadas por pies derechos, y con paredes realizadas con entramados vegetales recubiertos de manteado de barro. Los hoyos para sujetar los postes presentan una distribución perimetral con diámetros que oscilan entre los 10 y los 18 cm, habiéndose reconocido otros que muestran una embocadura mayor, 20 cm, que la base, de 10 cm, por lo que tal vez algunos postes fueran trabajados para una colocación más fácil, si bien no debemos desechar que la excavación del hoyo produjera esta sección.



Figura 154 Recreación de la construcción de la cabaña del Corte 4 de *Los Torojones*.

Precisamente la excavación vertical de los pozos, en este yacimiento localizados más juntos –con separaciones regulares, en el Corte 4 de un metro–, hace suponer, de nuevo, la existencia de paredes verticales. Tampoco hay, en este caso, inicios claros para saber como era la cubierta. Por la dimensiones cabe la posibilidad de que fuera a una o dos aguas, si bien en este caso parece más probable la última opción. En contra tenemos, de nuevo, la ausencia de postes centrales, pero a favor contamos con la mayor proximidad de los postes laterales y la ausencia de huellas del necesario muro elevado que resultaría preciso para asegurar la mínima pendiente para el desagüe.

Las dimensiones de estas habitaciones, aunque mayores que las de *Los Torojones*, ofrecen unas proporciones en las que es viable el apoyo, sobre la solera del muro perimetral, de troncos que, a modo de cabrias y limas, contrarrestaran los empujes, ofreciendo base al ramaje de la cubierta sin que sea preciso disponer de apoyos centrales, en un modelo semejante

a otros abundantes en la periferia meseteña en construcciones pastoriles.

El suelo de las cabañas, como en Morcuera, se había regularizado mediante un ligero entallamiento en el cascajo base del terreno: en el Corte 1 el rebaje oscila entre los 6 y los 10 cm, mientras que en la estructura del Corte 4 incide un par de centímetros, apenas un ligero alisamiento, al igual que ocurría en el Corte 2.

En todos los casos, se han documentado hogares en el interior de las habitaciones, con superficies similares, cercanos al metro de diámetro y elevados. En el Corte 4 se realizaba entre 10 y 12 cm, mediante la acumulación de capas de cerámica y tierra compactada, mientras que en el Corte 1 alcanzaba apenas 4 cm. En este caso, aún cuando la mancha ocupa una superficie de 90x60 cm, su huella no era regular y podía tratarse, explicábamos, de un hogar doble o adosado. Por su parte, el hogar del Corte 2 tenía una superficie similar, de 90x80 cm, si bien el amplio grosor de la base, casi de 50 cm, hacía dudar de su funcionalidad, aun cuando no tengamos referencias para proponer otra interpretación.

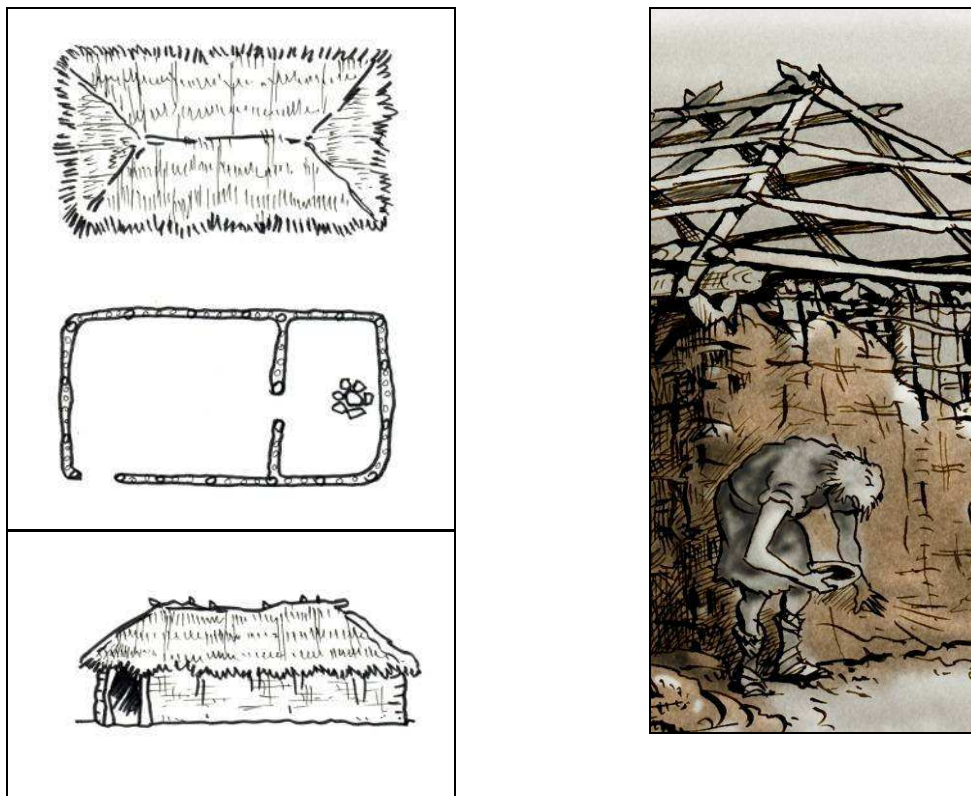


Figura 155 Propuesta de planta y alzado de la cabaña 4 de *El Parpantique*.

Ahora bien, dentro de esta uniformidad que referimos, se reconocen, por otra parte, diferencias claras. Además de la distinta solución de la cubierta, constatamos una orientación contraria, obligada por la disposición perimetral. La del Corte 1 su lado mayor se alinea al mediodía; la del Corte 2, pese a las dificultades para interpretar su forma, se deduce que era oblicua a aquella, y la del Corte 4 sería perpendicular a la primera y paralela a la segunda. La explicación radica en que se ubican en el perímetro del cerro coincidiendo, en este casi sí, con la distribución de los restos de *Los Torojones* (Figura 152).

Un segundo aspecto diferenciador es el derivado de la presencia, en todos los casos documentados en *El Parpantique*, de muros o divisiones interiores, creando, al menos, dos espacios: uno en el que tiene protagonismo el hogar, y otro que se caracteriza por su ausencia. En los dos casos mejor conservados, las estancias del Corte 1 y la del Corte 4, existen evidencias de una comunicación interior, en el primero por un hueco junto a la pared meridional de la cabaña, y en el segundo por un espacio intermedio en el propio muro interior, suponiendo que no fuera factible también por otro, junto a la pared septentrional, que apenas se intuía (Figura 43). Esta compartimentación parece

reflejar, también, una división de actividades en cada zona que más adelante se analizan.

Finalmente y en tercer lugar, otra diferencia se establece en lo relativo al tamaño. Aun cuando desconocemos las dimensiones completas de las cabañas de *El Parpantique*, sí creemos poder deducirla de los datos complementarios que aportan cada una de las reconocidas. Al menos sabemos que superan los 6x3 m y nos atreveríamos a plantear que, en origen, debieron oscilar entre los 8 y 10 m de longitud y los 4 ó 5 m de anchura, suponiendo que debieron ser similares y no parece que existan datos para pensar lo contrario. Así la cabaña 1 –adscribiendo a cada estructura el mismo número que al corte– ofrece unas dimensiones casi completas de la habitación del hogar, entre 4 ó 4,5 m de longitud y ligeramente superior a los 4 metros de anchura. Por el contrario, en la cabaña 4, la estancia sin hogar tiene una longitud también similar, ligeramente superior a los 4 m –no olvidemos que los muros interiores no son perpendiculares a las paredes laterales, sino ligeramente oblicuos– y la anchura superaría los 3 m. Por consiguiente se definen cabañas compartimentadas en dos espacios con una superficie total que oscilaría entre los 32 y los 50 m².

Del resto de yacimientos incluidos en el estudio, con excavaciones recientes, contamos con datos menos precisos pero, sin duda, suficientes para reconocer similitudes con los anteriores. En *El Pico de los Cotorros* (Benito et alii, 2001) sus investigadores reconocían una cabaña de planta cuadrangular, de unos 20 m² de superficie. Por los agujeros de poste localizados interpretan que la cubierta sería a dos aguas con una viga o cumbrera sustentada por dos postes centrales con diámetros de 30 y 25 cm, mientras que los perimetrales presentan diámetros menores, entre 15 y 10 cm. Las paredes están bien documentadas por el hallazgo de un lienzo de 2,20 x 1,80 m que se derrumbó sobre el interior del espacio delimitado como hábitat. Mostraba una capa externa, con un grosor medio de unos 8 cm, de barro alisado que recubría un entramado vegetal de ramas finas, unos 10 cm de diámetro, alineadas verticalmente, y con la cara interior sin recubrimiento de barro.

En el interior de esta cabaña no se halló ninguna concentración de material por lo que los citados autores suponen que se utilizó únicamente para resguardarse de las inclemencias del tiempo o para el descanso nocturno. La localización de un hogar –una gruesa capa de unos 5 cm y de casi un metro de diámetro– al exterior de la habitación vendría a confirmar esta propuesta. También al exterior, diferenciaron un interesante vasar y una pequeña zona de almacenaje, a poco más de un metro de distancia del hogar, en dirección contraria a la cabaña. Construida con lajas de piedra hincadas que delimitan un espacio rectangular abierto por un extremo, con restos de cenizas en la base lo que pudiera interpretarse tanto como zona de cocina como de contenedor.

Junto a estos elementos exteriores aparecieron cerámicas que contenían en su interior otras de menor tamaño como ocurría en la cabaña 4 de *El Parpantique*, y que se consideran, como las anteriores, vajilla de apoyo y auxilio a las tareas de transformación alimenticia.

La presencia de este tipo de estructuras asociadas o próximas a los hogares no es habitual en el registro arqueológico de este momento, posiblemente por solucionarse muchas veces con vasijas cerámicas cuando no con estructuras de madera, elementos muy perecederos que han dificultado su identificación. En cambio, los pequeños compartimentos realizados con lajas de piedra son mucho más habituales en las etapas medievales y modernas, como documenta la etnología comparada, tanto asociadas a estructuras de habitación como a espacios de estabulación, utilizándose, en este

último caso, tanto para delimitar los comederos como para almacén de grano o pienso.

Pese a la escasez de paralelos prehistóricos, en un momento inmediato conocemos un ejemplo en la cueva de Arevalillo. En la zona de hogares del nivel IIa se describe un depósito de granos de cereal y bellotas, cuyos restos carbonizados se recogieron en grandes bolsadas. Se trata de una estructura delimitada mediante lajas verticales, que delimitan un espacio con la base empedrada (Fernández Posse, 1979 y 1981).

Si la técnica y tipología de la estructura de habitación y los elementos domésticos de *Los Cotorros* no muestran diferencia con las cabañas descritas en Morcuera y Balluncar, su distribución funcional sí parece distinta. Al hecho de localizar el hogar en el exterior, hemos de añadir que el área de transformación también se encuentra fuera del espacio de hábitat, al igual que otras actividades, tal es el caso de la molienda de grano o la de la talla de cuarcita, ambas en un espacio próximo, de *influencia* del gran hogar exterior.

Hay que precisar que, como en los yacimientos que hemos excavado, la planta de la cabaña no está completa, por lo que las dimensiones pudieran variar. En cualquier caso, eso no implicaría modificar la interpretación sobre la distribución de actividades, ya que es difícil que la cubierta más amplia que dibujaría la huella de los postes encontrados, en el mejor de los casos, nunca alcanzaría a incluir las estructuras de cocina y vasar.

En este sentido, la propuesta de que las paredes fueran rectas y no oblicuas hacen suponer la altura de las mismas, por la huella de la pared reconocida, sobre el 1,80 m, altura en la que se apoyaría la cubierta que, en caso de mantenerse la interpretación que la supone a dos aguas, elevaría la cumbrera a una altura superior a los 2,5 m del suelo, considerando una pendiente tradicional con un recorrido de dos metros, la mitad de la anchura de la planta. Estas dimensiones se antojan innecesarias para una utilización sólo como abrigo o resguardo, por lo que no debe desestimarse la posibilidad de una cubierta a un agua, con apoyos, tal vez centrales, transversales para asegurar su estabilidad.

Hay que recordar al respecto que la pared noroccidental se asienta, según la descripción a la que hemos tenido acceso, sobre una cota 7^o más alta que la suroriental –entre 23 y 24 cm–, por efecto de la pendiente del suelo que no muestra huella de haber sido nivelado. Aprovechando el desnivel natural se facilitaría la pendiente de la cubierta y la evacuación del agua con un mínimo esfuerzo. Ahora bien, la presencia

de suelos apelmazados en distintos lugares del área excavada, de tratamiento similar al localizado al interior de la zona de la habitación, hace ser prudentes a la hora de aceptar la interesante reconstrucción que realizan los excavadores (Benito *et alii*, 2001: 41-46), y esperar a la publicación definitiva del resultado de los análisis pendientes.

Los datos recuperados en *Pico Romero* (Rodríguez y Palomino, 1997) aportan otras matizaciones. A tenor de los abundantes restos de pellas o cuñas con improntas de ramaje, parece que persiste el mismo contexto de cabañas ligeras, realizadas con entramado vegetal que cuentan con apoyos verticales y cubiertas vegetales.

La cuestión sobre la coetaneidad de las estructuras que surgía al analizar los datos de *El Ballunchar* y que también se planteaba para el de *Los Cotorros* por la abundancia de agujeros de poste que no siempre posibilitan determinar alineaciones o estructuras definidas, quedaría aclarada en el poblado de Santa Cruz de la Salceda, aun cuando no sea posible la traslación directa de tal solución al resto de los yacimientos. En efecto, en la pequeña y estrecha superficie del cerro, se describe una superposición continua de estructuras que documenta la constante renovación de las mismas e incluso cambios de funcionalidad en un periodo de tiempo no muy dilatado, aunque sin embargo no se aprecia contraste en el ajuar doméstico.

La fase más antigua permite, como se describía en el capítulo correspondiente, diferenciar por la huella de los postes el dibujo de una habitación de planta oval. Los agujeros, una docena, se agrupan en dos amplios rangos: los mayores, con diámetros entre 25 y 40 cm, que se hunden entre 15 y 45 cm; y los más pequeños con diámetros que oscilan entre 20 y 10 cm y con una huella que apenas alcanza los 5 cm de profundidad. Las dimensiones de la cabaña no son claras, se estima una superficie entre 11 y 13 m², y lo que es más interesante, al interior, aprovechando el rebaje de una cubeta natural, se documenta la existencia de un hogar cuyas cenizas trazan una figura ovoide cuyo eje mayor alcanza entre 1,2 y 1,3 m, si bien la huella del fuego se concentra en un espacio de 0,6 m. Poco sabemos de su cubierta o la forma de las paredes, si bien sí se pudo comprobar que en un momento determinado se realizó, sobre el mismo espacio, un nuevo encachado o pavimento con margas machacadas y compactas que fosilizan el nivel de cenizas.

Con posterioridad, en este mismo espacio y apoyado directamente en el último nivel comentado, por tanto sin que se produzca un abandono del lugar, se construyó

una estructura cóncava de forma oval y un eje mayor que oscila entre los 1,8 y los 2 m y una altura máxima, de 0,5 m, conservada en el lado meridional hasta el borde ligeramente apuntado. Se interpreta esta estructura como un contenedor o silo que se aisló mediante una base de piedra y un fondo de barro de 4 a 6 cm de grosor. Las paredes, también de barro, fueron alisadas con las manos, formando un bloque de tapial uniforme de color rojizo, consecuencia de su exposición directa al fuego, al contrario de los manteados o cuñas con huellas vegetales correspondientes a la etapa anterior que muestran un color grisáceo y debieron secarse a la intemperie. La amortización de esta estructura se advierte por la existencia de diversos niveles de derrumbe con restos de tapial, similares a los de la primera fase, y distintas huellas de agujeros de poste y, al menos, dos nuevos solados constituidos, de nuevo, por margas machacadas y compactadas. En suma, datos que confirman la recuperación del espacio como zona de habitación, aun cuando se desconocen la forma, características y dimensiones de esta nueva y última cabaña.

6.2.2 Otras viviendas en el oriente de la Submeseta Norte durante la Prehistoria Reciente

En la zona del Alto Duero existen referencias a estructuras de habitación al aire libre, desde época campaniforme como el caso de *El Molino* de Garrejo junto a Numancia (Shulten 1927: 239; 1930: 110) si bien la escasa información no permite una comparación con las que acabamos de comentar. El paralelo más inmediato para ésta se encontraría en otra cabaña, la de *El Perchel* en Arcos de Jalón, en los límites del área de estudio. Pese a su simplicidad, y por sus características, ligeramente embutida en el terreno (Lucas y Blasco, 1980), se asociaría con las de los típicos poblados calcolíticos del lado contrario del Sistema Ibérico que más adelante tendremos ocasión de comentar.

Dejando otros hallazgos en cueva, como las *del Roto* de Ligos, *La Maja* en Cabrejas de Pinar e incluso la cueva *del Asno* en Los Rábanos, en las que se ha identificado una actividad doméstica, pero cuyas características alejan las soluciones de las que nos ocupa, no se conocen otros hallazgos habitacionales hasta un momento pleno de la Edad del Bronce.

Son asentamientos al aire libre, como *Los Tolmos* de Caracena, *El Balconcillo* de Ucero y *Carratiermes* en Montejo de Tiermes.

En *Los Tolmos* (Jimeno y Fernández Moreno, 1991: 17-20) se describen dos cabañas situadas en la vega del río Caracena, al pie de un imponente peñasco, cerro testigo, que es bordeado por un amplio meandro. Las cabañas prehistóricas se levantaron a su resguardo, alineadas, delimitadas por el entalle realizado en la pendiente del terreno para regular el suelo.

La planta es de tendencia rectangular con los lados irregulares y las esquinas redondeadas. Su estructura estaría constituida por un entramado vegetal apoyado en postes de mayor tamaño, de 18 a 25 cm de diámetro, cuya huella se dibujaba en las esquinas y, en el caso de la cabaña de mayor tamaño, en el interior, con una separación de poco más de 1,5 m, mientras que en la más pequeña los postes verticales y externos se separan más de 3,5 m. Allí se encontraron dos modelos de asegurar los postes: mediante la preparación de un rodete del mismo barro con el que se enlució la superficie del suelo de las habitaciones, y la utilización de grandes piedras, seguramente para calzar y sujetar el poste. En ambos casos, la distribución de los postes centrales y la ausencia de hoyos semejantes en la periferia llevó a suponer que la paredes serían inclinadas, apoyando en una o varias vigas centrales, quedando atirantados los maderos inclinados de las paredes o la propia puerta por otros troncos o elementos vegetales transversales.

La estructura se recubrió con un manteado de barro, del que se recuperaron placas de forma rectangular y sección triangular, modelo que hemos descrito como tipo 2 de los barro, que mantenían unas dimensiones muy regulares, de 7 a 12 cm de anchura y de 6 a 7 cm de altura, mientras que de las huellas impresas de los entramados se deduce que recubrían troncos de 13 a 14 cm de diámetro.

La estructura menor dio unas dimensiones cercanas a los 3,8 m de longitud y 1,8 m de ancho, mientras que la mayor alcanza los 6 m de longitud y 2,5 m de anchura, contando en este caso con cinco postes verticales que sujetarían las paredes-cubiertas. Es decir, estamos ante ejemplos diferentes en cuanto a las dimensiones que oscilan entre los 7 y los 15 m².

El interior de una y otra era diáfano, carente de compartimentaciones e incluso de hogares. Por ello es interesante resaltar que se conoce un hogar a poco más de un metro de la estructura mayor, en el exterior, en el lado del mediodía, es decir en la misma ladera que cae al río y a la que se supone se abren las puertas de estas cabañas. El hogar, de planta circular y forma irregular, de 56 cm de diámetro, estaba delimitado por piedras calizas de pequeño y mediano tamaño. La base

era de tierra y estaba ligeramente elevada, unos 10 cm, del suelo natural.

Es conocido que este asentamiento, tanto por los datos polínicos como por los derivados del estudio de los restos de fauna, debió acoger a un pequeño grupo ganadero, posiblemente pastores, que lo utilizaban de forma estacional, concretamente durante primavera-verano, lo que coincide y explicaría las características descritas: estructuras endeble, reducidas dimensiones localizadas al exterior.

En el caso de *El Balconcillo* de Utero (Rosa, 1991 y 1994) el asentamiento se sitúa en alto, en un estrecho escarpe rocoso y, como el topónimo indica, dominando el cañón del río, en medio de un amplio meandro que permite uno de los escasos ensanchamientos de la cárcava que corta las calizas cretácicas. En el lado contrario, junto al río, se localiza la cueva de San Bartolomé con grabados rupestres atribuidos a la Edad del Bronce, y cuya autoría se asoció a las gentes que habitaron este *castro* (García Soto y Moure, 1982: 159).

En las últimas excavaciones se localizaron suelos de ocupación, en ocasiones superpuestos, de lo que parece ser fueron, al menos, dos cabañas de no muy amplias dimensiones, de planta definida como oblonga u oval, tendente a lo rectangular, que quedaban delimitadas, en un caso, por piedras y, en otro, por un rebaje en el suelo natural. Se documentó también un hoyo de poste que debió reforzarse con las piedras que lo rodeaban, así como restos de manteados de barro con huellas de improntas vegetales y un derrumbe de *adobes* y piedras quemadas. Bajo uno de los suelos del primer sector excavado, se cita el hallazgo de un silo. Estas evidencias como el resto de la cultura material e incluso los análisis radiocarbónicos, llevan a situar cronológicamente este asentamiento de modo coetáneo con el de *Los Tolmos*.

El tercer paralelo referido corresponde al yacimiento de *Carratiermes*, más conocido por los hallazgos de una necrópolis celtibérica. En este paraje también se localizaron restos de estructuras y diversos materiales correspondientes a asentamientos anteriores que cronológicamente se adscribieron, con un amplio encuadre cronológico, desde el Neolítico al Bronce Pleno (Garrido, 2000: 257). Aún cuando no se detalla una distribución de los distintos materiales a cada etapa, de la descripción de los hallazgos se puede deducir la contemporaneidad de dos posibles cabañas y los diversos silos que se comentan en la obra citada.

Al parecer, una de las cabañas se situaría en un nivel *infrayacente* al que se excavaron los hoyos funerarios de la necrópolis celtibérica, diferenciándose un rebaje

intencionado en la grava de la terraza fluvial y en la que se apreciaba un número indeterminado de hoyos de poste o pies derechos (¿5?). La planta de esta estructura se describe como oval con orientación nort-sur, situándose la puerta en el lado mayor del mediodía, dado que en este punto se localizó una gran laja que se interpretó como umbral. Esta primera cabaña se relaciona, según los autores que la estudiaron, con dos estructuras negativas de almacenaje, los silos 3 y 5, sin que se especifique las causas o motivos que permiten tal afirmación.

La segunda estructura esta alterada por la posterior actividad en la necrópolis protohistórica. En realidad, se trata de una sucesión de seis agujeros para postes, a lo

largo de unos diez metros, sin que fuera posible diferenciar ningún cambio de coloración ni composición del relleno que se sitúa a uno y otro lado de esta alineación ovalada.

Cronológicamente ambas estructuras y los silos se adscriben a lo que se denomina, genéricamente, como *poblado de la Edad del Bronce* y, por los materiales, los mejores paralelos se encuentran en el cercano poblado de *Los Tolmos* que apenas dista, a vuelo de pájaro, una legua. En todo caso, la presencia, entre los restos materiales recuperados, de una industria lítica variada y cerámicas típicas del campaniforme inciso ha hecho suponer su cronología en un momento ligeramente anterior al Bronce Medio.

Yacimiento	Entalle	Ø postes	Ø Huellas Manteado	Forma	Superficie	Hogar	Ø Hogar
<i>Torojones</i>	4/5	17 - 22	6-10 / 19-26	Retg.	8	Int.	80 x 40
<i>Parpantique 1</i>	6/9	10 - 18	11-14 / 20-23	Retg.	32/52	Int.	90 x 60
<i>Parpantique 2</i>	-	--	11-14 / 20-23	--	--	Int.	90 x 80
<i>Parpantique 4</i>	2	10 - 18	11-14 / 20-23	Retg.	32/52	Int.	100
<i>Cotorros</i>	23-24	10-15 / 25-30	10	Cuad.	20	Ext.	100
<i>Pico Romero 1</i>		10-20 / 25-40	Sin precisar	Elip.	10/13	Int.	60
<i>Tolmos 1</i>	25/30	18	13 - 14	Elip.	5,7	Ext.	56
<i>Tolmos 2</i>	30	25	13 - 14	Elip.	15		
<i>Balconcillo 1</i>		Sin precisar	Sin precisar	Oval	--		
<i>Balconcillo 2</i>	Si	--	Sin precisar	Oval	--		
<i>Carratiermes 1</i>	Si	Sin precisar	Sin precisar	Oval	--		
<i>Carratiermes 2</i>	--	Sin precisar	Sin precisar	Oval	> 20		

Figura 156 Características estructurales de las cabañas de la Edad del Bronce en el Alto Duero.

Podemos concluir, por tanto, que en la Edad del Bronce los hábitats del Alto Duero ofrecen unas características comunes, en cuanto a la forma, los materiales y las soluciones técnicas. Las peculiaridades de cada una se recopilan en el cuadro de la Figura 156, enumerando las estructuras de cada yacimiento y siguiendo la secuencia de la descripción⁴⁰.

Existe suficiente número de coincidencias como para pensar que se trata de un mismo modelo en el que se registra el siguiente proceso constructivo: antes de levantar la estructura se preparaba el lugar escogido. Si en los ejemplo calcolíticos y campaniformes el suelo se excava embutiéndose la habitación en el terreno, en las adscritas a la Edad del Bronce, la mayoría de las conocidas, la preparación consistía en un ligero raspado, apenas unos centímetros, para despejar el

terreno o un rebaje si se precisa nivelarlo. Una u otra acción presupone la existencia de un paso previo e intencionado, de una estrategia planificadora.

Con posterioridad, se alzaría la estructura *lignea*, con la colocación de una serie de postes o pies derechos que, con seguridad, en *Los Tolmos* e incluso en *El Pico Romero*, sujetarían otros elementos centrales de cubrera, mientras que en *Los Torojones* y *El Parpantique* y posiblemente en *Los Cotorros*, el entramado pudo haberse realizado con vigas perimetrales. En tal sentido el diámetro de los postes no parece condicionar un modelo u otro. Se ha podido contrastar la existencia de diámetros agrupados en rangos distintos que deben ser ejemplo de la selección de troncos más gruesos para soportar el peso de la estructura y de otros más finos para los entramados perimetrales.

En todos los casos parece confirmarse que las paredes estuvieron construidas con un entramado vegetal, cuyas dimensiones podemos rastrear en las huellas que han dejado en el manteado de barro con el que se recubría, al menos la cara exterior. El ejemplo más interesante, por la superficie conservada, es el de

⁴⁰ Detallamos las medidas en centímetros, a excepción de la superficie que, lógicamente, se recoge en m². No todas las referencias son uniformes ni exactas por lo que en ocasiones hemos establecido un rango que representa la mayor repetición, por lo que es posible la existencia, en tales casos, de medidas superiores e inferiores extremas. Los detalles pueden consultarse en las descripciones individualizadas tanto en este mismo capítulo como en el que explicábamos los resultados de las excavaciones (Vid 2.3).

Los Cotorros en el que se describe la existencia de huellas muy regulares de troncos o ramas de unos 10 cm de diámetro; en *Los Tolmos* las huellas se corresponden a diámetros que oscilan entre 13 y 14 cm; mientras que en *Los Torojones* y *El Parpantique* repiten la tendencia a agruparse en dos amplios rangos: el menor que oscila entre los 6 y los 14 cm si bien dominan los diámetros entre 10 y 14 cm, y el mayor entre los 18 y 26 cm de diámetro, predominando los valores intermedios entre 20 y 24 cm, aun cuando se han medido algunos de hasta 38 cm. La presencia de manteados, muy fragmentados, se repite en todos los yacimientos descritos, generalmente con secciones triangulares de cuña (la forma 2 de los denominados *adobes*). Posiblemente el revoco sólo fuera exterior como atestigua el lienzo de *Los Cotorros*, evitando el sobrepeso de la pared, siendo muy probable que con esa cara exterior se consiguiera el aislamiento del agua y del viento.

La forma de las cabañas tiende a la planta rectangular, si bien es probable que se mataran o redondearan las esquinas, lo que resulta constructivamente mucho más sencillo al evitar el encuentro de dos lienzos que, en tal supuesto, deben trabarse. Las evidencias que documentan esta solución no son precisas, pero en todo caso, sea de tendencia ovoide o elíptica, lo que sí es seguro es que todas las plantas superan la simplicidad de la forma circular. En cuanto a las dimensiones, se aprecia también, a excepción del caso de *El Parpantique*, una cierta uniformidad ya que las medidas más extremas oscilan entre los 5 y los 20 m² respectivamente, es decir, son estancias pequeñas. En tal sentido, pudiera deducirse que su finalidad era únicamente la del resguardo. Por el contrario, la presencia de hogares en el interior, p. e., en *Los Torojones*, *El Parpantique* y *Pico Romero*, junto a la existencia de compartimentaciones en algunas cabañas, p. e., en *El Parpantique*, parecen desechar tal hipótesis y sugieren que en el interior de estas chozas se realizaban además de las propias funciones vinculadas al hogar, la preparación del alimento y el aporte calorífico, otras actividades de producción y transformación de alimentos y tal vez otras (útiles, vestimenta...).

Estos aspectos, la forma y el tamaño, serán determinantes para explicar la existencia de distintos modelos de asentamientos y su duración, probablemente definidos por su funcionalidad, finalidad y estacionalidad.

Así, como ya hemos referido, la más que probable atribución del poblado de *Los Tolmos* a un pequeño grupo de pastores que se asientan preferentemente,

cuando no exclusivamente, de forma estacional en la temporada de primavera y verano, explicara con seguridad la presencia del hogar fuera de las cabañas (Jimeno y Fernández Moreno, 1991:101). Algo semejante, en cuanto al tamaño reducido del grupo y la presencia estacional daría sentido a la localización en *Los Cotorros*, tanto del hogar como de las alacenas o el pequeño depósito en el exterior de la cabaña, e incluso a la diferenciación, también exterior, de la zona de transformación y elaboración de útiles líticos e incluso de molienda.

Por el contrario, en *Pico Romero* no sólo la presencia del hogar en el interior de la cabaña sino la constante transformación y reaprovechamiento de los espacios, parece señalar un establecimiento más estable, seguramente a lo largo del año; igualmente ocurriría que en *Los Torojones* y, singularmente, en *El Parpantique* donde se dan todos los elementos para tal aseveración: cabañas de tamaño mayor, compartimentadas, presencia de depósitos de cereal y frutos como la bellota, que documentan actividades que deben realizarse a lo largo del ciclo anual.

La funcionalidad es difícil de categorizar por cuanto se infieren directamente de los vestigios reconocidos, de los datos aportados por la analítica y de la comparación con otras construcciones primitivas cuyas soluciones formales no pueden aplicarse directamente a los hallazgos prehistóricos sí bien constituyen experiencias sobre las que reflexionar. Sobre estos aspectos volveremos más adelante, una vez comprobemos las semejanzas o diferencias de los hábitats descritos con los conocidos en zonas próximas para momentos similares, y cuando hayamos profundizado en el estudio de la distribución de materiales.

6.2.3 Una comparativa de las unidades de habitación de la Meseta y el valle del Ebro

En general, los aspectos descritos para los espacios de habitación son repetitivos desde los primeros asentamientos documentados en el interior peninsular y hasta las etapas plenas o finales de la Edad del Bronce, aun cuando también es posible rastrear muchas de las características detalladas en momentos posteriores. Es aceptado y así se refería, que los hallazgos más antiguos se singularizan por las habitaciones circulares de pequeño tamaño en las que es común el rebaje del suelo y la presencia de agujeros de postes y fragmentos de barro con huellas de entramado vegetal.

Dejando al margen evidencias más latentes que palpables, tanto en el valle del Duero como en el del Ebro, se constata la presencia de estructuras de habitación de esas características coincidiendo con los espacios en los que al final del Neolítico y en los momentos iniciales del Calcolítico se erigieron monumentos funerarios (Delibes y Zapatero, 1996: 338-340; Palomino y Rojo, 1997: 250-252; Andrés et alii, 1997: 305-308). Al margen de estas generalizaciones poco más conocemos de aquellas habitaciones, si bien, por la localización de algunas, se deduce su carácter estacional y reiterado a lo largo de los años.

Recientemente hallazgos del área madrileña como los de *La Deseada* en Rivas-Vaciamadrid aportan nueva información que completa la descrita para esos momentos: una cabaña de planta circular y unos 30 m² de superficie, de la que se conservan la huella de los postes perimetrales y uno central, además de un hogar interior que en las sucesivas fases de reconstrucción o reforma fue amortizado; la cabaña estaba excavada en el terreno hasta una profundidad de 0,6 m. Entre los restos de los suelos se recogieron abundantes fragmentos de barro con restos de huellas vegetales (Díaz del Río, 2001, 166 y 167).

Con posterioridad, y atribuidos al Calcolítico se conocen un buen número de hallazgos que muestran una mayor diversidad, aún cuando las características básicas siguen siendo semejantes. Plantas excavadas en el terreno conocemos en *La Loma del Lomo*, en la vecina provincia de Guadalajara (Valiente Maya, 1997: 497). En este caso los espacios habitacionales se reconocen en el suelo rebajado en el manto de caliza, y en la presencia de hogares, algunos dentro de hoyas excavadas en el interior de la planta, con abundantes cenizas, así como en un interesante conjunto de piezas cerámicas que sitúan la utilización de la estructura a lo largo del Calcolítico, en una fase anterior a la de la principal ocupación del cerro.

En la misma zona se localiza la cabaña de *El Capricho* (Díaz del Río, 2001: 173-177), con planta de forma circular y definida por una zanja perimetral que delimita un espacio inicial de 12,5 m² y posteriormente se amplía hasta los 15,3 m². Al interior se hallaron tanto el hogar, que tiene distintas fases de acondicionamiento, como tres silos de distinto tamaño cuya funcionalidad se relaciona con el almacenaje de grano y que tiene una utilización diacrónica a lo largo de la vida de la cabaña. Por su parte el conjunto de *El Juncal*, con materiales tipológicamente contemporáneos del anterior, muestra una clara divergencia en la técnica constructiva. A pesar de que la información es muy fragmentada por lo reducido del área excavada, se

puede concluir (*Ibidem*: 184-188) sobre la existencia de, al menos, dos cabañas de tendencia circular con una superficie superior a los 28 m², y espacios rectangulares que pudieron haber sido complementarias. Destaca, en todo caso, su construcción mediante *encofrados* de *adobe*, creando verdaderos muros de *tapial*, reforzados con postes de madera. Asimismo se repite la presencia, en la considerada como segunda fase, de un suelo de arcilla apisonada de aproximadamente 10 cm de grosor que con posterioridad se calcinó.

En la vertiente septentrional del Sistema Ibérico, en las tierras abulenses del valle del Duero, se conocen también construcciones de habitación muy semejantes (Fabián, 1995: 173 y 174), en las que son comunes la adecuación de los suelos, la presencia de zanjas para cimentar o sujetar la base de los postes, las paredes que acomodarían una base de mampostería sobre la que se elevaría un entramado vegetal recubierto por mantado de barro y, en general, la existencia de hogares centrales en las habitaciones, generalmente de planta circular u oval y de pequeñas dimensiones.

En este sentido, son muy interesantes las estructuras reconocidas en la vertiente norte del Valle del Amblés que se encuadran a lo largo del tercer milenio, en concreto en los yacimientos de *Aldeagordillo*, *Los Itueros*, *Fuente Lirio* y *La Cantero de Halagas* (*Idem*, 2006: 389-391). En líneas generales, se repiten las plantas circulares, en los casos conocidos con superficies entre 6 y 8 m de diámetro, con un poste central en el que apoyaría la cubierta y junto al que aparece el hogar, tanto con reborde peraltado como sin reborde, y que suele estar construido mediante la superposición de capas de barro –arcilla– que alternan con otras de fragmentos cerámicos.

La variedad de cerramientos viene a confirmar que se trata de soluciones diversas que no responden a criterios cronológicos si no, seguramente, a la disponibilidad de materiales y la experiencia de los constructores, aun cuando carezcamos de información que permitiera suponer que son respuestas condicionadas por la funcionalidad diferente de los espacios. En *Aldeagordillo* se reconoce un zócalo de mampostería, mientras que en *Fuente Lirio* se describe la pared constituida por una sucesión de troncos recubiertos por una capa de barro, semejante a la de *Los Itueros*, si bien aquí los troncos quedarían fijados dentro de una zanja o surco excavado en el suelo. La peculiaridad tanto en este caso como en el anteriormente citado, sería el hecho de haberse quemado los troncos para, como describe Fabián, *endurecerlos*; mientras que en el caso de *La Cantero* o *Aldeagordillo* no se sometieron a la acción del fuego. En

lo relativo a las fosas o silos hay que recordar que se hallaron en el interior de las cabañas, si bien su presencia no parece ser una constante en este tipo de yacimientos.

En el resto de la cuenca del Duero y también en ambientes atribuibles al Calcolítico conocemos otros casos similares (Delibes *et alii*, 1995). En la zona zamorana destaca la presencia de abundantes restos de *adobes* en *Las Pozas* (Del Val, 1992: 50), y en *Las Cañamonas* o *Villardondiego* hogares asociados a los pisos de habitación (Larrén y Del Val, 1990: 339 y 334). Más cercano a la zona en estudio se conoce el hallazgo en Moradillo de Roa, de un hábitat calcolítico pre-campaniforme y que muestra, contrariamente a los ejemplos descritos con anterioridad, una planta de forma rectangular de unos 9 m², en parte excavada en el terreno y en parte levantada con tapial (Sacristán y Elorza, 1990: 251; Bellido, 1996: 107-108).

En las etapas finales del Calcolítico, cuando se confirma la presencia de cerámicas de tipo campaniforme, se mantienen algunos de los rasgos más comunes, como muestra la ya citada de *El Perchel* (Lucas y Blasco, 1980) localizada en el inmediato Jalón, o la también referida de *Pico Romero*, en la *ribera burgalesa* (Rodríguez Marcos, 2005 y 2009), cuya singularidad comentaremos más adelante.

Excavadas en el subsuelo y de tendencia oval son las cabañas del asentamiento campaniforme de *El Ventorro*, en el que se han reconocido restos de hasta tres estructuras de habitación (Priego y Quero, 1992). Una vez más se documenta la existencia de manteados de barro con huellas vegetales y algunos agujeros de poste. Destaca la cabaña 013, descubierta en la última campaña de 1981, que tiene una considerable superficie, más de 60 m², si bien parece cuestionarse la posibilidad de que este espacio estuviera cerrado, (Díaz del Río, 2001: 238-250). Otro ejemplo, también interesante, es el conjunto del *Camino de Las Yeseras*, en el valle del Jarama. En este caso se han identificado tanto las de planta oval e irregular, de unos 30 m² de superficie (Blasco *et alii*, 2005: 458-460), como otras circulares, con y sin zanja perimetral, con poste central o carente de él, pero siempre de menor tamaño que las anteriores (Liesau *et alii*, 2008: 103), conviviendo este espacio habitacional con otros funerarios, e incluso de producción, durante un dilatado marco temporal y, por tanto, con unas relaciones imprecisas.

Por el contrario, los datos que hemos recogido para yacimientos encuadrados en la Edad del Bronce convencional, reflejan habitaciones en las que se generaliza la planta de tendencia rectangular u oval,

resultando más extraña la planta circular y, sobre todo, su excavación en el subsuelo. En la Submeseta Norte, además de las señaladas, debemos recordar las más antiguas en su descubrimiento del poblado de *La Marisvela* en El Berrueco (Maluquer, 1958: 26-28). En el mismo caso se encuentra las famosas cabañas del poblado del *Cancho Enamorado* también en el conjunto del Berrueco, éstas datadas en la fase final de la Edad del Bronce, si bien parece necesario que la clasificación cronológica de estos conjuntos se revise (Abarquero, 2005: 43). En este caso, además de muchos elementos comunes a los descritos, cuentan con suelos pavimentados, hogares centrales y restos de enlucidos con huellas de entramados vegetales de los que se conocen diámetros que alcanzan los 9 cm (Maluquer, 1958: 46-55).

También de la provincia de Salamanca, en Forfoleda, se conoce un interesante yacimiento de los denominados campos de hoyos datado, este sí, en un momento pleno de Cogotas I (Martín Benito y Jiménez 1989). En el conjunto se singulariza una estructura de habitación definida por una treintena de agujeros de postes que ofrecen una planta elíptica u oval de unos 36 m², además de otros interiores que sujetarían la techumbre. A pesar de que las labores agrícolas habían arrasado el nivel ocupacional, la abundancia de manteados de barro con huellas vegetales hace suponer que su configuración fuera semejante a las que comentamos: un almacén vegetal recubierto de barro.

Hemos dejando, intencionadamente, otros dos ejemplos aparecidos en el valle del Duero por cuanto corresponden a conjuntos cronológicamente próximos a los que centran este estudio. El más antiguo es el conocido como la *factoría* de *Santioeste*, localizado al norte, ya en tierras zamoranas, junto a los humedales de Villafáfila. En un pequeño alomamiento junto a la orilla de la laguna se asentó un grupo de artesanos, en algún momento de la segunda mitad del tercer milenio AC., y se protegieron de la intemperie mediante la construcción de pequeñas cabañas de tendencia ovalada de apenas 8 m²—de las dos conocidas, la más completa ofrece unas medidas aproximadas de 3x2.5 m—. La estructura más completa queda delimitada por la existencia de cerca de una docena de huellas de postes, algunos de los cuales presentan calzos en su interior. Los abundantes restos de fragmentos de barro con improntas de entramado vegetal abocan al mismo esquema constructivo. Igualmente la presencia de un hogar al interior, ligeramente desplazado a uno de los laterales, resulta muy similar al esquema habitaciones de *Los Torojones*. También se constata la existencia de otros hogares en el exterior de la cabaña, si bien no se

precisa si pudieron ser huellas de otras estancias anteriores, o bien que convivieran los del interior y otros al aire libre (Viñé *at alii*, 1991; Delibes *et alii*, 1998: 162-167).

De similar antigüedad, conocemos otra estructura de habitación en el ya mencionado *Pico del Castro* en el tramo medio del Duero, inmediato, aguas abajo, al tramo final del Alto Duero. En realidad es la única estructura de habitación reconocida en un conjunto de casi cuarenta enclaves de la Edad del Bronce (Rodríguez Marcos, 2009:137-138). La cabaña que se documenta casi completa, sería de planta paracircular, con un eje mayor de 8 m, estando jalonada por la huella de 8 postes de considerable tamaño, entre 25 y 40 cm de diámetro, que penetraban hasta los 30 cm de profundidad. Un rasgo que se considera arcaico, por cuanto es común en ambientes calcolíticos, pero menos habitual en los hallazgos atribuidos a la Edad del Bronce, es que la habitación se excavara en la caliza de base o, mejor, techo del cerro, con una profundidad que alcanzaría en el punto más favorable los 50 cm. Esta solución técnica separaría este ejemplo constructivo de los del Bronce Antiguo cuando es más habitual realizar las mínimas tareas para conseguir un plano uniforme. También se documentó un hogar sobreelevado, de forma circular, de más de un metro de diámetro, aun cuando se sospecha que no debió utilizarse durante mucho tiempo. Como conclusión, el autor la adscribe al grupo campaniforme por la existencia de algunos vasos de esta típica decoración entre sus restos (*Idem*, 2005: 83-84).

Aún así, el modelo tampoco es el típico de los ambientes Calcolíticos con plantas circulares y poste central, sino que ofrece peculiaridades comunes con las de la Edad del Bronce, con plantas más largadas y apoyos externos.

Este modelo de estructura ligera parece generalizarse en distintos ambientes a lo largo de la Edad del Bronce. Así en Extremadura, después de la intensa ocupación calcolítica, se conoce la existencia de algunos poblados situados también en elevaciones estratégicas, caso del *Cerro del Castillo* de Alange, con cabañas de planta alargada, posiblemente oval, cuya delimitación se reconoce, en este caso, por la alineación de lajas de pizarra hincadas (Pavón, 1998a: 27).

En la vertiente oriental del Sistema Ibérico los paralelos son evidentes. En momentos cronológicos equiparables a los nuestros se aprecia, como se indicó, la generalización de los poblados en altura. En los asentamientos más antiguos las habitaciones son de planta rectangular y se recubren con manteados de

barro (Burillo y Picazo, 1991-92: 71). Para momentos ligeramente posteriores existen otros interesantes ejemplos, como *La Hoya Quemada*, con plantas rectangulares o cuadrangulares que raramente superan los 35 m², si bien, como novedad, aparecen los zócalos de mampostería que conservan, al interior, enlucidos y acabados enlucidos. Sobre esta base se apoyarían los paramentos manteados que cerrarían las estancias. La cubierta se apoyaba en postes verticales embutidos en la arcilla de los suelos o en los propios zócalos. En el interior de estas estructuras se conocen muros de arcilla que, sin alcanzar el techo, posibilitarían una compartimentación del espacio en el que destaca la presencia ya de bancos corridos que en algún caso fueron utilizados como vasar (*Ídem*, 1986: 11; Juste, 1990: 113).

La casuística parece ser compleja, existiendo paralelos que definen la convivencia de modelos distintos, aún cuando en general participan de unas características comunes. Así, también en el valle del Ebro, en su área próxima al Sistema Ibérico, se conoce el interesante poblado de *Moncín* con una secuencia casi completa de la Edad del Bronce. Las estructuras de habitación (Harrison *et alii*, 1994: 143-147) generalizan la planta rectangular o cuadrangular, con basamentos o zócalos de piedra sobre los que se levantarían muros o cierres de adobe o entramado vegetal. Asimismo, se documenta la existencia de postes y vigas de madera, de diámetros menores a los 20 cm, ocasionalmente trabajadas para alisar una o varias caras. Al interior de estas construcciones solo fue posible reconocer la existencia de suelos de tierra batida y, en dos casos, simples hogares, carentes de cualquier tipo de estructura. En cuanto a la utilización de estos espacios poco se conoce, tan sólo la estructura F121 en el Corte X y la F201 del Corte IX contenían pesas de telar, que llevan a presuponer la actividad textil. Del mismo modo, las soleras junto a los hogares se interpretan como zona para la preparación de comida.

Por el contrario, en el mismo ambiente y encuadrado en un momento anterior, del Bronce Inicial o Medio, se describe un fondo de cabaña de planta oval en la *Balsa la Tamariz*, en Tauste, localizado en un típico campo de hoyos, si bien en las proximidades, a escasos 200 m y en una suave loma, se reconoce la existencia de un posible poblado con estructuras de cimentaciones de plantas rectilíneas (Rey y Royo, 1993: 23-26).

En suma, parece evidente que las estructuras de habitación reconocidas en los poblados que se presentan participan de rasgos comunes a otras de la Edad del Bronce, principalmente las reconocidas en el

Valle del Ebro t, en todo caso, que se alejan del modelo habitual en las etapas inmediatamente anteriores.

Las nuevas construcciones evidencian la división en estancias y, a lo que parece, en distintas actividades cuyo desarrollo abarca el ciclo anual completo. Por ello, a la vista de los datos manejados, es sugerente el plantear que los grupos que ocuparon los cerros en la zona del Alto Duero, en un momento inicial de la Edad del Bronce, distribuyeron intencionadamente las estancias, lo hicieron con una estrategia planificada. Ello permitiría pensar que estos poblados pudieron estructurarse, organizarse, según las diversas áreas funcionales. Será necesario, en todo caso, avanzar en el análisis conjunto del resto de estructuras y materiales para poder confirmar o matizar estas cuestiones y ver, p. e., la relación de estas estructuras de habitación con las de almacenamiento.

6.3 Los silos

6.3.1 Testimonios en los yacimientos del Bronce Antiguo en el Alto Duero.

Otro de los rasgos comunes a todos los yacimientos del Bronce Antiguo del Alto Duero en estudio, *El Parpantique, Los Torojones, Los Cotorros y Pico Romero*, es la presencia de estructuras excavadas en el suelo. Además de los agujeros de postes de las cabañas, se ha documentado una amplia serie de pozos u hoyos, de diferentes formas, dimensiones y agrupaciones.

El mayor número y variedad se halló en *El Parpantique* donde se documentaron seis estructuras negativas enumeradas de P1 a P6, en una superficie excavada de 20 m², en el denominado Corte 5. En realidad se trataba de siete estructuras, una más, si se considera que el pozo P2 cortaba y se superponía, en parte, a otro anterior que se enumeró como P2bis. Este dato es ciertamente interesante ya que, como luego veremos, es la única ocasión en la que se produce una superposición y, por tanto, la posibilidad de reconocer una mínima secuencia cronológica para este tipo de estructuras que no tienen relación directa con las habitaciones, aunque aparecen en un espacio próximo.

En todos los casos se habían excavado en el manto natural, con una profundidad que guarda cierta relación con la anchura de la boca paracircular, definiendo un perfil más o menos cilíndrico. El tamaño es uno de los aspectos claramente variable, pudiendo agruparse los siete ejemplares en tres segmentos tipológicos. Los

más grandes, P2 y P3, muestran anchuras y profundidades que oscilan entre 1 y 1,30 m de diámetro, y se hunden en el manto natural hasta alcanzar los 0,90 m. El segundo grupo, P4, P5 y con mucha probabilidad P2bis, tienen diámetros que oscilan entre 0,45 y 0,60 m, y profundidades similares, 0,50 y 0,60 m. Aún hay otros de menor tamaño, en proporción la mitad que estos últimos, P6, y un último ejemplar, P1, mal conocido por cuanto su hallazgo coincidió con el ángulo interior del corte.

No debieron tener más profundidad que la conservada porque la superficie del manto sobre el que se excavaron muestra signos de preparación y adecuación para proteger estas estructuras. En este sentido, en el entorno de la boca del pozo P2/P2bis se diferenciaron cuatro entalles de planta cuadrangular, de 0,25 por 0,25 m, el mejor conservado, y apenas unos centímetros de profundidad (Figura 46). Suponemos que se trata de las huellas de sendos pies derechos de madera en que apoyaría una cubierta o elemento aéreo que debió proteger la boca de la estructura. Más evidente resulta la preparación de un pequeño canal o entalle, posiblemente para la evacuación del agua, que se refleja en la sección entre P2bis y P3 o el rebaje exterior que destaca en el borde de P4, en los límites de los cuadros 67AL' y 67AM' (Figura 47).

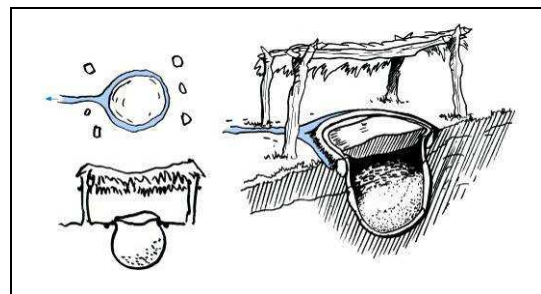


Figura 157 Reconstrucciones idealizadas de las soluciones documentadas para la protección de la boca de los silos.

Todos estos pozos contaban con rellenos estratificados que contenían, al igual que la capa superficial que los cubría, elementos de barro y fragmentos cerámicos, escasos huesos y piedras de distinto tamaño, además de capas cenizas que indicaban la existencia de algún fuego que probablemente en algún caso, fuera el causante de su destrucción.

En este sentido comentábamos, al describir P2bis, la presencia de una capa de cenizas que se superponía a otras dos, una inferior de tierra suelta que contenía fragmentos cerámicos realizados a mano, y una

segunda caracterizada por la inclusión de fragmentos de barro, *adobes* y madera carbonizada (un tipo de *Quercus*, posiblemente un quejigo) correspondiente, casi con toda seguridad, a uno de los postes mencionados. Por su parte, la capa superior de cenizas quedaba cubierta por otro nivel, arqueológicamente estéril, constituido por un fino sedimento de limo arcilloso de color amarillento, semejante en textura y composición al que se reconocía superpuesto a las estructuras de habitación.

Por el contrario, en P3 se halló, bajo una primera capa con restos cerámicos exclusivamente realizados a mano, otra menos gruesa que contenía, claramente, cerámicas torneadas, y a ésta le seguía otra, de mayor grosor, con abundantes cenizas y escaso material, y, finalmente, una última, potente, constituida por tierra más compacta y húmeda con abundantes piedras hasta alcanzar la base del pozo, regularizada y nivelada. Es de destacar que, en este caso, la boca cortaba, claramente, la capa arcillosa que se superponía sobre el manto natural, denunciando una cronología más moderna, ratificada por el material de relleno y que confirma, en cualquier caso, la existencia de, al menos, dos momentos distintos en la utilización de estas

estructuras en *El Parpantique*: uno prehistórico y otro de época medieval, coincidentes ambos con las fases de ocupación diferenciadas.

En *Los Torojones* se documentaron otras dos estructuras en el Corte 3, en una superficie excavada idéntica, de 20 m². De nuevo el tamaño de los hoyos era variable, pudiéndose inscribir un ejemplar a cada uno de los dos tipos mayores diferenciados en *El Parpantique*. El más oriental del Corte 3, recortado en una capa de derrubios sueltos y disgregados del manto natural, definía una planta circular de unos 0,80 m de diámetro y apenas 0,32 m de profundidad en el lado más favorable. El más occidental con una planta ovoide de aproximadamente 1,70 por 1,50 m, y una profundidad similar, 0,30 m, también se había excavado sobre el mismo manto disgregado. En este caso se conservó una alineación de piedras, montadas en seco, que se suponen un recrecido que correspondería, en uso, a la pared del silo. La cota superior de esta alineación se elevaba 0,50 m sobre el encachado conservado (0,80 m en total), alineándose con la cota del suelo endurecido localizado en extremo más occidental del mismo corte, cuadro 42A, y con el de la cabaña aparecida en el inmediato Corte 4.

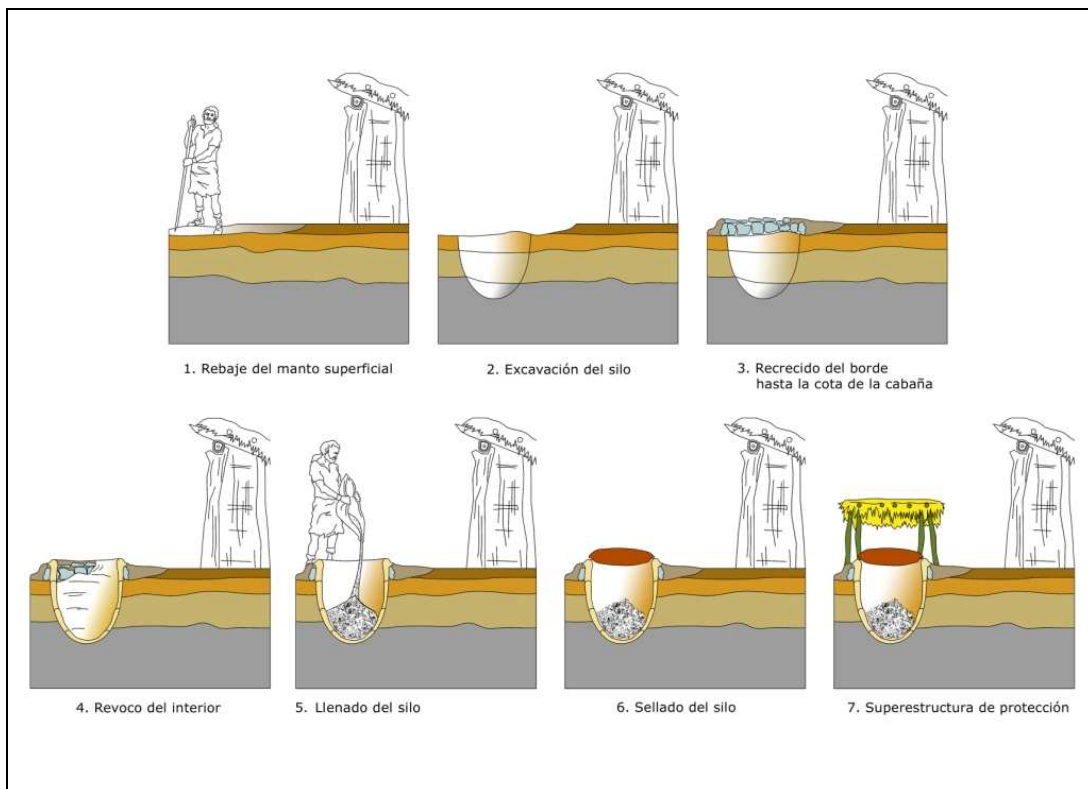


Figura 158 Esquema idealizado de la construcción y utilización de los silos en los poblados del Bronce Antiguo.

En este último caso se puede reconstruir el proceso constructivo, diferente de los restantes. Posiblemente para la construcción del pozo se excavó una amplia zona hasta alcanzar el manto natural en el que se entalló la base, y se levantó un murete de delimitación, procediéndose posteriormente a rellenar el espacio exterior del mismo. Las pequeñas lajas con las que se construyó la pared procederían de la capa descompuesta del manto natural, lo que explicaría los rebajes o surcos que se aprecian en los cuadros 38-40/A-B, limitrofes con el silo (Figura 80).

Desgraciadamente este proceso no es más que intuido a partir de los datos recuperados, dado que no pudimos reconocer las diferentes unidades estratigráficas, tan sólo se diferenciaba una única capa de tierra suelta con no muy abundante material arqueológico.

En todo caso, parece evidente que la coincidencia de cotas entre el mencionado suelo de habitación, el ángulo superior del recrecido y el extremo superior del primer silo descrito, con el que apenas hay una diferencia de 5 cm, marcan el suelo de ocupación del poblado y la cota a la que se situaría la boca de estos silos.

Por el contrario, es cierto que falta cualquier evidencia que permita conjeturar sobre la sincronía de estas estructuras, así como, una vez más, sobre la relación entre la zona de almacenaje y del hábitat, pese a su proximidad con la cabaña del corte 4. En ambos pozos el relleno era uniforme; además de los característicos derrubios en los que se recortan, era mezcla de tierra suelta, piedras de menor tamaño, fragmentos cerámicos realizados a mano y restos de barro cocido. Ahora bien, tampoco existe argumento alguno para sospechar que las estructuras correspondan a momentos diferentes a la ocupación prehistórica. Al comentar la distribución de los elementos de ajuar doméstico, no aparecían ni en el interior de estas estructuras ni en las inmediaciones del Corte 3 o del Corte 4, por tanto en la zona de los silos y de la cabaña, piezas de cronología distinta a la prehistórica, habiendo documentado las evidencias históricas en otras zonas del cerro.

En *Los Cotorros* se describe el hallazgo de un único pozo, de 1.80 m de diámetro y apenas 0,55 m de profundidad, si bien tiene la singularidad, según sus descubridores, de ensancharse en la base hasta alcanzar los dos metros de diámetro. Asimismo, se diferenció en la base del relleno una alineación de piedras de mediano tamaño, a modo de murete, que dividiría el silo en dos partes de igual volumen. El

relleno de tierra suelta contenía abundantes cenizas, siendo raros los fragmentos cerámicos u otros residuos domésticos, por lo que se descarta su reutilización como basurero (Benito et alii. 2001)

Concluimos este apartado refiriéndonos a los silos aparecidos en la plataforma inferior de *Pico Romero*. Sus excavadores hacen referencia a la existencia de dos hoyos de planta circular de 0,60 y 0,45 m de diámetro y unos alzados apenas conservados de 10 y 20 cm. Están excavados en la roca por lo que fue posible reconocer su base plana y, si bien la fuerte erosión que presenta el yacimiento no posibilita delimitar su perfil, las paredes se describen como ligeramente cóncavas. El relleno no presentaba elementos arqueológicos y aparecían recubiertos por una capa que contenía abundantes fragmentos de tapial que evidencia la existencia de un nivel de ocupación superior y, con toda probabilidad, desplazado (Palomino y Etxeberria, 1994; Rodríguez Marcos y Palomino, 1997), por lo que se asegura, confirmando la apreciación de los demás casos, la nula relación entre cabañas y silos, localizándose a áreas próximas pero independientes.

6.3.2 Comparativa de las estructuras de almacenaje en el interior peninsular durante la prehistoria reciente.

Además de los agujeros para asentar y sustentar los postes de las cabañas, los rebajes para adecuar y preparar el suelo de las mismas o los hogares, una de las estructuras más constante en el registro arqueológico son hoyos como los descritos y que habitualmente han sido denominados, según la funcionalidad que se les atribuyera, silos, basureros o incluso fondos de cabaña.

En la Península Ibérica su presencia es habitual en muchos yacimientos de ambas Mesetas, en los valles de los ríos meridionales o en el Valle del Ebro, no siendo tampoco extraños en distintos ambientes europeos. En el interior peninsular la historiografía, la controversia sobre su significado y funcionalidad y aún sobre su cronología, fue acometida por Martínez Navarrete (1988: 883-910) en su estudio sobre la Edad del Bronce. Posteriormente los hallazgos de la Meseta septentrional fueron tratados monográficamente (Bellido, 1996).

Sirva por tanto recordar que estas estructuras negativas tienen una presencia constante en el territorio, siendo muchas veces la única que se conoce.

Se generalizan desde los primeros estadios en los que se documenta la producción agrícola hasta las etapas finales de la Edad del Bronce, conociéndose su perduración en etapas posteriores incluso hasta momentos avanzados del medioevo, si bien con unas características e intensidad ciertamente distintas.

En la zona del Alto Duero no son precisamente las manifestaciones más comunes, aún cuando existen distintos ejemplos. Para yacimientos con cronología similar a los que se estudian, el hallazgo más reciente es el de la cueva *La Maja* cuyas características llevaron a clasificarlos, por el contexto de su aparición, como depósitos rituales, en paralelo con otros de la *Galería del Sílex* de Cueva Mayor (Ibeas de Juarros, Burgos) o *Los Enebralejos* (Prádena Segovia) (*ibidem*: 46). Recientemente, al publicar el estudio de la cavidad soriana se ha confirmado el carácter doméstico y de acopio que tiene los hallazgos de cerámicas que contenían grano y se depositaron en pequeños hoyos, en la denominada *covacha* (Samaniego et alii, 2002: 16 y ss.).

En yacimientos al aire libre se conocen otros ejemplos. Se había referido con anterioridad un silo hallado en el yacimiento de *El Balconcillo* de Utero, bajo uno de los suelos de habitación del primer sector excavado (Rosa, 1994), sin que por desgracia tengamos mayores precisiones sobre sus características. Destaca, en todo caso, el hecho de que se localice inmediatamente debajo de una cabaña o zona de habitación, si bien tampoco podemos conocer el grado de vinculación entre una y otra estructura, no descartando que la estructura de habitación pudiera haber invadido el espacio de almacenaje, amortizándolo, a causa de una necesaria reestructuración del poblado, en un proceso similar al descrito para el caso de *El Pico Romero*.

En la excavación de la necrópolis de *Carratiermes* en Montejo de Tiermes, aparecieron otros dos silos, próximos a una alineación de postes de una cabaña de planta ovoide y cronológicamente atribuida a un momento poco preciso del Bronce Pleno (Bescós 1992: 2006; Garrido, 2001: 251-260).

Claramente diferenciados de los anteriores, los de *Los Tolmos* de Caracena, corresponden a sendas fosas de inhumación. En un caso, la de un joven en posición fetal en un pozo de apenas 0,40 m de profundidad y de un metro de longitud máxima en su plata ovalada, que se asocia al ámbito doméstico (Jimeno y Fernández Moreno, 1991: 21); la segunda fosa (Jimeno, 1984: 190-193), de mayores dimensiones, alejada de la zona del hábitat, contenía una inhumación doble-triple, dos

adultos y un neonato, en un modelo semejante a otros del horizonte Cogotas, según demuestra su semejanza con el enterramiento vallisoletano de *San Román* de Hornija (Delibes, 1978: 225-238).

Finalmente recordamos un cuarto yacimiento, geográficamente próximo al anterior, también en el reborde suroriental de la zona de estudio, en la localidad soriana de Arenillas. En este caso se trataba de un *siló* cuya profundidad superaba los 1,75 m, con una boca de 1,55 m y 0,97 m de fondo, coincidiendo el mayor diámetro de 1,75 m con la panza. Contenía materiales fechados hacia el siglo X–XI de nuestra Era, por tanto de una cronología mucho más reciente que los descritos en líneas anteriores (Fernández Moreno, 1990b: 305).

Tan exigua muestra no refleja la abundancia de yacimientos con campos de hoyos que alcanzaba los veintitrés enclaves en el valle del Duero en la síntesis citada de 1996 para yacimientos del III y II milenio (Bellido 1996: fig. 41), y que sólo son una muestra de un conjunto que hoy es mucho más numeroso (Abarquero, 2005; Rodríguez Marcos, 2009). Del mismo modo, los hallazgos del Alto Duero difieren notablemente de otras zonas, en lo relativo al grado de concentración y agrupación, que es otra de las características de estas estructuras. Así se constata, centrándonos sólo en algunos de los más próximos del valle del Duero, en el yacimiento palentino de *La Huelga*, donde se documentaron 109 estructuras, varias yuxtapuestas, en una extensión reconocida de 0,62 Ha y con evidencias que llevan a suponer dos momentos para su construcción y utilización: uno campaniforme y otro del Bronce Medio (Pérez Rodríguez et alii, 1994: 12-18). En la provincia de Valladolid tenemos el ya citado de *La Requijada*, en San Román de Hornija, donde se dibujan otra decena de hoyos, entre otros la fosa con las inhumaciones citada, en una superficie excavada de 0,25 Ha y cuya cronología queda fijada en un momento pleno del complejo Cogotas I (Delibes et alii, 1990: 64-70). Ligeramente anterior, pero también en el Bronce Pleno, se inscriben los hallazgos del *Teso del Cuerno* (Forfoleda, Salamanca), un asentamiento con un único momento de ocupación, en el que se reconocieron cerca de un centenar de hoyos, algunos de los cuales conservaban vasijas con grano de cereal (Martín Benito y Jiménez, 1989). Todos ellos coinciden en una disposición anárquica o al menos sin un patrón reconocido que permita su explicación, pero próximos, en todos los casos, a estructuras o elementos de hábitat con los que no es posible establecer una relación vinculada.

Estas características, la proximidad a estructuras de habitación y la densidad, se repiten en zonas próximas para las mismas etapas cronológicas y aún otras anteriores. Es el caso del madrileño poblado de *El Ventorro*, situado en una terraza media del río Manzanares. En una superficie próxima a las 0,23 Ha, se exhumaron más de veinte estructuras negativas, básicamente interpretadas como silos y fondos de cabaña, que cronológicamente se atribuyen a dos momentos del Calcolítico, definidos por la presencia o ausencia de la cerámica campaniforme. (Priego y Quero, 1992).

Más exclusivo, hasta la fecha, es el caso del asentamiento de *La Loma del Lomo* en el valle del Henares. Este yacimiento se sitúa en una amplia y alta plataforma que domina las tierras bajas de las vegas limítrofes. La excavación afectó a una superficie de 1,8 Ha en la que se documentaron 149 hoyas o estructuras negativas agrupadas formalmente en dos tipos repetitivos: las de paredes rectas y forma cilíndrica, y las de paredes cóncavas con un estrangulamiento más o menos marcado junto al borde, todas ellas distribuidas, de nuevo, de forma aleatoria. Aún cuando se reconoce una de ellas como una estructura de habitación, la mayoría de las hoyas tienen una interpretación tradicional como silos o basureros, destacando también su utilización como fosas de inhumación de, al menos, 24 individuos (Valiente, 1992 y 2001).

Es evidente, por tanto, que no sólo extraña en el Alto Duero el bajo número de yacimientos de campos de hoyos sino que, además, cuando se documentan, la densidad de hallazgos se muestra muy alejada de los porcentajes habituales que ofrecen medias que, extrapoladas, oscilan entre las 40 y las 161 estructuras por hectárea en el valle del Duero y más próximas a los 80 ejemplares en los yacimientos situados al sur del Sistema Central. La razón que explique esta baja densidad de hallazgos y de concentración puede corresponderse a tres cuestiones básicas: el determinismo de las condiciones medioambientales y sobre todo geomorfológicas, diferentes estrategias económicas o el hecho de que se hayan producido menos excavaciones y, por consiguiente, falte un mejor conocimiento de los asentamientos correspondiente a los primeros milenios antes de nuestra Era.

En cuanto a la primera razón, las condiciones geomorfológicas, no parecen ser la causa determinante; bien al contrario, su hallazgo en todos los poblados excavados anulan este supuesto, al igual que otros hallazgos en zonas de terraza baja o vega como *Los Tolmos* o los de *Carratiermes*.

En el segundo supuesto, pudiera ser que se compararan conjuntos de épocas distintas con distintas estrategias económicas y consecuentemente con respuestas de almacenaje o consumo diferentes. La mayor densidad de silos parece coincidir con las etapas calcolíticas y de la plenitud del Bronce en zonas de penillanura y no tanto en ambientes serranos o intermedios de contacto, por lo que habrá que esperar a conocer nuevos hallazgos que permitan contrastar esta hipótesis que no parece, en todo caso, argumento suficiente para explicar esta cuestión.

En lo relativo a la intensidad de las excavaciones es cierto que, aun cuando el número de campañas de investigación que se realizan en el territorio no es bajo, la superficie excavada no es muy grande por lo que, previsiblemente, pudiera ser una de las causas del bajo número de hallazgos: cuanto menor superficie menor probabilidad. Tampoco la cifra de intervenciones derivadas de la realización de grandes obras públicas, explotaciones industriales, o instalación energéticas, es alta y en estos casos sí que se producen importantes movimientos de tierra con lo que la probabilidad de reconocer este tipo de estructuras excavadas en el subsuelo y de difícil localización en prospección se multiplica. Sin embargo en el Alto Duero si se han realizado obras públicas menores, canalizaciones de gas, instalación de aerogeneradores y la apertura de vías de acceso y evacuación, que suelen dar como resultado el hallazgo de este tipo de estructuras (Palomino y Rodríguez, 1994b, nota 1).

En suma, aun cuando considerando que puede haber habido un volumen de intervenciones menor, el número de hallazgos es porcentualmente bajo. Contrariamente, las últimas excavaciones vienen confirmando la existencia de este tipo de hallazgos, por lo que es evidente que se trata de un aspecto mal documentado que con seguridad será aclarado con el avance de la investigación.

Así, en el extremo más oriental del Duero, en un espacio intermedio entre el valle del Duero, el Ebro y el Tajo, se ha confirmado su existencia. En concreto, en la zona de Ambrona, el yacimiento de *La Lámpara* aportó un considerable número de los de tamaño medio o grande, que se sitúan entre los más antiguos vestigios neolíticos del interior Peninsular (Rojo y Kunst, 1999. 505-508). En las inmediaciones, también en la misma cabecera del valle del Jalón, también se conocen en el yacimiento de *El Tormo* en la localidad de Fuencaliente de Medina, en este caso con estructuras semejantes, morfológicamente, a las de tamaño intermedio, pero cronológicamente asociadas a un asentamiento desarrollado a la sombra de una atalaya cuya

cronología quedaría determinada por la abundante cerámica islámica (Fernández Moreno, 1990b: 307; Heras, 1994: 310).

Traemos a colación ambos ejemplos por cuanto, en los límites de la zona de estudio, marcan las etapas más extremas en las que son conocidas estas construcciones y, a la vez, ofrecen, junto a los ejemplos descritos, la oportunidad de comprobar que tanto su forma como su tamaño no quedan determinados por su atribución cultural, sino que sus diferentes características deben responder, por tanto, a otros criterios entre los que deben considerarse el de la utilización y finalidad prevista, las singularidades del suelo en el que se embuten y la climatología que previsiblemente debían soportar.

Ante dicha diversidad y variedad tipológica y cronológica, debemos señalar que los ejemplares de *El Pico Romero* o *Los Cotorros* no ofrecen ninguna duda sobre su atribución prehistórica ya que, recordemos, solo tienen evidencias de ocupación en una única fase más o menos prolongada. El resto de los pozos documentados en el Alto Duero pueden haber sido construidos o utilizados por gentes de distinta cronología y cultura, dado que en los yacimientos en los que aparecen se constatan vestigios de distintas épocas. Por ello creemos necesario distinguir aquellos pozos que puedan fecharse en el momento que nos ocupa antes de poder definir las características de los mismos.

Dentro de la zona de estudio y de acuerdo a lo señalado, las fosas de *Los Tolmos* no ofrecen dudas sobre su atribución prehistórica, pese a las ocupaciones tardorromana y medieval superpuestas. En el caso de la fosa con inhumaciones, la semejanza con la tumba de *San Román* de Hornija, el que todo el relleno fuera de material similar al del poblado del Bronce Medio, así como que en el nivel superior que sellaba su boca se localizara una inhumación paleocristiana, son argumentos claros para su adscripción prehistórica. Ninguna duda plantea tampoco el caso de la inhumación simple que apareció cubierta por el derrumbe de las paredes de la cabaña prehistórica.

Más difícil resulta la atribución de las fosas de *Carratiermes*. Su disociación con los restos de la incineración y los ajuares celtibéricos esta fuera de toda duda, aun cuando la estratigrafía no posibilita una seriación. En esta línea hay que recordar que, efectivamente, se señala que el relleno, además de por la presencia de elementos de barro, está caracterizado por escasos fragmentos líticos y cerámicos prehistóricos, que aunque se relacionan sin describir su

distribución, cuenta con la presencia de un elenco de fósiles guía que caracterizan indistintamente la etapa Neolítica, la Ciempozuelos y la Edad del Bronce.

En Balluncar es claro que existen estructuras negativas que deben adscribirse a la etapa medieval, como P3 cuyo relleno contenía cerámicas torneadas. Asimismo, P2 es secante a P2bis, por lo que su mayor modernidad esta confirmada, si bien se desconoce el tiempo transcurrido entre la construcción de uno y otro. Dado que los rellenos no son diferentes y que el tamaño o forma tampoco es definitorio para su adscripción, sólo nos queda verificar su atribución atendiendo a las evidencias de la seriación estratigráfica. Al respecto, ya habíamos alertado sobre la existencia de una capa arcillosa, de color amarillento, arqueológicamente estéril, que se superponía en determinadas zonas a los rellenos de las cabañas así como a las bocas de varios silos. Su tamaño y presencia no es regular pero su diferenciación era ciertamente fácil, correspondiendo a la degradación de manteados o estructuras de barro que permanecieron durante un prolongado tiempo a la intemperie. Esta capa, reflejo del abandono del poblado prehistórico, recubría las bocas de los pozos P2bis, y P4. En el caso de P5 parece sellado por la misma capa, si bien rehundida, posiblemente al asentarse el relleno que muestra en su mitad superior abundantes piedras de mediano tamaño. Por el contrario, las bocas de P1, P2, P3 y P6 recortan claramente la citada capa de sedimentación por lo que se confirmaría su correspondencia a una etapa más moderna que hay que atribuir, por la necesidad de haber transcurrido un periodo largo para su formación y depósito, y sobre todo por la presencia en alguno de los rellenos de cerámicas torneadas, a la ocupación medieval del cerro.

Este argumento estratigráfico es el mismo que permite atribuir los entalles en la superficie de la roca, rodeando la boca de P2bis, a la etapa más antigua, si bien no queremos ocultar nuestra extrañeza en que el aparecido entre los cuadros 67-AF/AG' se superponga a la propia huella del pozo; a su favor debemos señalar no solo el recubrimiento de la capa arcillosa en los más meridionales, que no muestran ninguna alteración posterior, sino también la presencia de madera carbonizada que interpretábamos como un posible pie derecho que sustentara algún elemento de cubierta. Del mismo modo, el entalle o canaleta de evacuación diferenciado en 65/67-AG' o el reborde entallado de P4, en 67-AL/AM', quedaban recubiertos con la misma capa y deben considerarse elementos del momento más antiguo.

La presencia, entre las formas y tipos de los barro localizados en *Los Torojones* (Figura 48, 1.2), de un

borde con entalle exterior recuerda la misma singularidad que la que referida para el borde de P4 de Balluncar. En el cerro de Morcuera los dos pozos o silos presentaban unas dimensiones distintas, si bien en ambos parece evidente su recrecido mediante paredes de mampuesto, que no hay que desechar estuvieran recubiertas de barro para asegurar su aislamiento, lo que parece muy probable, ya que la mayoría de los elementos de enlucido correspondientes al tipo 1 de los elementos de barro, fueron recuperados en el entorno del Corte 3, donde se localizaron precisamente los silos (Figura 79). La ausencia de cualquier objeto atribuible a época medieval dentro o en la inmediaciones de los pozos (Figura 98) y la distribución de los materiales en la superficie del cerro, que ya ha sido comentada anteriormente, llevan a considerar las estructuras de *Los Torojones* coetáneas de la cabaña prehistórica, y por tanto añadir el revoco interior de barro como otra de las características de estos pozos.

Al respecto hemos de recordar que las fotografías que reproducen los silos del *Alto* de Balluncar permiten comprobar la descripción que los vecinos hicieron de las estructuras similares que destruyeron. Esto es: que aparecían forradas por una capa de barro alisado y que la boca estaba redondeada. Observando la fotografía de mayor detalle de la Lámina 1, y examinando los restos recuperados y clasificados como forma 1.1 – cuyas medidas se transcriben en los anexos 1 y 6–, se observa que la boca del silo muestra una terminación cóncava, que el revoco que cubría las paredes estaría realizado con tiras o tongadas de barro, de 8 a 12 cms de ancho, y que sus extremos ofrecían un remate respectivamente convexo y cóncavo en la parte inferior y superior para su ajuste, es decir que la forma o tipo 1.1 sería la utilizada para construir las paredes estas estructuras.

La última de las tiras o tongadas dispondría, al exterior y como todas, el extremo superior cóncavo, redondeado por lo que su tratamiento para ajustar el borde del silo al terreno precisaría de un alisado que proporcionaría un perfil similar al fragmento que permite definir el tipo 1.2, facilitando el consiguiente cierre y aislamiento de la estructura.

La presencia de revocos, careados o manteados de barro en el interior de las pareces e incluso en la base de los pozos o silos no es un tema novedoso, si bien nunca ha podido contrastarse con la exhumación de un elemento completo. Además de reconocer restos de revocos que nos llevan a suponer un tratamiento de este tipo los casos de Balluncar y Morcuera, veíamos que, en el Alto Duero, también existen indicios entre los rellenos descritos en los hallazgos de *Carratiernes*.

Entre los *silos* localizados en el Duero Medio la presencia de revocos de barro se repite, por lo que puede considerarse como una de sus características: probables manteados se citan en Dueñas (Pérez Rodríguez *et alii*, 1994:12) asociados a las estructuras negativas del sector más antiguo, campaniforme; en Fuentecén (Palomino y Rodríguez Marcos, 1994b: 62) en un contexto de formación o inicio de Cogotas I; o en Barcial del Barco en un momento pleno del mismo contexto, aun cuando en los niveles superiores del relleno se constata la presencia de cerámicas de tipo celtibérico (Rodríguez Marcos y del Val, 1990: 201-202; Abarquero, 2005: 44-46).



Figura 159 Recreación sobre la construcción de un silo.

Ya fuera de la Submeseta Norte, en la vertiente contraria del Moncayo, conocemos la referencia a un silo que presentaba las paredes forradas con una arcilla amarilla (Harrison *et alii*, 1994: 83). Esta secuencia de referencias que no es ni mucho menos exhaustiva, viene a contradecir la opinión más reciente de Díaz del Río (2001: 140) quien supone el acondicionamiento mediante arcilla como una técnica poco frecuente, constatada en el centro Peninsular, en el asentamiento calcolítico de *El Juncal* (*Ibidem*, 187, Fig. 34), en donde en el fondo 1 se confirma la aplicación de una capa de 10 cm de grosor.

El hallazgo de *La Muela* de Alarilla parece apuntar en una dirección distinta. En la plataforma superior de un destacado cerro atribuido a un momento formativo de Cogotas I por no estar representada la técnica de boquique y la excisión, se localizaron pozos de almacenaje, de los cuales algunos tuvieron, al parecer, las paredes de piedras cogidas con un mortero cenizoso (Méndez y Velasco, 1988), lo que parece confirmar la existencia de distintas variantes, más o menos complejas técnicamente, para resolver los

problemas de humedades y estanqueidad que requerirían estas estructuras para su correcta eficacia.

Pero en realidad esta característica no tiene por que ser compartida por todos los hoyos, ni de la misma época ni de distintos territorios. Los trabajos descriptivos y experimentales, ya clásicos para la Edad del Hierro, de Bowen y Wood (1968), y Reynolds (1974 1979 y 1990), o las crónicas y referencias para etapas más modernas de Sigaut (1979) o los clásicos de Alonso de Herrera (consultado en Bellido, 1996) sirven de referencia para determinar las características y complejas posibilidades de los silos de la Edad del Bronce del interior peninsular, tal como ha sido recopilado en estudios de síntesis (*Ibidem*; Díaz del Río 2001). No ha de resultar extraño que en determinados casos, las paredes o suelos de estas estructuras puedan tener un tratamiento específico, y así, además de los posibles manteados o recubrimientos de barro, se cita la existencia de entramados vegetales e incluso de encalados en el vallisoletano *Castillo* de Rábano (Bellido, 1996: 28 y 130), aunque en la reciente memoria de los trabajos de excavación de este yacimiento no encontramos tal referencia. Tan sólo en el denominado pozo 6 se describe la existencia de una gruesa capa de arcilla de color anaranjado, apoyada directamente sobre el fondo, que se interpreta como correspondiente a un posible revoco interior (Rodríguez Marcos, 2009: 164). Otras referencias apuntan al encalado como modalidad distinta a la más habitual de enlucidos (Abarquero, 2005: 44).

Bien hayan sido o no encalados, revocados o enlucidos, es evidente que estamos ante una característica meramente técnica, condicionada con toda seguridad por la morfología y composición del terreno en el que se excavan las estructuras, las condiciones ambientales de la zona, el tipo de grano o simiente que se quiere conservar y la duración que se pretende, sin olvidar la experiencia y grado de conocimiento de los constructores. Datos y condiciones que, a todas luces, se escapan del registro, en el que sólo existe seguridad sobre la forma y tamaño de los pozos y sobre su adscripción cronológica cuando se produce algún tipo de superposición o cuando los rellenos contienen elementos indicadores.

Interesante nos parece la referencia, contrastada en todos los estudios citados, al necesario sellado de la boca para garantizar su estanqueidad y la consiguiente

estabilidad de la atmósfera interior, precisa para evitar la germinación del grano, y por tanto el elemento que garantiza el éxito de la construcción. Si para ello se utilizan, como se ha señalado, elementos de madera, directamente manteados de barro o incluso capas de tierra, césped o estiércol, la posibilidad de que pueda perdurar su traza en el registro arqueológico es mínima. También es probable que no se utilizara una u otra solución sino que se combinaran distintos elementos para, por acumulación o mezcla, conseguir el total aislamiento. No queremos dejar de recordar que precisamente las características de las piezas supuestas como remate de boca de los silos posibilitarían, precisamente, su regularización con el terreno excavado, por tanto facilitar el aislamiento, a posibilitar una nivelación del aboca para recibir la colocación de la cubierta-tapa.

En esta argumentación, en el pozo P2bis de Balluncar se constató, durante la excavación del relleno, una capa fina y uniforme de cenizas que se interpretó como correspondiente a los restos de un incendio. A la luz de estos nuevos argumentos, podía corresponder a los de una tapa o estructura de madera que cerrara el pozo. Sin desechar esta posibilidad, debemos recordar que en la parte inferior del mismo relleno se encontró un grueso tronco carbonizado que se consideró un pie derecho que sustentaría una estructura aérea y superior que protegería la boca del mismo pozo. En tal sentido cabe la posibilidad de que esa estructura estuviera recubierta por un cobertizo a fin de evacuar el agua de lluvia. Los entalles reconocidos en la boca de este silo o en los canales de evacuación de P4, también atribuido al mismo momento, no vienen sino a apoyar esta interpretación que, por otra parte, ha sido documentada en ambientes próximos cronológicamente (Silva y Macarro, 1996).

En este sentido, existen referencias a estructuras aéreas para el almacenaje de semillas y grano, como los reconocidos en el bajo Duero (Sanches, 1987 en Bellido, 1986) y que han sido relacionados con otros ejemplos de la Edad del Hierro de las Islas Británicas y respaldados por modelos etnoarqueológicos (Bellido, 1986: 28), de los que se deriva que además de facilitar el almacenaje de recipientes cerámicos que contenían granos, semillas y alimentos, este tipo de estructuras se utilizarían para secar productos diversos.

Yacimiento	Estructura	Radio	Profundidad	Volumen
<i>Parpantique</i>	*P2	65	90	1.195
<i>Parpantique</i>	P2bis	>50	40	>314
<i>Parpantique</i>	*P3	50	85	668
<i>Parpantique</i>	P4	22,5	50	80
<i>Parpantique</i>	P5	26	60	127
<i>Parpantique</i>	*P6	15	35	25
<i>Torojones</i>	1	40	>32	>161
<i>Torojones</i>	2	75	80	1.414
<i>Pico Cotorros</i>	1	90	55	> 1400
<i>Pico Romero</i>	1	30	>20	>57
<i>Pico Romero</i>	2	22,5	>10	>16
<i>Carratiermes</i>	S1	45	180	1.145
<i>Carratiermes</i>	S2	50	205	1.610
<i>Carratiermes</i>	S3	55	45	428
<i>Carratiermes</i>	S4	60	80	905
<i>Carratiermes</i>	S5	40	63	317

Figura 160 Capacidad de los pozos o silos de los yacimientos de la zona de estudio.
(*Construidos y/o modificados en época histórica)

Por tanto, considerando una u otra hipótesis, se aprecia una preocupación por asegurar la conservación del cereal almacenado que constituiría, sin duda, una fuente importante, sino la principal, de su alimentación. Precisamente por ello es interesante analizar un último aspecto que hasta ahora no ha sido comentado, el de la capacidad de almacenaje. Es habitual desde los trabajos en *Moncín* en la zona del Moncayo (Harrison et alii, 1987: 27y 28; ídem, 1994: 30-84), en la síntesis de este tipo de hallazgos en la cuenca de Duero (Bellido, 1996: 34 y 37) y más recientemente en los del área madrileña (Díaz del Río et alii, 1997: 94-110; Díaz del Río, 2001: 141), el considerar el volumen de estas estructuras como un dato de interés que permite además, su clasificación, ya que se ha comprobado que tipológicamente la variedad formal es ciertamente compleja.

También se ha señalado que la capacidad que presentan los pozos pudiera haber variado respecto a la que tuvieron en origen y ello, al menos, por dos claras razones. De un lado, debido a los procesos erosivos, si no fueron rellenados de forma inmediata a su abandono, pudieron, con toda seguridad, ensanchar las paredes, explicación que podría ser válida para el perfil del de *Los Cotorros*. Otra posibilidad de alteración se debería al proceso de limpieza para su reaprovechamiento que supondría, necesariamente, el raspado de las paredes y consiguiente ensanchamiento. En uno y otro caso es habitual que la boca conserve las medidas originales, por lo que puede servir de

referencia para el cálculo de la capacidad, singularmente, en el caso de los pozos de perfil más o menos cónico.

Lo primero que destaca en el cuadro de la Figura 160⁴¹ es la existencia de algunos pozos, mejor hoyos, que tiene capacidades mínimas, caso del P6 de *El Parpantique* o del P2 de *El Pico Romero*. Este último, al igual que el otro descrito en el mismo yacimiento, sólo conservaba la huella excavada en la roca por lo que la medida sólo es testimonial. El pozo P6 de *El Parpantique* podría corresponder a un hoyo para poste o para extraer tierra más que realmente a un silo. El resto de los pozos tienen unas dimensiones muy variables, desde los que se agrupan en torno a los 100 L, caso de P4 ó P5 de *El Parpantique*, y los que superan los 300 L, caso de P2bis de *El Parpantique*, posiblemente P1 de *Los Torojones*, y S3 y S5 de *Carratiermes*. Otra agrupación por capacidad se atisba entre estos y los que ofrecen volúmenes de 1.000 L de capacidad, en la que se incluirían P3 de *El Parpantique*, y S3 y S4 de *Carratiermes*. El resto de los pozos superan la última cifra hasta alcanzar los 1.600 L, siendo los más grandes. Hay que recordar que P2, P3 y P6 sino corresponden a la etapa medieval sí que fueron

⁴¹ El cuadro reproduce las dimensiones de los pozos hallados en los yacimientos excavados en el Alto Duero y del próximo de *Carratiermes* que por sus características y situación debe relacionarse con ellos. Todas las medidas se dan en centímetros y la capacidad se ha calculado en litros.

removidos en aquella época. En todo caso, la capacidad no es argumento que posibilite la clasificación cronológica, al menos en la etapa prehistórica que estudiamos, más cuando existen ejemplares pequeños y grandes, siendo probable que en épocas modernas la tendencia se dirija hacia los de mayor tamaño.

La muestra, por número, no es ciertamente indicativa, si bien reproduce aspectos ya contrastado en otros ámbitos. La capacidad media del conjunto alcanza los 564 L, pero, si se excluyen los incompletos y los de época medieval, se eleva a 704 L, capacidad próxima a la media del Valle Medio del Duero (Bellido, 1996: 34-36) que se sitúa en los 850 L para el Bronce Inicial. Estas cifras uniformes encubren diferencias como las obtenidas, siendo una constante que se repite para todas las épocas, oscilando, por ejemplo, desde capacidades menores a los 100 L hasta alcanzar los 3.366 L para algún ejemplar del Bronce Pleno vallisoletano, tal como se recoge en el estudio citado.

En el estudio y clasificación de estas estructuras parece conveniente su diferenciación en grandes grupos. Del análisis de conjunto de *Las Matillas* se deriva un doble agrupamiento (Díaz del Río, 2001: 198), esquema que se repite, también, en el análisis de los reconocidos en el poblado de *Moncín*, aunque en este caso, en comparación con las medias del yacimiento madrileño, el conjunto de menor tamaño bajaría la media hasta casi la mitad, 330 L, y el segundo la superaría, situando la referencia en 1.300 L. (Harrison *et alii*, 1994: 83). Las comparaciones con unos u otros son perfectamente lógicas, por cuanto lo que se refleja en el análisis de estas estructuras es la existencia de una gran variedad de formas y de tamaños. Ello es razonable ya que, como hemos visto, la finalidad de todos ellos no debió ser siempre la misma. Genéricamente pueden englobarse dentro del conjunto de estructuras negativas destinadas a facilitar la conservación o protección de alimentos, semillas o frutos, depositados directamente en el interior, más o menos acondicionado, o en contenedores dentro de ellas.

6.4 Otras estructuras: ¿un barrero?

Aunque tradicionalmente se ha insistido en la utilización de almacenaje de los pozos, debemos recordar que no existe total seguridad sobre si estos silos fueron las únicas estructuras destinadas a la conservación del grano.

La gruesa capa de arcilla sobre la que se inscribe la huella de cuatros postes, adosada a la cabaña de *Los Torojones*, plantea la posibilidad de suponerla como base de un estructura ligera que pudo haber servido bien de almacén, bien de plataforma para el secado de algún tipo de fruto o simiente o piel. Por sus características pudiera recordar a las cuatro huellas de postes identificadas en el entorno del borde del silo P2bis de Balluncar, si bien, en aquel caso el canal de evacuación de agua que excavaron en las inmediaciones, similar a otro en P4, lleva a interpretarlas como los apoyos de una cubierta de protección.

En el apartado anterior se señalaba la posibilidad de asociar esta estructura a otros ejemplos que, hasta la fecha, siguen siendo singulares (Bellido, 1986: 28). Se trataría de ciertas estructuras aéreas en las que se depositaba el grano, extendido directamente sobre la plataforma para su secado. En este sentido, la existencia en el amontonamiento de *Los Torojones* de cuatro entalles contrapuestos pudiera indicar precisamente la trabazón que sustentaría una plataforma, si bien sus dimensiones, menores que las del bloque de arcilla en el que se inscriben, parecen negar esta interpretación por cuanto se cuestionaría el esfuerzo invertido y la propia funcionalidad (Figura 84).

Tampoco parece mostrar semejanzas con la estructuras de almacenamiento de *El Pico Romero*, realizada con una potente capa de arcilla y posiblemente cocida antes de su utilización (Rodríguez Marcos y Palomino, 1997). Aún cuando las dimensiones no son muy distintas, entre 1,8 y 2 m de eje mayor y 0,5 m de altura, la de *Morcuera* carece de la concavidad necesaria para contener aquello que se quisiera depositar, fuera sólido o líquido. Todo lo contrario, su superficie claramente convexa imposibilitaría un aprovechamiento de este tipo.

Por tanto no parece descabellado suponer que dicho amontonamiento de arcilla bien decantada y que no había sido sometida a la acción del fuego, correspondiera a un almacenamiento de material especializado, listo para poderse utilizar, bien como base para la confección de manteados de barro, bien para la realización de cerámicas.

Para ambas utilidades debiera disponerse de cierta cantidad de agua y en el segundo caso de un espacio de cocción del que no se ha documentado evidencia alguna, si bien sus restos no debieron ser muy monumentales a tenor de algunos ejemplos próximos bien conocidos (Pérez Rodríguez y Fernández Jiménez, 1993). A su favor, señalaremos que evidencias de

ambas actividades están bien documentadas en la misma cabaña a la que se adosa, tanto por los restos de manteado como por la presencia de restos de una vasija cuya cocción resultó fallida, por lo que fue utilizada para apuntalar uno de los postes de la cabaña, como ya se relató en el apartado correspondiente.

En todo caso, la presencia de las huellas de postes, especialmente la más meridional, que muestra un entalle regular y de dimensiones similares al hoyo de

poste lateral de la cabaña localizada en el cuadro 38D', permite insistir en la doble posibilidad de que corresponda tanto a un amontonamiento intencionado de arcilla decantada, como a una base aislante. En uno u otro caso sería conveniente contar con una estructura de protección para retener el material (Figura 161), que garantizara a la vez la aireación del espacio, facilitando el secado, fuera este de elementos vegetales recolectados o bien de pieles en el proceso de curtido.



Figura 161 Recreación de una de las interpretaciones, como posible barrero, de la estructura adosada a la cabaña del Corte 4 de *Los Torojones*.

6.5 Consideraciones sobre el hábitat durante el Bronce Antiguo en Alto Duero

Los cuatro yacimientos del Alto Duero ofrecen una distribución y características similares en cuanto a su localización y al tipo de estructuras constructivas. En relación con los modelos conocidos en territorios próximos, muestran una clara diferenciación con los de la etapa anterior calcolítica, así como notables semejanzas con los que se documentan en los asentamientos adscritos al Bronce Antiguo y Medio.

La localización en cerros altos, aislados y destacados sobre el entorno no está respaldada por necesidades defensivas, al menos no se ha documentado signo alguno que lo indique. Es por tanto posible que la

elección de estos lugares esté condicionada, junto a su posición dominante y central respecto a suelos mixtos de potencial aprovechamiento complementario, por su significación en el paisaje, constituyendo verdaderos hitos de referencia.

Desde esta perspectiva, la alineación de las viviendas junto al perímetro de la plataforma serviría para reforzar la visualización del poblado, indistintamente de que pudiera resultar una solución práctica para constituir un elemento defensivo en caso necesario. Adicionalmente, esta distribución del hábitat consigue una ordenación del escaso espacio de estos poblados, con un área central libre en la que es posible la realización de tareas o actividades comunes, el resguardo del ganado o la conservación de alimentos en silos, como en Morcuera.

Los cuatro yacimientos del Alto Duero que se analizan presentan unas estructuras comunes y repetitivas: viviendas de planta rectangular u oval, y silos de almacenamiento. Aún cuando los tamaños, tipologías y características de unos y otros ofrecen variantes en cada enclave, su presencia es una constante, al igual que la intencionada distribución de unos y otros que evitan el contacto, haciendo evidente una planificación intencionada que se ajusta en cada yacimiento a las peculiaridades del terreno.

Sin duda alguna una de las novedades principales que aportan estos enclaves es el conocimiento de las viviendas que en el territorio del Alto Duero son, por ahora, las más antiguas de las conocidas.

Tanto la técnica constructiva como los materiales utilizados en la construcción de los espacios habitacionales en el interior peninsular son repetitivos desde los primeros vestigios calcolíticos, sin que se aprecien grandes variaciones hasta momentos avanzados del primer milenio, ya en conjuntos atribuibles a la Edad del Hierro, y esto aún con matizaciones.

Con estos ejemplos se confirma una tendencia bien conocida en lo relativo a las formas de estas construcciones. En el interior peninsular, como ocurre al mediodía, las plantas circulares son comunes desde los primeros momentos Calcolíticos y su construcción aprovecha la excavación en el subsuelo para disponer los laterales reforzados. Por el contrario, en momentos inmediatamente posteriores, al menos desde el inicio de la Edad del Bronce, se generalizaría la tendencia a las formas ovales y rectangulares, apoyadas directamente sobre el terreno. Asimismo, tanto los hallazgos del valle del Ebro como los de *El Parpantique* permiten confirmar que estas estructuras se compartimentan, seguramente para facilitar la realización de distintas actividades. Esta compartimentación de las habitaciones, vendría a ser una consecuencia de la sedentarización de estos grupos que se muestran consolidados, en la zona de estudio, desde los momentos finales del tercer milenio AC.

Es evidente que esta transformación no acontecería sincrónicamente en todas las tierras del interior, y que tal fenómeno no debió generalizarse en un corto espacio de tiempo, si bien parece deducirse que, al menos para los grupos que estudiamos, estas características coincidentes deben responder a unas formas de vida equiparables. Ello no es contradictorio con el hecho de que existan ejemplos de estructuras ovales, en muchos casos con la presencia de cerámica campaniforme, ni que en momentos posteriores, ya en

los momentos avanzados de la Edad del Bronce, otras estructuras carezcan de compartimentaciones interiores. La presencia o ausencia de determinados elementos debe interpretarse desde el análisis de cada caso, pudiendo responder –así lo creemos a diferentes soluciones para actividades y finalidades distintas, tal como determina, p. e., el estudio del área visual de los yacimientos. Es dudoso que puedan reconocerse modelos rígidos que se ajustan a las clasificaciones crono-culturales.

El abandono de los zócalos de mampostería a favor del tapial y muros entramados, se registra en el mediodía peninsular, en el tránsito del campaniforme a lo *argárico* (Chulee y Pellicer, 1966), considerándose un retroceso técnico. Ahora bien, nada prueba que la nueva solución no sea, desde el punto de vista aislante, más eficaz y, desde el punto de vista del esfuerzo, más rentable. En tal sentido parece que, entre los ejemplos del Alto Duero, el de *Los Tolmos* sea el más completo y referencia para los que aquí se presentan.

En este caso, la rentabilidad y esfuerzo debía devenir del hecho de tratarse de una habitación construida para un periodo de utilización determinado por la estacionalidad de la ocupación, si bien la garantía de éxito se identificaría por su supervivencia, al menos, durante el tiempo de estancia, sin descartar su conservación entre los periodos cíclicos de abandono, lo que probablemente debió ocurrir. Prueba de que la nueva combinación de estos materiales y su perfecta adaptación a los distintos tipos y tamaños de las construcciones resultaron eficaces es la generalización del tapial a lo largo de casi tres milenios en ambientes distintos.

En lo relativo a las cubiertas no disponemos de una información concluyente. Hemos apuntado la posibilidad de que las cabañas dispusieran de una solución de un solo plano inclinado o de dos, si bien las variantes pueden resultar más complejas. En principio y hasta disponer de otros datos, hay que suponerlas vegetales, dudando sobre su cobertura con manteados de barro, porque el peso añadido debiera estar sustentado por la estructura de madera y no siempre, como hemos visto, hay indicios de elementos que pudieran asegurar estos empujes extras. Con seguridad, parte del material que se aprovecharía para la cubierta procedería del desbroce de los pies derechos perimetrales, con lo que se garantizaría la impermeabilización, toda vez que la eficacia de este tipo de cobertura tanto si se realiza con *barda* de vegetal –p. e., brezo o jara– como con paja de cereal, es conocida y demostrada por su utilización hasta décadas recientes; su uso sólo requiere un mantenimiento periódico y reparaciones puntuales

Este tipo de cubiertas posibilita dar una solución simple y eficaz al tiro de los hogares a través de la propia cubierta, lo que resulta complementariamente beneficioso para conseguir una buena profilaxis contra los insectos, parásitos y especialmente los pequeños roedores que inevitablemente se asocian a estos materiales. De tal forma, el paso del humo mejoraría la impermeabilización y aseguraría la conservación del material (Maldonado y Vela Cossío, 1998: 62 y 63; Jimeno *et alii*, 2007)⁴²

La huella de este tipo de cubiertas sólo quedaría reflejada en las posibles alineaciones de las vigas que la soportarían o, también, en la de las piedras que, a modo de pesas, evitarían que los elementos vegetales fueran arrastrados por el viento o movidos por los animales. No debe pasar inadvertida, en este último caso, la referencia a ciertos elementos de barro de los descritos (3.2.1.4) y su distribución, principalmente en el caso de Morcuera (Figura 88), por cuanto los hallazgos en *El Parpantique*, aunque más numerosos en conjunto, ofrecían una menor precisión topo-estratigráfica, producto de la remoción que sufrió el cerro. Se trata de la distribución de la forma 3 de los *adobes* o barro, piezas que denominábamos *galletas* por su forma paracircular y de fina sección, para la que se propone, desechados otros usos, una utilización vinculada a la propia cubierta. Probablemente, a modo de pesas, estas placas sirvieron para fijar el entramado vegetal de la cubierta.

En conjunto, parece que nos encontramos, como ya advertíamos, ante cabañas o habitaciones de poblados estables, si bien posiblemente puedan existir excepciones o variantes a esta norma. Tal afirmación se deduce no sólo por la importancia y volumen de los restos conservados sino también por la planificación en la construcción de estas estancias, por la presencia de hogares interiores y la compartimentación de espacios, y la consiguiente diferenciación de actividades. Argumentos que unidos nos hacen suponer la permanencia de estas poblaciones en el mismo lugar a lo largo de las distintas estaciones.

Es cierto que existen hogares al aire libre, no sólo en alguno de los yacimientos que protagonizan este trabajo sino también en la mayoría de los comentados, ahora bien, su lectura e interpretación debe ser singularizada en cada caso.

Así, en *Los Cotorros*, su ubicación, la distribución de estructuras asociadas a las actividades domésticas, reclaman como explicación la diferente utilización del lugar respecto al resto de los poblados. Posiblemente se trate de un pequeño campamento temporal.

En otros casos, como en Morcuera, la presencia de hogares *exteriores* está vinculada a huellas de restos de suelos –caso de las existentes en el Corte 3 y en la banda más oriental del Corte 4– perfectamente nivelados con los de la cabaña estudiada, lo que hace suponer su pertenencia a otras estancias construidas en un mismo o próximo momento. De tal forma se confirmaría la planificación previa y la elección de lugares diferentes para la construcción de las viviendas y las zonas de almacenamiento como se constata en *El Parpantique* y en *Santa Cruz* de la Salceda, donde los problemas de espacio se solventan con remodelaciones y superposiciones de estructuras.

No hay que negar la posibilidad de que algunas de las construcciones reconocidas en estos poblados no fueran sincrónicas o, mejor, hubieran estado en funcionamiento en momentos distintos. Tal parece el caso de la numerada como cabaña 2 de *El Parpantique*. Su estado de conservación ofrece argumentos contradictorios para considerar su existencia coetánea con las estructuras habitacionales mejor conocidas del mismo poblado. Los restos constructivos conservados ofrecían un aspecto más erosionado y parecían más alterados, lo que hacía suponer una mayor exposición a la erosión y, consecuentemente, su amortización en un momento previo a las cabañas 1 y 3. En tal sentido, la capa arcillosa de color amarillento, producto de la descomposición de los materiales constructivos, que cubre sus exiguos restos, no viene sino a confirmar que, en todo caso, esta cabaña debió arruinarse con anterioridad al resto, y no se rehizo. Más aún, la presencia de grandes vasijas que fue posible reconstruir parece evidenciar que el abandono se produjo de forma similar a la cabaña 4, de forma imprevista.

Es evidente que este tipo de estructuras tan endebles debían sufrir sucesivas y reiteradas reconstrucciones. Muchas seguramente motivadas por el incendio tanto de la cubierta vegetal como de la estructura ligera, debidos a los hogares interiores. Que se limpiara el terreno para su sustitución es algo que no hemos podido constatar, si bien la presencia señalada de hogares exteriores asociados a restos de suelos muy fragmentados parece confirmar esta hipótesis y, en tal caso, no parece desafortunado suponer que los restos localizados en *El Parpantique* coincidieron, al menos temporalmente, en su utilización. En Morcuera debemos suponer que en el momento final del poblado sólo

⁴² Otros aspectos sobre técnicas constructivas prehistóricas en F. Vela Cossío (2007), y sobre construcciones pastoriles en M. Rodríguez Pascual (2001) con interesantes ejemplos de plantas y cubiertas de chozos sin utilización de piedra (pp 140-143), y su evolución (pp. 206 y ss).

quedarían en pie dos espacios habitacionales, el descrito como cabaña del Corte 4 y el que se intuye en el Corte 2, debajo de los restos de la atalaya medieval.

Finalmente queda aclarar, si fuera posible, quienes utilizaron estas cabañas, y si estas, su forma, y características reflejan aspectos sobre su organización. Será necesario, en todo caso, avanzar en el análisis conjunto del resto de estructuras y materiales para poder confirmar o matizar las cuestiones que estamos planteando y ver, p. e., la relación de estas estructuras de habitación y transformación con las de almacenamiento.

En cuanto a las estructuras negativas descritas, pese a su distinto tamaño, ofrecen una definición formal similar, además de mantener unas proporciones constantes. En por ello probable que todas las conocidas tuvieran una misma función, la de silos, y las diferencias de tamaño se deban a su diferente uso y finalidad. Probablemente en ellos se acopiaron distintos frutos, no sólo cereal, y posiblemente con previsiones diferentes: consumo continuo e inmediato, a medio o largo plazo, y conservación de semillas para la siembra. Se almacenarían directamente en el silo o indirectamente en recipientes cerámicos introducidos, a su vez, en los silos.

De los vestigios contrastados en el proceso de excavación no existen referencias que hagan sospechar la reutilización de estos silos. No se constata ni el raspado de las paredes ni su consiguiente ensanche. Por el relleno que contenían también debe cuestionarse su uso como basureros, ya que no se aprecian concentraciones singulares de fragmentos cerámicos, huesos o cualquier otro elemento que pudiera ser de desecho. El índice de dispersión de fragmentos, atendiendo a los que pueden reconstruirse en cada cuadro o, en este caso, pozo, no muestra tampoco una concentración alta. En cuanto a su contenido, destaca la presencia de restos de enlucidos de barro, el tipo 1, en los pozos de *Los Torojones*, mientras que en *El Parpantique* los únicos fragmentos de barro, de distintas formas, se dieron en P3.

Las cerámicas que contenían y que fueron reconstruidas, corresponden, en el caso de Balluncar, a cuencos y, en menor medida, a vasos carenados, mientras que en Morcuera sólo destaca la presencia de cuencos, acompañados de las formas de perfil en "S", entre las que se encuentran los grandes contenedores, que también están presentes en el entorno inmediato, como en *El Parpantique*, y que hacen sospechar que el grano podía ser introducido en este tipo de contenedores, en una práctica bien atestiguada en

muchos de los yacimientos ya citados, caso de *La Huelga* (Pérez et alii, 1994), Forfoleda (Martín Benito y Jiménez, 1989) o *El Castillo* de Rábano (Bellido, 1996), o en el ya citado de *La Muela* de Alarilla en la próxima provincia de Guadalajara (Méndez y Velasco, 1988), por referir algunos de los más próximos. En este último poblado, en el fondo número 6 excavado en la plataforma superior del cerro, se recogieron seis recipientes cerámicos completos, la mayoría boca abajo, esperando, como suponen sus excavadores, una posterior utilización (*Ibidem*: 190-196).

Por tanto, hay que resaltar la finalidad de almacenaje de estas estructuras que se excavaron en el subsuelo del poblado y que, con toda seguridad, fueron cerradas para garantizar la conservación del grano, de la semilla o frutos que contuvieron. Con los datos disponibles desconocemos si se sellaban para garantizar la conservación de la simiente o si se cerraban para extraer regularmente productos para el consumo inmediato, o si existían ambas u otras modalidades, que parece lo más probable.

No hay que excluir el que alguno de estos pozos fuera utilizado para otros fines, si bien en los ejemplos que nos ocupan no hay indicios de ello. La construcción, en épocas similares, de hornos para la cocción de cerámica depara restos que no difieren en exceso de estos que se han descrito.

Otros, idénticos de forma, se han utilizado para inhumar cadáveres en distintas épocas. Ejemplos ya citados como los del poblado calcolítico del *Camino de las Yeseras* confirman esta función para una etapa ligeramente anterior a la de los yacimientos en cerros aislados del Alto Duero (Blasco et alii, 2007a y 2007b; Liesau, 2008: 100-110). También, en el de *La Loma del Lomo* (Valiente, 1992 y 2001) se constata esta misma práctica durante la primera mitad del segundo milenio si bien sus características, dentro de grandes contenedores de perfiles carenados bicónicos, asemejan un ritual como los típicos *argáricos* del mediodía peninsular. Por otra parte, las fosas de *Los Tolmos* o *San Román* de Hornija no vienen sino a confirmar la continuidad del ritual de inhumación en grandes hoyos hasta los momentos plenos de la Edad del Bronce.

Aun cuando hay casos en que estructuras similares formalmente tienen usos dispares, rituales y domésticos, parece claro que los existentes en los poblados excavados del Alto Duero permiten una adscripción clara como silos. No estamos en condiciones de establecer series morfológicas o tipológicas y dividir usos y funciones. Si bien su disposición disociada de las estructuras de habitación

hacen sospechar un uso comunal. También la diferenciación espacial con las cabañas hace suponer que, dentro del caos que parece caracterizar la

distribución de estos hallazgos, existe una incipiente organización y planificación.

7 EQUIPAMIENTO DOMÉSTICO: EL INSTRUMENTAL

Una vez conocidas las viviendas y estructuras de los poblados de estos grupos, nos centraremos en el estudio comparativo del equipamiento para, siguiendo la misma estructura que en los capítulos precedentes, establecer relaciones de afinidad y diferencia entre sus componentes, así como en la consiguiente posibilidad de distinguir espacios funcionales en los poblados. De tal forma podremos contrastar igualmente los resultados entre los asentamientos en estudio, y compararlos con otros en el ámbito espacial y cronológico en el que se integran los poblados.

Indudablemente, en este apartado tendrá gran peso la cerámica por cuanto, como hemos visto, es porcentualmente el único utensilio que, al menos por volumen, puede considerarse representativo, más aún cuando los objetos líticos y metálicos son ciertamente escasos. Es también destacable, la ausencia, casi total, de restos óseos, sean trabajados o no. Ello supone un verdadero hándicap para reconstruir los modos de vida, por cuanto hay indicios suficientes para asegurar que estas gentes disponían de cabañas ganaderas, al menos, de ovicápridos, lo que sin duda les debió suministrar huesos para la realización de utensilios, caso de punzones, con los que decorar las cerámicas.

7.1 La cerámica

Una de las características más singulares de estos yacimientos es la presencia abrumadora de fragmentos de una vajilla cerámica repetitiva, sencilla en cuanto a formas y escasamente decorada, excepción de los llamativos elementos plásticos que desarrollan motivos de profuso barroquismo. Esta primera imagen superficial se matiza al caracterizar cada uno de los conjuntos presentados, advirtiéndose mínimas pero claras diferencias tanto en lo que concierne a la variabilidad de los tipos como a su representatividad. Ello hace concebir esperanzas sobre la posibilidad de plantear variables cronológicas o funcionales de estos poblados que existieron en el tránsito del tercer al segundo milenio AC.

Por desgracia, los resultados de las intervenciones en los yacimientos de *Pico Los Cotorros* y *El Pico Romero* se hayan inéditos y no se conocen las conclusiones definitivas del estudio de sus equipamientos cerámicos. Por ello, el análisis y estudio se concretará en los conjuntos de *El Parpantique* y *Los Torojones*.

En las últimas décadas, el conocimiento de los conjuntos cerámicos de la Edad del Bronce ha sido importante, por lo que existen suficientes referencias para conseguir el objetivo señalado en este apartado.

Entre los conjuntos más conocidos, en el mismo marco geográfico del Alto Duero, está el de *Los Tolmos* de Caracena (Jimeno, 1984; Jimeno y Fernández Moreno, 1991a), si bien su cronología es más moderna, entre dos y cuatro centurias. Otra referencia cercana es la del conjunto de *La Plaza* de Cogeces del Monte (Delibes *et alii*, 1981; Rodríguez Marcos, 2009: 82-98), con una filiación temporal similar a la anterior.

Otra colección interesante es la procedente de un yacimiento localizado en un espigón destacado e intermedio en relación con los dos enclaves anteriores. Se trata del poblado de *Pico Castro* que ofrece un conjunto cerámico que, a tenor de los resultados de los análisis radiocarbónicos se fecha en un momento similar a los yacimientos del Bronce Antiguo (Rodríguez Marcos, 2009: 139-144).

Al ámbito meseteño pertenecen también otros conjuntos clásicos, caso del *Castillo* de Cardeñosa (Naranjo, 1984) o *El Cujón* (Palol y Wattenberg, 1974), si bien ofrecen una menor definición de la vajilla cerámica. Hay otras referencias más completas, como el importante ajuar cerámico de la factoría salinera de Otero de Sariegos (Viñé *et alii*, 1991 y Viñé, 1993)⁴³, si bien en este caso se advierte la falta de un estudio detallado que posibilite contrastar con garantías las características del conjunto cerámico.

De otras zonas próximas tomaremos como referencia los asentamientos investigados del sur del Sistema Ibérico turolense (Picazo, 1993) que además de ofrecer una interesante muestra comparativa en una unidad geográfica próxima y relacionada, posibilita contrastar una evolución cronológica de las cerámicas de la Edad del Bronce. Del mismo modo, la singular muestra ofrecida por *La Loma del Lomo* (Valiente, 1992; *Ídem*, 2001) estará presente en este análisis comparativo.

Los antecedentes cronológicos de estos conjuntos ofrecen muestras más limitadas en cuanto a la variedad formal. Los conjuntos de *Las Pozas* (del Val, 1992) y principalmente los estudiados recientemente en el sur de la Submeseta Norte (Fabián, 2006) son los

⁴³ Una vez más, queremos agradecer a los autores de los trabajos de excavación e inventario del yacimiento de Otero de Sariegos las facilidades dadas para acceder a sus estudios inéditos.

referentes más próximos, excepción de algunos hallazgos del centro de la cuenca (Herrán *et alii*, 1993; Herrán, 1986).

Más problemática resulta la comparación con los hallazgos del yacimiento funerario de *El Tomillar* (Fabián, 1995) por cuanto su funcionalidad lo aleja de nuestros ejemplos. Por la razón contraria, la comparación con los conjuntos aportados por los estudios de los poblados calcolíticos del norte de la Submeseta Sur, principalmente en los valles de los ríos Henares y Manzanares, será sin duda de gran utilidad, dado que, aquí sí, la funcionalidad parece semejante y su análisis permite conocer la evolución de las colecciones cerámicas a lo largo de dos milenios (Díaz del Río, 2001).

Considerados tradicionalmente interpuestos entre las etapas referidas, se encontrarían los hallazgos de cerámica campaniforme cuya problemática es claramente conocida y cuya secuencia en el interior de la Meseta (Delibes y Municio, 1981) parece hoy suficientemente establecida. En todo caso, tanto en la zona de estudio como en general en la Submeseta Norte, estas cerámicas se conocen básicamente por su reiterada presencia como ajuar de inhumaciones (Delibes, 1977; Martín Valls y Delibes, 1974) o por hallazgos carentes de contexto (Revilla y Jimeno, 1986; Jimeno y Fernández Moreno, 1991b), debido a que el conocimiento de sus hábitats siguen siendo limitado y sus conjuntos cerámicos poco clarificadores. Recordemos de estos yacimientos, en el valle del Duero, el asentamiento de Portillo (Fernández Manzano y Rojo, 1986), la cabaña de *El Molino* de Garrejo (Fernández Moreno, 1997) y el ya referido de *Pico Castro*. En las zonas limítrofes, la cabaña de *El Perchel* (Lucas y Blasco, 1980) o la siempre citada de *El Ventorro* (Priego y Quero, 1992).

Más problemático para el estudio comparativo de las cerámicas resultan los hallazgos en cueva. Este tipo de asentamientos presentan singularidades propias que hacen pensar en la posibilidad de que los conjuntos cerámicos corresponden a sucesivas utilidades del mismo espacio a lo largo de un dilatado periodo de tiempo. Además, no siempre se puede confirmar que la utilización de estos espacios estuviera condicionada exclusivamente para el hábitat, por lo que la muestra puede no ser representativa, aun cuando no quiera presuponer esta afirmación que estos conjuntos no tengan interés para conocer otros muchos aspectos sobre la funcionalidad y cronología de estos materiales, dependiendo en cada caso de la propia caracterización, de las referencias estratigráficas, etc.

Es claro que esta aseveración se sustenta en conclusiones de trabajos que conocemos directamente, caso de cueva *La Maja* (Samaniego *et alii*, 2002: 90 y 91), pero puede ampliarse a otros conjuntos, como los materiales procedentes de los dos sectores excavados de la cueva de *El Asno* (Eiroa, 1979), pese a que en la exposición de los trabajos, los materiales se presentan conjuntamente por lo que no permiten un tratamiento estadístico, siendo más que probable que, en realidad, se trate de dos ocupaciones independientes y sucesivas en lo temporal (Fernández Moreno, 1997: 112).

Otros hallazgos en cueva, próximos y bien caracterizados, como *La Torca* o la cueva de *El Barro* (Fernández Moreno, 1991) presentan además las limitaciones propias de muestras derivadas de trabajos de prospección. En otros casos se desconocen las características de hallazgos procedentes de excavaciones antiguas, como el conjunto de Ligos (Jimeno y Fernández Moreno, 1985) en el que los materiales conservados no garantizan su representatividad, sin que pueda desecharse una probable mezcla de piezas entre los distintos sectores.

También próxima, la Cueva de Arevalillo (Fernández Posse, 1979 y 1981) ofrece una secuencia temporal de gran interés por el hallazgo de tipos diversos asociados, si bien la tabla tipológica sufre por esta causa una excesiva compartimentación.

Con estos antecedentes, el análisis se iniciará con un primer apartado de caracterización de los conjuntos procedentes de los yacimientos excavados, tanto en lo morfológico como en lo tipológico. Una vez definida la muestra será posible su comparación con los conjuntos cerámicos de los yacimientos más próximos. Se contrastaran las diferencias y semejanzas entre los paralelos que acabamos de enumerar, con cronologías que superan por ambos márgenes la aportada por los poblados del Alto Duero, por lo que las colecciones deberían reflejar tanto rasgos arcaicos de los conjuntos Calcolíticos-campaniformes más antiguos como otros más modernos que se asemejarían a los conjuntos que anuncian las etapas del Bronce Pleno.

7.1.1 Caracterización de la muestra.

En primer lugar, de la descripción de los hallazgos puede deducirse que las muestras son similares, si bien se advertían algunas diferencias en las tablas de clasificación, lo que resulta en principio lógico dado que las mismas fueron realizadas por equipos distintos y no

existe un único criterio para el estudio de estos materiales. Dicho lo cual, un primer aspecto a valorar es el referido al tamaño y su representatividad en los respectivos conjuntos. Al respecto, hemos de señalar que el volumen de la muestra no responde, en un primer vistazo, a la previsible equidad de que a mayor superficie de excavación corresponde mayor volumen de restos (Figura 162).

En el yacimiento de *El Pico de los Cotorros*, en el que la superficie de excavación afectó a unos 80 m², el número de hallazgos es ciertamente alto, 3.773; mientras que en el resto la proporción parece coincidir con la premisa antedicha, con un mayor volumen en *El Parpantique* y en *Los Torojones*, con áreas de excavación de 155 y 120 m², y con 2.884 y 2.297 fragmentos respectivamente. *Pico Romero* presenta el volumen más bajo, con apenas 1.707 fragmentos, pero correspondientes exclusivamente a la primera campaña –la única de la que se dispone de datos completos– de apenas 16 m².

Ahora bien, si el volumen de hallazgos se pondera respecto a la superficie excavada el resultado muestran un importante cambio. En primer lugar destaca la semejanza en *El Parpantique* y *Los Torojones* con una media de 18,6 y 19,1, mientras que los otros conjuntos ofrecen resultados ciertamente altos y dispares: 47,1 fragmento por m² en *Los Cotorros* y un muy elevado 106,7 en *Pico Romero* (Figura 163).

Por el contrario, si se contabiliza la muestra por el número de fragmentos inventariados, es decir aquellos que presentaban alguna singularidad bien en cuanto a la forma, bien en cuanto a la decoración, la imagen resultante será de nuevo distinta a las comentadas hasta ahora. Destaca el alto volumen de *El Parpantique* y después de *Los Torojones*, mientras que en los otros dos yacimientos el número de elementos inventariados es ciertamente menor y proporcional, ahora sí, a la superficie removida (Figura 164).

Pero de nuevo, esta información hay que matizarla, por cuanto, excepción del caso de *Los Cotorros*, no resultará extraño que a mayor volumen de fragmentos mayor número de objetos inventariados, es decir la probabilidad de tener más piezas singularizadas en una muestra aumenta proporcionalmente al tamaño de la misma. Por tanto debería considerarse este dato comparando el porcentaje de objetos que fueron inventariados.

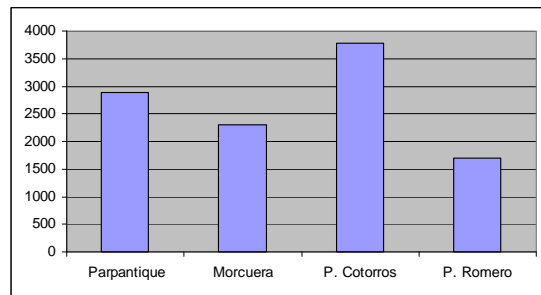


Figura 162 Número de fragmentos cerámicos manufacturados en cada uno de los yacimientos excavados.

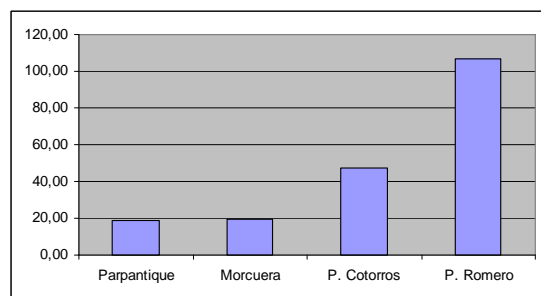


Figura 163 Porcentaje de fragmentos cerámicos manufacturados por m².

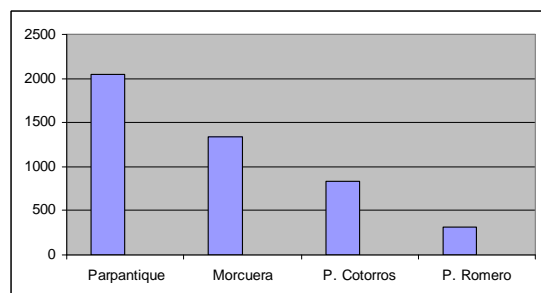


Figura 164 Volumen de fragmentos cerámicos inventariados.

Una vez más los datos ofrecen una clara coincidencia. *El Parpantique* y *Los Torojones* alcanzan porcentajes similares, 1,4 y 1,7, mientras que *Los Cotorros* y *Pico Romero* brindan unos porcentajes de elementos inventariados muy altos, con un 4,5 y un 5,3 respectivamente (Figura 165).

Si el número de piezas diferenciadas se divide por el volumen de la superficie excavada en cada yacimiento, los coeficientes resultantes ofrecen similitudes como para aceptar que la muestra analizada es, al menos en la clasificación tipológica, análoga, oscilando entre las 10,3 piezas por metro cuadrado en *Los Cotorros*, 11,3 en *Los Torojones*, 13,1 en *El Parpantique* y, algo más elevada, 19,8 en *Pico Romero*, si bien hay que insistir en la parcialidad de los resultados disponibles de este último asentamiento.

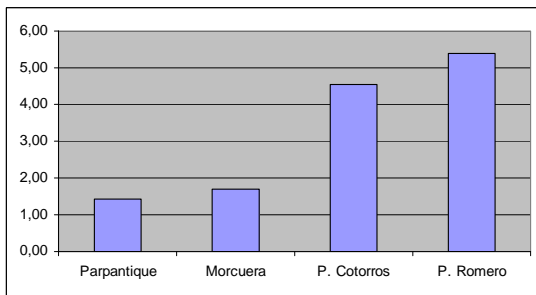


Figura 165 Porcentaje de fragmentos cerámicos inventariados.

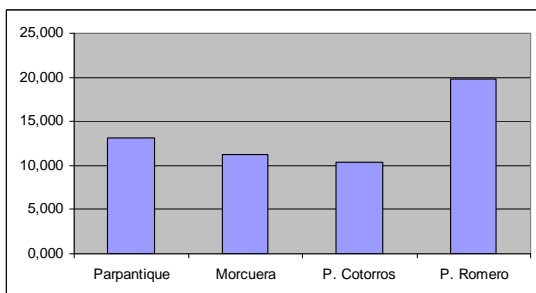


Figura 166 Densidad de cerámicas con adscripción tipológica por m².

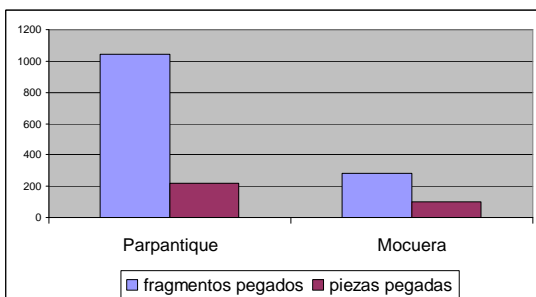


Figura 167 Representación de la reconstrucción de piezas cerámicas.

En todo caso, estos datos sólo informan sobre la cantidad de la muestra y los criterios de selección de los excavadores, por lo que su similitud en los yacimientos que hemos excavado y la diferencia con respecto a los anteriores puede responder a dos posibles circunstancias: la diferencia de tratamiento por cada equipo y que correspondan a asentamientos que tengan una posible diferenciación funcional o una utilización temporal distinta.

No hay otros testimonios que permitan profundizar en estas cuestiones, si bien es aceptado que en este tipo de asentamientos el volumen de material cerámico es alto y muy fragmentado, tal y como se refleja en los trabajos más recientes en el Duero Medio para yacimientos en altura y cronológicamente próximos (Rodríguez Marcos, 1993: 67 y ss.; 2009: (p. e.) 82, 102, 139 y 168,) y otros también geográficamente inmediatos, aunque de cronología más reciente

(Jimeno, 1984: 74 y ss.; Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 23), cuestión que se repite tanto para los momentos previos (del Val, 1992) como plenos de la Edad del Bronce que caracterizan los denominados *campos de hoyos*, donde los hallazgos de cerámicas realizadas a mano son también ciertamente numerosos (Delibes *et alii*, 1990: 72; Pérez Rodríguez *et alii*, 1994: 13).

Existe la posibilidad de aplicar otros índices estadísticos para analizar la representatividad de la muestra y el valor de confianza de los resultados, si bien su análisis sólo es posible para los yacimientos excavados por nosotros, puesto que carecemos de las reseñas necesarias en el resto de los yacimientos, cuyos datos corresponden a los primeros informes preliminares y no al estudio definitivo de los mismos.

Una constante es la analogía entre los testimonios aportados por las excavaciones de *El Parpantique* y *Los Torojones* y, especialmente, el caso del utilaje cerámico es, ciertamente, parejo. Para corroborar esta afirmación además de los porcentajes ya descritos pueden compararse otros índices, agrupando los datos del yacimiento de Balluncar en un único conjunto porque su individualización por cada campaña no sería sino compartir arbitrariamente la muestra.

La tarea de reconstrucción de las vasijas cerámicas en los dos últimos yacimientos citados posibilitó unir 1.041 y 283 fragmentos en cada caso, lo que supone un 36 y un 21%, respectivamente, de los fragmentos inventariados. En este valor sí se aprecia un porcentaje mayor de piezas reconstruidas en *El Parpantique* lo cual es lógico por cuanto el proceso de remoción de la capa superficial y el movimiento de la máquina retroexcavadora provocaron una mayor fragmentación.

Otro dato atribuible a este mismo factor, es el que refleja el hecho de que el mayor número de fragmentos pegados y asignados a una misma pieza alcanzara la cifra de 219 en el caso de *El Parpantique* y de 101 en *Los Torojones*, por lo que si calculáramos el índice de fragmentación (IF) –dividiendo el número de fragmentos asimilados al número de piezas– resultara un IF de 4,7 y de 2,8 respectivamente, es decir, el doble en el caso del yacimiento de Balluncar, confirmando lo ya señalado (Figura 167).

Por el contrario, cabe señalar y destacar la similitud en cuanto al porcentaje de vasijas diferenciadas en cada yacimiento, con un 57,1 y un 51,3%, respectivamente y en el orden habitual de referencia (Figura 168), considerando para su cálculo los fragmentos de borde, pared o carena de distintas piezas del conjunto de las piezas inventariadas. Se puede

argumentar cierta discrecionalidad al no contabilizar en esta muestra los fragmentos de fondo o las suspensiones, y sería factible que pudieran haberse atribuido fragmentos de una misma pieza a números de inventario distinto. Ahora bien, a tenor de los datos manejados esta posibilidad no parece muy probable. Si se contabilizaran únicamente los fragmentos de borde, para minimizar el posible porcentaje de error, resultarían unos valores similares y aún más cercanos, con un porcentaje respectivamente del 59,6 y el 61,2% que mantiene próxima la proporción anterior, y aún puede ajustarla más, ya que la mayor diferencia, en este caso negativa, se produce en *El Parpantique*, donde es más probable por el mayor índice de fragmentación de sus cerámicas.

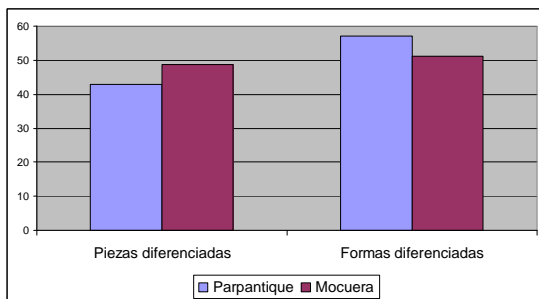


Figura 168 Porcentaje de piezas y formas cerámicas diferenciadas.

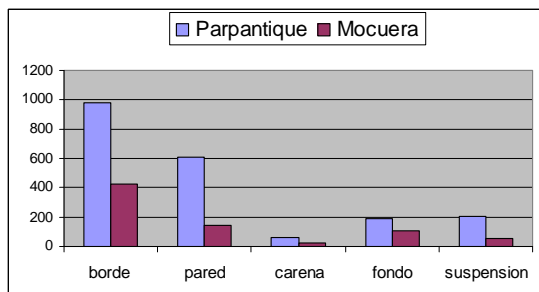


Figura 169 Tipología de los distintos fragmentos cerámicos.

La proporción entre los distintos grupos de fragmentos, en uno y otro yacimiento, es similar. En el gráfico de la Figura 169 se advierte el predominio cuantitativo de los bordes, seguido de los fragmentos de pared y los fondos. Las suspensiones no siempre son significativas porque la presencia de elementos plásticos puede interpretarse como correspondiente a elementos decorativos o sustentantes y no siempre, al tratarse de elementos fracturados, es posible su adscripción a uno u otro grupo. En el mismo caso se encuentran los fragmentos de pared que resultan, en el cómputo global, mucho más numerosos que los bordes y los fondos, lo cual es lógico por la superficie que

ocupan unos y otros en cada vaso. Ahora bien, la morfología común de muchos de los fragmentos de pared no posibilitan su atribución a una vasija concreta por lo que la mayoría, aunque incluidos en el inventario de objetos recuperados en cada campaña de excavación, no han tenido cabida en la muestra que se analiza.

Un índice más de semejanza entre ambos conjuntos es el que se deriva de comparar el porcentaje de piezas diferenciadas, de donde resultan coeficientes de 1,2 y 1,9 respectivamente, es decir que el número de vasijas individualizadas en relación con el número de fragmentos inventariados es proporcional, explicándose el margen desfavorable a *El Parpantique* por el hecho, ya reiterado de corresponder la muestra a un conjunto claramente más fragmentado.

7.1.2 Características morfológicas

Si la similitud de la muestra cerámica es manifiesta, el análisis de sus características morfotécnicas no parece modificar esta misma opinión. Al respecto, hay que advertir que, pese a nuestro interés, no fue posible conseguir la realización de análisis físico-químicos para la caracterización de componentes en la pasta y los procesos químicos derivados de la cocción, por lo que los datos recopilados en los correspondientes inventarios se han conseguido mediante observación visual, con la consiguiente subjetividad⁴⁴.

Tanto las descripciones referidas en la memoria de los trabajos de *El Pico de los Cotorros* como en la de *Pico Romero*, no difieren, en modo alguno, con la impresión recogida en *El Parpantique* y *Los Torojones*, ni con otros próximos atribuidos a la Edad del Bronce ya comentados (Jimeno, 1984; Jimeno y Fernández Moreno, 1991a; Rodríguez Marcos, 2009).

Sobra decir que las vasijas están realizadas a mano y que el tratamiento fue cuidado, sin que exista huella alguna del proceso de fabricación, tanto si éste fue protagonizado por la unión de pequeñas y sucesivas tiras o cordones, como si fue modelado. Domina en todas las piezas la proporcionalidad, así ni las paredes ni los fondos son excesivamente gruesos sino que, bien al contrario, destaca la esbeltez de las piezas, algo aún más visible en algunas vasijas de grandes dimensiones

⁴⁴ Trabajos recientes, como los de Clop (2007), vienen a confirmar la necesidad de realizar este tipo de analíticas con el fin de contrastar hipótesis de partida concretas y no para reiterar generalizaciones sobre la simple composición mineralógica que llevan a confirmar la utilización de materia prima más o menos próxima a los poblados.

con finas paredes, tal como se muestra en los dibujos que se reproducen en los anexos 3 y 10.

El tratamiento es cuidado, incluso, en general, puede estimarse como delicado, caracterizándose las superficies por texturas brillantes en las que se aprecia el detalle de pequeños y sucesivos trazos realizados

para el pulido conseguido por abrasión durante el secado de la pieza, en estado de *cuero*, mediante el uso de pulidores que pudieron ser, a buen seguro, pétreos sin desechar la utilización de otros de hueso, madera o piel.

Forma	Tratamiento superficie					Coloración			Tamaño Desgrasante			Tipo Desgrasante				
	Rugosa	Descuidada	Alisada	Espatulada	Bruñida	Oxidante	Reductora	Mixta	Grueso	Medio	Fino	Caliza	Cuarcita	Gneis	Yesos	Triturada
Parpantique	2,6	6,4	70,7	0,2	20,1	37	37,7	25,3	28,3	42,32	29,4	70,9	22,5	2,5		4,1
A	33,3		31		39				25,4		58,4	31,8	35,7	43,7		28
B	11,1		4,6		23,7				6,1		4,7	10	10,7	12,6		8
C	11,1		22		20,9				11,2		4,5	22,1	17,3	18,7		12
D	44,4	100	42,3		16,4				57,3		32,4	36,1	36,3	25		52
Torojones	4,1	5,1	57,3	6,2	27,3	45	31,4	23,6	44,7	37,3	18	69,6	28,2	0,5	1,5	0,1
A		9	30	50	44,8				0		36,1	17,1	17,8	0	14,3	
B			3,1	9,5	11,4				17,3		10,9	2,8	4,2	0		
C			6,3	11,9	16,2				19,1		25,6	4,9	3,8	0	7,1	
D	100	90,9	60,6	28,6	27,6				63,4		27,7	22	15,9	100	14,3	

Figura 170 Datos estadísticos del tratamiento y composición de la cerámica de *El Parpantique* y *Los Torojones*.

De la comparación entre los datos de ambos conjuntos se advierte que el dominio de las superficies alisadas es abrumador alcanzando, con el conjunto de las cerámicas bruñidas, casi el 90% de la muestra, lo que es altamente significativo para entender que los tratamientos descuidados o incluso rugosos son meramente testimoniales en el conjunto (Figura 171).

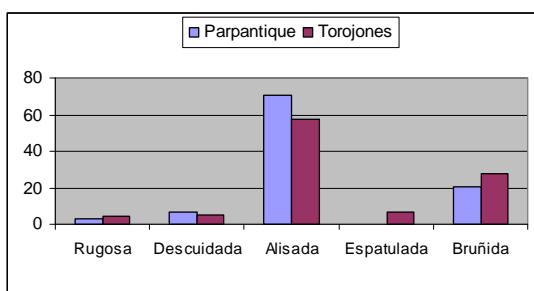


Figura 171 Tratamiento de las superficies cerámicas.

La mínima diferencia estriba en la ausencia de la cerámica espatulada en Balluncar, con un 0,2%,

mientras que en Morcuera supone el 6,2% de la muestra. Es cierto que la diferenciación entre este tipo de acabado y los alisados o bruñidos no es siempre fácil de contrastar, quedando a la arbitrariedad subjetiva del observador la clasificación en uno u otro grupo, según considere la presencia o ausencia de huellas de la aplicación del instrumento pulidos.

Al analizar el tratamiento de las cerámicas puede apreciarse alguna diferencia atendiendo a las agrupaciones de las formas. Pudiera concluirse que los tratamientos descuidados se asocian casi en exclusiva a las formas en "S", tanto las ollas de cocina como los grandes vaso de almacenaje, mientras que los bruñidos se identifican en mayor porcentaje con las pequeñas formas de uso común para comer y beber: los cuencos y los vasos carenados, en los que se encuentran, por el contrario, casi ausentes los tratamientos más bastos. Por su parte, los tratamientos alisados, siendo los más comunes, se asociarían a todos los tipos diferenciados, aún cuando los mayores porcentajes se advierten coincidentes con las grandes vasijas.

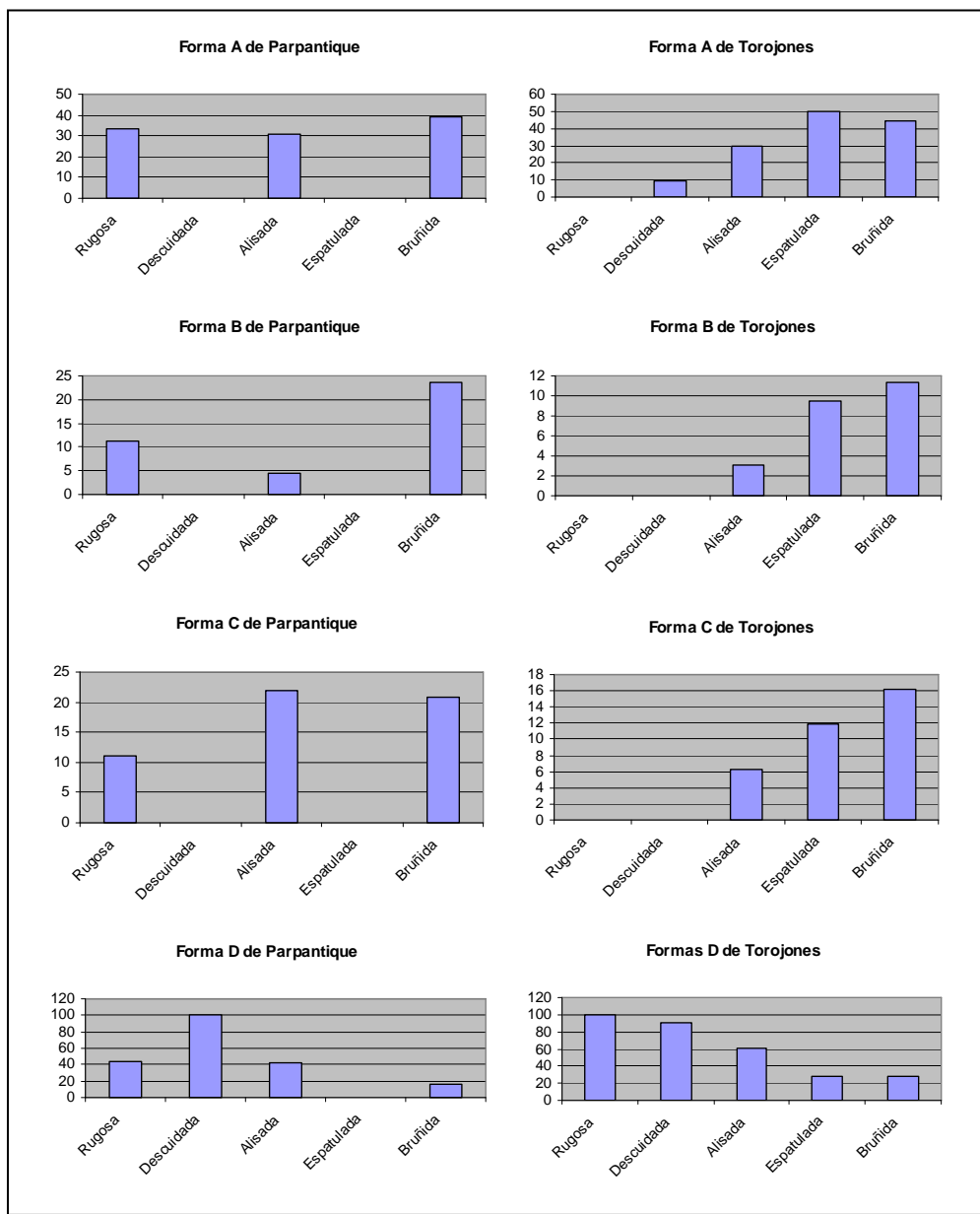


Figura 172 Tratamiento de la superficie de la cerámica de cada yacimiento agrupado por formas.

La pasta de las cerámicas incluye distintos elementos que a modo de impurezas se debieron añadir durante el amasado, de forma previa al modelado. Estos fragmentos, como es bien sabido, tienen como finalidad práctica la de actuar como desengrasante de la arcilla, evitando la formación de bolsadas o burbujas de aire que durante el proceso de secado y sobre todo de la cocción pudieran provocar la destrucción de la pieza. Pese a la abundancia de estas partículas, es más que probable que los procesos de amasado no fueran muy

laboriosos ya que es común la presencia, en la superficie de los fragmentos que nos han llegado, de pequeñas descamaciones en las que queda al descubierto el desengrasante y que corresponden, con toda probabilidad, a la salida de burbujas residuales que tienen una más fácil escapatoria por el contacto de la partícula añadida con el barro.

Dos de las características de estos desengrasantes, el tamaño y el tipo, quedan recogidas en las tablas que constituyen el inventario de los materiales (Anexos 2 y

9) y su frecuencia se refleja en el cuadro de porcentajes que se reproduce en este apartado. En lo referente al tamaño (Figura 173), en *El Parpantique* domina el medio, seguido del fino y, en menor proporción, los de tamaño mayor, entendiéndose, como ya tuvimos ocasión de aclarar en el apartado descriptivo, que el grupo intermedio es el que oscila entre 1mm y 2,5 mm, correspondiendo los finos y gruesos, respectivamente, a los tamaños menores y mayores de dicho rango. Por el contrario, en *Los Torojones* son más extraños los finos y dominan con claridad los de tamaño medio y sobre todo los gruesos.

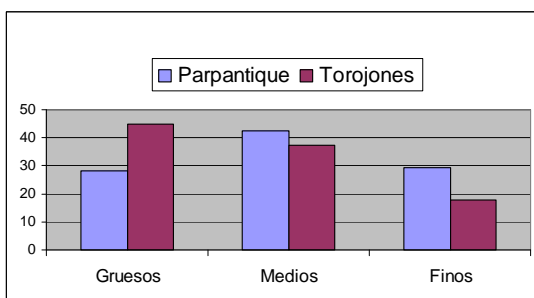


Figura 173 Clasificación por tamaños de los desgrasantes cerámicos.

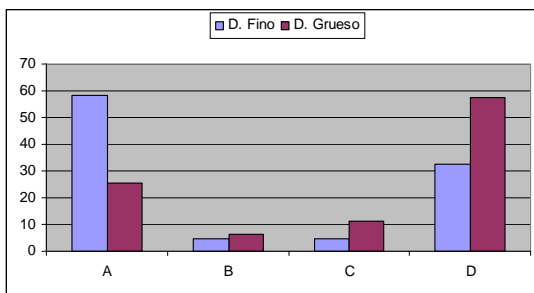
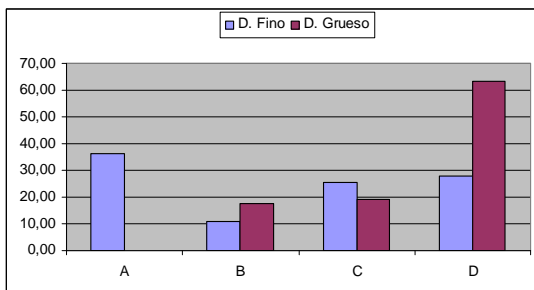


Figura 174 Asociación de tamaño de degradantes y formas cerámicas de Parpantique (superior) y Torojones (inferior).

Descendiendo al análisis y comparando los distintos tamaños, según las formas a las que se asocian, parece evidente la presunción que cabe en estos casos, es decir, la asociación de los tamaños menores a las vasijas más pequeñas y más cuidadas en la

elaboración, y, por el contrario, los tamaños de desgrasantes más gruesos a las vasijas de mayor tamaño, tal como refleja el gráfico correspondiente al yacimiento de *El Parpantique*. En el caso de *Morcuera*, aun cuando la tendencia es la misma, los porcentajes están menos distanciados y ello se debe, sin duda al carácter de proporcionalidad que caracteriza el conjunto, confirmando la primera impresión de que se trata de una producción cuidada.

La caracterización del desgrasantes está determinada no sólo por el tamaño sino también por el material utilizado. En la muestra se había diferenciado la presencia de caliza, cuarcita, gneis, material yesífero y hasta cerámica triturada. El porcentaje de utilización de estos materiales en el caso de *El Parpantique* y de *Los Torojones* es ciertamente similar, dominando claramente la caliza y la cuarcita, en un buen número de ocasiones combinada en la misma pieza, siendo menor e incluso simplemente testimonial la presencia de gneis.

La presencia de este elemento, al igual que la de los yesos requeriría una confirmación con una identificación mineralógica más precisa, si bien es cierto que se trata de materiales comunes, presentes en superficie y que entre sus propiedades destaca la conductividad, por lo que su selección para los procesos de cocción se antoja interesada.

Más fácil resulta la identificación entre los materiales utilizados como desgrasante de la cerámica triturada, sobre todo porque ha sido posible distinguir la presencia de pequeños fragmentos de borde bruñidos en el interior de algunas pastas observadas.

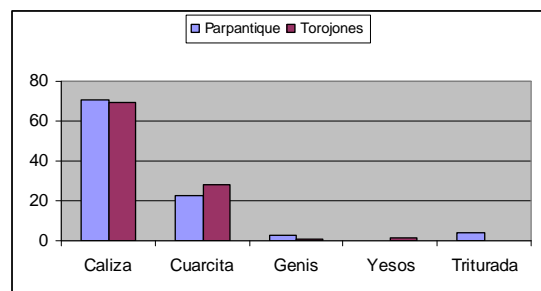


Figura 175 Porcentajes de presencia de material utilizado como degradantes.

La presencia de material calizo en las inmediaciones de los poblados es clara pues forma parte de la constitución del propio cerro. Tampoco la presencia de la cuarcita requiere de mayor explicación, su acopio no

debió presentar problema alguno, por cuanto su localización en los niveles de terraza es habitual y tan sólo precisa de su traslado, seguramente al poblado, para su procesado.

En este sentido se ha descrito la presencia, entre el material lítico, de abundantes cantos cuarcíticos que presenta huellas de descortezado y, a veces, claros procesos de extracción de esquirlas. La utilización de estas lascas como utensilios no está constata, a excepción de algunas con filo natural que pudieron utilizarse como dientes de hoz, pero aún así resultan excepcionales. Más probable es su utilización como material desgrasante, una vez triturados, amasadas las partículas obtenidas con el barro decantado, junto a otros restos calizos.

La singularidad del resto de los materiales ya ha sido comentada por lo que, a falta de análisis más concretos, simplemente hemos de destacar la presencia y ausencia de los yesos y de la cerámica triturada en *El Parpantique* y *Los Torojones* respectivamente.

Los porcentajes y asociaciones de otros materiales no presentan una lectura clara. Tan sólo señalar que en *Los Torojones* la presencia de gneis es más abundante en las formas de cocina y almacenaje, lo que puede estar asociado al factor de conductividad y acumulación de calor, si bien en el caso de *El Parpantique* esta proporción parece inversa y alternante con la cerámica triturada.

A falta de mayor precisión técnica, puede suponerse que las pequeñas variantes responderían a producciones distintas, posiblemente asociadas a una actividad realizada en el mismo poblado que, por los datos disponibles, debemos entender sería autosuficiente y autárquica en ésta y, es de suponer, en otras facetas. En este sentido, se documentó en algunos fragmentos correspondientes a fondos o paredes, la presencia de algunas impresiones vegetales identificadas como hojas de especies arbóreas de ribera, coincidentes con las especies identificadas en el estudio polínico. Aunque ello no sería argumento para suponer una producción local puesto que podrían haberse producido en un espacio medioambiental similar, la existencia de diferencias técnicas y especialmente la constatación de piezas correspondientes a fallos de cocción, que fueron reaprovechadas como, p. e., cuña para los postes de las cabañas, aportan argumentos para suponer que la

fabricación debió realizarse en un lugar inmediato, seguramente con hornadas realizadas de forma periódica y regular para satisfacer las necesidades y poder sustituir las piezas fracturadas e inútiles.

De tal manera se explicarían dos de las características enunciadas: la gran abundancia de este material y la variabilidad de los tipos cerámicos, que aunque responden a modelos similares siempre es difícil encontrar identidades; es decir, la variedad no sólo dependería de la dificultad de estabilizar modelos realizados a mano, sino también que pudiera deberse a la diversidad lógica derivada de producciones diferentes, aun cuando los artesanos fuera los mismos.

A favor de esta hipótesis pueden concretarse algunos datos. De un lado la simplicidad de los hornos de esta época que no debieron diferir de modelos fechados en momentos inmediatamente posteriores documentados en la propia cuenca del Duero (Pérez Rodríguez y Fernández Giménez, 1993). El espacio requerido sería semejante a cualquiera de los típicos hoyos descritos y la tecnología precisa no se traduce en la necesidad de complejos sistemas de tiro o caldera cuya huella sería fácilmente detectable en el registro arqueológico. Ahora bien, sí sería necesaria la provisión de combustible –su existencia en las proximidades del poblado esta bien atestiguada en los análisis polínicos–, la provisión de arcilla decantada o espacios para su decantación – recordemos la acumulación en *Los Torojones* junto a la cabaña del Corte 4–, un espacio para el secado de los vasos manufacturados –sin que se requiera un lugar concreto sí parece que la presencia de impresiones vegetales en algunos fragmentos denuncian que éstos estuvieron protegidos de los rigores climáticos y el consiguiente peligro de un secado rápido y fragmentación de las piezas– y, finalmente, dicha actividad podría rastrearse por la habitual existencia de fallos de cocción cuya acumulación formaría algún testar, aun cuando la producción, si fuera como la suponemos, pudiera concretarse en algunas pocas piezas y consiguientemente el testar pudiera no ser voluminoso. A este respecto, hemos recordado que en el poblado de Morcuera se documenta la reutilización de cerámicas procedentes de fallo de cocción para otras funciones, sin que parezca probable su transporte al poblado desde un punto alejado, sobre todo porque la tarea de cuña bien pudiera haberse suplido con pequeñas piedras existentes con toda seguridad en la superficie del cerro.

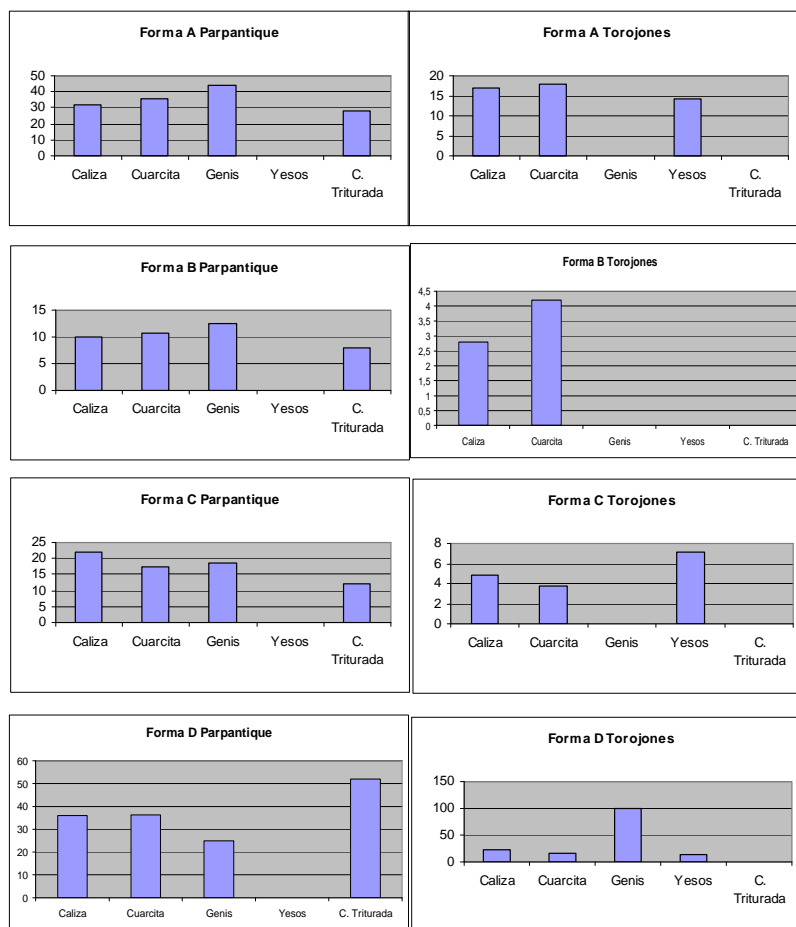


Figura 176 Porcentaje de utilización de material como desgrasante agrupados por las formas cerámicas.

En este mismo supuesto hay que recordar que en yacimientos de cronología semejante a la que manejamos, tanto en el Alto Ebro como en el Valle del Henares, en conjuntos en los que se asociaban cerámicas con decoración campaniforme y otras lisas, que ofrecen similitudes morfológicas de *visu* muy similares a las descritas, se constata la utilización de barros locales para la fabricación de unos y otros (Galván, 1980; Priego y Quero, 1992: 337; Blasco *et alii*, 1994: 101 y ss.) por lo que también hay que suponer que corresponden a una producción vinculada directamente a la vida del poblado, realizada por las mismas gentes que lo construyeron y utilizaron, y, en todo caso, constituir una producción local, como atestiguan en territorios limítrofes peninsulares los análisis petrológicos sobre producciones cerámicas en conjuntos con decoración campaniforme (Clop, 2005: 302-303; Lazarich, 2005: 356), y en general, en los conjuntos estudiados del III y II milenio (Clop, 2007).

En suma, parece confirmarse que los conjuntos cerámicos son similares, que la abundancia de material

y las singularidades descritas pueden explicarse por tratarse de producciones locales, posiblemente por pequeñas y reiteradas cocciones realizadas por distintas personas del grupo en el momento en que fuera necesario. Para ello utilizarían materias primas de las inmediaciones, con gran probabilidad transportadas al poblado, donde se acumularían hasta el momento de su transformación. De nuevo, hemos de suponer que este proceso requeriría una organización comunal del trabajo, la misma que se precisa para la construcción de las cabañas o los silos, y la que pudiera derivarse de la especialización de alguna de las actividades documentadas y que trataremos más adelante.

7.1.3 Características tipológicas

Morfológicamente parece que los conjuntos de estudio presentan unas características similares por lo que parece llegado el momento de comparar su tipología a fin de determinar si, por una parte, se

mantienen las mismas semejanzas, posibilitando definir las características de este grupo, y, por otra parte, si de las mismas se desprende una clasificación cronocultural que permita su encuadre.

En buena lógica, el mayor número de restos recogidos en las excavaciones de *El Parpantique* ha deparado una tabla más completa, a la par que más clara, por cuanto, aunque con piezas más fragmentadas, ha sido posible una mayor reconstrucción, reconociéndose quince ejemplares en los que contamos con un perfil completo del vaso: borde, pared y fondo. Sin embargo, en el yacimiento de *Los Torojones*, como luego tendremos ocasión de comprobar, este hecho sólo se repitió en cinco ocasiones. Todos los modelos y tipos aparecidos en el poblado de Morcuera están bien representados en el de Balluncar, por lo que este último conjunto posibilitaría analizar con garantía las características funcionales y cronológicas del conjunto.

Como ya se ha indicado en los apartados descriptivos la tabla esta basada en la identificación de tipos a partir del perfil de la vasija. Es cierto que al utilizar como elemento definidor de la clasificación un único rango pueden perderse detalles de la colección, si bien estamos convencidos de que este elemento es el que permite comparar, con cierto grado de fiabilidad, las distintas muestras.

En los conjuntos, tal como hemos visto al presentar los datos de cada poblado, parece que no hay duda sobre la atribución de las distintas formas a cuatro grupos básicos, a saber: los cuencos, fundamentalmente formas abiertas o rectas y destinadas a la mesa o como elementos de auxilio para el transvase; los recipientes carenados, definidos por su perfil anguloso, y destinados tanto a una utilización similar como a la transformación y conservación de alimentos; las vasijas globulares, en este caso destinadas al acopio y transporte, probablemente, de líquidos; y finalmente los vasos de perfil sinuoso, en "S" que atendiendo a su tamaño se agrupan en dos claros subgrupos: las orzas de almacenaje, seguramente a elementos sólidos, aunque tampoco podemos desechar la posibilidad de almacenar agua u otros líquidos, y las ollas destinadas a la cocción y que debían acercarse al fuego. A estos cuatro grandes conjuntos se añadiría otro más, en este caso definido por la funcionalidad de la pieza, los típicos coladores o encellas.

Agrupadas en el orden de presentación, advertimos en la Figura 177 unas características que parecen comunes a todos los yacimientos a excepción, tal vez,

de *Pico Romero*. En los conjuntos de Morcuera, Balluncar y Langa de Duero, las tendencias son constantes aun cuando los porcentajes sean diferentes: presencia mayoritaria de formas de perfil sinuoso junto a los cuencos o formas abiertas, en tercer lugar se situarían los vasos globulares, y, en último lugar, los perfiles quebrados. Por su parte, en *Pico Romero* la tendencia dominante de los perfiles en "S" queda sustituida en exclusiva por lo cuencos, a los que le siguen los vasos cerrados de perfil simple, y finalmente, de nuevo, el grupo de los carenados. No podemos dejar de recordar, al respecto, que los datos que manejamos para este último asentamiento citado son, en lo que concierne a los materiales cerámicos, parciales, en concreto procedentes de la primera campaña, por lo que habrá que esperar a conocer el estudio definitivo para ratificar la tendencia apuntada.

Las encellas o coladores se mantienen en similar porcentaje en todos los conjuntos excepción, ahora, de *Los Cotorros* donde están ausentes, o al menos nada se dice de ellos en el estudio inicial que manejamos. Aun cuando, una vez más, debemos manifestar prudencia a la hora de evaluar estos datos hasta conocer el estudio definitivo del conjunto, no es menos cierto que, en este caso, se han enunciado distintos aspectos que hacen suponer que se trata de un asentamiento de similar cronología y tipología pero de una funcionalidad diferente, bien por no ser permanente, bien por constituir un puesto avanzado o de vigilancia, o un campamento dedicado a una finalidad concreta que se nos escapa.

En una primera valoración global y general del conjunto cerámico, estas características son intermedias a las que definen las de los conjuntos Calcolíticos y los del Bronce Medio o Pleno en la cuenca del Duero.

En relación a los yacimientos calcolíticos meseteños más clásicos los conjuntos del Bronce Antiguo ofrecen una mayor variedad, sino de formas sí de tipos y especialmente los subtipos. El conjunto cerámico de *Las Pozas*, según su investigador (del Val, 1992: 52), queda definido, entre otros elementos singulares, por la presencia mayoritaria de los cuencos y los vasos globulares aun cuando no son extraños los platos de borde simple, los bicónicos que señalan una fuerte angulosidad, carena, siempre en la mitad inferior, e incluso las grandes ollas u orzas de cuerpo globular y borde recto o saliente, además de las típicas encellas, sin que dispongamos de porcentajes referentes para el conjunto.

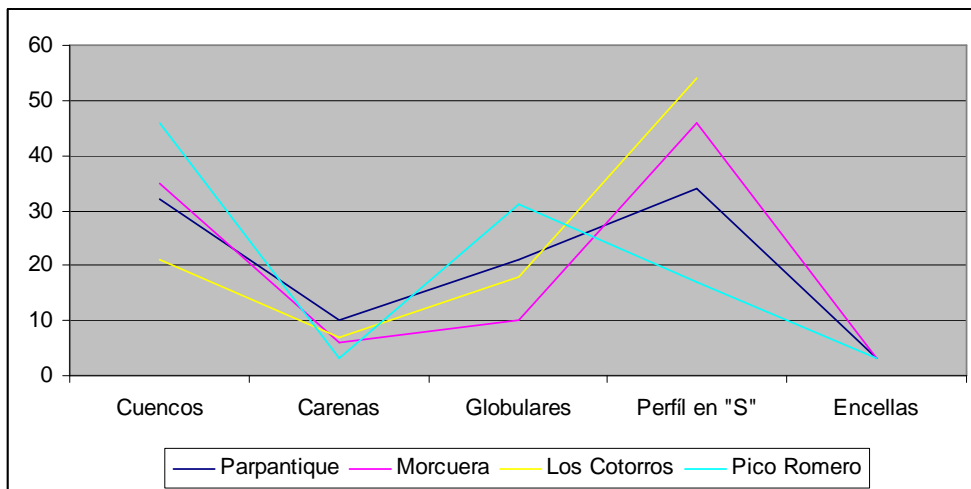


Figura 177 Agrupaciones de las formas cerámicas básicas reconocidas.

Más próximos a los que centran este estudio, cronológica y espacialmente, se encuentran los hallazgos del denominado horizonte Los Cercados, un conjunto de yacimientos del valle Medio del Duero con gran similitud con el conjunto zamorano referido, si bien en los yacimientos más orientales, de cronología ligeramente más moderna, las decoraciones son aún más escasas, la variedad formal se considera más simple y no cuentan, hasta la fecha, con los elementos singulares y característicos de aquel, caso de los morillos o crecientes (Herrán *et alii*, 1993a: 60-62; *Ídem*:1993b: 33-33; Palomino *et alii*, 2003). En este último horizonte es posible disponer de una información

suficientemente precisa para contrastarla con las tablas del presente estudio.

Ciertamente la clasificación formal es similar, incluso más amplia, al individualizarse formas abiertas, las que describen como platos o fuentes, semejantes a las del yacimiento zamorano comentado. Porcentualmente, el utillaje parece menos variado, dominando los cuencos y en menor medida los globulares. Los elementos grandes y medianos de perfil sinuoso, aunque bien representados, son minoritarios, sin llegar a resultar tan extraños como los vasos de carena en el tercio inferior, ciertamente anecdóticos (Figura 178).

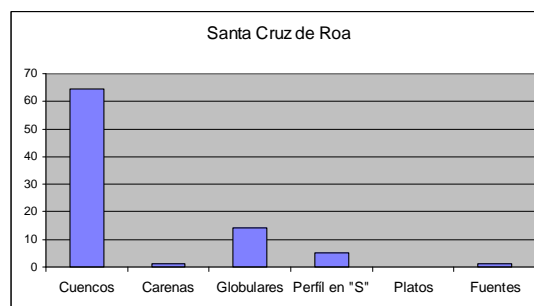
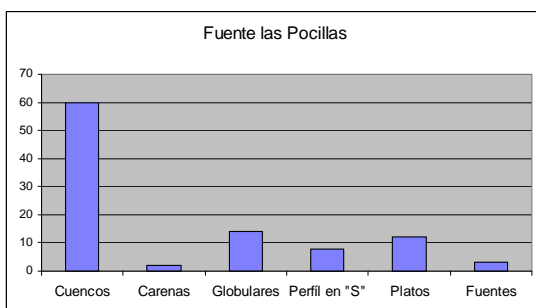


Figura 178 Porcentajes de formas tipológicas en los conjuntos del horizonte los Cercados, agrupados sobre los tipos señalados.

Esta semejanza del ajuar cerámico entre el horizonte de Los Cercados y el de Las Pozas no es excepcional en las tierras del interior sino que, bien al contrario, parece confirmar una tendencia generalizada entre los grupos que ocupaban el valle del Duero a lo largo del tercer milenio AC., tal y como se desprende de los estudios conocidos para el valle Amblés (Fabián, 2006: 194 y ss.). De la docena larga de asentamientos de atribución calcolítica, al menos tres, *Aldeagordillo*,

Fuente Lirio y *Los Itueros*, ofrecen muestras cerámicas ciertamente numerosas, con colecciones que superan el millar de fragmentos, y un cuarto, *La Cantero de Halagas*, alcanza los cuatrocientos. En todos los casos, las formas son las ya comentadas en los conjuntos anteriores: platos o escudillas abiertas, cuencos y formas globulares, constituyendo en la mayoría de ellos el 85% de la vajilla. Tan sólo en el poblado de *Los Itueros*, se aprecia una representación más variada, y

aún cuando las formas más simples alcanzan el 83%, aparecen las ollitas de borde marcado y, con menor representatividad, los vasos de suave perfil en “S”, e incluso las denominadas carenas medias/altas con fondo curvo, y medias/bajas con cuello exvasado.

Por su parte, el yacimiento de *El Tomillar* de Bercial de Zapardiel, también en el sur de la Submeseta Norte, ofrece una colección cerámica ciertamente similar, dominando las formas derivadas de la esfera, aun cuando se advierte una mayor presencia de las paredes verticales, los cuellos marcados y los labios vueltos, así como algunas carenas en vasos bicónicos. Este conjunto muestra, a juicio de su excavador, una evidente unidad con la etapa Calcolítica, si bien se advierte cierto componente *degenerado* que Fabián concibe como el germen del momento posterior, lo que quedaría confirmado por las fechas radiocarbónicas que sitúan el conjunto de fosas con inhumación en lo que se viene a denominar el Cobre Tardío/Final (Fabián, 1995:101 y 191 y ss.).

En las tierras limítrofes, advertimos que, en general, en los yacimientos en los que no se documenta la cerámica campaniforme, la caracterización tipológica es ciertamente semejante, con predominio absoluto de las formas simples derivadas de la esfera y presencia minoritaria de los perfiles carenados, documentándose en todo caso en la mitad inferior del vaso. Más excepcional resultan los perfiles sinuosos, es decir la presencia de cuellos y bordes vueltos que configuran los vasos en “S”. Tal es el caso de los hallazgos Calcolíticos madrileños de *El Capricho*, *El Juncal* o *La Esgaravita* (Díaz del Río, 2001: 174, 177, 183, 188 y 132); por el contrario, en el próximo de *Las Matillas* parece posible discernir el incremento de los perfiles en “S”, las carenas medias, las impresiones en los labios y los cordones digitoungulados, coincidiendo, a lo que parece, con un alejamiento cronológico de aquellas fases y el acercarnos a las etapas del Bronce clásico, previas al horizonte Cogotas I. Esta secuencia ha servido para reinterpretar otros conjuntos similares como los del *Espinillo*, un espacio inmediato al conocido como *Fabrica de Euskalduna* (*Ibidem*: 193-195 y 216-218).

En tal sentido, los yacimientos adscritos a la etapa campaniforme, especialmente la Ciempozuelos, debieran manifestar la tendencia descrita, si bien hemos de advertir que, en general, dicha adscripción no viene a solucionar aspectos sobre la posible evolución formal de la industria cerámica. La mayoría de los hallazgos se constatan como pertenecientes al ajuar que acompaña a las inhumaciones, y cuando aparecen en ámbitos domésticos la proporción de estas cerámicas es

ciertamente baja, sin llegar a superar porcentajes en torno al 5% incluso en los yacimientos más señeros (Blasco y Sánchez, 1994: 102). Uno de los mejor conocidos es el madrileño de *El Ventorro* en el que se diferenciaron dos fases sucesivas y continuas, ambas dentro del ambiente Calcolítico, caracterizadas y diferenciadas por la ausencia y presencia, respectivamente, de los ejemplares con decoración Ciempozuelos, y dominando en ambos ambientes las formas simples hemisféricas, las globulares o de paredes entrantes y los vasos de paredes rectas, aun cuando se reconocen minoritariamente algunas formas en “S” y perfiles carenados (Priego y Quero, 1992) (Figura 179).

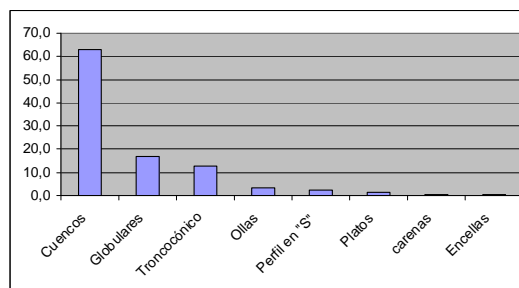


Figura 179 Representación de las formas cerámicas de *El Ventorro*, a partir de Priego y Quero 1992, reagrupando porcentajes sobre total de la vajilla lisa.

Posteriormente se pusieron de manifiesto las contradicciones estratigráficas que imposibilitan mantener la doble secuencia y concluyen en clasificar el yacimiento como un enclave calcolítico con cerámica campaniforme en un momento cronológico del primer siglo del II milenio (Díaz del Río, 2001: 238-245), confirmando las contradicciones evidenciadas por los resultados de los análisis cronológicos (Blasco y Sánchez, 1994, 117; Blasco, 1997: 62).

En el interior peninsular el resto de poblados atribuidos a la etapa campaniforme no ofrecen un panorama más clarificador. El del *Perchel*, localizado en el valle del Alto Jalón, en las tierras que delimitan las provincias de Soria, Guadalajara y Zaragoza, parece corresponder a única cabaña que proporcionó una muestra cerámica que consistía en poco más de una treintena de vasijas diferentes, de las que seis se clasificaban como típicas Ciempozuelos, otras cinco mostraban decoración más ordinaria ejecutada mediante incisiones profundas, y la mayoría, veintiséis, eran lisas, constatándose en dos ejemplares la aplicación de elementos plásticos. En el último grupo destacan mayoritariamente los cuencos hemisféricos, aun cuando se describen también perfiles sinuosos de

cuello destacado. Asimismo, se documentó una mínima pero segura actividad de transformación y elaboración por la presencia de restos de, al menos, una encella y una fusayola (Lucas y Blasco, 1980). En suma, un panorama similar al descrito para los conjuntos anteriores, si bien la escasez de la muestra y la falta de análisis radiocarbónicos no permita mayor precisión.

Dentro de la cuenca del Duero se conocen los enclaves de *Arrabal de Portillo*, cercano a la ciudad de Valladolid, y el de *Pico de Castro* en Quintanilla de Arriba, ya en la ribera vallisoletana. El primero adquiere tal atribución por la presencia de medio centenar de fragmentos típicos Ciempozuelos, recuperados en un contexto que los propios excavadores definen como revuelto, dentro de un conjunto de hallazgos que ofrecen una cronología muy amplia, desde el Calcolítico hasta la Edad del Hierro (Fernández Manzano y Rojo, 1986: 47-64). Más interesante resulta el de *Pico Castro*. En este caso, la proximidad a nuestros yacimientos, la localización en altura, en un cerro *balcón* que domina el valle, lo reducido de sus dimensiones, el hecho de disponer de una ocupación medieval superpuesta, el reconocimiento de una cabaña con hogar interior y la abundancia de cerámica localizada *in situ*, hace sospechar su pertenencia al horizonte que nos ocupa. Su excavador ha dado a conocer las características singulares de este poblado mediante la publicación monográfica de la cabaña que fecha en época campaniforme al constatar entre sus restos la típica cerámica incisa Ciempozuelos (Rodríguez Marcos, 2005 y 2008: 131-150).

El mismo autor indica que el conjunto cerámico estaba constituido por 1.648 fragmentos, todos lisos, a excepción de los fragmentos atribuibles a dos vasos de cerámica incisa campaniforme y otras tres piezas, un cuenco y dos vasos hondos, con incisiones en la parte exterior del borde. Tipológicamente, el conjunto no desarrolla una gran variedad, bien al contrario se define como repetitivo (Rodríguez Marcos, 2008: 139 y ss.), destacando los cuencos, principalmente hemisféricos, los vasos globulares y los troncocónicos de paredes rectas, siendo menos representativas las vasijas de perfil en "S" y las carenas, si bien aumentan proporcionalmente respecto a los ambientes calcolíticos tradicionales.

La vajilla ofrece unas características (Figura 180) más próximas a los conjuntos campaniformes que acabamos de describir que a los conjuntos de los yacimientos en estudio, lo que no deja de sorprender por cuanto, a tenor de los resultados de los análisis de C14, la ocupación del *Pico Castro* coincide con *Pico Romero*, excavado por el mismo autor, y *El Parpantique*.

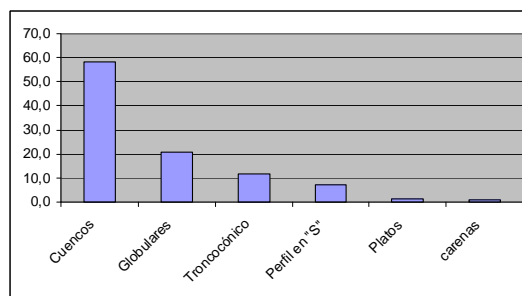


Figura 180 Representación de las formas cerámicas de *Pico Castro*, a partir de Rodríguez Marcos (2008).

Con fechas similares tenemos otro de los enclaves de referencia para el análisis de los poblados del Alto Duero. Se trata de la factoría salinera de *Santioste*, en tierras zamoranas de Otero de Sariegos, en la orilla de las lagunas de Villafáfila (Viñé et alii, 1991; Delibes et alii, 1989: 166). El análisis inédito del material cerámico (Viñé, 1993)⁴⁵ ofrece unos resultados ciertamente interesantes.

Entre las dos campañas realizadas en el yacimiento se recogieron, en los 76 m² excavados, cerca de 50.000 restos de los que se inventariaron casi 8.000, siendo la cerámica la protagonista de los hallazgos muebles recuperados. Mayoritariamente, un 90%, las superficies están alisadas o bruñidas, siendo minoritarias las toscas, un 0,9%. En cuanto a los desgrasantes, dominan los calizos y cuarcíticos, con un 69%, estando también representados los micáceos y otros de tipo vegetal e incluso algunos barros triturados. En lo concerniente a la tipología, dominan, una vez más, los cuencos, seguidos de los globulares, las ollas de perfil en "S" y finalmente las carenas que se acercan al 8% del conjunto. Entre estas últimas destacan las altas, 20,7 %, aun cuando predominan las medias y bajas, con un 41,3 y un 38% respectivamente.

Este conjunto ofrece una imagen próxima a los del Alto Duero, principalmente en lo relativo a los dos primeros grupos, los cuencos y los perfiles quebrados, si bien la representación de las formas globulares y las de perfil sinuoso se muestra invertida. No hay que olvidar dos cuestiones que ya fueron descritas en el apartado anterior al estudiar las estructuras. En primer lugar, el yacimiento zamorano corresponde a lo que se interpreta como una instalación salinera, es decir dedicado a una actividad especializada que precisaría

⁴⁵ Como en el caso de *Pico Romero* para el que ya hemos indicado que conocimos los datos con antelación a su publicación, gracias a la amabilidad de D. J. A. Rodríguez Marcos, el acceso a los del yacimiento de Villafáfila fue posible gracias a la generosidad de Dña. Ana Viñé y Dña. Mónica Salvador de la empresa Proexco S.C.L., responsables de la ejecución de los trabajos de campo y de los primeros estudios.

de tipos cerámicos propios para tal la actividad, sin que pueda valorarse la incidencia de esta especificidad en el ajuar exclusivamente doméstico. En segundo lugar, aun cuando el conjunto muestra una unidad evidente, se detalla la superposición de distintas ocupaciones y una inhumación sin que sea posible distinguir, al menos no se plantea en el estudio al que hemos tenido acceso, si tales superposiciones se corresponden con sucesivas y continuas reocupaciones, estacionales o no, y si todas estaban vinculadas a la explotación salinera.

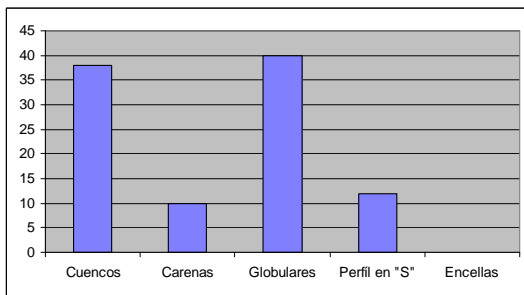


Figura 181 Representación de las formas cerámicas de Santioeste agrupadas a partir de Viñé, 1993 y Delibes *et alii*, 1998).

Por otra parte, se conocen colecciones atribuibles a este mismo momento en la zona de estudio y en las inmediaciones de la misma. Se trata de distintos hallazgos en cueva cuya comparación pudiera resultar poco equilibrada, sobre todo porque la utilización de estos espacios pudiera estar destinada a actividades que no son frecuentes en los poblados, aún cuando separar drásticamente entre actividades domésticas y rituales, vinculadas o no a los enterramientos, no siempre sea fácil para estos momentos.

Entre los más interesantes, por proximidad, está el de la cueva de *El Asno*, asomada al río Duero, aguas abajo de la ciudad de Soria (Eiroa, 1979: 69). La ocupación, de acuerdo a la calibración del resultado de los análisis, se situaría en los extremos superior e inferior de la banda establecida con los cuatro poblados en estudio. Ya se ha reiterado la problemática interpretación de los hallazgos de este asentamiento, concluyendo que la mezcla de los hallazgos de las dos entradas no posibilita su individualización en cada una de las épocas.

Más reciente, la cueva *La Maja* ofreció unas fechas intermedias a las de *El Asno* y muy próximas a las más modernas de *El Parpantique* y *Pico Romero*. Esta pequeña cueva fue utilizada probablemente durante un periodo de trescientos años, y, además de las actividades de carácter ritual-simbólico reflejadas en los

grabados de varias paredes, la sala de entrada y la covacha próxima se utilizaron como zona de habitación, diferenciándose espacios de cocina, de transformación de alimentos y de almacenaje (Samaniego *et alii*, 2001). Pese al volumen de fragmentos cerámicos, sólo se individualizaron poco más de un centenar de vasijas diferentes, entre las que destacan los cuencos y los perfiles en "S", adquiriendo protagonismo los vasos carenados. Las formas globulares, tanto las de borde simple como las de cuello desarrollado, eran menos comunes, mientras que las encellas sólo se recuperaron en la zona de habitación. La utilización de los datos procedentes de una zona u otra produce, como se advierte en el gráfico adjunto, pequeñas diferencias que, en todo caso, no empañan una misma tendencia marcada por una clara ruptura con la etapa calcolítica anterior, que ya veíamos iniciada con los hallazgos vinculados a la cerámica campaniforme, ausente en estos últimos yacimientos.

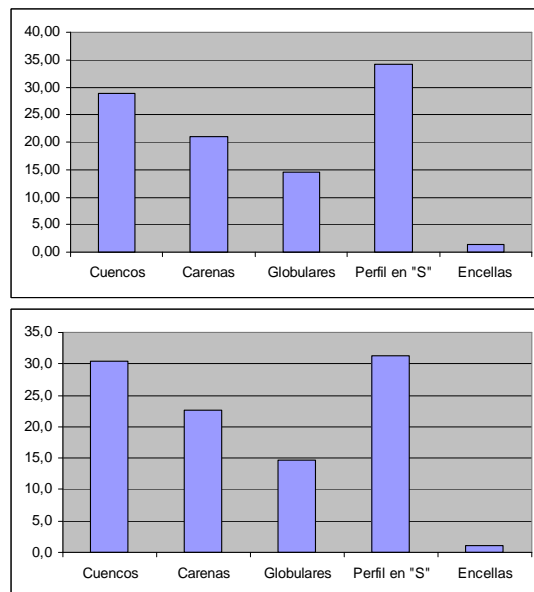


Figura 182 Representación de tipos cerámicos de la Cueva La Maja. Arriba con hallazgos de la Sala, debajo juntos los de la Sala y el Camarín.

Un tercer yacimiento, el de la cueva de Arevalillo de Cega en Segovia, viene a confirmar las características señaladas líneas más arriba: se localiza en el interior de una cueva, aun cuando también se prolongaba al exterior; no sólo tiene cerámica campaniforme sino que aparece estratificada; cuenta además con fechas radiocarbónicas que señalan su utilización en una fase ligeramente más moderna que la de los poblados del Bronce Antiguo, y que permitió, junto con la decoración de sus vasijas, definir el horizonte formativo de Cogotas I. Dejando al margen la cuestión de la decoración sobre

la que luego volveremos, la secuencia cerámica de los tres niveles que se diferencian confirmaría la evolución que se apuntaba. Al panorama inicial en el que están presentes los cuencos, los vasos globulares y las ollas y grandes vasos de perfil en "S", se añaden progresivamente las formas carenadas, representadas con un 7% en el nivel intermedio y con un 18.3% en el superior, en el que desaparecen los tipos considerados campaniformes, a la vez que las formas globulares sufren un retroceso simétrico (Fernández Posse, 1981: 58 y Fig. 17).

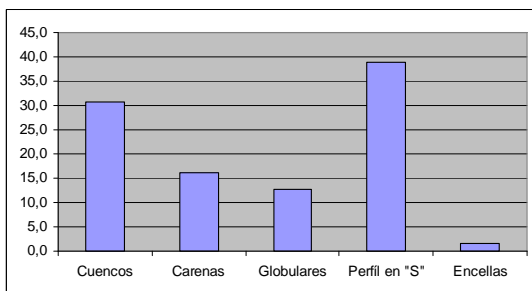


Figura 183 Representación de las formas cerámicas del área del poblado de *Los Tolmos* (a partir de Jimeno, 1984).

En los conjuntos tipológicos en los que domina la decoración que desarrollará el complejo Cogotas I se advierte una mayor presencia de los perfiles angulados a los que mayoritariamente se asocian las decoraciones. Tal es el caso del campamento de *Los Tolmos* en Caracena (Figura 183). De los dos sectores estudiados, los paralelos deben referirse a los hallazgos en la zona en la que se reconocieron las cabañas, el Sector A (Jimeno, 1984: 80-89).

Este poblado está caracterizado por un conjunto de cerámicas lisas y decoradas en el que se reconocen todas las formas habituales, destacando el volumen de las ollas y orzas de perfil en "S" mayoritarias en la muestra, un 39%, seguido de los cuencos, las carenas y, de nuevo, en último lugar, los vasos globulares. Sin duda las carenas, que superan el 15%, muestran un protagonismo similar al de Arealillo, dominando, como en aquellas, las localizadas en el tercio superior y estando ausentes las bajas, en contra de lo que era habitual en los conjuntos calcolíticos e incluso en los poblados del Bronce Antiguo en este mismo territorio.

En el estudio del poblado de *Los Tolmos* ya se plantearon las relaciones con los conjuntos anteriores del Bronce Antiguo que ahora se analizan y con los campaniformes, si bien, entonces, los primeros eran conocidos únicamente por hallazgos de superficie y para los últimos el único conjunto acreditado en el Alto Duero, *El Guijar* de Almazán, carecía de referencias

estratigráficas y cronológicas precisas. Asimismo, se repasaba la relación del conjunto soriano con el de *La Plaza* de Cogeces, advirtiendo una clara diferenciación en la que destacaba la mayor semejanza, pese a la similitud de fechas, del conjunto vallisoletano (Delibes y Fernández Manzano, 1981) con los típicos de Cogotas I que con los del entonces denominado Horizonte Protocogotas o Bronce Medio meseteño (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 106-107).

En los yacimientos que ahora estudiamos las colecciones cerámicas se alejan claramente de los típicos cogotianos del centro de la Cuenca, bien singularizados en *San Román* de Hornija. Ello a pesar, estamos de acuerdo con los responsables de su estudio, de que el conjunto cerámico recuperado en este enclave no puede generalizarse para todo el ámbito en el que se desarrolla el mundo Cogotas I (Delibes, Fernández Manzano y Rodríguez Marcos: 1990).

Consideramos importante esta matización por cuanto, a tenor de lo ya manifestado, producciones locales, ejecutadas por artesanos locales en función de las necesidades que demandarían la especialización de los distintos grupos y su adaptación a los recursos que ofreciera el medio..., hace imposible normalizar las series cerámicas, aunque en origen estas fueran idénticas, incluso entre poblados próximos y coetáneos. Obviamente, aún dentro de los rasgos generales que hacen eficaz *el modelo* cerámico, pueden existir otras diferencias generales, más o menos sutiles, debidas a la creatividad y habilidad de quien las realizara. Ello puede ser más notorio en los rasgos menos funcionales: decoración, acabados, y en el aspecto exterior visual, *estilo*, de los conjuntos.

Sirva, por tanto el repaso realizado para entrever que los poblados del Alto Duero que se presentan se encuadran, sin duda alguna, entre las típicas producciones de época calcolítica, y los conjuntos adscritos al Bronce Medio.

Por ello, antes de iniciar el análisis de las decoraciones, creemos de interés conocer las singularidades tipológicas de nuestras cerámicas. Para este objetivo ya se refería que sólo era posible el análisis comparativo entre las cerámicas de *El Parpantique* y de *Los Torojones*. Aún así ha de hacerse con prudencia, como se deduce de los gráficos adjuntos (Figura 184 y ss.), en los que se advierte que, a excepción de los cuencos y las formas en "S", la similitud de las distintas variantes es difícil de concretar, por cuanto en el conjunto de *Los Torojones* la representatividad es mínima. En todo caso, a lo largo

del análisis se hará referencia a los datos de los conjuntos de *Los Cotorros* y *Pico Romero*, con el deseo

de poder completar la visión conjunta.

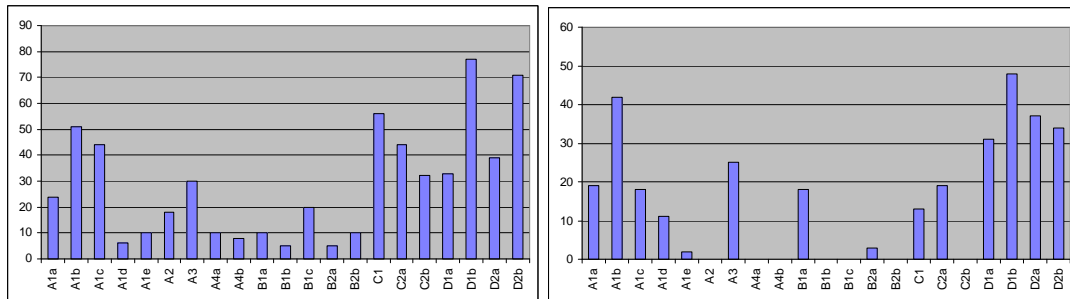


Figura 184 Representación de las variantes tipológicas cerámicas de *El Parpantique*, izquierda, y *Los Torojones*, derecha.



Lámina 9 Conjunto representativo de las cerámicas de *El Parpantique*. Archivo M. Numantino Foto A. Plaza

Es claro que las mayores diferencias se aprecian en las formas globulares, cuya representatividad en cada conjunto era claramente diferente: un 21 y un 18%, muy próximos, en *El Parpantique* y *Los Cotorros*, mientras que en *Los Torojones* apenas alcanzaba el 10%, al contrario que en *Pico Romero* donde constituía un tercio de la muestra.

Las siluetas de este tipo son muy simples, en C1 una sencilla pared convexa remata en un labio redondeado sin que se diferencie el cuello intermedio, por lo que en ocasiones puede llegar a describirse como cuenco hondo de borde entrante. Por el contrario, en C2 el borde se destaca por el labio que vuelve al exterior, y el

remate de la pared convexa se estrangula, marcando un ligero cuello.

Estas formas son las más comunes en los conjuntos calcolíticos, pudiéndose rastrear su origen en las primeras etapas neolíticas. En el vecino poblado de *Los Tolmos*, aun cuando son también las menos repetidas, alcanzan porcentajes superiores al 10%, identificándose las de cuello y labio más desarrollados (Jimeno, 1984: 82), lo que puede llevar a compararlas con ciertas ollas de cocina.

La función de estas vasijas estaría determinada por su tamaño y acabado, si bien parece evidente su

eficacia para la contención de líquidos, sea para almacenaje, e incluso transporte. En cuanto a las de proporciones menores, no hay que desechar su uso para la cocción de alimentos.

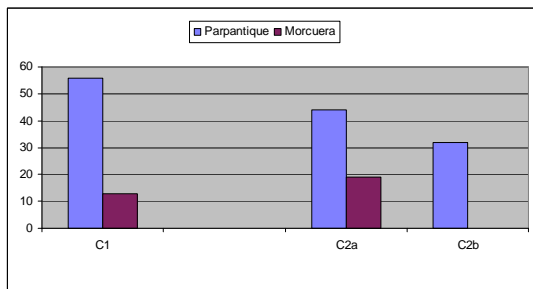


Figura 185 Porcentaje de presencia de las formas globulares.

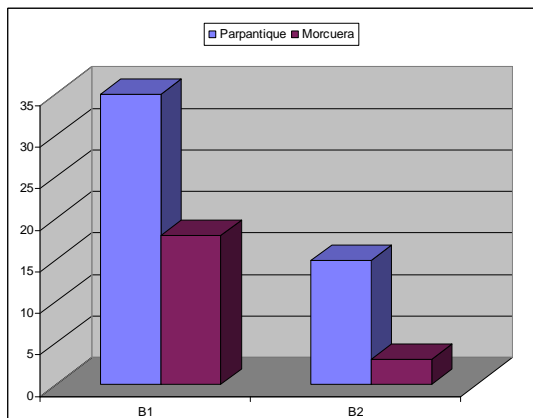


Figura 186 Formas carenadas. B1 corresponde a las carenas dispuestas desde el medio al tercio inferior del vaso, mientras que B2 identifica las localizadas en el tercio superior.

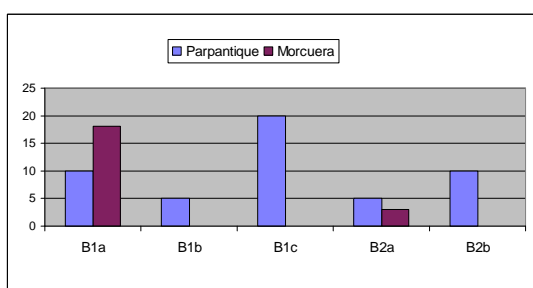


Figura 187 Porcentaje de presencia de las formas carenadas.

Dejando al margen las encellas, cuya adscripción tipológica plantea dudas, si bien su diferenciación y caracterización funcional posibilita su tratamiento como tal; la forma con menor representación es, sin duda, la que se caracteriza por un perfil carenado o quebrado. En *El Parpantique* es donde alcanzan el mayor porcentaje, un 10%, mientras que en *Pico Romero* son las más extrañas, apenas un 3% del conjunto, y aún

cuando se trata de referencias provisionales, podemos confirmar la tendencia, ya que dicho porcentaje es complementario con el de los perfiles globulares comentados. Por su parte, en *Los Torojones* y *Los Cotorros* su presencia es similar, un 6 y un 7% respectivamente, lo que viene a confirmar la presencia generalizada en estos conjuntos, verificándose su utilización constante pese a no ser, numéricamente, abundantes.

Los perfiles carenados son una de las características de la cerámica de la Edad del Bronce, y aun cuando la referencia a la presencia de carenas bajas en los ambientes calcolíticos es constante, el perfil en estos casos se aleja de los del Alto Duero, vinculándose más en aquellos como una solución técnica que amplía la base que al modelado del cuerpo. En general, dominan las carenas medias (tipos B1) sobre las medias altas (B2), como es común en los conjuntos del Bronce Pleno de la Meseta. Así en *Los Tolmos* tampoco se constatan las bajas y dominan las medias que suponen el 87% de las formas carenadas. Estas representan en el conjunto el 13%, sumando los tipos lisos y decorados (Jimeno, 1984: 83 y Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 23). Las cerámicas carenadas destacan en las tablas tipológicas de los conjuntos Cogotas I, sirviendo de soporte para la decoración, admitiéndose una evolución desde las medias, generalizadas en esta fase Pre o Porto-Cogotas, a las más altas de los perfiles troncocónicos o bitroncocónicos (Fernández Posse, 1986; Delibes *et alii*, 1990: 73; Abarquero 2005: 28 y ss.).

Por lo tanto, aceptando esta línea evolutiva, la cerámica de estos poblados confirmaría una fase cronológicamente más antigua que la de los conjuntos pre-cogotianos. En cuanto a los hallazgos de *El Parpantique*, las más comunes, entre las carenas medias, son las que muestran unas proporciones equilibradas y el perfil recto (B1b) y especialmente las de cuerpo igualmente recto pero borde ligeramente entrante (B1c). No es habitual que se puedan confrontar estas variaciones con otros conjuntos próximos, tanto geográfica como cronológicamente. Por ello, la existencia de los datos turoleses se antoja decisiva, confirmando estas apreciaciones.

En la vertiente oriental del Sistema Ibérico, dentro del estudio cerámico del segundo milenio, la tendencia que se apunta para los conjuntos del Alto Duero coincide con los tipos I y II de la Forma 4 que allí se identifica, que caracterizarían la etapa más antigua de la Edad del Bronce (Picazo, 1993: 75-86).

Los cuencos, la forma más generalizada, permiten poca precisión cronológica. En los conjuntos estudiados las formas abiertas son ciertamente variables. Hay

ejemplares típicos derivados de la media esfera, con mayor o menor amplitud y tamaño, si bien todos se muestran claramente proporcionados (A1); también están representados los cuencos de paredes verticales y labios rectos o salientes (A2 y A3). Finalmente, se constata una interesante muestra de grandes vasijas que tipológicamente se integran en el tipo A4, si bien sus proporciones y funcionalidad está claramente alejada de la de los anteriores.

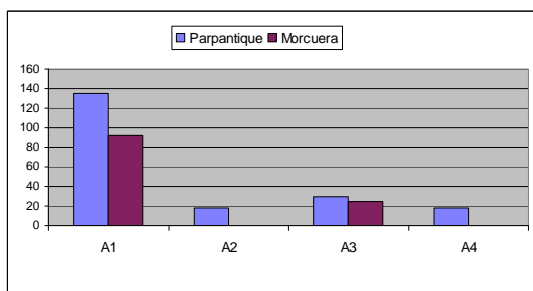


Figura 188 Porcentaje de presencia de las formas abiertas.

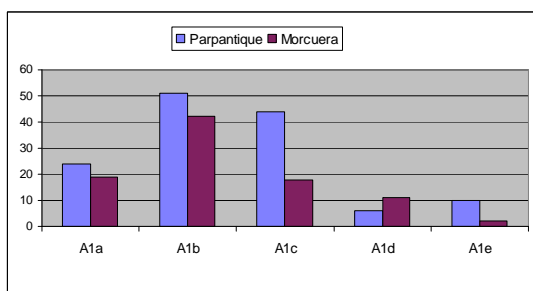


Figura 189 Porcentaje de presencia de cuencos hemisféricos.

La presencia de las formas abiertas es mucho más homogénea en lo concerniente a su representatividad dentro de cada conjunto, así la diferencia de porcentajes entre *El Parpantique* y *Los Torojones* es casi nula, un 32 y un 35 % respectivamente, resultando intermedia con respecto a las colecciones de *Los Cotorros* y *Pico Romero*, un 21 y un 46 % en cada caso. Porcentajes próximos a otros ejemplos bien conocidos, caso de *Los Tolmos* donde alcanzan, en el sector del poblado, el 30,6% del conjunto (Jimeno, 1984: 81).

De nuevo, los mejores paralelos apuntan a la vertiente contraria del Sistema Ibérico, donde es posible comparar todos los tipos. Del análisis estadístico pudiera intentarse contrastar una evolución de los cuencos de perfil recto o poco abierto, que caracterizarían los conjuntos del Bronce Antiguo, a los abiertos y de perfil troncocónico, generalizados en yacimientos del Bronce Medio, si bien la convivencia de

unos y otros, a excepción de los de paredes verticales, en los conjuntos del Bronce *Tardío* invalida tal precisión (Picazo, 1993: 55). Ahora bien, realmente la forma dominante es la semiesférica, constituyendo más del 67% de los cuencos en *El Parpantique* y casi el 79% en *Los Torojones*, cifras que pueden contrastarse con conjuntos de diferente época: en los yacimientos calcolíticos del valle Amblés estas mismas piezas superan porcentajes del 60% (Fabián, 2006: 395) y en *Los Tolmos* superan el 70% (Jimeno, 1984: 81). En el Alto Duero las distintas variantes están equilibradamente representadas, dominando las hemisféricas o de casquete y los cuencos hondos sobre los abiertos o planos.

Las superficies de estos vasos se muestran por lo común cuidadas y no es habitual la presencia de decoración, bien al contrario se caracterizan por ser vasos lisos, excepción de algunas digitaciones o mejor unguilaciones sobre el labio o, en todo caso, pequeños pezones próximos y paralelos al borde sobre el que, en ocasiones, no es extraña la presencia de pequeñas orejetas, si bien ambos casos se constatan principalmente en las formas más profundas. También como elementos decorativos hay que considerar la disposición circular de ciertos pezones en el interior de algunos cuencos, caso del número 145 de *El Parpantique*, rodeando el umbo o fondo, aun cuando no hay que desechar que se trate de un elemento funcional. Del mismo modo hay que entender la presencia de asas y grandes pezones en ocasiones contrapuestos a las primeras. Sin duda, se trata de elementos para asir los grandes recipientes en su traslado, evitando su deslizamiento.

La funcionalidad de estas piezas ofrece interpretaciones tan diversas como sus variantes y tamaños (Jimeno, 1984; Picazo, 1993; Samaniego *et alii*, 2002). No parece existir duda de que las grandes piezas (A4) debieron servir para contener y transportar esencialmente líquidos. También se asocia a las mismas piezas una funcionalidad vinculada a prácticas artesanales como los procesos de curtido, tientes, etc., añadiendo en nuestro caso, el ordeño y posterior trasvase del producto lácteo para su transformación. Los cuencos más profundos (A1c A1d, A2 y A3) serían los destinados a la contención de líquidos o alimentos caldosos. De éstos, los de mayores proporciones pudieron utilizarse para calentar alimentos, tal como se deduce de su presencia en los hogares secundarios de cueva *La Maja*. Los más pequeños y cuidados pudieron haber sido utilizados como vasija de mesa. Para su interpretación puede ser significativa, además de los factores señalados, la forma del labio que posibilita

verter o acceder al contenido con mayor o menor eficacia. Finalmente las formas más abiertas (A1a y A1b) pudieron servir tanto para contener productos sólidos como para ser utilizados en la mesa, al permitir un acceso fácil al contenido, y ello sin dejar de recordar que en el caso señalado de *El Parpantique* se confirmó su utilización para trasvasar el producto de una pieza mayor a otras próximas y, con toda probabilidad, a las colocadas en el hogar.

Otra de las formas más representativas es la de las ollas y orzas de perfil en "S". Aún cuando en conjunto se muestran alejadas de los porcentajes de los cuencos, su presencia es la segunda en volumen, con una representación que oscila desde los 34, 46 y 54 al 17% en los cuatro yacimientos, en el orden de presentación. Estos cálculos pudieran incrementarse si fuéramos capaces de adscribir muchos de los fragmentos informes, si bien debemos recordar, como veíamos en la gráfica de la caracterización de los tipos que, tanto en *El Parpantique* como en *Los Torojones*, individualmente son los mejor representados, superando a los demás, incluidos los cuencos.

Formalmente destaca la presencia de dos grandes variantes atendiendo al tamaño de las vasijas (Da y Db) y posiblemente también a su funcionalidad, considerando además en su descripción que los tipos más pequeños (a) suelen ser lisos o al menos carecen de la abigarrada presencia de decoraciones plásticas que invaden la superficie de los modelos de mayor tamaño (b). Si tradicionalmente los primeros recuerdan a las ollas y pucheros de cocina, los segundos están vinculados a la contención y almacenaje de productos. La reconstrucción espacial que fue posible interpretar en la sala de la cueva *La Maja* (Samaniego *et alii*, 2001: 126-127) constata la presencia de los grandes contenedores junto al hogar principal, al igual que en *El Parpantique*, y, en cambio, ollas medianas contenían grano y se localizaban en el depósito de reserva, y otras estaban distribuidas en la zona destinada a pequeño almacén de consumo, así como en la zona de transformación, de molienda, y de elaboración, por lo que hay que suponerlas como polivalentes, sin olvidar la singularidad de esta cavidad.

Aun cuando parece que las formas pequeñas tienen una utilización más variada, su representación es menor en comparación con los grandes contenedores, tanto en uno como en otro yacimiento, siendo la diferencia mayor en *El Parpantique* que dispone, recordémoslo de mayor número de silos o espacios destinados al almacenaje, función a la que se destinaban estas

grandes vasijas cordonadas a lo largo de la Edad del Bronce.

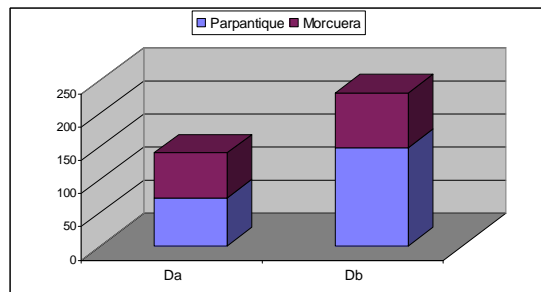


Figura 190 Porcentaje de presencia de las formas de perfil en "S".

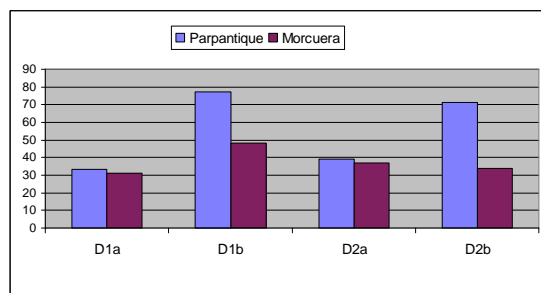


Figura 191 Porcentaje de tipos de las formas en "S".

La capacidad de estos vasos debió marcar su funcionalidad, como se desprende del estudio cerámico del conjunto turoloense, si bien el análisis conjunto de la forma parece determinar alguna precisión cronológica (Picazo, 1993: 59 y 75), como se deduce de que en las fases antiguas de la Edad del Bronce exista un predominio de las vasijas de borde de desarrollo vertical, cuerpo ovoide y hombrera marcada, mientras que en las etapas intermedias del periodo, los perfiles se suavizan quedando definidos por el exvasamiento del borde y estrangulamiento del cuello, perdiendo protagonismo el hombro y destacando por tanto la panza o zona central.

En suma, se confirmaría la adscripción de nuestro conjunto a la tendencia mayoritaria de la fase antigua, con dominio de las primeras formas (D1) sobre las segundas (D2), y destacando la primacía de D1b sobre D2b que se corresponde a los fósiles guía comentados.

Estas formas, junto con las carenadas, son las más típicas de los conjuntos de la Edad del Bronce en los distintos territorios peninsulares. Así, por recurrir sólo a las principales zonas de estudio ya citadas, son formas que están ausentes en el Calcolítico del Sistema Central, tanto en los conjuntos de *Fuente Lirio* como *Aldeagordillo*, y cuando aparecen, caso de *Los Itueros*, el porcentaje no alcanza el 1% (Fabián, 2006).

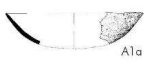



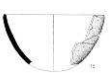
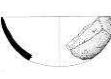
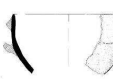
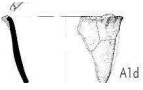



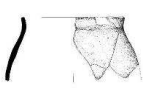





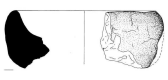



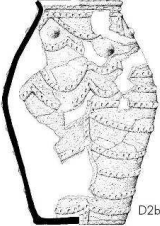
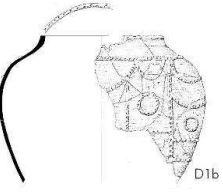
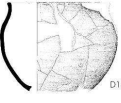

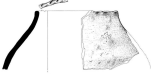






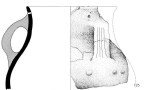

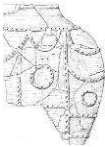

Mesa				
				
Cocina				
				
Cocina / Artesanía				
Metalurgia ¿?				
Almacenaje de sólidos				
Almacenaje de líquidos				
Trasformación láctea				
Simbólica				

Figura 192 Propuesta de adscripción funcional de los tipos cerámicos.

Por el contrario, en *La Loma del Lomo* constituyen una de las formas más característica, con clara adscripción a los niveles representativos de la Edad del Bronce por sus paralelos con la cerámica de ciertos

grupos señeros del mediodía peninsular. En los momentos inmediatamente posteriores, caso de *Los Tolmos*, se vinculan a las formas de perfil cerrado en "S" una de cada tres piezas clasificadas en la zona del poblado, y además se singularizan por atribuirse a ellas toda la decoración plástica del yacimiento (Jimeno, 1984: 84), manteniéndose tanto los modelos de cuello desarrollado como otros en los que éste se marca con una fina inflexión, e incluso aquellos con el borde muy exvasado o casi recto (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 23).

En los vasos adscritos a este modelo no son habituales las asas pero sí aparecen de modo reiterado, especialmente en las de mayor tamaño, los pezones para facilitar su sujeción. Una de las características más singulares de esta forma es su asociación con las aplicaciones plásticas, tanto constituyendo simples cordones que corren paralelos al borde como las más complejas que desarrollan complicadas composiciones a lo largo del perfil, tanto con secciones triangulares como cuadrangulares, impresas con unguilaciones, digitaciones e incluso con finas incisiones realizadas a punzón. Es también habitual que muchas de estas unguilaciones o impresiones se reproduzcan sobre el labio de las mismas piezas. Indudablemente, además del sentido estético de algunas composiciones es probable la aplicación de cordones para reforzar la sujeción de las paredes que, no olvidemos, en algunos casos alcanzan los 100 cm de altura.

No es fácil, desde luego, atribuir una única funcionalidad a cada tipo cerámico. La versatilidad de muchas de estas piezas supone una utilización polivalente y no siempre exclusiva a una única actividad. En todo caso, es posible establecer una propuesta (Figura 192) en la que agrupar los distintos tipos a su uso como elemento de mesa para presentar y consumir algunos alimentos; los de cocina para colocar en el hogar y calentar y transformar los productos alimenticios, e incluso los que pudieron utilizarse para actividades artesanales, cocido y teñido de elementos vegetales como lino u otros, pieles de animales. Más evidentes resultan los contenedores o piezas para almacenar sólidos y líquidos, tanto a medio plazo como para su distribución y acceso cotidiano. Se identifican, también, piezas necesarias para la producción de quesos, desde el ordeño al colado, y otras singulares vinculadas a prácticas rituales o elementos simbólicos. Esta propuesta apoyada en el conocimiento de poblaciones agrícolas y ganaderas tradicionales requiere de referencias etnoarqueológicas comparadas que esta zona no han sido estudiadas.

7.1.4 Características decorativas

Una particularidad que destaca en estos poblados del Alto Duero es la abundante y reiterada presencia de cerámicas decoradas mediante aplicaciones plásticas, si bien también están presentes otras técnicas y composiciones decorativas, aunque en menor proporción, por no decir que de forma excepcional. En todo caso, en los conjuntos cerámicos referidos en el apartado tipológico, la presencia de decoraciones no es porcentualmente muy significativa, aun cuando su protagonismo, cuando se encuentran, pueden llevar a definir, no siempre con el mismo grado de fiabilidad, adscripciones crono-culturales.

Un repaso de los conjuntos que han permitido encuadrar los morfotipos, debiera iniciarse por la cerámica de *Las Pozas*, donde sólo en un centenar de entre varios miles de piezas es posible reconocer la existencia de motivos escobillados, oculados, acanalados y pastillas (del Val, 1992: 54-56). Algo similar ocurre con los yacimientos Calcolíticos del Sistema Central, donde la media para los vasos decorados oscila entre el 0,5 y el 1,5% sobre el total de bordes reconocidos, excepción de *Fuente Lirio*, donde singularmente alcanzan un 4,9%, por la abundante cerámica pintada, que ya supone el 4,4% (Fabián, 2006: 398). En este mismo periodo calcolítico en la Ribera del Duero, el panorama es muy similar: de los 6.700 fragmentos de cerámica recuperados en *El Soto* sólo 4 piezas presentan algún tipo de decoración (Palomino *et alii*, 2003: 73 y nota 5).

Con la generalización de la cerámica campaniforme el panorama parece alterarse, si bien, como ya hemos tenido ocasión de señalar, las diferencias no son numéricamente tan importantes. Aunque es cierto que se eleva el porcentaje de las cerámicas decoradas respecto al de los conjuntos calcolíticos, su proporcionalidad en relación al conjunto mantiene índices bajos, siendo excepcional que superen el 5% (Blasco *et alii*, 1994: 102; Garrido *et alii*, 2005: 412), si bien falta profundizar en el análisis y la seriación del resto de la cerámica a la que se asocia. Ante esta afirmación, hallazgos como los de *El Perchel* (Lucas y Blasco, 1980: 13) o los de *Arrabal de Portillo* (Fernández Manzano y Rojo, 1986: 45) con porcentajes decorados que se aproximan al 50% de los fragmentos recuperados sólo pueden explicarse desde la singularidad del hallazgo concreto y/o la insuficiencia de la muestra excavada. Respaldan esta afirmación otros hallazgos, como los de la cabaña de *Pico Castro* donde las cerámicas decoradas sólo alcanzan un paupérrimo 1%, y eso si se suman los vasos incisos y los

decorados mediante incisiones en el exterior del borde (Rodríguez Marcos, 2008: 139-140)

Al respecto no deja de ser atractiva la posibilidad de considerar la presencia de los elementos plásticos como uno de los identificadores de los conjuntos atribuidos a la Edad del Bronce por contraposición con los campaniformes. Al respecto, lo señalado para *Pico Castro*, la ausencia de decoración plástica y casi de cualquier otra sobre la pared o el borde de los vasos, excepción de las dos vasijas incisas, vendría a reforzar la adscripción campaniforme del conjunto.

Aun cuando no sea una argumentación definitiva que respalde una adscripción crono-cultural, la generalización de la decoración plástica, al igual que la ubicación de la incisa en el labio e interior de los vasos parece generalizarse desde las etapas iniciales de la Edad del Bronce.

Hay también una serie de yacimientos de cronología paralela a la de la cerámica campaniforme y coincidente con las nuestras que mayoritariamente cuentan con cerámica lisa si bien se reconoce en el conjunto la existencia de cerámica incisa que alcanza, como en *El Carrizal* de Cogeces del Monte, el 5%, desarrollando motivos típicos del horizonte Protocogotas I (*Idem*: 192-224). En un estadio similar habría que incluir el conjunto de *Santioste* donde las decoraciones alcanzan el 6,12 % del total del material inventariado, si bien el porcentaje se rebajaría hasta el 4,6%, si excluimos las huellas de cestería e incluso las perforaciones que, en la primera estimación, se computaron como elementos decorativos (Viñé, 1993: 16-20).

Distantes de estos porcentajes se encuentran los de la cueva *La Maja* fechada en un momento cronológicamente paralelo a los anteriores, si bien su ubicación en cueva viene a introducir una variable cuyos efectos no podemos evaluar. En este caso, la cerámica decorada supera el 15% de la muestra, aunque la exclusivamente incisa supone el 2,2%.

Asimismo, tenemos claras referencias para la etapa inmediatamente posterior representada en *Los Tolmos* de Caracena. En la primera memoria de la excavación del sector A, el de habitación, se contabilizaba un 18% de fragmentos decorados, es decir, 211 de los 1.165 fragmentos inventariados (Jimeno, 1984: 80 y 85-89). Estos porcentajes se modifican en relación con la muestra de cerámicas vinculadas a la última de las cabañas reconocidas, en donde los fragmentos decorados suponían el 37,4% del total de los bordes reconocidos en la muestra que alcanzaba el millar de fragmentos (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 23). En *La Plaza*, en lo concerniente a las campañas de

1981 y 1986, se ofrecen porcentajes muy similares a estos últimos, los bordes con decoración suponen el 32% del total de la muestra que rondaba las 1.300 piezas, si bien hay que indicar que el alto índice de fragmentación sólo permitió estudiar el 10% de los fragmentos recuperados (Rodríguez Marcos, 2008: 83 y ss.).

Los porcentajes de decoración en los conjuntos que definen el grupo Cogotas I, caso de *La Requiñada*, resultan más elevados. Las cerámicas incisas decoradas superan el 11% del total de los fragmentos recuperados y más de la mitad de la cerámica más cuidada, y si se establece la relación sobre los bordes diferenciados –la referencia de *Los Tolmos*–, el porcentaje de decoradas se dispara hasta superar el 60% de la muestra (Delibes *et alii*, 1990: 72).

Podían ofrecerse otros muchos datos referidos a los hallazgos del complejo Cogotas I o a los campos de hoyos que contienen cerámicas que posibilitan una adscripción relacionada con este horizonte y aún cuando los porcentajes pudieran verse matizados, los resultados discreparían de la caracterización de nuestros conjuntos que se asemejan más a los correspondientes a la etapa anterior, entre la plenitud Calcolítica y los conjuntos que anuncian la formación del complejo Cogotas I.

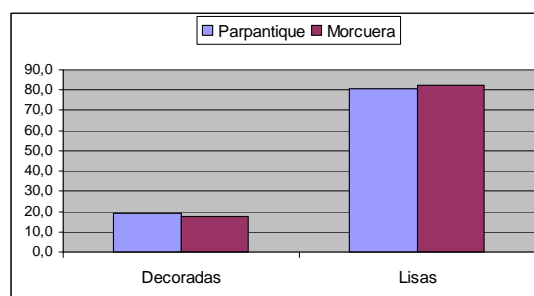


Figura 193 Porcentaje de las cerámicas decoradas y lisas.

Así, aunque el porcentaje de decoraciones en los yacimientos del Alto Duero es alto, en el caso de *El Parpantique* el 19,3% de los fragmentos inventariados y el 17,7% en *Los Torojones*, la técnica decorativa generalizada es la plástica a la que corresponde el 18,6 y el 17,3% respectivamente. Es decir, esta técnica es casi exclusiva, alcanzando en *El Parpantique* el 96,6% de las piezas con decoración, al igual que en *Los Torojones* donde el mismo índice se eleva hasta el 98,1%. Estos porcentajes resultan al computar la totalidad de los fragmentos inventariados. Por el contrario se refieren sobre el conjunto de los fragmentos

de borde, el porcentaje de piezas decoradas resultaría, obviamente, mucho más elevado, el 33 y el 34,4 % en el orden habitual, considerando, eso sí, las pequeñas incisiones y las digito-ungulaciones sobre el borde como elementos decorativos.

La diferencia entre ambos resultados se establece en la consideración de lo que constituye decoración y la definición de la muestra que, por una u otra razón, tiende a quedar condicionada por los criterios de la selección. En este sentido, somos conscientes de que la nuestra conllevó una discrecionalidad en lo referente a los fragmentos de pared con aplicación plástica que fueron incluidos en los elementos inventariados y no los lisos. Por ello si contabilizáramos los fragmentos de pared con decoración plástica el porcentaje de decorados se elevaría hasta la mitad de la muestra, por lo que no parece equilibrado tomar como referencia otro cálculo distinto al basado sobre el total de las cerámicas individualizadas comentado en primer lugar, si bien parece siquiera obligado señalar las distintas referencias para evaluar su significado.

Sin duda, y eso es lo importante y singular de los yacimientos que se estudian, la cerámica con elementos de decoración plástica es muy abundante, caracterizando especialmente las grandes vasijas de almacenaje, formas D2, que es sobre las que, de forma casi exclusiva, se desarrollan los distintos motivos. Ahora bien, no toda la decoración plástica es idéntica, pudiéndose agrupar por la sección del elemento aplicado, por la disposición o por los motivos que reproducen, todos ellos criterios subjetivos que permiten precisión morfológica; o bien caracterizarla por la técnica aplicada, esto es, si se trata de cordones lisos o decorados mediante la aplicación de incisiones, digitaciones, unguilaciones, etc.

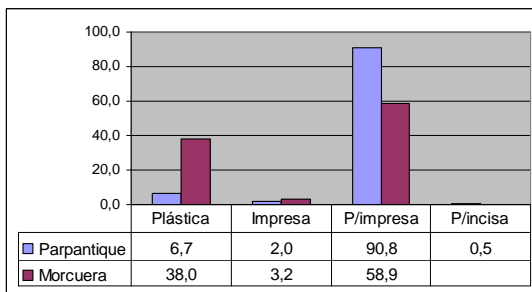


Figura 194 Porcentajes de técnicas decorativas aplicadas.

Con la aplicación de las variables antedichas se aprecian algunas diferencias. De un lado, aun cuando la mayoría de los elementos ofrecen una conjunción de las técnicas plásticas e impresas, en Morcuera el dominio se comparte con la abundancia de cordones lisos,

siendo muy similares y poco representativos los porcentajes de decoraciones impresas sobre la propia pared de los vasos; mientras que la incisión aplicada sobre los elementos plásticos es desconocida en *Los Torojones* y puntual en *El Parpantique*.

Los datos del resto de los conjuntos no posibilitan apreciaciones de tanta precisión, si bien la similitud parece evidente, siendo también habitual que, en muchas de las referencias, la combinación de digito-ungulaciones sobre los cordones o en el borde las piezas no llegue a diferenciarse, considerándose una asociación evidente. Así, en *Los Cotorros*, en la Forma 5, equiparable a las variantes D1b y D2b de *El Parpantique*, se observó la presencia de decoración plástica, en concreto se reconocía en un 18% de estas piezas, mayoritariamente en el grupo cuyos diámetros oscilaban entre los 10 y los 30 cm, sin que se documentara otra técnica decorativa a excepción de algunas digito-ungulaciones sobre el borde (Benito *et alii*, 2001). Las mismas técnicas y motivos decorativos se repiten en el caso de *Pico Romero*, si bien carecemos de datos concretos para comparar, excepción de un vaso con decoración incisa –el único en una muestra global que supera los 1.700 fragmentos–. En su estudio no se describe otra pieza que la comentada, aunque se advierte la presencia generalizada de decoración plástica (Rodríguez Marcos y Palomino, 1997).

Para los elementos decorados encontramos, de nuevo, los mejores paralelos en los mismos conjuntos en los que otros rasgos ya estudiados son también coincidentes. Es el caso de *Santioeste*, donde la suma de los elementos plásticos como las impresiones y unguilaciones, aplicadas tanto en estos elementos como en la pared y borde de los vasos menos cuidados, alcanza el 97,3% de las piezas decoradas, aun cuando deben considerarse ciertas matizaciones derivadas de la baja presencia de los cordones que sólo alcanzan al 6% del conjunto de las decoradas. Tanto o más interesante es la coincidencia en la presencia de decoración incisa, con tres piezas, y aún excisa, atribuida a cuatro ejemplares en la memoria de los trabajos (Viñé, 1993: 16-18), si bien posteriormente no han vuelto a detallarse en ninguno de los trabajos que han estudiado y clasificado este yacimiento⁴⁶.

⁴⁶ La revisión que hicimos de los materiales en el Museo de Zamora junto a las responsables de la excavación cuestiona esta adscripción al grupo de cerámicas excisas. En efecto, de forma conjunta con las responsables de la excavación, convenimos en que, indistintamente de que la decoración pudiera haberse obtenido mediante el arrastre-extracción de pasta –lo que explicaría su primera adscripción– el motivo que desarrolla, una ancha acanaladura paralela al borde no tendría referencia alguna con la temática que singulariza la cerámica excisa, cuya problemática acerca de su origen en el ámbito meseteño, y su derivación de los tipos Ciempozuelos ya ha sido comentada.

Los yacimientos atribuidos a la fase formativa del horizonte Cogotas I mantienen básicamente las mismas técnicas decorativas descritas, si bien ofrecen unos porcentajes diferentes. Entre los más próximos se repite el citado de cueva *La Maja*, que se encuadraba en un momento de tránsito entre unos y otros. De los fragmentos decorados, un 80%, se realizó con técnicas asociadas a la decoración plástica, y en un 20% a las decoraciones incisivas, si bien estas cifras globales deben matizarse, ya que, si bien es posible considerar la ocupación de la cueva en un único momento, la especialización de usos de los diferentes espacios puede invalidar el estudio conjunto de los hallazgos. Al respecto, se confirmó que la decoración plástica se concentraba mayoritariamente en los dos *camarines* y *sala superior*, mientras que en la *sala de entrada* dominaba la cerámica incisa. La asociación de la técnica plástica con vasijas de ofrendas resulta ciertamente interesante, máxime cuando los motivos no sólo se circunscriben a la geometría simple, sino que superan ésta para desarrollar motivos reticulados y arbóreos (Samaniego *et alii*, 2002: 69-72) que, en algún caso, son coherentes con los grabados de la pared de la cueva.

Es cierto que dicha disposición, bien representada en las cerámicas de los poblados estudiados, es la más conveniente para reforzar las paredes de las cerámicas; ahora bien, también está probado que algunos de estos motivos superan la finalidad funcional o la complementan, reproduciendo intencionadamente motivos de carácter simbólico, como es el caso del antropomorfo de la *Galería del Silex* en *Cueva Mayor* de Ibeas de Juarros, cercana a la ciudad de Burgos (Apellaniz y Domingo, 1987: 238-241).

En el resto de los yacimientos la cerámica plástica desarrolla también motivos mixtos: líneas paralelas simples o compuestas, círculos, zig-zags, etc., pero se reducen los arboriformes y las retículas. Así se reconoce, por ejemplo, en *Los Tolmos* de Caracena donde las decoraciones plásticas alcanzan un 47,6%, seguida de la impresa con un 32,2%, y la incisa con un 19,3% del conjunto decorado. Además se constató el boquique con un escaso 0,9%, no llegándose a contabilizar la cerámica excisa, aun cuando se confirmó su presencia en los niveles correspondiente a la misma ocupación prehistórica (Jimeno, 1984: 80 y 85-89). Por el contrario, en el Valle del Duero, los yacimientos que cronológicamente se adscriben a un momento avanzado del segundo milenio, los típicos de Cogotas I como es el caso del ya citado *San Román* de la Hornija, se caracterizan por el incremento de las cerámicas incisivas, un 45,2%, de boquique, 23,6%, y excisas,

18,8%, bajando la representatividad de las decoraciones impresas asociadas a la plástica hasta un 9,4% (Delibes *et alii*, 1990: 75).

Finalmente contamos en la muestra con otros elementos plásticos cuya presencia se debe a fines funcionales o decorativos. Nos referimos a los denominados pezones que se aplican mayoritariamente sobre las mismas formas que los cordones y también, sobre las grandes piezas, para facilitar el agarre y sujeción durante los traslados. Otros, de menor tamaño, aparecen ocasionalmente alineados junto al borde de algunas formas globulares y cuencos, por lo que deben considerarse como elementos más decorativos que funcionales. En el mismo sentido han de interpretarse las denominadas orejetas, por cuanto algunos tamaños hacen dudar de su utilidad, asociándose por tanto a una amplia tradición que, al menos en el Valle del Duero, se rastrea desde el Calcolítico (Fabián, 2006: 398). En todo caso, parece que la presencia de orejetas es más numerosa que la de pezones o mamelones, y eso que éstos aparecen en numerosas ocasiones acompañando a motivos plásticos. En el yacimiento de Balluncar las orejetas alcanzan el 3,1% del material inventariado, mientras que los pezones superan ligeramente este porcentaje, hasta el 4,6%. Por el contrario en *Los Torojones* suponen, respectivamente, el 5,5 y el 0,5%.

El conjunto de elementos de suspensión se completa con las asas, generalmente de cinta. Aparecen en un porcentaje muy similar, el 2 y el 1,2%, en el mismo orden que viene repitiéndose. Son las menos numerosas del conjunto y en general se asocian tanto a grandes piezas (recordemos el modelo de la variante A4b de *El Parpantique*) como a otras de mediano tamaño (A2 de la misma tabla) siendo su utilidad bien conocida. Desgraciadamente este elemento está bien representado en la mayoría de los enclaves relacionados, por lo que no permiten aportar mayores precisiones.

La técnica incisa está presente en ambos yacimientos con apenas un 2,9 y un 1,9 %, respectivamente, de las cerámicas decoradas. En el último caso, en el yacimiento de Morcuera, este porcentaje es el que corresponde a los tres fragmentos decorados con incisión de los 161 fragmentos en los que se diferenció algún tipo de decoración. El más sencillo es el que se reproduce en el anexo con el número 118, que corresponde a un simple reticulado inciso en el fondo plano de una vasija de mediano tamaño, y que por su simplicidad no permite muchas precisiones, aun cuando recuerda a los motivos impresos de cestería que muestran otros muchos materiales del tercer y segundo milenio.

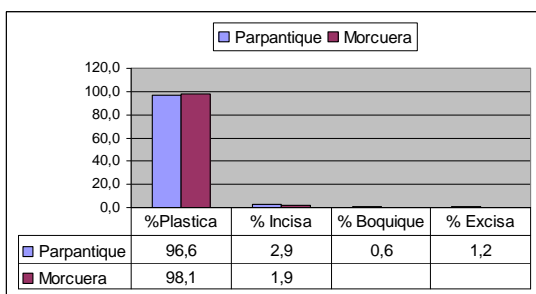


Figura 195 Porcentajes de las técnicas decorativas individualizadas.

Más sugerentes son los dos fragmentos incisos que se corresponden con sendos motivos de campaniforme Ciempozuelos. El primero (núm. 83) se recogió en el nivel superficial del Corte 4, y corresponde, posiblemente, a un vaso de pared bruñida que desarrolla al exterior un motivo fragmentado que desde la parte superior reproduce, al menos, tres frisos corridos enmarcados por líneas incisas, bajo el que se desarrolla un cordón pseudoexciso realizado por la impresión de un punzón apuntado que deja una huella ligeramente ovalada. Este cordón queda enmarcado por debajo, de nuevo, con dos frisos lisos y, a partir del último, se aprecia la existencia de una serie de líneas verticales de un motivo que posiblemente corresponda a una sucesión de triángulos rellenos, si bien es impreciso al estar incompleto.

El segundo fragmento, el reproducido con el número 84 entre las cerámicas de Morcuera, apareció al exterior de la cabaña diferenciada en el mismo Corte 4, en el cuadro 38B', por lo que no existe duda en su contemporaneidad con el resto de los objetos muebles. Se trata de una pieza más gruesa, de pasta menos cuidada y por su tamaño y forma pudiéramos suponer que se trata de un fragmento de una típica cazuela. La decoración esta constituida por un gran friso, fragmentado en la parte superior, de entramado de incisiones oblicuas que dejan resaltados pequeños rombos. En la parte inferior el motivo se define por otro cordón pseudoexciso, conseguido por la impresión sucesiva de puntos, con un aspecto irregular y descentrado el de la fila inferior.

Estos motivos son comunes en el campaniforme inciso Ciempozuelos (Delibes, 1977: 90-94; Garrido 2000: fig. 48) estilo para el que se ha llegado a diferenciar hasta un total de 71 motivos decorativos (Garrido et alii, 2005: 423), sin que cronológicamente su presencia desentone con la del desarrollo del poblado, aun cuando es evidente que la exigua muestra no

puede llevarnos a su clasificación como poblado campaniforme.

En lo concerniente al yacimiento de *El Parpantique*, el mayor volumen material es posiblemente el responsable de la consiguiente mayor presencia de fragmentos con decoración y, lógicamente, que la muestra sea más variada. De los 416 fragmentos decorados, se identifica la técnica incisa en 12, y en otra pieza esta misma técnica se combina con un motivo típico del boquique, delimitando un espacio indefinido relleno de puntos. También se diferencian otros dos fragmentos con técnica excisa, en el primero de ellos, el número 128, no ofrece duda alguna la utilización de esta técnica para la consecución de un motivo de bandas paralelas, resaltadas por la extracción de pasta entre ellas, observándose la huella del punzón con el que se realizó. La segunda, la número 129 del anexo correspondiente, parece ofrecer un motivo indeterminado, en resalte por la extracción de pasta a su alrededor, (¿damero?), y aun cuando en este caso la adscripción de la decoración a dicha técnica puede ofrecer alguna duda, la técnica decorativa de la pieza anterior debiera despejarla.

Las piezas que ofrecen técnica incisa (núms. 125, 130 a 135 y 147, 150 y 151) reproducen todos los motivos de la tabla de clasificación que incluimos en los anexos como inventario: líneas paralelas, línea cosida, triángulo relleno y puntos. Hasta en tres ocasiones se diferencian líneas verticales, espigas y finalmente, retículas. Singularmente documentamos un caso, la jarra número 125, en el que se combina las aplicaciones plásticas y perforaciones con incisiones, posiblemente post-cocción, para reproducir lo que se interpreta como un motivo simbólico que como veremos no resultaría extraño en ambientes similares.

Excepción de las retículas que, como en Morcuera, se ejecutan en la parte exterior del fondo plano, el resto se desarrollan en la pared exterior y mayoritariamente en el tercio superior de los vasos, todos con superficies cuidadas. En dos ocasiones, los números, 130 y 131, la decoración se localiza en el interior del vaso, el último con seguridad corresponde a un cuenco hemisférico hondo.

Este panorama muestra las características típicas de las decoraciones proto-Cogotas I y, a excepción del bajo porcentaje que alcanzan, el conjunto no desdice de lo que representa en el yacimiento de *Los Tolmos* (Jimeno, 1984; Jimeno y Fernández Moreno, 1991a) u otros característicos como la cueva de Arevalillo (Fernández-Posse, 1979; *Ídem*, 1981) o el propio de *La*

Plaza de Cogeces (Delibes y Fernández Manzano, 1981).

La secuencia de este horizonte meseteño fue establecida por Fernández Posse (1986: 480y ss.) en tres fases a partir del estudio de la evolución decorativa y formal de los vasos. La primera y más antigua, quedaba caracterizada por la abundancia de cuencos, y vasos de perfil en "S", y, sobre todo, por las carenas medias-altas con cuerpo hemisférico que desarrollarían bordes más o menos exvasados o verticales. Decorativamente el protagonismo corresponde a los motivos incisos e impresos: espigas, reticulados, zig-zags, triángulos y cenefas rellenas de líneas y puntos, que desarrollan motivos simples en la parte superior de los vasos, evitando el barroquismo posterior. Por el contrario, la técnica de boquique y excisa se considera escasa e incluso ausente en este periodo.

Con posterioridad, para el centro de la Cuenca del Duero, se llegaron a diferenciar dos momentos sucesivos para esta fase formativa, de un lado el denominado Proto-Cogotas *clásico* o *antiguo* con claro predominio de los motivos incisos de espiga y con ausencia total de boquique y excisión; y de otro el Proto-Cogotas *avanzado* en el que aumenta la proporción de los motivos en retícula y otros trazos que superan a las espigas, constatándose los primeros ejemplos de boquique, y permaneciendo ausente la excisión (Rodríguez Marcos y Abarquero, 1994: 52-54).

Estas características fueron matizadas para los distintos yacimientos localizados en el Valle del Duero y explicadas por la amplitud del territorio, si bien las variantes afectarían a los motivos incisos y aún el predominio de las formas, que no a la presencia de las técnicas más singulares de boquique y excisa que no se incluyen entre las típicas de la fase formativa (Abarquero, 2005: 31), pese a que se constató su presencia desde los primeros momentos (Fernández Posse, 1979 y 1981) y así se confirmó desde las primeras valoraciones cronológicas de conjunto (Delibes y Fernández Miranda, 1990, : 26).

Por tanto, las cerámicas incisas no desentonarían, *a priori*, con el esquema comentado, tan sólo la antigüedad de las fechas harían suponer que no nos encontramos en un momento inicial de esa primera fase formativa del grupo cogotiano, sino mejor de tránsito entre el Calcolítico y los primeros compases del Bronce Medio. En este esquema, tanto la cerámica incisa de *Pico Romero*, como la campaniforme de *Los Torojones* y aún otros yacimientos próximos, como el citado de *Pico el Castro*, no vendrían sino a completar este panorama.

En tal supuesto, la presencia de algunas de estas singulares decoraciones de boquique y excisa, incluso algunas de las incisas o campaniformes, pudiera dar argumentos para sostener que se trata de evidencias correspondientes a una etapa distinta, o al testimonio de alguna visita de gentes ajenas al poblado, o incluso a un hecho anecdótico por el que las piezas llegaran, aisladas y casualmente, al poblado. No parece que ninguna de estas hipótesis pueda explicar las asociaciones. En primer lugar, los hallazgos decorados de *Los Torojones* y de *El Parpantique* aparecen en las mismas condiciones, esto es, tanto en el nivel superficial, removido, como asociados a los suelos de ocupación. En Balluncar, los hallazgos incisos se localizan en todos los cortes excavados, el boquique en el cuadro 55Q' del Corte 4, una de las excisas en el cuadro 67AJ' del Corte 5, y la otra en los rellenos superficiales del Corte 1. Por tanto la misma validez estratigráfica hay que conceder a unas cerámicas y otras y, aunque la muestra sea reducida, la contemporaneidad con el resto de las cerámicas y con la vida del poblado parece indudable.

Los motivos incisos reconocidos demandan paralelos antiguos, caso de los triángulos rellenos de líneas de puntos, así como otros más modernos, caso de las espigas, la línea cosida y, especialmente, la localización del motivo en el interior de los vasos, moda que se generaliza a partir de la cerámica campaniforme. Por otra parte, no podemos dejar de recordar que la técnica de boquique convive con la incisa y con el campaniforme Ciempozuelos en la cueva de Arevalillo en el nivel IIA, con una cronología más moderna, es cierto, pero su origen, aun con distinto esquema decorativo, se rastrea desde el Neolítico Final (Fernández-Posse, 1981: 77-79). Su presencia está perfectamente confirmada en las etapas antiguas y formativas de Cogotas I como también se documenta, al menos en el Alto Duero, en el yacimiento de *Los Tolmos* con una cronología más antigua que la segoviana (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 117-120); e incluso en el complejo de Atapuerca, en el nivel III de *Cueva Mayor*, para el que las fechas radiocarbónicas ofrecen un amplio margen cronológico –pese a su imprecisión que obliga a excluirlas de las comparaciones– que podrían acercarse, en su límite superior, a las dataciones que manejamos (Apellaniz y Urribarri, 1976: 195-196; Apellaniz y Domingo, 1987: 263). Es decir, se acepta, sin ninguna duda, la presencia del boquique desde el Neolítico hasta la plenitud de Cogotas I, momento en que se aprecia un decaimiento que no desaparición, rastreándose hasta etapas posteriores (Fernández Posse, 1982) e incluso conviviendo con las típicas excisas de la Edad del

Hierro en el valle del Ebro (Fernández Moreno, 1986; Álvarez y Pérez, 1987), en un ambiente y sobre formas cerámicas que ya nada tienen que ver con las que aquí nos ocupan.

De tal forma, el origen de las técnicas de boquique y excisión que definen en buena medida los momentos de plenitud del horizonte Cogotas I, superan el margen cronológico de dicho grupo, si bien para la excisión, una vez liberada de su dependencia extrapeninsular, se aceptaba un origen inmediatamente anterior, probablemente del campaniforme inciso (Molina y Arteaga, 1976; Arteaga y Molina, 1977; Molina 1978). Por su aparición en algunos yacimientos considerados formativos del horizonte Cogotas I e incluso en conjuntos Ciempozuelos, se ha buscado su origen en momentos anteriores al complejo campaniforme, al igual que la técnica de punto y raya (Fernández Posse, 1982).

Pese a lo antiguo de estas propuestas, aún hoy, la cuestión no ha sido aclarada y faltan referencias estratigráficas que permitan avanzar en la resolución del origen y aún del desarrollo de estas cerámicas. Seguramente estas causas, y la interpretación inicial de la llegada tardía y foránea de la excisión, marcan el contexto en el que debemos entender la duda que plantea su presencia en momentos antiguos del Bronce Medio meseteño. Los hallazgos de *Los Tolmos* debieran confirmar su presencia precisamente en dicho momento, si bien su adscripción ha sido cuestionada por cuanto la mayoría de tales cerámicas no fueron localizadas en la excavación (Abarquero, 2005: 31). Los primeros hallazgos, como se ha repetido, fueron recuperados en una intervención previa a la excavación sistemática y otros fueron encontrados en los niveles superficiales, sobre la última cabaña excavada en el sector A (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 47 y 87, núm. 903), aunque bien es cierto que en el denominado Sector B, cata G, cuadro 111 se localizaron dos fragmentos en posición estratigráfica, en un nivel que se hace corresponder con el inferior del sector A, por lo que la cronología más moderna de la datación radiocarbónica no debiera invalidar la antigüedad y unidad del conjunto. A ello hay que añadir que se documentó, únicamente, un nivel de ocupación prehistórica y no se reconocieron ni reconstrucciones ni superposiciones que reclamen la ocupación del yacimiento en distintos y sucesivos momentos, por lo que es claro que el conjunto de fechas radiocarbónicas se refiere a estas chozas (Jimeno, 1984: 97, 200 y 201).

La existencia de esta técnica decorativa en los poblados del Bronce Antiguo en el Alto Duero, supondría confirmar su presencia en momentos

anteriores, pues, como hemos comentado, no se trata de hallazgos que puedan considerarse fuera del contexto de la excavación, sino que su relación con las estructuras reconocidas es idéntica al resto de los fragmentos recuperados.

Somos conscientes, pese a ello, de que en esta cuestión los hallazgos no aportan mayor precisión. Ahora bien, insistiendo en lo señalado sobre su origen (Fernández Posse, 1982) hay que considerar que su presencia en conjuntos fechados en el tránsito del III al II milenio AC., si no habitual, tampoco es extraña. Por ello, resultaba sumamente sugerente la referencia al hallazgo en *Santioste* de cuatro fragmentos decorados con lo que denominan una *escocia* o acanaladura ancha, asociados al conjunto (Viñé, 1993: 18 y 19). Al respecto, se ha convenido que dichos motivos nada tienen que ver con los que desarrollan las cerámicas excisas que aquí nos ocupan, por lo que no es posible su comparación o asociación, ni permite argüir su presencia para justificar su existencia en las fechas cronológicas que demandan su hallazgo de *El Parpantique*. En su caso, la improbable confirmación y corrección a esta valoración, avalaría otros paralelos próximos, tanto o más interesantes.

La referencia a esta singular técnica decorativa entre los materiales correspondientes al denominado Bronce Antiguo turoloense es un hecho bien constatado, conviviendo con la técnica de boquique. Es ciertamente interesante la asociación de estas singulares técnicas en este conjunto de yacimientos en los que encontramos los mejores paralelos, con dominio absoluto de cerámicas lisas o con cordones, que desarrollan motivos arboriformes y geométricos, con labios que muestran incisiones o dígito unguilaciones y, excepcionalmente, la presencia de decoraciones incisa o impresa que, aunque también escasas, son más habituales que aquí, desarrollando motivos puntillados, soles, triángulos, etc. (Picazo, 1993; 108).

En este grupo turoloense se registra la presencia de las cerámicas incisas en *La Peña Dorada* de Alfambra (*Ibidem*, 27) y, junto a ellas, el boquique y excisa en *La Muela* de Sabucor (*Ibidem*: 23) con dataciones de C₁₄ que llevan a situar estos yacimientos –todos también sobre cerros destacados, de pequeñas dimensiones y que dominan un amplio territorio– en un momento paralelo al de los poblados del Alto Duero. Otro enclave similar, del mismo ambiente, es el de *Las Costeras*, en el que, junto a las técnicas inciso-impresas que desarrollan motivos arboriformes, solares, ..., se individualizan aplicaciones plásticas horizontales de corto recorrido, entre 10 y 12 cm, tanto de forma aislada como series que cubren gran parte de la pared (*Ibidem*:

37), para las que contamos con idénticos ejemplos en los poblados del Alto Duero.

Por tanto, dejando al margen el intento de clasificar culturalmente estos grupos a partir de ciertas técnicas decorativas que se documentan siempre de forma excepcional en algunos fragmentos o vasos cerámicos, sí puede confirmarse que los conjuntos que se localizan a ambos lados de las estribaciones del Sistema ibérico ofrecen rasgos comunes, casi idénticos, tanto en la ubicación de los poblados y en las técnicas constructivas, como en las colecciones cerámicas, y todo ello con dataciones radiocarbónicas que denotan su coetaneidad.

En una visión panorámica del resto de la Península estas asociaciones cerámicas, aunque no idénticas, tampoco pueden considerarse excepcionales, y parece claro que pueden rastrearse, al menos, desde finales del III milenio y, en todo caso, desde las primeras centurias del II milenio AC. En el noreste se ha llegado a definir un grupo denominado de *Arbolí* con análogas cronologías, que queda definido por las cerámicas cordonadas, incisas, impresas y de boquique, si bien la excisa esta totalmente ausente (Maya y Pedir, 1986). En la Mancha, además de las típicas *morras* o *motillas* con cerámica lisa y excepcionalmente inciso-impresa, se reconocen otra serie de poblados en cerros destacados con un bagaje material ciertamente similar a los que estudiamos, tanto en lo tipológico como en el repertorio decorativo, en el que se generalizan las aplicaciones plásticas y las unguilaciones, y sólo, también excepcionalmente, se constata la decoración incisa, la denominada tipo *Dornajos* (Ruiz Tabuada, 1997: 60-62) que evoca a la tipo *Arbolí* (Poyato y Galán, 1988; Zulema, 1988), lo que ha dado lugar a distintas y variadas interpretaciones (Garrido, 2000: 131-136).

Creemos, con este bagaje, que no es aventurado aceptar que en distintas áreas y *grupos* que se documentan en las centurias que marcan la transición del III al II milenio AC., la presencia de estas decoraciones singulares y, teóricamente, consideradas extrañas no son una excepcionalidad sino una constante, indistintamente, como ya se ha reiterado, que una pieza o técnica decorativa no pueda definir un conjunto. En este sentido, la presencia del campaniforme Ciempozuelos en Morcuera no presupone que el poblado sea campaniforme sino tan sólo que el poblado está activo en algún momento en que dicha cerámica tiene su vigencia, o bien que ésta había sido incorporada por sus habitantes en algún momento. Por los datos disponibles y la cronología que ofrece el yacimiento, ambas propuestas son probables.

Según la interpretación tradicional, las cerámicas decoradas de *El Parpantique* llevarían a presuponer la existencia de una ocupación Pre o Proto Cogotas e incluso, por la presencia de la técnica excisa, mejor de la plenitud de este horizonte, lo cual no parece deducirse de la interpretación del conjunto de resultados de la excavación ni tampoco, de los resultados de los análisis radiocarbónicos. Unos y otros apuntan a un único momento o, al menos, a una única y continua ocupación prehistórica del cerro, más o menos prolongada. Ahora bien, aun cuando la presencia de la técnica excisa en fechas antiguas pueda resultar extraña, no parece improbable, como tampoco la presencia de la incisión en el yacimiento de *Pico Romero*, con motivos que se ha asociado al estilo *Arbolí* (Rodríguez Marcos y Palomino, 1997: 587). Hay que recordar, al respecto, otras viejas reflexiones que señalaban que los antecedentes de Cogotas I, a los que se vinculan estas especies, no sólo debían buscarse en la tradición campaniforme, anterior, sino incluso en otros grupos culturales anteriores y próximos (Fernández Posse, 1986: 476-479).

Sea como fuere, parece, en todo caso, que respecto al ajuar cerámico los conjuntos del Alto Duero que se estudian, ofrecen un claro paralelismo con los del final del Calcolítico de la cuenca media del Duero, si bien hay que ser conscientes de que, para los momentos previos, el horizonte *Los Cercados/Santa Cruz* es el único que se ha singularizado en la proximidad. Asimismo hay que recordar que estos conjuntos debieron coexistir con el devenir de las gentes o grupos Ciempozuelos, dado que no sólo se intuye su presencia con algunas cerámicas, sino que, cronológicamente, parecen coincidir en el mismo territorio (Blasco, 1997: 61-61). Será necesario definir el hábitat y formas de vida de los grupos del campaniforme para poder interpretar su presencia y relación con otros grupos, como estos nuestros. Deducimos que el panorama pudo ser más complejo que el tradicionalmente aceptado, y que en el mismo momento y territorio pudieron convivir o perdurar distintas modas o técnicas decorativas, si bien no podemos concluir si su presencia mantenía los códigos y significados originales. Al respecto podemos recordar otros grupos cuya bagaje material, especialmente el cerámico, denota una relación o tradición distinta. Estamos pensando, p. e, en el caso referido de *La Loma del Lomo*, en la vecina provincia de Guadalajara o el hallazgo de *Villalmanzo*, u otros con los que se relaciona (Delibes, 1971).

En suma, el estudio de la cerámica permite constatar la coherencia de los conjuntos correspondientes a los yacimientos que analizamos en este trabajo y

determinar su personalidad, en contraposición con la de otros grupos o tradiciones anteriores, contemporáneas o más modernas.

7.2 El material lítico

De nuevo, destaca la similitud de las piezas líticas entre las distintas colecciones de utensilios recuperados. De hecho, en todos los yacimientos están presentes casi en exclusividad las lascas y láminas de sílex con retoque denticular que se interpretan como elementos o dientes de hoz y se vinculan a la actividad recolectora, bien atestiguada por los restos de lustre que se reconocen en alguno de ellos, e indirectamente por la presencia de grano y por los molinos barquiformes que también existen en todos los yacimientos.

La diferencia entre unos objetos líticos y otros se aprecia en el soporte. Si en *El Parpantique* están realizados, mayoritariamente, sobre láminas, lo que denota una técnica extractiva depurada y, seguramente, conseguida por presión, en *Los Torojones* los soportes son lasca y las piezas, aunque de similar tamaño, ofrecen mayor diversidad formal.

La materia prima sobre la que están realizados es el sílex blanco, casi traslúcido y, en menor porcentaje, sobre sílex negro de buena calidad. Ambos tipos son comunes en este mismo territorio, en los denominados conjuntos líticos de superficie, incluyéndose en sus tipos II y III. Su afloramiento se constata en los límites de la Cuenca, de donde debieron acarrear (Carnicero, 1985, 190-191).

Es precisamente la pobreza en cuanto a la variedad y la ausencia de los tipos antiguos la que sirve de base, en un primer acercamiento, para sospechar la pertenencia de este grupo, como otros similares, a las fases posteriores de la Edad del Bronce (Picazo, 1986). Sin duda en los asentamientos Calcolíticos, y especialmente entre los más antiguos sin campaniforme, la riqueza lítica es una constante manifiesta en la presencia desde algún geométrico hasta las puntas de flecha de variada tipología, junto a las laminillas. Según avanzamos y nos acercamos al cambio de milenio, incrementándose en los conjuntos con presencia de cerámica campaniforme, la variedad tipológica disminuye, completando un bagaje similar al que se presenta que, entre otras características queda definido por la ausencia de foliáceos (Carnicero, 1985; Fabián, 1995: 170-172; *Ídem*, 2006).

Al respecto hay que recordar que algunos de estos yacimientos del momento final Calcolítico y geográficamente próximos, han permitido interpretaciones asociadas a las producciones especializadas líticas, principalmente de puntas de retoque cubriente (Palomino *et alii*, 2003: 74), que por el contrario no se hallan entre la colección que ofrecen estos poblados.

En lo que respecta a las piezas más comunes, los dientes de hoz, diremos que la funcionalidad está bien contrastada desde hace décadas (López Plaza, 1980; Cabanilles, 1985) por lo que no es preciso extenderse en ello. Del mismo modo, su amplia distribución no posibilita, por su sola presencia, ninguna precisión, si bien es habitual su hallazgo junto a molinos barquiformes y guijarros cuarcíticos fracturados en el denominado Bronce Antiguo en el sur del Sistema Ibérico turolense (Picazo, 1993: 107). En la Submeseta Sur también aparecen acompañando a los, numéricamente, más extraños perforadores y raspadores, además de alguna punta de flecha en los momentos plenos de esta etapa (Valiente, 2001: 252). Del mismo modo, en el Valle del Duero estas piezas son habituales tanto en los hallazgos en cueva como al aire libre. En *La Maja* se reconocen realizados sobre lascas o láminas y el grupo más numeroso se localizaba, como en *El Parpantique*, junto a los molinos barquiformes (Samaniego *et alii*, 2001: 83); también se conocen en la cueva de *El Asno* (Eiroa, 1979: 46) y en Arevalillo (Fernández Posse, 1981:71). En poblados al aire libre están bien documentados, por ejemplo, en *Los Tolmos*, en cuyo estudio se analiza su larga trayectoria cronológica (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 110).

Junto a estos útiles, se han diferenciado, también sobre sílex, otros de adscripción menos precisa, pero posiblemente correspondientes a sendos buriles, un raspador y una muesca o profunda escotadura, cuya finalidad desbrozadora para afinar objetos de madera o hueso parece fuera de duda. Además, se ha comentado la presencia de abundantes cantos cuarcíticos que, con mucha frecuencia, muestran extracción de lascas. Aquí lo citamos al margen de interpretaciones más o menos documentadas, como su utilización para calentar alimentos o líquidos. La existencia de las extracciones sugieren, como ya se indicó, que algunas de estas lascas debieron o pudieron haber ido en la hoz junto a otros dientes de sílex, e incluso constituir, ellas mismas, los dientes de alguno de estos utensilios cortantes, para lo cual la existencia de un filo natural, aunque no tan duro, sería suficiente.

Ahora bien, la ausencia de cualquier tipo de talla, siquiera para el necesario ajuste de los dientes entre sí

y/o con el soporte, ni la presencia, al menos en la descripción, de pátina alguna, hacen sopesar otra posibilidad, como puede ser el acopio para su transformación en finos desgrasantes, precisos para la fabricación de cerámica. Sin duda, la presencia común y generalizada de granos cuarcíticos y la abundancia de cerámica que debía sustituirse frecuentemente, es lo que hace suponer la necesidad de contar con cantos de cuarzo que pudieran ser machacados, y previamente, es de suponer, desbastados. De tal manera, se ofrece un argumento más, aunque indirecto, para explicar la actividad alfarera dentro de los propios poblados, aún cuando no hemos constatado la existencia de hornos. El que fuera producto de la actividad alfarera daría sentido a la ausencia de restos de talla tanto de este material –excepción de un remonte en *Los Cotorros*–, como de sílex, por lo que también hay que descartar otra posible función, la de percutor para el trabajo del sílex.

Muy interesante resulta, asimismo, la localización de sendas placas de arenisca que cuentan con una escotadura o hendidura que las recorre longitudinalmente. Se localizaron dos en *Los Torojones*, en la ampliación del Corte 4, junto al agujero de un poste y próximas a restos de hogares de una zona de hábitat que no fue posible delimitar. Otra pieza similar se localizó en *Los Cotorros*, para la que se propone una interpretación similar, como un alisador, pulidor o afilador de útiles de hueso. En todo caso, es claro que no nos encontramos ante un molde para elaborar útiles metálicos. Además de la ausencia de cualquier resto de colada asociado, la acanaladura recorre la totalidad de la cara pulida y rasga el perfil por lo que precisaría para utilizarse como molde de elementos que taponaran sus extremos y tampoco advertimos restos que evidencien tal manipulación.

Es interesante constatar la repetición de este tipo de útiles en momentos similares. Además de en estos dos yacimientos, piezas idénticas se documentan en la cueva de *El Asno*, sin una localización precisa (Eiroa, 1979: 46, fig. 107). En prospección superficial se recogió otra idéntica en el *Alto de la Cueva* en Serón de Nágima, ya en la vertiente soriana de la cuenca del Ebro (Jimeno *et alii*, 1988: 92). De cronología ligeramente más antigua parece otro localizado en *Santa Cruz* de Roa, ya en el Duero Medio, también sobre arenisca y canal descentrado (Herrán *et alii*, 1993b: 36). Finalmente, otro ejemplar, también sobre arenisca, procede de *Los Tolmos* (Jimeno y Fernández Moreno, 1991: 92) en un contexto cronológicamente más moderno. En suma, se trata de un objeto recurrente en los conjuntos del Calcolítico Final al Bronce

Medio en la Submeseta Norte, y que hasta la fecha no se asocia a lo campaniforme, lo que permite, al igual que la ausencia hasta la fecha de los retoques cubrientes, atisbar mínimas diferencias, además de las apuntadas para la cerámica, que pueden señalar discrepancias que superen la mera presencia ausencia de las decoraciones Ciempozuelos.

En este sentido ya tuvimos ocasión de comentar una de estas piezas que si no idéntica a las anteriores sí parece semejante. En este caso, las acanaladuras se realizan tanto en la cara plana como en la redondeada sin que llegue a horadar los bordes. Parece responder al mismo ambiente y presenta la singularidad de estar asociada a grabados esquemáticos. Se trata del alisador numantino para el que se supuso, originariamente, una funcionalidad como molde de utensilios metálicos, si bien en las interpretaciones posteriores se considera una pieza de afilar cuya cronología, derivada de la presencia de los motivos esquemáticos, se situaba en un momento impreciso entre el Calcolítico y el Bronce Medio del Alto Duero (Fernández Moreno, 1997: 55-57), a tenor de la cronología inducida de estos elementos (Fernández Moreno, 1990a; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a: 83-84).

Entre los objetos líticos, queda por destacar algunas piezas ornamentales. Se trata, en primer lugar, de un pequeño colgante aparecido en *El Parpantique* que muestra un orificio fracturado en uno de sus extremos. Se realizó sobre pizarra mediante el pulimento de sus caras a bisel. La falta de cualquier otra concreción y el hecho de que se trate de un tipo morfológicamente muy básico no permite siquiera una atribución cultural precisa, más cuando la pieza se recuperó en el relleno de la intersección de P.2 y P.2bis, por lo que no podemos desechar que pudiera corresponder a la etapa más moderna. En todo caso, su adscripción a una cronología prehistórica no plantearía, asimismo, ninguna problemática por cuanto la existencia de pequeños colgantes o elementos de adorno está bien constada en los conjuntos que venimos refiriendo; sirva para apoyar la afirmación los hallazgos de cueva *La Maja* (Samaniego *et alii*, 2001: 87-88), si bien en el interior peninsular y para momentos próximos sean más abundantes, pese a lo perecedero, los que utilizan el hueso como soporte.

La referencia a otro posible colgante la hallamos relatada en el yacimiento de *Pico Romero*, tratándose de una pieza que apareció en el fondo de uno de los silos excavados durante la primera campaña. Al parecer, está realizado en cuarcita blanquecina, de sección subcircular, mostrando una pequeña

perforación oblicua y desplazada de la zona central. Los investigadores interpretaban tan singular objeto como correspondiente a un colgante o a una pesa de telar (Palomino y Etxeberria, 1994: 90), si bien hemos de suponer que se trataría más de una fusayola, aun cuando desconocemos las dimensiones y el peso o cualquier otra característica, lo que plantea no pocas dudas.

Su existencia viene, al menos, a confirmar la posibilidad apuntada para la plaquita de *El Parpantique* de constituir un colgante de atribución prehistórica. En este sentido, podemos intuir su parecido con otra pieza singular, de barro, aparecida en el sector 1 del poblado de *Los Itueros* (Fabián, 2006: 213, Fig. 92,9). Los materiales recuperados en este sector se adscriben al Neolítico, posiblemente en una etapa final, y al Calcolítico precampaniforme, aun cuando hay que destacar la presencia de cazuelas de carena media y borde exvasado que recuerda momentos más modernos. Cronológicamente se dispone de varias fechas radiocarbónicas que sitúan el conjunto en un momento pleno del III milenio AC. En todo caso, las dimensiones de la pieza y la decoración esquemática que presenta hace posible, sino su utilización, sí su interpretación tanto como fusayola como colgante, y constituye una referencia más para confirmar la cronología de los *afiladores* comentados, y su adscripción, lo que es más importante, a un mismo ambiente *cultural*.

Para concluir este apartado, hay que recordar la presencia en *Los Cotorros* de un brazal de arquero, pieza habitual entre los objetos que configuran el ajuar de los enterramientos Ciempozuelos en la Meseta, como demuestra su presencia, entre otros muchos, en *Fuente-Olmedo* (Martín Valls y Delibes, 1989: 24). Tampoco resulta extraña su aparición en otros conjuntos funerarios no campaniformes, como el de *Santioeste* (Viñé, 1993: 32), aun cuando, al parecer, se localizó depositado en el fondo de la fosa, por lo que pudo no tener relación con la inhumación (Delibes *et alii*, 1998: 179-182). Sea de una u otra forma, se confirma que se trata de un objeto plenamente vigente en los momentos que estudiamos, por lo que no viene sino a definir un elemento más del ajuar de estos grupos.

7.3 El material óseo

Como se ha señalado reiteradamente, una constante en los poblados en estudio es la ausencia casi total de

restos óseos, si bien por algunas de las escasas piezas halladas hemos de entender que las gentes de estos poblados debieron utilizar el hueso para la fabricación de determinados útiles o lo soportes o enmangues de los mismos, así como adorno. Tal vez, la presencia de las pocas piezas reconocidas se deba a la acción del pulimento o el proceso al que se sometieron, lo que posibilitó el sellado de su superficie y la mayor resistencia a la acción química destructora.

Los restos de fauna son inexistentes, apenas algunas esquirlas que no superan en ningún caso la decena, y generalmente localizadas en los niveles más modernos, lo que hace inapropiado cualquier intento de análisis. Ahora bien, sí que se reconocen algunos útiles óseos, como en *El Parpantique* los restos de dos posibles colgantes, claramente el que reproducimos con el número 186, en el que, pese a estar calcinado, se aprecia perfectamente el trabajo de pulimento de ambas caras, sobre todo la externa, así como el trabajo de recortado de sus laterales. El segundo, la pieza 187, ofrece más dudas sobre su clasificación, ya que el fragmento solo conserva intacta parte de una de sus caras. Ni la simplicidad de los tipos ni la posición topográfica de los hallazgos ayuda a precisar su cronología, pero en todo caso, como se ha señalado al comentar los colgantes líticos, su presencia no resultaría extraña. Al respecto sirva su constatación, de nuevo, en *Los Tolmos* (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 97-98, fig. 58) dentro de un conjunto de gran riqueza tipológica en el que destaca la variedad de punzones.

Por su parte, los hallazgos de *Pico Romero* responden a la misma realidad. Aun dentro de la parquedad de hallazgos óseos, común a todos los yacimientos que presentamos, destaca la presencia de un número indeterminado de punzones y una punta de flecha con pedúnculo y sin aletas (Rodríguez Marcos y Palomino, 1997: 588). Estos mismos tipos fueron clasificados en *Los Tolmos*, siguiendo las tipologías del Valle del Ebro, como punzones realizados sobre candiles, disponiendo de cinco ejemplares similares (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 96). No podemos dejar de reconocer que estas piezas estaban preparadas para su enmague y que posiblemente la ausencia de aletas supondría un hándicap para asegurar la dirección del dardo. Otra cuestión sería su utilización como jabalina corta para abatir presas cuya piel o plumaje se quisiera cobrar con el menor desgarro posible, algo para lo que este material era seleccionado. La cuestión es que su presencia en conjuntos desde el Eneolítico a los momentos iniciales de la Edad del

Bronce está atestiguada (Andrés, 1981; Utrilla y Valdellou, 1982).

7.4 El material metálico

También éstos resultan ser materiales escasamente representados. Un punzón dudoso de *El Parpantique* y una punta de pedúnculo y aletas de *Pico Romero* son los únicos vestigios que han aportado los yacimientos que presentamos. Tan escaso bagaje sólo demuestra, hasta el momento, que no se han localizado vestigios, si bien es evidente que en la fase en la que nos encontramos la elaboración y uso, al menos, de útiles y armas de cobre esta bien atestiguada.

Disponemos de análisis espectrográfico de la punta (Rodríguez Marcos y Palomino, 1997: 588) que ofreció una composición casi pura de cobre (99,24%). Los hallazgos más próximos son los de Cueva *La Maja* y los de *Los Tolmos*. En la primera se individualizaron hasta cinco punzones, la mayoría de sección cuadrangular y biapuntados aun cuando no faltan los que tienen sección circular. En general, responden a los modelos de los momentos iniciales de la Edad del Bronce, tanto con asociaciones campaniformes como sin ellas (Delibes, 1977: 111-112). En la actualidad, su distribución en el Valle del Duero abarca desde los momentos Calcolíticos en el que se documenta una interesante actividad metalúrgica (Fabián, 2006: 420-422) hasta el Bronce Pleno, como confirman los cercanos hallazgos, una vez más, de la cueva *La Maja* (Samaniego *et alii*, 1993: 85-87) o *Los Tolmos*, donde también se conoce la presencia de puntas de flecha con pedúnculo y aletas, similares a la que nos ocupa, de corto pedúnculo y aletas desarrolladas (Jimeno, 1984: 269-270; Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 95), en contra de las más típicas puntas Pálmela asociadas al campaniforme (Delibes, 1977: 108-111; Martín Valls y Delibes, 1989: 43).

Los análisis de espectrometría, también por fluorescencia de rayos X de los punzones de cueva *La Maja* nos hablan de una triple agrupación por el origen del mineral utilizado y una doble técnica, constatándose en algún ejemplar la composición casi exclusiva de cobre, como en la punta de *Pico Romero*, mientras que en otros está atestiguado la presencia intencionada de estaño en proporción próxima o superior al 10% (Samaniego *et alii*, 2001: 85-87).

La secuencia analítica de los útiles metálicos del Alto Duero posibilitan, grosso modo, equiparar los hallazgos de Bronce Antiguo a las piezas de cobre o cobre

arsenicado, mientras que los primeros bronceos no aparecerán hasta la etapa intermedia de la Edad del Bronce. En tal sentido no debe extrañarnos que algunas puntas de pedúnculo y aletas del Alto Duero, como la de Layna, que se asocia a puntas Pálmela, muestren una composición casi pura de cobre, al igual que las de *Los Tolmos* de Caracena (Jimeno y Fernández Moreno, 1992b; Rovira *et alii*, 1992).

Ciertamente, por los hallazgos comentados, sólo puede confirmarse que las poblaciones que construyeron y vivieron en estos poblados del Alto Duero, conocían y utilizaban el metal si bien no se ha documentado la actividad metalúrgica en los mismos. Es cierto que ante la ausencia de evidencias directas, gotas adheridas a cerámicas, moldes, etc. parece obligado concluir que dicha actividad no se practicaba en estos yacimientos. Ahora bien, es cierto también que las evidencias de la actividad en esta época no son siempre fácilmente detectables y su hallazgo no deja de ser algo consustancial a la cuantía de la superficie de las excavaciones.

Al respecto, hay que recordar que durante la etapa campaniforme se utilizan vasijas convencionales, sin tratamiento específico, para la fundición del mineral (Rovira y Montero, 1994: 160-162); o cómo la identificación de un horno que pudo usarse para el mismo proceso de fundición, no es siempre fácil de distinguir entre algunos de los muchos hoyos o fosas que jalonan el territorio durante el tercer y segundo milenio. En este sentido, el hallazgo de algunas cerámicas como las comentadas en el capítulo descriptivo, que muestran perfiles excesivamente gruesos y parecen haber sido sometidas a altas temperaturas, o bien confeccionadas con una arcilla especialmente decantada, con formas muy planas o cerradas, a modo de boquilla de tobera (la que reproducimos en el anexo correspondiente con los números 123 y 124 de *El Parpantique*, o la 80 y 127 de *Los Torojones*), hacen sospechar una finalidad vinculada a alguno de los procesos metalúrgicos de transformación, si bien es cierto que hay que ser cautos ante la ausencia de cualquier vestigio directo que lo confirme, pero que, estamos convencidos, ocurrirá cuando se amplíen las excavaciones.

8 PALEOECONOMÍA Y SUBSISTENCIA. LA INCIDENCIA EN EL PAISAJE

Para reconstruir el ecosistema en el que se desarrollaron los poblados de estos grupos durante el inicio de la Edad del Bronce en el Alto Duero, disponemos de distintos datos. De un lado, algunas evidencias directas: como restos de semillas y de madera, y los resultados de los análisis polínicos. De otra parte, una serie de evidencias indirectas, caso de determinadas cerámicas y algunos utensilios líticos que informan de actividades artesanales; también ciertas estructuras que, bien por su función, bien por la distribución de espacios, aportan referencias en las que sustentar algunas interpretaciones sobre la actividad económica.

Por otra parte y una vez más, a partir del análisis y estudio de los materiales, tenemos la oportunidad de comparar las evidencias de este grupo con otros conocidos para las zonas limítrofes, tanto de la misma época, como de las inmediatamente anteriores y posteriores, lo que permite contrastar las evidencias y asociaciones dentro de una amplia secuencia.

Existen estudios polínicos de dos de los cuatro yacimientos excavados en la zona del Alto Duero. Ambos yacimientos, El Parpantique (López García y López Sáez, 1999) y Pico Romero (López-Sáez *et alii*, 1998; y e. p.)⁴⁷, ofrecen resultados similares, con una seriación taxonómica de tres ambientes, unidades de paisaje, que ofrecen gran similitud con los sectores de paisaje que se observan en la actualidad:

- en lomas, laderas y páramos existiría un predominio de la vegetación mediterránea con una cubierta de bosque y matorral
- en vaguadas y vegas, junto a los cursos de agua, una vegetación de ribera con predominio de bosque ripario de corredor y herbáceas freatófitas.
- en zonas intermedias, una vegetación ruderal propia de zonas cultivadas o de intenso pastoreo, con taxones nitrófilos e indicadores de paisajes abiertos.

Los datos aportados por *Pico Romero*, permiten completar esta visión de los paleopaisajes con un cuarto ambiente, básicamente complementario del primero de los descritos. La organización de las especies arbóreas reconocidas permitirían separar las

dominantes en las laderas meridionales o zonas más protegidas, en las que destacarían los encinares (*Quercus perennifolios*) los enebrales y sabinares (*Juniperus t.*), de las de las laderas más húmedas, en las que se impondría el bosque caducifolio (*Quercus*) y los pinares montanos, que sustituirían al encinar, sobre todo en el caso del quejigal. En esta unidad también se incluirían pequeños bosques o rodales de abedules (*Betula*) junto a los arroyos o zonas húmedas de los robledales y, en su caso, de los pinares, aun cuando la presencia de *Pinus* en el entorno de estos poblados pudiera ser cuestionada y corresponder a manchas boscosas del pie del Sistema Central, lo que se explicaría por la conocida facilidad de dispersión de su polen.

La analítica de *El Parpantique* posibilita, además, valorar la evolución entre los dos niveles arqueológicos documentados en el yacimiento. Los niveles inferiores son los más ricos en polen arbóreo de todo el perfil, advirtiéndose la desaparición de las formaciones persistentes (árboles y arbustos), que son sustituidas por otras de carácter efímero (herbáceas ruderales indicadoras de paisajes abiertos). Es, precisamente el porcentaje de los taxones ruderales ya en el nivel inferior, lo que confirmaría la existencia de paisajes abiertos, y la interpretación de la consiguiente acumulación, en el poblado, de vegetales y de presencia de ganado, cuyos restos físicos no hemos podido documentar, si bien la presencia de polen de gramíneas (*Poaceae*), vendría a confirmar la existencia de pastizales antropozoógenos de vocación ganadera.

En el mismo estudio, se pone de manifiesto que, en los niveles superiores, se aprecia una mayor antropización con la disminución del polen arbóreo. *Pinus* desciende significativamente –y éste sí sería un dato que confirmaría la existencia de manchas boscosas en las inmediaciones del yacimiento desde época antigua– y, principalmente, tienden a desaparecer los elementos arbóreos de las riberas, momento en que aumenta *Salix* posiblemente al colonizar los claros dejados en el bosque ripario. En coincidencia con este planteamiento, se detecta un aumento de taxones indicadores de paisajes abiertos húmedos: *Cyperus*, *Juncus*, *Butomaceae* (acuática), y aumentan, aún más, los taxones ruderales: *Anthemideae*, *Rumex*, *Carduaceae* que alcanzan su máximo en la base del nivel medieval, cuando se constata la presencia por primera vez en el diagrama de *Cerealía*.

⁴⁷ Una vez más, gracias a la amabilidad de nuestro colega Rodríguez Marcos hemos tenido la oportunidad de conocer un nuevo trabajo (López Sáez *et alii*, e.p.), actualmente en publicación, en el que se revisan los resultados de ambos yacimientos y se une un tercero, abulense, de la misma época. Aún cuando lo más destacado, en lo que nos ocupa, es una corrección de ciertos datos de *El Parpantique*, los resultados no varían sustancialmente de la primera publicación citada, cuyos datos acompañamos en el correspondiente anexo.

En ambos casos, se aprecia cómo en los niveles superiores el polen arbóreo (AP) disminuye, coincidiendo con un incremento de los porcentajes de *Cichorioideae*, *Boraginaceae* y *Cardueae*, lo que reflejaría, en todo caso, la antropización progresiva del entorno del poblado, contrastando con los resultados de *Pico Romero*, donde el entorno no muestra unos signos tan evidentes de antropización (López Sáez, *et alii*, e. p.).

Esta conclusión parece repetirse en distintos territorios y en yacimientos de distinta época. Tal es el caso, por ejemplo, de los estudios realizados en el Valle de Huecas en la Submeseta Sur, donde ha sido posible disponer de muestras de distintos enclaves que desde inicios del IV hasta finales del III milenio cal. BC confirman la utilización de un espacio vinculado a un importante humedal (Benítez *et alii*, 2009). Los análisis polínicos vienen a confirmar, entre otros aspectos ciertamente interesantes, la progresiva antropización del espacio, con una menor representatividad, por ejemplo del encinar adhesado, además de otros indicadores arbustivos que concluyen en una dinámica antrópica continuada (López Sáez *et alii*, 2009a).

Contamos con datos similares para el valle abulense del Amblés, en la cuenca del Duero, derivados del estudio de turberas y de diversos análisis palinológicos recogidos en los numerosos asentamientos excavados (Fabián, 2006: 448-452). En los asentamientos de cronología calcolítica, el porcentaje de NAP supera en todos los casos al de AP, lo que no ocurría en la fase anterior neolítica, y se atribuye, una vez más a un proceso antrópico derivado de la actividad ganadera, ya que la flora herbácea está dominada por polimorfos de origen zoógeno y especialmente de pastos antropozoógenos ricos en gramíneas. En general dominan los pastos xerófilos, indicadores de una etapa fría y seca, siendo los indicadores de pastos húmedos muy escasos, tan sólo en lugares que cuentan con zonas encharcadas o canales de desagüe. En suma, se concluye en la reconstrucción, durante el Calcolítico, de un paisaje adhesado, degradado y abierto, con encinar muy aclarado, con bosque ripario en zonas aluviales y presión ganadera notable marcada por la presencia de pastos constituidos por gramíneas.

En momentos más recientes, en un espacio próximo al que nos ocupa, el análisis de *Los Tolmos*, el primero que se efectuó en la zona de estudio, venía a confirmar la presencia de cultivos en las inmediaciones del poblado, donde se generalizaría un paisaje de pradera seca y abierta, en la que alternarían algunos árboles (*Pinus* y *Quercus*), cuya presencia constante se atribuye a un continuado proceso de deforestación (López García, 1984: 338). A la misma etapa Proto-

Cogotas corresponden los hallazgos de *El Castillo* de Rábano, a escasos kilómetros, aguas abajo del Duero, de los yacimientos que estudiamos. En este caso, las muestras se recogieron dentro de cuatro silos o fosas, entre las más de una veintena situadas en la superficie del cerro (López Sáez y Rodríguez Marcos, 2006-2007). De nuevo la secuencia se repite, porcentajes altos de *Pinus sylvestris* tipo, atribuido a pinares montanos de la cercana Sierra de Guadarrama, mientras que el bosque autónomo quedaría documentado por la encina y los enebros o sabinas, con mayor porcentaje de los últimos, explicado por la proximidad del páramo. En cuanto a la representación de NAP, son constantes los palinomorfos de carácter nitrófilo que vienen a confirmar las sospechas de una creciente antropización del ecosistema, que a su vez sería la responsable de una intencionada deforestación reconocida en la baja representatividad del encinar. El paisaje estaría completado por la existencia de amplias zonas de vegetación herbácea, destacando los pastizales de gramíneas, y habiéndose documentado la actividad agrícola en las cercanías del yacimiento, aun cuando, hay que recordar que las muestras proceden de estructuras presumiblemente dedicadas al almacenamiento de cereales.

También en el extremo más meridional de la cuenca, ya en etapas posteriores, de la segunda mitad del primer milenio, contamos con recientes estudios sobre los castros abulenses (López Sáez *et alii*, 2008) que de nuevo vienen a confirmar una progresiva e intensa deforestación antrópica, transformando los antiguos bosques (de *Quercus* y fresnos) en pastos y tierras de cultivo. La secuencia quedaría completada con una vegetación riparia en las vegas y, en los estratos más altos, un pinar montano que se extendería por la totalidad de la Sierra de Gredos. En las proximidades de los poblados se confirma la existencia de cultivos de cereal y dentro de los recintos fortificados hay evidencias de hongos coprófilos que denuncian la presencia de ganado.

En suma, se repite una imagen que no varía sustancialmente, pese a la evolución cronológica de los enclaves analizados. Por ello nos atreveríamos a señalar, además de la necesidad de incrementar los estudios paleobotánicos en toda la Cuenca, el que a la luz de estos estudios, parece que nos movemos ante situaciones recurrentes, esto es, que se trata en todos los casos de las primeras ocupaciones estables y sistemáticas de cada espacio. En general, se detecta una mínima actividad antrópica que incide sobre un ecosistema variado, de tipo mixto, en el que alterna una secuencia en tres o cuatro niveles: las zonas bajas, donde dominan los bosques de ribera, las zonas

intermedias, con bosque abierto y con zonas de cultivo y, mayoritariamente, pastizales, y un último piso más elevado, en el que pueden dominar robles, quejigos, encinas o alternativamente la sabina o enebro, también con pastizales de temporada y al que se puede superponer el pinar montano.

Un aspecto importante a determinar es el deducir si el evidente retroceso arbóreo que se constata en casi todos los casos se debe a la presión antrópica, motivada a la necesidad derivada de los cultivos, bien sea mediante talas o rozas, o, como ya se ha apuntado, (Asquerino, 1987: 99) es reflejo de la intensificación del pastoreo.

La huella de la presión ganadera también está confirmada en los yacimientos calcolíticos del Valle Amblés, donde destaca la abundancia de los indicadores de la existencia de pastizales que se desarrollan en un ambiente seco y relativamente frío (Fabián, 2006: 452). Un ambiente similar se deduce en el caso de *El Parpantique*, donde parece dominar un paisaje abierto de pastizales xerófilos. No muy distinta es la conclusión de los análisis de *Los Tolmos* y los de *El Castillo de Rábano*, ya comentados, a los que también tenemos que añadir los derivados de *El Pelambre* en Villaornate, en la cuenca del Esla, y de similar adscripción crono-cultural a estos últimos (López Sáez *et alii*, 2009b).

Es sin duda interesante este dato por cuanto vendría a confirmar una actividad económica importante para las gentes de los poblados del Alto Duero en los que esta probable actividad pasa desapercibida por la ausencia de restos fósiles directos. En el caso de *Pico Romero*, los indicadores no son excesivamente altos (*Chicoriodeae* no alcanza el 20%) mientras que en *El Parpantique*, en el nivel inferior, destaca por su cuantificación (42%), que puede deberse a la acumulación en el poblado de forraje para alimentar al ganado, en algunos momentos encerrado, lo que también vendría a explicar el incremento de *Poaceae*.

En todo caso, la actividad ganadera en ambos enclaves quedaría refrendada, más que por la existencia de algunos útiles y adornos realizados sobre hueso –cuyo origen también pudiera atribuirse a la actividad cinegética– a la existencia casi constante de las denominadas encellas que denuncian la transformación de productos lácteos, probablemente de una cabaña de ovicápridos que se adaptaría a los recursos comentados, y podía ser, sin duda, la responsable de los procesos de deforestación.

Por el contrario, los indicadores de cultivo de cereal son inexistentes o cuando menos difíciles de cuantificar. Están ausentes en los yacimientos calcolíticos del

Amblés y en los del Bronce Antiguo que presentamos. Por el contrario, tanto en el caso de *El Castillo de Rábano* como en *El Pelambre*, se cuenta con porcentajes superiores al 3% lo que vendría a confirmar, como reiteradamente se ha explicado, la existencia de cultivos en las inmediaciones del espacio habitacional (López Sáez y López Merino, 2005: 54 y ss.), aun cuando no hay que olvidar que, en ambos casos, las muestras proceden de estructuras negativas de almacenaje que en algún momento debieron contener cereal. La ausencia de palinomorfos no es indicativa de la ausencia de dichos cultivos. Bien al contrario, la identificación de *Triticum Aestivum L.*, cuyo cultivo está muy extendido en la Edad del Bronce en el sureste peninsular (Asensio *et alii*, 1988), en una de las habitaciones *El Parpantique*, así viene a confirmarlo.

De forma indirecta la actividad agrícola quedaría también manifiesta, sino por la presencia constante de silos –cuyo uso pudo ser variado– sí por la de los molinos barquiformes, aunque también pudieron utilizarse para reducir frutos recolectados como los que se localizaron en la misma cabaña del Corte 4 en la que aparecieron carbonizados los granos de cereal. Abundando en este planteamiento hay que referir, también, los dientes de hoz existentes en todos los enclaves estudiados, que muestran el típico lustre de uso, y que en buen número aparecieron, también en *El Parpantique*, en la misma habitación en que recogimos los granos de trigo.

Además, el análisis de *El Parpantique* aporta referentes para deducir que las gentes del poblado pudieron haber cultivado algún tipo de leguminosas (*Fabaceae*) si bien el polimorfo es tan genérico que no permite mayor precisión, a no se que lo asociemos con la presencia de *Linum* y *Salvia*, especies que ofrecen una alto porcentaje de ácido graso y son ricas en proteínas, siendo además de fácil conservación.

Todas estas plantas y sus semillas han constituido, en distintos momentos, parte de la dieta alimenticia o bien, en otros, han formado parte del forraje ganadero. Con esta última finalidad es conocido el aprovechamiento tradicional, por ejemplo, de la hoja de fresno (*Fraxinus*) cuyo polimorfo también esta presente en el nivel inferior del mismo poblado.

La recolección no sólo debió centrarse en las especies mencionadas, sino también en otras como la bellota, de las que se han recogido frutos que por su morfología se han atribuido a encina o carrasca (*Quercus Ilex L.* y *Quercus rotundifolia L.*). Aún cuando tradicionalmente se asocia, una vez molido el fruto, a la producción de gachas, mezcladas o no con harinas de otros cereales, su presencia entre los restos cenizos

del hogar lleva a suponer un consumo directo, simplemente tostado para hacer más dulce su sabor. El consumo humano de bellotas está bien documentado en una larga veintena de estaciones neolíticas (Bueno *et alii*, 2005: Fig. 3), destacando en las inmediaciones a la zona de estudio las localizadas en *La Peña de la Abuela* y en la cueva de *La Vaquera*. Recientemente, para la misma etapa cronológica, se ha incrementado el número de hallazgos de bellotas carbonizadas, lo que descarta su utilización para la alimentación ganadera (Zapata *et alii*, 2008: 406 y ss.) En similar posición y, probablemente, con idéntica finalidad, se localizaron en *El Raso de Candelada*, sobre los restos de ceniza de la casa A1 (Fernández Gómez, 1986), lo que confirma una práctica tradicional.

La actividad recolectora se ampliaría a otros muchos frutos, caso de los piñones (Roig *et alii*, 1997) o avellanas. La presencia de avellanadas en *El Parpantique* ha sido reivindicada en los estudios más recientes (López Sáez *et alii*: e. p.). Su desarrollo hay que situarlo preferentemente en las inmediaciones del piso superior del bosque ripario, constantemente representado en los diagramas comentados. Se trata de una especie dura que aguanta bien el frío y sequía, pero que tiene su mejor desarrollo en terrenos húmedos, permeables y profundos en lugares soleados.

La constatación de la recolección de ambos frutos, y posiblemente otros que se nos escapan, son argumento suficiente para valorar la utilización de los hoyos o silos, o la variedad formal que ofrecen, que pudiera responder a diversas estrategias para la conservación de semillas, el acopio de excedentes o la conservación de productos de temporada. Esta actividad delata una más que presumible permanencia en el poblado durante los meses de otoño- invierno, y consecuentemente la posibilidad de considerar estos hábitats como estables.

La dieta vegetal a base de cereales, leguminosas y otros vegetales recolectados que se han documentado por el hallazgo de sus restos o con la analítica, debió complementarse con el aporte de la leche y carne que les ofrecía la cabaña cuya existencia se constata indirectamente. Otra fuente de proteínas sería aportada por la caza, aun cuando de nuevo la ausencia de restos, a excepción de la punta ósea de *Pico Romero*, impide que podamos acercarnos a su conocimiento. En todo caso, sirva de referencia que yacimientos próximos que cuentan con ocupación del mismo momento, en un ambiente similar, caso de cueva *La Maja* (Samaniego *et alii*, 2001: 38 y ss.), documentan la presencia entre la fauna salvaje de oso, ciervo, jabalí, y conejo o liebre, mientras que entre las domésticas destaca la clásica triada: vaca, cerdo y ovis, estando sin

determinar si el caballo y el perro o lobo se encuentran en uno u otro grupo.

Otra actividad que estas gentes debieron practicar para complementar su ingesta fue la explotación silvícola. Sin duda, además de la recolección de frutos silvestres, hongos, setas, ..., resulta razonable pensar en la recogida de leña como combustible de los hogares. Más evidente es la constancia de la utilización de madera para los pies derechos que sustentaban las estructuras de habitación. Los restos recuperados proceden en *El Parpantique*, de la banda de los cuadros 51-53/ M'-S' de repetido Corte 4, es decir en los límites de la estructura de habitación, en las inmediaciones de los agujeros de postes o entre los derrumbes de manto de barro y entramado vegetal del extremo occidental. Es por ello probable que los restos analizados correspondan a pino y roble, maderas blandas y tan duraderas, sobre todo el último, como la encina, mucho más dura y difícil de trabajar, que no ha podido ser identificada entre los fragmentos recogidos. Si bien estas especies debieron utilizarse para configurar la estructura de la cabaña, el entramado vertical que se recubrió con barro y la propia cubierta debieron realizarse con especies jóvenes de ribera, más flexibles y que, como hemos visto, también abundan en las inmediaciones del poblado. Hay otros aprovechamientos de los que no tenemos evidencia alguna entre los datos manejados, pero cuyo uso es conocido en otros lugares desde momentos antiguos y su presencia en el entorno de estos poblados está bien constatada. Tal es el caso, p. e., de *Quercus*, cuya corteza fue utilizada tanto en los procesos de elaboración de tinte como en los de curtir e impermeabilizar pieles.

Desde el punto de vista climático, son precisamente las especies identificadas las que determinan, como en el caso de la cueva *La Maja* (Ibidem: 17-19), situar cronológicamente la ocupación en el tránsito del Atlántico al Subboreal, siendo típico de los momentos finales del primero, el mantenimiento del *Quercus* caducifolia formando bosques mixtos y paralelamente la expansión del avellano, mientras que la presencia de la encina apunta a un momento ligeramente posterior por cuanto se considera especie diagnóstica entono al 2600 AC. En todo caso, en el periodo Subboreal (ca. 3000-1000 AC) se reconocen distintas oscilaciones que alternan desde fases más secas y templadas a otras de óptimo climático, con mayor humedad y frío. Es necesario ajustar los estudios regionales para poder precisar la secuencia, si bien, es claro que en la zona del Alto Duero, el clima en el que vivieron aquellas gentes de los inicios de la Edad del Bronce resultaba más benigno en relación con el actual, más Continental,

en donde los sauces y avellanos o son escasos o no son viables.

Precisamente, estudios recientes han propuesto que una de estas oscilaciones, la conocida como evento 4,0 K (ca. 2450-1950 AC), fuera la responsable de la crisis del poblamiento calcolítico en la zona baja del valle Amblés, y la subsiguiente transformación a la ocupación del reborde montañoso sobre cerros destacados, aislados de perfil cónico (Fabián *et alii*, 2006). La propuesta es sumamente sugerente y se ajusta a un territorio concreto, el Valle Amblés, que permite comprobar efectivamente una transformación en la ocupación del territorio, si bien adolece –así lo reconocen los autores– de un muestreo fiable y representativo de la fase última y, en general, de mayor número de analíticas. Suponen los autores, que el abandono de las pequeñas granjas calcolíticas y la transformación de un paisaje agrario estable debió ser producto de una notable crisis producida por un periodo de aridez extremo que supuso la crisis del modelo y el consiguiente desplazamiento a terrenos más elevados, preferentemente dedicados al pastoreo, por cuanto los únicos asentamientos conocidos se localizan en el reborde superior y no hay evidencias de ocupación en la parte baja del valle.

Desde nuestra óptica consideramos que es preciso matizar la propuesta dado que, como bien se indica, al menos en otros territorios, hay evidencias de que el modelo de los inicios de la Edad del Bronce con ocupación en cerros destacados se complementa con otros establecimientos en las tierras del fondo de valle (Ibídem, 2006: 42; Delibes y Rodríguez Marcos, 2003: 43), e incluso, como hemos tenido ocasión de comentar en páginas anteriores, durante esta etapa, la ocupación de las cuevas se mantiene, aun cuando sea cuantitativamente marginal. Por tanto, estaríamos ante un poblamiento diversificado, que, en todo caso, respondería a distintas estrategias de aprovechamiento, más que concentrarse mayoritariamente en un determinado recurso económico como respuesta a la oscilación climática reconocida.

Por otra parte, el espectro analítico del valle de Amblés, aun cuando sea parcial para la etapa más reciente, posibilita una lectura muy interesante para conocer la evolución de los aprovechamientos en virtud de la imagen que nos llega del paisaje (Fabián, *et alii*, 2006). En primer lugar destaca la escasa variación entre los pastizales xerófilos y los húmedos. En el Calcolítico los primeros alcanzan valores promedios desde el 2,5%, en *Los Itueros*, a los 22,2%, de *Cerro Hervero*, mientras que en *Cerro de la Cabeza* y *Aldeagordillo* (I) suponen el 5,5% y el 9% respectivamente. Por el contrario, en los enclaves

adsritos al Bronce Antiguo: *El Picuezo* y *Castillo de Cardeñosa*, los mismos indicadores parecen descender, con un 3,1 y un 2,3%, que aunque poco representativos, se encuadran en la banda más baja de los anteriores. En todo caso, en estas diferencias hay que valorar la localización de los poblados en los que se recogen la muestra en distintos pisos vegetales y con un entorno bien distinto. De hecho, la presencia de polen de cereal es habitual en los yacimientos calcolíticos, con porcentajes que oscilan entre 3,3% y el 8%, mientras que en los poblados en altura no se reconoce. Evidentemente, los datos comentados anteriormente, nos confirman su cultivo, por lo que la ausencia en el diagrama polínico debe explicarse más por la lejanía de los campos que debió ser mayor en estos poblados en altura, que, como se propone, por una variación en el aprovechamiento prioritario que se orientaría a la ganadería en contraposición a la etapa anterior en la que la producción agrícola tendría un mayor peso.

La intensidad de la actividad ganadera puede derivarse del análisis de la flora herbácea, en concreto de los indicadores de los paleomorfos de carácter antropozógeno y los nitrófilos. Para los primeros conocemos, incluso, la variabilidad entre los correspondientes a enclaves calcolíticos sin campaniforme y con campaniforme, bien representados en la seriación de *Aldeagordillo* y contrastado en el resto del conjunto de yacimientos analizados, que superan la decena. La presencia de este tipo de pastos oscila entre el 18 y el 65% de la fase más antigua, al 15 y 57% de la fase más reciente, y en los yacimientos en altura, el porcentaje alcanza el 23 y el 22%. En cuanto a la flora nitrófila el esquema se repite, oscilando del 7 al 22% de la etapa Calcolítica a los 3,6 o 5% de los enclaves de la Edad del Bronce, en los que incluso la flora ruderal de carácter nitrófilo y origen antrópico alcanza el 10%.

Consecuentemente, no parece posible, a partir de los datos manejados, establecer un cambio radical en la base económica de unos grupos y otros, incluso la diferenciación de microfósiles de especies coprolíticas confirma la presencia de ganado en los poblados, bien encerrado bien de paso, no siendo precisamente menores los porcentajes en los diagramas correspondientes a las fases más antiguas, lo que parece confirmar los indicadores más altos de los pastos nitrófilos zoógenos ya comentados. Es decir, no existe una evidencia concluyente que explique el cambio de localización de los hábitats por el cambio de actividad económica derivada, o no, de la alteración climática; más bien, parece deducirse que nos encontramos ante grupos que se desenvuelven en

pisos vegetales distintos, aun cuando las bases productivas puedan ser similares. Aún así, coincidimos con los autores citados, es necesario evaluar las incidencias climáticas y las consecuencias que pudieron tener en la actividad económica de los grupos prehistóricos así como las diferentes respuestas. Insistimos por ello en que es necesario incrementar el número de estudios paleoambientales locales y, paralelamente, la analítica medioambiental de contextos arqueológicos incuestionables.

En conclusión, no parece improbable que, pese a los escasos datos disponibles, los grupos que habitaron la zona media y baja del Alto Duero en el cambio del III al II milenio AC tuvieran una economía marcadamente de subsistencia, en la que la recolección y la caza debieron tener un importante peso que equilibraría la no muy extensa producción de cereal y algunas leguminosas y herbáceas que complementarían la ingesta proteínica.

Desconocemos si en los trabajos necesarios para el laboreo, siembra, abonado y cosecha se utilizó como fuerza, origen o medio la de ciertos animales domésticos, si bien es cierto que es una posibilidad que no debe descartarse. La presencia de una cabaña parece constatada, no sólo por la presencia de polen de ciertos hongos indicadores que se interpretan en tal sentido, sino también por la existencia de encellas. De tal forma se abre la posibilidad del aprovechamiento cárnico, de la leche, las pieles o la lana para producir tejidos, actividad que corrobora la presencia de la posible pesa de telar –tal vez mejor tensor de hilos– documentada en *El Parpantique* (número 143) y que no debe diferir de otras descritas como fichas circulares procedentes de *Pico Romero*, inéditas, a las que se hacía referencia en la descripción de los datos disponibles.

Por supuesto, la probable actividad de caza sería otra de las formas de procurarse pieles, de igual modo que ciertas especies vegetales constatadas en los análisis

polínicos, lino o cáñamo, posibilitan otros aprovechamientos.

En resumen, la presencia de determinados cereales y pólenes de leguminosas, además de los útiles apropiados para su recolección y transformación, confirman la práctica agrícola; la existencia de ciertos microfósiles, algunos taxones de plantas forrajeras y algunos utensilios cerámicos, confirmarían la existencia de una cabaña ganadera; la presencia de determinados frutos, con seguridad la bellota, confirman la práctica recolectora; y el conjunto, una secuencia de aprovechamiento estacional que completa el ciclo anual. Este modelo de aprovechamiento no es novedoso, habiendo sido descrito para etapas anteriores, en concreto para los primeros grupos agropastoriles semi-sedentarios (Bueno *et alii*, 2004: 67 y ss.).

Tal vez, nos atreveríamos a señalar por los datos manejados hasta el momento, que esta misma base económica es en la que asienta la economía de los poblados que estudiamos, si bien, parecen existir argumentos para determinar que sus hábitats corresponden a grupos mucho más sedentarios o, al menos, a que parte del grupo permanece en el poblado a lo largo del año.

Además de la producción de leche y la transformación de cereales, actividades comunes a grupos nómadas y semi-sedentarios, debemos recordar que estas gentes producían en el poblado o en sus inmediaciones cerámica, tejían, recolectaban en primavera y verano productos vegetales –cereales, leguminosas– y en otoño e invierno frutos –avellanas, bellotas–, lo que confirma una secuencia estacional completa que apunta a una permanencia larga, anual y repetida en estos poblados, también corroborada por la existencia de los silos, incluso por la compartimentación de las cabañas que evoca una primitiva organización de actividades, constituyendo un hábitat que supera, en todo caso, el mero refugio de grupos pastores.

9 EL MUNDO DE LAS CREENCIAS: LA DIMENSIÓN FUNERARIA Y LAS EVIDENCIAS SIMBÓLICAS EN EL BRONCE ANTIGUO

Si las evidencias directas para conocer la actividad económica de las poblaciones del Alto Duero son escasas, más aún lo son las atribuibles al ámbito de las creencias y las prácticas funerarias. No obstante disponemos de ciertas manifestaciones e indicios que permitirán establecer algunas consideraciones e hipótesis.

En primer lugar hemos de referirnos a ciertas manifestaciones rupestres esquemáticas en el territorio del Alto Duero que debieron realizarse y, sobre todo, estar vigentes en la misma época que los poblados que se estudian. La cronología, una vez más, de la cueva *La Maja* así lo confirma, si bien es cierto que, excepto en contadas ocasiones, no hay una relación directa entre este tipo de manifestaciones y los poblados al aire libre.

También es evidente que los yacimientos excavados no cuentan con evidencias funerarias, sin duda una importante fuente de información para el conocimiento de actividades rituales en las que además se ven reflejadas las relaciones sociales entre los individuos y los grupos (Aranda y Esquivel, 2006: 118-119).

Ante la ausencia de este tipo de hallazgos, es posible la identificación de algunas de estas prácticas rituales a través de la individualización de los elementos simbólicos en el sentido ya descrito por Escoriza (1991-1992: 137-141), esto es, elementos con un componente claramente subjetivo, en el que se valora la consideración social del producto, objeto, su función utilitaria y la necesaria relación entre agentes.

En tal caso, tal consideración no debe atribuirse en exclusiva o por principio a los objetos más elaborados, los decorados, p. e., sino a aquellos que reflejen o de los que pueda presumirse un efecto social. En este sentido se incluyen las representaciones artísticas, el esquematismo atribuido a este momento, aun cuando desconozcamos su significado último, polisémico, constituyendo un mensaje distinto para los diferentes observadores o lectores, incluidos nosotros mismos, hecho que en las representaciones esquemáticas no viene sino a confirmarse, llegándose a diferenciar signo, señal y simbólico sin alcanzar su significado y función. Afortunadamente los conjuntos de pintura esquemática, así como los grabados del Alto Duero, han sido exhaustivamente estudiados, lo que hace innecesario que nos refiramos a ellos con mayor extensión (Gómez Barrera, 1992; 2001; Samaniego *et alii*, 2002)

En general, en la zona oriental de la Submeseta Norte, la etapa de estudio que nos ocupa contrasta con

la anterior calcolítica en cuanto, como hemos visto, el poblamiento periférico del reborde montañoso da paso a una ocupación sistemática del interior de la cuenca. La existencia, en el citado reborde, de un número relativamente importante de cavidades con abundante cerámica lisa y cordonada –aquellos conjuntos que dieron pie para definir la denominada, en su día, Cultura de las Cuevas– y, en algunos casos, de ciertos elementos metálicos, llevan a confirmar su utilización contemporánea con la ocupación de los poblados en estudio, perpetuándose sobre los hallazgos al aire libre de la etapa anterior, y definiendo lo que se planteó como modelo de enterramiento de las gentes de los inicios de la Edad del Bronce. Era el caso de las cuevas sorianas en los términos de Torrevente y Abanco, las de *El Roto* en Ligos, el nivel antiguo de la cueva de *El Asno* de los Rábanos, y las próximas a ésta, las de *El Barro* o *La Torca* (Jimeno *et alii*, 1988: 92-93; Fernández Moreno, 1997: 112; Ídem, 1991).

Por ello, la existencia de pequeñas covachas en alguno de los cerros en los que se localizan los yacimientos estudiados, justo bajo la capa caliza que corona los mismos y que sirvió de cobertera para retener la erosión, hizo sospechar que pudieran servir para acoger este tipo de deposiciones, máxime cuando en alguno caso –*Alto de la Cueva* en Serón de Nágima, o en el propio cerro de *El Parpantique*–, se recopilaron referencias del hallazgo de huesos que desgraciadamente no pudieron verificarse (Jimeno y Fernández, 1992a: 90). En el primer caso, el reconocimiento de la pequeña cavidad no deparó resto óseo alguno, aunque sí fragmentos cerámicos como los de la superficie del cerro, de donde debían provenir. En el yacimiento de Balluncar la antigua apertura de la que tuvimos referencia, se cegó y no pudo ser localizada.

Otros yacimientos, como el cercano de la cueva *La Maja*, hicieron concebir esperanzas para aclarar estos aspectos, dado que se trataba de una cavidad que contenía abundante material cerámico equiparable al de los yacimientos en altura, y contaba con grabados esquemáticos que posibilitan su comparación con otros conjuntos similares del Sistema Ibérico, como *La Galería del Silex de Cueva Mayor* en Ibeas de Juarros. La excavación y el estudio de la cavidad soriana vino a confirmar su utilización durante el Bronce Antiguo, como un espacio ritualizado y simbólico, sin que se documentara el uso como necrópolis (Samaniego *et alii*, 2002), compartiendo muchas de las evidencias –silos, pozos, tipología y decoración cerámica, grabados o pinturas parietales, distribución de las evidencias

artísticas y de cultura material– con otras encontradas en la señalada *Galería del Sílex* (Apellaniz y Domingo, 1987) o en la de *Los Enebralejos* en Prádena (Segovia) (Municio y Piñón, 1990; Municio y Fernández Moreno, 2003), sin que, por desgracia, podamos concretar otros aspectos del registro por cuanto el conocimiento de este último se apoya en meras descripciones de trabajos iniciales o parciales.

Por tanto, hay que desear que las gentes del Bronce Antiguo, al menos en la zona en estudio, entierren mayoritariamente en cuevas y, mucho más, que esta práctica sea exclusiva de los espacios troglodíticos. En primer lugar, algunas de las cuevas estudiadas ofrecen datos que apuntan a una utilización como hábitat y, por otro lado, no en todos los yacimientos conocidos, ni en sus inmediaciones, se conoce la existencia de cavidades que pudieran haber acogido la necrópolis. Por tanto, hay que suponer que las inhumaciones se realizaran en los propios poblados o en sus inmediaciones.

Hay ejemplos de esta actividad funeraria en yacimientos próximos en lo cronológico y en lo geográfico. En general, los enterramientos se realizan en hoyos como los de almacenamiento o los conocidos como basureros, e incluso bajo el suelo de las cabañas, construyendo auténticas fosas. Recientemente se han dado a conocer algunos ejemplos bien significativos en un yacimiento del corredor madrileño, el *Camino de Las Yeseras*, con una diversidad de enterramientos en estructuras negativas a lo largo del tercer y segundo milenio, con un ritual que mantiene la misma tradición a lo largo del tiempo (Blasco y Ríos, 2005-2006).

En la Submeseta Norte los estudios del Valle Amblés y su entorno más próximo llevan a plantear un panorama complejo y ciertamente similar al anterior. Hay evidencias que denotan, en la segunda mitad del III milenio AC, una práctica funeraria de inhumación, bien reocupando espacios marginales de estructuras monumentales más antiguas, bien construyendo sencillos túmulos que pueden contener tanto deposiciones múltiples como individuales, y cuyo ajuar puede estar constituido tanto por la típica cerámica campaniforme como por otros elementos (Fabián, 2006: 468- 478). Este esquema no parece variar en los momentos de transición del III al II milenio AC, como demuestra el hallazgo de *El Tomillar* en Bercial de Zapardiel (Fabián, 1995).

El panorama, en el mismo periodo, se repite en el territorio del Alto Duero con los hallazgos de *El Alto de la Mesta* de Renieblas y *El Alto de la Tejera* de Carrascosa de la Sierra (Jimeno y Fernández Moreno, 1991b y 1992c; Jimeno *et alii*, 1992). No menos

significativos son las evidencias del Valle de Ambrona que pertenece estrictamente al Alto Duero, si bien en un extremo marginal, de tránsito al Ebro al coincidir en la divisoria de aguas con el Jalón. Aquí, los trabajos de excavación de los últimos años permiten plantear una secuencia desde el Neolítico Antiguo hasta la etapa Ciempozuelos, constatándose desde las inhumaciones individuales en fosa, en hoyo, a las tumbas colectivas monumentales tanto con osarios colectivos como en cistas que permiten definir agrupaciones segmentadas. Un milenio después, en algunas de estas tumbas colectivas parecen, en espacios marginales, inhumaciones cuyo ajuar está constituido por la típica cerámica campaniforme del tipo marítimo y puntillado geométrico. Finalmente se registra una nueva tradición de túmulos individuales en la que la inhumación está acompañada por la típica cerámica Ciempozuelos. (Rojo *et alii*, 2005).

Este último modelo parece ser el coetáneo con los poblados en altura y por ello resulta interesante. Comparativamente el hallazgo de la inhumación de Santioste: en una fosa o silo reaprovechado se inhumó una joven con un ajuar no campaniforme que, por sus características, se adscribe a un momento inmediatamente posterior, a pesar de contar con unas fechas radiocarbónicas sincrónicas a las más típicas inhumaciones campaniformes de la meseta (Delibes *et alii*, 1988: 179-183).

Por consiguiente, parecen coincidir en estos momentos prácticas como la documentada en la tumba de Santioste, la de Bercial de Zapardiel, o las más típicas Ciempozuelos, tanto inhumaciones en viejas estructuras colectivas, como el de Carrascosa de la Sierra, en el Alto Duero, o en fosa o túmulo individual, como los documentados en el valle de Ambrona o los del centro de la cuenca (Martín Valls y Delibes, 1989), cuyo reflejo en nuestro territorio estaría representado por la del *Cerro Gordo* de Villalba (Revilla, 1985: 276-279). En suma un panorama que en modo alguno se aleja del también complejo que señala Fabián para la etapa inmediatamente anterior.

En general, el ritual tampoco difiere de otros inmediatamente posteriores, caso de los conocidos de *Los Tolmos*, donde se constata junto a las cabañas la inhumación en fosa de un individuo de 18 a 20 años. También, alejadas de estas y en una zona que se utilizó como necrópolis, se documentó una deposición doble, un hombre de 35 a 39 años y una mujer de 29,5 a 32 años, o triple –si se considera la presencia de un neonato– (Jimeno, 1984b: 190-195; Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 21). Similar ritual parece continuarse en las fases plenas de Cogotas cuyo

modelo se viene identificando con el enterramiento triple de San Román de Hornija (Delibes, 1978).

Es decir, la síntesis de los hallazgos funerarios (Esparza, 1990) concluye en que se trata de una modalidad en la que se practica la inhumación, siendo variable en cada caso el número de deposiciones, el tipo de estructuras e incluso, algo que resulta lógico, el ajuar u ofrendas. Con posterioridad la sucesión de hallazgos viene confirmando la tradición señalada (Abarquero, 2005).

En el interior peninsular contaríamos con una nueva variedad, de confirmarse hallazgos como los de *Los Palomares* en Villalmanzo (Delibes, 1971), donde los cadáveres aparecen depositados en contenedores cerámicos, pithoi, que evocan una clara influencia mediterránea y argárica. Un paralelo intermedio en lo espacial (Delibes y Esparza, 1985: 154) se reconoce en los hallazgos de *La Loma del Lomo* en Cogolludo (Valiente, 1992), donde conviven este ritual con otro de deposición directas en las hoyas. En general esta referencia apoyaría la propuesta de algunos paralelos señalados para el enterramiento de Villafáfila, caso de las cuencas de collar, o el botón, que alejan al conjunto de la tradición campaniforme (Delibes *et alii*, 1998).

En suma, en el caso de las prácticas funerarias la modalidad no es única, sino que dentro de una tradición generalizada de la inhumación, los rituales son complejos y distintos a lo largo del periodo que analizamos, existiendo dentro de dicha variabilidad, para el momento y espacio que nos ocupa, una tendencia a la inhumación simple o múltiple, pero no colectiva; y, en todo caso, sin referencias monumentales, por lo que no sería descabellado esperar que, en el espacio que estudiamos, pudieran aparecer tanto dentro del ámbito habitacional, reutilizando los silos o estructuras negativas, como en sus inmediaciones, bien en sencillas fosas bien aprovechando covachas o cavidades inmediatas.

Al respecto no podemos dejar de recordar que, en el territorio en el que se centra el estudio, los hoyos o silos descritos son los primeros reconocidos en espacios habitacionales y su número es ciertamente escaso, al igual que las excavaciones practicadas en yacimientos del tránsito del III y II milenio AC. De tal forma, es probable que en el futuro con el incremento de la investigación esta deficiencia documental pueda solucionarse.

Junto con las evidencias funerarias, las huellas de elementos y comportamientos simbólicos son escasas. De un lado la presencia de objetos o elementos singulares cuya funcionalidad práctica se considera baja o incluso nula, y, en cambio, es evidente la valoración

estética o representativa. Por otra parte, la presencia de manifestaciones artísticas caso de los grabados, o pinturas parietales, o sobre soportes muebles, incluso la existencia de relieves, etc. pueden venir a confirmar la presencia de símbolos, indistintamente de que pueda comprenderse su significado.

Aunque algunos de estos adornos personales se incluyen en ocasiones en la categoría de objetos simbólicos, su atribución no es sencilla. En *El Parpantique* destacan dos piezas, un objeto lítico pulimentada y un fragmento óseo con las paredes también pulidas (las números 185 y 186) que sin duda pueden catalogarse como colgantes, si bien por sus características y sencilla tipología poco aportan, documentándose paralelos tanto en los conjuntos dolménicos del valle del Ebro (Andrés, 1981), como en *Los Tolmos* (Jimeno y Fernández Moreno, 1991a: 95-98)

En *Los Cotorros* apareció un brazal de arquero realizado en piedra arenisca dura y pulida, según los investigadores, de forma rectangular con los lados paralelos, que conserva una perforación en cada uno de los extremos cortos. Pese a que su tamaño, 55x20x4 mm, lleva a pensar en que se trata de un objeto votivo, sus descubridores advierten el desgaste por el uso de uno de los lados (Benito *et alii*, 2001: 24-25). Se ha confirmado la presencia de este tipo de piezas en contextos funerarios, formando parte del ajuar, acompañando a las típicas cerámicas de tipo campaniforme incisas. En la Meseta las piezas reconocidas se agrupan, por su tamaño, en dos bloques, correspondiendo el de *Los Cotorros* a uno de los ejemplares más pequeños de todos los conocidos (Garrido, 2000: 188-189). Su asociación exclusivamente con hallazgos Ciempozuelos llevó a considerar estas piezas tardías, vinculadas a la presencia del puñal de lengüeta, y aún a considerar una funcionalidad distinta, como afilador (ibidem: 190). Ahora bien, nuevos datos vienen a cuestionar esta adscripción cronológica, ampliando el margen de utilización, según se deduce de su presencia en distintos ajuares del túmulo de *La Sima III* en Miño de Medinaceli, junto a cerámicas campaniformes de tipo marítimo y puntillado geométrico (Rojo *et alii*, 2005: 126 y 140); también en otros espacios en los que están ausentes las típicas cerámicas campaniformes, como en Santioste –donde apareció debajo del enterramiento, en lo que llega a interpretarse como un relleno previo– (Delibes *et alii*, 1988: 179-180); o el ejemplar, que ya se enumera en el anterior trabajo, de *El Castillo* de Cardeñosa, realizado sobre hueso, lo que cuestiona las funciones alternativas señaladas, al menos para este caso.

Se trataría, por tanto, de piezas cuyos paralelos permiten situarlas en las fechas obtenidas para los poblados en estudio, y con un valor, en ambos casos, simbólico y, probablemente, votivo cuyo significado evidentemente se nos escapa pero que evidencia la existencia de indicios acerca de determinadas creencias.

Junto a estos elementos destacaba entre las cerámicas de *El Parpantique* una vasija ¿jarra? (la pieza número 125) de cuerpo globular, cuello estrecho y borde saliente. La particularidad de la pieza estaba, en todo caso, determinada además de por la infrecuencia del tipo formal por la decoración del asa que mostraba en superficie cuatro incisiones paralelas realizadas en un momento posterior a la cocción, así como la presencia de dos pequeñas protuberancias o pezones alineados a ambos lados de la base y, finalmente, dos perforaciones en la parte superior del arranque del mismo asa. Sin duda alguna, las incisiones y los orificios pudieran tener un sentido estético que, en tal caso, fueron hechos con posterioridad a la cocción de la pieza, cuya utilización fue dilatada ya que las incisiones aparecen recubiertas por una pátina que afecta a toda la superficie del fragmento. Puede parecer excesivo atribuir esta composición a una representación facial, antropomorfa, en la que los orificios constituirían los ojos, el asa la nariz y los pezones delimitarían el espacio de la boca, si no fuera porque desde el Neolítico existen evidencias que confirman la utilización de algunas cerámicas para disponer decoraciones simbólicas de este tipo.

En este sentido recordamos el vaso-jarra decorado, con técnica impresa e incisa, aparecido como ajuar en la inhumación individual de *La Lámpara* en Ambrona (Rojo *et alii*, 2008a:160-162) que se fecha en un momento final del sexto milenio cal AC. La misma interpretación simbólica se da a distintas cerámicas, habituales en el Calcolítico del mediodía peninsular (Escoriza, 1991-1992), que, aunque menos abundantes, se repiten en las tierras del interior, mostrando decoración incisa de motivos oculados, antropomorfos o soles (Fabián, 2006: 399), en ocasiones asociadas a otros objetos con decoración similar, como la fusayola de barro procedente de poblado abulense de *Los Itueros*, en una de cuyas caras se reproduce un antropomorfo y un cuadrúpedo, además de otros signos, constituyendo una escena que se interpreta como de pastoreo (Ibidem, 213). Aun cuando no hay relación directa alguna, es evidente la semejanza de estas representaciones con algunas de las reproducciones pictóricas del denominado arte esquemático postpaleolítico, lo que ratifica el valor

estético o simbólico que se supone a estos objetos y su uso.

Idéntico valor se atribuye a otros dos recipientes cerámicos procedentes de las excavaciones del taller calcolítico de *Los Cercados* de Mucientes. En ambos casos, se representa un rostro o cara, en una realizada mediante la incisión de líneas y un intenso bruñido y, en la segunda, dos apliques plásticos finos y alargados dibujan las cejas, desarrollando uno de los ojos mediante lo que pudiera ser una representación solar (García Barrios, 2005: 248-249).

Asociados a cerámicas campaniforme también se conocen algunos ejemplos de *graffiti* que reproducen soles u oculados (Rodríguez Marcos, 2005: Fig.3) y algunos cuadrúpedos, posiblemente cérvidos. Es el caso de los hallazgos de Almenara de Adaja en Valladolid (Delibes y Herrán, 2007: 194-195), que recuerda a otro de *Las Carolinas* en Madrid (Blasco, 1994) –aquí los cérvidos se asocian a un elemento solar–, sin que sean exclusivos del área central peninsular, alcanzando el mediodía como se reconoce tanto en distintos hallazgos del grupo de Los Millares (Escoriza, 1991-1992: Figs. 5 y 7), como en un ejemplar más incompleto del *Cerro de la Virgen* de Orce (Garrido, 2000: 132).

A excepción de los hallazgos del yacimiento de Los Millares, el resto, curiosamente, reproducen con gran semejanza la misma figura en el interior de cuencos cuyo exterior aparece decorado con los típicos motivos Ciempozuelos, alcanzando tal conjunción decorativa la consideración de *cerámica simbólica* y superando así la concepción habitual que como tal tiene la cerámica campaniforme.

Otro caso interesante y próximo se conoce en el abrigo con pinturas rupestres de *La Dehesa* en Miño de Medinaceli. En la excavación apareció una cerámica con el mismo motivo esquemático, un cérvido, en el exterior de la pared de perfil sinuoso que se atribuye a un momento poco preciso (¿inicial?) de la Edad del Bronce pese a constatarse la presencia de cerámicas Ciempozuelos, que se adscriben a una fase anterior. (Rojo *et alii*, 2008b: 48-50). Aun siendo sugerente la asociación de pinturas rupestres esquemáticas o macroesquemáticas con una clase de cerámica simbólica, bien es cierto que en este caso esta relación es problemática.

Es interesante resaltar que la representación esquemática de estos cérvidos es sintomáticamente similar, aunque no idéntica. Tanto en los ejemplares asociados a lo campaniforme como el atribuido al Bronce Antiguo, muestran seis trazos verticales debajo del lomo con la intención, deducimos, de representar el

movimiento. Las cornamentas detallan candiles, en distinto número según los casos, pero siempre uno más en una de las cuernas.

Es evidente que estas apreciaciones no son aplicables a nuestro hallazgo, ni incluso a otros identificados en el Alto Duero, caso del afilado numantino con representaciones esquemática, pero vienen a documentar cómo la utilización de soportes cerámicos para representar elementos simbólicos es una constante desde los primeros momentos neolíticos, siendo su apreciación o consideración variada en tanto los motivos pueden ser identificados –representaciones antropomorfas, de fauna, etc.– y reconocidos entre los códigos identitarios del Calcolítico –los elementos solares, oculados, ...–. Es obvio que los grupos prehistóricos utilizaban símbolos como representaciones codificadas para formular y transmitir un mensaje, cuya comprensión y valoración sólo puede hacerse por quienes conozcan los códigos precisos. El esquematismo y la abstracción, señalarían lo esencial del símbolo a través del signo, aunque su significado, uso y grado de coetaneidad para el grupo se nos escape.

En este sentido debemos valorar una serie de representaciones observadas en algunas de las vasijas de los poblados que se estudian. Es el caso, por ejemplo, de distintos fondos planos que muestran en el exterior línea incisas que configuran un reticulado: núms. 149-151 de *El Parpantique*; núm. 118 de *Los Torojones*; o núms. 74-690 de *Los Cotorros* (Benito *et alii*, 2001: Figs. 44-45).

Decíamos, al describir estas piezas, que recordaban a las que reproducían la huella de la cestería sobre la que se debieron apoyar durante el proceso de fabricación o secado previo a la cocción, y que su finalidad última sería la de aportar una superficie no resbaladiza. Asimismo, pudiera cuestionarse el por qué, si se trata de una solución práctica y efectiva, no se aplica a todos los fondos de las grandes vasijas, sino sólo a unos pocos en cada yacimiento estudiado. Por ello la conclusión no puede ser otra que la de encontrarnos ante piezas singularizadas, bien porque estaban destinadas a una función determinada, bien por cuanto su contenido era o tenía un valor especial para el propietario o el grupo. En suma, se consideran estos reticulados como un elemento simbólico indicativo del contenido que estaba destinado a custodiar o conservar la vasija, y evocaría una intención o deseo regenerativo o incluso profiláctico o propiciatorio para el contenido que igual pudiera servir para la alimentación del grupo como para la realización de determinadas prácticas rituales.

Aún cuando es evidente que dicha propuesta no puede considerarse sino como una hipótesis de partida, creemos contar con algunos argumentos para verificarla. El primero de ellos es la aparición de tres cerámicas cuyos fondos se reticularon mediante incisión, precisamente, bajo los paneles que reproducen idénticos reticulados grabados en la pared en *Cueva Maja*. Ésta clara asociación espacial y visual confirmaría que dicho motivo reticulado adquiere, en este contexto, una cualidad de signo, con un significado propio que debe vincularse con el espacio simbólico central, *La Sala*, que se llegó a identificar como un lugar propiciatorio o preparatorio para la iniciación individual o del grupo ante el cosmos animal y vegetal que se supone representado en *Los Camarines* (Samaniego *et alii*, 2001: 140 y 150-153), anexos a *La Sala* central.

Aun cuando la adscripción tipológica de los motivos reticulados de uno y otro soporte puede parecer forzada, no podemos olvidar que su asociación espacial está contrastada, y que, entre los miles de fragmentos cerámicos recuperados, los que muestran esta decoración son escasos. Igual escasez se repite entre los hallazgos de *El Parpantique*, *Los Torojones* o *Los Cotorros*.

Esta asociación no es única, y bien pudiera ampliarse, en el yacimiento de cueva *La Maja* a otros motivos decorativos de algunas cerámicas –los zig-zags, por ejemplo–, o en la *Galería del Sílex* en Cueva Mayor a la famosa representación de una figura antropomorfa con faldellín que aparecen en una gran orza (Apellaniz y Domingo, 1987: 25-29), y de nuevo entre los motivos –en este caso pintados– de la pared de la galería (Apellaniz y Urribarri, 1976: 100-101). Otras asociaciones semejantes en cuanto a composición del motivo, se han registrado en la cueva de *Los Enebralejos*, en Prádena. En este caso la decoración incisa se aplicó a un probable ídolo, una piedra caliza desvastada que imita los motivos incisos parietales (Municio y Piñón, 1990: Lam. III).

Un trasunto, esquemático, del mismo motivo, se identifica en *La Maja*, lo que añade un nuevo testimonio para considerar estos motivos como signos o señales con un significado universal para distintos grupos que, con seguridad, compartieron territorios, actividades económicas y formas de vida (Municio y Fernández Moreno, 2003), y, establecieron relaciones entre ellos y, por consiguiente, tal vez compartieran también, aún con particularidades e incluso diferencias, una concepción espiritual del mundo, de la vida y la muerte.

Probablemente no sólo las cuevas fueron espacios simbólicos y con seguridad no serían los únicos. Fuera de ellas las representaciones simbólicas se plasmarían

en otros soportes. Más aún, lo que vemos en los poblados es la presencia y utilización cotidiana de determinados signos y símbolos. Hemos de pensar que los dibujados o grabados en otros soportes perdidos, como madera, barro o piel, completarían esta lectura.

Entre las piezas descritas en los conjuntos que analizamos, las grandes orzas con la abigarrada decoración plástica son, sin duda, las que llaman la atención. De nuevo las explicaciones técnicas enumeradas en apartados anteriores, que inciden en la necesidad de reforzar las paredes de estas grandes vasijas con aplicaciones plásticas para soportar los empujes durante su elaboración y secado, permitir su mejor agarre y facilitar su transporte, no resuelven porque otras vasijas, también de grandes dimensiones, carecen de este tipo de apliques o, si los tienen, son sencillos y puntuales. Y, aunque, es cierto, que este tipo de decoración plástica es recurrente entre los fragmentos recuperados en los yacimientos adscritos al denominado Bronce Antiguo, no es menos cierto que, en los poblados excavados, las piezas que hemos podido identificar con este tipo de decoración no son muy numerosas, correspondiendo a grandes contenedores que se han fragmentado, por ello, hasta en cientos de fragmentos. Los motivos que desarrollan estas vasijas, se catalogan en dos modelos tipológicos: las de tipo arboriforme o guirnalda que contienen círculos o pezones (p. e., núms. 90 y 108 de *El Parpantique*), y las que cuelgan de un cordón superior horizontal, bien trazando acanalados o líneas verticales más o menos paralelas (p. e., la núm. 110 del mismo poblado o las núms. 71, 98 ó 103 de *Los Torojones*) o incluso pequeños zig-zags en relieve que, como en el caso de *Los Cotorros* (Benito *et alii*, 2001: núm. 477), rellenan el cuello de un gran contenedor formalmente semejante a los anteriores.

Los motivos arboriformes, guirnalda o zig-zags son los comunes en el arte rupestre esquemático y además de en las cavidades citadas, como en *La Maja*, *Los Enebralejos* o *Cueva Mayor*, también se documentan en el complejo de *Ojo Guareña*, especialmente en *la Sala de la Fuente* y *la Galería de los Grabados* de *cueva Palomera* y en *Kaite II* (Fernández Moreno: 1990a: 124-

125), dentro de lo que parece ser un contexto similar en el que es posible rastrear el peso de la tradición. Así lo indican estos esquemas que no son ciertamente diferentes, en el diseño, de algunos motivos incisos e impresos que decoran, también algunos grandes contenedores del Neolítico interior (Estremera, 2003: Figs. 37, 38 y 44).

No parece descabellado, por tanto, suponer una intención en la aplicación de estos motivos en aquellas cerámicas destinadas a la contención de alimentos, semillas o determinadas bebidas que pudieran ser consumidas en grupo o dispuestas para celebrar determinadas ceremonias. En todo caso, por ejemplo, la conservación de semillas para asegurar la siguiente siembra y la consiguiente cosecha debió ser, para estas gentes, una prioridad, y la previsible serie de rituales propiciatorios para conseguirlo una práctica común. Incluso la decoración de estas vasijas, además de poder responder a alguna de estas prácticas que hoy se nos escapan, debió servir también para identificar estos bienes de los que en gran parte dependía la supervivencia del grupo.

En este planteamiento no sólo puede argumentarse la generalización de estos motivos en la zona del Alto Duero o la amplia tradición conceptual de los mismos, sino también el hecho de que grupos afines, aunque más alejados, como los de la serranía turolense, muestren diseños muy semejantes (Picazo, 1993: 104-105) o que incluso, como en el caso de *la Galería del Sílex*, su asociación con otros elementos simbólicos queda confirmada.

Confiamos, que en el difícil terreno de las creencias, nuevos hallazgos e interpretaciones permitan avanzar mediante el análisis comparativo. Hoy, con los datos disponibles solo podemos plantear hipótesis y señalar los indicios. Igualmente solo nuevos yacimientos permitirán conocer con precisión los rituales funerarios, tan determinantes además para conocer la composición y la definición del grupo social. La prudencia nos hace no profundizar, con los escasos datos asociados, en supuestos que necesaria serían especulativos.

10 CONCLUSIONES: EL BRONCE ANTIGUO EN EL ALTO DUERO

10.1 Propuesta de secuencia crono-cultural para el inicio de la Edad de Bronce en el Alto Duero

Con los datos disponibles y los análisis presentados en los capítulos precedentes, hay que señalar que el tránsito del III al II milenio AC en la zona del Alto Duero, el Bronce Antiguo, ofrece una panorámica más compleja que el tradicionalmente considerado, algo que debe ser común para buena parte del territorio interior peninsular.

En la secuencia convencional, el Bronce Antiguo quedaba caracterizado por una prolongación del final del Calcolítico, caracterizado por la presencia del campaniforme, hasta alcanzar el Bronce Medio. En el Alto Duero, este límite inferior estaba definido por la personalidad de la fase Pre o Proto-Cogotas I, bien representada por los hallazgos y dataciones de *Los Tolmos* de Caracena (c 1750–1600 cal AC), *El Balconcillo* de Utero o el sector B de la cueva de *El Asno* (c 1900-1500 cal AC), y en las zonas inmediatas, por las referencias de la cueva de *Arevalillo* o *La Plaza* de Cogeces (c 1700-1500 cal AC).

Por el contrario, la fase anterior, la final del Calcolítico, ofrece una menor precisión en el Alto Duero, careciendo de fechas radiocarbónicas, a excepción de las del conjunto de *La Sima III* (c 2450-2250 cal AC) para un momento de plenitud, si como tal aceptamos el que presenta la presencia de campaniforme de estilo Internacional. Poco aporta otro de los yacimientos excavados e inédito, el de *El Castillejo* de Garray, por cuanto la amplitud estadística del resultado la hace inservible para la calibración, si bien no debe, por los materiales que conocemos, separarse de la secuencia del denominado Calcolítico de la Ribera, en el Duero Medio, territorio inmediato a aquel, bien representado por los conjuntos de *Los Cercados* (c 2700-2250 cal AC) o el de *El Soto* de Valdezate (Palomino *et alii*, 2003), que se inscriben en una fase avanzada del considerado Calcolítico del interior. Esta fase está caracterizada en los rebordes del Valle del Duero, tanto por el yacimiento, ya clásico, de *Las Pozas*, como por los documentados recientemente en el Valle Amblés. En la Submeseta Sur esta etapa se define por hallazgos de estructuras negativas en los fondos de valle, entre las que se diferencian algunas estancias de habitación y ciertos enterramientos.

En las cuencas sedimentarias de ambas Mesetas el modelo perdura, con distintas variantes, hasta un momento avanzado de Cogotas I, lo que no significa

una continuidad de la población pero sí modelos de explotación y subsistencia muy similares.

Los pobladores que ocupan el territorio del valle del Duero durante el Bronce Antiguo fueron o debieron ser, los continuadores de los grupos calcolíticos que, ya desde la segunda mitad del III milenio, se van a distinguir por un nuevo tipo cerámico, el campaniforme. En el Alto Duero, esta secuencia tradicional estaría respaldada por las dataciones de *La Sima III* para campaniforme Marítimo y Puntillado Geométrico (c 2450-2250 cal AC) y las posteriores de *El Parpantique* (c 2200-2000 cal AC). Por tanto, las facies diferenciadas se sucederían con mínimos solapamientos. Pero si profundizamos en los datos disponibles, vemos que esta visión adquiere mayor complejidad.

En primer lugar, en esta propuesta está ausente el campaniforme inciso Ciempozuelos, del que carecemos de fechas para el Alto Duero, pero cuyo desarrollo se acepta a lo largo del Bronce Antiguo, entre los campaniformes Internacionales y los conjuntos que anuncian la fase formativa del horizonte Cogotas I. En la Submeseta Norte las evidencias más precisas de este fenómeno son las datadas en Fuente Olmedo (c 2350-1950 cal AC) y Aldeagordillo (c 2200-1950 cal AC), superando ligeramente y coincidiendo, por tanto, con las fechas ofrecidas por asentamientos adscritos al Bronce Antiguo: *Pico Romero* (c 2350-1750 cal AC), el señalado de *El Parpantique*, *Los Torojones* (c 2200-1750 cal AC) o *Los Cotorros* (c 2150-1650 cal AC).

Dado que todos estos yacimientos son poblados y los hallazgos Ciempozuelos se localizan como ajuar en inhumaciones, sería tentador presuponer que, en realidad se trata de una misma facies o grupo que se desarrollaría a lo largo de unos cinco siglos, a caballo entre uno y otro milenio, y que dispondría de ajuares diferenciados para la actividad cotidiana doméstica y para el ritual funerario. Evidentemente, el estudio de los yacimientos con una u otra atribución no permite, en modo alguno, dicha interpretación. Bien al contrario, unos y otros ofrecen evidencias de corresponder a grupos y estrategias de ocupación diferentes.

En el Alto Duero disponemos de una abundante presencia de lo campaniforme, si bien carente de contextualización. Así, los estilos antiguos están presentes en el extremo más oriental, en los hallazgos citados de Fuencaiente de Medina en el túmulo de *La Sima*, en su fase III, como ajuar de enterramientos marginales y tardíos en relación con el monumento original, marcando posiblemente el momento de

aparición de estas cerámicas en el Valle del Duero, hacia la mitad de dicho milenio. Otros hallazgos, los de Villar del Campo o el fragmento de *El Pozo* de San Pedro de Garray, confirman la presencia de estos estilos en el Alto Duero, pero no aportan mayor precisión.

El campaniforme inciso Ciempozuelos tiene mayor representación en el valle del Duero, si bien sus hallazgos, de nuevo, carecen de fechas absolutas. En el interior peninsular, dejando al margen las fechas de Somaén, estas típicas cerámicas se documentan como ajuar en inhumaciones individuales, a lo largo del último cuarto del III milenio AC según las últimas dataciones, aun cuando hay evidencias que alargan su presencia a lo largo del primer tercio del II milenio AC.

También se han localizado estas cerámicas en yacimientos de habitación. En la zona de estudio contamos con referencias de gran interés, *El Molino* de Garrejo o los materiales de *El Gujjar* de Almazán, inmediato a *El Parpantique*, pero no aportan tampoco precisión cronológica alguna. Ampliando el marco geográfico, en la zona limítrofe del río Jalón existe otro ejemplo interesante, *El Perchel*, un fondo de cabaña que carece de cronología absoluta, y en del Valle del Duero el hallazgo de Arrabal de Portillo, no tiene contextualización clara.

En la Submeseta Sur es clásico el de *El Ventorro*, interpretado como un poblado especializado de los grupos portadores de esta cerámica. Aquí, el contexto general del enclave, dejando al margen la excepcionalidad de la conocida Cabaña 013, evoca el de un ambiente calcolítico; es decir, la cerámica decorada se añade al elenco de materiales sin que se adviertan otros cambios más profundos.

Otro ejemplo reciente que se interpreta como un poblado campaniforme es el de *Pico Castro* en Quintanilla de Arriba, en la Ribera del Duero, en una zona limítrofe con el extremo bajo del territorio del Alto Duero. Tiene, además, la peculiaridad de localizarse en un cerro alto y destacado, con restos de una habitación no muy distinta de las que hemos descrito en los yacimientos que estudiamos. En este caso, la adscripción campaniforme viene determinada por el hallazgo de fragmentos de tres cerámicas incisas, una de las cuales parece atribuirse sin duda a este estilo cerámico, si bien la simplicidad de las mismas no aporta mayor precisión. En superficie se localizó otra más, con un triángulo relleno y remarcado que sugiere este tipo decorativo sobre todo por el hallazgo, también en superficie, de una punta pálmela y otra variante que puede adscribirse sin duda al momento inicial del

Bronce. Las cerámicas decoradas y contextualizadas son una excepción al millar de fragmentos recuperados que, estos sí, evocan un mismo ambiente de cerámicas lisas similares a los que presentamos.

Por el contrario, la ausencia de los típicos cordones que decoran las cerámicas, la de manteados de barro, o el que la cabaña fuera excavada y rehundida en el terreno, son detalles que diferencian el hallazgo de los comunes a los poblados del Bronce Antiguo localizados en las inmediaciones y a los que las fechas radiocarbónicas (c 2350-1950 cal AC) le aproximan.

Ciertamente hay indicios, además de los señalados – la tabla tipológica se asemeja particularmente a la de *El Ventorro*–, para sospechar su adscripción a un momento final del Calcolítico, incluso corresponder a un momento de transición entre los adscritos al *Calcolítico ribereño* y los del Bronce Antiguo que definimos. En tal supuesto el campaniforme inciso constituiría un elemento que superaría la adscripción a uno u otro momento, porque su presencia testimonial, excepcional, se confirma tanto en este poblado como en el inmediato y posterior de *Los Torojones*, con dos hallazgos puntuales y similares uno contextualizado y otro recogido en superficie.

Ya se ha indicado que la presencia de un único fragmento en un amplio contexto uniforme no puede condicionar una adscripción. En los poblados del Bronce Antiguo, tanto del Alto Duero como en los rebordes del Sistema Ibérico, no es inusual la presencia singular y excepcional de alguna cerámica decorada, bien de adscripción *Calcolítica* –p. e., soles–, *Campaniforme* –p. e., incisas– o *Cogotas* –boquique, guirnalda, excisión,...– sin que ello asegure la adscripción del respectivo conjunto a cada una de esas etapas.

En todo caso, no parece probable que la caracterización de un asentamiento Ciempozuelos depare como única novedad la presencia de algún fragmento decorado. Bien al contrario, los de *El Molino*, *El Gujjar* o *El Perchel* revelan una presencia notable de esta típica decoración sobre formas de cocina y almacenaje, a la par que su localización es en el fondo de valle y asociada, al menos en el último caso, a variantes de estructuras negativas, al igual que *El Ventorro*, *Camino de las Yeseras*, etc.

Por tanto, aun cuando falta confirmar estos argumentos con la excavación de algún poblado campaniforme, creemos que, efectivamente, los asentamientos de habitación al aire libre de este momento evidencian modelos distintos a los de altura del Bronce Antiguo.

En lo que concierne al ámbito funerario, en el tránsito del III al II milenio AC, se aprecian también diferencias, más en los ajuares que en la práctica ritual. Sin duda, el fenómeno Ciempozuelos que se generaliza para el Bronce Inicial, se explica hoy, por disponer de un ritual repetitivo en el que la presencia de las tres típicas cerámicas es una constante. De otro lado, el acompañamiento de algunos elementos metálicos y suntuarios ha dado pie a su interpretación como tumbas principescas o de élites.

En el Alto Duero no conocemos, hasta la fecha, hallazgos funerarios contextualizados de este momento. De nuevo debemos volver la vista al conjunto del Valle del Duero para documentar los enterramientos de esta cronología. En el yacimiento abulense de *El Tomillar* (c 2500-2000 cal AC) se conocen deposiciones múltiples en fosa, con una adscripción a la etapa inicial de la Edad del Bronce, sin campaniforme. Por su parte, en la estación zamorana de Santioste (c 2500-1950 cal AC) se documenta la inhumación de una joven cuyo ajuar evidencia un lujo semejante a los Ciempozuelos, pero en un contexto en el que esta típica cerámica tampoco está presente.

Los últimos hallazgos de *Camino de las Yeseras*, ya en la Submeseta Sur, correspondientes a un poblado calcolítico que se inicia con el III milenio AC, vienen a confirmar esa dualidad de ajuares, sin campaniforme y con campaniforme, que acompaña a las inhumaciones simples o múltiples que se depositan en fosas, si bien parecen generalizarse las cronologías más recientes para las que contienen estas típicas cerámicas incisas (c 2300-2000 cal AC).

Este ritual funerario, enterramientos simples o múltiples en fosa, dentro del ámbito doméstico o separado del mismo, se mantendrá a lo largo del II milenio AC. como confirman, entre otros, los hallazgos de *Los Tolmos* o San Román de Hornija. Estos hallazgos evocarían una línea continuista en la que las diferencias quedarían marcadas por los ajuares, sin que pueda profundizarse en las previsibles diferencias en el ritual.

La utilización de cuevas que contienen manifestaciones artísticas, en las que se documenta la existencia de hogares y pequeños hoyos o silos, como cueva *La Maja* (c 2200-1900 cal AC), o la de *El Roto* de Ligos, viene a confirmar otro tipo de ocupación o utilización –habitación, necrópolis, santuario– en el mismo momento en el que constatamos la ocupación de los cerros, y fondos de valle, así como inhumaciones en llano, con y sin campaniforme.

Finalmente, cabe sopesar para explicar estas diferencias, la interpretación de que los grupos Ciempozuelos constituyeran verdaderas élites sobre conjunto de la población. Es decir, que este tipo de cerámica profusamente decorada, su utilización o apropiación, constituyera un símbolo que determinara un status social aristocrático. Esta propuesta se ha sustentado en función de ciertos hallazgos asociados a determinadas actividades como la metalurgia –*El Ventorro*–, o la producción de sal –*Molino Sanchón II*– (Delibes *et alii*, 2007). Pero, por el contrario, existen evidencias claras de que estas mismas actividades se realizan, en el mismo momento, por gentes que no utilizan la cerámica campaniforme.

Ya se ha mencionado la factoría salinera de Santioste muy cercana a la de *Molino Sanchón II*, y podríamos añadir que, en este último yacimiento en el que continúan los trabajos de investigación, además de la abundante cerámica Ciempozuelos se documentan otras lisas y cordonadas cuyos autores relacionan precisamente con las del horizonte Parpantique.

En cuanto a la producción metalúrgica, no menos interesantes son los hallazgos del poblado fortificado de *San Blas*, donde coexisten cabañas con y sin campaniforme pero en los que la vajilla Ciempozuelos y la actividad metalúrgica están claramente dissociadas (Hurtado, 2004, en Delibes *et alii*, 2007, nota 8). Tampoco en el *Camino de las Yeseras* puede vincularse la actividad metalurgia a las gentes poseedoras de los vasos Ciempozuelos, al igual que tampoco la actividad lítica de talla, ni la acopiadora de los molinos, piezas que son comunes en las fosas de inhumación sin y con campaniforme, incluso más comunes en las primeras.

Por tanto, en el tránsito del III al II milenio se advierte la existencia de distintos grupos, facies u horizontes que, por la cronología señalada, debieron solaparse en espacios comunes o muy próximos. Y este hecho no sería exclusivo del Alto Duero por cuanto parece generalizarse en las tierras del interior peninsular (Blasco, 1997). Se desconocen las relaciones entre ellos, pero no parece probable que fueran de dependencia. Predomina una misma base tradicional en la que se desarrollan los distintos elementos singulares, bien sea como elementos simbólicos identificadores de esos grupos, bien sea como respuesta o derivación de actividades diversificadas, tal vez potenciadas por la explotación de distintos recursos o por distintos modos de vida, aspectos que confirman la presencia de algunos útiles y la distinta selección topográfica de los enclaves.

En lo que atañe al territorio medio y bajo del Alto Duero, proponemos la diferenciación de un grupo con personalidad propia, denominado Horizonte Parpantique, caracterizado por los asentamientos en altura, probablemente complementados con otros en las zonas bajas de los valles, con modos de vida semejantes y con un ajuar uniforme.

Asimismo, se diferencian en los rebordes montañosos de la Cuenca, diversos hallazgos en cueva. En estos espacios, las distintas utilidades o reocupaciones son más complejas de distinguir, si bien no parece existir dudas de la coetaneidad de algunas de estas ocupaciones con los poblados en altura. No parece improbable, todo lo contrario, que la utilización de las cuevas sea un fenómeno de gran tradición, con numerosos ejemplos en fechas anteriores, y que también tendrá un desarrollo posterior en buena parte de la cuenca del Duero, tal como demuestra la presencia de determinadas cerámicas prehistóricas y aún históricas, tal como indican las referencias de las fichas del *Inventario Arqueológico de Castilla y León*.

A las cuevas ya citadas del Alto Duero con materiales adscritos al Bronce Antiguo y otros de los que caracterizarán al Bronce Medio, habría que sumar otras inmediatas, en las estribaciones del Sistema Central, caso de *Los Enebralejos*, y del Sistema Ibérico, como la de *El Mirador* y *El Portalón de Cueva Mayor*, ambas en Ibeas de Juarros, en las estribaciones de la Sierra de Atapuerca. La última ofrece fechas de la primera mitad del II milenio AC (c 1900-1550 AC) y sus cerámicas recuerdan a las lisas del Bronce Antiguo, al igual que la segoviana, mientras que la de *El Portalón*, de nuevo en revisión, comparte características con las de *La Maja*. En este conjunto es un hito indiscutible el caso de la de *Cueva de Arevalillo* (c 1800-1600 cal AC) donde el Ciempozuelos fue sustituido por las cerámicas ProtoCogotas con las que pudo llegar a convivir, como parece apuntar el registro estratigráfico. Es precisamente esta cavidad la que ofrece datos para suponer que los asentamientos de este momento pudieron caracterizarse por la utilización complementaria al espacio troglodítico del espacio exterior e inmediato a la cavidad, donde se documentan actividades de carácter doméstico y artesanal, aspecto este que tal vez ocurriera en Ligos, si bien la nula documentación de los trabajos de campo no permite asegurar tal semejanza.

La presencia de la cerámica campaniforme, especialmente la Ciempozuelos, no es extraña a unos y otros hallazgos. Su aparición en una fase anterior, asociada a los conjuntos calcolíticos, está fuera de toda duda, si bien su significado constituye aún un verdadero enigma en esta fase, en la que, por el contrario, los hallazgos funerarios señalan una personalidad muy marcada. Es indudable la necesidad, en este territorio, de localizar y estudiar nuevos hallazgos contextualizados que posibiliten avanzar en su conocimiento e interpretación, lo que sin duda aclarará su relación con este grupo representado por los yacimientos tipo Parpantique.

De tal forma, creemos confirmada la tesis de partida. Con las fechas absolutas disponibles y las peculiaridades de los grupos descritos creemos establecida la diferenciación del Horizonte Parpantique que se desarrollaría, al menos en el Alto Duero, durante el Bronce Antiguo y se caracterizaría tanto por los poblados en altura, bien conocidos, como por otros asentamientos en la zona baja de los valles, cuya relación con los anteriores requerirá de nuevos estudios.

Los antecedentes de este grupo hay que buscarlos en los de adscripción *Calcolítica*, generalmente localizados en zonas bajas o intermedias, y en los que se constata ocasionalmente la presencia de cerámica Ciempozuelos que se asocia además y principalmente a evidencias funerarias. Algunos de estos vasos con decoración incisa no son extraños en los poblados del Bronce Antiguo al igual que también se documenta la presencia marginal de otros con decoraciones típicas de la etapa cogotiana posterior.

Esta posición intermedia está respaldada por las fechas radiocarbónicas calibradas. Aun siendo escasas en el Alto Duero, y dejando al margen aquellas cuya amplia desviación estadística impide la mínima precisión, las existentes se agrupan en tres amplios bloques equilibrados y coherentes (Figura 196) que deben marcar las etapas Calcolítica, Bronce Antiguo y Bronce Medio, coincidiendo estas agrupaciones con las fases diferenciadas por las características de los hallazgos materiales.

Etapas	Cronología AC	Alto Duero	Submeseta Norte
Calcolítico Final	2750 al 2250	La Sima III, El Castillejo (?)	Los Cercados, El Tomillar
B. Antiguo	2250 al 1800	Pico Romero; El Parpantique; Los Torojones, Los Cotorros, Cueva Maja, Cueva del Asno (A)	Perro Alto, Aldeagordillo, Santioste Pico Castro
B. Medio	1800 al 1500	Los Tolmos, El Balconillo, C. Asno (B),	Arealillo, C. Mirador, La Plaza

Figura 196 Propuesta de secuencia crono-cultural del III al II milenio AC para el Alto Duero y su reflejo en la Submeseta Norte.

En esta secuencia, durante el Bronce Antiguo coexisten contextos, con y sin campaniforme, al igual que ocurre con las últimas fases del Calcolítico. El definir el protagonismo del campaniforme Ciempozuelos es, con los datos disponibles, un problema difícil de resolver no sólo en el Submeseta Norte, sino también, como hemos tenido ocasión de explicar, al sur del Sistema Central (Blasco, 1997). En el Valle del Ebro, también se intuye la convivencia de distintos grupos con y sin campaniforme en este momento de tránsito. El desarrollo de los poblados con campaniforme inciso (c 2300–1900 cal AC), ofrece una cronología similar y aún más amplia si se acepta su perduración (*Marijuán I, Peña Guerra*). La propuesta de acotar la pervivencia del campaniforme (c 2100 AC) para ajustar su desarrollo al inicio de los poblados en altura (López y Picazo, 2005-2006) no parece una solución definitiva. La documentación existente confirma la existencia de poblados en altura, similares a los del Alto Duero, con una cronología (*Peña Dorada*, c 2200-1850 cal AC) que parece solaparse con la de aquellos.

En este sentido no deben pasarse por alto otros ejemplos citados, caso de las cavidades burgalesas, que ofrecen distintas valoraciones para registros diferentes en un mismo territorio y en fechas coetáneas. En la cueva de *El Mirador*, en la burgalesa Sierra de Atapuerca, llama la atención de los investigadores el hecho de que con una cronología que se desarrollaría en la segunda mitad del segundo milenio, estén ausentes en la cavidad las cerámicas incisas típicas del Horizonte Cogotas I, a pesar de la documentación de un vaso decorado con técnica excisa cuyo origen pudiera ser extra-regional, lo que les lleva a cuestionar la zonificación del origen y expansión de dicho horizonte meseteño (Moral *et alii*, 2003-2004). Esta interpretación y su argumentación deben, cuanto menos, revisarse. En primer lugar, la ocupación de la cavidad parece continuada a tenor de la localización de los distintos fragmentos decorados con la técnica extractiva en los tres niveles diferenciados en la excavación (ibidem: 67-68; Fig. 4); el conjunto tipológico se asemeja a los más típicos de *El Parpantique* y *Los Torojones* –sin que las formas carenadas alcancen los porcentajes típicos del Bronce Medio meseteño–, en la misma medida que se

distancia del conjunto tipológico procedente de *El Portalón de Cueva Mayor*, dónde sí que están reconocidos los típicos perfiles quebrados y las decoraciones que caracterizaran Cogotas I (Mínguez, 2005).

No sería descabellado pensar que ambas cavidades, ofrecen ocupaciones distintas de grupos diferente. Los restos de *El Mirador* corresponderían a uno de los horizontes que reconocemos para el Bronce Antiguo, mientras que los hallazgos de *El Portalón*, se adscribirían al Bronce Medio y Final, si bien las fechas radiocarbónicas de ambos yacimientos debieran revisarse, tanto por cuanto la selección de la muestra pudiera condicionar el hallazgo que se data como por cuanto la imprecisión estadísticas de algunas de ellas condiciona la posibilidad de calibración y comparación.

Indudablemente, si se aceptan todos los resultados radiocarbónicos positivos con la misma validez, indistintamente de los datos y singularidades de los conjuntos que se datan, y si se considera que la presencia/ausencia de fósiles guía definen el desarrollo de horizontes lineales que se suceden en el tiempo, será difícil comprender los complejos procesos de continuidad y cambio que debieron alternarse, sucederse y solaparse en un mismo territorio a lo largo de la Prehistoria.

Por tanto, consideramos que el Horizonte Parpantique es uno de los grupos o facies que reconocemos entre los que ocupan el Alto Duero durante el Bronce Inicial. Es sobre este grupo y el de las cuevas, cuyas semejanzas son tantas como para cuestionar si forman una sola realidad o dos variantes de una misma base común, con los que conviven otro caracterizado por las cerámicas y ritos de Ciempozuelos, sin que sepamos a ciencia cierta que supone esta cerámica cuya presencia se documenta desde las fases anteriores calcolíticas. En este sentido, retomando una de las conclusiones de Martínez Navarrete (1989: 335-337) en la revisión crítica de la Edad del Bronce, hay que pensar que las cerámicas Ciempozuelos no son la clave para resolver la cuestión campaniforme. Para comprender el origen y distribución de estos tipos cerámicos será preciso conocer y

concretar los contextos culturales en los que aparecen y los procesos que lo posibilitaron, como se ha repetido más recientemente (Díaz del Río, 2001).

Como hemos enunciado, el definir o comprender lo campaniforme no es el objeto de este trabajo cuya tesis es la de conocer y singularizar una serie de poblados en los que, precisamente, esta peculiar cerámica carece de protagonismo. Al respecto, consideramos que la definición del Horizonte Parpantique viene a solventar el conocimiento de la base poblacional del territorio analizado durante el Bronce Antiguo, y constituye un punto de partida para poder entender, con el conocimiento de los medios y modos de vida de estas gentes, cómo se articuló la ocupación y explotación de este territorio en ese momento.

10.2 La ocupación del territorio en el Alto Duero durante el Bronce Antiguo

Definido el encuadre crono-cultural del horizonte Parpantique, creemos posible concretar esta facies que presenta un modelo complejo de ocupación del territorio, al menos, en el extremo más oriental del

Duero durante los momentos iniciales de la Edad del Bronce.

No podemos asegurar que los poblados tipo Parpantique se localicen exclusivamente en altura, si bien los más característicos o los que mejor se reconocen, lo hacen sobre cerros cónicos aislados o sobre bordes de páramo y, en todo caso, en lugares destacados y estratégicos que tienen un amplio dominio del territorio y son, a la vez, una referencia en el mismo. Sin duda, este hecho hace que su identificación sea fácil, al igual que su adscripción, por el elevado volumen de fragmentos cerámicos de similar tipología y características. Los trabajos de prospección confirman la existencia de otros enclaves con similares materiales que se atribuyen al mismo momento, localizados tanto en plataformas intermedias como sobre pequeñas elevaciones en la parte baja del valle.

No parece improbable que los asentamientos en altura fueran complementados con otros en la zona baja, seguramente con el fin de facilitar y controlar el mejor aprovechamiento de los recursos económicos, si bien, por falta de excavaciones, no estamos en condiciones de afirmar que estos enclaves vinculados correspondan a un momento coetáneo ni que sean interdependientes pese a su interrelación visual.

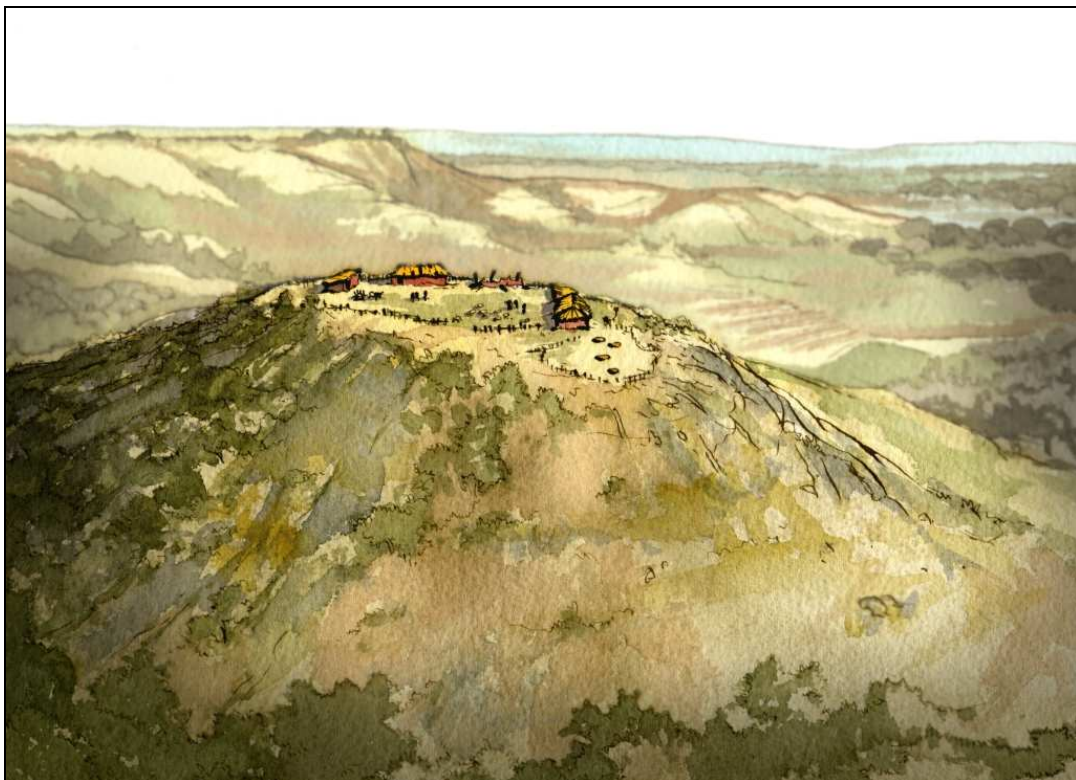


Figura 197 Reconstrucción paisajista de la localización del poblado de de *El Parpantique*.

Inicialmente la ubicación de los poblados en altura fue interpretada con una finalidad marcadamente defensiva y de rango jerárquico que, con los datos disponibles, no somos capaces de reconocer. Por el contrario, parece evidente que esta selección estuvo determinada por el control del territorio, sin que de tal supuesto se desprenda la existencia de una imposición por la fuerza contra grupos próximos o vecinos. Tampoco debiéramos desechar, bien al contrario, el componente simbólico que este tipo de ubicación pudo ofrecer como referencia a las gentes que transitaron y poblaron este territorio en aquel momento.

La distribución regular de estos yacimientos y la homogeneidad en el tamaño reclaman un modelo nuclear igualitario y equilibrado. Pese a la aparente uniformidad, se confirma la existencia, entre los enclaves de altura, de hábitats de distinto tamaño. Consecuentemente debe sopesarse la posibilidad de que los de mayor tamaño reflejen el éxito de las estrategias económicas y sociales, si bien, obviamente, no hay que descartar que la variedad responda también a una distinta funcionalidad. Al respecto, por la posición topográfica y el área visual, e incluso las estructuras que se conocen en los poblados excavados, pueden considerarse, entre otras, las determinadas por la explotación del territorio –*El Parpantique, Los Torojones* o *Pico Romero*–, las de aprovechamientos especializados y temporales de los recursos –*Los Cotorros* o los satélites de *Pico Romero*–, o las de vigilancia y control de pasos naturales –*Las Perillanas*–. Si bien los primeros pueden suponerse para poblados localizados tanto en altura como en zona baja, las restantes funciones requirieron de una ubicación estratégica.

En otros ambientes, caso de la Submeseta Sur, se reconoce un modelo de ocupación similar y múltiple. Junto a los típicos poblados en llano y defensivos, las *morras*, existen otros de similar tamaño a los del Alto Duero, sin preocupaciones defensivas e incluso pequeñas *instalaciones*. La variedad topográfica no posibilita una relación unívoca entre los distintos tipos y no siempre puede asegurarse la sincronía de todos ellos. Del mismo modo, algunos dibujan una distribución sistemática en el territorio, repartidos regularmente entre los afluentes secundarios.

Similar distribución es posible diferenciarla en la zona del Alto Duero, donde la predilección por la ocupación sistemática de valles altos y medios de los arroyos y afluentes al río principal parece ser una constante, probablemente condicionada por el régimen irregular del cauce principal, el Duero, y la frondosidad de sus riberas que debieron desarrollar un importante bosque

de galería. Al respecto faltan datos para poder ubicar los humedales en las zonas bajas que por los condicionantes señalados debieron, en distintos momentos, constituir zonas insalubres, y probablemente fueran desechadas por aquellas poblaciones.

En cuanto a la actividad productiva no parece que pueda deducirse exclusivamente de la posición topográfica de los poblados. No parece tan sencillo confirmar que los yacimientos ubicados en zonas bajas o en las vegas, junto a los ríos, deban tener una marcada actividad agrícola, ni que los localizados en zonas altas tengan una dedicación exclusivamente ganadera.

Por ello y considerando los análisis y estudios citados parece posible establecer una imagen del paisaje que se dominaría desde estos cerros durante el tránsito del III al II milenio AC. Es más que probable que, la ladera y pequeñas lomas se dedicaran al cultivo de cereal, con toda seguridad de trigo, y probablemente de otras especies cerealistas. Alternarían estos cultivos, con el aprovechamiento de un bosque mixto de tipo mediterráneo, en el que predominaría el roble caducifolio y, en la parte superior, la encina, con la más que probable existencia de espacios de pastos en la parte baja y media, mientras que en la zona más alta se desarrollarían manchas de pino.

En las laderas más frías –como en el cercano páramo– destacaría la presencia de enebrales y sabinas junto a la encina, y se desarrollarían jarales o brezales por la degradación del bosque original debida a la presión antrópica, y más concretamente por la intensificación del pastoreo, de una, probablemente, no muy numerosa cabaña de ovicápridos.

Alternando con ambos sectores, en las zonas de ribera de los pequeños arroyos y cárcavas, se dispondría una vegetación tipo galería, con un desarrollo exiguo condicionado por la escasa intensidad de los cauces secundarios y arroyos. En ella es segura la presencia de sauces, chopos, avellanos, fresnos y olmos que denotan un ambiente más húmedo, en cuyo techo superior tendría fácil desarrollo una pradera y el posible cultivo de ciertas leguminosas, tanto para consumo propio como para aporte de forraje para la cabaña ganadera, que también dispondría como fuente nutriente determinados brotes silvestres.

La existencia de este paisaje mixto debió posibilitar la actividad cinegética, tanto de presas menores como algunos grandes herbívoros, así como de aves, sin descartar el aprovechamiento piscícola de los cauces próximos y aún del inmediato río Duero, que aportaría unas reservas importantes.



Figura 198 Reconstrucción del paisaje de Los Torojones

Este modelo de paisaje agrario parece similar en el entorno de los distintos poblados en altura que se disponen de modo regular, evidenciando una ocupación sistemática y continua del territorio del Alto Duero, especialmente en los valles secundarios.

Es esta una clara diferenciación con la distribución y dominio que se advierte en los potenciales poblados campaniformes, para los que no somos capaces de concretar patrones sobre la selección de los enclaves y su distribución en el territorio. Sin querer volver a profundizar en las características de los hallazgos campaniformes, debemos recordar siquiera las últimas consideraciones para este territorio que, pese a ofrecer novedades interesantes que en estos momentos están siendo contrastadas con trabajos de campo, no permiten modificar la diversidad del modelo respecto a los asentamientos que estudiamos.

En efecto, en la fase más tardía del fenómeno, la caracterizada por la presencia de la cerámica Ciempozuelos, se constata, en el Valle de Ambrona, que las nuevas tumbas individuales se localizan en posiciones destacadas en el paisaje, en lugares de

amplio control visual del entorno y sus vías naturales de comunicación (Rojo *et alii*, 2005: 243), mientras que los escasos espacios de habitación buscan las zonas medias o bajas, sin preocuparse, a lo que parece, por el control visual de un amplio territorio. Esta tendencia contrasta con la que reflejan los últimos trabajos de síntesis que concluyen en que, por el contrario, la disposición de los yacimientos campaniformes en la Meseta tendrían una marcada tendencia por la ocupación de sitios destacado (67%), mientras que los funerarios, mayoritariamente, tienden a la zona bajas y de menor control visual (30%), seguidos de los que se localizan en lugares destacados (17%), excluidos aquí los que reutilizan estructuras monumentales anteriores, y en cueva (13%) (Garrido, 2000: 46-49). Es decir, la información entre estos mismos lugares resulta contradictoria, dependiendo del foco de observación, probablemente por ser incompleta e imprecisa.

En el Alto Duero, el modelo que se deduce del análisis de la distribución espacial de los yacimientos estudiados en la zona baja del Alto Duero, confirma que la tendencia de los atribuidos al campaniforme difiere a la de los enclaves sin campaniforme, los del Horizonte

Parpantique, adscritos al Bronce Antiguo. Por tanto, es un argumento para pensar que en los inicios de la Edad del Bronce en el Alto Duero, se produjera una organización sistemática del paisaje prehistórico, sin que ello suponga su implantación, utilización y ocupación de la totalidad del territorio.

Al menos en la zona baja del Alto Duero, durante los momentos iniciales de la Edad del Bronce, se diferencia un modelo de ocupación en el que se atisba un control o reparto del territorio, probablemente entre grupos con relaciones de identidad. Modelos similares de distribución han sido descritos en el extremo noroccidental de la Península Ibérica, en los definidos como territorios de la Prehistoria reciente, en los que se distingue una organización del espacio de habitación o doméstico, de otro simbólico o ritual y aún de otros deshabitados (Santos 2008: 106-108).

Quedan, entre otros muchos aspectos por confirmar, las posibles relaciones entre los yacimientos en altura y en vega, y si tal relación pudiera haber sido de dependencia, con la consiguiente posibilidad de corresponder a poblados centrales o nucleares y satélites. Al respecto, y por lo que concierne a los poblados en altura que centran el análisis, resulta oportuno considerar la eventualidad acerca de si la diferenciación de este tipo de localizaciones pudiera deberse a una estrategia de visibilidad de aquellos poblados o, si por el contrario, no deja de ser una apreciación o interpretación nuestra. Siguiendo los criterios de Criado (1993: 46-47) los rasgos que se reconocen llevan a incluirlos entre las estrategias de carácter inhibitor, por lo que mayoritariamente habría que considerar que la preferencia por este tipo de localizaciones responde, entre otras posibles razones, a cuestiones prácticas que históricamente se han repetido, por cuanto los enclaves en altura ofrecen, por ejemplo, mejores condiciones de sequedad, aireación y aprovechamiento solar, tanto de luz como de temperatura, principalmente en los meses invernales, en comparación con los asentamientos en zonas bajas, junto a la vega, más húmedos y menos aireados y con radiación solar más exigua.

10.3 Cultura material y modos de vida de las gentes del horizonte Parpantique

El bagaje material de estas gentes está caracterizado, a veces monopolizado, por los abundantes restos cerámicos, generalmente de vasos lisos, pequeños y medianos, cuidados, y otros de mayor

tamaño, tanto lisos como decorados mediante aplicaciones plásticas, siendo comunes las incisiones y unguilaciones en el borde de los mismos.

Se trata de recipientes proporcionados, esbeltos, en los que se aprecia el trabajo previo de decantación de la pasta, así como una preocupación por el acabado alisado e incluso bruñido. En los vasos de mayores dimensiones la terminación de las paredes parece más descuidada, a veces intencionadamente rugosa, probablemente porque se preparaban para ser embudidos, semienterrados, en el suelo. Por el contrario, en otras vasijas destaca un acabado más cuidado en el que se repite la presencia de aplicaciones plásticas que desarrollan esquemas compositivos que denotan un interés y esfuerzo añadido a la fabricación de estos contenedores.

Carecemos de análisis que confirmen la procedencia de las pastas, pero intuimos y deducimos que son locales, lo mismo que la producción. De hecho la existencia de materia prima es evidente, incluso decantada, como en Morcuera, sea para ésta u otra finalidad. Los desgrasantes que se emplean también son autóctonos, y la existencia en *Los Torojones* y *Pico Romero* de piezas deformadas, fallos de cocción, reaprovechados para otros fines confirman la probabilidad de corresponder a producciones locales. Esta producción artesanal y, presumiblemente, a demanda, explicaría la variedad de tipos, no sólo entre los distintos poblados sino también entre algunos de ellos, siempre, eso sí, sobre una base tipológica similar, que denota unas mismas necesidades y actividades semejantes.

Formalmente, reconocemos la existencia de menaje de mesa, de cocina y de almacenaje, tanto para sólidos como para líquidos, además de las típicas encellas o coladores que anuncian una práctica de aprovechamiento de productos secundarios, la producción de quesos mediante el cuajado de la leche. Consiguientemente, es preciso disponer de otros utensilios para el ordeño, otros para el almacenaje y transporte de la leche, para el propio cuajado y el reposo. Una cadena que esta bien representada en *El Parpantique* y que debió existir en todos los conjuntos excavados, excepción tal vez de *Los Cotorros* donde no se han localizado ningún colador.

También se diferencian los vasos de cocina, las ollas y cazuelas que se ponían al fuego tanto para calentar líquidos como para cocer determinados productos probablemente vegetales o incluso cárnicos. La existencia de los primeros queda atestiguada por la documentación paleobotánica y la de los segundos se

deduce por los vasos-coladores que atestiguan la existencia de la cabaña que proporcionaba la leche, indistintamente de la conseguida por la actividad cinegética.

Las grandes vasijas de perfil en “S” parecen destinadas al almacenaje de productos, principalmente sólidos, por cuanto los perfiles globulares ofrecen mejores recursos para la conservación y trasvase de líquidos. En todo caso, no debe excluirse que algunas de estas grandes tinajas fueran utilizadas para otras actividades artesanales –p. e., el teñido de tejidos o el tratamiento para el curtido de pieles–. Aquí hemos de recordar que las fuentes de agua se encuentran próximas para el aprovisionamiento pero alejadas para la práctica de ciertas actividades vinculadas al quehacer cotidiano.

Finalmente, los tipos más repetitivos, los cuencos, escudillas o tazas, ofrecen una posibilidad de uso más diversificada. La propia terminología con la que se describen denota una presumible funcionalidad. Dejando al margen algunas piezas excepcionales que presentan en el interior ciertas protuberancias, probablemente para facilitar mezcla de productos, para fijar y facilitar su maceración, etc., la mayoría posibilitarían la presentación de los alimentos para su consumo directo. Su mayor o menor profundidad estaría condicionada por la finalidad de uso, facilitar la contención y accesibilidad a los productos sólidos o líquidos. Aunque también, como se ha documentado en *El Parpantique*, son piezas que se utilizaban para el trasvase entre contenedores y ollas, y que pudieron servir, asimismo, de medida, ya que su tamaño es variado y claramente escalable y su capacidad proporcionada.



Figura 199 Reconstrucción de una vista del interior del poblado de *Los Torojones*

La tabla cerámica obtenida ofrece unas características tipológicas intermedias entre las conocidas para las etapas anteriores y posteriores. En relación con los conjuntos calcolíticos, el del horizonte Parpantique se caracteriza por la presencia de un menor número de cuencos y especialmente de formas globulares, mientras que aumentan los vasos y vasijas

de perfil en “S”, y las carenas medias y altas, siendo menos comunes las bajas que eran mayoritarias en la etapa anterior.

Esta predilección se mantiene en los conjuntos posteriores, como en *Los Tolmos*, donde se aprecia un incremento de los perfiles en “S” y especialmente de las

formas quebradas, sobre todo las carenas medias/altas. En el Bronce Medio, los vasos globulares aun descienden más y, en menor proporción, las formas abiertas, proceso que se intensificará en los conjuntos de la plenitud de Cogotas, donde las carenas altas y los vasos bitroncocónicos toman un protagonismo bien llamativo.

Esta tendencia general que parece consolidada, denota variaciones en los distintos conjuntos que responden a distintas explicaciones, además de las de clasificación y adscripción por distintos investigadores y con criterios no siempre comunes. Tal es el caso de *Pico Romero* donde sólo es posible la comparación de una parte del menaje cerámico recuperado por lo que su representatividad está sesgada. El caso de Santioste ofrece, igualmente, un desproporcionado porcentaje de vasos globulares y cuencos, en detrimento de los vasos contenedores de perfil en "S", tal vez reflejando la actividad especializada a la que se dedicaban los pobladores de esta factoría: el secado y producción de moldes, piedras, de sal. Por su parte, en *Los Cotorros* llama la atención la escasez de las formas abiertas y la ausencia de encellas, sin duda elementos que hacen sospechar, junto con otras consideraciones –caso de la existencia de hogares y basares al aire libre–, que se trate de un establecimiento temporal y probablemente ligado a una actividad especializada que no podemos inferir.

También existen algunos objetos cerámicos en *El Parpantique* y en *Pico Romero* que por sus características hay que interpretar como pesas o tensores de hilos en los telares, confirmando la práctica de una actividad más, el tejido, al menos en estos poblados.

Además de la cerámica, el ajuar de estos grupos es ciertamente limitado. Los únicos elementos repetitivos son los denticulados de sílex, obviamente relacionados con la recolección de cereal, documentada en *El Parpantique*, y probablemente la de ciertas herbáceas y leguminosas cuyos pólenes fosilizados han sido reconocidos en los análisis efectuados. No hay evidencias sobre la talla local de estas piezas cuya materia prima se encuentra en territorios próximos pero no inmediatos, lo que presupone que su evidente acopio debió realizarse con útiles ya elaborados.

La única certeza de trabajo lítico se conoce en *Los Cotorros* por la existencia de un remonte de un canto cuarcítico. Estos objetos están constantemente presentes en todos los enclaves y su origen, aunque exógeno a los poblados, es autóctono y común en las distintas terrazas del valle. Su finalidad no está

determinada, si bien ofrece distintas posibilidades. La extracción de lascas en el caso comentado, indica su posible uso como elemento cortante, tal vez de apoyo a los elementos de hoz, aun cuando no se aprecia, en los recuperados, el típico lustre o pátina, ni talla para facilitar su empuje. Otra posibilidad es su utilización como desgrasante de la pasta cerámica, puesto que partículas de estas características están documentadas entre los distintos componentes de la misma. Es evidente que para ello debieron machacarse y previamente desgajar las lascas del guijarro. En el caso de los cantos cuarcíticos no manipulados tampoco podemos desechar su potencial utilización térmica, derivada de la presencia de elementos altamente conductivos en su composición. Tanto para calentar líquidos, como para procesos de transferir el calor acumulado –p. e., para facilitar el cuajado de la leche, calentar alimentos o incluso estancias–.

La presencia, puntual, de algunos perforadores, muescas o buriles no extraña por la necesaria labor de desbroce, afilado o empuje que debieron ser precisos para la obtención y utilización de distintos utensilios fabricados en madera y hueso que no se han conservado. Llama la atención la ausencia de piezas foliáceas de retoque cubriente, abundantes en las etapas anteriores y nada extrañas en los hallazgos campaniformes. Tal vez estemos ante una nueva diferencia de actividades entre unos grupos y otros, o tal vez sea una casualidad que nuevos trabajos lleguen a despejar.

Inversamente, podíamos considerar la presencia de repetidos objetos líticos fabricados mediante pulimento o abrasión, que están presentes de forma habitual en yacimientos del interior, desde el Calcolítico al Bronce Medio –los considerados afiladores– pero que son industrias poco asociadas a los hallazgos campaniformes.

Finalmente cabe mencionar la presencia de un brazal de arquero, objeto que no es extraño ni en uno ni en otro ambiente –Fuentolmedo o Santioste son ejemplos ilustrativos–. Su presencia en un espacio doméstico revela una funcionalidad que en los casos citados se suponía simbólica, si bien las huellas que ofrecen unos y otros hacen suponer su utilización como protector del antebrazo durante el tiro con arco. Un indicio de actividad, probablemente cinegética que en los hallazgos campaniformes estaría también deducida de la presencia de las foliáceas de retoque cubriente, y en los yacimientos del Alto Duero por el dardo óseo de *Pico Romero* que, por sus características, bien pudo haberse utilizado para abatir aves o piezas de las que se quería preservar el pelaje.

Precisamente los restos óseos, al igual que los metálicos son ciertamente escasos, si bien ambos tipos debieron ser utilizados por el grupo del horizonte Parpantique. Los punzones óseos están presentes en *Pico Romero*, lo que unido a la constatación del aprovechamiento lácteo en varios de los sitios y la presumible presencia de ganado encerrado en determinados momentos –durante la noche o en los días fríos en los que no es posible el pastoreo– que puede deducirse del alto porcentaje de taxones ruderales de *El Parpantique*, son pruebas de la actividad ganadera en estos poblados, si bien los restos directos de su existencia y aprovechamiento apenas se han conservado.

Otro tanto debe ocurrir con las piezas metálicas. El conocimiento y utilización de estos instrumentos queda

atestiguado por la presencia de lo que suponemos un sencillo punzón biapuntado de *El Parpantique* y una punta de pedúnculo y aletas de cobre en *Pico Romero*. Como es sabido, este último tipo es habitual en el Bronce Antiguo y en las fases inmediatas. No hay evidencia de actividad metalúrgica en los poblados excavados, si bien ciertos fragmentos cerámicos han hecho plantearse esta posibilidad. Se trata de piezas que por el excesivo grosor de sus paredes y escasa capacidad, o por su peculiar forma y tamaño, hacen pensar en su posible funcionalidad como crisoles o toberas, aún cuando no quede en ellos restos del metal. En todo caso, resulta incuestionable que estas gentes conocieran y usaron objetos metálicos sin que ello suponga efectivamente la posibilidad de disponer de ellos y, aun menos, de fabricarlos.

Yacimientos	Indicios actividades económicas						Indicios actividades artesanales			
	Cultivos Cereales	Recolección Frutos	Ganadería	Quesos	Caza	Silos	Alfarería	Telar	Trabajo lítico	Metalurgia
<i>Parpantique</i>	D + I	D	I + P	D		D		D		P + I
<i>Torojones</i>	I		I	D		D	D		P	P + I
<i>Cotorros</i>					I + P				P + D	
<i>P. Romero</i>	D + I	I	I + P	D	I	D	D	P		?

Figura 200 Indicios de Actividades económicas documentadas en los poblados excavados
D: indicios directos; I: indicios indirectos, y P: indicios probables

Las actividades descritas evidencian una economía básica y autárquica: la mayoría de los productos necesarios para la subsistencia están potencialmente en el entorno de los poblados, y los útiles necesarios para la transformación reconocidos en la muestra que manejamos.

Complementan esta visión de los modos de vida de las gentes del horizonte Parpantique los resultados de los análisis polínicos y carpológicos disponibles, tanto de *El Parpantique* como de *Pico Romero*. Es evidente que la presencia de cereales atestigua una consolidada agricultura deducida por la existencia de los molinos y los dientes de hoz. Del mismo modo, la localización de las bellotas entre los restos del hogar demuestra la actividad recolectora y, al menos en este caso, el procesado para consumo humano. También en este caso, el consumo es directo, si bien no hay que descartar otras formas más elaboradas de preparación según refieren los autores clásicos. El propio Estrabón describe, siglos después, el molido de estos frutos para

preparar un tipo de pan de fácil conservación que servía de alimento durante buena parte del año a los pueblos prerromanos del norte de la Península Ibérica.

La diferenciación entre los restos polínicos de taxones de avellanos y pino hacen suponer el aprovechamiento de sus frutos, avellanas y piñones, que con los anteriores comparten un alto valor proteínico y facilidad de conservación.

La necesidad de conservar estos frutos que se recolectan en otoño e invierno, así como los cereales, en este caso tanto para consumo como para simiente, explica la reiterada presencia de silos de almacenamiento en casi todos los yacimientos, así como algunos de los grades contenedores para los que supone una finalidad semejante.

Los análisis paleobotánicos también informan sobre la posibilidad de otros cultivos, caso de ciertas leguminosas (*Fabaceae*) que, junto con ciertos recursos

existentes aunque poco representados (*Linum*), amplían la variedad de la dieta vegetal.

No menos interesante resulta la presencia de taxones de polimorfos de origen antrópico que denotan la existencia, próxima a los poblados, de espacios abiertos, tanto secos como húmedos y que dibujan un ecosistema mixto, junto con los pisos arbóreos que confirman bosques de ribera, –sauce, aliso, acacia, avellano– y otro mediterráneo –sabina, jara, *Quercus*, pino–. Este paisaje boscoso posibilitaría un aprovechamiento cinegético que complementaría la dieta, así como la ocasional recogida estacional de hongos y frutos silvestres, y el aprovechamiento permanente de leña y madera.

En suma, la economía de estas gentes es autárquica y los poblados denotan un régimen sedentario y de cierta estabilidad, tal como confirman las construcciones que ofrecen soluciones técnicas para conseguir su aislamiento y estanqueidad, y disponen, por vez primera en este territorio, de estancias compartimentadas así como de hogares interiores –excepción de *Los Cotorros*–. Otros factores, como la existencia de productos de distintas estaciones y las estructuras de almacenamiento para asegurar su conservación, constituyen claras evidencias de que nos encontramos ante poblados sedentarios, estables en los que las gentes disponen de recursos y medios para subsistir a lo largo del ciclo anual.

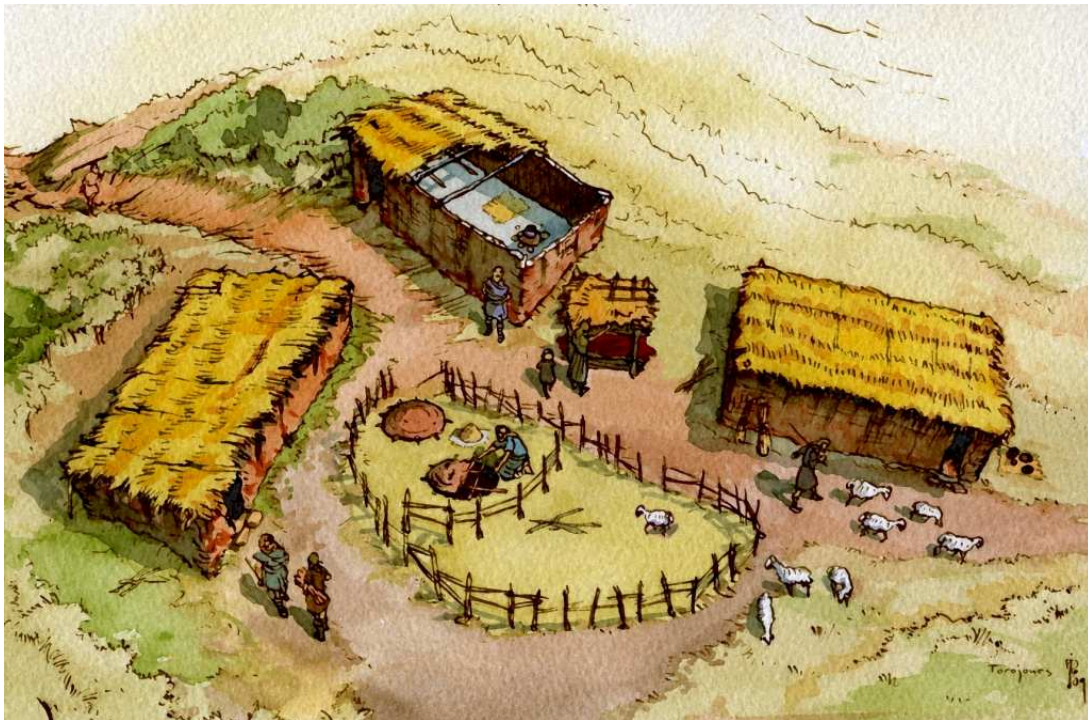


Figura 201 Reconstrucción del poblado de Los Torojones

La solución y diseño de las cabañas responde a un modelo diferente al de la etapa Calcolítica. En ambas mesetas, las habitaciones de aquellos momentos se agrupan en dos tendencias claras. De un lado, las más elaboradas, de planta circular con apoyo central y paredes mantenidas bien con otros apoyos hincados o dispuestos en una zanja de cimentación. De otro, las menos definidas, cuya planta de tendencia paracircular u oval se embute en el subsuelo entre otras estructuras negativas, a veces contemporáneas. Algunos de los lugares de habitación con campaniforme, *El Perchel* o *El Ventorro*, documentan un modelo similar a este

último, al igual que algunos hallazgos más recientes, como el de *Pico Romero*, con una planta de tendencia pseudocircular.

En los hallazgos documentados en el Alto Duero, durante el inicio de la Edad del Bronce, la tendencia es a la planta oval o rectangular con las esquinas redondeadas, desapareciendo en todo caso las referencias a las plantas circulares. Incluso se diferencia por vez primera la compartimentación en estancias con finalidad o actividad diferenciada, lo que contrasta claramente con la etapa anterior. Este modelo

no es excepcional en esta etapa. En la vertiente opuesta de las estribaciones del Sistema Ibérico, ya en el Valle del Ebro, se conoce la misma solución y diseño para habitaciones cuya cronología se ajusta a la de estos poblados, reproduciendo modelos comunes al ámbito mediterráneo.

Las cabañas, algunas utilizadas simultáneamente, reproducen un modelo similar y repetitivo. Lo que, en principio, alejaría la suposición de corresponder a un grupo jerárquico, y más bien apuntaría a un uso por unidades familiares de estructura nuclear e igualitaria, más que pensar en que su utilización estuviera condicionada por las distintas actividades, indistintamente del componente humano asociado.

En esta propuesta toma protagonismo el caso de *El Parpantique* donde se confirmaba, p. e., en la cabaña 4, la existencia de espacios perfectamente diferenciados y destinados a actividades distintas. El habitáculo más oriental y alejado del acceso (?) tenía una actividad vinculada con la cocina asociada al hogar y la necesaria

conservación-almacenamiento de los alimentos de consumo inmediato. Lo mismo, hemos de suponer, ocurría en las habitaciones de las cabañas 1 y 2, singularizadas por la presencia del hogar y la cuantificación mínima de objetos cerámicos.

Por el contrario, en la misma cabaña 4, el habitáculo más occidental parecía destinado a una o unas actividades específicas; la presencia de los molinos y grano señalarían a la molienda, las grandes cerámicas contenedores señalarían al acopio de productos que no fueran para consumo inmediato, al igual que la presencia de los dientes de hoz hacen sospechar su uso como zona de trabajo y depósito especializado. En el resto de las estructuras diferenciadas, las estancias similares, las que carecían de hogar, se confirmaba una presencia voluminosa de fragmentos cerámicos y especialmente de las grandes formas en "S", aún cuando no sea un elemento determinante a la vista de la distribución global de las distintas formas cerámicas.



Figura 202 Reconstrucción de la estancia interior de la cabaña del Corte 4 de *El Parpantique*.

Más interesante resulta la repetida presencia de muelas de arenisca en el Corte 2 del mismo yacimiento, aun cuando sea menos significativa ya que dos de los

ejemplares aparecieron en el nivel superior removido y otras dos en la zona del derrumbe que marcaría la división entre las supuestas estancias, por lo que

resulta problemático conocer si se repite el modelo de la cabaña 4. Por el contrario, la ausencia de molinos en la cabaña 1 parece evidente, lo que apoyaría la hipótesis de la especialización.

En esta línea argumental pudiera resultar de interés confirmar la alta concentración de encellas, la forma E de tipos cerámicos, precisamente en la cabaña 1 de *El Parpantique*, donde también se aprecia un agrupamiento de piezas de cuarcita que suponíamos podían haber sido utilizadas para su trituración y uso como desengrasante de la cerámica, pero para las que no hay que descartar otras funciones, tales como calentar líquidos. Aún cuando la distribución mayoritaria de encellas en una sola cabaña en el yacimiento de *El Parpantique* puede plantear dudas, éstas pueden aclararse con el caso de *Los Torojones* donde su concentración en el Corte 2, debajo de la atalaya, asociadas mayoritariamente a formas abiertas, contrasta claramente con su ausencia en la habitación del Corte 4. Al igual ocurre con los denticulados recuperados en este yacimiento de Morcuera, que se agrupan claramente en el Corte 4 oriental, en torno al hoyo de poste y, consecuentemente, en la zona interior de lo que suponemos es el espacio que ocupó otra cabaña desmantelada antes del abandono.

No es descabellado, a la vista de los datos manejados, plantear la diferenciación de actividades especializadas en las cabañas y, por tanto, asegurar la hipótesis de que las gentes que ocuparon estos cerros en un momento inicial de la Edad del Bronce lo hicieron con una estrategia planificada, del mismo modo que sus actividades también estaban especializadas y vinculadas, bien en su ejecución o bien en el almacenaje de los diferentes utensilios, a los distintos espacios del poblado, y, a su vez también, de las cabañas. Al igual que determinados aspectos de los documentados indican una organización comunal de ciertas actividades, admitiendo la diferenciación con otras que tendrían lugar en cada espacio habitacional.

No en vano se había comentado la necesaria colaboración entre los habitantes de cada poblado para los trabajos de construcción, y aún de mantenimiento, de las cabañas, o el probable trabajo comunitario que requeriría la construcción de los silos, lo que se deduce

de que estos se encuentran en zonas comunes del poblado sin vinculación evidente a ninguna estancia concreta. Otro argumento más a añadir para confirmar esta hipótesis sería la distribución periférica de las cabañas que dejan un espacio central, común, libre, probablemente para acoger el ganado y alguna otra actividad común.

El abandono de estos poblados no parece que se debiera a periódicos cambios de ubicación, a una itinerancia cíclica en busca de nuevos terrenos más productivos. El hallazgo en las excavaciones de utensilios *in situ*, y algunos de los lienzos o paramentos de las cabañas perfectamente conservados, así como la ausencia de metales e incluso utensilios de hueso plantea la posibilidad de que se produjera el abandono de las cabañas y consiguientemente del poblado, no descartamos que potenciado por algún proceso traumático, p .e. un incendio, que no violento. Con seguridad en las causas últimas debieron tener protagonismo el probable agotamiento de los suelos próximos, la evolución de la cabaña y la interacción respecto a posibles cambios climáticos o sociales que hicieran más favorables la ubicación en enclaves más bajos que parece ser la tendencia que se constata en momentos inmediatamente posteriores.

10.4 El Horizonte Parpantique: un paisaje agrario en el Alto Duero durante el Bronce Antiguo

El registro arqueológico tradicional posibilitaría explicar estos grupos como comunidades nucleares con actividad agrícola itinerante, de tala y roza. Dejando al margen la interpretación de Ciempozuelos como élites que poseen, utilizan e intercambian estos tipos cerámicos, cuyo *status* quedaría refrendado por su posesión y amortización en las tumbas, así como por la deposición en las mismas tumbas de ciertos elementos metálicos de adorno y armas, el resto de los grupos diferenciados en el III y II milenio AC han sido incluidos en el modelo definido por Harrison como Policultivo Ganadero, derivado de la teoría de los Productos Secundarios de Sherrat.



Figura 203 Reconstrucción de una vista del interior del poblado de *El Parpantique*.

Como hemos comentado, no estamos en condiciones de contrastar este último modelo para interpretar el registro del Horizonte Parpantique. En primer lugar, la ausencia de restos óseos hace que desconozcamos las características de la fauna y las del presumible aprovechamiento ganadero, más allá de constatar la transformación de algunos productos derivados –leche y lana– e intuir la existencia de una cabaña ocasionalmente encerrada en el poblado, a partir de ciertos índices ruderales reconocidos entre los porcentajes polínicos. Por otra parte, en contra de lo que sostiene la teoría del Policultivo Ganadero, no parece probable que la ausencia de construcciones de piedra sea indicativo de que sus moradores forman parte de una sociedad móvil e itinerante, en particular porque se han individualizado distintos indicadores que evidencian la estabilidad de estos poblados que se caracterizan, precisamente, por la construcción lúnea recubierta de manteado de barro amasado y la existencia de silos excavados en el suelo del poblado.

Por el contrario, el registro parece encajar mejor con el del estadio inicial de una comunidad campesina de estructura segmentaria, al modo que se ha propuesto para la zona de la campiña madrileña. Esto es, sociedades segmentarias de grupos multifamiliares estructurados en función de la capacidad de agregación y fisión de los segmentos, fundamentada en un modelo

de producción familiar y de parentesco sobre una economía agraria, de recursos vegetales y animales, y una estrategia productiva que prima la diversidad o pluriactividad (Díaz del Río, 2001: 10). Al respecto, la mayoría de los indicadores que previsiblemente debieran confirmar el modelo (Ibídem, 11) se dan en el registro de los poblados en altura del Bronce Antiguo.

Este modelo productivo presupone una cierta independencia lograda por una economía autárquica que queda reflejada en los indicadores documentados. Para mantener estos recursos se requiere la producción de excedentes, no sólo para satisfacer la demanda de simiente o crías para asegurar la producción, sino también para la posibilidad de intercambio de bienes o productos. La existencia de estos recursos de rendimiento diferido queda manifiesta en la existencia de elementos de almacenaje.

La distribución de los poblados y la ocupación sistemática y similar del territorio serían pruebas contrastables de la capacidad de agregación y fisión de los distintos segmentos. Así mismo, esta implantación de los poblados constituye una prueba de la modificación o modelización del paisaje, en cuanto que se aprecia una distribución regular, por división o por reparto del territorio, consecuencia de la apropiación de

los espacios productivos por estas primeras comunidades.

Este modelo productivo requiere la existencia de procedimientos cooperativos representados en acciones y espacios sociales comunitarios. Tal como se ha considerado, se deriva de la construcción de las cabañas y de los silos, definiendo una planificación del poblado que contempla la disposición de un espacio central, interior, común a las distintas cabañas, en el que se congregaba la actividad social de los pobladores. También la concentración de determinados utensilios en algunos espacios demanda la posibilidad de un reparto comunitario de ciertas actividades productivas o al menos, de la organización comunal de esos espacios.

La existencia de excedentes aseguraría la posibilidad de intercambio de bienes, materias primas, herramientas de producción u otros utensilios precisos para las diversas actividades técnicas y sociales. Al respecto hay que recordar las piezas líticas talladas que unen, a la procedencia alóctona del material, la probable ausencia de transformación local. Lo mismo cabría deducir del brazal de arquero o los afiladores de arenisca, modelos que son comunes en el III y II milenio y que muestran una distribución que sólo puede ser explicada por la existencia de redes de intercambio de una producción artesanal. Del mismo modo, la presencia de los objetos metálicos sólo puede explicarse por la eficacia de una red de intercambio o por su producción en los poblados, si bien en tal supuesto, aún no contrastado, también sería preciso el acopio de mineral para su transformación que no es material autóctono.

Otro aspecto a considerar es el la espiritualidad de este grupo que se rastrea en distintos elementos, caso de algunos colgantes, ciertas piezas cerámicas singulares, algunas de ellas con una decoración específica, como la retícula incisa de algunos fondos o algunas aplicaciones plásticas de motivos geométricos. El valor simbólico de las mismas quedaría confirmado por la similitud con ciertos motivos esquemáticos grabados o pintados en cuevas o abrigos, donde han podido asociarse a otras cerámicas que contenían idénticos signos que los reproducidos en las paredes y que al parecer, en algún momento, contuvieron semillas o frutos. Este paralelismo deriva a un nuevo argumento sobre la existencia de intercambios de piezas o de artesanos que crearan estos objetos que obviamente tuvieron un protagonismo en las actividades simbólicas y espirituales vinculadas, probablemente, a la

protección de las semillas y consecuentemente al ciclo agrario.

Queda lejos la posibilidad de referirnos a los aspectos ideológicos y simbólicos en las relaciones de los distintos segmentos del grupo y las relaciones de poder que no, obligatoriamente, de jerarquía. Al respecto, las interpretaciones de las tumbas con campaniforme, y especialmente del ajuar que las acompaña, indicaría según ciertos autores la existencia de unas élites. Ahora bien, el hecho de documentar otras inhumaciones individualizadas con ricos ajuares o con elementos claramente suntuosos y sin campaniforme probaría idénticamente la existencia de otras élites o jerarquías contemporáneas a ellas, por las fechas conocidas, en distintos ambientes.

Tal reiteración demanda, a nuestro juicio, revisar la propuesta sobre la existencia de comunidades estratificadas como las que corresponden a las de jefaturas que se reclaman en la interpretación de los hallazgos funerarios.

Dejando al margen la valoración del registro y la necesaria objetivación de indicadores contrastables, debiera considerarse la hipótesis, nada convencional, de la existencia de grupos con organizaciones sociales tan diversas. Algunos de ellos ejercerían o pretenderían el ejercicio del poder y la diferenciación de clases, mientras que otro u otros basarían su relación y organización en relaciones igualitarias y probablemente sobre vínculos familiares.

No parece fácil aceptar, en un mismo territorio y en un mismo momento, esta dualidad y no advertir su reflejo en el registro arqueológico, mediante indicadores de inestabilidad, contraposición de fuerzas, etc.

Para ello y para conocer con mayor profundidad los aspectos aquí esbozados hacen falta nuevos trabajos de campo que posibiliten nuevos datos, análisis y estudios. Serán estos los que permitan verificar nuestra interpretación sobre la existencia del primer poblamiento estable y sistemático en el Alto Duero durante el Bronce Antiguo, por un grupo eminentemente agrícola pero con fuerte dependencia del aprovechamiento recolector y cinegético, que debió tener una, desconocida por ahora, actividad ganadera.

En suma, el Horizonte Parpantique constituye una continuidad del poblamiento en la zona de estudio, y parece, por los datos aportados, constituir la plataforma sobre la que se desarrollaran los grupos del Bronce Pleno. Ello confirma la hipótesis de partida que nos condujo a la tesis aquí desarrollada.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F. J. (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Monografías Arqueología en Castilla y León, 4, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- ABÁSULO, J. A. (1974): Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. I Partidos judiciales de Belorado y Miranda de Ebro, *Studia Archaeologica*, 33. Valladolid
- (1978): *Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos Judiciales de Castrogeriz y Villadiego*, Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Burgos
- ABÁSULO, J. A. E I. RUIZ VÉLEZ, (1977): *Carta Arqueológica de la provincia de Burgos. Partido Judicial de Burgos*, Publicaciones de la Excm. Diputación Provincial de Burgos
- AGUAYO DE HOYOS, P. (1977): Construcciones defensivas de la Edad del cobre peninsular. El cerro de Los Castellanes (Laborcillas, Granada). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, nº 2: 87-104
- ÁLVAREZ CLAVIJO, P Y C. L. PÉREZ ARRONDO, (1987): *La cerámica excisa de la Primera Edad del Hierro en el Valle Alto y Medio del Ebro*, Instituto de Estudios Riojanos, Historia, 8
- ANDRÉS, T: (1981): El utillaje de hueso en los sepulcros de época dolménica del Ebro Medio, *Estudios de Arqueología Alavesa*, 10: 145-175
- ANDRÉS T., M^a L. GARCÍA Y J. SESMA (1997): EL sepulcro calcolítico de Tres Montes (Las Bárdenas Reales, Navarra), *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora*, del 24 al 27 de septiembre de 1996, Fundación Rei Afonso Henriques, Tomo II Neolítico, Calcolítico y Bronce: 301-308
- ALMAGRO BASCH, M. (1939): La cerámica excisa de la primera Edad del Hierro en la península Ibérica. *Ampurias* I: 138-158
- (1941): *Introducción a la Arqueología. Las culturas prehistóricas europeas*. Barcelona.
- (1960) Prehistoria. *Manual de Historia Universal*; tomo I, Edit. Espasa Calpe, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1973): *Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca)*. Excavaciones Arqueológicas en España, núm. 83, Ministerio de Cultura; Madrid.
- (1997): La Edad del Bronce en la Península Ibérica: periodización y cronología. *Sagvntum (PLAV)*, 30: 217-229
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y A. DÁVILA (1988): Estructura y reconstrucción de la cabaña *Ecce Homo 86/6*. *Espacio, Tiempo y Forma*, t. I: 361-374
- ALMAGRO-GORBEA, M. Y D. FERNÁNDEZ-GALIANO (1981): *Excavaciones en el cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*. Madrid.
- APELLANIZ, J. M. Y J. L. URIBARRI (1976): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). I El Santuario de de la Galería del Silix*, Cuadernos de Arqueología de Deusto, 5, Bilbao
- APELLANIZ, J. M. Y S. DOMINGO MENA (1987): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos) II. Los materiales de superficie del Santuario de la Galería del Silix*. Cuadernos de Arqueología de Deusto, 10, Burgos
- ARANDA, G. Y J. A. ESQUIVEL (2006): Ritual funerario y comensalidad en las sociedades de la Edad del Bronce del sureste peninsular: la cultura de El Argar; *Trabajos de Prehistoria*; 63 (2): 117-133
- ARENILLAS, M. SEGURA, C.; BUENO, F Y S HUERTA (eds.) (2007): *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, Burgos 7-9 de junio; I. Juan de Herrera, SEdHC, CICCOP, CEHOPU; Madrid
- ARELLANO, O. L.; BARRIO, R.; LERÍN, M.; RUIZ, A.; TARANCON, M^a J. Y D. APARICIO (1994): El Monasterio de San Vicente de Alcázar (Soria): aproximación arqueológica a su realidad histórica. *Nvmantía*, 5, *Arqueología en Castilla y León 1991-1992*; Valladolid: 167-179
- ARELLANO, O. L.; BARRIO, R.; LERÍN, M.; RUIZ, A. y TARANCON, M^a J. (2002): *Intervención arqueológica en las obras de construcción del Parque Eólico Sierra del Cortado y Línea Eléctrica de Evacuación (Soria)*. Informe inédito depositado en el Servicio Territorial de Cultura de Soria
- ÁRIAS, P.; ONTAÑÓN, R. Y C. GARCÍA-MONCÓ (eds.) (2005) *Actas del III Congreso del Neolítico de la Península ibérica*, Universidad de Cantabria
- ARTEAGA, O Y F. MOLINA (1977): Anotaciones al problema de las excisas peninsulares, *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, 1975, Zaragoza: 565-586)
- ASENSIO, A.; RIVERA, D. Y C. OBON (1988) Arqueobotánica y Paleobotánica en el Sureste de España, datos preliminares. *Trabajos de Prehistoria*, 45 (1): 317-334Español
- ASQUERINO, M^a D. (1987): Contribución de la palinología a la reconstrucción del medio en la prehistoria andaluza: la cueva del Nacimiento (Pontones, Jaén). *An. Asoc. Palinol. Leng. Esp.* 3: 91-100
- BACHILLER, J. M^a Y M^a C. SANCHO (1990): Introducción al estudio del espacio geográfico soriano. *Arevacon*, 16, Soria, Octubre
- BARANDIARAN MAESTU, I (1975): Revisión estratigráfica de la cueva de La Mora (Somaén, Soria) 1968. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 3 (Prehistoria), Madrid: 9-71
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1960): La indoeuropeización del valle del Ebro. *Symposium de Prehistoria de la península Ibérica*. Pamplona: 110-114

- BENITO, J. P.; A. SANZ Y C. TABERNEIRO (2001): "Excavación Arqueológica en "El Pico de los Cotorros", Langa de Duero (Soria). Informe Técnico. Areco, Junta de Castilla y León. Inédito.
- (2002): Proyecto de investigación en el yacimiento "Pico de los Cotorros" en Langa de Duero (Soria). Informe Técnico. Areco, Junta de Castilla y León. Inédito.
- BENITEZ, L.; BUENO, P.; BARROSO, R.; BALBÍN, R. DE Y J. A. LÓPEZ SÁEZ (Edits): *Arqueología, Medio Ambiente y Obras Públicas, El Valle de Huecas (Huecas, Toledo)*, edit. Anthropos, S. L
- BELLIDO BLANCO, A. (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la submeseta norte*. Studia Archeologica, 85. Universidad de Valladolid,
- BERNABEU, J; (1994): Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. EL País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce. *2ª Jornadas de Arqueología en el País Valenciano*. Alicante: 37-60
- BESCOS CORRAL, A (1992): Elementos campaniformes en el yacimiento arqueológico de Carratiermes (Montejo de Tiermes, Soria), En Actas al 2º Symposium de Arqueología Soriana. Excma. Diputación Provincial de Soria, Colección Temas Sorianos, 20; Soria: 203-210
- BINTLIFF, J. (1984): *European Social Evolution*. University of Bradford; Bradford
- BLASCO Mª C. (Ed.) (1994); *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario Ciempozuelos*; Patrimonio Arqueológico del Bajo Manzanares, 2; Universidad Autónoma de Madrid.
- (1997): La Edad del Bronce en el interior peninsular. Una aproximación al II milenio A.C. en las cuencas de los ríos Duero y Tajo. *CuPAUAM*, 24: 59-100.
- BLASCO, Mª C., BAENA, J Y F. QUESADA (Ed.) (1997): *Los SIG y el análisis espacial en arqueología*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- BLASCO Mª C. Y P. RÍOS (2005-2006): Acerca de la diversidad de enterramientos en poblados calcolíticos de estructuras negativas. El ejemplo de Camino de Las Yeseras (San Fernando de Henares), Madrid. *Kalathos*, 24-25: 105-118
- BLASCO Mª C., Mª L. SÁNCHEZ, MILLÁN, A., ARRIBAS, J. Y C. GUTIÉRREZ (1994): La cerámica; en Blasco, Mª. C. (Ed.): *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario Ciempozuelos*; Patrimonio Arqueológico del Bajo Manzanares, 2; Universidad Autónoma de Madrid
- BLASCO, C.; LISEAU, C.; DELIBES, G.; BAQUEDANO, E. Y M. RODRÍGUEZ (2005): Enterramientos Campaniformes en Ambientes domésticos: el yacimiento de Camino de las Yeseras (San Fernando de Henares, Madrid); en Rojo et alii, (2005): 457-472
- BLASCO, C. Y RÍOS, P. (2005-2006): Acerca de la diversidad de enterramientos en poblados calcolíticos de estructuras negativas. El ejemplo de Camino de Las Yeseras (San Fernando de Henares, Madrid); *Kalathos* 24-25: 105-118
- BOROBIO SOTO, Mª J. (1985): *Carta Arqueológica de Soria. Campo de Gómara*. Excma. Diputación Provincial de Soria, Soria
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): La Edad del Bronce en la Península Ibérica. *Investigación y Progreso*, 6. Madrid
- (1954): La Edad del Bronce en la Península Ibérica. *Archivo español de arqueología*, XXVII, núms. 89-90
- BOWEN, H. C. Y WORD, P. D. (1968): Experimental storage of corn underground and its implications for Iron Age settlements, *Bulletin of the Institute of Archaeology*, University of London, 7: 1-14
- BUENO, P.; BARROSO, R. M. Y R. DE BALBÍN (2004): Vida y muerte en los grupos megalíticos de la Península Ibérica. La cuenca del Tajo como modelo. *Cuadernos de Aqueología*, 12; Universidad de Navarra: 51-77
- BUENO, P.; BARROSO, R. M.; BALBÍN, R.; CAMPO, M.; GONZÁLEZ, A.; GALVÁN, V.; TRESSERRAS, J.J.; LÓPEZ, J.A.; LÓPEZ, P.; MATAMALA, J.C.; MILLOS, J.J.; ROBLEDO, B.; TRANCHO, G. Y B. SÁNCHEZ (2005): Alimentación y economía en contextos habitacionales y funerarios del Neolítico meseteño. En ARIAS, P.; ONTAÑÓN, R. Y C. GARCÍA-MONCÓ (eds.) (2005): 83-92
- BURILLO MOZOTA, F. (1984): La aplicación de los modelos de *Lugar Central* a la Arqueología. *Reunión de Metodología sobre Investigación en Arqueológica Prehistórica*: 431-441. Madrid
- BURILLO, F. Y J. PICAZO (1986): *El poblado del Bronce Medio de la Hoya Quemada (Mora de Rubielos, Teruel)*. (Guía de visita realizada con motivo del Coloquio del Microespacio), Seminario de Arqueología y Etnología Turoleses. Colegio Universitario de Teruel.
- (1991-1992): Cronología y priorización de la Edad del Bronce en la provincia de Teruel; *Kalathos*: núms. 11-12: 43-90
- (1997): El Sistema Ibérico turolesense durante el segundo milenio AC. *Sagvntvm*, nº 30: 29-58
- CABANILLES, J. J. (1985): La Hoz de la Edad del Bronce del *Mas de Menente* (Alcolí, Alacant) Aproximación a su tecnología y contexto cultural; *Lvcentum*, IV: 37-53
- CALAVIA REDONDO, M. (1990): El espacio Soriano. En A. Cabo y F. Manero (DIR) *Geografía de Castilla y León, Tomo 8 Las Comarcas Tradicionales*, Ámbito, Valladolid
- CASCOS MARAÑA, C. (1992): La configuración general del relieve. En A. Cabo y F. Manero (DIR) *Geografía de Castilla y León, Tomo 10 Castilla y León en Síntesis*, Ámbito, Valladolid

- CASTILLO YURRUTIA, A., del (1954): El neoneolítico; en la *Historia de España*, tomo I, volumen 1; Edit. Espasa-Calpe, Madrid
- CASTRO, P.V.; MICO, R. Y M^a E. SANAHUJA (1995): Genealogía y cronología de la *Cultura Cogotas I*. (El estilo cerámico y el grupo Cogotas I en su contexto arqueológico). *BSAA*, LXI, Valladolid: 51-118)
- CARNICERO ARRIBAS, J. M. (1985): *Industrias líticas de superficie en la región soriana*. Centros de Estudios Sorianos. Almazán. Soria.
- CARRIÓN, J. S.; MUNUERA, M; NAVARRO, C Y F. SÁEZ (2000): Paleoclimas e Historia de la vegetación cuaternaria en España a través del análisis polínico, viejas falacias y nuevos paradigmas. *Complutum*, 11: 115-142
- CLARKE, D. L. (1977): *Spatial Archaeology*. London
- CLOP GARCÍA, X. (2005): La *cuestión campaniforme* en el noreste de la Península Ibérica, en Rojo et alii, (2005): *El campaniforme en la Península ibérica y su contexto Europeo*, Serie Arte y Arqueología, 21, Universidad de Valladolid: 412-435
- (2007): *Materia Prima, Cerámica y Sociedad: La gestión de los recursos minerales para manufacturar cerámicas del 3100 al 1500 AME, en el noreste de la Península Ibérica*. BAR Internacional Series 1660,
- CRiado BOADO, F. (1993a): Límites y posibilidades de la Arqueología del paisaje. *Spal: Revista de prehistoria y arqueología de la Universidad de Sevilla*, 2: 9-55
- (1993b): Visibilidad e interpretación del registro arqueológico; *T. P.*, 50: 39-56.
- (1999): Del terreno al espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje; en *CAPA: Cadernos de arqueología e patrimonio*, N^o 6,
- DELIBES DE CASTRO, G. (1971): Una necrópolis de inhumación individual de la Edad del Bronce en Villalmanzo (Burgos), *BSAA*, XXXVII, Valladolid: 407-416.
- (1976-1977): Poblamiento Eneolítico en la Meseta norte; *Sautuola*, II: 141-151
- (1977): *El vaso campaniforme en la Meseta Norte española*; *Studia Archaeológica*, 46; Universidad de Valladolid
- (1978): Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid), *Trabajos de Prehistoria*, 35, 225-250
- (1985): El Calcolítico. La aparición de la metalurgia. En Gonzalo Blanco Ed. *Historia de Castilla y León, 1 La prehistoria del valle del Duero*, Valladolid: 36-51
- (1988): La Edad del Bronce, en Delibes, G.; Esparza, A.; García, E.; López, J. L. y M. Mariné (1988): *La colección arqueológica del padre Saturio González en Santo Domingo de Silos*. Serie monografías burgalesas; Diputación Provincial de Burgos
- (1993): Sal y jefaturas. Una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora), *Brigecio*, 3: 33-46
- (1995): Ávila, del Neolítico al Bronce, en M. Mariné (Coord.) *Historia de Ávila*. Tomo I *Prehistoria e Historia Antigua*. Institución Gran Duque de Alba, Caja de Ahorros de Ávila, Ávila: 21-90
- (2000-2001): Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite Cogotas I –Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto. *Zephyrus*, LIII-LIV: 293-309
- DELIBES, G. Y A. ESPARZA (1985): Neolítico y Edad del Bronce. En A, MONTENEGRO DUQUE (1985): 117-177
- DELIBES, G. Y J. FERNÁNDEZ MANZANO (1981): El Castro protohistórico de *La Plaza* en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I. *BSAA*, XLVII; Valladolid: 51-70.
- (1991): Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta española, Actes du 1^{er} Colloque du Parc Archéologique de Beynac, 1990: 203-211
- (2000): La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6.400-2.500 B.P.) en la Submeseta Norte española principales hitos de un proceso. *Actas do 3^o Congreso de Arqueología Peninsular*, T. IV, Vila Real: 95-122
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. Y J. A. RODRÍGUEZ MARCOS (1990): Cerámica de la plenitud Cogotas I: el yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid). *BSAA*, LVI, Valladolid: 64-105
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J. Y RODRÍGUEZ, E. Y J. M^a DEL VAL (2007): *Molino Sanchón II: un salín de época campaniforme en las lagunas de Villafáfila (Zamora)*; en Morère N. (Ed): *Las salinas y la sal de interior en la historia: economía, medio ambiente y sociedad*, Universidad Rey Juan Carlos. Editorial: Dukinson / Servicio de publicaciones URJC
- DELIBES, G. Y M. FERNÁNDEZ MIRANDA (1990): Aproximación a la cronología del grupo Cogotas I, *Zephyrus*, XXXIX-XL, Salamanca (1986-87): 17-30
- (1993): *Los orígenes de la civilización. El Calcolítico en el Viejo Mundo*; Colección Historia Universal, 5. Prehistoria; Edit. Síntesis, Madrid.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ MIRANDA, M.; MARTÍN, A. Y F. MOLINA (1988): El Calcolítico en la Península Ibérica. *Rassegna di Archaeologia*, 7: 211-253
- DELIBES, G. Y J. I. HERRÁN (2007): *La Prehistoria*. Biblioteca Básica de Valladolid, Diputación de Valladolid
- DELIBES, G.; HERRÁN, J. I.; DE SANTIAGO, J Y J. DEL VAL (1995) Evidence for Social Complexity in the Copper Age of the Northern Meseta, en K. T. Lillios (Ed.), *The origins of Complex Societies in Late Prehistoric Iberia*, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series, 8, Michigan: 44-63
- DELIBES, G. Y L. MUNICIO (1981): Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta. *Nvmanía*, 1; Asociación de Amigos del Museo Numantino, Soria

- DELIBES, G. Y F. ROMERO (1992) El último milenio a. de C. en la cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural. Actas de la Reunión sobre Paleoeología de la Península Ibérica, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3: 233-258
- DELIBES, G. ROMERO, F., SANZ C., ESCUDERO, Z. Y L. C. SAN MIGUEL (1995): Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero Medio. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (Editores), (1995): *Arqueología y Medio Ambiente El primer milenio A.C. en el Duero Medio*. Junta de Castilla y León, Valladolid; pp: 49-146.
- Delibes G. y Rodríguez Marcos, J. A. (2003): La Arqueología de Silos, punto de partida de las investigaciones sobre Prehistoria reciente en el nordeste de la Meseta. En Fernández Flórez, J. A. (dir.): *Silos. Un milenio*, Actas del Congreso internacional sobre la Abadía de Sto. Domingo de Silos, *Studia Silensia*, XXVI (II): 19-60
- DELIBES, G. Y SANTONJA, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Ediciones de la Diputación de Salamanca, Serie Prehistoria y Arqueología, Nº I, Salamanca.
- DELIBES, G. Y J. M. DEL VAL (1990): Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce; Actas del *Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II; Instituto de estudios zamoranos *Florián de Ocampo*, Zamora: 53-101
- DELIBES, G.; VIÑÉ, A. Y M. SALVADOR (1998): Santioste, una factoría salinera de los inicios de la Edad del Bronce en Otero de Saregos (Zamora). En G. Delibes de Castro (Coor.): *Minerales y metales en la prehistoria reciente. Algunos testimonios de su explotación y laboreo en la península Ibérica*. *Studia Archaeologica*, 88: 155-198
- DELIBES, G. Y P. ZAPATERO MAGDALENA (1997): De lugar de habitación a sepulcro monumental: una reflexión sobre la trayectoria del yacimiento neolítico de La Velilla en Osorno (Palencia), en Actas del *Ier Congrès de Neolític a la Península Ibérica. Formació e implantació de les comunitats agrícoles*. *Rubricantum* 1, vol. 1: 337-345
- DÍAZ-ANDRÉU, M. (1989): Sobre fronteras y límites. El caso del Sector Noreste, de la Submeseta Sur durante la Edad del Bronce. *Arqueología Espacial*, 13 *Fronteras*: 19-35
- DÍAZ DEL RÍO ESPAÑOL, P. (2001): *La formación del Paisaje Agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Arqueología, Paleontología y Etnografía, Consejería de las Artes. Comunidad de Madrid, Madrid.
- (2003): Recintos de fosos del III milenio A.C. en la Meseta peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, 60, 2: 61-78
- DÍAZ DEL RÍO, P.; CONSUEGRA, S.; PEÑA L.; MÁRQUEZ, B.; SANPEDRO, C.; MORENO, R.; ALBERTINI, D. Y B. PINO (1997): Paisajes agrarios prehistóricos en la meseta Peninsular: el caso de *Las Matillas* (Alcalá de Henares, Madrid). *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2): 93-111
- EIROA GARCÍA, J. J. (1979a): *La cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campaña 1976-1977*. Excavaciones Arqueológicas en España, 107
- ESCORIZA MATEU, T.: (1991-1992): La formación social de Los Millares y "las producciones simbólicas"; *Cuad. Preh. Granada*, 16-17: 135-165
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): Sobre el ritual funerario de Cogotas I; *BSAA, LVI*: 106-143
- ESTREMERÁ PORTELA, M. S. (2003): *Primeros agricultores y ganaderos en la meseta norte: el Neolítico de la Cueva de La Vaquera (Torreiglesias, Segovia)*, Memorias, Arqueología en Castilla y León, 11, Zamora
- FABIÁN GARCÍA J. F. (1993): La secuencia cultural durante la Prehistoria reciente en el Sur de la Meseta Norte Española. Actas del 1er Congreso de Arqueología Peninsular. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, XXXIII – Fasc. 1-2: 145-176
- (1995): El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. *Acta Salmanticensis*, núm. 93, Salamanca.
- (2003): El Calcolítico en el suroeste de la Meseta Norte: Fuente Lirio (Muñopepe, Ávila). *Numantia*, 8, Arqueología en Castilla y León, 1997/1998: 9-50
- (2006): *El IV y III milenio AC. En el Valle Amblés (Ávila)*. Monografías, 5, Arqueología en Castilla y León, Salamanca
- FABIÁN GARCÍA J. F.; BLANCO, A Y J. J. LÓPEZ SÁEZ (2006): La transición Calcolítico-Bronce Antiguo desde la perspectiva arqueológica y ambiental: el Valle Amblés (Ávila) como referencia. *Arqueología Espacial*, 26: 37-56
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, J. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candaleda*. Institución Gran Duque de Alba, Diputación Provincial de Ávila
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, J. Y OLIVA, D. (1985): Excavaciones en el yacimiento Calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 25: 8-125
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1985): La Edad del Bronce. En *Historia de Castilla y León*; tomo 1. La prehistoria del Valle de Duero. Edit. Ámbito, Valladolid: 54-81
- (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León. Monografías. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V Y G. RUIZ ZAPATERO (1984) El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica, *AE* 1: 55-71, Teruel
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. Y M. ROJO GUERRA (1986): Notas sobre el yacimiento campaniforme de Arrabal de Portillo (Valladolid). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 27: 43-74

- FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1986): Cerámica de *El Redal* en el Museo Numantino, *Actas del II Coloquio sobre Historia de La Rioja*, Tomo I, Logroño: 55-72
- (1990a): Aproximación al contexto arqueológico del arte rupestre soriano; en VVAA (1990): Catálogo de la exposición de *Arte prehistórico de la provincia de Soria*. Museo Numantino, Soria: 113-131
- (1990b): Arqueología preventiva y de gestión (1985-1988) Soria. *Nvmantia*, Investigaciones arqueológicas en Castilla y León, III: 303-317
- (1991): Dos yacimientos en cueva en el término de Soria. *Soria Arqueológica*, 1. Diputación Provincial de Soria.: 31-46
- (1997): *El poblamiento prehistórico de Numancia*. Estudios y catálogos, 7; Junta de Castilla y León, Valladolid: 303-318
- FERNÁNDEZ MORENO, J. J. Y A. JIMENO (1992): Los Arenales de Rioseco (Soria): Consideraciones sobre la relación de cerámicas campaniformes y Cogotas I. *Actas del 2º Symposium de Arqueología Soriana* (octubre, 1998), Vol. 1; Col. Temas Sorianos, núm. 20; Diputación Provincial de Soria: 213-229
- FERNÁNDEZ MORENO, J.J.; JIMENO, A. Y E. HERAS (1998): *Informe de la prospección y evaluación del proyecto de nuevo trazado de la N-II en la A-6. Tramo límites de provincia de Guadalajara/Soria a Soria/Zaragoza*. Manuscrito inédito. Servicio Territorial de Cultura de Soria, Junta de Castilla y León
- FERNÁNDEZ MORENO, J. J.; DEL VAL RECIO J. Y CASASOLA, I (1998): "El inventario arqueológico de Castilla y León, su tratamiento informático y su utilidad para la investigación y gestión del Patrimonio". IV Coloquio internacional de arqueología e informática, 1998. <http://WWW.ugr.es/prehistoria>.
- FERNÁNDEZ-POSSE Y DE ARNAÍZ, M. D. (1979): Informe de la primera campaña (1977) en la cueva de Arealillo (Segovia). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VI, 1-3: 53-87.
- (1981): La cueva de Arealillo (Segovia). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12: 45-84
- (1982): Consideraciones sobre la técnica de Boquique *Trabajos de Prehistoria*, 39: 137-159
- (1986): La Cultura de Cogotas I, en *Actas del Congreso Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Cuevas de Alanzora, 1984; Sevilla: 475-487.
- (1986-1987): La cerámica decorada de Cogotas I; *Zephyrus*, XXXIX-XL: 231-237
- FERNÁNDEZ POSSE, Mª D.; GILMAN, A. Y C. MARTÍN (1996): Consideraciones cronológicas sobre la Edad del Bronce en La Mancha. *Complutum*, extra, 6 (II): 111-137
- FÁBREGAS, R. Y Mª L. RUIZ-GÁLVEZ (1997): El noroeste de la Península Ibérica en el III^{er} y II^{do} milenio: propuestas para una síntesis. *Saguntum*, 30: 191-216
- GALVÁN GÓMEZ, J. (1980): Aplicación de las técnicas de microscopía electrónica y difracción de rayos X al estudio de la cerámica de *El Perchel*, en Arcos de Jalón (Soria). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 7-8, 1980-81. Universidad Autónoma de Madrid: 161-168
- GAMER, G. Y T. ORTEGO (1970): Nuevas observaciones sobre el campamento romano de Almazán (Soria). *Celtiberia*, 33: 67-79
- GARCÍA BARRIOS, A. S. (2005): Dos singulares testimonios de cerámica simbólica en el Valle Medio del Duero: los rostros calcolíticos de Los Cercados (Mucientes, Valladolid): *Zephyrus*, 58: 245-259
- GARCÍA SAN JUAN, L. (2005): *Introducción al reconocimiento y Análisis Arqueológico del Territorio*. Ariel, Barcelona
- GARCÍA SOTO, E. Y A. MOURE (1984): Los grabados esquemáticos de San Bartolomé de Ucero (Soria), *Actas del Primer Symposium de arqueología Soriana*, diciembre 1982, Publicaciones de la Diputación provincial de Soria, Colección Temas Sorianos, 151-167
- GARRIDO-PENA, R. (2000): *El Campaniforme en la Meseta Central de la Península Ibérica* (c.2500-2000 A.C.), Oxford B.A.R. (Internacional Series), 892
- (2001): Ocupación prehistórica, en Argente, J. L., Díaz, A. y A. Bescos: *Tiermes V. Carratiermes. Necrópolis Celtibérica*. Arqueología en Castilla y León, Memorias, 9; Valladolid: 251-260
- (2005): El laberinto campaniforme: breve historia de un reto intelectual, en Rojo et alii, (2005): *El campaniforme en la Península ibérica y su contexto Europeo*, Serie Arte y Arqueología, 21, Universidad de Valladolid: 29-44
- GARRIDO, R.; ROJO, M. E I. GARCÍA-MARTÍNEZ DE LAGRÁN (2005): El Campaniforme en la Meseta central de la Península Ibérica, en Rojo et alii, (2005): *El campaniforme en la Península ibérica y su contexto Europeo*, Serie Arte y Arqueología, 21, Universidad de Valladolid: 412-435
- GILMAN, A.; MARTÍN, C. Y Mª D. FERNÁNDEZ-POSSE (2000-2001): Avance de un estudio del territorio del Bronce manchego; *Zephyrus*: 53-54: 311-322
- GÓMEZ BARRERA, J. A. (1992): *Grabados rupestres postpaleolíticos del Alto Duero*, Museo Numantino y Caja Salamanca y Soria
- (2001): *Pinturas rupestres de Valonsader y su entorno*.Caja Rural de Soria
- GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, Mª L. (Coord.) (2009): *El Palambre, Villaornate, León. El Horizonte cogotas I de la Edad del Bronce y el Período TardoAntiguo en el Valle Medio del Esla* Tragsa, Asturias.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P.; LULL, V. Y R. RISCH (1992): *Arqueología de Europa, 2250-1200 AC. Una introducción a la Edad del Bronce*. Edit. Síntesis: Historia Universal 6, Prehistoria, Madrid.

- GRAU MIRA, I. (Ed.) (2006): *La aplicación de los SIG en la Arqueología del Paisaje*. Universidad de Alicante, Alicante
- HARDING, A. F. (1984): Aspects of social evolution in the Bronze Age; en Bintliff, J. (1984): *European Social Evolution*. University of Bradford: 135-145
- HARRISON, R. J. Y G. MORENO LÓPEZ (1985): El Policultivo Ganadero o la revolución de los productos secundarios; *Trabajos de Prehistoria*, 42: 51-82
- HARRISON, R. J.; MORENO LÓPEZ, G. Y A. J. LEGGE (1987): Moncín: un poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 29: 7-102
- (1994): *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*, Colección Arqueología, 16, Diputación General de Aragón, Departamento de Educación y Cultura, Zaragoza
- HERAS FERNÁNDEZ, E. (1994): Arqueología preventiva y de gestión (1991-1992) Soria. *Nvmantia, Arqueología en Castilla y León*, 5: 305-318
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. Y HERNÁNDEZ PÉREZ M. S., (Eds) (2004): *La Edad del Bronce en tierras valencianas y áreas limítrofes*; Alicante
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.; SOLER, J. A. Y J. A. LÓPEZ (EDS.) (2009): *En los confines del Argar, una cultura de la Edad del Bronce en Alicante en el centenario de Julio Furgús*, Alicante
- HERRAN J. I.; IGLESIAS, J. C. Y M. MORATINOS, (1993a): De nuevo sobre las industrias con foliaceos: Fuente de las Pocillas (Mucientes, Valladolid), *BSAA*, LIX: 47-68
- HERRAN J. I.; IGLESIAS, J. C. Y A. L. PALOMINO (1993b): Intervención arqueológica de urgencia en el yacimiento de la Edad del Cobre de Santa Cruz (Roa de Duero, Burgos). *Nvmantia, Arqueología en Castilla y León*, 4: 27-41
- HODDER, I. Y C. ORTON. (1990): *Análisis Espacial en Arqueología*, Crítica/Arqueología, Barcelona
- HURTADO PÉREZ, V. (1995): Interpretación sobre la dinámica cultural de la cuenca medial del Guadiana (IV–II milenios a.n.e.). *Extremadura Arqueológica V*: 53-80
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1984a): Estado actual de la Investigación del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria. *Actas del 1er Symposium de Arqueología Soriana*, 1982. Diputación Provincial de Soria: 25-50
- (1984b): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. (Campanías de 1977, 1978 y 1979). *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, núm. 134. Ministerio de Cultura, Madrid.
- (1985): Presentación de la Carta Arqueológica, en BOROBIO SOTO, M^a J. (1985): *Carta Arqueológica de Soria. Campo de Gómara*. Excma. Diputación Provincial de Soria: IX-XV
- (1988): La investigación del Bronce Antiguo en la Meseta Superior; *Trabajos de Prehistoria*, 45: 103-121.
- JIMENO, A. Y J. J. FERNÁNDEZ MORENO (1983): Nuevo yacimiento con cerámica campaniforme en Garray (Soria). *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, T. VIII, 3: 25-35
- (1985): La Pedriza de Ligos: nuevas bases para su interpretación. *BSAA*, LI: 159-174
- (1991a): *Los Tolmos de Caracena (Soria) Campañas de 1981 y 1982*. *Aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Excavaciones Arqueológicas en España, 161. Ministerio de Cultura, Madrid
- (1991b): El yacimiento de La Mesta en La Atalaya (Renivelas, Soria). *Soria Arqueológica*, 1. Excma. Diputación Provincial de Soria: 47-68
- (1992a): El poblamiento desde el Neolítico a la Edad del Bronce constantes y cambios; 2º *Symposium de Arqueología Soriana* (octubre, 1989), Vol. I Col. Temas Sorianos, núm. 20; Diputación Provincial de Soria: 71-101.
- (1992b): La Metalurgia de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: El contexto Cultural; 2º *Symposium de Arqueología Soriana* (octubre, 1989), Vol. I Col. Temas Sorianos, núm. 20; Diputación Provincial de Soria: 233-246
- (1992c): El dolmen del Alto de la Tejera (Carrascosa de la Sierra). El fenómeno megalítico en el Alto Duero". *Trabajos de Prehistoria*, 49: 155-188,
- JIMENO, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J. J. Y E. HERAS (1988): *Informe de los trabajos de prospección del trazado de la A-2 a su paso por la provincia de Soria*. Informe inédito, Junta de Castilla y León, Soria
- JIMENO, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J. J. Y M^a L. REVILLA (1988): Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo; *Noticiario Arqueológico Hispanico*, 30: 83-119.
- JIMENO, A.; FERNÁNDEZ MORENO, J. J. Y M ROJO (1992): El fenómeno megalítico en la provincia de Soria. En el II *Symposium de Arqueología Soriana*, Excma. Diputación Provincial de Soria, Vol. I: 163-182,
- JIMENO, A.; MARTÍNEZ NARANJO, J. P.; CHAÍN, A, Y H. ALGARRA (2007): Incendio en Numancia, una experimentación no pensada. *Arqueología experimental en la Península Ibérica: investigación, didáctica y patrimonio I* coord. Ramos Sáinz, M L.; González Urquijo, J. E., y J. Baena Preysler: 245-253
- JUSTE ARRUGA, M^a N. (1990): *El poblamiento de la Edad del Bronce y primera Edad del Hierro en Mora de Rubielos (Teruel)*. Monografías Arqueológicas del Seminario de Arqueología y Etnología Turolense,3, Teruel

- LARRÉN H. Y J. DEL VAL (1990): Zamora: Arqueología preventiva y de gestión (1984-1988), *Nvmantia*, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III: 333-346
- LAZARICH GONZÁLEZ, M. (2005): El campaniforme en Andalucía, en Rojo et alii, (2005): *El campaniforme en la Península ibérica y su contexto Europeo*, Serie Arte y Arqueología, 21, Universidad de Valladolid: 351-370
- LERÍN, M.; RUIZ, A.; BARRIO, R.; TARANCÓN, M^a J. Y O. ARELLANO (2000): *Revisión del Inventario Arqueológico de Soria*. Tomo II. Memoria. Informe inédito, Arquetipo, Junta del Castilla y León, Soria
- LEVINE, NED (2009): CrimeStat: A Spatial Statistics Program for the Analysis of Crime Incident Locations (v 3.2a). Ned Levine & Associates, Houston, TX, and the National Institute of Justice, Washington, DC. October. Accessible en www.icpsr.umich.edu/icpsrweb/CRIMESTAT
- LIESAU, C.; BLASCO, C.; RIOS, P.; VEGA, J.; MENDUÍÑA, R.; BLANCO, J. F.; BAENA, J.; HERRERA, T.; PETRI, A. Y J. L. GÓMEZ (2008): Un espacio compartido por vivos y muertos: el poblado calcolítico de fosos de Camino de las Yeseras (San Fernando de Henares, Madrid); *Complutum*, 19 (1): 97-120
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1984): Análisis polínico del yacimiento de Los Tolmos (Caracena, Soria), en JIMENO, A.: *Los Tolmos de Caracena (Soria)*. (Campanías de 1977, 1978 y 1979). *Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero*. Excavaciones Arqueológicas en España, núm. 134. Ministerio de Cultura, Madrid. Apéndice III: 337-338
- (1985): Resultados de los análisis polínicos del Holoceno en la Meseta española procedentes de yacimientos arqueológicos. *An. Asoc. Palinol. Leng. Esp.*, 2: 283-288
- LÓPEZ GARCÍA, P. Y J. A. LÓPEZ SÁEZ (1999): Contribución al conocimiento del paisaje Holoceno de la provincia de Soria: análisis palinológico en el yacimiento arqueológico de Parpantique; *Acta Geologica Hispanica*, V. 31, n. 4: 77-84
- LÓPEZ PLAZA, S. (1980): Hoces de piedra prehistóricas en la provincia de Zamora, *Studia Zamorensia*, 1; Salamanca: 23-34
- LÓPEZ ROMERO, R. Y J. V. PICAZO MILLÁN (2005-2006): Las cerámicas campaniformes del Cerro del Ramo (Orera, Zaragoza). *Kalathos*, 24-25: 119-142
- LÓPEZ SÁEZ, J. A. Y L. LÓPEZ MERINO (2005): Precisiones metodológicas acerca de los inicios de palopalínológicos de agricultura en la Prehistoria de la Península Ibérica. *Portugalia*, 36: 53-64
- LÓPEZ SÁEZ, J. A.; LÓPEZ MERINO, L Y S. PÉREZ DÍAZ (2008): Los vettones y sus paisajes: peloambiente y paleoeconomía de los castros de Ávila. En VVAA: *Arqueología Vettona. La meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12. Alcalá de Henares: 141-152
- (2009a): Historia de la vegetación y paleoambiente el Valle de Huecas. En BENITEZ, L.; BUENO, P.; BARROSO, R.; BALBÍN, R. DE Y J. A. LÓPEZ SÁEZ (Edits): *Arqueología, Medio Ambiente y Obras Públicas, El Valle de Huecas (Huecas, Toledo)*, edit. Anthropos, S. L: 91-107
- (2009b): Estudio arqueopalínológico de cuatro hoyos de la Edad del Bronce de El Pelambre; en González Fernández, M^a L. (Coord.) (2009): 259-267
- LÓPEZ-SÁEZ, J. A.; LÓPEZ P. Y J. A. RODRÍGUEZ (2006-2007): Interpretación del análisis paleopalínológico del yacimiento Protocogotas de El Castillo (Rábano, Valladolid, España). *BSAA*, LXXII – LXXIII: 67-91
- LÓPEZ-SÁEZ, J. A.; P. LÓPEZ; J. A. RODRÍGUEZ Y A. L. PALOMINO (1998): Análisis palinológico del yacimiento de Pico Romero (Santa Cruz de I Salceda, Burgos): contribución al conocimiento del paisaje vegetal durante el Bronce Antiguo en la Meseta Norte. Comunicación presentada al *Congreso de Arqueología Burgalesa*, Burgos (inédito)
- LÓPEZ-SÁEZ, J. A.; RODRÍGUEZ J. A. Y P. LÓPEZ (E.P.): Paisaje y economía durante el Bronce Antiguo en la Meseta Norte desde una perspectiva paleoambiental: algunos casos de estudio. *BSAA*, LXXI
- LUCAS PELLICER, M^a R. Y C. BLASCO BOSQUED (1980): El hábitat campaniforme de *El Perchel* en Arcos de Jalón (Soria). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 8: 11-62
- LULL, V. (1983): *La cultura de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*. Edit. Akal, Madrid
- LULL, V.; MICÓ, R.; RISCH, R. Y C. RIHUETE (2009): El Argar: la formación de una sociedad de clases; en Hernández Pérez, M.; Soler, J. A. y J. A. López (Eds.) (2009): 224-245
- LLANOS A. Y J. I. VEGAS (1974): Ensayo de un método para el estudio y clasificación tipológica de la cerámica. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 6: 265-313.
- LLAMAZARES, C.; FERNÁNDEZ MORENO, J. J. Y J. DEL VAL, (1993): "Una aplicación informática para la documentación de materiales arqueológicos en la comunidad de Castilla y León", *Aplicaciones informáticas en arqueología: teorías y sistemas*, vol. 2. Denboraren Argia, Bilbao, 1993; pp.: 309-321, comunicación presentada al II Coloquio Internacional de Arqueología e Informática; Bilbao, Octubre de 1993
- MALDONADO RAMOS, L. Y F. VELA COSSÍO (1988): *De arquitectura y Arqueología*, Ed. Munilla-Lería, 10, Madrid

- MALUQUER DE MOTES, J. (1949): Concepto y periorización de la Edad del Bronce peninsular, *Ampurias XI*. Barcelona
- (1956): La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones técnicas en la Meseta durante la Edad del Hierro. *Zephyrus*, VII: 179-206
- (1958): *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Acta Salmanticensis, tomo XIV, núm. 1. Salamanca
- (1960): Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta. *Zephyrus*, XI, Salamanca: 119-130
- MARCOS MINGUEZ, M. J. (1992): La aportación de Teógenes Ortego al conocimiento de la cerámica excisa en la provincia de Soria y la Investigación posterior. 2º *Symposium de Arqueología Soriana* (octubre, 1989), Vol. I Col. Temas Sorianos, núm. 20; Diputación Provincial de Soria: 295-306
- MARTÍN VALLS, R. Y G. DELIBES (1973): Recientes hallazgos cerámicos de la fase Cogotas I en la provincia de Salamanca. *BSAA*, XXXIX: 395-402
- (1974): *La cultura del vaso campaniforme en las Campiñas Meridionales del Duero (El enterramiento de Fuente Olmedo; Valladolid)*. Monografías del museo Arqueológico de Valladolid, V.I.
- (1976): Sobre la cerámica de la fase Cogotas I. *BSAA*, XLII: 5-18
- (1977): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV). *BSAA*, XLIII: 291-319
- (1989): *La cultura del vaso campaniforme en las Campiñas Meridionales del Duero (El enterramiento de Fuente Olmedo; Valladolid)*, 2ª edición aumentada. Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid,
- MARTÍN BENITO, J. I. Y JIMÉNEZ GONZÁLEZ, J. C. (1989): En torno a una estructura constructiva en un campo de hoyos de la Edad del Bronce en la Meseta Española (Forfoleda, Salamanca), *Zephyrus*, XLI-XLII, Salamanca, 1988-1989: 263-281
- MARTÍNEZ NAVARRETE, Mª I. (1984): El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid: La cueva de Juan Barbero (Tielmes, Madrid); *Trabajos de Prehistoria*, 41: 17-128
- (1989): *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*. Edit. Siglo Veintiuno de España, Madrid.
- MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J. (1946): *Esquema paleoetnológico de la península Ibérica*, Madrid (2ª Edición).
- MAYA, J. L. Y M. A. PETIT (1986): El grupo del Nordeste. Un nuevo conjunto con cerámicas con boquique en la Península Ibérica, *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2; Universidad de Murcia: 49-71
- MÉNDEZ, MADARIAGA A. Y VELASCO, F. (1988): La Muela de Alarilla. Actas del 1º Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, II, Ciudad Real, 1986, Toledo: 185-196
- MINGUEZ ÁLVARO, Mª T. (2005): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos): III Los materiales del Bronce Final de El Portalón de cueva Mayor*, Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Deusto, 20, Bilbao
- MOLINA GONZÁLEZ, F. (1978): Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica. *Cuadernos de la Universidad de Granada*, 3: 159-232
- MOLINA, F. Y O. ARTEAGA (1976): Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la península Ibérica; *Cuadernos de la Universidad de Granada*, I: 175-214.
- MOLINA, F. Y CÁMARA, J. A. (2009): La cultura argárica en Granada y Jaén; en Hernández Pérez, M.; Soler, J. A. y J. A. López (Eds.) (2009): 196-223
- MONTENEGRO DUQUE, A. (1985): *Historia de Burgos; T. I, Edad Antigua*; Caja de Ahorros Municipal de Burgos: 117-177
- MORAL DEL HOYO, S.; RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. Y J. C. DIEZ FERNÁNDEZ-LOMANA (2003-2004): Las cerámicas de la cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos) en el contexto del Bronce Medio de la Sub-meseta Norte. *BSAA LXIX-LXX*: 57-74
- MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995): *Carta Arqueológica de Soria. Altiplanicie Soriana*. Excm. Diputación Provincial de Soria, Soria
- MUNICIO, L. Y J. J. FERNÁNDEZ MORENO (2003): Algunas reflexiones sobre grabados rupestres en cueva en la Meseta Norte, *Actas del primer Congreso Internacional de gravats rupestres i murals. Homenaje a Lluís Diez-Coronel*; Lérida, 23-27 de noviembre de 1992; coord. Joan Ramón González Pérez: 373-378.
- MUNICIO, L. Y F. PIÑÓN (1990): Cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia). *Nvmantia, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León, III*: 193-213
- NARANJO GONZÁLEZ, C. (1984): El Castillo de Cardenosa. Un yacimiento de los inicios de la Edad del Bronce en la Sierra de Ávila (Excavaciones realizadas por Cabré en 1931). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 19; 35-84
- NOCETE, F. (1984): Elementos para un estudio del patrón de asentamientos en las campiñas meridionales del Alto Guadalquivir durante la Edad del Cobre *Arqueología Espacial*, 3: 91-102
- (1984): El análisis de las relaciones Centro /Periferia ene. Estado de la Primera Mitad del Segundo Milenio a.n.e. en las Campiñas del Alto Guadalquivir: La Frontera. *Arqueología Espacial*, 13. *Fronteras*: 37-61
- OREJAS SACO DEL VALLE, A. (1991): Arqueología del Paisaje: Historia, problemas y perspectiva; *AEA*, 64: 191-230

- (1995-1996): Territorio, análisis territorial y Arqueología del Paisaje; *Studia Historica. Historia antigua*, 13-14: 61-68
- OSABA, B. (1963): Catálogo Arqueológico de la Provincia de Burgos. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VI, 1962, Madrid
- ORTEGA, J. (1999): Microespacio y Microhistoria: la Arqueología del espacio doméstico; en *Arqueología Espacial*, 21; Seminario de Arqueología y Etnología Turolense: 101-118
- ORTEGO FRIAS, T. (1960): Excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria; *Caesaraugusta*, 15-16: 107-132
- PALÁ, J.M.; CALAVIA, M.; MOLINI, F. Y L. SILVÁN (1988): *Análisis del medio físico de Soria. Delimitación de unidades y estructura territorial*. Junta de Castilla y León, Valladolid.
- PALACIOS, P. (1890): *Descripción física, geológica y agrológica de la provincia de Soria*, Madrid
- PALOL, P. (1969): Nuevos hallazgos campaniformes en la región de Valladolid (III) *BSAA XXXIV-XXXV*, Valladolid: 309-311
- PALOMINO, A. L., J. ABARQUERO Y M. J. NEGREDO (2003): La primera colonización estable de las tierras ribereñas del Duero en el suroeste de la provincia de Burgos: el poblamiento calcolítico; *Nvmantía, Arqueología en Castilla y León*, 8; 63-84
- PALOMINO, A. L. Y C. ETXEBERRIA (1994): *Informe técnico sobre la excavación arqueológica realizada en el yacimiento de la Edad del Bronce "Pico Romero I". Santa Cruz de la Salceda (Burgos)*. Junta de Castilla y León, Universidad de Valladolid, Inédito
- PALOMINO A. L. Y J. A. RODRÍGUEZ MARCOS (1992): *Informe sobre el inventario de la provincia de Burgos. Campañas 1991/1992 La ribera del Duero*. Convenio Junta de Castilla y León y la Universidad de Valladolid, a través de la sección departamental de Prehistoria y Arqueología del Colegio Univ. de Burgos, Inédito
- (1994a): *Informe sobre el inventario de la provincia de Burgos. Campañas 1993/1994 La ribera del Duero*. Convenio Junta de Castilla y León y la Universidad de Valladolid, a través de la sección departamental de Prehistoria y Arqueología del Colegio Univ. de Burgos, Inédito
- (1994b): El yacimiento arqueológico de Las Empedradas: un enclave del Bronce Medio en la Ribera del Duero burgalesa. *Nvmantía, Arqueología en Castilla y León*, 5: 59-71
- PALOMINO A. L. Y M. A. ROJO (1997): Un nuevo yacimiento neolítico de habitación infratumular: "El teso del Oro", en San Martín de Valderaduey (Zamora), *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora*, del 24 al 27 de septiembre de 1996, Fundación Rei Afonso Henriques, Tomo II Neolítico, Calcolítico y Bronce: 249-256
- PASCUAL DÍEZ, A. C. (1991): *Carta Arqueológica de Soria. Zona Centro*. Excma. Diputación Provincial de Soria, Soria
- PAVÓN SOLDEVILLA, I. (1998a): *El cerro del Castillo de Alange (Badajoz), Intervenciones arqueológicas (1993)*. Memorias de Arqueología Extremeña, 1, Mérida
- (1998b): *El tránsito del II al I milenio a.C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*; Universidad de Extremadura,
- PÉREZ, F. (coord.) (1982): *Arqueología Burgalesa*. Publicaciones de la Excma. Diputación Provincial de Burgos
- PÉREZ ARRONDO, C.; CARNICEROS, J. Y P. DUARTE (1987): Aportación al estudio de las culturas Eneolíticas en el Valle del Ebro. III. La cerámica. *Instituto de Estudios Riojanos, Historia*, 9
- PÉREZ ARRONDO, C. Y V. RODANÉS (1979): *Excavaciones en la zona dolménica de Peña Guerra (Nalda, La Rioja)*. Cuadernos de Investigación del Colegio Universitario de Logroño, vol. 2, Logroño
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J. Y J. M. FERNÁNDEZ JIMÉNEZ (1993): Sobre la cocción de cerámicas durante la Edad del Bronce. El yacimiento de *La Venta* (Alar del Rey, Palencia). *Nvmantía, Arqueología en Castilla y León*, 4: 41-60
- PÉREZ RODRÍGUEZ, F. J.; MISIEGO, J. C.; SANZ, F. J.; MARCOS, G. J.; MARTÍN, M. A. Y J. M. FERNÁNDEZ (1994): *La Huelga* Un interesante yacimiento de la Edad del Bronce en el centro de la cuenca del Duero (Dueñas, Palencia). *Nvmantía, Arqueología en Castilla y León*, 5: 11-32
- PERICOT GARCÍA, L. (1950): Para una sistematización de la Edad del Bronce. *Crónica al I Congreso Nacional de Arqueología y V Congreso Arqueológico del Sudeste*, Almería, 1948: 184-188
- PICAZO MILLÁN, J. V. (1986): *El eneolítico y los inicios de la Edad del Bronce en el Sistema Ibérico Central (Jiloca Medio y Campo Romanos)*, Monografía Arqueológicas del S.A.E.T., 1, Teruel
- (1993): *La Edad del Bronce en el Sur del Sistema Ibérico Turolense, I: Los Materiales Cerámicos*. Monografía Arqueológicas del S.A.E.T., 7, Teruel
- POYATO C. Y C. GALAN (1988): Las cerámicas del Grupo Dornajos de la Mancha Oriental, *Actas del 1er Congreso de Historia de Castilla y La Mancha, tomo II. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (1): 301-310
- PRIEGO, M^a C. Y QUERO, S. (1992): *El Ventorro, un poblado prehistórico de los albores de la metalurgia*. Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas, 8
- PRIETO MARTÍNEZ, M^a P. (1999): Caracterización del estilo cerámico de la Edad del Bronce en Galicia. *Complutum*, 10: 71-90
- REIMER PJ, MGL BAILLIE, E BARD, A BAYLISS, JW BECK, C BERTRAND, PG BLACKWELL, CE BUCK, G BURR, KB

- CUTLER, PE DAMON, RL EDWARDS, RG FAIRBANKS, M FRIEDRICH, TP GUILDERSON, KA HUGHEN, B KROMER, FG MCCORMAC, S MANNING, C BRONK RAMSEY, RW REIMER, S REMMELE, JR SOUTHON, M STUIVER, S TALAMO, FW TAYLOR, J VAN DER PLICHT, AND CE WEYHENMEYER (2004): Radiocarbon Calibration from 0–26 cal kyr BP; *Radiocarbon* 46:1029-1058.
- REYNOLDS, P.J. (1974): Experimental Iron Age storage pits: an interim report. *Proceedings of the Prehistoric Society*, 40: 118-131
- (1979): A general report of underground grain storage experiments at the Buster Ancient Farm Research Project. En Gast, M y F. Sigaut (Edits.): *Les techniques de conservation des grains à long terme. Leur rôle dans la dynamique des systèmes de cultures et de sociétés*, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris: 70-80
- (1990) *La agricultura de la Edad del Hierro*, Akal Cambridge, Madrid
- REVILLA ANDÍA, M^a. L. (1985): *Carta Arqueológica de Soria. Tierra de Almazán*. Publicaciones de la Excma. Diputación provincial de Soria, Soria.
- REVILLA ANDÍA, M^a. L. Y A. JIMENO MARTÍNEZ, (1981): EL horizonte campaniforme de *El Guijar*, Almazán (Soria). *Nvmantia*, II: 159-192
- REY, J. Y J. I. ROYO (1993): Balsa La Tamariz. Un yacimiento de la Edad del Bronce en la Comarca de las Cinco Villas, *Revista Arqueología*, julio, 1993: 18-27.
- ROIG S.; GÓMEZ MANZANEQUE, F.; MASEDO, F. MORLA, C Y L.J. SÁNCHEZ HERNÁNDO (1997): Estudio paleobotánico de estróbilos y maderas subfósiles holocenas en el yacimiento de Cevico Navero (Palencia, España) *Anales Jard. Bot. Madrid*, 55(1): 111-123
- RODRÍGUEZ ALCALDE, A. L; MARTÍNEZ NAVARRETE, M^a I.; SAN MILLÁN BUJANDA M^a J. Y J M^a SÁNCHEZ NISTAL (1996): Análisis bibliométrico de las revistas españolas de Prehistoria y Arqueología en los últimos diez años; *TP*, 53 (1): 37-58
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (1993): *El Carrizal* (Cogeces del Monte, Valladolid): Un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I, *Nvmantia*, *Arqueología en Castilla y León*, 4: 61-74
- (1996): *La Cuesta de la Horca* en Cevico Navero (Palencia): un nuevo yacimiento amurallado de facies Proto/Cogotas I. *Actas del III Congreso de Historia de Palencia, Tomo I. Prehistoria, Arqueología e Historia Antigua*, Palencia, 1995: 93-115
- (2005): Una cabaña de época campaniforme: el yacimiento de Pico del Castro (Quintanilla de Arriba, Valladolid). Homenaje al Profesor D. Alberto C. Ibáñez Pérez. *Estudios de Historia y Arte*, 2005. Universidad de Burgos: 81-86
- (ep): *Estudio secuencial de la edad del Bronce en la Ribera del Duero (Provincia de Valladolid)*. Tesis Doctoral, Valladolid. 2005
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. Y F. J. ABARQUERO (1994): Intervención arqueológica en el yacimiento de la Edad del Bronce de "El Cementerio-El Prado", Quintanilla de Enésimo (Valladolid), *Nvmantia*, *Arqueología en Castilla y León*, 5: 33-58
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. Y S. MORAL DEL HOYO (2007): Algunos ejemplos de ingeniería prehistórica poco conocidos: tres poblados amurallados del Bronce medio en la sub-Meseta norte. En Arenillas, et alli (2007): *Actas del Quinto Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, Burgos 7-9 de junio; I. Juan de Herrera, SEdHC, CICCIP, CEHOPU; Madrid: 775-778
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. Y A. L. PALOMINO LÁZARO (1997): Un asentamiento castreño del Bronce Antiguo en la cuenca del Duero: El Pico Romero en Santa Cruz de la Salceda (Burgos). *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora*, del 24 al 27 de septiembre de 1996, Fundación Rei Afonso Henriques, Tomo II Neolítico, Calcolítico y Bronce: 579-590
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. Y J. DEL VAL (1990): Nuevos datos para la interpretación de los Hoyos Cogotas I. Un silo de Barcial de Barco. *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*, tomo II. Instituto de Estudios Zamoranos *Florián de Ocampo*, Diputación de Zamora, Colección Actas, Zamora: 201-209
- RODRÍGUEZ PASCUAL, M. (2001): *La trashumancia, cultura, cañadas y viajes*, Edilesa, 5^a edición
- ROJO, M.; GARRIDO-PENA, R. E I. GARCÍA-MARTÍNEZ DE LAGRÁN, COORD. (2005): *El campaniforme en la Península ibérica y su contexto Europeo*, Serie Arte y Arqueología, 21, Universidad de Valladolid
- ROJO, M.; GARRIDO-PENA, R.; I. GARCÍA-MARTÍNEZ DE LAGRÁN Y C TEJEDOR (2008a): *Paisajes de la Memoria: Asentamientos del Neolítico Antiguo en el valle de Ambrona (Soria, España)*, Serie Arte y Arqueología, 23, Universidad de Valladolid
- (2008b): *Los primeros agricultores y ganaderos del interior peninsular. Diez años de investigaciones arqueológicas en el valle de Ambrona (Soria)*, Soria
- ROJO, M. A. Y M. KUNST (1999): La Lámpara y La Peña de La Abuela. Propuesta secuencial del Neolítico Interior en el ámbito funerario. En J. Bernabeu Aubán y T. Orozco Köhler (eds.): *Actes del II Congrès del Neolític a la Península Ibérica. Universitat de València*, Valencia: 503-512
- ROJO, M. A; KUNST, M.; GARRIDO, R.; GARCÍA, I. Y G. MORÁN (2005): *Un desafío a la eternidad: tumbas monumentales del valle de Ambrona*, Monografías 14, Arqueología en Castilla y León, Soria
- ROSA MUNICIO, R. DE LA (1991): El Balconcillo del río Lobos: un yacimiento del Bronce Pleno en la zona

- oriental de la Meseta, *Soria Arqueológica*, 1, Diputación provincial de Soria: 69-86
- (1994): El Balconcillo del río Lobos: un yacimiento de La Edad del Bronce en tierras sorianas, *Revista Arqueología*, 154, febrero, 1994: 30-35
- (1995): El Balconcillo y su datación en el contexto de la Edad del Bronce de la Meseta. *Complutum*, 6: 193-204
- ROVIRA, S, MONTERO, I. Y S. CONSUEGRA (1992): La metalurgia de la Edad del Bronce en la provincia de Soria: Estudio analítico; 2º *Symposium de Arqueología Soriana* (octubre, 1989), Vol. I Col. Temas Sorianos, núm. 20; Diputación Provincial de Soria: 247-259
- ROVIRA, S, E I. MONTERO, (1994): La metalurgia; en Blasco, Mª. C. (Ed.): *El horizonte campaniforme de la región de Madrid en el centenario Ciempozuelos*; Patrimonio Arqueológico del Bajo Manzanares, 2; Universidad Autónoma de Madrid
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. (1979): El Bronce Antiguo en la fachada Atlántica peninsular: un ensayo de priorización. *TP*, 36: 151-172
- RUIZ TABOADA, A. (1997): Asentamiento y Subsistencia en La Mancha durante la Edad del Bronce: El Sector Noroccidental como Modelo; *Complutum*, 8: 57-72
- RUIZ ZAPARETO, G. (1984): Cogotas I y los primeros Campos de Urnas en el Alto Duero. *Actas del 1er Symposium de Arqueología Soriana*, Soria, 1982; Diputación Provincial de Soria: 169-186
- RUIZ ZAPARETO, G. Y F. BURILLO (1988): Metodología para la investigación en arqueología territorial. *Munibe*, suplemento Nº 6: 45-64
- SACRISTÁN, J. D. Y J. C. ELORZA (1990): Burgos: Arqueología preventiva y de gestión (1984-1988), *Nvmantia*, III, Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León: 251-258
- SAHLINS, M (1977): *Las sociedades tribales*. Ed. Labor, Barcelona
- SAMANIEGO, B., A JIMENO, J. J. FERNÁNDEZ MORENO Y J. A. GÓMEZ BARRERA (2002): *Cueva Maja. (Cabrejas del Pinar. Soria): Espacio y simbolismo en los inicios de la Edad del Bronce*. Arqueología en Castilla y León, 10, Valladolid
- SANCHES, Mª J. (1987): O Buraco da Pala. Un abrigo pre-histórico no concelho de Mirandela (Noticia preliminar das excavações de 1987), *Arqueología*, 16. Grupo de estudios arqueológicos do Porto: 55-77
- SÁENZ GARCÍA, C. (1951): Marco geográfico de la altimeseta soriana; *Celtiberia*, 1: 69-80
- SÁENZ RIDRUEJO, C. (1985): Marco territorial. En J. A. Pérez-Rioja (DIR) *Historia de Soria*. Centro de Estudios Sorianos (CSIC), Soria: 25-36
- SCHÜLE, W. Y M. PELLICER (1966): *El cerro de la Virgen. Orce (Granada) I*, Excavaciones Arqueológicas en España, 46, Madrid
- SCHULTEN, A. (1927): *Die Lager der Scipio*. III Vol. de Die Ergebnisse der Ausgrabungen, 1905-1912. Munich.
- (1930): *Die Stadt Numantia*. II Vol. de Die Ergebnisse der Ausgrabungen, 1905-1912. Munich.
- SANTOS ESTEVEZ, M. (2008): *Petroglifos y paisaje social en la prehistoria reciente del noroeste de la Península Ibérica*; TAPA, 38
- SILVA, J. F. Y J. A. MACARRO (1996): El yacimiento de la Edad del Bronce del polígono 25 en Alcalá de Henares: primeros resultados. *Reunión Arqueología Madrileña*, Madrid: 138-141
- SILVÁN SADA, L. (1990): El medio físico soriano: unidades estructurales y su influencia geográfica, en Bachiller, J. Mª y Mª C. Sancho (1990): *Introducción al estudio del espacio geográfico soriano*. Arevacon, 16, Soria, Octubre
- SIGAUT, F. (1979): La redécouverte des silos a grains en Europe Occidentale, 1708-1880, en Gast, M y F. Sigaut (Edits.): *Les techniques de conservation des grains à long terme. Leur rôle dans la dynamique des systèmes de cultures et de sociétés*, Centre National de la Recherche Scientifique, Paris: 15-38
- SIRET, E. Y L. SIRET (1890): *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*. Barcelona
- SOLER SEGURA, J. (2007): Redefiniendo el registro material. Implicaciones recientes desde la arqueología del paisaje anglosajona; *T.P*, 64 (1): 41-64
- TARACENA AGUIRRE, B. (1941): Carta Arqueológica de España. Soria. Instituto Diego Velásquez, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid
- TARANCÓN, Mª J.; BARRIO, R.; ARELLANO, O.; LERÍN, M. Y A. RUIZ (1997): *Documentación del Inventario Arqueológico de la Provincia de Segovia y su análisis desde la perspectiva de las estrategias de desarrollo y generación de empleo*. Informe inédito. Arquetipo, Junta de Castilla y León, Segovia
- TARRADELL, M. (1947): Sobre la delimitación geográfica de la cultura del Argar. Crónica al II Congreso de Arqueología del Sudeste. (Albacete, 1946), Cartagena, 1947.
- (1950): La península Ibérica en época del Argar. *Crónica al I Congreso Nacional de Arqueología y del V Congreso de Arqueología del Sudeste*. (Almería, 1949), Cartagena, 1950, pp.: 72-85
- (1965): El problema de las diversas áreas culturales de la península Ibérica en la Edad del Bronce. *Miscelanea en Homenaje al Abate Henri Breuil*, tomo II, Barcelona.
- TEJADA, L. M.; FERNÁNDEZ MORENO, J. J. Y J. DEL VAL, (1995): "Informatización del Inventario arqueológico de Castilla y León" *Aplicaciones informáticas en*

- arqueología: teorías y sistemas, vol. 2.* Denboraren Argia, Bilbao, 1993; pp.: 500-510, comunicación presentada al II Coloquio Internacional de Arqueología e Informática; Bilbao, Octubre, 1993
- UTRILLA, P. Y V. BALDELLOU (19982): Notas para una tipología ósea postpaleolítica: Los materiales de hueso de la cueva del Moro de Olvena (Huesca). *Caesaraugusta*, 55-56: 25-47
- VAL RECIO, J. DEL (1992): EL yacimiento calcolítico precampaniforme de Las Pozas, en Casaseca de las Chanas, Zamora. *BSAA, LVIII*, Valladolid: 47-62
- VALIENTE MALLA, J. (1992): *La Loma de Lomo II Cogollado (Guadalajara)*. Patrimonio Histórico – Arqueología. Castilla la Mancha, Guadalajara
- (1997): Una cabaña doble del calcolítico en la Loma del Lomo (Cogollado, Guadalajara), *II Congreso de Arqueología Peninsular, Zamora*, del 24 al 27 de septiembre de 1996, Fundación Rei Afonso Henriques, Tomo II Neolítico, Calcolítico y Bronce: 495-507
- (2001): *La Loma de Lomo III Cogollado (Guadalajara)*. Patrimonio Histórico – Arqueología. Castilla la Mancha, Guadalajara
- VELA COSSÍO (2003): Investigación arqueológica y construcción con tierra en la Península ibérica. *Actas del II Simanrio Iberoamericano de Construcción con Tierra, Maireia*
- VERGÉS, J. M^a; ALLUÉ, E.; ANGELUCCI, D. E.; CEBRIÁ, A.; Díez, C.; FONTANALS, M.; MANYANOS, A.; MONTERIO. S.; MORAL, S.; VAQUERO, M. Y P. ZARAGOZA (2002): La Sierra de Atapuerca durante el Holoceno: datos preliminares sobre las ocupaciones de la Edad del Bronce en la cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos). *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1): 107-126
- VINÉ ESCARTÍN, A. (1993): *Estudio del Material arqueológico del yacimiento Santioste, Otero de Sariegos*. Zamora. Memoria original inédita, Proexco. Junta de Castilla y León, Zamora
- VINÉ, A; SALVADOR, M.; IGLESIAS, L.; RUBIO, P. Y M. A. MARTÍN (1991): Nuevos datos acerca del yacimiento “Santioste”, Otero de Sariegos (2^a Campaña de Excavación). *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florian de Ocampo, 1990-1991*: 175-190
- ZAMORA CANELLADA, A. (1976): *Excavaciones de la cueva de La Vaquera. Torreiglesias (Segovia)*; Diputación Provincial de Segovia
- ZAPATA, L.; BALDELLOU, V. Y P. UTRILLA (2008): Bellotas de cronología neolítica para consumo humano en la cueva de Chaves (Bastarás, Huesca). En HERNÁNDEZ PÉREZ, M. SOLER, J. Y. J. LÓPZ PADILLA (Edit): *Actas del IV Congreso del Neolítico Peninsular*. Tomo I, Museo Arqueológico de Alicante: 402-410
- ZULEMA MENTXAKA, M. J. (1988): Metodología para el estudio de la cerámica del grupo Dornajos (Cuenca), *Actas del 1^{er} Congreso de Historia de Castilla y La Mancha, tomo II. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas* (1): 311-322.

LÁMINAS



Lámina 10 Panorámica del cerro de *El Parpantique* de Balluncar, desde la llanada y desde la Sierra de Hontalvilla.



Lámina 11 Vista del cerro de *El Parpantique*, cerro testigo que destaca de la Sierra de Hontalvilla.



Lámina 12 Panorámicas del cerro de *Los Torojones* de Morcuera, desde la llanada y vistas desde el mismo.



Lámina 13 Vista meridional desde el cerro de *Los Torojones*, en primer término de la Sierra de Morcuera y al fondo la Sierra de Guadarrama



Lámina 14 Vista desde *Los Torojones* de la plataforma que se abre al Valle del Duero, al fondo y en detalle el yacimiento de *El Turronero* de Peñalba de San Esteban.



Lámina 15 Detalle de la cara interior del revoco de la cabaña de *Los Cotorros*. Foto Areco



Lámina 16 Detalle de hoyos para postes en *Los Cotorros*. Foto Areco



P. 8



P. 7



M. 10



P. 30



M. 18



M. 20

Lámina 17 Materiales cerámicos de *El Parpantique* (P) y *Los Torojones* (M). Foto A. Plaza. Museo Numantino.
Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza



P. 49



P. 47



P. 56



P.42



P. 61

Lámina 18 Materiales cerámicos de *El Parantique* (P). Foto A. Plaza. Museo Numantino.
Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza.



M 86



P. 165



M. 120



P. 167



P.164



P. 110

Lámina 19 Materiales cerámicos de *El Parpantique* (P) y *Los Torojones* (M). Foto A. Plaza. Museo Numantino. Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza.



P. 90



P. 108

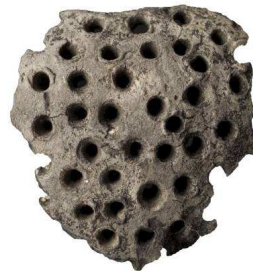
Lámina 20 Materiales cerámicos de *El Parpantique* (P). Foto A. Plaza. Museo Numantino.
Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza



P. 122



M. 76



M. 79



P. 43

Lámina 21 Materiales cerámicos de *El Parpantique* (P) y *Los Torojones* (M). Foto A. Plaza. Museo Numantino.
Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza



P.134



P.135



P. 130



P.131



P. 126



P.136

Lámina 22 Materiales cerámicos de *El Parpantique* (P). Foto A. Plaza. Museo Numantino.
Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza



M. 83



P. 132



P. 145



P. 150



P. 151



P. 149

Lámina 23 Materiales cerámicos de *El Parpantique* (P) y Los Torojones (M). Foto A. Plaza. Museo Numantino.
Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza



P. 143



P. 139



P. 142



P. 124

Lámina 24 Materiales cerámicos de *El Parantique* (P). Foto A. Plaza. Museo Numantino.
Fuera de escala. Los números hacen referencia al del dibujo de cada pieza

ANEXOS

Anexo 1 Catálogo de yacimientos arqueológicos

Datos procedentes del Inventario Arqueológico de la Comunidad de Castilla y León (IACyL) correspondientes al territorio del Alto Duero en las provincias de Burgos, Segovia y Soria.

Atribuciones: Calcolítico, Campaniforme, Bronce Antiguo, Bronce Medio y Bronce Final.

Leyenda de las tablas del inventario de los yacimientos

Código: 00+000+000+00

00 Código de provincia

000 Código de municipio

000 Código de localidad

00 Número de enclave

Localidad: nombre de la localidad

Comp Sup. Posibilidad de compartir superficie correspondiente a más de un término municipal.

Topónimo: nombre genérico

Tipo: (y) yacimiento. (H) hallazgo aislado

Seguro / Posible: (s) o (p)

Extensión: Superficie del yacimiento en hectáreas.

Actuaciones: (P) prospección; (E) excavación, (C) Consolidación

Otras atribuciones: atribución cultural reconocida además de la que posibilita la clasificación listada:

1	Paleolítico Inferior
3	Paleolítico Medio
4	Paleolítico Superior
5	Epipaleolítico
6	Neolítico
7	Calcolítico
8	Campaniforme
9	Bronce Antiguo
10	Bronce Medio
11	Bronce Final
12	Hierro I
13	Hierro II
14	Romano Republicano
15	Romano Altoimperial
16	Tardoromano
17	Visigodo
18	Islámico
19	Altomedieval
20	Plenomedieval cristiano
21	Bajomedieval cristiano
22	Moderno
23	Contemporaneo
24	Indeterminado

Tipologías: según tabla:

1	Yacimiento sin diferenciar
2	Lugar de habitación
3	Asentamiento rural/villae
4	Lugar de habitación: cueva
5	Lugar de habitación: abrigo
6	Lugar de habitación: castro
7	Lugar de habitación: recinto militar
8	Lugar de habitación: indeterminado
9	Lugar funerario: tumba simple
10	Lugar funerario: necrópolis
11	Lugar funerario: monumento/dolmen
12	Lugar funerario: cueva
13	Lugar explotación de recursos primarios
14	Lugar de transporte de materia prima
15	Lugar cultural: santuario ermita
16	Edificio público obra pública
17	Arte rupestre cueva
18	Arte rupestre: abrigo
19	Arte rupestre: aire libre
20	Otros

Indicios visibles: según tabla:

1	Cisterna/Aljibe
2	Defensas foso
3	Defensas muro
4	Defensas piedras hincadas
6	Habitación rupestre
7	Hoyos basureros
8	Manchones
9	Mosaicos
10	Muros de adobe
11	Muros de ladrillo
12	Muros de mampostería
13	Muros opus caementicium
14	Muros sillería
15	Otros
16	Suelo
17	Tumba
18	Túmulo
19	Muros de tapial

Entorno: según tabla:

1	Alrededores de casco urbano
2	Casco urbano
13	Cultivos herbáceos
15	Cultivos leñosos
16	Erial
17	Monte bajo
18	Monte alto
19	Prados y pastizales

Siglas de materiales: Código alfanumérico con el que fueron signados los materiales del yacimiento para su entrega al correspondiente museo provincial

Bibliografía: Reseñas más significativas que hacer referencia al yacimiento

Condiciones Geográficas: según tabla:

1	Pico cima
3	Pico ladera
6	Pico pie
7	Portillo o collado
8	Escarpes
10	Cerro cima
12	Cerro ladera
14	Cerro pie
20	Loma/Colina cima
22	Loma/Colina ladera
24	Loma/Colina pie
30	Llanura de páramo
31	Borde de páramo
34	Cuesta de páramo
36	Pie de Páramo
40	Llano
50	Vega de río
51	Horquilla fluvial
52	Meandro
53	Lago
56	Laguna
58	Pantano
80	Terraza
82	Abrigo
84	Cueva
90	Otros

Calculítico

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-017-0001-01	ANGUIX	N	CASTELLARES	Y	P	0,13	P	21,22	1	15	22	13,15		
09-017-0001-03	ANGUIX	N	SANTA MARÍA	Y	P	0,54	P		1	15	20,22	15		
09-051-0001-02	BERLANGAS DE ROA	N	PINAR, EL	Y	P	1,60	P		1	15	80	15		
09-055-0001-08	BRAZACORTA	N	TORRE,LA	Y	P	0,40	P	19,20	1,8	15	20	18		
09-061-0001-02	CABAÑES DE ESGUEVA	N	BARDIHUELA	H	P	0,00	P		1	15	10	17		
09-105-0001-03	BRIONGOS	N	ROBLES, LOS	Y	P	3,60	P	16	1,3	8,15	40	13		OSABA, B. (1962);ANDRIO, J. (1987 a):
09-105-0002-01	CIRUELOS DE CERVERA	N	ABAÑATE	Y	P	0,72	P		1	15	10	16,18		
09-112-0001-07	CORUÑA DEL CONDE	N	DENTICULADO	H	P	0,00	P		20	15	50	13		
09-112-0001-15	CORUÑA DEL CONDE	N	SOBRE MAZARILLOS	Y	P	0,80	P		1	15	31	16		
09-112-0001-16	CORUÑA DEL CONDE	N	VALDECID	Y	P	1,30	P		1	15	31	16,17		
09-141-0001-05	FUENTESPINA	N	VALDALE	Y	P	0,18	P		1			13,15		
09-152-0001-02	GUMIEL DE MERCADO	N	CUESTA DE LOS MOROS	Y	P	0,00	P	19,20	1,7	15	10	16,17,18		DÁVILA JALÓN, V. (1958):
09-152-0001-05	GUMIEL DE MERCADO	N	SAN ANDRÉS	H	P	0,00	P		20	15	40,50	16		
09-155-0001-29	HAZA	N	FUENTEBLANCA	Y	P	0,00	P	6	1		20,22	13	97/1/1-45	
09-163-0002-07	HONTORIA DEL PINAR	N	VALLEJO DE CABEZA DEL ARO	Y	P	0,50	P		1	15	12	17	VA/93/1-8	
09-163-0002-13	HONTORIA DEL PINAR	N	SAUCES, LOS	Y	P	1,20	P		1	15	1	17		
09-168-0001-05	HORRA, LA	N	ERA DE LA CAÑADA, LA	Y	P	0,20	P		1	8,15	22	15		
09-174-0001-04	HINOJAR DEL REY	N	LLANO DE LA CRUZ	Y	P	1,50	P		1	15	30,31	13,17,18		
09-174-0001-05	HINOJAR DEL REY	N	RIBOTA	Y	P	0,00	P	17	1,10	15	12,14	15,17		OSABA, B. (1962);ANDRÉS ORDAX, S. y ABÁSULO, J.A. (1982):
09-174-0002-01	HUERTA DEL REY	N	CALLEJA, LA	Y	P	0,45	P		1	8,15	20,50	1,13		
09-174-0002-02	HUERTA DEL REY	N	CERROZUELA	Y	P	0,50	P		1	15	10	16		
09-174-0004-07	QUINTANARRAYA	N	VIRGEN DE LA ANTIGUA	Y	P	1,90	P	19,20	1,2,15	15	36	13		MADOZ, P. (1984);CRUZ, FRAY V. de la, (1985):
09-225-0001-01	MONCALVILLO	N	CUESTA DE LA HORCA	Y	P	0,30	P		1	15	10	17,19		ABÁSULO, J.A. y GARCÍA ROZAS, R. (1980):
09-232-0001-03	NEILA	N	HACHA PULIMENTADA	H	P	0,00	P	6	20	15	90	2		
09-232-0001-11	NEILA	N	TÚMULO	Y	P	0,00	P	6	11	18	10	16,19		
09-235-0001-01	OLMEDILLO DE ROA	N	CALVARIO, EL	Y	P	2,80	P		1	7,8	20	1,15,16	BU-02/98-98.6/OR-CAL	
09-235-0001-02	OLMEDILLO DE ROA	N	CARRIL, EL	Y	P	2,00	P		1	8	20,51	13,15,16,18	BU-02/98-98.6/OR-CAR	

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-235-0001-03	OLMEDILLO DE ROA	N	ERAS/SANTIAGO	Y	P	2,00	P	17,19	1	8	22	13,15	BU-02/98-98.6/OR-ER	
09-235-0001-05	OLMEDILLO DE ROA	N	BUSILES	Y	P	4,00	P		1	7,8	20,22	13,15		
09-235-0001-10	OLMEDILLO DE ROA	N	SERNA, LA	Y	P	0,90	P		1	15	22	13		
09-256-0001-02	BOADA DE ROA	N	REVILLA MORA	Y	P	2,40	P		1	15	24	13,16,18		
09-256-0001-03	BOADA DE ROA	N	SAN BLAS	Y	P	8,00	P	19,20,21	1,2,10,15	15	20,22	1,13,15		MADOZ, P. (1984):
09-256-0002-05	GUZMAN	N	MESA SANTA	Y	P	0,40	P		1	15	22	15		
09-256-0002-09	GUZMAN	N	LA ATALAYUELA	H	P	0,00	P		1	8		13,15,16		
09-256-0003-01	PEDROSA DE DUERO	N	CEMENTERIO	Y	P	0,50	P	16,17,19,20,21,22	2	12,15	20	13,15		MADOZ, P. (1845-50):
09-256-0003-03	PEDROSA DE DUERO	N	TEJERA, LA	Y	P	3,60	P	17,19,20,21,22	2	15	20,22,24	13		
09-256-0004-08	QUINTANAMANVIRGO	N	PIQUETE, EL	Y	P	0,90	P		1	15	22	13,15,16		
09-261-0001-03	PEÑARANDA DE DUERO	N	LAS ARENAS	Y	P	0,00	P	19	1,20			13		
09-261-0001-16	PEÑARANDA DE DUERO	N	EL CASTILLO 2	Y	P	1,50	P		1			13,15		
09-261-0001-34	PEÑARANDA DE DUERO	N	LA TEJERA 1	Y	P	1,50	P		1		50	13		
09-261-0001-36	PEÑARANDA DE DUERO	N	LA TEJERA 3	Y	P	0,20	P		1		50,90	13,16		
09-268-0002-03	PINILLA DE LOS BARRUECOS	N	PEÑACASTILLO	Y	P	0,00	P	19,20,21	1,7	15	10	2,16		CADIÑANOS, I. (1987):
09-270-0001-11	PINILLA-TRASMONTA	N	MATALESA	Y	P	0,80	P		1	15	10	13,16		
09-270-0001-12	PINILLA-TRASMONTA	N	REVILLAS, LAS	Y	P	0,54	P		1	15	10	16		
09-270-0001-15	PINILLA-TRASMONTA	N	VALDEFRESNILLO	Y	P	0,65	P		1	15	10	16		
09-281-0001-02	QUINTANA DEL PIDIO	N	SAN MIGUEL	Y	P	0,90	P	10,16,17,19	1,2,3,10,15	7,8,15	20,22,50	13,15,16		
09-321-0001-08	ROA	N	LA GLORIA I	Y	S	0,00	P		1		50	13		
09-321-0001-09	ROA	N	LA GLORIA II	Y	S	0,00	P		1		50,90	13,16		
09-321-0001-12	ROA	N	EL PINAR	Y	P	0,00	P		1		50,90	13,15		
09-352-0001-01	SANTA MARIA DE MERCADILLO	N	ANDALIJARES	Y	P	0,32	P		1	15	20	16		
09-352-0001-04	SANTA MARIA DE MERCADILLO	N	CORNICASTRO	Y	P	0,30	P		1	15	31,51	16,17		
09-352-0001-05	SANTA MARIA DE MERCADILLO	N	NUESTRA SEÑORA DE LA VEGA	Y	P	0,30	P	20,21,22	2,10,15	8,15,17	20,22,50	13		GARCÍA GRINDA, J.L. (1982);MADOZ, P. (1984):
09-355-0001-01	SANTIBAÑEZ DE ESGUEVA	N	ALTO DE LAS QUINTANAS	Y	P	0,50	P		1	15	31	13		
09-356-0002-01	SANTIBAÑEZ DEL VAL	N	SAN ANDRÉS DEL COCO	Y	P	1,37	P	20	1,2	15	14,50	13		MARTÍNEZ DÍEZ, G.(1987);CARRETÓN HIERRO,E(1990):
09-356-0002-03	SANTIBAÑEZ DEL VAL	N	SAN ROMAN	Y	P	0,84	P		1	8,15	14,50	13		

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-358-0004-04	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DEL ÁNGEL	Y	P	0,00	P	17,19,20	4	6	8	18		STRATO, S. L. (1999); RUBIO MARCOS, E. (1986):
09-358-0004-05	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DEL PADRE SATURIO	Y	P	0,00	P	8	4	6	8	18		STRATO, S. L. (1999); OSABA, B. (1962):
09-358-0004-06	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DEL PICACHO	Y	P	0,00	P	8	4	6	8,10	18		STRATO, S. L. (1999); OSABA, B. (1962):
09-358-0004-07	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DE SAN GARCÍA	Y	P	0,00	P	4,9,10,11	4,12,17	6	8	18		VV. AA. (1982):
09-358-0004-09	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	HOMBRO DE SANTA LUCÍA	Y	P	0,32	P	20,21,22	1,2	15	24	13		
09-358-0004-11	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	PEÑA DE NUESTRA SEÑORA	Y	P	0,30	P	16	1	15	10	18		STRATO S. L. (1999); ABÁSOLA, J. A. y GARCÍA ROZAS, R. (1980):
09-358-0004-12	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	PICACHO, EL	Y	P	1,50	P	8,9	6,10	15	10	18		VV. AA. (1982); STRATO S. L. (1999):
09-358-0004-13	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	PRADO CHICA	Y	P	0,20	P		1	15	22	18		
09-369-0001-01	PINILLOS DE ESGUEVA	N	SAN PEDRO	Y	P	3,50	P		1	15	30,31	17		
09-369-0001-03	PINILLOS DE ESGUEVA	N	VARGA, LA	Y	P	0,36	P		1	15	30	13,15		
09-369-0002-01	SOTILLO DE LA RIBERA	N	CRUZ BLANCA	Y	P	0,00	P		1	15	22	15		
09-378-0001-03	TEJADA	N	CUESTA DEL LOMO	Y	P	0,50	P		1	15	10	17		
09-387-0001-03	TORREGALINDO	N	EL RONCO I.	Y	P	2,70	P	10	1		22	13		
09-400-0001-02	VADOCONDES	N	EL BARCO	Y	P	0,80	P		1		50	13		
09-403-0001-06	VALDEANDE	N	VILLAJIMENO	Y	P	1,20	P	16,17,19,20	1,2,10,15	8,15	31,34	13,16		MARTÍNEZ DÍEZ, G. (1987):
09-405-0001-02	VALDEZATE	N	EL SOTO	Y	S	0,00	P		1	7,8	50	13	97/1/1-14	
09-421-0002-04	VID, LA	N	CAMINO DE LOS ROMPEZIZOS	Y	P	0,40	P	19,20	1	8,15	50	13		
09-421-0002-09	VID, LA	N	GALERA, LA	Y	P	0,12	P		1	8,15	22	13		
09-421-0003-03	ZUZONES	N	HENAR, EL	Y	S	1,00	P	19	1	8,15	50	13		PALOMINO LÁZARO, A.L. (1993):
09-428-0001-02	VILLAESCUSA DE ROA	N	COVENCEJO	Y	P	0,80	P		1	8,15	31	13		
09-428-0001-06	VILLAESCUSA DE ROA	N	PEÑA DE MARISOL	Y	P	0,60	P		1	15	31	13,17		
09-483-0001-03	ZAZUAR	N	VALDEARADOS	Y	P	1,50	P		1		50	13		
40-008-0001-08	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	40-008-0001-08	Y	P	0,30	P	9,10	8		34	16	ASM/8	
40-008-0001-10	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	CERRO CAMPO	Y	S	0,42	P	9	8		80	13,15,19	ASM/10	
40-024-0003-04	FRANCOS	N	CERRILLOS, LOS	Y	S	1,05	P	9,12	8		22	13,19	FR/4	
40-024-0007-01	SANTIBAÑEZ DE AYLLON	N	VALDELADEHESA	Y	P	1,25	P		5		82	16,19	STB/1	
40-024-0007-06	SANTIBAÑEZ DE AYLLON	N	MOLINO DE LAS HARINAS	Y	P	0,00	P	8	4		50,84	15	75/135/SAN/1,2,3,4	DELIBES, G. / MUNICIO, L. (1981); MUNICIO GONZÁLEZ, L. (1984):
40-029-0001-01	BERCIMUEL	N	CALVARIO, EL	Y	P	3,04	P	10,15,16	2,3	8,12,15,16	40	13	BW/1 BM/4	MOLINERO PEREZ, A. (1950); MOLINERO PEREZ, A. (1971):

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
40-039-0003-01	VALDEVARNES	N	ULAGARES, LOS	Y	P	3,13	P	9	2,12		10,12,84	13,16	VV/1 y 2.	
40-052-0001-03	CEDILLO DE LA TORRE	N	CUEVA DEL PICOZO	Y	P	0,00	P		12		12,84	18	CTR/4	
40-055-0001-03	CILLERUELO DE SAN MAMES	N	CARABIELAS	H	P	0,00	P		20		12	17	CIL/3	
40-109-0001-04	LANGUILLA	N	REDONDO, EL	Y	S	165,00	P	10,16	8	8	20,50	13,15	LN/1	
40-109-0001-06	LANGUILLA	N	ZARZONA II, LA	Y	P	0,50	P	9,12	8		80	15,19	LN/6	
40-109-0002-02	MAZAGATOS	S	40-109-0002-02	Y	P	0,10	P	9,10	8		80	13,15	MZG/2	
40-130-0001-11	MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA	N	CASTILLO	Y	P	1,26	P	9,13,19	7,8	12,19	51,52	13,15,16	MVS/12 MVS/18	
40-130-0001-12	MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA	N	40-130-0001-12	Y	S	0,14	P	9	8		22	15,16	MVS/13	
40-130-0001-17	MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA	N	40-130-0001-17	Y	P	1,26	P	9	8	8	12	13,15	MVS/18	
40-161-0001-04	CARABIAS	N	DETRÁS DE LA CUESTA	Y	P	0,04	P	9	8	8	10	13,19		
40-161-0001-07	CARABIAS	N	HALLAGO AISLADO Nº 3	H	P	0,00	P		1		12	13,19		
40-212-0001-01	VALDEVACAS DE MONTEJO	N	ABRIGO DE VALDECASUAR	Y	S	0,00	P		5		82	18,19		
40-212-0001-02	VALDEVACAS DE MONTEJO	N	HIRUELA, LA	Y	P	0,00	P	1	1		12,80	13,17,18		
40-212-0001-04	VALDEVACAS DE MONTEJO	N	ESCALIRUELA I, LA	Y	S	0,02	P	6	5		31,82	17,18		
40-212-0001-13	VALDEVACAS DE MONTEJO	N	HALLAZGO AISLADO Nº9	H	P	0,00	P	15,19,21	1		22	13,15,16		
40-229-0002-03	VILLVERDE DE MONTEJO	N	ESCUBILLOS, LOS	Y	P	1,44	P	9	1		12	13,16,17		
40-229-0002-09	VILLVERDE DE MONTEJO	N	CORRALES DE LA MAJADA DE LA MATA	H	P	0,00	P		1		12	17		
42-006-0001-01	ALCONABA	N	CERRO HOMBRE MUERTO	Y	P	0,00	P	9	9	15	20	13		CARNICERO, J. Mª (1985);BOROBIO SOTO, Mª. J. (1985);
42-007-0002-01	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PICO RIBALVILLA	Y	S	0,26	P	9,21	1,8,13		90		91/270	
42-007-0002-04	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	NAVAS I, LAS	Y	S	1,10	P	8	1,8,13		20	13	91/273	
42-007-0002-05	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO TOMILLARON	Y	S	0,41	P	8,9	1,8,13		12	13	91/275	
42-007-0002-06	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	NAVAS II, LAS	Y	S	0,33	P	8	1,8,13		12	13	91/274	
42-007-0002-07	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO MOJON ZORRO	Y	S	0,81	P	9	1,8,13		12	13	91/276	
42-007-0002-08	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	TOMILLARON I, EL	Y	S	1,60	P	9	1,8,13		22	13	91/278	
42-007-0002-09	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	MOJON DEL ZORRO	Y	S	0,51	P	8	1,8,13		22	13	91/277	
42-007-0002-10	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	TOMILLARON II, EL	Y	S	0,00	P	8,9	1,8,13		12	13	91/279	
42-007-0002-11	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CEPAR I, EL	Y	S	2,97	P	9	1,8,13		12		91/280	
42-007-0002-13	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CAÑICERA	Y	S	0,00	P	9	1,8,13		12	13	91/284	

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-007-0002-14	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	ROSAL, EL	Y	S	1,42	P	8,9	1,8,13		10	13	91/285	
42-007-0002-21	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	S	TAZUELA, LA	Y	S	1,38	P	8,9	1,8,13		10	13	91/254	
42-007-0002-23	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	HOYO LAS CABRAS	Y	S	0,17	P	8	1,8,13		10		91/258	
42-007-0002-24	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANOS CARBONERA II	Y	S	0,12	P	9	1,8,13		30	13	91/257	
42-007-0002-26	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CABEZA PELADA	Y	S	0,52	P	8	1		10	13	91/259	
42-007-0002-30	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANO EL MEDIO	Y	S	0,41	P	8	1,8,13		10	13	91/264	
42-007-0002-31	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	SIERRA LA MATA	Y	S	3,09	P	8	1,8,13		10		91/267	
42-007-0002-33	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	S	PARED, LA	Y	S	0,51	P	9	1,8,13		10	13	91/266	
42-007-0002-35	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CHORRON, EL	Y	S	0,81	P	9	1,13		40	13	91/245	
42-007-0002-37	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	NEVERA, LA	Y	S	0,31	P	9,19,21	1,13		90		91/237	
42-007-0002-38	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CHARCAS, LAS	Y	S	5,13	P	8,9,16,19	1,13		20	13	91/239	GOMEZ SANTA CRUZ, J. (1992):ORTEGO FRIAS, T.:
42-007-0002-39	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANOS, LOS	Y	S	1,63	P	8	1,13		10		91/234	
42-007-0002-40	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	SINOVA, LA	Y	S	3,08	P	9,15,16	1,3,13		20,22	13	91/232	
42-007-0002-41	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PALOMAR, EL	Y	S	0,69	P	9,16	1,3,13		22	13	91/233	
42-007-0002-43	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANO COLMENAR	Y	S	0,00	P	8,9,21	1,8,13		10	13	91/247	
42-007-0002-44	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO DE VALDEHUEZO	Y	S	0,53	P	8,9,10	1,13		10	13	91/246	
42-007-0002-50	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	COLMENARES II, LOS	Y	S	2,00	P	10	1,13		10	13	91/252	
42-007-0002-55	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	VALDECAZADA	Y	S	4,48	P	9	1,13		80	13	91/242	
42-007-0002-56	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	VALDECHAMUÑO I	Y	S	1,50	P	9	1,13		10	16	91/243	
42-007-0002-58	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	SOLANA, LA	Y	S	0,00	P	9,21	8,13		12		91/283	
42-013-0001-01	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	BARRACA, LA	Y	P	0,08	P		8		20	13,16		
42-013-0001-02	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	ENCIMA DEL CERRILLO I	Y	P	0,04	P		1		12	16		
42-013-0001-03	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	ENCIMA DEL CERRILLO II	Y	P	0,04	P		8		14	16		
42-013-0001-04	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	ENCIMA DEL CERRILLO III	H	P	0,00	P				12	16		
42-013-0001-05	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	SERREZUELA I	Y	P	0,10	P		1		12	16		
42-013-0001-06	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	SERREZUELA II	Y	P	0,05	P		8		12	16		
42-013-0001-07	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	SERREZUELA III	Y	P	0,10	P		8		14	16		
42-013-0001-08	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	SERREZUELA IV	Y	P	0,60	P		8		12	16		

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-013-0001-09	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	MENTIROSAS, LAS	Y	P	0,06	P		1		40	13		
42-013-0001-10	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	VALHONDO	Y	P	0,50	P		14		22	13,16		
42-013-0001-11	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	CENTENALES DE ARRIBA I	Y	P	0,00	P		1		50	13		
42-013-0001-14	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	CANTERAS, LAS	Y	P	0,10	P		1		40	13		
42-013-0001-15	ALDEHUELA DE PERIAÑEZ	N	FRONTÓN, EL	Y	P	0,08	P		1		22	16		
42-013-0002-01	CANOS	N	CUETO II, EL	H	P	0,00	P		1		22	16		
42-013-0002-02	CANOS	N	VEGUILLA I, LA	H	P	0,00	P		1		40	13		
42-013-0002-03	CANOS	N	VEGUILLA II, LA	H	P	0,00	P		1		40	13		
42-013-0002-04	CANOS	N	VIÑUELA, LA	H	P	0,00	P		1		14	13		
42-013-0002-05	CANOS	N	CUERDAS, LAS	Y	P	0,00	P		8		22	15,16,17		
42-013-0002-06	CANOS	N	PRESA, LA	H	P	0,00	P		1		40	13		
42-013-0002-07	CANOS	N	CUETO I, EL	Y	P	0,06	P		8		40	13		
42-013-0003-02	TORRETARTAJO	N	LLANO GORDO	H	P	0,00	P		1		22	13		
42-024-0001-04	ARANCON	N	CERRAONES I, LOS	Y	P	0,06	P		1		40	13,16		
42-024-0001-05	ARANCON	N	SERREZUELA I	H	P	0,00	P		1		12	16,19		
42-024-0001-06	ARANCON	N	CERRAONES II, LOS	Y	P	0,10	P		1		12	13		
42-024-0001-07	ARANCON	N	SERREZUELA II	Y	P	0,04	P		1		12	19		
42-024-0001-08	ARANCON	N	CERRAONES III, LOS	Y	P	0,04	P		1		12	19		
42-024-0001-09	ARANCON	N	CERRAONES IV, LOS	H	P	0,00	P		1		14	13		
42-024-0001-10	ARANCON	N	CAMINO VALDERROMÁN	H	P	0,00	P		1					
42-024-0001-11	ARANCON	N	CARRIL I, EL	Y	P	0,01	P		1		40	13		
42-024-0001-12	ARANCON	N	CARRIL II, EL	Y	P	0,05	P		1		40	13		
42-024-0001-13	ARANCON	N	BALSILLA, LA	Y	P	0,07	P		1		12	13		
42-024-0001-16	ARANCON	N	ARENALES II, LOS	Y	P	0,07	P		14		40	13		
42-024-0001-18	ARANCON	N	ARENALES IV, LOS	Y	P	0,06	P		14		40	13		
42-024-0001-20	ARANCON	N	ESTACIÓN II, LA	Y	P	0,02	P		14		40	13		
42-024-0001-21	ARANCON	N	LOMA I, LA	Y	P	0,11	P		1		22	13		
42-024-0001-22	ARANCON	N	BARRANCO DE LOS AREJOS	H	P	0,00	P		1		22	13		

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-024-0001-24	ARANCON	N	FRIAS II, LAS	H	P	0,00	P		1		22	13		
42-024-0001-25	ARANCON	N	CABEZADAS I, LAS	Y	P	0,09	P		8		20	13		
42-024-0001-26	ARANCON	N	CABEZADAS II, LAS	Y	P	0,08	P		8		24	13		
42-024-0001-27	ARANCON	N	CABEZADAS III, LAS	Y	P	0,09	P		8		24	13		
42-024-0001-28	ARANCON	N	CABEZADAS IV, LAS	Y	P	0,12	P		8		22	13		
42-024-0001-29	ARANCON	N	NAVAJUELOS, LOS	Y	P	0,12	P		8		12	17		
42-024-0001-30	ARANCON	N	VALDEPAJARES I	Y	P	0,05	P		8		12	18		
42-024-0001-32	ARANCON	N	VALDEPAJARES II	Y	P	0,02	P		8		12	17		
42-024-0001-33	ARANCON	N	HILAGARES I, LOS	H	P	0,00	P		1		20			
42-024-0001-34	ARANCON	N	HILAGARES II, LOS	H	P	0,00	P		1		12	13		
42-024-0001-37	ARANCON	N	ROBLEDO	Y	P	0,30	P		14		20	16		
42-024-0002-01	CORTOS	N	PAGUILLO I, EL	H	P	0,00	P		1		22	13		
42-024-0002-02	CORTOS	N	CHAVALINDO	H	P	0,00	P		1		40	13		
42-024-0002-03	CORTOS	N	PAGUILLO II, EL	H	P	0,00	P		1		22	13		
42-024-0002-04	CORTOS	N	MUELA, LA	H	P	0,00	P		1		50	13		MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0002-05	CORTOS	N	VALDELACASA	H	P	0,00	P		1		50	13		MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0003-01	NIEVA DE CALDERUELA	N	DETRAS DE LA FUENTE I	H	P	0,00	P		1		22	13		
42-024-0003-02	NIEVA DE CALDERUELA	N	DETRAS DE LA FUENTE II	Y	P	0,10	P		8		40	19		
42-024-0003-03	NIEVA DE CALDERUELA	N	CORTAO, EL	Y	P	0,15	P		8		12	16		
42-024-0004-03	OMEÑACA	N	CARRASCONES I	Y	P	0,00	P		14		22	16	92/111	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0004-07	OMEÑACA	N	CARRASCONES II	H	P	0,00	P		1		12	16	92/118	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-02	CALDERUELA	N	CARRASCONES, LOS	Y	P	0,00	P		14		12	13,16	92/122	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-03	CALDERUELA	N	CUADRADA, LA	H	P	0,00	P	9	1		40	16	92/112	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-04	CALDERUELA	N	LASTRA DE ONTANILLA	Y	P	0,00	P	9	8		40	16	92/117	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-05	CALDERUELA	N	LASTRA DEL MEDIO	Y	P	0,00	P	9	8		20	16	92/120	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-06	CALDERUELA	N	CENCEJO I	Y	P	0,00	P	9	8		20	16	92/121	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-07	CALDERUELA	N	CENCEJO II	H	P	0,00	P		14		20	16	92/114	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-08	CALDERUELA	N	CENCEJO III	Y	P	0,00	P		14		20	16	92/119	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-024-0006-09	CALDERUELA	N	CENCEJO IV	Y	P	0,00	P	9	8		20	16	92/116	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-10	CALDERUELA	N	PILILLA, LA	Y	P	0,00	P		14		40	16	92/113	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-11	CALDERUELA	N	CORDEL I	H	P	0,00	P		1		20	16	92/115	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-12	CALDERUELA	N	CORDEL II	Y	P	0,00	P		14		12	16	92/110	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-026-0001-10	ARENILLAS	N	CASTILLEJOS, LOS	Y	S	3,00	P	8	8		10	16	94/403	
42-027-0001-02	AREVALO DE LA SIERRA	N	ARROYO DE LA FUENTE I	Y	P	0,15	P	9	8		40	13		
42-027-0003-01	VENTOSA DE LA SIERRA	N	FUENTE PESQUERA II	Y	S	4,90	P	9	8		12	13,16	97/351	
42-029-0004-13	ROMANILLOS DE MEDINACELI	N	MATILLA, LA	Y	S	0,42	P	8	8		30	18	94/99	
42-035-0001-02	ABANCO	N	CASARES II, LOS	Y	S	0,30	P	8	1		22	16	92/229	
42-035-0001-06	ABANCO	N	CALZADURAS, LAS	Y	S	1,09	P	9	1		12	13	92/233	
42-035-0001-07	ABANCO	N	CERRO LAS ARRIBAS	Y	S	3,00	P	9	1		10	16	92/234	DELIBES DE CASTRO, G.(1976);TARACENA AGUIRRE, B.(1941):
42-035-0001-12	ABANCO	N	RUBIALES DE CRUZ, LOS	Y	S	0,06	P	8	1		20	13	92/238	
42-035-0001-14	ABANCO	N	PRADO CERRADO	Y	S	0,16	P	8,22	1		50	13	92/241	
42-035-0004-02	BERLANGA DE DUERO	N	PISCAL, EL	Y	S	2,24	P	10,22	1		12	16	92/268	
42-035-0005-13	BRIAS	N	VALHONDO	Y	S	3,12	P	8	1,10		10	16	92/256	
42-035-0008-03	LUMIAS	N	CARRAVILLA	Y	S	0,62	P	9	8,20		22	13,16	92/152	
42-054-0001-01	CARRASCOSA DE LA SIERRA	N	ALTO DE LA TEJERA	Y	S	0,30	C,E,P	6,8	11	15,18	10	16	85/6	ROJO, M./JIMENO, A./FERNANDEZ, J.J. (1989);JIMENO, A. (1988);JIMENO Y FERNANDEZ MORENO, J. J. (1992)
42-056-0001-01	CASTILFRIO DE LA SIERRA	N	VIÑUELA, LA	Y	P	0,18	P	8	8		40, 50	13	90/29 y 94/559	
42-056-0001-02	CASTILFRIO DE LA SIERRA	N	CUATRO CALLEJAS, LAS	Y	S	1,00	P	6	8		36	13, 16	90/29 y 94/559	
42-056-0001-03	CASTILFRIO DE LA SIERRA	N	CASAREJOS	Y	S	0,00	P	6	8		31	13, 16	90/29 y 94/559	
42-064-0001-24	CIRIA	N	SABINARES	Y	P	1,15	P	9	4		84	16	94/636 y 94/637	
42-085-0001-03	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	TORCA III, LA	Y	S	2,09	P	8	8		12	13	91/404	
42-085-0001-04	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CUESTA, LA	Y	S	1,28	P	8	8	8	12	13	91/405	
42-085-0001-05	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CANTERA, LA	Y	S	2,55	P	9	8		10	13,18	91/406	
42-085-0001-08	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CORRAL MATEO	Y	S	1,40	P	8,9	8		12	13,16	91/409	
42-085-0001-09	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	PALOMAR I	Y	S	1,70	P	9	8	8	10,12	13	91/410	
42-085-0001-23	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	DUDERO	Y	S	2,50	P	9	8		10	13	91/424	
42-085-0001-24	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	REVILLA, LA	Y	S	1,96	P	9	8		10,12	13,16	91/425	

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-085-0001-26	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	FUENTECILLA	Y	S	1,56	P	8	8		10,12	13	91/427	
42-085-0003-03	SANTERVAS DEL BURGO	N	CHAPARRA, LA	Y	S	1,08	P	8,9,19,21,22	1,13		22	13	91/211	
42-085-0004-02	ZAYUELAS	N	CAMINO DE ZAYAS	Y	S	0,31	P	8,9,15,21	1,3,13		12	13,15,17	91/209	
42-085-0004-03	ZAYUELAS	N	REVINIESTA	Y	S	2,40	P	8,9	1,13		20	13,17	91/198	
42-085-0004-04	ZAYUELAS	N	VAL DE VELA	Y	S	0,10	P	9,21,22	1,13		22	13,15,18	91/207	
42-085-0004-06	ZAYUELAS	N	TALLAR, EL	Y	P	1,56	P	9	1,13		22	13	91/199	
42-085-0004-08	ZAYUELAS	N	ALTO SESTIL	Y	S	0,26	P	8,9	1,13		10	13,16	91/206	
42-085-0004-09	ZAYUELAS	N	ENCAÑOS, LOS	Y	S	0,27	P	9,19	1,13		10,12	13,18	91/197	
42-085-0004-11	ZAYUELAS	N	ARRIBA DEL ARROYO VALDELAGUNAS	H	P	0,00	P	9	1		20	13	91/200	
42-085-0004-13	ZAYUELAS	N	CABEZA MATANZA	Y	P	3,08	P	9	1,13		10	13	91/201	
42-085-0004-14	ZAYUELAS	N	ALTO MONTANAR	Y	S	0,59	P	8,9	8,13		20	13	91/204	
42-085-0004-15	ZAYUELAS	N	CARRASQUILLAS	Y	S	0,66	P	9,10,11	1,13		20	13	91/205	
42-089-0003-04	PEDRAZA	N	PEDRAZA	Y	P	0,35	P	9,19,21	1		12	13	91/371/1-37	CARNICERO, J. Mª (1985):
42-094-0003-01	DOMBELLAS	N	HUERTA, LA	Y	P	0,02	P	9	1		20	15		
42-094-0004-07	GARRAY	N	CERRO LA MUELA	Y	S	0,00	C,E,P	8,9,12,13,14,15,17	2,6,8,10	1,3,12,15	12,51	16		SCHULTEN, A. (1945);ROMERO CARNICERO, F. (1991):
42-094-0004-13	GARRAY	N	VALDELILO	Y	P	0,00	E,P	9,15	3,8		10	13,16	91/41	GOMEZ SANTACRUZ, J./MORALES HERNÁNDEZ, F. (1990);MORALES, F. (1995):
42-094-0004-15	GARRAY	N	VEGA, LA	Y	S	0,02	P	12,13,14,15	3,7,8		20	13	83/54	GOMEZ SANTACRUZ, J./MORALES HERNÁNDEZ, F. (1990);SCHULTEN, A. (1945):
42-096-0002-01	GOMARA	N	TEJERA, LA	Y	P	0,00	P	6,9	1	15	12	13	82/112	CARNICERO, J.Mª (1985);BOROBIO SOTO, MªJ. (1985):
42-096-0004-03	PAREDESROYAS	N	PEÑA LA MOZA	Y	P	0,00	P	9	14	15	10	13	82/48	CARNICERO, J.Mª (1985);BOROBIO SOTO Mª.J. (1985):
42-096-0004-04	PAREDESROYAS	N	CALVARIO, EL	H	P	0,00	P	9			10	13		CARNICERO, J. Mª. (1985);BOROBIO SOTO, Mª J. (1985):
42-103-0003-26	LANGA DE DUERO	N	SAN ROMÁN II	Y	S	0,34	P	9	8		40	13,15	97/58; 99/176	
42-103-0004-10	VALDANZO	N	VILLAREJOS I, LOS	Y	S	0,30	P	9	8		34	13,16	97/30	
42-111-0001-01	MATAMALA DE ALMAZAN	N	ALTO DE LA SOLANA	Y	P	0,70	P	9	1	8	10	13,16	2003/199/1	REVILLA ANDÍA Mª. L. (1985):
42-116-0001-33	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	ARIAL, EL	Y	S	3,25	P	9,13	8		20	13,15	97/108	
42-120-0001-01	CARRASCOSA DE ARRIBA	N	CASTILLEJOS, LOS	Y	S	6,00	P	9,15	8		10	13,16	99/127	
42-120-0001-02	CARRASCOSA DE ARRIBA	N	CANTOBLANCO	Y	S	0,00	P		8		31	13,16		
42-120-0001-03	CARRASCOSA DE ARRIBA	N	CASTILLEJOS, LOS	H	P	0,00	P		1		12	13,16,19		
42-120-0005-03	LIGOS	N	CUEVA DEL ROTO	Y	S	0,00	E,P	9,16	4		84		85/7	ORTEGO, T. (1961);ORTEGO, T. (1960):

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-123-0002-02	SEÑUELA	N	CUESTA MARTÍN	Y	P	0,00	E,P	9	8		10	13,16	2003/202/1; 83/71	VILLADANGOS GARCÍA, L. M.; ALONSO GREGORIO, O. (2003);REVILLA ANDÍA, Mª. L. (1985):
42-127-0001-04	NAFRIA DE UCERO	N	DEHESA, LA	Y	S	0,00	P	9	1,13		22	13,17	91/227	
42-128-0001-01	NARROS	N	JIMA, LA	Y	S	1,92	P	3,9	8		14	16,18	89/16 y 2000/170	ARELLANO, V JIMÉNEZ, C./ RAMÓN, N. (1992);MORALES, F. (1995):
42-132-0001-14	NOVIERCAS	N	LOSILLA, LA	Y	S	2,64	P	8	8,11	18	10,12		94/592	ROJO, M./ JIMENO, A./ FERNÁNDEZ, J. J. (1992);TARACENA, b. (1941):
42-132-0001-36	NOVIERCAS	N	MOLINO CHIQUÍN	H	P	0,07	P	9	1		14			
42-132-0001-37	NOVIERCAS	N	CANTO HINCADO	H	P	0,00	P		1		14			
42-132-0001-40	NOVIERCAS	N	MONGIA II, LA	H	P	0,00	P		1		40			
42-154-0002-01	RENIEBLAS	N	ALTO LA BRAVA I	H	P	0,00	P		8		22	13		
42-154-0002-02	RENIEBLAS	N	ALTO LA BRAVA II	H	P	0,00	P		8		20	13		
42-154-0002-03	RENIEBLAS	N	MATAMALA	Y	P	0,00	P		8		22	13		MORALES, F. (1995):
42-154-0002-04	RENIEBLAS	N	RIBAZO GORDO	H	P	0,00	P		1		22	13		
42-154-0002-05	RENIEBLAS	N	MOJON BLANCO	Y	P	0,00	P		1		24	13		
42-154-0002-07	RENIEBLAS	N	CAÑADILLAS	H	P	0,00	P		1		12	13,18		
42-154-0002-08	RENIEBLAS	N	BARRANCO DE SAN PEDRO	Y	P	0,12	P		1		22	13		
42-154-0002-09	RENIEBLAS	N	CAÑADA DE MARIA RUIZ	Y	P	0,02	P		8		24	13		
42-154-0002-13	RENIEBLAS	N	TRINCHERAS, LAS	Y	S	0,50	P		1		24	13		
42-154-0002-14	RENIEBLAS	N	CERRO BALAGUER	Y	S	0,00	P		1		12	13,18	82/20	MORALES, F. (1995);CARNICERO, J. Mª (1985):
42-154-0003-01	VENTOSILLA DE SAN JUAN	N	PEÑUELAS, LAS	Y	P	0,16	P		8		14	13,16		
42-154-0003-03	VENTOSILLA DE SAN JUAN	N	CERRO DE LA MUELA, EL	Y	P	0,90	P		8		20	16		
42-154-0003-06	VENTOSILLA DE SAN JUAN	N	ERO, EL	H	P	0,00	P		1		40	13		
42-160-0003-03	LANGOSTO	N	HITALES, LOS	Y	P	0,04	P	9	1		50	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):
42-160-0003-04	LANGOSTO	N	PEÑA CALERIZO	Y	P	0,00	P	9	13		12	17		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985);GOMEZ BARRERA, J.A. (1992):
42-160-0003-05	LANGOSTO	N	JARAIZES I, LOS	Y	P	0,70	P	9,19	1		14	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985);FUIDIO, F. Y PEREZ DE BARRADAS (1927):
42-160-0003-06	LANGOSTO	N	JARAIZES II, LOS	Y	P	0,01	P	9	1		14	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):
42-160-0004-01	ROYO, EL	N	PUNTAL, EL	H	P	0,00	P	9	1		10	18		Carnicero Arribas, J.M.(1985):
42-160-0005-03	VILVIESTRE DE LOS NABOS	N	VEGA CINTORA I	Y	P	0,08	P	9,22	1		40	13,18		MARTÍNEZ, G. (1983);CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):
42-160-0005-04	VILVIESTRE DE LOS NABOS	N	VEGA CINTORA II	Y	P	0,02	P	9	1		40	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):
42-162-0001-11	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	CORRAL IZQUIERDO	Y	P	0,25	P	8	8		12		2000/39	

DIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-162-0001-14	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	BLANQUERA, LA	Y	S	4,25	P	8,9	8		12		2000/42	
42-162-0003-05	INES	N	DEGOLLADERO	Y	S	0,88	P	9	8		30	13,16,18	95/535	
42-162-0003-20	INES	N	PEÑACID	Y	S	2,17	P	9	8		40	13,15	95/526	
42-162-0003-23	INES	N	SENDA VALDELASCUEVAS	Y	S	1,36	P	9	8		50	13,15	95/543	
42-162-0003-26	INES	N	VALDEPELAYO I	Y	S	1,85	P	11	8		20	13,16	95/542	
42-162-0003-27	INES	N	VALDEPELAYO II	Y	S	0,86	P	9	8		20	13,15	95/536	
42-162-0008-08	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	CARRAPIQUERAS	Y	S	0,52	P	9	8		20	13	95/608	
42-162-0008-16	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	GUINDALERA, LA	Y	S	0,25	P	9	8		10	15,16	95/617	
42-162-0008-22	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	VALDEMINGON I	Y	S	0,29	P	9	8		20	16	95/606	
42-162-0008-23	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	VALDEMINGON II	Y	S	0,16	P	9	8		20	16	95/603	
42-162-0012-26	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	PIOJAR I	Y	S	0,52	P	8	8	8	20		95/161	
42-162-0014-12	SAN ESTEBAN DE GORMAZ	N	CUEVA DE LAS SALINAS	Y	P	0,00	P	9	17		84			GOMEZ, J.A./HERAS, E. (1995):
42-162-0019-43	VILLALVARO	N	VALDELAPRESA VI	Y	S	0,13	P	8	8		12		92/86	
42-185-0001-07	TORREBLACOS	N	MONTANA, LA	Y	P	1,70	P	9	8		20	13,16	95/274	
42-189-0001-11	UCERO	N	RISCA PERDICES	H	P	0,00	P	9	1		51	17	93/61	
42-192-0001-04	VALDEGEÑA	N	CUEVA DEL PEÑAL	Y	S	0,44	P	8,9,16	4,8		12,84	18	210, 211, 212, 215	JIMENO MARTINEZ, A. (1986); BENITO, F. (1992):
42-201-0001-01	VELILLA DE LA SIERRA	N	VELDEHERREROS	Y	P	0,70	P		8		10,12	16		
42-201-0001-06	VELILLA DE LA SIERRA	N	PEÑAPARDA I	H	P	0,00	P		1		40	13		
42-208-0001-01	VILLAR DEL CAMPO	N	CAMPANIFORME/LITICA	H	S	0,00	P	8	1,14					CARNICERO ARRIBAS, J.Mª, (1984); DELIBES DE CASTRO, G. (1978):
42-208-0001-09	VILLAR DEL CAMPO	N	TERREROS, LOS	Y	S	0,00	E,P	9	8		12		90/29 y 94/559	LERIN ET ALII (2002)

Campaniforme

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-003-0001-01	ADRADA DE HAZA	S	CERCADOS I.	H	P	0,00	P		20			13,15		
09-018-0002-02	ARANDA DE DUERO	N	CABARROSO	Y	P	0,10	P		1			13		
09-018-0002-17	ARANDA DE DUERO	N	FUENTECILLAS I	Y	P	0,00	P		1			13		
09-018-0002-20	ARANDA DE DUERO	N	MATARANDA II	Y	S	0,00	P		1			13		
09-018-0003-07	SINOVAS	N	LA RASTRILLA VII	Y	S	0,00	P	22,23	1			13,15		
09-033-0001-01	BAHABON DE ESGUEVA	N	ALTO DE VALDETORRES	Y	S	1,50	P		1	15	31	17		
09-035-0001-02	BAÑOS DE VALDEARADOS	N	MUÑECA, LA	Y	S	1,85	P		1	15	80	13,15		
09-137-0001-02	FUENTELCESPED	N	EL ENEBRO	Y	P	0,30	P		1			15		
09-137-0001-07	FUENTELCESPED	N	EL PONTON 3	Y	P	0,40	P		1			13		
09-151-0001-23	GUMIEL DE HIZAN	N	EL CUBO	Y	P	0,40	P		1			13		
09-164-0001-42	HONTORIA DE VALDEARADOS	N	SAN PEDRO	H	S	0,00	P							
09-170-0001-01	HOYALES DE ROA	N	CUESTA BORJO 1	Y	P	0,20	P	16	1			13		
09-239-0001-04	OQUILLAS	N	CAMPIÑAS, LAS	Y	P	1,00	P		1	15	30	17,18		
09-261-0001-12	PEÑARANDA DE DUERO	N	LA CASA 4	Y	S	0,20	P		1			13		
09-261-0001-39	PEÑARANDA DE DUERO	N	VALDENAR 2	Y	S	1,00	P		1			13,16		
09-279-0001-18	QUEMADA	N	LAS CRUCES I	Y	S	0,00	P		1					
09-358-0004-03	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CASTRO DE LA YECLA	Y	S	3,75	E,P	9,10,11,12,13,16,17,19,20,21,22	2,6,10	15	8,10	16,18		VV.AA. (1982);STRATO, S. L. (1999):
09-358-0004-05	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DEL PADRE SATURIO	Y	S	0,00	P	7	4	6	8	18		STRATO, S. L. (1999);OSABA, B. (1962):
09-358-0004-06	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DEL PICACHO	Y	S	0,00	P	7	4	6	8,10	18		STRATO, S. L. (1999);OSABA, B. (1962):
09-358-0004-12	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	PICACHO, EL	Y	S	1,50	P	7,9	6,10	15	10	18		VV. AA. (1982);STRATO S. L. (1999):
09-451-0001-03	VILLANUEVA DE GUMIEL	N	MORO DIEZ II	Y	P	0,00	P	6,10	1			15,16,18		
40-008-0001-01	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	MATAHOMBRES	Y	S	0,22	P		1		22	13,17	ASM/1	
40-024-0007-06	SANTIBÁÑEZ DE AYLLON	N	MOLINO DE LAS HARINAS	Y	P	0,00	P	7	4		50,84	15	75/135/SAN/1,2,3,4	DELIBES, G. / MUNICIO, L. (1981);MUNICIO GONZÁLEZ, L. (1984):
42-007-0002-04	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	NAVAS I, LAS	Y	S	1,10	P	7	1,8,13		20	13	91/273	
42-007-0002-05	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO TOMILLARON	Y	S	0,41	P	7,9	1,8,13		12	13	91/275	
42-007-0002-06	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	NAVAS II, LAS	Y	S	0,33	P	7	1,8,13		12	13	91/274	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRAFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-007-0002-09	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	MOJON DEL ZORRO	Y	S	0,51	P	7	1,8,13		22	13	91/277	
42-007-0002-10	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	TOMILLARON II, EL	Y	S	0,00	P	7,9	1,8,13		12	13	91/279	
42-007-0002-14	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	ROSAL, EL	Y	S	1,42	P	7,9	1,8,13		10	13	91/285	
42-007-0002-21	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	S	TAZUELA, LA	Y	S	1,38	P	7,9	1,8,13		10	13	91/254	
42-007-0002-23	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	HOYO LAS CABRAS	Y	S	0,17	P	7	1,8,13		10		91/258	
42-007-0002-26	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CABEZA PELADA	Y	S	0,52	P	7	1		10	13	91/259	
42-007-0002-30	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANO EL MEDIO	Y	S	0,41	P	7	1,8,13		10	13	91/264	
42-007-0002-31	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	SIERRA LA MATA	Y	S	3,09	P	7	1,8,13		10		91/267	
42-007-0002-38	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CHARCAS, LAS	Y	S	5,13	P	7,9,16,19	1,13		20	13	91/239	GOMEZ SANTA CRUZ, J. (1992);ORTEGO FRIAS, T.:
42-007-0002-39	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANOS, LOS	Y	S	1,63	P	7	1,13		10		91/234	
42-007-0002-43	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANO COLMENAR	Y	S	0,00	P	7,9,21	1,8,13		10	13	91/247	
42-007-0002-44	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO DE VALDEHUEZO	Y	S	0,53	P	7,9,10	1,13		10	13	91/246	
42-007-0002-46	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CASAR, EL	Y	S	5,60	P	9,21	1,8,10,13,15	12	10,12	13,16	91/248	
42-008-0001-02	ALCUBILLA DE LAS PEÑAS	N	ALTO EL SANTO II	Y	S	2,14	P		8		10	16	94/123	
42-008-0001-03	ALCUBILLA DE LAS PEÑAS	N	ALTO EL SANTO III	Y	S	3,63	P		8		10	16	94/124	
42-008-0001-08	ALCUBILLA DE LAS PEÑAS	N	TORREJÓN, EL	Y	S	4,46	P		8		51	13,16	94/132	
42-008-0001-11	ALCUBILLA DE LAS PEÑAS	N	CABEZA MOLINO, LA	Y	S	14,00	P		8		10	13,16	94/133	
42-008-0001-13	ALCUBILLA DE LAS PEÑAS	N	MINA, LA	Y	S	0,00	P		10		40	13	94/135	JIMENO MARTINEZ, A. (1984);TARACENA AGUIRRE, B. (1941):
42-008-0001-14	ALCUBILLA DE LAS PEÑAS	N	ALTOS, LOS	Y	S	4,22	P		8		10	16	94/130	
42-008-0002-07	MEZQUETILLAS	N	LASTRA, LA	Y	S	6,80	P		8		10	16	94/142	
42-008-0002-09	MEZQUETILLAS	N	MAJANALES, LOS	Y	S	4,92	P		8		10		94/141	MARTINEZ, G. (1983):
42-008-0003-10	RADONA	N	PEDRIZA II, LA	Y	S	7,50	P		8		31	16	94/151	
42-019-0005-07	PORTELARBOL	N	HOYA DEL MEDIO II	Y	S	1,42	P		8		12	16	97/335	
42-020-0002-03	ALMAZAN	N	GUIJAR, EL	Y	S	0,00	E,P	13,14	7,8		10	13,16	AL/68	ARIAS CABEZUDO, P., GIL GUZMÁN, N. y LÓPEZ VÁZQUEZ, M. (1997);REVILLA, Mº L/ JIMENO, A. (1986):
42-024-0001-03	ARANCON	N	ESTACION, LA	Y	P	0,00	P		9					FERNANDEZ-MIRANDA y BALBÍN (1971);MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-026-0001-10	ARENILLAS	N	CASTILLEJOS, LOS	Y	S	3,00	P	7	8		10	16	94/403	
42-027-0003-08	VENTOSA DE LA SIERRA	N	FUENTE PESQUERA I	Y	S	7,10	P		1		40			
42-029-0001-14	BARAONA	N	LLANO PIE IZQUIERDO	Y	S	0,51	P	13	8		51	16	94/117	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRAFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-029-0002-01	JODRA DE CARDOS	N	SOLANA I, LA	Y	S	1,04	E,P		8		10	16	94/284	ARELLANO ET ALII (2004)
42-029-0002-03	JODRA DE CARDOS	N	SOLANA II, LA	Y	S	0,79	P		8		90	16	94/285	
42-029-0002-04	JODRA DE CARDOS	S	CASAREJO, EL	Y	S	2,16	P		8		12	13,18	94/286	
42-029-0004-12	ROMANILLOS DE MEDINACELI	N	TORREJÓN, EL	Y	S	2,29	P		8		10	16	94/93	
42-029-0004-13	ROMANILLOS DE MEDINACELI	N	MATILLA, LA	Y	S	0,42	P	7	8		30	18	94/99	
42-029-0004-15	ROMANILLOS DE MEDINACELI	N	RETAMALES, LOS	Y	S	7,20	P		8		10,12	16	94/94	
42-031-0001-09	BARCONES	N	CABEZADAS, LAS	Y	S	2,32	P		8		10	16	94/331	
42-033-0002-01	VALVERDE DE LOS AJOS	N	CUESTA I, LA	Y	S	1,72	P		8		10	13,16	94/219	
42-033-0002-02	VALVERDE DE LOS AJOS	N	CUESTA II, LA	Y	S	1,17	P		8		10	17	94/220	
42-035-0001-02	ABANCO	N	CASARES II, LOS	Y	S	0,30	P	7	1		22	16	92/229	
42-035-0001-12	ABANCO	N	RUBIALES DE CRUZ, LOS	Y	S	0,06	P	7	1		20	13	92/238	
42-035-0001-14	ABANCO	N	PRADO CERRADO	Y	P	0,16	P	7,22	1		50	13	92/241	
42-035-0001-16	ABANCO	N	CASARES I, LOS	Y	S	4,50	P	9	10		10	16	92/140	
42-035-0002-09	ALALO	N	ENTRE LAS VIÑAS II	Y	S	0,72	P		1	8	20	13	92/136	
42-035-0005-13	BRIAS	N	VALHONDO	Y	S	3,12	P	7	1,10		10	16	92/256	
42-036-0001-07	BLACOS	N	RECUENCO, EL	Y	S	1,60	P		8		20	18	95/266	
42-043-0004-02	BERZOSA	N	BARRANCO EL CURA	Y	S	1,33	P		8		10	13,16	95/660	
42-043-0004-03	BERZOSA	N	CERRITON, EL	Y	S	0,88	P		8		12	13	95/666	
42-043-0004-07	BERZOSA	N	CARRASQUILLA, LA	Y	S	1,35	P		8		10	13,15	95/665	
42-043-0011-07	TORRALBA DEL BURGO	N	DOS SENDILLAS, LAS	Y	S	0,22	P		8		80	13	95/283	
42-043-0013-02	VALDELUBIEL	N	DEHESA, LA	H	S	0,00	P		8		10	17	95/230	
42-043-0014-03	VALDENARROS	N	DIVISA I	Y	S	1,71	P		8		10	16	95/246	
42-048-0001-06	BORDECOREX	N	VALDECENO	Y	S	0,24	P		8		90	16	94/320	
42-048-0002-04	CALTOJAR	N	HONTANILLAS, LAS	Y	S	0,00	P		8		51	13,16	94/368	
42-048-0002-27	CALTOJAR	N	HUERTOS, LOS	Y	S	1,05	P		8	15	31	17		
42-049-0001-01	CANDILICHERA	N	CERRILLO, EL	Y	S	1,68	P	15	1	8	22	13	82/50	BOROBIO SOTO, M ^o J.(1985);TARACENA, B. (1941):
42-054-0001-01	CARRASCOSA DE LA SIERRA	N	ALTO DE LA TEJERA	Y	S	0,30	C,E,P	6,7	11	15,18	10	16	85/6	ROJO, M./JIMENO, A./FERNANDEZ, J.J. (1989);JIMENO, A. (1988);JIMENO Y FERNANDEZ MORENO, J. J. (1992)
42-055-0001-02	CASAREJOS	N	MINA DEL MORO	Y	S	0,00	P	13	4		84		93/68	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRAFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-056-0001-01	CASTILFRIJO DE LA SIERRA	N	VIÑUELA, LA	Y	P	0,18	P	7	8		40, 50	13	90/29 y 94/559	
42-058-0001-03	CASTILLEJO DE ROBLEDO	N	HORNO, EL	Y	S	1,97	P		1		20	13	94/23	
42-068-0005-01	VILLALBA	N	CERRO GORDO	Y	S	0,00	P		9		10,14	13,16	86/D/2	REVILLA ANDIA, M ^o . L. (1985):
42-071-0003-04	ITUERO	N	SACEJO II, EL	H	P	0,00	P	6,9			40,50	13	2003/51	
42-081-0001-03	ESPEJON	N	GUERRERA, LA	Y	S	0,38	P	20	8		40	13	92/127	ARELLANO, et alii, (1992):
42-084-0001-04	FRESNO DE CARACENA	N	MUELA, LA	Y	S	0,37	P	9	8	8	10	16	99/171	
42-085-0001-03	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	TORCA III, LA	Y	S	2,09	P	7	8		12	13	91/404	
42-085-0001-04	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CUESTA, LA	Y	S	1,28	P	7	8	8	12	13	91/405	
42-085-0001-08	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CORRAL MATEO	Y	S	1,40	P	7,9	8		12	13,16	91/409	
42-085-0001-19	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	MATAMOROS	Y	S	2,20	P	9	8		10	13	91/420	
42-085-0001-20	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	ALTO DE LA FUENTONA	Y	S	5,25	P	9	8		10	13	91/421	
42-085-0001-26	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	FUENTECILLA	Y	S	1,56	P	7	8		10,12	13	91/427	
42-085-0003-03	SANTERVAS DEL BURGO	N	CHAPARRA, LA	Y	S	1,08	P	7,9,19,21,22	1,13		22	13	91/211	
42-085-0004-02	ZAYUELAS	N	CAMINO DE ZAYAS	Y	S	0,31	P	7,9,15,21	1,3,13		12	13,15,17	91/209	
42-085-0004-03	ZAYUELAS	N	REVINIESTA	Y	S	2,40	P	7,9	1,13		20	13,17	91/198	
42-085-0004-08	ZAYUELAS	N	ALTO SESTIL	Y	S	0,26	P	7,9	1,13		10	13,16	91/206	
42-085-0004-14	ZAYUELAS	N	ALTO MONTANAR	Y	S	0,59	P	7,9	8,13		20	13	91/204	
42-086-0002-05	FUENTECAMBRON	N	VIÑAS, LAS	Y	S	1,40	P		8		31	13,15,16	97/83	
42-094-0004-06	GARRAY	N	MOLINO DE GARREJO	Y	S	1,90	E,P	13,14	7,10		50	13	83/90	FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1997):DELIBES, G. (1977):
42-094-0004-07	GARRAY	N	CERRO LA MUELA	Y	S	0,00	C,E,P	7,9,12,13,14,15,17	2,6,8,10	1,3,12,15	12,51	16		SCHULTEN, A. (1945):ROMERO CARNICERO, F. (1991):
42-094-0004-09	GARRAY	N	POZO DE SAN PEDRO	Y	S	0,00	P	13	8	8	80	13	83/52	JIMENO, A./FERNÁNDEZ, J.J. (1983):MORALES, F. (1995):
42-094-0006-06	TARDESILLAS	N	LOMO DE LA SERNA	Y	S	1,62	P	12,15	3,8		20,22	13	91/34	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):GOMEZ SANTACRUZ, J./MORALES HERNÁNDEZ, F. (1990):
42-095-0010-02	NODALO	N	COSTANILLAS	Y	S	0,00	P	9,13	8		40	13	86/166	GARCIA MERINO, C. (1975):TARACENA, B. (1941):
42-103-0002-24	BOCIGAS DE PERALES	N	ENTRE AMBOS CAMINOS	Y	S	10,05	P		8	8,15	24,50	13	97/149	
42-103-0002-27	BOCIGAS DE PERALES	N	CALDERUELA II, LA	Y	P	0,64	P		8		20	16,17	97/135	
42-103-0003-28	LANGA DE DUERO	N	ALTO DEL PERRO	Y	S	0,32	P		8		22	15,16	97/68	
42-103-0004-21	VALDANZO	N	FUENTE EL FRAILE II, LA	Y	S	0,58	P	22	8		36	16	97/36	
42-103-0004-22	VALDANZO	N	BARRANCO PEDARRAL	Y	S	0,35	P		8		34	16	97/25	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRAFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-116-0001-08	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	OTERO, EL	Y	S	1,76	P		8		34	13	97/116	
42-116-0001-15	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	SAN JUAN II	Y	S	0,29	P		8		12	13,15	97/123	
42-116-0001-30	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	REPOZAS, LAS	Y	S	1,65	P	9	11	15	20	13,16	97/112	
42-120-0005-01	LIGOS	N	PEDRIZA, LA	Y	S	0,50	E,P	19	2,8	3,12	10	16	99/77	TARACENA, B. (1941);JIMENO, A./FERNANDEZ, J.J. (1985). "La Pedriza de Ligos (Soria):
42-120-0006-01	MONTEJO DE TIERMES	S	TIERMES	Y	S	0,00	E,P	9,13,15,16,17,19,20,21	2,10,16,20	1,3,6,12,14,16	10,12,80	13,16		ARGENTE OLIVER, J.L. / DIAZ, DIAZ, A. (1996);ARGENTE OLIVER, J.L. / DIAZ, DIAZ, A. (1979):
42-120-0007-01	NOVIALES	N	REMAJUELO, EL	Y	S	0,88	P	15,21	8		20	13	99/107	
42-127-0001-10	NAFRIA DE UCERO	N	CABEZUELA, LA	Y	S	2,00	P		1		24	13	91/45	
42-127-0001-11	NAFRIA DE UCERO	N	CHAPARRALEJO, EL	Y	S	1,00	P		1		20	13	93/44	
42-132-0001-06	NOVIERCAS	N	CONTADERO, EL	Y	P	2,74	P		8		20		94/598	
42-132-0001-14	NOVIERCAS	N	LOSILLA, LA	Y	S	2,64	P	7	8,11	18	10,12		94/592	ROJO, M./ JIMENO, A./ FERNÁNDEZ, J. J. (1992);TARACENA, b. (1941):
42-132-0001-19	NOVIERCAS	N	PEDRERAS, LAS	Y	P	5,94	P		8		20		94/599	
42-139-0001-04	PINILLA DEL CAMPO	N	CARCAVA, LA	Y	P	1,20	P		8		10	16	94/537	
42-148-0001-07	QUIÑONERIA, LA	N	CASTILLEJOS, LOS	Y	P	0,00	P	12	1		10	13,17	85/35, 36,37 y 38	
42-153-0001-03	RELO	N	CANTERO LOS FRAILES	Y	S	4,90	P		8		31	16	94/308	
42-153-0001-06	RELO	N	CERRADA LA VIRGEN I	Y	S	0,43	P		8		31	16	94/302	
42-154-0002-12	RENIEBLAS	N	MAJADAS, LAS	Y	S	0,00	P		8		12	16	83/89	
42-154-0002-16	RENIEBLAS	N	ALTO DE LA MESTA	Y	S	0,01	P		10		20			JIMENO, A./FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1991);MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-155-0008-06	TARANCUÉÑA	N	HOYO DE LA ESPINADA	Y	S	0,61	P		8		10	16	99/155	
42-158-0001-01	RIOSECO DE SORIA	N	VALDEPALACIOS	Y	S	0,24	P		8		20		95/268	
42-158-0001-05	RIOSECO DE SORIA	N	CABEZA EL CUENDE	Y	S	1,63	P		8		10		94/210	
42-158-0001-08	RIOSECO DE SORIA	N	BALDIO II, EL	Y	S	0,70	P		8		10		94/197	
42-158-0001-15	RIOSECO DE SORIA	N	CANTERILLOS, LOS	Y	S	8,32	P		8		10		94/208	
42-158-0001-23	RIOSECO DE SORIA	N	ARENALES, LOS	Y	S	0,00	P	10,11	8,20	8	22		94/464.	FERNANDEZ, J.J. /JIMENO, A. (1992):
42-162-0001-11	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	CORRAL IZQUIERDO	Y	P	0,25	P	7	8		12		2000/39	
42-162-0001-14	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	BLANQUERA, LA	Y	S	4,25	P	7,9	8		12		2000/42	
42-162-0002-03	ATAUTA	N	CARRETERA A NOVIALES	Y	S	0,31	P		8		20	13,16	95/561	
42-162-0002-04	ATAUTA	N	ALMENDRO, EL	Y	S	0,68	P	9	8		12	15,16	95/564	
42-162-0002-10	ATAUTA	N	VALDEPALOMILLAS	Y	S	1,41	P		8		14	13,16	95/562	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRAFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-162-0004-06	MATANZA DE SORIA	N	FUENTECORRAL I	Y	S	4,50	P	9,10,11,19	8		10,12		92/28	
42-162-0004-24	MATANZA DE SORIA	N	VALDIDUEÑA II	Y	S	0,48	P	9	8		22		92/47	
42-162-0007-04	PEDRAJA DE SAN ESTEBAN	N	ARROMPIDO, EL	Y	S	4,42	P	15	3,8	8	50	2,13	95/646	
42-162-0007-06	PEDRAJA DE SAN ESTEBAN	N	CAÑADA, LA	Y	S	0,85	P		8		20,22	13,16	95/654	
42-162-0008-13	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	CUADRAL	Y	S	0,95	P	9	8		20,22	13,16	95/604	
42-162-0009-15	PIQUERA DE SAN ESTEBAN	N	VALDELAGREDA	Y	S	0,30	P		8		31	16	95/546	
42-162-0010-16	QUINTANAS RUBIAS DE ABAJO	N	VIRUELA	Y	P	0,76	P		8		34	16	95/511	
42-162-0012-14	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	CUESTA CORRAL I	Y	S	0,50	P		8		22		95/150	
42-162-0012-17	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	CUESTA CAMPANA	Y	S	3,96	P	9,10,22	8		12		95/153	
42-162-0012-26	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	PIOJAR I	Y	S	0,52	P	7	8	8	20		95/161	
42-162-0013-02	REJAS DE SAN ESTEBAN	N	PESQUERA, LA	Y	S	0,35	P	9	8		14		2000/63	
42-162-0014-27	SAN ESTEBAN DE GORMAZ	N	PUNTON, EL	Y	P	1,53	P		8		10	13,16	95/635	
42-162-0017-20	TORREMOCHA DE AYLLON	N	VALDANZON II	Y	P	0,81	P		8		10	16,18	95/589	
42-162-0019-01	VILLALVARO	N	VALDECOLOMA	Y	S	1,02	P	9,19	8		10		92/91	
42-162-0019-09	VILLALVARO	N	RIBA CHICA	H	S	0,00	P		1		20		92/55	
42-162-0019-11	VILLALVARO	N	PICACHOS, LOS	Y	S	0,52	P		8		10,12		92/57	
42-162-0019-14	VILLALVARO	N	TEJAREJO I	Y	S	0,42	P	9	8		10,12		92/60	
42-162-0019-26	VILLALVARO	N	VALDELAPRESA IV	Y	S	0,26	P		8		12		92/72	
42-162-0019-40	VILLALVARO	N	LLANO DEL TIO JACINTO	Y	S	3,00	P	9	8		12		92/89	
42-162-0019-43	VILLALVARO	N	VALDELAPRESA VI	Y	S	0,13	P	7	8		12		92/86	
42-173-0004-03	SORIA	N	PINAR GRANDE Y AMBLAU	Y	S	0,00	P		8		22	18	75/14/1 y 9, 82/23	BARRIO et alii, (1990);FERNANDEZ, J.J./JIMENO, A. (1985):
42-185-0001-09	TORREBLACOS	N	PEÑUELA, LA	Y	P	2,08	P		8		10	16,18	95/276	
42-189-0001-12	UCERO	N	CUEVA DEL POLVORISTA	Y	S	0,00	E,P	10,16	4,10	12	84		93/56	
42-192-0001-04	VALDEGEÑA	N	CUEVA DEL PEÑAL	Y	S	0,44	P	7,9,16	4,8		12,84	18	210, 211, 212, 215	JIMENO MARTINEZ, A. (1986);BENITO, F. (1892):
42-194-0001-06	AYLAGAS	N	MORRA, LA	Y	S	2,34	P		8		30	16,18	94/481	
42-197-0002-01	VALDERRODILLA	N	CERRO SANTIAGO I	Y	S	0,00	P		8		10	13,16,18	94/177	
42-208-0001-01	VILLAR DEL CAMPO	N	CAMPANIFORME/LITICA	H	S	0,00	P	7	1,14					CARNICERO ARRIBAS, J.Mª. (1984);DELIBES DE CASTRO, G. (1978):
42-219-0001-01	YELO	N	ALTO LA CUEVA	Y	S	4,55	P		8		10	16	94/230	

Bronce Antiguo

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-018-0002-01	ARANDA DE DUERO	N	LA ALAMEDA	Y	P	0,00	P	11,21,22	1			13		
09-018-0002-05	ARANDA DE DUERO	N	CTRA. LA AGUILERA I	Y	P	0,00	P	10,24	20			13,16		
09-018-0002-06	ARANDA DE DUERO	N	CTRA. LA AGUILERA II	Y	P	0,00	P	10,24	1,8			15,16		
09-018-0003-02	SINOVAS	N	CUESTA BELLOSA I	Y	P	0,80	P		1			13,17		
09-105-0002-04	CIRUELOS DE CERVERA	N	LAIJÓN I	Y	P	1,44	P		1	15	31	16		
09-112-0001-09	CORUÑA DEL CONDE	N	PICACHO, EL	Y	P	0,20	P		1	15	10	17		
09-112-0001-10	CORUÑA DEL CONDE	N	PICONISIO	Y	P	1,35	P	1	1	15	30,31	13,16		
09-137-0001-01	FUENTELCESPED	N	CAPAGRILLOS	Y	P	0,60	P					13		
09-151-0001-29	GUMIEL DE HIZAN	N	EL PEÑON 2	Y	P	0,50	P		1			13		
09-163-0002-03	HONTORIA DEL PINAR	N	MATALACUEVA	Y	P	0,00	P	10,11	4					
09-163-0002-10	HONTORIA DEL PINAR	N	COTA 1.105	Y	P	0,00	P	12	11,12	15,18	22	19		
09-168-0001-09	HORRA, LA	N	SANTA OLALLA	Y	P	0,65	P		1	8,15	22	15,16		
09-168-0001-10	HORRA, LA	N	TRINITARIA, LA	Y	P	0,16	P		1	15	20	13		
09-174-0002-04	HUERTA DEL REY	N	PEÑA DE SALOMÓN	Y	P	2,10	P		6	3,15	10	16,17		
09-228-0001-08	MORADILLO DE ROA	N	CABEZADAS	Y	P	0,00	P		1			13,16		
09-235-0001-04	OLMEDILLO DE ROA	N	BASARDILLA	Y	P	1,00	P	10,20,21	1,2	15	22,24,50	13,15		MARTÍNEZ DIEZ, G. (1983);MADOZ, P. (1984):
09-235-0001-07	OLMEDILLO DE ROA	N	PLAZA, LA	Y	P	3,10	P	10	1	15	20	13,15		
09-261-0001-02	PEÑARANDA DE DUERO	N	ALTO PICO AGUDO	Y	S	0,02	P		2			13		
09-261-0001-22	PEÑARANDA DE DUERO	N	CORDOVILLA 3	Y	P	0,20	P		1			13,17		
09-261-0001-24	PEÑARANDA DE DUERO	N	CORRAL DE MACALAS	Y	P	0,70	P		1			13		
09-261-0001-26	PEÑARANDA DE DUERO	N	LA ESVUELTA 2 (CASANOVA)	Y	P	1,50	P		1			13,16		
09-261-0001-42	PEÑARANDA DE DUERO	N	VALDESPEDIN	Y	P	2,00	P					13,16		
09-261-0001-44	PEÑARANDA DE DUERO	N	VALDOSCO 2 (CASANOVA)	Y	P	4,70	P		1			16		
09-321-0001-05	ROA	N	DURÓN/VALDERIL	Y	P	0,00	P	19	1,20		90	13,16		Zamora Lucas, F.:Reyes Tellez, F.:
09-321-0001-24	ROA	N	LAMBUENA	Y	P	0,00	P	12,21,22	1	8	20	13,15,16,17	02-16	
09-321-0001-25	ROA	N	MARICALVA	H	P	0,00	P	12,13,20,21	1	8,12	22	13,15,16	02-16	
09-345-0001-05	SANTA CRUZ DE LA SALCEDA	N	MORATILLAS 1	Y	P	4,50	P					13,17		
09-345-0001-07	SANTA CRUZ DE LA SALCEDA	N	LA MOSQUETERA	Y	P	0,00	P	10	1			13,15,16		

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-345-0001-10	SANTA CRUZ DE LA SALCEDA	N	LOS PAJAROS	Y	P	0,30	P		1			13,15		
09-345-0001-13	SANTA CRUZ DE LA SALCEDA	N	PICO ROMERO 1	Y	S	0,06	E,P					17		RODRIGUEZ, J.A. Y PALOMINO, A. (1997)
09-358-0004-03	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CASTRO DE LA YECLA	Y	S	3,75	E,P	8,10,11,12,13,16,17,19,20,21,22	2,6,10	15	8,10	16,18		VV.AA. (1982);STRATO, S. L. (1999):
09-358-0004-07	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DE SAN GARCÍA	Y	P	0,00	P	4,7,10,11	4,12,17	6	8	18		VV. AA. (1982):
09-358-0004-12	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	PICACHO, EL	Y	P	1,50	P	7,8	6,10	15	10	18		VV. AA. (1982);STRATO S. L. (1999):
09-400-0001-11	VADOCONDES	N	LAS PERILLANAS 1	Y	P	0,20	P		1		31	13		
09-421-0003-04	ZUZONES	N	SAN ROMÁN	Y	P	0,40	P		1	15	20,22	16		
40-008-0001-08	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	40-008-0001-08	Y	P	0,30	P	7,10	8		34	16	ASM/8	
40-008-0001-10	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	CERRO CAMPO	Y	S	0,16	P	7	8		80	13,15,19	ASM/10	
40-024-0003-04	FRANCOS	N	CERRILLOS, LOS	Y	S	1,05	P	7,12	8		22	13,19	FR/4	
40-039-0003-01	VALDEVARNES	N	ULAGARES, LOS	Y	P	3,13	P	7	2,12		10,12,84	13,16	VV/1 y 2.	
40-109-0001-06	LANGUILLA	N	ZARZONA II, LA	Y	P	0,50	P	7,12	8		80	15,19	LN/6	
40-109-0002-02	MAZAGATOS	S	40-109-0002-02	Y	P	0,10	P	7,10	8		80	13,15	MZG/2	
40-130-0001-11	MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA	N	CASTILLO	Y	P	1,26	P	7,13,19	7,8	12,19	51,52	13,15,16	MVS/12 MVS/18	
40-130-0001-12	MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA	N	40-130-0001-12	Y	S	0,14	P	7	8		22	15,16	MVS/13	
40-130-0001-17	MONTEJO DE LA VEGA DE LA SERREZUELA	N	40-130-0001-17	Y	P	1,26	P	7	8	8	12	13,15	MVS/18	
40-161-0001-04	CARABIAS	N	DETRÁS DE LA CUESTA	Y	P	0,04	P	7	8	8	10	13,19		
40-229-0002-03	VILLVERDE DE MONTEJO	N	ESCUBILLOS, LOS	Y	P	1,44	P	7	1		12	13,16,17		
42-003-0002-01	ONTALVILLA DE ALMAZAN	N	FRENTÓN, EL	Y	P	150,00	P	12	6,8		10	13,16	83/67 y 2003/226	REVILLA ANDIA, L. (1985):
42-003-0002-06	ONTALVILLA DE ALMAZAN	N	RIBAGORDA	Y	P	0,65	E,P		8	15	10	16	2003/130 y 2003/225	ARELLANO ET ALII (2004)
42-006-0001-01	ALCONABA	N	CERRO HOMBRE MUERTO	Y	P	0,00	P	7	9	15	20	13		CARNICERO, J. Mª (1985);BOROBIO SOTO, Mª. J. (1985):
42-007-0002-01	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PICO RIBALVILLA	Y	P	0,26	P	7,21	1,8,13		90		91/270	
42-007-0002-02	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PEDREGALES, LOS	Y	S	0,46	P	10,21	1,8,13		10		91/271	
42-007-0002-05	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO TOMILLARON	Y	S	0,41	P	7,8	1,8,13		12	13	91/275	
42-007-0002-07	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO MOJON ZORRO	Y	S	0,81	P	7	1,8,13		12	13	91/276	
42-007-0002-08	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	TOMILLARON I, EL	Y	S	1,60	P	7	1,8,13		22	13	91/278	
42-007-0002-10	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	TOMILLARON II, EL	Y	S	0,00	P	7,8	1,8,13		12	13	91/279	
42-007-0002-11	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CEPAR I, EL	Y	S	2,97	P	7	1,8,13		12		91/280	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-007-0002-13	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CAÑICERA	Y	P	0,00	P	7	1,8,13		12	13	91/284	
42-007-0002-14	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	ROSAL, EL	Y	S	0,00	P	7,8	1,8,13		10	13	91/285	
42-007-0002-21	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	S	TAZUELA, LA	Y	S	1,38	P	7,8	1,8,13		10	13	91/254	
42-007-0002-22	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	VIRUELA, LA	Y	S	0,67	P		1,8,13		10		91/256	
42-007-0002-24	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANOS CARBONERA II	Y	P	0,12	P	7	1,8,13		30	13	91/257	
42-007-0002-33	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	S	PARED, LA	Y	S	0,51	P	7	1,8,13		10	13	91/266	
42-007-0002-35	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CHORRON, EL	Y	S	0,81	P	7	1,13		40	13	91/245	
42-007-0002-36	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	FUENTE SAUCO II	Y	S	4,00	P	10	13		90	13	91/236	
42-007-0002-37	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	NEVERA, LA	Y	S	0,31	P	7,19,21	1,13		90		91/237	
42-007-0002-38	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CHARCAS, LAS	Y	S	5,13	P	7,8,16,19	1,13		20	13	91/239	GOMEZ SANTA CRUZ, J. (1992);ORTEGO FRIAS, T.:
42-007-0002-40	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	SINOVA, LA	Y	S	3,08	P	7,15,16	1,3,13		20,22	13	91/232	
42-007-0002-41	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PALOMAR, EL	Y	S	0,69	P	7,16	1,3,13		22	13	91/233	
42-007-0002-43	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	LLANO COLMENAR	Y	S	0,00	P	7,8,21	1,8,13		10	13	91/247	
42-007-0002-44	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO DE VALDEHUEZO	Y	S	0,53	P	7,8,10	1,13		10	13	91/246	
42-007-0002-46	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CASAR, EL	Y	S	5,60	P	8,21	1,8,10,13,15	12	10,12	13,16	91/248	
42-007-0002-52	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	FUENTE DEL HORNILLO	Y	S	0,37	P	10	1,13		10		91/238	
42-007-0002-55	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	VALDECAZADA	Y	S	4,48	P	7	1,13		80	13	91/242	
42-007-0002-56	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	VALDECHAMUÑON I	Y	P	1,50	P	7	1,13		10	16	91/243	
42-007-0002-58	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	SOLANA, LA	Y	S	0,00	P	7,21	8,13		12		91/283	
42-008-0002-03	MEZQUETILLAS	N	MIRÓN, EL	Y	S	4,20	P		8		10	16,17	94/140	
42-008-0002-05	MEZQUETILLAS	N	CAMA DE LA ZORRA, LA	Y	S	0,02	P		8		20	16	94/139	
42-017-0001-03	ALMAJANO	S	PALMERO, EL	Y	P	3,00	P		8		10,12	13,16	2000/168; 91/300...	
42-018-0001-02	AGUAVIVA DE LA VEGA	N	QUINTANARES, LOS	Y	S	3,36	P	15	3,8		50	13	2001/63	
42-019-0001-05	ALMARZA	N	LARGAS I, LAS	Y	S	1,10	P		1		12	13	97/325	
42-019-0004-05	GALLINERO	N	PEDRERAS II, LAS	Y	S	0,50	P		1	8	12	13,17	91/356	JIMENO, A./ FERNÁNDEZ, J.J./ REVILLA, M ^o . L. (1988):
42-020-0003-01	BALLUNCAR	N	PARPANTIQUE, EL	Y	S	0,50	E,P	20,21	8,13		10	16	79/39	JIMENO MARTÍNEZ, A., FERNÁNDEZ MORENO, J. J. y REVILLA ANDÍA, M ^o . L. (1988);JIMENO MARTÍNEZ, A. (1988):
42-020-0004-02	COBERTELADA	N	VALMAYOR	Y	P	1,00	P		8		10	16	2003/152	
42-022-0006-01	PERONIEL DEL CAMPO	N	PUNTAL, EL	Y	P	0,00	P		1	15	20	16		CARNICERO, J.M ^o (1985);BOROBIO SOTO, M ^o . J. (1985):

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-023-0002-03	MARAZOVEL	N	ALTO EL TEJAR	Y	S	1,18	P	19	8	8	12,20	13	94/69	
42-024-0006-04	CALDERUELA	N	LASTRA DE ONTANILLA	Y	P	0,00	P	7	8		40	16	92/117	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-05	CALDERUELA	N	LASTRA DEL MEDIO	Y	P	0,00	P	7	8		20	16	92/120	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-06	CALDERUELA	N	CENCEJO I	Y	P	0,00	P	7	8		20	16	92/121	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-024-0006-09	CALDERUELA	N	CENCEJO IV	Y	P	0,00	P	7	8		20	16	92/116	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-026-0001-02	ARENILLAS	N	VILLASECA	Y	S	7,00	P	20	2,8,15	12	22	13,16	94/398	MARTINEZ, G. (1983):
42-027-0001-02	AREVALO DE LA SIERRA	N	ARROYO DE LA FUENTE I	Y	P	0,15	P	7	8		40	13		
42-027-0003-01	VENTOSA DE LA SIERRA	N	FUENTE PESQUERA II	Y	S	4,90	P	7	8		12	13,16	97/351	
42-027-0003-14	VENTOSA DE LA SIERRA	S	ONTANAR III, EL	Y	P	0,40	P		8		22	13		
42-029-0001-11	BARAONA	N	DEHESA SAN ANTÓN	Y	S	8,02	P	15	3,8		20	13	94/105	
42-029-0002-08	JODRA DE CARDOS	N	MIRON GRANDE	Y	S	0,17	P		8		10	16	94/291	
42-029-0002-09	JODRA DE CARDOS	N	MOLDE BIVALVO	H	S	0,00	P		20			2	94/430	
42-029-0002-10	JODRA DE CARDOS	N	PUNTA PALMELA	H	S	0,00	P		20			2	94/429	
42-029-0002-11	JODRA DE CARDOS	N	MORENO, EL	Y	P	1,50	P		8		31	16	2003/134	
42-030-0001-05	BARCA	N	VEGUILLA, LA	Y	P	0,50	P		8	15	50	13	2003/167	
42-031-0001-01	BARCONES	N	OLMEDILLA, LA	Y	S	9,45	P	15,20	2,3,8		50	13	94/328	MARTINEZ, G.(1983):
42-032-0001-06	AGUILERA	N	REGALTO, EL	Y	S	0,74	P		8		40	13	94/434	
42-032-0002-03	BAYUBAS DE ABAJO	N	SANTA AGUEDA	Y	S	0,95	P		8		40	13	94/393	
42-032-0002-04	BAYUBAS DE ABAJO	N	SERVALES, LOS	Y	S	1,50	P		8		22	13	94/396	
42-035-0001-01	ABANCO	N	CORRAL DEL REGALAO	Y	P	1,19	P	15	1,3		22	13	92/228	
42-035-0001-05	ABANCO	N	TRAS LA CABEZA	Y	S	1,21	P		1		12	13,16	92/232	
42-035-0001-06	ABANCO	N	CALZADURAS, LAS	Y	S	1,09	P	7	1		12	13	92/233	
42-035-0001-07	ABANCO	N	CERRO LAS ARRIBAS	Y	S	3,00	P	7	1		10	16	92/234	DELIBES DE CASTRO, G.(1976);TARACENA AGUIRRE, B.(1941):
42-035-0001-16	ABANCO	N	CASARES I, LOS	Y	S	4,50	P	8	10		10	16	92/140	
42-035-0002-04	ALALO	N	RIBAGORDA	Y	S	0,04	P		1	8	12	13	92/146	
42-035-0002-07	ALALO	N	ENTRE LAS VIÑAS I	Y	S	0,81	P		1		20	13	92/134	
42-035-0002-10	ALALO	N	CANTERO LA TORRE	Y	S	0,00	P		1		20	16	92/143	
42-035-0002-11	ALALO	N	CANTERO I	Y	S	0,48	P	12	6,20		10	16	92/142	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-035-0002-12	ALALO	N	CARRALARRIBA	Y	S	2,10	P		8		20	16	92/139	
42-035-0002-14	ALALO	N	CORRAL CONCEJO	Y	S	1,89	P		8,20		20	13,16	92/149	
42-035-0005-04	BRIAS	N	VAL DE LA CRUZ	Y	S	1,11	P		1		10	16	92/246	
42-035-0005-05	BRIAS	N	VIÑAS DE LA SOLANA	Y	S	1,59	P		1	8	12	13	92/247	
42-035-0005-06	BRIAS	N	CRUZ DE LA NAVA	Y	S	0,57	P		1		40	13	92/248	
42-035-0005-12	BRIAS	N	SENDA DEL PIOJAR	Y	S	0,16	P	13	8		24	13	92/255	
42-035-0006-03	CIRUELA	N	CALVARIO, EL	Y	S	0,63	P		1		10	13	92/221	
42-035-0006-04	CIRUELA	N	CORONA	Y	S	0,59	P		1		12	13	92/222	
42-035-0008-01	LUMIAS	N	PEÑUCO I, EL	Y	S	2,40	P	22	8,20		10	16	92/150	
42-035-0008-03	LUMIAS	N	CARRAVILLA	Y	S	0,62	P	7	8,20		22	13,16	92/152	
42-035-0009-04	MORALES	N	CASCARA, LA	Y	S	0,92	P		1		20	13	92/287	
42-035-0010-08	PAONES	N	SESTIL I, EL	Y	S	0,46	P		1		20,22	13	92/171	
42-035-0010-09	PAONES	N	SESTIL II, EL	Y	S	0,32	P		1	8	20	13	92/172	
42-035-0010-11	PAONES	N	CANTERO ALAMOS	H	S	1,08	P		1		12	13,16	92/174	
42-035-0011-03	CABRERIZA	N	TRAS CASTILLO	Y	S	0,00	P		8		51	13	92/260	
42-035-0011-05	CABRERIZA	N	CANTERO	Y	P	0,00	P		1		10	13	92/261	
42-043-0001-06	ALCUBILLA DEL MARQUES	N	TRES CANTARILLAS I	Y	S	0,21	P	22	8		20	13,16	96/21	
42-043-0001-08	ALCUBILLA DEL MARQUES	N	VALDENEBRILLO	H	S	0,05	P		8		22	13,16	96/19	
42-043-0004-06	BERZOSA	N	HUERTO VICENTE	Y	S	1,85	P		8		22	13,15,16	95/661	
42-043-0004-08	BERZOSA	N	FUENTE DEL POBRE, LA	Y	S	3,92	P	15,16	3,8		20,24	13,16	95/478	
42-043-0004-09	BERZOSA	N	CONJUROS, LOS	Y	S	0,28	P		8		12	13,15	95/663	
42-043-0004-10	BERZOSA	N	COTOS, LOS	Y	S	1,59	P		8		22	13,15	95/662	
42-043-0004-12	BERZOSA	N	PRADO REDONDO	Y	S	0,76	P		8		90	13	94/460	
42-043-0004-15	BERZOSA	N	VALDEJIMENO	Y	S	1,48	P		8		20	13	95/664	
42-043-0008-24	OSMA	N	REQUEJO, EL	Y	P	2,22	P	19	8		50	13,15	95/440	
42-043-0015-02	VILDE	N	CASA DE SAN BENITO	Y	P	2,16	P	15,16,22	8,15		20	13	95/212	
42-045-0001-03	CABREJAS DEL PINAR	N	CUEVA MAJA	Y	S	0,08	E,P	10,16	12,17	15	84		87/67, 88/5, 89/5	GOMEZ BARRERA, J.A. (1992):
42-046-0002-02	ALDEHUELA DE CALATAÑAZOR	N	CASAR, EL	Y	P	0,00	P		1		10	19	86/65	PASCUAL DIEZ, A.C. (1991):

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-048-0002-08	CALTOJAR	N	VALDEJAPE	Y	P	0,66	P		8	15	31	17	94/375	
42-048-0002-29	CALTOJAR	N	MORATILLA I, LA	Y	S	4,00	P		8	15	31	13,16	2003/124	
42-048-0002-31	CALTOJAR	N	MORATILLA II, LA	Y	S	0,30	P		8	15	30	13	2003/123	
42-048-0003-04	CASILLAS DE BERLANGA	N	RAYUELA, LA	Y	S	0,13	P	18	7,8	15	10	16	94/311	
42-049-0004-03	FUENTETECHA	N	CERRO SAN SEBASTIAN	Y	P	0,47	P	12,13,22	6,15	12,15	10,12	16,18	91/21	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995); ROMERO CARNICERO, F. (1991);
42-052-0001-06	CARACENA	N	CUEVA DE LA MESA	Y	P	0,00	P		12		84		82/36	JIMENO, A./FERNANDEZ, J.J. (1991):
42-055-0001-01	CASAREJOS	N	OCEJO, EL	H	P	0,00	P		1		90	16,18		
42-055-0001-04	CASAREJOS	N	CUEVA DEL PERIN	Y	P	0,00	P		4		84		93/53	
42-071-0003-04	ITUERO	N	SACEJO II, EL	H	P	0,00	P	6,8			40,50	13	2003/51	
42-080-0001-08	ESPEJA DE SAN MARCELINO	N	CASTILLO, EL	Y	S	0,45	P	19	7,8	12	10	16	99/47	
42-080-0003-07	HINOJOSA, LA	N	ENTRAMBOSRIOS	Y	S	0,48	P		8		20	16,18	99/52	
42-080-0005-02	QUINTANILLA DE NUÑO PEDRO	N	FUENTEARENOSA	Y	S	0,55	P		8		20	13,15	91/291, 99/56	
42-080-0005-04	QUINTANILLA DE NUÑO PEDRO	N	CASASOLA	Y	S	0,39	P		8		22	13,15,16	99/58	
42-081-0001-06	ESPEJON	S	CASTILLO, EL	Y	S	0,32	P	19	7,8	12	10	16	98/129	
42-083-0001-02	FRECHILLA DE ALMAZAN	N	COTOS, LOS	Y	P	1,00	P		8		50	13	2003/151	
42-084-0001-04	FRESNO DE CARACENA	N	MUELA, LA	Y	S	0,37	P	8	8	8	10	16	99/171	
42-084-0001-05	FRESNO DE CARACENA	N	ENCINAREJO, EL	Y	S	0,02	P		1		10	16	99/174	
42-085-0001-01	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	TORCA I, LA	Y	S	3,23	P		8	8	10	13,16	91/402	
42-085-0001-05	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CANTERA, LA	Y	S	2,55	P	7	8		10	13,18	91/406	
42-085-0001-08	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CORRAL MATEO	Y	S	1,40	P	7,8	8		12	13,16	91/409	
42-085-0001-09	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	PALOMAR I	Y	S	1,70	P	7	8	8	10,12	13	91/410	
42-085-0001-19	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	MATAMOROS	Y	S	2,20	P	8	8		10	13	91/420	
42-085-0001-20	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	ALTO DE LA FUENTONA	Y	S	5,25	P	8	8		10	13	91/421	
42-085-0001-21	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	CAÑADILLAS	Y	S	2,16	P		8		10	13	91/422	
42-085-0001-22	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	TORRALBO, EL	Y	S	1,69	P		8		10,12	13	91/423	
42-085-0001-23	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	DUDERO	Y	S	2,50	P	7	8		10	13	91/424	
42-085-0001-24	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	REVILLA, LA	Y	S	1,96	P	7	8		10,12	13,16	91/425	
42-085-0001-27	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	JABALINA, LA	Y	P	2,47	P		8		10	13	91/428	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-085-0001-28	FUENCALIENTE DEL BURGO	N	BARRANCAZO	Y	S	3,30	P		8		10	13	91/429	
42-085-0002-03	FUENTEARMEGIL	N	CERRO DE LA HORCA	Y	P	0,00	P	22	1,13		10	1,13	91/224	
42-085-0002-07	FUENTEARMEGIL	N	VANDENTANILLAS	Y	P	0,00	P	10,11,21,22	1,13		20,22	13	91/225	
42-085-0003-03	SANTERVAS DEL BURGO	N	CHAPARRA, LA	Y	S	1,08	P	7,8,19,21,22	1,13		22	13	91/211	
42-085-0004-02	ZAYUELAS	N	CAMINO DE ZAYAS	Y	S	0,31	P	7,8,15,21	1,3,13		12	13,15,17	91/209	
42-085-0004-03	ZAYUELAS	N	REVINIESTA	Y	S	2,40	P	7,8	1,13		20	13,17	91/198	
42-085-0004-04	ZAYUELAS	N	VAL DE VELA	Y	S	0,10	P	7,21,22	1,13		22	13,15,18	91/207	
42-085-0004-06	ZAYUELAS	N	TALLAR, EL	Y	P	1,56	P	7	1,13		22	13	91/199	
42-085-0004-08	ZAYUELAS	N	ALTO SESTIL	Y	S	0,26	P	7,8	1,13		10	13,16	91/206	
42-085-0004-09	ZAYUELAS	N	ENCAÑOS, LOS	Y	S	0,27	P	7,19	1,13		10,12	13,18	91/197	
42-085-0004-11	ZAYUELAS	N	ARRIBA DEL ARROYO VALDELAGUNAS	H	P	0,00	P	7	1		20	13	91/200	
42-085-0004-12	ZAYUELAS	N	ALTO DE LA BANDERA	Y	S	0,29	P		1,13		12	13	91/203	
42-085-0004-13	ZAYUELAS	N	CABEZA MATANZA	Y	P	3,08	P	7	1,13		10	13	91/201	
42-085-0004-14	ZAYUELAS	N	ALTO MONTANAR	Y	S	0,59	P	7,8	8,13		20	13	91/204	
42-085-0004-15	ZAYUELAS	N	CARRASQUILLAS	Y	P	0,66	P	7,10,11	1,13		20	13	91/205	
42-089-0003-04	PEDRAZA	N	PEDRAZA	Y	S	0,35	P	7,19,21	1		12	13	91/371/1-37	CARNICERO, J. M ^º (1985):
42-089-0004-03	PORTEL RUBIO	N	CENTENALES, LOS	Y	S	2,01	P	15,16	1	8	20	13	91/367/1-38	JIMENO, A./FERNÁNDEZ, J.J./ANDIA, M ^º .L. (1988):
42-090-0002-02	OSONA	N	ERMITA STA ISABEL	Y	S	1,16	P	22	8,10,15	8	20	13	94/169	
42-094-0003-01	DOMBELLAS	N	HUERTA, LA	Y	P	0,02	P	7	1		20	15		
42-094-0004-07	GARRAY	N	CERRO LA MUELA	Y	S	0,00	C,E,P	7,8,12,13,14,15,17	2,6,8,10	1,3,12,15	12,51	16		SCHULTEN, A. (1945);ROMERO CARNICERO, F. (1991):
42-094-0004-13	GARRAY	N	VALDELILO	Y	S	0,00	P	7,15	3,8		10	13,16	91/41	GOMEZ SANTACRUZ, J./MORALES HERNÁNDEZ, F. (1990);MORALES, F. (1995):
42-094-0006-04	TARDESILLAS	N	CONVENTO, EL	Y	S	0,35	P	22	8,15		20,22	13		
42-095-0005-01	FUENTETOBA	N	PICO FRENTES	Y	P	0,00	P		1		84	16	83/49	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995):
42-095-0009-01	NAFRIA LA LLANA	N	MONJAS, LAS	H	P	0,00	P		1		12		86/66	PASCUAL DIEZ, A.C. (1991):
42-095-0010-02	NODALO	N	COSTANILLAS	Y	P	0,00	P	8,13	8		40	13	86/166	GARCIA MERINO, C. (1975);TARACENA, B. (1941):
42-095-0010-03	NODALO	N	CANTO BLANCO	H	P	0,00	P		1		10		86/67	PASCUAL DIEZ, A.C. (1991):
42-096-0002-01	GOMARA	N	TEJERA, LA	Y	P	0,00	P	6,7	1	15	12	13	82/112	CARNICERO, J.M ^º (1985);BOROBIO SOTO, M ^º .J. (1985):
42-096-0004-03	PADESROYAS	N	PEÑA LA MOZA	Y	P	0,00	P	7	14	15	10	13	82/48	CARNICERO, J.M ^º (1985);BOROBIO SOTO M ^º .J. (1985):

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-096-0004-04	PAREDESROYAS	N	CALVARIO, EL	H	P	0,00	P	7			10	13		CARNICERO, J. M ^a . (1985);BOROBIO SOTO, M ^a J. (1985);
42-097-0001-10	GORMAZ	N	CERRO DEL CASTILLO	Y	P	0,00	C,E,P	12,13,18,20,21	7	1,11,12,14	10	16		G. MERINO (1975); ZOZAYA, J. (1989); ORTEGO, T. (1972);TARACENA, B. (1941);
42-103-0001-04	ALCOZAR	N	POZAL LLANA	Y	P	0,20	P	22	8		50		2000/109	
42-103-0001-06	ALCOZAR	N	PRADO DE LOS CANTOS	Y	S	0,40	P	15	3,8	8	50		2000/111	
42-103-0001-08	ALCOZAR	N	CORBETEROS, LOS	Y	P	0,36	P		8		12		2000/113	
42-103-0001-09	ALCOZAR	N	CORRALES DE LA VEGA	Y	S	1,15	P	19	8		40		2000/114	
42-103-0001-12	ALCOZAR	N	PICO MAJUELO	Y	P	0,29	P	15	8		50		2000/117	
42-103-0001-13	ALCOZAR	N	TRAS LAS PEÑAS	Y	P	0,00	E,P	19	8,10,15	8,15	12		92/130 y 2000/118	ARELLANO ET ALII (1994); HERAS FERNÁNDEZ, E. (1993); HERAS FERNÁNDEZ, E. (1994)
42-103-0001-15	ALCOZAR	N	CRUZ DE CARRAVELILLA	H	S	0,00	P		1		12		2000/120	
42-103-0001-21	ALCOZAR	N	HORCAJOS, LOS	Y	S	0,91	P		8	8,15	12		2000/126	
42-103-0002-10	BOCIGAS DE PERALES	N	LLANO DE LA CAMARILLA	Y	S	0,48	P	22	2,8	15	10	16,19	97/127	BLASCO JIMENEZ, M. (1909);ORTEGO, T. (1930);
42-103-0002-28	BOCIGAS DE PERALES	N	FUENTE MUÑÓN	Y	S	1,23	P	13	8	8	20	13	97/145	
42-103-0003-07	LANGA DE DUERO	S	JILVETE, EL	Y	S	0,24	P		8		34	13,16	97/54	
42-103-0003-11	LANGA DE DUERO	N	VALDEMADILLO III	Y	S	0,67	P	13	8		36	13,16	97/89	
42-103-0003-23	LANGA DE DUERO	N	PICO SANTILLANA	Y	S	2,00	P		8		10	16	97/75	
42-103-0003-24	LANGA DE DUERO	N	CASETA SAN ROMÁN, LA	Y	S	1,20	P		8		40	15	97/63	
42-103-0003-26	LANGA DE DUERO	N	SAN ROMÁN II	Y	P	0,50	P	7	8		40	13,15	97/58; 99/176	
42-103-0003-27	LANGA DE DUERO	N	SAN ROMÁN I	Y	S	1,45	P		8		22	13	97/62	
42-103-0003-31	LANGA DE DUERO	N	PICO DE LOS COTORROS	Y	S	0,02	E,P		8	15	10	16	97/76	
42-103-0003-33	LANGA DE DUERO	N	PICO GERVAL	Y	S	0,44	P		8		31	18	97/67	
42-103-0004-04	VALDANZO	N	ALTILLO DE SAN PEDRO	Y	S	0,54	P		8		36	13,16	97/29	
42-103-0004-06	VALDANZO	N	SAN PEDRO I	Y	S	0,36	E,P	15,16,17	3,8,15,20	8,9,12,15	36,50	13	76/6 y 97/18	MARINÉ, M. (1992). "Las villas romanas en la provincia de Soria.GOMEZ SANTA CRUZ, J. (1992);
42-103-0004-08	VALDANZO	N	MONJA I, LA	Y	S	0,52	P		8		34	13,16	97/41	
42-103-0004-09	VALDANZO	N	VILLAREJOS II, LOS	Y	S	0,43	P		8		34	13,16	97/14	
42-103-0004-10	VALDANZO	N	VILLAREJOS I, LOS	Y	S	0,30	P	7	8		34	13,16	97/30	
42-103-0004-11	VALDANZO	S	CASTRO	Y	S	0,48	P	13,15	8	3,7,12	51	13,16	97/26	ORTEGO, T. (1930);TARACENA, B. (1941);
42-103-0004-13	VALDANZO	N	HUERTO POZA II	Y	S	0,47	P		8		34	16	97/24	
42-103-0004-24	VALDANZO	N	ALTILLOS DE CUEVAPALO	Y	P	0,22	P		8		34	16	97/34	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-103-0005-03	VALDANZUELO	N	HOYA LA TERROSA II	Y	S	0,54	P		8		36	16,17	97/45	
42-103-0006-02	ZAYAS DE TORRE	N	CASTRO	Y	S	1,12	P	13	6	2,3,8,15	10	13,19	153	GOIG, M.L.; GOIG, M.J (1996);TARACENA, B. (1941):
42-103-0006-13	ZAYAS DE TORRE	N	VALDEGÓMARA	H	P	0,00	P		1		14	16	97/166	
42-103-0006-15	ZAYAS DE TORRE	N	VALCONSEJA	Y	S	0,58	P	21	8		20	13	97/159	
42-103-0006-18	ZAYAS DE TORRE	N	MIRAVETE	Y	S	1,99	P		8		10	13,16	97/164	
42-103-0006-20	ZAYAS DE TORRE	N	CARRA SAN ESTEBAN	Y	S	0,71	P		8		20	13	97/170	
42-105-0001-05	LICERAS	N	PEÑA ALTA	Y	S	1,39	P		8		10	13,16	99/67	
42-111-0001-01	MATAMALA DE ALMAZAN	N	ALTO DE LA SOLANA	Y	P	0,70	P	7	1	8	10	13,16	2003/199/1	REVILLA ANDÍA Mª. L. (1985):
42-116-0001-17	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	BARRANCO EL VAL	Y	S	0,78	P	22	8		34	17,18	97/110	
42-116-0001-18	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	PORTILLO LA MEMBRILLA	Y	S	1,08	P		8		31	16	97/107	
42-116-0001-29	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	UMBRÍA CERRO PICACHO	Y	S	0,88	P		8		50	13	97/101	
42-116-0001-30	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	REPOZAS, LAS	Y	S	1,65	P	8	11	15	20	13,16	97/112	
42-116-0001-33	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	ARIAL, EL	Y	S	3,25	P	7,13	8		20	13,15	97/108	
42-120-0001-01	CARRASCOSA DE ARRIBA	N	CASTILLEJOS, LOS	Y	S	6,00	P	7,15	8		10	13,16	99/127	
42-120-0002-07	CUEVAS DE AYLLON	N	CONVENTO, EL	Y	P	0,05	E,P	21	8		12	16	99/74	ORTEGO, T. (1960):
42-120-0005-02	LIGOS	N	CUEVA DE LA BODEGUILLA	Y	P	0,01	E,P		4		84			JIMENO, A./FERNANDEZ, J.J. (1985). "La Pedriza de Ligos (Soria);ORTEGO, T. (1960):
42-120-0005-03	LIGOS	N	CUEVA DEL ROTO	Y	S	0,00	E,P	7,16	4		84		85/7	ORTEGO, T. (1961);ORTEGO, T. (1960):
42-120-0005-04	LIGOS	N	MAJADAS, LAS	Y	S	1,63	P		8		10	16	99/78	
42-120-0011-02	VALDERROMAN	N	TORRE, LA	Y	S	0,64	P		8		20	13,16	99/147	
42-123-0001-06	MORON DE ALMAZAN	N	CORONA DEL REY	Y	P	1,50	P		8		10	13	2003/135	
42-123-0002-02	SEÑUELA	N	CUESTA MARTÍN	Y	P	0,00	E,P	7	8		10	13,16	2003/202/1; 83/71	VILLADANGOS GARCÍA, L. M.; ALONSO GREGORIO, O. (2003);REVILLA ANDÍA, Mª. L. (1985):
42-127-0001-01	NAFRIA DE UCERO	N	TENALAYAS, LAS	Y	S	0,78	P	11	1		20	13	91/229	
42-127-0001-04	NAFRIA DE UCERO	N	DEHESA, LA	Y	S	0,00	P	7	1,13		22	13,17	91/227	
42-127-0001-05	NAFRIA DE UCERO	N	CASTILLEJOS, LOS	Y	S	0,00	P		1		20	13	89/39	
42-128-0001-01	NARROS	N	JIMA, LA	Y	P	1,92	P	3,7	8		14	16,18	89/16 y 2000/170	ARELLANO ET ALII (2002); MORALES, F. (1995):
42-132-0001-32	NOVIERCAS	N	LOMA DEL TEJADO	Y	S	21,00	E,P		8	8	20,22		2001/47	
42-132-0001-35	NOVIERCAS	N	BALSAS, LAS	Y	P	1,80	P	6	14		22,40			
42-132-0001-36	NOVIERCAS	N	MOLINO CHIQUÍN	H	P	0,07	P	7	1		14			

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-142-0001-04	POZALMURO	S	CERRO PELAO	Y	P	0,67	P		8		10		90/27 y 94/526	
42-142-0001-22	POZALMURO	N	CALLEJAS, LAS	Y	S	9,60	E,P		8		14		2001/42	ARELLANO ET ALII (2002)
42-142-0001-23	POZALMURO	N	CORTADO, EL	Y	P	1,28	P	24	8		14		2001/43	
42-142-0001-24	POZALMURO	N	SAN ROQUE	Y	S	3,64	E,P		8	8	14		2001/44	ARELLANO ET ALII (2002)
42-149-0002-02	NAVALCABALLO	N	QUEMADOS I, LOS	Y	S	0,00	P		8		20	13	86/81	PASCUAL DIEZ, A. C. (1991):
42-149-0003-02	RABANOS, LOS	N	CUEVA DEL ASNO	Y	S	0,00	E,P	10,16	4		8	17	83/5	JIMENO, A. (1984);FERNANDEZ MORENO, J.J.(1997):
42-152-0005-04	RECUERDA	N	ANISARES, LOS	Y	S	2,66	P		8		20	13	94/462	
42-155-0001-01	CAÑICERA	N	ERIALES DE LAS PEÑAS	Y	S	0,63	P		8		20	13,16	99/149	
42-155-0001-02	CAÑICERA	N	PEÑA MERINA	Y	S	0,92	P		8		10	16,18	99/150	
42-155-0004-01	MADRUEDANO	N	CASTILLO, EL	Y	S	0,12	P	16,21	3,8		10	16	83/30, 91/319, 99/24	PASCUAL, A.C. (1993):
42-155-0006-04	RETORTILLO DE SORIA	N	ARENAS, LAS	Y	P	0,11	P		8		20	13	99/114	
42-155-0008-01	TARANCUEÑA	S	COGOLLUDA, LA	Y	S	1,40	P		8		10	16	99/151	
42-155-0010-05	VALVENEDIZO	N	ALTO DE LA CARRASCA	Y	S	1,34	P		8		10	16,19	99/160	
42-155-0010-06	VALVENEDIZO	N	AGUILERA	Y	S	0,45	P		8		10	16,19	99/161	
42-155-0010-07	VALVENEDIZO	N	CASTRO DEL RÍO	Y	S	0,97	P		8		10	17	99/163	
42-155-0010-09	VALVENEDIZO	N	MORALES, LOS	Y	S	0,79	P		8		10	13,16	99/134	ARELLANO, O. et alii (1999):
42-157-0001-05	RIBA DE ESCALOTE, LA	N	MELERO	Y	S	1,09	P	15,18	7,8,20	15	10	16	94/387	ZOZAYA, J. (1988);CASA/MARTINEZ (1992):
42-158-0001-07	RIOSECO DE SORIA	N	BALDIO I, EL	Y	S	0,28	P		8	8	12		94/196	
42-158-0001-14	RIOSECO DE SORIA	N	SENDA EL CURA, LA	Y	S	3,95	P		8		10		94/198	
42-158-0001-20	RIOSECO DE SORIA	N	TORRALBO	Y	S	0,86	P		8		10		94/199	
42-160-0002-01	HINOJOSA DE LA SIERRA	N	ROZOS, LOS	Y	P	0,09	P	21,22	1		40	13	92/21/1	
42-160-0003-03	LANGOSTO	N	HITALES, LOS	Y	P	0,04	P	7	1		50	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):
42-160-0003-04	LANGOSTO	N	PEÑA CALERIZO	Y	P	0,00	P	7	13		12	17		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985);GOMEZ BARRERA, J.A. (1992):
42-160-0003-05	LANGOSTO	N	JARAIZES I, LOS	Y	P	0,70	P	7,19	1		14	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985);FUIDIO, F. Y PEREZ DE BARRADAS (1927):
42-160-0003-06	LANGOSTO	N	JARAIZES II, LOS	Y	P	0,01	P	7	1		14	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):
42-160-0004-01	ROYO, EL	N	PUNTAL, EL	H	P	0,00	P	7	1		10	18		Carnicero Arribas, J.M.(1985):
42-160-0005-03	VILVIESTRE DE LOS NABOS	N	VEGA CINTORA I	Y	P	0,08	P	7,22	1		40	13,18		MARTÍNEZ, G. (1983);CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):
42-160-0005-04	VILVIESTRE DE LOS NABOS	N	VEGA CINTORA II	Y	P	0,02	P	7	1		40	13		CARNICERO ARRIBAS, J.M. (1985):

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-162-0001-01	ALDEA DE SAN ESTEBAN	S	PICOTILLO I, EL	Y	S	2,50	P		8	8	10,12		92/212	
42-162-0001-03	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	QUINTANAS, LAS	Y	S	1,26	P	15	3,8		22,40		92/214	
42-162-0001-07	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	CERRILLOS CORRALES	Y	S	0,69	P		8	8	50		92/218	
42-162-0001-09	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	CANALIZO	Y	S	0,92	P	10	8		50		2000/37	
42-162-0001-10	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	VELETA, LA	Y	S	0,46	P		8		22,50		2000/38	
42-162-0001-13	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	VALDEHUERTAS	Y	S	1,35	P		8		12		2000/41	
42-162-0001-14	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	BLANQUERA, LA	Y	S	4,25	P	7,8	8		12		2000/42	
42-162-0002-04	ATAUTA	N	ALMENDRO, EL	Y	S	0,68	P	8	8		12	15,16	95/564	
42-162-0002-07	ATAUTA	N	CERILLARES, LOS	H	S	0,00	P		1		34	16,18	95/571	
42-162-0003-01	INES	N	CAMINO VALDEMUÑOZ	Y	S	1,82	P		8		12	13,15	95/540	
42-162-0003-05	INES	N	DEGOLLADERO	Y	S	0,88	P	7	8		30	13,16,18	95/535	
42-162-0003-20	INES	N	PEÑACID	Y	S	2,17	P	7	8		40	13,15	95/526	
42-162-0003-23	INES	N	SENDA VALDELASCUEVAS	Y	S	1,36	P	7	8		50	13,15	95/543	
42-162-0003-25	INES	N	VALDEMUÑOZ	Y	P	0,81	P		8		14	13	95/530	
42-162-0003-27	INES	N	VALDEPELAYO II	Y	S	0,86	P	7	8		20	13,15	95/536	
42-162-0004-02	MATANZA DE SORIA	N	CUESTA DEL RIO II	Y	S	0,31	P		8		20		92/24	
42-162-0004-05	MATANZA DE SORIA	N	SOTO II, EL	Y	S	1,17	P	20	8		50		92/27	
42-162-0004-06	MATANZA DE SORIA	N	FUENTECORRAL I	Y	S	4,50	P	8,10,11,19	8		10,12		92/28	
42-162-0004-08	MATANZA DE SORIA	N	FUENTEVILLA II	Y	P	1,08	P	15,19	8		40		92/30	
42-162-0004-09	MATANZA DE SORIA	N	FUENTECORRAL II	Y	P	0,20	P		8		12		92/31	
42-162-0004-10	MATANZA DE SORIA	N	TEJERA, LA	Y	S	0,22	P		8	8	12		92/32	
42-162-0004-11	MATANZA DE SORIA	N	LLANO DE LA LOBERA	Y	S	0,96	P	22	8		12		92/33	
42-162-0004-12	MATANZA DE SORIA	N	VEGA, LA	Y	S	2,25	P		8		22,50		92/34	
42-162-0004-16	MATANZA DE SORIA	N	ARROYAL, EL	Y	P	0,60	P	15	3,8		22		92/38	
42-162-0004-22	MATANZA DE SORIA	N	VALDIDUEÑA I	Y	P	0,48	P	22	8		10,12		92/44	
42-162-0004-24	MATANZA DE SORIA	N	VALDIDUEÑA II	Y	S	0,48	P	8	8		22		92/47	
42-162-0005-06	MORCUERA	N	TOROJONES, LOS	Y	S	0,06	E,P	13,14	8		10	16,18		JIMENO MARTÍNEZ, A. (1992);JIMENO, A. et alii (1988);
42-162-0006-06	OLMILLOS	N	VADO, EL	Y	P	0,29	P		8		50		2000/50	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-162-0006-08	OLMILLOS	N	BARRANCO EL AGUA	Y	P	0,12	P		8		22		2000/52	
42-162-0006-12	OLMILLOS	N	LLANO MACARRÓN	Y	P	0,37	P		8		10		2000/55	
42-162-0006-16	OLMILLOS	S	TONDALVARO	Y	S	2,20	P		8	15	22,24	13,15	2000/58	
42-162-0007-12	PEDRAJA DE SAN ESTEBAN	N	PLANTAS, LAS	Y	S	1,55	P	20	8		50	13,15	95/650	
42-162-0008-08	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	CARRAPIQUERAS	Y	S	0,52	P	7	8		20	13	95/608	
42-162-0008-10	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	CERRO TURRONERO	Y	S	1,10	P	16	3,8		30	16	95/474	JIMENO, A./ FERNANDEZ, J.J. (1992):
42-162-0008-11	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	PICOTILLO, EL	Y	S	1,36	P	13	2,8,20	15	34	16	88/14 y 95/475	MARTINEZ, G. (1983):
42-162-0008-13	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	CUADRAL	Y	S	0,95	P	8	8		20,22	13,16	95/604	
42-162-0008-15	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	RUBIAL, EL	Y	S	0,45	P		8		10	13,15	95/614	
42-162-0008-16	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	GUINDALERA, LA	Y	S	0,25	P	7	8		10	15,16	95/617	
42-162-0008-17	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	ARRECUEROS, LOS	Y	S	1,06	P		8		10	16	95/620	
42-162-0008-20	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	TEMEROSO II	Y	S	0,05	P		8		10	16	95/612	
42-162-0008-22	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	VALDEMINGON I	Y	S	0,29	P	7	8		20	16	95/606	
42-162-0008-23	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	VALDEMINGON II	Y	S	0,16	P	7	8		20	16	95/603	
42-162-0008-24	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	VALDEMINGON III	Y	S	0,61	P	20	8		20	16	95/602	
42-162-0008-25	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	VALDEPEÑAS	Y	S	0,42	P		8		14	16	95/621	
42-162-0010-08	QUINTANAS RUBIAS DE ABAJO	N	LLANO DEL POZO	Y	P	0,39	P	13	8	8	12	13	95/481	
42-162-0010-10	QUINTANAS RUBIAS DE ABAJO	N	TAINAS, LAS	Y	P	0,58	P		8		34	13,16	95/485	
42-162-0010-21	QUINTANAS RUBIAS DE ABAJO	N	CARRERA VERDE	Y	P	6,34	P	20	8,20	8	90	16	95/513	
42-162-0010-24	QUINTANAS RUBIAS DE ABAJO	N	ENTRADA A VALDEPOZO	Y	P	0,96	P	20	8		50	13,16	95/507	
42-162-0010-25	QUINTANAS RUBIAS DE ABAJO	N	VIRGEN, LA	Y	P	0,71	P	20	8		12	13,17	95/514	
42-162-0012-02	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	CERRADA, LA	Y	S	0,56	P	19	8		22		95/139	
42-162-0012-03	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	ALTO DEL GERVAL	Y	S	0,72	P	22	8		10,12		95/140	
42-162-0012-04	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	NOGAL, EL	Y	S	0,69	P		8		12		95/141	
42-162-0012-07	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	PALOMAR, EL	Y	P	0,16	P		8		50		95/143	
42-162-0012-08	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	CERRO DE LA CRUZ	Y	S	0,39	P		8		22		95/144	
42-162-0012-10	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	MESA GRANDE	Y	P	0,64	P	22	8		12		95/146	
42-162-0012-11	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	VALDEARROYO	Y	S	0,36	P		8		22		95/147	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-162-0012-12	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	HORMIGA, LA	Y	P	0,83	P		8		22		95/148	
42-162-0012-17	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	CUESTA CAMPANA	Y	S	3,96	P	8,10,22	8		12		95/153	
42-162-0012-19	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	CABEZA RUBIA	H	P	0,00	P		1		22		95/155	
42-162-0012-23	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	ERAS, LAS	Y	S	0,47	P		8		40		95/158	
42-162-0012-27	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	PIOJAR II	Y	S	0,52	P		8		22		95/162	
42-162-0013-02	REJAS DE SAN ESTEBAN	N	PESQUERA, LA	Y	S	0,35	P	8	8		14		2000/63	
42-162-0013-05	REJAS DE SAN ESTEBAN	N	ALTO LA PESQUERA	Y	P	0,96	P	19	8		20		2000/66	
42-162-0013-06	REJAS DE SAN ESTEBAN	N	PRADERAS, LAS	Y	P	0,13	P		8		50		2000/67	
42-162-0013-08	REJAS DE SAN ESTEBAN	N	FUENTESAPOS	Y	P	0,37	P		8		50		2000/69	
42-162-0013-16	REJAS DE SAN ESTEBAN	N	FUENTE BÁSCONES	Y	S	1,48	P		8		50		2000/77	
42-162-0013-17	REJAS DE SAN ESTEBAN	N	TORDOS, LOS	Y	P	1,06	P	19	8		12,20		2000/78	
42-162-0014-18	SAN ESTEBAN DE GORMAZ	N	CAMINO A NOVIALES	Y	P	1,20	P	4	8		20	13,15	95/626	
42-162-0014-24	SAN ESTEBAN DE GORMAZ	N	CARPIO, EL	Y	P	0,82	P		8		50	13,15	95/632	
42-162-0014-28	SAN ESTEBAN DE GORMAZ	N	VAL DE LOS HUERTOS I	Y	P	0,53	P		8			13	95/636	
42-162-0014-33	SAN ESTEBAN DE GORMAZ	S	MEDIA, LA	Y	S	6,40	P	15	3,8	8	40	13,15	95/624	
42-162-0015-01	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	PEÑUELAS, LAS	Y	S	0,37	P		8		20,22		2000/91	
42-162-0015-02	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	VIÑAS VIEJAS I	Y	S	0,43	P		8	8	20		2000/92	
42-162-0015-04	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	VIÑAS VIEJAS III	Y	P	0,65	P		1	8	22		2000/94	
42-162-0015-06	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	ROBLES DE VIÑAS VIEJAS	Y	S	0,33	P		8		12		2000/96	
42-162-0015-07	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	CAÑADA PEÑAMORIL II	Y	P	0,25	P		8		22		2000/97	
42-162-0015-09	SOTO DE SAN ESTEBAN	S	CERRO LA TORRE	Y	S	1,44	P	18,19	7,8	15	10		2000/99	
42-162-0015-10	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	PORQUERAS, LAS	Y	P	0,33	P		8		22		2000/100	
42-162-0015-13	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	SALAUNAS	Y	S	2,18	P		8		50		2000/102	
42-162-0015-16	SOTO DE SAN ESTEBAN	N	POZUELO, EL	H	S	0,00	P	22	1		22		2000/105	
42-162-0016-09	TORRAÑO	N	CAMINO DE PIQUERA	Y	P	0,25	P		8		10	16	95/568	
42-162-0016-13	TORRAÑO	N	MONTE DE TORRAÑO	Y	P	0,21	P		8			16	95/600	
42-162-0017-14	TORREMOCHA DE AYLLON	N	MAJADAS, LAS	Y	P	1,62	P		8		12	16,18	95/585	
42-162-0017-16	TORREMOCHA DE AYLLON	N	CERRO DE LOS TORMOS	Y	P	13,02	P		8				95/572	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-162-0017-29	TORREMOCHA DE AYLLON	N	VALDESPINO II	Y	P	0,84	P		8		20	16,18	95/596	
42-162-0018-01	VELILLA DE SAN ESTEBAN	N	CAÑADA DE SAN PEDRO	Y	S	0,48	P		8		12		2000/129	
42-162-0019-01	VILLALVARO	N	VALDECOLOMA	Y	S	1,02	P	8,19	8		10		92/91	
42-162-0019-05	VILLALVARO	N	VALDESANPEDRO	Y	P	0,55	P	22	8		12		92/51	
42-162-0019-06	VILLALVARO	N	POZÓN I, EL	Y	S	1,10	P	22	8		10		92/52	
42-162-0019-08	VILLALVARO	N	VALDELAPRESA I	Y	P	0,15	P		8		20		92/87	
42-162-0019-12	VILLALVARO	N	AJENALES, LOS	Y	P	0,14	P	22	8		22		92/58	
42-162-0019-14	VILLALVARO	N	TEJAREJO I	Y	S	0,42	P	8	8		10,12		92/60	
42-162-0019-15	VILLALVARO	N	TEJAREJO II	Y	S	0,70	P		8		12		92/61	
42-162-0019-20	VILLALVARO	N	COLADA II	Y	P	0,17	P		8		50		92/66	
42-162-0019-24	VILLALVARO	N	VALDELAPRESA II	Y	S	0,38	P		8		10,12		92/70	
42-162-0019-25	VILLALVARO	N	VALDELAPRESA III	Y	P	0,21	P		8		12		92/71	
42-162-0019-27	VILLALVARO	S	POZÓN II, EL	Y	S	0,70	P		8		12		92/73	
42-162-0019-30	VILLALVARO	N	ARROYAL I	Y	S	1,30	P	19	8		20,22		92/76	
42-162-0019-40	VILLALVARO	N	LLANO DEL TIO JACINTO	Y	S	3,00	P	8	8		12		92/89	
42-163-0001-02	SAN FELICES	N	UMBRÍA DEL CASTELLAR, LA	Y	S	0,06	P		8		10	16	96/105	
42-168-0001-04	MUÑECAS	N	ALDEA, LA	Y	S	4,20	P	19	2,8	7,8	20	13	98/120	
42-173-0004-39	SORIA	N	CUEVA DE LA TORCA	Y	P	0,00	P		4		84		83/51	MORALES HERNÁNDEZ, F. (1995);FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1991):
42-173-0004-41	SORIA	N	CUEVA DEL BARRO	Y	P	0,00	P	16	4		84		83/50	SAENZ RIDRUEJO, C. (1954);SAENZ GARCIA, C. (1957):
42-176-0001-01	TAJAHUERCE	N	ARRAÑALES LA VENTOSA	Y	P	1,27	P	21	8		10		94/510	
42-176-0001-08	TAJAHUERCE	N	VENTOSILLAS, LAS	Y	S	6,75	P	21	8		10,12		90/21 y 94/504.	
42-182-0001-13	TARODA	N	ARROYO DE JUNCOS ALBOS	H	P	0,00	P	10			40	13	2003/206/1	
42-182-0001-15	TARODA	N	PILA, LA	Y	P	1,50	P		8		20	13,16	2003/147	
42-184-0001-01	TORLENGUA	N	MESTA, LA	Y	P	0,00	P	8,12,13,15,24	8		10	13		GOMEZ SANTA CRUZ, J. (1992):
42-185-0001-07	TORREBLACOS	N	MONTANA, LA	Y	P	1,70	P	7	8		20	13,16	95/274	
42-185-0001-08	TORREBLACOS	N	MOTILLA, LA	Y	P	0,78	P		8		10	13,16	95/275	
42-187-0001-01	SAUQUILLO DE ALCAZAR	N	FUENTE DE LAS CUEVAS	Y	P	3,50	P	16	3,8	15	51	13	2003/56	
42-187-0001-03	SAUQUILLO DE ALCAZAR	N	CERRILLO DE LA FUENTE	Y	P	2,00	P		6	15	10,12	16,17	2003/55	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-187-0001-04	SAUQUILLO DE ALCAZAR	N	SIERRA DEL COSTANAZO	Y	S	0,00	P		7	15	10	16	2003/54	
42-189-0001-08	UCERO	N	CUEVA DEL CARTERO DE HERRERA	Y	P	0,00	P		4		84		93/64	
42-189-0001-11	UCERO	N	RISCA PERDICES	H	P	0,00	P	7	1		51	17	93/61	
42-192-0001-04	VALDEGEÑA	N	CUEVA DEL PEÑAL	Y	S	0,44	P	7,8,16	4,8		12,84	18	210, 211, 212, 215	JIMENO MARTINEZ, A. (1986); BENITO, F. (1892):
42-192-0001-07	VALDEGEÑA	N	TORRECILLA, LA	Y	S	0,00	P	12,13,19	6,20	3,12,14	10	13,16,18	94/565	
42-192-0001-09	VALDEGEÑA	N	PEÑA CORVILLA	Y	S	0,02	P		8		40	13,16,18	94/566	
42-194-0005-04	VALDEMALUQUE	N	ERMITA, LA	Y	P	4,14	P	21	8		12	13,18	94/490	MARTINEZ, G. (1983):
42-194-0005-06	VALDEMALUQUE	N	CENTENARES, LOS	Y	P	6,90	P		8		12	13	94/491	GARCIA SOTO, E./ROSA de la, R. (1991):
42-195-0001-03	BOOS	N	CERRO LA CABAÑA	Y	S	0,38	P		8		10	13,16	94/423	
42-200-0003-06	VELAMAZAN	N	CERRO, EL	Y	P	1,50	P		8		10	13	2003/168	
42-206-0001-05	VILLANUEVA DE GORMAZ	N	LLANO LAS VIÑAS	Y	S	3,68	P		8		20	13	94/437	
42-208-0001-09	VILLAR DEL CAMPO	N	TERREROS, LOS	Y	S	0,00	E,P	7	8		12		90/29 y 94/559	LERIN ET ALII (2002)
42-212-0002-01	VILLASAYAS	S	MIRON CHICO	Y	S	0,52	P		8	8	10	16	94/290	

Bronce Medio

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRAFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-003-0001-09	ADRADA DE HAZA	N	SAN MILLÁN	Y	P	0,00	P		1					
09-018-0002-05	ARANDA DE DUERO	N	CTRA. LA AGUILERA I	Y	P	0,00	P	9,24	20			13,16		
09-018-0002-06	ARANDA DE DUERO	N	CTRA. LA AGUILERA II	Y	P	0,00	P	9,24	1,8			15,16		
09-018-0002-19	ARANDA DE DUERO	N	MATARANDA I	Y	S	0,00	P		1			13		
09-018-0002-26	ARANDA DE DUERO	N	EL VENTORRO II	Y	S	0,00	P		1			13		
09-105-0002-05	CIRUELOS DE CERVERA	N	LAIJÓN II	Y	P	0,54	P		1	15	31	16		
09-131-0001-16	FRESNILLO DE LAS DUEÑAS	N	SANTO DOMINGO	Y	P	0,00	P		20				99/7/3	
09-136-0001-04	FUENTECEN	N	SAN PEDRO	Y	P	0,00	P	11,15,16	1,3	8,9,15	50	13	97/1/2/1-48	GARCIA MERINO,C.OSABA, B. (1964):
09-163-0002-03	HONTORIA DEL PINAR	N	MATALACUEVA	Y	P	0,00	P	9,11	4					
09-235-0001-04	OLMEDILLO DE ROA	N	BASARDILLA	Y	P	1,00	P	9,20,21	1,2	15	22,24,50	13,15		MARTÍNEZ DIEZ, G. (1983);MADOZ, P. (1984):
09-235-0001-07	OLMEDILLO DE ROA	N	PLAZA, LA	Y	S	3,10	P	9	1	15	20	13,15		
09-235-0001-09	OLMEDILLO DE ROA	N	SANTIMIA	Y	P	0,15	P	20,21,22	1,8	15	20	13,15,16		MARTÍNEZ DIEZ, G. (1983):
09-261-0001-10	PEÑARANDA DE DUERO	N	LA CASA 2	Y	P	0,30	P		1			13,16		
09-261-0001-37	PEÑARANDA DE DUERO	N	VALDELACUEVA (CASANOVA)	Y	P	0,00	P		1			13,16		
09-281-0001-02	QUINTANA DEL PIDIO	N	SAN MIGUEL	Y	S	1,20	P	7,16,17,19	1,2,3,10,15	7,8,15	20,22,50	13,15,16		
09-321-0001-03	ROA	N	CARRASALINERA I	Y	S	0,00	P		20		50,90	13		
09-345-0001-07	SANTA CRUZ DE LA SALCEDA	N	LA MOSQUETERA	Y	P	0,70	P	9	1			13,15,16		
09-356-0001-02	BARRIOSUSO	S	ALTO DE VALDOSA	Y	P	66,70	P	11,12,13,15	6	1,3,15	10,12	17,18		VV.AA. (1982);SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1998):
09-358-0004-03	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CASTRO DE LA YECLA	Y	S	3,75	E,P	8,9,11,12,13,16,17,19,20,21,22	2,6,10	15	8,10	16,18		VV.AA. (1982);STRATO, S. L. (1999):
09-358-0004-07	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DE SAN GARCÍA	Y	S	0,00	P	4,7,9,11	4,12,17	6	8	18		VV. AA. (1982):
09-378-0001-05	TEJADA	N	IGLESIA DE LOS MOROS	Y	P	0,00	P	13,15	5	15	8,84	18		CARRETERO DE NICOLAS, F.; VICARIO, F Y VICARIO,E.(1996):
09-387-0001-03	TORREGALINDO	N	EL RONCO I.	Y	P	2,70	P	7	1		22	13		
09-387-0001-15	TORREGALINDO	N	BLANDARES.	Y	P	0,00	P		1			13,16		
09-400-0001-01	VADOCODES	N	ALTO EL CERRO	Y	P	0,70	P		1			13,17		
09-438-0001-01	VILLALBA DE DUERO	N	VIRGEN, LA	Y	S	2,70	P		1	8,15	20,22	13,15		
09-451-0001-03	VILLANUEVA DE GUMIEL	N	MORO DIEZ II	Y	P	0,00	P	6,8	1			15,16,18		
40-005-0001-01	ALCONADA DE MADERUELO	N	40-005-0001-01	Y	P	0,00	P	11,15,16	3	9,13	22,40	13,15		MOLINERO PEREZ, A. (1971):
40-008-0001-02	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	40-008-0001-03	Y	S	0,00	P		8	8,16	52,80	13,15		

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
40-008-0001-08	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	40-008-0001-08	Y	P	0,30	P	7,9	8		34	16	ASM/8	
40-024-0002-01	ESTEBANVELA	N	VILLACORTILLA	Y	S	0,00	P	17,19	8	8	22	13,19		
40-024-0002-02	ESTEBANVELA	N	VALDELAGORDA	Y	S	0,00	P		1		51	17,19		
40-029-0001-01	BERCIMUEL	N	CALVARIO, EL	Y	P	3,04	P	7,15,16	2,3	8,12,15,16	40	13	BM/1 BM/4	MOLINERO PEREZ, A. (1950);MOLINERO PEREZ, A. (1971):
40-109-0001-04	LANGUILLA	N	REDONDO, EL	Y	S	165,00	P	7,16	8	8	20,50	13,15	LN/1	
40-109-0001-05	LANGUILLA	N	CALVARIO, EL	Y	S	0,00	P		8		80	16,19		
40-109-0002-02	MAZAGATOS	S	40-109-0002-02	Y	P	0,10	P	7,9	8		80	13,15	MZG/2	
40-109-0002-03	MAZAGATOS	N	SAN CRISTOBAL II	Y	S	0,00	P		8	8	22,80	13		
40-115-0001-01	MADERUELO	N	40-115-001-07	Y	P	0,00	P	17	8	8	20	13,15,16		
40-115-0001-02	MADERUELO	N	40-115-0001-18	H	P	0,00	P		1		31,80	16		
42-007-0002-02	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PEDREGALES, LOS	Y	S	0,46	P	9,21	1,8,13		10		91/271	
42-007-0002-36	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	FUENTE SAUCO II	Y	S	4,00	P	9	13		90	13	91/236	
42-007-0002-44	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	PORTILLO DE VALDEHUEZO	Y	S	0,53	P	7,8,9	1,13		10	13	91/246	
42-007-0002-50	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	COLMENARES II, LOS	Y	P	2,00	P	7	1,13		10	13	91/252	
42-007-0002-52	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	FUENTE DEL HORNILLO	Y	S	0,37	P	9	1,13		10		91/238	
42-019-0005-08	PORTELARBOL	N	ZAMARRAS, LAS	Y	S	11,10	P		8	8	20	16	97/338	
42-023-0001-07	ALPANSEQUE	N	COVATA, LA	Y	P	0,52	E,P	13	10		12	13	94/74	CABRE, J./ MORAN, C. (1975):
42-023-0001-09	ALPANSEQUE	N	RIVILLA, LA	Y	S	259,00	P		8	8,12	20	13,16	94/78	
42-029-0001-10	BARAONA	S	DEHESA DE LOS SANTOS	Y	S	0,52	P	15	7,8		20		94/102	MORILLO CERDAN, A. (1991);SHULTEN, A. (1927):
42-031-0001-14	BARCONES	N	SOLANA LOS VILLARES	Y	S	1,66	P		8	8	34	13	94/330	
42-032-0002-02	BAYUBAS DE ABAJO	N	TORO, EL	Y	S	0,58	P		8		50	13	94/397	
42-035-0004-02	BERLANGA DE DUERO	N	PISCAL, EL	Y	S	2,24	P	7,22	1		12	16	92/268	
42-035-0004-06	BERLANGA DE DUERO	N	VALDEHORNILLOS	Y	S	2,30	P	21	1		10	13	92/266	
42-035-0004-09	BERLANGA DE DUERO	N	LAMPARA II, LA	Y	P	0,33	P	21	1		50	13,15	92/270	
42-035-0009-05	MORALES	N	CAIDA, LA	Y	S	7,00	P		1		12	16,18	92/288	
42-045-0001-03	CABREJAS DEL PINAR	N	CUEVA MAJA	Y	S	0,08	E,P	9,16	12,17	15	84		87/67, 88/5, 89/5	GOMEZ BARRERA, J.A. (1992):
42-052-0001-05	CARACENA	N	SAN PEDRO	Y	S	0,00	E,P	19,20,21,22	8,10		12	1	80/6, 86/31	JIMENO, A./FERNANDEZ, J.J. (1991):
42-052-0001-08	CARACENA	N	TOLMOS, LOS	Y	S	0,20	E,P	16,19	8,10		50	15,16	77/12, 78/20, 79/20	JIMENO MARTINEZ, A. (1979);TARACENA, B. (19419):

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-052-0001-11	CARACENA	N	ESCARANSOS, LOS	Y	S	7,47	E,P		8		10	1,2,19	82/2, 99/33	TARACENA, B. (19419;CARNICERO, J. Mº. et alii (1992):
42-080-0005-01	QUINTANILLA DE NUÑO PEDRO	N	MOJÓN DEL ZORRO	Y	S	0,50	P		8		20	13	91/292, 99/55	
42-085-0002-07	FUENTEARMEGIL	N	VANDENTANILLAS	Y	P	0,00	P	9,11,21,22	1,13		20,22	13	91/225	
42-085-0004-15	ZAYUELAS	N	CARRASQUILLAS	Y	P	0,66	P	7,9,11	1,13		20	13	91/205	
42-098-0001-04	HERRERA DE SORIA	N	CUEVA LUCIA	Y	P	0,00	P		4		84	16,18	93/71	
42-103-0002-13	BOCIGAS DE PERALES	N	ALTILLO DEL CURA	Y	P	0,84	P		8		20,22	13,15	97/128	
42-103-0002-22	BOCIGAS DE PERALES	N	TRESVALDEUNCO	Y	S	3,05	P		8	8,15	50	13	97/141	
42-103-0002-23	BOCIGAS DE PERALES	N	ALTILLO DE LOS SINGULARES	Y	S	0,27	P		8		20	13,16	97/134	
42-103-0002-26	BOCIGAS DE PERALES	N	CALDERUELA I, LA	Y	S	4,32	P		8		20	13,18	97/138	
42-103-0002-29	BOCIGAS DE PERALES	N	TENADAS I, LAS	Y	S	0,84	P		8		20	16,18	97/139	
42-103-0004-03	VALDANZO	N	SAN PEDRO II	Y	S	0,42	P		8		50	13	97/16	
42-103-0004-25	VALDANZO	N	CANALEJAS, LAS	Y	P	0,74	P		8	8	50	13	97/15	
42-103-0005-01	VALDANZUELO	N	LADERA DEL BATÁN	Y	P	0,12	P		8		36	16	97/44	
42-103-0006-06	ZAYAS DE TORRE	N	CUBO, EL	Y	S	0,72	P		8		50	13	97/155	
42-103-0006-14	ZAYAS DE TORRE	N	VALDEFRADAS	Y	P	0,94	P		8	15	50	13	97/158	
42-116-0001-05	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	CAÑADA, LA	Y	S	0,01	P		8	8	50	1	97/111	
42-116-0001-36	MIÑO DE SAN ESTEBAN	N	BALCONES II, LOS	Y	S	1,53	P	13	8		22	13,16	97/121	
42-127-0001-07	NAFRIA DE UCERO	N	CUEVA LA LLANA	Y	S	0,00	P		4		84		93/70	
42-127-0001-13	NAFRIA DE UCERO	N	LADERAS DE VALDESNEILA	H	P	0,00	P		1		12		93/63	
42-149-0003-02	RABANOS, LOS	N	CUEVA DEL ASNO	Y	S	0,00	E,P	9,16	4		8	17	83/5	EIROA (1984);FERNANDEZ MORENO, J.J.(1997):
42-155-0004-04	MADRUEDANO	N	PALOMARON, EL	Y	S	0,90	P	16	8	8	12	1,13,16	99/26	
42-158-0001-23	RIOSECO DE SORIA	N	ARENALES, LOS	Y	S	0,00	P	8,11	8,20	8	22		94/464.	FERNANDEZ, J.J. /JIMENO, A. (1992):
42-162-0001-09	ALDEA DE SAN ESTEBAN	N	CANALIZO	Y	P	0,92	P	9	8		50		2000/37	
42-162-0003-06	INES	N	AGUILAR, EL	Y	S	0,83	P		8		12	15,16	95/539	
42-162-0003-11	INES	N	CERRADA, LA	Y	S	1,95	P		8		10	13	95/541	
42-162-0003-28	INES	N	VALDEPINILLA	Y	S	0,37	P		8		20	13	95/537	
42-162-0004-06	MATANZA DE SORIA	N	FUENTECORRAL I	Y	S	4,50	P	8,9,11,19	8		10,12		92/28	
42-162-0006-18	OLMILLOS	N	POLO, EL	Y	P	2,43	P		8	7,8,15	20	13	2000/60	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSION	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-162-0008-14	PEÑALBA DE SAN ESTEBAN	N	GUIJARRAL, EL	Y	S	1,48	P		8		50	13,15	95/605	
42-162-0010-19	QUINTANAS RUBIAS DE ABAJO	N	POZANCO	Y	P	2,87	P		8	8	20	16	95/509	
42-162-0011-13	QUINTANAS RUBIAS DE ARRIBA	N	HUERTOS DEL CERRO	Y	P	2,07	P	20	8		10	13,16	95/492	
42-162-0012-17	QUINTANILLA DE TRES BARRIOS	N	CUESTA CAMPANA	Y	P	3,96	P	8,9,22	8		12		95/153	
42-162-0013-03	REJAS DE SAN ESTEBAN	S	PICO VELILLA	Y	S	0,06	P	11	8		10,12		2000/64	
42-162-0016-08	TORRAÑO	N	VARCIVIEJO I	Y	P	1,26	P		8		10	16	95/576	
42-162-0018-02	VELILLA DE SAN ESTEBAN	N	LANGOSTILLO, EL	Y	S	1,50	P	11	8		12		2000/130	
42-162-0019-28	VILLALVARO	N	FUENTELPOBRE	Y	P	0,53	P		8		12		92/74	
42-164-0002-10	SAN LEONARDO DE YAGÜE	N	CUEVA NEGRA	Y	P	0,00	P	16	4,17	15	84	18	93/54	
42-164-0002-11	SAN LEONARDO DE YAGÜE	N	CUEVA DEL MONO I	Y	S	0,00	P		4		84	15	93/51	
42-164-0002-12	SAN LEONARDO DE YAGÜE	N	CUEVA DEL MONO II	Y	P	0,00	P		4		84	15	93/52	
42-182-0001-13	TARODA	N	ARROYO DE JUNCOS ALBOS	H	P	0,00	P	9			40	13	2003/206/1	
42-189-0001-12	UCERO	N	CUEVA DEL POLVORISTA	Y	S	0,00	E,P	8,16	4,10	12	84		93/56	
42-189-0001-14	UCERO	N	BARRANCO DE LA CALZADA	H	P	0,00	P		1		14		93/59	
42-189-0001-15	UCERO	N	CUEVA DEL CHORRON	Y	P	0,00	P		4		84	15	93/62	
42-189-0001-16	UCERO	N	CUEVA DE LOS ESPELEOLOGOS	Y	P	0,00	P		4		84		93/60	
42-189-0001-17	UCERO	N	CUEVA LA ERA	Y	P	0,00	P		4,18		84	17	93/57	
42-189-0001-18	UCERO	N	COLMENAR DE LOS FRAILES	H	P	0,00	P		1		12		93/65	
42-189-0001-20	UCERO	N	CUEVA B-5	Y	P	0,00	P		4		84		93/58	
42-189-0001-24	UCERO	N	BALCONCILLO, EL	Y	S	0,00	E,P		8		51		93/66	GARCIA SOTO, E./MOURE ROMANILLOS, A. (1982):DE LA-ROSA MUNICIO, R. (1991).
42-212-0001-05	FUENTEGELMES	N	MIRATÓN, EL	Y	S	0,72	P		8		31	16,18	94/280	

Bronce Final

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
09-018-0002-01	ARANDA DE DUERO	N	LA ALAMEDA	Y	P	0,00	P	9,21,22	1			13		
09-019-0001-03	ARANDILLA	N	VALVERDE I	Y	S	0,00	P	12	1			13		
09-051-0001-01	BERLANGAS DE ROA	N	CABAÑA, LA	Y	S	3,30	P		1	8,15	50	13		
09-136-0001-04	FUENTECEN	N	SAN PEDRO	Y	P	0,00	P	10,15,16	1,3	8,9,15	50	13	97/1/2/1-48	GARCIA MERINO, C.: OSABA, B. (1964):
09-163-0002-03	HONTORIA DEL PINAR	N	MATALACUEVA	Y	P	0,00	P	9,10	4					
09-356-0001-02	BARRIOSUSO	S	ALTO DE VALDOSA	Y	P	66,70	P	10,12,13,15	6	1,3,15	10,12	17,18		VV.AA. (1982); SACRISTÁN DE LAMA, J.D. (1998):
09-358-0004-03	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CASTRO DE LA YECLA	Y	S	3,75	E,P	8,9,10,12,13,16,17,19,20,21,22	2,6,10	15	8,10	16,18		VV.AA. (1982); STRATO, S. L. (1999):
09-358-0004-07	SANTO DOMINGO DE SILOS	N	CUEVA DE SAN GARCÍA	Y	S	0,00	P	4,7,9,10	4,12,17	6	8	18		VV. AA. (1982):
09-400-0001-18	VADOCODES	N	CAMINO DE LA CERCA	Y	S	0,00	P		4			13,15	99/7/6	
09-405-0001-04	VALDEZATE	N	LAS CABEZADAS	Y	P	0,00	P	12	1	7	10,12	13	97/1/3/17-39	
40-005-0001-01	ALCONADA DE MADERUELO	N	40-005-0001-01	Y	P	0,00	P	10,15,16	3	9,13	22,40	13,15		MOLINERO PEREZ, A. (1971):
40-008-0001-14	ALDEALENGUA DE SANTA MARIA	N	40-008-0001-14	H	S	0,00	P		1			19		
40-024-0001-01	AYLLON	N	CASCO URBANO	Y	S	0,00	P	12,13,17,18,19,20,22	2,6,10,15	3,7,8,10,12,14,17	10,12,31,80	1,2,13,19		
40-024-0004-01	GRADO DEL PICO	N	FUENTE BOYAL	Y	S	0,00	P		1		12	16		
40-024-0007-02	SANTIBAÑEZ DE AYLLON	N	HUERTA DE LA CUEVA	Y	S	0,00	P		4,5		8,52,82,84	16		
40-029-0001-02	BERCIMUEL	N	MOLLINA, LA	Y	P	0,00	P		8		22	13,16		
40-039-0001-01	CAMPO DE SAN PEDRO	N	VALDECARAS	Y	S	0,00	P	16,17	10	8,17	22	13		
40-055-0001-01	CILLERUELO DE SAN MAMES	N	SANTILLOS, LOS	Y	P	0,00	P		2		20	13		
40-055-0001-02	CILLERUELO DE SAN MAMES	N	CAÑO DIEGO, EL	Y	S	0,00	P	19	2		22	13		
42-007-0002-59	ALCUBILLA DE AVELLANEDA	N	CERRADA, LA	Y	P	0,17	P	21	1,8,14		12		91/282	
42-029-0001-03	BARAONA	N	ALTO EL SABUCO	Y	S	1,17	P	12	8		20	13,16	94/104	
42-046-0003-02	CALATAÑAZOR	N	ABRIGOS DEL CERRO DE LOS CASTEJONES	H	P	0,00	P		5		82	16		PASCUAL DIEZ, A.C. (1991); JIMENO MARTINEZ, A. (1981):
42-046-0003-04	CALATAÑAZOR	N	MOLINO, EL	Y	P	0,00	P	13	1		14		86/33	PASCUAL DIEZ, A.C. (1991):
42-052-0001-07	CARACENA	N	ESCOBARES, LOS	Y	S	0,30	P		8	8	20	13,16	99/32	
42-069-0001-05	COVALEDA	N	BOCA DEL PRADO	H	S	0,00	P		20		12	18	2492 al 2495	ORTEGO, T. (1954); ORTEGO, T. (1957):
42-085-0002-07	FUENTEARMEGIL	N	VANDENTANILLAS	Y	P	0,00	P	9,10,21,22	1,13		20,22	13	91/225	
42-085-0004-15	ZAYUELAS	N	CARRASQUILLAS	Y	P	0,66	P	7,9,10	1,13		20	13	91/205	
42-127-0001-01	NAFRIA DE UCERO	N	TENALAYAS, LAS	Y	S	0,78	P	9	1		20	13	91/229	

CÓDIGO	LOCALIDAD	COMP SUP	TOPÓNIMO	TIPO	SEGURO POSIBLE	EXTENSIÓN	ACTUACIONES	OTRAS ATRIBUCIONES	TIPOLOGIA	INDICIOS VISIBLES	CONDICIONES GEOGRÁFICAS	ENTORNO	SIGLAS DE MATERIALES	BIBLIOGRAFIA
42-144-0001-02	BARBOLLA, LA	N	CASTRO, EL	Y	S	0,00	E,P		8		10	13		JIMENO, A./FERNÁNDEZ, J.J. (1983);PASCUAL DIEZ, A. C. (1991):
42-157-0001-07	RIBA DE ESCALOTE, LA	N	SANTA MARIA	Y	P	0,00	P	13,15,19	3,8,10		20	13		TARACENA, B. (1941);GOMEZ SANTA CRUZ, J. (1992):
42-158-0001-16	RIOSECO DE SORIA	N	QUINTANARES ESCOBOSA	Y	S	5,42	P	12,16	3,8	8	90		94/212	JIMENO, A./ FERNANDEZ, J.J. (1985);ORTEGO, T. (1977):
42-158-0001-23	RIOSECO DE SORIA	N	ARENALES, LOS	Y	S	0,00	P	8,10	8,20	8	22		94/464.	FERNANDEZ, J.J. /JIMENO, A. (1992):
42-160-0004-04	ROYO, EL	N	HALLAZGOS AISLADOS	H	S	0,00	P		1					FERNANDEZ MORENO, J.J. (1988):
42-162-0003-26	INES	N	VALDEPELAYO I	Y	P	1,85	P	7	8		20	13,16	95/542	
42-162-0004-06	MATANZA DE SORIA	N	FUENTECORRAL I	Y	S	4,50	P	8,9,10,19	8		10,12		92/28	
42-162-0013-03	REJAS DE SAN ESTEBAN	S	PICO VELILLA	Y	P	0,06	P	10	8		10,12		2000/64	
42-162-0018-02	VELILLA DE SAN ESTEBAN	N	LANGOSTILLO, EL	Y	P	1,50	P	10	8		12		2000/130	
42-185-0001-03	TORREBLACOS	N	PIJUAL, EL	H	P	0,00	P		1		12		95/278	
42-207-0001-06	VILLAR DEL ALA	N	ESTATUA-MENHIR	H	S	0,00	P		20					ROMERO CARNICERO, F. (1981);ARNAL, J. (1976):

Anexo 2 Inventario de los materiales recuperados en
El Parpantique de Balluncar (Soria)

- Cerámicas
- Elementos de barro
- Piezas líticas
- Localización de los materiales

Claves de Base de Datos Torojones Inventario de material cerámico

Camp. (Campaña)

Se incluye el año correspondiente a la excavación.

Núm. Inv. (Número de inventario)

Corresponde al número correlativo de signatura. Existen repetidos que se diferencian con el correspondiente signo (*) en la casilla siguiente bis

Cuadro

Denominación del metro cuadro en el que se recogió, de acuerdo a la cuadrícula cartesiana.

Des. TAM (Tamaño desgrasante)

F fino
M medio
G grueso

Des. Tipo (Tipo desgrasante)

A caliza
B cuarcita
C gneis
D yesos
E cerámica triturada

Color

Tabla de Llanos y Vegas

Frag. (Fragmento).

Tipo
B borde
P pared
C carena
F fondo

Tratamiento

R rugoso
D descuidada
A alisada
B bruñida
E espatulada

Diámetro en centímetros

Forma

Lisa

L lisa

Decorada

D digitación borde
U ungulación borde
I incisión en borde

Loc. D (Localización decoración)

I interior
E exterior

Tipo Decor (Tipo decoración)

A incisas
A1 línea paralela
A2 línea vertical
A3 línea cosida
A4 retícula
A5 triángulo relleno
A6 espiga
A7 puntos
B1 boquique
C1 excisa
D plastica
D1 cordón paralelo
D2 cordón circular
D3 cordón entrecruzado
D4 pezón
E impresa
E1 digitación
E2 ungulación
E3 punta/punzón

Suspen (Suspensión)

O orejeta
P pezón
A asa
R perforación

Fig. Núm. (número de figura)

Frag. (Numero de fragmentos pegados)

Pegan Cuadros (Cuadros de origen de los fragmentos pegados).

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	1		SUP	M	A	2B6	BP	B	16.	A1c	L						
1985	2		SUP	G	A	O/R	B	A	19.	D2b	D						
1985	2		SUP	M	AB	2C4	B	A			D						
1985	3		SUP	F	A	O/R	B	B		A1a	L						
1985	3		SUP	M	A	3B4	B	B			L						
1985	4		SUP	G	A	O/R	B	A	25.	A1c	U						
1985	4		SUP	F	A	O/R	B	B		A4a	L						
1985	5		SUP	M	AB	O/R	B	A			L						
1985	5		SUP	M	A	2B7	B	B			D						
1985	6		SUP	G	A	O/R	BP	A	14.	A1a	L						
1985	6		SUP	F	A	1H1	B	B			L						
1985	7		SUP	M	A	O/R	BP	D	25.	D2b	D						
1985	7		SUP	M	A	2C4	B	A			D						
1985	8		SUP	M	A	O/R	BP	A	13.	C2b	D						
1985	8		SUP	F	A	2E2	B	A			L						
1985	9		SUP	M	A	O/R	B	B		C1	L						
1985	9		SUP	F	B	3C4	B	A		D2a	L						
1985	10		SUP	G	A	2B3	BP	A		C1	L						
1985	10		SUP	M	AB	2G1	BP	A		D1b	L						
1985	11		SUP	G	A	O/R	BP	A	31.5	D1b	L	E	D1D3		89		
1985	11		SUP	M	AB	O/R	F2	A			L						
1985	12		SUP	F	A	3B3	B	A	28.	C1	DU						
1985	12		SUP	F	A	2A4	B	B			D						
1985	13		SUP	G	A	O/R	BP	D	27.5	D2b	D						
1985	14		SUP	F	A	2C4	B	A			I						
1985	14		SUP	F	A	1B4	B	B	10.		L						
1985	15		SUP	M	A	2B5	BP	A	16.	C2b	D						
1985	15		SUP	M	A	O/R	P	A				E	D2E2				
1985	16		SUP	F	AB	3C3	B	A		C1	L						
1985	16		SUP	M	AB	1E2	B	D	11.	C2b	D						
1985	17		SUP	M	A	2E1	P	D				E	D3E1E2				
1985	17		SUP	F	A	O/R	BP	A			D						
1985	18		SUP	F	A	2C5	B	A			L						
1985	19		SUP	F	A	1F2	BP	A	25.5	A1a	L			R		3	
1985	20		SUP	F	A	2D4	BP	A	14.	A1a	L					5	2
1985	20		SUP	F	A	1A3	B	B			L						
1985	21		SUP	M	A	O/R	BP	A	17.	A2	L					33	
1985	21		SUP	F	AB	O/R	BP	B	18.	C2a	U					74	2
1985	22		SUP	M	AB	3C3	B	A		A2	L						
1985	22		SUP	M	A	1E3	P	A				E	D1E1				
1985	23		SUP	G	A	O/R	P	A				E	D1				
1985	24		SUP	F	A	3B3	B	D			L			O			
1985	24		SUP	M	A	O/R	B	A			L						
1985	25		SUP	G	A	2E6	B	A	28.		L						
1985	25		SUP	M	AB	O/R	P	A			L			P			
1985	26		SUP	M	AB	O/R	BP	A	16.5	A1c	L					19	4
1985	26		SUP	M	A	2B3	B	A	10.	E	L					120	
1985	27		SUP	G	A	1D2	B	A		C2a	L						
1985	27		SUP	M	AB	1B4	BP	A	20.	D1a	D						
1985	28		SUP	M	BA	O/R	B	B	10.		L						2
1985	29		SUP	G	A	1A3	BP	A	17.5	C2a	U						
1985	30		SUP	M	A	3B2	B	A	13.	A3	U						
1985	31		SUP	F	A	1A5	BP	A	28.	D2b	U	E	D1E1				
1985	32		SUP	M	AB	2C3	B	A	24.	D1b	D						
1985	33		SUP	F	A	1A3	B	A		A2	L						
1985	34		SUP	G	AC	3E4	B	A			L						
1985	35		SUP	F	A	1G2	BP	B	14.	C1	L						
1985	36		SUP	F	A	2A4	B	A	9	D2a	DU						
1985	37		SUP	M	AB	2B3	BP	A	10	A2	L						
1985	38		SUP	M	AB	O/R	BP	A	17.5	D1b	DU	E	D1E1				
1985	41		SUP	G	A	2C5	BP	A	22.	D2b	D	E	D1E1				
1985	42		SUP	G	A	2C6	B	A			U			OO			2

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	43		SUP	F	A	1A3	B	A			L						
1985	44		SUP	M	A	2C4	B	A		C1	L						
1985	45		SUP	M	A	O/R	B	B		C2a	L						
1985	46		SUP	F	A	3B4	B	A		D2a	D						
1985	47		SUP	F	A	3B4	B	B	10.		U						
1985	48		SUP	M	B	3B4	BP	B	13.5			E	A3		135		
1985	49		SUP	G	A	3C3	B	A		D1b	D			O			
1985	50		SUP	M	A	O/R	B	A	11.	C2b	L						
1985	51		SUP	G	A	O/R	B	A			DU						
1985	52		SUP	M	AB	1D2	P	A			L			A			
1985	53		SUP	G	A	O/R	B	A		C2a	D						
1985	54		SUP	F	AB	2B2	B	A			D					2	
1985	54		SUP	M	A	2A3	B	A			I						
1985	55		SUP	F	A	3B4	BP	A	26.		U						
1985	56		SUP	M	A	O/R	B	B	13.	A1a	L						
1985	57		SUP	F	A	3C2	B	R	16.		U						
1985	59		SUP	M	A	1A3	B	A			L						
1985	60		SUP	M	A	1B2	B	A		D2a	D						
1985	61		SUP	F	AB	3H2	BP	B	10.5	C2	DU						
1985	62		SUP	G	A	2B6	B	A	24.	D2b		E	D1E1				
1985	63		SUP	M	B	1B5	B	A	10.	A3	D						
1985	65		SUP	M	A	O/R	BP	A	17.	C2a	L						
1985	67		SUP	M	AB	2H2	BPC	B	38.	B2b	I			A		2	
1985	68		SUP	G	B	2A5	B	A	20.5	A4b	L						
1985	69		SUP	G	B	O/R	B	A			D						
1985	70		SUP	F	A	1C3	B	A			L						
1985	71		SUP	F	AB	2A1	B	A		A1a	L						
1985	72		SUP	M	A	2C2	BP	A	12.	A3	L						
1985	73		SUP	F	AC	2A1	B	A		D2a	L						
1985	74		SUP	F	A	1C2	B	A			L						
1985	75		SUP	F	AC	O/R	BP	A			L						
1985	76		SUP	M	AC	O/R	B	A			L						
1985	78		SUP	F	A	3B3	BP	A	21.	D2a	D						
1985	79		SUP	G	A	2A1	BP	A	21.	D2b	D	E	D1E1				
1985	80		SUP	F	A	O/R	BP	A	14.	A1c	L				22		
1985	81		SUP	F	AC	2B2	B	B			L						
1985	82		SUP	G	AC	O/R	B	D			U					2	
1985	83		SUP	G	A	2H1	BP	B	9	C2b	L						
1985	84		SUP	F	A	2B3	P	A		E	L						
1985	87		SUP	G	A	1A4	B	A			L						
1985	88		SUP	F	A	3F3	B	A	48.		D						
1985	90		SUP	M	A	1B3	BPF	A	15.		L				124		
1985	91		SUP	G	A	O/R	P	A				E	D3E1E2				
1985	92		SUP	G	A	2B5	BP	D	31.	D2b	D	E	D1E1		115		
1985	94		SUP	M	A	2B4	B	A	11.	A1b	L						
1985	96		SUP	F	AB	2B4	B	A			DU						
1985	98		SUP	F	A	2B5	B	B		A1b	L						
1985	99		SUP	F	AC	3D3	B	A			L						
1985	100		SUP	F	A	2A3	B	A		C2a	L						
1985	102		SUP	M	A	2B4	B	A		D1a	L						
1985	105		SUP	G	A	O/R	BP	D	15.	C2b	DU						
1985	106		SUP	G	A	O/R	B	A	24.5	D1b	D	E	D1D4E1		91		
1985	107		SUP	M	A	O/R	BP	A	16.	A3	D				37		
1985	108		SUP	F	A	2E5	B	B	21.		L						
1985	109		SUP	F	AB	3A3	B	A	16.	C2b	DU						
1985	110		SUP	G	A	O/R	B	A		D1b	D						
1985	111		SUP	G	A	O/R	F	A				E	A4		151		
1985	112		SUP	F	A	3A2	B	D			D						
1985	113		SUP	F	A	2B3	B	B		C2a	L						
1985	114		SUP	G	A	2B4	B	A	20.	D1b	D			O			
1985	115		SUP	F	A	3C3	BP	A	29.	D2b	L						
1985	118		SUP	M	A	1A3	BP	B	10.	A3	L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	119		SUP	M	A	2B4	B	A		A2	L						
1985	120		SUP	F	A	1B4	BP	A	11.	A1b	L						
1985	121		SUP	F	A	1C2	B	A	12.	D1a	D						
1985	123		SUP	G	A	1E1	BP	A	17.5	C2a	L			P			
1985	124		SUP	M	A	O/R	B	A	23.	D2b	D						
1985	125		SUP	F	A	1H3	B	A		D2a	U						
1985	126		SUP	F	A	O/R	BP	A	17.	D1a	D				82		
1985	127		SUP	F	AC	O/R	P	A		E	L						
1985	128		SUP	F	A	3A4	B	A		C2b	D						
1985	130		SUP	M	A	3B3	BP	A		D1b	D						
1985	132		SUP	F	A	2D4	B	A			L						
1985	133		SUP	F	A	O/R	B	B		A3	L						
1985	134		SUP	M	AB	O/R	B	A			U						
1985	135		SUP	M	A	3B6	B	A		C1	D					66	
1985	136		SUP	G	A	2A4	B	A			L						
1985	137		SUP	F	AB	2D5	PA	A			L			A			
1985	138		SUP	M	A	2B6	B	A		C1	D						
1985	139		SUP	F	A	1C3	B	A	9.5	C2b	L						
1985	139		SUP	M	A	3D3	B	A	12.		L						
1985	141		SUP	G	A	1B2	B	A			I						
1985	142		SUP	M	A	3B4	B	A		C1	DU						
1985	143		30G	M	A	2C3	PF	D	12.		L						
1985	144		SUP	M	AB	2B5	P	B				E	C1		128		
1985	148		SUP	F	A	O/R	A	A			L			A		2	
1985	149		SUP	F	A	2F2	P	A			L			PE1			
1985	151		SUP	F	AC	1D2	PC	A	31.	B1c	L						
1985	152		SUP	M	AB	O/R	C	B	14.	B1b	L					50	
1985	153		SUP	F	AE	2H1	PC	B	18.	B1c	L						
1985	154		SUP	G	A	O/R	CF	A	15.	B1c	L						
1985	155		SUP	M	AC	O/R	P	A			L			P			
1985	156		SUP	M	AB	1B3	C	B	17.	B1a	L					48	
1985	157		SUP	M	AB	O/R	P	A			L			O			
1985	158		SUP	G	A	2C6	P	A			L			PE1			
1985	159		SUP	G	A	O/R	P	A			L			PE1			
1985	160		SUP	G	A	2C6	P	A			L			PE1			
1985	161		SUP	G	A	2B4	P	A			L			PE1			
1985	162		SUP	M	A	O/R	P	A			L			P			
1985	163		SUP	M	A	O/R	F	D		E	L						
1985	164		SUP	M	A	2B5	F2	A	14.		L						
1985	165		SUP	M	A	2B2	P	A			L			PE1			
1985	166		SUP	M	A	3B3	P	A			L			P			
1985	167		SUP	M	A	3B3	F2	A	8		L						
1985	168		SUP	M	A	2B7	F2	A			L						
1985	169		SUP	M	A	O/R	F4	R	14.5		L						
1985	170		SUP	M	A	3A4	C	A		B1a	L						
1985	171		SUP	G	A	1B5	F3	D			L						
1985	172		SUP	M	A	1D3	F	A	14.		L						
1985	173		SUP	G	A	O/R	F4	R	15.		L					167	
1985	174		SUP	G	A	2A3	PF	D	27.		L						
1985	175		SUP	G	A	O/R	F3	A	12.		L					156	3
1985	176		SUP	G	B	O/R	F2	A			L						
1985	177		SUP	M	A	2D5	F2	A			L						
1985	180		SUP	M	A	2B3	F3	A	9		L						
1985	181		SUP	F	A	1D2	B	A			L						
1985	182		SUP	M	A	2B5	F2	A	11.		L						
1985	183		SUP	F	A	3B4	P	A				E	D2E2				
1985	183		SUP	F	A	3B2	F3	A	11.		L						
1985	184		SUP	M	A	3B2	F3	A	13.5		L						
1985	185		SUP	M	AC	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	186		SUP	M	A	O/R	F4	D	14.		L						
1985	187		SUP	G	A	O/R	P	A				E	D3D1E1				
1985	188		SUP	M	AD	2B4	F	A		E	L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	189		SUP	M	A	2C5	P	A			L			PE1			
1985	190		SUP	F	A	2B5	P	A				E	D1E1				
1985	191		SUP	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	192		SUP	M	AB	2B3	P	A				E	D1E1				
1985	193		SUP	F	A	1F3	P	A				E	D1E1				
1985	194		SUP	F	A	2B5	P	A				E	D1E1				
1985	195		SUP	G	A	3B4	P	A				E	D1E2				
1985	196		SUP	M	AE	1C4	P	A				E	D1				
1985	198		SUP	M	A	O/R	P	A				E	D3E1				
1985	199		SUP	G	A	1G2	P	D				E	D1E1				
1985	200		SUP	F	A	3C3	P	A				E	D1E2				
1985	201		SUP	M	A	2C4	P	A				E	D1E1				
1985	202		SUP	F	A	3B3	P	A				E	D1E1				
1985	204		SUP	M	A	3B3	P	A				E	D1E1				
1985	205		SUP	G	A	O/R	P	A			L			PE1			
1985	206		SUP	G	A	2C3	BP	B	A4a	I		E	D1				
1985	207		SUP	M	A	2D5	P	A			L			P			
1985	208		SUP	M	A	3B5	P	A				E	D3				
1985	209		SUP	F	A	2C6	P	D				E	D3E1				
1985	210		SUP	M	A	2B5	P	A				E	D1E2				
1985	211		SUP	G	A	O/R	P	A			L			O			
1985	213		SUP	M	A	1B3	P	A				E	D1E1				
1985	214		SUP	M	A	3C3	P	A				E	D3E1				
1985	215		SUP	F	A	3B3	B	A	C1	L							
1985	216		SUP	M	AB	2B6	P	A				E	D1E1				
1985	217		SUP	M	AB	1A5	P	A				E	D3E1				
1985	218		SUP	M	A	1B5	P	R				E	D1E1				
1985	219		SUP	G	A	2B5	P	D				E	D2E1				
1985	219		28D	F	A	2C5	P	A			L			P			
1985	220		SUP	M	AB	O/R	P	R				E	D1E1				
1985	221		SUP	M	A	1C4	P	A				E	D1E1			3	
1985	222		SUP	M	BA	1A4	P	A				E	D1E1E2				
1985	223		SUP	M	A	3C4	P	A				E	D1E1				
1985	224		SUP	M	AB	3B4	P	A				E	D1E1				
1985	225		SUP	G	AE	O/R	P	D				E	D1E1E2				
1985	226		SUP	F	A	2B7	P	D				E	D1				
1985	227		SUP	M	A	1C3	B	A			D						
1985	228		SUP	M	A	2C3	P	A				E	D1				
1985	229		SUP	M	AE	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	231		SUP	M	A	1F3	P	A				E	D1E1				
1985	232		SUP	F	A	1A4	P	A				E	D3E1				
1985	233		SUP	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	234		SUP	M	AC	3B4	P	D				E	E2				
1985	236		SUP	M	A	1A5	P	R				E	D1E1				
1985	237		SUP	M	AB	1A4	P	A				E	D1E1				
1985	238		SUP	M	A	2B5	P	A				E	D1				
1985	239		SUP	F	A	2C6	P	A				E	D2E1				
1985	240		SUP	F	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	241		SUP	G	AB	2C6	P	A				E	D1E1				
1985	243		SUP	F	A	2D5	P	A				E	D1E1				
1985	244		SUP	M	A	1B5	P	A				E	D1E1E2				
1985	245		SUP	M	A	2A3	P	A				E	D1E1				
1985	246		SUP	G	A	1B2	P	A				E	D1E1				
1985	247		SUP	M	AB	2C4	P	A				E	D1E1				
1985	248		SUP	G	A	2C5	P	A				E	D3E1E2				
1985	249		SUP	G	AB	1B3	P	A				E	D1E1				
1985	250		SUP	M	A	2C4	F	A	5	E	L						
1985	251		SUP	M	A	2B2	P	A		E	L						
1985	252		SUP	M	A	3B4	P	A		E	L						
1985	253		SUP	M	A	O/R	BP	A	10.	E	L				118	2	
1985	254		SUP	M	AE	2C2	P	A		E	L						
1985	256		SUP	F	A	1A4	P	A				E	D3E1				

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	257		SUP	G	AE	O/R	BP	A	24.	D2b	U	E	D1E1				
1985	259		SUP	F	A	1C4	P	B				E	D1E2				
1985	260		SUP	M	A	2B2	B	A		C2a	I						
1985	262		SUP	F	A	3B3	B	B	24.	D1a	D						
1985	263		SUP	M	A	2C5	B	D			D			OE1			
1985	264		SUP	F	A	2B6	B	B	15.	A1b	L						
1985	265		SUP	F	A	1D4	BP	B			I	E	D1				
1985	266		SUP	M	A	O/R	P	B				E	D2D3E1				
1985	267		SUP	G	A	O/R	F3	R	15.		L						
1985	268		SUP	M	A	O/R	B	D			L						
1985	269		SUP	M	A	2C5	P	A				E	D1E1				
1985	270		SUP	F	A	2C5	BP	A	20.	C2a	L						
1985	271		SUP	M	A	O/R	PA	A			L			A	141		
1985	272		SUP	M	A	O/R	BP	A	26.	D2b	D	E	D1E1		116		
1985	273		SUP	F	A	1C5	P	A			L	E	D3E1				
1985	274		SUP	M	A	O/R	BP	A	43.	A4b	DU	E	D1E1E2			2	
1985	275		SUP	M	AB	2C5	P	A				E	D1E1				
1985	278		SUP	F	A	3B3	B	A	27.		D						
1985	279		SUP	M	B	3A2	BP	A	22.	C2a	DU						
1985	280		SUP	G	A	O/R	BPC	B	22.	B1c	L			A	56		
1985	281		SUP	M	A	O/R	BPC	B	17.	B1c	L				53		
1985	282		SUP	M	A	2B4	B	A	30.5	C2a	D						
1985	283		SUP	G	A	2B5	P	A				E	D3E1E2	P			
1985	284		SUP	M	A	3C4	BP	A	15.	C2b	DU						
1985	285		SUP	F	A	O/R	B	A		D1b	D						
1985	286		SUP	F	A	1A3	P	A				E	D3E1				
1985	287		SUP	G	A	O/R	PC	A	11.	B1c	L						
1985	288		SUP	M	A	O/R	B	A		C2a	D						
1985	289		SUP	G	A	O/R	B	A		D1b	D						
1985	290		SUP	M	A	O/R	B	A			DU						
1985	291		SUP	M	AB	2E2	B	A			L						
1985	292		SUP	G	A	O/R	P	A				E	D3E2				
1985	293		SUP	G	AB	1B4	F4	D	19.			E	D3		164		
1985	294		SUP	M	B	O/R	F4	D	17.		L						
1985	295		SUP	G	A	O/R	BP	A	30.	D2b	D	E	D1E1	O	117		
1985	296		SUP	G	A	3B3	BP	A	33.	D2b	U	E	D1E1				
1985	296		SUP	F	A	O/R	P					E	D3E1				
1985	297		SUP	G	A	O/R	B	A		D1b	D			O			
1985	298		SUP	G	A	O/R	P	D				E	D3E1	PE1			
1985	299		SUP	F	A	1C4	P	B				E	D3E1E2				
1985	300		SUP	G	A	O/R	F2	A	16.		L				154		
1985	311		SUP	F	A	2D5	B	B			D						
1985	313		SUP	F	A	2C5	B	A		D1b	D	E	D1E1E2				
1985	313		SUP	F	AB	1A3	P	D				E	D1E1				
1985	314		SUP	M	A	1A5	P	D				E	D1E1				
1985	315		SUP	F	A	2B6	P	A				E	D1E1				
1985	317		SUP	M	AB	1H1	P	A				E	D1E1				
1985	319		SUP	G	AB	2F2	B	B	24.	D1b	DU	E	D3E1				
1985	320		SUP	F	A	1D3	F3	A			L						
1985	321		SUP	M	A	2B5	B	A			L						
1985	326		SUP	G	A	3B4	P	A				E	D1E1				
1985	327		SUP	M	A	O/R	BP	A	27.	D1b	DU	E	D1E1				
1985	333		28A	F	A	O/R	C	B		B1a	L					230A	
1985	335		2G	F	AB	2E2	F1	A	4		L						
1985	348		2G	F	B	2C3	BP	A	14.		L						
1985	365		2G	M	AB	O/R	P	A			L						
1985	371		2G	G	A	O/R	F1	A	4		L						
1985	373		2G	F	A	1C2	B	A			L						
1985	375		2G	G	A	O/R	F4	A	12.		L						
1985	379		2G	F	AB	2B5	B	A	17.	A3	I						
1985	382		2G	M	AB	O/R	BP	D	19.	C2a	D						
1985	385		2G	F	A	3D4	P	A				E	D2E1E2			2	

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	388		2G	M	B	2B5	P	A				E	D1E1				
1985	392		2G	F	A	2D3	P	B				E	D1E1				
1985	401		28C	F	A	3F1	B	A			L						
1985	406		28B	M	A	O/R	BP	A	21.	A3	L					2	
1985	408		28B	M	A	O/R	P	A				E	D1E1			2	
1985	409		28B	F	A	O/R	F2	A	7.5		L						
1985	412		28G	M	A	O/R	BPF	B	18.	A1c	L				16	11	34E
1985	413		28G	M	A	2D4	F2	A			L					2	
1985	415		28B	M	A	O/R	P	A				E	D2			4	
1985	419		53H'	M	A	3A3	P	A			L			P			
1985	422		28B	F	A	2H1	BP	A	24.	C2a	D					3	
1985	423		28B	G	A	1G2	P	D				E	D3E1			5	
1985	425		28B	F	BA	2D2	BPC	B	29.5	B1a	L				47	8	
1985	427		28B	G	A	1A3	P	A				E	D3E1				
1985	453		10F	F	AB	O/R	P	A		E	L						
1985	457		10F	F	A	2C6	C	B		B	L						
1985	459		10F	F	A	2E3	B	A			L						
1985	463		53H'	M	A	O/R	P	A	32			E	E2		137	3	
1985	480		53H'	M	A	2H3	BP	A	17.	D1a	L					2	
1985	490		53H'	M	A	O/R	BP	A	17.	D1a	L			O	83		
1985	493		53H'	G	A	2G1	B	A	14.5		L						
1985	497		55G'	G	A	O/R	B	A			L					2	
1985	498		53H'	G	BA	2D5	P	A			L			P			
1985	504		8G	G	AB	2H2	B	A	12.	C1	L						
1985	513		10G	M	A	2B4	P	D				E	D1E1				
1985	518		10G	F	A	2D1	B	A		D1a	U						
1985	529		10G	M	A	1A5	B	A	21.5	A4a	D				40		
1985	531		12G	M	A	O/R	BP	A	13.5	C2b	L			A	78		
1985	534		6F	F	BA	3A3	BP	A	17.	C2a	L						
1985	537		8F	M	AB	2G1	B	A	23.		L			A			
1985	538		8F	F	A	2B5	B	A	15.		L			O			
1985	542		6F	F	A	1A3	B	B	11.5		L			A			
1985	544		6F	F	A	O/R	BPC	B	17.5	B1c	L					6	
1985	547		6F	F	B	2B3	B	A		C2a	L						
1985	549		6F	F	A	O/R	PCF	B	17.	B1c	L				57	4	8H
1985	552		8G	G	A	O/R	P	A				E	D1E1			3	
1985	555		8G	M	A	2F3	BP	A	39.	D2b		E	D1E1				
1985	556		8G	M	BA	1C2	P	D				E	D1E1				
1985	561		53G'	G	AB	1H1	BPC	B	19.	B1c		E	E3		51	4	
1985	563		53G'	M	A	O/R	P	A				E	D3E1E2				
1985	566		53G'	M	AB	O/R	F4	D	20.		L				168		
1985	572		53G'	M	AB	2F3	BP	A	17.	D1b	D				95	4	
1985	574		53G'	G	B	2C4	F	A	12.		L						
1985	578		53H'	G	BA	O/R	F3	D			L						
1985	581		53G'	M	B	2F4	BP	A	14.5	A1b	L						
1985	600		57G'	M	A	2A4	P	D			L			OO			
1985	610		57G'	F	A	2D3	BP	D	10.5	A1c	L						
1985	611		57G'	M	A	2F3	B	D	14.		L						
1985	645		55G'	F	A	3B4	B	A	10.	A2	L						
1985	649		55G'	F	A	2H2	BP	D		D1b	U	E	D1E1				
1985	652		55G'	F	A	2D3	PC	B	23.5	B1c	L						
1985	661		55G'	F	A	2D2	A	A			L			A			
1985	666		55G'	G	A	4F1	BP	D	14.5	C1	L					2	
1985	671		55G'	F	A	1D3	F1	A	3		L						
1985	672		55G'	M	A	O/R	BP	A	18.	A1c	L						
1985	674		55G'	M	B	O/R	B	A		A1d	L						
1985	680		30A	M	BA	2F1	B	A		C1	L					2	
1985	682		30A	M	A	2C5	F3	A			L						
1985	689		30B	G	A	1I4	P	D				E	D1E1			2	
1985	694		30B	F	A	O/R	B	B			L						
1985	700		30B	F	A	O/R	F2	A			L						
1985	708		30B	M	AB	2D2	P	D				E	D3E1				

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	709		30B	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	710		SUP	G	A	O/R	B	B	26.	C2a	L						
1985	710		30C	M	A	1D1	BP	A	21.5	D2a	D				101	2	
1985	711		30C	M	A	O/R	P	A			L			P		14	
1985	714		30C	M	A	O/R	B	A		D2a	I						
1985	719		30C	M	A	1F3	P	A				E	D3E1				
1985	726		30C	F	A	3D4	B	A		C1	L						
1985	733		28F	G	BA	1D3	B	A	14.	D1a	DU					2	
1985	734		28F	G	A	1D1	P	A			L						
1985	738		28F	G	A	2A5	P	A				E	D3E1	PE1			
1985	744		28F	M	AC	2C5	P	B			L			PE1			
1985	751		28F	F	AE	2C6	B	B			L						
1985	753		28F	G	A	1C2	F	A			L					4	
1985	763		28A	F	A	O/R	P	D				E	D1E1				
1985	771		28A	M	B	O/R	BP	A	32.	D1b	D	E	D1D3E1			2	
1985	780		28E	M	AE	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	784		28B	M	A	O/R	F2	A			L						
1985	787		28B	G	A	O/R	BPC	B	9	B1c	L				54		
1985	789		28B	F	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	790		28B	F	A	O/R	BP	A		A1b	L						
1985	792		28B	F	A	1E2	BP	A	14.5	A3	L						
1985	796		28B	M	A	3C4	F2	A	7.5		L						
1985	798		28B	G	AC	2B6	P	A				E	D1E1				
1985	799		28B	G	A	2C4	F3	R			L						
1985	802		28B	F	B	2C5	BP	A	31.5	D2b	DU						
1985	808		28B	F	BA	1C2	B	A		D2b	L						
1985	826		28B	M	B	2G2	P	A				E	D1E1E2				
1985	834		28A	G	A	2B5	P	A				E	D1E1				
1985	849		28B	F	A	1H2	B	A	18.	A1b	L					2	
1985	851		28B	M	A	1F3	P	A				E	D1E1			2	
1985	852		28B	F	A	2D5	P	A			L			P			
1985	858		28B	F	A	2D5	P	A			L						
1985	867		28B	G	A	2B3	B	D			U						
1985	871		28B	G	A	2H1	P	A				E	D3E1				
1985	879		28E	G	A	2C6	P	A				E	D3E1E2				
1985	882		28E	M	AB	2B4	B	A		D2a	D						
1985	883		28E	F	A	1D1	BP	A	10.	A1c	L						
1985	884		28E	G	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	889		28E	F	A	2E2	B	A			D						
1985	890		28F	F	A	2D4	F	A			L						
1985	904		2F	F	AB	1B4	P	A				E	D1E2				
1985	911		28B	M	A	1D2	B	A			L						
1985	953		12F	F	A	2E6	B	D			I						
1985	954		2F	F	A	2C6	B	A		D1b	D						
1985	956		16F	M	A	3C4	B	A		D1b	D						
1985	964		14G	M	A	2B5	B	B		C1	L						
1985	981		10E	M	A	2A2	BP	A			D						
1985	982		10E	M	AB	O/R	P	D				E	D1E2				
1985	987		10G	F	A	2B5	P	A			L			PE1			
1985	993		10G	F	A	2F1	P	A				E	D1E1E2				
1985	995		10E	F	A	1G2	BP	B		A2	L						
1985	998		10E	F	B	1B4	BP	B			L						
1985	1001		10E	F	A	2B3	B	B			L						
1985	1020		30A	M	A	2B4	B	A		D1a	L						
1985	1034		30E	G	A	2H4	P	B				E	D1E1				
1985	1035		30E	G	A	O/R	F	B			L					2	
1985	1040		30E	G	BA	3C3	P	A				E	D1E2				
1985	1041		30E	G	A	2D5	P	A				E	D3E1				
1985	1044		30C	M	A	3C4	P	A				E	D1E1			2	
1985	1047		30C	G	AB	O/R	BPF	A	24.	A4a	L				39	828C/30D	
1985	1049		30C	G	B	O/R	BP	A	18.	A1c	L						
1985	1050		30C	F	A	1A4	B	A			L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	1051		30C	M	AB	O/R	BP	A	17.	A1a	L						
1985	1052		30C	F	A	O/R	BP	A	16.	A1c	L						
1985	1059		30D	F	B	2F3	B	A	28.	C2a	I						
1985	1066		30D	F	A	2A4	BP	A	18.	A4	L						
1985	1067		30D	M	A	2A4	BP	A	23.	A3	DU					2	
1985	1067		30D	G	A	O/R	P	R				E	D3E1E2				
1985	1069		30D	G	A	3B3	F3	D	19.		L						
1985	1074		30D	M	A	2D4	PF	A	28.		L						
1985	1084		30F	F	A	1B4	P	A				E	D1E1				
1985	1085		30F	F	AC	2B5	B	A	35.4	D1b	DU						
1985	1086		30F	M	A	2H1	P	D				E	D1E1			2	
1985	1087		30F	M	A	2B5	B	D		D2a	U						
1985	1089		30F	M	AB	O/R	F3	D			L						
1985	1107		53N'	M	A	1A3	P	A				E	D3E1				
1985	1116		53M'	G	A	2C6	B	A	25.5	C2a	DU						
1985	1126		55M'	F	A	2D2	B	A	27.	C2a	L						
1985	1133		28D	M	AB	O/R	F2	A			L					10	
1985	1133		28D	G	B	2C5	F2	A			L						
1985	1150		28D	G	BA	O/R	P	A				E	D1E1				
1985	1154		28D	M	A	O/R	P	A				E	D1E1			4	
1985	1162		28D	G	A	O/R	BP	D	15.	A1d	D						
1985	1192		28C	F	AB	O/R	P	A				EI	A6A2			130	
1985	1194		28C	M	A	2B6	B	A			D			OE1			
1985	1210		28C	F	A	1A3	B	A			D						
1985	1213		28D	M	AE	2E4	BP	A	22.	D2b	D						
1985	1215		6F	M	AB	O/R	B	A		A1c	L					2	
1985	1225		10G	F	A	O/R	BP	B	14.	B2b	L					64	2
1985	1228		10G	F	A	2B5	P	B			L			PE1			
1985	1238		10G	M	A	2C5	P	A				E	D2E2				
1985	1239		10G	M	A	O/R	B	A		C2a	D			O			
1985	1240		10G	G	A	O/R	F4	A	16.5		L					161	
1985	1241		10G	M	A	2D3	F1	A	8		L					146	
1985	1242		10G	G	A	O/R	B	A			L						
1985	1244		10G	G	B	1A2	B	A	24.		D					2	
1985	1245		10G	M	AB	O/R	B	B		C1	L						
1985	1246		10G	F	A	3A3	BP	A		C2b	U						
1985	1247		10G	G	A	O/R	B	A			L						
1985	1248		30A	G	AB	O/R	P	A				E	D3E1				
1985	1249		10G	G	B	2B5	P	A				E	D1E1				
1985	1253		10G	G	A	O/R	B	A	16.	D1a	D						
1985	1271		28D	F	A	1E3	P	A				E	D3E1				
1985	1274		28D	G	A	2B6	P	A				E	D1E1				
1985	1278		28D	M	A	2D6	P	A				E	D1E1				
1985	1285		28D	M	A	O/R	P	A				E	D1E2				
1985	1292		28D	G	AD	2B2	F4	R	23.		L						
1985	1301		30D	F	A	1A3	BP	R	25.		L						
1985	1307		30D	F	A	O/R	P	A			L			PE1			
1985	1322		28E	G	AB	2C4	P	A			L			P			
1985	1323		30E	M	BA	O/R	F3	A	20.5		L						
1985	1325		30E	G	A	O/R	P	A				E	D2				
1985	1326		53M'	M	BA	2B6	BP	A	31.	D1b	D						
1985	1327		SUP	G	A	O/R	BP	D		D1b	D	E	D1E1			100	2
1985	1331		53M'	M	A	O/R	BP	A	15.	A2	L						
1985	1334		53N'	F	A	O/R	BP	A	13.5	C2b	L						
1985	1338		53N'	F	A	2E3	B	A			L					2	
1985	1354		57M'	G	B	O/R	BP	A	13.5			E	D4A2	AR		125	6
1985	1360		57N'	G	BA	O/R	BP	A	28.	D1b	D					99	
1985	1361		57N'	G	BA	O/R	BP	A	22.5	D2b	U					2	
1985	1368		57N'	G	BA	O/R	BPC	A	26.	B2b	DU						
1985	1372		SUP	G	A	3B3	B	A	23.	D1b	D						
1985	1373		SUP	M	A	O/R	B	A			L						
1985	1374		SUP	F	A	O/R	B	A			U						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D.Tam.	D. Tipo	Color	Frag.Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc.D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1985	1375		SUP	M	A	1A6	P	A				E	D1E1				
1985	1376		SUP	G	A	1G2	BP	A		A4a	L						
1985	1377		SUP	M	A	2C5	F2	A			L						
1985	1378		SUP	M	AB	O/R	P	D				E	D1E1				
1985	1379		SUP	F	B	2B4	B	A	18.5		L						
1985	1380		SUP	M	B	O/R	B	A			L						
1985	1381		SUP	F	A	2A3	B	B		D1a	DU						
1985	1382		SUP	F	AC	O/R	P	A			L			PE1			
1985	1383		SUP	F	A	3C3	BP	B	16.5	D1b	D						
1985	1384		SUP	G	A	O/R	BP	B	25.5	A4a	U				41		
1985	1385		SUP	F	A	3C4	B	A			D						
1985	1386		SUP	M	A	O/R	B	A	17.		L						
1985	1387		SUP	F	BA	3B4	B	A		D1b	DU						
1985	1388		SUP	F	A	O/R	B	A	13.5	A1a	L						
1985	1389		SUP	F	B	1B3	BP	A			D						
1985	1390		SUP	G	AB	O/R	B	D		D2b	D			O			
1985	1391		SUP	F	B	3B4	B	A		D2b	D						
1985	1392		SUP	M	A	3B4	P	A				E	D1E1			2	
1985	1393		SUP	M	A	3B4	BP	A	17.	A1d	L						
1985	1395		SUP	F	A	O/R	BP	A			L						
1985	1396		SUP	M	A	O/R	B	B	29.	A4b	I						
1985	1397		SUP	F	A	3C3	P	A		E	L						
1985	1398		SUP	M	A	1H2	B	B	21.		L						
1985	1399		SUP	M	A	2B6	P	A				E	D1E1				
1985	1400		SUP	G	A	2D2	BP	A	31.	D1b	DU						
1985	1401		SUP	G	B	3B3	B	R			L						
1985	1402		SUP	F	A	2B2	BP	D			L						
1985	1404		SUP	G	B	O/R	BP	A			D						
1985	1405		SUP	M	A	O/R	P	A			L			PE1			
1985	1406		SUP	F	B	2C4	B	B	26.		I						
1985	1407		SUP	F	A	2B3	B	A			L						
1985	1408		SUP	G	A	O/R	BPC	A	14.5	B2a	L						
1985	1410		SUP	G	A	3C3	F4	R	18.5		L						
1985	1411		SUP	G	A	O/R	B	B			L						
1985	1412		SUP	F	A	3G2	BP	B	6	A1e	L				27		
1985	1414		SUP	M	A	O/R	B	A	18.	A1c	L						
1985	1415		SUP	M	A	1A5	P	A				E	D3E1				
1985	1416		SUP	G	AD	O/R	P	A			L			PE1			
1985	1417		SUP	G	B	2C4	PC	B	24.	B1c	L						
1985	1418		SUP	M	B	3B2	BP	B	8	C2b	L						
1985	1419		SUP	M	A	1F2	P	A				E	D1E1				
1985	1420		SUP	M	A	O/R	BP	A	19.	D2b	D	E	D1E1				
1985	1421		SUP	M	AB	1D3	B	A	21.		D						
1985	1422		SUP	F	A	2D2	P	B				E	D1E1				
1985	1423		SUP	F	A	O/R	P	A				E	D3E2				
1985	1424		SUP	M	A	O/R	BP	B	13.	C1	L						
1985	1425		SUP	G	AC	3B4	P	A				E	D1E1				
1985	1429		SUP	G	A	1B3	P	A				E	D1E1			4	

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	1		C4	M	AB	4C2	P	A			L			R			
1987	2		C4	F	A	2C5	B	B	20.			EI	A6		131		
1987	4		C4	F	A	3C4	P	A		E	L						
1987	5		C4	F	A	2D3	B	A			I	E	D1A7		126		
1987	6		C4	G	AB	2B6	P	B				E	A5		132		
1987	7		C4	G	A	2D4	P	A				E	D1E1				
1987	8		C4	G	A	3H1	P	A			L			P			
1987	9		C4	F	A	2B4	BP	A	34.	D2b	DU						
1987	10		C4	M	AB	O/R	B	A	22.		L						
1987	11		C4	M	A	2C3	BP	A	16.	A1b	L				12	3	53S'
1987	11		C4	M	A	2D6	P	A			L			P			
1987	12		C4	G	A	3B4	B	A	36.5	D2b	U	E	D1E1				
1987	13		C4	F	A	3C5	C	A		B1b	L						
1987	13		C4	M	AB	2F1	B	A			D						
1987	14		C4	F	A	O/R	B	B	16.	D2a	D						
1987	15		C4	F	BA	2B5	B	A		D1a	U						
1987	16		C4	F	A	2D6	B	A			D						
1987	17		C4	M	A	2D3	BP	A	10.	C2b	L						
1987	19		C4	G	BA	6D2	P	A				E	D3E1				
1987	20		C4	G	A	2E5	F2	B			L						
1987	21		C4	M	A	2C4	B	A			U			O			
1987	22		51N'	F	AB	2H3	BP	A	16.	A1c	L				17		
1987	24		51V'	M	AB	2C5	BPC	A	12.	B1b	L				49	2	
1987	25		51V'	G	A	2D6	B	R	34.5	D1b	D	E	D1E1		92	4	
1987	26		57V'	M	AB	2C2	B	A		D1b	U						
1987	27		51V'	M	BA	2D3	B	A			D						
1987	28		51V'	M	A	2E3	B	A	8.5	C2b	L					2	
1987	29		51V'	F	A	2D6	B	A		D2a	L						
1987	30		51V'	F	A	1H1	B	B	11.	A1b	L						
1987	32		51V'	G	A	2B5	B	B			L						
1987	33		51U'	G	AB	O/R	P	R			L					2	
1987	34		51U'	G	AB	2D4	P	A			L					2	
1987	35		51U'	G	AB	3C4	P	B			L					2	
1987	36		51V'	G	A	O/R	P	A			L					2	
1987	37		51U'	G	AB	3C5	P	A			L					2	
1987	38		51V'	G	AB	2C6	BP	A	26.	D1b	DU			O	98	3	53V'
1987	40		51U'	M	AB	2B6	P	A			L						
1987	41		51U'	G	AB	3E2	P	A			L			P			
1987	42		51U'	M	AB	4I1	P	A			L						
1987	44		51V'	G	A	3C4	B	A		D1b	D						
1987	45		51U'	G	AB	2D5	P	A			L						
1987	50		51V'	M	AB	2C5	B	A		D2b	D						
1987	51		51U'	G	A	2F4	P	B			L						
1987	53		51U'	G	A	3B6	P	A			L						
1987	54		51U'	G	AB	2D6	P	A			L					2	
1987	55		51U'	M	AB	2D6	P	A			L					2	
1987	56		51V'	M	A	2D7	B	A			D						
1987	58		51V'	F	BA	2E1	B	A			L						
1987	59		55T'	G	A	2E2	C	A		B	L					2	
1987	60		55T'	M	A	2C3	P	A			L					2	
1987	61		55T'	M	B	2C6	F	A			E	A4			143	3	
1987	62		55T'	F	A	O/R	B	A			D						
1987	63		55T'	F	A	3B4	BP	A	15.5	C1	L				65	2	
1987	64		55T'	M	A	2E6	P	A			L					2	
1987	65		55O'	G	A	2C8	P	B			L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	66		55O'	M	AC	2G8	P	A			L						
1987	67		55O'	F	B	2D5	P	A			L						
1987	68		55O'	F	A	3B5	P	A			L						
1987	69		55O'	M	A	2E7	P	A			L						
1987	70		51O'	F	A	2E5	P	A			L						
1987	71		51O'	F	B	4B4	P	R			L			P			
1987	72		51O'	F	A	2E3	P	B			L						
1987	73		51O'	M	A	2B7	P	B			L						
1987	74		51O'	G	AB	2E4	B	A			L						
1987	75		51O'	M	A	2E5	P	A				E	D1E1				
1987	76		51O'	F	A	3E5	BP	B	11.5	A1b	L						
1987	77		51O'	M	A	O/R	P	A			L						
1987	78		51O'	G	A	2H2	B	B			D						
1987	79		51O'	M	A	2D4	P	A			L						
1987	80		51O'	G	A	O/R	P	R				E	D1E1			2	
1987	81		51O'	F	AB	2E5	B	A		D2a	D						
1987	82		57O'	F	A	2B5	P	A			L						
1987	83		57O'	F	A	2B6	P	A			L						
1987	84		57O'	G	AE	2D2	P	A			L						
1987	85		57O'	F	A	3F2	P	A			L						
1987	86		57O'	M	AE	2B1	P	R			L						
1987	87		57O'	F	A	2B4	P	A			L						
1987	88		57O'	F	AE	3B4	P	A			L						
1987	89		57O'	G	AE	2F1	P	B				E	D1E1				
1987	90		57O'	G	A	3C4	P	A			L						
1987	91		57O'	M	AE	2B5	P	A			L						
1987	92		57O'	F	A	2G2	B	A			L						
1987	93		57O'	F	A	2C4	B	A		D1b	U						
1987	94		57O'	M	A	2F2	P	B			L						
1987	95		57O'	M	A	2C6	P	A			L						
1987	96		53Q'	M	A	2C6	P	A			L						
1987	97		53Q'	G	A	2D6	P	A			L						
1987	98		53Q'	G	A	2E5	P	B			L						
1987	99		53Q'	F	A	2C4	P	A			L						
1987	100		53Q'	G	A	2C4	P	D			L						
1987	101		53Q'	G	A	2C5	P	A			L						
1987	102		11G	M	AB	2C7	P	D			L						
1987	103		53Q'	G	A	2C4	P	A			L			PE1			
1987	104		53Q'	G	A	2E5	P	A			L						
1987	105		53Q'	G	A	2F4	PA	A			L			A			
1987	106		51Q'	M	AB	3B5	B	B	18.	D2b	DU						
1987	107		51Q'	M	AB	2E6	P	A			L						
1987	108		51Q'	M	A	2C7	P	B			L						
1987	109		51Q'	M	A	2D6	P	A			L						
1987	110		51Q'	M	A	2B7	PA	A			L			AA	142		
1987	111		57R'	F	A	3E2	P	B			L			P			
1987	112		57R'	F	A	2E5	P	B			L						
1987	113		57R'	M	A	3B4	P	A			L						
1987	114		57R'	F	A	3A5	P	A			L						
1987	115		57R'	G	A	2D5	PF	A			L						
1987	116		57R'	G	A	2E5	P	A			L						
1987	117		57R'	G	A	3D4	P	A			L						
1987	118		57R'	G	A	2E6	P	A			L						
1987	119		57R'	G	A	2H3	P	A			L						
1987	120		57R'	F	B	2E5	F4	B	20.		L					3	

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	122		57R'	M	A	2E5	P	R			L						
1987	123		57R'	F	A	2E5	P	B			L			PE1			
1987	124		57R'	F	AB	2F6	P	B			L						
1987	125		55T'	M	A	2A5	P	A			L						
1987	126		55T'	M	AB	O/R	F2P	B	19.		L				152	90	51V'/53V' /55S'/57V' /57T'
1987	127		55T'	M	AB	2B5	P	A			L						
1987	129		55T'	M	B	2E3	P	R			L						
1987	130		55T'	G	A	3C4	P	B			L						
1987	133		32E	M	A	2C6	P	A				E	D3E1				
1987	134		55T'	G	AE	1A2	P	B			L						
1987	136		55T'	F	A	2B4	P	A			L						
1987	138		55T'	G	BA	O/R	P	A			L						
1987	139		55T'	G	AB	O/R	P	A			L						
1987	140		55T'	G	AB	2B2	P	A				E	D2				
1987	141		55T'	G	A	2C5	P	A			L						
1987	142		55T'	M	AB	2E2	P	A			L						
1987	143		55T'	G	AB	2A4	P	A			L						
1987	144		55T'	G	AB	O/R	P	A			L						
1987	145		55T'	M	A	2B2	P	A			L						
1987	146		55T'	G	A	2B5	P	A			L						
1987	148		55T'	M	A	2C3	P	A			L						
1987	149		55T'	M	AB	2D1	P	A			L						
1987	150		55T'	M	A	5E1	P	A			L						
1987	151		55T'	G	A	3B4	P	A			L						
1987	152		55T'	F	AE	3E3	P	A			L						
1987	154		55T'	G	AB	O/R	P	A			L					2	
1987	156		55T'	M	A	4C4	P	A			L						
1987	157		55T'	G	A	2D2	P	A			L						
1987	158		55T'	M	A	3B3	BP	A				D					
1987	159		55T'	M	A	2B4	P	A			L						
1987	160		55T'	G	A	2C4	P	A			L						
1987	161		55T'	G	A	2H1	P	A			L						
1987	162		55T'	M	A	3E5	P	A			L						
1987	163		55T'	G	A	2F2	P	A			L						
1987	164		55T'	G	AB	3B3	P	A			L						
1987	165		55T'	G	A	2C3	P	A			L						
1987	166		55T'	F	AB	3C3	B	B			D						
1987	167		55T'	M	A	2D2	P	A			L						
1987	168		55T'	G	A	O/R	P	A			L						
1987	169		55T'	M	A	2E3	P	A			L						
1987	170		55T'	G	A	2B3	B	A			D						
1987	171		55T'	M	A	2C4	P	B			L						
1987	172		55T'	G	B	2C3	P	A			L						
1987	173		55T'	G	A	2B2	P	A			L						
1987	174		55T'	F	A	2C4	P	A			L						
1987	175		55T'	M	A	2B6	P	A			L						
1987	176		55T'	F	A	2A3	P	A			L						
1987	177		55T'	M	A	2D2	P	A			L						
1987	178		55T'	F	A	2C3	P	A			L						
1987	179		55T'	M	A	O/R	P	A			L						
1987	180		55T'	G	AB	2G1	P	A			L						
1987	181		55T'	M	A	2B4	B	A		A3	DU						
1987	182		51V'	G	AC	2D5	P	A			L						
1987	183		51V'	G	BC	2C5	P	A				E	D1E1				

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	184		51V'	M	A	2I2	BP	A	19.	D2b	U						
1987	185		57S'	F	A	3C3	BP	A	35.	D2b	D					2	
1987	186		57S'	F	A	2E3	BPC	B	12	B2a	L				60		
1987	187		57Q'	M	A	2B4	P	A			L			P			
1987	188		57Q'	G	A	2C5	P	B				E	D1E1				
1987	189		57Q'	F	BA	2C6	B	A	13.5	C2b	L						
1987	190		55O'	F	A	2C5	B	A		D1a	D						
1987	191		55O'	G	AB	2D3	P	A				E	D1E2				
1987	193		57T'	M	A	3B4	P	A			L						
1987	193		55P'	F	A	1C3	P	A			L			PE1		2	
1987	194		55P'	M	A	3E3	B	A	32.	D2b	D			O			
1987	194		57T'	G	BA	2B4	P	A				E	D2D3E1				
1987	195		57T'	M	A	O/R	P	B			L			O			
1987	195		55P'	F	AB	2B2	P	A				E	D3E1			2	
1987	196		57T'	M	A	2G3	B	A			L						
1987	196		55P'	M	A	2C5	P	A				E	D1E1				
1987	197		55P'	M	B	2F3	B	A		A3	D						
1987	197		57T'	M	A	2D3	P	A			L						
1987	198		57T'	M	AB	2E3	P	A			L						
1987	199		57T'	G	A	2E2	P	B			L			P			
1987	200		57T'	M	A	2F2	P	A			L						
1987	201		57T'	M	A	2B3	P	B			L			O			
1987	202		57T'	G	A	2B3	P	A			L						
1987	203		57T'	M	A	2C4	P	A			L						
1987	204		57T'	G	A	2A2	P	A			L						
1987	205		57T'	M	A	2C5	P	B			L						
1987	207		57T'	G	AB	O/R	P	D			L			P			
1987	208		57T'	M	A	2D7	P	A			L						
1987	209		57T'	G	A	O/R	P	A			L						
1987	210		57T'	G	A	5H1	P	A			L						
1987	211		57T'	G	AB	O/R	B	A	18.		DU						
1987	212		57T'	G	A	O/R	P	A			L						
1987	213		53O'	F	AB	3A3	P	A			L						
1987	214		53O'	F	A	2B4	P	A			L						
1987	215		53O'	M	A	2B4	P	A			L						
1987	216		53O'	M	A	2C5	P	A			L						
1987	217		53O'	M	A	2C4	P	A			L						
1987	218		53O'	M	A	2D3	P	A			L						
1987	219		53O'	M	AB	1E2	P	D			L						
1987	220		53O'	M	A	O/R	P	A			L						
1987	221		53O'	G	AB	2C5	P	A			L					2	
1987	222		53O'	G	AB	2D4	B	A	11.	A3	U					4	
1987	223		53O'	F	A	2H2	P	B			L						
1987	224		53O'	M	A	2D3	P	A			L						
1987	226		53O'	F	A	2H5	B	A			L						
1987	227		53P'	M	B	2C5	P	A			L			P			
1987	228		53O'	F	A	3C3	P	B			L						
1987	229		53R'	M	B	3E4	PC	A		B1c	L						
1987	230		53R'	M	AB	2D3	P	A			L						
1987	230		53Q'	M	B	2D4	C	A			L						
1987	231		55Q'	F	A	O/R	B	A	13.		L						
1987	231		53R'	F	AC	3D4	P	A			L						
1987	232		53R'	M	A	3D4	P	B			L						
1987	232		51P'	F	A	2D6	P	A				E	D1E1				
1987	233		53R'	M	AB	2D5	B	A	13.		D						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	233		53P'	M	A	O/R	B				DU						
1987	234		55S'	F	A	2C5	B	B	16.	A1a	L						
1987	234		53R'	F	A	2F4	F	A			L						
1987	235		53R'	M	A	O/R	F	A			L						
1987	235		53T'	M	A	2C5	P	A				E	D1E1				
1987	236		53S'	M	AB	2C3	BP	A	10.	A1b	L				11		
1987	236		53R'	F	A	2B3	P	A			L						
1987	237		53S'	M	AB	1I3	B	B	12.	A1b	L						
1987	237		53R'	M	A	1C3	P	A			L						
1987	238		51T'	G	A	3C4	BP	A	28.	D2b	L			P		2	
1987	239		51T'	M	A	2E4	B	B			L						
1987	239		55S'	M	A	2C5	B	A			L						
1987	242		53M'	M	B	2B5	BP	A	7	A1e	L					2	
1987	243		51R'	F	A	O/R	BP	B	10.	A1c	L						
1987	244		51S'	M	A	O/R	BP	A	19.5	A1a	L				2	3	
1987	245		51S'	G	A	3A4	BP	A	30.5	A4a	I						
1987	246		51S'	M	A	O/R	F3	B			L						
1987	247		51S'	M	A	O/R	B	A			L			A			
1987	248		51S'	M	A	1C3	BP	A		D2a	I				104		
1987	249		51S'	M	BE	2C7	B	B			L						
1987	249		53R'	M	A	O/R	P	A			L			PP			
1987	250		53R'	M	AB	2F4	BP	B	17.	A1b	L						
1987	251		55R'	M	BA	O/R	B	A	14.		D						
1987	251		55R'	M	A	O/R	F3	A	21.		L					2	
1987	252		57U'	G	BA	O/R	P	A				E	D4D1E1				
1987	253		57U'	M	BA	2E6	P	A				E	D1E1				
1987	254		57U'	G	A	3C6	P	A				E	D1E1				
1987	255		57U'	G	AB	2B4	P	A			L			P			
1987	256		57V'	G	AB	2G4	F3	A			L						
1987	258		57U'	G	AB	O/R	P	A			L			P		2	
1987	259		57U'	F	A	1G2	B	A			L						
1987	260		57V'	M	A	O/R	P	A	42.			E	D1D3E1	PP	138	18	53T' / 57U'
1987	261		57S'	F	A	3B3	P	R			L			PE1			
1987	262		51P'	M	A	2E5	BP	A	32.	D2b		E	D1E1E2	O			
1987	263		57O'	F	A	1B3	C	B		B	L						
1987	264		51S'	M	AB	2H1	P	B				E	D3				
1987	265		51S'	M	B	O/R	F2	A			L						
1987	266		51S'	M	B	O/R	BP	B	18.5	A1b	L				15	2	51N'
1987	267		55S'	F	AB	2G5	B	A		D2b	D						
1987	269		51V'	G	B	2B5	P	A				E	D1E1E2				
1987	270		51R'	M	B	2B5	P	A				E	D2E1				
1987	271		51R'	M	A	2B4	B	A			D						
1987	272		53S'	M	A	O/R	BP	A	18.5	D2a	DU					2	
1987	273		53S'	G	AB	2D2	B	B	16.		L						
1987	274		57P'	G	BA	2D5	P	A	36.	D2b		E	D3E1			2	
1987	275		57P'	M	A	2G2	F3	A			L						
1987	276		57P'	F	A	2E4	BP	A	15.	C1	L				71		
1987	277		57P'	F	A	2B3	B	A			L						
1987	278		57R'	F	A	2C2	B	D	28.		D						
1987	279		55P'	F	A	2B3	B	B	27.		L						
1987	280		55N'	F	A	2C4	B	B			L						
1987	281		55N'	M	AB	2E2	P	A			L						
1987	282		55N'	F	A	O/R	B	A			L						
1987	283		57T'	G	A	2D4	BP	A			D						
1987	284		57T'	M	A	3C3	B	A			DU					2	

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	285		57T'	F	B	O/R	B	A	9	C2b	L						
1987	286		57T'	G	A	2H1	B	A			I						
1987	288		57T'	M	AB	2D4	BP	A	41.	D1b	D	E	D1E1				
1987	290		53V'	G	A	3C6	BP	A	33.	D2b	DU					2	
1987	291		53V'	G	A	3B7	B	A	19.5	D2b	D						
1987	292		53V'	G	AB	3C7	B	A		D2a	D						
1987	293		53V'	G	AB	2C6	P	A			L			PE1			
1987	294		53V'	G	A	2C4	B	A			D						
1987	295		53V'	M	BA	2C6	B	A	22.		DU						
1987	296		53V'	G	AB	2D5	B	A			D			O		2	
1987	297		53V'	M	A	2D5	P	A	18.		L			AA	139		
1987	299		55Q'	G	B	2C4	B	A			D						
1987	301		53T'	M	A	6B1	B	A	27.		D						
1987	302		53T'	M	AB	2F1	B	A	22.	A1c	L						
1987	303		57V'	G	AB	O/R	BPC	B	37.	B2a		E	D1E1E2		58	13	
1987	307		57U'	M	A	2D4	F	A			L						
1987	309		57V'	G	AB	2B2	BP	R		D2b	I						
1987	313		57U'	G	A	2E4	B	A			U						
1987	314		55Q'	F	A	O/R	B	B	11.5			E	E3A7B1		134		
1987	315		51R'	M	A	2D5	B	A			D			O			
1987	316		51V'	G	B	3C4	B	A		A3	D						
1987	317		51V'	M	A	3G1	B	A	11.	A1b	L						
1987	318		55S'	F	A	2B5	BP	A		D2a	D						
1987	319		55S'	M	A	3D6	B	R	12.	A1c	L						
1987	320		C2	F	A	O/R	P	B				E	D1E1E2				
1987	321		C2	M	A	2B5	P	A				E	D3E1				
1987	322		C2	M	A	2H2	BP	B	26.	D2b	D			O			
1987	323		C2	M	A	O/R	P	B				E	D1E1				
1987	324		C2	G	A	3D5	P	B				E	D1E2				
1987	325		C2	M	A	2F1	P	A				E	D1				
1987	326		C2	M	A	2J6	P	B				E	D1E2				
1987	327		C2	G	A	2E5	P	A				E	D3E1				
1987	328		C2	G	A	1B2	F2	A	10.		L						
1987	329		C2	G	A	O/R	P	D				E	D3E1				
1987	330		C2	M	A	2D2	BP	A	24.5	C1	L			A	70		
1987	331		C2	M	A	2C5	P	A			L						
1987	332		C2	M	A	3E1	P	A				E	D3E1				
1987	333		C2	M	A	O/R	P	A			L			RR	143		
1987	334		C2	G	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1987	335		C2	F	A	1E1	P	A			L			P			
1987	336		C2	M	A	1E1	P	A				E	D1E2				
1987	337		C2	G	AE	O/R	P	A				E	D1E1				
1987	339		C2	M	A	1B3	BP	A	16.	D1b	D				96	4	
1987	340		C2	M	A	2E1	P	A				E	D1E1				
1987	341		C2	M	A	2D5	P	A				E	D1E1				
1987	342		C2	M	BA	2B5	B	A			D						
1987	343		C2	F	A	1D2	B	A	26.5	D1b	L						
1987	345		32B	M	AB	3D4	BP	A	23.5	D1b	DU						
1987	346		32B	F	A	2G3	F3	A			L						
1987	347		32B	F	A	2D5	B	B	14.5	A1c	L					2	
1987	348		30C	M	BA	2E4	P	A			L						
1987	349		30C	M	AC	2D7	P	A			L			PE1			
1987	350		30C	F	A	O/R	F2	A	13.5		L						
1987	351		32F	G	A	1F4	BP	A		A3	D						
1987	352		32C	G	A	2E2	B	A			L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	353		32C	M	A	2G4	B	B			U	E	A6				
1987	354		32C	M	A	2H3	B	B			L						
1987	355		32C	M	A	2H3	B	A			L						
1987	357		C5	G	AB	3H2	P	A				E	D1E1				
1987	358		C5	G	AB	3D3	P	A				E	D3E1E2				
1987	359		C5	M	A	3B5	P	D			L						
1987	360		C5	G	AC	2E5	P	A				E	D1E1				
1987	361		C5	M	AC	2D3	PC	B	15.	B1c	L						
1987	362		C5	F	A	2E4	P	A			L			O			
1987	363		C5	G	AB	3D3	BP	A	13.	D2a	U						
1987	364		C5	M	A	2B3	F4	A			L						
1987	365		C5	G	BA	2B5	BP	A	23.5		U						
1987	366		C5	G	A	O/R	F3	A	17.		L						
1987	367		C5	M	A	2C5	P	A				E	D1E1E2				
1987	369		C5	M	BA	3C4	B	A		C2a	D						
1987	370		C5	G	BA	3B5	P	A				E	D1E1E2				
1987	371		C5	M	AE	O/R	B	A		D2b	D	E	D1E1				
1987	372		C5	M	A	2E4	BP	D	24.	D1b	D						
1987	373		C5	M	A	2D6	BP	A	20.		U						
1987	374		C5	M	A	2C4	B	A			U						
1987	375		32E	G	A	2G3	P	A				E	D3E1				
1987	376		32E	M	A	3G4	F3	A	10.5		L						
1987	377		32E	M	A	2E3	F3	A			L						
1987	378		30G	M	A	2C4	P	A				E	D1E1				
1987	380		30D	M	A	O/R	P	A			L			P		2	
1987	381		30D	M	A	2B6	P	B			L						
1987	382		30D	M	A	O/R	P	R			L						
1987	383		30D	F	A	2E2	P	A			L						
1987	384		30D	M	A	3B3	P	A			L						
1987	385		30A	M	A	O/R	B	A			L						
1987	386		C2A	G	A	2F5	P	A				E	D2E1				
1987	387		C2A	M	A	O/R	P	A				E	D1E1			2	
1987	388		C2A	M	B	2B5	P	A				E	D1E1				
1987	389		C2A	M	A	2C5	P	B				E	D1E1				
1987	390		C2A	M	A	2B5	P	A			L			P			
1987	391		C2A	G	A	2D6	P	A				E	D1E1				
1987	392		C2A	G	AE	2I4	B	A		C2a	I						
1987	393		C2A	G	A	2G4	P	A				E	D1E2				
1987	394		C2A	M	A	2E6	BP	A	20.5	D1a	DU						
1987	395		C2A	M	A	2F4	P	A				E	D3E1				
1987	396		C2A	M	A	2E6	P	A				E	D3E1				
1987	397		C2A	G	A	1F2	P	A				E	D1E1				
1987	398		C2A	F	B	O/R	C	A		B1b	L						
1987	399		C2A	G	A	O/R	P	D				E	D3E1E2				
1987	400		C2A	M	A	2B5	B	A			D	E	D1E1E2				
1987	401		C2A	M	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1987	402		C2A	G	AE	2E4	F3	A			L						
1987	403		C2A	M	AB	2D3	P	A				E	D3E1				
1987	404		C2A	G	B	2E7	P	A				E	D2E1			2	
1987	405		C2A	F	A	2F6	BP	A			L					2	
1987	406		C2A	F	A	3E4	B	B			D						
1987	407		C2A	F	AC	3D3	P	A				E	D2E1				
1987	408		C2A	M	AB	2D4	B	A			L						
1987	409		C2A	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1987	410		C2A	M	AB	2C2	B	A		A3	DU						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	411		C2A	F	AE	2D4	B	A			L			O			
1987	412		C2A	M	A	O/R	F3	A	12.5		L						
1987	414		C2A	M	A	3B4	PA	A			L			A			
1987	415		C2A	F	A	2H3	BPC	A	14.5	B2b	L			A	63		
1987	416		C2A	M	BA	3C5	BP	A	18.	A1d	U			O	24	4	
1987	417		C2A	F	AC	2C4	P	A				E	D2D3E1				
1987	418		C2A	F	A	2F7	P	A				E	D1E1				
1987	419		C2A	F	AC	2G3	P	A			L					2	
1987	420		C2A	M	A	2D5	F3	A	18.5	D2a	L				107	3	28G / 32D
1987	421		C2A	M	A	2G3	B	A		D1b	D						
1987	422		C2A	F	A	2F5	B	A			DU					3	
1987	423		C2A	M	A	3G2	BP	R	18.5	D1a	DU						
1987	424		32D	G	A	O/R	BP	A	13.5	A1c	L						
1987	425		32D	F	AB	2F4	B	A			L						
1987	426		32D	M	AB	O/R	B	A			DU						
1987	427		32D	F	A	2G5	B	B		C1	L						
1987	428		C5A	F	A	O/R	B	A			U						
1987	429		C5A	G	A	O/R	P	A				E	D1D3E1				
1987	430		C5A	M	A	O/R	BP	A	18.5	D1a	D						
1987	431		C5A	M	A	O/R	BP	A	16.	D2a	L			A			
1987	432		C5A	G	A	O/R	P	A			L			PE1			
1987	433		C5A	M	A	O/R	P	B				E	D1E1				
1987	434		C5A	G	A	O/R	B	A	23.	D2b	D						
1987	435		C5A	M	A	O/R	BP	A	26.5	D1b	L						
1987	436		C5A	M	A	O/R	BP	D	35.	D2b	DU	E	D1E1	O	110		
1987	437		C5A	M	A	O/R	B	A		A3	U						
1987	438		C5A	M	AB	O/R	A	A			L			A			
1987	439		C5A	F	BA	O/R	BP	B	17.5	D2a	D						
1987	443		67AK'	F	A	2E4	B	B	18.	A1b	L						
1987	444		67AK'	M	AB	2B4	F4	A	9.5		L						
1987	446		34C	M	A	2E3	P	A				E	D1E1				
1987	447		34C	G	A	3E2	B	A		A2	U						
1987	448		34C	F	A	2C5	F2	A			L						
1987	449		34C	F	A	2E2	BP	B	14.5	C1	L						
1987	450		34C	M	A	2E3	P	A				E	D1E1				
1987	451		34C	G	A	1B2	P	A			L			A			
1987	452		65A1'	F	A	2E2	BP	B	14.	C2b	L						
1987	453		34B	F	A	O/R	B	A		D2b	L						
1987	455		67AJ'	M	A	2C5	F2	B			L						
1987	457		67AJ'	F	A	O/R	B	B			L						
1987	458		67AJ'	F	A	2G3	B	B			D			O			
1987	459		67AJ'	M	A	O/R	F4	R			L						
1987	460		67AJ'	M	AB	2B6	F3	A	8.5		L						
1987	461		65AF'	G	BA	3H2	BP	B	22.	D1a	D				88	6	
1987	461		65AF'	M	BA	111	BP	B			D						
1987	462		65AF'	M	AE	3D3	F3	D			L						
1987	463		65AF'	M	A	3C2	F3	B			L						
1987	464		65AF'	M	A	2B3	P	A			L						
1987	465		65AF'	M	A	2D4	BP	A	6.5	A1e	L				31		
1987	466		65AF'	M	AC	3B4	A	B			L			A			
1987	467		65AF'	G	AB	3D3	P	A			L			PP		2	
1987	468		65AF'	G	A	2E5	P	B			L					2	
1987	469		65AH'	F	BA	2A3	B	A			D						
1987	470		65AH'	G	A	2B3	B	A			DU						
1987	471		67AF'	G	A	O/R	F2	B			L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	472		67AF'	F	A	2B3	P	B				E	D1E1				
1987	473		67AH'	F	AB	2C8	P	A				E	D3E1E2				
1987	474		67AH'	F	BA	3C3	B	A		C2a	U						
1987	475		67AE'	F	AB	3B4	P	B			L			O			
1987	476		67AE'	F	AB	1H1	B	A			L						
1987	477		67AE'	G	B	2F3	B	A			L						
1987	479		32G	F	A	2D3	B	A	13.	E	L				121		
1987	480		32D	M	A	2D7	BP	A	13.	A1c	L					2	
1987	481		34F	M	A	2D4	B	A			D						
1987	482		34F	F	BA	2G3	B	A			L						
1987	483		67AJ'	M	AB	2B6	P	A				E	D1E1				
1987	484		67AJ'	G	A	O/R	F4	R			L						
1987	485		65AE'	M	A	2D4	BP	A	7.5		L						
1987	486		65AE'	M	A	3D3	BP	B	12.	C2b	DU						
1987	487		34G	M	A	2F3	B	B			D						
1987	488		34G	M	A	2B3	B	A			U						
1987	489		67AG'	F	AB	2F3	B	B			I						
1987	490		C5B	G	AE	O/R	F4	D			L						
1987	491		C5B	G	A	O/R	P	R			L						
1987	492		C5B	G	AB	O/R	P	B			L						
1987	493		C5B	G	A	O/R	B	A	31.	D2b	D						
1987	494		C5B	G	A	2D4	B	A			L						
1987	495		C5B	G	AE	O/R	B	A	23.	D2b	D			O			
1987	496		C5B	M	AE	611	B	B	15.	A1c	L						
1987	497		C5B	G	AB	O/R	BP	A	32.	D2b	D						
1987	498		C5B	G	A	O/R	P	A			L						
1987	499		C5B	G	AB	O/R	F2	A	28.		L						
1987	500		C5B	M	AB	3C5	P	A				E	D1E1E2				
1987	501		C5B	M	AB	O/R	P	A				E	D1E1E2				
1987	502		C5B	G	AB	2B7	P	A			L			PE1			
1987	503		C5B	M	A	3G2	B	B		C2a	D						
1987	504		C5B	M	A	O/R	P	A				E	D1				
1987	505		C5B	M	A	O/R	F4	B	10.		L						
1987	506		C5B	M	AB	2C3	B	A	19.	A1b	L						
1987	507		C5B	M	A	2E2	B	B	15.	D2a	D						
1987	508		C5B	G	A	3B5	P	A				E	D3E1				
1987	509		C5B	G	A	2E6	B	A		D2b	D						
1987	510		C5B	M	B	3B4	B	A	19.5	D2b	D			O			
1987	511		C5B	M	BA	3D5	P	A			L						
1987	512		C5B	G	AB	3D3	P	A				E	D1E1E2				
1987	513		C5B	M	B	2G1	B	B		D1b	DU						
1987	514		C5B	M	BA	2C5	F4	A			L						
1987	515		C5B	F	AB	2D4	P	A			L			O			
1987	516		C5B	F	A	O/R	BP	A	12.		D						
1987	517		C5B	F	B	2C6	B	A			D						
1987	518		C5B	F	AB	O/R	BPF	A	7	A1e	L						
1987	519		C5B	M	B	3C4	P	A			L			A			
1987	520		C5B	F	A	2D5	P	A		E	L						
1987	521		C5B	M	AE	2E3	BP	B		A1c	L						
1987	522		C5B	G	AE	2C7	BP	A	15.	D2a	L						
1987	523		C5B	G	A	2D7	F2	A			L						
1987	524		C5B	G	A	2B2	B	B	15.		D						
1987	525		C5B	M	A	2C2	B	A			D						
1987	526		C5B	M	AB	O/R	BP	A	9.5	A3	L						
1987	527		C5B	G	A	2D3	P	A				E	D1E1E2				

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	528		C5B	G	A	1D3	F	A			L						
1987	529		8H	M	A	1A5	BP	A	21.5	A4a	D						
1987	529		C5B	G	A	2D3	F	A			L						
1987	530		C5B	G	AE	2D4	F3	R	12.5		L						
1987	531		C5B	M	AB	2B4	B	B			DU						
1987	532		65AJ'	M	A	2D5	F3	D			L						
1987	533		65AJ'	M	A	1E2	B	A	14.		D						
1987	534		65AJ'	M	A	2B4	B	A	14.		L						
1987	535		65AJ'	M	A	1F4	B	A	21.	A1c	L						
1987	536		65AI'	F	A	1E2	PC	A	14.	B1c	L						
1987	537		65AI'	M	A	O/R	B	A		D1a	D						
1987	538		65AI'	M	A	2D3	F1	A	4.5		I	D4		145			
1987	539		65AI'	M	A	3G1	B	A	21.	C2a	L						
1987	540		65AI'	F	AC	1H1	B	A	12.	A1b	L						
1987	541		65AI'	F	A	2E3	C	B		B	L						
1987	542		65AJ'	F	AB	3C4	B	A			L						
1987	543		65AI'	M	A	2F4	B	A			D						
1987	544		67AI'	F	A	1G1	B	A	16.5	A1b	L						
1987	545		32E	M	A	O/R	BP	A	12.	A3	D				36		
1987	546		C1	G	B	O/R	BP	A	34.	D2b	U	E	D1E1E2		109	2	
1987	548		C1	G	A	3B3	P	A			E	D1E1					
1987	549		C1	F	A	3E3	P	A			E	D3E1E2					
1987	550		C1	M	A	3C4	P	A			L						
1987	551		C1	G	A	2C3	B	A			U						
1987	552		C1	F	A	2F1	B	A	14.	A1c	L						
1987	553		C1	G	A	2A8	P	A			E	D3E1					
1987	553		C1	M	A	2F2	B	A			L						
1987	554		C1	F	A	2C2	P	A			L			P			
1987	555		C1	F	A	2F3	BP	A			L						
1987	556		C1	G	A	2I2	B	B			L						
1987	558		C1	M	A	2E3	B	A			L						
1987	559		C1	F	A	2D5	B	A			D						
1987	560		C1	G	A	2B2	B	A	21.		D						
1987	561		C1	F	A	2B6	F3	A			L						
1987	562		C1	G	A	O/R	F4	A	9		L						
1987	563		C1	M	A	2C5	BP	A			L						
1987	564		C1	F	A	2C4	BPF	A	4	A1e	L				30		
1987	565		65AF'	F	BA	2F3	B	B		A1c	I						
1987	566		65AF'	G	B	2D5	F4	D			L						
1987	567		65AF'	M	A	2H4	B	B	35.	D2b	U						
1987	568		65AF'	F	A	2E2	B	B			L						
1987	569		34B	M	A	2D2	B	A		C1	L						
1987	570		34B	F	A	3E5	B	B			D						
1987	572		34D	G	A	2F4	BP	B	34.	D1b	L						
1987	573		34D	F	AB	O/R	F2	A			L						
1987	574		30E	F	A	2G3	P	A			L			P			
1987	575		30E	M	A	3H2	F4	A			L						
1987	576		30E	G	A	3F3	F4	A	13.		L				169	6	
1987	576		30E	M	AB	1F2	P	A			E	D3E1E2					
1987	577		67AE'	F	A	O/R	B	A		D2a	D						
1987	578		34D	G	A	2D3	P	A			E	D1E1					
1987	579		34D	G	A	2E3	P	A			E	D3E1				2	
1987	580		34D	G	AC	2F7	PA	A			L		A	140			
1987	582		34D	G	AB	2C6	B	A		D1b	D	E	D1E1				
1987	583		34D	M	A	2C6	B	A			D						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	584		34D	G	A	2B6	P	D				E	D1E1				
1987	587		34D	M	A	2C2	P	D				E	D1				
1987	588		34D	M	A	2E3	P	D				E	D1E2				
1987	589		34D	M	B	2E3	P	A				E	D1				
1987	591		34D	G	A	2F4	P	A				E	D3E2			2	
1987	592		34B	G	A	2B6	P	D				E	E2				
1987	593		65AJ'	G	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1987	594		65AJ'	M	A	2E4	P	A				E	D1E2				
1987	596		65AJ'	G	A	2E3	P	A				E	D1E1				
1987	597		65AJ'	G	AE	2D7	P	A				E	D1E1				
1987	598		65AJ'	G	AB	O/R	P	R			L			PE1			
1987	599		65AJ'	M	A	O/R	P	A				E	D3E2				
1987	600		32D	G	A	O/R	B	A			L						
1987	601		32D	G	AB	2C5	P	A				E	D1E1				
1987	602		65AE'	M	A	2B5	PA	A			L			A			
1987	603		65AE'	M	B	2C6	BP	B	21.5	A4a	U						
1987	604		65AE'	M	AB	2F5	B	A		D2a	D						
1987	605		65AE'	M	A	2D4	P	D				E	D1E1				
1987	606		65AE'	M	A	2E5	B	B			L						
1987	607		65AE'	M	A	2C8	B	D			D						
1987	608		32C	M	A	3C5	B	A			DU					3	
1987	609		67AH'	M	AB	2B6	P	A			L			PE1		2	
1987	610		67AH'	M	A	3G4	B	A		D1a	DU						
1987	611		67AJ'	F	A	O/R	B	A	10.5	A1c	L						
1987	612		67AJ'	F	A	O/R	P	A				E	C1		129		
1987	613		34C	G	AB	2B5	P	A				E	D1E2				
1987	614		34C	M	AB	2F2	F1	A			L						
1987	615		34G	F	A	3B5	B	B			DU						
1987	616		34C	F	B	3C4	P	B				E	D1E2				
1987	617		34C	F	AB	2B3	BP	A	11.		L						
1987	618		34C	G	AB	2D5	P	A				E	D1E1				
1987	619		34C	F	AB	2B2	B	A			D						
1987	620		34G	F	A	2E5	B	A			L						
1987	621		34C	F	AB	2G4	B	B			L						
1987	622		34C	G	AB	3E3	P	A		E	L						
1987	623		65AG'	M	A	O/R	F2	A			L						
1987	624		65AG'	M	A	O/R	B	A			L						
1987	625		30A	F	BA	3H2	P	B				E	D1E1				
1987	626		8H	G	A	O/R	B	A			L						
1987	627		8H	F	A	3D2	B	B		D1b	DU						
1987	628		8H	G	A	3A5	BP	A	23.5	D1b	D						
1987	629		8H	M	AB	2B4	B	B		D1b	U						
1987	630		8H	F	A	3F3	P	B				E	D1E1			2	
1987	631		8H	M	AB	3B2	B	A		C1	L						
1987	633		67AJ'	G	A	O/R	C	B		B	L						
1987	634		67AJ'	F	BA	3C3	BP	A	17.	A1b	L						
1987	635		9I	M	AB	2C5	P	A				E	D1E1				
1987	636		9I	M	A	2E4	BP	A	14.5	C2b	D				79	3	
1987	637		7H	M	A	2G4	BP	A	21.	C2a	DU						
1987	638		7H	F	AB	O/R	BP	A	22.	A1b	L					4	1H / 5F / 3I
1987	639		7H	G	AB	2H2	B	B	19.	C2a	L						
1987	640		7H	M	AB	3D3	BP	A	17.	D2a	D					2	
1987	641		7H	M	A	O/R	BP	A	21.5	C2a	D					2	9I
1987	642		7H	G	AE	3C2	P	A			L			O		2	

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	643		7H	M	A	2B4	B	A	14.5		U			O			
1987	644		67AI'	M	AB	6G2	BP	B	8.5	A1e	L				26		
1987	645		67AI'	M	A	5I1	BP	A	15.	D2a	L			A			
1987	646		67AI'	G	A	2G4	B	B			L						
1987	647		67AM'	G	A	3B4	BP	A	21.5	A2	L			A	35	2	
1987	648		67AM'	M	BA	2B4	P	A			L			PE1			
1987	649		67AM'	G	A	O/R	F4	D	15.		L					2	
1987	649		67AM'	G	AB	O/R	F	R			L						
1987	650		67AN'	G	A	2D4	B	A		A1b	L						
1987	651		67AN'	M	B	2D2	B	A		A1b	L						
1987	652		67AM'	F	A	2B7	B	A			L						
1987	654		67AM'	G	AB	3B4	BP	A	5	A1e	L						
1987	655		65AJ'	M	A	3B6	F2	A			L						
1987	656		65AJ'	M	A	2C5	P	A				E	D1E1			2	
1987	657		4H	G	AB	3D5	BP	R	25.	A2	L			A	34	2	
1987	658		4H	F	A	3C4	B	A	16.5	A1b	L						
1987	659		4H	M	B	O/R	F	R			L						
1987	660		4H	G	A	2H3	F1	B				I	D4		144		
1987	661		4H	F	A	2F3	B	A			L						
1987	662		65AN'	G	A	2C3	P	A				E	D1E1				
1987	663		65AN'	M	A	2D2	B	B			L						
1987	664		65AN'	M	A	3C3	B	A		A1b	L						
1987	665		65AN'	M	A	O/R	BP	A	22.	D2b	U	E	E1E2				
1987	666		65AN'	F	AB	2F2	B	A			D						
1987	667		65AN'	G	AB	2H1	B	A				DU					
1987	668		67AN'	M	A	2E3	BP	B	22.	D1a	DU				87	2	
1987	669		65AN'	F	AB	2H1	B	A		A1b	L						
1987	670		65AN'	M	A	3C4	P	A				E	D2E2				
1987	671		65AK'	F	A	1B1	P	A			L			O			
1987	672		65AK'	G	A	3B4	P	D			L			P			
1987	673		65AK'	G	A	3D5	BP	A	29.	D1b	D	E	D1E1		93		
1987	674		65AK'	G	A	O/R	B	B	23.		D						
1987	675		65AK'	G	A	2D2	P	A			L					2	
1987	676		65AK'	G	A	O/R	P	A			L			P			
1987	677		65AK'	M	A	2E2	B	A			L						
1987	678		65AK'	F	A	O/R	B	B			L						
1987	679		65AK'	F	A	2D4	B	A	6.5		L						
1987	680		65AK'	G	A	3B3	B	A		A1a	L						
1987	681		11H	F	A	2C2	B	A			L						
1987	683		67AG'	M	A	2H2	BP	B	28.5	D1b	L						
1987	684		67AG'	M	AB	2G2	C	B		B	L						
1987	685		67AG'	G	AB	3B3	F3	B			L						
1987	686		65AK'	G	AE	O/R	F3	A	14.		L						
1987	687		65AK'	M	AE	3D3	BP	A	9	D1a	U				87	3	
1987	688		7J	M	A	2I7	B	B	22.	D1b	L						
1987	689		7J	M	A	2D4	B	B		C1	D						
1987	690		7J	F	AB	2C5	BP	B		D2b	DU						
1987	691		7J	G	AB	3D1	BP	A	7		D	E	D1E1		123		
1987	692		7J	G	BA	2C7	P	R			L						
1987	693		11J	M	BA	3C4	P	A				E	D1E1E2				
1987	694		11J	F	BA	2B4	B	B			L						
1987	695		11J	F	BA	2H4	B	A			U						
1987	696		11J	M	B	2B2	B	A			L						
1987	697		6I	M	AB	O/R	BP	A	15.	A1d	L						
1987	698		6I	F	A	O/R	F	A				I	A1A2				

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	699		6I	F	A	O/R	F	B			L						
1987	700		6I	F	AE	2E5	B	A			DU						
1987	701		6I	M	A	3C2	B	A		D2b	DU	E	D1E1				
1987	702		6I	M	A	O/R	BP	A		D1b	DU	E	D1D3E3		2		
1987	704		5H	F	BA	2G3	C	B		B	L						
1987	705		5H	F	BA	3F7	B	R			L						
1987	706		5H	M	AB	2B5	P	A				E	D1E2				
1987	707		1J	G	AE	2C4	BP	A	22.	D2a	DU				106	2	2J
1987	708		1J	F	A	2CA	P	A				E	D1E1				
1987	709		1J	G	A	2H2	BP	B	14.5	A1c	L						
1987	710		11I	F	A	2H2	B	B			L						
1987	711		67AL'	M	A	3C2	B	A			L						
1987	712		67AK'	G	AB	2D2	P	R	16.			E	D1E1				
1987	713		67AK'	M	B	2C2	B	A			D						
1987	714		7I	M	AC	O/R	BP	A	15.5	A3	U				38		
1987	715		7I	G	AB	2B4	P	R				E	D1E1				
1987	716		9J	M	AC	O/R	BP	A	16.	A3	D			O			
1987	717		9J	M	AE	2B2	B	A			D						
1987	718		65AH'	M	BA	3F2	BPC	B	29.	B1a	DU					2	
1987	719		65AH'	G	BA	2G4	BP	A			L						
1987	720		65AH'	M	AB	2B5	B	A		D2a	D						
1987	721		65AH'	M	A	2B4	B	B			L						
1987	722		5I	M	A	3A5	BP	A		C1	L					2	
1987	723		5I	F	AE	2C5	BP	A	18.		DU						
1987	724		5I	M	A	3B4	B	B		A1a	L						
1987	725		5I	F	A	O/R	P	A				E	D1				
1987	726		5I	M	A	2B5	B	A		C1	L						
1987	727		65AL'	G	A	O/R	BP	A	18.	A1a	L						
1987	728		6I	G	A	3A2	F3	D			L						
1987	729		6I	F	A	3B4	B	B		A1c	D						
1987	730		8I	F	A	2B5	B	B	16.	C2b	DU						
1987	731		6H	M	AB	3E3	BP	B			D						
1987	732		6H	G	AE	2C8	B	A			L						
1987	733		6H	M	AB	3D4	F3	A			L						
1987	734		6H	M	AB	2D2	P	A				E	D1E1			2	
1987	735		6H	F	A	2H3	B	B			DU						
1987	736		1H	F	A	2D5	B	B			L						
1987	737		1H	M	A	2E6	BPC	B	28.	B2b	DU						
1987	738		67AN'	M	A	3B5	B	A			D			O			
1987	739		67AN'	F	A	3A5	B	B			L						
1987	741		3H	F	A	3F3	BP	A	11.5	A1b	L						
1987	742		3H	M	AE	2C3	B	A			L						
1987	743		3H	F	A	2E2	B	A			L						
1987	744		3H	F	A	2I3	B	D		C2a	D						
1987	745		3H	G	AE	2C4	B	A			U						
1987	747		67AH'	G	BA	2B5	P	A				E	E1E2	O			
1987	748		67AF'	M	A	2D5	B	A		C1	L						
1987	749		67AF'	M	AB	2F4	CP	R		B1a	L						
1987	750		9H	G	BA	2E3	BP	A		D1b	D	E	D1E1			2	7H
1987	751		9H	M	AB	O/R	B	A		D2b	I						
1987	751		9H	F	A	2D4	B	A			DU						
1987	752		9H	F	BA	2C4	B	A			L						
1987	753		1J	G	AE	2C3	F	A			L						
1987	755		1J	M	AE	2C7	BP	A	19.	D2a	D				102		
1987	756		1J	M	A	2E6	BP	A	20.	C2a	DU						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	756		1J	M	A	O/R	B	B			L			O			
1987	757		67AH'	G	AB	3G3	BP	B	30.	D2b	D						
1987	758		67AH'	F	A	2E5	F4	A			L						
1987	759		67AH'	G	AE	O/R	BP	R	32.	D2b	D	E	D1E1		112		
1987	760		9I	G	AB	2A5	P	D				E	D3E1				
1987	761		9I	F	A	2C3	F	D			L						
1987	762		67AF'	M	A	2D5	BP	B		A2	L						
1987	763		67AF'	F	A	2C5	B	B			L						
1987	764		67AF'	M	A	234	C	B		B	L					2	
1987	765		67AF'	M	A	2G2	BP	R	13.5	A1b	D				14		
1987	767		67AF'	M	AE	3H2	BP	B	20.	A1a	L				1		
1987	768		67AF'	M	AE	3H2	BP	A			D						
1987	769		65AJ'	G	B	2H3	F3	A			L						
1987	771		3J	M	AB	3B4	B	A		D1b	D						
1987	772		3J	M	AB	3B5	P	A			L			A			
1987	773		3J	G	A	3B5	B	A			D						
1987	774		3J	G	A	O/R	BP	A	23.	A1b	D						
1987	775		30F	G	AC	2E3	P	A				E	D1E1				
1987	776		67AG'	G	AE	3F2	BP	A	21.	D1b	DU			O	97		
1987	777		67AG'	F	A	2D1	BP	B	11.	A1b	L						
1987	778		7H	G	AE	2B5	P	A				E	D3				
1987	779		7H	M	AB	2C5	P	A				E	D1E2				
1987	780		7H	M	B	2C8	BP	A	9	A1a	L				6		
1987	781		7H	F	AB	3C4	P	A				E	D1E2				
1987	782		7H	F	A	2E2	P	D				E	D1E1				
1987	782		7H	M	AE	2F5	P	A				E	D1E1		2		
1987	783		7H	F	AB	2B4	P	A				E	D3				
1987	784		7H	M	A	2D5	P	A				E	D3E1E2				
1987	785		7H	M	A	O/R	B	A	30.	D1b	D	E	D1E1	O	94		
1987	786		1I	M	AB	2C4	B	A	19.		D						
1987	787		1I	F	A	2B2	B	A	11.	C2b	DU						
1987	788		1I	M	AB	2B2	B	A	38.	D1b	D						
1987	789		4H	M	AE	2B5	B	A	18.5	A1c	L						
1987	790		4H	G	AB	2E4	B	B	17.5	A1c	L						
1987	791		4H	M	BA	2H2	P	A			L						
1987	792		30D	G	AB	2E2	P	A				E	D3E1E2				
1987	793		9J	G	AB	2E4	BP	B	31.	A4b	L			O	44	2	9I
1987	794		9J	M	BA	O/R	BP	A	22.	C2a	D				73		
1987	795		32G	M	AB	1C1	P	D			L			PE1			
1987	796		32G	G	AE	2E2	F	B			L						
1987	797		32F	G	A	O/R	P	A				E	D1E2				
1987	798		32F	G	A	O/R	B	A			D						
1987	799		65AH'	G	A	O/R	F4	R	17.		L						
1987	800		67AH'	G	A	2D2	BP	A		D2b	D	E	D1E1		2		
1987	801		67AH'	M	A	2B2	F4	D	17.		L						
1987	803		67AH'	F	A	O/R	B	B	10.	D2a	DU						
1987	804		67AH'	G	A	2F2	B	A		D1a	D						
1987	805		65AH'	G	A	O/R	F4	R			L						
1987	806		65AH'	F	A	O/R	B	A			DU						
1987	807		65AH'	M	A	3A5	B	A			D						
1987	808		65AH'	M	A	3C3	P	A			L						
1987	809		65AH'	M	A	2E4	B	B			D						
1987	810		65AH'	M	A	O/R	B	A		D1b	D						
1987	811		65AM'	F	A	2B5	B	B			I						
1987	812		65AH'	F	A	2C5	B	B			D						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	813		65AM'	F	A	1D3	B	B			L						
1987	814		65AH'	M	A	2B6	C	B		B	L						
1987	815		65AH'	G	A	O/R	BP	A	21.	D2b		E	E1		136		
1987	815		67AM'	G	A	O/R	F2	B	12.			E	A4		150		
1987	816		67AM'	M	A	O/R	F3	A	5		L						
1987	818		67AM'	M	AB	2E4	BP	B	14.	A1b	L			R	13	2	
1987	820		4J	M	A	2D2	F1	B				I	D4				
1987	821		67AL'	G	A	O/R	F4	A			L						
1987	822		67AL'	G	A	3B4	P	A				E	D1E1E2				
1987	823		67AL'	F	A	2C3	F3	D			L						
1987	824		67AL'	F	A	2F4	B	A	11.	C2b	L						
1987	825		67AL'	F	A	O/R	B	B			L						
1987	826		5J	G	BA	3D4	BP	A		D1b	D						
1987	827		5I	M	AB	2G2	BPF	A	12.	A1c	L				23	14	8H / 3J / 3I / 9H
1987	828		5J	F	AC	2D4	B	B	21.5		L						
1987	831		5J	G	BA	2C5	P	D				E	D1E2		2		
1987	832		34G	M	A	1F1	P	R			L			PE1			
1987	834		65AH'	F	A	3I1	B	B			D						
1987	835		65AH'	M	A	3B4	F4	A			L						
1987	836		65AH'	F	BA	2A4	B	B			L						
1987	837		65AH'	F	A	2B7	B	B	19.	C2a	DU						
1987	838		65AH'	M	AB	3A3	P	A				E	D3E1E2				
1987	839		65AH'	F	A	3E1	B	B			L						
1987	840		65AH'	F	AD	2B5	B	A			D						
1987	842		65AH'	F	A	O/R	B	B	11.	A1c	L						
1987	843		65AH'	F	A	2D2	B	B		C1	L						
1987	844		65AH'	F	AE	2D2	B	B			L						
1987	845		65AH'	M	A	2A7	B	B		C1	L						
1987	846		65AH'	F	A	1A2	B	A		A1a	L						
1987	847		65AH'	M	AE	2D2	B	A			I						
1987	848		65AH'	F	A	O/R	BP	A	23.		DU						
1987	849		65AH'	F	A	2B5	B	B			D						
1987	850		65AH'	F	A	2B3	B	A		A1a	L						
1987	851		65AH'	M	A	2E3	B	A			L						
1987	852		65AH'	G	A	3B2	P	B				E	D1E1				
1987	853		65AH'	F	A	3B3	BP	B			U						
1987	854		65AH'	F	A	1B1	P	A			L			PE1			
1987	855		65AH'	M	A	2E3	B	A			D						
1987	856		65AH'	F	A	2B2	BP	A			DU						
1987	857		65AH'	F	A	2B3	B	A			D						
1987	858		65AH'	M	AB	2B7	B	B			L						
1987	859		65AH'	F	A	3C3	BP	A	34.	A4b	I						
1987	860		65AH'	M	A	2B2	P	A				E	D1E1				
1987	861		65AH'	G	A	2B2	B	A			L						
1987	862		67AF'	G	A	O/R	P	A			L			P			
1987	863		67AF'	G	A	3B3	B	A			DU						
1987	864		3I	M	A	2C4	B	B	14.5	A1b	L						
1987	865		3I	M	A	2A4	BP	A			D						
1987	866		5I	F	AB	O/R	BP	A	15.	A1b	L						
1987	867		5I	F	A	2A2	B	R		C1	L						
1987	868		5J	F	A	O/R	B	A	28.	D1b	D						
1987	869		5J	M	AE	2C5	F3	A			L						
1987	870		5J	M	BA	3D4	P	A				E	D1E1				
1987	872		2J	F	A	2B3	B	A			L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	873		67AF'	G	B	O/R	P	A	33.		L			P		2	
1987	874		67AF'	M	AB	2C5	B	A			DU						
1987	875		67AF'	M	A	O/R	BP	B	16.	A1b	L						
1987	876		67AF'	G	AB	2C2	BP	A	6.5	C2b	L				77		
1987	877		9I	M	AB	O/R	BP	A	15.5	C2b	D						
1987	878		9I	G	A	2D4	B	A			D						
1987	879		30F	G	A	2D3	B	B			L						
1987	880		34F	M	BA	2C6	B	A			DU						
1987	881		4I	F	A	2H2	B	B			L						
1987	882		67AN'	G	AC	2B5	P	A				E	D1E1				
1987	883		67AN'	G	A	2E3	B	B			D						
1987	884		67AN'	G	AC	1H1	B	B			L						
1987	885		67AN'	M	A	2B2	F2	A	4		L						
1987	886		67AN'	M	A	2B5	B	A		D1a	I						
1987	887		67AN'	F	A	2D3	B	A			L						
1987	888		67AN'	G	A	O/R	B	B			L						
1987	889		67AN'	M	AC	2B3	BP	A	13.	C2a	D				76		
1987	892		65AH'	F	A	2G1	B	B			L						
1987	893		65AH'	M	AB	2B6	P	A			L			O			
1987	894		65AH'	M	A	2E2	B	A			L						
1987	895		65AH'	G	A	2C6	P	B				E	D1E1				
1987	897		65AH'	F	A	3D5	BP	B	25.5	A1c	L						
1987	899		65AH'	G	AB	3B3	B	A			U						
1987	900		4H	M	AB	O/R	BP	A			L						
1987	901		4H	F	A	2H1	B	A		C1	L						
1987	902		6H	G	A	2H3	B	B	16.	A2	L			A			
1987	904		8H	G	A	2F2	PC	B		B1a	L						
1987	905		3I	M	AB	O/R	C	A			L						
1987	906		3I	M	A	O/R	B	B		C2a	D						
1987	907		3I	F	A	3D4	B	A		D2b	L						
1987	909		6I	G	BA	3D3	B	A			L						
1987	910		6I	G	A	3D3	B	A			L						
1987	911		5J	M	A	2C6	BP	B	19.	D1b	D						
1987	912		5J	M	AB	1D1	B	A			L						
1987	913		5J	M	AB	2I1	P	A			L						
1987	915		30E	G	A	2D5	P	D				E	D3E1				
1987	916		30F	G	A	6D1	BP	A	12.	B1c	L			A			
1987	917		30F	G	BA	1A2	P	A			L						
1987	918		32F	G	AB	O/R	BP	A		A1b	L						
1987	919		32F	G	BA	O/R	B	A			L						
1987	920		65AH'	M	A	1A3	B	A			DU						
1987	921		65AH'	M	A	O/R	FP	B	19.	A1b	L						
1987	922		65AH'	F	A	3B2	B	A			D						
1987	923		65AH'	M	A	3G2	B	A	16.		L						
1987	926		65AH'	G	AD	2B5	B	A			D			O			
1987	927		67AG'	G	BA	1A3	BP	B	12.	A1c	L				21		
1987	928		67AG'	G	AB	2E1	BP	A	14.	D2a	L					3	67AF'
1987	929		67AG'	M	AB	2B3	BP	A	10.	A1c	L				20		
1987	930		67AG'	M	B	O/R	B	B		A1b	L						
1987	931		67AG'	M	AB	O/R	B	B			DU						
1987	932		67AG'	M	AB	2B5	B	A			DU						
1987	935		67AL'	G	A	2D6	B	A			L						
1987	936		67AL'	M	A	2B4	B	B			L						
1987	937		67AL'	G	A	O/R	B	A		C2a	L						
1987	938		67AL'	M	A	2C4	B	B			L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	939		67AN'	M	AB	2G2	BP	B	16.	A1b	L						
1987	940		C1A	F	AE	5D1	BP	A	21.	A3	DU						
1987	942		C1A	F	AB	2C5	P	A				E	D2D3E1			2	
1987	944		6F	M	A	2B4	B	A		D1b	DU						
1987	945		6F	M	A	2C4	F3	A	9.5		L						
1987	946		9F	M	A	2D5	B	A			L						
1987	947		9F	M	A	2D5	BP	A			L						
1987	948		2G	F	AE	O/R	B	A			L						
1987	949		2G	G	A	2B5	B	A			L						
1987	950		2G	G	EA	2F4	PC	B	16.	B1c	L						
1987	951		2G	M	AB	2D4	A	B			L			A		2	10G
1987	953		3G	F	A	2D5	B	A			L						
1987	954		4G	G	BA	2F2	P	D				E	D1E1				
1987	955		4G	M	A	2C4	B	A	22	D2b	I					2	
1987	957		4G	G	A	2E4	B	B		C1	L						
1987	958		4G	M	A	2D4	F2	B			L						
1987	959		4G	G	AE	2C5	B	A			L						
1987	960		5G	F	A	2C6	P	A				E	D3E1				
1987	961		5G	F	A	2C5	P	A			L			PE1			
1987	962		5G	M	BA	2C7	F2	A			L						
1987	963		5G	G	BA	2G3	P	A				E	D1				
1987	964		14G	M	AB	O/R	C	A		B1a	L						
1987	965		6G	G	A	2G2	B	A	16.5	D1a	D						
1987	966		7G	M	A	2C5	BP	B	38.	A1c	D						
1987	967		7G	F	A	3C3	B	B	9	C2b	L						
1987	968		7G	F	AB	2C5	BPF	A	12.	E	L				122	12	9G / 9F / 7F
1987	968		7G	F	A	3C4	B	A		E	L						
1987	969		7G	G	A	25C	P	A				E	D1E1E2				
1987	970		7G	F	A	3D3	P	A				E	D3E1E2				
1987	971		7G	M	BA	2C5	P	A				E	D3E2E1				
1987	972		7G	F	BA	2E3	BP	B	6.5	A1e	L				28		
1987	973		7G	M	A	3C4	P	A				E	D1E1				
1987	974		8G	M	A	O/R	B	B		C1	L						
1987	975		8G	G	A	2B3	B	A	18.	C1	D						
1987	976		9G	M	AE	2A6	P	A				E	D3E1E2				
1987	977		9G	M	A	3E2	B	A		A3	D						
1987	979		9G	F	AE	3A6	B	A			D						
1987	980		9G	F	AE	2D4	P	B				E	D1E1				
1987	981		9G	M	A	2D4	B	A			DU						
1987	982		9G	G	A	1D2	B	A		C2a	D						
1987	983		9G	M	C	2D4	B	B			U						
1987	984		9G	F	A	2D2	F	R			L						
1987	985		9G	M	A	2D5	F4	A	11.5		L						
1987	986		9G	F	A	2C6	P	D		E	L						
1987	987		9G	F	A	3C4	B	D			L						
1987	989		9G	F	A	3H2	B	B	11.	A1c	D						
1987	990		9G	M	A	2E3	B	B		A3	D						
1987	991		9G	F	A	2B5	B	D			L						
1987	993		10G	M	BA	2C3	B	A			L						
1987	994		10G	M	AB	3C6	B	A			U						
1987	995		10G	F	AE	3C4	B	A			D						
1987	996		10G	G	BA	3D2	B	A			I						
1987	997		10G	M	AB	2D5	B	B		A1b	L						
1987	998		10G	G	BA	3H3	B	A			D						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	999		10G	M	BE	3C3	B	A			U			O			
1987	1000		10G	G	AB	3D4	B	A	13.	C1	L						
1987	1001		10G	F	AB	3H2	B	A		C1	L						
1987	1002		11G	G	A	2B6	B	A			D						
1987	1003		11G	G	BA	2D2	B	A		D2b	D						
1987	1004		11G	G	BA	3C2	P	A			E	D3E1					
1987	1005		11G	F	B	2D5	B	A	11.5		L		O				
1987	1006		11G	G	A	2D7	F4	D	14.		L				166		
1987	1007		11G	F	A	2A2	BP	A		A1c	L					2	
1987	1008		11G	F	A	2B5	P	A			E	D1E1E2					
1987	1009		11G	F	A	4I1	P	B			L		P				
1987	1011		11G	M	A	2C2	B	A	16.	C1	L				68		
1987	1012		11G	G	A	2C5	B	A			D						
1987	1013		3H	M	AB	2C7	P	A			E	D3E1					
1987	1014		28E	F	AE	2G2	P	A			E	D2E1E2					
1987	1015		28E	F	BA	2D7	P	A			L						
1987	1016		28E	G	AB	3C4	P	B			E	D1E1E2					
1987	1017		28E	F	BA	2C4	B	A			L						
1987	1017		28E	G	AB	2C5	B	A			L						
1987	1018		28E	G	A	O/R	P	A			E	D2					
1987	1018		28E	G	A	2C4	P	A			E	D1E2					
1987	1019		30E	M	AE	2I1	P	B			E	D1E1					
1987	1020		30E	F	BA	O/R	BP	A	18.		L						
1987	1021		30E	M	A	2B4	P	A			E	D1E1					
1987	1022		10E	G	BE	3C4	P	A			E	D1E1					
1987	1023		34F	M	AB	2H2	P	A			E	D3E1				3	
1987	1024		34F	F	AB	2F2	B	A	16.	C2a	D				75	2	
1987	1025		34F	M	AB	O/R	F2	A	13.		L					2	
1987	1027		34F	F	AB	2F3	B	A			L						
1987	1028		34F	F	A	2G2	BP	B		A1b	L						
1987	1029		34F	M	AE	O/R	P	A			E	D1E1E2					
1987	1030		32F	F	A	2C4	F2	A			L						
1987	1031		32F	M	A	2B5	B	A			L						
1987	1032		28G	M	A	2F2	P	A			E	D1E1					
1987	1033		28G	M	A	1B2	P	D			E	D1E1					
1987	1035		28G	G	A	2B4	PA	D			L		A				
1987	1036		28G	G	A	2E3	P	A			L		P			2	
1987	1037		28G	F	A	2B5	F4	D			L						
1987	1038		28G	G	A	2A4	B	A			I						
1987	1039		28G	F	A	2E3	BP	A			L						
1987	1040		28G	G	A	2B2	PA	A			L		A				
1987	1041		28G	G	AC	2D1	P	A			E	D3E1					
1987	1042		28G	G	A	2D4	P	D			E	D1E1				2	
1987	1043		28G	M	A	O/R	P	A			E	D1E1					
1987	1044		28G	G	AC	1G2	P	A			E	D1E1					
1987	1045		28G	G	A	2A5	P	D			E	D3E1					
1987	1046		28G	G	A	2D1	PA	D			L		A				
1987	1047		28G	M	A	2B5	BP	B	16.5	D2b	D				114	2	30G
1987	1048		28G	G	A	3B5	B	A		D2b	D						
1987	1049		28G	F	A	2B5	P	A			E	D1E1					
1987	1050		28G	G	A	2B8	P	A			E	D1E2					
1987	1051		28G	G	A	2E2	P	A			E	D1E1					
1987	1052		32G	M	A	2B3	B	A			L						
1987	1053		32G	G	BA	3C6	B	A	15.		D						
1987	1054		32G	G	A	2E3	B	D			L		O				

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	1055		32G	G	A	2C7	F	D			L						
1987	1056		32G	M	AC	2H2	BP	A		A3	I						
1987	1057		34G	G	A	2D1	BP	A			D						
1987	1058		65AH'	F	A	2E1	B	A	13.	A3	L						
1987	1060		65AH'	M	A	2B2	P	A			L			PE1			
1987	1061		65AH'	F	A	2B3	B	B			L						
1987	1063		65AH'	F	A	3B3	B	A			L						
1987	1064		65AH'	M	A	3B3	B	A			DU						
1987	1065		67AG'	G	BA	3B3	P	A			L			PE1			
1987	1066		67AG'	F	A	2C1	B	A		C1	L					6	
1987	1067		67AG'	M	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1987	1068		67AG'	M	AB	O/R	B	B		A1a	L						
1987	1069		67AG'	M	AB	O/R	B	A		A3	L						
1987	1070		67AG'	M	AB	2B4	B	A	26.	D1b	DU						
1987	1071		67AG'	F	A	1E1	B	A	21.5		L						
1987	1073		10E	M	A	2A3	F4	D			L						
1987	1074		10E	F	A	2B5	BP	A	16.	C1	L				67		
1987	1075		10E	M	A	O/R	BP	A	14.5	D2a	L				103	5	
1987	1076		10E	G	A	2B5	B	A			D						
1987	1078		10E	F	AB	2C4	BP	A	12.	A1d	L				25		
1987	1079		10E	F	AE	3B8	B	A			L						
1987	1080		1F	M	A	2G2	B	A	22.		D						
1987	1083		1F	G	A	2B3	F	A			L						
1987	1084		1F	M	A	2D1	B	A			D						
1987	1085		1F	F	A	2F3	F	B			L						
1987	1086		3F	M	AE	2C4	P	A				E	D1E1				
1987	1087		4F	F	A	O/R	BP	B	12.	A1c	L						
1987	1088		4F	F	A	2D2	B	A			L						
1987	1089		4F	F	A	2E4	B	B			L						
1987	1090		4F	F	A	2E3	BP	B			L						
1987	1091		4F	F	AB	3B4	P	B			L						
1987	1092		5F	M	A	O/R	BC	B	23.	B2b	DU						
1987	1093		5F	F	A	2G2	BP	B	20.5	D2b	U					2	
1987	1094		5F	M	A	2B9	B	A		D2b	D						
1987	1095		5F	M	A	2F3	BP	A			I			O	127		
1987	1097		5F	M	AB	2B5	BP	A	14.5	D2a	L						
1987	1098		9F	G	A	2H2	C	B		B1a	L						
1987	1099		9F	G	A	2C5	B	A		D2b	L						
1987	1100		7G	G	AB	O/R	P	A				E	D1E1		2	9F	
1987	1101		9F	F	A	2E2	BP	B	22.	A3	DU						
1987	1102		10F	F	B	2H4	BP	A	12.	A1b	L						
1987	1103		10F	M	AB	2A5	P	A				E	D1E1				
1987	1104		10F	G	A	O/R	F4	R			L						
1987	1105		10F	M	AB	O/R	B	B			DU						
1987	1106		2G	G	A	2H1	BP	B	20.	A1b	L			O			
1987	1107		2G	M	AE	O/R	BP	A	22.	A1c	L						
1987	1108		4G	F	A	2D1	P	A			L			P			
1987	1109		4G	F	A	2D1	B	A			D						
1987	1110		6G	F	A	2B5	B	A			L						
1987	1111		6G	G	A	3D3	BP	B		C1	U			O			
1987	1112		6G	F	AC	1G3	B	B	8.5	A1e	L						
1987	1113		6G	M	A	2G3	F2	A			L						
1987	1114		6G	G	A	2C3	B	A		D2a	DU						
1987	1115		8G	F	A	O/R	B	A			L						
1987	1116		1H	F	A	2F2	BP	A	20.	A1b	L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	1117		1H	G	A	2D3	BP	A	11.	A1b	L						
1987	1118		1H	M	A	O/R	BP	A	10.5	C2b	L						
1987	1119		1H	G	A	2B6	B	A	29.5	C2a	DU						
1987	1120		28C	M	A	2B5	P	A				E	D1				
1987	1121		30D	M	A	O/R	BP	A	13.5	A1b	L						
1987	1122		30D	G	A	O/R	P	A			L			O			
1987	1123		28E	M	A	2B6	B	A			L						
1987	1124		34E	G	A	O/R	P	A			L			PE1			
1987	1125		34E	G	AC	2D4	B	A	23.	D1a	D						
1987	1126		34E	G	A	O/R	F4P	A	12.		L			PP	165	110	34D
1987	1127		34E	M	BA	2D3	B	A			D						
1987	1128		34E	F	AE	2D4	B	A			D						
1987	1129		34E	M	BA	2B4	B	A			L						
1987	1130		34E	F	A	2H2	B	A			L						
1987	1131		34E	M	AB	O/R	BP	A	15.5	A1c	L						
1987	1132		34E	M	AB	O/R	B	A		D1b	D						
1987	1133		34E	M	AC	2E4	BP	A	15.	A1c	L						
1987	1134		6F	G	A	2B7	B	A			L						
1987	1135		28F	M	A	O/R	F4	B	12.5		L				160		
1987	1136		28F	G	A	3A3	F2	R	12.		L				148	2	
1987	1137		28F	M	AC	O/R	P	A			L			P			
1987	1138		28F	M	A	3B5	P	B			E		D3E1E2				
1987	1139		28F	G	AB	2B7	F3	D	16.		L				159		
1987	1140		28F	G	BA	3H3	F2	R	12.5		L				147		
1987	1141		28F	M	AD	3E4	P	B			E		D1E1E2				
1987	1142		34G	G	AB	1F1	P	A			E		D1E1			2	
1987	1143		34G	M	AB	2E2	PC	A	13.	B2b	L						
1987	1144		65AG'	M	A	2C4	P	A			L			PE1		2	
1987	1145		65AH'	G	A	2A4	C	B	22.	B1b	L						
1987	1147		67AF'	M	AB	3A4	BP	A	22.	D1b	D	E	D1E1				
1987	1148		67AF'	G	BA	3E2	P	A			E		D1E1				
1987	1150		67AF'	G	A	O/R	BP	A	27.	D1a	L				80		
1987	1151		67AF'	M	AB	2H2	BP	B	19.	C2a	DU						
1987	1152		67AF'	G	BA	2D4	BP	A	16.5	D1a	L					4	
1987	1153		67AF'	M	AB	O/R	BP	A	8.5	D1a	L					2	
1987	1155		67AF'	M	B	3H1	B	B			D						
1987	1156		67AE'	F	A	2B3	P	A			E		D1E1			2	
1987	1157		67AE'	M	A	2B5	P	A			L						
1987	1158		67AE'	G	A	3B3	B	A	12.		L						
1987	1159		67AE'	G	A	O/R	BPC	B	38.	B2a	U				59	6	
1987	1161		67AE'	M	A	O/R	C	B		B1a	L			P			
1987	1162		67AE'	G	A	1F2	BP	A		A3	U					2	
1987	1163		67AE'	G	A	O/R	F2	B	25.5		L					7	
1987	1166		28C	G	A	2B5	P	A			E		D1E1				
1987	1168		28C	F	AC	2C4	B	A		C1	L						
1987	1169		30C	G	A	2B5	P	A			E		D1E1				
1987	1170		30C	M	A	O/R	B	A		D2b	U						
1987	1172		8H	M	A	2A4	B	A		C1	L			O			
1987	1173		8H	M	A	2G1	BP	A	12.	C2a	D						
1987	1174		8H	F	A	2H2	B	A	18.		D						
1987	1175		8H	M	A	O/R	BP	B	18.	C1	L						
1987	1176		8H	M	AB	O/R	B	A			L						
1987	1177		8H	M	AE	1C2	P	A			E		D1E1				
1987	1179		6H	M	AB	2H1	BP	A	15.	A1a	L						
1987	1181		6H	F	A	1A3	B	A		C1	L						

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	1182		6H	F	A	O/R	B	A		D1b	D						
1987	1183		6H	G	A	O/R	F3	A	7		L						
1987	1184		6H	G	A	1A5	B	A		A2	I						
1987	1185		6H	M	A	1G2	P	B			L			PE1		2	
1987	1186		6H	M	A	2E5	F1	A	3		L						
1987	1188		4H	F	A	3D3	B	A			L						
1987	1189		4H	F	A	O/R	BP	A	13.5	A1c	L						
1987	1190		4H	F	A	2E6	C	B		B2b	L						
1987	1191		2H	F	A	O/R	F3	A	8.5		L				155		
1987	1192		2H	M	A	2C5	P	D				E	D3E1				
1987	1193		6G	G	AE	2A4	B	B	31.	D1b	L						
1987	1194		6G	G	A	1G2	P	A				E	D4D1E1			2	
1987	1195		6G	M	AE	1D3	B	A	21.	C1	L						
1987	1196		6G	M	BA	O/R	P	A			L			PE1			
1987	1197		6G	M	A	2C5	B	A			L						
1987	1198		6G	M	A	O/R	C	A		B	L						
1987	1199		4G	M	A	1D1	BP	A	13.	C2b	DU						
1987	1200		4G	M	A	O/R	F3	B	11.		L				157	4	
1987	1201		10F	F	A	O/R	B	B		C1	L						
1987	1203		10F	G	AE	O/R	P	B			L			O			
1987	1205		8F	F	AB	O/R	B	B		C1	L						
1987	1206		8F	M	A	2C5	P	A				E	D1E1				
1987	1207		8F	M	A	O/R	F3	A			L						
1987	1208		8F	M	A	2B6	P	A			L			PE1			
1987	1209		8F	M	A	1E1	P	A				E	D2E1E2				
1987	1210		8F	F	A	2C5	B	B			U						
1987	1213		8F	F	A	O/R	C	B		B	L			P			
1987	1214		8F	F	A	O/R	B	A		C1	L						
1987	1217		6F	M	A	1H3	P	A				E	D1E1				
1987	1218		4F	G	A	O/R	P	A				E	D3E1E2				
1987	1219		4F	F	B	2F2	P	A				E	D1E1				
1987	1220		4F	G	A	1A2	BP	A	20.	C1	DU				72	3	
1987	1221		4F	M	A	3B4	P	A				E	D1E1				
1987	1222		4F	F	A	1D5	B	B			L						
1987	1226		4F	G	A	2B4	B	A			L						
1987	1230		8E	M	BA	O/R	P	D				E	D2D2E1				
1987	1231		8E	G	AB	O/R	F3	A	25.		L						
1987	1232		8E	F	A	O/R	F3	B	13.		L						
1987	1233		8E	M	AE	O/R	F2	A			L						
1987	1234		8E	M	A	O/R	BP	A		C1	L						
1987	1235		9F	M	AE	2C4	P	A			L			PE1			
1987	1237		11F	F	AE	O/R	BP	D		D1b	D	E	D1				
1987	1238		11F	F	A	2B4	BP	D	16.	D1a	D						
1987	1239		11F	F	A	1G2	BP	A	9	C2	L						
1987	1240		11F	M	A	1B2	B	B			U						
1987	1241		11F	M	A	3E1	B	A			L						
1987	1243		11F	M	AB	O/R	B	D			L						
1987	1244		3G	F	A	2C5	B	A			L						
1987	1245		3G	F	A	3C5	B	B			L						
1987	1246		3G	F	AE	1C3	B	A			L						
1987	1248		3G	F	A	3B3	B	A			L						
1987	1250		5G	M	A	2C5	P	A				E	D1E1				
1987	1251		5G	F	A	1C3	B	A		D2b	DU	E	D1E1				
1987	1254		5G	F	AC	2D5	B	A		C1	L						
1987	1256		5G	M	A	1E3	P	A				E	D1E1				

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	1257		7G	F	A	O/R	BPF	A	15.	A1b	L				9	3	
1987	1263		9G	M	AB	O/R	BP	A	31.	A4a	D			A	42		
1987	1265		9G	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1987	1266		9G	G	A	O/R	BP	A	32	D1b	D	E	D3D2E1		90	37	11H / 11G
1987	1267		9G	F	AB	3H2	B	B			L						
1987	1268		3H	M	A	3C4	P	B				E	D1E1				
1987	1269		3H	F	AE	2G2	BP	B			L						
1987	1272		65AF'	M	A	O/R	P	A			L			P			
1987	1273		65AK'	F	A	O/R	B	B		A1a	L						
1987	1273		65AL'	M	BA	2H1	F3	A	14.		L						
1987	1274		65AN'	F	A	2B4	B	A			I						
1987	1275		65AN'	G	A	1B2	F3	B			L						
1987	1276		65AN'	G	AB	O/R	F3	A			L						
1987	1278		67AE'	M	A	5H1	BPC	A	11.5	B2b	L				62		
1987	1280		67AE'	M	AC	2C2	P	D				E	D1E1				
1987	1281		67AE'	F	A	2C5	B	A	23.		DU						
1987	1282		67AJ'	F	BC	2B3	BP	A	25.	D1b	D						
1987	1283		67AJ'	M	BA	O/R	BP	B	13.	A2	L				32		
1987	1284		67AJ'	M	A	2G3	BP	B	11.5	C2b	L						
1987	1285		67AK'	M	A	O/R	F2P	A	11.5		L				163	8	
1987	1287		67AK'	M	A	O/R	P	A			L						
1987	1289		67AM'	M	AB	2C5	P	D			L			P			
1987	1290		67AM'	M	A	3C3	BP	A	32.	D1b	DU						
1987	1291		51P'	M	A	O/R	P	B		C2b	L						
1987	1292		51P'	F	A	O/R	B	A			L						
1987	1293		51Q'	M	A	O/R	B	A			L						
1987	1294		51R'	M	A	O/R	P	B				E	D1D3E1				
1987	1295		51R'	M	A	O/R	BP	A	30.	D1b	D						
1987	1296		53S'	M	A	O/R	BP	A	25.	A1a	L						
1987	1297		53S'	F	A	O/R	BP	B	21.	A1a	L						
1987	1298		53S'	F	A	O/R	B	A		A1b	L						
1987	1299		53S'	G	BA	2I1	C	B		B	L			P			
1987	1300		53V'	M	A	O/R	BP	A	39.5	D1b	D					2	
1987	1301		55M'	G	AB	1H1	F2	B			L						
1987	1302		55Q'	F	A	O/R	B	A			L						
1987	1303		55Q'	F	A	1C2	B	A			DU						
1987	1304		55Q'	F	A	O/R	B	B	17.	A2	L						
1987	1305		55Q'	M	AB	O/R	B	B			L						
1987	1306		55Q'	F	A	O/R	B	B			D						
1987	1307		55Q'	F	A	O/R	B	B	15.	A1b	L						
1987	1308		55Q'	F	A	O/R	B	A			I						
1987	1309		55T'	M	A	O/R	BP	B	6.5	A1e	L				29	3	
1987	1310		55T'	F	A	O/R	BCP	A	24.	B1c	D					2	
1987	1311		55T'	M	A	O/R	BPF	B	14.5	A1b	L				8	3	
1987	1312		57M'	G	A	2B5	B	A	39.	D1b	DU			O			
1987	1313		57M'	M	B	O/R	P	A				E	D2E1				
1987	1314		57M'	M	AB	2E4	B	A			L						
1987	1315		57P'	G	A	O/R	P	A			L			P		2	
1987	1316		57R'	F	A	O/R	P	A			L			P			
1987	1317		57S'	F	AE	O/R	P	B			L			P			
1987	1318		57T'	M	B	O/R	P	B			L			PE1			
1987	1319		57T'	M	BA	O/R	P	A				E	D3E1				
1987	1321		30A	F	A	1A4	P	A				E	D1E1E2				
1987	1324		30D	M	A	O/R	P	A			L			O			
1987	1325		30D	M	A	1E3	BP	A	27.	A4b	U				45		

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	1326		30D	M	A	2E5	P	A			L			PE1			
1987	1327		30D	M	A	O/R	F2	A	13.5		L						
1987	1328		32E	G	A	2F3	BP	B	40	A4b	U			P	46	2	
1987	1329		32E	M	A	1C3	BP	B				E	D2E1				
1987	1330		32E	G	A	1E2	BPC	B	24.5	B1c	L				55	4	
1987	1331		32E	M	AB	O/R	P	D				E	D1D3E1				
1987	1332		34F	M	AB	O/R	F2	A	13.		L						
1987	1333		34F	G	A	1E3	BP	A	17.	D1a	DU				84		
1987	1334		34F	F	A	2E4	BP	B	15.5	A1a	L				4	4	30D
1987	1334		34F	F	A	2H2	B	A			L					7	
1987	1335		28F	M	A	1A5	P	A			L			P		2	
1987	1336		28F	M	A	O/R	B	B			L						
1987	1337		34E	G	AB	1E3	P	A				E	D1E1				
1987	1338		34E	F	A	O/R	F2	A			L						
1987	1339		34E	F	A	1D1	B	A		D2a	D						
1987	1340		34E	G	A	1C2	B	A		D2a	D						
1987	1341		34E	G	A	2D4	P	A				E	D2E1				
1987	1342		28E	G	AB	O/R	P	D				E	D3E1			2	
1987	1343		30G	M	A	O/R	BP	D	14.	D1a	U				86		
1987	1344		32B	M	A	O/R	P	A			L			P		2	
1987	1345		30F	M	A	2B4	P	A				E	D3E1E2				
1987	1346		30F	M	AB	O/R	P	A				E	D2E1E2				
1987	1347		30F	M	A	1H2	P	B				E	D3E1			2	
1987	1348		32D	M	AC	2B6	B	A	23.		D					2	
1987	1349		32E	G	AC	2C5	P	A				E	D1E1				
1987	1350		34E	G	A	3B3	F	A	7	E	L				119		
1987	1351		34D	F	A	2D5	B	D			L						
1987	1353		34D	F	A	1B4	BP	B		D1b	D						
1987	1354		34D	G	BA	O/R	BPF	A	25.	D2b	D	E	D3E1D4	P	108	80	34E / 30F / 28A
1987	1356		34D	F	AE	3B4	BP	A	24.	D2b	DU	E	D1E1		111		34E
1987	1363		34D	M	A	2G2	B	B	16.		D						
1987	1365		34D	G	A	O/R	BPC	B	16.	B2b	L			P	61	75	34E / 32E
1987	1372		30A	G	A	2D4	PA	A			L			A			
1987	1374		34D	G	A	O/R	BPF	A	44.5	A4b	U			AP	43	61	34E
1987	1376		34D	G	B	2C4	B	A			DU						
1987	1379		34D	M	A	2B3	B	A	20.		L						
1987	1381		34D	M	A	2H2	B	A			D						
1987	1386		34D	F	A	2F3	P	B				E	A2		133		
1987	1390		34D	M	AB	3D5	B	A		D1b	D						
1987	1401		8E	M	A	2C2	B	A	22.	C1	D						
1987	1402		8E	M	A	2F4	BP	B	17.	C1	L				69		
1987	1403		8E	F	A	3B3	BP	A	30.5	D2b	D	E	D1E1	P	113		
1987	1404		10E	M	A	O/R	P	A			L			P			
1987	1405		10E	M	AC	2C5	B	B		A2	L						
1987	1406		4F	M	A	3D3	P	A				E	D3E2				
1987	1407		4F	M	BA	O/R	BP	A	19.	A2	L						
1987	1407		4F	M	AE	O/R	P	A			L			OO			
1987	1409		8F	F	A	1A3	BP	D		D1b	D						
1987	1411		3G	F	A	2C6	BP	B	27.	D1b	D						
1987	1413		6G	M	A	2C6	P	B				E	D1E1				
1987	1414		6G	M	A	1A3	F3	A			L						
1987	1416		7G	F	A	1A4	BP	A	20.	D2b	U						
1987	1417		7G	M	AD	O/R	BPF	A	14.	A1c	L				18	7	
1987	1418		7G	M	A	2C6	BP	A	36.5	D2b	DU	E	D1E1E2	O			

Material Cerámico																	
Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D.	Tipo Decor.	Suspen.	Fig. Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1987	1419		7G	F	A	O/R	B	A			L						
1987	1421		7G	M	A	2C5	P	A				E	D3E1				
1987	1422		11G	G	BA	O/R	F3P	A	19.		L			P	158	8	
1987	1424		1H	M	AC	O/R	F2	A	5.5		L				153		
1987	1425		2H	M	A	1C4	B	D			D						
1987	1426		2H	F	A	O/R	BPC	B	18.	B1c	L				52		
1987	1427		5H	G	AB	3C4	P	A				E	D1E1E2				
1987	1428		5H	F	AE	2E8	B	A		A3	L						
1987	1429		5H	G	A	O/R	P	A			L			PP		2	
1987	1430		6H	F	A	O/R	CP	B		B2a	L						
1987	1431		6H	M	A	2B6	F2	A	21.		L						
1987	1432		5H	F	A	2C6	B	A			L						
1987	1433		6H	M	A	3B3	B	D		C2a	L						
1987	1434		5G	M	A	2B5	P	A				E	D3E1			2	
1987	1435		7H	M	A	2E6	P	A			L			P			
1987	1436		6H	M	A	1A6	P	A				E	E1E2	O			
1987	1437		7H	M	AB	O/R	P	D				E	D1E1				
1987	1438		7H	M	A	1A2	B	A			L						
1987	1439		9H	G	A	O/R	BP	D		D1b		E	D1D3E1				
1987	1440		9H	M	A	2F4	P	A				E	D1E1				
1987	1441		9H	M	AB	O/R	F2	A	16.		L						
1987	1442		9H	G	A	O/R	P	A				E	D2E1			4	
1987	1444		1I	F	A	2D8	B	B			L						
1987	1445		3I	G	A	2C4	BP	B	29.	A1c	L						
1987	1446		3I	G	A	O/R	P	A				E	D3E1			2	
1987	1447		5I	G	A	O/R	F4	D			L						
1987	1448		5I	M	AB	O/R	BP	B	30.5	D1a	D				81	16	
1987	1449		5I	F	AE	1D1	B	A		C1	L						
1987	1450		5I	F	AB	1A3	B	B	15.	C2b	U						
1987	1451		5I	F	A	2C7	B	B	23.	C1	D					2	
1987	1452		8I	M	AE	2H1	P	A				E	D1D3E1			2	
1987	1453		7I	F	A	3C4	B	D			D						
1987	1454		7I	F	A	2C6	BP	A	20.	D2a	D				105		
1987	1455		9I	M	AB	O/R	F4R	A	10.5		L				162		
1987	1456		3J	F	A	2D2	B	A			D						
1987	1458		3J	G	A	O/R	B	D			D						
1987	1459		11I	F	A	2E4	BPF	B	11.	A1b	L				10		
1987	1460		11J	M	A	3C4	F2	B	9		L						
1987	1461		11J	F	A	O/R	BPF	A	14.5	A1b	L				7	8	

Elementos de Barro						
Campaña	Núm.inventario	Cuadro	Dimensiones	Diámetro	forma	Observaciones
1985	1428	sup	17x9x5	ind	1	
1985	1429	sup	12x18x6	ind	1	
1985	1423	sup	9x11x6	ind	1	
1987	s/n	sup	14x15x6	ind	1	
1987	s/n	sup	14x20x9,5	ind	1	
1987	s/n	53V'	11x10x3,5	ind	1	
1987	s/n	65AH'	5x7x4,5	ind	1	
1987	s/n	sup	21x25x5,5	1 y 7	1	
1987	s/n	55P'	65x11x4	36	1	
1987	s/n	Corte 1	5x7,5x4,5	ind	1	
1987	s/n	Corte 1	12x19,5x7	ind	1	
1987	s/n	Corte 1	20,5x18x6	ind	1	
1987	s/n	Corte 2	14x16x7	ind	1	int. color blanquecino
1987	s/n	Corte 2	18x16x5,5	¿40?	1	ext. huellas hierba
1987	s/n	Corte 4	13x13,5x7	ind	1	int. cenizas y carbón
1987	s/n	Corte 4	14x14x5,5	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	12x12x5,5	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	17x9,7x6	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	7x7x5	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	10x6x4	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	7x5	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	14x5	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	11x7	15 y 7	1	
1987	s/n	Corte 4	14x6,5	11	1	
1987	s/n	Corte 4	11,5x9,5x5,5	11	1	
1987	s/n	Corte 4	18x13,4x5,5x 6x15,2x6,5	7	1	
1987	s/n	Corte 4	6x15,2x6,5	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	7x13x5	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	11x6	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	11x10x5,3	ind	1	
1987	s/n	Corte 4	9x11,2x6	ind	1	
1987	s/n	sup	12x22x5	13	2	
1987	s/n	53V'	8x5x4,5	5 y 12	2	
1987	s/n	53V'	6x6x3,5	ind	2	
1987	s/n	65AH'	6x5x1,5	ind	2	
1987	s/n	65AH'	7x8x2,5	ind	2	
1987	s/n	65AH'	12x12x5	4	2	
1987	s/n	3H	8,5x9,7x8	14	2	una en ángulo recto
1987	s/n	3H	7x2,5	ind	2	
1987	s/n	3H	3x5x2,5	ind	2	
1987	s/n	sup	19x30x15	35	2	
1987	s/n	sup	25x21x11	9 y 16	2	
1987	s/n	Corte 4	10x6,5x5	23	2	
1987	s/n	Corte 4	11,5x15x5,5	ind	2	

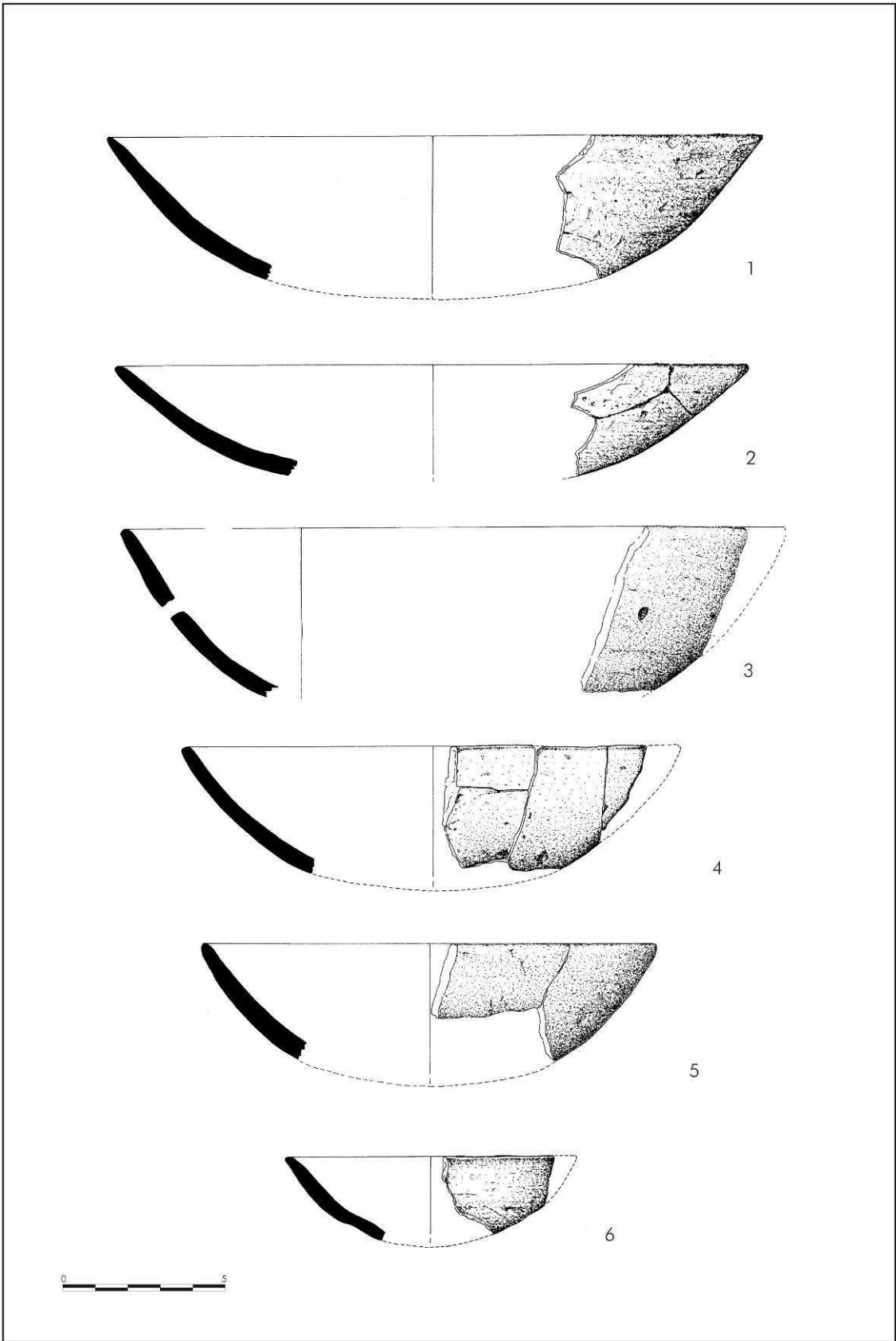
Elementos de Barro						
Campaña	Núm.inventario	Cuadro	Dimensiones	Diámetro	forma	Observaciones
1987	s/n	Corte 4	14x14x9,5	11, 17 y 18	2	1 trnsversal de 5
1987	s/n	Corte 4	6x9,1x8	ind	2	
1987	s/n	Corte 4	3x7x8	14	2	
1987	s/n	Corte 4	5x9	ind	2	
1987	s/n	Corte 4	7x5x2,5	ind	2	
1987	s/n	Corte 4	9x9x4	de 18 a 26	2	
1987	s/n	Corte 4	8x8x3	31,14,12 e ind	2	es única con cuatro caras
1987	s/n	Corte 4	5x6,7x7	de 18 a 20	2	
1987	s/n	Corte 4	8x9x5	11 y 9	2	
1987	s/n	Corte 4	6x8x4	14	2	
1985	s/n	Corte 3	55x9x	23	2	
1985	s/n	Corte 3	12x10x10	21	2	
1985	s/n	Corte 3	8,5x10,5	11	2	
1985	s/n	Corte 3	13x13	5 y 6	2	sin salida, encajan
1985	s/n	Corte 3	6,5x10,2x7	15	2	
1985	s/n	Corte 3	7,5x6	7,5 y 8,5	2	una en ángulo recto
1985	s/n	Corte 3	8x7x4	ind	2	
1985	s/n	Corte 3	10x13x5,5	ind	2	
1985	s/n	Corte 3	9x13,6x5	14 y 11	2	
1985	s/n	Corte 3	8,5x13,6x5	5 y 6	2	
1987	s/n	65AH'	9x5,5x6		4	entalle 2, madera tallada?
1987	s/n	65AH'	4X2,5X1		4	entalle 1cm, huellas tablas?
1987	s/n	Corte 4	20x26	11	3	reborde de 2 cm
1987	s/n	Corte 1	12x21x5,3	ind	3	tambien puede ser 1
1987	s/n	Corte 4	7x9x4	36	3	
1987	s/n	Corte 4	5,5x6	ind	3	
1987	s/n	Corte 4	11x10x5	ind	3	
1987	s/n	Corte 4	12x7x4,5	ind	3	
1987	s/n	Corte 4	11x24x5,5	ind	3	
1987	s/n	Corte 4	11x8,5x5,8	12	3	
1987	s/n	Corte 4	10,5x5,5	22	3	
1987	s/n	Corte 4	12x10x4	ind	3	
1987	s/n	Corte 4	9x11x6	ind	ind	pella?
1987	s/n	Corte 4		ind	3	

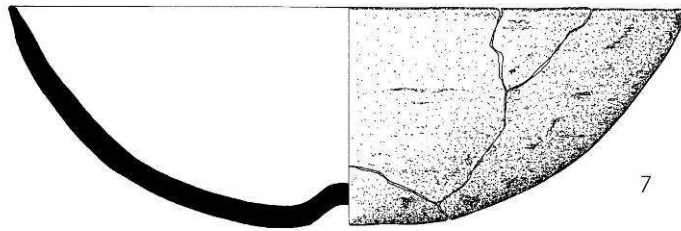
Localización del material arqueológico																																					
		CERÁMICA																PETREO			ADOBE			PEGAN													
CUA	NIVE	SU	A1	A1	A1	A1	A2	A3	A4	A4	B1	B1	B1	B2	C	C2	D1	D1	D2	E	DE	CO	TO	HUES	De	Otro	CUA	MO	I	II	III	IV	OT	CON	OTRO		
1F	4																							2													
1G																																					
1H	7			2											1	1	1																				
1I	4															1		1																			
1J	8			1												1				2																2J	
3F	1																					1															
3G	9																	1						8													
3H	9			1												1						2			1					3							
3I	8			2	1											1				1		1												1	1H/5F/7H		
3J	7			1														1																			
5F	8														1						1	2														1	
5G	15														1								6													1	
5H	6							1			1												2													1	
5I	12		1	1											5	1	1						1												4		
5J	12																		3				2	1												2	
7F	1																																				
7G	20			1	2		1									1					2	2		7											3	9G/9I/7F	
7H	17		1													2		2	1				10												3	9H	
7I	3							1														1		1													
7J	7														1			1		1			1														
9F	9							1		1												1															
9G	23			1			2	1								1						1		3													
9H	8			1																		1	1		3										2	8H/3J/5J/3I	
9I	7															1	2						2													2	
9J	5						1		1							1																				1	9I
11F	11															1		1	1																		
11G	13			1												1			1		1		3													3	9G/11H
11H	2																																				1
11I	2			1																																	
11J	8			1																			1														1
2F	52																							4	1												
2G	79			1	1			1								1							3	5												1	10G
2H	4															1							1														
2I																																					
2J	2																																				
4F	25			1			1									1							4	1		1										1	
4G	16															1	1					1	2													3	
4H	14			1	3		1								1	1																				1	
4I	1																																				
4J	1																																				
6F	18			1												2			2		1			1												3	8H
6G	17					1										2			1	1	1			2												2	
6H	21		1				2									1	1				1			2												2	
6I	11			1	1																1	1		1	2											2	
6J																																					
8E	26															3					1		2			1										2	
8F	18									1						2				1			2														
8G	17															3					1		3	1												1	
8H	15							1	1							3	1			3			2													2	
8I	3																1						1				1									2	
8J																																					

Localización del material arqueológico																																							
CUA D	NIVEL	SU P	CERÁMICA														PETREO			ADOBE			PEGA N		OTRO														
			A1a	A1b	A1c	A1d	A1e	A2	A3	A4a	A4b	B1a	B1b	B1c	B2a	B2b	C1	C2a	C2b	D1a	D1b	D2a	D2b	E		DE C	CO R	TO R	HUES O	De nt	Otro s	CUA R	MO L	I	II	III	IV	OT R	CON
10E	39				1	2										1				1					2	4			1								1		
10F	14			1							1					1							1		1														
10G	64			1					1						1	3	1	1	2						4													2	
12E	2																																						
12F	1																																						
12G	5																1																						
14F	1																																						
14G	9										1					1																							
16F	3																		1																				
16G																																							
1		32		1	1	1																1		4				2	1		3	1							
28A	38									1									1					3		1											1	30A	
28B	##		2				2		1	1					1						2		9					1	1										
28C	8														1									4															
28D	90				1																	1		6					1								2		
28E	25			1																		1		8														2	
28F	37																	1					3															5	
28G	19			1																			2	10	1												3	32D/30G	
30A	20														1		1						3	1															
30B	50																							3													1	10	
30C	78		1	2				1							1				2	1			3		4												4		
30D	55		1				1	1	1						1								2				1	1								1	2		
30E	23																							8														2	
30F	16										1								1	1			6														2		
30G	32																1						1			1											1	34E	
32B	5			1																		1																2	
32C	5																							1														2	
32D	8			2											1									1														2	
32E	9						1	1		1														5														2	34D
32F	8		1				1																	1	1														
32G	8						1																1																
34B	3														1								1		1												1		
34C	16					1										1							1		5													1	
34D	47								1						1					4	2		1	10				1									9	34E/30F/28A/32E	
34E	45			2															1	1	2	1	2														4	34D	
34F	12		1	1												1	1							2													6	30D	
34G	6																							1														2	
2		61			1		1			1		1	1	1	2	3	1	1					32	2												2			
53G'	50			1							1												1															2	
53H'	17																		2																			2	
55G'	55			1	1	1					1		1										1															2	
55H'	9																																						
57G'	30			1																																			
57H'																																							
3																																							
51M'	1																																						
51N'	1			1																																			51S'
51O'	27			1																																		1	
51P'	6															1																							

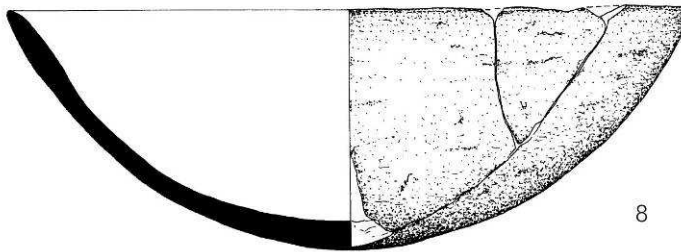
Localización del material arqueológico																																													
		CERÁMICA																PETREO			ADOBE			PEGA N																					
CUA D	NIVE L	SU P	A1 a	A1 b	A1 c	A1 d	A1 e	A2	A3	A4 a	A4 b	B1 a	B1 b	B1 c	B2 a	B2 b	C1	C2 a	C2 b	D1 a	D1 b	D2 a	D2 b	E	DE C	CO R	TO R	HUES O	De nt	Otro s	CUA R	MO L	I	II	III	IV	OT R	CON	OTRO						
51Q'	6																						1																						
51R'	7			1																	1					2																			
51S'	9		1	1						1											1					1														3	51N'				
51T'	63																						1																	3					
51U'	10																																							5	51V'				
51V'	24			2						1		1							1	3	1	2			2										2				5	53V'					
53M'	9							1	1										2		2																			2					
53N'	12																			1						1									1					1					
53O'	15									1																		1													3				
53P'	1																																												
53Q'	12																																						1						
53R'	11			1																1																		1							
53S'	10		2	3									1									1																			2				
53T'	3				1																						1																		
53U'																																													
53V'	28		1																			1	2													1					3				
55M'	10																																												
55N'	28																																												
55O'	1																				1					1			1																
55P'	28									1													1			2			1													2			
55Q'	12			1						1																1														1					
55R'																																											1		
55S'	10		1		1																	1	1																						
55T'	66			1				1		1			1		1			1								1	1														10	51-53- 57V'/55S'/ 57V'/57T'			
55U'																																													
55V'																																													
57M'	9																					1					2																		
57N'	15																					1	1																			1			
57O'	15												1									1						1																	
56P'	4																																										2		
57Q'	3																																												
57R'	16																																										1		
57S'	4																																										1		
57T'	37																					1	1																			1			
57U'	6																																										1		
57V'	13																																									1	57U'/53T'		
4		71		1									1								1	1		1	2	1	2	3														1			
65A E'	8																					1				1																			
65A F'	17				1		1																																					3	
65A G'	3																																											1	
65A H'	51		2	1	2					1		1	2	1																														2	
65AI'	17			1																																									

Anexo 3 Reproducción de los materiales de *El Parpantique* de Balluncar (Soria)

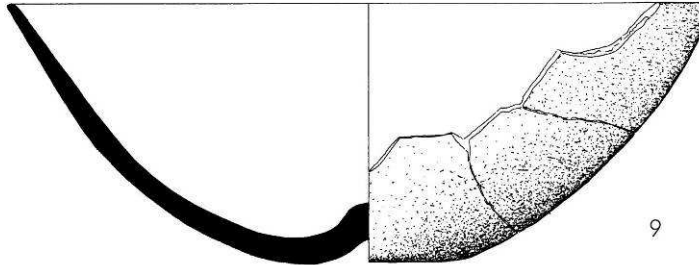




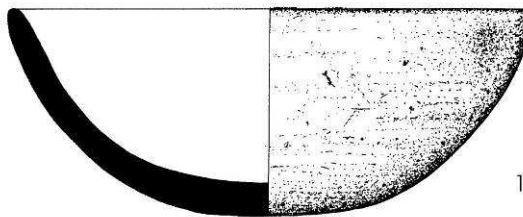
7



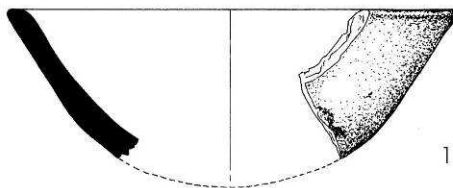
8



9

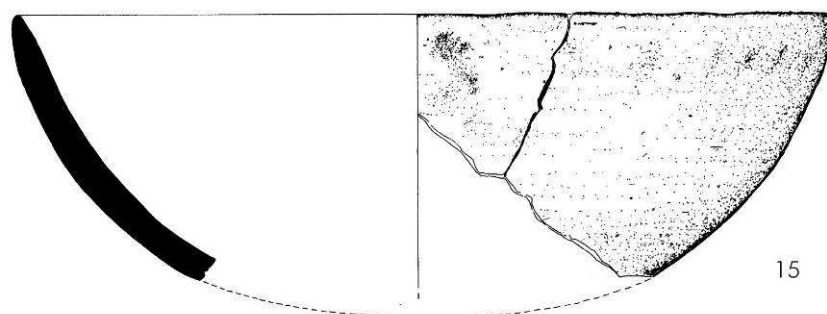
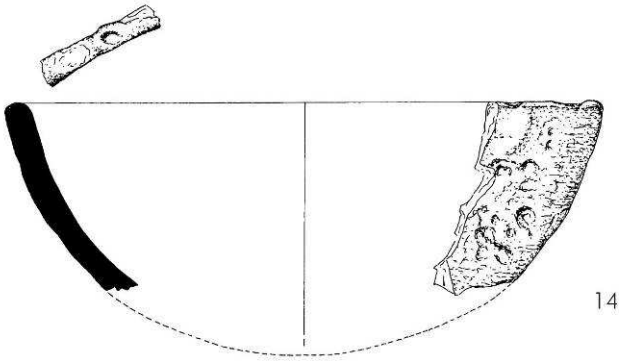
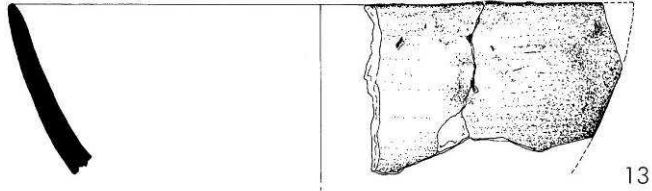
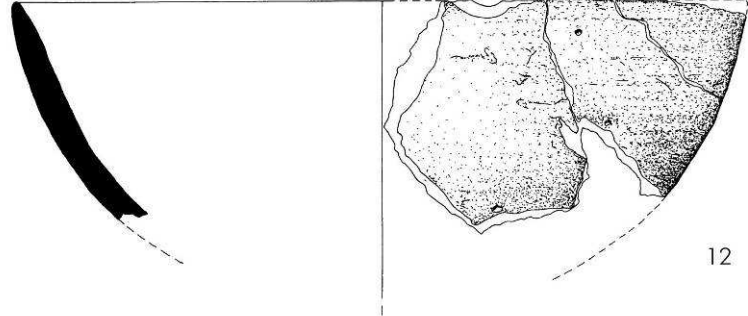


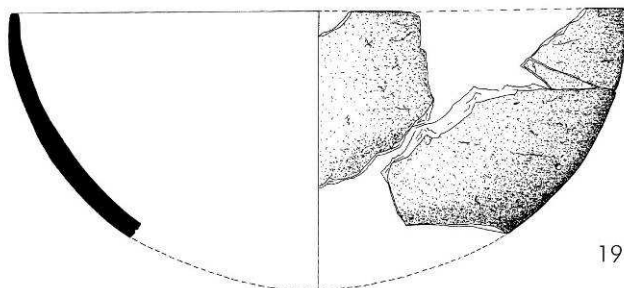
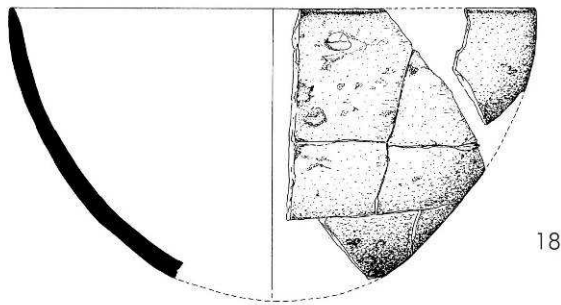
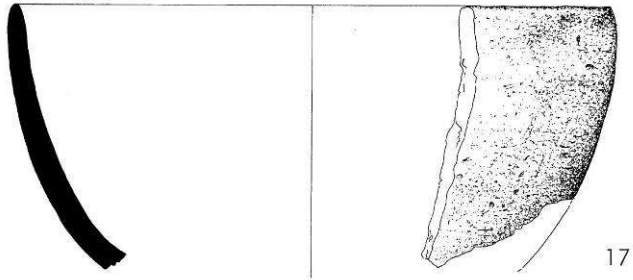
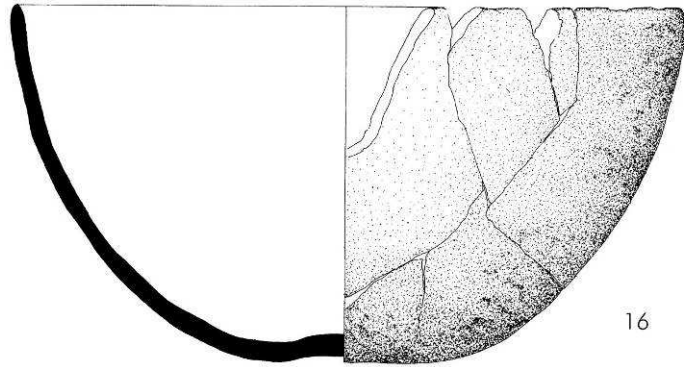
10

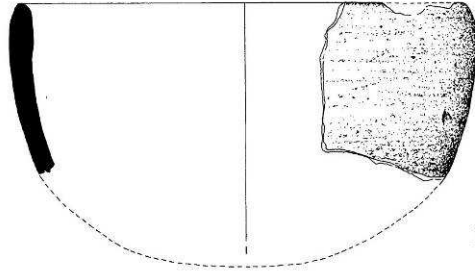


11

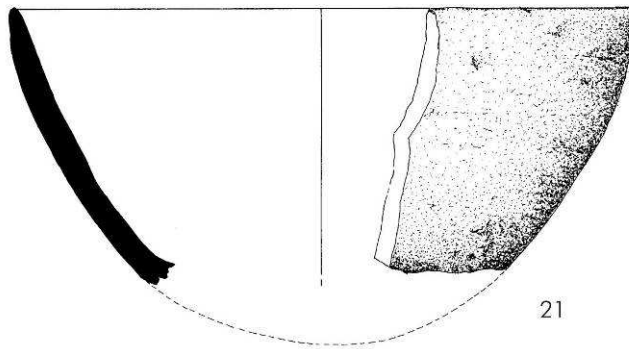




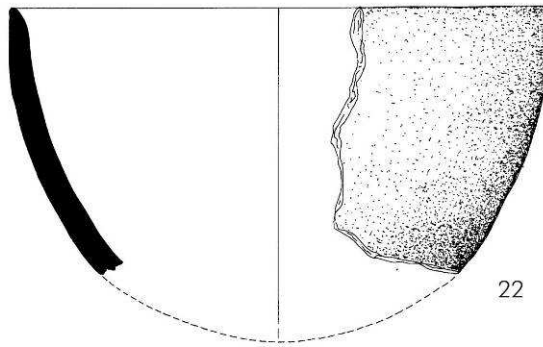




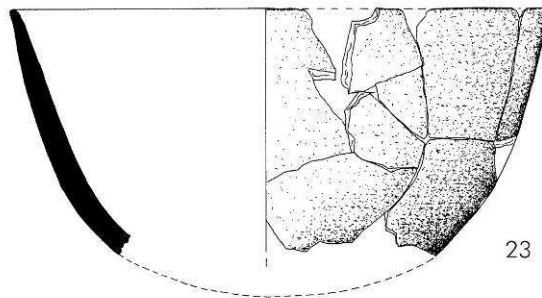
20



21

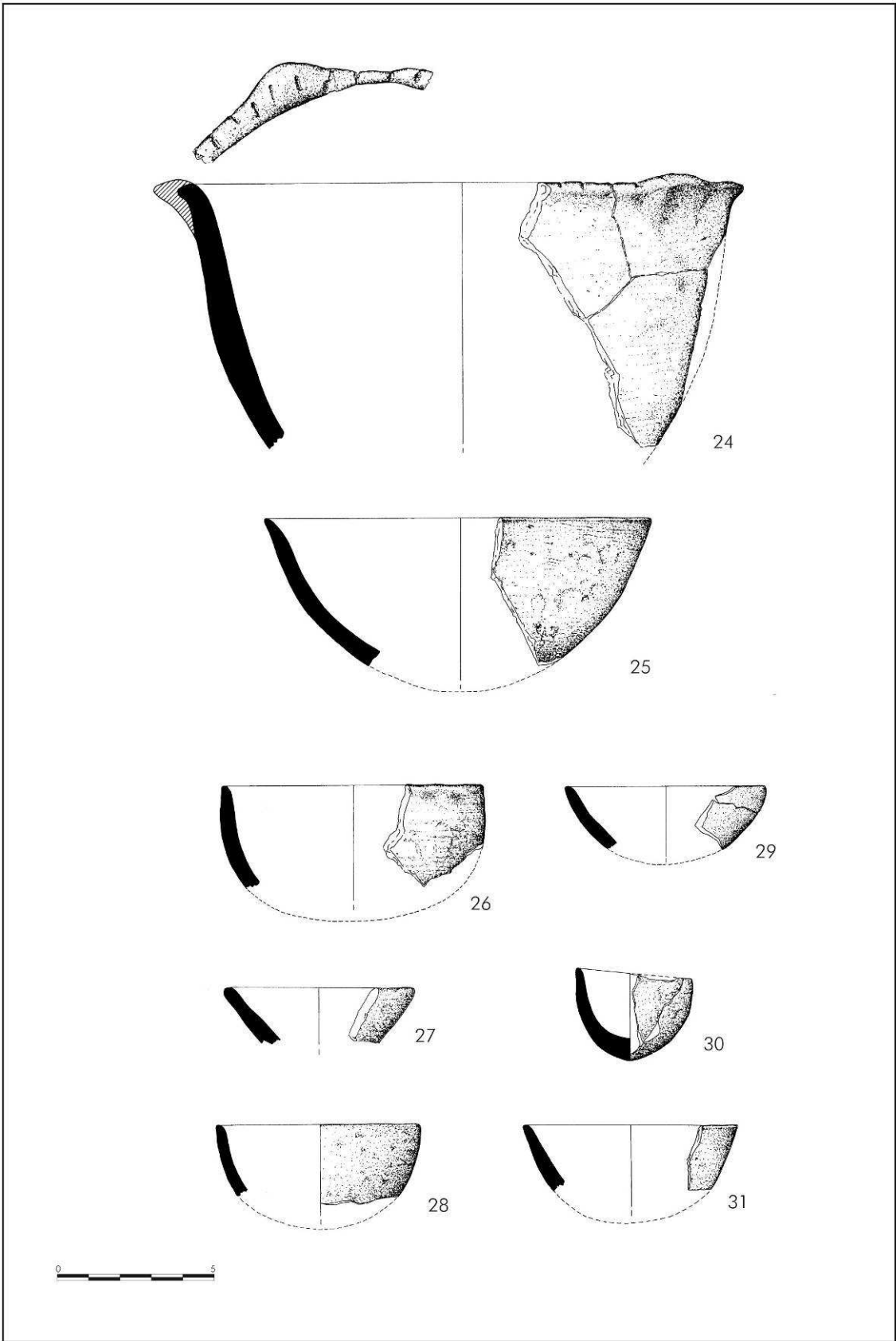


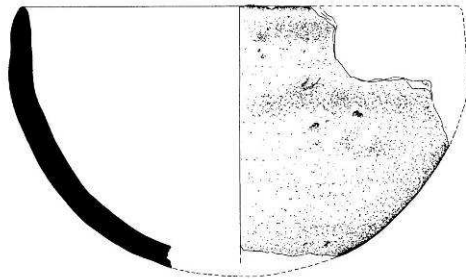
22



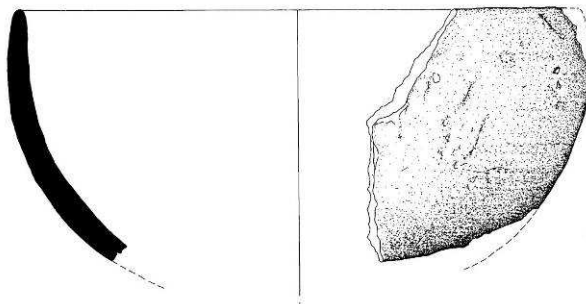
23



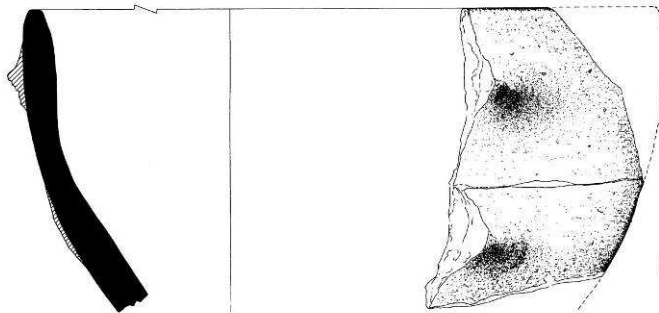




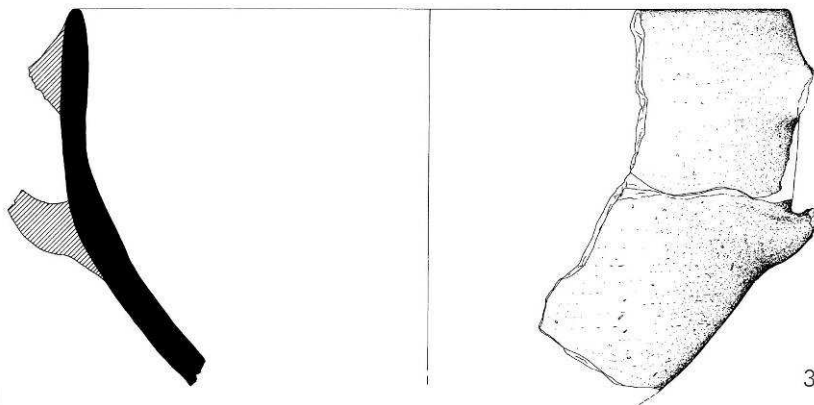
32



33

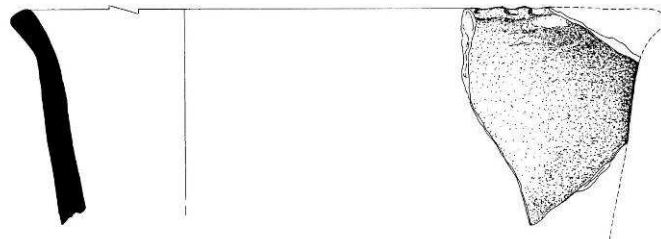


34

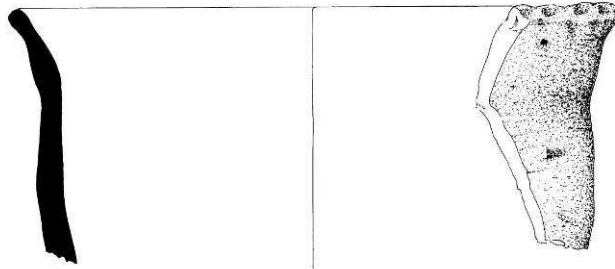


35





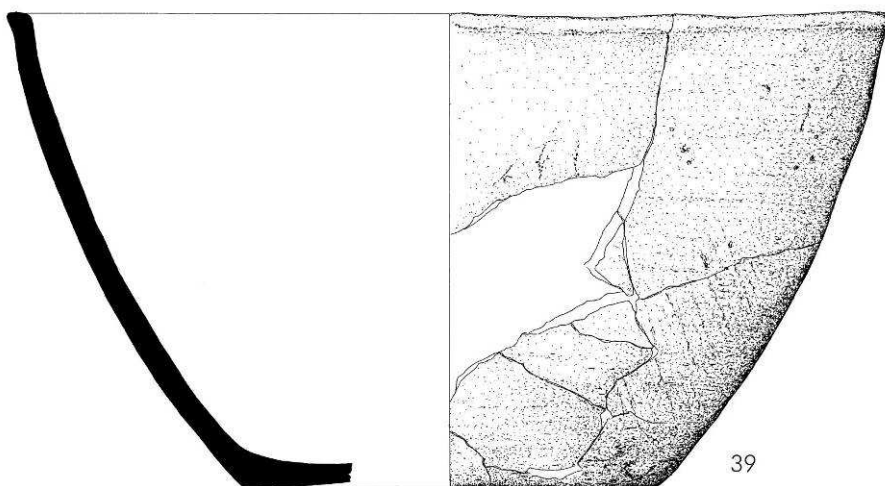
36



37

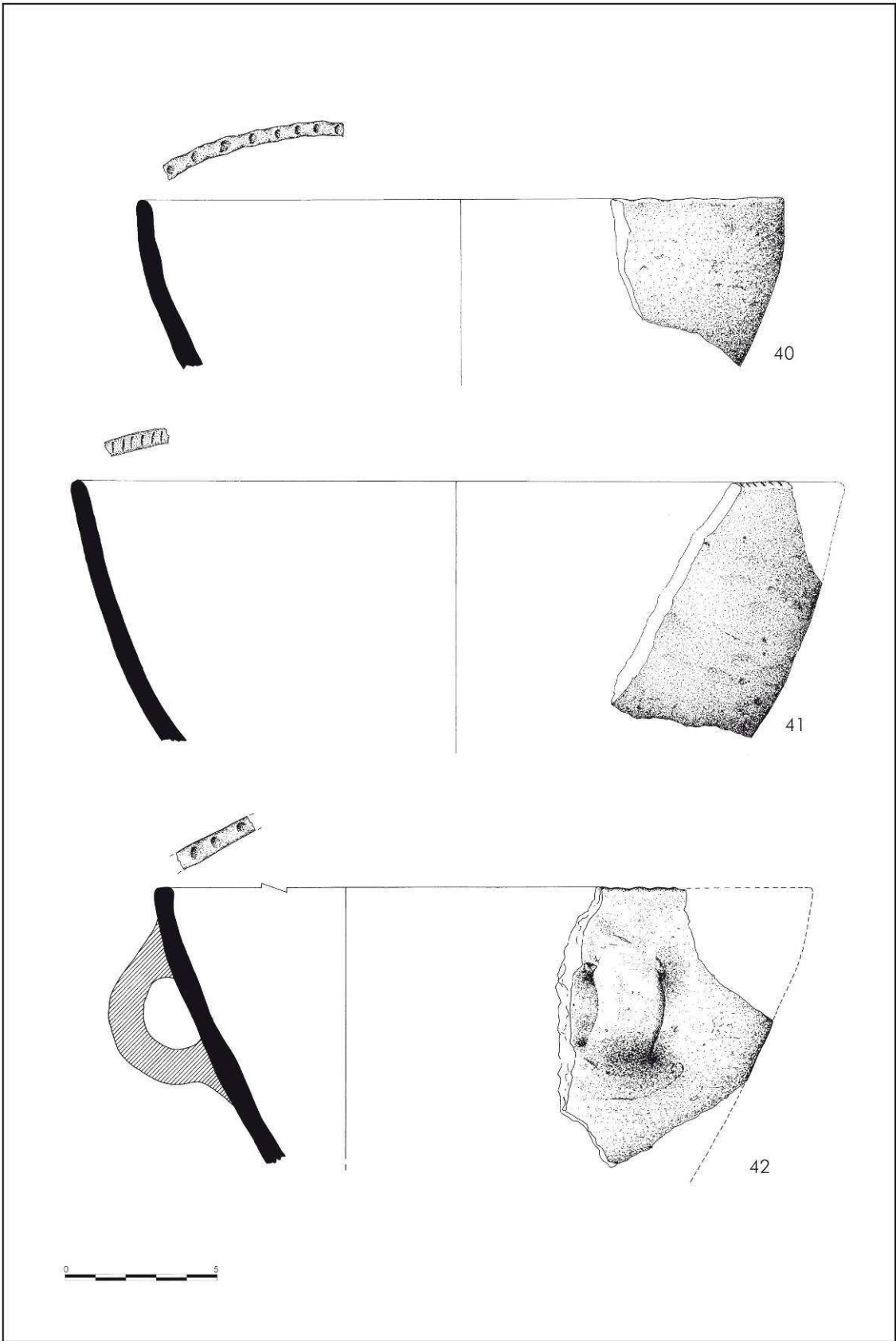


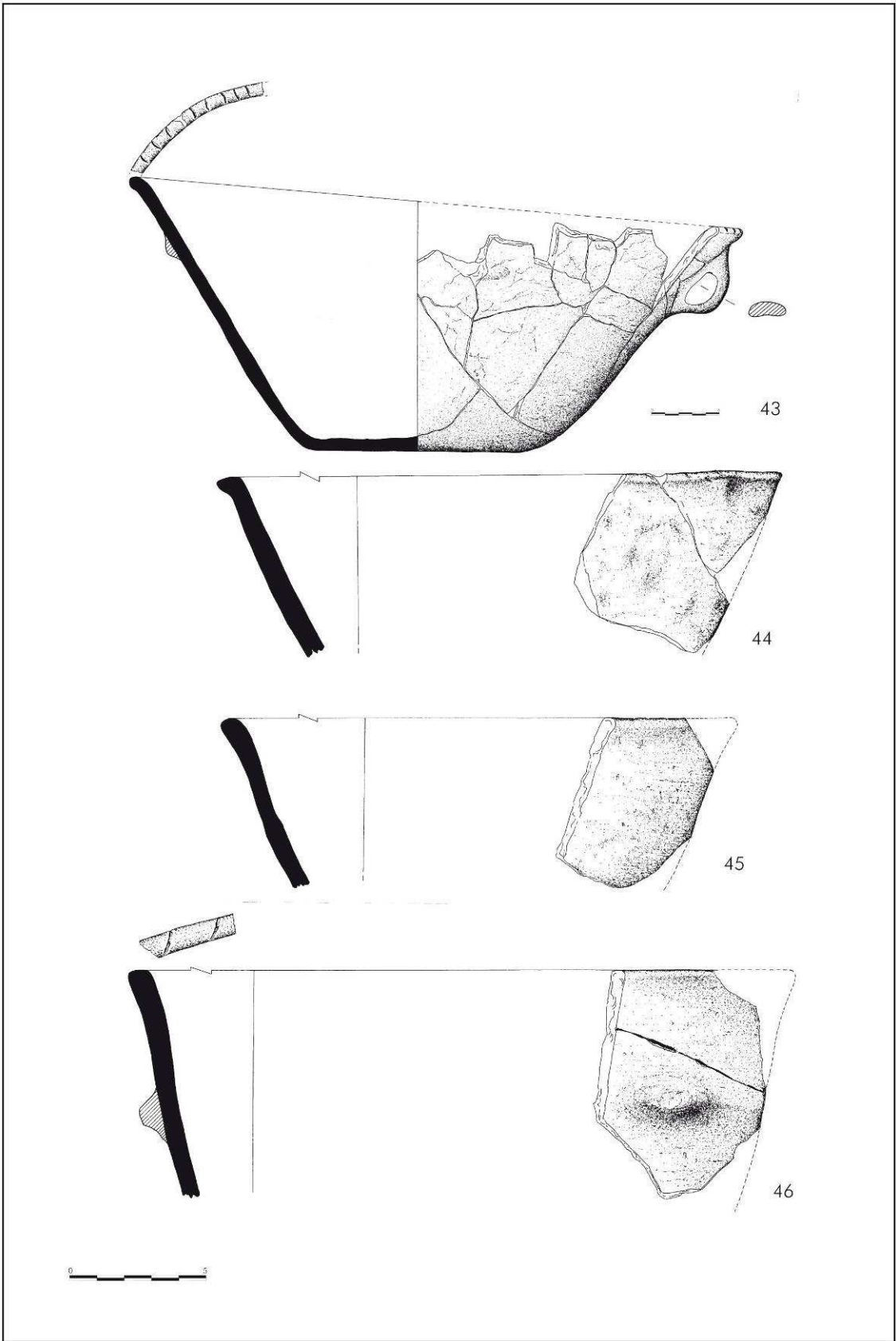
38

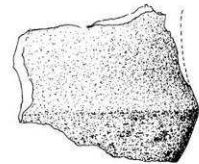
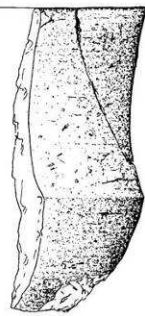
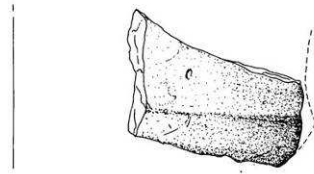
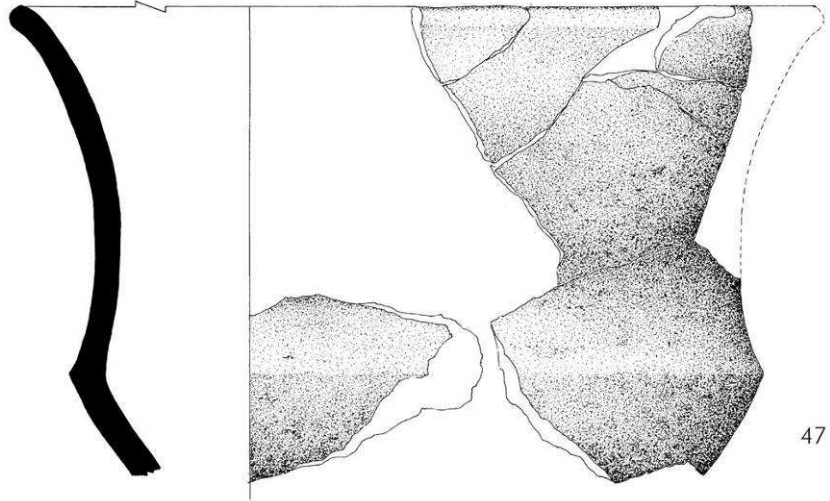


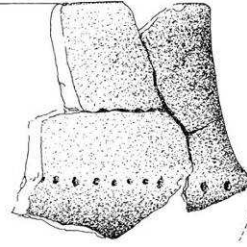
39



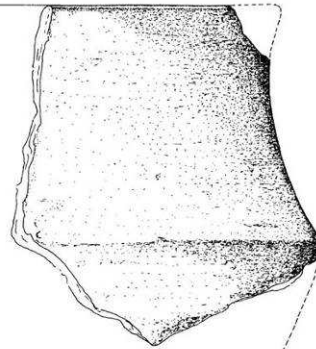




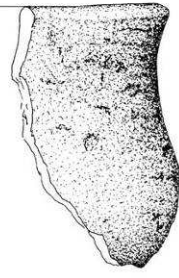




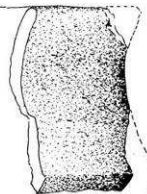
51



52



53

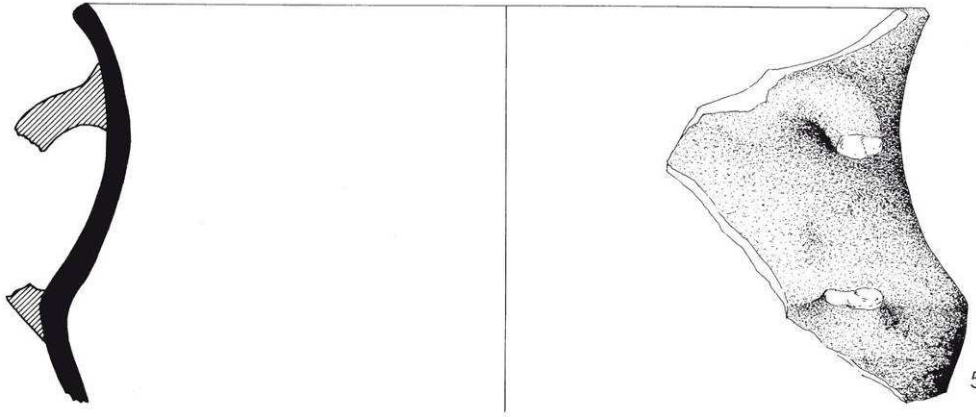


54

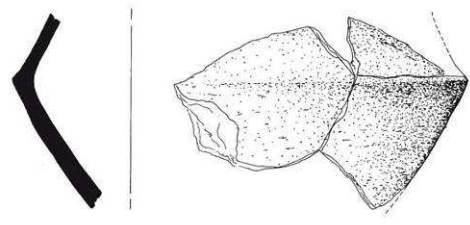




55

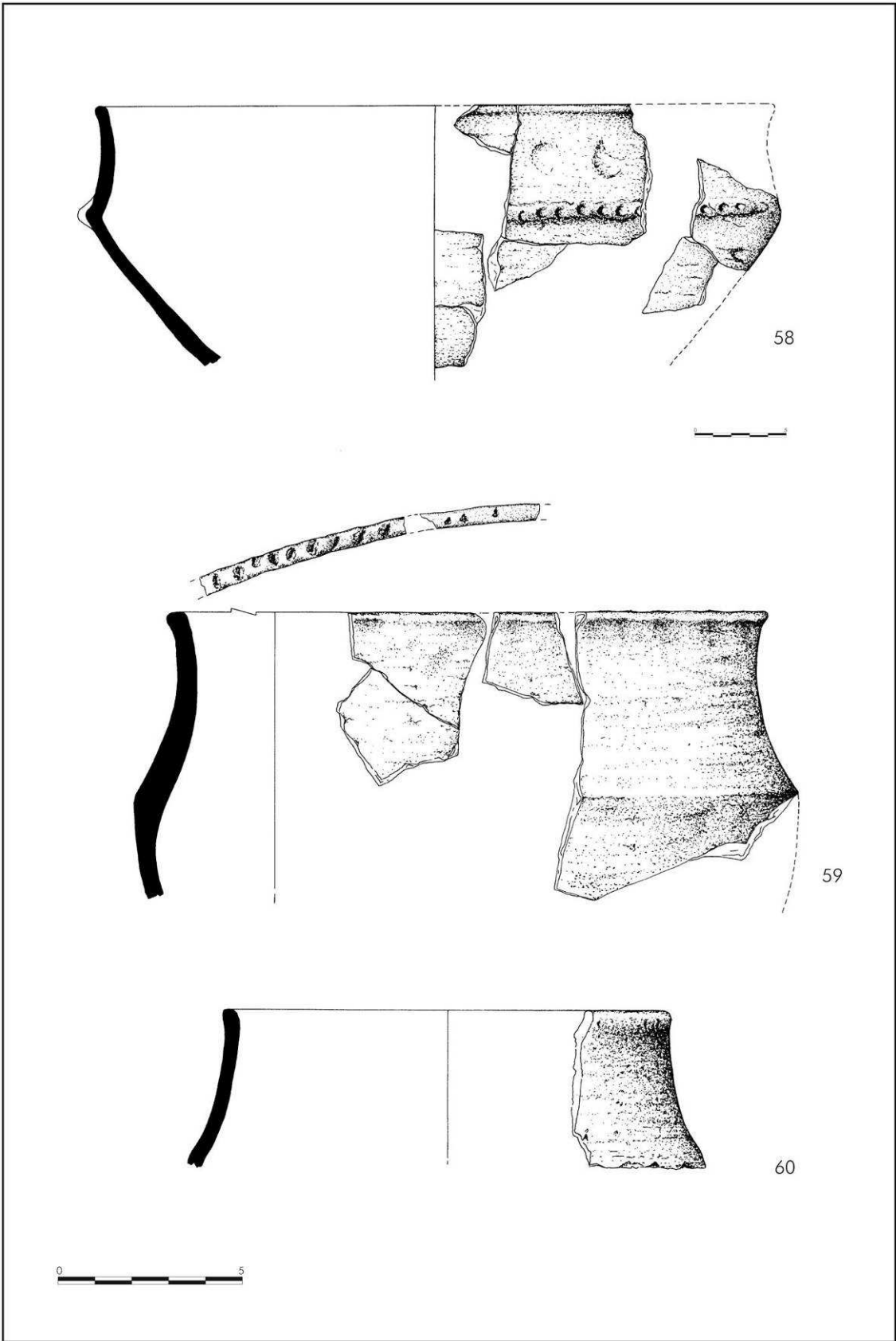


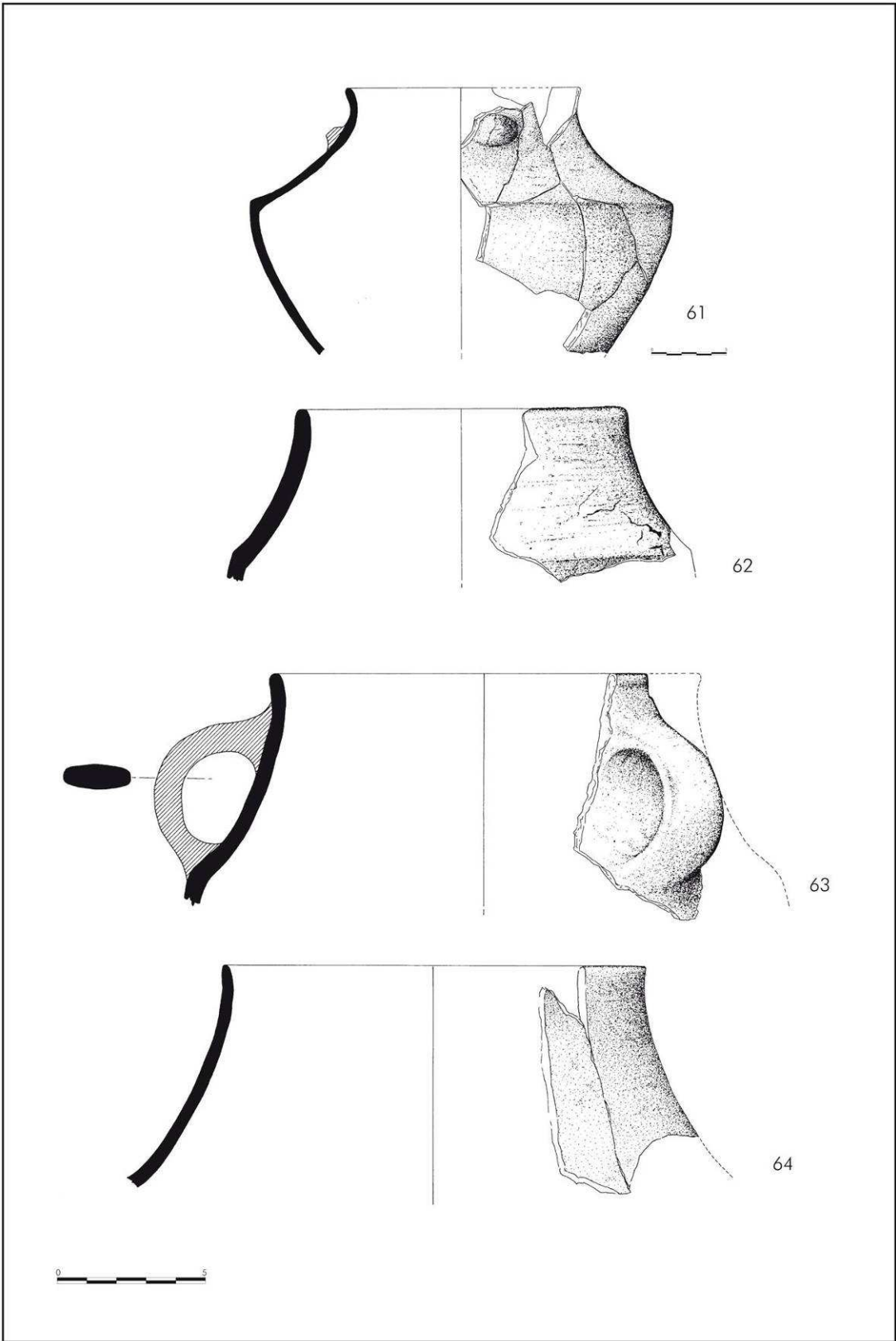
56

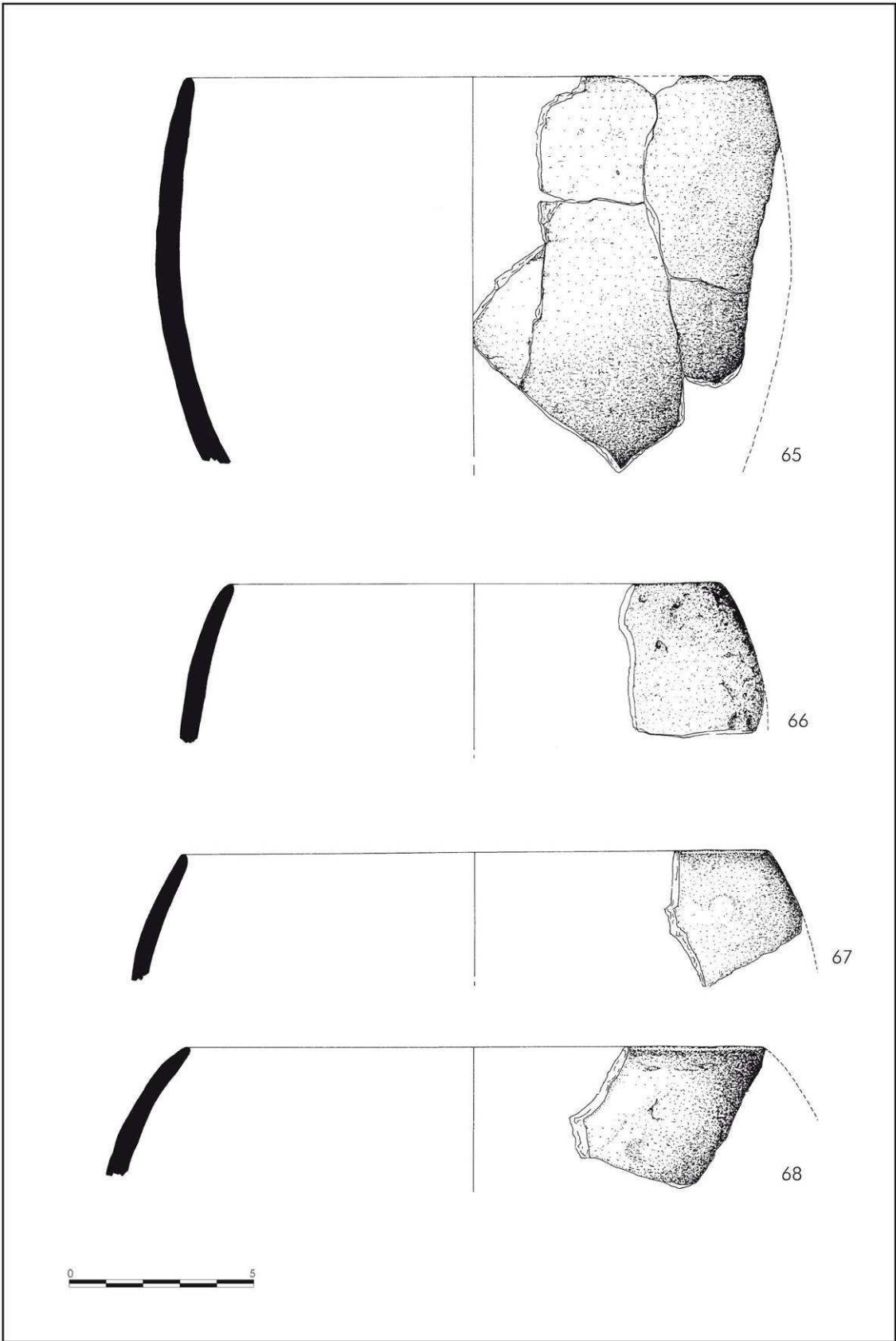


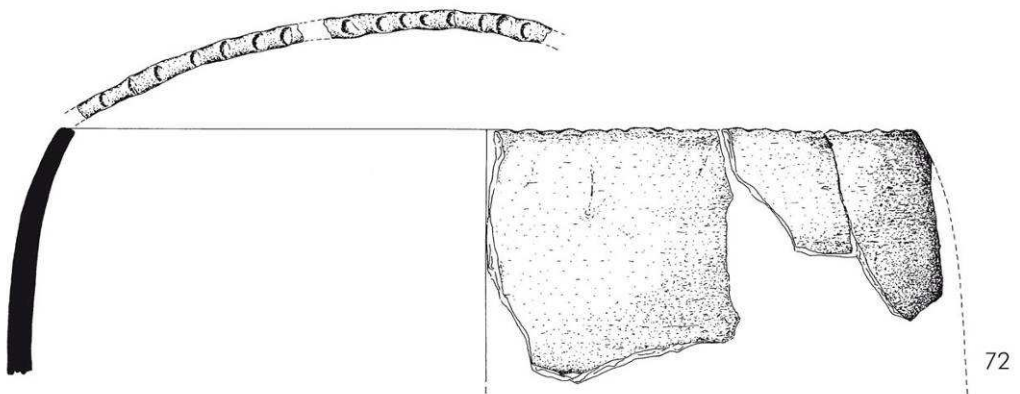
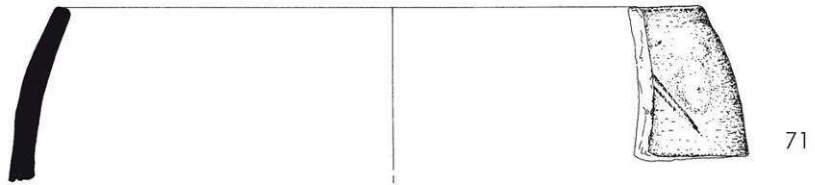
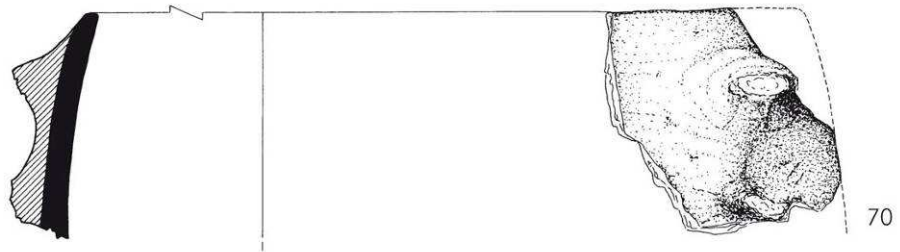
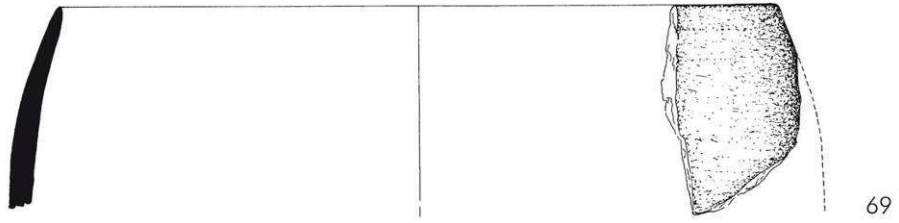
57

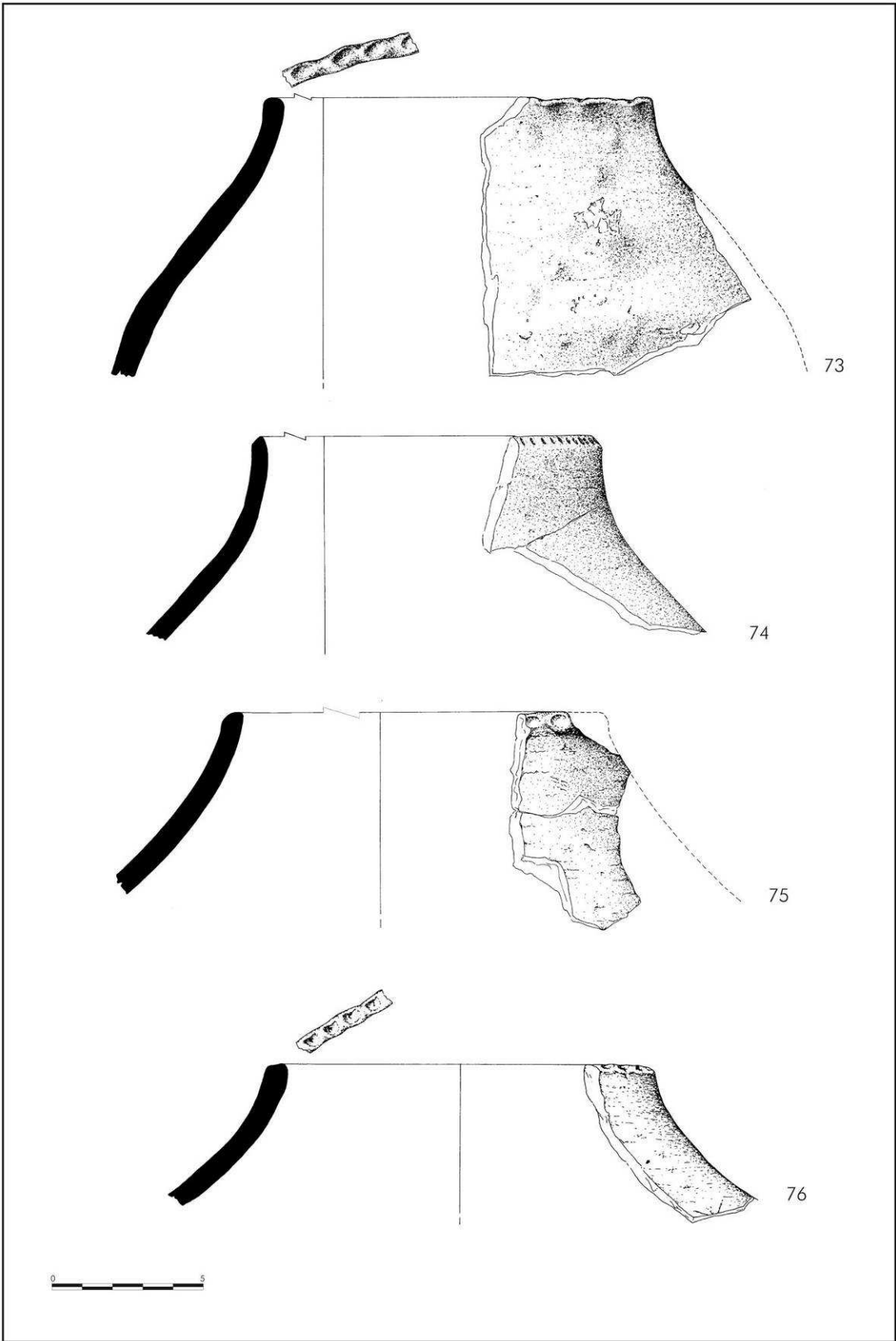


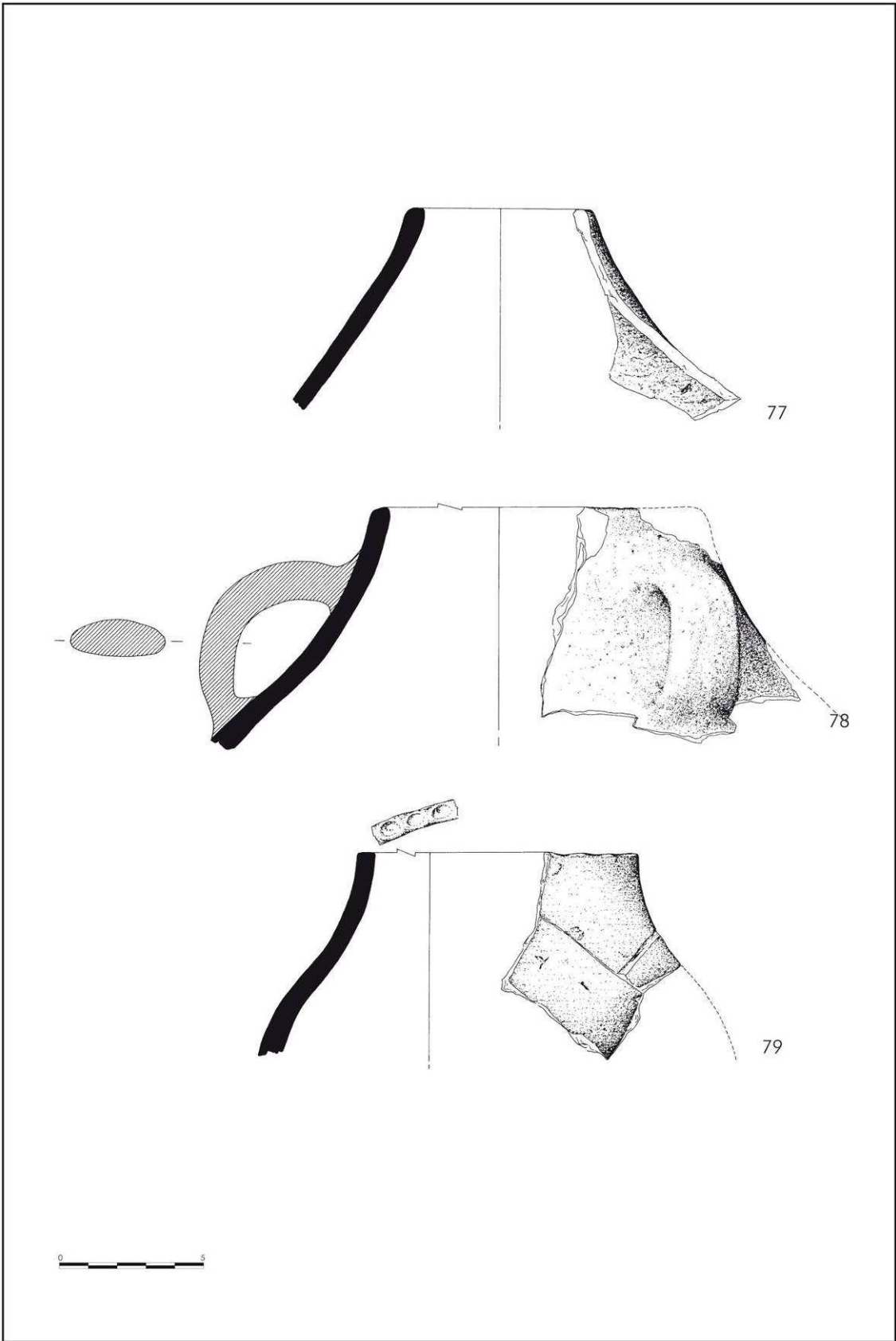






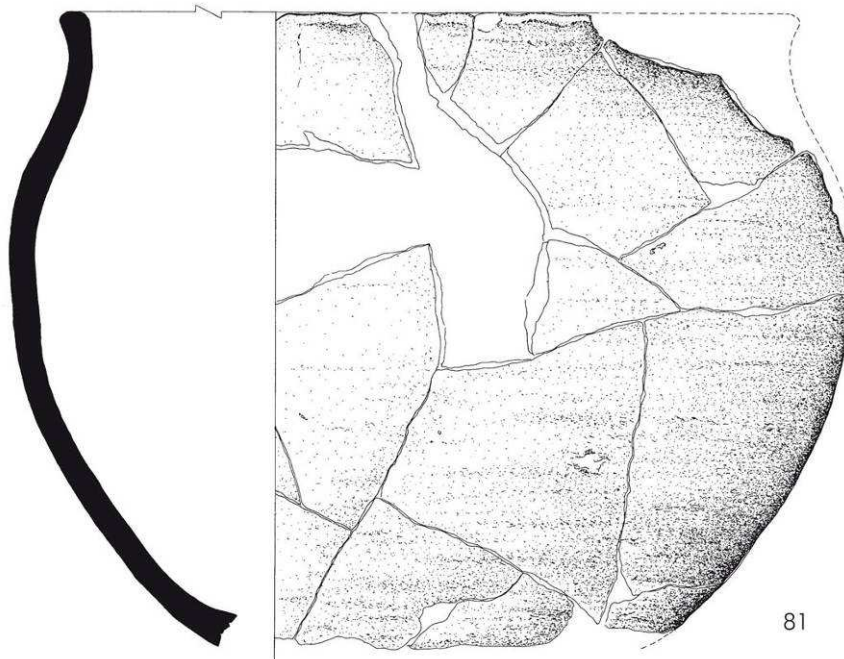






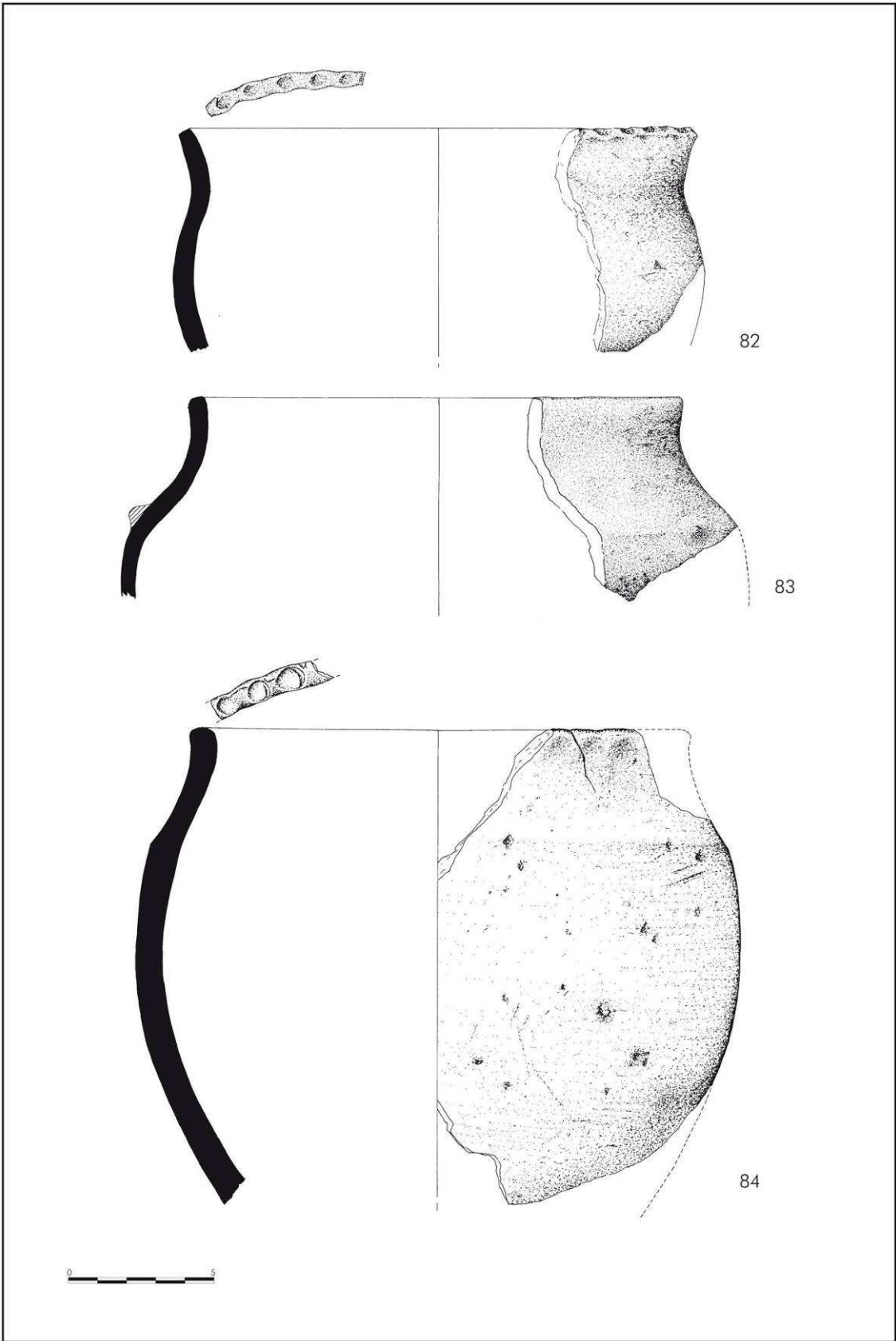


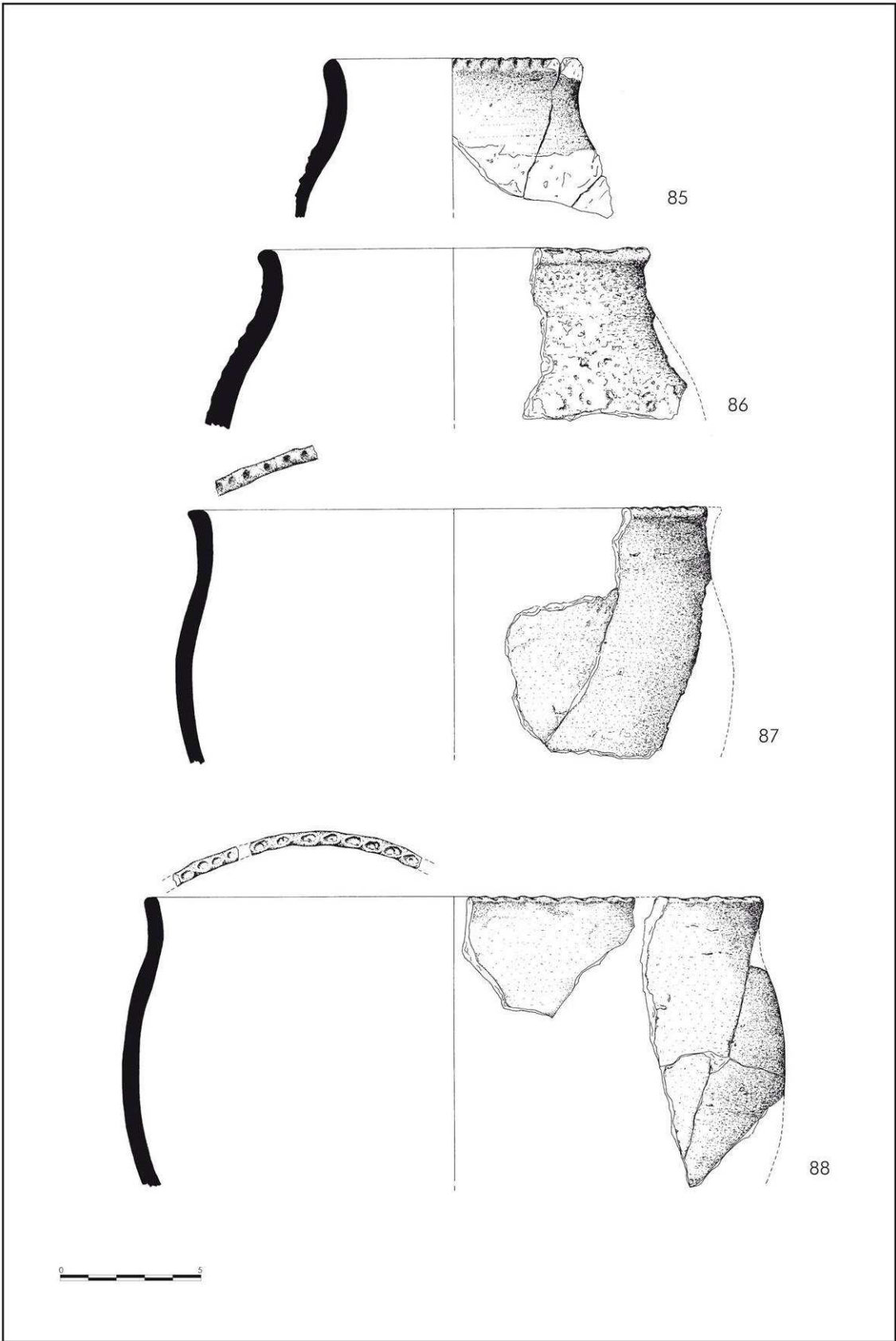
80

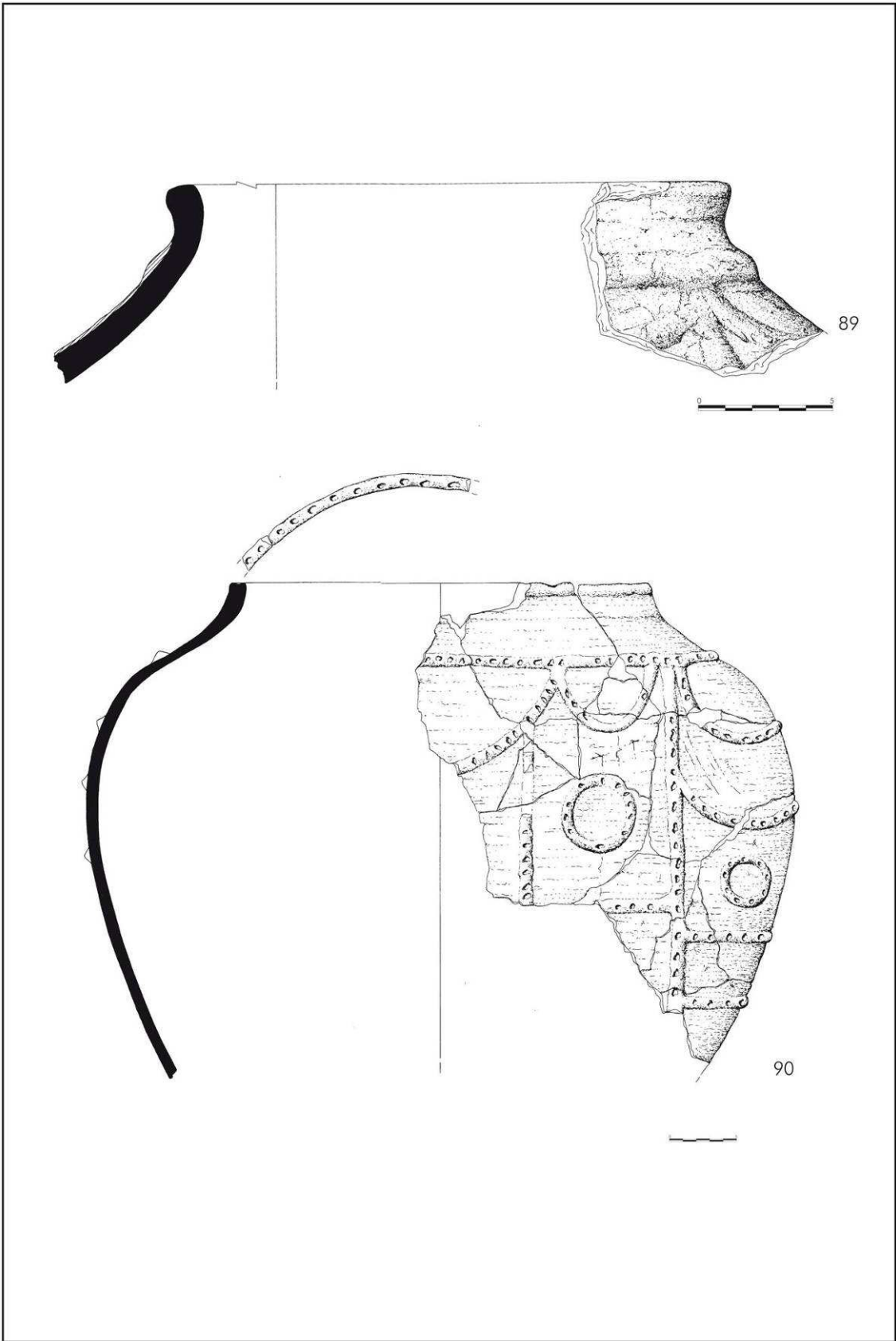


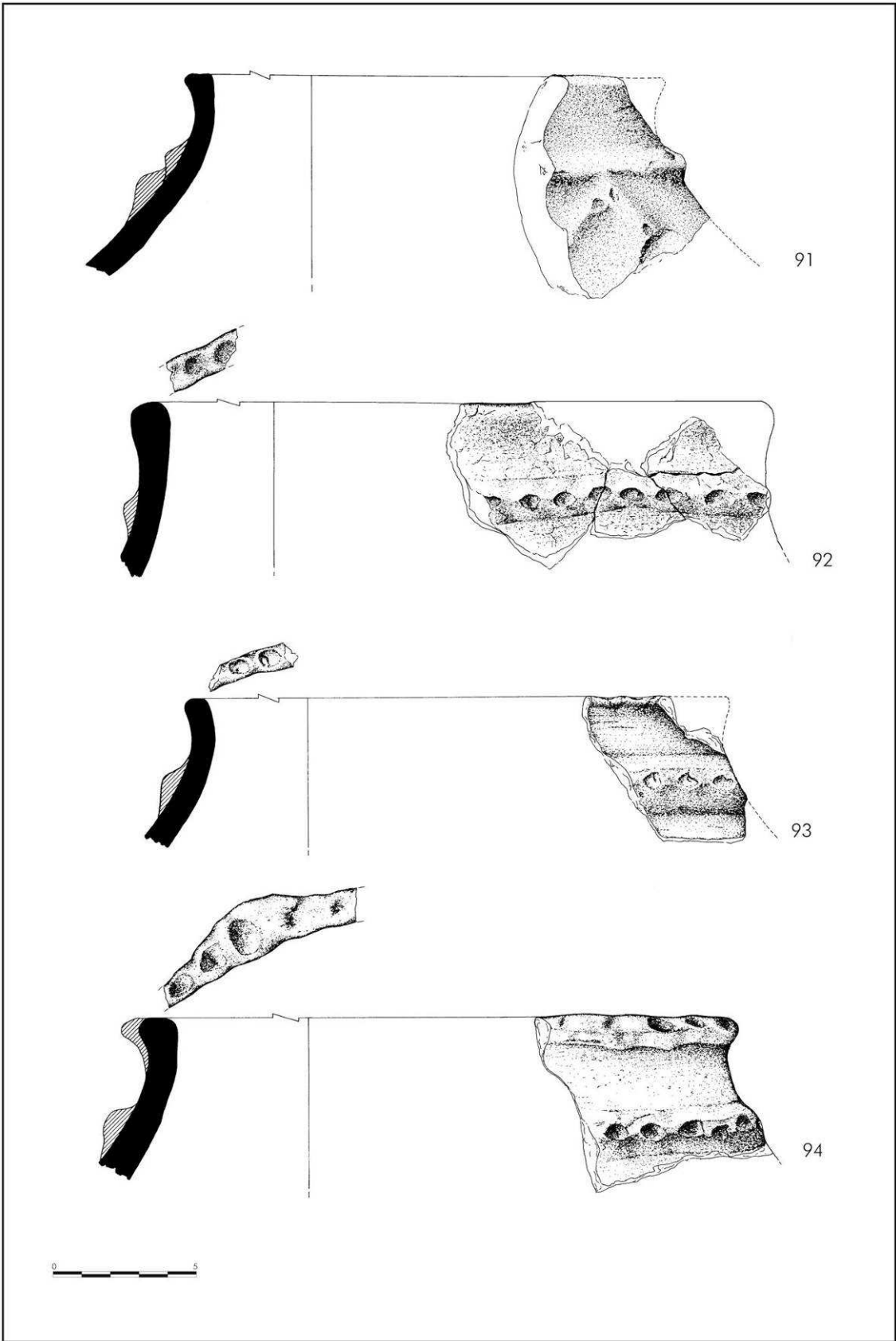
81

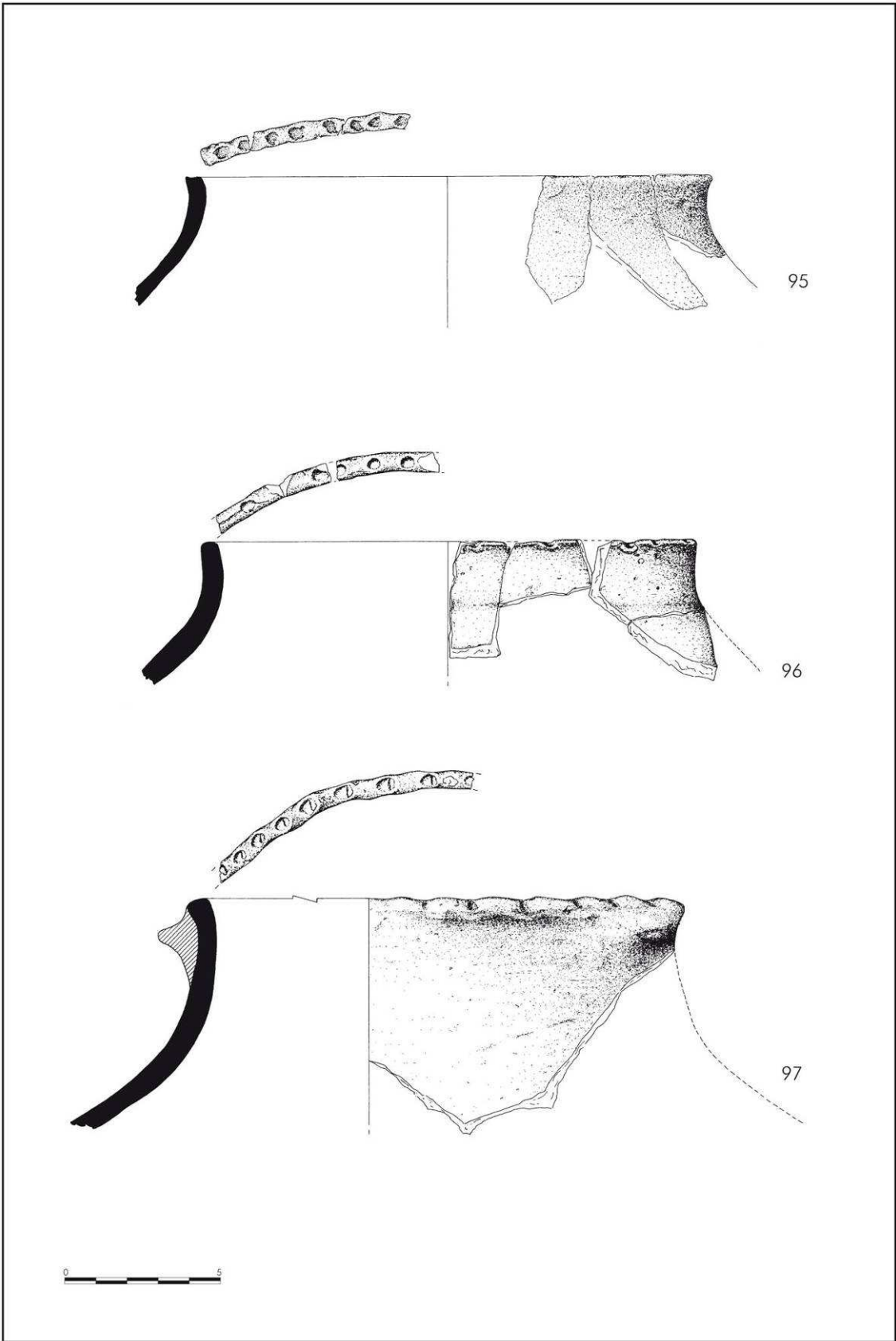


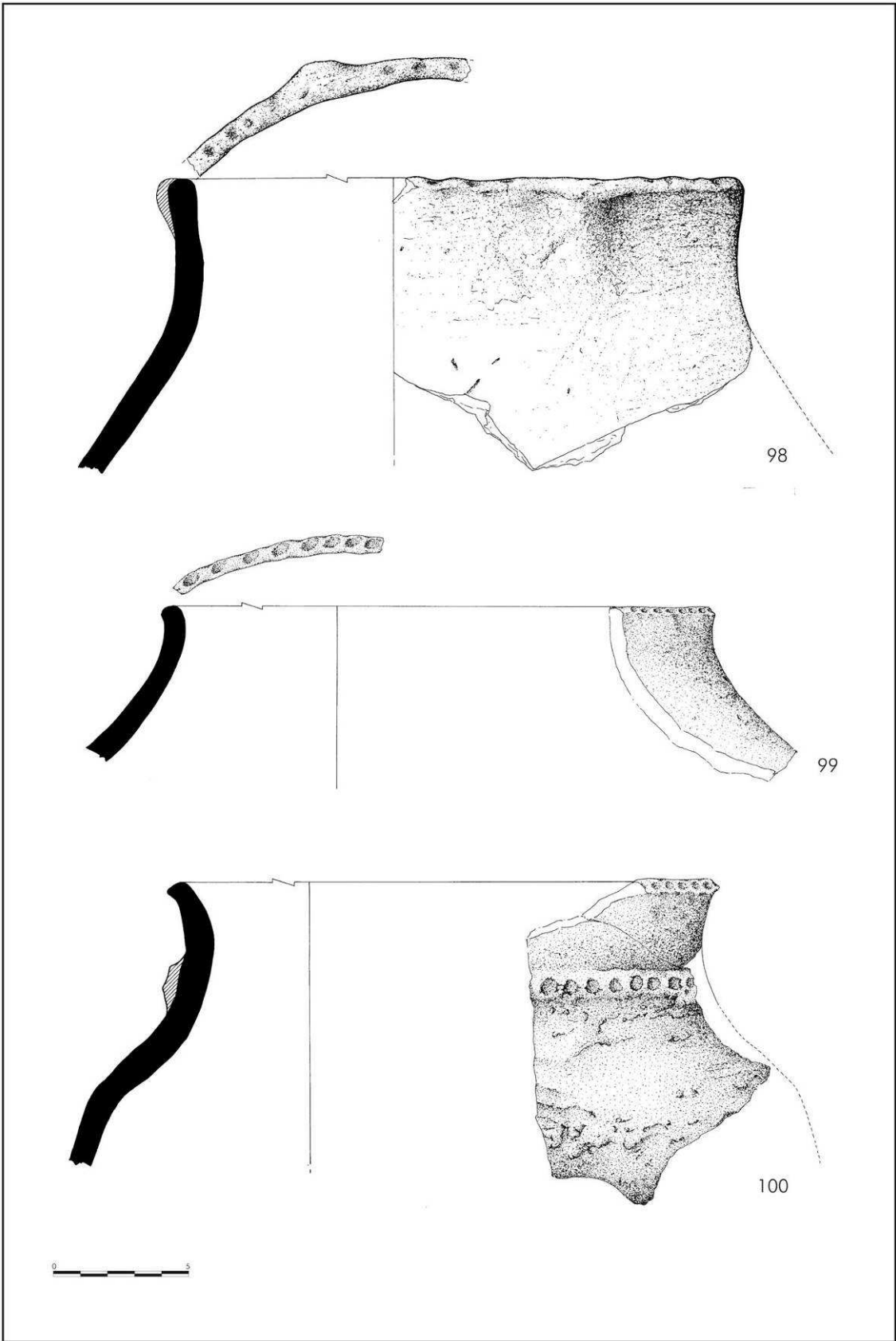


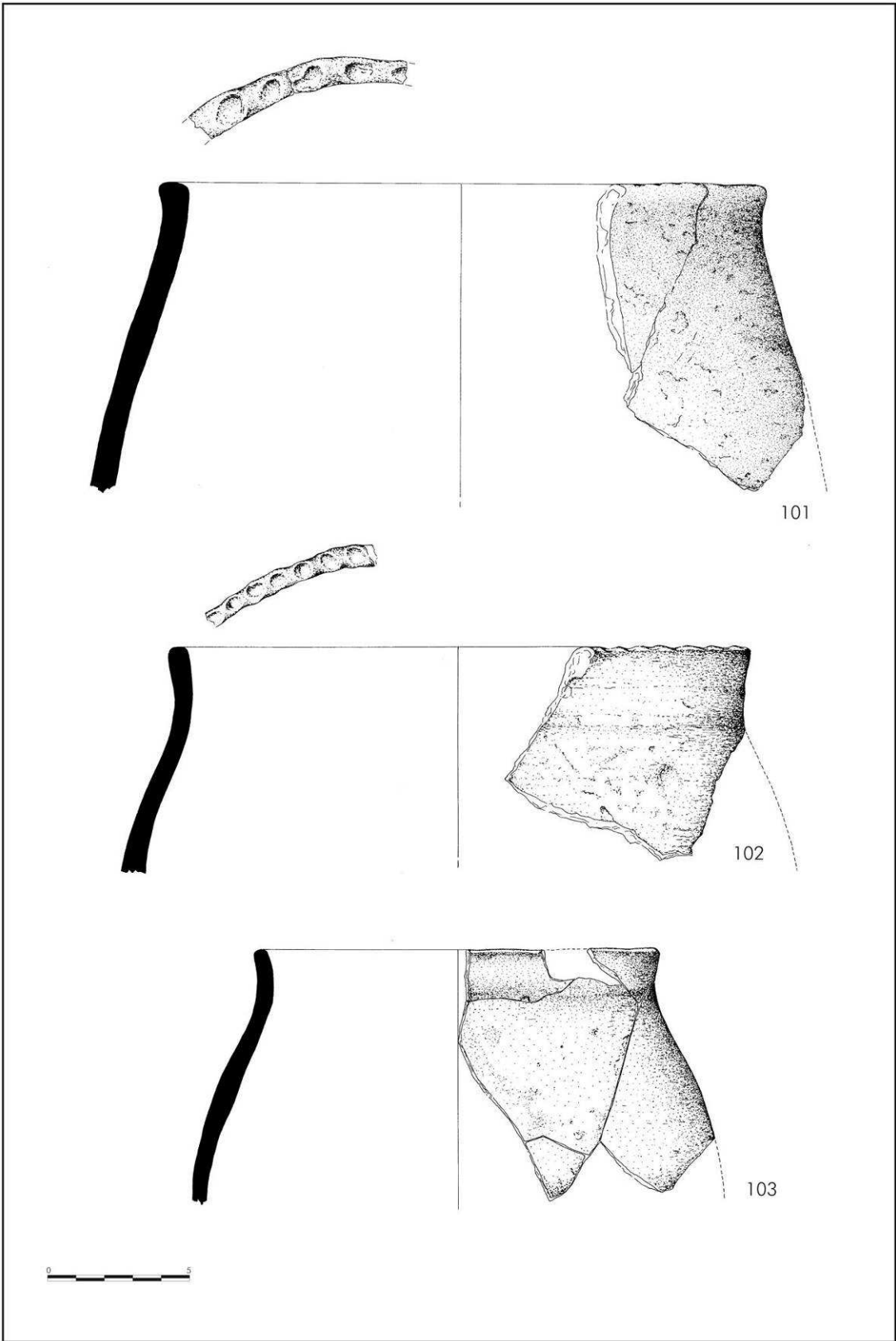


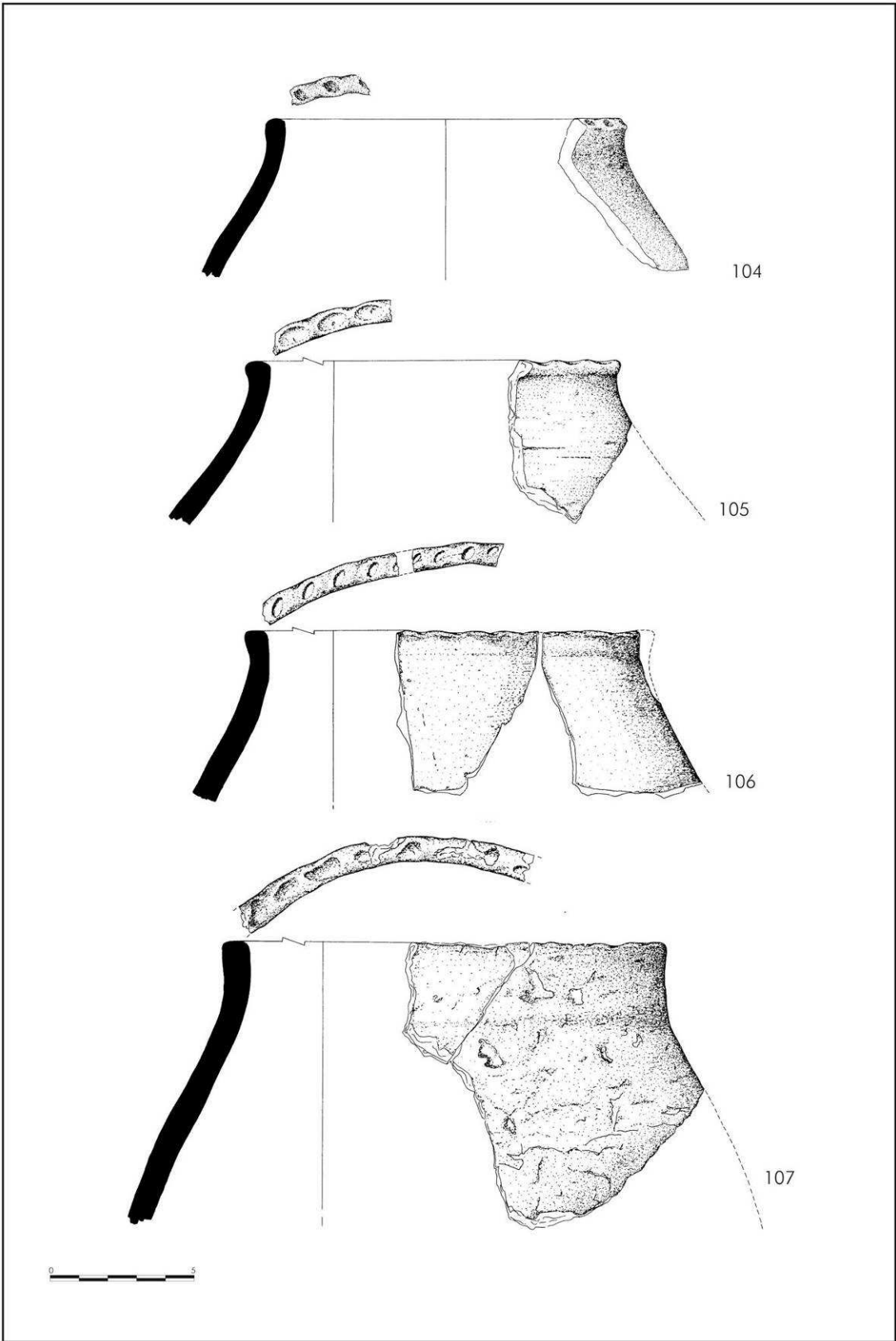






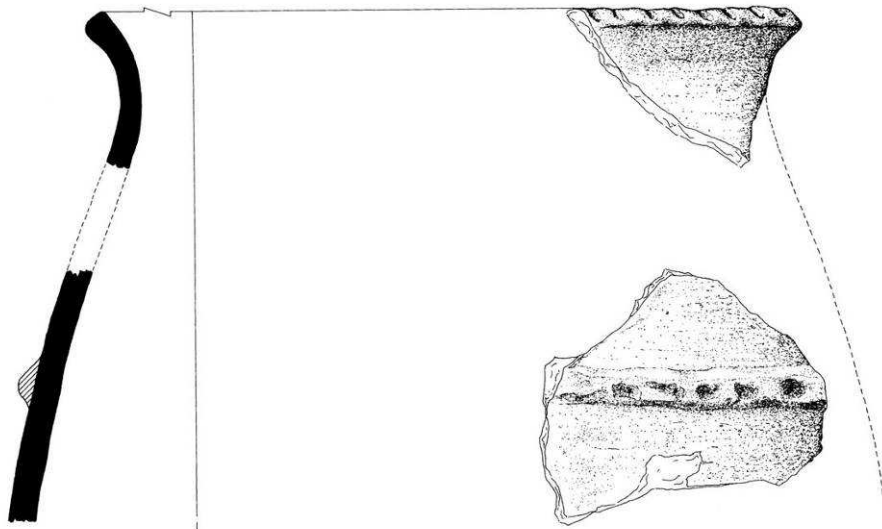




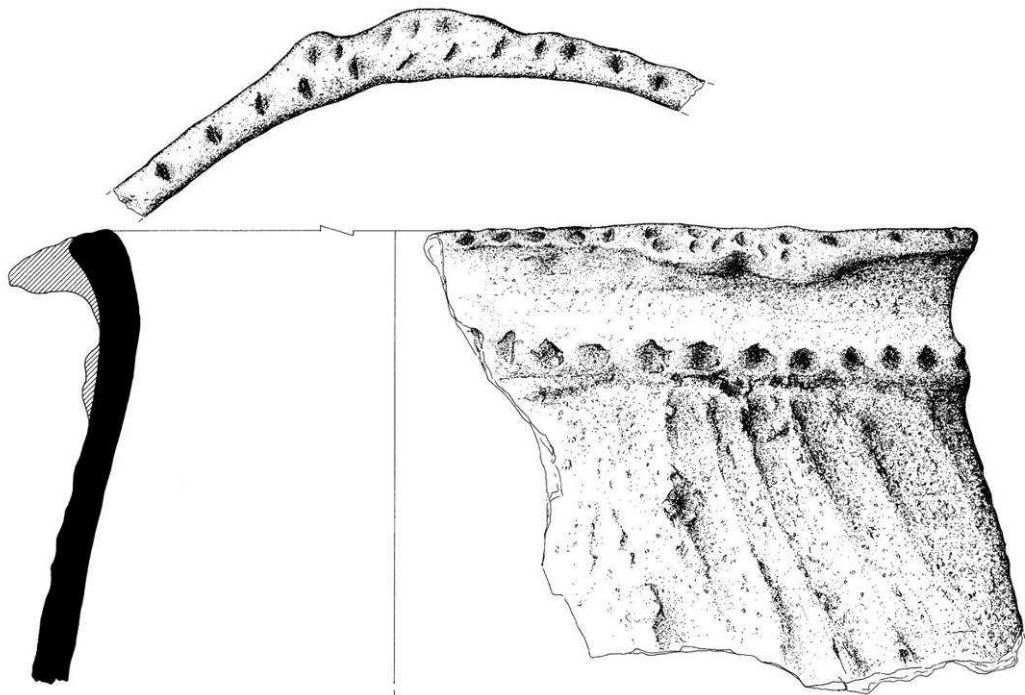




108

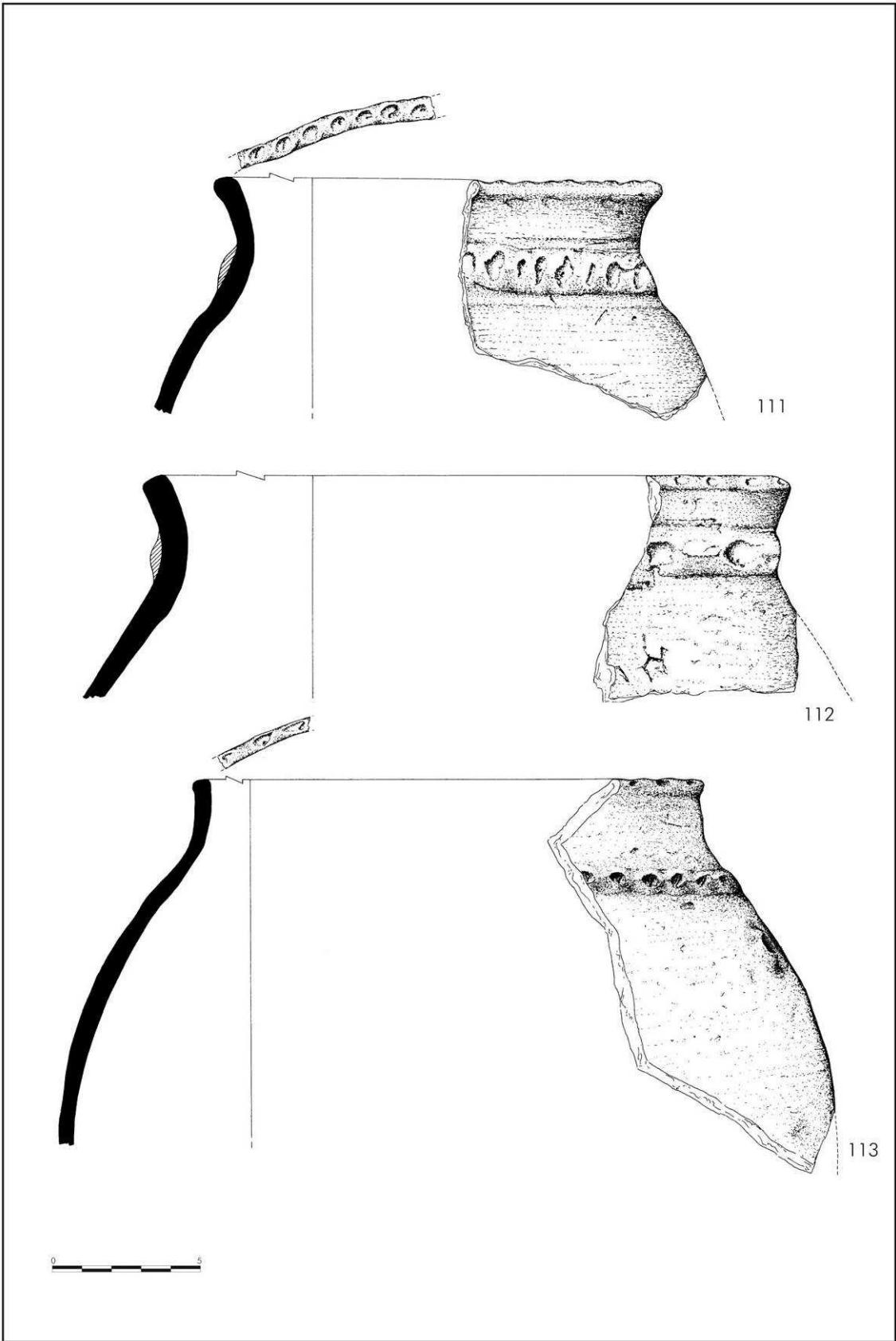


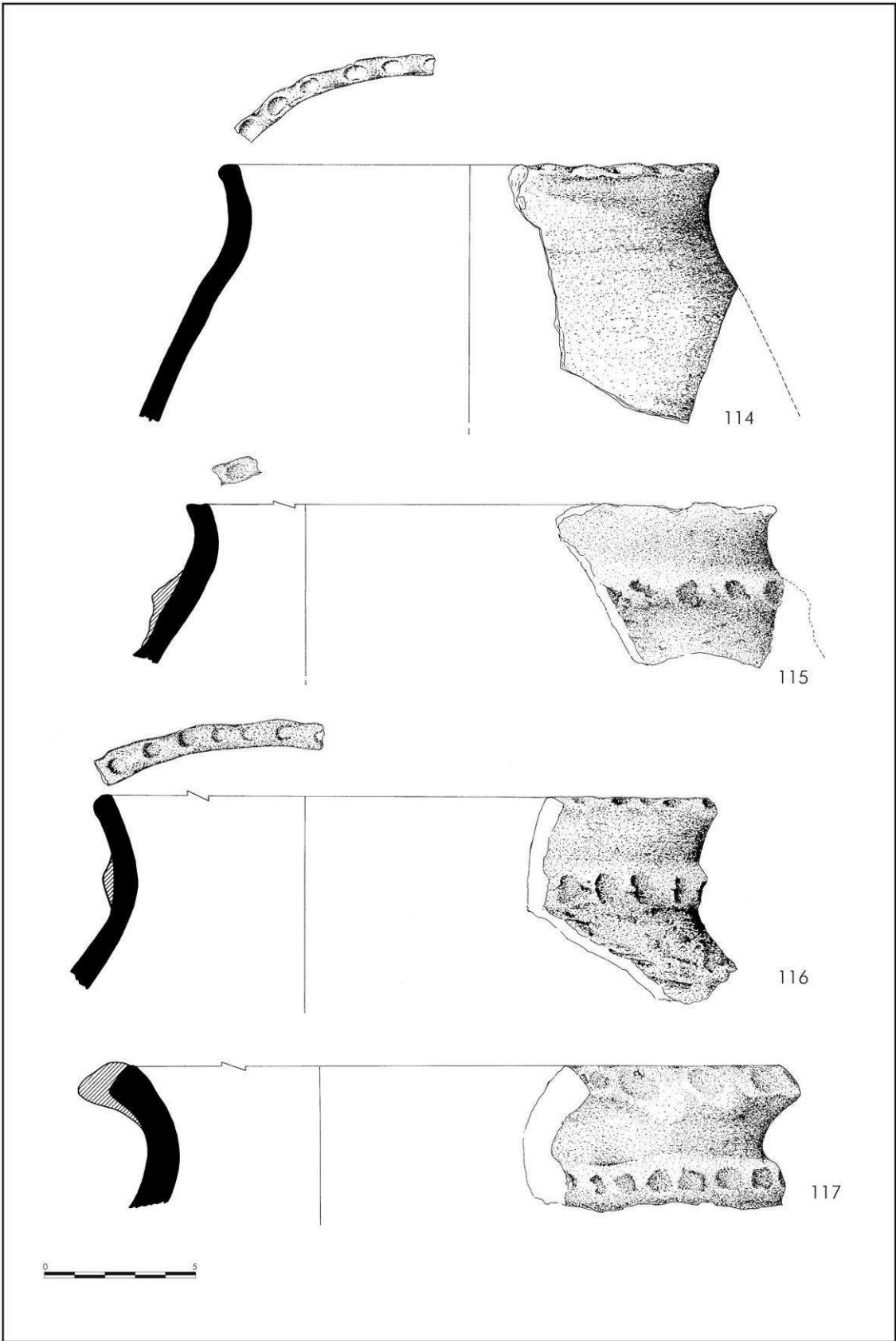
109

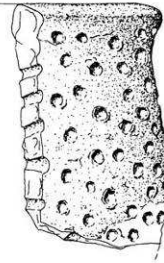


110





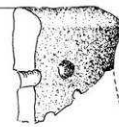




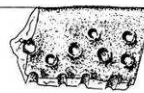
118



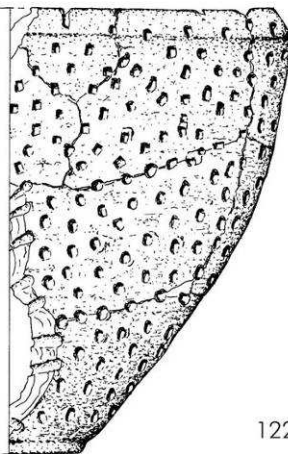
119



120

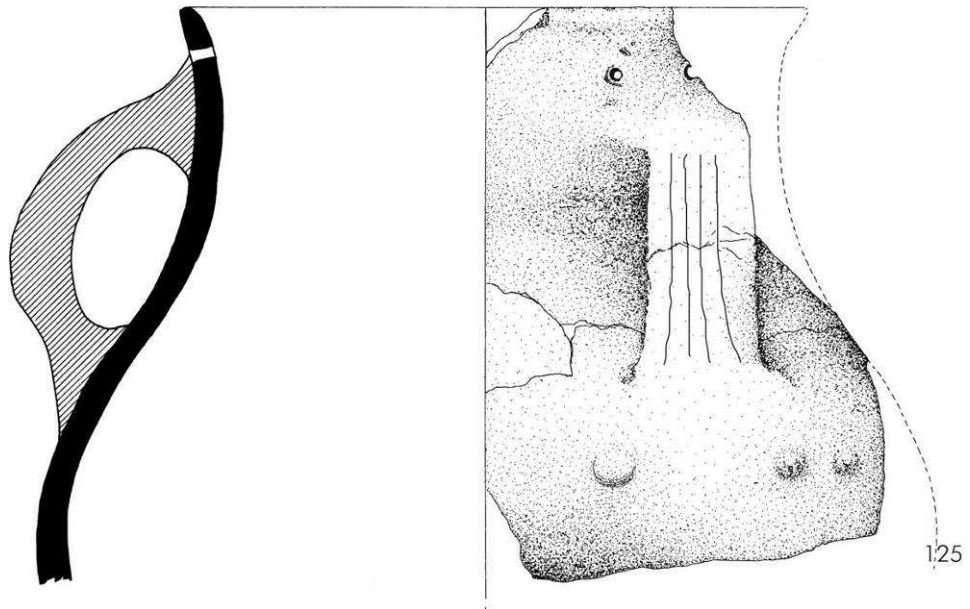
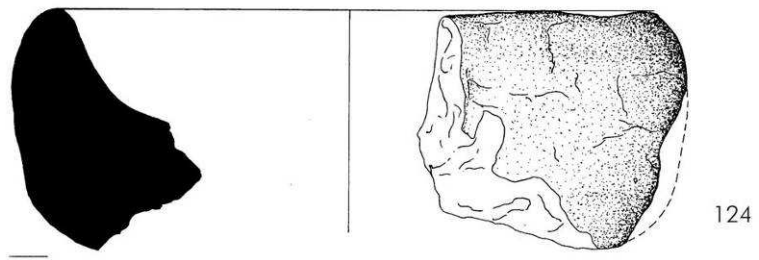
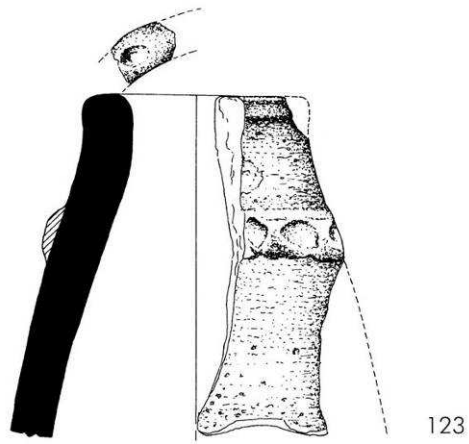


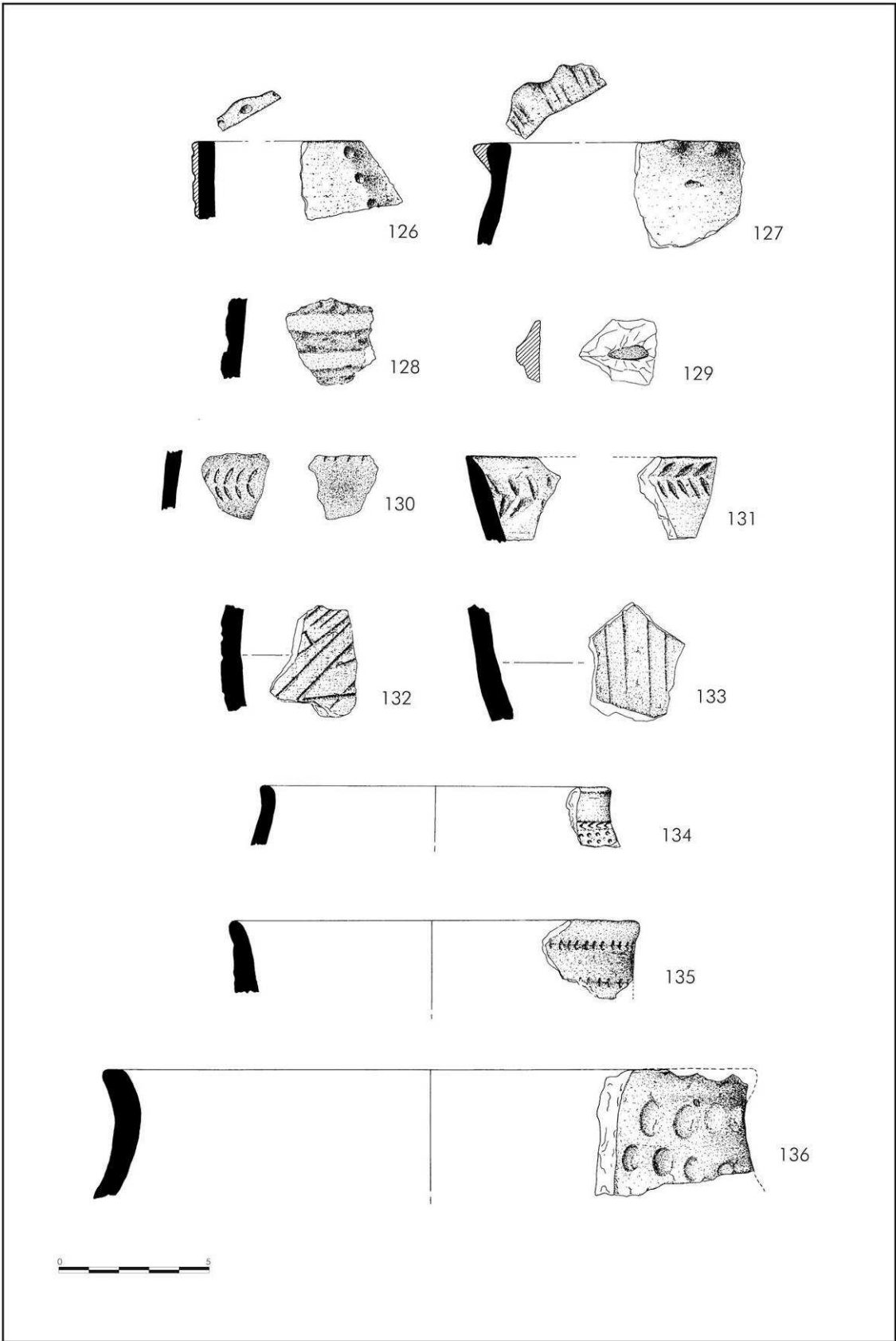
121

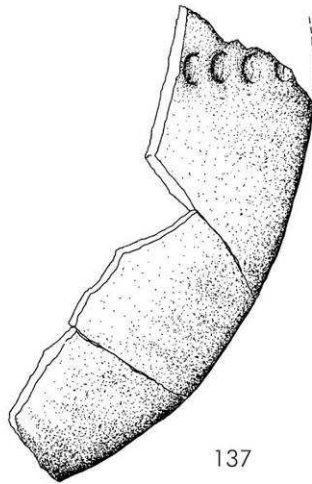
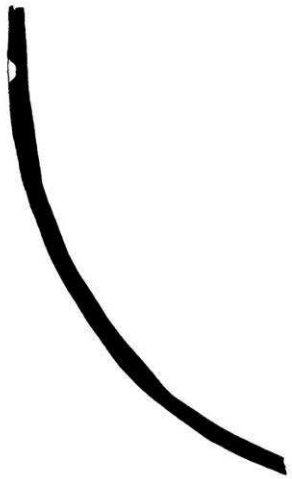


122

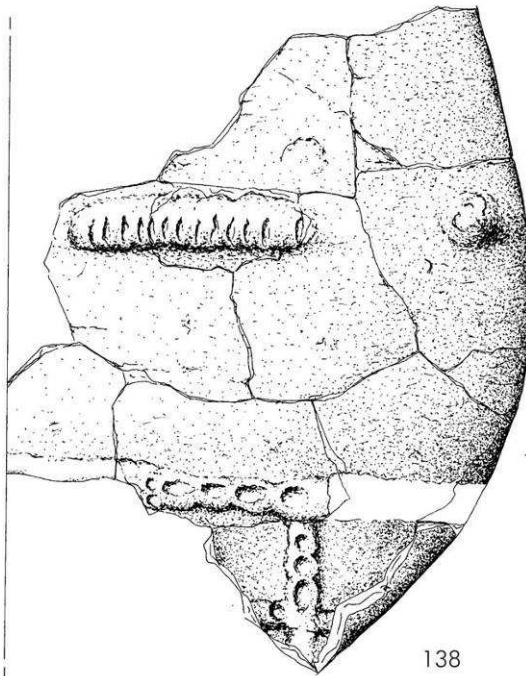
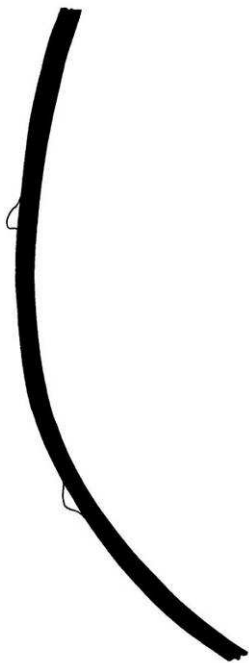






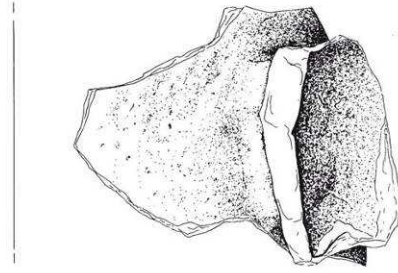


137

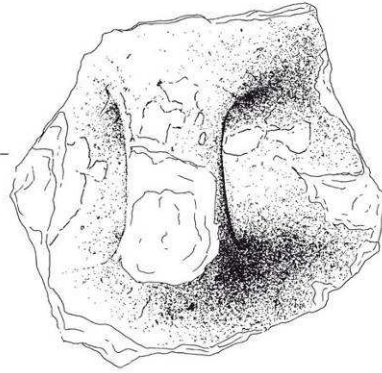
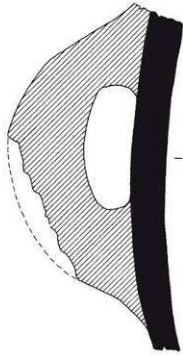


138

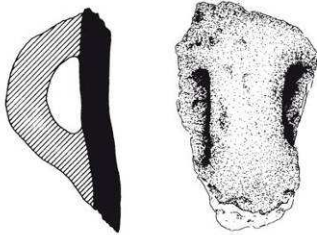




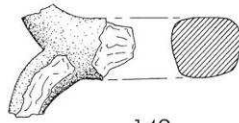
139



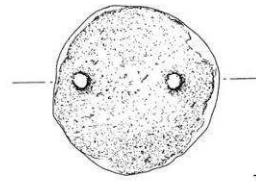
140



141

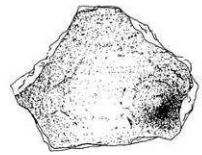


142

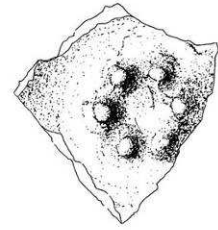


143

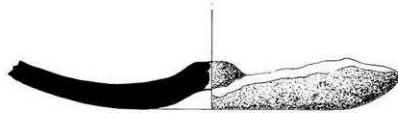




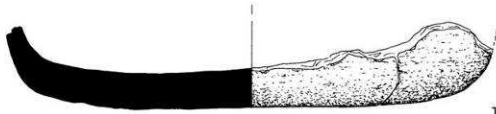
144



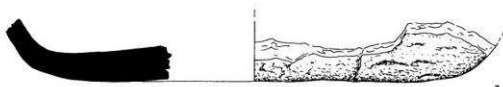
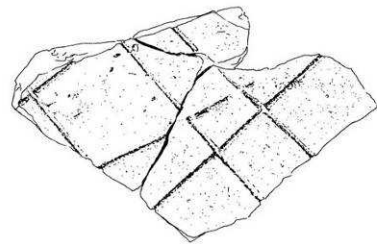
145



146



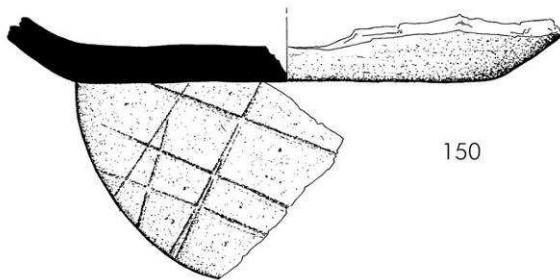
147



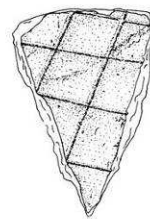
148



149

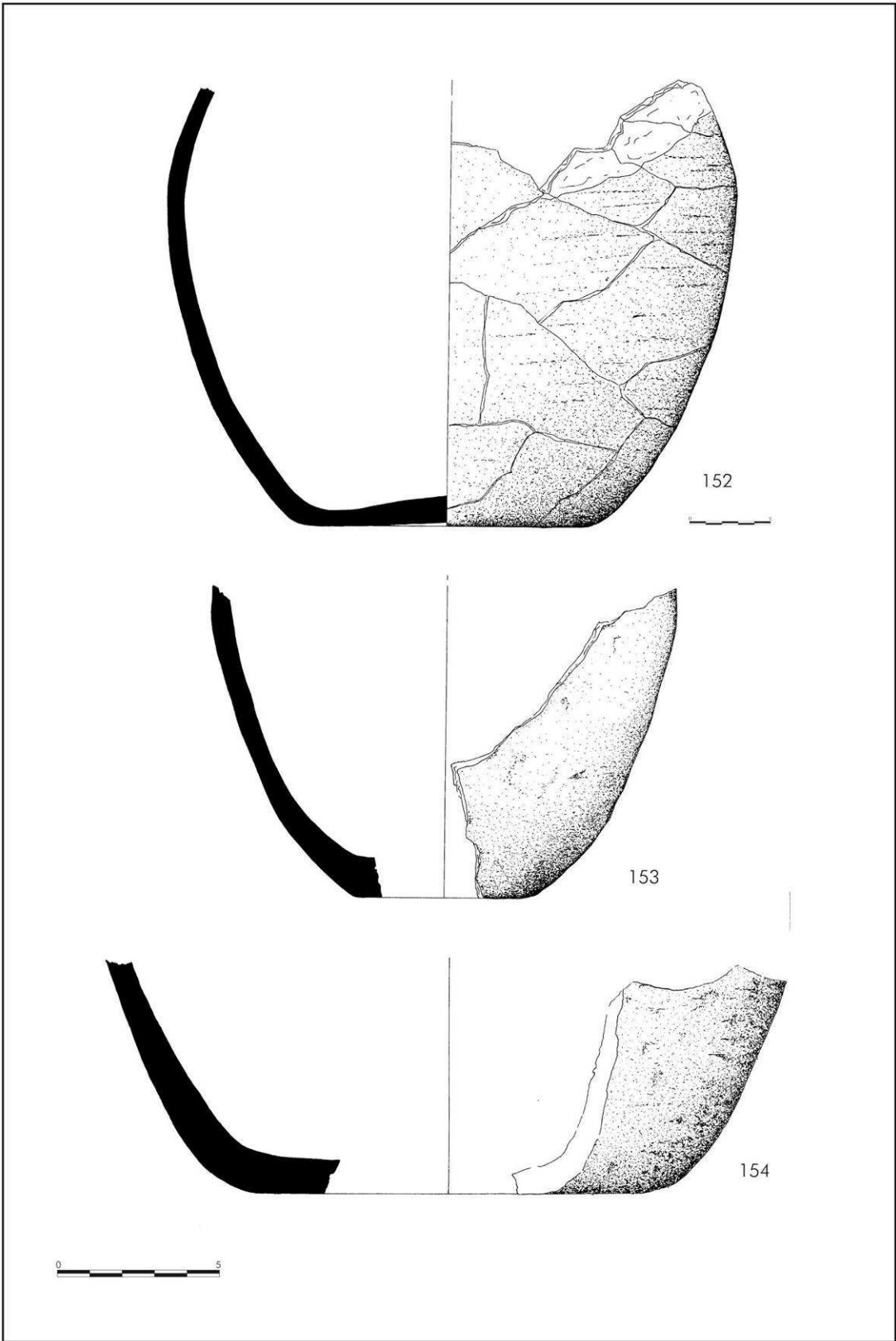


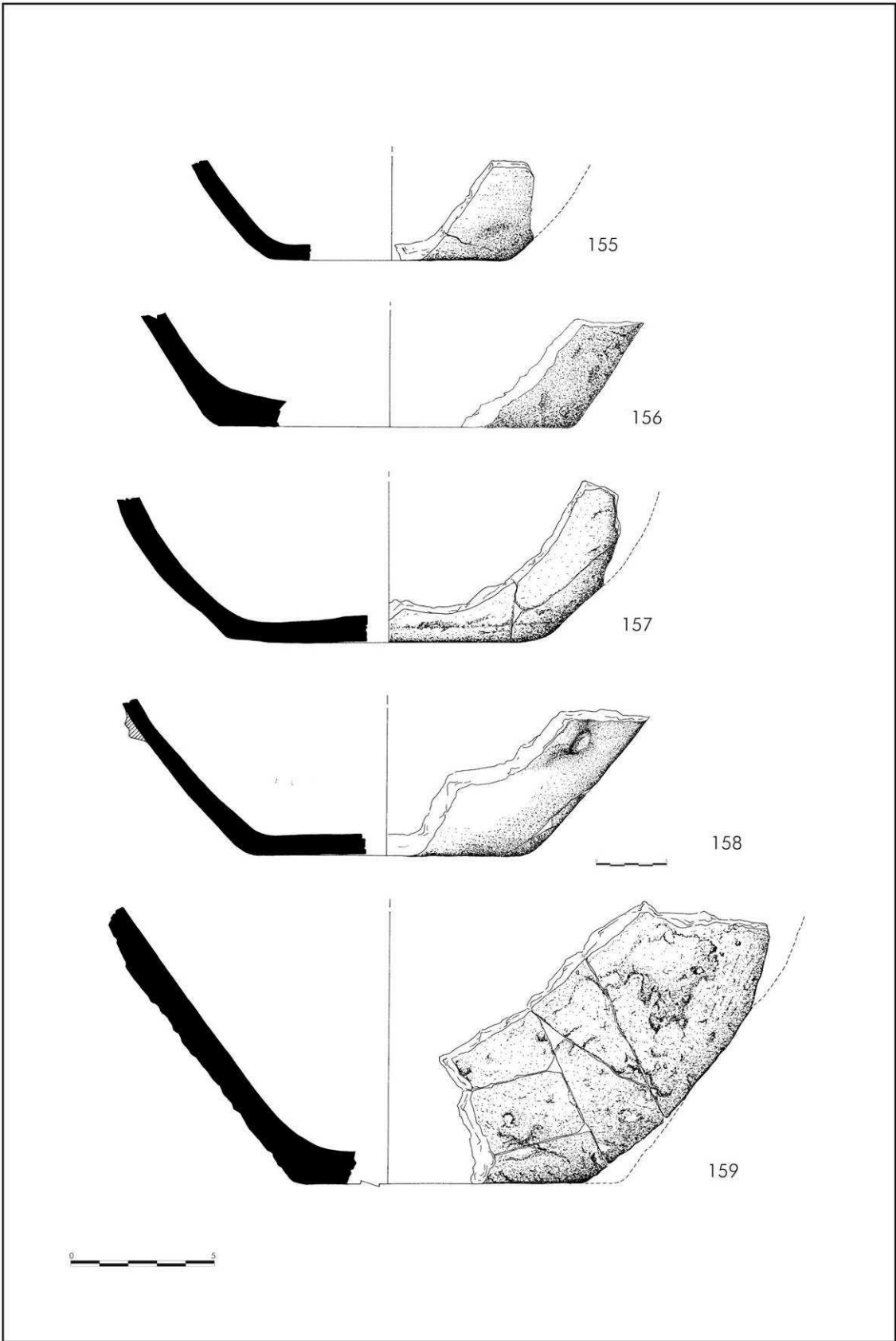
150

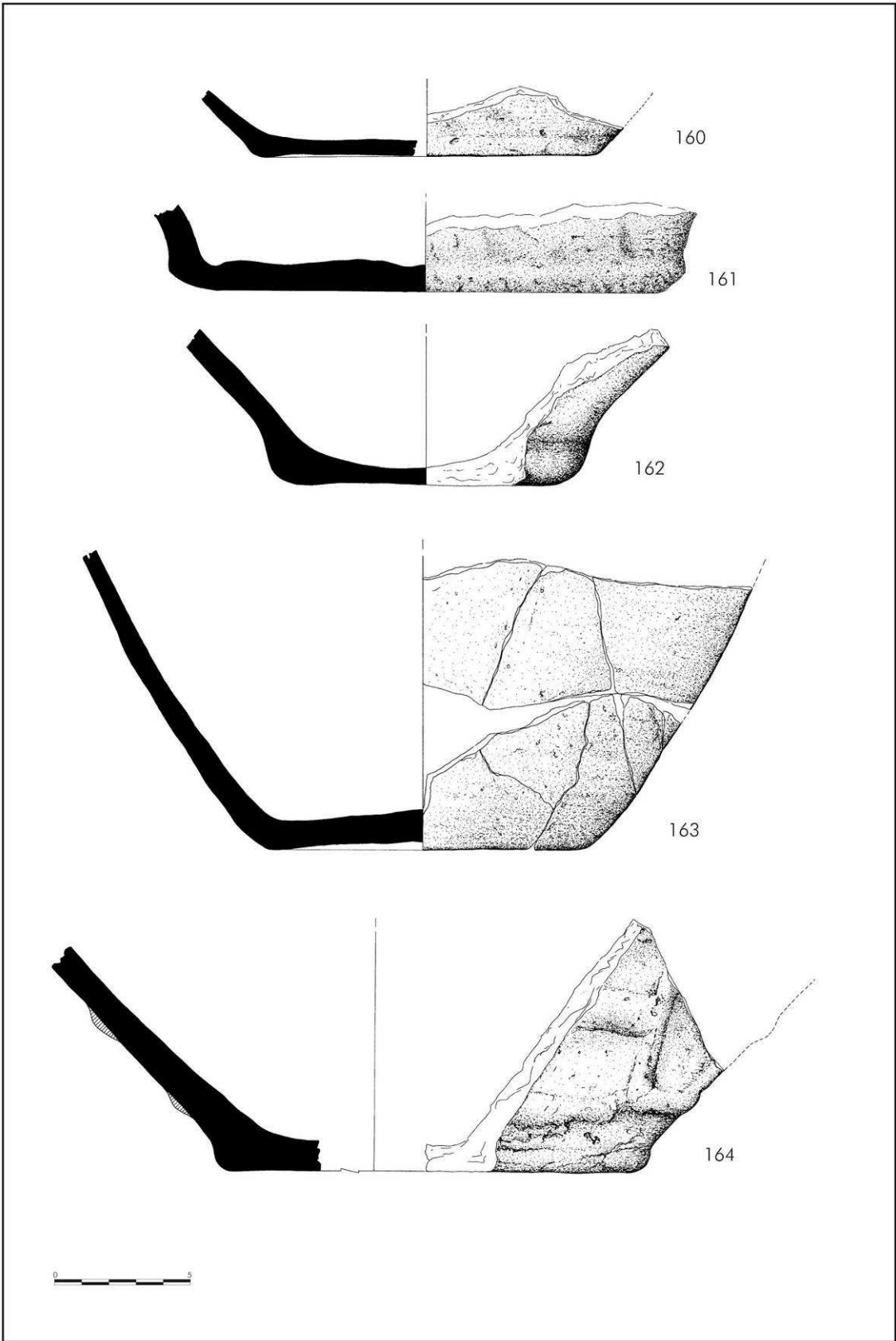


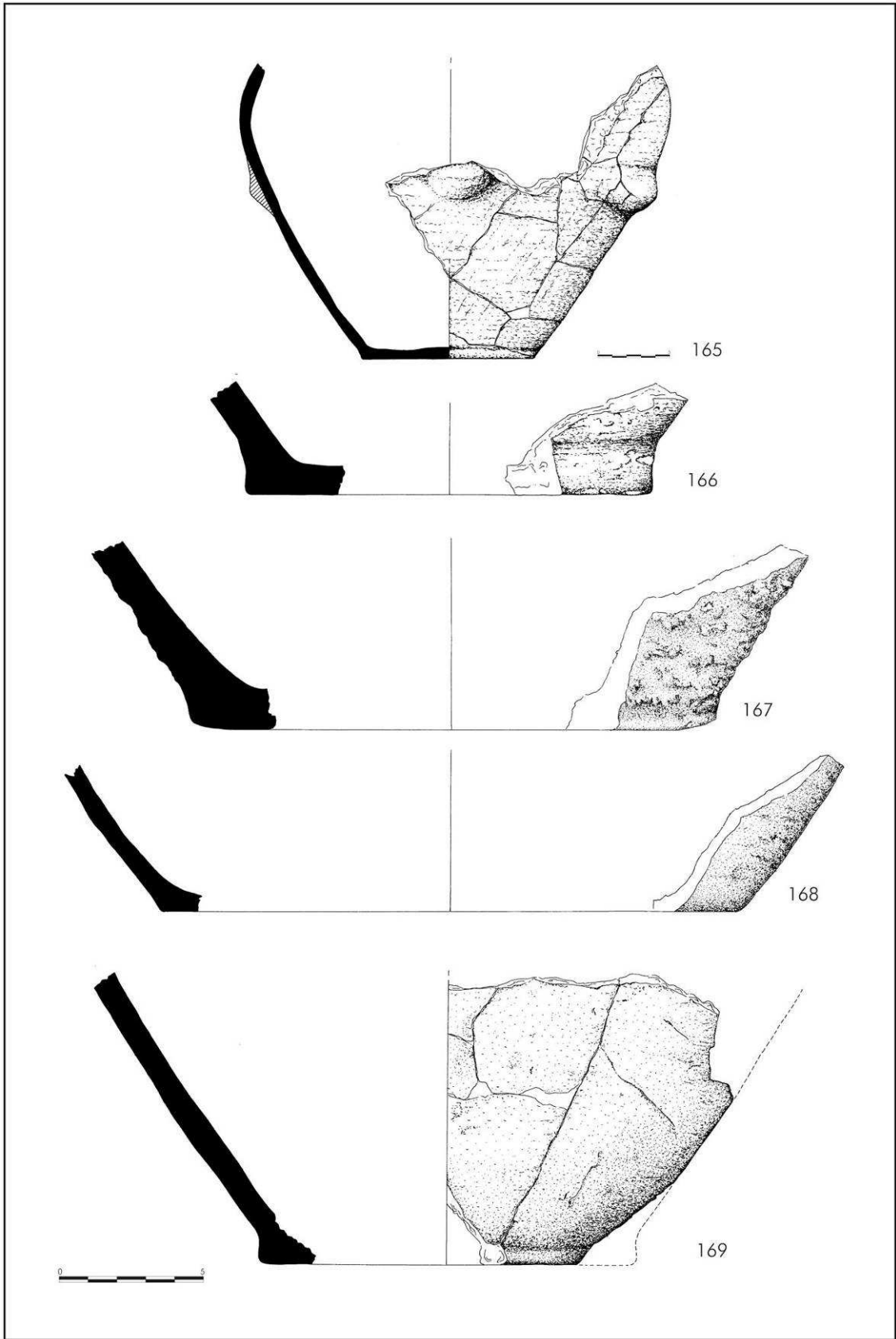
151

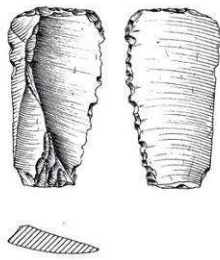




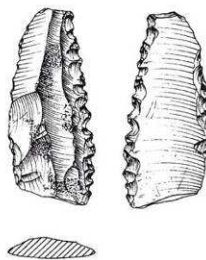




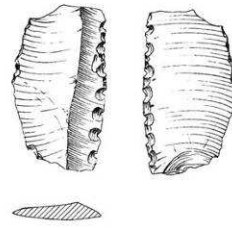




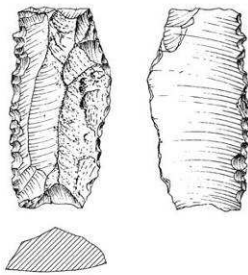
170



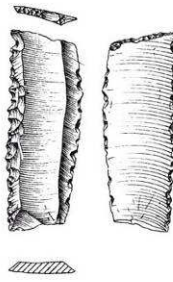
171



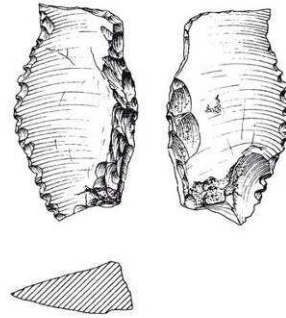
172



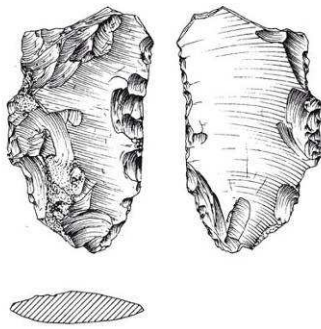
173



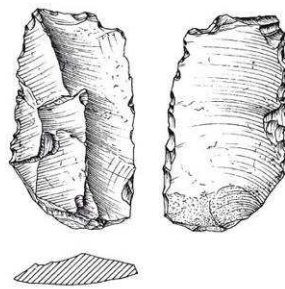
174



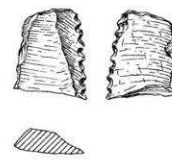
175



176

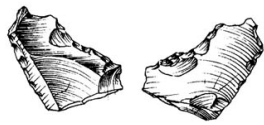


177



178

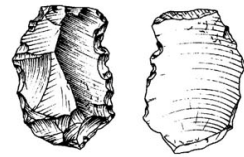




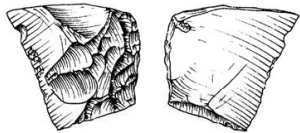
179



180



181



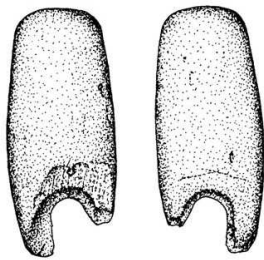
182



183



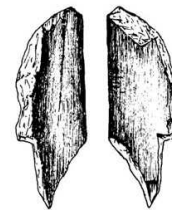
184



185



186



187



189



190



188



Anexo 4 Resultados de los análisis de C14 del yacimiento
de *El Parpantique* de Balluncar (Soria)



Laboratorium voor Algemene Natuurkunde
Rijksuniversiteit
Westersingel 34
9718 CM. Groningen
The Netherlands
Tel.: 050 - 115169

telex: 77391 ruiso nl
Onze ref.: WGM/365-85/HD

GRONINGEN, December 5, 1985

Dr. A. Jimeno Martínez
Colegio Universitario de Soria
Nicolas Rabal, 15
42003 SORIA
Spain

Dear Dr. Jimeno Martínez,

The results of dating your samples are:

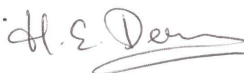
GrN-13290	Parpantique-1	3720 ± 30 BP
GrN-13291	Parpantique-2	3730 ± 35 BP

These results nicely confirm your expectations. They seem both to date the early Bronze age period. I would appreciate your comments.

With kind regards,

Yours sincerely,

Prof. Dr. W.G. Mook

i.a. 
Secretary

Anexo 5 Análisis polínico del yacimiento de *El Parpantique* (Balluncar, Soria).

PILAR LÓPEZ GARCÍA *
JOSE ANTÓNIO LÓPEZ SAEZ **
PEDRO MANUEL DÍAZ FERNÁNDEZ **

* Departamento de Prehistoria del C.E.H. Madrid.

** Departamento Biología Vegetal I.
Facultad de Biología Universidad Complutense de Madrid

DESCRIPCIÓN DE TERRITORIO

1. Relieve, Geología, Edafología, Bioclimatología.

El yacimiento de Parpantique se encuentra en el término de Balluncar, en las cercanías de Almazán (Soria), situado sobre un cerro de la sierra de Ontalvilla, la cual sigue una alineación de dirección SW-EN; siendo sus máximas cotas: Ontalvilla (1.145 m.) y Valdecalera (1.132 m.). Dicha sierra domina la amplia vega del Duero situada en su vertiente norte.

El relieve está definido por pequeños cerros, de pendientes suaves, cortados por arroyos tributarios al Duero, cuya vega constituye una unidad morfológica de primer orden en el paisaje, siendo una llanura aluvial periódicamente inundada en las zonas adyacentes al cauce y cultivada en su mayor parte.

Toda la zona está constituida por materiales básicos, de edad miocénica, que fueron transportados por disolución desde el Sistema Ibérico y precipitaron en distintas fases, siguiendo gradientes geoquímicas. En primer lugar, arcillas puras, posteriormente mezcladas con carbonatos dando lugar a margas; y por último carbonatos cálcicos y magnésicos que formaron calizas y dolomías. Esta serie sedimentaria fue posteriormente erosionada al formarse la red de drenaje actual, lo que provocó una nueva redistribución de los materiales. Los ríos han ido acumulando durante el cuaternario, materiales limosos y arenosos en sus cauces, y junto a series de glaciares y terrazas fluviales, constituyen las formaciones superficiales del área estudiada.

Los suelos desarrollados en la región, suponen un tránsito entre los suelos rojos mediterráneos y los suelos pardos centroeuropeos; siendo el régimen de precipitaciones (con una clara sequía estival) quien define su dinámica. La vegetación esclerófila mediterránea produce materiales, de humificación más lenta y difícil que la centroeuropea típica (bosques caducifolios, prados siempre verdes, etc.). Durante el verano, la sequía provoca un ralentizamiento en el proceso de edafogénesis. La clímax edáfica de estos suelos, sería la constituida por un suelo pardo calizo, con horizontes A/B/C, y un humus tipo moder, con tendencia al mull. La acción humana, que favorece procesos erosivos, es la causante de que la mayoría de suelos sean de tipo rendzinas, con perfiles A(B)/C, y xerorendzinas A/C. En las vegas, los suelos siguen patrones dinámicos diferentes: la humedad edáfica es más alta y no se acusa tan bruscamente la sequía estival. Se desarrollan por ello, suelos aluviales, sin diferenciación de horizontes, con materiales orgánicos e inorgánicos debidos al proceso de erosión-sedimentación, muy fluctuantes según la dinámica del río. Además, la riqueza en limos y arcillas

favorece procesos de vertisolización. En la práctica, encontramos siempre un horizonte antrópico de arado AoO, por el uso, como tierra de labor de estos suelos.

Bioclimáticamente, el yacimiento estudiado se sitúa en el piso supramediterráneo (Rivas Martínez, 1987), aunque en zonas de vaguada, de exposición favorable, podemos encontrar caracteres propios de vegetación típicamente mesomediterránea. La continentalidad es el rasgo que mejor define el clima de esta localidad, mientras que la topografía facilita las inversiones térmicas, sobre todo en invierno.

Fitoclimáticamente, es una región de tránsito entre un clima mediterráneo genuino, moderadamente cálido, menos seco, y un clima mediterráneo genuino, moderadamente cálido, seco y de inviernos igualmente secos.

2. Vegetación Potencial.

Corológicamente, la zona de estudio se sitúa en la Región Mediterránea, provincia castellano-maestrazgo-manchega, sector celtibérico-alcarreño, muy próximos al sector castellano-duriense de la misma provincia corológica (Peinado & Rivas Martínez, 1987).

Pueden definirse, para el territorio estudiado, tres series de vegetación climáticas y otras tres edafófilas:

1).- Serie supramediterránea castellano-maestrazgo-manchega basófila del quejigo. La asociación cabeza de serie es la *cephalanthero longifoliae- Quercetum fagineae* (RM. In RG. & col., 1959). En exposiciones preferentemente a umbría: quejigares.

2).- Serie supramediterránea castellano-maestrazgo-manchega basófila de la encina. La asociación cabeza de serie es la *Junipero thuriferae- Quercetum rotundifoliae* (RG. & Esteban, 1944). Encinares con sabina albar

3).- Serie supramediterránea maestrazgo-celtibérico-alcarreña de la sabina albar. La asociación cabeza de serie es la *juniperetum haemisphaerico-thuriferae* (RM., 1969). Sobre suelos calizos en zonas propias de páramos, donde la continentalidad es más acusada.

En suelos aluviales, tales como las vegas de los ríos, aparecen geoserias riparias, principalmente sobre suelos arcillosos ricos en bases. Estas formaciones vienen definidas por distintos gradientes de humedad edáfica que condicionan la mayor o menor cercanía al cauce del río:

1).- Olmedas eutróficas (*Aro italicum-Ulmetum minoris* (RG. In G. López, 1976). Aparecen en las zonas más

alejadas del cauces y en las vaguadas con curso de agua intermitente.

2).- Choperas (*Salici atrocineræ-Populetum albae* (RG., 1964). En zonas adyacentes al cauce que sufren inundaciones periódicas.

3).- Saucedas. Junto al mismo cauce del río aparecen comunidades de sauces arbustivos, pertenecientes a la clase *Salicetea purpureae*, que engloba a un conjunto de asociaciones diferenciadas por su composición florística, pero de ecología similar, y en las que encontramos distintas especies de sauces.

3. Vegetación real.

Tomando como punto de partida las comunidades potenciales, hay que decir que el aspecto real del paisaje es muy distinto del que éstas definiría. Todo el territorio tiene comunidades forestales como climáticas, pero la superficie ocupada por los bosques es mínima, refugiándose en pequeños enclaves casi siempre de relieve abrupto.

La vega del Duero está cubierta por cultivos, prácticamente en su totalidad. Las zonas cercanas al cauces, así como muchos arroyos tributarios, está dedicados al cultivo del chopo (*Populus nigra*) y más actualmente al híbrido *Populus x canadensis*.

Los quejigares son, dentro de los bosques mediterráneos de la localidad, los que se sientan sobre mejores suelos. Es la razón por la que se roturan, para dedicarlos al cultivo, preferentemente, frente a encinares y sabinares. El quejigar degradado debido al pastoreo, es rico en matorrales, que en una situación óptima constituirían su orla arbustiva. En un matorral-espinares rico en rosáceas tales como *Prunus spinosa*, *Rosa ssp.*, *Amelanchier ovalis*; y otros arbustos como *Evonymus europæus*, *Viburnum lantana*, *Arctostaphylos uva-ursi*, etc. en situaciones de mayor degradación, se da paso a un espliegar-tomillar de *Aphyllanthion*. En los claros que deja el bosque y el matorral se desarrollan, según la profundidad y humedad del suelo, pastizales vivaces con *Brachypodium phoenicoides*, *Bromus erectus*, *Poa ligulata*, etc.

Los encinares con sabina albar han sido bastante alterados. La mejor leña de la encina ha favorecido a la sabina; así, muchos sabinares aclarados responden a esta circunstancia. Los árboles alcanzan poco tamaño, dejando bastante espacio entre ellos, haciéndose abundantes los ejemplares arbustivos. El pastoreo es la causa de que en gran parte de estas comunidades, su fisonomía sea la de una dehesa de sabinas con encinas aisladas. En condiciones de suelos más pobres y degradados, aparecen tomillares y pastos terofíticos de

Thero-Brachypodium. En ciertos casos se han roturado los encinares para dedicarlos a cultivos de secano.

Los sabinares albares en sí, ocupan los enclaves más inhóspitos, allí donde la encina no sobrevive. Sobre todo, existe un condicionamiento edáfico que favorece a la sabina frente a la encina. El principal uso de estas formaciones es el ganadero, y por ello, la fisonomía resultante vuelve a ser la de un bosque de sabinas adhesionado, con ausencia de la encina.

INTERPRETACIÓN DEL DIAGRAMA POLÍNICO.

Se tomaron un total de 6 muestras cada 10 cm., desde los 50 cm. de profundidad hasta la superficie, numeradas m1...m6 de mayor a menor profundidad. De ellas m2 y m4 (40 cm. y 20 cm. respectivamente) resultaron estériles, por lo que estos niveles no son considerados en la interpretación del perfil. Los dos primeros niveles corresponden al Bronce, fechado por C14 en 1.770-1.780 ± a. C. y los dos últimos a la época medieval.

La primera evidencia que se obtiene de la lectura del diagrama, es que los sedimentos estudiados están bastante removidos, habiéndose producido un movimiento en vertical de materiales. Esto se pone de manifiesto al observar polen de neófitos en los niveles del Bronce (*Acacia*). Este hecho ha de tenerse en cuenta en la interpretación del diagrama, ya que es una de las causas de la gran uniformidad de los porcentajes de tipos polínicos representados a lo largo del perfil. En el diagrama, el polen de taxones zoófilos (*Carduaceae*, *Cichoriae*, etc.) es mayoritario sobre el de anemófilos, lo cual es indicativo de que el aporte polínico al yacimiento no es el normal en un medio natural de sedimentación, donde predominan los granos de polen de taxones anemófilos, por la mayor producción y movilidad de éstos.

Dichos resultados concuerdan con las características del sedimento estudiado, siendo causas antrópicas las que han definido el proceso de sedimentación. Los taxones que encontramos nos indican que el perfil existe información de distintos sectores del paisaje, que conviven en el tiempo, distribuyéndose en el espacio según sus apetencias ecológicas:

1).- Zonas húmedas, con bosques de ribera o vegetación abierta freatófita (*Populus*, *Salix*, *Alnus*, *Juncus*, *Cyperus*, etc.).

2).- Zonas secas, representadas por taxones mediterráneos típicos (*Quercus*, *Pinus*, *Juniperus*, *Salvia*, *Cistaceae*, etc.).

3) Paisajes antrópicos, representados por flora ruderal, indicadora de la actividad humana (*Carduaceae*, *Cichoriae*, *Cerealia*, *Rumex*, etc.).

Tal paisaje es el existente en la actualidad, con vegetación xerófita en lomas y laderas; vegetación de ribera y paisajes abiertos húmedos en las zonas de encajamiento de la red de drenaje (vegas); y vegetación ruderal en las zonas cultivadas y/o de intenso pastoreo.

En el diagrama se observa una variación cuantitativa a lo largo del tiempo en estos tres tipos de vegetación, lo que se traduce en la variación de los porcentajes de polen, de los taxones indicadores de los tres tipos de vegetación. También es observable un cambio cualitativo, al aparecer y desaparecer del diagrama determinados taxones, lo que interpretamos como consecuencia de la acción antropógena. Desaparecen principalmente formaciones persistentes (árboles y arbustos), que son sustituidas por otras de carácter efímero (herbáceas ruderales indicadoras de paisajes abiertos). Los niveles correspondientes al bronce son los más ricos en polen arbóreo de todo el perfil:

- a) *Pinus*, *Quercus*, *Juniperus*; como representativos de bosques mediterráneos.
- b) *Populus*, *Salix*, *Alnus*, *Corylus*, *Fraxinus*, como representativos de bosques de ribera.

Los taxones ruderales e indicadores de paisajes abiertos están presentes en alta proporción en los niveles del Bronce, aunque resultan más significativos cualitativa y cuantitativamente en los niveles medievales. Podemos interpretar este alto porcentaje como una sobrerrepresentación de estos tipos polínicos en el Bronce, debido fundamentalmente a un conjunto de causas, entre las que podemos enumerar:

- a) Las características propias del sedimento, con una influencia humana decisiva, en cuanto al aporte de polen ruderal al almacenar vegetales, presencia de ganado, etc.
- b) El hecho ya comentado de que el sedimento está bastante removido, pudiéndose haber percolado polen medieval a los niveles del Bronce.

En los niveles medievales (m5 y m6) se aprecia una disminución del polen arbóreo, más significativa en el nivel I superficial (m6): *Pinus* desciende significativamente, *Juniperus* desaparece en el nivel superficial, *Alnus* desaparece en m5 y reaparece en escasa proporción en m6, *Populus* disminuye en m5 y desaparece en m6, *Fraxinus* no está representado en los niveles medievales, *Salix* aumenta en m5, pudiendo considerarse como un taxón favorecido al desaparecer los elementos arbóreos de las riberas, ya que actuaría

como especie colonizada de los claros dejados en el bosque ripario, prosperando en favor de la progresión posterior de éste. En m6, *Salix* alcanza su mínima representación porcentual en el diagrama, por lo que suponemos que es igualmente eliminado. Al mismo tiempo que se observa este descenso en la representación de árboles, fundamentalmente de ribera, hay un aumento de taxones indicadores de paisajes abiertos húmedos: *Cyperus*, *Juncus*, *Butomaceae* (acuática). También, como ya indicamos anteriormente, hay un aumento de taxones ruderales en los niveles medievales: *Anthemideae*, *Rumex*, *Carduaceae* (alcanza su máximo en m5), etc. Son estos niveles, donde por primera vez aparece polen de *Cerealia* en el diagrama (m5). *Buxus* y *Ericaceae* aparecen por primera vez en el diagrama (m5, m6) pudiendo ser indicadores de procesos de regresión forestal y aumento del matorral de sustitución.

CONCLUSIONES

Desde la época del Bronce existen aproximadamente, los mismos sectores de paisaje que en la actualidad:

- vegetación mediterránea (bosque y/o matorral) en lomas, laderas y páramos
- vegetación de ribera (bosque y/o herbáceas fretófitas) en vaguadas y vegas
- vegetación antrópica, taxones nitrófilos e indicadores de paisajes abiertos.

Estos tres sectores y los tipos de vegetación asociada a ellos, varían cuantitativamente en el tiempo. Atribuimos esa variación a causas antrópicas, siendo mucho más notable a partir de la época medieval: en el monte puede observarse el descenso de *Pinus*, así como el de otros elementos arbóreos aunque menos taxones arbustivos e indicadores de degradación forestal (*Buxus*, *Ericaceae*). Es igualmente observable un aumento de herbáceas características de espacios abiertos secos (*Artemisia*, *Carduaceae*). Este conjunto de fenómenos acaecidos puede atribuirse claramente a causas antrópicas tales como la extracción de madera y leña, el sobrepastoreo, así como la roturación y cultivo de terrenos forestales, si bien éstos se hacen más favorables en las zonas de vega. Aquí y en las vaguadas la vegetación más alterada es la riparia, desapareciendo y disminuyendo significativamente ciertos taxones arbóreos y herbáceos fetófitos, como consecuencia del establecimiento y desarrollo de los cultivos. Las vegas son los enclaves de mayor productividad del paisaje en que se enmarca el yacimiento, ya que poseen suelos más ricos en elementos limosos, materia orgánica, sales minerales, así como una mayor disponibilidad de agua,

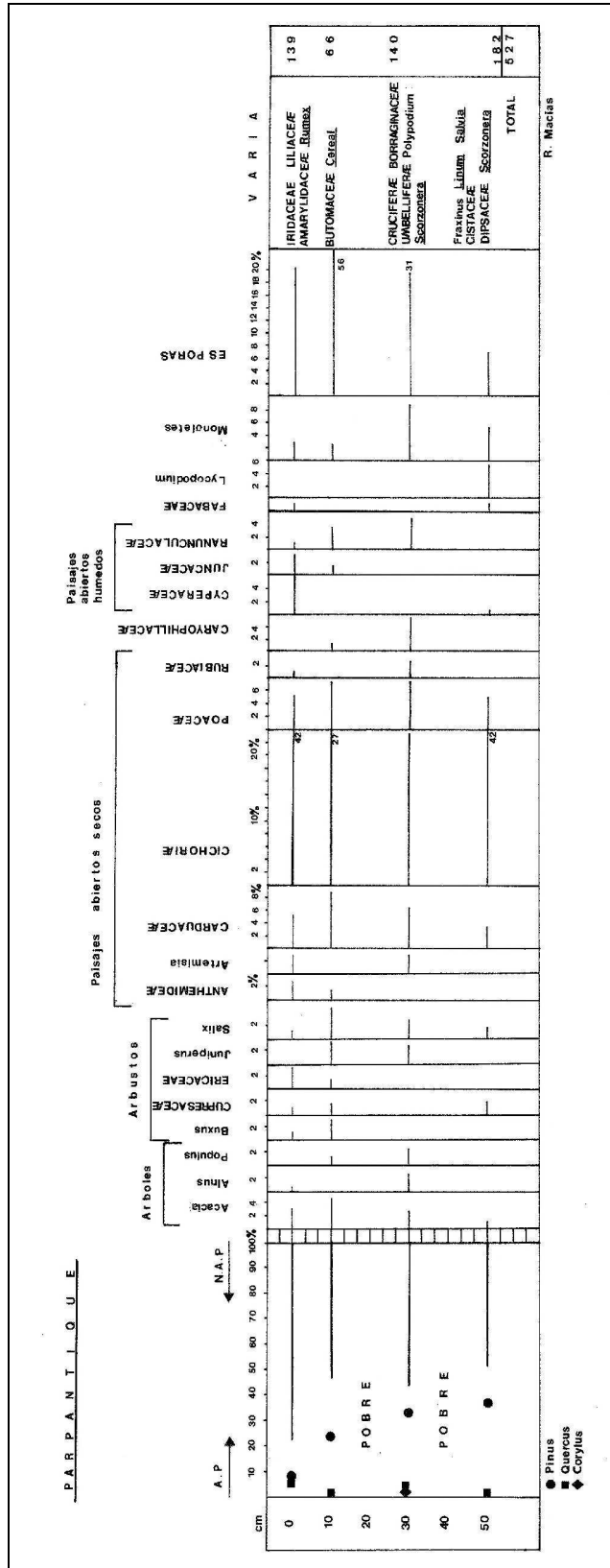
proveniente del nivel freático o de procesos de escorrentía. Además topográficamente son ventajosos para su explotación por presentar relieves planos. Estas razones hacen que el paisaje más alterado por el hombre hayan sido precisamente las vegas. El aumento de taxones ruderales en el diagrama puede atribuirse a la roturación y cultivos efectuados en estas zonas. Tales procesos de aprovechamiento del suelo, así como su influencia sobre la vegetación potencial circundante, se dejan notar de igual manera en la actualidad, aunque en estos momentos la deforestación sea más marcada.

BIBLIOGRAFÍA:

Peinado Lorca, M. & Rivas Martínez, S. (1987). La vegetación de España. Universidad de Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones.

Rivas Martínez, S. (1987). Memoria del MAPA de Series de Vegetación de España. ICONA - MAPA.

P.A.R.P.A.N.T.I.O.U.E



Anexo 6 Estudio de los restos vegetales del yacimiento de
El Parpantique, Balluncar (Soria)

D. RIVERA NUÑEZ & C. OBÓN DE CASTRO.

Departamento de Biología Vegetal, Facultad de Biología,
Universidad de Murcia.

Muestra 1 (Análisis 3 y 4 /89), procedentes del sector 4 (Ampliación) 55U'. N.S. x-87 cm. Y-75 cm. Z -3,35-3,65.

El material consiste en cotiledones de bellota carbonizados desprovistos del episperma. Se han logrado medir 28 bellotas completas, con los siguientes resultados expresados en mm.

l= longitud (medida de extremo a extremo del cotiledón incluyendo el germen).

a= anchura (medida entre los bordes opuestos del cotiledón).

e= (medida entre el punto mas saliente de cada una de las regiones dorsales de los cotiledones opuestos).

	\bar{X}	σ n-1	CV
l	13,55	1,872	0,1781
a	7,43	1,250	0,1680
e	7,08	1,364	0,1920

N= tamaño de la población = 28; n= tamaño de la muestra = 28; X= media aritmética de la muestra; σ n-1= desviación típica.

$$CV = \frac{\sigma^{n-1}}{X} = \text{coeficiente de variación.}$$

También se midieron 30 cotiledones aislados procedentes de bellotas fragmentadas con los siguientes resultados:

n= 30

El espesor se mide entre el punto más saliente de la región dorsal y, de forma transversal a éste, el punto correspondiente de la región ventral interior del cotiledón.

	\bar{X}	σ n-1	CV
l	14,590	1,460	0,100
a	7,616	0,888	0,116
e	4,550	0,603	0,132

Resulta curioso observar la mayor longitud de los cotiledones aislados (en torno al 10%) respecto a las bellotas enteras, esto se debe en parte a que una vez carbonizadas se fragmentan con mayor facilidad las bellotas más grandes. El que el espesor de los

cotiledones aislados sea significativamente mayor que la mitad del espesor de las bellotas enteras se debe, por un lado, a que se trata efectivamente de bellotas de mayor tamaño que se han fragmentado, y por otro a que la superficie interior de los cotiledones es alabeada y acoplándose ambos cotiledones, por lo que medidos por separado al tomarse los puntos más salientes como referencia el resultado es mayor que cuando se encuentran unidos.

En cuanto a la anchura de los cotiledones no parecen ser muy diferentes entre las bellotas enteras y los cotiledones aislados.

Es frecuente encontrar las bellotas sin cáscara carbonizada, probablemente procedente de contextos de almacenamiento, cocinas, u ofrendas funerarias, por lo que es normal la forma en que aparecen en este yacimiento. De todos modos, esto dificulta enormemente la identificación botánica de la especie de la que proceden, ya que los caracteres morfológicos discriminantes de los frutos se encuentran fundamentalmente en las escamas de las cúpulas que los envuelve, o en pequeños detalles del ápice del episperma. Aún así cabe indicar que la morfología general de los cotiledones encaja bien con las características de *Quercus ilex* L. y *Quercus rotundifolia* Lam.

La encina o carrasca ha sido un árbol ampliamente utilizado en la prehistoria de la Península Ibérica. Sus frutos son ásperos y astringentes, pero un tueste suave como el que se suele emplear actualmente con las castañas, los hace más palatables y aumenta su dulzor. Conviene señalar que el grado de astringencia de los frutos es un carácter químico que varía según los individuos y ha sido seleccionado desde antiguo por el hombre facilitando la dispersión y supervivencia de los individuos que producen bellotas dulces. Los frutos pueden reducirse a harina empleándose ésta para elaborar gachas o tortas, costumbre que parece hallarse extendida en la Península Ibérica durante el siglo I. Renfrew (1973), menciona la utilización en Bulgaria de bellotas mezcladas con cebada y trigo que posiblemente eran molidos juntos produciendo una harina que se utilizaba en la elaboración de gachas, en el yacimiento del Bronce tardío de Raskopanitza.

La encina es un árbol de uso múltiple, ya que la madera de sus tallos aunque dura y difícil de trabajar y agrietándose fácilmente se ha usado en construcciones, aunque posiblemente el aprovechamiento más importante, ha sido como fuente de leña y carbón vegetal, utilizados para calentar hogares y hornos, permitiendo alcanzar grandes temperaturas. La corteza y ramas

jóvenes se han aprovechado, por su riqueza en taninos, como material curtiente.

Muestra 2 (Análisis 1 y 2 /89), procedentes del sector 4 (Ampliación) 55Q', X-0-100, Z -3,20.

El material consiste en una muestra de cereal carbonizado integrada por 70 granos más o menos medibles y una serie de fragmentos de granos de cereal. No se han encontrado otro tipo de semillas de malas hierbas dentro de la muestra.

Una primera inspección previa a la medición nos llevó a separar un pequeño grupo de semillas por presentar el dorso relativamente aplanado, esta muestra estaba formada por seis individuos y arrojó los siguientes resultados expresados en mm.

N= 6: n= 6.

	\bar{X}	σ n-1	CV
l	4,78	0,49	0,10
a	3,00	0,27	0,09
e	2,36	0,22	0,09

La longitud se midió a lo largo del eje mayor de la semilla desde el extremo distal hasta el ápice por encima del germen.

La anchura se midió entre los puntos más salientes situados en la superficie exterior hacia la zona media de los lóbulos laterales del grano.

El espesor se midió entre el punto más saliente de la gibosidad dorsal y su correspondiente, situado sobre la porción ventral de los lóbulos del grano.

El resto de la muestra ofrece los siguientes resultados:

	\bar{X}	σ n-1	CV
l	4,82	0,37	0,07
a	3,17	0,30	0,09

e 2,63 0,28 0,11

Parece claro que no hay una diferencia significativa entre los individuos de ambas muestras siendo la primera una submuestra posible dentro de una población con una distribución estadística normal.

Para la identificación específica hemos tenido en cuenta también los valores de los índices alométricos:

n= 36.

	\bar{X}	σ n-1	CV
1/a	1,54	0,13	0,08
a/e	1,22	0,12	0,10

Tanto los valores medios como los índices calculados corresponden al grupo de *Triticum aestivum* L., el trigo candeal. Sin poder precisar demasiado, dado que solo se dispone de semillas, los valores apuntan hacia *Triticum aestivum* L. en sentido estricto (cfr. Telles y Ciferri, 1954). Esta especie se encuentra presente en la Península Ibérica desde los inicios de la agricultura cerealista, alcanzando una gran extensión en la Edad del Bronce (Rivera, Obón & Asencio, 1988).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

RENFREW, J.M. 1973 *Palaeoethnobotany*. Methuen & CO. LTD. Londres, 248 pp.

RIVERA, D., OBON, C., & ASECIO, A., 1988. Arqueobotánica y Paleobotánica en el Sureste de España, Datos preliminares. *Trabajos de Prehistoria* 45: 317-334.

TELLEZ R. & CIFERRI, F. 1954. Trigos arqueológicos de España. INIA, Madrid, 129 pp.

Anexo 7 Análisis antropológico de *Cueva la Maja* (Cabrejas de Pinar) y *El Parpantique* (Balluncar) Soria.

PALOMA UZQUIANO
Laboratoire de Paleobotanique
Université des Sciences et Techniques du
Languedoc

Los resultados obtenidos en estos dos yacimientos del Bronce Antiguo de la provincia de Soria son muy similares en cuanto a las especies principales que en ambos aparecen.

Los carbones de El Parpantique son muy pocos e insuficientes para poder realizar una interpretación de la vegetación de la zona durante el Bronce Antiguo. Las pocas muestras determinadas han dado *Pinus sylvestris* y *Quercus robur* (roble pedunculado) como únicas especies. Cualitativamente la imagen de la vegetación es incompleta y cuantitativamente no puede saberse cual de las dos especies era dominante o si ambas estaban bien representadas.

De esta manera, el yacimiento de Cueva Maja, relativamente próximo y a una altitud semejante nos proporciona datos más fiables y completos de lo que no pudo ser el paisaje vegetal durante el bronce antiguo de esta zona.

El análisis antropológico lo dividí en varias partes. En primer lugar consideré los camarines *Grande* y *Pequeño* como conjuntos cerrados o estructuras autónomas por si aparecía alguna diferencia tanto cualitativa como cuantitativa. Por otro lado y guiándome del plano de excavación, estudié los carbones de la antesala por niveles y por cuadrículas, separando aquéllas en las que quedaba comprendida la estructura de hogar (cuadros 21/ A' y 23/ A') para un estudio por separado. En las tablas que adjunto con este informe puede apreciarse que no existe ninguna diferencia considerable entre los conjuntos estudiados donde aparecen las mismas especies.

Sin embargo, de cara a la interpretación preliminar y de la elaboración posterior de un diagrama solamente he considerado los diferentes niveles de la Antesala a excepción del hogar central.

La especie dominante parece ser el pino (*Pinus sylvestris*) con porcentajes que superan el 80% (niveles C y D) e incluso el 90% en el nivel E. Esta casi exclusividad del pino se debe sin duda a la altitud del yacimiento. La estructura anatómica con anillos de crecimiento muy próximos es indicadora de un pino de montaña.

A continuación, los robles también están bien representados. La determinación específica de los mismos es bastante delicada de ahí que con bastante frecuencia se denominen *Quercus caducifolios*. En este caso y teniendo en cuenta El Parpantique, quizá se trate de *Quercus robur* también. Estas son las principales especies que componen el paisaje vegetal.

A su lado aparecen las sabinas (*Juniperus oxycedrus-communis*) y quizá también el enebro rojo (*Juniperus proenicea*), pero sus porcentajes son muy bajos en relación a las especies dominantes. Su presencia quizá es indicadora de una formación vegetal diferente sin duda ligada a condiciones de tipo edáfico. En la actualidad existen abundantes manchas de sabinas

y enebros próximos al yacimiento (J.J. Fernández Moreno, com. pers.)

La rosácea denominada *Sorbus-Crataegus* debido a la dificultad que esta familia presenta en ocasiones para la determinación genérica y específica, ha sido finalmente determinada como más próxima de *Sorbus*. Ahora bien, queda por determinar la especie con seguridad ya que las diferentes especies de *Sorbus* nos indican biotopos diferentes: *Sorbus aria* o mostajo nos indica una especie de montaña. Quizá se trate de esta especie pero la estructura anatómica no nos permite afirmarlo categóricamente.

En cuanto al resto de las especies, *Fraxinus*, *Alnus*, nos indican la vegetación de ribera, escasamente representada debido a la altitud del yacimiento y a la abundancia de otras especies de bosque. En los camarines, además de las especies mencionadas, aparecen *Populus nigra*, *Corylus*, especies todas ellas próximas de un curso de agua o río (ripisilva).

En resumen, tenemos por un lado una vegetación de bosque con el Pino situado a una altitud media de unos 1.000 m, junto al roble a una menor altitud. Los enebros ocuparían la vegetación de aquellas laderas cuyo estado de suelos permitiera su desarrollo. Por último y en la cota más baja en altitud, la vegetación que se desarrolla a lo largo de los cursos de los ríos con el avellano (*Corylus*), el fresno (*Fraxinus*), el chopo (*Populus nigra*). Especies como *Rhamnus cathartica* se encuentran asociadas normalmente a los *Quercus caducifolios*; su presencia en Cueva Maja tan ocasional no es significativa por tanto solo la mencionamos a título meramente descriptivo. Todo ello nos conduce hacia un clima frío/fresco y húmedo de tipo supramediterráneo (en este sentido *Sorbus aria* es un buen indicador de ello), próximo al clima de montaña si tenemos en cuenta la estructura anatómica de algunos Pinos.

No obstante se trata de una interpretación preliminar y por este motivo lo hasta ahora dicho podría verse modificado. Sería necesario estudiar más yacimientos de esta época y, porqué no, anteriores y posteriores a la misma con vistas a una mayor precisión en la reconstrucciones de la vegetación así como en las interpretaciones.

En este sentido, también sería necesario el estudio antropológico de yacimientos de una más baja altitud para poder determinar la presencia o ausencia de la Encina (*Quercus ilex*) especie ausente en los niveles de Cueva Maja. Quizá sea debido a la altitud y porqué no a la exposición de la vertiente.

En esta época situada sin duda entre el Atlántico y el Sub-Boreal, la encina debía de estar presente pero ¿dónde?. Por este motivo es preciso estudiar yacimientos en zonas diferentes y a más baja altitud partiendo desde luego del estudio del área de repartición actual que la encina pueda tener en esa zona y alrededores.

Para finalizar y en lo referente a Cueva Maja, es preciso estudiar una cantidad mayor de carbones para los niveles D y E que permita equipararlos al nivel C que es el nivel que mayor número de muestras ha

proporcionado. Asimismo el análisis de este yacimiento puede servir de referencia a cuanto estudios de este tipo vayan realizándose en el futuro en la provincia de Soria.

Fdo.: Paloma Uzquiano. 9 agosto 1989.

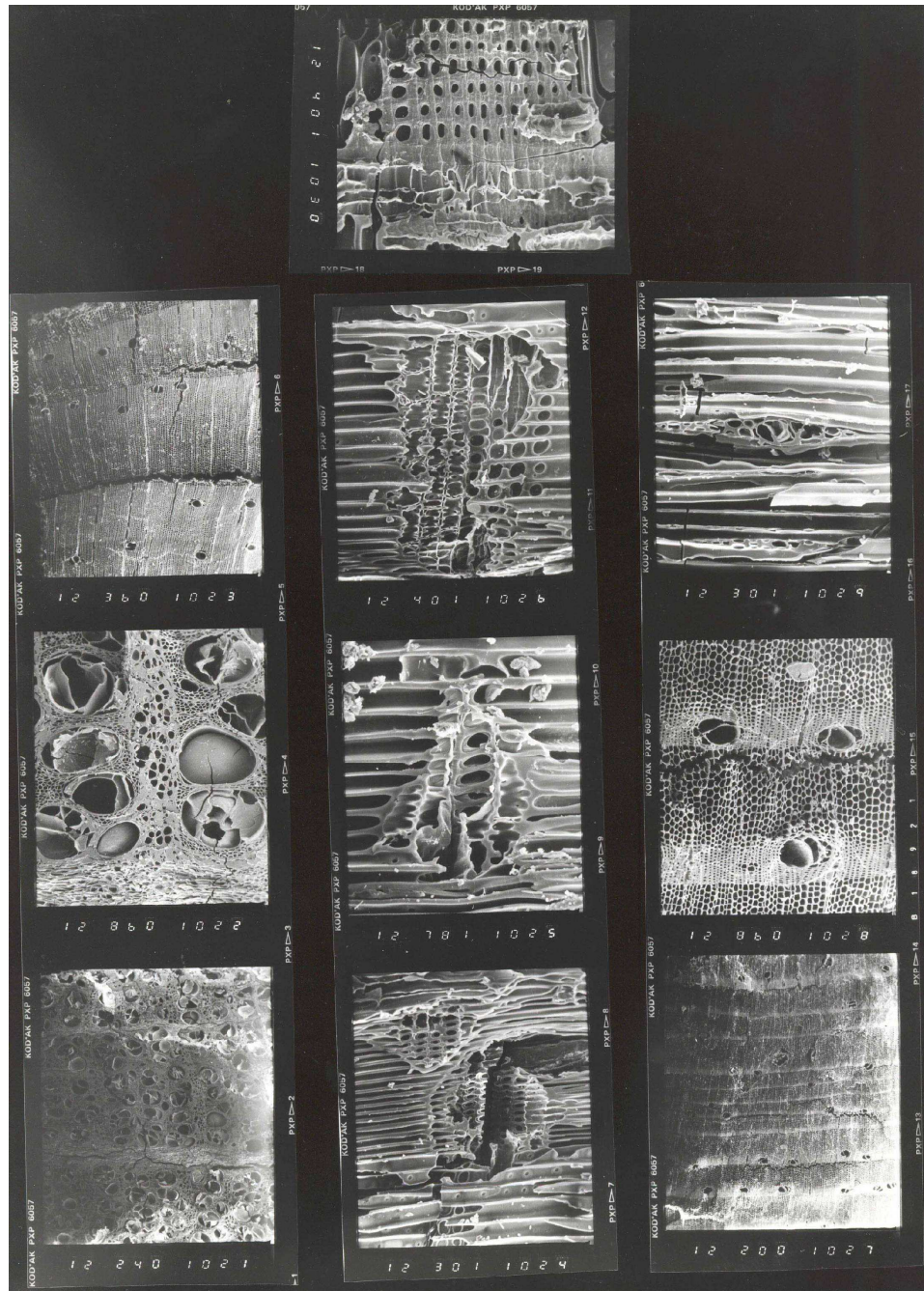
EL PARPANTIQUE (varios cortes)

Corte nº 4		N
Cuadro 51 M'	Quercus (caducifolio)	1
Cuadro 51 N'	Pinus cf. sylvestris	2
Cuadro 51 S'	Quercus (caducifolio)	1
Cuadro 53 S'	Quercus pedunculata	1
Cuadro 51 S'	Quercus pedunculata	1
TOTAL		5

Corte nº 2		N
Madera sin carbonizar		
Cuad. 32 E y Ampliación	Pinus sylvestris	4

Corte nº 5		N
Cuadro 67-AF'	Quercus pedunculata	1

Corte nº 1 Ampliación		N
Cuadro 4 G	Pinus sylvestris	2



De arriba abajo y de izquierda a derecha: *Pinus sylvestris* (radial), *Pinus sylvestris* (Tangencial), *Pinus sylvestris* (radial), *Pinus sylvestris* (transversal), *Pinus sylvestris* (transversal), *Pinus sylvestris* (radial), *Quercus f.c.* (caducifolio) (transversal), *Pinus sylvestris* (transversal), *Pinus sylvestris* (radial) y *Quercus f.c.* (caducifolio) (transversal).

Anexo 8 informe de la prospección geofísica en el yacimiento de
Los Torojones de Morcuera (Soria)

OCTAVIO PUCHE RIART

LUIS MANSILLA PLAZA

JOSÉ MARÍA IRAIZOZ FERNÁNDEZ

Grupo Geológico-Minero
Escuela Universitaria Politécnica de Almadén

INDICE

MEMORIA

1.1 INTRODUCCIÓN.

1.2 GEOLOGÍA DEL YACIMIENTO.

1.3 METODOLOGÍA.

1.3.1. TRABAJO DE CAMPO.

1.3.1.1. SÍSMICA DE REFRACCIÓN.

1.3.1.2. SONDEO ELÉCTRICO VERTICAL (S.E.V.)

1.3.1.3. CALICATAS ELÉCTRICAS. WENNER (C.E.)

1.3.2. TRABAJO DE GABINETE

1.3.1.4. INTERPRETACIÓN SÍSMICA

1.3.1.5. INTERPRETACIÓN DEL S.E.V.

1.3.1.6. INTERPRETACIÓN C.E.

1.4 CONCLUSIONES.

1.1.- INTRODUCCIÓN.

En el mes de Junio, de 1986, el Grupo Geológico y Minero de la E.U.P.A., constituido por los profesores de dicho centro D. Octavio Puche Riart, D. Luis Mansilla Plaza y D. José María Iraizoz Fernández, realizaron una serie de trabajos geofísicos de Los Torojones de Moruera, yacimiento arqueológico de la provincia de Soria.

La zona a investigar era una pequeña meseta calcárea de coordenadas: $X = 41^{\circ} 28' 45''$ LN, $y = 0^{\circ} 29' 55''$ L.E. y $z = 1048$ m. s.n.m.; que destacaba sobre otra meseta de mayor envergadura.

Para el trabajo se han empleado calicatas eléctricas, método óptimo para la prospección en este tipo de yacimientos, aunque también nos hemos apoyado en conocimientos geológicos y otros dispositivos geofísicos. En definitiva, podemos indicar que hemos empleado métodos eléctricos y sísmicos.

El simple reconocimiento de visu nos ha permitido observar una serie de formaciones cenozoicas en disposición horizontal. Dos perfiles sísmicos en cruz nos

han servido para comprobar las características geológicas determinadas anteriormente. Un sondeo eléctrico vertical (S.E.V.) en la zona central nos ha permitido cuantificar rápidamente el orden de magnitud de los parámetros resistivos de los horizontes auscultados. Por último, una serie de calicatas, a lo largo de una malla de pequeña apertura, nos ha posibilitado la cuantificación de las variaciones locales de conductividad, indicándonos la ubicación de una serie de anomalías, correspondientes a la existencia de supuestas construcciones o silos.

1.2.- GEOLOGÍA DEL YACIMIENTO.

El yacimiento arqueológico de Los Torojones de Morcuera se asienta sobre un cerro testigo dominante del territorio que se extiende desde el Sistema Central a la Cordillera Ibérica.

A no mucha distancia se aprecian otros alcores de idénticas características que, en muchos casos, han servido como atalayas de observación o lugares de ubicación de pequeñas comunidades, debido a su elevación respecto al entorno.

Los cerros testigos están coronados por las calizas ruscinienses, de la parte inferior del plioceno. Por ser esta roca bastante competente y presentar una disposición horizontal muestran morfologías de artesa valcada, a modo de pequeñas mesetas, donde la caliza ha realizado la función de paraguas protector de los niveles arcillosos inferiores, de menor dureza. La llanura mesetaria, a la que se ha visto rebajado el relieve por la erosión y sobre la que asientan estos cerros, corresponde al mioceno terminal, pontiense, al denominado nivel de los páramos, por la escasa vegetación desarrollada sobre los suelos calcáreos.

Las calizas ruscinienses son de facies continental, su color es claro, blanquecino, aunque en ocasiones también muestran tonos grises o amarillentos, son muy compactas y, en su base, algo térreas, no siendo difícil encontrar zonas cavernosas con drusas calizas. En nuestra zona alcanzan unos 7.5 m. de potencia y sobre ellas se desarrolla un suelo de decalcificación que en ningún caso sobrepasa espesores de 1 m., siendo habituales las potencias de 0,4 a 0,6 m.

Bajo las calizas aparecen arcillas claras, blanquecinas o rojizas, constituyendo la cuesta, frecuentemente pronunciada, de las mesetas superiores.

En los flancos de la cuenca, donde se han generado estas rocas, se aprecian estratos plegados, visible incluso desde el propio yacimiento. La orogenia alpina dejó sentir sus efectos sobre el territorio, llegando sus fases paroximales hasta el paleoceno -fase sálica-, levantando los pisos anteriores. Discordantes sobre estos, y reposando horizontalmente, tenemos los terrenos

terciarios del pasillo sedimentario Burgo de Osma-Almazán.

La historia geológica postalpina de la cuenca empieza con un proceso transgresivo. En nuestra zona tenemos una deposición continental, de facies lacustre, que comienza, en el vindeboniense, con la deposición de términos detríticos groseros, tales como gravas, de cantos redondeados tras un largo recorrido, y arenas que posteriormente acabarían litificándose. En las areniscas se aprecian estructuras de sedimentación cruzada, típicas de los depósitos lagunares e indicativas de cambios en el régimen de transporte. Al proseguir la subsidencia disminuye el tamaño de grano de los aportes, depositándose elementos pelíticos, procedentes, al igual que los términos anteriores, de la denudación del sistema Central. Según se va colmatando la cuenca aparecen margas de colores claros y calizas margosas, entre las de pequeño espesor. No está muy claro dónde se sitúa el techo del vindeboniense, lo que es evidente es la terminación de esta serie con la caliza del páramo, del pontiense superior, la cual alcanza en lugares no muy lejanos a nuestro yacimiento potencias que superan los 20 m.

Estas calizas emergen, formando un suelo rojizo, para posteriormente sufrir una transgresión, debido a un reajuste vertical de zócalo. Dicho movimiento epirogénico es la causa de la deposición de los niveles ruscinienses, formados por gravas, arenas, arcillas y calizas. Con estas últimas finaliza la serie pliocena. A partir de aquí se produce la emersión de la cuenca e inician su acción los ciclos erosivos generadores de los rasgos geomorfológicos actuales.

Los agentes geodinámicos externos se encargarán de la desaparición de la mayor parte de los estratos ruscinienses, debido a su menor dureza, mientras que las calizas pontienses van a resistir mucho mejor la erosión formando grandes estructuras mesetarias. Sobre ellas aparecerán, a modo de vestigio, los términos más modernos constituyendo otros aislados, como Los Torojones de Morcuera o Gormaz.

1.3.- METODOLOGÍA.

1.3.1.Trabajo de Campo.

Ante la poca información de tipo geofísico que existía en la zona el grupo geológico-minero de la Escuela Universitaria Politécnica de Almadén se decidió, antes de abordar el trabajo en sí, por el estudio del terreno mediante el empleo de técnicas geofísicas que nos permitieran elegir la más adecuada para este tipo de prospección.

Se comenzó por realizar dos perfiles en cruz de sísmica de refracción con el objetivo de determinar la profundidad del suelo y saber donde nos íbamos a encontrar con la roca firme. Para ello se empleó un equipo de sísmica de martillo de la casa Soiltest de dos canales que tras su empleo nos determinó la profundidad

a la que se encontraba la roca firme; siendo esta alrededor de 0'45 - 0'48 m.

Después del empleo de la sísmica se realizó un S.E.V. con el objetivo de determinar los parámetros resistivos de los distintos terrenos y así saber, de esta forma, con que valores nos íbamos a encontrar en la investigación, para ello se empleó un equipo de resistividades compuesto por: milivoltímetro, amperímetro, electrodos y cable. El dispositivo empleado para este SEV fue el Schlumberger tetraelectrónico llegando a un AB/2 de 17 m.

Una vez que se realizaron estas técnicas de prueba y ensayo se decidió por el empleo del método eléctrico de calicatas teniendo en cuenta los objetivos a cubrir y la probada suficiencia de éste en otros campos de la geofísica aplicada; aunque en el momento del trabajo de campo no se tuvieran las condiciones más idóneas de trabajo (falta de humedad en la zona, etc.).

La sistemática de campo se realizó sobre prospección en malla cuadrada de aproximadamente dos metros de lado y mediante la inserción en el terreno de cuatro electrodos alineados y separados una distancia de 0,60 m. entre sí, construyendo esta disposición eléctrica el dispositivo Wenner. Esta distancia se eligió a tenor de los resultados observados con los perfiles sísmicos en cruz y otros datos que se habían dado en el estudio previo.

Para realizar esta prospección se dispusiera una serie de perfiles longitudinales numerados desde el 1 al 8 y transversales (A - R) con un total de 26 que barrieron toda la zona de estudio de arriba abajo y de Este a Oeste. El equipo empleado fue el mismo que para la realización del S.E.V. y que aparece en los anexos.

Conclusión:

A la vista de los dos perfiles sísmicos realizados en la zona el espesor del recubrimiento oscila alrededor de 0'46 m. - 0'48 m.

1.3.2. Trabajo de Gabinete.

(Ver original)

1.4.- CONCLUSIONES.

Teniendo en cuenta que las condiciones para la realización de este tipo de trabajos no han sido las más idóneas; a la vista de los resultados obtenidos se observan una serie de zonas de interés para una posterior confrontación con los estudios arqueológicos ya que en este tipo de trabajos la interpretación geofísica se ha de complementar con la arqueología para la obtención de unos resultados de interés.

Estas zonas (A y B) están perfectamente delimitadas en el plano base y presentan valores

anómalos de algún interés arqueológico a tenor de los valores medios de la zona.

También existen pequeñas zonas y puntos aislados a tener en cuenta en la excavación posterior con todo ello las zonas más interesantes son las zonas A y B del mapa desde el punto de vista geofísico.

Sísmica de Refracción.

Los tiempos obtenidos aparecen en las distintas hojas de campo que a continuación se reproducen

**GRUPO
GEOLÓGICO-MINERO
E.U.P.A.**

TRABAJO: Morcuera **PERFIL:** A-B, A'-B'

EQUIPO. Soiltest. **IMPLANTACIÓN:**

OPERADOR: L.M., O.P., J.M.I. **FECHA:** 23-6-1986.

IDA A-B (Distancia en metros)

2,5	5	7,5	10	15	20	25	30	35
4,1	4,2	4,4	4,5	4,6	4,6	4,7	4,7	4,9

VUELTA A'-B'

2,5	5	7,5	10	15	20	25	30	35
4	4,3	4,2	4,7	5	5	5,1	5,3	5,1

(Tiempos en Milisegundos)

**GRUPO
GEOLÓGICO-MINERO
E.U.P.A.**

TRABAJO: Morcuera **PERFIL:** C-D; C'-D'

EQUIPO. Soiltest. **IMPLANTACIÓN:**

OPERADOR: L.M., O.P., J.M.I. **FECHA:** 23-6-1986.

IDA C-D (Distancia en metros)

2,5	5	7,5	10	15	20			
3,8	4	3,7	3,8	4,1	4,2			

VUELTA C'-D'

2,5	5	7,5	10	15	20			
3,8	3,8	4	4,3	4,4	4,1			

(Tiempos en Milisegundos)

Sondeo Eléctrico Vertical (S.E.V.)

Los valores de resistividad obtenidos aparecen en la hoja de campo que a continuación se reproduce.

GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.						
TRABAJO N°:						
SITUACIÓN:						
ACIMUT AB:			ALTITUD:			
COORDENADAS X=			Y=			
AB/2	MN	mV	K	I	pa	Observaciones
1,5	1	8,3	6,28	9	5,8	
2	1	1,8	11,78	7	3,1	
3	1	1,0 4	27,48	12	2,4	
4	1	0,5	49,46	10	2,3 5	
5	1	0,3	77,72	10	2,4 5	
5	2	0,6 6	37,70	10	2,5	
7	2	0,3 3	75,40	11	2,3	
10	2	0,2 3	153,30	14	2,6	
10	5	0,7 5	58,90	19	2,3	
15	5	0,2 0	137,50	17	1,5	
17,5	5	0,0 8	247,50	16	1,3	
OPERADOR: L.M., O.P.; J.M.I. FECHA: 23-6-1986						

1.3.1.3. Calicatas Eléctricas. Wenner (C.E.)

Los valores de resistividad obtenidos aparecen en las distintas hojas de campo que a continuación se reproducen:

GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.				Geofísica C.E.	
Resistividades-Hojas de campo.					
Zona:		Perfil:		Operador:	
Morcuera		1		O.P.; L.M. y J.M.I.	
A 60 M		60 N 60 B 60		K= 3,76	
				Hoja n° 1	
Estación	I (mA)	Esc · Voll ·	V(mV)	ohm. m	Observaciones
1	19	10	6,5	1028 6	
2	15	"	6,5	1.629	
3	12	"	7	2.193	
4	13	"	8,4	2.429	
5	10	"	5,5	2.068	
6	25	"	8,1	1.218	
7	17	"	8,7	1.308	
8	25	"	6,9	1.526	
9	20	"	5,7	1.071	
10	15	"	6,2	1.554	
11	26	"	6,5	940	
12	26	"	5,9	853,2	
13	16	"	7,2	1.679	
14	13,5	"	4,2	1.169	
15	11	"	5,2	1.777	
16	7,5	"	5,4	2.707	
17	6,5	"	5,5	3.181	
18	12	"	5,9	1.848	
19	16	"	4,1	963	
20	9	"	4	1.671	
21	7	"	2,9	1.557	
Almaden, 1 de julio de 1986.					

GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.				Geofísica C.E.	
Resistividades-Hojas de campo.					
Zona: Morcuera		Perfil: 2	Operador: O.P.; L.M. y J.M.I.		
A 60 M 60 N 60 B 60		K= 3,76		Hoja nº 1	
Estación	I (mA)	Esc. Voll.	V(mV)	ohm. m	Observaciones
1	14	10	7,4	1.982	
2	9	"	11	4.595	
3	10	"	8,5	3.196	
4	14	30	11	2.954	
5	16,5	"	8,5	1.936	
6	9	"	8,5	3.551	
7	8	"	5	2.350	
8	22	"	7	1.196	
9	23,5	"	5,5	880	
10	23	"	5,2	850	
11	22	"	5	854	
12	19,5	"	6,5	1.253	
13	25,5	"	6,5	958	
14	9	"	4,5	1.880	
15	11	"	5,5	1.767	
16	16,7	"	5,5	1.767	
17	20,5	"	8	1.467	
18	13	"	7,5	2.169	
19	7	"	6,5	3.491	
20	6	"	4	2.506	
21	5	"	3,5	2.632	
Almaden, 1 de julio de 1986.					

GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.				Geofísica C.E.	
Resistividades-Hojas de campo.					
Zona: Morcuera		Perfil: 3	Operador: O.P.; L.M. y J.M.I.		
A 60 M 60 N 60 B 60		K= 3,76		Hoja nº 1	
Estación	I (mA)	Esc. Voll.	V(mV)	ohm. m	Observaciones
1	7,5	3	2	1.000	
2	6,8	10	8	4.423	
3	9,3	"	7,2	2.951	
4	13,5	30	12,5	3.481	
5	20,4	100	11	2.027	
6	9,6	"	14	5.483	
7	28	"	12	1.611	
8	32,1	"	10	1.171	
9	11	"	10	3.418	
10	16	"	11	2.585	
11	18	"	9	1.880	
12	15	"	9	2.256	
13	12	"	10	3.133	
14	13,7	"	7,5	2.058	
15	12,5	"	7,5	2.256	
16	15	"	9,5	2.381	
17	9	"	13	5.431	
18	9	"	9	3.760	
19	9	"	6	2.506	
20	20	"	6	1.128	
21	18,5	"	6,5	1.321	
Almaden, 1 de julio de 1986.					

GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.					Geofísica C.E.		GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.					Geofísica C.E.	
Resistividades-Hojas de campo.							Resistividades-Hojas de campo.						
Zona:		Perfil:		Operador:			Zona:		Perfil:		Operador:		
Morcuera		4		O.P.; L.M. y J.M.I.			Morcuera		5		O.P.; L.M. y J.M.I.		
A 60 M 60 N 60 B 60			K= 3,76		Hoja nº 1		A 60 M 60 N 60 B 60			K= 3,76		Hoja nº 1	
Estación	I (mA)	Esc. Voll.	V(mV)	ohm.m	Observaciones		Estación	I (mA)	Esc. Voll.	V(mV)	ohm.m	Observaciones	
1	9	3	1,3	543			1	25	30	6,5	977		
2	8,9	10	9	3.802			2	29	"	10	1.297		
3	10	"	7,2	2.707			3	22	"	11,5	3.750		
4	15,5	"	8,7	2.110			4	31	"	11,5	1.395		
5	8	"	8,5	3.995			5	19	"	10,5	2.078		
6	17,5	"	8,8	1.890			6	17	"	9,5	2.102		
7	11,5	30	11	3.596			7	18	"	9,5	1.948		
8	22	"	9	1.583			8	9	"	10	4.178		
9	26,5	"	8	1.135			9	11	"	7,5	2.564		
10	10	"	7,5	2.820			10	10	"	6,5	2.444		
11	13	"	7,5	2.169			11	9	"	5,5	2.298		
12	12	"	6,5	2.036			12	5	"	4,5	3.384		
13	27,5	"	7	957			13	23	"	7,5	1.226		
14	26	"	7	1.012			14	28	"	8,5	1.141		
15	23	"	6	980			15	23	"	6,5	1.063		
16	8	30	7,5	3.525			16	20	"	6,5	1.222		
17	9,5	"	7,5	2.968			17	21	"	8	1.432		
18	22	"	6,5	1.111			18	20	"	5,5	1.034		
19	8,7	"	5	2.161			19	4	"	2,1	1.974		
20	14	"	6	1.612			20	9	"	4	1.671		
21	16	"	4	940			21	7	"	2,5	1.343		
Almaden, 1 de julio de 1986.							Almaden, 1 de julio de 1986.						

GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.					Geofísica C.E.		GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.					Geofísica C.E.	
Resistividades-Hojas de campo.							Resistividades-Hojas de campo.						
Zona: Morcuera			Perfil: 6		Operador: O.P.; L.M. y J.M.I.		Zona: Morcuera			Perfil: 7		Operador: O.P.; L.M. y J.M.I.	
A 60 M 60 N 60 B 60			K= 3,76		Hoja nº 1		A 60 M 60 N 60 B 60			K= 3,76		Hoja nº 1	
Estación	I (mA)	Esc. Voll.	V(mV)	ohm.m	Observaciones	Estación	I (mA)	Esc. Voll.	V(mV)	ohm.m	Observaciones		
1	10	"	3,1	1.166		1	8	30	3	1.410			
2	9	10	5,8	2.423		2	8	"	4,5	2.115			
3	10	"	6,8	2.557		3	9	"	4,5	1.880			
4	13	"	9	2.603		4	6	"	4,5	2.820			
5	23,5	30	11	1.760		5	11,9	"	4,5	1.422			
6	8,2	"	7,7	3.530		6	6,5	"	5,5	3.182			
7	8,6	"	7,6	3.322		7	8,3	"	4,5	2.039			
8	15	"	7,2	1.804		8	6,5	"	4,5	2.603			
9	7,5	"	7	3.509		9	6,5	"	6	3.471			
10	17,8	"	7,5	1.584		10	10,5	"	5	1.790			
11	7,5	"	7	3.509		11	8,7	"	5	2.161			
12	8,8	"	5,5	2.350		12	7,2	"	5	2.611			
13	4,8	"	4,5	3.525		13	5,3	"	3,5	2.483			
14	4	"	3,5	3.290		14	3,5	"	1,5	1.611			
15	8,5	"	6	2.654		15	5	"	2	1.504			
16	11	"	5,5	1.880		16	8,7	"	3,5	1.513			
17	7,5	"	3,5	1.755		17	7	"	4	2.148			
18	9,5	"	5	1.979		18	3,2	"	1,2	1.410			
19	12	"	3,5	1.097		Almaden, 1 de julio de 1986.							
Almaden, 1 de julio de 1986.													

GRUPO GEOLÓGICO-MINERO E.U.P.A.				Geofísica C.E.	
Resistividades-Hojas de campo.					
Zona: Morcuera		Perfil: 8		Operador: O.P.; L.M. y J.M.I.	
A 60 M 60 N 60 B 60			K= 3,76		Hoja nº 1
Estación	I (mA)	Esc. Voll.	V(mV)	ohm.m	Observaciones
1	7,1	"	4	2.118	
2	8,1	30	4,5	2.089	
3	8,2	"	4	1.834	
4	11,2	"	6	2.014	
5	9	"	5	2.089	
6	7	"	6	3.223	
7	8,5	"	5	2.212	
8	14,5	"	3,5	908	
9	4	"	2	1.880	
10	6,6	"	4	2.279	
11	9,2	"	4	1.635	
12	9	"	3	1.253	
13	16,6	"	4	906	
14	7,1	"	2,5	1.324	
15	5,5	10	1,2	820	
Almaden, 1 de julio de 1986.					

PROSPECCIÓN SÍSMICA: CÁLCULOS

Perfil I

De la gráfica tiempo distancia (a) se obtiene:

IDA: A-B

$$\alpha = 75^\circ \quad V_{o1} = \frac{1}{\operatorname{tg} 75^\circ} = 0'268 \text{ m/ms.}$$

$$\beta = 6^\circ$$

$$t_{o1} = 3'9 \text{ mlgr.}$$

$$V_{1a} = \frac{1}{\operatorname{Tg} 6^\circ} = 9'5 \text{ m/ms.}$$

$$h_1 = \frac{V_{o1} \cdot V_{1a} \cdot t_{o1}}{2 \sqrt{V_{1a}^2 - V_{o1}^2}} = 0'52 \text{ cm.}$$

VUELTA: A' - B'

$$\gamma = 77^\circ.$$

$$\theta = 7'5^\circ \quad V_{o2} = \frac{1}{\operatorname{Tg} 77^\circ} = 0'230 \text{ m/ms.}$$

$$t_{o2} = 3'91 \text{ ms.}$$

$$V_{1d} = \frac{1}{\operatorname{Tg} 7'5^\circ} = 7'63 \text{ m/ms.}$$

$$h_2 = \frac{V_{o2} \cdot V_{1d} \cdot t_{o2}}{2 \sqrt{V_{1d}^2 - V_{o2}^2}} = 0'45 \text{ cm.}$$

$$h \text{ para el Perfil I} = \frac{h_1 + h_2}{2} = 0'48 \text{ cm.}$$

0'48 cm. es el espesor de recubrimiento para este perfil.

Perfil II.

De la gráfica tiempo distancia (b) se obtiene:

IDA: C - D.

$$\alpha' = 77^\circ \quad V_{o1'} = \frac{1}{\operatorname{tg} 77^\circ} = 0'230 \text{ m/ms.}$$

$$\beta' = 4^\circ$$

$$t_{o1} = 3'8 \text{ mlgr.}$$

$$V_{1a} = \frac{1}{\operatorname{tg} 4^\circ} = 14'30 \text{ m/ms.}$$

$$h_1 = \frac{V_{o1'} \cdot V_{1a} \cdot t_{o1}}{2 \sqrt{V_{1a}^2 - V_{o1'}^2}} = 0'438 \text{ cm.}$$

VUELTA: C' - D'

$$\gamma' = 77^\circ.$$

$$\theta' = 7'5^\circ \quad V_{o2'} = \frac{1}{\operatorname{tg} 76^\circ} = 0'249 \text{ m/ms.}$$

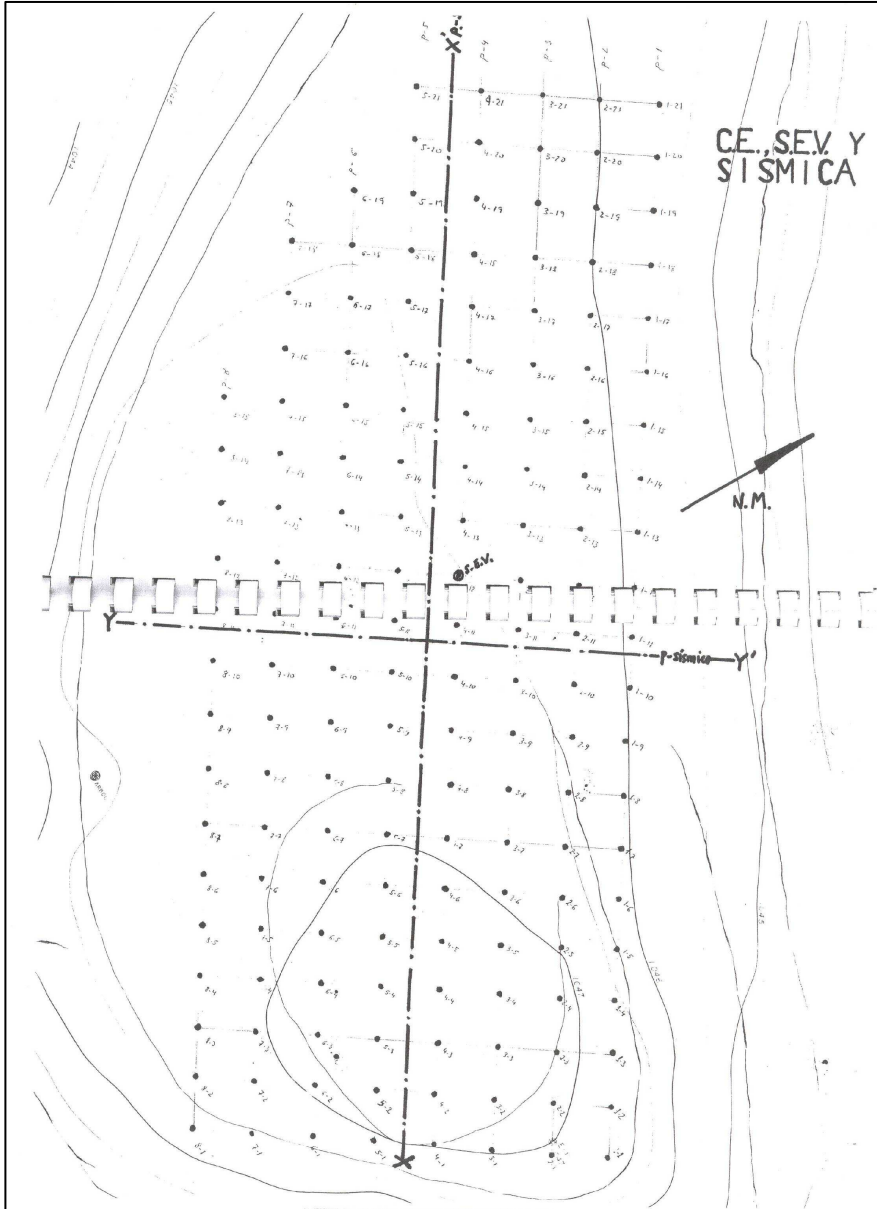
$$t_{o2'} = 3'9 \text{ ms.}$$

$$V_{1d'} = \frac{1}{\operatorname{tg} 6'5^\circ} = 8'77 \text{ m/ms.}$$

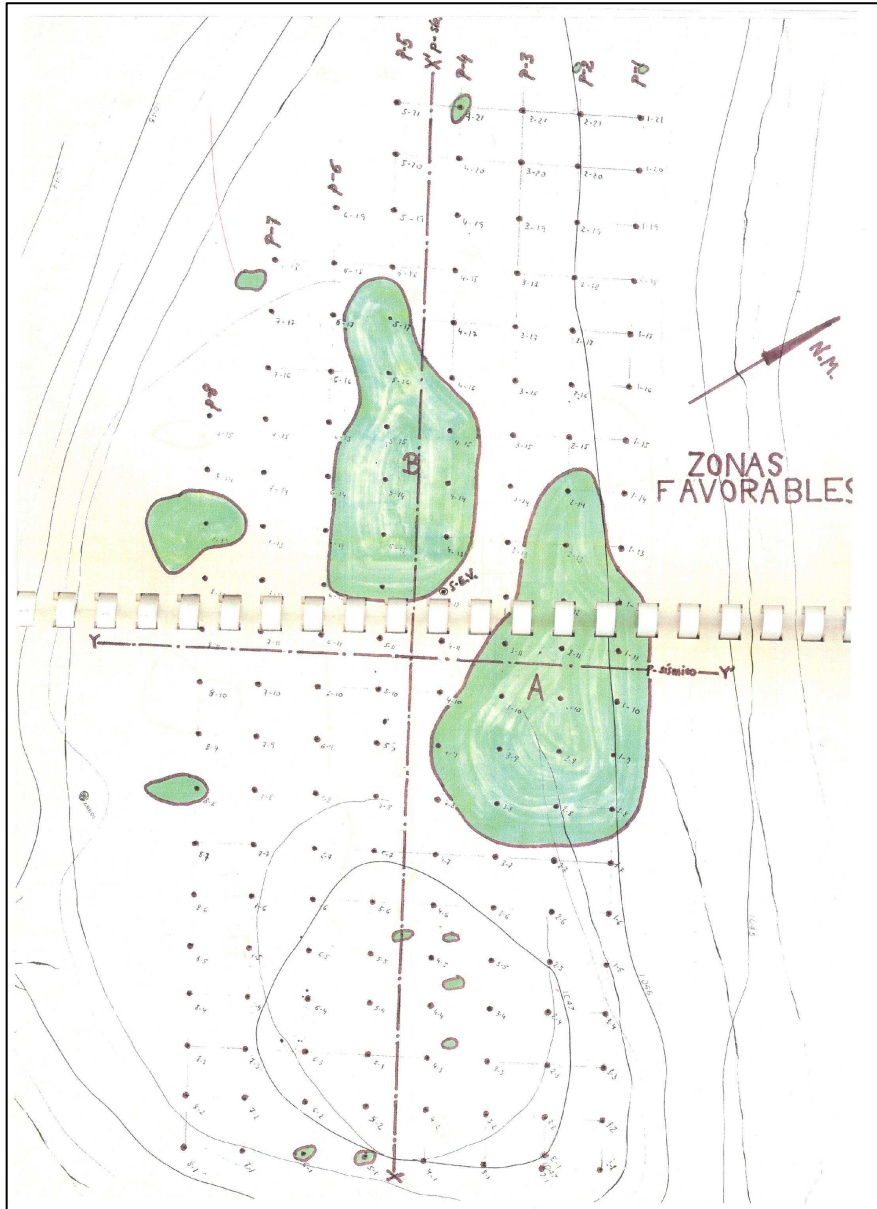
$$h_2' = \frac{V_{o2'} \cdot V_{1d'} \cdot t_{o2'}}{2 \sqrt{V_{1d'}^2 - V_{o2'}^2}} = 0'4857 \text{ cm.}$$

$$h \text{ para el Perfil II} = \frac{h_1' + h_2'}{2} = 0'46 \text{ cm.}$$

0'46 cm. es el espesor de recubrimiento para este perfil.



Distribución de las calicatas eléctricas



Localización de las áreas con alteraciones en la resistibilidad

Anexo 9 Inventario de los materiales recuperados en
Los Torojones de Morcuera (Soria):

- Cerámicas
- Elementos de Barro
- Piezas Líticas
- Localización de los materiales

Claves de Base de Datos Torojones Inventario de material cerámico

Se incluye el año correspondiente a la excavación.

Núm. Inv. (Número de inventario)

Corresponde al número correlativo de signatura. Existen repetidos que se diferencian con el correspondiente signo (*) en la casilla siguiente bis

Cuadro

Denominación del metro cuadro en el que se recogió, de acuerdo a la cuadrícula cartesiana.

Des_TAM (Tamaño desgrasante)

F fino
M medio
G grueso

Des_Tipo (Tipo desgrasante)

A caliza
B cuarcita
C gneis
D yesos
E cerámica triturada

Color

Tabla de Llanos y Vegas

Frag. (Fragmento).

Tipo
B borde
P pared
C carena
F fondo

Tratamiento

R rugoso
D descuidada
A alisada
B bruñida
E espatulada

Diámetro en centímetros

Forma

Lisa

L lisa

Decorada

D digitación borde
U ungulación borde
I incisión en borde

Loc. D (Localización decoración)

I interior
E exterior

Tipo Decor (Tipo decoración)

A incisas
A1 línea paralela
A2 línea vertical
A3 línea cosida
A4 retícula
A5 triángulo relleno
A6 espiga
A7 puntos
B1 boquique
C1 excisa
D plastica
D1 cordón paralelo
D2 cordón circular
D3 cordón entrecruzado
D4 pezón
E impresa
E1 digitación
E2 ungulación
E3 punta/punzón

Suspen_(Suspensión)

O orejeta
P pezón
A asa
R perforación

Fig. Núm. (número de figura)

Frag. (Numero de fragmentos pegados)

Pegan Cuadros (Cuadros de origen de los fragmentos pegados).

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	3		SUP	G	AB	3D5	B	B		C2	L						
1986	4		SUP	G	BE	2B3	F	R	16.		L						
1986	5		SUP	G	AB	2C6	P	B				E	D4				
1986	6		SUP	M	A	1B2	F	R			L						
1986	7		SUP	G	AB	2D5	BC	B	38.	B1	L						
1986	8		SUP	G	A	O/R	B	A		A1c	U						
1986	10		SUP	G	AB	O/R	P	D	29.			E	D1E1				
1986	11		SUP	M	A	1C3	B	A	22.	A3	D						
1986	12		SUP	G	A	1F1	B	A		D2a	D						
1986	13		SUP	G	AB	O/R	BP	B	15.		D						
1986	14		SUP	G	AB	2C5	B	B		A1b	L						
1986	15		SUP	G	A	1E1	B	B			L						
1986	16		SUP	M	A	1C2	B	B		D2b	D						
1986	17		SUP	G	C	3C4	B	A		D2b	D	E	D1				
1986	18		SUP	G	AB	2B4	P	A				E	D3E1		103		
1986	19		SUP	G	AB	2C5	P	B	23.			E	D4				
1986	21		SUP	M	A	2B5	B	B		A3	DU						
1986	22		SUP	G	A	3E3	B	B		D2a	U						
1986	23		SUP	M	A	O/R	C	B		B1	L						
1986	24		SUP	G	A	2D3	B	D		D1b	D	E	D1E1				
1986	25		SUP	M	AB	O/R	B	B	23.	C1	L					45	
1986	26		SUP	G	A	2D1	B	B	18.	A1b	L						
1986	27		SUP	M	A	3B3	P	A				E	D2E1			94	
1986	28		SUP	G	A	O/R	BP	A	12.	E	L					76	
1986	29		SUP	M	A	3E1	FP	A	5	E	L					79	
1986	30		SUP	F	A	1C2	P	A		E	L						
1986	31		SUP	G	A	O/R	B	E	20.	D1b	L					61	
1986	32		SUP	G	A	2C6	B	B	19.	D2a	D						
1986	33		SUP	G	AB	2C5	B	B		A1c	L						
1986	34		SUP	G	AB	3C5	P	B	25.			E	D2E1				
1986	35		SUP	M	AD	2E4	F	A	14.		L						
1986	36		SUP	M	AB	2B4	P	B	38.			E	D4				
1986	39		SUP	F	AB	1C3	B	B		A1c	L						
1986	40		SUP	G	AB	2B4	B	A			L					O	
1986	41		SUP	G	A	2B5	F	A			L						
1986	42		SUP	G	AB	O/R	P	A	30.			E	D4				
1986	43		SUP	G	A	O/R	F	B			L						
1986	44		SUP	M	B	2C2	B	A	21.	A3	L						
1986	45		SUP	G	A	2B4	P	A				E	D2E1			95	
1986	46		SUP	M	A	2B5	B	D		D2b		E	D3				
1986	47		SUP	G	A	2E3	P	D				E	D3E1			99	
1986	49		SUP	G	AB	3B2	B	A		D1b	DU	E	D1E1-2				
1986	50		SUP	M	AB	2B4	B	A	10.	A1c	L					18	
1986	51		SUP	G	B	2B5	B	A			D			OO		81	
1986	52		SUP	F	AB	2C3	F	A	16.		L						
1986	53		SUP	G	A	O/R	B	A		D1b	DU						
1986	54		SUP	M	AB	2B5	B	D		D1b		E	D1				
1986	56		SUP	G	AB	1H1	P	A	25.5			E	D1E1				
1986	57		SUP	G	AB	2A4	P	D	27.			E	D1E1				
1986	58		SUP	G	A	O/R	B	B	30.	D1b	D						
1986	59		SUP	M	A	2D6	B	B		D1b	D						
1986	60		SUP	G	AE	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	61		SUP	G	AB	1C3	F	D	17.		L						
1986	62		SUP	G	A	2C7	B	B		C2	I						
1986	63		SUP	G	A	2B4	F	D			L						
1986	64		SUP	G	A	2C6	C	D			L						
1986	65		SUP	M	A	2D2	F	A	8		L						
1986	66		SUP	F	AB	2C3	B	E	38.	D1b	L						
1986	67		SUP	G	A	O/R	P	A			L				A		
1986	68		SUP	M	A	2B4	F	B	13.		L						
1986	69		SUP	F	AB	2B5	B	A	35.	D2b	DU						
1986	70		SUP	G	AB	2C4	P	A				E	D3			100	
1986	71		SUP	M	A	2B4	P	A				E	D1E1				
1986	72		SUP	G	A	2G1	P	A	25.			E	D1E1				
1986	73		SUP	G	A	2D5	P	A			L						
1986	74		SUP	G	AB	1E1	B	A	30.	D1b	DU						
1986	75		SUP	G	A	2D3	P	A				E	D4				
1986	76		SUP	G	A	2D4	B	B		D2b	D						
1986	77		SUP	F	AB	2C3	C	E		B1	L						
1986	78		SUP	G	A	O/R	B	B	10.	C1	L					47	
1986	79		SUP	G	A	2E5	BP	B	29.	C2	DU					49	

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	80		SUP	M	AB	O/R	B	A	19.	A3	U				29		
1986	81		SUP	M	AB	2A6	F	D			L						
1986	82		SUP	G	A	2D5	BP	B	12.	A1a	L				8		
1986	83		SUP	M	A	2A5	P	B				E	D4				
1986	84		SUP	G	A	2C6	B	A	16.	D1a	L						
1986	85		SUP	M	A	2B4	BP	A	16.	D2a	D						
1986	86		SUP	M	A	O/R	B	B		D2b	DU						
1986	87		SUP	G	A	2D6	P	D	32.			E	D4				
1986	88		SUP	G	A	2B4	B	A	16.	A3	D				28		
1986	89		SUP	M	AB	2C6	B	B	13.	A1a	L				7		
1986	90		SUP	G	A	2A3	P	B				E	D4				
1986	91		SUP	G	AB	2C2	P	B	38.			E	D4				
1986	92		SUP	G	AB	2D7	P	B	34.			E	D4				
1986	93		SUP	M	AB	2E4	BC	B	30.	B1	I			A	39		
1986	94		SUP	M	AB	2H1	CP	B	36.	B1	L				38		
1986	95		SUP	G	AB	2E5	P	A				E	D1E1				
1986	97		SUP	M	A	2C3	B	B	22.	A1c	L			O			
1986	98		SUP	G	AB	2B5	P	A				E	D1E1				
1986	99		SUP	G	A	2B3	B	A		D2a	D						
1986	100		SUP	G	AB	O/R	P	A	29.			E	D3E1				
1986	102		SUP	G	AB	3C5	B	B	20.	A1b	L						
1986	103		SUP	M	A	3B5	BP	A	18.	C2	D				51		
1986	104		SUP	G	AB	2B6	BP	B	13.	C2	L				50		
1986	105		SUP	G	AB	2A4	BP	B	13.	C2	L						
1986	106		SUP	M	A	2A4	B	B		D1a	U						
1986	107		SUP	G	AB	O/R	B	A	36.	D1b	D						
1986	108		SUP	G	AB	2C7	B	B	18.	A1c	L				19	2	
1986	109		SUP	G	AB	2C4	P	A	36.			E	D4		87		
1986	110		SUP	M	AB	2A6	B	B	18.		L						
1986	111		SUP	G	AB	O/R	P	D				E	D3				
1986	112		SUP	G	AB	O/R	P	R				E	D1E1				
1986	113		SUP	G	AB	O/R	F	D	17.		L				127		
1986	115		SUP	M	A	2B5	P	A				E	D1E1				
1986	116		SUP	G	AB	1A4	F	A	13.		L						
1986	118		SUP	G	A	1D1	BP	A	23.	D1b	D	E	D1		58		
1986	119		SUP	G	AB	O/R	F	A	10.		L						
1986	120		SUP	G	AB	O/R	BPC	B	24.	B2	L				42		
1986	121		SUP	F	A	2B5	P	B				E	D2E1		98		
1986	122		SUP	M	AB	2D3	B	A	14.	A1b	L				12		
1986	123		SUP	M	C	2B4	BPC	B	30.	B2	L			P	43	2	
1986	124		SUP	G	BE	1E2	P	A				E	D4				
1986	125		SUP	G	AB	O/R	P	A	30.			E	D1E1				
1986	126		SUP	G	AB	2B4	P	A				E	D3E1				
1986	127		SUP	G	A	1E1	PC	A	18.	B1	L				35		
1986	128		SUP	M	AB	2B5	P	D				E	D3E1		96		
1986	129		SUP	G	AB	2C5	BP	A	24.	D2b		E	D1-2-3		71		
1986	130		SUP	F	A	2C5	B	B			D						
1986	131		SUP	F	A	1B2	F	A	26.		L						
1986	132		SUP	F	AB	2E6	B	A	16.	A1d	L						
1986	133		SUP	G	AB	1E2	BP	A	24.5	D1b	U	E	D1		60		
1986	134		SUP	G	AB	1E2	P	A	20.			E	D1E2		101		
1986	136		SUP	G	A	2D1	P	A				E	D3E1		93		
1986	137		SUP	M	BC	2D4	P	D				E	D4				
1986	138		SUP	G	A	O/R	B	A	21.	A1c	L						
1986	139		SUP	M	B	2D4	B	B		D2b	L						
1986	140		SUP	M	A	1E3	B	A		C2	D						
1986	141		SUP	G	A	1B2	B	A	10.	A1c	L						
1986	142		SUP	F	A	O/R	B	A	13.	A1b	L						
1986	143		SUP	G	AB	2C4	B	A	19.		U						
1986	144		SUP	G	AB	2C5	B	B		A1b	L						
1986	145		SUP	G	AB	2B5	F	A	21.		L						
1986	146		SUP	G	A	2D4	B	A		A3	D						
1986	147		SUP	G	A	2B4	B	A		D2b	U	E	D1				
1986	148		SUP	M	A	2D3	P	B				E	D2E1				
1986	149		SUP	G	A	O/R	B	A	22.	D2b		E	D1	O	73		
1986	150		SUP	G	AB	1A2	BP	A	28.5	D1b	D	E	D1		64		
1986	151		SUP	F	A	2E1	B	A		D2a	I						
1986	152		SUP	F	A	O/R	B	B	17.	A1b	L						
1986	153		SUP	G	A	1D2	P	A	32.			E	D4				
1986	154		SUP	M	A	2C4	B	A		D2a	D						
1986	155		SUP	G	A	O/R	P	B	14.		L			A			

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	156		SUP	G	A	O/R	B	A	24.	D2b	D	E	E2				
1986	157		SUP	G	AB	2B4	F	A	20.		L						
1986	158		SUP	M	A	2D5	F	A	11.		L						
1986	159		SUP	M	B	O/R	P	A				E	D4		88		
1986	160		SUP	M	A	2D3	B	A	13.	C2	D						
1986	161		SUP	M	AB	3C3	BP	A	32.	D1b	D	E	D1		65		
1986	162		SUP	G	AB	2B4	B	B		D2a	DU						
1986	163		SUP	G	AB	2A3	BP	A	15.5	D1b	D	E	D1E2		66		
1986	164		SUP	M	A	2C6	P	B				E	E1				
1986	165		SUP	G	AB	2B5	P	A				E	D1E1				
1986	166		SUP	G	A	2D5	F	R	13.		L						
1986	167		SUP	G	A	1B2	F	A			L						
1986	168		SUP	G	B	2C4	B	A	19.	D2a	L						
1986	169		SUP	G	A	3C3	P	A				E	D1E1				
1986	170		SUP	M	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	171		SUP	G	AB	O/R	BP	A	31.	D1b	DU	E	D1E1				
1986	173		SUP	G	A	O/R	B	E	21.	D1a	L						
1986	174		SUP	G	A	2B4	BP	A	25.	D2b		E	D1E1		75		
1986	175		SUP	G	AB	2E1	BP	B	20.	C2	DU						
1986	176		SUP	G	A	O/R	F	D	23.		L						
1986	177		SUP	M	AB	2D3	B	B	24.	D2a	D						
1986	178		SUP	M	A	2B2	B	A		D1b	D	E	D1E1				
1986	179		SUP	G	A	2E3	B	A	28.	D2b	D						
1986	180		SUP	M	A	2C5	F	R			L						
1986	181		SUP	G	A	2B7	P	A	16.	E	L						
1986	182		SUP	G	A	2A3	P	A	10.	E	L						
1986	186		32C	M	A	O/R	P	A				E	D1E1-2				
1986	196		SUP	G	A	1C4	B	A	30.5	A1d	D						
1986	199		25A	F	A	O/R	B	A	15.5		L				85		
1986	200		25A	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	210		25A	M	A	1H2	B	A	16.	C2	D				52		
1986	245		4I	F	AB	O/R	A	A			L			A			
1986	249		CII	M	AB	O/R	B	B	14.	A1b	L						
1986	250		CII	M	A	1A4	P	A				E	D1E1				
1986	254		CII	M	AC	2E1	F	A	20.		L				116		
1986	269		30E	M	A	2C1	BP	E	15.	B1	L						
1986	270		30B	M	B	2B1	B	B			D						
1986	284		4J	M	A	O/R	F	A			L						
1986	285		4J	G	A	1B4	B	E		D1b	L						
1986	287		4J	F	A	1A4	B	A			L						
1986	290		4G	M	B	2C5	B	A			L						
1986	291		6H	G	A	1D4	B	A		D2b	D						
1986	293		2G	G	A	1B4	F	A			L						
1986	294		2G	M	A	3B3	F	A			L						
1986	295		2G	M	A	1A5	B	E		A1b	L						
1986	297		2G	M	A	2B3	B	E		A1c	L						
1986	301		2G	F	AB	O/R	B	E	23.	D2b	D				2		
1986	303		CIII	M	A	2C5	B	B		D2a	DU						
1986	304		CIII	M	AB	3B5	B	D		D2a	D						
1986	305		CIII	M	A	1E3	P	A	38.			E	D1E1				
1986	306		CIII	G	A	2B5	B	A	37.		DU						
1986	307		CIII	F	AB	1A3	B	A		A1b	L						
1986	308		CIII	M	A	O/R	B	B	20.	A3	I				31		
1986	309		CIII	M	AB	2B5	B	A			L						
1986	310		CIII	G	A	1C5	P	A				E	D1E1				
1986	311		CIII	M	AB	O/R	P	D			L						
1986	312		CIII	M	A	2E5	B	A			L						
1986	313		CIII	F	A	O/R	B	B			D						
1986	314		CIII	G	A	2C4	B	A		D2a	DU						
1986	315		CIII	G	B	2C6	F	B			L						
1986	316		CIII	G	A	2G1	B	D	34.	D1		E	D1	O		2	
1986	317		CIII	M	B	2C7	F	A			L						
1986	318		CIII	M	AB	2B4	F	A			L						
1986	322		CIII	M	A	O/R	B	A			L						
1986	323		CIII	M	A	2E5	B	A		D2b	D						
1986	324		CIII	M	AB	2C5	B	E		A3	DU						
1986	325		CIII	M	A	1B2	B	A			L						
1986	326		CIII	F	A	3A5	B	A		A3	D						
1986	334		CIII	G	A	2B3	P	A	31.			E	D1E1				
1986	351		CIII	M	AB	O/R	B	A	22.5	C2	I						
1986	352		30B	M	A	2C5	B	B		C1	L						

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	357		30B	M	AB	3C4	BP	B	15.5	C1	L					3	
1986	362		30B	G	B	O/R	P	B				E	D1E1				
1986	372		30B	F	AB	2G4	B	B	32.	A1c	U		O				
1986	374		30B	G	AE	2B2	F	R	19.		L				122		
1986	375		30B	F	AB	2B5	BP	B	4.5		L			R	82		
1986	378		30B	M	A	2B5	B	B			L						
1986	385		30B	M	A	2B5	P	A				E	D1E1				
1986	396		30B	G	A	2B6	F	A	13.		L				117		
1986	398		30B	G	A	1B3	P	A			L						
1986	405		30B	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	408		30B	M	A	2B3	F	A	9		L				119		
1986	423		30F	M	AB	2B4	B	A		D2a	D						
1986	424		30F	G	AB	1A4	P	A				E	D4				
1986	425		30F	M	A	2A4	B	A			D						
1986	426		30F	M	AB	O/R	B	A	21.	A2	D						
1986	428		30F	F	AB	3A3	P	A				E	D1E1				
1986	441		11F	F	AB	1B2	B	B			D						
1986	460		11E	F	A	1E3	B	B			L						
1986	462		11E	M	AB	O/R	B	A	21.	A2	D						
1986	468		11E	M	A	2B5	F	R			L						
1986	471		11D	M	A	1B4	B	A	18.	A1b	L						
1986	472		11D	M	A	2H3	B	A			L						
1986	473		11D	F	AB	1G1	B	B			L						
1986	475		11D	M	A	2F4	P	A				E	D1E1				
1986	476		11D	F	AB	2C6	B	A		A1b	L						
1986	480		11B	M	AB	1B3	F	A			L						
1986	484		11B	M	A	1C4	B	B			DU						
1986	485		32B	G	AB	O/R	F	R	25.		L				121		
1986	495		32B	G	A	O/R	F	A			L						
1986	519		32F	M	AB	2F2	B	A		D2b	D			O			
1986	522		11A	M	A	4C6	F	A	15.		L						
1986	523		11A	M	AB	1F2	P	A				E	D4		89		
1986	524		11A	M	A	O/R	C	B	15.	B1	L						
1986	526		11A	M	A	O/R	F	B	23.		L						
1986	532		11A	F	AB	O/R	P	A				E	D1E1-2				
1986	535		11A	M	A	1D4	B	B			D						
1986	538		11A	M	A	1F1	P	A	28.			E	D4				
1986	543		11A	M	A	O/R	F	A	12.		L						
1986	544		11A	M	AB	O/R	B	A			L						
1986	547		11A	M	AB	O/R	F	D			L						
1986	557		11A	M	AB	1H1	B	A		D2a	D						
1986	561		30E	F	A	1B3	B	E	20.	D2b	I						
1986	562		30E	G	AB	3B4	B	B		A2	D						
1986	563		30E	G	AB	2E2	P	D				E	D1E3				
1986	565		30E	M	A	1B2	F	R			L						
1986	568		30E	M	AB	2C5	P	A	20.5		L			A	110	2	
1986	579		13E	M	A	2E4	B	B			L						
1986	582		13E	M	AB	O/R	B	A			D						
1986	591		13A	M	A	2C3	B	B	32.	D2b	DU						
1986	592		13A	M	AB	3E2	F	A	12.		L				124		
1986	593		13A	M	AB	6E2	F	R			L						
1986	595		13A	M	AB	2D2	B	B			L						
1986	596		13A	M	AB	1B3	P	A				E	D2E1				
1986	597		13A	F	A	1C4	P	A				E	D1E1				
1986	602		32A	M	A	2C5	B	B			L						
1986	605		32A	M	A	2B5	B	B	20.		L						
1986	617		11B	M	AB	2C5	F	A			L						
1986	633		13D	G	A	O/R	BP	A	16.	D1a	L				54		
1986	634		13D	G	AB	2C3	F	R			L						
1986	637		13D	M	A	O/R	P	A			E						
1986	640		13D	M	AC	2H3	FP	B	6.5		L				115		
1986	641		13D	M	B	2C5	B	A			L						
1986	642		13D	G	A	O/R	BP	A		D1a	D						
1986	644		13D	M	A	1D3	B	B			L						
1986	647		13D	M	A	1D3	B	A	34.	D2b	D	E	D1				
1986	659		11D	G	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	665		CIV	G	A	O/R	B	A		A2	D					2	
1986	666		CIV	M	A	3B4	B	B	19.5	D2b	U			O			
1986	667		CIV	M	A	2E6	B	B		C1	L			O			
1986	668		CIV	M	AB	3B4	P	A	25.			E	D1E1				
1986	669		CIV	M	A	1D3	B	B			D						

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	670		CIV	M	A	O/R	B	B	27.	A1c	L			O			
1986	672		CIV	G	A	1C4	B	B		A1a	L						
1986	673		CIV	M	A	2C5	BP	B	18.5	A1a	L				4	2	
1986	675		CIV	M	AB	O/R	F	B			L						
1986	676		CIV	M	A	1G3	B	A		A1b	L						
1986	677		CIV	F	A	2E5	P	B				E	A1-2-7		83		
1986	678		CIV	F	AB	O/R	B	B	17.	A1d	L			O		2	
1986	679		CIV	G	B	1F2	BP	A		A2	L					2	
1986	680		CIV	M	B	1H3	P	A				E	D4				
1986	681		CIV	G	AB	O/R	F	R			L						
1986	700		CIV	M	A	2C7	B	A			L						
1986	702		CIV	G	A	1H1	P	D				E	D1				
1986	734		CIV	G	A	1H1	P	B	25.			E	D1E1				
1986	748		CIV	F	A	2C6	B	A			L						
1986	754		32A	M	AB	O/R	P	D	18.			E	D1E1-2				
1986	755		32A	M	AB	3B5	P	A				E	D4			3	30A
1986	757		32A	M	A	2B6	P	A				E	D4				
1986	766		32A	F	AB	2B2	P	A				E	D4				
1986	768		32A	M	A	O/R	P	A				E	D1E1-2				
1986	772		32A	G	AB	2B8	F	R	14.		L						
1986	780		32A	M	A	O/R	B	B		A1b	L						
1986	786		CIV	G	A	5G1	B	B		C1	L			O		2	
1986	787		CIV	G	A	3C4	F	A			L						
1986	789		CIV	M	AB	O/R	BP	B	18.	A1d	L			O	20	6	
1986	811		CIV	M	A	O/R	B	E		A1b	L						
1986	812		CIV	M	A	2G2	F	A			L						
1986	819		CIV	M	AB	3D3	P	A				E	D1E1				
1986	820		CIV	M	AB	O/R	B	A	18.	A1d	L				24		
1986	822		CIV	G	A	2D6	P	A	32.			E	D1E1				
1986	825		CIV	M	A	2C2	F	A			L						
1986	827		CIV	M	AB	4F2	P	A				E	D1E1				
1986	832		CIV	M	A	O/R	B	B		A2	I						
1986	836		CIV	F	A	O/R	B	B			L						
1986	843		32C	M	A	2B5	F	A			L						
1986	851		32C	M	A	1D2	P	B				E	D1E1-2				
1986	852		32C	M	AB	1B2	F	A			L						
1986	871		CIV	G	AB	2B4	B	D	20.	D1b	D			O			
1986	875		30C	G	AE	1A4	P	A				E	D1E1				
1986	885		32D	M	A	2B6	B	A			D					2	
1986	888		32D	F	A	1A4	B	A			L						
1986	892		30E	F	A	O/R	B	B			L						
1986	893		30D	F	A	5H1	B	A	25.	D1b	DU				59	4	
1986	895		30D	M	AB	5F4	BP	A		D1b	D					2	
1986	896		32E	F	A	2C5	B	A			L						
1986	897		32C	M	A	2D2	P	A	40.			E	D1E1		109	5	
1986	908		32C	G	A	2C6	BP	B	26.5	D1b	DU	E	D1E1		62	2	
1986	911		32C	G	AB	O/R	B	A		D1a	DU						
1986	913		32C	M	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	914		32C	G	AB	O/R	B	A	39.	D1b	D				63		
1986	927		32C	G	AB	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	931		32C	F	AB	O/R	A	A			L						
1986	953		30B'	F	AB	1C4	B	A		A1b	L						
1986	969		13E	G	A	2G3	P	A				E	D1E1				
1986	977		13E	G	A	2B3	B	A		D2a	D						
1986	978		13E	F	AB	2B2	B	A	14.	A1c	L						
1986	980		13E	F	AB	1B2	B	A			D						
1986	983		13E	F	AB	2D1	B	A			L						
1986	998		13B	F	AB	O/R	P	A			E	L					
1986	1006		13B	F	EB	O/R	B	E	17.	A1b	L						
1986	1008		13B	G	AB	1A3	P	A				E	D1E1				
1986	1012		13B	M	A	O/R	BP	E	13.	A1b	L				10	3	
1986	1013		11B	M	AB	2I1	F	R			L						
1986	1014		11B	M	AB	3F1	P	A				E	D3E1				
1986	1015		11B	M	AB	O/R	P	D				E	D4			2	
1986	1018		CIV1	G	AB	1A5	B	A		A1b	L						
1986	1019		CIV1	G	A	2D6	B	A		A1a	L						
1986	1020		CIV1	M	A	2B4	B	A		A1a	L						
1986	1021		CIV1	F	A	2C5	BP	B		A2	L						
1986	1022		CIV1	F	A	2D7	B	B		D1b	D						
1986	1023		CIV1	M	A	2C5	B	B			L						
1986	1024		CIV1	F	A	2E7	B	B		D1b	D						

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	1025		CIV1	F	A	2D5	B	A	16.5	D1b	D	E	D1E1-2				
1986	1026		CIV1	G	A	3C4	P	A			L			P	91		
1986	1027		CIV1	G	A	2B6	P	A				E	D1E1				
1986	1028		CIV1	F	A	2D5	B	E		A1b	L						
1986	1029		CIV1	M	A	2B4	F	A	5.	E	L				78		
1986	1030		CIV4	G	A	2G4	B	A	23.	D2b	DU	E	E1-2		74		
1986	1031		CIV4	G	AB	2D5	P	A				E	D4				
1986	1032		CIV4	M	AB	1H3	B	B			L						
1986	1033		CIV4	M	AB	3F1	BP	A		A2	L						
1986	1034		CIV4	M	A	1A4	P	B			L			A			
1986	1035		CIV4	F	A	O/R	B	E		A1b	L						
1986	1036		CIV4	M	A	O/R	F	A			L						
1986	1037		CIV4		A	2B5	B	A		A1b	L						
1986	1038		CIV4	M	A	1D3	B	A	24.	D1b	D						
1986	1039		CIV4	M	A	2C6	BP	A		D1a	L						
1986	1041		CIV4	M	AB	2C6	B	A	19.	D1b	L						
1986	1042		CIV4	M	A	2B6	F	A	36.		L						
1986	1043		CIV4	M	A	O/R	BP	A	10.5	D2a	U				69		
1986	1044		CIV4	M	AB	O/R	A	A			L			A			
1986	1046		CIV4	G	A	1B3	B	E			L						
1986	1047		CIV4	G	AB	O/R	F	R	12.		L						
1986	1048		CIV4	M	AB	1C2	BP	A	31.5	D1b	DU						
1986	1049		CIV4	G	AE	1D4	F	R	21.		L						
1986	1050		CIV4	F	AB	1D4	B	E		C2	L						
1986	1051		CIV4	F	A	1E1	B	A			L						
1986	1052		CIV4	M	A	2C6	B	D		D1b	DU			O			
1986	1053		CIV4	M	A	2B7	B	A		D1a	D						
1986	1054		CIV4	G	AB	2B4	F	A			L						
1986	1055		CIV4	G	AB	2E4	F	D			L						
1986	1056		CIV4	G	AB	2C4	P	A				E	D1E1				
1986	1057		CIV4	M	A	1H2	P	A				E	E1		102		
1986	1058		CIV4	M	AB	1A2	B	A		D1a	D						
1986	1059		CIV4	M	A	O/R	B	A		A1b	L						
1986	1060		CIV4	M	B	2E4	P	A				E	D1E1-2				
1986	1062		CIV4	G	AB	2A7	F	A			L						
1986	1063		CIV4	F	A	2F4	B	A		A1b	L						
1986	1065		CIV4	F	AB	2G2	B	B		A1b	L						
1986	1066		CIV4	F	AC	1C3	B	A	20.	B1	L						
1986	1067		CIV4	F	AB	O/R	BP	B	19.	A1a	L				5		
1986	1068		CIV4	M	A	O/R	B	B			L						
1986	1070		CIV4	G	A	O/R	F	A			L						
1986	1071		CIV4	G	AB	O/R	F	A	14.		L						
1986	1072		CIV4	M	C	2D6	B	A	19.5	D1a	D						
1986	1074		CIV4	G	A	3B4	B	B	27.	A2	D				30		
1986	1075		CIV4	M	AE	1B3	F	A			L						
1986	1076		CIV4	F	AB	2C5	B	A			L						
1986	1079		CIV4	G	A	2B3	BP	A	23.	D1b	D	E	D1				
1986	1081		CIV4	G	AB	2C5	F	A	10.		L				126		
1986	1082		CIV4	G	A	2D2	B	A			L						
1986	1083		CIV4	M	A	11	B	B		D1a	L						
1986	1084		CIV4	M	A	1D3	B	E	13.	C2	L						
1986	1085		CIV4	G	A	1C4	B	A	27.	D1b	D			O			
1986	1086		CIV4	F	A	6H1	B	A			L						
1986	1088		CIV4	F	A	1E4	B	B			L						
1986	1091		CIV4	G	AB	4D6	P	A				E	D1E1				
1986	1092		CIV4	M	A	1A3	B	A	15.	D1a	D						
1986	1100		CIV4	F	AB	1E3	B	B	20.	A1b	L						
1986	1105		CIV4	M	A	2E5	F	A	15.		L						
1986	1107		CIV4	M	A	O/R	P	A				E	D1E1		104		
1986	1110		CIV4	M	AB	2B5	BP	A	10.5		D						
1986	1115		CIV4	F	AB	O/R	B	A		D1a	DU			O			
1986	1118		CIV4	G	A	1A4	B	B		A2	D			O			
1986	1119		CIV4	G	A	1D4	B	B	13.	A1b	L						
1986	1123		CIV2	G	A	2C6	B	A	16.	C1	L				48		
1986	1125		CIV2	M	AB	2A4	B	A		D2a	D						
1986	1129		CIV2	M	A	2D3	B	A			L						
1986	1136		CIV4	F	A	O/R	F	A			L						
1986	1146		CIV4	F	A	O/R	B	B			D						
1986	1148		CIV4	M	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	1172		CIV4	G	A	O/R	BP	E		D2a	DU						
1986	1189		20C'	M	A	2G4	B	E	13.	C1	L			O			

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	1190		20C'	F	A	2H4	B	E	29.5	A2	D				32		
1986	1191		20C'	F	AB	1D3	B	A		D1a	D						
1986	1204		28C'	G	A	1D4	B	A		D2b	L					2	
1986	1206		28C'	G	AB	1B3	P	A				E	D4		86	13	28D'
1986	1209		28C'	G	A	O/R	F	R	14.			E	A4		118	8	28D'
1986	1221		28C'	F	A	2C4	B	A		D2a	D						
1986	1223		28C'	M	AB	O/R	BP	A	14.	A1a	L				9		
1986	1227		28C'	M	AB	1B2	B	A			D	E	D4				
1986	1234		28C'	M	A	O/R	BP	A	20.	A1a	L						
1986	1237		28C'	M	A	O/R	BP	B	19.5	A1a	L				3	2	
1986	1245		28C'	M	AB	1H1	B	A			L					2	
1986	1246		28C'	G	A	O/R	BP	E	17.	B1	L						
1986	1254		28C'	M	A	1C2	B	B			I						
1986	1257		28C'	F	A	1D2	B	B		A1b	L				11	2	
1986	1264		28C'	G	A	1C4	F	D	20.		L					2	28D'
1986	1266		28C'	G	AB	O/R	P	A	26.	D1b		E	D3				
1986	1270		28D'	F	A	2E3	BP	A	22.	D2a	D				67	5	
1986	1272		28D'	F	A	O/R	BP	B	20.	A1a	L					2	
1986	1281		28D'	G	BC	1G2	B	A			L			O			
1986	1289		28D'	F	A	O/R	B	A	15.	A2	DU			O	27		
1986	1291		28D'	M	A	O/R	B	B			D						
1986	1297		28D'	F	AB	1C3	B	B			L						
1986	1299		38C'	M	AB	O/R	F	B	10.		L				120		
1986	1301		38C'	M	A	1D2	BP	A	19.	A1a	L				2		
1986	1320		18D'	G	A	3B4	BP	A		D2b	DU	E	D1E1-2				
1986	1329		36D'	F	A	1B3	B	A			D						
1986	1331		36D'	M	AB	O/R	BP	A	30.	D1b	DU						
1986	1337		36D'	G	B	1G4	P	A			L			P		15	
1986	1344		CIV2	M	AB	2C5	B	B		A3	D					2	
1986	1358		CIV2	F	A	1D5	F	A		E	L						
1986	1369		36B'	M	AB	3G4	B	B			L					2	
1986	1379		22C'	F	A	2E3	B	A			U						
1986	1381		20D'	M	AB	1C3	P	B			L			A			
1986	1382		20D'	M	AE	2C6	B	B			L						
1986	1385		20D'	F	AB	1E4	B	B			L						
1986	1386		20D'	M	A	1H1	F	B			L						
1986	1391		22D'	M	A	2C7	B	E		A1a	L						
1986	1393		18C'	F	A	O/R	BP	B	20.	A1a	L				1		
1986	1401		18C'	G	A	1C4	B	E		A1b	L						
1986	1402		18C'	M	A	1A2	B	A	21.5	A1a	L						
1986	1410		36C'	M	A	O/R	F	A			L				114		
1986	1411		36C'	G	A	3H1	B	A		D1b		E	D1E1				
1986	1412		36C'	M	A	2B6	B	A			L						
1986	1433		18D'	G	A	O/R	B	E	12.	A1c	L				15	3	
1986	1435		18D'	M	A	2B5	F	A			L						
1986	1441		18C'	G	A	1D3	BP	E	19.	C2	DU						
1986	1442		18C'	G	A	2D7	B	A			D						
1986	1448		18C'	G	A	O/R	B	B		A2	L						
1986	1449		18C'	G	A	O/R	F	R			L						
1986	1452		22C'	F	A	1D2	P	A				E	D4				
1986	1490		24D'	G	AC	2F2	BPF	A	13.	D1a	L			O	53	20	
1986	1491		CIV2	G	A	O/R	P	A	17.			E	D1E1				
1986	1494		CIV2	F	A	2B6	B	B			L						
1986	1509		CIV2	M	A	2B6	P	A				E	D3E1		97		
1986	1512		CIV2	G	A	2B6	B	A		D2a	DU						
1986	1518		CIV2	G	A	1A4	B	D		D2b		E	D1	O			
1986	1520		CIV2	M	A	1A4	B	B			L						
1986	1544		CIV2	M	A	O/R	B	A	10.5	A1d	L				23		
1986	1560		24C'	M	A	1D3	B	B			D						
1986	1567		24C'	M	A	1F2	B	A		D1b	D	E	D1				
1986	1570		24C'	F	A	1H1	B	B	12.5	D2a	D						
1986	1572		24C'	M	A	1C2	C	B	12.		L						
1986	1588		CIII1	F	B	1B4	C	A	14.	B1	L				37		
1986	1589		CIII1	G	A	2C3	F	A	15.		L						
1986	1591		CIII1	G	A	2D6	F	R			L						
1986	1595		CIII1	G	A	2C6	BP	B	22.	D1a	D						
1986	1596		CIII1	G	AB	3A3	P	A				E	D1E1-2				
1986	1603		CIII1	M	AB	1H4	B	B			D						
1986	1611		CIII1	F	B	3D3	P	A				E	D1E1				
1986	1616		CIII1	G	B	2F4	B	B		A1a	L						
1986	1633		CIII1	M	A	2B4	F	B			L						

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	1647		CIII1	M	A	2B4	F	A			L						
1986	1651		CIII1	G	AE	2B5	B	E		D1a	D						
1986	1653		CIII1	G	A	1C4	C	B	15.	B1	L				36		
1986	1673		CIII1	F	A	2C6	B	A	20.5	D1a	D				57		
1986	1677		CIII1	F	A	2D5	B	E		A2	L						
1986	1698		CIII1	M	AB	3C4	F	R			L						
1986	1705		CIII1	M	AC	2D6	BP	A		D2b	DU	E	D1				
1986	1714		CIII1	M	B	O/R	B	E		A1c	L						
1986	1723		CIII1	M	AB	O/R	B	B		D1a	L						
1986	1730		CIII1	M	A	2D6	B	A		D1a	D						
1986	1736		CIII1	G	B	2C6	P	R				E	D1E1-2				
1986	1748		CIII1	M	AB	3D6	P	R				E	D1E1-2				
1986	1763		CIII1	G	A	2H2	P	A				E	D1E1				
1986	1768		CIII1	G	A	1B4	P	A				E	D2E1-2				
1986	1775		CIII1	M	AB	2B5	B	A		D1a	D						
1986	1778		CIII1	M	B	2B5	B	B			L						
1986	1788		CIII1	G	B	2B6	BP	B	9.5	B1	L						
1986	1796		CIII1	G	A	1C2	B	A	20.		L						
1986	1797		CIII1	G	A	1H1	B	A				E	E1E2	O			
1986	1801		CIII1	M	A	2B7	B	E	22.	D2b	U						
1986	1817		CIII1	M	A	3D3	B	B			L						
1986	1833		CIII2	M	AB	O/R	P	A				E	D1E1		105		
1986	1841		CIII2	F	A	O/R	B	A		D1a	L						
1986	1844		CIII2	G	AE	2B5	B	B	13.		U			O			
1986	1850		CIII2	M	A	2B7	F	B			L						
1986	1851		CIII2	M	A	O/R	B	A		D2b	DU	E	D1				
1986	1852		CIII2	G	A	2C5	B	A	35.		D						
1986	1853		CIII2	G	A	1E2	B	D		D1a	DU						
1986	1857		CIII2	M	AB	2D6	B	A	13.	D2a	U			O			
1986	1863		CIII2	M	A	2B5	B	A	14.	D2a	D						
1986	1866		CIII2	F	A	2C5	B	B		A1b	L						
1986	1873		CIII2	M	AB	2B5	B	A			U						
1986	1875		CIII2	M	A	2C5	B	A		D2a	D						
1986	1884		CIII2	F	AB	1C3	P	A	27.			E	D4				
1986	1887		CIV3	M	A	1A3	F	A			L						
1986	1888		CIV3	G	AB	2D5	B	E		A1b	L						
1986	1889		CIV3	G	A	2C6	B	D	25.	D1b		E	D1	O			
1986	1890		CIV3	M	B	1D3	B	A			D						
1986	1891		CIV3	M	A	O/R	B	A		A1b	L						
1986	1892		CIV3	G	A	2B6	BP	A		D2b		E	D1				
1986	1894		CIV3	G	A	2B6	B	A			D			O			
1986	1895		CIV3	G	A	1B2	B	A			L						
1986	1897		CIV3	M	AB	O/R	F	A			L						
1986	1898		CIV3	G	A	O/R	B	A	34.		L						
1986	1900		CIV3	M	A	1D3	BP	B		D2b	D						
1986	1902		CIV3	G	AB	1B4	B	A		D2a	U						
1986	1903		CIV3	M	A	3C4	C	A		B1	L						
1986	1904		CIV3	M	A	2E5	B	R		D2a	D						
1986	1905		CIV3	F	AE	2C5	B	A		C2	I						
1986	1906		CIV3	G	A	1B5	P	A				E	D4				
1986	1907		CIV3	M	AB	O/R	P	A				E	D4				
1986	1908		CIV3	M	A	1D3	B	A		C1	I						
1986	1909		CIV3	M	A	3D4	B	A		D2a	U						
1986	1910		CIV3	M	A	1B3	B	A	9.5		D						
1986	1911		CIV3	M	A	2B8	B	E	20.	C2	L						
1986	1912		CIV3	M	AB	2B6	P	A			E						
1986	1914		CIV3	M	A	1C1	B	A	45.	D2b	D						
1986	1915		CIV3	G	A	1B4	B	A			D						
1986	1916		CIV3	G	A	1E3	B	A		D1b	D						
1986	1917		CIV3	M	A	1A2	F	A			L						
1986	1918		CIV3	M	B	2D5	B	A		D1b	D						
1986	1920		CIV3	M	AB	2D2	F	A			L						
1986	1921		CIV3	G	A	O/R	B	A	31.	D1b	I						
1986	1922		CIV3	F	A	O/R	B	B		A1b	L						
1986	1924		CIV3	F	A	2F2	B	B		D2a	L						
1986	1932		40F'	F	A	2C7	B	A			D						
1986	1933		40F'	M	AB	O/R	BP	A	12.	A1b	L						
1986	1939		42B'	M	AB	2B5	BP	A	12.5	D2a	DU						
1986	1947		36B'	M	A	1H1	B	B	20.	A1c	L					2	
1986	1948		36B'	M	A	1H1	B	B		C1	L						
1986	1957		36B'	M	A	1H1	B	E		A1c	L			O		4	40E'

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	1959		36B'	F	A	2D7	B	B		A1d	L						
1986	1961		40E'	F	A	O/R	B	B	16.		L			O			
1986	1965		42E'	F	A	2E3	P	A				E	D4		90		
1986	1973		38B'	F	AB	2E3	B	B		A1b	L						
1986	1985		38A	F	A	2B5	B	D	18.		L			O			
1986	1989		38A	G	A	1A3	B	A		D1a	D						
1986	1998		38A	M	A	O/R	B	B		D1b	D						
1986	1999		38A	M	A	1C4	BP	A	21.5	C2	D						
1986	2003		38A	F	AB	O/R	B	B			L						
1986	2006		38A	M	A	2B6	P	A				E	D1E1			2	
1986	2007		38A	M	AB	O/R	B	A	10.	E	L				77	2	
1986	2012		38B	G	AB	1A4	P	A				E	D1E1-2		107		
1986	2037		38B	G	A	2E3	P	A				E	D1E1				
1986	2043		38B	M	AB	2E4	B	B		C2	L						
1986	2053		13A	F	AB	1E3	P	A				E	D1E1				
1986	2054		13A	M	A	2C5	BP	A	12.	D1a	D				55		
1986	2055		13A	G	A	3B4	B	A	19.	D1b	DU			O		2	
1986	2058		13A	M	AB	2C6	P	D	34.			E	D4		92		
1986	2060		13A	G	AB	2C6	B	A	26.	D1b		E	D1	O			
1986	2064		13A	M	AB	1C3	CP	E	19.	B1	L				40		
1986	2072		13A	M	A	1H2	B	B	22.		D						
1986	2074		13A	F	AB	2F3	BP	E	14.	A1a	L				6		
1986	2087		13A	G	AB	2B5	B	B			L						
1986	2091		13A	G	AB	2C5	B	A			I						
1986	2112		13A	M	AB	2C4	C	A	15.	B1	L				34		
1986	2115		36A	M	AB	2D5	F	A			L						
1986	2133		36A	G	A	O/R	F	A			L						
1986	2160		11B	M	AB	2C6	B	B			L						
1986	2174		11B	M	B	2D7	B	B			L						
1986	2186		11A	G	A	O/R	BP	B	39.5	D2b	U	E	D1		72		
1986	2188		11A	F	AB	1D2	B	B			D						
1986	2189		11A	F	A	O/R	B	A			L						
1986	2192		36B	M	A	1B4	B	A		D1a	D						
1986	2193		36B	G	A	2D6	F	R			L						
1986	2194		36B	M	A	3G2	P	A				E	D1E1			3	
1986	2200		36B	M	A	4C6	B	B		D2a	D						
1986	2203		36B	M	A	2C7	B	A		D2a	L			O			
1986	2206		36B	M	A	3C3	B	E		D1b	DU						
1986	2227		36B	F	A	3D3	B	A			DU						
1986	2243		36B	M	A	3C3	P	A				E	D2E1				
1986	2245		36B	M	AB	3D4	B	A			D						
1986	2246		36B	F	A	1D5	B	B		C1	L						
1986	2256		36B	F	A	1D6	P	A				E	D1E1				
1986	2260		36B	M	AB	2I1	PC	B	27.	B1	L					2	
1986	2261		36B	F	A	2B5	P	A				E	D4				
1986	2268		32E'	M	AC	O/R	B	A	15.8	A1d	L			OR	22	2	
1986	2269		32E'	G	A	O/R	BPF	A	8.		L				80	7	
1986	2270		40C'	M	AB	1A3	BP	A	19.	A2	D					2	
1986	2277		40C'	F	A	2C4	BP	A	17.	D2a	L				68	8	
1986	2287		38C'	F	A	1B4	B	A		A1b	L						
1986	2288		36B'	M	A	O/R	B	A	15.		L			O			
1986	2295		34C'	G	A	O/R	B	A		D2b		E	D1				
1986	2301		34E'	F	AB	3I2	F	A			L					2	
1986	2303		34E'	M	A	O/R	F	A	12.5		L				125		
1986	2314		30C'	G	A	O/R	F	A	13.		L						
1986	2317		30C'	G	A	O/R	F	A	6.5		L				112		
1986	2318		30C'	M	AB	O/R	CPF	B	14.	B2	L				41	10	40B'
1986	2322		36A	M	AB	2D6	BP	A	15.	A1d	L				21		
1986	2331		36A	G	A	O/R	P	A				E	D1E1				
1986	2332		36A	M	A	2E3	B	E		D1a	D						
1986	2341		36A	G	A	O/R	P	R				E	D1E1-2				
1986	2344		40B'	G	AB	O/R	BPF	B	13.	C1	L			O	44	20	
1986	2345		40B'	F	A	2C5	B	B			D						
1986	2346		40B'	F	AB	2G4	BP	B	25.	D2b	I					2	
1986	2347		40B'	M	A	O/R	B	B	17.	D1a	L				56	4	
1986	2370		42B'	F	AB	2D7	BP	E	11.	A1c	L				17		
1986	2387		11D	G	E	2D7	BP	E	23.	D2a	DU				70	2	
1986	2399		11D	G	AE	2C7	B	A		A1c	L				16	4	
1986	2411		11D	M	A	2D5	B	A			D						
1986	2417		11D	M	A	2G6	B	A		D2a	L						
1986	2423		13E	F	AB	2B5	B	A			D						

Camp.	Num. Inv.	Bis	Cuadro	D. Tam.	D. Tipo	Color	Frag. Tipo	Trat.	Diamet.	Forma	Lisa	Loc. D..	Tipo Decor.	Suspen.	Fig.Núm.	Frag.	Pegan Cuadros
1986	2424		13E	M	A	2C4	B	A			U						
1986	2425		13E	G	AB	O/R	B	A			DU						
1986	2430		13D	M	A	1D1	P	A			L						
1986	2433		13D	M	AB	2C4	B	A			D						
1986	2435		13D	G	A	O/R	B	B	14.	C1	L				46		
1986	2436		13D	G	A	1E1	F	B			L						
1986	2442		36B	G	A	2B5	F	A	8		L						
1986	2444		36B	M	A	2C6	F	A	12.5		L						
1986	2446		36B	M	A	2B7	F	A	10.5		L						
1986	2469		36B	M	A	2A4	F	A	20.		L						
1986	2475		42C'	M	A	3D5	B	A		D1a	D						
1986	2476		42C'	F	A	O/R	BPF	A	6.5	A1e	L				26		
1986	2478		42C'	M	C	3C3	BP	R		D1a	D					7	
1986	2482		11D	M	A	2B6	BP	D	9	A1b	L				13	2	
1986	2489		11D	F	A	1G2	B	A		D1a	D						
1986	2502		11D	M	A	112	B	B			I						
1986	2509		11D	G	A	211	BP	B		D1b	DU						
1986	2530		34D'	F	A	2D6	B	E	15.	A1b	L					2	
1986	2535		13A	G	AB	O/R	F	D	8		L				123		
1986	2543		38E'	M	A	2D2	B	A	20.	D2b	D						
1986	2550		38B'	F	A	2D4	B	A			DU						
1986	2552		38B'	F	AB	2B5	B	B	12.	A1b	L				14		
1986	2558		38B'	M	B	2D4	P	B	32.		E	A4-7			84		
1986	2561		40E'	M	A	1B4	B	A		D1b	U						
1986	2563		40E'	G	A	3D3	F	R			L						
1986	2565		40E'	G	AB	O/R	F	A	9.5		L				113	5	36B'
1986	2567		40E'	M	AB	O/R	P	A			L					7	
1986	2574		36D'	G	AB	O/R	P	A			E	D34-E1			108	37	
1986	2575		36D'	G	A	1H3	B	B	25.	A1d	L					5	
1986	2584		38C'	M	A	1C4	BPF	B	5.5	A1e	L				25	2	
1986	2587		38C'	G	A	2C5	F	A	12.		L						
1986	2593		38C'	G	A	1E4	BPC	B	12.5	B1	L			O	33		
1986	2594		32D'	F	AB	3B4	BP	E	22.5	A1d	L			O			
1986	2595		32D'	M	AB	2B6	B	E	16.	A1a	L						
1986	2599		32D'	M	B	2B5	B	A		A1b	L						
1986	2604		34D'	M	A	2C7	F	A			L				111		
1986	2606		34D'	M	A	2F6	B	B		A1b	L						
1986	2613		30B'	G	A	1A6	F	A	15.		L						
1986	2614		30B'	F	A	2C6	B	B			L						
1986	2616		36B'	F	A	O/R	BP	B	12.5	A1a	L						
1986	2617		36B'	F	B	2F4	B	A		D1b	DU						
1986	2623		38D'	M	A	2E5	BP	R		D1b	L						
1986	2625		38B'	G	A	O/R	F	A			L						
1986	2627		38B'	M	A	2E7	F	A			L						
1986	2635		34C'	M	B	O/R	P	B			E	D4				4	
1986	2655		42C'	G	A	4C7	B	A		C2	D						
1986	2670		32C'	F	A	1D4	B	B			L						
1986	2671		32C'	M	A	3B3	B	B			L						
1986	2673		32C'	G	A	1H1	P	A			E	D1E1-2			106		
1986	2675		32C'	F	A	2H4	B	A	9	A1b	L						

Elementos de Barro de los Torojones						
Campaña	Núm. inventario	Cuadro	Dimensiones	Diámetro huella	forma	Observaciones
1986	86	32C	7,1x8,3	pella?	ind	
1986	334	Corte 3	6,5x3,5x2,5	7	2	
1986	336	Corte 3	6x6x2,5	ind	2	
1986	1338	Corte 4	14x11,5x3	34 y 36	3	
1986	339	Corte 3	5,5x5x5	13-14	2	
1986	340	Corte 3	11x9,5x11	19-26	2	
1986	341	Corte 3	15x10x9	38268	2	
1986	344	Corte 3	48x20x5	5	1	
1986	345	Corte 3	10x11x6	6	1	
1986	346	Corte 3	9x8,65x4	4	1	
1986	347	Corte 3	23x11x5	5	1	
1986	348	Corte 3	8x11,5x4,5	5	1	
1986	349	Corte 3	17x21x6,5	7	1	
1986	349	Corte 3	16x13x11,5	ind	1	
1986	351	Corte 3	10x8x3,5	4	1	
1986	352	30B	22,5x20x6	6	1	
1986	360	30B	15x12x7	7	1	
1986	382	30B	6,5x8x4	4	1	
1986	392	30B	21x17,9,5	6-8 y 10-12	2	
1986	502	13A	6,5x7x3/1	ind	4	
1986	558	11A	3x3x3	3	1	
1986	559	11A	5x5x2	16	3	
1986	652	13D	7x3x5	ind	2	
1986	652	13D	5x5x2	12	3	
1986	653	13D	5,5x5,5x4,5	22-24	2	
1986	753	Corte 4	28x16x8	6 y 8	2	
1986	869	Corte 2	10x8,5x4	4	1	
1986	870	Corte 4	10x8x7,5	8	1	
1986	871	Corte 3	8,5x13x4	7 y 8	2	
1986	872	Corte 4	16x14x7,5	8	1	
1986	876	30C	10x7x5,5	6	1	
1986	986	13E	17x17x7	7	1	
1986	1060	Corte 5	10x13x3/1.5	ind	4	
1986	1087	Corte 5	12x10x5	6 y 19	2	
1986	1183	Corte 5	12x10x5	6 y 8	2	
1986	1184	Corte 5	6,5x6x3,5	10 y 12	2	
1986	1296	28D'	4x3x2	3	2	
1986	1325	36D'	12x7x4	10 y 11	2	
1986	1325	36D'	6x2x2	ind	2	
1986	1337	36D'	8x13x5	18-22	2	
1986	1582	24C'	4x4-/1	ind	4	
1986	1585	24C'	6x4,5x5,	6	2	
1986	1586	24C'	15x12x6	22	2	
1986	1926	Corte 4	15x8x10/4	5 y 7	4	
1986	1927	corte 4	7x10,7x3	6	2	
1986	s/n	sup	15x17x7	7	1	
1986	s/n	sup	11x10,6x5,5	6	1	
1986	s/n	sup	9x7x2	ind	2	
1986	s/n	sup	6x3x2	ind	2	
1986	s/n	sup	15x6x4	ind	2	
1986	s/n	sup	7x7x2	25	3	

Inventario material lítico, Los Torojones, campaña 1986						
Num. inventario	Cuadros	Material	Tipo	Num. figura	Retoque Prox/Izq/Dis/Dech	Clasificación
352bis	Corte 3	silex		128	I: dbc; D: fract	Diente de hoz
1923	Corte 4	silex		129	I: ai; D: dci	Diente de hoz
2321	13E	silex		130	D: dcii	Diente de hoz
1377	34B'	silex		131	Dis: acii	Diente de hoz
1193	20C'	arenisca		132	pulimento	Alisador
1194	20C'	arenisca		133	pulimento	Alisador
183	Sup	cuarcita				Lasca?
184	Sup	cuarcita	semides			Nucleo?
185	Sup	cuarcita				Lasca?
186	Sup	cuarcita				Lasca?
187	Sup	cuarcita	semides.			Lasca?
188	Sup	cuarcita				Lasca?
189	Sup	cuarcita	semides.			Lasca?
190	Sup	cuarcita	semides.			Lasca?
191	Sup	cuarcita	semides			Nucleo?
192	Sup	cuarcita	semides			Nucleo?
193	Sup	cuarcita	semides			Nucleo?
194	Sup	cuarcita	semides.			Lasca?
252	Sup	cuarcita	semides.			Lasca?
253	Sup	cuarcita	semides.			Lasca?
254	Sup	cuarcita	semides			Nucleo?
338	Sup	arenisca			pulimentado	machacador
1155	Sup	cuarcita				Canto rodado
1158	Sup	cuarcita				Lasca?
749	Corte 4	cuarcita				Canto rodado
750	Corte 4	cuarcita	semides			Canto rodado
751	Corte 4	cuarcita	semides.			Lasca?
752	Corte 4	cuarcita				Nucleo?
803	Corte 4	cuarcita	semides.			Lasca?
835	Corte 4	cuarcita	semides.			Lasca?
1040	Corte 4	cuarcita				Canto rodado
329	Corte 3	cuarcita	semides			Nucleo?
330	Corte 3	cuarcita	semides			Nucleo?
331	Corte 3	cuarcita	semides			Nucleo?
233	25A	cuarcita	semides			Nucleo?
243	18I	cuarcita				Lasca
267	2I	cuarcita				Lasca
269	2I	cuarcita	semides			Nucleo?
288	10H	cuarcita				Lasca
289	10H	cuarcita				Lasca
564	11D	cuarcita	semides		natural	Denticulado?
1197	20C'	cuarcita				Lasca
1202	20C'	cuarcita				Nucleo
1283	28D'	cuarcita				Lasca
1288	28D'	cuarcita				Lasca
1377	34B'	silex				Lasca
1397	18C'	cuarcita				Lasca
1405	18C'	cuarcita			Huellas de extracción	Lasca
1406	18C'	cuarcita			Huellas de extracción	Lasca
1458	22C'	cuarcita				Lasca
1587	24C'	cuarcita				Lasca
2176	11B	cuarcita				Lasca
2645	43B'	cuarcita				Lasca

Localización de los materiales recuperados en Los Torojones, campaña de 1986

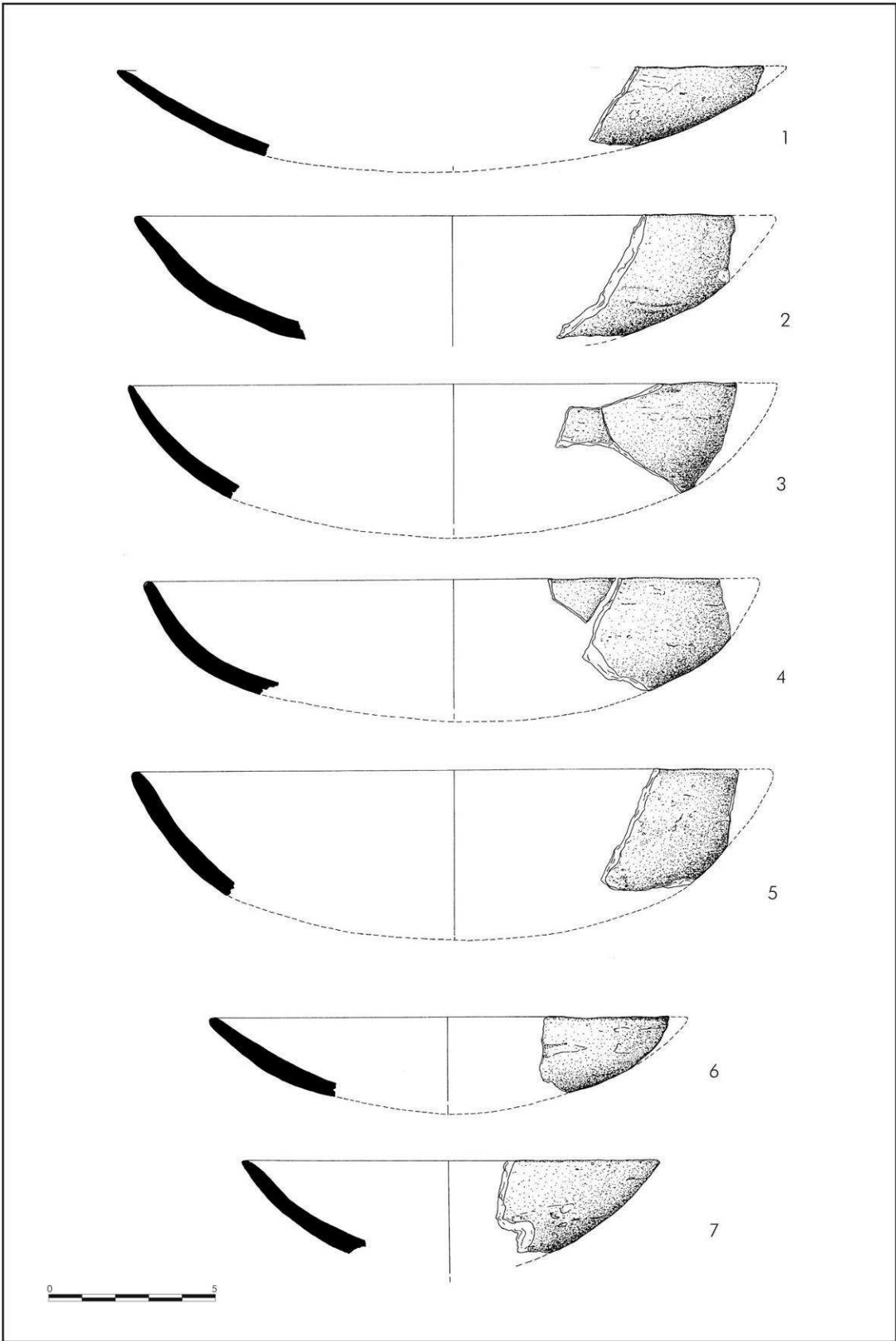
CUAD	NIVEL	SUPER	TOTAL	CERÁMICA																HSO		PÉTREO				ADOBE					PEGAN				
				A1a	A1b	A1c	A1d	A1e	A2	B1	B2	C1	C2	D1a	D1b	D2a	D2b	E	TOR	HSO	Dent	Otros	CUAR	MOL	I	II	III	IV	OTR	Mismo	OTROS				
2G	11		11		1	1												1	1														1		
2H	-		-																																
2I	7		7																			2													
2J	-		-																																
4G	2		2																															1	
4H	-		-																																
4I	9		9																	3															
4J	14		14											1																					
6H	-		-														1																		
6I	4		4																																
8H	-		-																																
8I	-		-																			2													
10H	2		2																																
10I	1		1																																
12H	-		-																																
12I	-		-																																
14H	-		-																																
14I	-		-																																
16H	-		-																																
16I	-		-																																
18H	-		-																																
18I	10		10																			1													
20H	-		-																																
20I	1		1																																
1																																			
11A	59	1	60							1						1	1		2		1				3			1							
11B	42	1	43																2			1					1							1	
11C	-		-																																
11D	77	2	79		3	1							1	1	2																			3	
11E	35		35							1																						2			
11F	19		19																																
13A	98	2	100	1							2			1	2		1		3									1	1					1	
13B	27	1	28		2														1	1														1	
13C	6		6																																
13D	43	1	44									1		2			1	1	2							2	1	2							
13E	40	1	41			1											1				1				1										

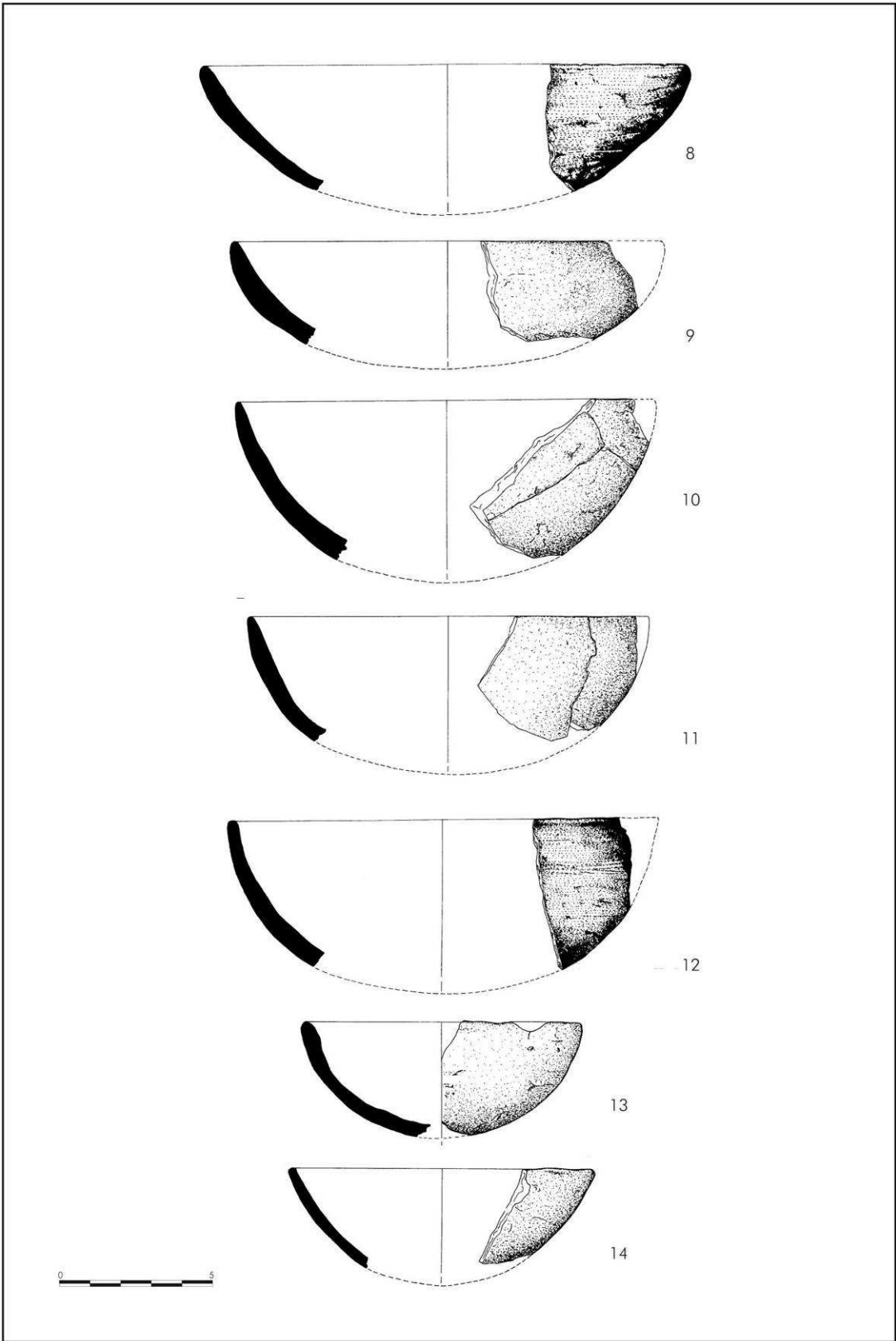
Localización de los materiales recuperados en Los Torojones, campaña de 1986																															
CUAD	CERÁMICA																			HSO		PÉTREO			ADOBE					PEGAN	
	NIVEL	SUPER	TOTAL	A1a	A1b	A1c	A1d	A1e	A2	B1	B2	C1	C2	D1a	D1b	D2a	D2b	E	TOR	HSO	Dent	Otros	CUAR	MOL	I	II	III	IV	OTR	Mismo	OTROS
13F	-	-	-																												
2					1																	3									
30A	45	8	53																					1					1		
30B	66	10	76			1						2								3		*x			3	1			4	1	
30C	10	2	12																					1		1		1			
30D	3	1	4							1					2											1			2		
30E	10	2	12						1								1												1		
30F	11	2	13						1						1																
32A	6	2	8		1																			1				1		30A	
32B	18	6	24																					2	1			1			
32C	63	10	73									1	2													1			2		
32D	8	2	10																										1		
32E	1	1	2																												
32F	18	6	24												1			1				1									
3				1	1	1			4	3		1	6		3	3					1		1		10	6		1	1		
36A	70	95	165				1						1								1			2							
36B	112	110	222							1	1		1	1	2									1					2		
38A	25	15	40									1	1	1				1						1	1				2		
38B	39	20	59									1												1							
40A	2	25	27																						1						
40B	2	25	27																												
42A	-	3	3																							1					
42B	-	4	4																												
3					1								2		3	1		2	1		1	3		8	6	1					
18C'	26	13	39	2	1				1			1								1		3		1				1			
18D'	25	13	38			1										1													1		
20C'	20	10	30						1			1	1									**	2								
20D'	16	10	26																												
22C'	27	14	41																			1									
22D'	5	3	8	1																											
24C'	43	25	68											1	1							1		4	2		1	5			
24D'	5	3	8									1																	1		
26C'	-	1	1																												
26D'	-	1	1																												
28C'	66	25	91	3	1					1					1	1	1							1					6	28D' /	

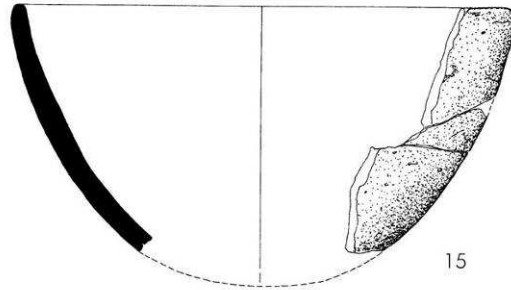
Localización de los materiales recuperados en Los Torojones, campaña de 1986																																
CUAD	CERÁMICA																			HSO		PÉTREO				ADOBE					PEGAN	
	NIVEL	SUPER	TOTAL	A1a	A1b	A1c	A1d	A1e	A2	B1	B2	C1	C2	D1a	D1b	D2a	D2b	E	TOR	HSO	Dent	Otros	CUAR	MOL	I	II	III	IV	OTR	Mismo	OTROS	
																															28D'	
28D'	40	25	65	1					1						1							2		1	1				2	28C'		
30B'	20	29	49		1																1											
30C'	9	31	40								1																			1		
30D'	-	5	5																													
30E'	-	5	5																													
30F'	-	5	5																													
32B'	5	20	25																													
32C'	19	29	48		1																			1					5			
32D'	8	30	38	1	1		1																						5			
32E'	2	10	12				1																							2		
32F'	-	5	5																													
34B'	11	2	13																			*	1				1	5				
34C'	12	2	14														1								1					1		
34D'	17	4	21		2																										1	
34E'	16	4	20																												2	
34F'	-	2	2																													
36B'	35	46	81	1		2	1				1			1												4	1		2			
36C'	24	30	54											1											1	4						
36D'	18	18	36				1							1										1	4			1	3			
36E'	1	5	6																													
36F'	-	4	4																													
38B'	20	20	40		2																					3						
38C'	29	34	63	1	1			1		1															2	3			1			
38D'	11	15	26											1											1							
38E'	5	10	15														1															
38F'	2	6	8																													
40B'	26	8	34											1			1									3			3			
40C'	10	4	14						1		1					1									1	3			2			
40D'	2	1	3																										1			
40E'	21	8	29												1											2			1	36 B'		
40F'	6	2	8		1																								1			

Localización de los materiales recuperados en Los Torojones, campaña de 1986																																
CUAD	CERÁMICA																			HSO		PÉTREO				ADOBE					PEGAN	
	NIVEL	SUPER	TOTAL	A1a	A1b	A1c	A1d	A1e	A2	B1	B2	C1	C2	D1a	D1b	D2a	D2b	E	TOR	HSO	Dent	Otros	CUAR	MOL	I	II	III	IV	OTR	Mismo	OTROS	
42B'	17	5	22			1									1												3			1		
42C'	18	6	24					1					1	2											1		3			2		
42D'	-	1	1																					1	1	3			1			
42E'	10	4	14																								2		1			
42F'	5	2	7																										1			
4				5	14	1	4		8	2		4	4	7	14	8	6	3	2		1		11		1	7		1	3			
SFICIE				2	7	8	2		6	6	2	2	9	3	17	10	13	5	2				12	4								
TOTAL	1668	913	2581	19	42	18	11	2	25	18	3	13	18	31	48	37	34	11	19	8	6	1	47	4	47	41	37	14	39	51		

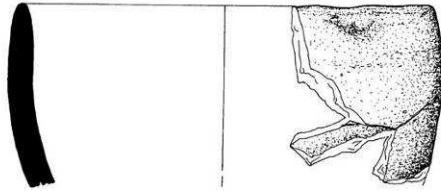
Anexo 10 Reproducción de los materiales de *Los Torojones* de Morcuera (Soria)



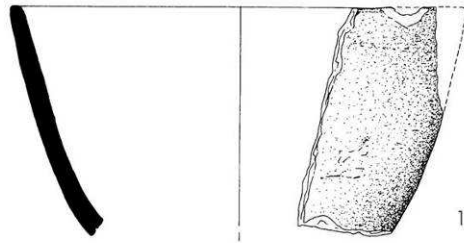




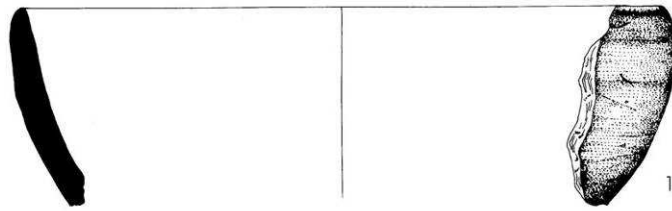
15



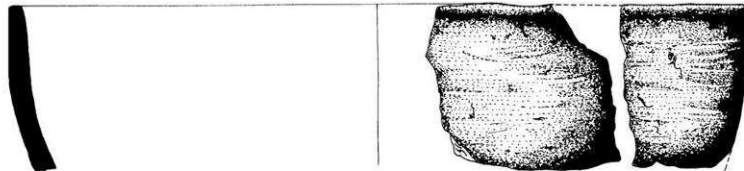
16



17

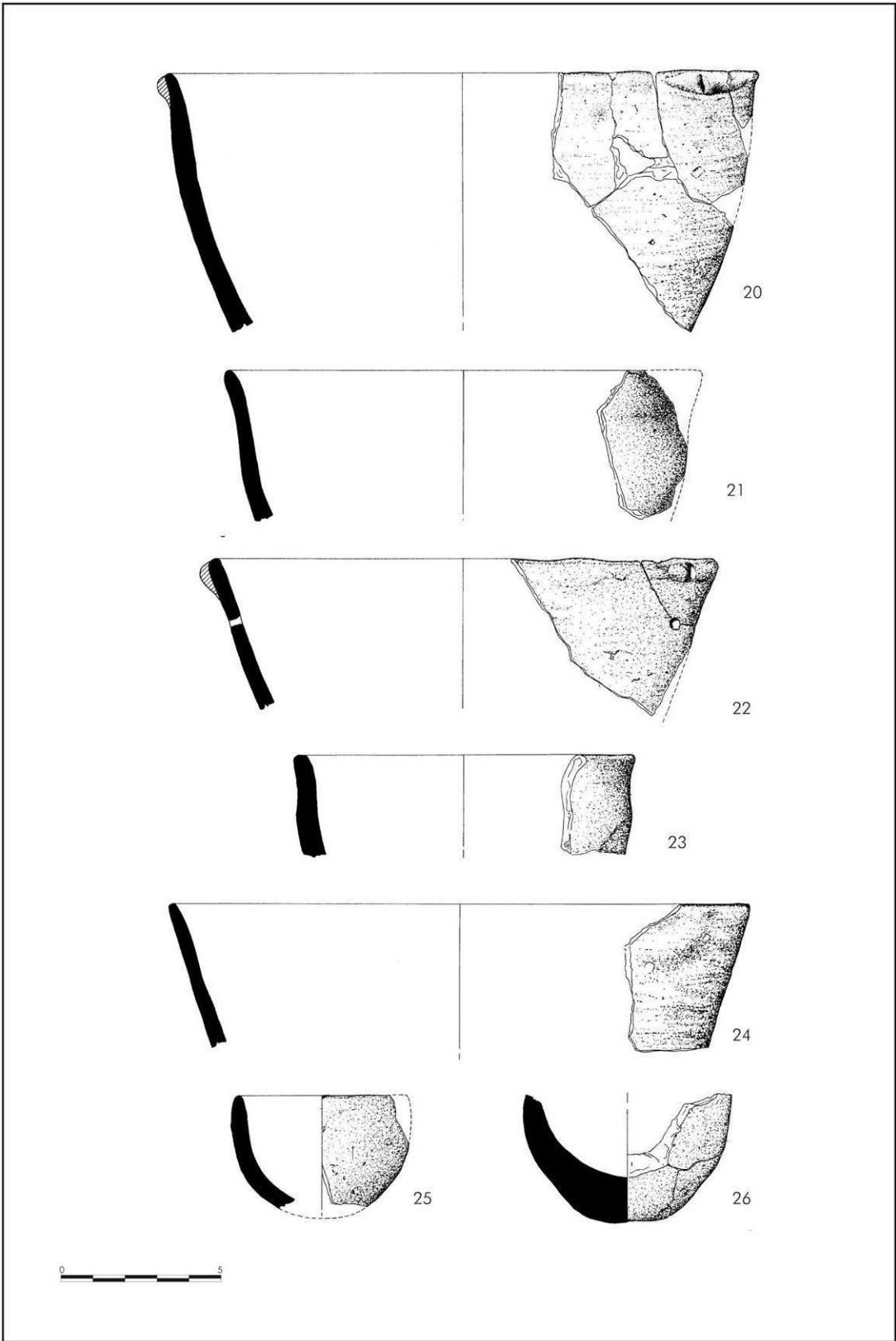


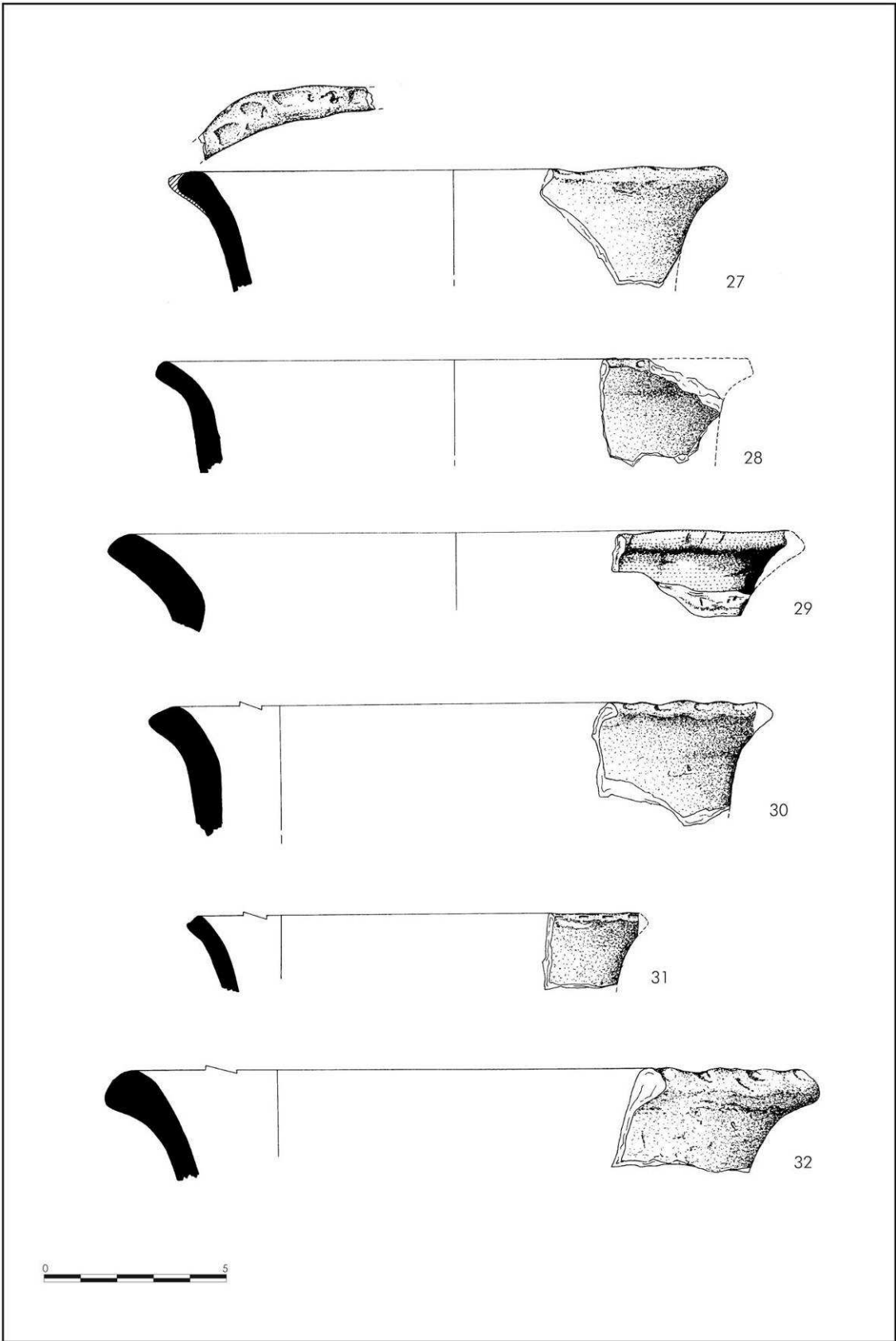
18

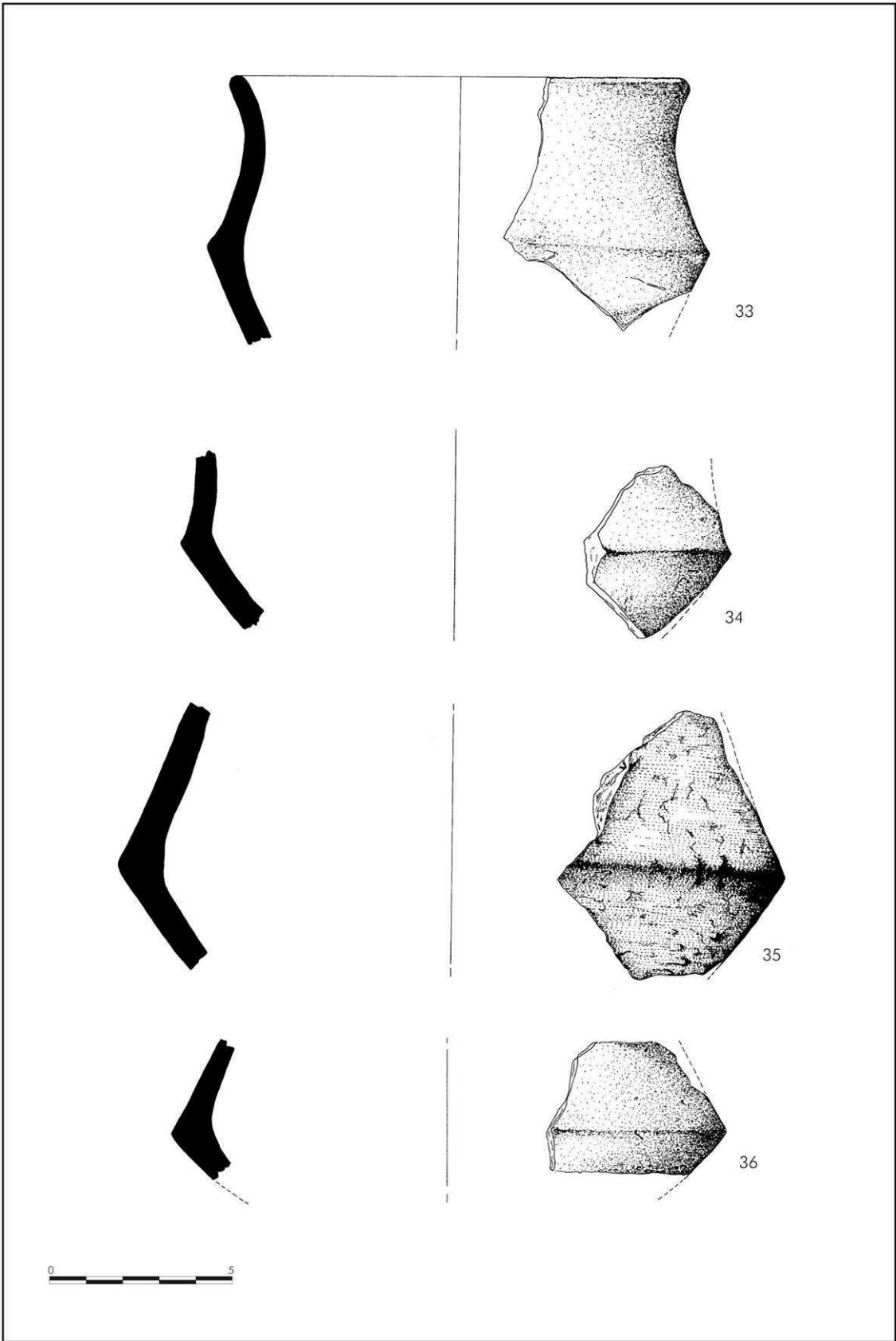


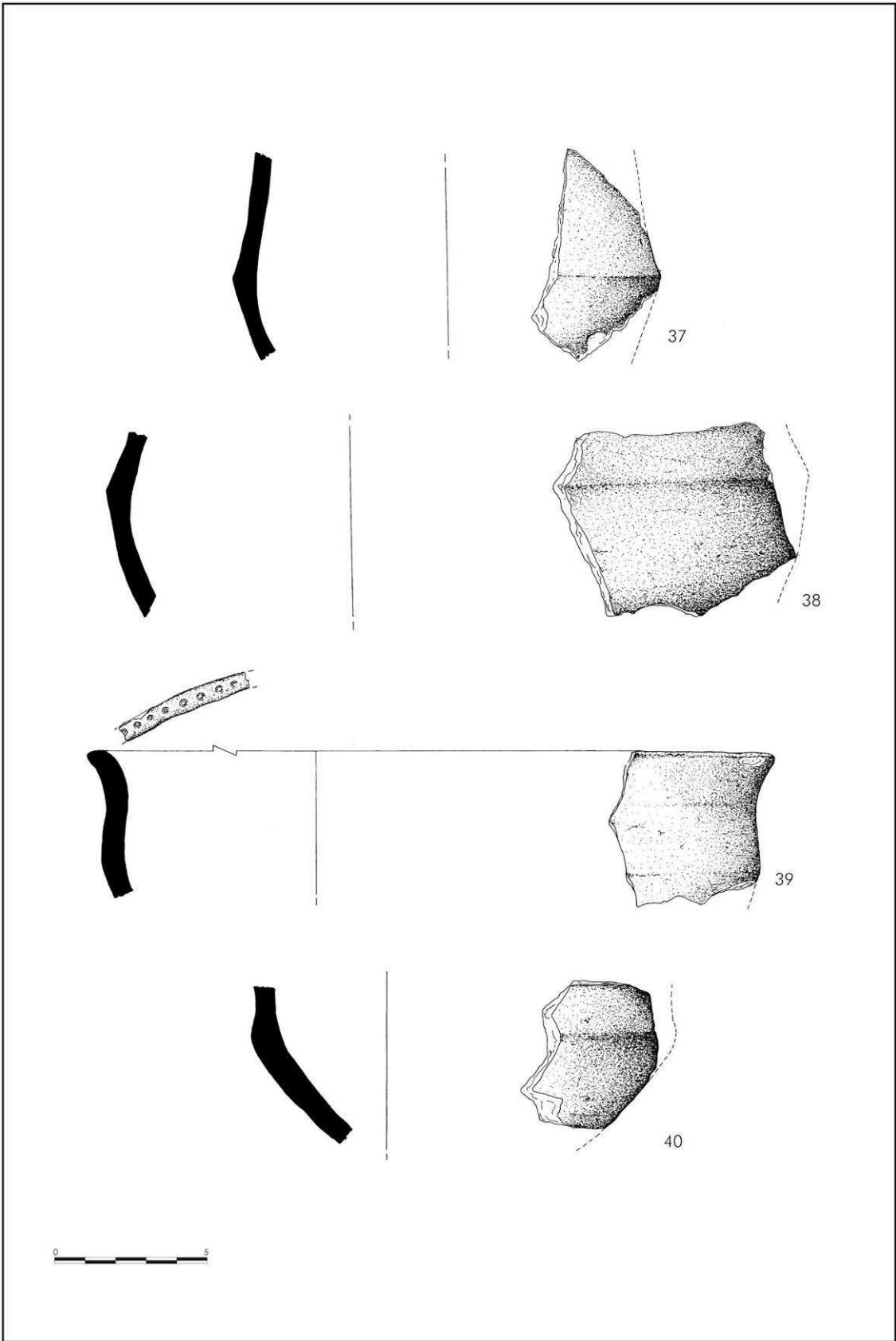
19

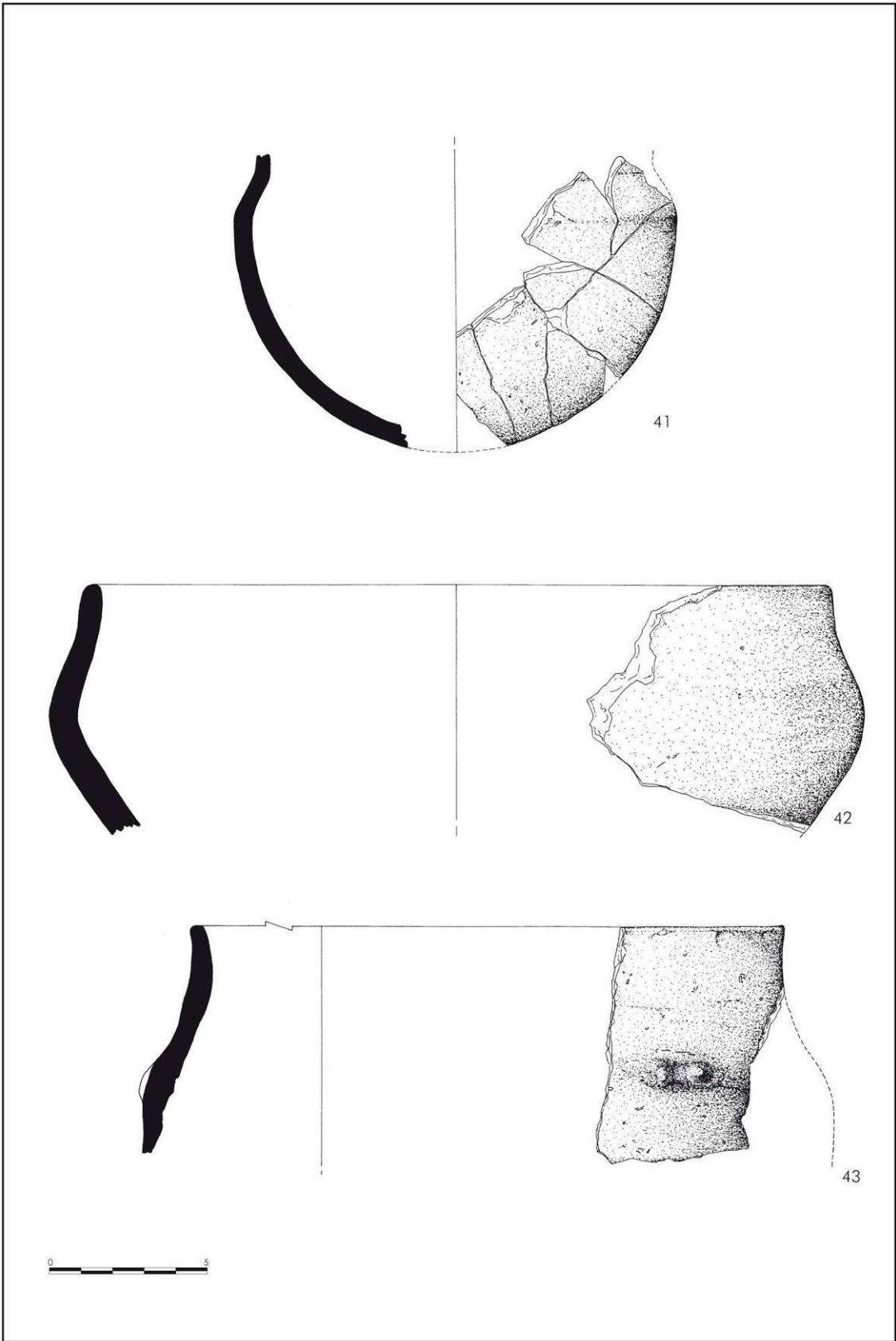


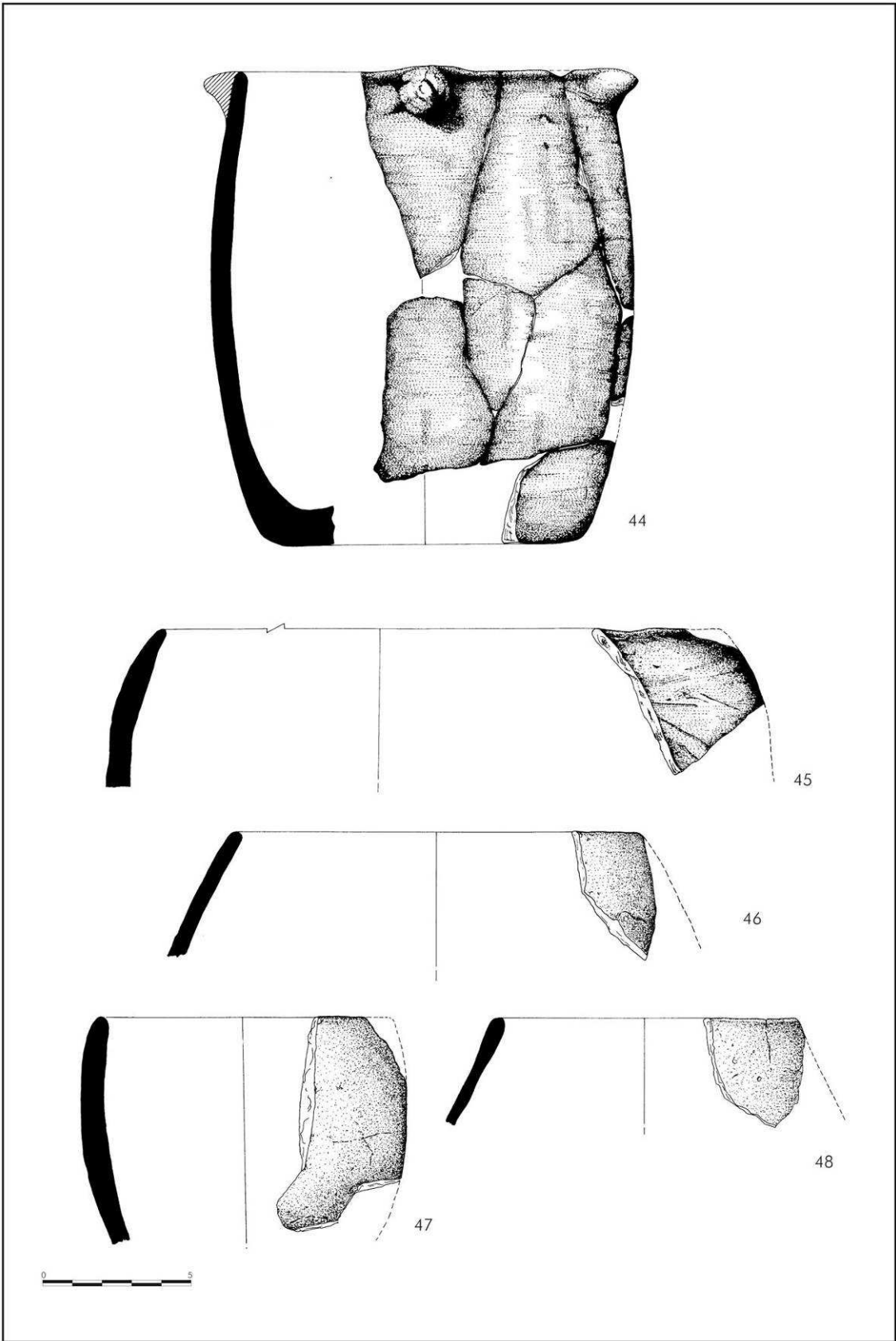


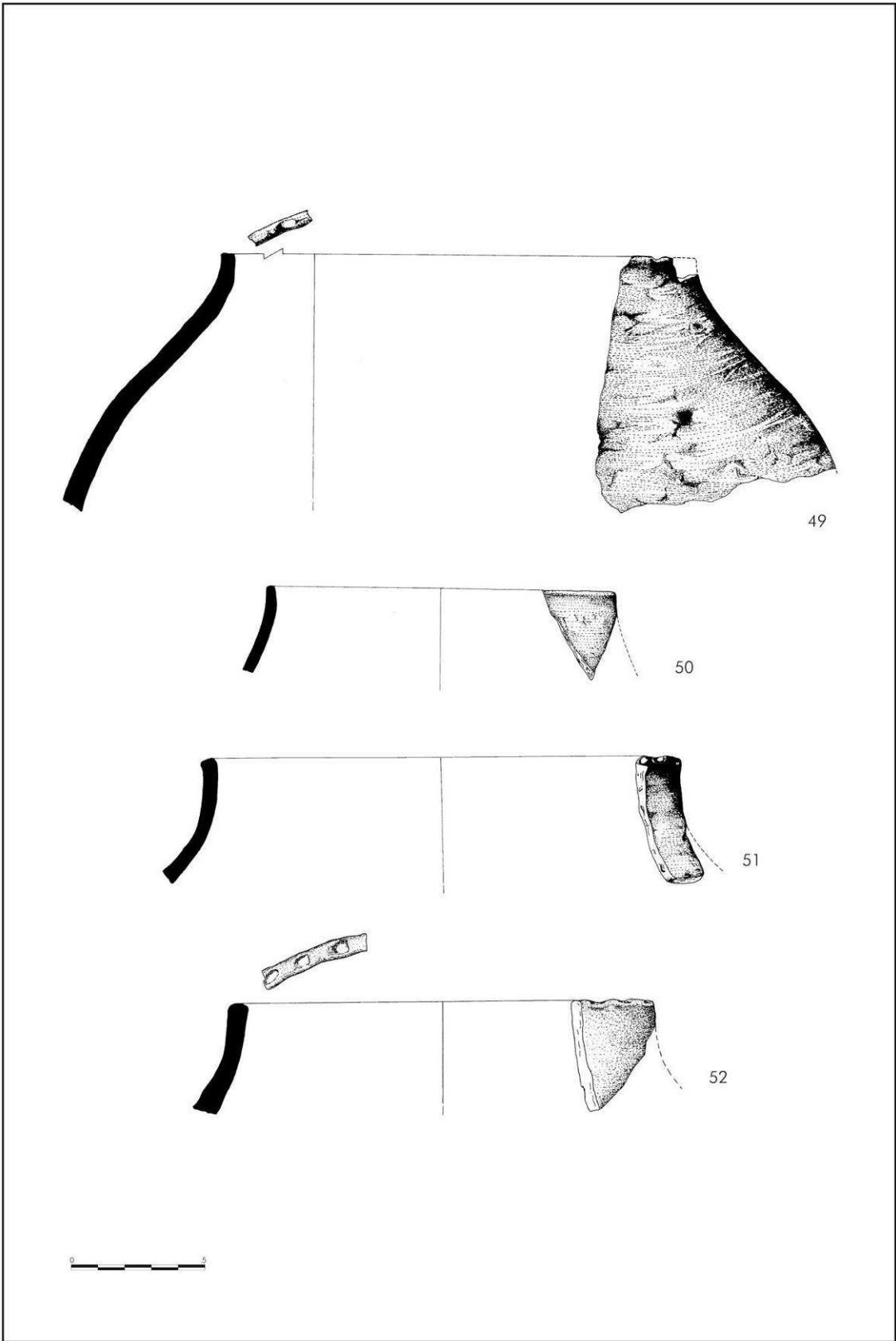


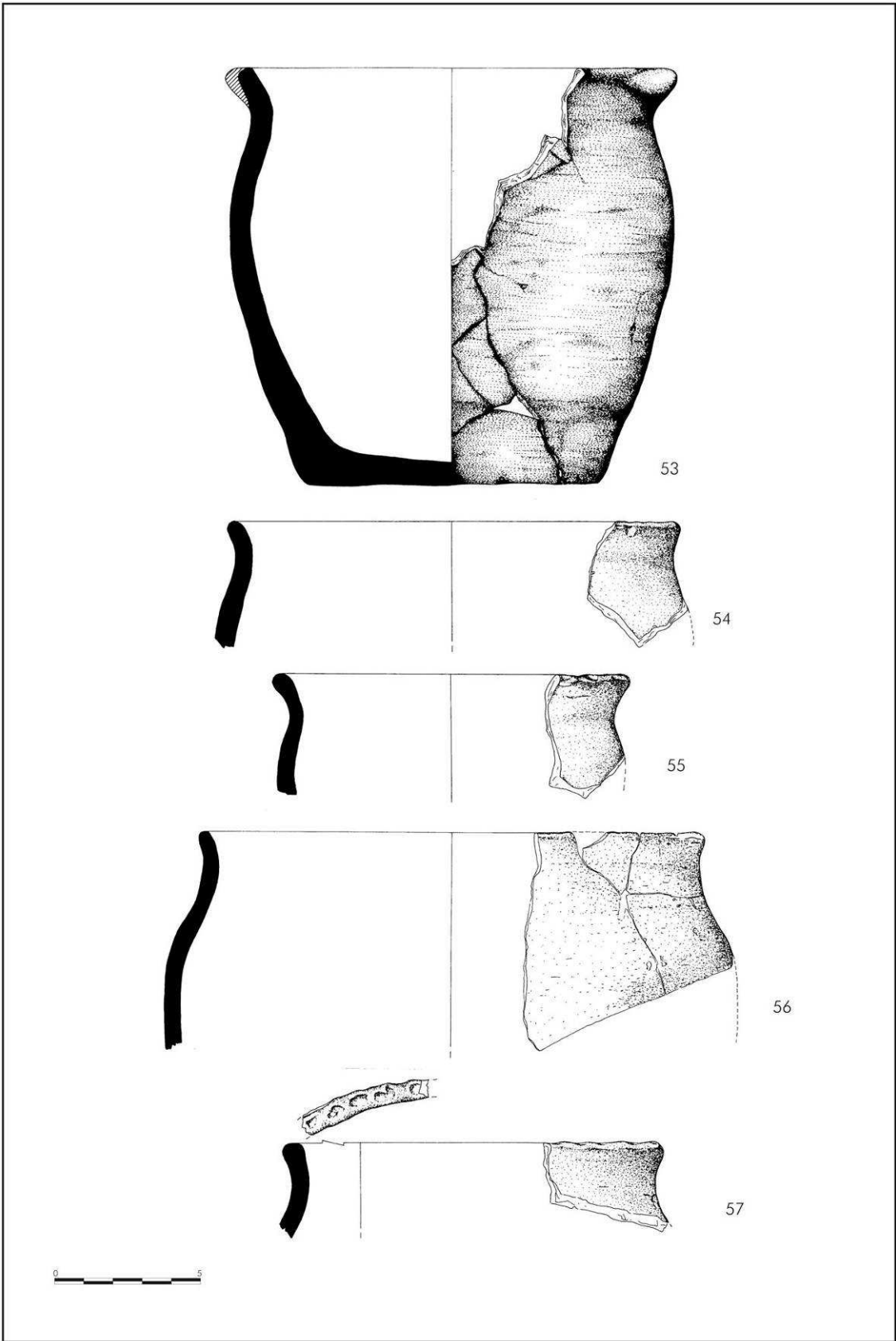


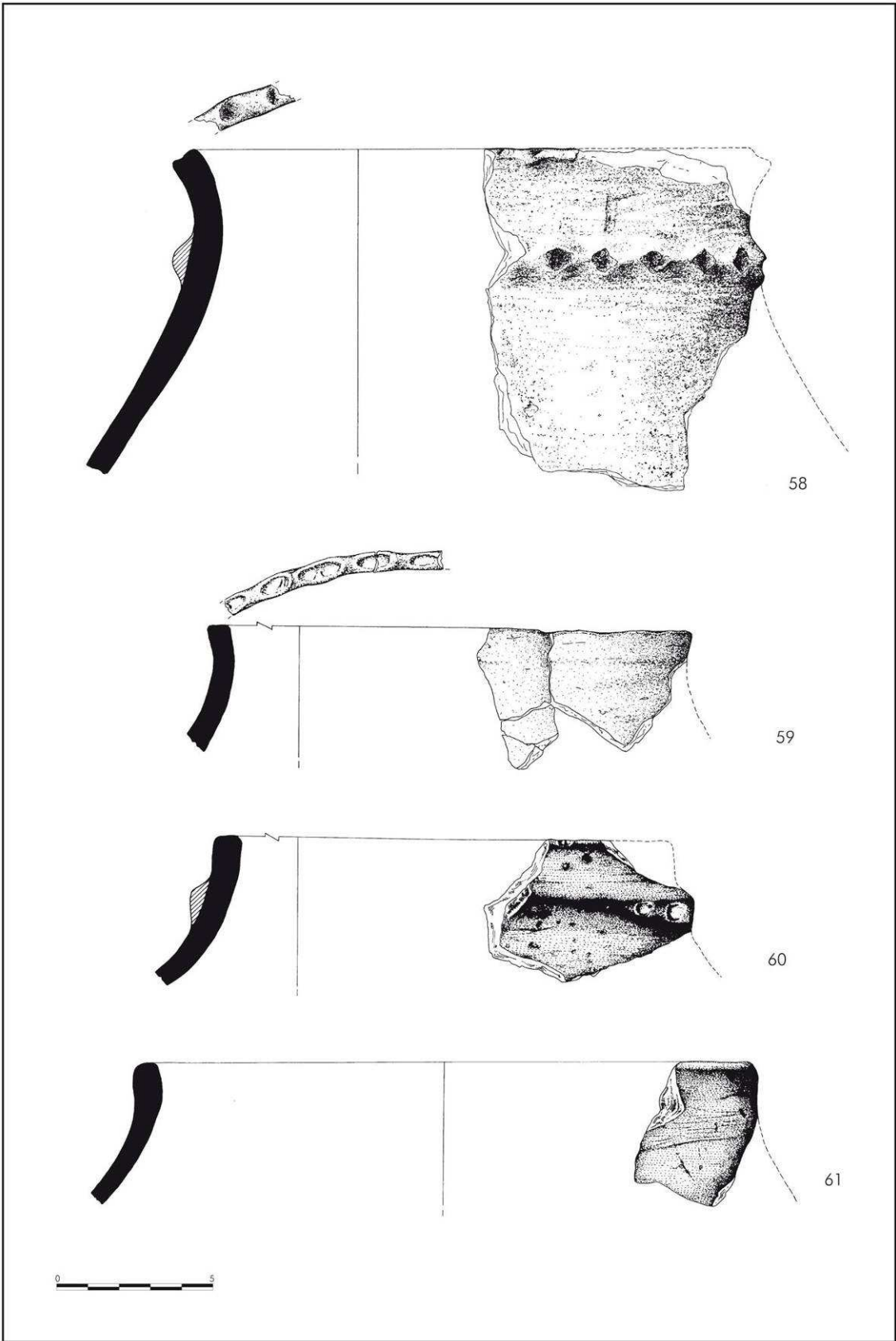


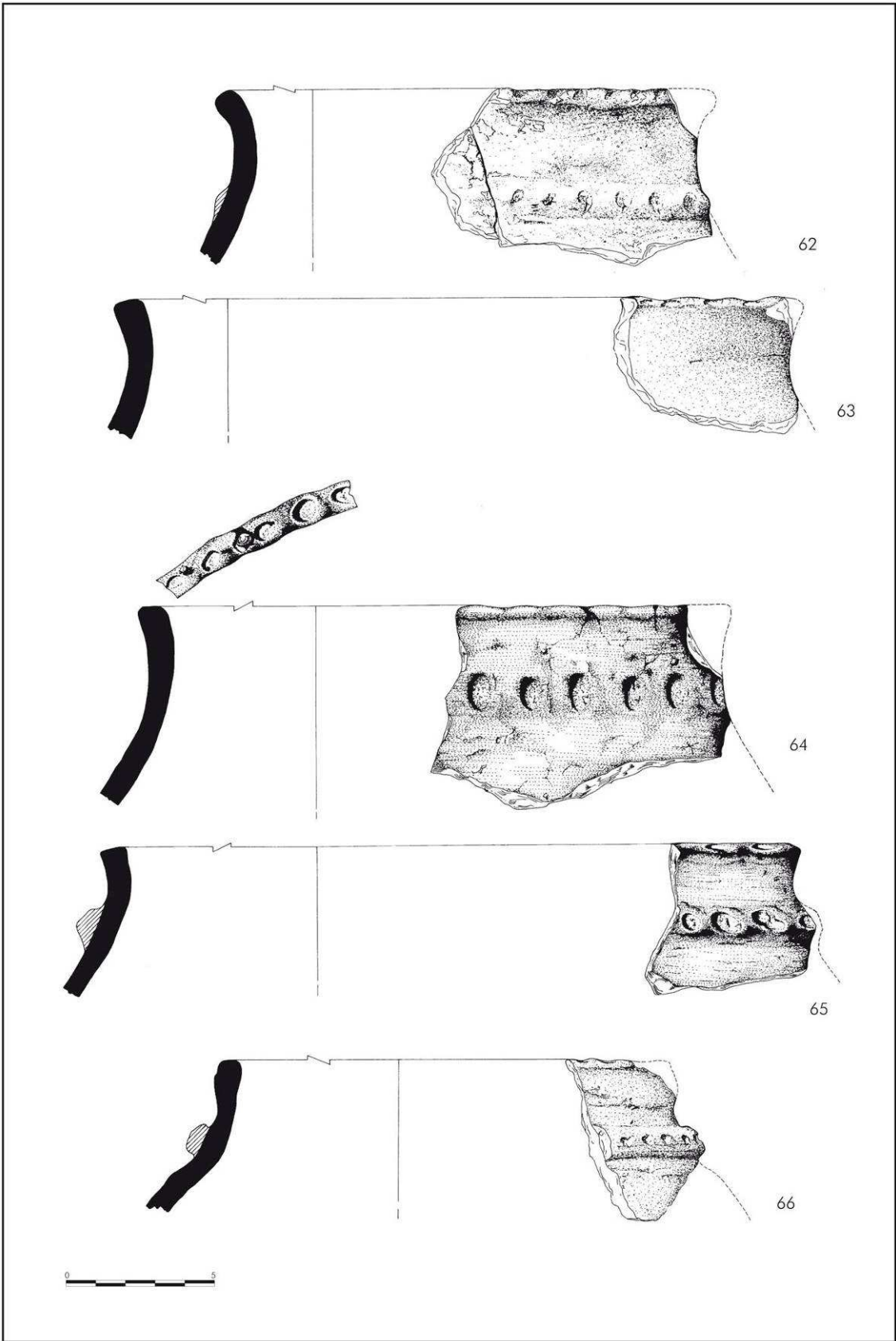


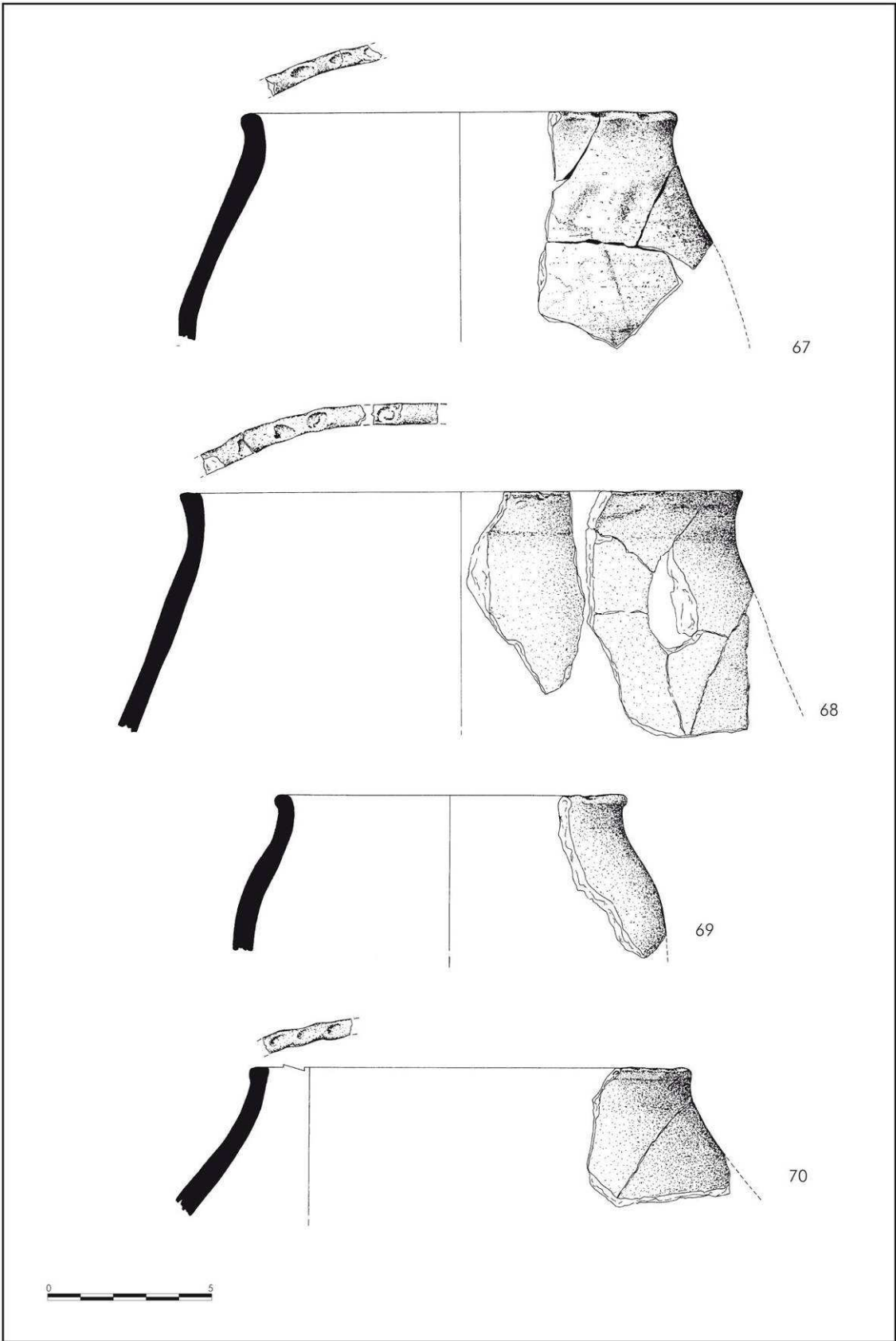


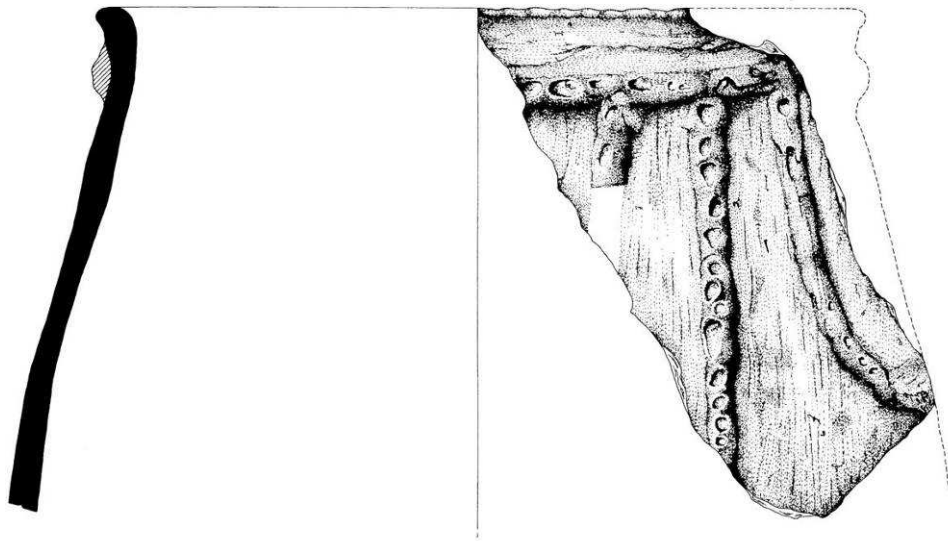




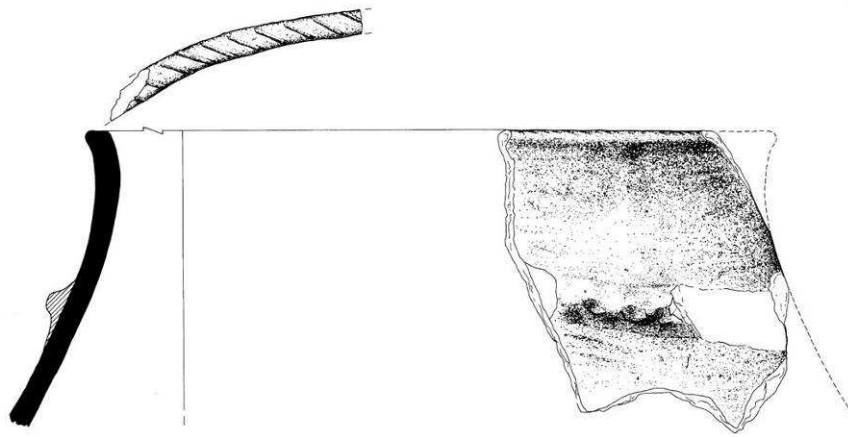






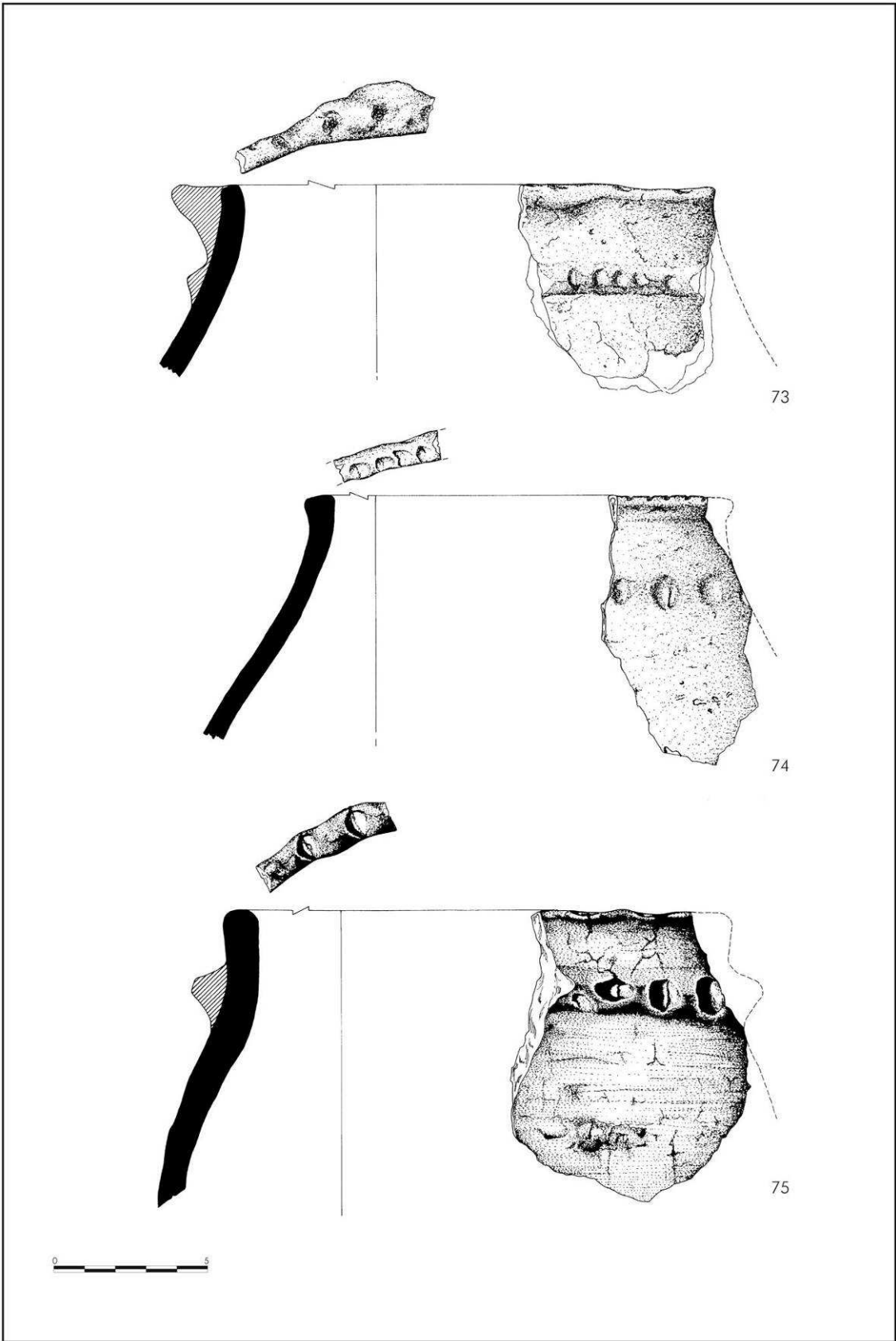


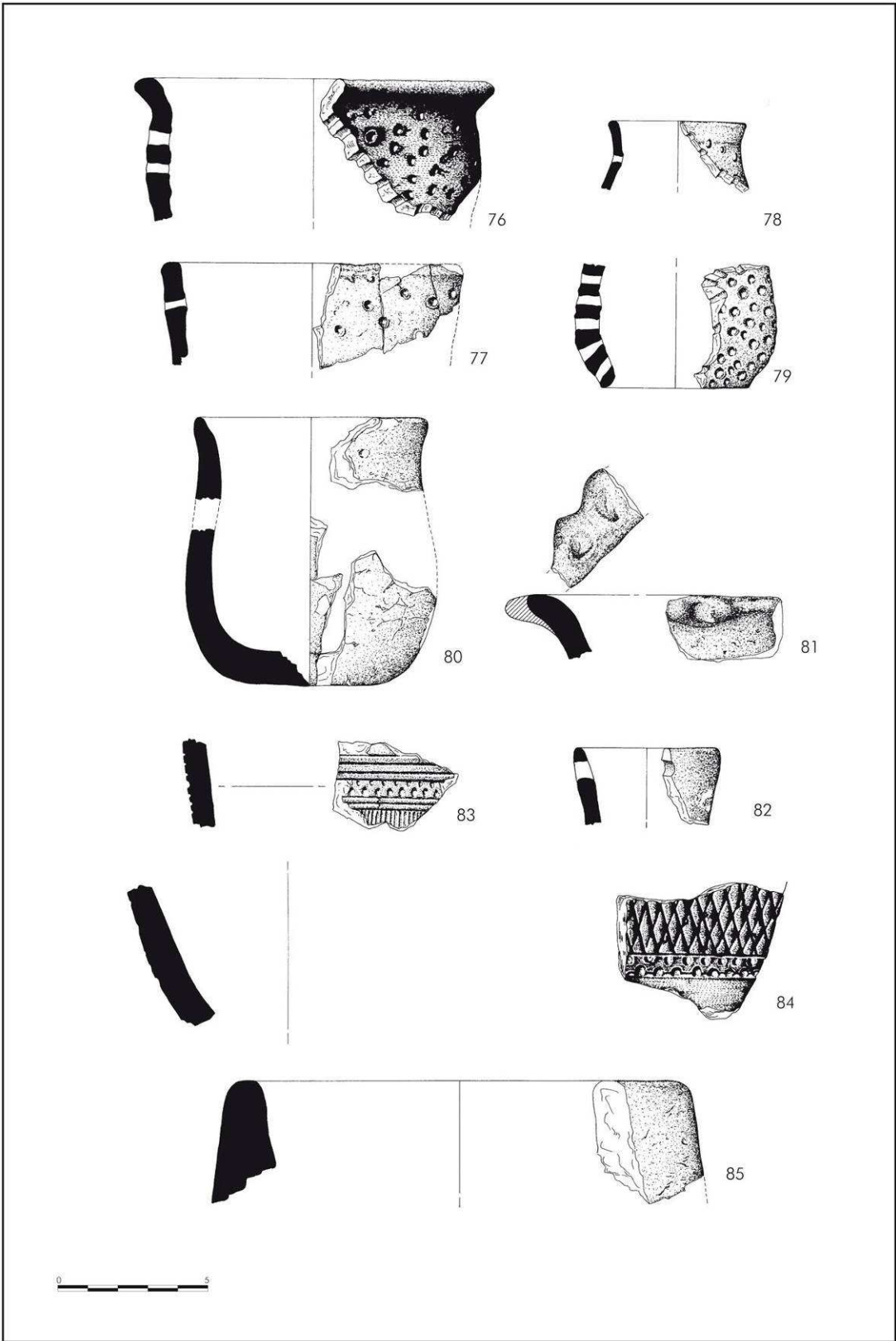
71

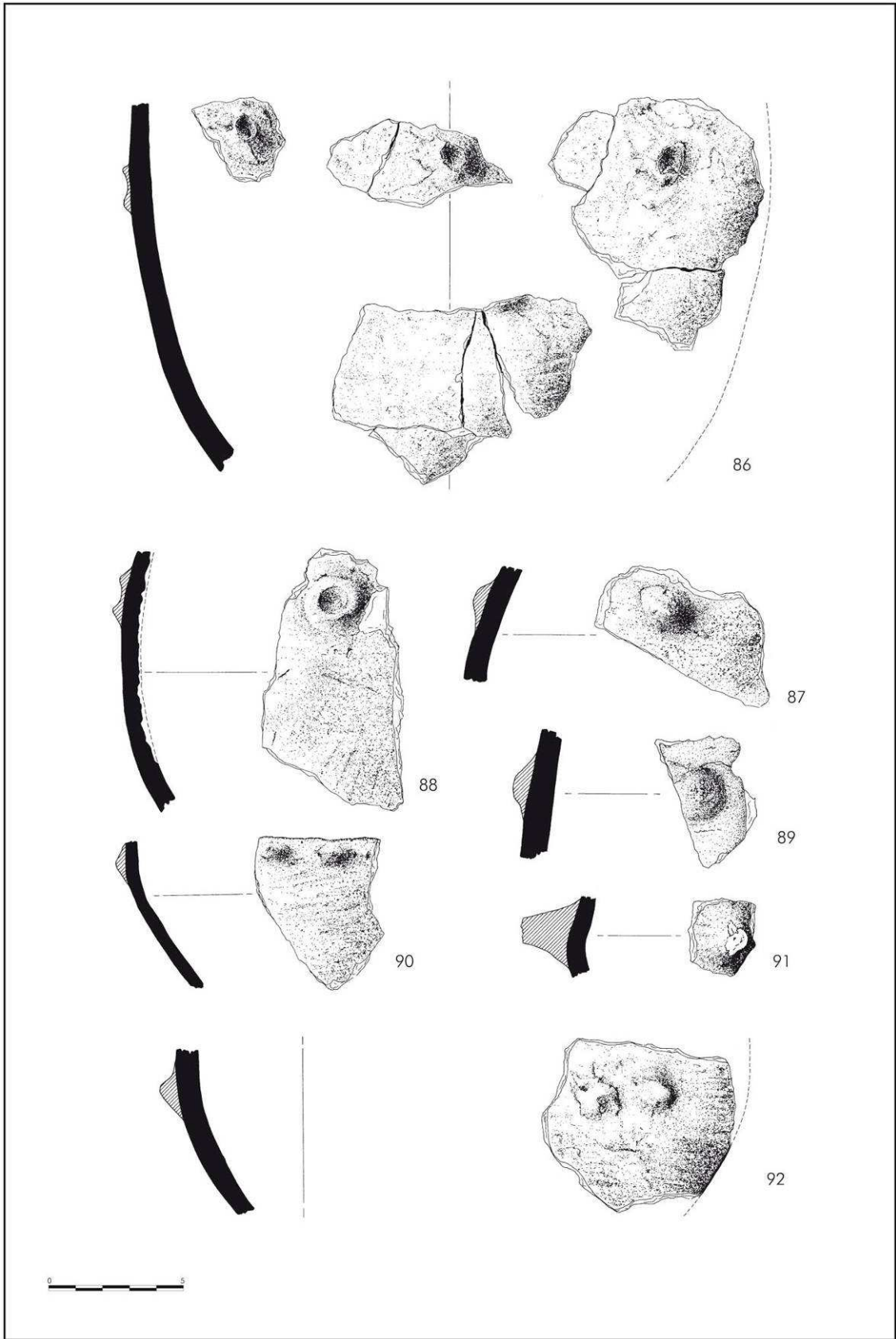


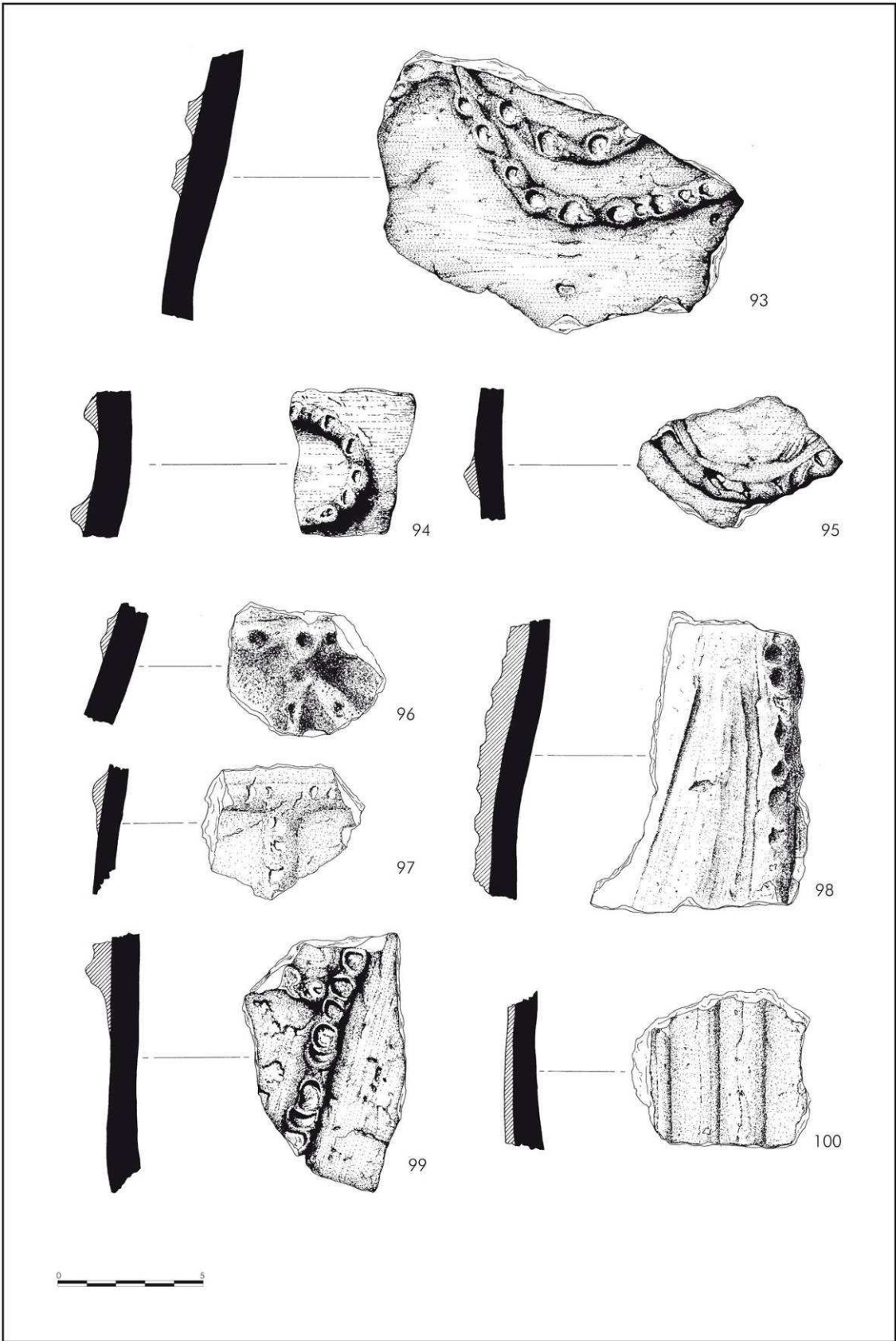
72

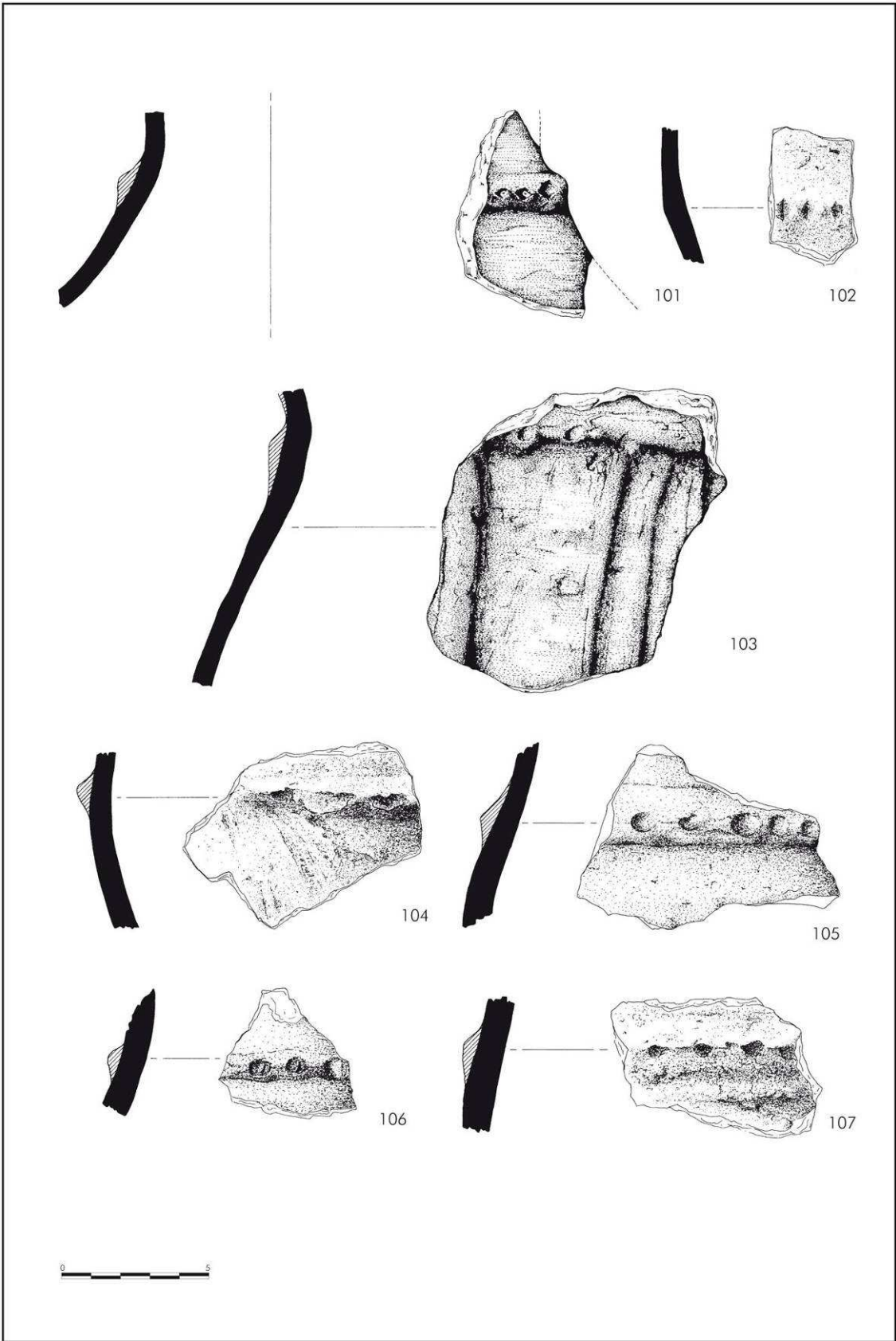


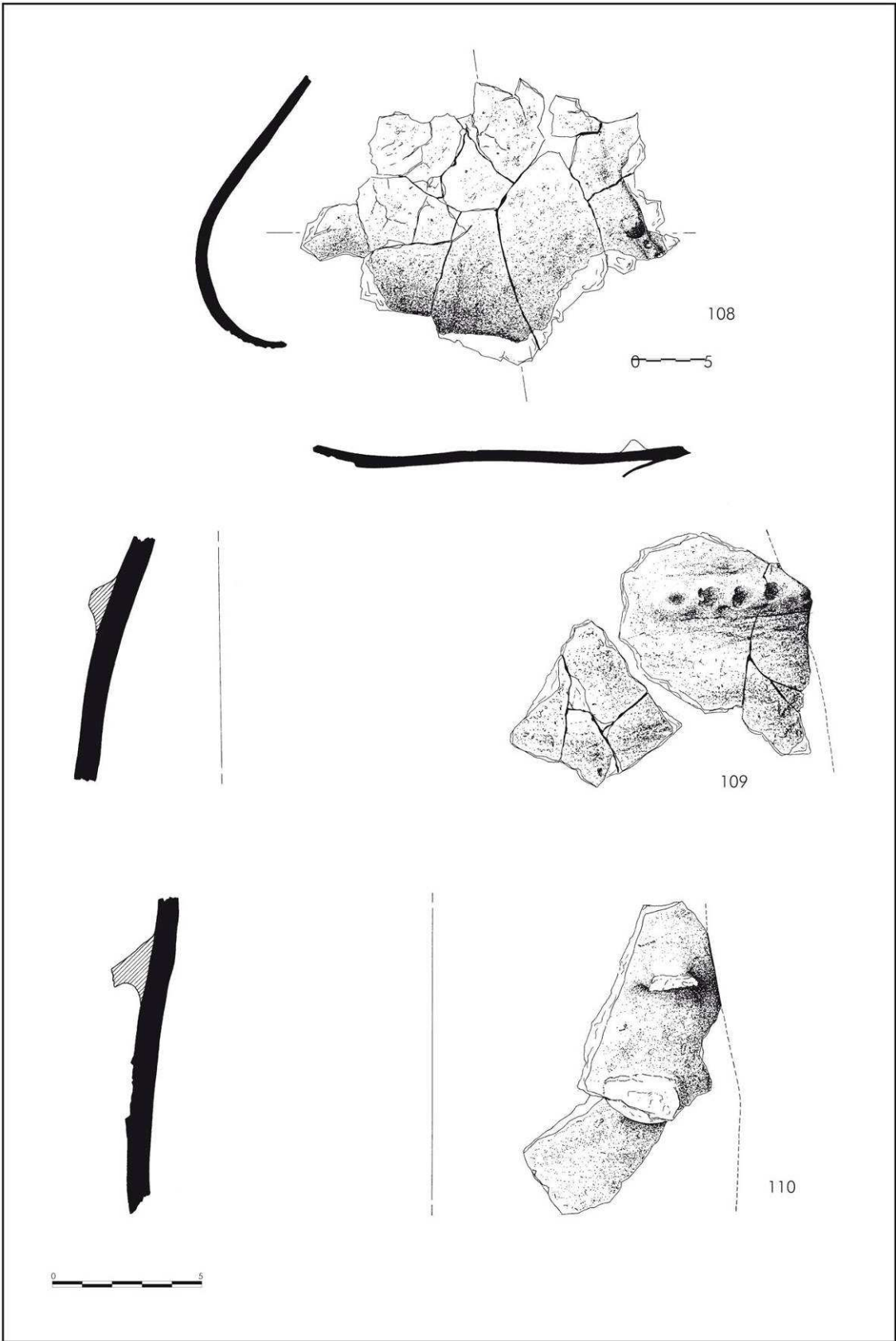


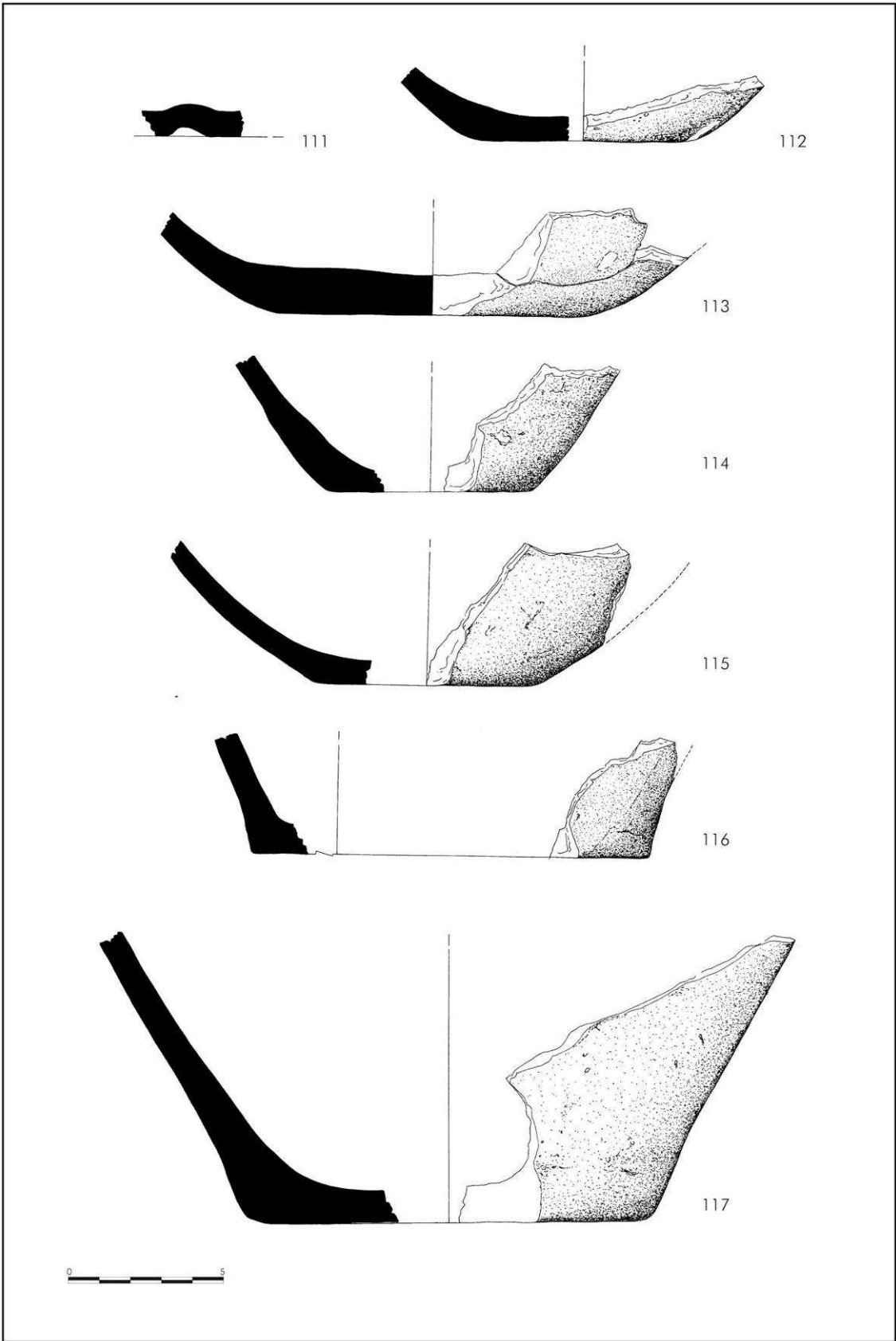


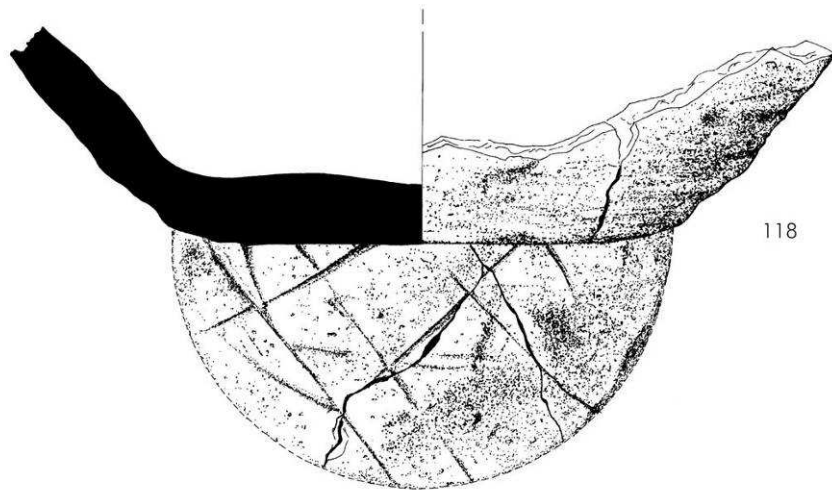








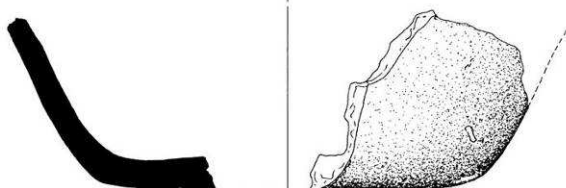




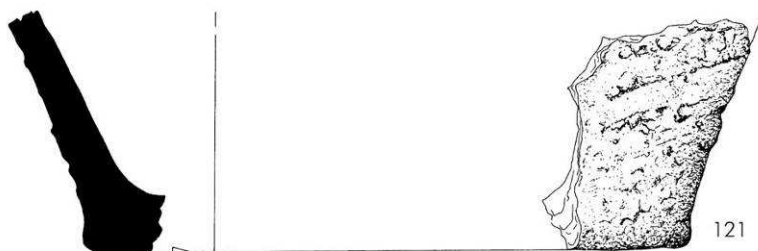
118



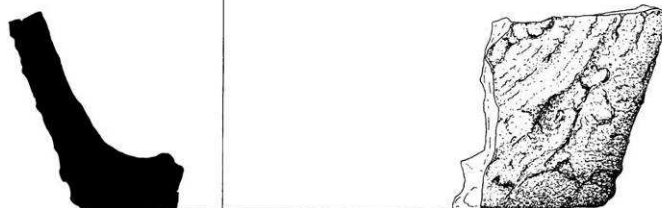
119



120

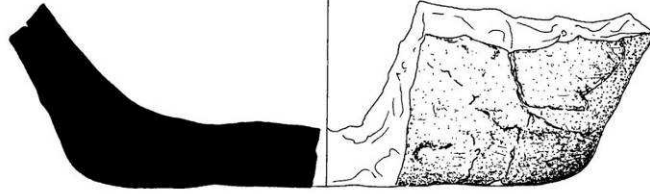


121

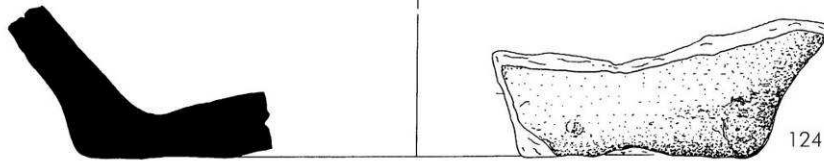


122

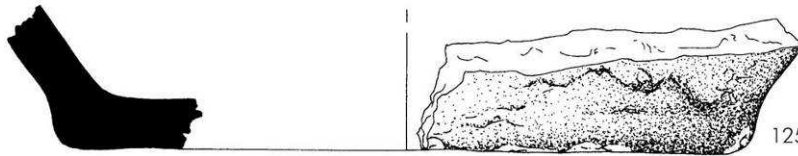




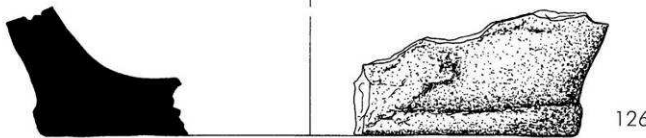
123



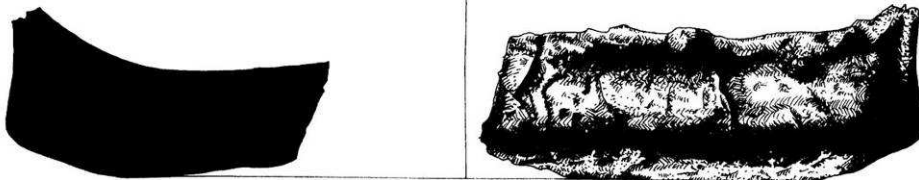
124



125

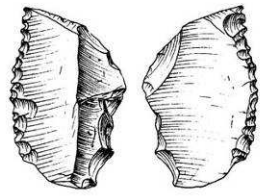


126

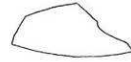


127





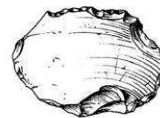
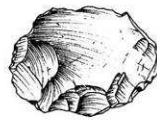
128



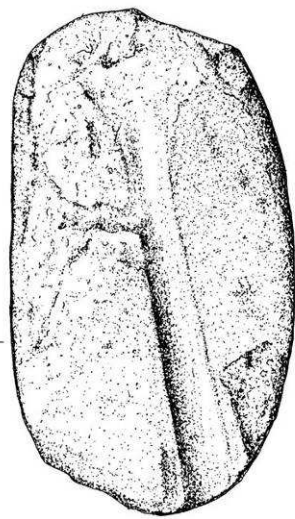
129



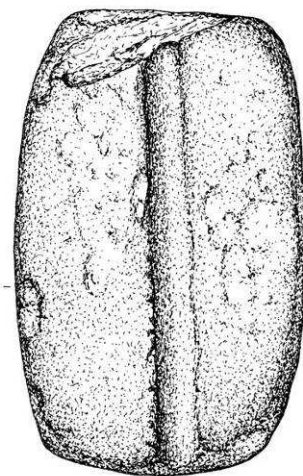
130



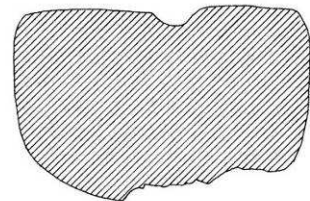
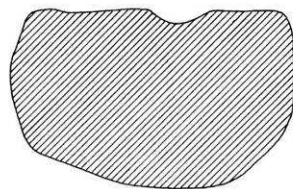
131



132



133



Anexo 11 Resultados de los análisis de C14 del yacimiento de
Los Torojones de Morcuera



Onze ref.: CIO/252-87/WGM/HD

Groningen, May 12, 1987

Mr. A. Jimeno Martinez
Colegio Universitario
Nicolas Rabal, 17
42003 SORIA
Spain

Dear Mr. Jimeno Martinez,

Herewith the results of our C-14 analyses:

GrN-14490	Morcuera: Los Torojones 1	1110 ± 30 BP
GrN-14491	Morcuera: Los Torojones 2	3620 ± 80 BP

Although the result of the second sample is in agreement with your expectations. The first is much younger. I would appreciate your comments.

With kind regards,

Yours sincerely,

Prof. Dr. W.G. Mook